693

# TRABAJOS DE JESÚS

R 926

COMPUESTOS POR EL

## VENERABLE PADRE FRAY TOMÉ DE JESÚS

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

ESTANDO CAUTIVO EN BERBERÍA

DÉCIMA TERCERA EDICIÓN

CORREGIDA POR UN RELIGIOSO DE LA MISMA ORDEN

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

B.P. BURGOS
N.R. 926
N.T. 122518
C.B.
22479

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL "APOSTOLADO DE LA PRENSA,
Plaza de Santo Domingo, 14, bajo.

1902

Tipografía del Sagrado Corazón, — Leganitos, 54, Madrid.

# EL VENERABLE TOMÉ DE JESÚS

Si hay autores que dejan estampado todo su ser en una obra, juzgo que la mejor biografía y el retrato más propio del venerable siervo de Dios Fr. Tomé de Jesús, quedaron hechos por él mismo en este libro, verdaderamente incomparable, de los Trabajos de Jesús, joya de la literatura portuguesa, reflejo del alma nobilísima y del corazón enamorado de su autor, trasunto de ternura y delicadeza místicas, aliento y respiración de un pecho encendido con las brasas arrojadas desde las alturas de la divinidad.

Corría el año del Señor mil quinientos setenta y ocho, de aciaga y triste recordación en los anales portugueses. El joven y ardoroso rey D. Sebastián, desoyendo los consejos de la prudencia personificada en su tío D. Felipe II, se precipita á la temeraria empresa de llevar sus armas á las costas berberiscas con el empeño quijotesco de poner en el trono de Marruecos al despojado Muley Muhamad, y conseguir de paso algunas plazas importantes del lado allá del Estrecho.

Aunque á remolque, tras él llevó el desventurado rey la flor y nata de sus heroicos y aguerridos hijos, del pueblo, del clero y la nobleza, para presenciar en los llanos extensos de Alcázar-Qhibir la lucha más desigual, el desastre y rota más espantosos, y una muerte sin gloria de aquel rey y de aquel ejército, cuyo valor era digno, ciertamente, de causa más noble y grande.

En aquellos campos de muerte y desolación destacábase la

austera y demacrada figura del ilustre Agustino *Fr. Tomé de Jesús;* ilustre, digo, más que por la azulada sangre, como hermano que era de la marquesa de Linares, por la nobleza y realeza de su espíritu. Sacado por el rey, con otros hermanos suyos de hábito, de las soledades del convento al ruido y estruendo de la guerra, para animar el esfuerzo de los cristianos combatientes, vióse á Fr. Tomé de Jesús entre las avanzadas de la lucha con el crucifijo en la mano, y en los labios la palabra ardiente y conmovedora, alentando á los guerreros y recogiendo el último suspiro de los moribundos; hasta quedar prisionero de aquellas hordas victoriosas y ser aherrojado en las obscuras prisiones de las cárceles de Berbería, más duras y terribles que la misma muerte, pero que él convirtió en paraíso anticipado.

Allí precisamente permitió Dios que se labrase la corona de santidad de su siervo. Las amarguras que hubo de devorar en aquellas prisiones, no son para contadas. Más aún que los propios padecimientos, minaban y torturaban su espíritu las noticias frecuentes que le llegaban de que muchos cristianos, por librarse de las cadenas y malos tratos de los berberiscos, renegaban de la religión católica. Y esto sirvió para que resplandeciese en grado heroico la caridad del fervoroso Agustino; pues las cuantiosas sumas que para redimirle de su cautiverio remitían al Africa su acaudalada hermana la marquesa de Linares y el propio rey Felipe II, empleábalas en seguida Fr. Tomé de Jesús en rescatar á aquellos de sus compatricios que en mayor peligro estaban de perderse; mientras él permanecía sereno y tranquilo en la obscura mazmorra á que le habían reducido, y donde, á falta de otra luz, fué extraordinariamente su espíritu iluminado con la luz del cielo para escribir este incomparable tratado de los TRABAJOS DE JESÚS, el mayor consuelo que podía llevar al ánimo de sus compañeros de tribulación en la gran calamidad á que Dios les sometía.

Dedicó su obra á la nación portuguesa. Y en la carta elocuentísima que en algunas ediciones suele ir al frente, dice de sí mismo el angelical prisionero: «Haciéndome Dios del número de estos sus hijos atribulados, y puesto solo en obscura prisión, ora con hierros, ora sin ellos, con los males anejos al estado de cautivo; sabiendo cuánta mayor es mi flaqueza que la

de todos los otros, así como sin merecimientos de mi parte me ha hecho merced de estos trabajos, así solamente por su bondad me inspiró que el tiempo pasado en ellos lo empleara en recopilar los *Trabajos de Jesús*, que podrían serme alivio cierto en mis muchas aflicciones. Comencé esta obra procurando, con industria y mucho secreto, hacerme con papel y tinta; y tuve que escribir las más de las veces sin otra luz que la que entraba con dificultad por las grietas y rendijas de la puerta, por los agujeros y huecos de las paredes. Para esto hurtaba el tiempo y los aparejos más necesarios, con el fin de que no me viesen; pero la gracia daba abundante, á mis ciegos ojos interiores, una divina luz que yo estaba lejos de merecer. Cuidé, al principio, de hacer una muy breve recopilación de los trabajos del Señor; y confieso á su bondad, que no sabía por dónde comenzar, por dónde continuar y cómo concluir. Mas yendo escribiéndo, y llevado no de mi caudal, sino de su mano acostumbrada á guiar las ovejas perdidas, me hallé al cabo con estos dos volúmenes que encierran la historia de sus trabajos, consideraciones, ejercicios y doctrinas que sobre tal materia El se dignó inspirarme, sin ayuda de libros ni costumbre de escribir...»

Y así salió este libro: como inspirado por Dios, inagotable y perenne manantial de toda enseñanza buena.

Porque difícilmente podrá hallarse en el río de oro de nuestra literatura clásica, de nuestra mística semi-divina, obra que de igual modo refleje los enardecidos afectos, ímpetus, éxtasis y arrebatos del amor, y los altos y profundos y siempre sublimes pensamientos, y la insaciable ansiedad y comezón del alma que suspira y se desvive por asemejarse á su eterno modelo Jesucristo, en las estrecheces, apreturas, congojas, tormentos..., y en todos los calvarios más ásperos é inaguantables de este mundo.

¡Extraña, pero hermosa y notable coincidencia! Casi al mismo tiempo, ó con pequeños intervalos, del desastre y rota de Alcázar-Qhivir, que sirvió al venerable Tomé para abrillantar con este diamante la literatura lusitana, gemela de la española, afilaban sus plumas dos varones no menos ilustres, Fr. Luis de León y el P. Rivadeneyra, autores inmortales de otras dos obras que llevan el mismo sello de ingénita grandeza. Si el cautiverio de Berbería fué ocasión de

que el mundo admirase la ternura incomparable de Os' TRABALHOS DE JESUS, allá en las cárceles inquisitoriales de Valladolid germinó fecundísima la idea de *Los Nombres de Cristo;* y la pérdida de la «Armada invencible» fué motivo solemne del *Tratado de la Tribulación:* libros que enjugaron muchas lágrimas y hoy forman nuestras delicias. Diríase que aquella verdadera raza de gigantes avivaba su ingenio y róbustecía su fe con los peligros y tribulaciones, con las hieles y acíbares del dolor.

Del aprecio y estima en que todas las naciones europeas han tenido esta obra, son testimonio elocuente sus traducciones y numerosas ediciones. Pues sin contar con las hechas en Portugal (1), se ha vertido muchas veces al italiano, francés, alemán, inglés y latín, en prosa y verso (2).

Pero en ninguna parte ha circulado más que en España, como lo prueban sus *doce* ediciones. La tradujo por primera vez al castellano Cristóbal Ferreira Sampayo, y se imprimió en Zaragoza el año 1624. A pesar de que es una traducción pésima y detestable, como ya advirtió el P. Flórez, y yo he tenido ocasión de comprobar ante la edición de Madrid de 1781, aún se hicieron de ella cinco ediciones; hasta que el eximio P. Flórez puso su mano hábil en el original, haciéndole hablar en español sin esfuerzo de ninguna clase, y mejorándolo con frecuencia.

De esta traducción del P. Flórez se han hecho siete ediciones, incluyendo la última, bastante descuidada, de la imprenta Peninsular de Barcelona, año 1881.

Todas, sin embargo, se han agotado por completo; siendo casi imposible topar con ejemplar alguno ni en las librerías de viejo.

¿Por ventura será menos afortunada esta correcta y esmeradísima edición que el *Apostolado de la Prensa* se ha dignado llevar á cabo para satisfacer los vivos deseos de tantas almas que solicitan nutrirse con esta doctrina que parece bajada de los cielos?...

---

(1) Yo he tenido ante la vista la edición quinta, muy correcta, del año 1865, con la cual he confrontado la traducción presente, hecha por el insigne P. Flórez.

(2) Puede consultarse para esto la *Bibliografía de Escritores Agustinos* del Rvdo. P. Bonifacio Moral.

Si en otras épocas, no tan aciagas como la presente, la lectura de esta obra formó las delicias de las almas atribuladas; podemos presumir que ahora, cuando el fantasma tétrico del dolor invade todos los espíritus, servirá también para levantarlos de su decaimiento, y vigorizarlos en la lucha contra todos los enemigos visibles é invisibles. Pues no puede proporcionarse, á todo el que padece, mejor modelo, consuelo y lenitivo que Jesucristo padeciendo inocente por el hombre; señalando al cual, y enumerando sus prolijos *Trabajos*, parecía decir el inmortal autor de este libro: *Inspice et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est:* mira, contempla y procura acomodarte en todas tus aflicciones al modelo perfectísimo, al varón de dolores y sabedor de enfermedades, que aquí te pongo ante los ojos del alma.

P. Miguélez.



# AVISOS Y SENTENCIAS[1]

PARA MEJOR APROVECHARSE DE

# LOS TRABAJOS DE JESÚS

Ya que recopilé los Trabajos de Jesús para los atribulados que con Él se quisieren consolar, para no faltar á los más necesitados, que son los principiantes, quise poner el orden siguiente: Primero, la historia del trabajo del Señor, con alguna doctrina que mueva á deseo de imitarle. Después pongo el ejercicio, en la forma que se puede hacer cuando no llega la influencia divina; porque cuando ella se siente, es necesario oir sólo al Señor, y callar, por entonces, todo lo demás.

Cada ejercicio tiene tres puntos principales: humillación del propio conocimiento; entrega y ofrecimiento de sí, con resignación, en las manos de Dios, y deseos de imitar á Cristo y de parecerse á Él. Todo esto, con aspiraciones y actos afectuosos de amor; porque á estas tres cosas debemos dirigir la mira y cuidado, si queremos aprovecharnos bien de los grandes trabajos de Cristo, y cautivarnos de la hermosura y bondad del Señor á quien se busca. Sin embargo, no he querido ir atado á orden cierto en estos puntos, á fin de que el espíritu vaya más libre y mueva y levante mejor sus afectos amorosos.

1.° Para aprovechar mucho y en poco tiempo, trabaje cada uno por mudar de vida, satisfaciendo á Dios por lo pasado con una pura y general confesión. Procure luego conocer en sí á qué defectos es más inclinado, para armarse contra ellos y desterrarlos de su alma, pidiendo siempre á Dios humildad y amor; porque estas dos virtudes son las que, principalmente, nos limpian de todo aquello con que á Dios descontentamos.

2.° Trabaje por saber muy bien las obligaciones de su estado y

(1) Extractados de la doctrina del Ven. Tomé de Jesús.

cumplir con ellas enteramente, entendiendo que eso es lo que Dios quiere de nosotros. Sobre este sólido fundamento edifique cuanto pueda, cerciorándose de lo que dice San Bernardo: No contentan á Dios los que algo le ofrecen, dejando aquello que por obligación le deben.

3.° Tenga vida ordenada y ocupada; porque la naturaleza así dispuesta, cría menos malicia, se conoce mejor, y no abre la puerta tan fácilmente á las tentaciones.

4.° Tome como recibido de la mano de Dios todo lo que en la vida le sucediere de gusto ó disgusto, de próspero ó adverso; y alabe siempre al Señor por todo. Y aunque vea en su naturaleza corrompida levantarse sentimientos contrarios á ese propósito, y que por fuerza le llevan á tristeza, impaciencia, alteración ó cualquier otra miseria humana, no deje de volverse á Dios con el espíritu, aunque sea como arrastrando; y suplíquele que no le juzgue por los brutales sentimientos de este flaco natural, sino por los santos propósitos que sólo á su divina misericordia debe. Con esto, puede quedar el alma tranquila y sosegada.

5.° En la consideración de estos TRABAJOS DE JESÚS, ocupe poco el discurso del entendimiento, y abra la puerta á la voluntad, para que el amor haga su oficio. Si en la lectura sintiere movida el alma, váyase tras el movimiento que Dios le da; mas procure volver á la lectura cuando cesare el movimiento interno.

6.° Si estuviere seco y duro y molestado de malos pensamientos contra su voluntad, no se desconsuele ni aflija creyendo que ha perdido el tiempo; mas antes que se aparte del lugar donde está en oración, alce los ojos del alma y dé gracias á Dios; el cual, si es grande y magnífico cuando nos regala y consuela, no es menos maravilloso cuando trata de sujetarnos á las penas interiores de su Hijo. Las almas que van á la oración en busca de consuelos espirituales, se hacen indignas de recibirlos.

7.° Durante la lectura ó meditación de estos TRABAJOS DE JESÚS, procure no olvidar los motivos que pueden encender el alma en deseos de imitar á Jesucristo en sus dolores, considerando que Él padeció por pura voluntad y sin estar obligado á ello; que el amor grande que nos tuvo hízole suaves las penas; y que para padecer hizo milagros, deteniendo la gloria de su divinidad para que al cuerpo no se comunicase, dejándole pasible; al contrario de nosotros, que solemos pedir milagros con el fin de evitar los sufrimientos.

# TRABAJOS DE JESÚS

DESDE LA HORA EN QUE FUE CONCEBIDO

HASTA EL DÍA EN QUE MURIÓ

---

## TRABAJO PRIMERO

**Previsión y aceptación de los trabajos que había de padecer.**

Redimió Dios y reformó la humana naturaleza desordenada y corrompida por el pecado de Adán, con remedios tan propios á las llagas, que con razón puede ser llamado perfectísimo Redentor. Todos los hijos de Adán, no sólo nacemos pecadores y vivimos en pecados, sujetos y obligados á sus penas, sino que también el pecado causa en la naturaleza tal desorden, tal contradicción al bien, y tal inclinación al mal, que no menos necesitaba reformador perfectísimo de sus desórdenes, que Redentor suficientísimo para satisfacer por sus males. Por tanto, el Hijo de Dios, ya que por su infinita bondad quiso redimir el género humano, no sólo nos mereció en todas sus obras remedios de nuestros males, sino también nos dejó en ellas ejemplo y retrato de toda virtud para reformar nuestras costumbres. Por eso enseña San Pablo, que como representamos la imagen del Adán terreno en los pecados en que nacemos y vivimos, así procuremos representar la Santísima Imagen del Celestial Adán, Cristo nuestro Señor, en la reformación de nuestra vida, ya que somos incorporados con El por la gracia que se nos comunica en el bautismo. Esto es lo mismo que en otra parte dice, que nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo, viviendo como gente redimida por su sangre, y enseñada con sus ejemplos.

Comenzó nuestro divino Maestro y Redentor su obra, por el mismo orden y por las virtudes contrarias á los vicios por donde nos habíamos perdido. Escogió primeramente por Eva, otra compañera perfectísima, á la sacratísima Virgen María nuestra Señora; purísima en el alma, santísima en la vida, obedientísima á Dios, instrumento de todos los bienes, como Eva lo había sido de los males. Pecó Adán pocas horas después que fué criado, habiendo sido hecho con perfecciones naturales, y dones de gracia suficientes para conservarse en el dichoso estado del Paraíso terrenal; y el

Hijo de Dios, formando su Cuerpo sacratísimo y criando en él alma, á que unió su divinidad, todo en un instante perfecto y acabado, sin esperar los términos ordinarios de la generación humana, no estuvo un sólo instante sin dar principio á la obra de nuestra redención. Fué el primer pecado y primera causa de nuestros males la desobediencia: fué también la primera virtud, y obra de nuestro reformador Jesús, una perfectísima obediencia. Comenzó nuestra perdición por desordenado gusto del hombre contra la divina voluntad: comenzó también nuestro remedio por trabajo y aflicción, que el Redentor quiso padecer por obediencia muy rendida á la voluntad del Eterno Padre. Y así, luego que el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra, y se unió á nuestra humanidad, en el primer instante de su Concepción, en que con verdad ya podía ser adorado por Dios y Hombre verdadero, empezó su primer trabajo y nuestro primer remedio. No lo dilató para otra hora, porque ninguna, ni un momento, quiso tener de vida que no se pudiese decir con verdad que era hora nuestra, y llena de bienes infinitos para los pecadores á quienes venía á redimir.

En el primer instante representó el Padre Eterno á su Hijo hecho Hombre, todos los trabajos, penas, dolores, desamparos, aflicciones, tormentos y muerte que quería padeciese por los pecadores; y esto con todas las circunstancias, peso y medida de lo que había de padecer, tan vivamente, como si todo aquello estuviese ya pasando. Y como Cristo nuestro Señor estaba lleno de toda sabiduría y gracia, y nada se le podía esconder, viendo todo esto como si ya lo experimentara, sujetó voluntariamente su humanidad á esta obediencia, y aceptó padecer, hasta la muerte de cruz, todo lo que el Padre Eterno le mandaba, con tan entera voluntad y tan sin contradicción, como si fueran gustos. Así como en el discurso de su vida y Pasión no tuvo el Hijo de Dios cosa en su humanidad en que no ejecutase muy por menudo esta obediencia con muchos dolores y trabajos, del mismo modo en la aceptación de ella en esta primera hora de su vida, no se contentó con ofrecerse á padecer por junto todo lo que le era mandado; sino que debemos entender que muy particularmente ofreció su cabeza á las espinas, sus ojos á las lágrimas, sus mejillas á las bofetadas, sus cabellos á las injurias, su boca á la hiel y vinagre, su cuerpo á los azotes, y cada coyuntura, nervio, vena y miembro de su cuerpo, vida, honra, y todo cuanto en El había muy particularmente, para padecer lo que el Padre Eterno le mandaba y convenía para nuestro remedio. Vióse aquella tierna humanidad en este paso en grande aflicción y agonía; porque como Dios no pretendía dispensar con ella en el sentimiento de todo lo que le pudiese dar pena, y nuestra flaca naturaleza siente muchísimo los trabajos de que tiene experiencia, cuando los ha de volver á pasar, no hay duda que dió inmensa aflicción á aquella sagrada humanidad la vista de sus trabajos; porque lo que le faltaba de experiencia de éstos para sentir menos, lo suplía su sabiduría, á quien todo era manifiesto clarísimamente, para que fuese mayor el

sentimiento. Y aunque después en el huerto llegó al fin de su vida este trabajo á mucho mayores extremos exteriores, no fueron en esta hora menos los sentimientos interiores.

Esta voluntaria obediencia de Dios hecho Hombre fué tan acompañada de humildad, sujeción, de ardentísimo amor, de dolor y pena, y de infinito merecimiento, y tan agradable á Dios, que suficientísimamente mereció por ella la redención del linaje humano; en tanto grado, que si el Padre Eterno revocara la sentencia de muerte de su unigénito Hijo, y en aquella hora le subiera al cielo, bastaba el merecimiento de aquella obediencia para perdonar por ella todos los pecados y quedar el demonio vencido, el mundo lleno de tesoros de gracia, abierta la entrada de la vida eterna, y todo lo demás que Dios nos dió por su Hijo; porque como la persona de Dios Encarnado es divina é infinita, y los merecimientos de las obras son conformes á la persona que las hace, cualquiera obra de Cristo era de tanto merecimiento, que cada una bastaba para redimir cien mil mundos, y más si los hubiera. Profetizó Isaías esto, diciendo, que se llamaría el Señor *robador apresurado, porque antes que el Niño sepa llamar padre y madre, saqueará á Damasco* (por quien se significa el poder del demonio y del pecado, de quienes estaba cautivo el mundo). Esto dijo el Santo Profeta, viendo en espíritu que ni un solo instante detendría el Señor nuestro remedio; sino que había de ser tan apresurado en obrarle, que luego en el primer instante de ser hombre merecería con su obediencia bastantísimamente todo lo que para nuestro remedio nos quería dar su divina misericordia, no sólo antes de saber hablar, sino antes de ser nacido. Pero tal fué el amor que le trajo á la tierra, que bastando el merecimiento de una sola obra suya para todo nuestro bien, no bastó para satisfacer á su amor, menos que todo cuanto en el discurso de su vida hizo y padeció. ¡Tal Redentor tenemos, tal Señor, tal amigo!

¿Pues qué mejor lección queremos para la reformación de nuestra mala vida, que la primera que nos da este Divino Maestro? *Principio de todos nuestros males* (dice la divina Escritura) *es apostatar la obediencia de Dios:* y aquí vemos, que pues este Señor fundó en obediencia todos los bienes que nos mereció, también quiso que todo nuestro bien se fundase en perfecta obediencia á la voluntad de Dios. Y así como El no tuvo un solo instante de vida fuera de esta obediencia, así nosotros debemos tener por perdida toda la hora de nuestra vida, que no se emplea en la obediencia y servicio de este Señor. Miremos, pues, cuántas horas nos lleva el sueño, el comer, la ociosidad, y lo que peor es, cuántas nos llevan los pecados, los gustos torpes del cuerpo y las cosas que nos hacen perder á Dios. Miremos cuán tarda y tibiamente le buscamos; la facilidad con que dejamos su servicio, y el descuido de la propia salvación, que á El le dió tanto cuidado.

Si comparamos nuestra frialdad en el amor de este Señor, los achaques y excusas de no servirle de todo corazón, con el ansia de

padecer y con el rigor que usó consigo para satisfacer por nosotros, no hallaremos menos razón de avergonzarnos delante de El, que de agradecerle lo que le debemos. Mucho hay escrito de la virtud de la obediencia y sujeción á la voluntad de Dios. Aquí sólo añadiré que este Señor nos enseñó el modo que quiere haya en la obediencia, cuando nos enseñó á decir: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

En el cielo, no sólo quieren todos y hacen lo que Dios quiere, sino que no saben entender cosa diferente de lo que Dios manda. Así, no nos debemos contentar con la obediencia de la voluntad propia á la de Dios, sino procurar mucho la del entendimiento: porque hay en el mundo, y en la mayor parte de la gente, tantas razones recibidas y calificadas con título de honra, primor y obligación contrarias á la Ley de Dios, é inventa cada día la malicia de nuestra naturaleza tantas excusas de la obediencia de Dios, con pretexto de este mismo Dios, que si el cristiano no anduviere con mucho cuidado sobre sí, fácilmente será engañado: y así debe pedir á nuestro Señor con David, que no le deje ver las vanidades como verdades; sino que le dé su luz para conocer sus divinos caminos, pura y perfectamente como El los enseña: ni le deje entender ni estimar otra cosa, sino la perfección de sus ejemplos y doctrina. Y el que pusiere los ojos en el espejo de toda bondad, Cristo nuestro Señor y Maestro, con deseo de imitar lo que en El y por El viere aprobado, sujetando á ello su entendimiento, éste se librará de muchos yerros.

### EJERCICIO DE LA ENCARNACIÓN

Adórote, Verbo Divino Encarnado; adórote, Hijo de Dios vivo humanado; adórote, Dios mío verdadero, vestido de mi carne y mortalidad. Llegaste, deseado de los Santos Padres; llegaste, salud de las almas, verdadera vida y bienaventuranza de los pecadores. Ya no se alabará el cielo de que él solo os sirve de casa, pues ya aquí os tengo unido á mi humanidad, morador de mi destierro y compañero de mis terrenas moradas. Ya no seré despreciado de criatura alguna, pues yo no adoraré Angel Divino, y ellos adorarán Dios Humanado. Llegó vuestra hora, fuente de aguas vivas, río de infinitas bondades y misericordias. Salisteis fuera de madre, y todo lo anegasteis y llenasteis de divinas gracias y riquezas. Os olvidasteis de nuestros males, abrazasteis nuestras miserias, y vinisteis, Esposo de las almas, lleno de gracias y de verdades. ¡Quién hay verdadero como Vos, Dios mío! Cuando el mundo menos merecía, cuando más reinaban los pecados, cuando esta naturaleza se hallaba por ellos más dañada, cuando más razones teniais para enojaros y apartaros de nosotros, entonces mostrais más vuestro amor; entonces os dais todo; entonces nos socorréis con vuestra presencia, y os hacéis hombre como nosotros, compañero y remediador de nuestros males. Sólo Vos sois verdadero, y vuestros plazos siempre llegan. Cuando parece que estáis más lejos, entonces os ponéis más cerca, más pre-

sente, lleno de gracias y de misericordias: porque Vos traéis riquezas, bondades, saludes, vidas, bienaventuranzas, paces, amistades, tesoros, glorias, grandezas, y abundancias verdaderas para las almas que venís á buscar, y para el mundo que venís á redimir.

No venís pobre, mi Soberano Señor, ni dejáis guardados vuestros tesoros en el cielo: todo cuanto tenéis, traéis con Vos: no perdéis nada de lo vuestro, haciéndoos hombre como yo; mas dáisme cuanto tenéis. Ya no puedo huir de miedo de vuestra Majestad, pues os tengo conmigo en mis trabajos, preso y rendido á mi amor. Abrázoos, todo mi bien; ámoos, bienaventuranza mía, mi tesoro, mi riqueza, mi compañero, mi amigo verdadero, mi paz, mi alegría, mi gloria, vida, y salud mía. ¡Oh qué rico estoy con Vos! Tenedme envidia, Angeles; tenedme envidia, Serafines; tenedme envidia, cielo y tierra, y todas las criaturas; porque tengo en este Señor lo que no tenéis: yo tengo Dios Hombre, y vosotros no tenéis Dios Angel. Adoráis á mi tesoro, adoráis á mi bien, adoráis á mi compañero y amigo, á mi Dios Humanado, y á mi hombre Dios, de quien os viene y ha de venir cuantos bienes tenéis, y cuantos podéis tener. Pudisteis más que yo, amor Divino: no pude yo pecar tanto, que Vos no pudieseis perdonar más; no pude ser tan desgraciado, que os quitase la voluntad de dar; no pude desecharos tanto, que del todo os pudiese perder; no pude huir tanto, que no me alcanzaseis: porque soltasteis la fuerza é ímpetu de vuestro divino fuego, y tomasteis mi humanidad, y os vestisteis de mis miserias, y en ellas os disteis todo, y entrasteis por mi destierro, y os mezclasteis conmigo; y si huyo de Dios, no puedo huir del Hombre: de modo que si yo no me perdiere á mí por mi voluntad, no os puedo perder á Vos, hombre como yo, compañero de mis miserias, y pasible. Bien os entiendo, Dios mío: el amor os trae, y amor queréis; en fuego ardéis, Señor, y queréis que, prendiendo en las estopas de esta humanidad, ardan en amor, si se dejaren abrasar de Vos, y no quisieren vivir mojadas en los charcos y lodos del amor terreno. Pero Vos, Dios mío, de vuestra parte á todas las almas ponéis fuego; y tanto, que hasta los que se pierden, van cargados de obras y mercedes de vuestro infinito amor; pero lo pierden todo porque no os dan el corazón.

Os doy, Señor de mi alma, todo mi corazón, todo mi espíritu, todo este hombre entero, y todo mi amor. Amoos, y deseo derretirme todo en vuestro amor. Si tuviera el de todas las criaturas, con todo él os amara: y si tuviera infinito amor, os amara infinitamente: mas ámoos cuanto puedo: y pues Vos, infinito bien, todo sois mío, con Vos todo os amo. ¡Oh, si siempre os amase! ¡Oh, si siempre me abrasaseis! ¡Oh, si siempre os poseyese! ¡Oh, si ninguna cosa fuese poderosa á apartarme de Vos! ¡Oh Dios mío Humanado! Aunque mí humanidad está en Vos perfectísima, purísima y llena de gracias, parte es de la mía miserable. No puede estar en Vos como en mí, corrompida y culpable; pero está como instrumento de mi remedio; y por esa, cual la mía por quien me pierdo, me queréis Vos remediar. Curadme, salud verdadera; alumbradme, luz clarísima; levan-

tadme, grandeza divina; sustentadme, fortaleza soberana; dadme vida, vida eterna, pues os veo (siendo el Dios que adoro) hombre cercado de mis miserias, sin pecado, y lleno de todas las gracias y perfecciones para mi remedio.

La misericordia y amor que os obligó á haceros hombre, os obligue también á tener piedad de esta vuestra humanidad, en mí tan perdida, miserable y corrompida. Quisisteis, Dios mío, mostrar que cuanto hacéis en los hombres, ya lo hacéis como cosa vuestra; pues os hicisteis hombre. Ya curáis mis llagas como vuestras, tenéis cuidado de mí, gobernáisme, ayudáisme, remediáisme como vuestro, pues tomáis por honra de esa humanidad que todos los hombres sean como Vos queréis y pretendéis: puros, limpios, ricos, grandes y bienaventurados. Vuestro soy, Criador mío, vuestro soy todo por justicia, vuestro quiero ser por amor y voluntad de todo corazón. Véisme aquí: todo me llego á Vos: con esos sacratísimos pies me abrazo, pues todo sois mío: todo me rindo, para que toméis posesión del amor de esta alma. ¡Oh amor, haced en mí tal mudanza, que podáis también decir, toda eres mía, criatura mía! ¡Oh, si yo viese ya perfeccionado esto enteramente! Mas Vos solo lo habéis de hacer, fuego divino; y todo me habéis de quemar, abrasar y convertir en Vos.

### EJERCICIO DEL PRIMER TRABAJO

¡Oh, Hijo de Dios vivo! ¡Oh, Salvador y remediador mío verdadero! ¡Oh, única salud de mis males! Tan ansioso venís de las almas perdidas, tan deseoso de mostrar que amáis mucho á los pecadores y de satisfacer por ellos, tan hambriento de tormentos y cruces, que ni un instante queréis perder de tiempo sin trabajar por nuestro remedio. ¡Qué cierto es que si pudierais, y fuera conveniente nacer crucificado, entrarais en el mundo clavado en la cruz, y en ella vivierais hasta la muerte! Esta es la fineza de vuestro amor, esta la verdad de ese abrasado pecho y de esa pura amistad que nos tenéis. Mas ya que esto no puede ser, no queréis perder un momento de vida, ni pasarle sin pena, cruz y tormento; y mientras no llegaba el tiempo de la dura cruz de madera, no quisisteis que os faltasen jamás durísimas cruces de aflicciones, dolores y trabajos. No perdonasteis á esa humanidad en ese pequeño y tierno cuerpo que ahora formasteis en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima. ¡Oh, cómo os abrasáis todo en obras del puro, fuerte y divino amor en que venís ardiendo! Así como no tuvisteis ese cuerpo por pequeño para henchirle de un alma bienaventurada, y juntarle á vuestra divinidad, así no quisisteis dispensar con él, teniéndole por grande para padecer, dándole á sentir junto lo que en todo el discurso de la vida ha de pasar: luego le mostráis las lágrimas, los sentimientos, las aflicciones, los fríos, las hambres, las asperezas, los cansancios, los sudores, las afrentas, las injurias y desprecios que ha de pasar; las sogas con que le han de atar; los azotes y espinas que le han de traspasar; la cruz y clavos que le han de descoyuntar; la hiel y vinagre que ha de beber; los gravísimos desamparos en que se ha de

ver; los inmensos y terribles dolores que ha de padecer, y la muerte cruelísima con que ha de acabar.

Todo junto quisisteis que luego, en el primer instante de ser formada vuestra santísima humanidad, lo viese, y todo junto le atormentase y afligiese, y aquellos tiernos miembros lo aceptasen; y no contento con humillaros, siendo Dios Eterno, á tomar nuestra carne, luego en ella empezasteis á padecer por mis pecados, y obedecer á vuestro Eterno Padre hasta la muerte de Cruz.

Si después, de edad de treinta y tres años, esta vuestra sacratísima humanidad, con la vista y memoria de estas mismas cosas, se vió en tan grande aprieto, aflicción y tristeza, que tuvo ansias mortales y padeció sudores de sangre, ¿qué pasaría ahora al entrar en el mundo con la primera vista de tan grandes mares de trabajos cuales había de padecer en toda la vida, siendo la representación tan clara, tan cierta y tan activa, como si ya lo estuviera padeciendo? Entiendo, Señor, que ningún trabajo vuestro fué mayor: pues para sentir las cosas ya sois humano, y para entenderlas con todos los quilates y peso de aspereza que han de tener, sois divino. Todo junto se os ofreció: todo junto lo tomasteis sobre Vos, y os atormentó y afligió: porque vuestro amor no sufría ya dispensar en vuestra humanidad, cosa que os diese pena y pudiese costar caro por mi amor. ¡Oh amor divino, que jamás sabes estar ocioso! ¡Cuántos ardides hallas para manifestarte! ¡Ningún lugar, ninguna edad, ningún tiempo es impropio para ti y para manifestar tus obras! Mas porque padeciendo y penando te muestras mejor, ya que la edad y lugar te impide tormentos exteriores, hallas invención de cruces en lo interior, para arder siempre, para dar tus tesoros, y para manifestar tu eficacia, tu fuerza y lealtad con los que amas, y con los que deseas atraer á ti.

¡Oh miserable de mí, envejecido en pecados! Cuando veo esta prisa de padecer por mí, y ese ardiente deseo de remediarme, ese no sufrir detenciones en hacer mercedes, en esa que aún no se puede llamar edad, en ese tan pequeño cuerpo y miembros, que apenas pueden figurar humanidad, y en esa primera entrada del mundo; ¿qué diré? ¿Cómo no me afrento de estar delante de Vos? Porque en cualquiera edad mía que me considere, me veo tan lleno de males y pecados, que ninguna edad parece fué en este cuerpo pequeña para dejar de ser gran pecador, duro y viejo en pecar; como en vos ninguna fué pequeña para padecer. En el vientre de mi madre, adonde aún no tenía fuerzas para nada, ya con el pecado original que en mi alma estaba, me parecía con el viejo Adán. Después de nacido, mientras no tuve uso de razón, aunque no sabía pecar, ya las inclinaciones de ira é indignación, de la mentira, de la envidia, de la soberbia, gula, y de todas las otras malas inclinaciones de este cuerpo, mostraban altas raíces en tierra flaca; y en pequeño cuerpo, viejos troncos, larga y ponzoñosa rama de mal árbol. Pues llegando al perfecto uso de razón, cuando mi alma había de dar frutos por los cuales fuese este árbol conocido y juzga-

do, ¡oh piadoso Dios! ¡qué abominables frutos de males y pecados no dió! Oh misericordia infinita, que hasta ahora me sufriste, no me confundas; perdonadme en esta hora la furia con que desenfrené mis desordenados apetitos, y la desenvoltura con que solté las riendas á las malas inclinaciones, refrenadas hasta entonces por la edad.

¡Oh, cómo las solté á toda vanidad, á toda mentira, á toda presunción, á todo mal pensamiento y deseo, á toda la bajeza y torpeza que, ó fuera ó dentro, reinaba en el alma! Tan olvidado de Vos, tan duro para vuestros consejos, tan ciego para vuestra doctrina, tan sordo á vuestros llamamientos, tan rebelde á la obediencia de vuestra ley, tan contento de mí y del mundo, tan fastidiado de las cosas del alma, tan asido á mí, tan apartado de Vos, tan lleno de amor propio, tan frío y desnudo de vuestro amor! Parecíame el tiempo corto para mis gustos: el mundo pequeño para mis codicias: sólo grande para servirle y para perderos por él. Estimé lo que aborrecéis: desprecié lo que estimáis: ninguna edad me pareció pequeña para grandes males, y toda me pareció flaca para vuestro servicio. Los males que la edad ó posibilidad no podían tener, los apeteció la voluntad. Siempre grande para pecar, siempre viejo en corrupciones, siempre desagradecido á vuestras mercedes, siempre frío, tibio, flaco, descuidado, olvidado, fastidiado, achacoso y rebelde para amaros, para entregarme á vos, para serviros y obedeceros.

Vos, como verdadero amigo de mi alma y verdaderamente compadecido de mis llagas, no quisisteis esperar los días en que los cuerpos se van formando en los vientres de sus madres, hasta llegar á vivir; luego en el primer instante que entrasteis en el mundo, formasteis un cuerpo vivo y perfecto, lleno de vuestra divina Majestad, para gastar los días del espacio de la naturaleza en obras de amor y gracia, en sentimientos penosísimos por mí; y anticipó vuestro amor para mi bien, la obra y detención á todos natural.

Yo, bondad infinita, ni llegando tarde al uso de la razón, os conocí; ni viviendo, después muchos días, lleno de mercedes vuestras, os busqué, ni serví, ni amé; más contentéme con una fe tan fría, tan muerta, tan llena de malezas, que no hay en mí sino desventuras, por las que ya vos penáis. ¡Oh amor infinito! perdonadme; bien me veiais cuando tan grande amor me mostrabais; bien me conociais cuando aceptasteis el padecer por mí, y porque sabiais que yo había de ser tal, no quisisteis perder hora ni tiempo en remediarme. Mudadme, Señor, para que, aunque tarde, os empiece á amar y obedecer. Dadme sentimiento de mi mala vida, y mudanza de toda ella en Vos y en vuestra obediencia. ¡Oh, quién jamás os hubiera ofendido! ¡Oh, si todas las horas gastara en vuestro amor y servicio! Si en la primera hora, Dios mío, que me vuelvo á Vos de todo corazón, luego me siento inflamado, mudado, aprovechado y diferente del que era, ¿qué tuviera ahora, si siempre hubiera gastado todas las horas de mi vida con Vos? ¡Cuán perfecto siervo vuestro fuera! ¡Cuán lleno de vuestro amor! ¡Cuán transformado en

vuestro espíritu! ¡Oh paciencia infinita, que me habéis sufrido! ¡Oh bondad infinita, que me habéis esperado! ¡Oh amor, que á Vos me llamáis, transformadme todo en Vos! Desde esta hora hasta el último suspiro, os ofrezco la vida y en Vos quiero gastarla. Pésame, Dios mío, de haberos ofendido: tomad en mí la satisfacción como fuere vuestra voluntad. El amor que tan encendido y apresurado fué en padecer por mí, ese abra en mi corazón una fuente de lágrimas, con que en todo el tiempo que me queda, llore la vida pasada y gaste todas las horas en Vos. Oficio es este de ese amor, y en lo que yo por mis pecados he desmerecido, aconsejaos con él, y lo que por mí os pidiere, dádmelo en el resto de mi vida.

Pero ahora, Señor mío, quiero dejar mis males por vuestra cuenta (que sois su verdadero remedio) para acabar de ver y agradecer estas primeras é infinitas misericordias que me hacéis viniendo á la tierra. ¿No fuera, Señor, bueno, que gastarais estas primeras horas y días de vuestra entrada en el mundo, sólo con la pura alma de esa purísima Virgen que tan llena halláis de gracia, amor y pureza, y de quien tanto os complacisteis que os hacéis Hijo suyo? ¿Luego quisisteis que tuviese yo ahí lugar? ¿Luego tuvisteis memoria de mis miserias y necesidades? ¿Luego cuidáis de remediarlas? ¡Oh Pastor divino, y amigo verdadero de vuestras erradas ovejas! Venís á remediar pecadores, y no justos. Esa alma de la Sacratísima Virgen no pierde lo suyo, porque para todo tenéis largueza y bondad infinita. Ella también de los frutos de estas misericordias tiene su ser: mas Vos, que sois amor y sois divino, no sois particular ni propietario; todo os dais á todos, y todo á cada uno. Tan cerca me tenéis ahí, y tan presente á vuestro amor y conocimiento, como al alma de la Virgen, á quien estabais unido por amor. ¡Oh divino amor, cuánto os debo! ¡Qué cosa puede haber en mí cuando veo y creo esto, que no arda en vuestro amor! ¡Oh frialdad, oh dureza mía! Deshacedla, Señor, con vuestro divino fuego, pues todo el bien que tengo me vino de ese amor que me mostráis; porque cuando aceptasteis padecer por mí todos los trabajos que vuestro Padre os representó en esta primera hora, luego con ese amor, con esa humilde obediencia, con esa perfecta resignación á la voluntad de vuestro eterno Padre, con esa pena y aflicción que vuestra humanidad ahí padeció, alcanzasteis para mí suficientísimamente perdón de mis pecados, luz de mis tinieblas, remisión de mis eternas penas, proporción de las temporales para merecimientos de glorias, la fe, la esperanza y la caridad que me disteis, la gloria que me prometisteis, la victoria de mis enemigos, la perfecta redención de mis males y de los cautiverios del alma. Luego me llenasteis de bienes; luego acabasteis perfectamente la obra á que veniais; de suerte que, si no hubierais hecho por mí otra cosa, bastantísimamente quedaba satisfecho y remediado.

Pues, amor divino, si esto basta para mí, ¿por qué á vuestro amor no le basta? ¡Oh Dios de amor! ¿Quién no te ama, ni te entiende, ni te sabe buscar? Aquello que bien sabe, no fastidia, antes

se desea y se alarga; y porque lo que más gusto os da es el bien que hacéis, súpoos tan bien esta tan larga, tan rica y tan cumplida comunicación de Vos mismo, y la entrega de vuestros bienes, que no queréis volveros al cielo sólo con este hecho; antes con él se os encendió tanto vuestra hambre, deseo y gusto (si así puede decirse), que quisisteis cebaros en hacerme mercedes y misericordias por espacio de treinta y tres años. ¡Oh, oh, oh amor! ¡Oh, oh, oh amor! Calle la lengua y el entendimiento; dilatáos Vos por toda esta alma, no sea tan helada y dura su frialdad que impida vuestras soberanas obras; abrasadme, ensanchadme, dadme fuerzas hasta que os ame mucho, hasta que me abrase en vuestro amor, hasta que os sirva mucho. ¿Cómo podré yo contentarme con poco por un tan grande amor, tan hambriento de mi bien y de hacer mucho por mí? ¿Qué diré, amor divino? Mi miseria y frialdad me confunden; pero en esta hora os doy cuanto puedo; fuerza tenéis para hacer conmigo lo que hacéis en Vos. Toda la vida, toda el alma, todas mis fuerzas, todos los sucesos y todas mis cosas os entrego. De todo, y de mí, y en mí, disponed como quisiereis; ni queráis que yo quiera jamás otra cosa. A Vos sólo quiero, y á mí sólo para Vos; dadme tal hambre de Vos como tenéis de mí, para que siempre os ame y siempre desee amaros.

¡Oh Madre de Dios, Virgen purísima y sacratísima tesorera de estas misericordias! Amad por mí á este Señor, que en Vos me da tantos bienes; y pues mejor que todos conocéis el peso de estas obligaciones, alcanzadme perdón de lo pasado, cautivadme y atadme á este Señor ahora y en toda hora, y en toda la vida. ¡Oh corte celestial, que sois el fruto de esta nueva y divina planta de Dios Encarnado y abrasado en el amor de los hombres! Alabadle y amadle por mí, y con ese fuego suyo en que ardéis, abrasadme para siempre. Amén.

## TRABAJO II

### La estrechez y obscuridad del lugar en que anduvo nueve meses

Fué el Hijo de Dios tan esmerado en buscar invenciones de padecer, que nos dejó muy obligados á la memoria de todas las particularidades de sus obras, para que las sepamos agradecer é imitar; y así su amor le hizo inventar un nuevo género de trabajo, que sólo él pudiese padecer, por medio de la estrechez y obscuridad del lugar en que anduvo nueve meses. No quiso que ninguna cosa le aligerase este trabajo, ni le faltó alguna que se lo pudiese hacer más penoso; porque de parte de la divinidad, á que estaba unida aquella sacratísima humanidad, no tuvo ningún alivio; que si bien el alma de Cristo por esta unión veía á Dios y era bienaventurada, y la naturaleza de las almas bienaventuradas, es beatificar sus cuerpos; todavía como el Hijo de Dios se hizo hombre para padecer, obró en sí mismo, en cuanto á esta parte, un gran milagro, que fué detener la gloria de su alma, de modo que no llegase al cuerpo, para que

aquella humanidad quedase en todo tan corporal y pasible como otra cualquiera. Por eso la divinidad, unida á la humanidad, le ayudaba y esforzaba á poder con muchos trabajos, y á padecer mucho más de lo que pudiera si no fuera de ella ayudada, pero no le daba alivio para sentir menos sus trabajos.

De parte de la persona de la Virgen nuestra Señora, en cuyo sacratísimo vientre anduvo, no quiso el Hijo de Dios tomar ningún alivio que le hiciese más ligero el trabajo corporal; que si bien aquella purísima alma era á su Majestad un paraíso de verdaderos contentos, más suave que lo que el terrenal fué para Adán, todavía esto era espiritualmente, en muchos bienes espirituales que el Señor comunicaba á aquella santísima alma, y en el perfectísimo amor que ardía en la Madre y en el Hijo, con el cual el Señor amaba á la Virgen y era amado de aquel purísimo espíritu; pero como el ser Madre de Dios no excusó á la sacratísima Virgen de ser humana, no dejó su purísimo vientre de tener calidades indispensables. Y aunque en la preñez, por ser del Espíritu Santo, careció del peso, flaquezas y otras miserias de las demás mujeres, en las otras condiciones humanas que no contradecían la perfectísima santidad y virginal pureza de la sacratísima Señora, fué igual á todos los hijos de Adán. Queriendo, pues, el Hijo de Dios Encarnado parecer hijo de Adán en todo, se sujetó á todas nuestras miserias, fuera de aquellas que no podía tener sin muestra de pecado.

De parte de su sacratísima humanidad, no tuvo cosa que le pudiese hacer menor este trabajo; porque como su sacratísima concepción no fué obra humana, sino divina, en el primer instante fué perfecta y acabada; porque en ese mismo formó el Espíritu Santo el cuerpo del Señor, en la más pequeña cantidad en que la naturaleza humana podía tener vida; pero en ser tan perfecto y tan acabado en todos los miembros naturales, cual ninguno otro cuerpo humano; y cuanto al alma, tan consumado en gracia y sabiduría, que no sólo excedió á toda criatura humana y angélica, mas fué tal cual se necesitaba para que la divinidad del Hijo de Dios se le uniese y tuviese por perfectísimo instrumento de las divinas obras, que había de hacer por aquel cuerpo para redención del género humano. Esta gracia y sabiduría fué tan grande, que no pudo crecer en Cristo; porque como era el mismo en el vientre de su Madre, que á la diestra de su Padre; y crecer en gracia y sabiduría, fuera adquirir lo que le faltaba, tan impropia le era esta falta en el vientre de la Purísima, como en la diestra del Padre.

De aquí queda entendido, que todas las demás humanas criaturas, si no sienten el trabajo del vientre de sus madres, es porque nuestro Criador, que en todo usa de bondad y piedad con los hijos de Adán, reprime el uso de razón en aquellos nueve meses, para que la naturaleza haga su oficio, y las criaturas no comiencen la vida en sentimientos. Pero el Hijo de Dios Encarnado, que tomó por medio principal de mostrarnos su amor el padecer mucho por nosotros, no quiso usar de esta dispensación y alivio, antes como

criador del mismo lugar donde estaba, y como conocedor perfectísimo de todo, padeció la pena del encierro, la estrechez y obscuridad del lugar. Y si cada uno pensase consigo cuán grande trabajo le sería, si Dios le obligase á volver al vientre de la madre con el entendimiento que tiene, y cuánto más ligero le sería pasar otro cualquiera trabajo de los hombres por excusar éste; por ahí vendría en algún conocimiento de cuánto costaría á Cristo pasarlo nueve meses con mucho mayor entendimiento, y más perfecto juicio que todos los hombres.

Pasmóse Nicodemus cuando Cristo le dijo, que sin volver á nacer no podía salvarse (lo que se entiende del nacimiento espiritual del bautismo); porque como no lo entendió en aquel sentido, tuvo por pesadísima é imposible obligación volver un viejo, entendido y experimentado en las cosas, á lo que un niño pasa en el vientre de la madre para nacer. Por eso N. P. San Agustín en el Cántico que con San Ambrosio compuso en el día de su bautismo, encarece esto con unas gravísimas palabras, diciendo á Cristo nuestro Señor: *Tú, para tomar y remediar nuestra humanidad, no te desdeñaste del Vientre de la Virgen.* Y aun la palabra latina que dice *horruisti*, quiere decir más. De este lugar no se dedignó Cristo nuestro Señor, mas le sufrió por nueve meses, con el amor con que padeció todas las demás penas que tuvo en el discurso de su vida, casi contando meses de pena por las horas que Adán tuvo de gusto en el Paraíso que perdió: porque Dios le crió para vivir en gustos espirituales, sin trabajos en el lugar de los deleites; y allí estaría cuando más, desde las ocho de la mañana, en que sería criado, hasta las cinco de la tarde en que acaso fué echado de él: pero el Hijo de Dios que buscaba para sí Paraíso en las almas, no le quiso corporal en la tierra; antes escogió vivir los primeros nueve meses en lugar tan lóbrego y estrecho, cual es un vientre humano: y no sólo no quiso acortar el plazo de los nueve meses, sino que si las otras criaturas están los primeros cuarenta días sin alma, esos quiso El llevar de ventaja en la vida, fuera del orden de la naturaleza, para llevar esos más en padecer.

Acomodóse en esto el Señor, á nuestro modo de entender, á las cosas de amistad cuyas demostraciones más ciertas son padecer y sufrir mucho por los amigos, y éstas tanto mayores las juzgamos, cuanto menos las merece el amigo. Así el Hijo de Dios, sin mirar á cuánto le desmerecemos, quiso mostrar en todas las horas de su vida la amistad que nos tiene, por diversas invenciones de padecer; para que los hombres que por su natural inclinación son conversables y propensos á tener amigos, ninguna amistad estimasen más que la suya, ni se aficionasen á otra conversación. Bien claro mostró el Hijo de Dios esta su intención en cuanto hizo por encubrir su Majestad, y abatir su persona. Porque el amor, como dice nuestro Padre San Agustín, no sabe qué cosa es majestad, porque ésta espanta y el amor convida. La Majestad quita la confianza para la conversación; el amor es en ella muy confiado; la Majestad aparta de sí á los menores, y

el amor iguala á los amados: por donde mal se atraviesa la bajeza de nuestra miseria á conversar con la bondad divina, si no usara de invenciones para encubrir su Majestad. Por eso hizo tanto caso de lo más bajo en nosotros, y lo abrazó de tal suerte, que parece no atendía á las divinas grandezas que pedían otros tratamientos.

Con esto se entiende claramente cuán poco apreciará Dios á la gente que hace mucho caso de sí. Alto es Dios, dice nuestro Padre San Agustín: si te humillas, se viene á ti; si te levantas, huye de tí. Bien es verdad que algunas veces es necesario encubrir la humildad y el poco caso que de su persona debe hacer el cristiano por respeto á los cargos, oficios, dignidades ó casos que suceden; pero delante de Dios y en lo interior, no quiera mayor señal para conocer cuán lejos ó cerca está del amor de Dios, que la mucha ó poca cuenta en que de verdad se tenga delante de El. Y porque en esto puede haber muchos engaños, pensando el hombre que se tiene en poco cuando en realidad reina en él secretamente la soberbia, debe tener una señal para entenderse; que si las cosas que le humillan le son agradables y sabrosas y se le van tras ellas el deseo y corazón, por el conocimiento interior que tiene de su bajeza y odio de sí mismo; y si las que le levantan le causan miedo y temor de descontentar á Dios, entonces parece que está el alma bien fundada; porque ésta tal, aun cuando conviene para gloria de Dios y bien de las almas ó del oficio, mostrando autoridad y estimación de su persona, se estará castigando y aniquilando delante de Dios con el espíritu. Mas si la alabanza y la honra le llevan tras sí el corazón, y con el vituperio y afrenta queda triste, descontento y lleno de enfados, indignaciones, y varios discursos que la naturaleza suele hacer en estos casos, mirando á lo mucho que se le debe ó á las calidades de su persona ú otros pensamientos que inquieran, entienda que le conviene llorar delante de Dios y pedirle espíritu de humildad; y conozca que si le faltan influencias del espíritu de Dios, es porque le falta también la disposición para el amor, que es pura y simple humildad; y que le conviene resolverse á no esperar del Señor que le acepte su amor, sino por los propios medios por donde El nos mostró lo mucho que nos ama.

No se pase en olvido cuán claramente mostró nuestro Señor que su mayor placer es estar cerca de las almas que tanto ama, ó por mejor decir muy dentro de ellas; pues es tan amigo de entrañas, que no hizo para sí (como para Adán) otro Paraíso terrenal, sino que se hizo Hombre en las entrañas, como más íntimas al alma; y subiéndose al cielo, se quedó en el Santísimo Sacramento en mantenimiento, para que por esta invención pudiese aposentarse en lo más íntimo de los que le desean.

Es verdad lo que dice San Pablo, que en la tierra y en las almas de que el pecado se apoderó, la gracia y el amor del Señor sobrepujó con ventajas; porque habiendo Dios criado al hombre para gustos y no para trabajos, luego le dió el Paraíso terrenal, lugar que por los placeres era acomodado á su intención, y habiéndole

perdido por la culpa, y condenado el género humano á penas y tormentos por la divina Justicia, no quiso el Señor mudar de su intención; antes restituyó á los hombres el bien perdido, y recompensó los males en que cayeron, haciéndose él mismo nuestro Paraíso. La luz y gloria del cielo, dice San Juan, es el Cordero de Dios; El es el que hace el Paraíso abastecido de todos los bienes, pues los tiene consigo y en sí, donde quiera que está; por lo cual fué tan amigo nuestro, que hizo de nuestros interiores su Paraíso, mostrando que sólo de ellos gustaba para que por esta invención, las almas que le aman vivan en El como en verdadero Paraíso: y si de él fueron echados por sus culpas, queden ciertos que á él serán admitidos por la penitencia y el amor. En él seremos sustentados con el fruto de vida, enseñados con eterna sabiduría, abrasados con fuego de divino amor y enriquecidos con soberanas transmutaciones. El que con buenos ojos y limpio corazón mirare estas invenciones del amor de Dios, podrá con razón decir como David: *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo.* La carne, no sólo por verse unida al Verbo divino, sino también por verse escogida para recibir dentro de sus entrañas á este divino amigo: el corazón, por verse en la tierra capaz del paraíso celestial, que aunque en el modo es diferente, en la prenda es del mismo precio y estimación; pues Cristo fué servido de querer ser la prenda y el paraíso.

### EJERCICIO DEL LUGAR EN QUE EL SEÑOR ANDUVO NUEVE MESES

¿Quién podrá, Señor mío, comprender los consejos de vuestra eterna sabiduría? Adoro y glorifico cuanto puedo, y deseo poder adorar cuanto merecen las admirables obras que el infinito amor que me tenéis, os mueve á hacer por mí. Deseo con todo corazón amaros por ellas y serviros, y entregarme todo á Vos en todas las horas y momentos de mi vida, pues todo es poco para lo que merece la bondad infinita que conmigo usais. Venís, Hijo de Dios vivo, del seno del Eterno Padre en que vivís y en que estáis, Verbo eterno divino, igual á El en la divinidad, en la Majestad, poder, grandeza, bondad, sabiduría, gloria infinita y eternidad de bienes: venís á juntar á Vos esta naturaleza, y no os desdeñáis de andar nueve meses en las entrañas de una criatura humana; la cual, aunque en el alma era santísima, no carecía su sacratísimo vientre de la obscuridad y estrechez de las demás humanas criaturas. No hay aquí, Dios mío, sino pasmarse, adorar y amar la riqueza de vuestra infinita bondad y amor, que tanto os humilló por mí.

Hasta en esto quisisteis, Dios mío y mi Señor, padecer lo que las criaturas no padecen. Porque Vos, Criador mío, que pesáis los trabajos que dais con misericordia, conociendo cuán gravísimo trabajo sería para una criatura racional, tener en el vientre de su Madre perfecto uso de razón, con que sintiese la obscuridad, estrechez y miserias en que anda nueve meses; no quisisteis dar principio á nuestra vida con tanto trabajo, y represasteis el uso de razón é hicisteis que, por entonces y aun después de nacidos, hasta que el

cuerpo tenga alguna manera de fuerzas para las obras racionales, no nos entendiésemos ni lo sintiésemos. Hasta en esto fuisteis para nosotros blando, suave y piadoso Padre: y sólo para Vos, hermosura eterna, sois riguroso y áspero; y Vos solo, entre todos los hombres, quisisteis pasar, por ellos y por sus pecados, esas estrecheces y la obscuridad del lugar que ellos no conocen: ahí anduvisteis nueve meses, tan lleno de eterna sabiduría y tan perfectísimo en todos los dones de gracia, que ni ahí tuvisteis menos, ni nunca tuvisteis más de lo que ahí tenéis. Bendito, alabado y glorificado seáis por tan grandes misericordias. Oh, cómo entráis, vida de mi alma, amigo de padecer, y buscáis tantas invenciones de pasar trabajos, que ninguno sino Vos pueda tener. En todo queréis vencer á todos: en amar infinitamente, en humillaros mucho, en padecer mucho, en mostrar en todo que no tiene esta alma otro amigo, otro padre, otro refugio verdadero, sino Vos. ¿Por qué no os amo, Dios mío, de todo corazón? ¿Por qué tengo por mucho, cuanto padezca por vuestro amor? Con Vos no usáis de peso ni medida, pues la medida de vuestro padecer es vuestro amor, y conmigo sois blando y me dais trabajos proporcionados á mi corta medida; y todavía, Dios mío, me quejo y rehuso pasarlos, y trabajo por desecharlos de mí. ¡Oh, cuán poco os amo y cuánto debo amaros, buen Jesús, vida de mi vida y toda mi bienaventuranza! Mudad, Señor, el delicado amor de esta carne, en fortaleza y deseo de padecer por Vos. Enseñadme á aborrecerla; y pues en Vos la veo así tratada, desde el ser concebido hasta la cruz, quitadme el amor de ella, pues me destruye y me hace perder todos los bienes que me dais; sujetadla Vos, Señor, al espíritu como Vos queréis.

Pero, vida de mi alma, gloria del paraíso, bienaventuranza y riqueza soberana del cielo, ¿cómo al primer hombre Adán le hacéis luego perfecto y le ponéis en el paraíso de placeres, sin miserias; y á Vos, reparador nuestro y Padre verdadero, os ponéis en tanto trabajo? ¿No hay para Vos un paraíso donde estéis y nos llevéis á tratar con Vos fuera de estas miserias, pues Vos, bondad infinita, no le habíais de perder como Adán? ¡Oh, reconocedor sapientísimo de mis necesidades! ¡Oh, remediador piadosísimo! ¡Oh, divino Maestro de mis ignorancias, Redentor y médico prudentísimo de mis llagas! Bien mostrasteis en Adán que vuestro gusto y vuestro deseo no era dar trabajos, sino placeres que conservasen á los hombres sin penas ni dolores; criarlos en paraíso como príncipes, para que llegasen á ser reyes de la gloria; mas no es tanto bien para tan flaca y baja naturaleza. Y ya que en placeres se perdió el primer Padre, conviene que vivamos y nos ganemos en trabajos. Obligado de la necesidad, y para que tengamos remedio para alcanzar la salud, nos traéis en esta escuela de trabajos, porque ellos nos humillen y nos hagan reconocer vuestra obediencia y el amor que nos tenéis. Aquí nos venís á buscar, Dios de mi alma, aquí nos venís á consolar, y aquí venís á ser atribulado con nosotros; y si á mí me dais un azote, Vos tomáis ciento; y si me traéis en penas, cargáis sobre Vos las

mías y las de todos los hombres; de modo que vuestro paraíso y vuestros placeres son remediarme, enseñarme, acompañarme y enriquecerme con Vos.

¡Oh infinita misericordia! ¡Córrome y confúndome de aparecer delante de Vos, cuando me veo y cotejo con Vos! ¡Oh, cómo se conoce que soy hijo del primer pecador Adán! ¡Sin estar en paraíso, quiero yo hacerle de la tierra que es lugar de lágrimas y trabajos! Así amo las cosas de esta vida, así me pierdo por ellas, así me llevan tras sí todo el cuidado, sentido y gusto, como si fuesen bienes verdaderos y eternos; por ellas me pierdo y os pierdo, vida de mi alma. Vos ninguna parte de la vida quisisteis tener sin inmensos trabajos, y yo en todas las horas de la vida querría tener gustos; hago de las criaturas dioses, pues el amor que á solo Vos, Dios mío, os debo, os lo quito y lo doy á ellas. Y no contento con esto, sirvo á vuestros enemigos, y tantos señores reconozco en mi alma, cuantos pecados cometo contra Vos. ¡Oh desventuradas horas tan perdidas y tan mal gastadas en tantas abominaciones y desdichas, cuantas Vos veis y yo no me atrevo á pronunciar! A Vos, Dios mío, las presento, á Vos las confieso. Curadlas y apartad de mí el amor de ellas y del mundo, por vuestra misericordia; reformad este tan perdido interior; recogedle todo en Vos. ¡Oh, quién nunca os hubiera ofendido! Sea, Señor, para mí, de aquí adelante, hiel y vinagre todo lo que hay en el mundo, y sean para mí placeres el humillarme y padecer con Vos. Vencisteis en humillaros mucho más que todos; vencedme también en humillarme, en rendirme todo á vuestro servicio, en darme vuestro amor, en mudar todo el gusto, todo el sabor, todo el cuidado en Vos, mi buen Jesús.

¡Oh verdadero amigo de mi alma, cómo os parecéis todo á Vos, hermosísimo, amorosísimo y bonísimo Jesús! Hermoso en vuestros principios, hermoso en los medios y hermoso en los fines: todo uno, todo suave, todo lleno de misericordias y de amor. No quisisteis al entrar en el mundo rehusar el lugar de las entrañas humanas nueve meses, porque os creyese cuando me dijisteis que os había de recibir en alimento para teneros en las mías. Para las mías, Dios mío, os acostumbráis ahí; y con eso me hacéis creer que también queréis que os traiga en mis entrañas. En las santísimas de vuestra purísima Madre os hicisteis Hombre, para que os podáis hacer manjar y pan divino, y morar en las mías. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿No sólo en la tierra queréis humanas entrañas, sino también después de estar en el cielo las buscáis? ¿Tan dentro de mí queréis estar, tan asido á mi interior, dentro de este pecho corporal y mucho más dentro de esta alma que criasteis para Vos? ¡Oh, cómo es verdad que vuestros placeres son *estar con los hijos de los hombres!* ¿Qué halláis, Señor, en mí, para que tanto hagáis por estar en mí? Vuestra riqueza toda la tenéis con Vos: ¿pues qué más veis en mí, para que no os aquietéis de estar solo con Vos, y me queráis á mí, lleno de míserias y pecados? Vos sois el Paraíso de todos los bienes. ¿Qué buscáis en mis miserias? ¿Cómo puedo yo ser paraíso del Paraíso

de infinitos bienes? ¡Oh, si me diéseis vuestra luz para entenderos, y vuestro amor para abrazaros y estrecharme con Vos! Por ser Vos, buen Jesús, Paraíso, por eso queréis estar conmigo, y mostrar en mí vuestras misericordias, para que así estando yo en Vos, me halle en el Paraíso, recibiendo de Vos frutos de vida, de sabiduría y de amor, comunicándoos todo, y dando á mi alma vuestras suavidades y riquezas!

¡Oh Dios mío y todo mi bien! Concededme que me alegre solo en Vos sobre todas las cosas, sobre toda salud, sobre toda hermosura, sobre toda gloria, sobre toda honra, poder, riquezas, artes, placeres, fama, alabanzas, sobre toda suavidad y consolación, y sobre cuanto me podéis dar, visible é invisible. Tú eres bueno sobre todo; tú sólo altísimo, poderosísimo, hermosísimo, amorosísimo, gloriosísimo, nobilísimo. Tú eres el verdadero Paraíso de todos los bienes y placeres; sin ti el Paraíso es destierro. No puede mi corazón tener verdadero descanso, sino en Vos; y porque lo sabéis, buscáis tantas invenciones para estar en mí, para que así pueda y esté yo en Vos; y ya que yo no os busco, Vos me buscáis á mí, y os venís á mí, y me amenazáis con la muerte si me aparto de Vos. ¡Oh esposo de mi alma, Jesús, amador purísimo! ¿Cuándo me veré libre de mí, para estar todo en Vos? ¿Cuándo llegará aquella dichosa hora, en que todo me ocupe en Vos, y vea cuán suave sois? ¿Cuándo me recogeré todo á Vos, de suerte que no me mire á mí, sino á Vos, poseído todo de vuestro amor? ¡Oh, cuántas cosas me hacen gemir, que de Vos me apartan, me perturban, entristecen, obscurecen, distraen, ahogan y me quitan la libre entrada á Vos, y el no gozar de vuestros suavísimos abrazos! ¡Oh Jesús, resplandor de la gloria, consolación del alma peregrina: aquí estoy ante Vos tan miserable, que no sé hablar; pero mis necesidades claman al dulce amor que os trajo al claustro virginal de vuestra Madre, y os dan voces por mí! Oidlas, Señor, y no tardéis en venir á este vuestro pobre é indigno siervo, y alegradle con el paraíso de esos vuestros bienes. Vos sois mi alegría, y sin Vos no puedo estar verdaderamente contento. Miserable soy, Señor, y preso de mis ceguedades, hasta que me mostréis vuestro rostro, y con él me libréis de mí. Busquen los demás lo que quisieren; á mí nada me satisface ni agrada, sino Vos, Dios mío, amor de mi alma, mi esperanza y toda mi salud. Venid ya, Señor, á mí: y si tanto deseáis estar conmigo, vedme aquí: apareced, suave Jesús, á este corazón y decidle: *Yo soy tu salud:* mudadle y abrasadle todo en Vos, ¡oh mi amor, mi gloria y suavidad!

¡Oh Madre de Dios sacratísima, Virgen purísima y riquísima de Dios, que merecisteis ser tesorera de los bienes de Dios tantos meses! No tenéis este bien sólo para Vos; para mí le guardáis, para mí le criáis, para mí os ha sido entregado. Sed, Señora, conmigo liberal: dadme ese Señor: unidme todo á El: desprendéd de mí todo aquello que me aparta de El. Y pues El no tiene disgusto de las entrañas, sino de las culpas, purificadme para que merezca tenerle siempre en mí. ¡Oh celestiales ciudadanos en que este Señor ya reina y vive

sin impedimento, y que en El vivís seguramente: alcanzad á este miserable un ascua de ese fuego que os abrasa, para que en mí prenda y se encienda, hasta llevarme á vuestra compañía. Amén.

## TRABAJO III

**Tener represada por algún tiempo la fuerza del amor, sin manifestarse en otras obras.**

El abad Guarrico apuntó un trabajo que Nuestro Señor pasó en los nueve meses que anduvo en el vientre de la sacratísima Virgen, muy propio y muy natural del inmenso fuego de amor que ardía en el pecho de este Señor: el cual trabajo fué detener y represar la fuerza y vehemencia de su amor, de suerte que no se mostrase, ni hiciese por algún tiempo las obras á que venía al mundo.

Tiene el amor naturaleza de fuego, que es el más pronto y operativo elemento; y por eso se llama Dios fuego consumidor, por las obras de amor que ha hecho y hace, tan fuera del humano juicio y del terreno entendimiento, que si no tuviera por razón al infinito amor de que proceden, parecieran impropias á la Majestad de su divino Autor. Corresponden con propiedad al amor divino todos los nombres de poder y grandeza, como son fuerte, pronto, invencible, todopoderoso, vehemente, inflamador, transformador y todos los demás de esta calidad: porque el eterno y soberano fuego ardentísimo de que proceden, y las obras que en Dios y en sus criaturas hace, son clarísimas demostraciones de cuán propias le son éstas y todas las demás perfecciones. Y así como el fuego donde halla más fuerte materia, allí con más fuerza muestra su eficacia, así el amor, dando en la grandeza y majestad del divino pecho, no puede el humano juicio comprender la fuerza con que arde. En este fuego ardía el Verbo Divino, ya Encarnado en el vientre de su sacratísima Madre; allí estaba esperando los espacios y dilaciones de la naturaleza para salir y manifestarse en divinas obras, en soberanas doctrinas, en inmensos excesos de padecer y en larguísimas corrientes de favores. Ardía por acabar sus obras: y era necesario estar algún tiempo encubierto y disimulado, y esperar meses y años á que llegase la conjunción que en su eterno consejo estaba determinada. Por eso la fuerza de este amor represada se volvía contra el mismo divino Señor; á El le afligía, á El atribulaba y consumía.

Si es verdad, como lo es, lo que dice la Divina Escritura y la experiencia enseña, que la esperanza dilatada aflige al alma, y cuanto la cosa espérada es de mayor gusto y estimación, más aflige su tardanza, ¿cuánto afligiría á este Señor la lentitud con que la naturaleza procedía en formar aquel cuerpo en que esperaba mostrar los gustos de su corazón en las copiosas mercedes que por él nos había de hacer, y en lo mucho que determinaba padecer para satisfacer la fuerza de su amor? Nuestro Padre San Agustín dice una cosa que realza mucho esta verdad: Que si Dios, como tal, pudiera pa-

decer, ninguna cosa fuera bastante para atormentarle, sino sufrir las angustias de su amor. Y esto dice para encarecer cuánto descontentan á Dios los que no emplean en El su amor. Y así, parece que un Dios tan amoroso, que es el mismo amor, ningunas mayores angustias y agonías pudiera padecer, si fuera posible, que no ser amado, haciendo tanto por serlo; pues pareciera que daban en vano todos sus cuidados y los trabajos que pasaba, si las almas fuesen tan ingratas que no le correspondiesen con amor. De este espíritu y entendimiento del inflamado Agustín, tan experimentado en afectos del divino amor, queda entendido, que pues á Dios (si pudiera padecer) sólo le diera trabajo la angustia de su amor en no ser amado, mucha mayor pena le daría si amando mucho no pudiera mostrar lo que amaba.

Estas angustias que Dios no podía padecer en la divinidad, las sufrió en su humanidad, porque como la había tomado por instrumento de mostrar su infinito amor, le daba gran pena todo el tiempo que era necesario esperar, deteniendo la vehemencia del amor que deseaba manifestar. Bien se vió esta verdad cuando llegó el tiempo de soltar Dios su amor; pues de tal suerte trató á su humanidad y buscó tales invenciones para padecer, que primero agotó la naturaleza su posibilidad, que la vehemencia se cansase de manifestarse por ella. Parece, pues, que viendo el Señor cuánto menos podía padecer su humanidad, que el amor obrar, buscó antes de la Pasión una invención de quedar en la tierra hecho mantenimiento, por el cual pudiese hacer en las almas de sus amantes lo que faltaba á la flaqueza de la humanidad; y aun después de muerto, quiso que en la cruz le abriesen el costado, para subir al cielo con esta llaga, además de las abiertas en los pies y manos, en satisfacción de su gusto de padecer, y en señal de que por él nada quedaba, pues dejaba abiertas estas fuentes de gracias.

Dos cosas hay en la tierra que por experiencia muestran esta verdad: el amor santo de los justos y el amor terreno de los mundanos. El amor puro y perfecto de los justos, que es una sola ascua participada del incomprensible horno de amor divino en que Cristo nuestro Señor ardía, hace en ellos muchas operaciones semejantes, porque continuamente los atormenta y hace vivir en pena. Penan, porque no ven al que aman, porque se les dilata el destierro, por el peso y gravedad de la carne, porque no pueden con la prisión del cuerpo acudir á cuanto el amor les pide. Así se ve que pierden el gusto de los sentidos, el sueño, el comer y el reposo corporal muchas veces; porque les tira tanto el amor divino, que no les deja cosa que no quiera ocupar en sí. Todo cuanto hacen les parece poco; arden por arder en todo: y como el alma presa en la cárcel del cuerpo no es tan libre para lo que pide el espíritu, viven siempre penando. Y bien se ve lo que esto les cuesta; porque, por la mayor parte, los que llegan á tal estado andan flacos, debilitados y con salud quebrantada. Las particularidades y secretos de esto no son para aquí ni para toda gente; los experimentados saben cuánto

atormenta y crucifica el amor á las almas que más posee, y ellos conocen cuán mal pueden declarar por palabras la alegría y paz en que viven, mezclada con penas y tormentos, y cuánta más paciencia necesitan para sufrir la vida y peso de la carne, que los trabajos del mundo. Alguna cosa de esto dijo San Pablo, cuando se llamaba desventurado, porque no podía llevar el peso de la carne á todo cuanto el espíritu le pedía; y cuando viéndose tan preso de Cristo, que sólo en El vivía, tenía por mayor ganancia de la vida el acabarla. Y cuando David consolaba la tristeza de su alma con esperanzas de que se ocuparía siempre en loores del Señor; cuando su mantenimiento eran las lágrimas; cuando todo su interior y exterior de día y de noche le andaba atenazeando, preguntándole por su Dios, y dónde estaba aquel á quien amaba y no veía; bien mostraba cuánto más le dolían estas penas del amor de Dios, que los trabajos que había tolerado en su vida. Pues si tanto cuesta á los Santos no poder con una ascua de amor, y si el sentirse en esta vida impedidos por no poder explayarse y dilatarse cuanto el amor puede, les hace el destierro insufrible, y la vida pesada, ¿qué haría aquel inmenso fuego en el pecho de Cristo en el tiempo que era necesario esperar para lo que quería ejecutar?

Del amor natural y terreno no hay quien no experimente con cuánta furia corre á lo que ama; de él nace la tristeza de que le falte; la esperanza de verlo, el gusto de gozarlo, el temor de perderlo y la pena de haberlo perdido. No mira á la cualidad de la cosa amada, si es buena, ó si es mala; sino que en aficionándose á ella, todo trabajo le parece poco por alcanzarla; todo lo que la impide, lo tiene por intolerable; todo lo que la ayuda, por bueno; y sin más razón que el afecto, por todo pasa, por todo rompe, todo lo acomete, y sólo siente no alcanzar lo que desea. Muchas veces vemos en aquellas cosas que el juicio libre y claro más condena, hallarse el corazón aficionado más ciego y más duro para el consejo y remedio. Esta furia con que el amor estrecha, se conoce mejor cuando el hombre, alumbrado de Dios en alguna manera, desea desprenderse de lo que mal amó, para llegarse de todo corazón á Dios; porque allí rompe el corazón mal acostumbrado todos los lazos y cadenas; salta y da coces contra la verdad y contra Dios, como una bestia indómita.

Dejo las menudencias de esto á la cotidiana experiencia; basta saber que los trabajos de las humanas ocupaciones, las penas y aflicciones en que continuamente se vive, sólo tienen su raiz en los afectos del corazón; porque, ó ama más de lo que puede alcanzar, ó los sentidos interiores y exteriores no hallan descanso en lo que desean y poseen; ó la afección y amor es mayor que las cosas amadas, y así andan los corazones ardiendo en deseos desordenados y penando con la falta; disponiéndolo Dios, para que se cumpla la ley justa que tiene puesta contra los que no le aman, de que el corazón desordenado sea pena y castigo para sí mismo. Pues si tantas agonías causa un terreno amor (que viene á ser como rasgo

y borrón del verdadero amor, y como fuego pintado en comparación del vivo), ¿qué obras haría el vivo y puro fuego de amor en la propia esfera donde nace, que es el divino pecho de Cristo, en el tiempo que se vió dilatado é impedido para lo que deseaba?

Dando á esto otra vuelta, es gran confusión para un cristiano mirarse en estos espejos de amor; porque si tuviese los ojos abiertos, y se cotejare con el amor divino de Cristo, vería cuán bien se explicó nuestro Padre San Agustín, cuando dijo del tiempo que anduvo sin amor de Dios, «que se vió en una región de desemejanza;» porque como toda la nobleza del alma es parecerse con quien la crió, así en las perfecciones como en las operaciones de ellas, huyendo como hijo pródigo y desbaratado de esta región de la semejanza de Dios, ¿dónde se hallaría, sino en otra muy apartada de confusión y desorden en que no veía cosa parecida á la pureza de su Criador? Y si la ceguedad del alma fuere tanta que no sepa entender el amor de Dios para entenderse á sí; por sí y en sí verá, si quisiere, cuán lejos está de su amor; porque en sus terrenas aficiones, en el trabajo que toma para satisfacerlas, en el disgusto de no conseguirlas, en la furia con que se arroja á ellas, en el empeño con que de ellas trata y en lo demás que hallare, verá cuán preso está de sí, cuán olvidado de Dios y de la salvación, y cuán poco, ó cuán nada hace por el amor de aquel Señor por quien vive y á quien debe cuanto tiene y cuanto puede esperar.

### EJERCICIO DE LOS NUEVE MESES QUE EL SEÑOR TUVO REPRESADA LA FUERZA DE SU AMOR.

¡No podéis estar ocioso, fuego y amor divino! Cuando parece que no hacéis nada, tenéis interiormente más tormentos; porque cuando no hacéis vuestras obras, parece que no os pueden llamar fuego y amor. Sois, mi buen Jesús, Dios de amor; sois el puro fuego y amor divino; todo ardéis, ni habéis menester otro verdugo, sino vuestro amor. ¿Qué aprietos son estos en que os pone vuestro amor, vida de mi alma? Descansad ahora; holgaos, que tiempo vendrá en que os hartéis de padecer. ¡Oh amigo verdadero de alma! No es esta vuestra condición, porque siempre cansa, se siente y aflige mucho el dilatarse lo que mucho se estima y se desea. Estimáis y deseáis tanto hacerme mercedes, dar por mí vuestra sangre, morir y padecer por mí, gastaros todo en mi amor y remedio, que mientras esto se os dilata, ardéis, penáis, suspiráis y os afligís. Deseáis descubriros al mundo, y es preciso estar escondido; deseáis enseñar vuestras verdades, y es forzoso estar callado; deseáis llamar y recoger á los pecadores, curar á los dolientes, llenarlo todo de vuestras virtudes y mercedes, padecer y morir por el género humano; y es preciso estar por ahora encubierto y disimular. Obedecéis por amor el orden del Padre Eterno, y obedeciendo deseáis, y deseando penáis con las lentitudes y detenciones de la naturaleza. Ya que no podéis trabajar en las obras que tenéis por hacer, penáis en sufrir que se dilate

aquello para que venís. ¡Oh, cuán mal entendido está de los amadores del mundo este vuestro género de trabajo! Quien os ama, os entiende. Si vuestros siervos, buen Jesús, á quienes inflamáis con puro amor, viven siempre por amor en pena por ver la perdición del mundo, porque se les alarga el destierro, por el aprecio y deseo que en ellos arde de vuestra gloria y del bien del prójimo; y si es para ellos un continuo martirio la falta de fuerzas que en sí sienten, para lo que el amor y deseo de poseeros les pide, ¿qué pena os daría á Vos, Señor mío, amar mucho, desear mucho y esperar mucho, ardiendo en ese divino pecho un horno inmenso de divino fuego, cuando sólo las chispas que de él saltan á los corazones de los vuestros hacen tan vivas operaciones? Bendito, alabado y glorificado sea vuestro santo amor, Dios mío, Señor de mi alma. Ya que tanta pena os da vuestro amor en esperar estas necesarias dilaciones de sus obras, aquí tenéis en qué emplearos, aquí está mi alma ante Vos, tan miserable y pecadora, que sólo de vuestro amor espera el remedio. Poned, Señor, los ojos en mí, y tened piedad de la destrucción que acá dentro veis y de las llagas mortales que esta vuestra criatura padece.

¡Oh, cuán lejos estoy, Dios mío, de ese vuestro amor! Los efectos que en Vos hace para mi bien, causa en mí el amor del mundo para apartarme de Vos. A las cosas terrenas corro con furiosa afición; entristézcome si se me retardan; aflíjome si no las logro; desconsuélome si no ceden á mi gusto; espérolas con deseo; búscolas con mucho cuidado; guárdolas con mucha afición; piérdolas con mucha pena, porque todo me tienen robado, todo poseído, todo apartado de Vos. Oh miserable de mí, que aunque conozco esto, no me entiendo perfectamente: porque si me conociera, reventara, Dios mío, de dolor, de ver cuánto menos os estimé á Vos, gloria mía y bienaventuranza mía, que al mundo; y cuántas veces os dejé por mis gustos. ¡Oh amor divino, cuánto te debo! ¡Qué sería de mí, si no fueras infinito, porque menos que infinito y divino no me pudierais sufrir! ¡Cuántas veces, Dios mío, entrasteis en esta alma con vuestros dones y con deseo de tratarme y llenarme de bienes; y llegando cualquier deseo de cosa terrena, os eché fuera de mí, sin vergüenza, sin aprecio, sin respeto, por dar entrada á mis terrenas aficiones! Cuando me hallo perdido por ellas, y me vuelvo á Vos, luego os hallo padre y amigo, olvidado de mis males; luego me recibís en vuestra gracia; luego abrazáis mi alma con amor; luego me inspiráis consejos de salud; luego volvéis á mi interior; y ni aun así me doy todo á Vos. Vuelvo á cada paso á perderos, á echaros de mí, arrojaros de mi corazón por mis pecados, de los cuales gusto más que de Vos, pues por ellos os dejo. ¿Cómo vivo, Dios mío? ¿Cómo estoy delante de Vos, confesando estas verdades de mis males, sin derretirme todo de dolor? ¡Oh misericordia infinita, oh piedad inmensa, oh bondad eterna, con cuánta razón me pudierais ya tener apartado de Vos por muchas veces, arrojado en el infierno y entregado á los demonios! Pero sois tan infinito, que calláis, sufrís, es-

peráis, y os dejáis injuriar de mí, y deseáis que os vuelva á querer, y llamar, para socorrerme prontamente.

¡Oh vida de mi alma, cómo quedo cuando de mí os arrojo! Quedo sin vida, sin salud, sin luz, sin amor, entregado á mis pecados y al demonio, cuya voluntad hago. ¿Qué digo, buen Jesús? Quedo sin Vos, Dios mío, todo mi bien, y mi esperanza toda. ¡Oh pobre de mí, desventurado de mí, cuándo se acabará esta desdichada peregrinación, y me veré seguro de no perderos! Perdonad, Señor; perdonad, Jesús; perdonad, hijo de Dios vivo; perdonad, Cordero de Dios, con misericordia lo que veis en esta triste alma. Derretidme todo en dolor y sentimiento de mis males. Aquí los pongo todos juntos, y á mí con ellos, delante de este fuego que en Vos arde: curad, Señor, estas llagas; mudadme y transformadme todo en vuestra voluntad. Aquí ocupaos, aquí arded, aquí satisfaced el deseo de hacer vuestras obras. ¡Oh, cuándo me veré tan poseído de vuestro amor, que de verdad os diga mi alma, toda presa de Vos: Vos sois mi Dios, mi amor, mi Señor, todo mío, y yo todo vuestro! ¡Oh, cuándo ninguna cosa estimaré, ni desearé sino á Vos, vida mía bienaventurada! ¡Oh, cuándo me cansarán las cosas de la vida, y las aborreceré tanto, cuanto gusté de ellas y las deseé! ¡Oh vida de mi corazón, arda en esta hora mi alma en deseo de teneros y amaros! Encended, Señor, este fuego, que siempre arda, para siempre dure, y no se apague en las pruebas del verdadero amor.

¡Oh mi fuego, oh mi suave amor! ¿Qué queréis que haga por Vos? Conviértase todo lo que hasta ahora amé contra mí, y conviértase todo mi corazón á Vos. Con todo quiero tener guerra; solo con Vos paz y amistad; todo lo renuncio por amor de Vos, y á solo Vos quiero: á Vos me rindo todo, todo me ofrezco, todo me entrego. Castigadme, atribuladme, crucificadme y haced de mí cuanto quisiereis; pero prendedme, poseedme y cautivadme de Vos, amor divino. Enseñadme, Señor, á sufrir la carga y peso de esta carne, sin perderos y sin ofenderos. Enseñadme á padecer mucho por Vos; enseñadme á estimaros. Sólo sea pena para mí el perderos: sólo ganancia amaros. Las cosas que de Vos me apartan, me disgusten, y las que á Vos me llevan, me aficionen. Sed Vos el único amor mío y el fin de toda mi vida, de todos mis deseos y mis obras. A Vos busque, á Vos halle, á Vos vaya, á Vos llegue, á Vos sólo desee y á Vos sólo posea: y todo lo que Vos no sois, desde ahora para siempre me fastidie. Poned, vida mía, en Vos todo mi sentido y cuidado desde esta hora para siempre. Sea sólo gusto para mí padecer mucho por Vos, estar siempre entregado y sujeto á Vos, y dejarme tratar de Vos á toda vuestra voluntad. Olvidaos, Señor, de mis males pasados, mirad el deseo que ahora me dais y ahora tengo de Vos: y pues probasteis bien cuánto cuestan deseos dilatados, no tardéis, mi buen Jesús, de venir á mí y convertirme todo en Vos. Venid, Señor, y con vuestra presencia alumbrad las tinieblas de esta alma, y haced que no haya para mí mayor pena que vuestra tardanza, y el no veros entregado todo de mí. ¡Oh amor divino, cuándo harás estas tus obras

en mí! ¡Oh amor, no sea todo ocuparte en atormentar ese Cordero: empéñate en transformar en tí este fiero lobo; amansadle, sugetadle á Vos, y traedle siempre á vuestra disposición: ¡oh, si me viera algún día mudado del todo y poseído de Vos!

Qué mucho, Dios mío, que desee yo ocuparme todo en Vos, pues fuera de Vos todo me pierdo, y á Vos os veo todo ocupado en mí, sin que tengáis más ganancia que el gusto de amarme y de hacerme bien. ¿Por ventura, buen Jesús, estuvisteis ocioso nueve meses, aunque no hablábais, ni os mostrábais, ni padecías por mí lo que deseábais? No por cierto. Todo ese tiempo le gastasteis, vida de mi alma, en sentir mis males, en ofreceros por mí á vuestro Eterno Padre, en alcanzarme y merecerme misericordias y beneficios infinitos. Ahí me teníais presente, ahí me amábais, ahí me llamaba ya vuestro amor á la unión y servicio vuestro; cada gota de sangre que en vuestro Cuerpo crecía; cada mantenimiento que para substentar esos tiernos miembros tomábais; cada vez que crecíais algo en la corpulencia, renovábais vuestro amor, y de nuevo le ofrecíais á vuestro Eterno Padre, para entregarle todo en la Cruz por mí: y tantos deseos y gustos nuevos tuvisteis de hacer mucho por mí, cuantos eran los momentos en que sustentábais y aumentábais la vida y fuerzas de esa humana naturaleza que por mí tomasteis. ¿Qué más hiciérais, Dios mío, por mí, si fuera yo vuestro Dios? Adoro esa bondad, adoro ese cuidado de mí, adoro ese infinito amor, tan general y tan particular; tan antiguo y tan nuevo; tan eterno y tan renovado. Pásmome, amor mío, y no sé hablar; encended Vos vuestro amor en mí, para que sepa sentir, agradecer y amar.

¿Vos á mí, Dios mío? ¿Vos por mí? ¿Vos que no sois ciego en lo que hacéis, ni os inclina errada afición? Pues, Dios mío, ¿Vos á mí? ¡Ah bondad! ¡Ah amor sin ley, sin regla, sin medida! ¡Adóroos, aláboos, deséoos, por Vos suspiro! Venid á mí: haced en mí lo que hacéis en Vos: pues no queréis más razón para todo lo que hacéis, que el amar; enseñadme esa ley, esa razón, y que sólo ella me gobierne. ¿Qué mucho hago en desearos mucho, en amaros mucho, en vivir todo para Vos, y en emplearme todo en Vos, pues nada hago de gracia, ni puedo responder dignamente á cuanto amor os debo? No puedo ser el primero, pues Vos sois el que siempre comienza: ojalá fuese yo el segundo, y respondiese á tanto amor con alguna centella suya. Pero Vos, amor divino, lo habéis de hacer todo, y lo que ahora deseo, ha de ser obra vuestra. Quitad, Señor, de mí los impedimentos que en mí veis de vuestro amor: deshaced este muro de acero que está entre Vos y entre mí. El amor que tanto os ocupa en mí, os mueva á deshacer todo lo que en mí os descontenta. Llevad, Dios mío, á Vos todo mi deseo, toda mi esperanza, todas mis fuerzas, toda mi alma, todo el tiempo, todas las obras y toda la vida. Sea yo un vivo instrumento, sin resistencia alguna de vuestra voluntad. ¿Quién me conoce, sino Vos, Dios mío? ¿Quién ve mis necesidades, sino Vos, verdadero remediador de ellas? Ante Vos estoy cual veis: lo que deseo en esta hora Vos lo sabéis:

cuán perfecta ó flacamente lo deseo, solo Vos lo entendéis; cuánto os debo, Vos lo pesáis: cuánta necesidad tengo de vuestro amor, solo Vos, amador divino de mi alma, lo penetráis. Dadme, amor mío, lo que veis que he menester: disponedme para darme lo que me podéis dar: vuestro soy, y Vos mío: hábleos por mí vuestro amor. Yo aquí estoy entregado y rendido cuanto puedo, con los ojos, con el deseo, esperanza, corazón, alma, y todo abierto, suspirando por Vos. ¡Cuándo llegaréis y me saciaréis, y me abrasaréis todo en Vos! ¡Oh Dios mío, oh amor mío, oh vida mía, oh fuego mío, oh mi suave Jesús!

¡Madre de Dios, Virgen purísima, quién pudiera comprender lo que recibisteis en estos nueve meses! También aquí calla mi lengua y os habla mi deseo. Dadme ese Señor; dádmele. Señora de la vida; dádmele, esperanza mía. Ni sé, ni quiero pedir más. Vos, que sabéis cuanto él solo me basta, alcanzadme amor para saberle desear y brazos interiores puros para tenerle perpetuamente asido en mí. ¡Oh corte del cielo que amas y eres amada y aquí está todo tu bien!; haz que no quede yo, miserable, fuera de él; sino que viva siempre amando, pues no vivo sino de ser amado de ese Señor, que en Vos vive y reina para siempre. Amén.

## TRABAJO IV

### El duro tratamiento que Cristo dió á su cuerpo luego que nació, y de su nacimiento.

Llegado el tiempo y hora en que el Verbo divino encarnado había de salir del sacratísimo vientre de la purísima Virgen nuestra Señora y aparecer en el mundo, fué tal su contento de verse ya entrado en el camino que tanto deseaba, que le comparó David á un ánimo y esfuerzo de gigante para acometer alguna hazaña. Pero viendo cuánta frialdad había en la tierra para recibirle, alborozó el cielo y mandó que bajasen ejércitos de ángeles á festejar su entrada en la tierra. Y sin duda, si soltara todas las criaturas, como las soltó cuando murió, mostraran con nuevos excesos el placer que merecía la venida del Hijo de Dios á la tierra, como mostraron sentimiento en la despedida. Pero como su determinación era plantar en la tierra el espíritu del cielo, y parecer en figura y modo desprendido del amor de las cosas terrenas, se contentó con las fiestas del cielo. Mas la sacratísima Virgen hizo perfectísimamente por todo el género humano el oficio y servicio debido al Señor; porque Ella sola fué escogida para crédito de nuestra deshonrada naturaleza y para suplir todas las faltas de ella. Así, llegando la hora del parto, la sintió, no con dolores y trabajos de las otras mujeres, sino con tan grandes y tan nuevos excesos de inflamaciones interiores de amor y tan grandes júbilos y elevaciones del alma, que bien conoció ser llegada la deseada hora en que había de ver por sus ojos y tener en sus brazos y á sus virginales pechos al unigénito Hijo de Dios y suyo, perseverando Virgen perpetua y Madre del mismo que adoraba como Dios.

Había esta Señora llegado aquel día con su esposo José á la ciudad de Belén, en cumplimiento de un edicto que el Emperador de Roma publicó por Judea y todo el orbe, para que le reconociesen vasallaje; y como la ciudad era pequeña y la gente mucha (porque allí acudían todos los de la casa de David), no halló la Señora donde aposentarse, ni entre los vecinos, ni en las posadas; y fué preciso recogerse en el rincón de un portal, donde había algunos pesebres para que los pasajeros diesen allí de comer á sus caballerías. No se debe pensar que la Señora escogió este lugar sin consideración, porque el Espíritu Santo la enseñaba y guiaba; aunque sabía cuán cerca tenía la hora del parto y que era bastante excusa para no andar personalmente aquel camino, desde Nazaret á Belén; con todo eso, fué á buscar el lugar que sabía tenía escogido para nacer el mismo Dios que traía en su purísimo vientre, acomodándose como sierva muy fiel (de que ella más se preciaba que de Madre) á la voluntad del Señor que había de parir, más que al gusto que tuviera de aposentarle en otro muy diferente lugar. Estando la Señora en aquel pobre y desabrigado establo, ocupada en inflamadísima oración, sin que ella sintiese ningún efecto corporal, el Verbo Divino encarnado salió por su propia y divina virtud á la media noche en punto, según fué revelado á San Bernardo, de sus purísimas entrañas, dejando á su sacratísima Madre enterísima y perpetua Virgen, usando por entonces del don de sutileza de los cuerpos bienaventurados, que entran y pasan adonde quieren, sin ninguna alteración de las propias cosas por donde pasan.

Salido de las virginales entrañas el Divino Verbo encarnado, Hijo de Dios vivo, se echó en el suelo sobre las pajas que allí había delante de los ojos de la Virgen sacratísima, en cuerpo muy pequeño y hermosísimo, semejante en la disposición y figura á todas las demás criaturas recién nacidas. En el mismo instante se sintió la Señora con los pechos llenos de leche, y postrada en la tierra adoró á su Dios y su Hijo, y le tomó en sus purísimos brazos, y le cubrió con pobres paños, tomándole y dándole de mamar, y le dejó otra vez, por hacer su voluntad, en el mejor lugar de aquella pieza, que era un pesebre, y se puso junto á El guardándole, adorándole y pasmándose.

Dejo á la consideración de los devotos lo que en aquella hora sentiría, porque ni la lengua ni la pluma pueden declarar tantos excesos y operaciones de amor como allí hubo. Hicieron su oficio los ejércitos de los ángeles, reconociendo y adorando al Señor que veían hecho hombre, llamando para el mismo fin á los pobres pastores y entonando en celestiales cánticos: *Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: cuya cláusula tiene varios y excelentes sentidos. En uno quiere decir que es acabada la guerra y división que el pecado había causado entre Dios y los hombres; y que ya toda buena voluntad, todo buen deseo, todo el amor de los corazones humanos, tiene libre entrada en el divino pecho por las paces que el Hijo de Dios nacido tiene hechas

y confirmadas, para que nunca se vuelvan á quebrantar. En otro sentido dice, que pueden ya los hombres vivir libres de la divina ira y justicia, á la sombra y amparo de tal mediador, como tenemos en el Hijo de Dios humanado; porque por El halló la bondad divina suficientísimas razones y méritos para recibirnos de buena voluntad en su gracia y amistad. En este sentido quieren los ángeles decir que la paz es dada á los hombres de buena voluntad y liberalidad de Dios. Otro sentido se da á estas palabras, muy propio del amor que Dios en este día muestra á los hombres. Los pecadores son llamados muchas veces en la divina Escritura hijos de ira, hijos de perdición é hijos de la muerte, por lo sujetos y entregados que estaban á esto por los pecados; y por Cristo nuestro Señor somos prohijados de Dios, y ya de verdad hijos suyos. Pero como esto no es por merecimientos nuestros, sino por excesos del amor y voluntad que Dios nos mostró, dándonos su Hijo hecho hombre; por eso los ángeles nos llaman ya hombres é hijos de aquellas divinas entrañas y de aquella sumamente buena voluntad, inclinada ya á todo nuestro bien: por eso cantan, que á los hombres é hijos de aquella voluntad y bondad paternal infinita, sea paz, que es principio y conservación de todos los bienes.

Entre estos angélicos placeres no se olvide el trabajo que nuestro Señor da á su humanidad, y cuán prontamente la muestra, que no nace para descanso, á fin de que le agradezcamos el tener tan presente nuestro remedio, que ni las fiestas celestiales son bastantes para olvidarle de ello. Tenía el Señor en aquel lugar los brazos de la sacratísima Virgen, que El escogió para que le sirviesen y recibiesen, á lo que estaban ya obligados por ser brazos de Madre, y de tal Madre; con todo eso, en saliendo de su purísimo y virginal vientre, no se pone luego en sus brazos, ni la deja que haga su oficio cuando quisiere, sino que El por su voluntad se echa en el suelo, y escoge por cama la tierra común á los gusanos y animales. Y de tal manera escogió este tratamiento de su cuerpo, en naciendo, que toda la vida se le dió, para que desde el nacimiento hasta la muerte pudiese decir que le faltaba el refugio de las raposas y aves que tienen sus nidos y cuevas; mientras El no tiene una piedra, ni un palmo de tierra en que recogerse y reclinar la cabeza, siendo cosa común á todo animalillo: y quiso luego que nació, parecer lo que David había profetizado de El, que sería reputado como gusano y no hombre, y sería tenido como oprobio de los hombres y escarnio de la plebe. ¿Quién hace caso de los gusanos? Esa cuenta hizo de su cuerpo el Hijo de Dios: pues en naciendo le echó en el lugar donde los gusanos se crían. No puede esto reputarse en Cristo por acaso ó flaqueza de niño (pues por su virtud salió del sacratísimo vientre en que anduvo nueve meses), sino que fué eterna providencia. Y El mismo, como Dios, Señor y Gobernador del mundo, dispuso que se acabasen los reyes de la casta de David en Judea, y los capitanes y príncipes que después le sucedieron, y viniese la sucesión de ellos por línea recta á la Virgen nuestra Señora, pobre,

y al Santo José, su esposo, carpintero, para nacer de madre pobre, aunque legítimo heredero del reino temporal de David. Pero como no pretendía cumplir las promesas que hizo á David de su reino en sucesión temporal, sino en celestial y eterna; ordenó que todo se acabase y reinase rey extranjero y gentil, para nacer, vivir y morir pobre. Así quiso y ordenó que los emperadores romanos fuesen señores de Judea, como lo eran de mucha parte del mundo; y puso en el corazón del emperador Augusto que mandase empadronar todos sus vasallos, para que así se diese orden en Judea de que todos los de la casa de David fuesen á Belén á ser empadronados y pagar su tributo; para que la Virgen, en días de parir, fuese allí en ocasión que no hallase más aposentamiento que un establo, donde El en naciendo, pudiese echarse en el suelo, como tenía determinado. Bien diferentes son los pensamientos y prevenciones de Dios de las del mundo: pues Dios revuelve el mundo todo, y le da tantas vueltas para nacer en un establo y en el suelo, desamparado y abatido; y el mundo en ninguna cosa se ocupa más que en dar infinitas vueltas por ser, por valer, por estados, por parecer alguna cosa, y por puras vanidades.

También quedan aquí bien desengañados los regalos del cuerpo, por quien tanto hacen los hombres, como si tuvieran en él el mayor y más leal amigo, siendo en la verdad verdadero y propio enemigo de todo nuestro bien: de tal suerte, que el iluminado Fr. Gil, compañero de San Francisco, decía que el que estaba más desengañado y cierto de que su cuerpo era enemigo de todo su bien, ese vivía mejor y más seguro. Por tanto, nuestro Señor, que venía al mundo á ser espejo de toda verdad y desengaño de todo yerro, aunque tenía su cuerpo y carne obedientísima á su divinidad, y muy conforme con toda su voluntad sin alguna culpable resistencia; con todo eso nos quiso enseñar en sí la cuenta que habíamos de hacer de la nuestra, y al punto que nace la trata como enemiga, no siéndolo; y la da el suelo por casa y aposento para toda la vida, para que viviese en la tierra cansada y sin alivio. Y sin duda no costó esto al Señor poco trabajo: porque como era de delicada complexión, tierno y pasible como los demás hombres, había de pasar muchos quebrantos de cuerpo, y perder mucho sueño, del poco que tomaba, por el duro tratamiento que le daba. Bien veía el Señor cuánto mal nos hace el amor propio de la carne, y la paz que tenemos hecha con sus apetitos, y cuánto nos desvelamos por contentarla, y que nada en la vida nos hace perder cuanto Dios nos mereció y el fruto de sus trabajos, como el amor propio de este cuerpo, y por eso en el suyo enseña como en espejo, cuánto debemos nosotros temernos de él. Si en el cielo el amor propio, sin flaqueza de carne, derribó al infierno tantos ángeles que tenían tantas fuerzas de naturaleza y de gracia para mantenerse, ¿qué hará en gente de barro, que tanto trabaja por hacer su voluntad? Para todo el descuido con que en esto se vive, debe tenerse presente lo que dice San Bernardo, que sólo después de estar en el cielo viendo

á Dios, podremos estar seguros del amor propio: porque como nos es natural, irá allá con nosotros; pero estará tan satisfecho con la vista de Dios, que sólo allí perderá la malicia con que acá nos destruye. Pero en esta vida, el que se descuidare de andar siempre en guerra con él, tenga por cierta la ruina. Y tanto más nos conviene velar contra él, cuanto se muestra más blando y más amigo de la naturaleza, porque entonces con más furia y perjuicio emplea su malicia.

### EJERCICIO DEL NACIMIENTO Y DURO TRATAMIENTO QUE EL SEÑOR DIÓ Á SU CUERPO

Inflama, buen Jesús, en esta hora mi alma con fuego de tu caridad: alumbra, amor mío, este corazón con tu eterna luz: refrena la distracción de mis pensamientos: recoge todos mis sentidos interiores y exteriores: quita de mi corazón la niebla y ceguedad, para que te vea, te entienda, te conozca, te ame, te reciba y abrace con amor, Esposo de mi alma, que tan hermoso, tan rico, tan lleno de bienes sales de ese sacratísimo vientre, y tan abrasado de amor entras en este destierro de miserias. Bendito tú, que vienes en nombre del Señor, Dios y Señor nuestro, y ahora nos alumbras. Ven, salud mía; ven, gloria mía; ven, bienaventuranza esperada y deseada de esta alma. Adórote, Dios mío, nacido en mi carne: adoro esos miembros, adoro esa alma, adoro esa divinidad, adoro ese amor, adoro esas misericordias, adoro esos divinos bienes y riquezas de que vienes lleno. Apareciste, gloria mía, en la tierra desierta de todos los bienes, y poblada de todas las miserias: ya te tienen consigo los pecadores; ya os tratan los pobres y pastores; ya hicisteis de la tierra cielo, y del pesebre paraíso. Ya descienden del cielo vuestros ángeles á buscaros y adoraros en el mundo; ya está lleno de gloria nuestro destierro; ya lleno de cánticos y loores celestiales el valle de lágrimas. Donde Vos estáis, todo es paraíso, porque Vos sois el mismo paraíso de divinos, espirituales y celestiales deleites de las almas que os aman. Con Vos todo es puro, todo limpio, todo claro, todo lleno, todo pacífico, todo suave, todo amoroso y gustoso. Sin ser buscado, nos buscáis, Dios mío; sin ser llamado, venís á nuestras miserables moradas; ¿qué haréis á quien os desea y llama? Llámoos, buen Jesús; venid, Señor, á esta alma; entrad, naced en ella, luz divina, y alumbradla con vuestro resplandor.

Dais hoy paz á las buenas voluntades, porque sabéis cuán pocas ó ningunas y flacas obras habéis de hallar, y cuán pobres somos de virtudes, y que cuando mucho adelantemos, llegaremos á tener buenos deseos. Para Vos guardáis el hacer y trabajar mucho, y á mí me dejáis rico de querer y desear mucho, para que saciéis con Vos mismo esta voluntad, y la deis gracia para que con ella pueda obrar. ¡Oh Dios mío y amor infinito! si tengo algún bien, es porque soy hechura é hijo de esa vuestra paternal y amorosa voluntad que me tenéis, de donde mana perpetua fuente de bonda-

des. También en mí queréis solamente la buena voluntad para la disposición de cuantos bienes me podéis dar. Pues, Señor mío, si buscáis voluntades, veis aquí la mía que en esta hora, por vuestra vondad, me dais, deseosa de amaros mucho, de poseeros, de teneros, de abrazaros, de entregarse toda á Vos, y lo que le falta para ser perfecta, Vos, perfección soberana, lo habéis de suplir. ¿Quién soy yo para tener cosa buena sin Vos? Encended, espíritu divino, esta chispa de deseo de Vos que me dais; hacedla brasa viva, y de brasa llama de amor, que todo me haga arder en Vos y todo os traiga á mí.

¡Oh divino Niño, cuán diferente sois de lo que parecéis! Los ojos humanos no ven en Vos más que un muy pequeño y delicado cuerpo, arrojado en el suelo, encogido, llorando y tiritando de frío, como un expósito del mundo, flaco de todo, entre animales y en el estiercol como un gusano de la tierra. Mas Vos sois el Hijo del Eterno Padre, el precio y substancia de su gloria, Dios infinito y eterno, todo poderoso, tesoro de las divinas riquezas, hartura de los bienaventurados, saciedad de los que os aman, bienaventuranza de los que os desean y riqueza perfecta de los que os poseen. Oh Dios, niño y soberano chico, ¿quién desconfiará de poder teneros todo, pues estáis tamañito que en cualquiera parte podéis caber? Hicísteos, Dios mío, á la medida de pequeños corazones, para que todos os tengan; y tenido y poseído, Vos los hacéis grandes y ensancháis con Vos mismo. A ninguno extrañáis, de ninguno huís, todo albergue aceptáis y de todos os dejáis abrazar con amor, como vida que sois verdadera del alma. Por eso venís niño, para que quien os abrace como á niño, abrace á Dios, tenga á Dios, festeje á Dios y logre sus placeres con Dios. Encubristeis, soberana gloria mía, vuestra Majestad, para que os puedan tratar todos sin empacho ó encogimiento, y con familiaridad. ¿Quién se atreviera con Vos, si vuestra bondad no os suavizara tanto conmigo? Venid á este corazón, divino Niño mío; tomad los brazos que el deseo de esta alma os ofrece; aceptad el hospedaje que este corazón desea haceros; aposentaos Vos en mí; divertíos en mí; alegraos para mí; mostradme la hermosura y gracia de vuestro suave rostro; enamoradme de vuestra belleza, y con esa vuestra blandura de cordero, enterneced la dureza de este corazón; derretidle todo en vuestro amor; ande siempre, mi suave Jesús, con Vos; crezca con Vos, dilátese con Vos, tome fuerzas con Vos, para amaros mucho, para seros muy obediente, para hacer en todo vuestra voluntad, preso de vuestro amor.

Buen Jesús, divino verbo, sabiduría eterna, verdadera vida de las almas; si venís á buscar hombres, ¿por qué en saliendo de ese sacratísimo, purísimo y virginal vientre, os mostráis tan desprendido de todos y os tratáis tan áspera y duramente que echáis esos tiernos miembros en el suelo duro y frío y en ese lugar tan despreciable? Siquiera por honra de esa Señora, que os ha de criar y servir con tanto amor, ¿no fuera justo que os pusiéseis luego en sus brazos sacratísimos? ¿Qué es esto, Dios mío y gloria mía? Vos

no caéis en el suelo casualmente, como otra cualquiera criatura flaca é ignorante, pues sois eterna sabiduría; hacéis eso porque queréis; os tratáis de esa manera por vuestra voluntad y tan por vuestra elección, Dios de mi alma, que muchos años antes venís gobernando al mundo y ordenándole de modo que sea preciso pasar vuestra sacratísima Madre á Belén en tiempo y hora que por la multitud de gente la falte sitio para recogerse, y vengáis Vos á nacer en un establo; y naciendo en la hora que tenéis determinada y saliendo por vuestra propia virtud de esas entrañas virginales, os ponéis por vuestra voluntad en el suelo, os pegáis á ese bajo lugar, os tratáis con tanta dureza y aspereza, y quedáis tan amigo de la tierra, que fué por toda la vida vuestra cama, y que podéis decir con verdad que no tenéis donde recostar la cabeza, sino en el suelo, común á los animales y gusanos del campo, con tantos quebrantamientos de vuestro santísimo cuerpo, como si él os fuera tan contrario enemigo, como lo es el mío miserable contra mi espíritu.

¡Oh buen Jesús, qué amistad es esta de la aspereza y del duro tratamiento de ese cuerpo y de la dura tierra en que por vuestra voluntad os ponéis, dejando los brazos de la Virgen con tan alta previsión, que para llegar á esto dais vuelta á todo el mundo, acabáis reinados y mudáis imperios! ¿No escogisteis Vos esos purísimos brazos de la Virgen sacratísima para que os sirviesen? ¿Pues cómo esperáis que Ella os tome en ellos, y Vos no tomáis para Vos mismo sino lo duro, lo áspero, lo bajo y lo pobre del mundo? No hay aquí sayones ni alguaciles que os arrastren por el suelo, como harán después cuando os prendan; vuestra libre voluntad y vuestro amor os echa en esa dura tierra, en ese bajo lugar y os pone en un pesebre. ¡Oh sapientísimo conocedor de mis males! ¡Oh verdadero y único remediador de ellos! Mi cuerpo y mi carne es en mí el mayor y más perjudicial enemigo; en todo me es contraria, á todo mal me inclina y por ella pierdo cuantos bienes por ella en Vos tengo recibido; y Vos, buen Jesús, teniendo en Vos esta mi carne purísima y como obedientísimo instrumento para que en ella y por ella me haga vuestra divinidad infinitas mercedes, la tratáis en Vos como enemiga mía y como yo la debo tratar en mí, y mientras no la glorificáis, no queréis darla descanso, sino siempre guerra y trabajo. ¡Oh ciego y miserable de mí, que veo esto tan claro y no me confundo de tener hechas paces con esta mortal enemiga! Sirvo al cuerpo como á Señor, presumo de él como de grande, desvélome por él como por amigo, regálole como á leal y por él os pierdo, Dios mío, á cada paso, como si á él le debiera las obligaciones que á Vos. ¡Oh, cuántas ofensas os hago por hacer su voluntad! ¡Oh, cuánto os injurio por no disgustarle! ¡Cómo siento sus achaques, cómo me compadezco de sus dolores, cómo acepto sus razones contra Vos y cómo ando tras de él ciego, loco y hechizado, viendo en Vos, Dios mío, tratada esta mi humanidad de esa manera! ¡Oh luz de mi corazón! ¡Oh espejo y maestro de puras y eternas verdades! Ya que tan claro me enseñáis lo que corresponde á este cuer-

po, el mismo amor que os hace llegar á tantos extremos por alumbrarme y remediarme crie en mí nuevo espíritu, aborrecedor de tan pestífero enemigo.

Vos sabéis, Señor mío, que no es posible aborrecer yo cosa que hasta ahora tanto amé, conocer sus ocultos ardides, huir y escapar de ellos, tenerle siempre y tratarle como enemigo de mi bien, sino con fuego y amor vuestro, puro y desinteresado con que á solo Vos quiero obedecer y complacer. Está, Dios mío, el amor propio dentro de las entrañas de este hombre terreno, y cuando pienso que me veo y conozco, cotejándome con Vos, me hallo más preso de él. Conmigo anda, conmigo crece, conmigo se acompaña; en todo se me mezcla, en todas vuestras cosas quiere tener entrada, por valer, por ser señor, por reinar; y, por mi desgracia, casi siempre lleva la mejor parte. ¿Qué haré, Dios mío, contra el peso de esta miseria, y contra las leyes de esta carne que es á Vos tan contraria? No tengo, Señor, otro remedio sino á Vos, que sois mi Dios y Señor; por eso nacéis, por eso os tratáis tan ásperamente. Curad, pues, buen Jesús, con esos vuestros cauterios la podredumbre de estas miserias, y con la fuerza de vuestro espíritu la flaqueza del mío.

Vida y consolación de mi alma: esa tierra no os ha de conocer, esa bajeza no os ha de amar, ese pesebre no ha de saber quién sois, y quedará cada cosa lo que fué, porque no habéis de mudar su insensible naturaleza. Este duro y terreno corazón, el estiercol de las miserables aficiones de esta alma, la bajeza de estos deseos en que me mantuve hasta ahora, se mudarán, Señor, con vuestra presencia; dejad ese lugar, venid á mí. A mí me podéis ablandar, alumbrar, transformar, abrasar, para que os ame, os conozca, os adore, os abrace y posea, y por Vos me aborrezca á mí perfectamente. Venid, Jesús mío, á esta alma, porque aquí me humillaréis, y en mi humildad seréis glorificado, y me enseñaréis vuestras verdades, venceréis mis enemigos y haréis vivir en esta alma vuestro espíritu, con muerte del terreno que en mí vive. Poneos siempre, buen Jesús, delante de mis ojos; haceos presente á mi corazón para que vuestra hermosura y suavidad me enamoren; para que pierda el sabor de esta tierra; y pues toda mi perdición me viene de hacer el gusto de mi carne contra el vuestro, Vos sabéis que no puedo con ella, y cuán flaco soy en llegando la ocasión, que sólo vuestra poderosa mano me puede guiar, y sola ella esforzarme contra mí. Aquí me pongo á vuestros pies; aquí me ofrezco á Vos todo con mis llagas; quiero en esta hora todo lo que de mí queréis; deseo que en todo hagáis vuestra voluntad. Aunque esta pesada carne quiera otra cosa, mortificadla Vos, buen Jesús, quebrantadla y haced que sirva á vuestra voluntad; mostrad en mí la fuerza de vuestro espíritu y del amor que os trae á la tierra. Vos sabéis lo que en esto desea mi corazón, y lo que debe desear; obrad conmigo según vuestras grandes misericordias, que yo no sé más que mostrar mis llagas y suspirar á Vos, Dios mío, esperanza mía, mi ver-

dadero amigo y remediador, en quien confío, á quien adoro, alabo y deseo de todo mi corazón.

¡Oh Madre y Virgen sacratísima! Valed á este miserable desterrado; ayudadle á quebrantar las durezas de este terreno corazón y las contradicciones de este miserable cuerpo, y sujetadle todo á este Señor perpetuamente y en todo. No quede yo sin el fruto de los trabajos de este Señor, y fuera de su gracia; ayudadme á contentarle, á vencerme y á servirle siempre y amarle. ¡Oh ángeles y almas purísimas de esa soberana corte! Amad y glorificad á ese Señor con infinitas alabanzas por todos los favores que me hace, y sed mis abogados é intercesores, para que esta pesada tierra no me venza; mas alcanzadme espíritu para traerla siempre debajo de los pies del Señor, cansada y atribulada, hasta que merezca con Vos la paz eterna para siempre. Amén.

## TRABAJO V

### Lágrimas del Señor por nuestros pecados.

Entrando el Señor en el mundo, la primera voz que dió después de nacer fué llorar como todos los demás niños, pareciéndose con ellos en todo. No es cosa de poca consideración y admiración, ver al Hijo de Dios vivo encubrir su eterna sabiduría, y vivir en silencio hasta el tiempo que las demás criaturas hablan; y llorar, dejarse envolver, traer en brazos, y ser tratado como las demás criaturas, no mostrando menos flaqueza natural que la que ellas tienen: y como todo esto lo hacía, no por flaqueza, sino por voluntad, dejó abierta para la consideración de los que le aman una gran entrada para que le traten y se derritan en estas maravillas del eterno consejo. Dan para esto grandes motivos las lágrimas con que el Señor entra en el mundo: y aunque en ellas se parecía á todos los demás niños, eran muy diversas en la causa de que procedían. David profetizó de este Señor, que el celo de la honra y casa de Dios sería en El tan grande, que siempre le andaría comiendo las entrañas; de suerte que por honra de Dios tomaría sobre sí todas las ofensas que en el mundo se le hacían: y así al entrar en el mundo, fué tanto el sentimiento que tuvo de las ofensas que los hombres hacen á Dios, presentes ya en su eterna sabiduría, que luego las comenzó á llorar, y toda la vida continuó en lágrimas y murió bañado en ellas. Así lo dice San Pablo, que tuvo el Padre Eterno tanto respeto á las lágrimas con que su Unigénito Hijo le rogaba por los pecadores, y á su divina persona, que por eso fué oído y nos alcanzó el remedio de nuestros pecados. Gastaba el Señor las más de las horas de su vida en orar al Eterno Padre por los pecados del mundo, y porque toda su Humanidad estuviese ocupada en merecernos perdón, su alma sacratísima con las potencias superiores estaba toda elevada en Dios, á quien como bienaventurada veía, y el cuerpo se estaba bañando en lágrimas, y afligiéndose con el sentimiento y dolor de los pecados cometidos por los hom-

bres, y por los que se habían de cometer contra Dios. Estas lágrimas debían de ser siempre muy copiosas: porque como el Señor fué siempre tan largo en sus cosas, que aun una vez que sudó sangre, fué tanta que llegó hasta la tierra, así debemos creer quedaría siempre regado de sus lágrimas el suelo donde oraba, y que le servirían ellas de baño muy gustoso, mientras no llegaba el de su sangre en que extremadamente deseaba bañarse.

No hacía nuestro Señor este oficio de lágrimas sin gran trabajo, sentimiento y pena: porque los trabajos son tanto más pesados, cuanto más de adentro son sentidos y más afligen el alma: por eso los trabajos exteriores no pueden tener comparación con los interiores. Además de esto, el sentimiento que el alma tiene de los males, es según la medida del conocimiento que tiene de ellos; y como sólo nuestro Señor es el que perfectamente conoce la grandeza y gravedad de ellos, los sentía cuanto merecen ser sentidos. Por eso el Salmista no supo comparar este sentimiento sino á cosa que continuamente anda comiendo y royendo las entrañas. Cuando los Santos quieren encarecer mucho la gravedad y fealdad de los pecados, dicen que si un pecador la viese claramente, moriría de pasmo. Y es verdad; porque la experiencia ha mostrado en algunos siervos de Dios, que no les da su Majestad claro conocimiento de la gravedad de sus culpas, hasta que les ha comunicado tanto de sí, que pueda el alma tener fuerzas para sufrirle: y aun entonces le da por muy breve espacio para acabarlos de purificar: porque en algunos se vió, que si durara más aquel rayo de luz y claro conocimiento de las culpas, no podría la naturaleza sufrir el espanto de ellas sin morir: pero acude Dios luego, encubriendo este rayo, y dando nueva esperanza de su bondad, y cautivándolos más en su amor y servicio, con que en un todo los junta á sí por amor. Y quien tuviere esto por encarecimiento, ponga los ojos en el Hijo de Dios, verdadero conocedor de nuestros males, que no tuvo por mucho cuanto padeció por ellos, pues entendió que con menor precio que el valor de su sangre é infinitos merecimientos, no podían ser satisfechos: y así la vista de la gravedad de los pecados fué una de las cosas que en el Huerto le hicieron sudar sangre, y padecer agonías casi mortales, como adelante diremos. Habiendo, pues, tomado el Señor sobre sí todos los pecados del mundo para satisfacer por ellos, y conociendo perfectísimamente la gravedad de cada uno, ¿con qué sentimiento, con qué aflicción, con qué dolor del alma, con qué trabajo los lloraría?

No le haría más ligero el sentimiento ver que los pecados eran ajenos: porque su amor no podía ser propietario; y así tomaba nuestras cosas como suyas, y sentía nuestros males como si fueran propios. Cuanto más que no sólo se afligía el Señor por el mal que los pecados nos hacen, sino mucho más por la ofensa que en ellos se hace á Dios, y por ambos respetos le hacía su amor llorar continuamente. De aquí queda entendido, que teniendo los demás niños muchas razones de llorar al nacer, porque nacen en pecado ori-

ginal (hijos de ira), porque entran en destierro, por empezar vida tan llena de trabajos, desastres y pecados, tan lejos del cielo, tan arriesgados á perderle, y por cuantas miserias hay en la vida, que acaban en la mayor, que es la muerte, sin certeza de la vida eterna; con todo eso, como nacen con el uso de razón represado, no sienten; y la naturaleza hace su oficio muy propio de hijos de Adán, para que á lo menos por la entrada y fin de la vida, entiendan cuánta razón tienen para llorar los males del medio de ella. Pero el Hijo de Dios, sabiduría eterna, que sólo en la forma y tamaño exterior era niño, entra en el mundo como hijo de Adán, llorando; y como sabiduría de Dios, conociendo y sintiendo los males por que llora.

Allí vió claramente la sujeción y reconocimiento que hemos dado á la carne y al mundo; el desenfreno de nuestros desordenados apetitos; el olvido de las cosas soberanas; el desafecto á las espirituales; los cuidados de los humanos corazones tan empleados fuera de Dios; y muy por menudo los malos deseos, malos pensamientos, malas palabras y malas obras de cada uno de los nacidos y por nacer. Allí vió cuán mal podemos remediarnos sin Él; cuánto se había obligado á pagar por el mundo: y sobre todo, para cuántas almas nacía y había de trabajar en balde; cuán desconocido había de ser en la tierra, y lo demás que ni la pluma ni la lengua pueden declarar. Todo causaba en su corazón tal sentimiento, que aquellos ojos sacratísimos se convertían en fuentes de lágrimas que subían al cielo, y ablandaban la divina ira justamente irritada contra nosotros. Y como el Señor no sentía menos los pecados de cada uno que los de todo el mundo, cada uno debe tener con razón aquellas lágrimas por suyas y sentir el ser causa de ellas, aprovecharse de su fruto, y acompañar al Señor en hacer un oficio tan necesario á un miserable pecador. Vió el Profeta Ezequiel que del Templo de Dios salía del lado derecho una agua viva de tanta virtud, que salvaba á todos los que llegaba. Por el lado derecho se entiende muchas veces en la Divina Escritura la fortaleza divina, y la abundancia de todos los bienes, la cual estaba llenamente en aquel templo de Dios vivo, Cristo nuestro Señor, porque en su cuerpo (á quien El mismo llamó templo) moraba toda la divinidad; y de El, en naciendo, manó este río de aguas vivas, como otro Jordán de dos fuentes, ó dos ojos, con las cuales todos pueden lavarse y quedar sanos de todas sus dolencias.

Aquí se ve cuán bienaventurados son los que lloran, como Cristo dice, pues tienen estas lágrimas para su consolación. Aquí se ve cómo este Señor hace oficio de verdadero Padre, pues toma sobre sí los trabajos de los hijos, y sólo hace el oficio de llorarlos y remediarlos, mandando á sus ángeles que pregonen placeres en el mundo, pues tiene presente á su esposo y remediador en cuya presencia nadie puede llorar. Trabajan los padres, sudan, negocian para los hijos, cuando ellos gastan la vida en entretenimientos; así quiso el Señor que todos sus hijos estén alegres, cuando él está llorando y hacien-

do con sus lágrimas oficio de Salvador. Con gran verdad, dice la Sagrada Escritura que mejor es ir á casa del llanto que á la de la risa; no sólo porque el fin de todo placer del mundo es tristeza ó muerte, sino porque por la mayor parte donde hay mucho placer en la tierra, hay mucho descuido de los bienes del espíritu y del cielo; y llegan los hombres á tal desatino, olvidados de aquellos bienes, que no son menos vergonzosas las cosas que lloran que las que festejan y las que no lloran. Festejan las cosas de la tierra, las prosperidades de la vida, los dañosos gustos de la carne, de que dice la Divina Escritura que pasando días largos en fiestas, son ellas tales y de tales cosas, que por ellas bajan en un punto al infierno á desengañarse sin fruto, y á llorar para siempre sin provecho. Lloran que les falten los medios de su perdición, el no poder cumplir sus gustos, y el verse en adversidades, que son los más seguros caminos para el cielo que ellos más aborrecen. Dejan de llorar los males del alma, las ofensas del Señor, las pérdidas de la vida eterna, y el peligro de la perpetua condenación en que viven. Nada de esto se ve en la casa de estas lágrimas del Señor, en este santo pesebre. Las fiestas aquí son angélicas, los gustos espirituales, las mercedes soberanas y divinas, la compañía de los justos, la Virgen, José y los pastores; llóranse en ella pecados, despréciansе gustos de la vida, merécese el cielo, y son consolados los que en ella entran. Y aunque las lágrimas son ordinariamente demostración y efecto de tristeza (porque ó se derraman por el bien que falta, ó por fin de tristeza cuando el bien llega), no dejan las de este Señor su propiedad; porque aunque El no puede sentir falta ni aumento de ningún bien propio que le cause lágrimas, todavía hace en ellas su oficio por nosotros, como pudiera hacer por sí; porque siente nuestros males, y la falta de los bienes que habíamos perdido, y es fin de la tristeza por la presencia de todo bien en el mismo Señor que las derrama, verdadero tesoro de todos nuestros bienes.

Todas las lágrimas tienen en este Señor singular compañía; las tristes, tienen el sentimiento de su paternal corazón: las fervorosas, tienen el amor que en El arde: las que nacen de deseos, tienen los bienes que ellas merecen; y de cualquiera calidad que sean, siendo buenas, á El le tienen en brazos y esto basta. Cosa es esta para que cada uno mire mucho por sus gustos ó disgustos, para saber si puede tener entrada con este Señor y parte en sus piadosas y amorosas lágrimas: porque lo que á un cristiano puede y debe causar mayor miedo en esta vida, es la facilidad y profundo descuido con que los hombres emplean sus aficiones y amor en cosas indignísimas de ser amadas por un alma criada sólo para Dios y para bienes eternos. De aquí nace vivir los hombres, ordinariamente, tan seguros en sus pecados y tan descuidados en limpiar sus conciencias, como si no hubiera en ellas que llorar, ni muerte que pasar, ni cuenta que dar á Dios. Entonces creen que tuvieron mejor día, cuando más cumplieron los terrenos deseos de la vida: y ajustadas bien las cuentas con las aficiones de que se dejaron llevar, y con el tiempo

que dieron al mundo y al gusto del cuerpo, y con el placer que tienen de las cosas por donde pierden el alma; tienen mucha razón en pensar que Cristo nuestro Señor llora por ellos en vano, y que mucho más en balde llegarán ellos á llorar eternamente, cuando no les aproveche. ¡Oh, cuánto mejor que ellos está el siervo de Dios, desfavorecido y desconocido del mundo, á quien tiene por indigno de sus falsos gustos, acompañando en las lágrimas á Jesús, logrando los frutos espirituales que ellas en sí dan y los eternos que nos merecen! ¡Cuánto mejor está el penitente que conoce sus culpas y acompaña á Jesús en el sentimiento de ellas y recibe el perdón que las lágrimas de este Señor le conceden! ¡Cuánto mejor está el recogido, de cualquiera calidad y estado que sea, que se sabe tomar cuenta de la vida y reformar sus yerros, cuidar de su alma y aprovecharse de su rincón para entregarse á Dios cada uno á su modo, en una familiar y suave comunicación de amor, indigna de los amadores del mundo, encubierta para ellos y sólo conocida de los que saben llorar amorosamente con Jesús, para ser de El consolados suavemente!

### EJERCICIO DE LAS LÁGRIMAS DEL SEÑOR

Mi buen Jesús, amor de mi alma; ¿qué lágrimas son estas, que al entrar en el mundo derramáis? ¡Oh soberana consolación de los tristes! ¿Por qué os deshacéis en lágrimas, en el día en que entráis en la tierra de los afligidos pecadores, y en que los venís á consolar? Los ángeles cantan alegrías y alabanzas; dan nuevas de placer á los pastores, porque habéis nacido; mandan á los hombres que se alegren de haber nacido el Salvador, que sois Vos, único bien mío; ¿y solo Vos, buen Jesús, entre tantos cánticos celestiales, entre tantas nuevas de alegría, lloráis? Bendito, alabado y glorificado seáis, Señor mío, que venís tan deseoso de salvarnos y redimirnos de nuestros pecados, que ni sólo una hora queréis estar sin hacer este oficio; y lo que no hacéis aún por los pecados de los hombres, padeciendo y muriendo, lo hacéis llorándolos como si fueran vuestros. No queréis, amigo verdadero de mi alma, dejar de abrirnos en todo el camino para nuestro remedio; y porque sabéis que ha de haber muchos que os rieguen espiritualmente los pies con lágrimas y dolor de sus pecados, como hizo vuestra Magdalena, queréis Vos primero regar el pecho del Padre con las vuestras, y con ellas humedecer y enternecer las mías y santificarlas, para que ellas sean recibidas y perdonadas las culpas. Por eso, entrando en el mundo, comenzáis á satisfacer al Padre Eterno con lágrimas, lo que después habéis de acabar de pagar totalmente con vuestra sangre.

¡Oh amor de mi alma! ¿qué os daré por tanto amor como me tenéis? No sois, buen Jesús, como los otros niños, aunque os parecéis á ellos en echar la primera voz llorando. Ellos tienen mucha razón de llorar el destierro en que entran, el pecado original en que nacen, los peligros y trabajos que han de pasar y las miserias corporales y espirituales que, en naciendo, comienzan á padecer; pero

todavía no entienden; y la naturaleza ignorante hace sin sentir el oficio que la razón debiera hacer si tuviera uso. Mas Vos, mi eterno y divino Señor, soberano bien y luz de mi alma, bien entendéis lo que hacéis: con vuestra eterna sabiduría, veis los pecados de los hombres, las ofensas que se han hecho y se harán contra vuestro Eterno Padre, la perdición de las almas del mundo en que entráis, las miserias y necesidades interiores no conocidas, los yerros con que estamos ciegos, el gusto que tenemos de los pecados, por donde nos perdemos, el olvido de nuestra ley y de los bienes eternos, el aborrecimiento de las cosas celestiales, el amor de las terrenas que en el mundo reina, el engaño en que la gente vive contenta y apartada de Vos, el señorío que el pecado y el demonio tienen en las almas, el peligro de la eterna condenación en que el mundo vive descuidado, la ira de vuestro Eterno Padre, justamente irritada contra los hombres, y cuán imposible es á la flaqueza humana remediarse de estos males sin Vos y sin el amor que nos venís á mostrar en la tierra. Por eso, vida de mi alma, cuando os veis entrado en tal y tan perdido mundo, queréis que el cielo se alegre, pues luego será poblado por nosotros, y queréis que los hombres se alegren, pues os tienen ya en la tierra como su único soberano y verdadero remedio, y que á Vos sólo os dejen hacer vuestro oficio en medio de todos estos placeres, derramando de vuestros divinos ojos muchas lágrimas, nacidas del abrasado amor que en ese pecho arde, y ofrecidas á vuestro Eterno Padre con entrañable sentimiento de nuestros males y deseo de remediarlos. Por eso quisisteis que esos purísimos ojos sean al punto de nacer dos caños por donde salgan aguas vivas de ese misericordioso pecho que sanen nuestras llagas, y con esas lágrimas ardientes se derrita y gaste el amor helado de la tierra que nos mata. ¡Oh tesoro de divinos bienes, haced que lleguen á mí estas aguas vivas para que sea salvo!

Adórote, amor divino; adórote, piedad inmensa; adórote, misericordia infinita; adórote, cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, tan cuidadoso de mi remedio y tan solícito en curar mis llagas. Bien te llamó Isaías robador apresurado, porque antes de llegar el tiempo en que tenías determinado hablar, como las demás criaturas, robas con esas lágrimas los bienes del cielo, las misericordias de Dios, las gracias espirituales y celestiales para los pecadores, y nos llenas de bienes soberanos. ¡Oh único salvador y remediador de mis males! ¡Oh esposo fidelísimo de esta alma! ¡Oh padre amantísimo de este miserable pecador! Cuán grande verdad digiste, que no pueden los hijos del esposo llorar mientras le tienen consigo, sino que cuando le tuvieren ausente llorarán la falta de su presencia; porque el esposo y padre presente toma sobre sí los trabajos de los hijos, cuida de remediar sus necesidades y consolarlos con su presencia; los hijos sólo cuidan de pasar la vida con gustos, dejando lo demás al cuidado del padre. Así Vos, mi buen Jesús, al punto que aparecéis entre nosotros, queréis que todos nos holguemos y descarguemos en Vos todos los cuidados; y Vos sólo cuidáis de aliviar

con vuestras lágrimas á los hijos que amáis, negociarles su remedio, buscarles y merecerles los verdaderos bienes de que carecen. Bendito y alabado sea, buen Jesús, ese paternal y divino amor que nos tenéis.

Pero aún más os debo, Dios de mi alma; porque no sólo comenzasteis la vida llorando, sino que con lágrimas la continuasteis, y llorando la acabasteis en la Cruz. Pasábais las noches y días en oración continua, lavando vuestro sacratísimo rostro y pecho, y regando la tierra con lágrimas, sintiendo mis males, como si fueran vuestros, y mereciéndome con ellas muchos bienes, como si fueran vuestros los provechos; y aunque no tuviérais en la vida otros trabajos, bien grande es llorar en toda ella los males que no habéis cometido, y suspirar por nuestro remedio y bienes de que no tenéis necesidad. ¡Oh fuente infinita de misericordia! ¡Oh infinito fuego de amor eterno!, ¿cómo no me derrito todo en lágrimas y en deseo de consumirme todo en vuestro amor y servicio, y en odio entrañable de mis males, cuando esto veo? ¿Cómo, mi dulcísimo Jesús, no os ayudo á toda hora en oficio que tantos bienes me mereció? Oh abrasadas y suavísimas lágrimas; enterneced y ablandad la dureza de este corazón ahora y en toda la vida, para que os ayude á llorar mis males, y todo me abrase en vuestro amor; porque si Vos, eterna sabiduría, no visteis en mí cosa que no fuese para llorarla toda la vida por su remedio, ¿qué ceguedad es la mía, que busco en la vida gustos, sin dolerme, ni conocerme? Alumbrad, luz divina, mis tinieblas, para que me vea, me conozca, y me aborrezca. Desprended mi corazón del amor de la tierra que de Vos me aparta. Quitadme el gusto de las cosas, que me han hecho tan miserable, que no me entiendo á mí, y á Vos os hacen llorar toda la vida.

¡Oh infinita piedad tan larga en sufrirme, y tan rica en remediarme! ¡Qué fuera de mí, si no os compadeciérais de mis grandes miserias, y si con misericordia no mirárais mis males! Porque bien mirada, Dios mío, mi vida, tanta razón tengo para temer y llorar, por lo que hasta ahora lloré, como por lo que no lloré. ¿Cuándo sentí tanto, Dios mío, el que Vos me faltáseis, ó el perderos, eterna riqueza mía; cuánto sentí el faltarme, ó el perder cualquiera cosa y gusto de la vida? Lloro, si pierdo al padre, hermano, pariente ó amigo, que ni me puede salvar, ni librar de mis males, y que tarde, ó presto forzosamente le he de perder: y cada día, por mis pecados, os pierdo á Vos y vuestros eternos bienes, y merezco ser apartado por mis culpas de la celestial compañía para que fuí criado, y ni lo siento, ni lo lloro. Siento, aflíjome y lloro, si me dan los hombres disgustos; si no me dan lo que pienso que merezco; inquiétome dentro y fuera por cualquiera cosa contra mi gusto y voluntad; estimo y siento mucho una pequeña pérdida de honra y de crédito con los hombres; aflíjome si dicen de mí con razón, ó sin ella, cosa que imagine perjudicarme; no sufro que otro valga, ni medre más que yo; gasto el tiempo y la vida en regocijar y dar entretenimientos á este mi enemigo mortal, pesado, corrompido y miserable cuerpo,

causa de todos mis males: y si me falta con qué poderle cumplir sus gustos, me entristezco; pierdo por él y por mis aflicciones y pasiones el sueño y la quietud; y lo que peor es, tengo gastada mucha parte de esta miserable vida que me disteis, buen Jesús, para ganar el cielo, en obras, pensamientos y deseos por donde os pierdo; y soy tan miserable, que no sufro que me quiten ó aparten de las ocasiones de perderme y perderos, único bien de mi alma; y así lloro por las ocasiones de perdición, y me desvelo por ellas, como si fuesen verdaderos bienes.

Véome sin virtudes, sin victoria de mis tentaciones, vencido de ellas, tibio y sin fervor; sin fuerzas interiores para el bien, teniendo muchas para el mal; sin luz interior, sin fuego de vuestro amor, sin vivo deseo de agradaros, sin cuidado solícito de serviros, sin amor y deseo de padecer mucho por Vos, sin paz interior, sin cosa buena de que pueda pensar que tengo bien alguno por mi caudal. ¿Qué digo, Dios mío? Véome lejos de Vos, véome apartado de vuestros suaves brazos, véome en región y sombra de la muerte, sin Vos' verdadera vida de esta alma; y no lloro, ni me deshago en lágrimas delante de Vos. ¿No sois Vos, buen Jesús, más verdadero padre, amigo, hermano, compañero, honra, riqueza, consolación y más bienaventuranza de esta alma, que todo lo que hay en la tierra? ¿Pues cómo no me corro de llorar por lo perecedero, y no sentir que me faltéis Vos? ¡Oh lágrimas de infinito merecimiento, valedme! Ya que tantos bienes me merecéis, dadme también verdadero aprecio de lo que debo estimar; aborrecimiento de lo que se ha de despreciar; acabe ya, Señor, mi miseria; no ande tanto tiempo de mi vida engañado. Tened, Señor, compasión de una vida corta para poder merecer el cielo, y tan consumida en cosas de la tierra; siquiera desde ahora en adelante sea yo todo mudado en vuestra voluntad, por virtud de esas lágrimas abrasadas. Pésame, Señor mío, de todo lo pasado; deseo ayudaros á aborrecer y llorar mis males. Vos lo habéis de hacer. ¡Oh lágrimas que abrís el cielo, abrid los ojos de esta ciega alma! ¡Oh lágrimas que penetráis el pecho del Padre Eterno, penetrad lo íntimo de este corazón! ¡Oh lágrimas que traéis á la tierra todos los bienes del cielo, levantad este terreno corazón á las cosas celestiales! ¡Oh lágrimas llenas de dulzura, de amor y de piedad, acabad de lavar esta alma, purificadla, abrasadla, transformadla, y mudadla toda en fuego de amor divino y aborrecimiento de todo lo terreno! ¡Oh, cuándo llegará esta dichosa hora, que vea en esta alma los efectos de esas lágrimas divinas! Buen Jesús, lo que yo no sé pedir, esas vuestras lágrimas os lo piden; oidlas á ellas, pues yo no merezco ser oído, y por ellas me dais aquello porque ellas se derraman.

Mi dulcísimo Jesús: es verdad que las lágrimas son remate de tristeza ó nacen de ella; porque la tristeza, que es sentimiento y dolor de perder ó faltar la cosa amada, hace llorar por lo que se desea y ama; y cuando llega, acaba la tristeza con lágrimas del bien presente, cuya falta se sentía; y por eso vuestros santos y siervos que

os buscan con deseo, lloran los males porque os perdieron, y lloran cuando os comunicáis y mostráis á sus corazones, por el gusto de tan gran bien que sentían faltarles, y que ya tienen en sus almas.

Si esto es así, como lo es, ¿qué bien os falta á Vos, buen Jesús, para llorar por él, ó qué bien os puede llegar de nuevo, que lloréis porel gusto de tenerle presente? Vos sois el mismo eterno bien, y con Vos tenéis todas vuestras riquezas; y así como no puede haber en ellas falta ni mengua, tampoco puede haber aumento. Pues vida de mi alma, ¿qué bién os falta para que le sintáis y lloréis por él? ¡Oh infinito amor, no propietario, sino común, liberalísimo de todos los bienes propios, y solícito de los ajenos! ¡Oh caridad divina, tan abrasada por los bienes de los hombres, como rica de los suyos propios! ¡Oh fuego hambriento, cuya hambre no se sacia sino con mudarlo todo en sí! Parece que mostráis, amor de mi alma, no estar contento, sino después que con vuestro fuego mudáis todas las almas en Vos; y como las hicisteis para Vos, sentís perderlas como pérdida de vuestra propia hacienda, y lloráis por cobrarla. Parece que está alegre el fuego, cuando arde en llamas, y que llora cuando se apaga y se deshace en cenizas. Ahora, Pastor divino, que venís á buscar las ovejas erradas y perdidas, entráis en este valle de lágrimas, en que se perdieron, llorando por ellas; y después que tomasteis nuestros pecados y los castigos de ellos sobre Vos; y con mucho trabajo, dolores y muerte, juntaréis vuestras ovejas en el redil de la gloria y pastos celestiales; entonces os alegraréis, entonces estaréis contento. ¡Oh fuego infinito, oh amor eterno, que si no tenéis donde abrasar y ensancharos, y muchos corazones que encender, lloráis! Pues, vida de mi corazón, Jesús dulcísimo, veis aquí la más perdida oveja por quien lloráis: no lloréis por esta alma; abrasadla toda, y estad contento; mudad esas lágrimas á mí. Pues estáis, amor divino, tan avariento, que siendo infinito bien, aún me queréis á mí, y lloráis por mí, ¿quién impide que os hartéis de mí? ¿No sois fuego, no sois divino, no sois todopoderoso, no sois infinito? ¿Pues quién impide que consumáis todo lo que en mí os descontenta y me mudéis todo en Vos, y os contentéis de mí? ¡Oh mi Dios, oh bondad infinita: sean esas lágrimas mi pan de día y de noche, mientras no os siento en esta alma! Dadme que llore porque os perdí después que os tuve: llore porque no os pierda. Alegradme con vuestra presencia: huyan con ella de esta mala tierra los enemigos. ¡Oh Señor, deseo en esta hora pedir mucho, desear mucho, amar mucho y enjugar esas lágrimas; mas no sé lo que me abate. Vos, que me conocéis y me veis, pues lloráis por mis males, remediadlos: y ya que también lloráis por el deseo de mis bienes, dadme lo que veis que me falta, mi amor, mi Jesús, mi Padre, mi esposo, y todo mi único bien.

¡Oh, cuán gran verdad dijisteis, Dios mío, en la divina Escritura, que *mejor es ir á la casa del llanto que á la de la risa!* De Vos está escrito que nacéis llorando y morís llorando, y que en el cielo enjugáis con Vos mismo las lágrimas de los justos. Vos digisteis, que

son *bienaventurados los que lloran*. De los mundanos está escrito, que gastan sus días en placeres, y en un punto descienden á los llantos eternos, al infierno. Oh vida de mi alma; ya que todo esto es así, ¿cuánto mejor es este pesebre lleno de vuestras lágrimas, que los palacios reales llenos de pasatiempos y de músicas? No hay placeres en la vida que no sean cercados de tristeza; y no hay lágrimas vuestras que no sean llenas de bienes y de alegrías. En medio de los gustos de la tierra, se muda todo en tristeza por los trabajos de la vida, ó por la muerte; y en lo mejor de los gustos engañosos de los pecados, si llega la muerte, los muda en lágrimas eternas. Los pecadores que delante de Vos lloran sus pecados, salen justificados y alegres; y los justos que vivieren en continuas lágrimas y deseo de veros y poseeros, salen consolados con placeres eternos. ¡Oh vida de mi corazón: cuánto mejor es llorar con Vos, que fiestas y placeres sin Vos! ¿Qué más quieren los que lloran, que teneros á Vos por compañero, por único bien y perfecto consolador? Hacedme, buen Jesús, uno de los de vuestra casa. ¡Qué suavísima hora aquella en que regándose el cuerpo con lágrimas, os tiene el alma íntimamente abrazado! Oh divino Niño, abrazaos conmigo: lloremos ambos: Vos por mí, y yo por Vos: ganaréisme á mí, y yo os poseeré: os consolaréis conmigo, y yo con Vos. ¡Oh, qué blanduras, qué tesoros comunicáis á los que lloran, pues con Vos y por Vos serán en la eterna bienaventuranza consolados. Acaben, buen Jesús, para conmigo los placeres de la tierra; comiencen en mí las fuentes de lágrimas; y pues llorando os tengo, desde ahora renuncio todos los placeres de la vida. Venid á mí, buen Jesús: derretidme todo en deseo de poseeros: sea para mí este mundo valle de lágrimas, para que merezca gozaros siempre en las soberanas y eternas alegrías.

¡Oh Madre de este Señor sacratísima, que veis y entendéis sus lágrimas, y en ellas le acompañáis con el gusto de ver tan gran bien delante de vuestros ojos y en vuestros brazos!; alcanzadme de estas lágrimas lo que ellas me desean. Oh celestial corte, regada con el fruto de estas lágrimas, y feliz con los bienes que os merecieron; compadeceos de este hijo de Eva desterrado, y alcanzadme el aborrecimiento de lo que me impide vuestra compañía, y el abrasado fuego de amor de lo que ya veis, amáis y poseéis para siempre. Amén.

## TRABAJO VI

### Desabrigo en las asperezas del tiempo.

La batalla que el Señor tuvo en esta vida contra los pecados, no no fué (como digimos) sólo para satisfacer por ellos al Padre Eterno, y merecernos gracia con que librarnos de ellos; sino también para dejarnos ejemplos de virtudes, en que viésemos el mal que nos hacen, y aprendiésemos á evitarlos. Por tanto, se armó mucho más contra los vicios que más reinan en el mundo, y contra sus más comunes ocasiones, dándonos muchos ejemplos de las vir-

tudes contrarias, como son humildad, tolerancia, aborrecimiento y desprecio de todo el gusto del mundo, de lo que estima, y otras virtudes semejantes; y porque el amor del cuerpo, su cuidado y regalo, es una de las cosas que más ocupan á los hombres, y más ocasiones dan de muchos y graves pecados; por tanto, el Hijo de Dios, luego que nació, y por el resto de su vida, trató su cuerpo de manera, que los que tuviesen fuerzas, espíritu y gracia para mortificar, refrenar y castigar el suyo, imitasen en este Señor altísimos ejemplos; y los que no se atreviesen á tanto, á lo menos viesen en el tratamiento que el Señor dió al suyo, cuánto deben precaverse de tan cruel enemigo doméstico, para no perder por él los bienes celestiales.

Uno de los gustos que los hombres dan ordinariamente á los cuerpos, y que les gasta la mayor parte de la vida y de la hacienda, es buscar invenciones para librarlos de las injurias, mudanzas y asperezas del tiempo, y para sentir menos aquello á que naturalmente están sujetos. Esto fué lo que inventó la curiosidad de las casas, sótanos, galerías, jardines, bosques, fuentes, estanques, vestidos, camas, comidas, músicas, fuegos, y otra mucha variedad de regalos, unos para el calor, otros para el frío, y otros para divertir en algo al sentido, que no sienta tanto lo que forzosamente ha de padecer. Y como el enemigo regalado no da otro fruto sino traiciones contra aquel á quien debe sujeción y obediencia, se engríe este tirano; y quiere, siendo esclavo, ser Señor; y á vueltas de los gustos de estos regalos, da entrada á descuidos de la vida eterna, á el aprecio de toda cosa terrena, á profanos y deshonestos placeres, á soltura de los sentidos, para cuantas cosas pueden cautivar y someter el alma á su amor y servidumbre. En vista de la mucha soltura y descaro que de esto hay en el mundo, como por el gran peligro que las almas corren de perderse, los Santos Padres, movidos y enseñados del Espíritu Santo, inventaron la vida común de los Monasterios, donde hubiese una medianía para pasar la vida, y se cortase toda la demasía con que se pierde el alma, sin faltar ocasión para quien pretenda apretar con otras asperezas su cuerpo. Muchos no contentos con esto, se retiraron de los poblados, yéndose á los desiertos, sin casas, sin vestidos, ni comidas. Unos vivían toda la vida en perpetuo ayuno, otros al calor, frío y sereno, desvelándose todos en negar al cuerpo lo que les pedía, aunque fuese necesario, con tal empeño, cuanto el de los mundanos se ocupa en regalar el suyo.

Nuestro divino Maestro Jesús, apareciendo en el mundo, nace desnudo como todos los hijos de Adán, en sitio desabrigado, en el mes más frío del año, á la hora de media noche, tiritando de frío, sin abrigo ni comodidades. En creciendo, no mudó el vestido que nuestra Señora le dió, bien pobre, y con él anduvo hasta dejarle al pie de la Cruz; no se precabía del calor, ni se abrigaba contra el frío, ni huía del sereno; y como su cuerpo era de la masa que los demás, y pasible, no hacía en El menos impresión la aspereza del tiempo, que en cualquiera otro. Mientras vivió en casa, no era la fá-

brica tal, que bastase á defenderle del frío y del calor. Después que salió á tratar con gentes, la tierra era su cama y el cielo su tejado; su sacratísimo cuerpo, barbas, cabello y vestido, recibían en sí los rocíos, heladas, lluvias, vientos, sol y calores, con los trabajos que esto trae consigo, como si El fuera un pecador que de todo hubiese abusado; y por no dar descanso al cuerpo, si de día recibía algún regalo y comida, por las noches salía al campo, á los montes, ó huertos, á orar y padecer. Era este Señor el legítimo autor y Criador de los tiempos, que los repartió en las diferencias que tienen para servicio de los hombres; y debemos pensar de El que, como infinitamente sabio, ya cuando los hacía, se alborozada su amor y le daba gusto particular la previsión del trabajo que por esta misma variedad de tiempos había de pasar. Entonces criaba para sí el frío del invierno, el calor del verano y la aspereza de los vientos, satisficiéndose solamente del trabajo que ocasionan, y dejando á los hombres los frutos temporales que producen de que El usó muy poco.

Grande compañero tienen en este Señor los pobres á quienes falta lo que sobra á los ricos; y aunque padezcan trabajo y desabrigo en los tiempos, por no llegar su posibilidad á tener los defensivos necesarios, todavía, como es prudencia cristiana saber hacer de la necesidad virtud, conviene se acuerden de lo que dice San Crisóstomo, que como Dios tiene mucha cuenta con el amor y buena voluntad, no acepta menos los trabajos forzados que los voluntarios; si el amor, la voluntad y el deseo de servirle, le hace sacrificio y le ofrece lo que no puede dejar de padecer.

Y con mucha razón podemos pensar esto de Dios, porque como los trabajos que forzosamente sobrevienen, proceden de mano de Dios, como la voluntad que El da para tomar otros de su servicio por nuestras propias manos, no se da por menos servido de uno que de otro; antes bien, si los pobres tuviesen espíritu de Dios, no se deben tener por poco dichosos en que Dios les dé en el mundo la suerte que escogió para sí; pues aunque cuando nació había muchos justos ricos entre el pueblo de Dios, sólo se manifestó á la compañía de los pobres, su Madre, San José y los pastores. Con Cristo desabrigado y atribulado, tendrán una grande consolación y merecimiento, si le ofrecieren el frío, calor y necesidades que padecen, en unión de los que El padeció; porque juntando su poquedad á esta tan divina compañía, quedan con ella mereciendo frutos de vida eterna. Y si hacer de la necesidad virtud vale tanto delante de Dios, ¿cuánto valdrá padecer por virtud la necesidad? Sin duda los yermos poblados de voluntarios penitentes, los Monasterios llenos de voluntarios necesitados, las voluntarias asperezas con que se trata el cuerpo, el voluntario cortar sus demasías, tienen en este Señor no sólo ejemplo y muestras de su mucho aprecio, sino esfuerzo y ánimo para todo aquello que á la naturaleza le parece superior á sus fuerzas; porque el amor, que no acostumbra (como dice el Crisólogo) disculparse con la dificultad, ni achacar imposibilidad de no poder hacer lo que desea, con tanto más ánimo acomete las cosas

cuanto más dificultosas é imposibles parecen, para asemejarse en alguna manera con el verdadero amigo que es Jesús. Así cuenta Paladio, que unas santas mujeres, viviendo muchos años entre unas paredes altas, sin tejado, con grandísimo trabajo, preguntadas cómo podían sufrir aquella vida, no supieron dar otra razón, sino que la hermosura del Esposo era tan grande que no dejaba parecer mucho, ni grande el trabajo que hacía asemejarse á El y darle gusto. Y si los delicados y esmerados en regalos, supiesen las espirituales dulzuras de los que por Dios se desprenden de otros gustos, y los suaves regalos con que son tratados de este Señor, muy lejos estarían de hacer por sus cuerpos lo que hacen. Mas porque también esto es más para experimentar que para hablar, por una cosa podrán conjeturar lo que pasa en el corazón de los justos que padecen necesidades; y es que en ellas viven más contentos y alegres, que ellos en todos sus regalos, ni trocarán una hora de sus fríos ó calores en compañía de Jesús, por todos los gustos de todos los más regalados del mundo.

Parece que no tendrán aquí lugar los que no son tan rigurosos consigo que lo dejen todo por Dios, como son los Reyes, nobles, casados, y la demás gente buena del mundo. Pero en la verdad, también éstos tienen mucha consolación en los trabajos del Señor, viendo que con dar en sí ejemplos tan rigurosos para la vida humana, á ninguno obligó á seguirlos, antes bien mereciéndonos El la gloria con tantos fríos y calores, nos deja ir á El con abrigos y regalos, y nos mereció con sus trabajos remedio para los males que el alma comete por el gusto del cuerpo. Pero así como permitió á los hombres el uso de estas cosas, no les dió licencia para desmedidos excesos, ni para rendir á ellas el amor que le deben. Y aunque para librarse de las tiranías de su cuerpo tengan éstos más trabajo y peligro que los que lo dejaron todo; si se valieren de la frecuencia de Sacramentos para purificar el alma, y del ejercicio de las virtudes que caben en su estado, y tuvieren cuidado del alma, para que no se derrame, ocupe y distraiga en las cosas y gustos del cuerpo, tanto como él quiere; poderoso es el que de las piedras sabe hacer hijos de Dios, para sacar rosas de las espinas, y flores de lo no cultivado.

Pueden también éstos tener un singular modo para sanearse con Dios, y que le es muy acepto: que cuando vean la diferencia que hay de ellos á Cristo en el tratamiento de sus cuerpos, les sirva lo que en Cristo ven de propia confusión delante de Dios, y le pidan misericordia y desprendimiento de todo lo que puede impedir su amor: porque este nuestro amigo es tal, que se paga mucho de la humildad de corazón, y suple con amor todas las faltas de nuestra naturaleza, y llena con abundancia los verdaderos deseos del corazón. Y pues es tan liberal con nosotros, siendo tan riguroso consigo, ¿quién se puede quejar con razón? ó por mejor decir, ¿dejará de tener razón para quejarse, si olvidando cuanto El hizo, sólo tratamos de dar gustos al enemigo que le destruye las almas que con

tanto trabajo redimió? No se olvide aquí, para agradecer más á este Señor las mercedes que nos hizo en los trabajos que por nosotros padeció, el que quiso sujetarse en ellos á las leyes, que estableció contra Adán, una de las cuales fué que comería el pan con el sudor de su rostro, en una tierra que en lugar de trigo le daría espinas. Por pan, se entiende todo aquello que buscamos para pasar y substentar la vida; por sudor, el trabajo que todo cuesta; porque el sudor es el mayor indicio del cansancio y trabajo corporal; y así quiso Dios decir, que pues no supo, ni quiso aprovecharse del estado del Paraíso, tendría por pena de la desobediencia el granjear la vida con mucho trabajo; y muchas veces trabajaría en vano. El Hijo de Dios, cuya principal granjería fué salvar las almas, quiso pasar por la misma ley, y con sudor de su rostro, con mucho frío, y con mucho trabajo, quiso buscar el remedio, como hijo del fatigado Adán; y lo peor es, que pasó también por la otra parte de pena, de trabajar en balde por muchas almas, que en lugar del fruto de vida dieron el de perdición. Sólo da fruto y gusto deseado al Señor el corazón que sacude de sí el fuego del amor terreno, y la tibieza y frialdad del divino, porque esto da al Señor más trabajo que las asperezas del tiempo que padeció, á las cuales se sujetó para excitar nuestros corazones á que le recojamos en lo íntimo de nuestras almas, donde nunca desecha el acogimiento que le hagamos, ni hay obsequio de amor que pueda ser demasiado.

### EJERCICIO DEL DESABRIGO DEL SEÑOR

Blandura divina, ¿cómo no enternecéis la dureza de este corazón, para amar y agradecer tantas invenciones cuantas vuestro amor halló, para mostrarme lo mucho que me queréis? ¿Cómo sufrís que viva yo tan frío entre tanto fuego de vuestro amor? No permitáis, buen Jesús, que ese vuestro eficacísimo amor que no sabe estar ocioso, se ocupe sólo en Vos; mandadle que obre en mí, y emplee aquí toda su fuerza. En la dureza de este corazón tiene más que hacer; si obrare en mí sus obras, seré yo todo abrasado y Vos glorificado. Adóroos, Niño divino; ámoos, soberano bien mío, oculto en esos miembros. En todo sois grande, en todo os parecéis á Vos; ni pueden esos pequeños miembros encubrir la riqueza de vuestros soberanos tesoros. Sólo el parecer es flaco; mas, ¿qué cosa hay en Vos, que no sea soberana y admirable? ¿Qué haréis, buen Jesús, por mí, cuando esos miembros crecieren y tengan fuerza para padecer mucho, si ahora, que en lo natural necesitan de abrigo, tan rigurosamente los tratáis? Veo que no templáis la aspereza del frío; veo tiritar ese cuerpecito con el desabrigo de una noche tan fría; véoos con una Madre tan pobre, que escasamente tiene con qué cubriros; veo esa morada tan abierta, que no tiene rincón en que os puedan abrigar; no veo aquí braseros para calentaros; todo es falta y necesidad. Bendito y alabado seáis, riqueza infinita del cielo.

Deteneos, buen Jesús, ahora, pues tenéis tantos trabajos que pasar después por mi remedio. Pero estas son las fiebres de vuestro

amor, que no os permiten reposar; el cuerpo padece fríos, destemplanzas de aires y de tiempos; el alma y la divinidad arden en vivo fuego. No sois Vos como los que se contentan con poco, y dejan las obras bien comenzadas sin acabar. Toda la vida, esperanza de mi corazón, vivisteis desabrigado; nunca os guardábais del calor; nunca os defendíais de los fríos; nunca mudábais vestidos en las mutaciones del tiempo; nunca usasteis de comodidades y regalos. Siempre os supo bien lo más áspero y duro de la vida, de que todos huímos. ¿Cuántas veces, bien mío, amaneceríais con ojeras, y descolorido, por el frío de la noche? ¿Cuántas veces vuestra sagrada cabeza, barbas y ropa, amanecerían blancas por el sereno y rocío? Y porque todo lo puedo pensar de vuestra infinita y eterna bondad, y del amor que me tenéis, imagino de esas amorosas entrañas que cuando criábais el mundo para casa y sustento de nuestros cuerpos, y cuando repartíais los tiempos, ya dábais al invierno los fríos, al verano los calores, y á los vientos el rigor para que os atormentasen; ya entonces os alborozábais para venir ahora á ayudar á los hombres en el trabajo del rigor de los tiempos. Así luego, en naciendo, como quien desea lograr lo que tiene hecho para sí, mandáis á la noche fría que os atormente, y comenzáis á pasar el trabajo de los tiempos que criasteis para atormentaros, con tanto gusto como los mundanos huelgan de los jardines y casas de placer, que hacen para sus desordenados apetitos. ¡Oh amador fidelísimo de las almas! ¡Oh Maestro verdadero de las soberanas y puras verdades! ¡Oh compañero amiguísimo de los atribulados pecadores! Cuán lejos está de Vos el mandar y no hacer; pues en el tiempo que calláis, hablan vuestras obras por Vos.

Bien veis, buen Jesús, cuánto tiempo me lleva mal gastado el cuidado y regalo de este miserable cuerpo, enemigo verdadero del alma. Bien veis cuánto me quita la memoria de las cosas interiores por ocuparme en sí; cuán obediente soy á todo lo que de mí quiere, aunque sea con peligro de perderos; y viviendo en brazos de un enemigo malicioso, astuto, falso y peligroso para todo bien de esta alma, nunca le falto con cuanto quiere, y nada me parece mucho para satisfacerle. Veo que si cuido mucho de él, nada me agradece: si hago mucho por él, más me pide; si mucho le sirvo, no se harta de mandar; si mucho le regalo, se me vuelve más flaco; cuando pienso que le tengo contento, más se queja; y si quiero pago de él, me satisface con apartarme de Vos, con abatir esta alma á toda bajeza mundana, y con no sufrir que cosa vuestra, capaz de impedir sus gustos, dure en mi corazón. ¡Oh conocedor de mi interior, cuánto tengo en esto que llorar! ¡Oh verdadera vida de las muertes de esta alma, tened de ella misericordia! No os enojéis contra mí. Los males que por satisfacer á este cuerpo padece mi alma, solo Vos los conocéis; cuán cautivo me traen, solo Vos lo lo entendéis; y aunque llore toda la vida, siempre tengo que llorar; y por más que me limpiéis, siempre tengo que recelar. Valedme, Señor, contra mí, porque Vos sabéis cuánto debo temer el tiempo

en que traté de mi cuerpo más que de Vos; y cuánto me debo correr del tiempo en que con vuestra gracia en alguna manera os busqué; porque, buen Jesús, espejo y amor de mi alma, ¿cuándo hice por Vos lo que el mundo y el cuerpo hacen por sí? No tienen fin las demasías é invenciones de los mundanos en casas, vestidos y regalos, para huir el calor y el frío, paar amparar el cuerpo contra la molestia del tiempo; todo para esto les parece poco; para ello dejan á las viudas y los huérfanos pobres, y vuestro culto divino desamparado; y yo, cuando vuestra gracia me inspira que os busque y recoja en mi alma, ¿qué casa os preparé en mi corazón? ¿Qué braseros de amor encendí para abrigaros? ¿Con qué pureza os recibí? ¡Oh bondad infinita, tan larga en sufrirme, y tan liberal en perdonarme! Valiendo más una hora de tus suaves gustos interiores, que todos cuantos me puede dar el mundo, ¿cuánto más hace él por los suyos, siendo falsos, que yo por los verdaderos? Vida de mi corazón: mi alma enmudece y se confunde. Curad, Señor, las llagas de esta vuestra criatura que tanto amáis.

Solo Vos lo hacéis todo como quien sois; y yo en todo me parezco á mí. Hago por este cuerpo mucho, por ser malo y perverso; conténtome con hacer poco por Vos, como flaco y miserable. Son mis males grandes, á la medida de mi dañado corazón; son los bienes pequeños, por lo pobre que soy de bienes, y como tal, Dios mío, me conozco. Solo Vos sois grande en todo; grande en padecer y en atribularos; grande en hacer mucho por mí; grande en amarme; grande en perdonarme; grande en disimular conmigo, y grande en acomodaros á mi pequeñez; pues no me obligáis á hacer cuanto hacéis; me dejáis acudir á las necesidades de este cuerpo, y sólo me pedís que os ame mucho. ¡Oh, cuándo llegará esta hora que supla con amor grande la flaqueza y mengua de este cuerpo! ¡Oh divino amor, en todo grande; enciéndete en este corazón, y haz en él tus grandes obras. Dadme señorío en esta carne, y si no puedo sufrir en ella cuantos trabajos sufrís por mí, dadme una hambre de Vos, que no se harte. Siquiera desee yo mucho, ya que Vos hacéis tanto. Quitad de mí toda demasía: enseñadme á no dar á este enemigo más de lo necesario; mudad en Vos todo mi desvelo, pues sólo en Vos está bien empleado. Trocad, Señor, desde ahora para siempre los cuidados de esta alma; tomad Vos el cuidado de mí, y dadme que me ocupe yo todo en Vos. ¿Qué puedo querer fuera de Vos, que me sea bueno? ¿Qué me puede faltar, si con Vos me contento? ¡Oh vida perdida la que fuera de Vos gasté! ¡Oh amor mal empleado fuera de ahí! Vos sois el verdadero descanso de esta alma, el verdadero remedio de mis necesidades, el amparo seguro en mis trabajos, el Padre único y verdadero que me sustenta, y tiene cuidado de mí. Pues vida de mi corazón, ¿cómo no me contento sólo con Vos? Abrid, Señor, este pecho, recibid y remediad esta vuestra criatura, porque de cualquiera manera soy vuestro. Y pues lo soy por justicia, vuestro quiero ser desde ahora sin fin, por voluntad, por amor y por delicia.

Pero, Señor de mi alma, esperanza mía, mi verdadero contento, ¿qué os atormenta más, el frío que padecéis, ó la frialdad de esta alma? Enseñadme, Señor, á entenderos y contentaros. Bien sé que con la aspereza de ese frío estáis pagando el mal de mi helado corazón. Sufrís ese con gusto, y amenazáisme que me desecharéis de ese pecho paternal, si me halláreis con tibio corazón. ¡Oh infinita misericordia; qué será de mí, que no conozco hora en que ardiese en fuego de vuestro amor! Halláis tolerables los fríos y calores temporales, como caminante que en su casa espera descansar; y llegando á este corazón que para Vos criasteis, y le tenéis por casa de vuestro descanso, queréis hallar buen acogimiento, abrigo y fuego. ¡Oh, quién siempre os recibiera con puro amor! ¡Oh, quién nunca os echara de sí con frialdad! ¿Qué mucho que queráis eso de mí, si usáis conmigo la misma ley? Hicísteisme, Dios mío, para Vos, y ordenásteis que siempre ande mi corazón inquieto mientras no descanse en Vos. Quisisteis ser mi morada y casa de placer; echásteisme en este destierro para que por él camine á Vos y os merezca; y si consentís que pase trabajos como caminante de tierra áspera y seca, en llegando á Vos no sufrís que esté cansado ni descontento; luego hallo que me estáis esperando; luego me consoláis; luego me mantenéis; luego me mostráis que en solo Vos están mis verdaderos bienes y descansos. En Vos no queréis que halle falta, porque tenga por bien empleado todo lo que hiciere por llegar á Vos; y si á veces disimuláis, es para que con más suavidad y gusto os posea. Sois tan justo é igual, que la misma ley queréis tener conmigo; sólo en mí queréis acogimiento y abrigo; sólo en mí queréis descansar; sólo conmigo queréis vuestros pasatiempos, y sólo sentís hallar el corazón y habitación de esta alma poseída de otro amor, fría y desabrigada del vuestro. Si halláis en mí buen acogimiento, todo trabajo le tenéis por bien empleado, y si halláis el lugar ocupado, eso sólo os fatiga. ¡Oh mi amor, mi gloria, mi hermosura; cuántas veces llegasteis, y no os abrí; cuántas llamasteis, y no os respondí; cuántas entrasteis, y os deseché; cuántas os troqué, bienaventuranza mía, por mi perdición! ¿Para qué vivo, Dios mío, si no vivo para vos? Acabad ya, Señor, esta miseria, y pues ni cansado dejáis de porfiar por entrar en esta alma, haced que os reciba. Venid, esperanza mía; venid, salud mía; venid, gloria mía; echad fuera los malos habitadores de esta alma, que es vuestra morada. Encended en ella el fuego de vuestro amor, cerraos por dentro, no me dejéis á mí hacer en ella lo que quiero, mudadme á vuestra voluntad. Nos os fiéis de mí, Dios mío; bien sabéis que cuando estoy delante de Vos soy largo en prometer y desear, y en saliendo de aquí soy tardo en cumplir, falto á la palabra y soy frío en amar. Haced Vos vuestra obra, pues no puedo tener ningún bien sino en Vos. No se pierda, vida de mi alma, vuestra obra por mi malicia; reparad lo destruído, ganad lo perdido; glorificaos en vuestra criatura, reinad y aposentaos en lo que es vuestro, y recogedme á mí con Vos, mi Dios, mi Señor y mi bienaventuranza perfecta.

Haced, mi único bien y amparo, que conozca cuánto os debo. Disteis contra Adán la sentencia de que con el sudor de su rostro y el trabajo del cuerpo se alimentaría del pan, y muchas veces en lugar de pan cogería espinas; y Vos, mi verdadero Adán y Padre, que no tenéis más gustoso pan que los corazones, aunque sabéis cuántos se os han de convertir en espinas, no queréis dejar de pasar por la sentencia rigurosa de Adán, sino que buscáis y trabajáis por mi remedio con fríos, calores, sudores y trabajos. ¿Qué hay en mí para que gustéis de mí y hagáis tanto por mí? ¿Qué os importa el ser amado? Pero, perdonadme, Dios mío, ¿qué quiero saber más que el quererlo Vos? Mas si sólo esto queréis, ¿porqué no os amo? Mucho me dais en amarme, mucho en querer ser amado, y no sé en cuál de estas cosas me dais más. ¡Oh amor, que tanto me amas y tanto haces por ser amado de mí! ¿Qué te detiene para que no se haga lo que deseas? ¿Cómo te puedo amar sin ti? Haz en mí lo que mandas, y manda lo que quisieres. Quemad ya el rastrojo y espinas de esta alma que tanto trabajo os dan; romped este terreno corazón; sembrad en él vuestro divino amor; consumid esta interior frialdad, y pues todo me queréis, tomadme todo, que yo no sé más que gemir y llorar. Abrid esos tesoros, pues para todos tenéis. ¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh verdadero amor!

¡Oh Madre de Dios, purísima morada de este Señor, á quien mucho más aposentábais en el alma que lo que le abrigábais en lo exterior! ¡Oh tesorera de todos estos bienes, alcanzadme de ese Señor lo que El quiere de mí, pues sabéis que sin El soy una pura perdición! ¡Oh soberanas moradas y casas celestiales, corazones purísimos en que Dios descansa: acordaos que fuisteis peregrinos: compadeceos de éste que anda en peligro, y alcanzadme de este Señor que en Vos reina, que haga en mí su perpetua morada! Amén.

### DE LA SACRATÍSIMA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

Antes que pasemos adelante, me parece necesario prevenir á los que se ejercitan en la consideración de los trabajos del Señor, que no se olviden de la compañía que le hizo en ellos la sacratísima Virgen María por todo el espacio de su vida; porque nos dió su Majestad á esta Señora tan perfecta y tan llena de todas las virtudes y gracias para honra de nuestra naturaleza, y suplir con ella nuestras faltas, y no satisfacerse en ella por todos de lo que en todos desea y no halla. Después del pecado de nuestro primer padre Adán, quedó tal esta nuestra naturaleza, que ningún hijo suyo puede presumir de sí sino imperfecciones y defectos, aun en las cosas en que pensamos que agradamos á Dios y le servimos. Así, dice Isaías, que todas nuestras justicias y virtudes son tales y tan imperfectas, que no menos podemos correrno s de ellas que de nuestros defectos: y aunque no lo expresa por estas palabras, compara nuestras virtudes á un lienzo, que sirve para limpiar cosa inmunda y después de hacer su oficio queda sucio. Así las virtudes que hacemos para curar los defectos de la naturaleza son tan flacamente ejercita-

das, que tienen en qué humillarnos por sus imperfecciones. Y como nuestro Señor hizo esta naturaleza, según San León Papa, para que fuese imitadora de su Criador, quedó por los pecados tan abatida, que se halla ya mucho más abajo de la semejanza de las divinas perfecciones en que Dios la crió para poderlas imitar, como es razón, y para hacer Dios en ella el asiento de placer que deseaba. A todo esto acudió, y todo lo restituyó con hacer á la Virgen sacratísima su Madre y Señora nuestra, tan perfectísima, que en su alma habitase por todos á su voluntad, y le fuesen sus servicios más aceptos que los de todas las demás criaturas humanas y angélicas, y en su alma más que en todas brillase la perfectísima semejanza de las divinas perfecciones. Y fué esto tan cumplido, que hasta en lo exterior mostraba una tan soberana perfección, que San Dionisio Areopagita dice, que si la fe no le enseñara que había un solo Dios, creyera cuando vió á la Virgen nuestra Señora, que en Ella estaba perfectamente la divinidad. A este modo declara San Atanasio las palabras del Angel: *El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra:* la sombra hace donde da, una semejanza del cuerpo cuya es, y vemos claramente de lo que es, por lo que figura. Así el Espíritu Santo puso tantas perfecciones en la Señora del mundo para ser digna Madre de Dios, que parecían en ella como una sombra de las de Dios. ¡Tan al vivo las representaba! Y como esta Señora no tuvo ociosa ninguna de estas gracias y perfecciones, con todas ellas servía y agradaba al Señor perfectísimamente. Conocía los divinos misterios muy altamente, sacaba de ellos los frutos del espíritu con suma prudencia, y en todo acudía á sus obligaciones tan pura y cumplidamente, que disimulaba Dios todos los humanos defectos para sufrirlos y curarlos, por tener en esta nuestra corrompida naturaleza una criatura humana que en todo llenaba sus deseos, y hacía todas sus voluntades. Por eso dice de Ella el Evangelio, que en estos primeros misterios de la entrada del Señor en el mundo y de su vida, conservaba la Virgen ponderaba y confería en su corazón todo cuanto pasaba. De los placeres tomaba cuanto bastaba. Los trabajos del Señor los conocía y sentía cuanto cabía, y hacíale en todo fidelísima compañía, cuanto sabía que el Señor de ella quería. Acuérdese, pues, de esta Señora el que trata de los trabajos de Jesús, para ayudar á sentirlos, y recibir de ella compañía, muy acepta á Dios, con que suplir sus faltas.

## TRABAJO VII

### Circuncisión

No quiso Cristo nuestro Señor después de su nacimiento pasar muchos días sin dolor que le costase sangre y tormento, en que diese las primicias de la mucha que había de derramar y ofrecer al Eterno Padre por nuestro remedio: y así á los ocho días de su vida, que era el tiempo en que la ley dada por Dios á Abraham

mandaba circuncidar los niños, se sometió á la misma ley, siendo Autor de ella. Muchas cosas desobligaban al Señor de esta ley, fuera de ser su Majestad el mismo Dios que la dió; primeramente, por ser instituída para protestación de la fe del Mesías que la gente israelítica esperaba; porque por la Circuncisión confesaban vivir en la esperanza, fe y amor del que había de venir á salvarlos; y como Cristo nuestro Señor era el mismo esperado y prometido Hijo de Dios hecho hombre, no tenía otro mayor cuya fe y esperanza protestase por la Circuncisión. Era también esta una señal dada por Dios á Abraham y cuantos de él descendiesen por la línea de Isaac su hijo, significando el contrato en que Dios se obligaba á llamarse Dios de aquel pueblo israelítico que de él descendería, tomándole por suyo; y el pueblo se obligaba á tenerle á El solo por Dios, y así este pueblo sería únicamente el escogido de Dios, en tiempo que todos los demás pueblos y naciones del mundo serían reprobados por sus idolatrías; y en señal de ser pueblo escogido usaría de la Circuncisión. Este era el contrato; y como Cristo vino á concluirle y á hacer un redil de todos los pueblos y naciones del mundo, á llamar á todos igualmente y escoger de todos á los que quisiesen vivir y morir en su fe y amor, sin diferencia de naciones, ya quedaba desobligado á la señal del contrato que El como autor había de mudar.

También por la Circuncisión corporal les obligaba Dios á cortar y apartar de sus corazones toda dureza y malas inclinaciones que perjudicasen á su amor y observancia de la ley; y como en Cristo, pureza y perfección infinita, no había interiormente que cortar, siendo El el que purifica las almas, ninguna obligación tenía de la señal que miraba á la reformación interior. Sobre todo, la Circuncisión era un Sacramento de la ley vieja, en el cual, por la protestación que en él se hacía de la fe y esperanza del Mesías y sujeción á la ley de Dios, se perdonaba el pecado original; de suerte que este Sacramento era signo y remedio de pecadores; pero Cristo, que en cuanto Dios y en cuanto hombre era impecable y autor de la gracia y del perdón de los pecados, como cordero de Dios que quita los pecados del mundo, estaba tan desobligado á tomar en sí el remedio de ellos, cuanto distantísimo de poderlos tener; antes bien, parecía muy grande abatimiento sujetarse á la ley que los remediaba, tan impropia y contraria á su Majestad como los pecados. Pero el divino amor, á quien ninguna cosa puede perjudicar, no tuvo por impropia ocasión para mostrarse y refinarse, aquella en que podía abatirse á la cosa más contraria á su Divina Majestad; porque tanto quedaba más realzada su fuerza, cuanto en cosas más impropias obraba sus divinas operaciones. Por eso no tuvo Cristo por mucho el mostrarnos su amor en cosas soberanas y altas, sino que mucho más se dió á conocer en las bajísimas á que El se sujetó. Entre éstas una es la de tomar figura de pecador, no sólo en ser hijo de la carne del pecador Adán, sino también en tomar las penas y remedios instituídos para limpiar las culpas.

Confunde nuestro Señor en esto un género de soberbia que ha cundido mucho en lo más de la gente, que no teniendo ningún temor de Dios para cometer muchos y gravísimos pecados, le tienen muy grande en parecer pecadores cuales son. De donde viene, que sin ningún sentimiento de las llagas del alma, por donde se pierden (como dice San Bernardo), tienen vergüenza de las ligaduras y medicinas con que se curan, y muchas veces no las sufren. Conocemos (aunque por la mayor parte muy mal) cuán malos somos, y mucho menos sufrimos ser tenidos y conocidos por aquello que en verdad sabemos; y engañámonos con la humana alabanza, aceptándola por parecer á los ojos de los hombres lo que dentro de nosotros sabemos que no somos. Estos y otros desatinos son propios de corazones amigos de sus llagas, y descuidados de los verdaderos remedios. Por eso nuestro verdadero Médico y Maestro muda en sí con claridad esta ponzoñosa inclinación humana; pues siendo cuanto hay en El la verdadera, pura y esencial santidad y la salud que á todos cura, encubre la inefable perfección de su pureza divina y humana, y se circuncida como pecador; humíllase á parecer lo que no es, y á tomar el remedio de las culpas que no tiene; y enseña por tan público pregón, que no puede ser abatido quien fuere tenido por malo, no siéndolo; ni será honrado delante de Dios quien fuere malo, no pareciéndolo.

Una consideración me parece que realza mucho la obligación en que estamos á este Señor, por querer la pena y forma de pecador en la Circuncisión, por la cual parece le debemos más que por otras obras en que tomó la misma forma; y es que en las demás obras siempre mezcló cosas que á vueltas de su abatimiento eran demostración de la Majestad encubierta, excepto en la Circuncisión. Cuando nació llorando y temblando de frío, como los demás pecadores, los ángeles, pastores y reyes le adoraron por Dios. Cuando se ofreció en el templo con oferta de pecador, el Santo viejo Simeón y la Santa profetisa Ana, publicaron su divinidad. Cuando se hizo bautizar en el río Jordán como pecador, la voz del Padre, el Espíritu Santo en figura de paloma, y el Bautista, dieron testimonio de ser Hijo de Dios. Cuando se dejó tentar en el desierto, vinieron los ángeles á servirle como á su Dios. Cuando se cansaba y sudaba como flaco, los milagros publicaban su grandeza. Cuando se dejó prender, derribó primero en tierra á los ministros con sólo su nombre. Hasta en el día de su Pasión puesto entre dos ladrones en la Cruz, el sol que se eclipsó, la tierra que tembló, la grande voz con que expiró, el velo del templo que se rompió, y el centurión que le guardaba, dieron testimonio de El tan convincente, que los que le habían crucificado se recogieron á sus casas dándose golpes de pechos, y confesándole por Hijo de Dios. De suerte, que de tal manera parecía pecador, que juntamente añadía otras cosas que manifestaban su grandeza. Sólo en la Circuncisión parece que del todo se olvida de sí y de su honra; ni hay allí ángeles, ni sol, ni milagros, ni gente que le publique otro de lo que El quiere parecer,

satisfaciendo por entonces su amor en el gusto de estrecharse con nosotros; porque si con esto nos uniese mucho á sí, tiempo le quedaba para dársenos más á conocer. Y así, aunque tomó después otras penas mayores, esta no nos obliga menos, porque en ella se olvidó más de sí por nuestro amor.

Cuando no hubiera otra ninguna cosa en la Circuncisión sino el ser penosa, como lo era, y trabajosa de sufrir, sólo por eso se circuncidaría el Señor; porque venía tan deseoso de padecer, que no pudiera componer consigo dejar de pasar por los dolores que los demás niños, cuando no podía tomar otros en aquella edad. Era este dolor de la Circuncisión muy grande; porque parece se hacía con cuchillos de piedras agudas, como hizo la mujer de Moisés á sus hijos; y como Dios mandó hacer á Josué, cuando le intimó que circuncidase todo el pueblo antes de entrar en la tierra de Promisión; por esto sería el dolor gravísimo, y mucho más lo era al tercer día, como dice la Escritura. Y lo que los demás niños sentían, sin saber ni entender lo que pasaban (que les hacía más leve la pena), en Cristo nuestro Señor no tuvo entrada, porque la edad no impedía su entendimiento y sabiduría, antes sentía la pena con todos los quilates que le correspondían, y sufría con el mismo amor con que después se puso en la Cruz; y derramaba su sangre con el mismo gusto con que después la derramó.

Tenía este Señor mandado en la Ley, que de todos los primeros frutos de la tierra le ofreciesen primicias; y como determinaba ser tan pobre, que no tuviese en la tierra cosa propia en que reclinar la cabeza, dió en este primer tormento las primicias de su sacratísima sangre, como de la cosa que en la tierra había de dar más fruto de cuanto en ella había. Quiso también que conociésemos claramente los extremos de su amor, el cual ni halla impedimento en la tierna edad para dejar de padecer, ni fin en la muerte para dejar de arder: porque á los ocho días, con gran dolor y tormento, le sacó el amor de su cuerpo sacratísimo las primicias de la sangre, que después de muerto había de acabar de derramar y agotar del todo por el costado. Todos estos extremos hace Cristo por una gente que gasta la niñez en puras ignorancias, la mocedad en principios de toda vanidad, y el resto de la vida en dar gusto al cuerpo y seguir lo que mata el alma; con que la muerte no tiene otro mejor oficio que lágrimas de la vida pasada, en que las cosas fuera de Dios y á El contrarias, tienen la parte principal; y la Majestad, á quien toda se debe, queda con la más pequeña y á veces sin ninguna. Quien tuviere los ojos abiertos, tendrá mucha razón de avergonzarse á vista del cuidado de este Señor, que no quiere tener edad ni día desocupado de nuestro remedio, ni sin demostraciones de lo mucho que nos quiere: pues desde nacido hasta glorificado, todo se redujo á padecer mucho y hacernos muchas mercedes.

No sin causa quiso este Señor, que le costase tanto nuestra redención, en que siempre trabajase desde nacer hasta morir; porque quiso manifestarnos cuánto más nos amaba, que todo lo que había

criado. No le costó á Dios más el criar á los hombres que á las hormigas; todo igualmente fué hecho porque quiso, sin otra ninguna obligación. Y no haciendo Dios caso de que las demás cosas pereciesen, sólo porque los hombres no se pierdan, tomó todos sus trabajos, dió por ellos tanto precio, y quiso que le costase tan cara su redención, porque no juzgásemos que estimaba poco esta su criatura; la cual si no le costó nada el criarla, le costó mucho el redimirla. Por esta obligación nos empeña San Pablo á perpetuo servicio de este Señor, no sólo con todas las fuerzas del alma, sino también con el cuerpo, porque dice que fuimos *comprados á gran precio.*

Verdad es lo que dice nuestro P. San Agustín, que mucho menos bastaba para satisfacer por nosotros: mas lo que alcanzaba para la redención, no satisfacía á su amor, y todo lo había menester para saciarse. Mas también es verdad lo que dice San Cipriano, que hizo D os tanto para redimirnos de nuestros pecados, porque la facilidad del perdón no soltase las riendas al pecar. Somos tales, y tan inclinados al mal, que todo esto fué necesario para que conociésemos el peso y la gravedad de las culpas, que necesitaron tan trabajoso remedio. Y si aun con esto nos arrojamos tan fácil y descuidadamente á los vicios, ¿qué haríamos, si Dios con tantos trabajos como tomó por redimirnos, no mostrara cuánto los aborrece y cuánto mal nos hacen? Pues vea cada uno el estado en que se halla con toda la vida gastada en deleites de pecados, sin tener dolor de ellos, viendo á su Redentor sin perdonar á la niñez, ni descansar en toda la vida, ni hartarse en la muerte de trabajar por curarlos.

Acostumbraban en aquel tiempo poner nombre á las criaturas, cuando las circuncidaban. También este Señor, para que sus principios correspondiesen á los fines, quiso escribir en su santísima carne, al octavo día, el sacratísimo nombre de Jesús (que quiere decir *Salvador*), con su sangre; ya que en el fin de la vida había de hacer este oficio, y concluir la obra de nuestra salvación, derramando cuanta tenía: y por eso le fué puesto el nombre de Jesús en la Circuncisión, según previno el Ángel de parte de Dios: aunque el glorioso San Bernardo dice que en este día y hora no le fué puesto este nombre nuevamente, sino que en él fué llamado por el nombre que más le competía, como es ser *Salvador*, y la misma esencial y sobresubstancial salud que á ningún otro corresponde; y solo El trae consigo nombre correspondiente á quien es. A las demás cosas de la tierra se les dan nombres impropios, porque á la verdad no son lo que significan, y los nombres son mucho mayores que ellas. Honra, riqueza, tesoro, majestad, grandeza, alteza, imperio, y lo demás que significan cosas grandes, son nombres impropios; porque ninguna de las cosas á que se ponen es, á la verdad lo que ellos significan. Solo Cristo nuestro Señor es tan verdadera salud de nuestras almas que por lo que eternamente es de su naturaleza, trajo consigo el nombre, aunque no quiso que se declarase sino en el día en que primeramente manó de su sacratísimo

cuerpo el ungüento de su preciosa sangre, con que sana todas nuestras heridas.

Otros muchos nombres profetizó Isaías que había de tener el Señor: que eran robador apresurado; Manuel (esto es, *Dios con nosotros)*, Admirable, Consejero, Príncipe de la Paz, Dios, Padre del otro mundo, y otros que se encierran y son declaraciones del sacratísimo nombre de Jesús; porque para ser verdaderamente Jesús (esto es, *Salvador)*, había de sacar las almas del poder del demonio, del pecado, de las ceguedades, y de los males por donde se pierden, como esforzado y acelerado robador. Había de ser Dios, y andar entre los hombres: Maestro y Consejero de admirables doctrinas, con que nos salvase de nuestros yerros. Había de reconciliarnos con Dios, haciendo paz entre el cielo y la tierra, como lo hizo: había de ser Padre y Autor de la vida eterna, y abrir las puertas del cielo, y darle á los que le mereciesen, y su reino había de ser eterno, como lo es. Todo esto es ser perfectísimo Salvador, y todo esto significa y se encierra en el sacratísimo nombre de Jesús: y querer el Señor este nombre, es otro nuevo exceso de su amor: porque preguntando Moisés á Dios por su nombre, le dijo que se llamaba Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, y que por ellos quería ser siempre conocido: porque como éstos fueron grandísimos amigos de Dios, y leales siervos, por cuya generación hizo más divinas obras que por todas las naciones del mundo; se preciaba Dios tanto de ellos, que no quería ser conocido por otro nombre, sino por Dios de sus amigos. Pero viendo el Hijo de Dios cuán acabados estaban en el mundo sus amigos, y cuánto había de hacer por los enemigos, á quienes quería mostrar grandísimos extremos de amor y de verdadera amistad, aunque no era de ellos correspondido, no quiso ya ser conocido por otro nombre que el de amigo y Salvador de enemigos. Y si antes quiso honrar la amistad de sus amigos con tomar nombre y título de ellos, siendo tan pocos, en este sacratísimo nombre de Jesús quiso honrar su amor tan general á tantos y tan grandes pecadores, llamándose su Salvador, con que todos quedasen honrados y admitidos á su verdadera amistad. De suerte que ya Moisés no se puede preciar de ser sólo su amigo porque vió á Dios cara á cara; ni Abraham, Isaac y Jacob, son solos los privados, porque conversaron con Dios á quien no veían: sino mucho más nosotros los pecadores somos los favorecidos y singulares amigos, que le tenemos en nuestra figura, y circuncidado como pecador, conversando, viviendo y muriendo entre pecadores, y llamándose en el cielo y en la tierra nuestro Salvador. Y como este Señor es tan Salvador nuestro, quiso que su sacratísimo nombre de Jesús fuese formidable al infierno, ensalzado en el mundo, adorado en el cielo; y que en El tuviesen las almas justas sus placeres; las pecadoras, su salud; los peligros, seguridad; los descansos, contento; las necesidades, remedio; la peregrinación, esperanzas; los fríos, calor; los devotos, amor; el miedo, esfuerzo; la tristeza, alegría; los bienes, fuente, y los males, redención.

EJERCICIO DE LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Llegó, buen Jesús, amor de mi alma, la hora tan deseada en que habéis de empezar á derramar vuestra sangre por los pecadores. Mostradme, amor mío, ese corazón, el fuego que le abrasa, el ansia y gusto con que espera los primeros dolores que habéis de padecer por nosotros. Tanto os debo, Señor, por el amor y gusto con que todo lo hacéis, como por las mismas obras y mercedes con que me honráis. ¿Quién como Vos, Dios de amor? ¿Quién os enamoró tanto de mí? ¡Oh, si anduviese este corazón tras de Vos ardiendo, como veo que Vos andáis tras de mí! Yo siempre tardo en ir á Vos; y á Vos, mi verdadero amigo, os parecen ocho días largos años, por el deseo de padecer por mí la pena y dolor de la Circuncisión, y darme en ella las primicias de vuestra sacratísima sangre. A mí, ni con leyes ni con amenazas acabáis de llevarme á Vos; y Vos, sabiduría divina, sin obligación de la ley, os sujetáis á ella, por ser ley de padecer en que podéis mostrar la del amor, que os tiene tan cautivo y pegado á los pecadores. Derretíos, entrañas mías, en amor de este Señor. Abríos, tomadle y recogedle en lo íntimo del alma. ¡Oh mi suave amor, oh mi segura y perfecta amistad! Nunca halláis disculpa para mostrarme el amor que me tenéis; no os excusáis con la edad, ni con vuestra Majestad, ni con el rigor de la ley, ni con que estáis desobligado; sino cuanto más libre y más Señor, tanto más cautivo del amor os mostráis, y en todo es vuestro amor el que os gobierna.

Todo lo hacéis porque amáis, todo lo padecéis porque amáis, y amáis porque amáis. Pero, ¡oh buen Jesús! ¿quién á quién? Vos á mí, en quien no veis cosa digna de ser amada, sino la ocasión que mis males os dan de mostrar la grandeza de vuestro amor, los tesoros de vuestra misericordia y las riquezas de vuestra bondad.

Poco fué para Vos haceros hombre, niño, pobre, lleno de lágrimas, sujeto á mis miserias; quisisteis además de esto parecer pecador y tomar en vuestra carne el remedio que señalasteis para los pecadores, distando tanto el pecado de vuestra naturaleza, que si pudiérais tenerle, fuera imposible ser Dios. ¿Qué es esto, vida de mi alma? Si la cosa que más aborrecéis son los pecados, ¿cómo sufrís parecer pecador? La fealdad del pecado hace feo al infierno; la mancha de las culpas de nuestra alma nos aparta de Vos; ¿pues cómo Vos, divino Salvador de los pecadores, no sólo sufrís, sino buscáis figura de pecador, no sólo haciéndoos hijo del pecador Adán, naciendo de su carne, sino sujetándoos á los propios remedios que disteis para limpiar pecados? Os dejáis circuncidar, habiendo Vos ordenado el Sacramento de la Circuncisión, para que los pecadores protestasen en él la fe con que creían en Vos, Dios verdadero; y en virtud de aquella fe y protestación, les perdonáseis el pecado original. Mandasteis hacer esta protestación y remisión con sangre, cuya pena sufriesen todos los hijos del pecador Adán, porque nacían tales como el padre. Mas Vos, pureza infinita y Dios verdadero, que sois el mismo infinito y soberano Señor, en quien todos creemos, y por

cuya fe y amor nos salvamos, siendo el mismo misericordiosísimo perdonador de las culpas, ¿qué necesidad tenéis del remedio de los pecados? Amoos, piélago de infinito amor; adóroos, infinita sabiduría; alabo y engrandezco vuestros soberanos é incomprensibles consejos. Aborrecéis los pecados, pero amáis al pecador, y no os permite vuestro amor dejar de pareceros al amado en la pena, aunque no tenéis culpa. Os obligasteis á pagar por mis culpas, para tener motivo de pasar por las penas que merezco, y tuvisteis más cuenta con mi remedio, que con vuestro decoro en esta parte. Sois, mi divino bien, tan alto, que ningún mal llega á Vos; tan limpio, que ningún pecado os puede manchar; tan puro, que ni la figura de pecador os puede dañar; y aunque os es tan impropia, sois tan perfectísimo amador, que más queréis arriesgar vuestra honra, que mi remedio. ¿Qué hallásteis en mí, Dios mío, para amarme tanto? ¡Oh amor infinito; así como todas las cosas las criasteis sólo por amor de Vos mismo, así amáis con tan grandes excesos sólo por vuestro amor! Por satisfaceros á Vos mismo en estos extremos, por mostrar en ellos el fuego que arde en ese pecho, llegasteis al extremo de los extremos: en querer parecer lo que es imposible que seáis, para que cuando os viese semejante á mí por el amor, en eso mismo conociese quién sois.

¡Oh gran Dios y gran conocedor mío! ¡Cuántas cosas fueron necesarias para alumbrar mi profunda ceguedad, para humillar mi loca soberbia y para meter en camino mi errado proceder! Cuanto más alto os veo y más ocupado en mi bajeza, más conozco los extremos del infinito amor que me mostráis. ¡Oh divino espejo de bondades!; alumbrad mis ojos para que en Vos me vea; y viéndome, y conociendo cuánto os debo, me humille, y humillándome os agrade, y agradándoos me llenéis del resplandor de vuestra luz; para que así purificado y alumbrado, se ocupe todo mi amor en Vos, como Vos estáis todo ocupado en mí. Si en Vos es mucha grandeza de amor el que queráis parecer pecador, no pudiéndolo ser, ¿cuán gran desatino é intolerable soberbia es en mí gustar de ser pecador y no querer parecerlo? ¿Gustar de las llagas, por cuyo remedio derramáis esa sangre, y correrme de la cura de ellas? ¿Huir de toda virtud y trabajar por parecer lo que no soy? Curad, Señor, en mí estas contrariedades, tan sin fundamento ni razón. No puedo negar cuán mala y fea cosa son los pecados, pues me afrento de que lo sepan; y por otra parte, así gusto de cometerlos, como si fueran bondades. Afréntome del castigo, porque no me tengan en mala cuenta; y téngome por contento cuando en ellos haga mi gusto. Mátome porque se me restituya la honra, cuando se publica lo que no soy ;y en ninguna cosa ocupo más el sentido que en ser lo que me avergüenzo de parecer. ¡Oh infernal desorden! Amo el mal, para tenerle y perderme; aborrézcole, para que se conozca y curarle. Todo me vence desordenadamente: el amor de mis males, á que estoy rendido con gusto, y el aborrecimiento de su fealdad, para que no se ponga remedio; y tan gran mal es aborrecerlos de esta manera, como amar-

los; porque los amo, para no sufrir la enmienda; y los aborrezco, para conservarlos. Y á la verdad, todo es amor de mis llagas, íntimo gusto de mis culpas y afecto de mi perdición.

De este desorden nace en mí, Dios mío, otro no menor. Creo cuán alto y soberano sois, y que me estáis viendo; conozco y experimento cuán bajos y miserables son los hombres que me ven; sé que vuestro juicio verdadero me puede condenar justamente; sé que el juicio de los hombres más me puede pervertir, que santificar; sé que lo que soy delante de vuestros ojos y en vuestro juicio, eso soy, y sé que no soy en la realidad lo que los ojos de los hombres juzgan; ni me pueden ellos hacer mejor; y con todas estas verdaderísimas certezas, que conozco y creo, ningún temor, ninguna vergüenza tengo de ser delante de vuestros purísimos y divinos ojos cual Vos me veis, y trabajo por parecer á los ojos de los hombres lo contrario de lo que en mi conciencia veo que soy. Y para que todo sea desorden en este mi desbaratado corazón, finjo blandura exterior con corazón de víbora; finjo honestidad con deseos y obras deshonestas; finjo desprecio de vanidad; finjo humildad, con soberbia, arrogancia y vanagloria; finjo celo santo con una grande ambición; santifico mis vicios con capa de virtudes y, entonces, quedo más incurable cuando parecen mis llagas más curadas. Dejo aparte el tiempo en que fuí tan siervo de mis vicios y malas inclinaciones, que no me corría de los pecados, y me burlaba de la cura de ellos, propasándome con descaro á mostrarme en lo público servidor, y seguidor de mis culpas. Hacía gala y donaire de ellas; sordo á toda verdad, que deshacía mis mentiras; ciego á toda santidad, que reprendía mis males, y perdida la vergüenza á cuanto me podía refrenar; porque me gloriaba de mis males; y cuando como cristiano era forzoso buscar remedio, dejaba las raíces vivas, para que nunca me faltasen las compañías de mi perdición, á quien amaba más que á la salud de mi alma. ¡Oh divina misericordia, que todo esto veis, cuando por mí padecéis! Ya entonces os prevenís para sufrirme, esperarme y perdonarme. Parece que conocisteis no llegaría yo jamás á consentir la cura de mis males; y por no condenarme, la tomasteis sobre Vos. Anéguese, Señor, mi alma á vista de este piélago sin fondo de misericordias; mas ¿qué haré, hallándose también anegada en el abismo de tan desordenadas desventuras? Vos sabéis que ninguna cosa clama más á vuestros oídos, que mis males. En otro tiempo acudíais á semejantes clamores, y abrasábais ciudades, destruíais los pueblos y confundíais en el infierno á los pecadores; ahora, Dios de mi alma, miráis por ellos, tomáis sobre Vos mismo nuestras penas, nos miráis con misericordia, nos perdonáis con piedad, nos ayudáis con amor, os juntáis con nosotros, hasta tomar nuestra figura, para que con vuestra virtud seamos salvos. Pues, buen Jesús, ¿habéis de ser Vos el que pena por mí, y he de quedar yo llagado?

¡Oh paternales entrañas, sanad este hijo pródigo y enfermo! ¡Oh divina pureza, limpiad á este leproso! ¡Oh vida soberana, resucitad

este muerto! Llégueme la virtud de esa sangre; quitadme con ella mis desordenes, y ordenad en mí vuestro amor. Pues para Vos me hicisteis, poned en mí vuestro temor. Aborrezca yo lo que Vos aborrecéis, y ame lo que amáis. Apartad mi corazón de los ojos de los hombres, y ponedle en Vos. A Vos sólo contente yo, y desconténtese de mí toda criatura. ¡Oh amador soberano de mi alma, oh reremediador poderosísimo de mis pérdidas, conocedor sapientísimo de mis yerros y de mis remedios!; plantad un tal aborrecimiento de mis males en este miserable corazón, y una tal estimación y amor vuestro, que huya de mí para Vos, y huya de todo lo que me trae ciego y engañado, hacia vuestra sombra y amparo. Conózcame toda criatura por quien soy; ayuden á vengar en mí vuestras ofensas. Despegad mi corazón de los afectos que le traen arrastrado, para que vuestras obras no queden en mí sin fruto. Ya que no gasté en Vos toda la vida, como Vos la gastasteis en mí, renovadme siquiera en la última parte de ella, aunque parezca tarde. Poderoso sois, que me hicisteis de la nada: hacedme de malo, amigo fidelísimo y siervo leal de vuestra casa. Mostrad, Señor, en mí la virtud de esa sangre, para que toda criatura os glorifique, viendo el poder y Majestad que tenéis encubierta en esa niñez y delicadeza. Toda alma conozca que la figura de pecador es en Vos poderosa para mudar pecadores en realidad de Santos; y que los más pobres de bienes, son por Vos y en Vos más ricos, más santificados y más abrasados en vuestro amor. Acordaos, Señor, que si nos adquirís mucha salud, porque padecéis mucho y porque amáis mucho, también digisteis que á quien más ama, más se le perdona: y pues tomasteis para Vos el penoso padecer, para darme á mí el suave amar, dadme este amor grande, para que me perdonéis mucho.

¿Para que tomasteis, Señor, con dolores y sangre el nombre de Jesús, si habéis de estar sordo para mí entre tantas voces como os dan mis necesidades? Antes de nacido mandasteis decir por el Angel, que os llamaríais Jesús, porque habíais de perdonar pecados. Pues, buen Jesús, veis aquí al pecador. Si por tener mucho que padecer y perdonar comenzáis á los ocho días, para tener tiempo para todo cuanto deseáis pasar, y luego os llamáis Jesús para empezar desde luego á salvar, comenzad por mí, buen Jesús. Oh mi Jesús, ya no os quiero pedir nada: Vos sabéis lo que he menester: haced en eso lo que Vos queréis; bástame á mí vuestro nombre: con Jesús he de ir dondequiera que me echéis ó me pongáis. Escribiré á Jesús en mis ojos, en mis oídos, en todos mis sentidos y en mi corazón: huirá de mí el infierno, me temerán los demonios, conoceráme el cielo; y Vos, mi buen Jesús, no me desconoceréis. ¿Por ventura puedo yo ser pecador, sin que Vos seáis mi verdadero Salvador? ¡Oh Jesús, Jesús mío, mi Jesús: Jesús, porque sois Salvador; y mío, porque soy pecador! Canta, alma mía pecadora, á mi Jesús: no te corras de ninguna obra buena, ni de El: cántale con amor ahora que es niño, pequeño y de tu medida: después llorarás con El grande, en la Cruz. No le digas ahora pecados, porque no le disgustes: dile so-

lamente cantando el nombre que El se huelga de oir. Oh Jesús, Jesús, Jesús; dulce Jesús, suave Jesús, hermoso Jesús, rico Jesús, amoroso Jesús, divino Jesús, amigo Jesús, Padre Jesús, compañero Jesús, Rey Jesús, todo para mi Jesús; descansa, Jesús, en este corazón que te desea, que quiere arder en tu amor. Si es corazón pecador, tú eres Jesús Salvador: si es corazón humano, tú eres Dios humanado: desfallece, mi Jesús, mi lengua y mi corazón con Vos; y pues no sé hablar, háblenos mi amor, mi suavísimo Jesús; oh, mejor hablad Vos, para que yo os oiga y os conozca, oh mi Jesús.

Oh Madre de Jesús, tan rica de El; enriqueced con El mi pobreza. Oh celestial corte de Jesús, que no tienes más bien que á El; llevadme con Vos á ver á Jesús para siempre. Amén.

## TRABAJO VIII

### Destierro de la patria por persecución de Herodes y adoración de los Reyes Magos.

Treinta años enseñó Cristo nuestro Señor, con el silencio de obras maravillosas y perfectísimos ejemplos, las divinas doctrinas que al cabo de su vida, en espacio de tres años, había de publicar al mundo por obras, palabras y padecimientos; para que así quedasen las verdades evangélicas más claras, y las cosas más contrarias á la naturaleza se hiciesen con su compañía más dulces; la maliciosa doctrina del mundo y de la carne quedase más desengañada y la humana negligencia ó tibieza más sin disculpa.

Los yerros de la vida humana no podían ser reducidos á cierto y saludable camino, sino imitando el hombre las perfecciones de Dios; pero á éste no le veía; necesitaba no seguir á los hombres, á quienes veía, porque todos iban errados; por tanto, dice nuestro P. San Agustín, se hizo Dios hombre, para que el hombre tuviese hombre á quien viese y Dios á quien imitase; y porque las obras son para la imitación mucho más poderosas que las palabras, tomó Dios, hecho hombre, treinta años para las obras, y sólo el diezmo (que fueron tres) para dar á entender y declarar sus obras. No correspondía á la vida del Salvador que hubiese en ella tiempo ni edad ociosa de su oficio; por eso desde niño comenzó sus maravillosas y divinas obras por ejemplos contrarios á los errados principios de los hombres. La más general y ordinaria entrada de los yerros de la vida humana, es meterse los hombres, cuando llegan á conocer, por el camino que hallan más trillado, y aprobar ó desaprobar las cosas que en el común aprecio de las gentes hallan más seguidas. Tratan luego de hacer asiento en lo suyo, en su honra, en su hacienda, en dar descanso y gusto al cuerpo, en divertir los sentidos, en parecer grandes, y tras de esto buscan pretextos á la virtud y contradícenla con la vida; á que se sigue, por remate de todos los yerros, frialdad del amor de Dios, olvido del cielo y los demás vicios de que abunda la vida humana. Esto, que por la mucha costumbre y verlo tan trillado no se siente, es el cimiento y fundamento de todos los pecados y

el peligro de la salvación en que andamos: porque como el camino del cielo está cercado de enemigos para perderle, no puede ser mayor principio de peligrar que comenzar la vida tratando de sí, de su cuerpo, del mundo, del comercio con la gente y de las ocupaciones de la vida humana; porque tras de esto entran los ardides de los enemigos que no duermen, y sin ser sentidos dañan cuanto pueden.

Por eso el espejo de eternas verdades, Cristo nuestro Señor, antes de llegar á la edad en que los hombres empiezan á tener uso de razón, como todo lo entendía con su eterna sabiduría, dió en sí varios ejemplos de los principios por donde los hombres deben comenzar. Antes de llegar á dos años, no quiso tener el descanso de la patria, ni lograr los regalos de su casa, lícitos ó útiles, y sin culpa en la edad de la niñez más que en otra de la vida; antes bien, en aquella tierna edad quiso ser desterrado para Egipto, no servido de amigos, sino perseguido de Herodes, antes de ser de él conocido. Dió ocasión á esto la entrada de los Santos Magos en Jerusalén, preguntando por el Rey nacido; porque después de nacer el Señor en Belén, así como de los estados de la clase de los pobres escogió pastores para que le adorasen, así de los grandes llamó sabios (que según el común sentir eran reyes) para que le conociesen. Pero á los pobres, como menos asidos á las cosas terrenas, los llamó por clara y expresa voz de los ángeles; y á los grandes, como más flacos é indispuestos para las cosas divinas, por aquello en que estaban acostumbrados, acomodándose á su profesión de astrología, llamólos por una estrella, para que por este medio se dejasen llevar más suavemente. No es nuevo en Dios acomodarse á nuestro modo, y tomar de cualquiera cosa que halla en nosotros, ocasión para llevarnos á sí, como amantísimo Padre que sabe sacar de la miseria y flaqueza de sus desterrados hijos modos de salvarlos; porque sabe que si no pusiere de suyo estas invenciones, quedará su casa despoblada de los moradores y herederos de ella. Así á estos sabios en los astros apareció una nueva estrella, llamada así por el nombre vulgar que ponemos á lo que se parece á ellas, aunque sea planeta ó algún cometa; pero en la substancia era muy diferente, por no ser de materia celestial, sino de aire ó fuego, y era también diversa por el lugar, pues no estaba fija en el cielo, sino en la región del aire; y también diversa en el curso, que no era de Oriente á Poniente, como el de las demás; y en el tamaño, porque siendo incomparablemente más pequeña que las demás estrellas, parecía mucho mayor, por estar mucho más cerca de la vista. Pero era tal el resplandor y extraordinaria hermosura, que arrebataba á la ponderación de lo que sería.

Ayudó nuestro Señor (como se debe creer) con interior revelación la novedad de tan hermosa estrella, con que entendieron haber nacido en Judea un Rey, á quien se debía divina adoración en la tierra. Desaparecida la estrella determinaron caminar en su seguimiento; y como nuevos en los consejos de las cosas divinas, no alcanzó su juicio, por entonces, más que á pensar que sería nacido

como los reyes de la tierra en ricos palacios, en la principal ciudad y cabeza del reino, que por lo mismo debía estar ardiendo en fiestas é invenciones costosas, para demostración del público placer. Permitió Dios en sus nuevos siervos esta opinión, por ocasión de que fuese en Jerusalén y en Judea, como un público pregón de su venida á la tierra: para que todo hombre de buen espíritu le tuviese en busca de tan gran bien, y los descuidados despertasen del sueño de su perdición. Entrados los Magos en Jerusalén, lo hallaron todo frío, y con tan poco rumor de alborozo, que empezaron á preguntar por el Rey nacido, y publicaron la señal que acerca de esto habían visto en el cielo. Estaba Judea dominada de un rey extranjero, que se llamaba Herodes (y era la propia conjunción del tiempo, en que había de venir el Mesías, según la profecía de Jacob); pero estaba ya aquella gente tan fría en la esperanza de tan gran bien, y tan adherida al servicio y gobierno del extranjero idólatra, que en lugar de mirar por sus cosas con seria consideración, se perturbaron todos con el miedo de que hubiese nuevas pretensiones al reino, y nuevos levantamientos que suelen destruir la tranquilidad y prosperidad de la república.

La mayor parte de esta perturbación llegó á Herodes, por tan nueva y no esperada pregunta de un nuevo Rey recién nacido; porque como sabía por el trato de los judíos, que éstos esperaban al Mesías y por El la libertad de la patria, y Herodes era tirano y extranjero, todo le llenaba de sospechas y recelos de que esto podía ser principio de su destrucción. Obligóle la malicia á dar más crédito á los Magos, por el mal que se temía, que el que les dieron los judíos para buscar tan gran bien como les anunciaban. Pero como era astuto, fingió tranquilidad; y recibiendo los Magos con agrado y disimulo, trató de saber de los judíos literatos lo que acerca de esto tenían en sus Escrituras, para que tan venerables personas no anduviesen erradas. Los sabios respondieron con la profecía de Miqueas, que había de nacer en Belén; pero encubrieron la substancia de la profecía, que dice será su salida de los días eternos; con que declaraba ser Dios, contra quien montaba poco todo el poder de Herodes. Pero por no mostrar que se alegraban de cosa que impidiese la conservación del reino de Herodes, quisieron adularle y conservarse en la privanza con encubrir parte de la verdad.

Herodes determinó matar al Señor en la primera edad, para atajar sin estruendo lo que adelante podía suceder: y fingiendo religión y santidad, habló á los Magos en secreto, porque de ninguno se fiaba menos que de los judíos, que pretendían conservarse en su valimiento; disponiendo así Dios que queden desarmadas las humanas pretensiones que van fuera de sus caminos y no tengan otros mayores contrarios y ministros de sus daños, que los mismos por quienes dejan la verdad y virtud. Y como los ánimos de los Magos estaban limpios sin malicia, averiguó Herodes muy por menudo el tiempo y las demás circunstancias de la señal que vieron del nuevo Rey, y lo que más les movió para venirle á buscar. Por eso, mostrándose

muy sentido de no haber merecido ver en su tierra lo que ellos tan de lejos alcanzaron, les pidió que fuesen á Belén y volviesen á informarle de lo que hallasen, mientras él se quedaba previniendo para irle á adorar con su corte y reconocer tan gran Señor.

No imaginando los Magos ningún mal de tan disimuladas palabras, tomaron el camino para Belén, sin que hubiese en Jerusalén persona que siquiera por curiosidad los acompañase. ¡Tan ciega y descuidada estaba de lo que le convenía! En saliendo se les apareció nuevamente la estrella, que les convirtió en sumo gozo el disgusto que con su falta llevaban, y los guió hasta ponerlos en el lugar en que Cristo había nacido. La Virgen sacratísima, sobresaltada con el rumor de la gente, recogió en sus brazos al Señor guardando su tesoro; pero los Magos, alumbrados con nueva luz interior, que del Divino Verbo Encarnado les procedía, entendieron los divinos consejos, y en aquella pobre y pequeña casa reconocieron en los tiernos miembros á la Divina Majestad, y adoraron á su Dios encubierto en tan humildes apariencias exteriores, y le ofrecieron postrados en tierra, oro, incienso y mirra. Pero Dios, contra cuyos consejos nada puede la humana malicia, mandó á los Magos por revelación hecha en sueños, que se volviesen á su tierra por otro camino y dejasen burlado á Herodes. Obedecieron, volviéndose consolados, y la malicia y el ardid de Herodes quedó cortada.

Pasaron muchos días sin poner Herodes por ejecución su depravado intento de matar al Niño; así por los muchos días que esperó la vuelta de los Magos, que Dios envió por otro camino, como por negocios grandes del reino, que Dios dispondría se juntasen en aquella coyuntura para llevar adelante sus divinos consejos. En este tiempo intermedio pudo el Señor ser presentado pacíficamente en el templo y la Señora recogerse á su casa de Nazaret. Pero Herodes, que andaba con el recelo de que en su tierra fuese creciendo la raiz de su destrucción, no perdía de vista la resolución de buscar al Señor y matarle, si tuviese oportunidad. El Padre Eterno envió un angel á San José revelándole en sueños que huyese con la Virgen y el Niño para Egipto, porque había de ser buscado para quitarle la vida; y estuviese allí hasta que le avisase, como lo hizo después de la muerte de Herodes, volviéndose á Nazaret de Galilea, sin entrar en Judea, por el recelo y miedo de Arquelao, hijo de Herodes, que reinaba en ella. Las revelaciones hechas en sueños no disminuyen la verdad de las cosas reveladas, porque no son sueños vanos, como los que ordinariamente tenemos, sino acompañados de luz divina y de una cierta soberana certificación interior de las cosas reveladas, que las hace más ciertas que si fuesen vistas por los ojos despiertos. Así lo declaran las palabras que Jacob dijo despertando del sueño (en que se le había revelado la escala que llegaba al cielo, por la cual subían y bajaban ángeles). Verdaderamente, este lugar es santo y yo no lo sabía. En lo cual declaró que no estaba menos cierto de la santidad de aquel lugar, revelada en sueños, que si despierto la tuviera muy conocida.

Así San José, pudiendo humanamente dudar si el sueño era divina revelación, pues le mandaba huir con el Niño, siendo Dios, contra quien nadie tiene poder, con todo eso no dudó; porque con la angélica revelación le fué dado un tan claro conocimiento, por luz divina de la sabiduría del consejo eterno, por donde aquel divino Niño se guiaba, que sin dilación alguna se levantó de noche con presteza y huyó.

Volviendo al principio de donde esta historia nos condujo hasta aquí, se ve bien claro cuán pronto empezó nuestro Señor á ser perseguido del mundo y á enseñar con esta ocasión la verdadera, cierta y segura entrada de la vida humana para asegurar el cielo; la cual es comenzar la vida como peregrino y como quien no tiene ciudad permanente en esta vida, sino caminar para la otra que no tiene fin. El fundamento que de esta vida y de sus cosas hacemos, destruye del todo los fundamentos del cielo; porque son tan contrarios, que la eternidad de la vida del cielo comienza y se funda en el uso de las cosas de esta vida tan moderado, como de cosas vanas y perecederas por las cuales se ha de pasar caminando y suspirando siempre por la eterna vida; y la perdición de la vida mundana tiene por fundamento usar de las cosas transitorias, como si fueran eternas, y hacer en ellas tanto asiento como si fuesen perpetuas, con frialdad y descuido de la vida que dura para siempre. De suerte que el mucho asiento que ordinariamente hacen los hombres en la vida terrena, es el principio de perder la del cielo. Por eso San Pablo ensalza mucho la fe de Abraham, Isaac y Jacob, que sacados por Dios de su patria terrena, Mesopotamia, para Palestina, tierra que les prometía por suya propia y de sus descendientes, todavía ellos vivían allí como huéspedes y peregrinos, en tiendas, sin hacer casas ni asiento, como en tierra ajena; porque hacían más aprecio de la ciudad soberana y perpetua fabricada por Dios, que ellos deseaban, cuya esperanza les hacía siempre confesar que eran peregrinos en la que vivían. Y aunque éstos saludaban desde lejos la vida y ciudad soberana, con todo eso, dice San Pablo que no se corría Dios de llamarse Dios de ellos; porque así como por una parte les tenía El prevenida la ciudad del cielo, así ellos por otra vivían en continuos suspiros y y deseos de aquélla, y esto contentaba mucho á Dios.

La vida del peregrino se satisface con poco, y corta muchas demasías de que la patria está surtida. El hacer patria del destierro y peregrinación, es un mal casi incurable. De esto nacen, como de semilla, las varias ocupaciones de los hombres, todas arraigadas en la tierra, y los pecados familiares de que se hace trato; el excesivo regalo del cuerpo, que lleva tanta parte de la vida, del alma, de la conciencia, y otras varias cosas que traen la salvación arriesgada. El Salvador, que quiso peregrinar con nosotros, no guardó los trabajos del destierro para el fin de la vida, sino muy niño dejó el asiento de la patria, pasó á tierras extrañas, dejó el regalo y cariño de los suyos, pasó los trabajos de caminos largos y no sufrió ningún descanso corporal, ni aun el muy lícito. Si el camino era en invier-

no, si en verano, de cualquier modo le había de costar mucho: porque como la Señora era muy pobre, no podía usar carruaje que le aligerase el camino, ni la posibilidad era tal que pudiese recogerse en casas de mucho abrigo; ni las vestiduras tan acomodadas para defenderse de las asperezas é injurias de los tiempos, que el viento y frío, el sol y el calor, no las penetrasen mucho. Así, sin duda, pasaría la Señora con el Niño muchas noches en el campo, con mucho trabajo y desabrigo: porque ya desde niño comenzó á ser sufrido cordero, sin dar ninguna pena á la Madre que le criaba. Puesto en Egipto (tierra extraña, donde la Señora vivía de su aguja, San José de su trabajo y el Niño iba creciendo), los trabajos y necesidades que padecerían no pueden imaginarse. Verdad es, que si las penurias eran muchas, y pocos y muy pobres los remedios; con todo eso, el trato y conversación era con Jesús que hace todo trabajo suave, toda pobreza rica y toda falta abastecida. Pero así templaba el Señor una cosa con otra, que los alivios divinos y espirituales no quitasen á su cuerpo el peso de los trabajos.

La otra parte de este trabajo del Señor da mucha materia de consideración, que es ser perseguido del mundo en tan pocos días como tenía de vida y tener ya por principales enemigos á los más poderosos; pues no quieren menos que quitarle la vida tan necesaria al mundo. Ya en esta edad manifestaba principios de lo que al fin de la vida había de hacer, en sufrir, callar, dejar hacer de sí cuanto los enemigos quisiesen, y para eso encubría la Majestad y poder de su divinidad. Pero estaba el Señor tan contento de verse entre los hombres en el mundo, siéndole muy fácil y muy propio (ya que quería huir) encubrirse aquellos años en el cielo; más quiso peregrinar por la tierra con trabajo, que dejarla, hasta que la hiciese camino llano para el cielo. Así con su entrada y mansión en Egipto dejó consagrada aquella tierra y acalorada de su espíritu, para ser después poblada de tantas y tan grandes almas de siervos suyos perfectísimos, como los que en aquellos desiertos vivieron muchos años y desde allí fueron á poblar el cielo. Este es el Señor que siempre saca bienes de males, y tomó sus trabajos por instrumentos de las riquísimas mercedes que hizo al mundo. Pero el mundo es tal, que no puede sufrir la vida del Señor, de que no era digno, y pretendió acabarle antes de ser con su sangre redimido. Tan enemigo se mostró siempre de este Señor, que desde niño le quiso matar, y toda la vida le persiguió, y en la última hora en que el Señor quiso de él algo con que apagar su mortal sed, le despidió de sí con hiel y vinagre. Este es el mundo á quien servimos, por quien nos matamos y por quien á veces nos perdemos. Tan ciego, que no pudiendo conservarse mejor que conociendo y sirviendo á este Señor, quiso antes perderse procurándole la muerte, que salvarse buscando su amistad y sirviéndole.

Tenemos aquí clara prueba de la verdad que dijo Jeremías, de ser bueno y provechosísimo al hombre hacerse al yugo desde la mocedad· porque éste se mantendrá quieto y callado en toda per-

turbación de la vida, porque se levantó sobre sí. En los *Cantares* se goza la Esposa de que guardó para el Señor toda la fruta nueva y añeja. David prometía á Dios, que guardaría para El toda su fortaleza. Y todo esto es á imitación del ejemplo del Señor, no guardar su servicio para el tiempo de la vida cansada y fuerzas gastadas, sino luego en la flor de la edad consagrar á Dios las fuerzas y primeros frutos del alma. Muy bajos pensamientos son el pensar que después de mucha experiencia del mundo, y gastado en él todo el acero, es Dios mejor servido. Con este engaño lleva el mundo el mejor tiempo de la vida, y el demonio la mayor parte de las almas. El espíritu y el ejemplo del Señor enseña, que pues El para nuestro remedio hubo de menester toda la vida, no cuidemos nosotros que podremos satisfacer al servicio de tan gran Dios con la menor y más flaca parte de ella. El llenar la vida de muchos ejercicios de virtudes, de muchos trabajos sufridos por amor de Dios, y de muchos merecimientos, es la cordura de la sabiduría cristiana; y ojalá que la mala vida diese al fin una buena vuelta; pero recelo que la acostumbrada al mal en la mocedad, sea descuidada y perezosa en la vejez.

Ya que la entrada de los Magos en Jerusalén dió ocasión á este trabajo del Señor, añadiré aquí el ejercicio de este misterio; así porque fué principio de llamar á los gentiles al conocimiento é imitación de este Señor, como para que alcance de El la misma luz quien no la tiene, ó para recobrarla el que la tenga perdida. Y porque el Señor no quiso comenzar su peregrinación á Egipto, sin ser primero ofrecido á su Padre en el templo, y tomar su bendición y obediencia, añadiré también otro ejercicio acerca de este misterio, por imitar al santísimo varón Fr. Luis de Montoya, que me crió, y cuya vida escribí; el cual, en veintiún años que le tuve por Prelado, siempre nos alentaba á los súbditos á que en la fiesta de la Purificación nos ofreciésemos con Cristo á la obediencia del Señor. De este modo tendrán los que se ejerciten en la consideración de los trabajos del Señor ejercicios particulares para estas tan principales solemnidades de Epifanía y Purificación. Y después de estos ejercicios, pondré lo que pide la materia del Trabajo de la peregrinación del Señor.

### EJERCICIO DEL LLAMAMIENTO DE LOS MAGOS Á ADORAR AL SEÑOR EN BELÉN

Levantaré mis esperanzas y mis deseos á Vos, mi Dios y mi Señor, mi clara luz y único resplandor, luz de mis ceguedades; porque en Vos tengo la perfecta satisfacción de cuanto puedo desear, y el cierto y cumplido remedio de todas mis necesidades. No sabe mi esperanza comprender la grande é inmensa multitud de bienes que de Vos puede esperar. Mucho espera; pero ese mucho no lo entiende; todo lo espera, mas no alcanza lo que es ese todo; cosas soberanas é infinitas espera, mas está lejos de saber lo infinito de vuestros bienes. Sois, Dios de mi alma, mayor que todo lo mucho;

sois más rico que cualquier todo; sois más incomprensible que todo lo infinito; y cuando me alargo á pensar mucho de Vos para desearos mucho, os hallo mayor sin comparación que todo lo grande y todo lo inmenso que de Vos imagino. Pues, soberano é infinito tesoro mío, no quiero saber cuán grande sois, pues no puedo; pero alárgome á desear y suspirar por ese abismo de eternos bienes y de incomprensibles grandezas; conténtome con creer que todo eso cuanto sois, sois mío, y yo soy criatura y siervo de esa Majestad y grandeza. ¡Oh, si se anegase mi nada en ese abismo de infinito ser; si se anegase mi ceguedad en ese resplandor de luz infinita; si se anegase mi ignorancia en ese piélago de eterna sabiduría; mi muerte en esa vida vivífica; mi tibieza en esa eternidad de fuego y amor y todo lo que soy, y no soy, en lo que Vos sois, Dios mío y todo mi bien! En Vos han de tener fin mis miserias, resurrección mis muertes, luz mis tinieblas y mudanza mis imperfecciones y culpas. En Vos he de ser limpio, sano, instruído, guiado y llevado hasta Vos.

Poco había que andar para llegar á Vos, Señor mío, que estáis en todas partes, si mis culpas no hubieran hecho división entre mí y entre Vos. Mas yo, por una parte, me aparté; y Vos, por otra, sois tan inmenso, tan puro, tan alto, tan divino, que si Vos no me lleváis no podré jamás llegar á Vos. Así lo tenéis dicho: que ninguno puede ir á Vos si vuestro Eterno Padre no le llevare. ¿Cómo os ha de ver mi ceguedad sin vuestra resplandeciente luz? ¿Cómo os puede amar mi frialdad sin el fuego de vuestro amor? ¿Cómo puede juntarse con Vos mi bajeza, si vuestra grandeza no me levanta? ¿Qué puede la nada sin el que tiene en sí la fuente de todo ser? Llevadme, Señor, á Vos, pues para eso bajasteis á la tierra. Visteis que erraba, y vinisteis á encaminarme; visteis que me perdía, y vinisteis á salvarme; visteis que huía de Vos, y vinisteis á prenderme; visteis que sin Vos no podía ir á Vos, y vinisteis á buscarme. ¡Oh Salvador mío, oh buen Pastor mío, oh sapientísimo Gobernador mío, oh amantísimo Remediador mío! Soy yo el necesitado, el errado, el miserable, el falto de todos bienes, el flaco para todo bien, el llagado de todas culpas, el caído en toda miseria, y con todo eso no conozco al mismo tiempo mi miserable estado, ni siento mis necesidades, y pienso en mis vanidades y mentiras, y me revuelvo en mi propio lodo sin sentirlo; y Vos, Dios mío, estáis todo ocupado en mí, todo inflamado en amor de esta alma pecadora. Todos vuestros cuidados son buscar invenciones de llamarme, de alumbrarme y de llevarme á Vos. Nacido en el mundo, luego llamáis á pobres pastores, luego enviáis estrella á los Magos del Oriente. No quieres estar en la tierra ni un instante sin mí, para cautivarme de vuestra sobresubstancial hermosura, para llenarme de vuestros soberanos bienes, y para tenerme siempre con Vos en vida, riquezas y placeres infinitos. ¿Tan pobre estáis sin mí, riqueza infinita, que no descansáis hasta tenerme con Vos? No esperáis que yo primero os ame, os desee, os busque y os halle; ni esperáis por mis servicios y merecimientos; ni hacéis cuenta de lo que en mí

habéis de hallar; mas porque sabéis que no habéis de encontrar cosa buena nacida de mí, casi todo lo ponéis de vuestra parte, excitándome á que consienta y coopere al bien, y ayudándome poderosamente para ello. Amáisme de gracia, atraéisme sin necesitarme; sólo queréis que os acepte y que me deje llevar de Vos. ¡Oh, si os oyese mi sordera; si os amase el segundo, ya que no soy el primero; si me dejase llevar, ya que no os busco; si os dejase hacer, y diese el consentimiento que me pedís! ¡Cómo me formaríais á vuestro deseo, y cómo saldría yo tal, que vuestros purísimos ojos pudiesen hallar contento en vuestra criatura!

Vos, luz divina, por medio de una material y resplandeciente estrella movisteis los ánimos de los Magos, y con vuestra luz divina ilustrasteis sus corazones para que fuesen á buscaros y adoraros: mas con vuestra presencia (aunque encubierto en pequeños miembros, envuelto en pobres paños, y aposentado en casa y madre pobre) los instruisteis de todo, y así os conocieron y adoraron como á su Dios y Señor. Allí perdieron la bajeza de sus pensamientos; allí levantaron á Vos sus deseos; allí os entregaron todo su amor; allí rindieron su espíritu y libertad á vuestra ley y servicio; allí os tomaron por su soberana riqueza, y Vos á ellos por primicias y pacífica posesión de todas las almas que veníais á buscar á la tierra. Vos los llamasteis; Vos los movisteis; Vos los guiasteis; Vos los enseñasteis; Vos les mostrasteis vuestros secretos; Vos, con Vos santificasteis todos sus deseos, sus espíritus y sus corazones. ¡Oh, quién os supiera, Dios mío, dar gracias por las mercedes que, cuando menos lo merecemos y cuando menos lo deseamos y pensamos, nos hacéis! Cuántas veces sucede que llamáis al alma con alguna estrella de buena inspiración; y ella, movida con un ascua de vuestro amor, anda tras Vos; ya os halla, ya os pierde, ya os tiene, ya os desaparecéis, ya piensa que os contenta, ya juzga que la desecháis; y andando entre zozobras sigue ya un camino, ya otro, juzgando que cualquiera la puede llevar á Vos; y como sabe poco y anda ciega, en todos se pierde, sin saber caminar; porque os desea y no os sabe desear; os ama y no os sabe amar; os busca y no sabe atinar con el verdadero camino. Desconfía de sí y no acaba de fiarse totalmente de Vos, porque aunque lo quiere, no lo sabe hacer. ¡Oh mi Dios! Vuestros ojos ven estas vueltas y revueltas, y calláis, y disimuláis, hasta que llega aquella dichosa hora en que el alma estando más flaca y más descuidada, la abrís los ojos y ve el camino de la verdadera paz y de la verdadera vida; os ve cerca de sí; ve cuán propio y fácil es ponerse en vos; ve, no sé cómo, pero que sin duda la llamáis. Sin hablarla, de repente la enseñáis. Queda el cuerpo no sé dónde; pero yendo siempre conmigo, se queda. No sabe el alma si anda, y siempre camina, y siempre llega. Os tiene y os busca, y no os halla menos buscándoos. Si la mandáis entrar, allá se halla; si la mandáis salir, no se aparta. Ve, y no sabe qué; oye, y no sabe qué, ni sabiendo á quién; porque lo que ve no es corporal, y lo que oye se dice sin palabras. Ama, y ama, y más ama. Ama, y aunque

ve y oye como peregrina del cielo, no se puede decir por palabras humanas lo que el amor puro (aun en este destierro) puede recibir de Vos.

¡Oh mi Jesús, oh mi Niño, oh mi Rey, oh mi Dios, qué hora aquélla, qué luz aquélla, qué comunicación de bienes aquélla, qué dádiva y entrega aquélla! Lo que aquello es, Vos lo sabéis; mas vuestra criatura sabe que si os fuere fiel y no se distrajere de vuestra comunicación, y conservare el don recibido, y renunciare todo lo que aquello no es, que por mucho que en aquella hora reciba no tiene más que principio de los infinitos piélagos de riquezas que tenéis para comunicarla. ¡Oh alma de mi alma! Quien tiene alma, ¿qué bien tiene si no la tiene viva con Vos? ¡Oh vida de mi vida! Quien tiene vida, ¿cómo vive, si no vive en Vos? ¿Puede mi corazón teneros todo en todo, uno á uno, único á único, y puede ensancharse en Vos, y anda miserable fuera de Vos? ¿Puede vuestra criatura olvidar su bajeza, y estar en brazos con Vos, y se desprende de Vos? Anda escarbando por la tierra, haciendo sendas como topo, ocupado en telas de araña, el que emplea su cuidado y sentido fuera de estos bienes que dais y mostráis en lo interior. ¡Oh amor divino, que esto sabéis y esto deseáis comunicar á todos, y por esto hacéis de Vos tantos manjares; ¿quién os detiene para que no lo abraséis todo? ¿Quién os impide lo que deseáis? ¿Quién os va á la mano para lo que con tanto trabajo procuráis? Llenadlo, Señor, de estrellas, si ellas nos han de guiar á Vos. Llenadlo todo de ejércitos de ángeles, si ellos nos han de encaminar á Vos. Enloquezco, mi huen Jesús, no sé lo que digo. Naced Vos en estos terrenos corazones, y apareced á estos ciegos espíritus, descubrid vuestra hermosura á estas erradas almas, soltad el fuego de vuestro amor, que se esparza y á todos nos llevaréis á Vos. ¿Para qué es la libertad, ni el albedrío, si le tengo tan mal empleado que no os busco? No sé hablar, Dios mío; os hable vuestro amor y á vuestro amor hablen mis necesidades, y á mis necesidades vuestras misericordias; métanse en medio vuestra gracia y bondad; oigámonos, hagamos paces y perpetua unión; vivid Vos en mí y viva yo siempre en Vos, por Vos y para Vos.

¡Oh miserable alma, pecadora é ingrata, que llega á recibir la luz y vuelve á cegar; recibe el fuego de amor y vuelve á resfriarse; recibe el perdón y vuelve á pecar; fué introducida á lo íntimo de vuestra suavidad y riqueza, presa de vuestra hermosura, y se vuelve á olvidar y á salir de donde había entrado! Volvió como puerco al lodo, y como perro al vómito. ¿De qué se quejará si Vos no os fiáreis más de ella? ¡Oh divina bondad que tanto sufres, y aun sobre todo esperas, llamas y te ofreces! Lloraré, mi Dios, ante Vos estas miserables y desventuradas caídas; me asiré de vuestros pies y de esta flaqueza que tomasteis para remediarme. Justamente me entregáis á mis enemigos y á mis vicios y á mis malas inclinaciones, y justamente me dejáis ser de ellas azotado y agraviado continuamente; pues siendo por Vos llevado á la bodega de vuestros

suaves vinos, volví á beber de los charcos emponzoñados. Pues no quise vuestra casa, razón es que ande mendigando por las ajenas donde ningún bien hallo; pues no quise vuestros brazos, razón es que ande debajo de los pies de mis desordenadas aficiones; y pues no fuí leal en guardar lo que me disteis, justo es que, aunque pido, no reciba; doy voces y no me oís, llamo y no me respondéis. Pero, Señor, aun con todas mis deslealtades, sois fidelísimo y pastor óptimo de esta errada oveja. Aún no me arrojasteis en el infierno; aún no me entregasteis al demonio; aún no me condenasteis á perpetua separación de Vos, ni me desamparasteis del todo. Por ello os doy infinitas gracias. No os vuelvo á pedir aquellos paternales regalos que hacéis á vuestros leales siervos; pídoos, Señor, que no me echéis de vuestra casa; recogedme en ella, entre los vuestros; dadme lágrimas por pan, de día y de noche, hasta que halléis en mí otra vez la pureza que Vos deseáis, y vuelva yo á ver esa cara, y esa hermosura, y digáis con blandura á mi alma: Yo soy tu salud, tu fortaleza, tu constancia; porque humillada y desconfiada de sí, os buscará de nuevo, y seréis glorificado en ganar lo perdido; alumbrad lo que es por voluntad ciego, y volveréis á recobrar lo que merecía ser desechado.

Mas así, tal cual soy, me postro aquí delante de esa divina Majestad, encubierta en esa pequeñez; y con estos Santos Reyes me entrego á Vos por perpetuo siervo vuestro, para que con ellos me recibáis. Soy pobre, no tengo oro, incienso y mirra que ofreceros como á Dios, como á hombre y como á mortal que sois por mi amor. Mas todo lo que me tenéis dado y lo que Vos sois, os lo ofrezco. Ofrézcoos por mis pecados el dolor de ellos, porque deseo no ofenderos más, y me duele el haberos ofendido, mi Dios y mi amantísimo Jesús; ofrézcoos la confesión que mi corazón y mi lengua os hace, sintiéndome llagado de las ponzoñosas víboras de mis pecados, en que caí por apartarme de Vos, salud verdadera de esta alma pecadora; ofrézcoos el deseo de satisfaceros, ó de que Vos os satisfagáis en mí á vuestra voluntad, para que, sujeto á cuanto ordenéis, os complazca; ofrézcoos las tres potencias que me disteis en el alma: mi entendimiento, para que le alumbréis en vuestro conocimiento y en vuestras puras verdades; la memoria, para que la llenéis de Vos y la limpiéis de vanos pensamientos é imaginaciones fuera de Vos, y la voluntad, para que la purifiquéis con el fuego de vuestro amor, á fin de que con toda ella os ame; ofrézcoos las tres divinas virtudes que en el bautismo me disteis: la fe con que os creo y adoro por mi único Dios, Señor, Criador, Redentor y todo mi bien: la esperanza, que alargo á cuantos bienes puedo desear de Vos: el amor, con que deseo unirme á solo Vos en unión perpetua de caridad. Ofrézcoos, buen Jesús, lo que más os contenta, que es lo que sois para mí: vuestro sacratísimo cuerpo, vuestra alma purísima, vuestra divinidad, donde está todo bien y toda sabiduría. Ofrézcome á vuestro Eterno Padre por vuestra preciosa sangre; y á Vos, por las entrañas de misericordia y amor con que os envió

á la tierra vuestro Eterno Padre: y al Espíritu Santo, porque es amor infinito que arde en Vos y en el Eterno Padre. Pídoos, Señor, que así como aceptasteis el oro, incienso y mirra de vuestros Magos, con sus corazones, y los iluminasteis en vuestro conocimiento, y luego los encaminasteis y fuisteis su guía, y los apartasteis de vuestro enemigo Herodes, así me alumbréis á mí, luz divina; y me encaminéis, verdad soberana; y me resucitéis, vida verdadera. Apartadme de todo lo que os descontenta: no me guiéis para fuera de esta vuestra casa, ni me apartéis de estos pies. Aquí, aquí, buen Jesús; aquí, todo mi bien, dormiré y descansaré en paz en Vos mismo.

Oh Madre Virginal y Virgen perpetua, Madre Santísima, tan poseída de los tesoros divinos, que en este Señor se encierran, y tan Señora de ellos; repartid con este pobre miserable, no el oro, incienso y mirra que os queda (y no es el que os hace rica), sino las riquezas del cielo, de que sois tesorera y repartidora; para que con lo que me diéreis, tenga que ofrecer á este Señor cosa que le contente, y con que yo sea recibido y cautivado de su amor. Oh corte celestial, que á este Rey soberano sirves, adoras y siempre le contentas; ¿qué le puedes pedir que te niegue? Pues claramente ves lo que desea franquear á sus desterrados, alcanza de El que no tarde con sus misericordias y que me lleve á sí y á vuestra compañía. Amén.

### DE LA OFERTA DEL SEÑOR EN EL TEMPLO, EN LOS BRAZOS DEL SANTO SIMEÓN

Para materia y fundamento de este ejercicio, debe tenerse presente que cuarenta días después del parto virginal, quiso el Señor que su sacratísima Madre cumpliese dos leyes, á que no estaba obligada. Una, de no entrar en el templo sino después de cuarenta días (porque la mujer que paría varón, era tenida por no limpia en todos aquellos días) y que ofreciese por su limpieza un cordero y una tórtola, si fuese rica; y si pobre, dos pichones ó dos tórtolas. Pero la misma ley de Moisés la desobligaba, declarando que hablaba de las que parían hijos por generación humana; y la Virgen había concebido del Espíritu Santo; pero como verdadera imitadora de su Hijo Dios y Señor, más quiso la honra de parecerse á El en la humildad, que el crédito de su pureza virginal, encubierta por entonces al mundo; pues veía delante de sus ojos la Majestad Divina humillada en todo, en figura y leyes de los pecadores, sin tener pecado; y ella se preciaba más de imitarla y decirse sierva suya, que no de Madre. La otra ley era, que todo hijo primogénito fuese ofrecido y dedicado al servicio de Dios en el templo, pasados los cuarenta días, y quedase á servir allí, si fuese de la tribu de Levi (que era el sacerdotal), y no siendo de aquella tribu, podía ser libre de aquel servicio, dando por él un cierto precio. Esta ley tampoco obligaba al Señor, porque hablaba expresamente de los primogénitos nacidos por obra de varón, y el parto de la Virgen no fué así, sino virginal y purísimo.

La oferta que hizo, fué la mandada á los pobres, manifestando en esto, que aunque los Magos dieron á la Señora oro, incienso y mirra, lo repartió á los pobres por no apartarse del aprecio de la santa pobreza que el Hijo de Dios quería seguir y enseñar en la tierra, según veía por experiencia; pues si la Señora mantuviera todavía aquellos dones, podía comprar un cordero con que cumplir la ley enteramente; pero Ella ofrecía por los pecados del mundo el Cordero de Dios, del cual sólo estaba rica, y por sí ofreció un par de palomas ó tórtolas, volviendo á recibir á su Cordero Jesús por precio de pobres, que dió por El, para criarle como Redentor del mismo mundo: para que se vea la particular consideración y agradecimiento que merece la competencia espiritual de Madre é Hijo en seguir la humildad y pobreza, y trabajar cada uno en parecer lo que no es, y menos de lo que son; pues todo nace de la misma fuente de amor de que procedieron todos los trabajos de Jesús.

El Santo Simeón era, según el Evangelio, temeroso de Dios y justo, en quien habitaba el Espíritu Santo. Deseaba con grandes ansias la redención del mundo. Cansábale la vida; mas la sufría, porque el mismo Espíritu Divino le había prometido que antes de morir vería al Hijo de Dios hecho hombre; y en el día en que la Señora había de ir al templo, le mandó el Espíritu Santo que fuese allá á esperarle. Estaba ardiendo y suspirando, con los ojos fijos en la puerta, mirando y remirando á los que entraban; pero ninguno le decía el Espíritu Santo ser el Señor, hasta que la sacratísima Virgen y José llegaron sin ningún aparato ni ostentación, sino con muestras de estrechísima pobreza y purísima sencillez; y lo que á todos estaba encubierto, no se pudo esconder á los ojos que estaban inflamados del amor divino, pues en viendo el Santo viejo á la Señora al punto la conoció; y renovado como águila en la vejez con el ardor de aquel divino sol, que con su amor le abrasaba, sacudiendo las viejas y terrenas plumas se abrazó con el Niño; y tomando en sus brazos al que interiormente le guiaba, comenzó el tierno y viejo cisne, ronco hasta allí por los deseos, clamores y largos suspiros, á afinar (como en la última hora) lo alto de su voz, cantando suavemente los gustos con que ya moría y acababa su prolongado destierro, pues había visto la luz del mundo y la salud que tanto deseaba.

### EJERCICIO DE ESTE MISTERIO

Espejo de eternas verdades, de divina bondad y de incomprensible sabiduría, Hijo de Dios vivo, Jesús, Maestro y Redentor mío, abrid mis ojos para que en Vos vea vuestros consejos y caminos; enfervorizad mi deseo para que, con el santo Simeón, os busque, os halle, os abrace y en Vos descanse. Humillad mi soberbia, pues tanto os agrada la humildad; quitad de mí el amor del mundo, pues escogisteis para Vos la pobreza; sometedme perfectamente á vuestra obediencia, pues sois tan perfecto cumplidor de las leyes á que no estáis obligado. No fiáis mucho de mi flaqueza y tibieza, por eso

me obligáis á poco; pero á Vos de ninguna cosa os quiere eximir e encendido amor, ni aun de las que parece que desdicen de Vos. Enseñadme, Señor, la ley de este amor. El amor no se mueve por miedo de las penas, y si es puro y verdadero os halla, Dios mío, tan grande y tan merecedor de todo, que desea deshacerse todo en vuestro servicio. Parécenle pocas las leyes, y pequeñas las obligaciones; porque á todo obliga el amor, sin excluir nada, y todo le parece poco, ó nada, en comparación de la grandeza divina. ¿Cuándo me hará á mí vuestro amor, humilde, pobre, despreciador de todo, amador de la bajeza, estimador del propio desprecio, rendido á vuestro servicio, crucificando cuerpo, alma, fuerzas y cuanto soy, á vuestros pies y obediencia? La Virgen, pobre, se halla con Vos rica; el Santo José, sirviéndoos con su pobreza, contento y satisfecho; el viejo Simeón solo por Vos suspira, y creyendo yo que en todo van acertados, no sé por dónde ando, errado y fuera de Vos.

¿Mas cómo me puedo ver, divina luz, si no me alumbráis para que me vea y me aborrezca? ¡Oh Dios de mi alma! Si queréis que los niños, antes de que tengan uso de razón, sean ofrecidos á Vos, á fin de que cuando se conozcan, se hallen ya vuestros, ¿cómo quiero que me sufráis el que, después de conocerme y conoceros, no sea vuestro ni os sirva? Mas si Vos, bondad infinita, no me sufriereis esto, ¿qué será de mí? Truéquese esto, Señor, por vuestra misericordia; amadme Vos, para remediarme; aborrézcame yo para ser remediado. Enseñadme á tener dolor de los años de la niñez, en que ni os conocí ni amé; porque aunque en ellos no os ofendí, todavía, siendo de Vos amado, no os correspondí con otro amor. Enseñadme principalmente, Señor de piedad, á llorar las primicias de mi entendimiento y voluntad que no os di, y lo mucho que de vuestro servicio me aparté; los muchos pecados á que me entregué; mis malas inclinaciones que seguí, al llegar á la edad en que os podía ofender ó servir, hasta ahora que me veo miserable pecador ante vuestros ojos purísimos. ¡Oh buen Jesús! Olvídese toda mi vida pasada; no se cuenten los años de vida que gasté en obras fuera de Vos y sin Vos, vida de mi corazón. Aquí os daré voces hasta que me oigáis; aquí llamaré hasta que me respondáis; aquí lloraré hasta que me perdonéis. En pos de Vos iré, mi buen Jesús; con Vos me ofreceré al Padre Eterno, para que por Vos no me desprecie. Y aunque los corderos se quedaban en el templo para ser sacrificados, los niños se volvían con sus madres, yo no lo haré así: os ofreceré por mí á Vos, divino Cordero, y con Vos quedaré sacrificándome, con Vos volveré acompañándoos y nunca de Vos me apartaré.

¡Oh Padre de misericordias y Dios de todo remedio y consolación! Aquí os ofrezco á vuestro Unigénito Hijo; poned en Él los ojos para que por Él me perdonéis y recibáis. Vedle aquí hecho Niño por mí; mansísimo y humildísimo Cordero para mi remedio. Aunque calla, su corazón clama á Vos por mí. El viene aquí por todos los pecadores, ¿cómo ha de quedar ninguno fuera? El reconoce vuestra bondad por todos; El se somete á vuestras leyes por todos

y El se ofrece por todos. Su purísima Madre os lo entrega y le vuelve á recibir por mí de vuestra mano. Mirad, Señor, estos dos Corazones santísimos, purísimos, á Vos aceptísimos; el fuego en que ahora arden, Vos lo encendéis; el remedio de los pecadores que desean y procuran, Vos lo sabéis; la riqueza que de aquí nos viene, Vos la dais. Pues, Señor mío, ¿cómo habéis de despreciar las amorosas voces de estos abrasados espíritus, que por nosotros os piden misericordia? Con ellos, Señor, os ofrezco mi pobreza y necesidad, el tiempo, la vida, los sucesos de ella, los trabajos, las consolaciones, el cuerpo con todos sus sentidos, el alma con todas sus potencias, la muerte y cuanto en mí hay bueno y malo; lo bueno, que es vuestro, para que lo acrecentéis; lo malo, que es mío, para que lo remediéis. Así como este Señor no quiso proceder en vuestro servicio sin venir á daros solemne obediencia en el templo, y tomar vuestra paternal bendición, así yo, que nada valgo ni puedo, pido esa bendición, ese paternal favor y esa obediencia á quien para siempre me someto. Dadme, Señor, el espíritu que enseñó á la sacratísima Virgen vuestras voluntades, y que guió al viejo Simeón al templo y le dió á conocer al Salvador. Criad en mí nuevo corazón; renovad cada día en mis entrañas un espíritu que á Vos me lleve: y lo que por mí no merezco, este Cordero os lo merece; por El dadme vuestra gracia, y confirmadme en ella con perseverancia.

¿Qué disimulo y sencillez es esta, con que entráis, Señor, en Jerusalén y en el templo? ¿Cómo no os reconocen las criaturas, y no saltan todas de placer con esta vuestra entrada? Imaginaba David que el Jordán y el mar huían de vuestro pueblo, cuando le sacasteis de Egipto, y que los montes y collados saltaban de placer, y las piedras se deshacían en raudales; porque conocían que Vos pasábais en su compañía, y toda criatura os festejaba, no yendo allí más que la vara con que Moisés por vuestro mandado hacia mavarillas, y el Arca del Testamento con que pasó el Jordán; todo figuras de estas verdades, que en Vos se encierran; y pasáis Vos en persona por medio del mismo pueblo, y no os conoce ninguno sino el justo Simeón, y la santa anciana Ana, profetisa. Infinitas gracias os doy, Señor mío, por este privilegio, que dais á los amantes y limpios de corazón. Entre doctores, sabios y soberbios, hablando en el templo, y haciendo las maravillas divinas que hicisteis públicamente por toda Judea, no sois conocido; aquí encubierto, Niño, callado, pobre y necesitado del abrigo de madre, no queréis ser desconocido de los que os aman. Por veros, sufren el destierro; hasta veros les parece tolerable la vida; llegado lo que deseaban, mucho más desean que se acabe. ¡Oh salud mía, oh mi riqueza soberana, oh vida por quien vivo, y sin la cual muero!; ¿por qué no os ven mis ojos? ¿Dónde estáis todo, mi bien escondido? Si aún dura la sentencia de que no os pueda ver el hombre y vivir, dadme licencia para hacer concierto con la muerte, que me mate para veros; ó apareceos á este miserable corazón, para que os vea cuanto en esta vida podéis ser visto interiormente. Siéntaos mi alma, y alborócense con vues-

tra presencia todos mis sentidos interiores, para que presos de Vos, todo lo que no sois Vos les fastidie. Mi alma suspira por Vos, Dios mío. ¡Oh, cuán bien estoy, cuando os deseo; cuán á vuestro contento, cuando os amo; cuánto os agrado, cuando todo me fastidia suspirando por solo Vos! Si así estoy, de cualquiera manera en que me aparezcáis, os conozco; niño, os hallo grande; pobre, os veo rico; hasta crucificado, os hallo suave. Mas cuando anda el corazón apartado de vuestro amor, ni os conozco en las obras divinas, ni en la grandeza de vuestra Majestad. Unidme á Vos, Dios mío; apartad mis ojos de las vanidades, para que conozca vuestra pura verdad. Apareced á este desterrado corazón, pues sois mi salud y todo mi bien; concededme que solo de Vos me satisfaga, pues sois el verdadero amigo y gloria de mi alma. Quitad de mí el sabor de la tierra, ó haced que no me sepa sino á lo que es, y no me ciegue ó engañe con bienes falsos y llenos de miserias, sino que á Vos, sumo soberano y perpetuo bien, suspiren y deseen mis entrañas. Llegad ya, Señor mío, no dilatéis más vuestra venida, porque con Vos traeréis todos los bienes; Venid, buen Jesús, á esta alma pecadora, libradla de sus cadenas, ponedla en libertad de espíritu, para que libremente lo renuncie todo por Vos, y á solo Vos abrace, á Vos posea, á Vos cante con el Santo viejo Simeón, los deseos y suspiros de descansar en Vos para siempre. Amén.

*Nunc dimitiis servum tuum Domine, secundum Verbum tuum in pace.*

Desterrado vivo de Vos, mi buen Jesús; y si os amo, siempre ando afligido porque no os veo. Mientras esto se me dilata, todas las cosas terrenas me ocasionan dolor, pues annque engañosas, suelen tener sus horas; pero á mí se me retarda la mía verdadera. Conténtase el cuerpo con sus gustos; logran los sentidos sus pasatiempos; gloríase el mundo en sus vanidades; y cada uno gustoso dice, que ahora sí, pues tiene lo que desea: mas mi alma, que sólo con Vos se satisface, y á quien Vos mostráis que todo es engaño fuera de Vos, por Vos suspira; y si lo dilatáis, vive sin su hora; siempre pena, hasta que lleguéis Vos, su único contento. Soltadme, Señor, de estas cadenas, no me tengáis preso y suspirando en ansias. Entrad, Señor. Mas aquí estáis: esta es mi hora: siempre vuestros plazos llegan. Adóroos, mi Salvador: adóroos, mi bienaventuranza: adóroos, mi verdadera vida: cumplisteis la palabra de acudir á quien os llama. Pues llegó la paz, ¿para qué vivo más en riesgo de perderla? No quiero más vida; ya no quiero más mundo; ahora que tengo aquí la prenda del cielo, es tiempo de que desatéis mis cadenas, y que en paz, y abrazado con Vos me libréis de la cárcel de este cuerpo...

*Quia viderunt oculi mei salutare tuum.*

Porque los ojos de mi espíritu, alumbrados con la salud divina y con vuestra suave presencia; inflamada aquí el alma en vuestro

amor, no tiene que desear más que iros á ver claramente y amaros con seguridad, fuera de la cárcel del cuerpo. Porque si aquí, salud mía, desterrado y cautivo de esta corporal tierra y miseria, sin veros claramente, ve mi espíritu á su modo que solo Vos sois mi salud sobresubstancial, y presa mi alma de Vos, todo lo demás la fastidia, ¿qué más puede desear que ver á quien la sana, á quien la abrasa, quien la prende y quien la inflama? No vinisteis Vos á la tierra á buscar otra cosa, sino á prender las almas de vuestro amor.

*Quod parasti ante faciem omnium populorum.*

Para esto os dió vuestro Padre Eterno á los hombres; para que delante de sus ojos tuviesen en Vos los justos y pecadores, los judíos, los gentiles y todos los pueblos sin diferencia, su Maestro, su salud, su gloria, su tesoro y todo cuanto pudiesen desear. Y porque los ojos humanos no os podían ver, os hizo humano, para que á nuestro modo tuviésemos delante de nuestra vista y en nuestra conversación, al mismo que nuestro amor desea, y por quien el alma inflamada suspira.

*Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae Israel.*

Con Vos se deshacen nuestras tinieblas y se manifiestan nuestros yerros. Con vuestro mismo resplandor os reveláis á nuestros espíritus, y con vuestra hermosura nos cautiváis. En Vos recibe el pueblo de Israel sus gloriosas promesas, y con Vos tiene la corona de sus honras. Mas todas las almas que teniéndoos presente las resplandece vuestra divina luz, están enseñadas, ricas y llenas de Vos y de vuestros bienes. Alumbradme, luz mía; sanadme, salud mía; levantadme, gloria mía; satisfacedme, bienaventuranza mía: véaos siempre mi fe, abráceos mi amor, deséeos mi esperanza, poséaos como puede mi alma, hasta que vaya á veros claramente en aquella vida sin muerte, unión sin desprendimiento y descanso perpetuo celestial.

¡Oh Madre de la salud y de la luz divina; por aquel amor con que ofrecisteis á este Señor al Eterno Padre por todo el mundo, y á Vos con El á su perpetuo servicio; ofrecedme á mí con Vos á El, para que siempre sea de su casa, y siempre me ocupe en su servicio, y arda en mí siempre su amor, mientras vivo desterrado! Oh corte soberana, admitida ya y segura en esas eternas moradas; que veis ya claro y poseéis seguro lo que antes de ser glorificados deseasteis; ya que no sois propietarios de vuestros bienes, prended allá este corazón, hasta que llegue la hora en que se deshagan las nieblas de esta miserable tierra, y desprendido de ella os acompañe, y con Vos alabe á ese Señor y goce su vista para siempre. Amén.

### EJERCICIO DE LA HUÍDA DEL SEÑOR Á EGIPTO POR PERSECUCIÓN DE HERODES

¿De qué huís, Señor, del mundo? ¿De quién huís, Hijo de Dios vivo? ¿Adónde huís, asilo verdadero, y acogida segura de todos los

culpados, que á Vos huyen? Huya de Vos la muerte, pues sois eterna vida en que ella ha de acabar: huya de Vos el tirano, pues sois el Soberano Juez que le habéis de juzgar y condenar: huyan de Vos los pecados y malicias, pues las habéis de confundir: huya de Vos la ceguedad de vuestros enemigos, pues sois la divina luz que os habéis de manifestar: huya de Vos toda aflicción y trabajo, pues sois el verdadero consolador de los atribulados y alivio de todos los afligidos: y huya de Vos la misma huída, pues sois Dios de eterna Majestad, que en todas partes estáis, y no podéis tener miedo de ninguno. Y si por ahora, Dios mío, es conveniente huir, veníos á mí, escondeos en este corazón: porque cuando os busquen niño para mataros, me verán tan envejecido en pecados, que no imaginarán que podéis estar en este miserable corazón: y aquí, mi buen Jesús, me perdonaréis, me renovaréis con vuestra presencia, y me llenaréis de bienes espirituales, y de vuestro amor. ¡Oh miserable de mí! que tal soy delante de vuestros ojos, y cuántos pecados veis en mí, que antes queréis huir á Egipto que esconderos en mí: primero queréis merecerme la divina misericordia con vuestros trabajos; primero queréis andar como peregrino y desterrado, para adquirirme remedio de todas mis necesidades. Llevadme, Señor, en pos de Vos: ande yo penando con Vos, y aprendiendo las verdades que me enseñáis, con que me disponéis suavemente para tener en mí vuestros placeres. Sois Señor de todo el mundo, y no queréis vivir en él sino como peregrino: no queréis tener patria cierta en lo que es vuestro, ni mostrar gusto de propio asiento en la tierra, que es obra de vuestras manos. ¿Por ventura, Dios mío, sois como yo, desterrado de la bienaventuranza? ¿Si vuestra alma es bienaventurada, y siempre ve vuestra Divinidad, qué mal puede hacer la tierra á vuestro cuerpo y humanidad, para que os tratéis en ella como peregrino? En mí está bien vivir como tal, pues ando desterrado del cielo: á mí me corresponde no tener asiento en ninguna parte, pues en ninguna os veo, y necesito vivir sin afición de cosas de la tierra, para no perder en ella lo que me prometéis en el cielo. Mas Vos, Dios mío, con Vos lo santificáis todo; ninguna cosa os puede dañar, ni podéis andar peregrino de Vos, ni fuera de Vos: y con todo eso, en la primera edad peregrináis, y en ninguna queréis cosa del mundo, sino como muy de paso y de camino. Sólo lo que os da trabajo, eso queréis por vida.

Abrid, Dios mío, las entrañas de vuestra misericordia; derramad los tesoros de vuestra piedad, para sufrirme y perdonarme los yerros de mi vida pecadora: porque desengañándome todo de las muchas mudanzas de ella, con todo eso hago en ella asiento, como si fuera inmutable. En mí mismo experimento, que en ninguna cosa hallo perfecto descanso fuera de Vos: porque como me quisiste y me criaste para Vos, no es posible hallarle en otra cosa. Traigo delante de los ojos las vueltas y mudanzas del mundo, en el cual desde lo más alto á lo más bajo, anda en una viva rueda de vueltas y revueltas, de mudanzas y desasosiegos; ni vi, desde que nací, otra

verdad más clara ni más cierta. En Vos, Dios de mi alma, veo que ningún descanso ni asiento queréis en el mundo. De vuestra doctrina y ejemplo aprendo, que ni de las cosas divinas que en esta vida me comunicáis (ques on las verdaderas, ciertas y seguras) queréis que use, sino como instrumento y medio para otras mejores, ó para ellas mismas mudadas, glorificadas y perpetuadas con Vos en el cielo, donde todas, ó mudarán el modo, ó se trocarán por otras de substancia más perfecta é inmutable. Y con tantas lecciones que me dais, tantas experiencias y desengaños que yo veo, vive en este ciego y miserable corazón un tan gran descuido de las cosas eternas, y un tan esparramado, distraido y arraigado cuidado de las terrenas, como si el cielo y la tierra hubieran trocado la suerte. ¿Qué ceguedad es esta, Dios mío, tan sin razón ni fundamento, que viendo hasta con los ojos corporales estas verdades, me gobierno en ellas como ciego? ¿Quién me ciega en lo que veo, ó cómo estoy ciego, si veo? ¡Oh desventurada afición, tan embebida en lo que huye de ella, tan arraigada en lo que la falta, tan sentada y perpetuada en lo que ve claro, que á toda prisa se consume y gasta! Veis aquí, bondad infinita, los males de este corazón, que por todas partes descubre tan contrarios yerros; cuántos y cuán sin fundamento son los amores que tiene de las cosas que de Vos le apartan.

Puesta mi alma entre promesas que le hacéis de bienes eternos, que cree y espera, es el fastidio de ellas tal, que ni las mira; y metida entre bienes terrenos, bajos y mudables, es el hambre tal que con nada se harta. Para merecer vida para siempre y bienes eternos, le parece todo tiempo mucho, cualquier trabajo grande, y muy frías obras y deseos suficientes; mas para gustar de las cosas mundanas y corruptibles, la vida, el cuidado y toda ocupación le parece poca; y acaso la misma eternidad le pareciera corta, si la tuviese para vivir en sus vicios. ¡Oh, cuántos pecados nacen de aquí en esta alma, cuántas pérdidas de bienes verdaderos, cuántas aficiones desordenadas, cuántas raíces malas se arraigan profundamente que brotan de sí frutos ponzoñosos! ¿Cómo concuerda mi fe y mi esperanza cristiana con estas erradas aficiones y desórdenes? Señor mío, piadoso y Redentor misericordioso, que me veis, y me conocéis, y pesáis en justa balanza mis engaños y yerros: Vos veis cuán justamente puedo dudar de la calidad de mi fe y cristiandad, pues las obras y el amor se oponen tanto á lo que creo y experimento. Y pues veis este miserable corazón, poned los ojos en el vuestro y remediad el mío. Mirad, Señor, por quién peregrináis; acordaos para quién trabajáis, y pues no podéis padecer engaño en lo que tan claro veis en mí, remediad con vuestra virtud mi miseria. Si mis culpas claman á vuestra justicia, también y mucho más dan voces á vuestra misericordia las llagas que hacen en esta alma redimida por Vos. ¿A qué fin vinisteis á ser peregrino conmigo, si yo no he de hallar en esas paternales entrañas remedio para no perder la patria del cielo? No puedo yo ser pecador tan grande, como Vos sois mi-

sericordioso y Redentor; ni puedo, ni sé desear mi remedio, tanto cuanto Vos hacéis por remediarme. Abrid, pues, esas paternales entrañas á esta vuestra miserable criatura. Imprimid en este vuestro desterrado un vivo deseo y amoroso suspirar de veros, donde os mostráis claramente á vuestros amigos. Y pues sois poderoso para todo, entrad en este corazón, echad fuera vuestros enemigos, plantad en él los frutos de vuestro espíritu y desarraigad de mí toda afición terrena. A Vos suspiren, divina misericordia, mis miserias; á Vos, perpetua eternidad de bienes, deseen mis mudanzas; á Vos se descubra todo lo imperfecto que hay en mí y grite para que me perfeccionéis; y pues me traéis desterrado por estos muladares de la tierra, haced, Señor, que me parezcan tales, para que el amor y deseo de esta alma camine siempre á Vos, y por Vos solamente suspire.

¿Cómo no lo esperaré todo de Vos, buen Jesús, pues os veo tan amigo de los pecadores, tan contento de estar con ellos y tan deseoso de hacerles mercedes en todas partes, que ni perseguido de ellos y huyendo os podéis desprender de la tierra, ni huís para el cielo, que es vuestra casa pacífica, donde sois adorado, conocido y amado como quien sois? Vais á Egipto á abrasar con vuestro espíritu aquella idólatra tierra, para que los grandes rebaños de vuestros siervos y ovejas, que con puro amor os han de buscar é imitar, hallen en ella los aires suaves y puros, y seáis allí conocido, amado y servido donde vuestro nombre es más blasfemado, el demonio servido y los errores se hallan más arraigados. Parece, Dios mío, que huís para salvar la vida, y vais á santificar el lugar en que vivan vuestros escogidos, llenos de bienes espirituales é influencias divinas, en cuyos corazones reinéis á vuestra voluntad. ¿Quién duda, mi Dios y Señor, que en el tiempo que estuvisteis en Egipto granjeasteis con vuestro Eterno Padre espíritu, gracia, amor y fuerzas para los millares de purísimos siervos que en aquella tierra habíais de tener? ¿Quién dudará que teníais á cada uno tan presente como si ya hubiera nacido? Allí hallaron después vuestra virtud y espíritu, donde Vos con oración y fervientísimo amor lo habíais merecido.

¡Oh mi Dios, que cuando parecéis más ocioso y desocupado, entonces estáis más metido en granjear nuestro remedio! Niño entrasteis en Egipto, huyendo con mucho trabajo por todo aquel camino, y pareciendo como un gusanillo de la tierra, que busca donde meterse para que no le pisen: y Vos, bien infinito, Hijo de Dios vivo, encubierto y desconocido santificáis en esa tierra la pobreza de espíritu, el desprendimiento de las cosas de la tierra, el ser desconocido y despreciado del mundo; el perpetuo silencio, la continua oración, la muda é incansable obediencia, la pureza del alma, los deseos fervorosos del cielo, el amor de las faltas y necesidades corporales, la santa sencillez, la batalla y victoria de las tentaciones, la vida de puro amor y angélica castidad en cuerpos mortales y terrenos, y lo que en esa tierra consagrasteis, hicisteis después imitar á tanto número de siervos vuestros cuantos tenía escogido vuestra

sabiduría. Hecha la obra en esa tierra perdida, volvisteis á Judea á perfeccionar los misterios de nuestra redención, y, consumados, mandáis al iros al cielo esparcir esos bienes por el mundo. ¡Oh riqueza de mi alma! ¿Dónde quedo yo entre tantas memorias de santificar y abrasarlo todo con vuestro amor? ¿No comparasteis Vos, Señor, vuestra doctrina y espíritu á la red barredera que recoge todo género de pesca? ¿Pues cómo, Dios mío, ando yo fuera de ella? ¿Qué esperáis de mí, Señor? ¿No ven vuestros purísimos ojos que todo es perdición en mí si me quedo solo? ¿No veis que no puede manar agua sino de la propia fuente de donde nace? ¡Oh fuente de toda santidad, santificadme; oh fuente de toda luz, alumbradme; oh fuente de toda bondad y perfección, mudad mis maldades; oh fuente de todo ser y vida, dad vida y ser á mi nada; oh fuente de fuego, de amor, abrasad y consumid en mí cuanto os desagrada! ¡Oh mi Jesús, que no puedo conmigo! Deseo lo que no tengo, y tengo lo que aborrezco; mas todo en mí está tal, que ni el deseo del bien hace pérfido aborrecimiento del mal, ni el aborrecimiento causa vivo deseo. Todo en mí está pobre; nada es lo que parece. Mas lo que es, cuanto es y el valor que tiene, Vos lo veis y pesáis. Curadme, Médico divino, como me conocéis, y hacedme desear la cura como Vos queréis.

Enseñadme, Maestro Divino; enseñadme, luz divina, esas verdades y consejos eternos. Huís de un enemigo para volver á entregaros á muchos que os han de matar, y á mí me mandáis huir de donde me persiguen; y si me queréis hacer merced, ordenáis que no pueda huir donde deje de hallar otros trabajos superiores á los que procuro evitar. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿No es mejor sufrir los males presentes que huir para donde habéis de hallar otros, sin libraros de los incomparables y crueles que os están prevenidos? ¡Oh, cómo me engaño, Dios mío, con vuestros consejos, cuando huyo de cruces para el descanso! ¿Dónde he de hallarle, Dios mío, en esta vida? ¿Pues para qué queréis que huya, si no he de descansar huyendo? ¡Oh mi Dios, que si os supiese conocer y amar, os podría entender! Queréis que huya el peregrino, para que en todo halle peregrinación, y en toda parte consagre con la paciencia su destierro, y todo lo llene de servicio y amor vuestro; ó acaso queréis que me descuide aun de los trabajos y de lo que de mí queréis hacer, y no trate de otra cosa que de no hacer ningún asiento en la tierra; sino que en todo trate de contentaros, serviros y dejaros hacer en mí toda vuestra voluntad. Oh luz divina, que tan señora quieres ser de todo este corazón; ¿por qué él mismo no concuerda contigo? ¿Cómo no veo que por esta secreta providencia me queréis librar de los tristes cautiverios que me tienen preso y apartado de Vos? ¡Cuándo me veré en esta segura libertad, y cautivo solo de Vos, vida verdadera de mi alma! ¡Oh riqueza mía soberana! Si Vos fuéreis sólo mi tesoro, viviré en este destierro con los deseos de la patria; si me viere entre amigos, sólo por vuestra amistad suspiraré; si me viere en tierra de enemigos, en mí os hallaré; encarcelado, estaré libre

con vuestra compañía, y en libertad, estaré preso de Vos; en toda parte, en todo lugar, me será amiga la cruz, me seréis compañero; y cuando menos tenga en la tierra donde descanse el pie, hallaré en Vos más descanso. ¿Para qué quiero patria, Dios mío? ¿Para qué regalos de esta vida? ¿Para qué deseo ver mundo, sino para que todas las partes del mundo me crucifiquen, y en todas os alabe mi corazón, os adoren mis entrañas, os desee mi espíritu y os abrace mi amor? ¡Ah Señor, que no sé hablar! Venid á mí, peregrinad en mí, andad y corred en cuanto soy, para que cuanto hay en mí lo santifiquéis, y dadme asiento en solo Vos, para que á solo Vos ame mi corazón.

¡Oh Reina de los ángeles sacratísima, á quien ningún trabajo era pesado, ni la peregrinación cansada, ni la tierra ajena con la compañía de Jesús! Con este tesoro toda la tierra os será patria, todo servicio suyo suave y toda obediencia leve. ¿Qué bien puedo tener sin la compañía de este Señor? Acordaos, abogada de los pecadores, que el fruto de estos vuestros trabajos y de los suyos es adquirir muchos hijos, llamar á sí muchos errados y juntar á sí muchas ovejas perdidas. Valed, Señora, á ésta acosada de los enemigos, y errante por los desiertos de este valle de lágrimas. Juntadme á su manada, para que siempre oiga y siga la voz de este Divino Pastor. ¡Oh celestiales ciudadanos!, ayudad al desterrado peregrino que anda en peligros, para que, perdido el amor de la tierra, merezca para siempre vuestra compañía. Amén.

## TRABAJO IX

### Sentimiento de la muerte de los Inocentes.

Huído Cristo nuestro Señor para Egipto, y pasados casi dos años después de su nacimiento, no le dejaban descansar al tirano Herodes los recelos de haber nacido en su tierra un pretendiente y natural sucesor del Reino; y como quedó determinado de quitar la vida al Señor, luego que fuese descubierto por los Magos, tuvo por entendida su malicia al ver que no volvieron por allí, como habían tratado; por lo que dándose por burlado, quedó más asegurado en sus recelos; y mudando el disimulo en dañada pasión, ira y cólera, imaginó la inhumanísima crueldad de matar tantos niños, que no pudiese dejar de morir entre ellos el Señor; porque no fiándose de los judíos, no se atrevió á hacer pesquisas para descubrir solamente al Niño Jesús, á quien deseaba matar; porque recelaba que trocándole uno por otro, y quitando la vida á solo uno, quedase vivo el competidor. Desocupado, pues, de negocios que hasta allí le habían distraido, de poner por obra su cruel determinación, y pareciéndole que ya se había olvidado el rumor que los Magos dejaron en Jerusalén de haber nacido el Mesías, y que ya nadie se recelaría de su crueldad; haciendo cuenta del tiempo en que á los Magos les apareció la estrella (por el informe que tomó de ellos se-

cretamente), y hallando que podían ser dos años, para más asegurarse, fingió negocio y ocasión de mandar juntar todos los niños de pecho que de dos años para abajo se hallasen nacidos en Belén y en todo su partido; y teniendo prevenida tropa, mandó degollarlos á todos, juzgando que entre tantos no se escaparía el Redentor.

Así llenó la tierra de sangre inocente, y casi todas las casas de lágrimas, y lastimosas aflicciones, y dolores de las madres, privadas tan cruel é inhumanamente de sus hijos, cuya edad, inocencia y multitud de muertos, hacía el caso más cruel, más sensible y de mayor horror. No servía de consuelo el ser muchas las madres tan cruelmente privadas de sus hijos; antes bien, cuantas más eran las lástimas, mayores se hacían los sentimientos. Espantó esta crueldad, con mucha razón, á toda la tierra; y cuanto menos podía resistir á tan cruel tiranía, más desventurada la hacía la desgracia á que había llegado en cautiverio de tan perverso tirano. El alboroto, perturbación y sentimiento que semejantes fracasos ocasionan en el pueblo, la experiencia lo enseña, y el Santo Jeremías profetizó que serían lágrimas sin consuelo. Nuestro P. San Agustín y otros doctores, ponen aquí por delante muchas lástimas de las afligidas madres, y lo mucho que trabajarían por esconder los hijos ó morir con ellos, sin que les valiese ninguna de sus invenciones; y todo se puede pensar de tan lamentable caso, porque la razón muestra que niños de tan pequeña edad y de pecho no podrían juntarse sin sus madres, y que delante de sus ojos se haría la cruel carnicería; el amor natural las haría lamentar y tirarse de los cabellos, con palabras mucho más lastimosas que lo que la pluma puede declarar. De los niños también juzgan algunos (y no sin piadosa consideración) que recibirían de Dios en aquella hora algún placer espiritual de verse tan dichosos en tan tierna edad, que con sus muertes quebrantaban la furia del tirano, librando al Niño Jesús de ser buscado y perseguido; por lo que cuanto las madres trabajaban por encubrirlos, tanto más se descubrían ellos llorando, por no perder la feliz suerte de librar con su inocente sangre y glorioso martirio, la vida del inocentísimo Cordero.

Esto que en Judea pasaba, no estaba menos presente al divino Niño en Egipto (viéndolo todo con su divina sabiduría) que en Belén, donde la crueldad se ejecutaba. A sus divinos oídos llegaban los clamores y penas de las afligidas madres, y ante sus divinos ojos estaba la sangre que por su causa salía de los inocentes; y su sacratísima humanidad, que todo esto lo veía en Dios, tenía tantos sentimientos y trabajos, cuantos eran los niños muertos por su motivo, y cuantas eran las madres desconsoladas. Era Cristo nuestro Señor de una naturaleza muy blanda y compasiva, y cualquiera trabajo que veía en otros le daba mucha pena. Así lo mostró muchas veces en su vida. Cuando le seguía mucha gente en el desierto fuera de sus casas, dijo á los Apóstoles: *Compadézcome de esta gente, que ha tres días que me sigue y no tiene que comer.* Encontrando

un día junto á la ciudad de Naín á una viuda, que se iba lamentando de un hijo único que llevaban á enterrar, tuvo compasión de aquellas lágrimas y se lo resucitó. Viendo llorar á Marta y á María Magdalena la muerte de su hermano Lázaro, difunto cuatro días antes, se conmovió todo, lloró de compasión y le resucitó. Cuando entró en Jerusalén festejado en el día de Ramos, acordándose que había de ser aquella ciudad destruída por sus pecados, empezó á llorar y decir palabras de sentimiento de los males que sobre ella habían de venir, de que El ya se compadecía.

Otros varios ejemplos podrán mostrar la natural compasión del Señor en los trabajos que en otros veía, y cuánto le dolían. Por tanto, había de sentir mucho más el trabajo presente, por no morir El con tantos como morían por su amor. Por todos deseaba El morir, y si fuera conveniente, de mejor gana se dejara matar, y resucitara tantas veces cuantas correspondiesen al número de los degollados por Herodes, para que no muriera ninguno de ellos. Mas como por entonces convenía que viviese y se guardase para otra mucho más cruel muerte por bien del género humano; y como la rabia del tirano se vengaba de la ira que contra El tenía en la sangre de tantos inocentes, pasaba el Corazón del Señor un gran sentimiento y trabajo; así porque no era tiempo de librarlos con su muerte, como por el tormento que los inocentes y sus madres padecían. Verdad es que les había de remunerar bien, así con las gloriosas coronas del martirio, que consigo les había de dar en el paraíso, como con merecérselas poco después, dando por ellos su vida. Mas lo que había de hacer como Redentor y remunerador, no disminuía el sentimiento y dolor que como humano padecía por su compasiva condición.

Alargando más la materia de este trabajo del Señor, tengo por cierto que uno de los grandes tormentos del Hombre-Dios en esta peregrinación fué el sentimiento de los trabajos que los hijos de Adán, desterrados del cielo, habían de padecer justa y forzosamente, teniéndolos ya presentes muy por menor en su eterna sabiduría. Esto se entenderá mejor considerando la intención que Dios claramente mostró haber tenido en hacer entre sus criaturas á la humana tan perfecta como la hizo: pues aquella intención no fué hacer á la criatura sujeta á trabajos, sino libre de ellos aun el tiempo en que anduviese desterrada del cielo. Toda otra criatura terrena estaba sujeta á la muerte y corrupción natural; sólo á la humana naturaleza (que naturalmente había de ser en cuanto al cuerpo de la misma calidad de las otras en la corrupción y miserias) preservó en lugar de placeres y paraíso terrenal, de todo dolor, hambre, frío, calor, trabajos, muerte, y todo lo que le pudiese dar pena; porque su intención era hacer un medio entre las dos naturalezas espirituales é incorruptibles angélicas, y entre las puramente corporales, el cual medio fuese espiritual como el ángel, y corporal como terreno; libre de los males de las corporales, participante de los bienes de las espirituales y capaz de sus glorias; en la cual criatura, como en un mundo abreviado, celestial y terreno, hiciese Dios sus

obras soberanas, comunicase sus divinas perfecciones y tuviese su paraíso espiritual de placeres.

Perdido este dichoso estado por la culpa, fué necesario mudar aquella intención para que no se perdiese criatura que había hecho tan para su gusto, y remediarla con trabajos, ya que no supo conservarse en placeres. De este desvío que los pecados dieron á la intención y designios del gusto que con nuestra naturaleza tenía el Señor, pudiera con razón tener dolor, si la divina naturaleza pudiera padecer pena. Así, cuando Dios quiso castigar al género humano con diluvio y muerte general, dice la divina Escritura, que tocado Dios de interior sentimiento de su corazón, dió sentencia de muerte contra todos, y que le pesaba de haber hecho al hombre. Esto no es padecer Dios pena, ni tener arrepentimiento de lo que con su eterno consejo había hecho; sino mostrar la mucha razón con que podía sentir dar tanto trabajo á la criatura que formó para tanto descanso, y dolerle de no llevar adelante, por culpa de la misma criatura, lo que había empezado. Mas esto que su divina naturaleza no podía sentir en sí, quedó reservado para que lo padeciese en la humanidad que había de tomar; en la cual, de tal suerte lloraba nuestros trabajos como si fueran propios; y así sentía la justa razón con que nos los daba, como si él mismo por justicia los pasara; de suerte que el Hombre-Dios hacía perfectamente todos sus oficios con los hombres: como Dios, ordenaba los trabajos humanos para fin de su honra y gloria, y provechos espirituales que con su eterno consejo tenía determinado; como hombre, compañero y amigo fidelísimo, sentía y le dolían las penas que los hombres en sus trabajos padecen, como quien tuviera mucho más gusto en no darlas, y que, precisado de la justicia y necesidad de la cura de nuestras llagas, las permitía y ordenaba. Mas ya que con tanta pena suya nos cargaba de trabajos, dió á nuestras cosas tal orden, que nos pudiesen aprovechar más los trabajos que los placeres del paraíso, perdidos por culpa de nuestro primer padre. Para esto nos los ayudó á sentir mucho y tomó sobre sí gran parte de ellos; para que, santificados por El, sirviesen de sementera de gloria, donde volvía á su primer designio de vivir eternamente con sus escogidos en perpetuo descanso sin trabajo.

Dos consideraciones ofrece esta materia (fuera de otras muchas), importantísimas para el consuelo de los trabajos de esta vida, si fuéramos siervos de Dios y sus leales amigos. Una es de nuestro Padre San Agustín: que la Iglesia católica, cuyos hijos empezaron en Adán, siempre se bañó en sangre por su divino y celestial Esposo. El primer justo, Abel, murió á manos del envidioso Caín, bañado en su inocente sangre. Luego que el Señor vino á la tierra, los primeros escogidos llenaron á Belén de su sangre inocente. El mismo Señor consagró su Iglesia con sangre: así con la suya propia, muriendo en la cruz, como con la de muchos mártires que por El dieron la vida; y los que acabaron sin sangre, no vivieron sin cruces y trabajos. Por lo cual, bajo la bandera del Crucificado, no se puede

tener por digno discípulo, ni será honrado en su corte, sino quien se preciare de ser con El atribulado. Mirado esto con ojos limpios y cristiano juicio, resulta tener los hombres dos cosas indignas de ser empleadas fuera de Dios, que son los trabajos y el amor; porque trabajos á que nuestro Señor dió tanto valor con su sangre y la de sus escogidos, que puestos en balanza igualan á cuanto de la otra parte se pusiere, aunque sean todos los bienes del cielo, mal empleados son en cosas que les quitan el valor y ayudan á perder el alma. Deseando David un día (cercado de sus enemigos y fatigado de sed) un vaso de agua fría de la cisterna de Belén, tres valerosos caballeros arriesgaron sus vidas, atravesando por medio de los enemigos por complacer á su rey, y le trajeron el agua deseada. Esto parece á los ojos y juicio humano un servicio de leales vasallos, y es obligación de valerosos soldados; porque ninguna cosa es mejor recibida en la tierra, que el dar gusto á los príncipes á costa de mayores peligros. Con todo eso, el santo rey David que tenía más altas y divinas consideraciones de las cosas, sin desagradecer el servicio que se le hizo, tuvo por mal empleado el trabajo y peligro á que se expusieron, aunque era rey, y mandó ofrecer á Dios aquella agua, á quien todo cuidado y trabajo humano es más propiamente debido. Ejemplo ciertamente digno de tal santidad: porque si los hombres empleasen los cuidados y trabajos con que granjean los gustos de la vida, en sólo aquel que de la vida y trabajos empleados en su servicio tomó ocasiones para dar eterna remuneración, serían los trabajos más suaves y no perderían los hombres tanta parte de la vida, y tan buena mercadería cristiana. Mas la causa de estas pérdidas es que emplean el amor en cosas que no le merecen; porque éste á solo Dios se debe, y El se halla tan avariento de todo nuestro amor, que no sufre ir á medias en él, y con razón: porque donde el amor se endereza, allí va lo demás, el gusto, la solicitud, la ocupación, el trabajo, y cuanto el hombre tiene: por lo que si el trabajo y el amor se dieren á quien se deben, que es Dios, y se emplearen en el que sólo los merece, y se ofrecieren á El como hacienda muy acepta, no sólo aseguramos ser de los leales de su Iglesia, y escogidos de la gloria, sino que granjeamos ser de los más estimados y ricos de su casa.

La otra consideración es, que lleva Dios tan mal dejar la primera intención de tener con nosotros sus placeres, y querer más nuestro descanso, que vernos en trabajos, que no se contentó de perpetuar este su gusto en la gloria; sino que aun en este valle de lágrimas busca y halla invenciones, para tener sus delicias con los atribulados. Así, desmerecido el lugar de descanso, que era el paraíso terrenal, hizo tantas y tanto mayores mercedes á los atribulados hijos de Adán, que á fuerza de obras divinas del eterno amor, inflama y enciende sus corazones con deseo de contentarle, servirle, y amar á solo El. En esta comunicación les franquea tanto de sí, y tanto los embriaga en su amor, que les hace suave todo trabajo de la tierra, y tan penoso cuanto parece gusto en ella, que

no viven menos contentos en medio de todos los trabajos, que si fuesen gustos. Justino Mártir, en una Oración que hizo á los romanos sobre la fe de los mártires, dice que la principal causa que le movió á dejar la vida filosófica y gentil, era ver el contento de los mártires entre los crueles tormentos que padecían; no pudiéndose persuadir á que era posible al cuerpo humano (que con la cristiandad no perdía la flaqueza de carne mortal) mostrar tanto contento en las penas, que la carne tanto aborrece, si no tuviese por dentro otros gustos secretos y verdaderos que les mudasen el dolor de los tormentos en placeres; y que cuando se vió cristiano y experimentó las verdades que Dios comunica á sus leales y verdaderos amadores, vió claramente que ninguna pena corporal es bastante para quitar á los atribulados por Cristo y con Cristo el gusto interior del espíritu. San Pablo contaba sus azotes y trabajos como suaves gustos. Esto mismo denota el encarecimiento y espanto de David al decir: *¡Cuán grande es, Señor, la multitud de vuestra dulzura, que escondisteis para los que os temen! Esconderéislos en el secreto de vuestro rostro* (que es vuestro conocimiento y abundancia de vuestros bienes) *de las perturbaciones de los hombres.* No los esconde Dios de modo que los trabajos no los hallen y no los alcancen; antes bien, alcanzándoles mayor parte que á otros, se sume lo penoso de ellos en la suavidad y piélago de dulzura de la conversación, amor y comunicación de Dios; de suerte que no tiene sal lo salobre, ni amargura la hiel, ni aspereza el trabajo, porque todo se muda con Dios en unos gozos que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, y sólo el amor los experimenta. Queda Dios con estas invenciones de su amor mucho más glorificado en tener con los suyos el paraíso de placeres en la tierra del trabajo (donde menos se esperaba, y donde parece más impropio), que si los tuviera en lugar propio de los gustos. Mas todo lo hay, donde hay un amor puro. No llegan aquí todos: mas esta consolación tienen todos los atribulados, pues todos sus trabajos, pasados por Dios, son provechosos; sufridos con paciencia, son meritorios, y llevados con perseverancia, si no fueren aquí mudados en espirituales contentos, serán para siempre coronados con eternas y soberanas bienaventuranzas.

### EJERCICIO DEL TRABAJO Y DOLOR QUE EL NIÑO JESÚS TUVO DE LA MUERTE DE LOS INOCENTES

Señor mío Jesucristo, salud y Redentor mío; ante vuestros ojos presento las gracias que os debo por las mercedes que me hicisteis, no tales cuales merecéis, sino cuales puede mi tibieza. Suplid Vos, esperanza mía, con vuestra clemencia lo que á mi flaqueza falta. Vos sois mi bienaventuranza y el fin de mi intención y de mis deseos, y ya que no merezco amaros cuanto merecéis, deseo amaros cuanto estoy obligado. Oh luz mía, Vos veis mi conciencia, y delante de vuestra Majestad está el deseo de mi corazón que me dais; y pues lo que me inspiráis que os ame es lo que me tiene cuen-

ta, dadme que os ame cuanto Vos queréis ser amado de mí. Enseñadme á agradecer las mercedes que voluntariamente, sólo porque me amáis, me hicisteis, para que no sean infructuosas en mí; vuestra bondad me crió é hizo de nada; vuestra gracia me santificó en el bautismo; vuestra sabiduría me conserva y gobierna; vuestra misericordia me sufre, espera, recibe y perdona; vuestro amor os trajo del cielo á la tierra y os hizo participante de mis trabajos, que justamente padezco. ¿Qué tengo, Señor, ó qué espero, que no lo deba al amor que me tenéis y á vuestra gracia? ¿O qué bien puedo tener ni desear sin ella? En Vos me dilato y alargo, y en mí me consumo y deshago; en Vos mejoro y me anego en el abismo y grandeza de vuestros bienes; en mí quedo siempre miserable y nada. Trabajo y me canso, ando y desando, ocúpome é inquiétome en cosas y por cosas fuera de Vos; y en todas siempre desfallezco y quedo menor, abatido, derribado y apartado de vuestra suavidad. ¿Cuándo, salud mía, acudiréis á esta vuestra miserable criatura? Sin Vos, todo en mí es miseria; sobre mí reina la ceguedad de las cosas soberanas; debajo de mí la dureza de las terrenas; á los lados la perturbación de mis aficiones; delante el hambre de la vanidad; detrás el olvido de los verdaderos bienes; dentro pobreza de vuestro conocimiento y amor, y así, tan insensible, que juzgo vivir estando sin Vos y sin ningún bien. ¡Oh mi bien, sin el cual vivo en todo mal! ¡Oh mi vida, sin la cual vivo en muerte general! ¡Oh mi salud, sin la cual caigo en enfermedades incurables! ¡Oh mi luz, sin la cual me tengo falsamente por contento en todas estas miserias! Ayudadme, valedme, curadme y alumbradme.

Vos sabéis que sin Vos nada puedo; por eso bajasteis del cielo á la tierra á buscarme, porque yo aquí os hallase conmigo, donde sin Vos os pierdo. Tomasteis mis trabajos sobre Vos, porque en ellos os hallase compañero; sufristeis los dolores que yo merecía para que yo sintiese menos los míos, y me abristeis los ojos para conocer en Vos cuánto mayores penas merezco y cuánto amor os debo. Adóroos mi compañero, adóroos mi consolador verdadero. ¿Qué os va, Señor, en mí ni en mi consuelo? ¿No estoy yo como merezco cuando me cercan enfermedades, desconsuelos, melancolías, inquietudes, tribulaciones y cansancios de la vida? Sienta, pues, Señor yo solo la pena, pues hice solo el mal. Y ya que justamente me castigáis, cuando me dais aflicciones, justo es que padezca yo solo: Vos, buen Jesús, ¿para que habéis de venir á participar de mis dolores? ¡Oh suavísimo y verdaderísimo amador de esta pobre criatura; cómo es verdad que no os deleitáis con las pérdidas y penas de vuestras criaturas! ¡Cómo es verdad que para placeres nos criasteis, y no para dolores! ¡Cómo es verdad que nos atribuláis por necesario y justo remedio de nuestros males, y nos consoláis por placer, pues para gustos nos criasteis! Por eso vinisteis al mundo á llorar, á ser fatigado, á sudar, ser tentado, ser perseguido, ser injuriado, ver ingratitudes, tener falsos amigos, sufrir necesidades, andar desterrado peregrinando, sufrir tormentos, muertes y todas

las tribulaciones que yo padezco y otras mucho mayores; no sólo para ayudarme á pasar las mías, sino para acompañarme en sentir las del destierro que justamente me dais. Cuán gran verdad dijo nuestro Apóstol, que tengo en Vos un Pastor de quien no puedo pensar que no se compadezca de mí cuando me atribula; pues fuisteis tentado y probado en todos los trabajos, y por todos pasasteis, para que crea que sentís los míos que os duelen, y así os compadecéis como experimentado en el sentimiento y peso de ellos. Presentes teníais, mi buen Jesús, cuando en este mundo peregrinabais, todos los trabajos que habíais de permitirme padecer en toda la vida. Ya os dolía mi aflicción, y como buen Padre y Pastor sentíais el azote que me habíais de dar, y me merecíais gracia para sufrirle con aprovechamiento. ¿Cómo, mi buen Pastor, me quejo, pues os veo tan dolorido de mis llagas? ¿Cómo no conozco cuánto me conviene padecerlas, pues aun sintiéndolas Vos tanto me las dais? ¡Oh Señor mío, todo en mí es errado! Mostradme, hermosura del cielo, la blandura de ese vuestro corazón, la sabiduría de la providencia con que me gobernáis, las entrañas paternales con que me amáis cuando me castigáis, y la riqueza de vuestra liberalidad, con que me convertís en bienes y coronas celestiales todo lo que por justo castigo yo padezco.

¡Quién como Vos, Padre mío amantísimo! Ahorca el mundo al ladrón, y éste se queda muerto; crucificáis Vos al malhechor, y os duele tanto su dolor que le dais gracia para sufrir, y por el sufrimiento vida eterna. Azota el mundo al culpado, y quédase con su afrenta; azotáis Vos con trabajos nuestras culpas, y con el arrepentimiento pagáis por los azotes suavísimas consolaciones interiores. Derriba el mundo para perder; derribáis Vos para levantar. Carga el mundo para cansar; cargáis Vos para aliviar. ¡Oh mi aliviador, oh mi suave consolador! ¿Por qué no arden mis entrañas en deseo de serviros y complaceros? No os contentáis con ayudarme á sacar glorias de las penas, sino que ninguno sabrá explicar cuán largo sois en comunicaros á las almas que afligís, pues las conducís á tal extremo, que entonces viven descontentas, cuando viven sin tribulaciones. Descubridme, Señor, estos vuestros secretos; enseñadme á gloriarme en las tribulaciones y á gustar lo que tenéis escondido para los que se glorían en ellas. ¡Oh amor mío! ¿Para qué trabajo, sino por Vos, en Vos y para Vos? Cuando levantáis mi alma, y estoy abrazado á Vos, y enfervorizado en vuestro amor, no siento la injuria, ni el disfavor, ni la pobreza, ni la necesidad, ni el desprecio, ni otro ningún trabajo; todo lo anegáis en Vos, y mudáis con vuestra presencia en dulces y sabrosos bocados. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Todo queréis que sea paraíso? ¡Oh mi paraíso! ¿Quién me aparta de Vos? ¡Oh mi descanso! ¿Quién me retira de Vos? Abrid, Señor mío, este corazón y entraos en él, ó abridme ese vuestro y entraré yo en vuestra paz, en vuestro amor, en vuestro suave conocimiento. Tan hambriento estáis, Dios mío, de tener conmigo vuestras delicias, que no podéis esperar el dármelas en la casa de

vuestros perpetuos goces, donde me esperáis, sino que aquí me dais las primicias cuando me mostráis vuestra presencia. ¡Oh amor divino y amigo! Ved este corazón que se olvida ya de su destierro y os canta suavemente. Oid, que á Vos sólo habla, á Vos sólo, á Vos sólo. ¡Cuán suave es mi amor, cuán hermoso mi amigo, cuán dulce mi único Pastor! Desfallezco todo en Vos, Dios vivo. Mi alma á Vos sólo desea, mi tesoro, mi suavidad, mi contento, mi hartura, mi esperanza, mi gloria. ¡Ah Dios mío! Oh, si aquí en Vos se acabase cuanto Vos no sois! Viva yo solo en Vos, ¡oh Dios, oh amor mío, oh Jesús!

¡Oh buen Jesús: enseñadme los excesos de vuestro amor y los aprietos que causa en ese dulcísimo corazón! ¿Quién, Señor mío, siente en la muerte de estos inocentes mayor pena? ¿Las madres? que cruelmente pierden los hijos, ó los niños que inhumanamente pierden la vida, ó Vos, que con sus muertes conserváis la vuestra. El sentimiento de las madres no pasaba del amor natural; el de los niños es aún sin uso de razón; el vuestro, amantísimo Jesús, es de amor divino, infinito, sapientísimo y ardentísimo, en deseo de morir por todos. ¿Cómo sufrir, Señor, que éstos mueran por daros la vida, siendo propio de Vos darla á todos con vuestra muerte? ¡Ah, Señor! En Vos sólo es el amor envidioso de padecer, y todo esto son invenciones de pasar más dolores que los niños. Cada golpe que en éstos se daba os traspasaba, por no ser Vos el que le llevaba; cada muerte de ellos os afligía, por no ser Vos el que moría por cada uno; ahí os consumía vuestro amor y hartábais la envidia que teníais á estos niños, dando sentencia contra vuestra carne, para que toda fuese maltratada, descoyuntada y atormentada por ellos. Ahí les pagábais la vida, que con sus muertes os mantenía, ofreciéndoles vida eterna, y determinando morir por darla. En cada uno de ellos moríais; por cada uno determinábais morir, y en ellos pensábais para padecer después por ellos hasta la muerte. Así quisisteis, Señor, que ningún mártir os venciese en padecer; y así ordenasteis que viviese para sí muriendo el que piensa que por Vos muere; así hicisteis que lo nuestro por Vos y lo vuestro para nosotros, redundase en eternos bienes. Bendito y alabado sea el tesoro de vuestras larguezas. ¿Quién puede ser pobre con Vos, pues está rico de los tesoros de ese vuestro amor infinito?

¡Oh miserable de mí: en cuántos males caigo por el amor propio en que me embarazo, y por el regalo de este cuerpo cuando huyo del trabajo! Me es triste el ayuno, penosa la oración, pesado el recogimiento, doloroso el santo silencio, molesto el sufrir la pena, intolerable la tentación. Tengo miedo de dejar el gusto de mi cuerpo por Vos; paréceme que me ha de faltar lo que di por vuestro amor; no me atrevo á resistir mis apetitos; cualquiera cosa que me puede tener con más estrechez ó menos desahogo para ellos, me da miedo, me acobarda, me domina. ¡Oh frialdad congelada de este triste corazón! ¡Cuán lejos está de gozarse en morir por vos! ¡Cuán lejos de tener envidia á quien da la vida por vuestro amor! ¡Cuán

fuera de la fineza, lealtad y pureza del amor que me tenéis! Sin ver sobre mí espadas y martirios, huyo de dar molestias á este enemigo cuerpo; ¿cómo daré por Vos cuerpo y vida? A este, Dios mío, amáis, por este penáis, por este os matáis, por este deseáis dar la vida: tened, Señor, misericordia de mí, esforzad mi cobardía y poquedad. Acabad de levantar esta abatida flaqueza: dadme espíritu para aplicar los hombros á todo trabajo, á todo buen ejercicio, á la mortificación de mi cuerpo, á la imitación de la fineza de ese amor que me tenéis. Acordaos de lo que digisteis, que sin Vos nada podemos hacer. Vos veis, Señor, en mi interior, que muchas veces me mostráis el peligro en que vivo, y me inspiráis que despierte y huya de mí, y me aparte de los gustos que me apartan de Vos; y estoy tan cautivo de mí, y aferrado á mis apetitos, que tengo miedo de ser desatado de ellos, y aunque parece que quisiera dejarlos, quisiera que no fuese tan presto; y cuando me quiero determinar, tengo más miedo de la pena que imagino me han de dar, si los dejare, que del mal que me hacen cuando no los dejo. ¡Oh miserable ceguedad! ¿Quién tiene miedo de la salud? Oh fortaleza mía, esforzadme; romped ya estas prisiones; armadme de vuestra luz y amor, y no tardéis. No se gloríe mi enemigo tanto tiempo de que puede más que yo. Vos, Señor, que abriendo vuestra mano lo llenáis todo de bienes, que aplicando vuestra virtud hacéis de los flacos fuertes y de los vencidos poderosos, acordaos que tan vuestro soy, yo flaco y miserable, como todas vuestras criaturas. Acordaos que no dijisteis que viniendo á buscar la oveja errada, la mandasteis volver al rebaño; sino que la tomasteis en vuestros hombros y la llevasteis; porque la que sabe errar mucho, ignora volver á la manada. Esta oveja soy yo; buscadme, Pastor divino, pues erré; recogedme, pues me perdí; llevadme, pues enflaquecí; y volvedme al suave amor y compañía que os hacen vuestras amadas ovejas.

¿Mas qué es esto, Señor? Piensa Herodes conservarse quitándoos la vida? ¿Y tantos niños quiere matar, que no dejéis de ser uno de ellos? Ni para vivir, ni para reinar quiere vuestra compañía, dador poderoso de las vidas y de los reinos. ¡Ah Señor, que cuanto más me maravillo de Herodes y de su tiranía, tanto más me condeno! Si yo soy éste ú otro tal como él, Vos lo sabéis. ¿Por ventura dejaréis de conocer la misma calidad y quilates de la culpa en mí, aunque yo no mate inocentes? ¡Cuántas veces, Señor, juzgué conservar mi crédito, con quitar la honra del prójimo que Vos me mandáis conservar! ¡Cuántas con quebrantar vuestra ley y vuestra verdadera doctrina, pienso conservar el amigo lisonjeándole, cumplir mi deseo mintiendo, aumentar mi reputación persiguiendo la virtud, y con ofensas vuestras pasar contento una vida tan llena de muertes, cuantos son los vivos y verdaderos bienes de virtudes que mato en mi alma! ¡Oh bondad infinita, cuánto de esto veis, y sufrís en mí y en el mundo! Casi todo cuanto en el mundo se hace, cuanto se pretende, cuanto se negocia, todo es á costa de ofensas vuestras, de quebrantar vuestra ley, y de perder la virtud y las almas.

En esto consiste el seso, el entendimiento, el gobierno, el sustentarse el mundo: y yo anduve tras de esto olvidado de Vos, más homicida de mí que Herodes de los niños inocentes. Y no siento que andáis huyendo de mí cuando esto hago; y pienso que vivo, que soy, que sé, que hago, que me sustento. Y en todo esto me hallo sin Vos, vida, ser, saber, poder y substancia verdadera y perfecta del alma. Vos con pobreza de espíritu me queréis hacer rey y rico; y yo mato la pobreza para serlo. Vos me queréis hacer grande con la humildad; y yo la mato para engrandecerme. Vos me queréis hacer honrado con sufrir; y yo pierdo la paciencia por conservar la honra. En todo os contradigo; en todo tengo miedo de vuestra compañía. ¡Oh Señor, cómo quedo sin Vos, qué pobre, qué abatido, qué cautivo, qué infame y cuán apartado de la vida eterna y de los bienes verdaderos! Misericordia, Señor; por ella os pido, que antes me deis la muerte de los inocentes, que la vida del rey Herodes. Sea hoy, Señor, el fin de mis desventuradas muertes y el principio de vivir en Vos. Dadme amor á vuestra ley; sujeción á vuestra doctrina; obediencia á vuestra voluntad. Sea mi prudencia vivir de lo que me enseñáis y morir por lo que me mandáis. Acabad Vos mis males, pues solo en Vos y con vuestra virtud pueden acabar. Dadme, Señor, que de aquí en adelante no quiera miembros, sentidos, potencias del alma, fuerzas y vida, sino para serviros. No es menos gloria vuestra llenar vuestra casa de malos convertidos, que de mártires inocentes. Glorificaos en mí, trayéndome en pos del olor de vuestras virtudes; ese penetre mi interior, ese encienda el amor de esta alma, ese me haga aborrecer el amor del mundo, ese me dé único y perpetuo deseo de Vos, vida de mi alma.

Oh Madre de Dios y Señora mía, que por este Señor y de El vivisteis siempre; por quien los muertos podemos alcanzar vida, resucitad por vuestra intercesión mis miserables muertes, á la vida de puro espíritu y amor de El inseparable. Oh corte celestial, que sólo de la vida, poder y grandeza de este Señor tenéis el reinar con él, alcanzadme que reine El en mí, para que por El vaya yo á reinar con Vos para siempre. Amén.

## TRABAJO X

### De la obediencia.

Estando Cristo en Egipto después de la cruel muerte de los inocentes, murieron Herodes y los de su bando, que pretendían matar al Señor. Reveló Dios su muerte á San José, esposo de la Virgen, y le mandó que volviese á tierra de Israel con Ella y con el Niño. Vuelto, se aposentó con ellos en la ciudad de Nazaret de Galilea, recelando parar en Judea por miedo de Archelao hijo de Herodes, que reinaba en ella; porque como veía que el Hijo de Dios encubría la divina Majestad de su poder infinito con la humildad de su humanidad y niñez, y que con tan grandes muestras de flaqueza, no quería resistir á ningún trabajo que se le ofreciese; temió San

José que Archelao heredase con el reino de su padre el cruel deseo que tenía de matar á Cristo, y no quiso dar ocasión en lo que estaba de su parte á nueva persecución del Niño Jesús, cuya vida y sustento estaba por entonces á su cargo; y así por esto como por divina revelación, se fué á vivir con El á Nazaret, lo más encubierto, desconocido y disimulado que pudo, sin hacer demostración del divino tesoro que tenía en el divino Jesús, y sin hacer diferencia de El á todos los demás niños del pueblo, siguiendo el orden que por entonces tenía el Padre Eterno con su Eterno Hijo humanado. Allí criaron al Señor la Virgen sacratísima y su Santo esposo. Desde allí, cumpliendo con la ley, iban al templo de Jerusalén cuando Ella lo mandaba; donde el Niño siendo de doce años se dejó perder, y fué hallado por ellos en el templo al tercer día. Allí le mantuvieron con el trabajo de sus manos como pobres hasta la edad de treinta años, en que el Señor tuvo por bien el manifestarse al mundo con divinas obras y doctrinas. Y de todo aquel tiempo de la vida del Señor á esta edad, no se escribe de El otra cosa, sino que estaba sujeto á la obediencia de nuestra Señora y de San José.

En la virtud de la obediencia se resume toda la vida, obras y doctrinas del Señor, y es como un género generalísimo, ó un árbol de que procedieron, y en que se fundaron todos sus trabajos. San Pablo atribuye á esta virtud toda la gloria que el Padre Eterno dió á su Unigénito Hijo y á su nombre en la tierra: *Porque fué obediente en todo, hasta morir por obediencia en la cruz; por eso*, dice, *le ensalzó Dios y le dió el soberano nombre de Jesús, al cual adoren todos en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y todos crean y confiesen que él es Dios y que está á la diestra de Dios Padre.* Así en lo que de El escriben los Santos Evangelistas, ninguna cosa hallamos más general que la obediencia. Llámase *Mesías*, que quiere decir enviado, y declara que la obediencia le trajo á la tierra, y que entró en ella del modo que estaba ordenado por el Padre Eterno. La primera palabra que se escribe haber salido de su sacratísima boca, es la que dijo á nuestra Señora cuando fué hallado de doce años en el Templo entre los doctores: *¿No sabéis que en las cosas de mi Padre conviene que yo esté ocupado?* Como que ya la Señora no debía tener otra cosa más sabida y cierta, que ser el único cuidado de su Hijo el desvelo de hacer la voluntad de su Eterno Padre. Y aunque el Señor había hablado otras muchas cosas y en aquel mismo lance, dice San Lucas, que estaba preguntando en el Templo á los doctores, no quiso el Espíritu Santo que nuestra fe supiese otra primera palabra de aquella divina y sapientísima boca, sino la de la obediencia.

De la vida del Señor desde doce á treinta años (llena toda de admirables ejemplos y virtudes, que si estuviera escrita bastara leerla para enseñar perfectamente á las almas sin otras más palabras), no se dice otra cosa sino que vivía en obediencia, sujeto á nuestra Señora y á San José, sin querer que supiésemos de El más que obediencia, no sólo para con Dios, sino para con los hombres, que

en cuanto humano le dió su Padre por superiores, como son los padres á los hijos. Después que el Señor empezó á predicar y descubrir sus obras, el más general lenguaje suyo era que vino á hacer la voluntad de su Padre, que de eso se mantenía, que su doctrina no era suya, sino de El; dando á entender que no hablaba palabra que no fuese dictada por el Padre Eterno. Cuando le prendieron, ninguna otra razón dió para no consentir que los apóstoles le defendiesen, sino que ¿cómo no había El de beber el cáliz de la obediencia de su Padre? Finalmente; porque los fines correspondiesen á los principios y medios, las dos últimas palabras de su vida cuando expiró fueron: *Acabado es todo lo que se me ha mandado, y en tus manos, Padre, encomiendo este mi obediente espíritu*, y ahí le pongo en las manos que me gobernaron, y cuya obediencia reconocí y cumplí hasta esta última hora.

Con cuántos y cuán inmensos trabajos vivió y murió Cristo nuestro Señor en obediencia, no es posible escribirlo perfectamente ni agradecerlo. Los treinta años de obediencia, que el santo evangelista San Lucas describe con una sola frase diciendo que estuvo sujeto á la obediencia de la Madre Virgen y de San José, y de que los demás evangelistas no hablan ni una palabra, dan admirable materia de consideración á las almas devotas. Porque no se pueden comprender las perfectísimas virtudes que había en aquella gloriosa Trinidad de la Virgen, Jesús y José, en la quieta consonancia y heroica perfección de mandar, obedecer y humillarse. La humildad con que la Señora adoraba á su Dios é hijo, no tuvo igual en el cielo ni en la tierra; la mortificación que le costaba mandar como Madre á su Dios, era por la medida de su humildad; y mandando, obedecía más perfectamente á la voluntad del Padre Eterno que así lo quería, y con mucho más trabajo que si en todo fuera mandada. El Hijo de Dios vivía en perpetuo silencio, y servía á su Madre en todo, y á San José como si fuera padre, pues estaba en esa reputación. San Jose era más venerado y obedecido de ambos como cabeza de la casa, y en esta superioridad andaba más aniquilado en sí interiormente, que todas las más bajas criaturas. Así tuvieron allí su alto y soberano trono la obediencia y la humildad, con más perfección y heroica alteza que en todas las demás criaturas celestiales y terrenas. En lo público no daban los dos superiores ninguna demostración de conocer en el Señor más grandeza que ser un hijo muy obediente, y así le mandaban y él obedecía. En lo secreto tenía el cuidado de servir, sin ser mandado, por obediencia á la ley de Dios.

Y como el estado de la Señora y de San José era de oficiales, servía como hijo de oficial de capintero. Barrería la pobre casa, recogería las astillas, cuando en casa trabaja; guardaría y llevaría la herramienta, cuando fuese necesario, y ayudaba en todo á servir á San José. Sufríase allí todo esto y mucho más, porque sabían que Dios lo quería así; mas cuánto costaba á aquellas humildísimas almas el sufrirlo, Dios que era el obedecido lo sabe. Traían San José

y la Señora una perpetua admiración de la obediencia que en el Señor veían, sin que la familiaridad causase ninguna menor estimación de lo que creían, antes bien, andaban con pureza interior, reverencia y adoración delante de aquel á quien con temor de Dios mandaban. Es verdad que en su retiro, cuando estaban solos, oían de aquella divina boca doctrinas y secretos divinísimos; los que pienso que el Señor no hablaría sino cuando lo pidiesen, ó les conociese con voluntad de ello, por obedecer á sus voluntades. Y sin duda debemos creer que la mayor parte de aquel recogimiento la gastaban en oración. ¡Oh, qué oración sería! Los dos estarían orando y adorando al Hijo de la Virgen y de Dios presente, recibiendo de El lo que la lengua no puede expresar ni el corazón sentir. Los secretos y grandezas de estas obediencias y conversaciones no se pueden declarar, mas puédese alargar aquí con seguridad la imaginación á cuanto pudiere, porque todo será poco para lo que pasaba en realidad.

En esta tan voluntaria obediencia del Señor á su sacratísima Madre y San José, por tantos años, parece que impropiamente diremos haber tenido trabajo; porque si alguno hubo, parece que más era de la Señora en mandar, que del Señor en obedecer, y que le era suavísima la vida de la obediencia, aunque á veces se fatigase el cuerpo obedeciendo en ocasiones que ocurrían. Mas por lo mal que los hijos suelen sufrir tantos años la sujeción, casa y obediencia de sus padres, juzgaremos que no debemos menos al Señor por no haber tenido trabajo en esta obediencia, que por los trabajos que después pasó obedeciendo hasta su muerte en la cruz; porque el amor, que después le hizo padecer mucho, hacía no ser penoso al soberano superior (á quien es natural toda su superioridad) tener superiores en la tierra; obedecer Dios á una criatura; el Eterno Verbo á un carpintero, y la divina Majestad á servicios caseros de esclavo y de siervo, cosas verdaderamente penosas, y mucho más si duran mucho tiempo. Añadid á esto que los que sufren algo en este mundo, es con esperanza de que luego se acabe; porque el esclavo espera libertad; el siervo salario, y aprovecharse de su ganancia; el hijo espera ser heredero y señor de la casa; y ni aun con esto son constantes. Pero el Señor esperaba salir de aquella suave obediencia de la Señora y de San José, ejercitado para tres años de tan rigurosas y penosas obras de mayor obediencia al Padre Eterno, que le habían de costar la honra, el sudor, la sangre y la vida con muchas é incomparables tribulaciones y tormentos. Y todavía el rigor de lo que esperaba no aminoraba la suavidad con que tantos años obedecía, antes se andaba recreando en ella para pasar los tormentos que esperaba.

Pasados estos años de la obediencia de la Virgen, y entrado en las obras rigurosísimas de la obediencia de su Padre Eterno, aunque fué inmenso el trabajo, y cada vez crecía más hasta la muerte, no fué menor la voluntad, el fervor y la eficacia de obedecer. No creció en ella, porque era imperfección poder ser mayor en los

grados y quilates de la virtud: pero dió mayores y más eficaces demostraciones de la perfección que ya tenía. Y porque no se pueden aquí explicar todas las particularidades de la obediencia del Señor, y de lo mucho que le costó, y el trabajo con que la condujo hasta el fin (de lo cual trata toda esta obra), sólo dos cosas deben advertir por ahora los que desean imitar á este Señor: una, que mandando el Padre Eterno á su Unigénito Hijo, que en los tres años de su manifestación y doctrina usase de su divino poder, y haciéndolo El con tanta majestad de palabras y obras que se pasmaba el mundo, según dicen los Evangelistas (porque no hacía sus cosas como los Príncipes del siglo, sino con imperio, y mandando como quien tenía poder soberano sobre todo); de tal suerte apartaba de sí la honra de estas obras y palabras (siendo propias suyas), que nunca se halló en su boca sino que hacía obras y daba doctrinas de su Padre, como si fueran ajenas: porque quería dar ejemplo de que nunca el estado ni la alteza de la dignidad ú oficio, deben divertir al alma interiormente del cuidado de la sujeción y obediencia á Dios.

La otra cosa es, que llegado el tiempo de volver el Señor á encubrir el poder soberano para padecer, y á callar para que sus enemigos le atormentasen, le dió entonces su Padre Eterno por mayorales á quienes obedeciese, no á la Virgen y San José, sino á jueces perversos y enemigos: á un rey tirano, nieto del que en su niñez le quiso matar: á un presidente gentil, Pilatos, que le mandase azotar y ajusticiar: á verdugos que le mandasen desnudar, vestir, dar las manos, llegarse á los lugares de los tormentos, y á recibir las crueldades que en El querían ejecutar. Los mandatos, las voluntades y sentencias de todos estos, en cuanto tocaba á su pasión, las obedeció con tanta humildad, sujeción, y estaba delante de ellos con tanta modestia, silencio y respeto, como si fueran la persona de su Eterno Padre, y las palabras con que le mandaban fueran divinos oráculos y preceptos. De modo que para obedecer nunca hizo distinción de personas que le mandaban, ni de edad, ni de merecimientos, ni de obras, que por obediencia había de hacer el que nació, vivió y murió por obediencia.

Si entendiésemos bien lo que se ve en este admirable espejo de eternas verdades, conoceremos que como Dios resumió toda la observancia de su ley en el amor suyo y del prójimo, así puso toda la prueba del amor en la obediencia; y por esto dijo muchas veces: *El que me amare, guardará mis preceptos; y el que no me amare, no los guardará.* Y como ninguno puede juzgar que agrada á Dios, si no le ama; tampoco, si no le obedece, puede imaginar que le ama. Y del mismo modo que estas dos virtudes son entre sí comunicativas de sus obras, también lo son de los efectos que hacen en las almas de los premios con que son coronadas, en los daños que su falta acarrea, y en los remedios con que los daños se curan. Por amor crece la obediencia; y con la obediencia se perfecciona el amor. Por amor se santifican las almas, se unen á Dios, y reciben de El divinas mercedes, influencias y operaciones; y por obediencia

se aseguran en el alma. Por desobediencia se pierde el amor, y se merecen las pérdidas, y penas temporales y espirituales; por obediencia se reconcilia el amor perdido, y se remedian los males incurridos. De suerte que en la obediencia consiste toda la sabiduría cristiana.

Esto parece quiere decir la Divina Escritura en haber puesto Dios al árbol en que Adán pecó, el nombre de árbol de sabiduría. Porque no me parece que su fruto comido tendría virtud de abrir el sentido para conocer el bien ó el mal, como el demonio mañosamente propuso para engañar á Eva y hacerla desobediente; pues como Dios no quería tener en el Paraíso gente ignorante, no la prohibiera comer la fruta de aquel árbol, si comida hubieran de quedar más sabios. Fuera de que ya Adán conocía todo el bien necesario, y le habían de conocer todos sus descendientes, creciendo en él sin comer de la fruta; y el mal que comiéndola sabían, es defecto de sabiduría verdadera; porque saber pecar no es saber, sino ceguedad de la virtud, ó contumacia contra ella; y más perfectos sabios son los que sin experiencia del mal conocen el bien, que los que con experiencia de él arriesgan la sabiduría verdadera de los bienes y virtudes que Dios enseña; en cuya sabiduría se incluye sin daño el conocimiento del mal su contrario, para huir de él; y éste no faltaría en el Paraíso terrenal sin comer de la fruta prohibida. Por tanto, me parece (salvo mejor dictamen) que el llamarse el árbol de la obediencia árbol de sabiduría, no es otra cosa, sino que la clave de conservar la espiritual y santa sabiduría que Dios había comunicado á aquel estado feliz, no estribaba sino en obedecer; y porque la primera obediencia que Dios puso á Adán, fuera de la ley natural, fué que no comiese de aquel árbol; por eso allí donde comenzó la obediencia puso Dios el nombre y conservación de la sabiduría; porque la criatura no tiene más que saber, ni más alta prudencia que obedecer á su Criador; y todo lo que sabe, fuera de esto, es ignorancia, ceguedad y perdición.

Mucho parece que conviene con este sentido lo que dice nuestro Padre San Agustín, que en ninguna cosa puede mostrarse más la grandeza de esta virtud, que en mandar Dios por ella, ó prohibir cosa que de su género no es mala, y pudiera ser buena, si Dios no la prohibiera; porque en esto se muestra que la bondad de la obediencia no consiste en impedir males, sino en ejercitar bienes; ó por mejor decir, no es menos perfecta en los bienes que por obediencia deja de hacer, que en los que hace obedeciendo; porque por ninguna otra cosa vale mucho y es muy estimada, sino por sí; y por eso es verdad que todo el saber de un cristiano consiste en saber obedecer, y toda su perfección en llegarlo á ejercitar. Así David pedía á Dios que le enseñase su voluntad, sin otra razón más que, *porque sois mi Dios;* pues por serlo, me queda por principal obligación el saberos cumplir la voluntad; y en otra parte dice que sólo pedía á Dios le tuviese siempre en su casa para saber su voluntad; porque la bondad del siervo se resume en conocer la voluntad del Señor.

De tres perversas y ponzoñosas raíces nace principalmente la desobediencia; la primera, de la estimación de sí mismo, que es una ceguedad del alma que no conociendo su natural bajeza, no sufre superioridad en otro, y en sí la juzga por propia. Esta presunción derribó á Lucifer, y el abatimiento propio ensalzó á la Virgen. Contra ésta se armaron los Santos, obedeciendo no sólo á los mayores, sino á toda criatura, en lo que no era ofensa de Dios; y á esto tiran los consejos y doctrinas sagradas que enseñan á alegrarse más de hacer la voluntad ajena que la propia, para acostumbrar á esta perversa naturaleza á reconocer superioridad aun en donde no hay obligación, para que andando sujeta, viva más segura de caídas. Y el modo de esta obediencia á toda criatura, ha de ser no sólo para quebrantar mi orgullo, sino trabajando muy de veras interiormente en conocer cuán indignamente ocupo lugar entre las criaturas, y que ellas y Dios hacen tanto en sufrirme en su compañía, que justísimamente me son todas superiores. Y porque esto es muy difícil de adquirir, se ha de pedir á Dios con perpetua instancia y fervoroso deseo, que El por su misericordia infunda esta verdad en el alma.

La segunda raíz es la confianza del propio parecer. Esta es otra ceguedad que por la mayor parte anda acompañada de contumacia y arrogancia, y es tan mala de curar, que rarísimos son los hombres asidos á su dictamen, que en muchos años de batalla contra este vicio hayan conseguido perfecta victoria; porque como esta ceguedad tiene siempre falta de la luz de la verdad, hasta que ella resplandezca no acaban de quedar claros los ojos del alma. Esta derribó á los herejes de la sujeción á la fe y causó todos los cismas que ha habido en la Iglesia de Dios. Esta es también la ama que da leche, cría y sustenta las inquietudes de las religiones. Contra ésta se armaron los Santos disponiendo que la obediencia no sólo fuese voluntaria, sino por voto, y que sólo el parecer de uno fuese seguido en el Monasterio, aunque los súbditos tuviesen mejores pareceres: porque la fuerza de la obligación de seguir el dictamen ajeno refrene la furia y ponzoña del juicio propio, y á lo menos no labre tanto en el alma con aquel cautiverio y medicina amarga. También ha de venir del cielo, y se ha de pedir como particular don de Dios, la cura de este mal; pues es la luz verdadera de los entendimientos quien sola puede refrenarlos. También puede conducir para arrancar esta raíz el trabajar sobre no tener porfías, y acostumbrarse al silencio y ocultar el propio parecer; y aunque quede forcejeando por salir fuera, es ya principio de victoria el tirar á dejarle encerrado, de suerte que no sea sentido ni entendido. Y el espíritu debe interiormente andar escupiéndose y despreciándose á sí mismo por esta soberbia; y guárdese de cotejarse con quien tenga menos alcances, cotejándose con Dios que permite ceguedades y da su luz tan encubierta, que cada uno debe vivir receloso de caer de su amparo, con cuyo temor del Señor andará refrenado y querrá más asegurarse sujetándose al parecer ajeno por

amor de Dios, que ponerse en riesgo de que Dios le deje caer por seguir el propio.

La tercera mala raíz es la afición distraída de Dios, que deja su obediencia por no descontentar á otro ó á sí mismo, ó por no cortar el apetito en que el hombre pone su consolación. Esta derribó á Adán, del cual dice San Pablo, que no se engañó como Eva, ni presumió que sería como Dios, ni tuvo parecer contrario á la amenaza que Dios le hizo si desobedeciese; mas por no disgustar á su compañera y complacer el apetito de la gula, perdió la obediencia y el dichoso estado del paraíso. Esta es por la mayor parte la polilla de la obediencia en las religiones: porque aquella gran porción de los que no pretenden ser Prelados, ni piensan que por su parecer se han de gobernar las cosas, roen y consumen la virtud de la obediencia con apetitos particulares y respetos de sus gustos, ya por satisfacer al pariente, ya por otras atenciones que tienen por compañeros en la distracción de los sentidos, descuido de la oración, tibieza en el servicio de Dios, y pensamientos del mundo que aún no dejaron, ó volvieron á recibir en la Religión. Contra esto se armaron los santos fundadores de las Ordenes con los votos de pobreza y castidad y con el encierro; porque apartados del trato de la gente, y obligados á cortar los apetitos de la naturaleza, estén más libres para obedecer á Dios. La cura de esta mala raíz tiene escritos muchos libros, los cuales todos se resumen en esta palabra del celestial Maestro: *Niégate á ti mismo; toma tu cruz, y sígueme.* Y para las muchas batallas que esto cuesta, se puso El por Capitán y Maestro, obedeciendo hasta la muerte de cruz, no teniendo en esta vida otro gusto, ni descanso, sino el obedecer. Y pues esta virtud es general remedio de todos los males, no es mucho que se la dé el elogio de todos los bienes; pues aun donde no hay virtud sino sólo orden, se debe á la obediencia el acertado gobierno de todo. El mundo irracional se conserva por la obediencia á Dios, y sujeción de las cosas inferiores á las superiores. Las navegaciones, los ejércitos, las batallas, las repúblicas y hasta las cuadrillas de los corsarios, por obediencia se gobiernan; por tanto, donde hay virtud, que es donde se obedece la voluntad de Dios, con razón es la obediencia el general movimiento y acierto de las cosas, y el remedio de todos los males. Por esto David preguntando: ¿cómo enmienda el mancebo distraído sus yerros? responde: *con guardar los Mandamientos;* y de la riqueza de los bienes que por la obediencia se adquieren, dice: *Me alegraré en vuestras palabras* (que son la divina Ley) *como quien halló muchos y ricos despojos.* Y en todo el Salmo CXVIII, se verá, que no hay cosa buena, que no atribuya á la observancia de las palabras de Dios.

Sobre estos tres fundamentos, se levantan tres estados de obedientes ó de obligados á obedecer. Uno de los que con esta obligación la tienen también por oficio ó dignidad de ser obedecidos, como son reyes, prelados, capitanes, gobernadores, padres de familias y los que tienen cargos públicos ó particulares, sobre infe-

riores. Otros que no tienen obligación de mandar ni ser sujetos, sino sólo la obligación común de la Ley de Dios. Otros, que fuera de esta general, cristiana y natural obligación, prometieron por voto el estado de obediencia y Religión. Los primeros viven en más peligro, pero con mucha materia de merecimiento; los segundos en santa libertad y seguro camino del cielo; los terceros en paraíso en la tierra, si gustan de lo que prometieron. Pero todos tienen por norte y guía seguir y cumplir en todo la voluntad de Dios en su doctrina y Ley. Los que han de ser obedecidos, tienen obligación de ser imitadores de Dios, á quien representan, en el modo de hacerse obedecer, que es haciéndose reconocer por superiores, más con fuerza de bondad y virtud que con rigor; porque no hay cosa que más aproveche, ó dañe, que el ejemplo de los mayores; y donde el rigor se roza todo en justicia y no en invenciones de hacer bien, hay mucha materia para que los súbditos desestimen las personas y la obediencia de los mayores. Además de la demostración de bondad y virtud exterior, tienen obligación de sujetar y referir todo lo que hacen á la obediencia de Dios, como ministros de su voluntad, y no como propietarios de sus superioridades; porque la cosa en que más pierden cuanto hacen los superiores, es en ejercitar los cargos como suyos, y no como obediencias de Dios. Por eso dice David á los superiores: *Entended reyes, y aprended los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor y alegraos con El temblando:* esto es, temblad siempre del estado superior en que os puso, y entended que no podéis alegraros delante de El, sino de que le servís con temor, y no de que mandáis á otros inferiores. Y declarándose más, dice: *Asíos de la obediencia suya, no sea que se irrite el Señor y os eche del camino santo.* La letra hebrea lo dice aún más claramente; pues donde la nuestra pone, tomad la enseñanza, ó asíos de la obediencia, dice aquélla: *Osculamini filium*, esto es, besad al Hijo: porque teniendo antes dicho, que Dios hizo á su Hijo Rey universal, aconseja David á los reyes y superiores que besen la mano á este Hijo de Dios como á su Rey, y reconozcan en todo su obediencia, si no quieren ser echados del camino y compañía de los Santos en el día del furor y de la ira de Dios. Según lo cual la obediencia es el móvil y acierto del mundo y la sabiduría del gobierno de los mayores.

Guárdense los superiores de un ordinario vicio en que caen, si se descuidan de la humildad, que por la mayor parte quieren se les aplauda lo que hacen, y que todo se les deba; y viven en una inquieta envidia de la honra ajena y unos celos desconfiados de la propia, con que juzgan que todo lo que no se hace por ellos, les roba el agua, el ser, el nombre, el crédito. Por tanto, no sufren se les aconseje: imaginando que no llega otro á aconsejarlos, sino por echar de ver en ellos falta de entendimiento; y córrense de hacer las cosas por dictamen ajeno, pareciéndoles que esto es muestra de no acertar por el suyo; y á este modo ocurren otros desórdenes que conviene mortifique el que del cargo superior no quiere caer en

desgracia de Dios y en pérdida de su alma. Estos peligros y males se curan con pretender solamente en los cargos la honra y gloria de Dios, y que El sea perfectamente servido y obedecido en todo: y cuando reina esta pura intención en el alma del superior, todas las cosas buenas y todos los buenos consejos hallan lugar en El, de cualquiera parte donde vengan: y desea más ser ayudado de todos para acertar en el servicio de Dios, que ser honrado en la opinión de los hombres.

Los que no tienen súbditos, ni obligación de ser obedecidos, viven libres de estos peligros. Mas en una cosa solamente consiste su bien espiritual; en tener por principal intención de la vida gobernarse por la ley de Dios. Escribiendo esto, casi no quisiera detenerme en cosa tan sabida; pero me corro de que sea necesario decirla por nueva, como si ninguno la supiera: porque por nuestros pecados todo lo que no es ley de Dios, y lo que destruye las almas, tiene mucho lugar en el mundo; y la ley de Dios es cosa á que no sólo no se atiende, sino que el que por ella sola aconseja, es tenido por pesado, riguroso y extremado. No sé si puede haber cosa más vergonzosa en la vida, que el lenguaje practicado entre los cristianos más avisados del mundo en los casos que acontecen. Dejémonos, dicen, ahora de la ley de Dios; porque en las obligaciones de honor, entre gente cortesana, y en lo que el mundo practica, es obligación satisfacer el hombre así ó así; correr con el Rey y con los de la tierra así ó así. Y este así ó así, es sin sí, sin ser y sin seso, en que no se funda ningún bien verdadero. Quisiera preguntar á los entendimientos de estos sesudos, que dejan de tratar sus cosas por la ley de Dios, y según lo que Dios manda, ¿por qué lenguaje hablan, por qué juicio, por qué ley? Si es por la de la carne, de esa dice San Pablo, que su sabiduría es muerte. Si por la del mundo, de esa dice el mismo, que su ciencia es necedad delante de Dios. Si por la del demonio, ellos mismos que hablan por su boca digan quién es. La carne mata, porque por ella muere en nosotros la gracia y vida eterna. El mundo es necio, porque todos sus dictámenes son humo, mentira, engaño y tribulación para el día de la cuenta. El demonio es enemigo, que todo cuanto quiere de nosotros es inducirnos al mal. ¿Pues qué ciencia es hablar sin Dios y sin ley? El juicio y la prudencia es vivir por la ley de Dios y someterse á su voluntad, teniendo en todo por delante aquella divina regla de que le es más acepta la obediencia que el sacrificio, pues en aquélla se sacrifica á Dios el hombre todo. Y como tenemos leyes de Dios para los sentidos, potencias del alma y para todos los sucesos de la vida, el que se resuelve á obedecer, hace de sí un perpetuo sacrificio á Dios, y de Dios recibe el hacer en todo su voluntad; porque como andan conformes, se esmera Dios tanto en cumplirle sus deseos, cuanto él más pone todos los suyos en hacer su voluntad.

Los que tienen voto de obediencia y religión, bien saben que la obediencia de obra es la más baja; la de voluntad y obra, más santa; la de voluntad, obra y entendimiento, la más perfecta; y á ésta

pocos llegan; porque como los prelados no son divinos y tienen tachas de humanos, raramente llegan los obedientes á una tan santa simplicidad y pureza, que los pareceres de los prelados les parezcan divinos consejos en sus obediencias; pero el que llega aquí vive en una paz perpetua. Saben éstos que no es verdadero obediente el que desea y procura que le manden lo que es de su gusto. Saben que no puede ser perfecto obediente el que hace juicio de los defectos de sus prelados y miran mucho á ellos, y mucho menos, el que obedeciendo pretende granjear más voluntad que la de Dios. Saben otras muchas cosas, que se aprenden en los Monasterios, escuelas de esta virtud, las que no es necesario mencionar. Un consejo daré á los que comienzan en las Religiones, para que eviten muchas inquietudes, y es que no pongan su atención y consuelo en ser amigos de los prelados; porque fuera de permitir Dios las más de las veces, que de los mismos donde pusieron su gusto les provengan pesares, no es santa obediencia obedecer sólo al amigo de quien gusto, y es materia de mucha inquietud en los Monasterios; porque las culpas de los mayores cargan sobre sus amigos. Si se rigen por ellos, los hacen malquistos, y si no hacen de ellos el caso que esperaban se vuelven enemigos; y como todo este modo de falsa fingida obediencia se funda en amor propio, y no en el de Dios, queda siendo en los Monasterios fuente de murmuraciones, bandera de bandos, sumidero de toda paz y virtud y entrada de las perturbaciones del mundo en la casa de Dios.

Tengo por muy acepto á su Majestad trabajar, por estar sujeto indiferentemente á todo género de prelado, malo ó bueno, y no reusar el yugo del mayor, con quien menos confronto, y mucho más aunque parezca enemigo, porque la obediencia será más desinteresada; pues la que se hace á los prelados malos ó enemigos, cuanto menos es entendida de ellos, menos esperada y tenida por menos verdadera, tanto más agradable es á los ojos de Dios. Gran corona merece ante el Señor tener con puro corazón al mal prelado (en lo que no es contra la ley divina) por mi Dios, y como á tal obedecerle y reverenciarle; y el buscar siempre razones para defender la parte del que me es contrario en las cosas que tocan á su cargo (que no se opongan á la ley de Dios), es una porción de conciencias limpias á quienes la divina gracia gobierna por sí misma y llena de espirituales consolaciones. Si no me engaño, más quisiera ver los Monasterios llenos de estos obedientes con malos prelados, que de prelados santos con malos obedientes. Esta obediencia es la que enseñó Cristo nuestro Bien, cuando dijo que obedeciesen á lo que mandaban los príncipes y letrados; pero que no imitasen sus obras; y de ningún modo mandó que por ser malos faltasen á la obediencia. Lo mismo enseñó San Pedro: *Obedeced á toda humana criatura que tiene cargo, no sólo á los buenos, sino á los distraídos y malos.* Y aunque es obligación quitar de la prelacía, ó no admitir á ella al malo, con celo santo y sólo por la honra de Dios sin mezcla de propia ambición, y á fin de que no pervierta á

otros con su mal ejemplo; todavía cuando Dios permite por sus secretos juicios que ejerza la prelacía, quiere que por entonces sea enteramente obedecido en lo que no contradiga á su divina ley. Y el ejercitar en el malo y enemigo prelado la pureza y perfección de la obediencia, sufrir con silencio sus desvaríos y estar en paz, obedeciendo á quien no la tiene conmigo, tesoro es de unas gracias riquísimas.

Por no alargarme tanto, pondré dos reglas generalísimas en esta materia de la obediencia de los religiosos. La primera, que todo el que quiere que se haga todo por su parecer, ó da traza á las cosas de la Orden, sin tenerla él en sí, es desobediente y vive descontento en la religión. Por eso no es acompañado de prudencia santa el celo de la religión, sino cuando va fundado en perfecta obediencia de la regla y de los prelados, aunque sean malos y distraídos, en lo que no mandan contra la regla y contra la ley de Dios. La segunda, que quien quisiere vivir en religión de perpetua paz espiritual, haga profesión y dé perfecta obediencia al amor divino, que si él tuviere el timón serán todos sus caminos bien dirigidos.

### EJERCICIO DE LA OBEDIENCIA DEL SEÑOR

Divina, eterna y soberana Majestad, todopoderoso Dios, Señor y Criador mío, ¿qué comercio es este que queréis tener con esta vuestra vilísima criatura, que no sufrís tenga yo otro orden, otra regla, ni otro régimen más que vuestra divina voluntad? ¿Qué soy yo puesto á la par dé Vos, ni cómo puedo levantar los ojos para atreverme á querer saber vuestros soberanos consejos y voluntad para gobernarme por ellos? Bastante es para mí que me mandéis acompañar por los gusanos de la tierra, y aprender de la hormiga el cuidado de mi bien; del más vil gusanillo, la humildad; del jumento apaleado, la paciencia; de una bestia cargada y enfrenada, la obediencia, y de las demás criaturas, el no atreverme á levantar los ojos para miraros. Para mi vileza, estos son los propios maestros, y si con ellos me juntare para imitarlos, no lograré poco para contentaros, y que Vos os deis por servido. ¿Para qué queréis, Señor, que levante los ojos á esa Majestad? De ahí cayó Adán, y perdió el estado de la inocencia; de ahí cayeron los ángeles, porque quisieron igualarse con Vos; de ahí se perdió Judas, porque no se contentó con vuestra compañía. ¡Oh mi Dios, la tierra me es propia; el lodo es mi madre; de barro me formaron vuestras manos; esa es mi cuna y mi propia morada! ¡Oh sabiduría mía, verdadera é infinita, que no me hicisteis para el barro de que me formasteis, sino para Vos; de la tierra me criasteis, más no para ella, sino para morar Vos en esta alma, que encarcelasteis en esta miserable tierra! Por eso queréis ser Vos mi sabiduría, queréis ser mi luz, queréis descubrirme el tesoro de vuestra bondad y enseñarme vuestras voluntades, para que siendo imitador de lo que en Vos veo, no sea en mí todo tierra. Queréis morar en mí como en cosa vuestra y como quien sois; por eso no queréis que haya en mí sino lo que es

vuestro y lo que os contenta. Adóroos mi divino Maestro; enseñadme lo que queréis que sepa, y no me dejéis saber otra cosa. Gobiérnense por Vos mis sentidos, mis miembros, las potencias de mi alma, mis afectos, mis deseos y todo mi entendimiento. Hágase en mí, Dios mío, vuestra voluntad, como se hace en el cielo. Hicisteis, Señor, mi cuerpo terreno y mi alma celestial; pues ordenad, Señor, en mí esta tierra y este cielo, para que tanto os obedezca uno como otro. No os están menos sujetos los ángeles que los gusanos, ni los terrenos y bajos elementos que los cuerpos celestiales. Haya, Señor, en mí este mismo orden; alégrese en Vos mi carne y mi espíritu; todo esté á vuestros pies sujeto, y ya que de mí queréis perfecta obediencia á lo que me enseñáis, no permitáis que esta tierra sea contraria á lo que de esta alma queréis.

Este es, Dios mío, vuestro deseo, y en este perfecto orden criasteis nuestra naturaleza. Pero á Vos, Salvador y Médico único de mis llagas, diré mis quejas y mostraré mis dolencias. Vive en mí la ley del pecado, contraria á toda vuestra voluntad, y aunque con la fe creo lo que me enseñáis, soy tan desventurado, que me rinde la contradicción de este cuerpo. Bríndame el mundo con lo que me muestra, que es todo engaño, y sígole; bríndame la vanidad con la mentira, y créola; bríndame la carne con el apetito, y ciégome; bríndame la mala inclinación de la tierra con cosas opuestas á vuestra ley, y arrástrame; brindáisme Vos con puras y eternas verdades y doctrinas, y os tengo miedo, huyo de Vos y me aparto de vuestra obediencia; llamáisme y no acudo, aunque os oigo; inspiráisme y no me determino; animáisme y no me resuelvo; aseguráisme y no pierdo el miedo; traéisme á Vos y no me desprendo; veo donde estoy postrado y no me levanto; véome en peligro y no huyo. ¡Oh triste miseria mía! De Vos y de mí tengo miedo; mi mala costumbre y vuestra ley me cansa; lo que de mí queréis y lo que hasta aquí quise me estimula; pero ni me dejo, ni me busco. ¡Oh pacificador poderoso de las batallas, libradme de estas angustias! Desatad, Señor, estas cadenas, y os sacrificaré esta naturaleza toda junta, para que os sirva y obedezca. Mientras me dais el conocimiento de este trabajo y peligro, alumbradme, asistidme y esforzadme, no llegue á perder esta luz, y caer en el mortal sueño y ceguedad en que duerma descansado en mis vicios, donde ni os oiga, ni me vea y guste de la ponzoña de la muerte y de estar de Vos apartado. Cuando alguna vez así estuve, ¡qué desventurado fuí! Vivía, Señor, no de Vos, vida verdadera, ni de vuestra obediencia, sino de codicias terrenas, de profanos deseos, de bajos y perversos apetitos y de abominaciones que vuestra misericordia veía y me sufría. ¡Oh mi salud verdadera, no os alejéis de mí! Curásteisme en el bautismo, disteisme ley; apartad, pues, Señor, mis ojos, para que no vean otra cosa; corran mis pies á vuestro servicio; trabajen mis manos en vuestros obsequios; vean mis ojos vuestras verdades; oigan mis oídos vuestra voluntad, y abrace mi corazón todo lo que me enseñáis. ¿Cuándo, Señor y Maestro mío verdadero; cuándo, reparador sapientísimo de mis pér-

didas; cuándo, reformador perfectísimo de mis yerros, limpiaréis mi memoria de toda distracción de pensamientos, mi entendimiento de toda imagen y figura terrena, y mi voluntad de toda bajeza y afección de la tierra? ¿Cuándo me llevaréis tras el olor de vuestros ungüentos, preso de vuestra hermosura, alumbrado de vuestra doctrina y cautivo de vuestra voluntad? ¿Cuándo pacificaréis la lucha de esta carne contra el espíritu? Bienaventurado (dijo vuestro obediente David) aquel á quien Vos enseñáreis vuestra Ley, y en quien apaciguáreis los días de las batallas, mientras no llega la hora de ir este miserable cuerpo á su sepulcro. ¡Oh mi bienaventuranza! Sepultad ya mis apetitos terrenos, y reinad en esta alma. ¡Ah Señor, que no sé hablar! Mas todo yo suspiro á Vos: mi cuerpo en sus llagas, mi espíritu en sus prisiones y pérdidas, todo clama á Vos misericordia; tomadme por la mano y guiadme para que no viva en mí sino vuestra obediencia, sin ninguna contradicción, porque quiero ser vuestro y gobernarme por vuestra dirección. Vos que me dais la voluntad, dadme el cumplimiento.

Señor mío Jesucristo, espejo de eternas verdades; alumbrad esta alma miserable, para que en Vos vea y aprenda la reformación de todos mis yerros y pecados. Os doy infinitas gracias porque me mostráis lo que debo seguir, para que no alegue ignorancia ni excusa. Vos sois mi verdadero Dios; propia os es la divina Alteza y Majestad; todo por naturaleza y justicia está debajo de vuestros soberanes pies, y con todo eso, por hacer fuerza á mi soberbia, dureza y atrevimiento, que como malo y traidor á vuestro servicio en mí visteis, encubrís vuestra Majestad, venís á sujetaros á vuestras criaturas, á obedecer á las obras de vuestras manos y gobernaros por la voluntad y obediencia de aquellos á quien Vos dirigís y sustentáis. ¿Por ventura ser la Virgen sacratísima vuestra Madre, os quitó el que seáis su Dios? ¿Que os engendrase y pariese, os quitó que seáis su Criador? Cuanta parte tuvo en Vos, es obra y merced vuestra. ¿Había en Ella cosa que, comparada con vuestra divina grandeza, tuviese alguna entidad ó valor? ¿Acaso la razón de ser Madre os quitó la superioridad de su eterno Señor? ¿Pues cómo la obligáis á que os mande, y os sujetáis por treinta años á su gobierno y obediencia, como si fuérais menor? ¿O, qué necesidad teníais Vos de ser gobernado y obedecer, si sois la verdadera luz y sabiduría, por la cual aciertan los que mandan y obedecen, y ni la Señora podía acertar á mandaros si no la enseñárais Vos interiormente? ¡Oh purísimo espejo de soberanas virtudes y de mis tristes yerros! Andad siempre delante de los ojos de mi alma para que en Vos aprenda á conocerme, aborrecerme, imitaros y curar con vuestra imitación mis desórdenes. ¿Por qué no obedeceré yo á toda criatura? ¿Y cómo no me someto á toda ajena voluntad y parecer cuando esto veo? ¿Qué mal me puede venir si anduviera por vuestro amor debajo de los pies de todos? En lo bajo os hallaré; ahí me pareceré á Vos, pues tanto os abatisteis; y si me levanto os pierdo, porque aborrecéis la soberbia; ó me pierdo, porque me aparto de Vos.

Quebrantad, Señor, en mí esta soberbia, pues porque presumo de mí y me tengo en mucho, porque me fío de mis pareceres, porque sigo mi voluntad y no me sujeto á lo que Vos mandáis y á lo que Vos queréis, por eso vivo siempre inquieto y lleno de muchas ceguedades. Mi propio parecer se ciega de muchos modos: ya con la afición, ya con el sentimiento, ya con la indignación, ya con la vanidad, ya con la envidia, ya con el interés, ya con otras mil inclinaciones que nacen de este hombre terreno y miserable; y cuando pienso que os sirvo con lo que entiendo, ya no os agrado, porque me pago de ello, sin sujetarme al parecer ajeno. De aquí nace que son mis caídas sin disculpa, mis ceguedades más cerradas, mis llagas más incurables, porque cuando más fío en mí, menos me conozco y más me condeno. Vos queréis que yo viva en paz obedeciendo, y yo tomo sobre mí la guerra, queriendo gobernarme por mí. Vos queréis ser mi protector si me sujeto; y yo, desobedeciendo, quedo descubierto á los tiros del enemigo. Vos queréis tomar á vuestra cuenta mis cosas, si me dejare gobernar por otro; y yo no quiero sino obligarme á daros cuenta de ellas y ponerme con Vos en juicio. ¡Oh mi Dios! ¿Si yo entrare en juicio con Vos, qué será de mí, hombrecillo terreno, lleno de males y de pecados, que en todo lo que de mí juzgo me engaño, y no puedo engañar vuestros purísimos ojos? Convertidme, Señor, y quebrantad en mí esta soberbia antes que llegue el día de la cuenta.

Vos, por el mucho daño que nos hace gobernarnos por nuestro parecer, quisisteis que ningún hijo de Adán dejase de caer en muchos yerros, si se fía de su entendimiento; y ninguno sujeto y obediente, que no fíe de sí, dejó de ser por Vos alumbrado y ayudado, porque resistís á los soberbios y os ponéis de parte de los humildes. Cuando por vuestro amor me sujeto, sé que os contento; cuando por imitaros niego mi parecer por tomar otro, aunque menos entienda y menos sepa, sé que no me dejáis errar. Cuando me corro de sujetarme á otro y quiero llevar adelante lo que me parece, ¿quién me dice, obediente y humilde Jesús, que os contentáis de mí? Cuando estimo mi parecer, escandalizo y no conozco el mal; desprecio al prójimo, y quedo ufano; presumo de avisado, y no me sé entender; figúraseme que acierto, y no veo mis yerros; quedo solo conmigo sin Vos y sin vuestra luz, y téngome por seguro, y sin aprender de Vos, creo que lo sé todo. ¡Oh mi Dios, que quisisteis tener por bien ser mi Salvador y mi salud! Vos sabéis que las malas raíces más dificultosas de arrancar en mí, son la presunción propia, y la estimación de mí, el propio parecer y voluntad, y veis que éstas son las ponzoñosas semillas de todo mi mal. Enseñadme á clamar siempre á Vos por remedio de estos males, con vivo deseo de mi salud. Y pues sólo vuestra mano poderosa puede sanar estas llagas, no las dejéis corromper y cancerar.

Enseñadme, Maestro divino, la perfección de esta virtud tan amiga vuestra y compañera perpetua, que por ella no sólo obedecisteis humildísimamente á vuestra sacratísima Madre y á San José,

sino también os sujetasteis, sin contradicción ni resistencia, á los malos jueces, que injustamente os condenaron, y á los crueles ministros que os prendieron, azotaron y crucificaron. Si os pedían las manos para atarlas, se las dábais; si os mandaban desnudar y vestir, lo hacíais; si mandaban que os sentáseis para burlarse de Vos, os sentábais; si os mandaban tomar la cruz á cuestas, la tomábais; si os mandaban beber hiel y vinagre, la bebíais; si os mandaban tender sobre la cruz para clavaros en ella, obedecíais con puntualidad. Ninguna cosa hacíais sin que os lo mandasen, y esperábais cada mandamiento de estos para cumplirlo, como si vuestro Eterno Padre por su misma boca os lo mandara.

Alábente, Señor de mi corazón, el cielo y la tierra; alábente vuestras virtudes; adórente los coros de los ángeles y santos, y todas mis fuerzas se empleen en vuestra alabanza. ¿Cómo, Dios mío, no arde todo mi interior en vuestro amor por tan clara luz de puras verdades, que en esto me comunicáis? Vos aborrecéis al pecador en cuanto malo, y queréis que yo le obedezca; reprobáis su malicia, y queréis que á él me sujete. Bien claro es lo que queréis de mí, que en el malo y en el bueno no reconozca otro superior sino á Vos, ni otra voluntad sino la vuestra. ¡Oh mi Dios, que no acierto á ser libre, porque amo el cautiverio de mi errada y ciega voluntad; si me mandareis cosas penosas, tristes y mortales, siendo Vos el que las mandáis, ningún mal me puede venir, y se me figura que si yo os viese con mis ojos y supiese que sois Vos el que mandáis, todo lo haría con puntualidad. Pues, gobernador y amigo fidelísimo mío, si Vos sois el que todo lo ordena en el cielo y en la tierra, ¿qué más monta que me mandéis por medio de un malo que por un bueno, por un demonio que por un ángel?

Oh Señor, Vos que veis la realidad de este errado corazón, conocéis que cuando hago diferencia de los superiores, por eso me inquieto y desobedezco. Si os tratare y reconociere sólo por mi verdadero gobernador, si me arrojare en vuestros brazos y providencia, Vos mismo cuando me entreguéis cautivo en poder de vuestros enemigos, moveréis su corazón y boca para lo que más me conviene: cuando me diéreis prelado malo y mi contrario, todas sus malicias me las convertiréis en bien; y donde él por mí se perdiere con dañada intención, me gano yo con Vos en sencilla obediencia. Aquí me arrojo, Dios y Señor mío á vuestros pies: gobernadme por quien quisiereis; sujetadme á quien fuereis servido: Vos sois en todo y en todos mi superior; Vos mi suave gobernador; Vos mi sapientísimo maestro; Vos el que me conocéis y amáis, y por estas dos leyes me dirigís. Mándeme toda la tierra: concededme que conozca muy de veras que no merezco yo ser mandado ni aun de las más viles criaturas; y que no hay ninguno tan malo á quien no pueda justamente rendirme. Pero concededme, Señor, que yo en todos os obedezca á solo Vos, ni reconozca otra voluntad sino la vuestra, que todo lo veis y todo lo ordenáis como Padre de misericordia.

¡Oh Dios de amor y amigo fidelísimo de mi alma! Oidme, Señor,

en esta hora, y aceptad los ruegos con que humildemente os suplico. Lo que más queréis de mí para hacerme las mercedes que deseáis, es que os obedezca; la primera cosa que me mandáis es que os ame. Acábese ya, Dios de mi vida y vida mía verdadera, esta pesada contradicción de mi desobediencia. Aceptad, Señor, la oferta que de mí os quiero hacer en esta hora; y confirmad con vuestra gracia, la profesión que este miserable os hace en su interior: *Yo, miserable pecador, por cuyo amor todo os disteis, hago general profesión y doy perpetua obediencia á ese vuestro amor.* Aceptad, esperanza mía y todo mi bien, estas manos y pies, esta lengua y ojos, todos estos sentidos y cuerpo, esta voluntad, memoria y entendimiento, los deseos, los suspiros y las intenciones de esta alma. Aceptad, Señor, todas las horas y momentos de la vida, todos los sucesos de ella, todo este hombre interior y exterior; Vos que digisteis que ninguna cosa podemos hacer ni dar buen fruto sin estar en Vos, y en Vos no podemos estar sino por unión de amor; sea ese vuestro amor el prelado y superior de esta vuestra criatura. El mueva mis sentidos, mis potencias, mis obras. El me haga obrar y estar quieto, andar y parar por dónde y cuando Vos queréis. El arda en mi corazón y reine en mí. El me consuele y me aflija. El me humille y me levante. El consuma en sí mis imperfecciones y cautive todo el interior de esta alma; alargue consigo la estrechez de mi miseria, levante á él el espíritu abatido; llene consigo toda la capacidad de esta criatura. ¡Oh amor divino!, poseedme todo; y poseído, arrojadme por donde quisiereis; ahogadme en cuantos mares quisiereis; despedazadme con cuantos tormentos os agrade, porque en Vos y con Vos no podré ser perdido. Oidme, amor divino: y pues estáis más hambriento de mí que lo que yo puedo desear, comedme, digeridme, mudadme todo en Vos, de suerte que yo mismo me desconozca y no me halle sino en Vos, ni vea en mí ni en toda criatura otra cosa que á Vos.

¡Oh Madre de Dios purísima, obedientísima mandadora y humildísima superiora de vuestro único Hijo, que lo es también de Dios; compadeceos de las caídas de mi desobediencia y soberbia! Alcanzadme de este Señor, que siempre cumpla sus preceptos y que rinda á su voluntad toda esta miserable criatura. ¡Oh corte celestial, que por orden y obediencia perfectísima reináis, desatad el cautiverio de esta alma por la libertad en que vivís, y alcanzadme remedio para salir de mí, y vivir en plena sujeción á la voluntad de este Señor, á quien veis y adoráis para siempre! Amén.

## TRABAJO XI

### Pobreza.

Lo que Cristo nuestro Señor pasó hasta la edad de treinta años (que San Lucas resumió en sola la obediencia á la Virgen, como se ha dicho), aunque todos los Evangelistas lo callaron, no deja de dar mucha materia de consideración para sus siervos.

Pero antes de las obras de heroicas virtudes, que escribieron de El en los tres últimos años en que predicó al mundo, podemos colegir la perfección y ocupación de toda la vida, que quiso pasar encubierto en silencio, y de que no quiso se escribiese nada; pues San Lucas, en los *Actos de los Apóstoles* dice, que: *Comenzó el Señor á hacer*, y después *á enseñar;* prueba clara de que de lo enseñado por palabra en tres años, había dado muchas pruebas en sí con larguísima experiencia de obras en los treinta antecedentes; enseñando en esto de cuán poca substancia son palabras y doctrinas bien dichas, si falta el uso de las buenas obras, las cuales, aunque desplegadas como bandera de vanidad al viento, hagan muestra de haber debajo de ellas alguna cosa de substancia, todavía queda y es la interior casa de lodo y todo vejez para caer, si falta el firme cimiento y edificio de las santas obras. Ni fuera aún esto tan gran mal, si dicha la santa doctrina sin buena vida, pasase en olvido como el eco de las palabras; pero las palabras buenas (que parece pasaron como el viento) quedan en el divino juicio reservadas, y muy presentes para condenar á los que sin buenas obras las enseñaron.

En esta obligación y peligro viven no sólo los predicadores y confesores, sino todos los que aconsejan, dirigen ó gobiernan vidas ajenas. Por eso decía Santiago: No queráis ser maestros, porque cargáis sobre vosotros más riguroso juicio. Y quien enseña y vve sin esta ponderación, ponga los ojos en el juez y Señor que le iha de juzgar, que siendo el único que por propia autoridad debe ser creído en sus palabras (privilegio no concedido á ninguna criatura), con todo eso, de treinta años que tomó para probar con obras lo que había de enseñar, escogió sólo el diezmo, que eran tres, para enseñar lo que había practicado. Por esto se conoce en cuán baja reputación merece ser tenido el que pretende crédito y estimación por autoridad de la persona, y no por ejemplo de la vida; pues éstos, como hurtan á Dios lo que es suyo y de que El no quiso valerse siendo Dios, no sólo serán de El reprobados por la vida, sino que por ella permitirá justamente que sean sus personas abatidas y despreciadas de los hombres, y cuando de público no lo fueren, es muy flaco consuelo el de la falsa reputación con reprensión de la propia conciencia.

Considerando después las obras que hizo y la doctrina que enseñó en los tres últimos años de su vida, entenderemos algo de lo que haría y de los trabajos que pasaría en los treinta, por las virtudes que ejerció, por la honra de su Padre que celó, y por la salvación de los hombres que tan ardientemente deseó. En el sermón del monte, donde el Señor trató de la perfecta vida evangélica y del perfecto modo de entender y guardar la ley de Dios, donde está resumida toda su doctrina, la primera cosa que enseñó fué la pobreza de espíritu: y como el Señor predicaba el Reino de los cielos, y no hablaba sino por peso y medida, no se debe creer que en la dilatada doctrina de aquel grande y alto sermón (que San Mateo

refiere con las particulares expresiones de que levantó sus ojos y abrió su boca), comenzase luego á llamar bienaventurados á los pobres de espíritu, dándoles el primer lugar en la perfección evangélica y en la gloria del reino del cielo que les ofreció; sino porque esta virtud de la pobreza era su amada compañera, en que nació, en que vivió y en que había de morir, sin desdeñarse para conservarla de ninguno de los trabajos que ella trae consigo. Bien merece en la estimación y agradecimiento muy principal lugar la merced que nos hizo en querer vivir pobre por nosotros, y el mucho trabajo con que ejercitó la santa pobreza de que se preció tanto, que para nacer escogió lugar pobrísimo, no propio, sino común; Madre pobre para que le engendrase; carpintero pobre que le criase; pastores pobres que le adorasen los primeros, y oferta de pobres para que le presentasen en el templo.

En los tres años últimos de su vida nunca tuvo casa ni lugar propio para descansar, como El dijo á uno que le quería seguir: *Soy más pobre que las raposas y que las aves: porque aquéllas tienen cuevas; éstas nidos; y yo no tengo mío donde recostar la cabeza.* Vivía de limosnas, aceptaba los agasajos ajenos como pobre, y cuando le faltaban, no se quejaba; la tierra común á todos era su casa, el cielo su tejado. Pasaba á veces tanta necesidad con sus discípulos, que los llevaba por los sembrados para coger espigas y satisfacer su necesidad, desgranándolas entre las manos. Cuando quiso dar de comer á cinco mil hombres, sólo se halló en la despensa que tenía para sus discípulos (que era una pobre espuerta) dos peces y cinco panes de cebada. Caminaba sin bordón ni alforja, tomando sólo lo que de limosna le daban para proveer sus estrechas necesidades, sin guardar nada para mañana. En su compañía recibía á quien dejase ó vendiese cuanto tenía y lo diese á los pobres. Escogió por sus discípulos á los más pobres del mundo. Vestía una túnica blanca de lana tejida de aguja, y encima otra morada de lana grosera (de la que yo vi una parte), y ésta, dicen que nunca la mudó y que siempre creció con El. Créese que anduvo descalzo, pues San Marcos dice de sus Apóstoles, que calzaban sandalias. Finalmente, con la santa pobreza en sus brazos, murió desnudo, crucificado, sin vestido, que ya habían jugado y repartido entre sí los ministros; sin un vaso de agua para la sed que padeció; sin tener donde reclinar la cabezay descansar sus miembros para morir y sin un nicho para sepultura; de suerte, que hasta la mortaja y sepulcro que tuvo después de muerto, fué de limosna.

Por tales principios y tales fines de la vida pobre y trabajosa de este Señor, podemos juzgar que los casi treinta años que vivió en casa de la Virgen, fué la pobreza su amiga é inseparable compañera. Con cuánto trabajo se ejercita esta virtud en la vida, lo saben muy bien los que la pasan, no sólo con desprendimiento interior de las cosas temporales, sino con exterior necesidad y falta de ellas: porque las necesidades de nuestros cuerpos son muchas y continuas, y el sufrimiento de la falta de lo que se necesita para ellas,

aunque sea voluntario, no deja de ser muy penoso y trabajoso para la flaqueza de la carne. Manteníanse en aquella pobre casita de Nazaret la Señora y José con el Hijo de Dios, por el trabajo de la carpintería y por la aguja de la sacratísima Virgen; y como en aquella santa compañía se trataba más del espíritu que del cuerpo, el menos tiempo de la vida era el que se gastaba en adquirir la comida, por gastar la mayor parte en ejercicios de oración y espíritu, que es la fuerza y verdadero sustento de la perfecta pobreza. Faltaba muchas veces la comida; muchas era poco sazonada y apetitosa; siempre muy pobre y escasa. El ajuar de que más prevenida estaba aquella casa, era la falta de todas las cosas temporales que en ella había. A esta vida y á los trabajos de ella (de que más largamente trataremos más adelante) se ofreció y se aplicó la divina riqueza, el mismo tesoro de todos los bienes soberanos y el Señor universal de cielo y tierra, por espacio de treinta y tres años que vivió en carne mortal en este destierro, sin tener por propia ni aun la vida y carne que consigo llevó al cielo, pues toda la repartió en nuestro provecho, y hasta hoy la quiere dar cada día en mantenimiento, para mostrar que aún la tiene por más propia del que la recibe que de sí mismo, si así se puede decir, por encarecimiento.

No se empeñara tanto Cristo nuestro Bien en desprenderse de todo y dar tantos ejemplos de la virtud de la pobreza, si no fuera importantísima para la perfección cristiana; porque el principal intento de su doctrina es encender en los corazones de los hombres el amor puro de las cosas divinas para que fueron criados, porque en esto consiste la reformación de todos nuestros males, que se resumen en olvido de las cosas eternas y afición á las temporales; y pegado el corazón humano á esta afición, ni sigue las cosas de la fe, ni emplea las esperanzas en cosas altas y divinas, ni emplea el amor en aquel á quien sólo se debe, que es Dios. De aquí nace que, distraída el alma en estos bienes soberanos, por cuya medida la dió Dios la capacidad que tiene, son todas las demás cosas en que se emplea tan pequeñas, que por no ser ninguna (ni todas juntas) bastante para llenar el buque criado para las cosas divinas, cuanto más tropel de aficiones terrenas recibe tanto más crece en ella el hambre de los males por donde se pierde, y queda más enajenada del aprecio y amor de los bienes que la pueden satisfacer. Así, entrando unos males, llaman á otros, porque en esta gran casa todos tienen lugar; y repartido el amor del alma en tantas partes, no queda capaz para amar á aquel único bien, quien sólo puede saciarla plenamente; y juntándose todo el amor á esta sola cosa, se curan todos los males que el esparcimiento causó, se reforman todas las pérdidas interiores y el espíritu se purifica para la participación de los dones soberanos y divinos á que fué criado, y que no puede gozar sin compañía de todas las virtudes. Siendo, pues, el amor del alma (esparcido ó unido) su perdición ó su ganancia, la virtud de la pobreza de espíritu tiene por oficio limpiar el alma de toda afición terrena y disponerla para recibir las riquezas del amor

divino. Por eso Cristo nuestro Señor, que no vino á la tierra (como El dijo) sino para encender el fuego de su amor en las almas, dió el primer lugar á la santa pobreza, como propia ministra y ejecutoria de estos sus divinos designios, y trabajó para acreditarla y darle entrada en nuestros corazones, no sólo por ejemplos perfectísimos, sino por muchas doctrinas.

A esto miran aquellas sus divinas palabras con que dilata nuestros corazones y los levanta á cosas sobrenaturales, y nos asegura que nada nos faltará: *Buscad*—dice—*primero el reino de los cielos, y tendréis todo lo demás. No cuidéis del día de mañana, ni seáis solícitos de vuestras necesidades temporales, porque vuestro Padre celestial sabe muy bien lo que necesitáis:* y otras muchas cosas á este modo, con que se obliga á tomar sobre sí el cuidado de lo que necesitamos, para que nosotros pongamos todo el nuestro en El.

Esta es la verdadera pobreza del espíritu, la cual dice nuestro Padre San Agustín, que es la humildad, porque arranca la raíz de la soberbia, que es la estimación y confianza de las cosas bajas, como si fueran divinas, en lo que está el principio de todo pecado. A ésta dice que le corresponde el primer don del Espíritu Santo, que es el temor filial de Dios, el cual, como conoce que la humana criatura sin Dios vive falta de todo, no se atreve á desprenderse de aquel que la enriquece, ni amar cosa que le descontente, y por eso limpia el corazón de las aficiones terrenas. En ésta se fundaron todas las Religiones: y aunque algunas son diferentes en el modo, todas convienen en el fin de desprender por el voto de la pobreza el corazón del amor de las cosas terrenas, que puedan ocupar el lugar del amor divino. Y la Santa Iglesia aprueba como más estrechas á las Religiones que distan más por su profesión del uso de las cosas temporales, porque á éstas las juzga más ricas de la perfección del amor de Dios, y más aparejadas para El. Así el espejo de eternas verdades, que en sí tiene los tesoros de todos los bienes divinos de que son capaces nuestras almas y deseos; viniendo á la tierra á darse á conocer, para que los terrenos tuviésemos nuestro bien más cerca, y á nuestro modo de entender más tratable; entró, vivió y murió pobre de todo lo que tenemos en uso, para que cuando le mirásemos, no viésemos sino á El: y viendo que no encontró en la tierra cosa con que acompañarse, ó que le mereciese, sino nuestros corazones (en los cuales quiere entrar), tengamos también nosotros por indigno de nuestros corazones cuanto hay fuera de El, y le recibamos sin mezcla de otro amor.

Según esto, la pobreza de espíritu es en realidad carecer de la afición de todas las cosas pobres, y que por su bajeza no merecen aprecio, para enriquecerse de lo que no tiene igual, ni bastante estimación. Alumbrados los Santos con estas verdades católicas, se tenían por pobrísimos en la abundancia de las cosas terrenas, y por muy contentos en la falta de ellas: porque teniendo experiencia de unas y otras, vieron que nunca el hombre está más pobre que

cuando todo su caudal no puede juntar cosa que no sea pobrísima: y tales son las que, por muchas y grandes que parezcan, no pueden de por sí ni todas juntas, satisfacer un corazón que alumbrado de la realidad de las cosas, no quiere usar ni emplearse sino en las verdaderas: y como éstas son las que halla en Dios, con ellas solas se tiene por rico, y con las otras cuanto más surtido, más pobre. Según esta verdad, parece que el nombre propio de esta virtud es el de riqueza de espíritu. Mas porque se predica y enseña á gent que con engaño y ceguedad tiene falsamente por riqueza la abundancia de cosas terrenas, la llama el Señor pobreza, siendo riqueza de espíritu, usando de lenguaje que le entiendan.

Regla de experiencia es, que ninguno tiene por mucho lo que hace, sino el que no tiene espíritu ni aliento para obrar; pues el que le tiene, ni aun con hacer mucho se satisface. El liberal siempre tiene por poco lo que da, porque ni aun con dar mucho satisface la condición; y el miserable que contra genio da, cree que nadie da más que él, dando menos que todos. Pásmase el goloso y destemplado de un día que ayuna; y el templado se pasma de los que deja de ayunar. Piensa el impaciente que ninguno es más sufrido que él, cuando no quita vidas, por una pequeña palabra con que le disgustan; y piensa el paciente que no sabe sufrir si da á entender el más mínimo natural sentimiento de los males é injurias que le hacen. Piensa el codicioso que no hay otro Job en el mundo si le falta el dinero para juegos y demasías; y el que es pobre de espíritu se tiene por el más avariento, cuando ve alguna provisión para sus necesidades, y así de los demás. Por lo que sentimos en nosotros acerca de las cosas, las juzgamos en los Santos. Pásmanse de la pobreza de San Francisco los que están muy aferrados á las cosas temporales. Los que gustaron de sus espirituales riquezas, se pasman de cómo teniendo tanto de ellas, toleraba aún los remiendos con que se cubría. Y así mientras estamos aficionados á las cosas bajas y terrenas, sólo podemos aprender y procurar la pobreza de espíritu; pero después de desprendernos, y ya poseídos del divino amor, propiamente lograremos en ella las riquezas de espíritu.

Dos estados hay en la Iglesia de pobres de espíritu: unos, que con el surtimiento de los bienes propios temporales tienen el corazón desprendido de las cosas que poseen; otros, de los que por voluntad ó por voto, se desprenden de lo que tenían, ó podían tener y desear, para tratar con Dios y mirar las cosas celestiales con más libertad y menos distracción. El primero no es imposible; pero el segundo es más perfecto. Por no ser imposible el primero, castiga Dios justamente á los que por desordenada afición y abuso de los bienes temporales que les da, se arrojan á pecar y pierden los bienes del cielo, que pueden granjear con los terrenos; porque no concede Dios á nuestra flaqueza los bienes temporales con licencia de tener el corazón asido á ellos, sino sólo para uso de las necesidades, para ocasión de merecimiento y para granjería del cielo; por lo que permitió que hubiese pobres, y dispuso muchas cosas en que se

pueden expender con merecimiento los bienes temporales. San Basilio pondera con mucha consideración, que en las más heroicas virtudes quiso Dios tener en su Iglesia Santos de todos estados tan perfectos, que ni los que profesan la mayor perfección piensen que son más santos, ni los que no la profesan, tengan disculpa para no serlo. En la obediencia tuvo un Abraham casado, tan perfecto, que no le ganará el profeso más obediente, pues sin contradicción se resolvió á quitar la vida á un hijo suyo muy amado, sólo por obedecer; y esto es más que dar la propia vida, que el amor natural suele exponer por librar á los hijos. En la castidad tuvo una Susana casada, tan pura, que por ella perdiera la honra y la vida; y el profeso más casto no tiene más que perder por la pureza prometida. En la pobreza de espíritu tuvo un Job tan desprendido de lo mucho que poseía, que siendo los casos repentinos la mayor prueba de las raíces que tienen preso al corazón, no sintió en la inopinada pérdida de cuanto tenía otra conmoción más que para dar por todo gracias al Señor; y cuando el profeso muy fervoroso en la pobreza prometida llegare á mucha perfección, no juzgará haber adelantado poco, cuando en lances muy prevenidos se hallare tan desasido de las cosas que ya no tiene, como se halló Job en la improvisada pérdida de todas las que tenía. Por donde queda claro, que la pobreza de espíritu se puede ejercitar en todo estado, y á todos obliga, aunque de diverso modo; pues á los que la profesan por voto, les prohibe la propiedad de los bienes temporales, que sin pecado pudieran poseer, si no los hubieran renunciado; y á los que no la prometieron les prohibe la afición y uso de los bienes temporales, por el pecado y peligro de quebrantar la ley de Dios. Y en este género pueden ser con la divina gracia perfectísimos.

De dos vicios se han de precaver mucho los que en este estado quisieren ser pobres de espíritu; prodigalidad, que desea tener mucho para gastarlo mal; y avaricia, que junta mucho para no gastarlo. Uno y otro vicio se opone mucho con la pobreza de espíritu: la prodigalidad, porque con gastar adquiere aficiones y otros pecados, que distraen el corazón del amor debido solo á Dios, con quien la pobreza de espíritu se sustenta. La avaricia, porque entierra el amor del corazón, sin dejarle subir á Dios. Pero cuál de estos vicios sea más perjudicial al alma, holgaríame de oir otros pareceres de Santos alumbrados. El mío (sujetándolo á los mejores) es, que el avariento es más grave é incurable que el pródigo, por muchas razones. El fin del pródigo es contentarse á sí y á otros; que es menor mal que el quererse contentar á sí solo. El pródigo tiene por oficio dar; el avariento recibir, y Cristo dijo que es más bienaventurada cosa el dar que el recibir. El pródigo, si gasta por afición de otros vicios que con gustos desordenados comete, no queda pegado á los bienes temporales de que se desprende; y el avariento, si deja de cometer aquellos vicios, no es por amor de la virtud, sino por no gastar; y sin duda fuera tahur, deshonesto y destemplado, si pudiera cometer sin gastos aquellos vicios: pero la codicia, y no Dios,

le refrena, y queda siempre cautivo de su dinero. Omito, que para el mundo tiene el pródigo más amigos, es más lustroso y bizarro; el avariento es más tacaño y miserable en todo. Omito también, que el pródigo goza de su hacienda, y el avariento vive siempre en miseria; y omito otras cosas, que sirven poco para la virtud, por lo mucho que tienen de mundo y de vanidad.

La cura de estos dos males es más fácil en el pródigo que en el avariento: porque si el pródigo no tuviere más que gastar, y el avariento no pudiere recoger más, queda el pródigo más enfriado en sus vicios, y la misma falta le dispone para conocer sus yerros, y hacer de la necesidad virtud: pero el avariento queda ardiendo en codicia de lo que no puede lograr, y en mayores ansias de no gastar lo que tiene, siempre de peor calidad. Y cuando uno y otro, sin llegar á estos extremos, quisieron volverse á Dios, el pródigo tiene medio camino andado, porque no siente el dejarlo todo, y sólo le falta llorar los males de la vida pasada, y emplearse luego en Dios. El avariento tiene mucho que hacer en llegar á purificarse, de modo que no piense hace algo en dejarlo todo por Dios; porque como no puede llegar á ser pobre de espíritu sin ser liberal y desprendido de corazón, tiene muchos barrancos que pasar. Al hijo pródigo le trajeron sus estragos á la casa de su padre, cuando se vió con todos los bienes disipados; y al rico avariento le apartó el corazón del cielo el cuidado de no hallar donde recoger lo que tenía, y en aquella misma noche fué sepultado en el infierno. Al Santo Colegio de Cristo no pudo entrar el mancebo que tenía mucha hacienda y mucha afición en ella, aunque fué llamado de Cristo; y los que todo lo dejaron liberalmente, fueron de El recibidos y ensalzados. Por tanto, el que en el estado seglar quisiere ser pobre de espíritu, debe velar sobre la prodigalidad para evitar el desorden en los gastos: pero debe desvelarse en huir de la avaricia, que embota el espíritu, haciéndolo incapaz de los bienes del cielo, porque lo entierra en el centro de la bajeza.

Del otro segundo estado de los pobres de espíritu, que por voto renunciaron la propiedad de los bienes temporales, hay mucho que decir: mas como tengo en este capítulo al pobre Jesús entre las manos, espejo de esta heroica virtud y Capitán de ella, y no fío de mí, que en la obligación de mi profesión le tenga satisfecho y servido en esta parte; digo sólo por mí, ó contra mí, y todos los de mi estado, que nuestro fin en esta santa virtud, nuestro premio y nuestro tesoro, es Jesús, y por eso es el retrato de nuestra vida, á quien debemos imitar. El es libro que vió el Profeta escrito por dentro y por fuera, para quien con puro deseo le quisiere agradar, porque en todo lee y ve en El las puras verdades que en sí enseña á sus pobres de espíritu; y para los que no quieren desprenderse de corazón de lo que por amor de Dios dejaron, es el libro cerrado y sellado con siete sellos que San Juan vió en el *Apocalipsis;* el cual abrió el Cordero Jesús, le reveló á sus humildes, y encubrió á los soberbios; porque la experiencia nos muestra, que no hay gente

más ciega que la que profesa pobreza de espíritu, si no guardan su profesión; se aferran más á las naderías que tienen á su uso; se inquietan más por tenerlas; murmuran más si se las niegan; y si se las quitan, se desconsuelan más que los avarientos en todos sus tesoros. Esta es una gran desventura en nuestro estado; porque cuanto más pequeñas y bajas son las cosas porque perdemos nuestra quietud, y la pureza del amor de Dios, tanto más apartados estamos de El, y reputados en sus divinos ojos por menos dignos de su amor y de sus espirituales favores; pues El mismo dijo, que quien en lo poco no es fiel, menos lo será en lo mucho. Por tanto, con licencia de todos los de mi profesión, afirmo que no puede ser pobre de espíritu el religioso que no trate de oración y conversación con Dios, donde el amor divino se purifica, y el corazón se desprende de lo que impide su divina comunicación. Y aunque para la conciencia satisfagan con no tener propiedad (si realmente no la tienen en el corazón) para perfección de esta heroica virtud, y para lograr las riquezas de la pobreza de espíritu para que fueron llamados, están muy indispuestos, y nunca llegarán allá sin conversación de aquel que con su presencia y trato consume todas las aficiones de la tierra; el cual se comunica en la oración y en el interior recogimiento, para el cual fueron ordenadas las religiones. Quiera Dios que en El y con El se conserven.

De estos dos estados de pobres de espíritu se puede entender lo que dijo San Pablo, según lo declara nuestro P. San Agustín, que unos edifican paja y heno sobre Cristo nuestro Bien, que es piedra fundamental de todo espiritual edificio; otros edifican oro, plata y piedras preciosas. Estos se hallarán después con todo su caudal salvos; los otros se salvarán, mas como quien escapa del fuego. Esto es, que el pobre de espíritu que todo lo renuncia, y con eso ejercita las virtudes, se salvará con toda esta mercadería y pedrería, fundado con amor sobre la piedra Cristo. Y los que con uso y posesión de los bienes temporales, que son las cosas que el fuego ha de consumir en el día del Juicio, se fundaron en Cristo, guardando su ley, se salvarán; pero quedando acá todo lo que temporalmente poseyeron, consumido; y como quien se pudiera perder y quemar entre estas cosas, si usara mal de ellas, las dejará perdidas para que ardan, y escapará como del fuego, y sin ellas se irá al cielo. Y ya que, como San Pablo dice, pasa la figura de este mundo, sea Jesús nuestra vida, y así la muerte nos será ganancia.

### EJERCICIOS DE LA POBREZA DE JESÚS

Tesoro de soberanas riquezas y de glorias, abundancia perfecta de todos los que os desean, Jesús, mi Dios, mi Rey, mi todopoderoso Señor, mi único bien, y toda mi grandeza, conózcaos mi corazón, y entienda mi espíritu con vuestra luz los deseos de este amor que me tenéis. Hacedme que ame lo que me dais á entender, para que conformado mi corazón con el vuestro, viváis en mí y yo en Vos. Infinitas gracias os doy, porque queréis ser Vos mismo todo

mi bien y toda mi riquísima bienaventuranza. En Vos todo lo tengo seguro, porque sois tan alto, que ningún mal os puede llegar; tan rico, que ninguna cosa os puede faltar; tan poderoso, que ninguna miseria puede haber en Vos. Tenéis más de lo que yo sé entender; prometéis más de lo que puedo desear, y en todo sois mayor de lo que sé comprender. Pusisteis en Vos toda mi perfecta bienaventuranza, en que mi alma se pueda ensanchar y satisfacer, de tal suerte, que fuera de Vos no pueda hallar sino miseria. Pues Señor, si Vos así lo queréis, ¿cómo podré yo querer otra cosa? Acepto esta incomparable merced: enseñadme Vos á saber desear, amar y poseer; desprended mi corazón de toda cosa terrena; quitad de mí el sabor de todo lo que no me lleva y acerca á Vos; desenterrad mi espíritu de todas las bajezas que hasta aquí me tienen cautivo; purificad la capacidad de esta alma, hecha á vuestra medida, para que Vos sólo seáis en mí lo que queréis ser, y yo á solo Vos, todo mi bien, suspire siempre y abrace. ¡Oh todo mi gran bien! ¡Oh qué seguro todo, qué infinito, grande y soberano bien, y cuán verdaderamente mío! Todo sois mío, porque nada de Vos me negáis; grande, porque sois divino; bien, porque sois fuente de bondad, y sois tan propio mío, que ninguna justicia, ninguna razón, ninguna fuerza, me puede quitar á Vos si yo no quiero. Derrítase mi alma en Vos, estréchese con Vos todo mi interior, empléense todas mis fuerzas en Vos, pues ni puedo querer más bien, ni es bien que imagine poderle tener fuera de Vos. Arraigad, Dios mío, en mí vuestro amor, para que el peso de la carne no me aparte de Vos, ni me lleve en pos de sí la corriente ponzoñosa de las cosas de esta miserable vida, ni me ciegue ó prive de vuestra luz ninguna afición terrena; y pues sois todo mi bien, no me falte el gran bien de que me defendáis de todo cuanto me aparta de Vos.

Os doy infinitas gracias, Dios mío, de que por librarme de todo lo que de Vos me aparta, no quisisteis tener en esta vida cosa propia, para que cuando pusiese en Vos los ojos, no viese en Vos más que á Vos, á quien debo todo este corazón, y que sólo merecéis todo el amor de mi alma. Todo cuanto hay en el cielo y en la tierra es vuestro, todo se mueve y gobierna por vuestro precepto y obediencia, ni podéis dejar de ser Señor de todo; y si viviendo en esta vida lo hubierais traído todo en vuestro servicio, ni Vos con eso fuerais más rico, ni yo pudiera tomar de ahí justo ejemplo para querer tener mucho de lo temporal; porque yo deseara lo ajeno, y Vos reinabais en lo que os era propio. Pero aun de lo vuestro no quisisteis, Señor, valeros, para que mi ceguedad no se engañase en Vos. Desnudo nacisteis; falto de todo vivisteis; desnudo moristeis, y voluntariamente renunciasteis todo lo propio, para vivir en medio de lo vuestro, pobre y sin ningún bien temporal, ni una piedra para recostar la cabeza, ni un palmo de tierra para vuestro sepulcro. Si os faltaba la comida, sufríaislo como pobre; si os la daban, lo agradecíais como pobre; si no teníais calzado, andabais descalzo; si no os daban limosna, no os quejabais: en fin, si os quitaban los vestidos al

pie de la cruz, los soltabais como ajenos; y si en la cruz os faltaba donde morir descansado, sufríais con paciencia el morir sin descanso, desamparado, y sin quejaros, como quien no tenía nada suyo. ¡Oh mi pobre Jesús! Todo os falta en la tierra, donde sois Señor de todo, ó lo desecháis todo, para que todo os falte, y que yo no halle en Vos otra cosa que se parezca, ó que me sepa á Vos, sino á solo Vos. Esa humanidad de todo pobre, me dejáis llena de riquezas de vuestra divinidad, Hijo de Dios vivo é Hijo de Adán verdadero, sin otra cosa que lo que es natural á Vos y á mí, para que haciéndose unión de esto en puro amor, sin mezcla de otra cosa terrena, viva yo en Vos y de Vos. Adóroos, mi único perfecto bien y singular riqueza.

¡Oh Señor! Tened misericordía de mí; compadeceos de mi bajeza y brutez. Que os tengo á Vos desapegado de todo, para que todo me emplee en Vos, y yo, miserable, os dejo y ando asiéndome á lo que Vos desecháis; ando por los muladares hambriento, pensando que me puedo saciar fuera de Vos con cosas que en Vos no veo. Siempre, como perro, tomo lo peor y lo desechado. ¿Qué bien me puede traer el regalo del cuerpo, que Vos rehusasteis; el favor de los hombres, que despreciasteis; la opulencia de lo temporal, que renunciasteis; los cuidados y ocupaciones terrenas que de Vos sacudisteis, y la honra y todo lo demás de que os hicisteis pobre? Vos, á quien todo era debido y á quien nada podía empequeñecer, tuvisteis por mejor la falta que la abundancia, por amor de mí; y yo me tengo por desdichado en la falta de las cosas y por feliz en la abundancia, sin veros á Vos entre ellas. ¡Oh ciego y miserable de mí! Hechízanme las cosas temporales; róbanme la afición; quítanme el amor que os debo; hácenme pobre de Vos y de vuestros bienes divinos; derríbanme en lodos torpes, y todavía juzgo que soy pobre cuando me faltan cosas tan asquerosas, y que soy algo cuando las tengo. ¡Oh buen Jesús, no sé amaros ni estimaros, porque trueco el amor y estimación que os debo, y la doy a lo que Vos no quisisteis dar lugar en vuestra compañía! Si nada de lo que amo se halla en vuestra morada, ¿cómo os he de hallar en la mía, llena de amor de lo que Vos apartasteis de la vuestra?

¡Oh bondad infinita, que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva! ¿Qué puedo hacer sin Vos? Vos no quisisteis ser pobre, para que en Vos me faltase cosa alguna, sino para que supiese que no puedo ser rico, sino de Vos. Esto que queréis, es lo que vuestra pobreza ha de hacer en mí. Bien veis que cuando poseo alguna cosa de la tierra con afición, ó la solicito con deseo desordenado, tengo allí el sentido, allí empleo el gusto, á aquello doy las horas y el cuidado, por aquello me inquieto; y mientras así estoy, no me acuerdo de Vos, olvídome de las horas de orar á Vos en espíritu y verdad, no me acuerdo de la obligación que tengo de amaros, doy de mano á los espirituales favores que me queréis hacer; y lo que, no sin vergüenza, debo confesar delante de Vos, de tal suerte me embebo en las cosas de mi apetito, ya sean de las menu-

das, ya de las que el mundo más aprecia, que cuando me quiero acordar de Vos (¡triste de mí!) me hallo preso y cautivo, sin saber levantar á Vos los ojos. Préndeme una bagatela cómo á niño, un apetito como áe nfermo, un pequeño gusto, no sé cómo á quién; porque soy tal, que mis bajezas no tienen nombre, ni tienen ser, ni tienen más que ponzoña para matarme, cadena para prenderme, maroma para tirar de mí, no sé cómo; pero sé que me apartan de Vos. Y lo peor es que descuidado con estas cosas, no veo los pecados, tentaciones é inquietudes de la vida en que caigo, sin sentirlo, sino cuando me hallo perdido y ya sin fuerzas. Vos lo veis y conocéis su gravedad, quien sólo lo podéis curar. ¡Oh mi Redentor pobre, tened piedad de estas pobrezas! Estas son las que Vos no queréis que yo tenga; éstas las que aborrecéis en mí, porque por ellas os pierdo. Confieso que no sé desprenderme y renunciarlas como conviene; mas tal cual Vos me veis, me arrojo á vuestros pies. Desatad mis prisiones; deshacer estos nudos y lazos de mis terrenas aficiones; dadme un fuerte espíritu y desprendimiento de todo lo que Vos desecháis, y unid en Vos todos mis cuidados, pues sois el verdadero remediador y médico de esta alma.

Divina luz y rica bondad de mi pobreza; oid, Señor, y responded al interior de esta alma; habladme, palabra eterna de Dios, y enseñad mi deseo que de Vos quiere aprender. Por ventura, Señor, estando tan desprendido de todo, y tan amigo de vivir de todo falto, ¿echáis acaso fuera mi corazón y queréis también vivir pobre de él ó sin él? ¡Ah corazón de mi corazón! ¡Ay alma de mi alma! ¡Oh vida de mi vida! Este ciego corazón me dice que no, y me lo dice porque Vos lo enseñáis. De todo os desprendéis, para que yo solo tenga entrada; de todo os apartáis, por estar desocupado para mí; de todo os hacéis pobre, para que este corazón supla el lugar de todas esas faltas. De mí os queréis mantener, vestiros de mí, reclinaros en mí, satisfaceros de mí, cuando todo os falta. Para eso sois pobre, para que todo pobre corazón juzgue que puede ser vuestro recogimiento y morada. Venid, Jesús mío; venid, pobre mío; reclinad aquí vuestra cabeza en este pobre corazón. Recogeos en el nido de esta alma; no digáis más que no tenéis dónde reclinaros, pues aquí me tenéis. Acordaos que cuando vivíais en el mundo tan pobre, os convidó el publicano Mateo á comer con pecadores, tan pobres como yo de vuestros bienes; y entre ellos estuvisteis tan contento, que no se os daba nada de los grandes que lo murmuraban. Entonces el pecador Zaqueo deseó veros, y para que lograse á toda satisfacción, os convidasteis á ir á su casa y la dejasteis santificada. La Magdalena os fué una vez á buscar á casa ajena, donde fué perdonada; y Vos, de allí en adelante, la ibais ya á buscar á la suya, como vuestra. Cuando todo lo desechábais, llamábais á todos los cargados, á todos los embarazados, á todos los apartados de Vos, prometiendo que á todos los recrearíais. Sólo de ser amado de nuestros corazones estáis hambriento y deseoso, y de todo lo demás (para esto) falto y necesitado. Pues Señor, ¿quién me detiene?

¿Quién me quita no tener un lugar á la par de Vos? Es verdad que no soy digno de que entréis en esta alma; pero Vos no mirasteis á mi bajeza para dejar de llamarme á Vos; y cuando dijisteis que en la cruz lo arrastraríais todo, no me echasteis á mí fuera. Pues, Señor, ya que yo no soy menos vuestro que todos los demás, venid como al más errado y más ciego, que no sé dónde, ó por dónde he de ir; venid á esta alma que ahora os desea, y si ha de ser en alguna hora, sea en ésta, y basten ya mis pobrezas y pérdidas pasadas; desde ahora para siempre acompañaos con este corazón. Mirad, Señor y bien mío, que jamás desechasteis ninguna suerte de pobres. De santa pobreza nacisteis, santo y pobre os crió, en casa pobre habitasteis, en pobre cruz moristeis, pastores ignorantes y pobres escogisteis, discípulos pobres é imperfectos llamasteis, pecadores espiritualmente pobres tratasteis, y entre dos ladrones pobrísimos de virtudes expirasteis. Todas las pobrezas os contentaron y las aceptasteis por compañeras: unas para ejercitarlas, otras para curarlas y enriquecerlas. ¿Pues cómo puedo yo quedar fuera? Yo soy más pobre de bienes que los ladrones; para Vos soy pobre; esto me basta para Vos y para vuestra compañía; recibidme, pues, en ella, buen Jesús; curadme, enriquecedme, poseedme, santificadme, y yo os amaré, y Vos seréis glorificado de mí.

¡Oh mi pobre Señor! ¡Oh mi pobre Jesús! Pobre os veo, mas no sé qué siente este mi pobre corazón, que no me puedo apartar de Vos, y no sé qué grandezas veo en esta vuestra pobreza. Yo las adoro cuanto puedo: concededme Vos, que las ame cuanto debo. Todo aquello de que Vos estáis pobre, empobrece las almas que lo poseen con afición desordenada; y los que por vuestro amor nada tienen ni desean, viven por Vos muy ricos y contentos. Las almas de vuestros pobres están llenas de luz, ilustradas en vuestros secretos, sabias sin otro Maestro más que vuestro espíritu; riquísimas de bienes divinos, que no se pueden decir ni imaginar; contentísimas sin cuidado que las perturbe; en perpetuo sosiego y tranquilidad; con los cuerpos en la tierra, es su conversación en el cielo; y en cuerpos de barro tienen vida y excesos angélicos. El gusto que los mundanos ciegos buscan y no hallan, ellos le tienen; el señorío de todo le poseen, sin tener nada; la alteza de corazón entre miserias terrenas sólo ellos la conocen y gozan; el poder contra todo enemigo sólo ellos le usan como propio. A los ojos del mundo son gusanos despreciables; á los vuestros son príncipes y señores. Fastidiados de cuanto el mundo estima, y siendo ellos fastidio para el mundo, se deleitan en vuestros espirituales banquetes, ni quieren otros manjares, sino los celestiales. ¡Oh buen Jesús! Cuándo mi corazón desprendido de todo, gozoso y rico de Vos, anegado en la abundancia de vuestras riquezas, os dirá con toda su alma: ¡Padre mío, riqueza mía, hartura mía, bienaventuranza mía! Verdad es que siempre lo sois en realidad; pero mi corazón no lo siente sino cuando Vos queréis. Cuando llega vuestro toque interior, quitando las nieblas de esta alma, y consumiendo todos sus terrenos deseos,

con cuán diferente conocimiento os dice entonces, sabiendo, amando y deseando lo que dice: ¡Dios mío, amor mío, riqueza mía, consolación mía, y toda mi satisfacción! Porque entonces de veras gusta de Vos, como de cosa suya, no teniendo en su corazón otra cosa sino á Vos. Huye de mí, tierra; dejadme, terrenos pensamientos; apartaos de mí, amigos, cuidados, deseos, naderías terrenas; dejadme abrazar con mi pobre Jesús, con mi amigo Jesús, con todo mi bien Jesús, desahogando mi corazón con la entonación de este salmo: *In te Domine speravi*, etc.

En Vos, mi buen Jesús, tengo toda mi esperanza, mi ser, mi fortaleza; en Vos estribo, en Vos pierdo de todo el miedo, ni jamás podré avergonzarme de Vos, ni correrme de haberos amado, creído, y haberlo dejado todo por Vos. Cuando todo fuere contra mí, Vos, mi Jesús pobre, saldréis por mí; vuestra bondad que aprobó la pobreza de espíritu y me enriquece con ella, esa me librará de todo mal, de toda flaqueza y de toda perturbación. *Inclina ad me aurem tuam*, etc. Oid, Señor, los clamores de este corazón; dad oído á los deseos de esta alma que os desea; apresuraos á librarme de todo lo que de Vos me aparta, y de aquello que en el mundo me engaña. A Vos escojo por mi soberana riqueza; disipad las tinieblas que quieren cegar esta luz para apartarme de Vos, y robarme este preciosísimo tesoro. *Esto mihi in Deum protectorem*, etcétera. Portaos para conmigo como mi Dios, pues lo sois; ni me dejéis amar otra cosa con el amor que á Vos os debo como Dios. Sed mi amparo y protección, y no me dejéis confiar en cosa fuera de Vos. Sed mi defensa, refugio y mi salvación, pues sólo Vos tenéis para todo suficiente poder, bondad, riqueza, fortaleza y liberalidad. *Quoniam fortitudo mea*, etc. Cuando Vos me mandasteis imitaros, y dejarlo todo por Vos, bien sabíais mi flaqueza; pero entonces os obligasteis á ser mi fortaleza; os obligasteis á ser mi refugio en todas mis necesidades; os obligasteis á no mirar á mis merecimientos, sino á la grandeza de vuestro nombre, de vuestra bondad, de vuestra misericordia, para guiarme y sustentarme, como quien sois y no como yo merezco. *Educes me de laqueo hoc*, etc. Seguro vivo, buen Jesús, en esos brazos; seguro en ese amor, de que me libraréis de los lazos que el enemigo arma á mi flaqueza; porque no quisisteis que os tuviese por mi protector y defensor, sino para no tener miedo de mi cuerpo, cuando con alguna falta y pobreza se queja; ni de ninguna flaqueza, cuando le parece que no puede con la necesidad; ni del mundo, cuando me desprecia y me tiene por engañado en seguiros; ni del demonio, cuando variamente me tienta; porque queréis que amándoos é imitándoos, viva seguro en Vos, de que para todo lo que mandáis, dais gracia, y para defenderme de los enemigos sois poderoso. *In manus tuas*, etc. Pues, Señor y Dios mío, con todas mis miserias, pobrezas, pecados, flaquezas, y con todos los deseos que me dais, y con todo lo que me inspiráis, me arrojo en esos vuestros paternales brazos, me pongo en esas manos que me confortan. A este espíritu que criasteis á vues-

tra imagen y semejanza, reformadle Vos con la sabiduría que me habéis enseñado. Vos, Salvador mío, me redimisteis de mis pecados, no sólo muriendo por ellos, sino enseñándome, como Dios de la verdad, verdades que el mundo no conoce. Dadmelas á conocer y sentir, así como queréis que las entienda; hacedmelas amar, como queréis que las desee; hacedmelas poner por obra como queréis que las siga. No falte esa mano poderosa que me hizo, sin la cual ningún bien puedo hacer, para que ayudado de ella, pobre y desprendido de todo lo que de ella me aparta, viva sólo de los bienes y riquezas de espíritu que en sí encierra y que de sí comunica.

Oh sacratísima Madre de Dios, pobrísima imitadora de la pobreza de Jesús, y riquísima tesorera de sus gracias; no sois Señora y Madre de pobres para desechar á los pobres pecadores, sino para enriquecerlos; favorecedme con el espíritu que tantas riquezas nos dió por la pobreza. Ayudad, corte celestial, á este pobre con vuestra virtud, para desprenderse de lo temporal, y merecer y conversar en vuestra compañía. Amén.

## TRABAJO XII

### Aspereza de la vida.

La vida de pobreza voluntaria tiene ordinariamente aneja á sí la virtud de la penitencia en la aspereza y rigor con que los cuerpos son tratados; porque los Santos que fueron pobres de espíritu y los que lo fueron también corporalmente, careciendo de los bienes temporales, que por amor de Dios renunciaron, para asegurarse más de los lazos que el enemigo y la naturaleza arman contra esta virtud, juntaron á ella la aspereza de vida y penitencia, cada uno á su modo, y según sus fuerzas, más ó menos, para hacer servir el cuerpo al espíritu, refrenarle en los apetitos de sus demasías y ejercitar mejor con la mortificación corporal lo que el Señor enseñó, de que aborrezcamos el cuerpo para salvar el alma. No faltó esta virtud en la perfectísima vida de Cristo nuestro Señor; porque aunque no tenía necesidad de mortificar su carne, que estaba muy sujeta y obedientísima al espíritu; con todo eso, como venía á la tierra á mostrar en sí la forma de todas las virtudes, no dejó de dar ejemplos perfectísimos de todas, y especialmente de aquellas que nos eran más necesarias, aunque pareciesen en la Majestad de su persona menos propias. Y como había tomado sobre sí la satisfacción de nuestros pecados, así como en su Pasión no perdonó á ningún tormento, tampoco omitió en la vida las penosas, rigurosas y trabajosas obras de virtud, con que pudiese afligir su sacratísimo cuerpo. Como Redentor de pecadores veía cuán necesaria nos es la virtud de la penitencia; y ya que la interior, que es el dolor de los pecados propios, no cabía en su soberana pureza, quiso ayudarnos, enseñarnos y excitarnos á abrazarla (como una saludable tabla en el naufragio), tomando sobre sí la parte exterior de ella en la aspe-

reza de la vida, para enriquecer la nuestra con las riquezas de su pobreza, y santificarla con la perfección de la suya.

Muchos santos hicieron vida más áspera que Cristo, como vemos en el Bautista, que ni vestía, ni comía como hombre, y así en esta parte era tanto más admirable á los ignorantes ojos del pueblo (que suele ser bajo ponderador del verdadero valor de las cosas) que los ciegos y perversos fariseos motejaban á Cristo nuestro Bien de que comía y bebía vino, y que era amigo de mesas de pecadores. Mas dado caso que éste y otros santos excediesen al Señor en el rigor de vida, ninguno pudo llegar á la perfección de la suya; porque la virtud de la penitencia hacía en los Santos más bajo oficio que en Cristo; pues en aquéllos refrenaba las bastardías de la naturaleza, castigaba sus desordenados apetitos, cortaba las malas raíces de aficiones, siendo como oficio de cirujía en las llagas propias; pero Cristo sin nada de esto daba eficacia á la penitencia de los Santos, mereciendo con sus obras penales, gracias riquísimas y bienes de espíritu y de gloria para los penitentes. El fin y perfección de esta virtud en los Santos es disponer el alma para la pureza del amor de Dios, y ayudar á conservarle; en Cristo procedía de perfectísimo amor, y era demostración de su infinita caridad. En fin, por no alargarme más, la penitencia en los Santos es medicina de pecadores; en el Redentor es ungüento de pecados; por tanto, correspondía que en los Santos, como pecadores, fuese más rigurosa, y en nuestro Redentor más ejemplar é imitable.

Por esto no quiso mostrarse soberano sino en las cosas en que no podía, ni quería ser imitado de nosotros (como en la majestad de los milagros que hacía, y en la autoridad con que enseñaba y hacía sus obras), pero en las cosas en que nos obliga y mueve á su imitación, se acomodó al común modo de vida santa en lo exterior, sin extremos, para no espantar nuestra flaqueza; y sin ninguna relajación, para contener el desorden de nuestra naturaleza. Su vestido era de lana; su comida sin ninguna apetitosa invención de sabores; la más ordinaria era agua y pan, y éste la mayor parte de cebada; y si por convidarle aceptaba otra cosa, luego volvía al curso de su rigor. La cama era el suelo; la almohada cualquiera cosa dura. El sueño era el que en rigor bastaba para sustento de la naturaleza, en que no quiso valerse de milagros, por no deshacer el crédito de su verdadera humanidad. Y si como humano se quebrantaba el cuerpo muchas veces con la dureza del suelo y continuación de las vigilias, no dispensaba con él, haciéndole que como obedientísimo siervo padeciese el trabajo que en estas cosas quería sufrir por nosotros. En la oración era larguísimo, de día y de noche; en los ayunos muy continuo, y en los otros ejercicios de aspereza, como sufrir fríos, calores y otras penalidades, fué muy riguroso consigo. Si usó de cilicios y disciplinas, no lo afirmo, porque no hallo escritas estas individualidades; pero tampoco me atrevo á negarlo; porque fué tan largo en dejarse atormentar por nuestros pecados con azotes, escarnios y nuevas invenciones de tormentos, que puede

pensarse de su amor, que no sería escaso en afligir el cuerpo de todas las maneras que sus siervos habían de hacerlo con su espíritu. Y si á alguno le pareciere más duro é impropio del Señor, disciplinar su cuerpo que afligirle con hambres, fríos y calores hechos para ese fin con su mano, no porfío; mas le aconsejo que trabaje por alcanzar del Señor su perfecto amor, y cuando éste le pusiere en estado de no hallar cosa dificultosa en sí, puede ser que ninguna de estas cosas le parezca imposible ó impropia del amor del Redentor. Pero aun cuando esto le faltase, bastábanle los demás trabajos de vida rigurosa y estrecha que pasó, sin ningún regalo ni descanso, no sólo desordenado, pero ni aun muchas veces del necesario. Y todo esto por espacio de treinta y tres años; pues ni en los de niño vivió sin necesidades y pobreza, ni en los últimos, en que se manifestó al mundo, fué consigo más liberal. Las particularidades de esta trabajosa y rigurosa vida del Señor por tantos años, cuanto menos se saben y se pueden decir, tanto más obligan á tenerle por espejo de la vida y amor que se le debe; porque quien no quiso del mundo ni aun la noticia y fama de estas obras, no debe de querer que sus siervos vivan en él muy regalados, porque la tierra no les lleve ninguna parte del cuidado y amor, que sólo á este Señor le corresponde.

Cuánto y cómo debe ser imitado el Señor en esta virtud, no es fácil explicarlo: porque como en la necesidad de ella y en las fuerzas corporales no son todos iguales, no se pueden dar reglas generales. Sin embargo, apuntaremos algunos avisos, por los cuales con la virtud de la discreción podemos ordenar nuestra vida, de modo que ni por exceso ni por relajación erremos. La principal parte de la virtud de la penitencia, que es el dolor y aborrecimiento de los pecados, obliga á todos los pecadores; ni puede tener exceso, porque ésta crece con la luz divina que aumenta el amor de Dios; y en esta vida no puede ser el pecado perfectamente conocido y aborrecido, así como no puede Dios ser perfectamente amado. Por su bondad y misericordia se contenta con que cada uno conozca y aborrezca la culpa en conformidad á la luz que Dios le da; y cada uno está obligado á solicitar este bien con sacramentos y espirituales ejercicios; porque la negligencia en esta parte tiene riesgo de la salvación. Ninguno debe pensar haber alcanzado esta virtud, si el conocimiento de los pecados no le aparta de la ocasión, si la confesión no es entera, ó si se hace á confesores de quienes se juzgue que no le entenderán, ó si se buscan los que por disimulada blandura carecen del rigor necesario para la curación; y mucho menos si la confesión y arrepentimiento no refrena la soltura é inclinación á los pecados; porque todo esto es indicio de que está su amor propio arraigado en el alma, y que el dolor no tira á cortar la raíz. Así vemos por la experiencia, que en la mocedad hay poquísimos verdaderos penitentes, hasta que los años y reflexiones prácticas quebrantaron la lozanía; porque son muy raros los que en la primera edad aborrecen sus malas inclinaciones.

Las señales de la verdadera penitencia son, como dice San Jerónimo, cuando el dolor de la culpa atormenta y desconsuela, como contentó el gusto de cometerla; y como dice San Ambrosio, cuando el aborrecimiento de ella le hace al hombre sufrir injurias y afrentas para satisfacer á Dios: y como dice Taulero, cuando el alma con voluntaria y verdadera sujeción no quiere de Dios menos el castigo y la pena que el perdón, y ésta es perfecta. Bien verá cada uno en sí por estas señales, si sabe ejercitar esta virtud. Por ser muy dificultoso de alcanzar, dice la Divina Escritura: *Nunca estés sin miedo de la culpa perdonada:* lo que dice con el fin de que no vuelva á pecar con el seguro del perdón ya recibido; y no porque deba juzgar que Dios ha de volver á pedir cuenta del pecado que una vez misericordiosamente perdonó; sino porque en esta vida ninguno (sin cierta revelación) puede estar cierto de que Dios le ha perdonado, ni puede tener más que confianza de fe (en que se debe aquietar) fundada en santas conjeturas de haber usado con buen ánimo de los medios que Dios le dió. Pero tampoco debe presumir de sí que ha cumplido con ellos tan de veras, que pueda vivir seguro y sin miedo de faltarle siempre que llorar por las culpas, y velar sobre las malas inclinaciones que con la penitencia no se consumieron, para no cometer otras: porque así como después de arrepentidos vemos que nos incitan á mal, así debemos siempre persuadirnos con humildad que no las aborrecemos cuanto basta para el dolor, á fin de refrenarlas y purgar el mal que en nosotros deja la experiencia de los pecados cometidos. Esto es lo que dicen los Santos, que la penitencia debe durar toda la vida: porque la culpa es un tan excesivo mal, que ninguno debe presumir de sí satisfacerla con menos que con sentirla y llorarla hasta la muerte; porque como Dios no perdona el pecado quitando la obligación de aborrecerle, debemos tener el aborrecimiento mientras dura esta obligación, que es por toda la vida.

Sobre esto hay por nuestros pecados mucha diferencia en los Santos y en los distraídos; pues los Santos muy penitentes, cuanto más satisfacen por las culpas, tanto menos se satisfacen del dolor y sentimiento de ellas, de llorarlas, aborrecerlas, huirlas, y tener miedo de ellas. Los que más friamente las conocen, y más tarde las confiesan, viven más confiados de que son perdonados; y así viven más descuidados en huir y evitar las culpas. Cotéjense con lo que Cristo nuestro bien hizo y padeció para merecerles el perdón, y satisfacer al Padre Eterno; y aquí verán cuánto más temerosos que confiados deben vivir en tanta frialdad y descuido de llorar, enmendar, aborrecer y evitar sus lazos. En este espejo divino de toda perfección verán las tres señales arriba referidas, sobre la verdadera penitencia, puestas en obra tan perfectamente por satisfacer nuestros pecados, que no pudiera hacer más si fueran propios. Verán que ningún desenfrenado pecador puede tener tanto gusto en sus pecados, cuanto fué el sentimiento y tristeza del Señor por ellos. Verán que el aborrecimiento de las ofensas que á Dios hace-

mos y su satisfacción, le hizo tan sufridor de injurias y de afrentas, cuanto ningún vanísimo pecador puede ser apetecedor de las honras. Verán que no quiso del Padre Eterno el perdón de nuestras culpas de balde, sino con rigor de justos merecimientos, penas y castigos afrentosos que sufrió por ellas. Y por cuanto no fió de nuestras malas inclinaciones, que aprovechasen sus trabajos á todos, dejó la virtud de ellos en los Sacramentos, y santificó las obras penitenciales con las suyas, para que tuviésemos continuos y presentes remedios los que somos continuamente combatidos de la inclinación á los pecados. ¿Y acaso os parece, que si este verdadero conocedor y ponderador de la gravedad de nuestras culpas, viviera en esta vida mortal hasta el fin del mundo, que dejara nunca el oficio de llorar los pecados de los hombres, y los peligros en que viven de cometerlos? De aquí podremos deducir dos verdades: que con viva fe confiemos en la bondad de este Señor, que nos perdonará siempre que á El nos lleguemos arrepentidos; y que con esto quiere el amor que le debemos que nos duela toda la vida el haberle ofendido, para no ofenderle.

La otra parte de esta virtud de la aspereza de vida (que es la materia de este capítulo) de que tantos ejemplos tenemos en Cristo, así como unos tienen para ella menos fuerzas y otros más, debe ser ejercitada con discreción; y en caso de duda, es más seguro inclinar mas á la parte de la aspereza que á la relajación, según el estado de cada uno. Las más ordinarias muestras para acertar en esta virtud, parece que pueden ser estas. La primera, el cuidado de gobernar la vida por necesidad, y no por apetito; y trabajar por conocer las verdaderas necesidades de la naturaleza ó del estado, en que no puede ponerse regla fija. Contra ésta militan los religiosos que con achaque de necesidad suelen tener las celdas muy proveídas de regalos, curiosidades, muchos vestidos y otras cosas, que fuera de poner en riesgo la pobreza que prometieron, relajan el rigor de la vida religiosa, favorecen la gula, regalan al cuerpo enemigo, enflaquecen las fuerzas del espíritu, ocupan el sentido en adquirir y conservar, y acontece lo que por gran abominación refiere San Pablo, que en la casa donde la regla y Dios es común, son las demasías tan particulares, que unos mueren de hambre y otros se emborrachan; quiere decir, que unos viven en sobras de regalos y otros padecen muchas necesidades, las cuales todas se remediaran, si las particulares sobras y demasías de unos se repartiesen con amor común por las faltas y necesidades de otros. Los males que de aquí resultan se hallan mal entendidos; porque así renuevan las aficiones que dejaron de parientes y amigos; se aumentan unas atenciones ú obligaciones con que se pierde el recogimiento; y finalmente, sin juicio temerario, se puede creer de todo religioso abastecido y regalado, que vive sin oración ni espíritu; y sea Dios Juez de lo que haya de más de esto. En el estado seglar lo que se hace más por apetito que por necesidad, es la plana mayor del mundo, y sin número los males que de aquí resultan. Baste aconsejar, que cada

uno sea en esto juez riguroso de sí mismo, y mire cómo informa á sus consejeros espirituales y confesores, por cuyo parecer se deben gobernar en sus obligaciones, porque el informe engañoso es como la cura y sentencia errada.

La segunda muestra ó límite, es vivir con cuidado de conocer bien las malas inclinaciones del cuerpo, y usar con más miedo y recelo de las cosas á que es más inclinado; porque en esas acostumbra á soltarse más en las demasías y solaparse en hacer del apetito virtud. Otra es, mirar al aprovechamiento espiritual del alma; pensando siempre que hace menos de lo que puede, y que se engaña en pensar que no puede; porque de este modo no se pagará de lo que hace, y usará de las cosas necesarias con más temor de Dios y menos libertad y soltura. Otra es, habiendo examinado la calidad del vicio á que es más inclinado, usar conforme á eso de la aspereza más acomodada para su freno y enmienda. Por falta de esta consideración acontece que el muy hablador, cuya propia aspereza es refrenar la lengua, aun en lo necesario, se castiga con ayunos, sin dejar de parlar; y el deshonesto, cuyo principal freno es cerrar los sentidos exteriores, y ocupar en Dios los interiores, no trata más que del cilicio, que traido ya por costumbre no refrena; y y así de los demás, que por no tirar á la raíz, quedan poco enmendados. Pero ayudado de estos avisos acertará cada uno con discreción el género de aspereza que más le corresponde, y la ejercitará en cuanto pudiere, sin los extremos de exceso ni de falta.

Muchos géneros de aspereza hay para la vida; ayunos, vigilias, cilicios, disciplinas; durezas de cama y de vestir, y otras á este modo, las cuales á veces son necesarias, á veces obligatorias, y á veces peligrosas. Los que las ejercitan deben tener presente que si ciertamente quitan las fuerzas para cumplir con las obligaciones de la ley de Dios y del estado propio, ó si se hacen por propio parecer sin sujeción al Padre espiritual, son más reprensibles que laudables; porque ejercitadas de este modo, como tienen exceso de propia voluntad, sucede que cuanto más admirables sean en lo exterior, tanta más soberbia engendran y menos mortifican. Entre todas son más seguras las que manda la Iglesia ó el estado de cada uno; las cuales deben siempre anteponerse á las mortificaciones voluntarias. Las que no son obligatorias, tienen tanto más de plausibles cuanto más mortifican la carne y la hacen servir al espíritu, acompañadas de otras asperezas más importantes, más seguras y más necesarias, cuales son refrenar los sentidos, la lengua, la vista, el oído, la conversación, la ociosidad, la ira, las ocasiones de los pecados, la propia voluntad, el propio parecer, el apetito de las cosas, el propio genio, sea el que fuere, en no ordenándose á manifiesto bien; la opinión de sí mismo y otras á este modo, las cuales todas se ejercitan sin peligro y con utilidad. De esta aspereza y rigor de vida huye el cuerpo mucho más que de las otras y son más trabajosas que las demás, porque aquéllas continuadas no se sienten, y en éstas es rara la continuación en que no se dejen de sentir;

y la misma repugnancia que la naturaleza las tiene, es indicio de su mayor importancia.

Otra aspereza de vida soberana es la continuación del recogimiento interior y continua oración; y si el espíritu diere lugar á eso, para ella se deben guardar las fuerzas corporales; porque es cosa averiguada por los Santos y experimentados, que la continua oración es la más áspera y rigurosa penitencia que se da al cuerpo; de suerte que aquel gran siervo de Dios, Fr. Luis de Montoya, que me crió, daba á sus súbditos por remedio para hacer con facilidad y sin trabajo todas las obras de virtud y obligaciones de la religión, que cuando el cuerpo ó la voluntad rehusase cumplir alguna de ellas, ofreciesen el partido de que había de estar en oración todo el tiempo correspondiente á la obra; porque es tanto el freno de la oración, que por evitarle aceptara todo otro trabajo; porque en la oración le cautivan los pensamientos, que es cosa en que la naturaleza más se desahoga y alarga; le toman residencia de sus apetitos y desórdenes, prenden á la voluntad para que no se aficione á lo que desea, oblíganla á que ande siempre debajo del yugo para que no dé entrada á cosa que distraiga el corazón ó lo perturbe; todo, en fin, en la continua oración anda cargado de prisiones, tratado como esclavo, sin dejarle gustar de nada como desea, ni dando lugar al cuerpo á que lleve adelante sus ardides, ni le reciben sus disculpas, ni goza cosa alguna de cuantas acostumbraba á ser señor.

Y aunque en la continuación de la oración llega el alma á vida quieta y pacífica, á júbilos y otros excesos de amor suave y á reducir el cuerpo á la obediencia del espíritu, con todo eso se gasta y consume como flaco, y entonces necesita ser ayudado, y en algún modo recreado; pero esto lo toma ya como bocados para pasar mejor la muerte continua en que vive y no daña al alma. Pluguiese á Dios que todos los amigos de penitencias quisiesen seguir ésta, porque de ella sacarían todos los provechos que desean. Firmemente aconsejo á todos los que por obligación del estado ó achaques de la flaqueza natural no pueden con otras asperezas corporales, que se den al ejercicio de la oración que en todo estado se puede continuar, y yo les aseguro que la virtud de la penitencia tendrá en su corazón el debido lugar.

Aviso aquí á todos una general tentación de los que leen ú oyen las vidas de los Santos muy penitentes, con los que se mueven á algún deseo de salvarse; pero éstos, en su mayor parte, se pasman de aquellos grandes extremos á los cuales juzgan que jamás pueden llegar, y con esto dicen que cómo se han de salvar hallándose tan lejos de aquellos medios. Este es un género de tentación con que el enemigo arraiga más el descuido de enmendar la vida. Sobre lo cual deben saber, que no es lícito querer imitar á los Santos en aquellos grandes extremos que el espíritu de Dios les hace hacer, los cuales sólo pueden ser imitados con otro tal espíritu, y no de otro modo; y no juzgue ninguno que tiene aquel espíritu, pues eso será soberbia; mas cuando le tuvieren, Dios les hará hacer lo que

fuere servido sin que ellos adviertan si es mucho ó poco lo que hacen, porque se gobiernan por luz extraordinaria que les consume las imperfecciones. Y los que esto ven, alaben á Dios en las obras maravillosas que hace en sus Santos; y humillándose, procuren esforzarse á hacer siquiera lo poco que pueden, alabando al Señor y confiando en El, que tiene en su reino moradas para aquellos soberanos luceros y para otros más pequeños.

EJERCICIO DE LA ASPEREZA DE LA VIDA DEL SEÑOR CONTRA LOS PECADOS

¡Oh Señor, esperanza de los tuyos y deseo á que suspira el corazón de los que te poseen y de los que te buscan! ¡Oh médico divino y medicina verdadera de todas mis necesidades! Aquí estoy ante tus divinos y misericordiosos ojos, lleno de las llagas interiores que Vos veis, pesáis y conocéis mejor que yo. La culpa que en ellas tengo, la pena que por ellas merezco, lo que en todo os ofendí, y cuán mal lo conozco, Vos conocedor mío y mi remediador, en justa balanza lo pesáis. No puedo ni quiero huir de vuestra mano y de vuestro juicio; porque ya que contra vos pequé, sin agradecimiento de las infinitas mercedes que me hicisteis, desaprovechándome y desechando cuantos bienes me ha dado esa liberalísima mano, á ella me someto, de ella quiero el remedio, de ella el castigo y de ella la firmeza para mi enmienda. A Vos, Padre mío celestial, y á vuestra piedad confesaré mis males; abrid Vos los ojos de mi corazón para que vea la gravedad de mis culpas, y conocida la sienta con dolor, y sentida la llore y os satisfaga con todo mi interior.

Vos, Señor, no aborrecéis vuestras criaturas; mas yo confieso que no puedo aparecer delante de Vos con cosa que no podáis justamente reprobar y aborrecer; porque en todos mis sentidos interiores y exteriores y en todas mis obras traigo escrita la justa sentencia de mi castigo, que no puedo negar ante vuestros divinos ojos que todo lo ven. Los ojos que debía levantar á Vos, son testimonio de las ofensas que con ellos os hice. La lengua con que os he de pedir perdón, está convencida de cuanto hablo contra vuestra voluntad. Los oídos con que he de oir vuestras palabras, tienen contra sí las vanidades y maldades en que se ocuparon, y con que desordenaron el interior que criasteis para Vos. Todo cuanto hay en este cuerpo se halla cercado de vuestras injurias, de ocupaciones terrenas, de servicios á perversos apetitos, y hecho instrumento de toda malicia y cruel arma de vuestros enemigos contra todas vuestras voluntades. Aquí está como traidor contra vuestra obediencia, como ladrón de vuestra honra, como destructor de vuestras obras, como desperdiciador de vuestros beneficios; y además rudo para conocerse, duro para enmendarse, y tan malicioso, disimulado é inclinado á todo mal al confesar esto, como cuando sin confesarlo os ofende con gusto; y sobre esto, flaco para la cura y penitencia, rebelde para la obediencia y castigo. ¿Pues esta miserable alma, cómo se ha de atrever á presentarse ante vuestra divina pureza, siendo ella tan baja, terrena, sucia y miserable como

se halla? Vos la hicisteis libre y señora; ella se hizo esclava y usó de la libertad para huir de Vos y desobedeceros. Siempre más amiga de su carne que de Vos; siempre asida á los apetitos de este cuerpo y ocupada en sus gustos; sorda á vuestras inspiraciones; tibia á sus obligaciones y llena de lo que veis y aborrecéis; sin Vos, verdadera vida y riqueza mía, los pensamientos estragados, la memoria llena, y no de Vos, sino de lo que Vos veis; la voluntad hecha estanque de todas las bajezas que aborrecéis.

¡Oh Señor! Vos sabéis que no puedo confesar ni sé conocer los males que contra mí dan voces á vuestra justicia. ¿Qué me queda para poderos contentar que os pueda ofrecer, y con que pueda aparecer delante de Vos? Nada, Señor y Dios mío, me queda; sino el justo merecimiento de todos los castigos y la justa sentencia de condenación que contra mí daréis, si no me mirareis con misericordia. ¡Oh sufridor paternal de mis males! ¿En qué ha de parar cuanto mal en mí veis, sufrís y toleráis? Me sufristeis los yerros de la mocedad y las codicias que reinaron en mí toda la vida; me visteis, Dios mío, andar embebecido tras mis pensamientos y deseos vergonzosos; andar gozoso en los apetitos que cumplía; hambriento del mundo y de los pecados que perdía; desvanecido en intenciones y pretensiones vanísimas; en el cuidado de seguirlas; en profundo descuido de mirar por mí y por Vos; en distraida ocupación de todo este hombre interior y exterior; en gustoso cautiverio de los vicios en que viví y contento que de ellos tuve; en la derramada y repartida afición de esta alma, en que Vos ninguna parte tenéis. Me visteis errar en todo por voluntad; me visteis huir de Vos, Dios de mi corazón, por mi querer; me visteis pasar la vida en engaños; llegar contento á las puertas del infierno, y con todo eso me sufristeis y disimulasteis siempre conmigo, y no me dejasteis hasta ahora caer en el infierno que justamente merecí. Este soy, á quien sufristeis, conociendo bien cuán grandes son los males que tolerabais, y cuánta mi ceguedad que no os veía; y yo estoy aquí aún en esta hora mal conocido de mí, pero de Vos muy sufrido. Pues, Señor, ¿qué haré, que ni queréis que desespere, ni tengo en mí de qué confiar, ni puedo prometerme de mí cosa que confíe cumplir?

Oh amigo y pastor piadoso de las ovejas erradas, que no quisisteis que los pecadores tuviésemos remedio sino en Vos mismo, que sois el ofendido, y nos disteis vuestros merecimientos para esperar por ellos la misericordia, y nos enseñasteis la penitencia para remedio y enmienda de nuestras culpas; alumbrad mis ojos para que de Vos aprenda la reformación de mis desórdenes y el conocimiento y odio de mis culpas, para satisfacer cuanto á vuestra bondad tengo ofendido. Adóroos, divino Maestro de mis ignorancias y reparador misericordioso de mis necesidades. Os doy infinitas gracias, Pastor mío divino, por la bondad, amor y piedad con que tomasteis sobre Vos mis pecados para pagar por ellos. Adoro el amor infinito y voluntad con que os ofrecisteis á todo trabajo para aliviarme, y con que cargasteis sobre Vos toda aspereza y rigor de vida con que

os afligisteis para descargarme á mí. Adoro las vigilias y horas que por mí gastasteis en oración. Adoro las hambres y sed, fríos y calores que sufristeis por mí. Adoro la dureza del trato que disteis á ese sacratísimo cuerpo, las asperezas de vida, las penitencias, obras penales y todo el riguroso tratamiento con que tuvisteis por bien pagar en treinta y tres años los males que no hicisteis, y yo con dañado gusto cometí. Adoro el sentimiento con que los llorábais, el deseo con que os ofrecíais por ellos, el amor con que por ellos os atribulábais, la ansia y deseo con que negociábais misericordia para ellos, la continuación y perseverancia con que por ellos satisfacíais, la ancha entrada que me abríais para los tesoros de vuestra misericordia, la justa ira de vuestro Eterno Padre que con vuestro merecimiento ablandábais, y la gracia y perdón de ellos que me merecíais.

Enseñadme, Señor, que sepa agradecer tan grandes misericordias. En las noches en que por mí os desvelábais, ocupándolas en granjearme tesoros de gracia, bien presentes teníais los males en que yo había de gastar los desvelos de mis obscuras noches. En el hambre y sed que padecíais, os acordábais de las demasías de mi gula. En los fríos y calores, veíais los regalos de mi cuerpo. En las lágrimas que llorábais, sabíais las durezas y soltura de mis perversos gustos. En la ocupación y amor eterno con que os ofrecíais, me veíais distraído, sin honor, todo llagado y perdido; en cualquiera aspereza que dábais á vuestra sacratísima humanidad, teníais presente la soltura y disolución de la mía para todos los vicios. Ya en el conocimiento de vuestra eterna sabiduría me estaba yo perdiendo, cuando Vos me ganábais; yo os huía, cuando con vuestro amor me recogíais; yo me deleitaba en pecados, cuando Vos os afligíais por ellos; yo trataba de gustos de este cuerpo, cuando fatigábais el vuestro; yo no trataba sino de lo que me destruía y apartaba de Vos, cuando Vos no cuidábais sino de remediarme á costa de mucho trabajo, como verdadero Padre, Señor y amigo, que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

¡Oh Dios de mis necesidades, yo soy ese por quien os afligís; vedme aquí! Así como entonces estaba presente á vuestros trabajos y á vuestra sabiduría, y tan perdido como ahora estoy y como siempre fuí, así tengo aquí presente la virtud de ellos con toda vuestra misericordia. Con estos ayunos, vigilias, oraciones y penitencias vuestras, me abrazo; á ellas pido lo que yo no merezco. Mirad, Señor, á ellas, para darme por ellas el perdón. Si no queréis que el pecador se pierda, por ser hechura de vuestra mano, y amáis todo lo que hicisteis, ¿cómo habéis de querer que se pierda en mí y salgan en vano los trabajos que por mí padecisteis? Abrid, Señor, mis ojos, para que me vea, me conozca y me aborrezca; pues sin vuestra luz soy ciego y amo la ponzoña de mis vicios. Vos visteis en ellos tanta desventura, tan fea malicia y tan dañada é infernal ponzoña, que juzgasteis que sin vuestra sangre y sin que Vos, Hijo de Dios vivo, pagáseis por mí, no podía tener remedio. Todo vuestro

trabajo le tenéis, divina sabiduría, por necesario para la cura de tan grande y desgraciado mal como es el pecado, y como quien bien le conoce. Ningún descanso tomáis para satisfacer por ellos y curarlos; y yo que los cometo, como y duermo con ellos descansado, téngolos por compañeros, y muchas veces por descanso, refrigerio y regocijo de mi vida. ¡Oh divina piedad, compadeceos de tan grandes miserias y de tan obstinada ceguedad!

Ya que no temí ofenderos, tema el teneros ofendido y tiemble de volveros á ofender. No me dejéis tener jamás por cosa leve aquella en que os ofenda, para que no venga á hacer poco caso de ofenderos. No puedo yo tener justo conocimiento de mis culpas, sin que Vos me lo deis; y pues el curarlas os hizo pasar tantos años de penitencia, por ella os pido que deis á esta alma pecadora el fruto de esos trabajos, alumbrándome en perfecto conocimiento de mis culpas y entrañable aborrecimiento de ellas. ¡Ah! Dios mío, misericordia. Deshaced este muro de acero que hay entre Vos y entre mí. ¿Qué mayor desventura puede haber, que gustar yo de cometer una cosa que Vos tanto aborrecéis; que por ella condenáis para siempre las almas que amáis con infinito amor, que morís por ella en la Cruz; y estar yo que las cometo tan ciego, que pienso que no es nada lo que cometo, y á veces demás de esto me entristezco por no poder hacer todo el mal que deseo? ¡Ah! mi Dios, que ni aun sé pedir en esto lo que deseo, ni sé imaginar lo que debo, ni cuánto debo desearlo, porque aún estoy ciego. Si me hallase iluminado toda la vida, por larga que fuese, viviría triste de haber cometido contra Vos un solo pecado; y ahora vivo como seguro y descuidado, habiendo cometido tantos. ¡Oh misericordioso Señor!, ya que yo no sé ni aun desear bien lo que en esto me corresponde pedir á vuestra piedad, preguntad á vuestro purísimo espíritu, ¿por qué ayuna tanto? ¿por qué se desvela tanto? ¿por qué se aflige tanto? ¿por qué toma tanta penitencia en tantos años por los males que no hizo? Y por lo que os respondiere (pues conoce el mal que yo en mí no sé ponderar), dadme lo que yo no sé pedir, á fin de no ofenderos más. A vuestros trabajos apelo; á ellos pido esta misericordia; respetadlos á ellos, y dadme por ellos el perfecto remedio que me negociaron con Vos.

Señor mío, Redentor y reformador misericordiosísimo de mis yerros; convertid á vuestro servicio los distraídos sentidos y miembros de este enemigo cuerpo. Vos que conocéis cuán contrario es á cuantos bienes plantáis en mi alma, dadla ánimo y fuerzas para que le rinda. Enseñadme á conocer sus ardides; deshaced la malicia de cuanto achaca; dadme fortaleza de espíritu para resistirle y refrenarle. ¿Qué puedo yo contra tal enemigo sin vuestro esfuerzo? Disteismelo por compañero; obligasteisme á mantenerlo y castigarle; soy tan desventurado, que no acierto á templar estas dos obligaciones; porque más presto me inclino á condolerme de él para regalarle, que al castigo para refrenarle. Clavad, Señor, con vuestro temor mis carnes en vuestra Cruz; y de esos vuestros trabajos

dadme la discreción, voluntad y fuerzas con que Vos queréis que yo le trate. Apartad y cerrad con vuestro temor mis ojos, para que no vean con gusto la vanidad, ni se detengan en las cosas que distraen el alma. Poned, Señor, guarda y freno á mi lengua; cerrad del todo mi boca, para que tema hablar lo que no debo; y pues dijisteis que en la lengua está la muerte y la vida, hacedme vivir callando, para que no mate hablando mi alma, ni mi prójimo, sino con silencio y esperanza viva siempre en vos ocupado. Y pues en la divina Escritura revelasteis que los sentidos son las puertas por donde entra la muerte en nuestras almas; cerradlas por dentro con vuestro amor y temor, para que solo Vos viváis en mi alma, sin que haya en ella cosa mortal que os desagrade. Enseñadme, Señor, á cortar los apetitos y no usar de las cosas temporales con exceso, sino por necesidad.

Aquí el ejercitante se acusará á Dios de las cosas particulares corporales, en que conoce vive más relajadamente, y que más le pide el cuerpo, ó son mayor ocasión de culpas, ó demasías que distraen y cautivan el corazón, juntamente con las condiciones naturales en que tiene más defectos; y presentándolas al Señor con deseo de desarraigarlas, le dirá así:

¡Oh Médico divino de mis miserias! Esforzad mi flaqueza para quebrantar estas malas inclinaciones. Oh conocedor de mis imperfecciones, que veis cuánto entran estas malas raíces por el interior de mi alma y el daño que le causan; arrancadlas y dadme voluntad para hacer lo que Vos fuéreis servido; fuerzas para ejecutarlo, y fortaleza para no temer daño, pérdida, ni el perjuicio que este cuerpo imagina le vendrá, si se dedica á vuestro santo servicio. Concededme, Señor, que ame á toda la criatura que me ocasione algún trabajo, pues es instrumento de que sea mi culpa castigada. Concededme que me sea sabrosa cualquiera tribulación, para satisfacer con ella por mis pecados. Concededme que me causen tanto aborrecimiento mis culpas, cuanto fué el gusto que tuve al cometerlas. Concededme que busque y ame la penitencia, cuanto amé la culpa. Y porque Vos sabéis lo que me conviene, á vuestros pies misericordiosos me pongo. Perdonad cuanto quisiéreis; castigad cuanto os pareciere; pero concededme que yo no quiera otra cosa. Quemad aquí, cortad aquí, azotad aquí: no perdonéis nada en mí, para que siempre me perdonéis. Poderoso sois, misericordioso dueño mío, para acabar en mí todos mis males. Vos, amantísimo Jesús, vida y salud de esta alma pecadora, no aceptáis ni deseáis menos la compañía, familiaridad y amor de las almas convertidas que de las inocentes. En la hora que la Magdalena pecadora lloró á estos vuestros pies y los abrazó, luego quedó con título de amante; luego tuvo la mejor parte en vuestra casa; luego subió á ungir vuestra cabeza. El perseguidor San Pablo al punto que os quiso obedecer, tuvo el cielo por escuela, á Vos por divino Maestro, y Vos tuvisteis su corazón por aceptísima morada. Oh vida de mi corazón, levantad á Vos este abatido espíritu: con esos pies me abrazo, amor de mi alma. Quiero, quiero, mi Jesús, serviros; quiero amaros, quiero ser todo

vuestro. Ahóguense mis pecados en el abismo de vuestra misericordia, para que no haya más memoria de ellos. Verdad es que mi alma denegrida es indigna de Vos. No se supo guardar; entráronla muchos males y vicios por todas partes; mas lo que Vos curáreis, ¿quién lo llagará? Lo que Vos edificáreis, ¿quién lo derribará? Lo que Vos juntáreis, ¿quién lo esparcirá? Y lo que Vos amáreis, ¿quién os lo quitará? Tan vuestra es mi alma como la de vuestros amigos muy queridos. Amoos, mi buen Jesús. Si me mirare á mí, huiré de Vos; pero á Vos levanto mis ojos, que sois la morada de los puros espíritus. A Vos levanto mis deseos; á Vos suspira mi interior; a Vos se une todo este corazón. Vos consumiréis lo que en mí os descontenta; con Vos todo lo podré, y nada temeré. Mi Dios, mi riqueza, mi gloria y toda mi bienaventuranza.

Oh Madre de Dios y de los pecadores, compañera fidelísima de los trabajos de vuestro único Hijo; pues Vos sois la única que nunca conocisteis pecado, tened misericordia de este pecador que desea el servicio y compañía de este Señor; y haced que perdonado de mis pecados, sea á ella admitido. Oh ciudadanos soberanos de esa santa celestial ciudad, hecha también para los pecadores; prended allá mi deseo, para que ninguna cosa terrena me haga perder vuestra compañía. Amén.

## TRABAJO XIII

### Hambre y sed de justicia.

Hace Dios tan grande estimación del hambre y sed de justicia en que viven los santos y justos que de veras apetecen contentar á Dios, que la reputó por una de sus más perfectas virtudes evangélicas y uno de los más derechos y seguros caminos, de la bienaventuranza diciendo en el sermón del monte: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.* Por justicia se entiende la santidad de las virtudes y guarda de la ley y doctrina de Dios, la cual justifica las almas, las saca de los pecados, las convierte á Dios, las alumbra, purifica y hace capaces para el perfecto amor de Dios y para recibir los bienes eternos. Es tan meritoria la vida ocupada en la hambre y sed; esto es, en fervorosos deseos de esta virtud y santidad, que parece no puede ser remunerada con menos que con cuanto Dios puede dar; porque como Dios quiere por principal disposición para franquear sus mercedes el deseo fervoroso del alma; éste, que con nada se harta, y con lo recibido crece incesantemente y suspira por más, parece que todo lo merece, y por tanto no le señala particular medida al galardón, sino un general cúmulo de todos los bienes, bien expresado en el nombre que señala Cristo al premio correspondiente en el cielo, pues le llama *hartura.* En aquel gran sermón que predicó en el monte, señalando el premio de las bienaventuranzas, un mismo reino de los cielos fué prometido á todos los ocho caminos (como dice nuestro Padre San Agustín); pero señalado por diferentes nombres y atri-

butos, conforme á la calidad de cada una de las virtudes. Al reino del cielo, que por ésta dará, la llamó hartura, propia satisfacción del hambre y sed; porque en aquellos bienes eternos, donde sin imperfección será Dios obedecido y amado, hartarán seguramente los justos el hambre y deseo en que viven de su amor y obediencia.

De dos modos se entiende esta hambre y sed de justicia: una (como dice el mismo Santo) es hambre y deseo de apartar el propio espíritu de las cosas bajas, de arrancar de sí mismo el amor de las cosas terrenas en que con pestífero amor está cautivo y emplearle en solo Dios: otra es hambre y deseo de que todas las almas hagan lo mismo; y ésta nace de la primera, y es tanto mayor cuanto aquella se enciende más pura y perfectamente en el amor de Dios. El premio de la primera comienza aquí por aquel mantenimiento de que Cristo se alimentaba, y declaró cuando dijo: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Eterno Padre:* y con aquella agua de que también dijo, que en los corazones de los fieles nacería una fuente de agua viva que correría hasta la vida eterna; porque las almas hambrientas de las virtudes que les faltan, reciben de Dios humilde sujeción á su voluntad, con que ejercitan gustosamente todas las virtudes y viven y se mantienen de cumplir en todo la voluntad de Dios; y reciben también fervor de amor divino con que arrancan de sí los vicios, y siempre su interior corre, camina y vuela, como agua viva á las cosas soberanas; pero la plenaria perfección de este premio sólo en la vida eterna la tendrán.

La segunda hambre y sed tiene en la mayor parte reservada su satisfacción para la otra vida, porque generalmente reina en ésta la tibieza de caridad y la continuación de los vicios; por lo que no pueden tener total hartura sino donde no habrá vicios que arrancar, ni frialdad que encender, ni desear más para las almas de los prójimos, que los bienes eternos que ya poseen. Esta es una de las virtudes que ejercitan los Santos con más trabajo, y que los cansa más; porque en lo que toca á sí mismos, todos sus trabajos se ordenan á desarraigar el amor terreno y vicios á que la naturaleza más se inclina; y en ninguna cosa más sudan y se cansan que en vencer sus tentaciones y mortificar su carne, por saciar el deseo que tienen de contentar y amar á Dios; y cuanto mayor es este deseo y hambre, tanto mayores son los trabajos que por eso toman; y para ninguna otra molestia necesitan más paciencia que para sufrir los defectos de su flaqueza y los estímulos contrarios al hambre y deseo de agradar en todo á Dios, y acudir enteramente á cuanto Dios quiere de ellos, pues siempre los está moviendo á ello interiormente.

Pero en lo que toca á la salvación de los prójimos, después que las almas llegan á amar á este Señor de todo corazón, crece en ellas la luz y conocimiento de cuanto el Señor merece ser amado de todos, y las causa mucha pena ver la perdición de los que viven en pecado; arden en deseo de verlo todo reformado y sujeto á la obediencia de la ley del Señor; y no sienten menos ver á los hom-

bres apartados de El, que el tiempo en que ellas propias lo estuvieron. Y por lo mucho que una y otra hambre cuesta á los Santos, se les da por premio la hartura, como refección y esfuerzo á los cansados del trabajo, como dice San Agustín; el mal añade ser don propio de esta virtud el cuarto del Espíritu Santo, que es la fortaleza; porque se necesita mucho esfuerzo divino para la fuerza con que el corazón ha de arrancar de sí el amor terreno, y para los trabajos con que se adquiere el divino; y ha menester el alma presa del amor de Dios mucha fortaleza del Espíritu Santo para sufrir la pena que le da la perdición que ve de muchas almas, y para ofrecerse á todo trabajo por la salvación de ellas, cuando fuere necesario, sin reparar en pérdidas temporales, deshonra ni muerte, por cooperar á salvarlas. Según lo cual, es esta virtud fuente de todas las virtudes de los justos, y sumario de todos sus gloriosos y santos trabajos que pasan por contentar á Dios y ayudar á los prójimos.

Quien mayor parte tuvo en el trabajo de esta virtud fué el Redentor; porque por la medida de su amor, ardía siempre en viva hambre y sed de ver practicadas las virtudes, guardada la ley de Dios, plantado su espíritu en los corazones de los hombres, extendido el conocimiento de Dios, encendido su amor y acabados los pecados. No sentía menos la falta de todo esto en los hombres, que si la viera en sí mismo; por lo que no se armó menos para pasar todos los trabajos por satisfacer esta hambre en nosotros, que lo que trabajaría por sí; pues todo nuestro mal ó bien le tenía por más propio suyo que nuestro. Duróle este ansia y deseo desde que tomó nuestra humanidad, hasta que expiró en la cruz. San Pablo, que no tenía más que una ascua del inmenso fuego de amor que ardía en el pecho de este Señor, decía de sí que la solicitud del bien de las iglesias le hacía enflaquecer con los flacos; quemarse y arder cuando veía escándalos; que no era suyo, sino que la caridad de Cristo le obligaba á ser de los prójimos, ya estuviese fuera de sí en excesos mentales con Dios, ó en sí para tratar con los hombres; y que si trabajaba por plantar el Evangelio en los corazones de los hombres, costándole cadenas y prisiones, todo lo daba por bien empleado por los escogidos; y que siendo su vida vivir con Cristo, y estando toda su ganancia en la muerte, con todo eso vivía entre dos trabajos sin saber determinar cuál escogería, si el ser desatado de esta vida para ir á ver á Dios, ó si el vivir para aprovechamiento de las almas. Poníale esto en tal extremo, que llegaba á decir que aunque sabía que ninguna cosa le podía apartar de la caridad de Cristo, sin embargo, el Espíritu Santo era testigo de su conciencia que sentía tanta tristeza y dolor en ver la contumacia y perdición de la gente judaica, que aceptaría ser él olvidado de Dios si con eso pudieran ellos conseguir remedio y salvación.

Pues si San Pablo no se tenía por suyo, ni le parecía grande ningún trabajo y vivía en continuo dolor de la perdición de las almas, y deseaba se le dilatase la gloria de ver á Cristo, si fuese necesario, para la salvación de los prójimos, ¿qué diría de sí el Re-

dentor, amor eterno y fuente de toda caridad, á quien trajo á la tierra el amor de nuestra salvación? ¿Qué diría los años que en ella vivió en continua hambre y sed de la salvación de los hombres, teniendo presentes los pecados de los pasados, presentes y por venir? Pesábalos con su eterna sabiduría; dolíanle conforme al amor inmenso que tenía á los hombres; deseaba ansiosamente dar fin á los pecados, y así vivía en un continuo tormento de aflicción y de trabajo, pudiéndose decir que sufrió tantas muertes cuantos pecados conocía en todo el mundo y cuantas almas deseaba salvar; porque más estimaba la salvación de cada una, y más sentía cada ofensa á Dios que la propia vida, pues por cada una de ellas murió, haciendo de su parte lo que podía, aunque no todos habían de aprovecharse de su muerte, cosa que le era más dolorosa que la misma muerte. Así debe cada uno tener presente, cuando ofendiere á Dios ó se descuidare de su salvación, la obligación en que está de servir á el que vivía en excesivos é íntimos sentimientos de las culpas que con gusto comete, cuyos sentimientos del Señor no tenían alivio, sino de aquellos que El sabía habían de llorar sus yerros y enmendar la vida con la obediencia de la ley de Dios. Y porque sentía nuestros males como pérdidas propias, y deseaba en nosotros las virtudes como si fueran sus provechos, no quiso otro fruto y premio de sus trabajos sino nuestro remedio y aprovechamiento.

Mas por cuanto no puede el alma entender los quilates de este espiritual trabajo del Señor sin llegar al puro amor de Dios y de su honra y gloria, por una conjetura podrá alcanzar algo de la mucha obligación que tenemos al Señor por este trabajo. La cosa que un padre y una madre naturalmente más aman, es un hijo y una hija. La experiencia nos dice que el mayor desconsuelo de su vida es ver la hija distraida y errada en inquietas aficiones contra su honra, y al hijo de malas inclinaciones, malas compañías y descaminado, especialmente cuando no le aprovechan el consejo, la reprensión ni el castigo. Esto hace la vida trabajosa y triste, la vejez cansada y acaba todos los gustos de la vida, y piensa el padre y la madre que ya no les queda más en que poner los ojos. A este modo se quejaba Dios por los Profetas muchas veces, de que el amor que como hijos le debemos lo empleábamos en otros varios y perversos amores; que le volvíamos las espaldas, que huíamos de El, que le dábamos trabajo y le hacíamos servir en nuestras iniquidades. Y quéjase con mucha razón, porque sin comparación alguna, ama más nuestras almas, hace más por ellas y siente más sus pérdidas que lo que el padre natural ama á sus hijos y lo que siente perderlos.

Grandísima confusión y vergüenza nuestra es, si reflexionamos en ello, ver las ansias y aprietos del Corazón del Señor por nuestra salvación, su hambriento deseo y sed de nuestro bien, y el fastidio que reina en nosotros de todos los bienes del alma y del cielo, con el hambre canina de todos los apetitos terrenos que nos arrastran más que el mismo Dios. Ni puede haber mayor señal de estar una alma reprobada, que tener perdido el gusto para las cosas de

Dios, de que proveyó su Majestad y la naturaleza á las potencias corporales y espirituales; de un natural apetito á las cosas que les son más convenientes, para que apeteciéndolas más, las reciba con más gusto y las goce con mayor aprovechamiento. Así dice la divina Escritura, que los ojos no se sacian de ver ni los oídos de oir; y lo mismo diremos del estómago, del hambre que le hace comer, la sed beber, recibiéndolo con gusto, y así de los demás sentidos; y la mayor señal de estar ya muy debilitada la naturaleza, es no percibir los sentidos el apetito y gusto de las cosas que les corresponden, porque así como no las desean, no las gozan. A este modo tiene el alma toda su natural inclinación á las cosas infinitas, las cuales solamente le satisfacen; y cuando por estar ocupada en aficiones terrenas pierde el apetito y gusto de las celestiales, no siente su pérdida ni desea poseerlas; deséchalas con asco, apártase con fastidio y queda con todas las señales mortales de perdición. Este es el vicio á que los Santos llaman insensibilidad; el más perjudicial para la salvación, porque aun en vida del alma es ya señal de muerte. Quejábase Dios por los Profetas de que llamaba y no era oído; castigaba y no era sentido; azotaba y no hallaba á quien le doliese; y estando así como insensibles, entra la muerte interior sin que la tengan miedo; pierden á Dios sin hacer aprecio, y juzgan que viven andando en brazos de la muerte. De éstos dice la Sagrada Escritura, que pasan la vida en los bienes temporales que estiman, sin memoria y con fastidio de los espirituales; y de repente bajan en un punto al infierno; porque vivieron tan sin deseo de las cosas eternas y de las virtudes por donde se alcanzan, que llegados á la última hora en que habían menester las horas de toda la vida, se hallaron tan sin Dios y sin gusto de las cosas divinas, que por aquellas mismas de que más gustaron, y por falta de las que más necesitaban y nunca desearon, se perdieron.

Tres cosas bien pequeñas aconsejaría yo á los que se vieren en este tan arriesgado y peligroso estado, para que no se vayan del todo á fondo hasta que Dios acuda con su misericordiosa mano y suave influencia de su luz y amor con que levante el alma á más perfección: la primera, que á lo menos alaben y aprueben la virtud en cualquiera parte donde la vieren aunque no la sigan, y favorezcan siempre á los virtuosos, para que no pasen á ser, por el fastidio de las cosas divinas, perseguidores de ellas, que es ya casi estado de compañía infernal; y muchas veces el Señor, viendo que el alma y la lengua aprueban las obras que la flaqueza no sigue, se compadece del alma y la da esfuerzo contra sí y contra sus vicios, y le abre los sentidos interiores para que guste de lo que antes la fastidiaba. La segunda cosa es, que reprendan siempre en sí mismos la dureza y frialdad de su corazón, cuando vieren que no hacen lo que ven hacer á los siervos de Dios y se tengan por eso en mala cuenta y para poco; porque con esto no se apagará en ellos del todo la luz divina y conocimiento de la verdad que necesitan y no siguen, y no perderán del todo el temor de Dios, ni harán asiento de seguridad

en sus pecados. La tercera, que procuren tener conversación con los siervos de Dios, buscándolos y hablando con ellos de las cosas divinas; porque viendo sus ejemplos y oyendo muchas veces lo contrario del mal que hacen, les ablandará Dios el corazón para dejarlo de hacer. Y si nuestro Señor les abriese algún resquicio á su luz, ocúpense lo más que pudieren en leer y considerar la vida y trabajos del Redentor y las muchas obligaciones que le tienen; porque éste es poderosísimo remedio para abrir el deseo del alma y cautivarla del amor de tan rico y suave piélago de bienes como en este Señor se encierran.

Aquellos á quien hiciere merced de darles viva hambre, sed y deseo de El, si reflexionaren sobre sí, hallarán que Dios nunca cesa de llamarlos interiormente, y que cada vez les descubre más cuanto de ellos quiere, y que sólo quiere señorear su corazón; por tanto, acúdanle con mucha vigilancia, séanle leales en dejarse llevar de El y avivar cada vez más este deseo; porque si con culpable descuido se distraen, entrará en ellos el gusto de las cosas terrenas y será el segundo fastidio peor y más incurable que el primero. Acuérdense que en la ley antigua mandaba nuestro Señor, que en su altar no ardiese otro fuego sino el que bajaba del cielo, y éste no leemos que le diese á su Santuario más que dos veces: una en vida de Moisés en el desierto; otra en tiempo del sacerdote Nehemías, cuando volvieron los judíos del cautiverio á poblar á Jerusalén, porque había muchos años que se había apagado el que le dió primera vez en el desierto. Pero aunque solas dos veces dió el fuego á aquel pueblo, le mantenían siempre con leña y, por tanto, era tenido por fuego del cielo. Así el vivo deseo de contentar á Dios, y el hambre y sed continua de su amor y servicio de su honra y gloria en sí y en los prójimos, es don del cielo y fuego que Dios enciende en nuestros corazones; porque si El no le diere, nosotros no le tenemos por nosotros. Pero de tal suerte es dádiva suya, que quiere que nosotros le aticemos con fervorosos suspiros y cuidado de la oración y buenos ejercicios; porque aunque es fuego del cielo, es en esto de la calidad del terreno, que si le encienden y atizan, crece, y si hay descuido en esto, se apaga y resuelve en ceniza, siendo culpable el haberle perdido, con mucho daño y obligación de volverle á conseguir con trabajo. Y cuando se apaga por el descuido de no ser atizado, es necesario para volverle á alcanzar de Dios, hacer lo que hizo el sacerdote Nehemías, que no hallando en el pozo, donde el primer fuego fué escondido cuando los judíos iban al cautiverio, más que una agua gruesa, mandó que la echasen sobre el altar y sacrificio hasta que el sol, que estaba encubierto, rayó sobre ella, y por virtud divina la encendió. Así aquella pequeña ascua de fuego, que ardió en el alma con conocimiento de la culpa de haberle perdido, debe ofrecerse á Dios con humilde corazón, pidiéndole constantemente que le vuelva á encender, y su Majestad, que ninguna otra cosa desea, oirá con misericorda al alma arrepentida.

De esta hambre y sed de justicia nace la virtud del santo celo, muy necesaria á toda alma cristiana y muy dificultosa de acertar, donde el acierto es muy provechoso y el yerro peligroso; por lo que debe ejercitarse con mucha discreción y tiento; porque como muchas veces tiene en lo exterior apariencia de cólera é indignación, es dispuesta para que haya en ella exceso de naturaleza y escándalo del prójimo, con lo que hace más daño que provecho. Por otra parte, como el fin de esta virtud es el servicio de Dios y salvación de las almas, se figura muchas veces á los más fervorosos esta obligación tan grande, que desordena las circunstancias necesarias para lograr lo que pretende, no dejando guardar el tiempo, modo, lugar y coyuntura en el proceder, como lo practica el supremo celador de todo bien; y como no está en mano de éstos lo que desean, si se desordena la música de la caridad, dan en desentonadísimas faltas, que á veces ocasionan más daño en las almas que servicio de Dios. La significación del nombre celo, da en parte algún orden de la moderación y condiciones con que se ha de ejercitar, porque es al modo de los celos; y celo en materia de amor, es cuidado de conservarle, y cortar todo aquello por donde se pierde ó conmuta, naciendo esto del aprecio del mismo amor y de la cosa amada. Por lo mismo quedará entendido que el celo santo ha de nacer del verdadero amor de Dios, amor de la virtud, estimación de la honra y gloria del Señor y provecho espiritual del prójimo.

Del amor de Dios y del prójimo dice San Pablo, que es paciente, blando, benigno, que no es envidioso ni piensa mal, ni lo hace á ninguno; no es presuntuoso, no tiene ambición de la honra propia ni de su provecho; no pretende nunca hacer mal, ayuda con alegría á la verdad y aborrece lo malo. Todas estas condiciones ha de tener el celo para ser santo. Primeramente, el celoso ha de amar de veras á Dios y al prójimo; después de esto, ha de pretender solamente la honra y gloria de Dios y provecho del prójimo; y conforme á ello la primera piedra que ha de poner el celoso ha de ser celar en sí mismo la honra de Dios, y conocer el daño que el mal le hace á él, y trabajar por atajarle en sí y en los prójimos, con igual moderación en sí y en ellos; porque disimular el daño del alma propia y celar mucho el remedio del mal del prójimo; ser muy mirado en el punto propio y en las coyunturas con que ha de tratar sus cosas, y muy precipitado en las ajenas, es celo monstruoso, que por la mayor parte aprovecha poco, es mal recibido, y se desmanda en excesos de rigor y de cólera.

Esta regla dió el Señor á los fariseos y letrados celosos de la Ley de Moisés en el caso de la mujer adúltera: *El que de vosotros se hallare sin culpa, tire la primera piedra;* porque es injusto é indiscreto celador el que quiere apedrear á otro mereciendo ser apedreado. El celador debe despreciar la propia honra, porque al interesado en ella se le muda algunas veces el celo en ambición. Ha de ser compasivo de los males ajenos, porque no suceda que con demasiado rigor no sea oído el culpado, ni recibida su pe-

nitencia, ni él admitido á la debida honra; antes bien, aplicado el remedio, debe el flaco ser ayudado, honrado y favorecido. El celoso ha de tenerse en peor cuenta que el culpado á quien quiere enmendar, porque no caiga en desprecio del prójimo, y no degenere en aborrecimiento el amor que se le debe.

Los que tienen por oficio público el celar la virtud, viven en mayor riesgo; porque están obligados á celarla, aunque sean malos; y el acertar á hacer seguir la virtud que no aman, no lo aseguro á ninguno de ellos; porque ó dispensarán en el rigor de ella, para menos reprensión suya, ó excederán, por no parecer relajados; ó aprovecharán poco, si no fueren ejemplares en la vida. Yo aconsejaría á éstos, que mientras son superiores se ciñan á las mismas leyes que señalan á otros, y pongan por obra lo que entienden que los otros deben hacer; porque con esto no serán escandalosos, ni excesivamente rigurosos; y si no lo hicieren, no digo que del todo no acertarán con la virtud del celo; porque nuestro Señor, pastor verdadero de las almas, que le costaron su sangre, les hará acertar para provecho de las almas, aunque ellos no lo merezcan; y los súbditos, si quieren acertar, han de recibir con esta fe en Dios las cosas de los prelados. Pero así el que tiene cargo público como los particulares, han de tomar por espejo para acertar en la virtud del celo, la vida del perfectísimo y gran celador de la ley, de la honra de Dios y bien de las almas, Cristo nuestro Señor: y verán que fué perfectísimo en dar las doctrinas sin respeto de personas; que en sufrir por las verdades que enseñaba, fué constantísimo y mansísimo; en recibir y amar á los pecadores, suavísimo; en disimular las ofensas propias y hacer bien á los que le ofendían, blandísimo. Y siendo Él inocente, cargó sobre sí por el celo de la honra de Dios todo rigor, sin peso ni medida; y perfeccionó todo cuanto quiso en las almas con amor, blandura y beneficios en los que menos lo merecían. Por tanto, el que en las obras de celo no ofrece claras muestras de amor cristiano, se hace por su culpa aborrecido y trabaja sin aprovechamiento.

### EJERCICIO DEL HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

Fuente y piélago de soberanos é infinitos bienes, á quien todas mis necesidades (aun sin entenderlas) suspiran; infinitas gracias os doy, porque me hicisteis tan falto de todos los bienes, que hasta mis continuas necesidades me obliguen á recurrir á Vos continuamente. ¿Qué cosa hay en mí, bien mío, que no suspire por Vos, aunque yo no lo entienda? Todos los bienes proceden de Vos: los divinos, porque en Vos se encierran; los temporales, porque de esa divina mano proceden; á esas manos miran todas las necesidades en que quisisteis que viviese yo en este destierro, así las temporales como las espirituales. A esas manos piden los ojos luz para ver (sin la cual viven en tinieblas); á esas pide el cuerpo aire para respirar, alimento para su hambre, agua para su sed, salud para su dolencia, el día para su trabajo, la noche para su descanso, fuerza

para moverse, buen suceso en los negocios, y remedio para todas las necesidades que le están siempre cercando, y á ellas las tiene por propias, en que nació, en que vive y en que ha de morir; y hasta para estas cosas temporales da esa mano, fabricadora de todo bien, lo que para cada uno es necesario. Cuando estoy cautivo, ella me libra; cuando en poder de los enemigos, ella me guarda; cuando tengo algún peligro, ella me ampara; cuando me puede provenir algún mal, ella le ataja; cuando permite que venga, me ayuda á tolerarle; cuando más cuidado pongo en acudir á mis necesidades, y empleo en eso la ocupación de mi vida sin acordarme de esa benigna y poderosa mano, y por tanto me valgo de hombres y de cosas terrenas, entonces, si esa mano paternal no aplica su virtud, aun cuando no se lo pido ni lo merezco, todo es en vano, porque no quisisteis que debiese á otro, sino á Vos, aun las cosas más mínimas.

Por eso todo este hombre terreno (aun cuando menos se entiende) suspira á Vos; á Vos llaman sus necesidades de quien sólo ha de venir el remedio; y todo el interior de esta alma (pobrísimo de suyo de todo bien y mucho más pobre por las ofensas que os tiene hechas), ¿á quien, Dios mío, suspira sino á Vos? Vos me sufrís cuando peco; Vos esperáis que me arrepienta; Vos me inspiráis todo bien; Vos me enseñáis toda verdad; Vos me dais la voluntad para quererla, fuerzas para seguirla, y gracia para perseverar; Vos me dais la fe con que os conozco; el amor con que os amo, y la esperanza con que acudo á Vos en todas mis súplicas. Las potencias de esta alma viven sin Vos en hambre irreparable, porque solo Vos las podéis hartar. Los espirituales bienes con que se levantan hacia Vos, de Vos han de venir; y los infinitos de que las hicisteis capaces, con Vos los han de tener; y cuando más derramadas andan por aficiones fuera de Vos, se hallan más perdidas, más hambrientas y más necesitadas; porque su natural deseo las inclina á solo Vos perfecta y colmada medida de verdaderos bienes; y todo lo demás tras de que andan sin buscaros, las consume, gasta, enflaquece y las hace vivir en región de hambres y miserias.

Divina y perfecta hartura de esta miserable naturaleza, poned en mí esos ojos de misericordia y curad con amor lo que con él criasteis, pues lo veis tan perdido. Porque me criasteis sólo para Vos y porque quisisteis ser solo mi verdadero y propio bien, por tanto me hicisteis de manera que todo mi interior y exterior penda de Vos; que todas mis inclinaciones corporales y espirituales fometasen el hambre de Vos, para que si con tantas hambres os buscase, única, divina y soberana hartura mía, con más gusto os recibiese, con más provecho os gozase y con más abundancia me hartase de cuantos bienes tenéis. Oh mi Dios, ¿qué monstruo es este que en mí veis? Esto es así; así lo conozco y confieso, y con todo eso hago con afán y cuidado bodegas, silos y tesoros dentro de esta alma y en los sentidos del cuerpo, de cosas que entre las manos se me consumen y se me huyen de la boca; y ando en pos de ellas bebiendo los vientos hambriento, y no de Vos; deseoso, y no de

vuestros bienes, tan perdido y necesitado como veis. Un día vuestro, vale más que millones de vidas sin Vos; porque en ese dais tanto, consoláis tanto, hartáis tanto, que restauráis todas las fuerzas perdidas, satisfacéis todas las necesidades y todo lo llenáis de divinos bienes. Y en tantos días como tengo vivido no puedo decir que tuve un día de estos; y confesaré á vuestra misericordia que tuve muchos, reputándolos buenos y suaves; pero sólo me quedó de ellos tener que llorar y desear echar fuera de las entrañas de esta alma (si pudiese) lo que de ellos me quedó, que como ponzoña me quita á Vos, vida mía verdadera. ¡Oh divina bondad, oh misericordia infinita! Mejor es (como dice el Profeta) vuestra misericordia, que muchas vidas juntas; porque todas sin Vos, única vida de esta alma, no tienen remedio para no ser perdidas, sino esa misericordia. A ella pido la medicina de mis llagas. Arrancad, Señor, el amor de las cosas bajas que tienen presa á esta alma y ponedle solo en Vos. Apareced, luz verdadera, á esta alma ciega y alumbrad mis tinieblas para que vea el lodo en que yace y sepa suspirar por Vos. Dadme horror á mis gustos, fastidio á lo que hasta ahora deseé, y limpieza interior para que me sepa todo á lo que en sí es, para que no pierda los sabores soberanos que á vuestros amigos comunicáis. Misericordia, Señor de la piedad. ¿Qué será de mí si cotejáreis las cosas que con hambre y deseo busco en lugar de Vos y por las cuales os pierdo? ¿Cómo podréis dejar de fastidiaros de mí y apartarme de vuestro gusto y amparo, que es la perdición que yo merezco? Enseñadme á que haga yo esa comparación y juicio y ejecute en mí esa sentencia, para que Vos con misericordia me concedáis el perdón.

No quiero, Dios mío, pronunciar ni hacer memoria delante de Vos de la bajeza, torpeza, profanidad, vanidad y vergüenza de las cosas que hasta aquí amé y busqué con el hambre y deseo que á Vos debía, y con el gusto que solo para Vos debiera guardar; no quiero, digo, pronunciarlo, porque no se corrompa el aire con mis ingratitudes; pero confieso ante vuestros ojos purísimos lo que Vos con ellos veis perfectísimamente en esta alma miserable. Confieso que soy poderoso para corromper la pureza angélica y toda criatura racional, si Vos no la guardáreis y defendiéreis de mí. ¿Pues qué tendré hecho en mí? Oh conocedor mío sapientísimo, mi Jesús; sed mi Salvador, sed mi Redentor, sed sufridor de estos males y sed remediador de todos ellos. Este es el piélago sin fondo de miserables desventuras, en que el abismo de esa misericordia ha de mostrar su grandeza é infinita bondad. Cuando en él me aneguéis, saldré limpio y nueva criatura para buscaros y amaros con amor nuevo, fresco, tierno y vivo deseo de Vos. Acordaos, Señor, que me mandasteis invocaros en el día de la tribulación, y que Vos me libraríais, y yo libre de mis miserias os alabaría con complacencia vuestra. Veis aquí el día de mi tribulación, no temporal, porque esas me son mejores que el gusto de las cosas terrenas; sino de los peligros en que las miserias y males que en mí veis me tienen

puesto. A Vos clamo de lo profundo de mis necesidades interiores en que estoy atollado, y de que no puedo salir sino por Vos. Oidme, Señor mío, libradme y purificad los deseos de esta vuestra criatura, para que á solo Vos se enderecen con hambre y os consigan; á solo Vos caminen y lleguen; de solo Vos vivan, y en Vos se mantengan, para que con puras alabanzas os aplaudan en este valle de lágrimas, y en Vos se derrita toda mi alma desprendida de terrenos deseos.

No me podéis negar, buen Jesús, lo que os pido, porque sé que en esto os pido lo que Vos me queréis dar; pero ruego quitéis el impedimento que en mí hay, y que lo que yo no merezco, se lo deis á vuestro amor, y al hambre y sed con que buscasteis mi bien. Acordaos que no me debíais nada, ni yo lo merecía (antes bien por el amor mundano que en mí veíais y aborrecíais os desmerecía cualquiera merced), cuando por treinta y tres años ardíais en viva y amorosa hambre y sed de favorecerme, de usar conmigo de muchas misericordias, de convertirme todo á Vos, de levantar mi amor y mis deseos á Vos y á vuestros bienes soberanos. Acordaos cuántos interiores dolores os costé por los pecados que ya sabíais de mí. Acordaos las ansias de ese corazón con que os ofrecíais á vuestro Eterno Padre por mis frialdades y tibiezas; y pues tantos años os afligió el hambre de mi bien, y ella clamaba por mí á vuestra misericordia, oidla, Señor; hartadla conmigo, dándome lo que os pide. ¡Oh amigo verdadero de las almas! en todo suplís nuestras faltas y necesidades. Como os visteis hombre como nosotros, todas las hambres de esta naturaleza que nosotros traemos estragadas y mal empleadas, Vos las tragisteis toda la vida puestas en nuestro remedio.

Lloraban vuestros ojos por ella; oían vuestros oídos las necesidades de todos; á todos llamaba vuestra suavísima boca; días y noches suspirábais por el bien de todos; á todos amaba vuestro enamorado corazón; importunábais á vuestro Eterno Padre por todos; sentíais nuestra dureza; lastimábase ese blandísimo corazón por lo que veíais en los nuestros; deseábais encender en todos vuestro amor; vuestras ansias eran porque se inflamase; os dolía que se apagase en muchos, y de tal suerte padecíais este trabajo, que en mí y en cada uno, os empleábais tanto como si no hubiera otro. ¿Qué valemos nosotros para tantas ansias? ¿Qué provecho esperáis para tantos dolores y tantos deseos como empleáis en nosotros? Oh Señor, ¿cómo sufre ese amor verse penar, sin satisfacerse en mí? ¿Perdisteis por ventura vuestro poder? ¿Para qué tenéis tanta cuenta con mi libre albedrío, que sufrís me pierda yo y penéis Vos? Desde ahora en adelante os lo entrego: quiero acompañaros en ese empeño y deseo que tenéis de que os ame. Amoos, Dios mío, y deseo amaros más. Despréndase de mí cualquiera otro amor, pues solo Vos merecéis todo este corazón. Bien sé que esto es lo que queréis; pues habéis ordenado que, así como cuando yo merezco ante Vos alguna cosa, no pueda tener más justa paga que á Vos,

así no pueda merecer el amor de este corazón otra cosa que á Vos. Pagaisme siempre con Vos, y yo me entrego á quien no me merece. Oh Señor, ya que tanto ensalzasteis la dignidad de esta alma, no permitáis el que tanto se abata. Aquí os doy todo lo que hay en ella y todo lo que en este cuerpo os pudiere servir. Recíboos por mi único bien; aceptadme todo por vuestro; guardadme como vuestro, y cerradme como tal dentro de Vos, para que nunca me perdáis ni yo os pierda, mi único y verdadero bien, mi único y verdadero Dios y Señor.

ORACIÓN DEL PATER NOSTER AL MISMO INTENTO

Uníos conmigo cielo y tierra, angeles, hombres y toda criatura; venid todos, alabemos, adoremos y amemos á este bien. Todos, Señor, con las palabras que nos enseñasteis para orar y encender en nosotros el hambre y sed de Vos, y avivar los deseos de vuestros bienes, os alabamos y rogamos. Conoceréis las palabras, pues nos las enseñasteis: á ellas oiréis, pues para oirnos nos las disteis; por ellas nos daréis vivos y perpetuos deseos de amaros y serviros, pues para eso nos las mandasteis pronunciar. *Pater noster:* Padre eterno, Padre soberano, Padre todopoderoso, Padre infinito, Padre misericordioso, Padre amigo nuestro, Señor nuestro, que nos tenéis escritos en ese eterno amor vuestro: Padre, que de tal suerte sois nuestro, que todo fuera de Vos es ajeno, y que no nos miráis sino como amorosos hijos vuestros. *Qui es in coelis.* Con ese amor nos esperáis en ese celestial palacio en que moráis. Levantad á él nuestro deseo, ya que aquí nos traéis desterrados, no para apartarnos de Vos, sino para llevarnos á Vos desde aquí. Prended con Vos nuestros deseos, para que con fastidio de las cosas terrenas que nos tienen desterrados del cielo, suspiremos á Vos constantemente con todo el interior y exterior. *Sanctificetur nomen tuum.* Haced que estimemos la grandeza, majestad y divinidad de este nombre paternal y que nos preciemos todos de ser vuestros hijos. Traed todo el mundo á vuestro conocimiento. Muestren nuestros miembros, nuestras almas, nuestros deseos, nuestras palabras, nuestras obras, que somos hijos vuestros, y que sólo por vuestra honra suspiramos, sólo vuestra gloria y servicio deseamos, y que parezcamos, Padre santísimo, hijos de esa divina santidad. *Adveniat Regnum tuum.* Huya de nosotros como de hijos vuestros, cuanto quiere apartarnos de Vos, porque solo Vos reinéis en nuestros corazones. Mirad, Padre nuestro, el peligro en que vivimos; acortad este destierro y llevadnos á Vos. ¿Cómo, Rey soberano, sufrís que os amemos y que no os veamos? Y si todavía conviene vivir más tiempo desterrados, Vos sabéis morar en este corazón. Venid, Padre y Señor, reinad aquí, morad aquí, y si hiciereis de esta alma vuestro reino, dilátese el celestial cuanto quisiereis; porque ni acá ni allá, apetezco otra cosa, sino que reinéis en mí y que tengáis pleno señorío en nuestras almas. *Fiat voluntas tua.* Venid, eterno Padre nuestro; alargad vuestra voluntad; señoreadlo todo; haceos obedecer de todos.

Bien sabéis que no aprovecha nada todo nuestro ser, sino en cuanto podéis ser servido de nosotros. Vuestras voluntades son todas de Padre amigo, de Padre solícito de nuestro bien; ¿pues quién nos engaña para que nos fiemos de otra voluntad fuera de la vuestra? Viva, Señor, viva esa bonísima voluntad; hágase esa, y todas las demás se consuman. *Sicut in coelo et in terra.* Con esa está la corte del cielo quieta, contenta, segura, rica, sin temor y confirmada en todos los bienes. ¿Pues qué tiene la tierra llena de peligros y de enemigos, para fiarse de otra voluntad diversa de la vuestra? Oh Señor, quitad esta presunción de la tierra, y sujetadla toda á Vos, como tenéis al cielo sujeto. *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* Y pues el sustento de nuestra vida se resume en esa vuestra obediencia, y todas las almas se mantienen de vuestras paternales gracias y bondades, ayudadnos todos los días con ellas; sea cada día vuestro, y en cada uno de los días de nuestra vida visitadnos con vuestras mercedes y obligadnos con ellas á que os amemos en todas las horas, para que renovado cada día y cada hora con vuestro espiritual mantenimiento, amor y deseo de Vos, suspiremos por Vos cada día y cada hora con hambre viva, sin que otro deseo ocupe nuestros corazones. Empiece esto hoy, pues no tenemos cierto el día de mañana, y continúe como hoy hasta que llegue aquel día que no tiene pasado ni porvenir.

*Dimitte nobis debita nostra.* No impidan nuestros pecados esas vuestras misericordias. Las deudas en que estoy de amaros y serviros, nunca, Dios mío, me las quitéis; quiérolas satisfacer y quiero deberos cada día más: pero las deudas del amor que os quité y puse en cosas bajas, quitadmelas, Señor, que no las puedo pagar, sino con volveros el amor. Aquí os lo restituyo frío y pervertido: satisfaceos con él y purificadle del modo que más os agrade; y lo demás en que os ofendí perdonadlo con misericordia. *Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.* Empeñado estás, Señor, en perdonarme como quien sois, pues me obligáis á perdonar con mi flaca posibilidad y con vuestra gracia á quien me ofendiese, del modo que Vos todo lo perdonáis. Y si tan liberal quisisteis que fuese mi poquedad, ¿cómo ha de ser conmigo escasa vuestra liberalidad? Perdono como me lo mandáis; perdonadme como podéis, para que entre Vos y yo no haya medio ó impedimento. *Et ne nos inducas in tentationem.* Haced, Señor, en mí perfecta la obra; tomadme por vuestra cuenta, y libradme de las tentaciones que me perturban. Padre eterno, que no quisisteis que sean vuestros hijos tentados para ser perdidos, y sabéis cuántos bienes perdemos si fuéremos vencidos; tentadnos y probadnos del modo que quisiereis, mas pelead y venced en nosotros con amor. *Sed libera nos á malo. Amen.* Mirad, Señor, cuán maliciosa es la carne de que estamos cercados, de que sólo vuestra mano nos puede libertar. Mirad á cuántos males estamos arriesgados estos vuestros hijos desterrados. Mirad que sin vuestro paternal socorro no podemos nada. Acudid con vuestra poderosa mano: libradnos de los males que de Vos nos pueden apartar, para que en

Vos vivamos con seguridad. Oh Padre celestial, que á vuestros hijos prometisteis aguas vivas, que de sus corazones correrían hasta Vos, vida eterna; ahora desea mi alma esta sed y esta agua. Oh fuente de la vida, hártame de la sed de ti; y harta mi sed contigo solamente, en cada hora, en cada momento y siempre, para que ninguna otra sed tenga entrada en mí.

Madre de misericordia, que siempre deseábais y siempre os satisfacíais de solos bienes soberanos, compadeceos de los desterrados hijos de Eva. Venga por vuestro merecimiento este fuego del cielo que lo abrase todo. ¡Oh corte celestial, que seguramente deseáis y hartáis plenamente los deseos que de acá llevasteis; hacednos siquiera desear siempre los bienes que poseéis, para que merezcamos acompañaros y saciarnos de ellos para siempre! Amén.

## TRABAJO XIV

### Vivir entre gente diferente de su vida y costumbres.

Regularmente acompaña al hambre y sed de justicia un trabajo no poco penoso á los siervos de Dios, de sufrir la comunicación y trato de gente de otra profesión, intentos y costumbres, cuya compañía no se puede totalmente evitar; porque las almas que Dios trae elevadas y ocupadas en sí, á quienes da vivo, continuo y fervoroso deseo de ver á Dios conocido, servido y amado de todas las criaturas, claramente ven las muchas obligaciones que tienen todos al Señor, y el gravísimo mal que es no darle lo que le deben. Por eso uno de los más pesados trabajos que padecen, es tener siempre delante de los ojos la grande ignorancia que hay en la tierra de las cosas divinas y el mucho cuidado con que son buscadas y amadas las que apartan de Dios y las muchas ofensas con que su Majestad es ofendido, sin consideración ni respeto. A ninguno pudo ser tan pesado este trabajo como á Cristo nuestro Señor, porque quiso por su bondad escoger en la tierra un estado bajo y pobre, y por la profunda humildad á que se abatió, no hizo ninguna diferencia de su divina persona, para desigualarse de la gente común y popular. Vivía en la República en medio del pueblo, en casa pobre y calle común, sin negar la puerta y entrada á cuantos le quisiesen ver y tratar. Así daba á todos ejemplo de santísima y purísima vida, recogida, modesta, quieta y ocupada en Dios, sin hacer ninguna demostración de su eterna sabiduría, pues vivía en silencio; ni de la Majestad de su divina persona, porque aún no era tiempo de manifestarse con milagros y maravillas. Por eso no era tratado del pueblo con el respeto que, como á quien era, se le debía; ni su santidad era tan estimada, que por ella se contuviesen los que le veían y conocían de vivir y portarse delante de sus ojos como se les antojaba.

Andando, pues, en medio del pueblo, ¿cuánta pena le daría lo que continuamente veía y oía? La variedad de las conversaciones,

las palabras desconcertadas, el desorden, bajeza y grosería del trato popular que delante de su gravísima persona pasaba; los gritos de unos, los despropósitos de otros, la rudeza de todos para las cosas divinas, las contiendas de los vecinos, el comercio de las tiendas, compra y ventas, la confusión de bajos intentos del pueblo menudo, las mentiras, los juramentos, las pendencias y el por qué de ellas, la inmundicia de los pecados y deshonestidades públicas, el general olvido de la salvación, la frialdad de las cosas divinas, la desestimación de la verdad y de las virtudes, con todos los demás desafueros y bajezas de que el menudo pueblo acostumbra estar siempre lleno en los sitios más públicos. Juntad á esto la mala vida de los grandes, la hipocresía de los sacerdotes, la vanidad de los letrados, la codicia de los ministros de justicia, la opresión de los inocentes, el desprecio de los buenos, la soltura de los vicios, el señorío y aprobación de las malas costumbres, el desenfrenamiento público de codicias y apetitos, los agravios de los prójimos, el abatimiento de los pobres, la soberbia de los ricos y todo lo demás que generalmente prevalece y reina entre la gente popular, y eran encuentros en que forzosamente daba muchas veces el Señor, pues vivía entre la gente baja.

No se puede bien ponderar cuánto costó al Señor sufrir y padecer por treinta años la vista de estas cosas entre gente tan varia como hay en el pueblo, de usos, condiciones y costumbres tan diferentes de las suyas. Todo cuanto en él había acrecentaba la gravedad de este trabajo. La majestad de su divina Persona metida entre el comercio de una gente tan baja; la santidad de su vida entre costumbres tan profanas; el celo de la honra de Dios en que ardía, entre tanta disolución de pecados; el vivo deseo que tenía de la salvación de todos, entre tan largos, tan trillados, y no sentidos caminos de perdición; y todo lo demás que en él había eran estímulos, que continuamente molestaban su purísimo espíritu. Añadid á esto lo que algunos devotos no sin fundamento consideran, que como el pueblo es bajo y torpe ponderador de las cosas, é inconsideradamente se aplica á juicios temerarios y desprecios de lo que no sabe estimar; viendo al Señor crecer, hacerse hombre, poblarse de barba, no trabajar, ni aprender oficio, ni letras, y estar en casa pobre de su sacratísima Madre y de José carpintero, muchas veces le llamarían holgazán, perdido, y que siendo hombre ya grande, comía el sudor de su Madre, sin ayudarla á ganar un pan; y sobre esto dirían muchas cosas á la sacratísima Señora, á San José y á El mismo en su rostro, con desprecio de su persona. Y acaso muchos tendrían con él ojeriza, y despreciarían su exterior recogimiento y modestia, porque no vivía de lo que otros, ni trataba en los negocios en que se ocupan los demás, y le pondrían motes, y perderían el respeto. Todo esto suele haber en el pueblo menudo entre que Cristo andaba; y todo se puede creer que él querría padecer por nosotros, pues nunca acostumbró dispensar consigo en cosa que le pudiese dar algún trabajo.

Todo esto pudiera el Señor evitar, si escogiera vivir en el desierto, como San Juan Bautista. Pero como los menos son capaces de ejercitar la vida solitaria, y los más de los que se salvan viven en trato, compañía y bullicio de los hombres, tenía el Señor en esta vida más materia de trabajos y paciencia, que en la quietud de la solitaria; por tanto dejó la dirección de la vida eremítica á su divino espíritu, que á su tiempo la enseñase y guiase á los que El arrebatase y sacase del tumulto del mundo; y El se contentó con aprobar y dar ejemplo de aquella vida por espacio de cuarenta días, y tomó la común, para dar á todos más general ejemplo (pues á El nos daba el Padre por Maestro y espejo de la reformación de nuestros males) y para tener más en que satisfacer la pena de nuestros desórdenes en la mayor materia de trabajos.

Tres cosas principales, entre otras muchas, me parece que el Señor quiso enseñar al querer vivir treinta años entre el pueblo común: la primera, el modo de cómo debemos tratar con la gente; la segunda, cómo la hemos de sufrir; la tercera, cuán poco nos hemos de gobernar por ella. Del modo que se debe tener en el trato con la gente, hay algunas reglas generales en la divina Escritura. El mismo Señor dijo que ha de ser de modo que el buen ejemplo de la observancia de la ley de Dios luzca á los ojos de los hombres, de suerte que puedan glorificar á Dios; y este glorificarle me parece no significa aquí alabarle con la boca, sino que las obras muestren la honra de tal Señor, que no se sirve sino de gente sin vicio. En esto declaró la obligación que el cristiano tiene de vivir bien á vista de todo el mundo, en cuya obligación no puede dispensar ninguna ley, ni costumbre, ni punto de honra, ni razón de estado, ni Dios recibirá disculpa por más justificada que parezca. Y aunque el cristiano debe encubrir las virtudes particulares en que se ejercita, y los dones espirituales que de Dios recibe interiormente; con todo eso la buena vida, que consiste en cumplir las obligaciones cristianas de su estado y las leyes de Dios y de la Santa Iglesia, y evitar pecados contra ellas, de tal suerte obliga á ser pública, que no se satisfará Dios de que sea guardada solamente en secreto. Por tanto, viven en gran yerro los cortesanos y seglares que queriendo evitar pecados y corriéndose de que se les eche de ver, toman el corte de contrahacer en público aquello de que huyen en secreto; porque fuera de que esto es patrocinar el mal, que el mundo aprueba y Dios condena, tiene contra sí la amenaza del Señor, cuando dijo: *El que se avergonzase de mí delante de los ojos del mundo, yo me correré de él delante de mi Padre.* Y con razón, porque ya que Cristo ha de glorificar á los suyos en el día del Juicio delante de los ojos de todo el mundo, quiere también ser glorificado de ellos públicamente.

Además de esto, la obligación de dar buen ejemplo á los prójimos no se satisface con lo que está en el corazón, sino con lo que vemos por fuera; y á los que no cumplen con esto, los llamó Cristo escandalosos y desventurados á quienes les fuera mejor ser arroja-

dos en el mar con alguna rueda de molino al pescuezo, que no el peso de la carga que les queda por no haber dado buen ejemplo. Declara también el Señor en esto, que la intención de dar buen ejemplo á los prójimos no ha de ser el ganar crédito con ellos, ni aumentar la propia reputación, sino honrar á Dios con obedecerle, y dar á otros ocasión para que le sirvan. Es verdad que la virtud es digna de alabanza y el cristiano está obligado á alabarla donde la ve; pero mucho más se obliga Dios al virtuoso que de corazón conozca debérsele á El solo la alabanza, como Autor de todas nuestras obras. No podéis dar fruto de buenas obras (dijo) si no estuviéreis en mí, como la vid en la cepa; á la cual, aunque tosca, se atribuye la frescura, hermosura, fertilidad y sabor del fruto; y estar fuera de ella, hace que no sirva sino para el fuego. Así sólo para éste servimos cuando andamos sin la gracia de Dios, que hace en nosotros todas las obras de virtud; y cuando las hacemos, corresponde la alabanza, no á nosotros, sino á quien en nosotros obra.

Otra regla nos dió San Pablo para vivir entre la gente. No debáis, dice, nada á nadie, sino sólo el amor, porque en él se encierra toda la observancia de la ley, y en él cumplimos con todas las obligaciones que tenemos á los prójimos. En esta regla enseña el Apóstol, á mi ver, el modo de vivir con libertad y sin obligaciones entre la gente; el cual no es vivir libremente para hacer el hombre lo que quisiere, sin respeto de aquellos con quienes trata, sino hacer en todo lo que debe; porque el que hace lo que quiere libremente, da á entender que no estima la gente con quien trata ni hace caso de ninguno; y así como en esto se carga de ofensas de los prójimos, así se obliga á muchas satisfacciones; y la vida, que parece más voluntaria y libre, queda en la realidad más cautiva é inquieta. Según lo cual queda entendida la moderación que se ha de tener en contraer amistades con los prójimos, las cuales se deben observar en lo que con justa razón pueden esperar de nosotros; pero ajustarlas con tanta moderación, que nunca quede prendado á hacer por los amigos lo que no debe. Cumplidas estas obligaciones, que con discreción pueden tener sus límites, la de la caridad y amor de los prójimos de tal suerte se ha de cumplir, que siempre crezca y permanezca tan viva que nunca nos juzguemos desobligados á ella. Resumiendo en pocas palabras el modo de vivir entre la gente santa y cristianamente conforme á estas reglas y al ejemplo que Cristo nuestro Señor nos dejó, me parece que el fundamento es tener el cristiano la observancia de la ley de Dios por tan primera obligación de todas las de la vida, que ninguna otra se le anteponga; y en esto debe de guardar tal libertad, que justamente negará á sus mayores, á sus iguales, á sus menores, amigos y enemigos todo cuanto quisieren de él contra esta ley, sin quedarles con ninguna justa deuda. Y sin embargo, debe considerar con esto, que no nació para sí, sino para los prójimos, y que de tal suerte debe pretender contentar á solo Dios, que no tiene licencia para descontentar con ofensa y escándalo á su prójimo.

Para acertar en estas cosas aconsejaría yo á todo cristiano, que hiciese un firme asiento consigo y con Dios de hacer á todo género de personas cuanto bien pudiere, sin más respeto que por amor de Dios, y que aunque la posibilidad para ello sea corta y flaca, la voluntad y demostraciones de ella sean larguísimas. Trabaje también siempre en las ocurrencias, sobre buscar razones para hacer lo que de él quisieren, más que para excusarse de ello. En esto imitará mucho la condición de Dios, y parecerá hechura de su Criador; porque el que no es útil para todos y para todo, no se parece á su autor, que es fuente de todo bien. Añada á esto graduar el mal, no por la persona á quien lo hace, sino por el daño que recibe su alma en cometerle, y por la fealdad del mismo mal, para que en todas partes le parezca mal, y lo evite y se corra de él, á fin de no ser malo ni ofender á ninguno. En fin, sea para todos tal cual quiere que todo sea para sí. Así se maravilla nuestro Padre San Agustín, de un grandísimo despropósito que pasa entre los hombres: que no sufriendo ninguna cosa mala, sólo en sí mismos sufren el ser malos. La vida, la honra, la hacienda, el amigo, el caballo, el vestido, la comida y hasta el barrer de la casa queremos que sea bueno; sólo en nosotros sufrimos el mal. ¿Qué te hiciste á ti mismo—dice San Agustín—que no quieres ser ni como tu remiendo, ni como la suela de tu zapato? Por tanto, ya que todo lo queremos bueno, y entonces es bueno cuando es provechoso; ninguna cosa me parece que da acierto á la vida y conversación de la gente, como el trabajar para ser útil á todos en la voluntad, condición, palabras y obras, haciendo diferencia no de las personas, sino de las necesidades.

Con esta general bondad debe haber mucha consideración en escoger amigos para la familiaridad, y mucho más para el consejo y fiar los secretos. Para la familiaridad nos dió San Pablo la regla de que no comamos ni tratemos con gente de malas costumbres, aunque sea cristiana, como los tahures, los distraídos por apetitos deshonestos, los mentirosos, trapaceros, amigos de pendencias, inclinados al mal, parleros, de poco secreto, y de otros semejantes cuya conversación no se ha de evitar por desprecio de sus personas y estimación de la propia (que esto es soberbia, y no conocer el hombre su flaqueza), sino por no patrocinar sus vicios y no desacreditar la virtud y buena vida á que estamos obligados. A éstos se les ha de dar entrada, para hacerles todo el bien posible, y se les ha de evitar por no tomar ni aprobar sus costumbres. No hablo aquí de los que por oficio ó particular espíritu de Dios, tienen obligación de ayudar á los mal acostumbrados á que muden de vida; porque éstos aprenderán por la misma caridad que les gobierna, el cuándo y cómo deben tratar este género de gente para su provecho. Así, que la familiaridad ha de ser con aquellos cuya conversación no pueda dar perjuicio á la fama ó á la virtud, ni el prójimo pueda recibir justo escándalo. Y si pudiera ser, deberá ajustarse con personas, que sean de un mismo intento de virtud; porque estando conformes en las costumbres y espíritu, se ayudarán, edificarán y se excitarán á mayor santi-

d id. Cuando no se hallare quien ayude á crecer más en la virtud, lo mejor es tener una general afabilidad para con todos, y con ninguno particular familiaridad. Pero los que se escojan para consejeros han de ser mucho más mirados, y tales que siempre puedan aconsejar lo mejor, y que ni por adulación ni por otros respetos particulares, dejen de decir la verdad, y que haya experiencia de que saben guardar secreto, y tienen tan verdadera amistad, que reputan propios bienes ó males los de sus amigos, y que acostumbran dar de sí tal ejemplo, que puedan con su buena vida justificar sus consejos. Y como en la vida común entre la gente hay muchas ocasiones para el mal y muchas para el bien, han de cuidar mucho los que quieren salir con ganancias de la reformación de sí mismos y pureza de sus almas; porque según cumplieren con esta obligación y gobernaren por ella sus acciones, así les corresponderá la luz y gracia divina para acertar en todo. Y guárdense de una tentación general á muchos que teniendo por grande impedimento (como á veces lo es) el tumulto y comercio de la gente para el ejercicio de las virtudes, lo dilatan para otro tiempo en que puedan tener más quietud y reposo; guárdense, digo, porque esto es una disculpa que la naturaleza escoge por no sujetarse al yugo de las virtudes; pues la experiencia muestra que el que en todas partes no trabaja por ser santo, en ninguna lo es. Y pues de todo tiempo hemos de dar cuenta á Dios, en todas sus variedades, debemos estar prevenidos para darla buena.

De todo esto nos dió ejemplo el Redentor viviendo entre la gente, porque su principal cuidado fué siempre cumplir la ley y voluntad de su Padre Eterno; y vivió en presencia de todos con tal integridad, que pudo poner su vida en juicio de sus propios enemigos; y así lo hizo cuando dijo: *¿quién de vosotros me argüirá de pecado?* Y así, la cosa más admirable que hubo en este mundo después de criado, fué ver la incomparable modestia, blandura, reposo, recogimiento de sentidos y perfectísimas demostraciones de santidad que exteriormente practicó la persona del Hijo de Dios humanado entre la popular y más distraida gente del mundo. Y este es uno de los más poderosos ejemplos que los siervos de Dios pueden tener para reformación de sus sentidos: acordarse siempre de como los traería el Señor, y mucho más cómo ocuparía el alma y cómo ejercitaría todas las virtudes entre la gente que ni le sabía estimar ni imitar; y quien más acomodare su modo de vivir á lo que de este Señor le enseña la fe, éste le agradará más y recibirá de El divinas influencias y gracia para acertar en todo, porque es naturaleza propia de sus obras alumbrar, ordenar, esforzar y dar vigor á las nuestras.

Enseñó también el Redentor cómo hemos de sufrir á la gente entre que vivimos; porque de El está escrito que no sería melancólico, ni pesado, ni haría entre el pueblo ruido ó perturbación. Oía y veía muchas cosas que le descontentaban; sentíase del mal de ellas; pero sufría y callaba mientras no llegaba el tiempo de reme-

diarlas. Callar y sufrir es la virtud más general con que puede pasarse la vida entre la gente, y sin esta virtud no es posible gozar tranquilidad en el alma. Los que principalmente la necesitan son los que tratan con gente de diferentes ideas, artes y condiciones; porque los más llevan mal la reprensión y que les vayan á la mano, y ninguno piensa que puede ser á otros penoso lo que á él le es de gusto, y tiene por pesado cuanto le contradice; y para quien lo conoce, es uno de los trabajosos martirios de esta vida ver continuamente y disimular lo que con razón reprueba. Este trabajo es de mayores quilates en los que tratan de la vida espiritual entre gente mundana; porque Dios los llama para sí y los retrae de las costumbres, gustos, desahogos y modo de tratar generalmente de las gentes con quienes viven y esto es ocasión de que sean escarnecidos, despreciados y muchas veces perseguidos. Esta es una gran prueba de los siervos de Dios; porque el diablo por apartarlos y cansarlos de su tenor de vida, atiza á los que los tratan para que los contradigan, zahieran, pongan motes y hagan burla de lo que ven en ellos. Estos necesitan pedir continuamente al Señor luz para no perder jamás de vista el conocimiento de las verdades interiores y armarse de perpetua paciencia para no apartarse de la verdad que Dios interiormente les inspira.

Para que estos conserven la paciencia y perseverancia en el bien, me parece necesitan algunos avisos. Primeramente han de pedir al Señor (porque Este ha de ser don del cielo) que les dé un don verdadero y humilde conocimiento de sí mismos, que de veras se tengan en peor cuenta que todos los pecadores; y que toda criatura los debe despreciar y vengar las ofensas que á Dios han hecho. Trabajen por conocer y agradecer á Dios, viéndose más obligados que otros, en las buenas inclinaciones y voluntad que les dió para servirle y en las demás mercedes recibidas que á otros les negó. Téngase cada uno por más obligado que las demás criaturas á sufrir á todos, que ser sufrido, porque en la paciencia está la granjería del cielo y los males propios, que con ser sufrido de otros echan mayores raíces, y se hacen más incurables, estos se arrancan del alma con sufrir á todos. Tenga por cierto, que sólo de la gracia de Dios pende el remedio de las varias condiciones y diferentes acaecimientos que les descontentan; pues con esta persuasión dejará de inquietarse, y negociará con Dios los bienes que en los prójimos desea, teniendo caritativa compasión de sus males. Afiáncese en aquella verdad que dijo Isaías: *Si te volvieres á mí y te aquietares, en silencio y esperanza será tu fortaleza;* porque callar y sufrir es arma muy poderosa para todo, y donde falta no puede haber vida sosegada. Y si viere que conociendo estas verdades, halla en sí muchas imperfecciones, aprenda de ahí á sufrir á los demás; porque no debe pensar que es poderoso para enmendar y mudar á los otros, quien no puede conseguir en sí lo que desea.

Lo tercero que el Señor nos enseña, es cuán poco nos habemos de gobernar por el mundo y gente entre quien vivimos, si no tiene

puesta toda su intención en contentar solo á Dios. Fúndese el cristiano en aquella regla de San Pablo: *Si yo quisiera contentar á los hombres, no sería siervo de Dios*; y esto lo decía cuando por otra parte confesaba que en todas las cosas se hacía todo para todos, por ganar á todos para Dios. Así el ayudar á todos, el sufrir á todos, el ganar á todos para Dios, de tal suerte ha de ser ejercitado por el cristiano, que ninguna cosa baste para apartarle de la verdadera virtud que Cristo enseña y el mundo reprueba. Ello es difícil de practicar entre la gente común; porque es tan poderosa tentación para arrastrar á un flaco corazón aquello que generalmente aprueba y sigue el común de los grandes y pequeños del mundo, y lo que vemos practicar al pariente, al amigo, al compañero y al vecino con quien á cada hora se trata, que es lo que derriba mayor número de virtuosos; porque es rara la virtud que quiere descontentar á todos y tenerlos por contrarios, haciendo en sus ojos lo contrario de lo que ellos hacen y de lo que gustan por contentar solo á Dios. Pero estima Dios tanto á los que con su vida contradicen lo que otros aprueban contra la pureza de su doctrina, que el Profeta David, encareciendo cuán grande es la dulzura y suavidad interior que Dios tiene escondida á los que puramente le aman, dijo que la perfección de esta suavidad la comunica Dios á los que en los ojos de los hombres esperan de El, á quienes ningunos humanos pareceres apartan de seguir la verdad que interiormente conocen. Y con razón, porque quien está tan desprendido de los ojos humanos puestos á su vista que por ninguna cosa pierde la atención y veneración de Dios, á quien no ve, éste tiene perfecta disposición para cuanto Dios le quiere comunicar. Y como esto no puede ser sin pasar por respeto de Dios muchos y muy continuos padecimientos y oposiciones de los hombres, les paga Dios con la nata y flor de la suavidad de sus gustos, para que vean cuán bien emplearon solo en El todo lo que tienen.

Así Jeremías, en la carta que escribió á los cautivos de Babilonia, les avisa de parte de Dios, que cuando vieren á los dioses falsos adorados y venerados por los reyes, llevándolos en hombros con fiestas y alabanzas de todos, digan en sus corazones: *Tú solo, Señor, eres el que has de ser adorado*, ni se dejen engañar con lo que todos estiman. No se rija jamás el cristiano por el qué dirán de las gentes, que es el mayor engaño de la vida, sino porque no tengan que decir de él justamente; y haciendo de su parte lo que debe, cierre á lo demás los oídos, previniéndose al encuentro que tendrá su vida contra los más poderosos, más sabios y más prudentes del mundo, en las cosas en que ellos se apartan de la perfección evangélica. Esto no lo podrá hacer si tuviere puesta en los hombres su esperanza ó pretensión; mas si mira puramente á contentar á Dios y procurar su honra y alabanza, tenga en su corazón por baja é indigna de séquito toda humana autoridad y grandeza que no favorece la doctrina del espíritu. No haga caso de lo que se acostumbra echar en rostro á los que siguen la virtud, de que como han de

pensar que sólo ellos aciertan, todo el mundo yerra. Persuádanse firmemente á que yerran cuantos no siguen lo que Cristo enseñó, y lo que nos encamina al puro amor de Dios. Ni se dice con verdad que sólo ellos aciertan, porque no aciertan solos, sino con nuestro divino Maestro Jesús, con el sagrado coro apostólico, con el inflamado ejército de los mártires y con las santas legiones de todos los bienaventurados, con quienes los que no aciertan, yerran del todo.

No eximo de esta obligación á los que viven en religión y deben seguir la vida común; porque ni por ser todos religiosos en un monasterio y tener un nombre y fuero de siervos de Dios, deben ser creídos, seguidos é imitados, si no cumplen la obligación de la santidad de su instituto, y porque todo cuanto atrás queda dicho es tanto más necesario en la vida de los monasterios, cuanto es más continuo el trato de unos con otros. Les aconsejo á todos seguramente que conservando la obediencia á los mayores y el continuo y general sufrimiento de todos en todo, y la mansedumbre y humildad en el trato, se singularicen en la observancia de su Regla y buenas costumbres, aunque no lo practiquen así otros de mayor autoridad. Y para vivir en paz la vida común de los monasterios, daría estas reglas generales á quien las quiera seguir:

1. No tirar á granjear á los Prelados, ni desobedecerlos; lo primero por no abatir á un pobre hombre el corazón dedicado á Dios, lo otro por honrar á Dios, á quien el Prelado representa.

2. No tener jamás familiaridad con quien pueda distraer los pensamientos y la quietud del alma.

3. No pretender nunca en la Orden más que la paz del corazón y la limpieza del espíritu.

4. No hacer por los amigos más que por los enemigos; porque tener alguno por enemigo, aunque lo sea, dentro de la casa de Dios, es principio de vandos é inquietudes.

5. Ser aficionado á los más despreciados y abatidos, y tenerles santa envidia; porque cuanto son menos mirados de los otros, tanto más pueden levantar los ojos á Dios con más pureza y desprendimiento; y éstos tienen en la religión el grado y lugar que el Hijo de Dios tomó en la tierra, y tanto más proporcionados se hallan para los favores de su divina compañía, cuanto menos pensamientos tienen de lo alto del mundo.

6. No tenerse en cuenta de los de más autoridad, sino para acreditar más la virtud. Todo lo que en la orden ocasiona á la persona, gravedad, y autoridad, se debe tener en la misma cuenta que el más bajo oficio de ella; porque quien se tiene por honrado en la dignidad, y por bajo en el oficio despreciado, pierde el tino en la carrera de la religión.

7. Sea libre para seguir con mansedumbre y silencio la pureza de la virtud aunque generalmente ande olvidada ó paliada.

8. Armese para los trabajos y persecución que esto le ha de costar; porque es un género de cruz que duele y lastima mu-

cho, no sólo por ser continua y casera, sino porque con título de siervos de Dios y como gente santa, contradicen con color de celo la virtud.

9. Cuando viere que le achacan lo que no piensa, y que echan á la peor parte el bien que hace, y que juzgan por hipocresía no practicar lo que los otros relajados ó distraídos hacen; ejercite su corazón en encomendar al Señor á los que más le contradicen, y pedirle que á todos dé su espíritu y su luz, y con silencio, sufrimiento y perseverancia venza despreciándose á sí mismo, considerando que es tan malo, que para salvarse necesita más mercedes de Dios, más trabajos y estrechez que los demás, y que los siervos de Dios le persigan.

10. Trabaje con un continuo deseo de padecer cruces, teniéndose por muy indigno de ellas, y pidiendo al Señor que le dé siempre á entender la verdad é importancia de este camino, que es el mejor y más seguro. Haga á todos cuanto bien pudiere, como á sus señores; pero no espere de ninguno agradecimiento, remuneración ni aplauso; ni por desaires se retraiga del bien.

11. En suma, trate mucho de reformarse á sí, aunque lo vea todo relajado; y piense que vino á la religión á ser siervo de todos, para sufrirlos, para no ser atendido ni sufrido de ninguno, sino para vivir solo con Dios en aquella compañía. Y con esto no se quejará cuando le agraviaren; porque hará cuenta que los señores tienen licencia de hacer con sus siervos lo que quisieren. Con estos avisos cristianísimos todos los que á esto no le ayudaren, han de ser evitados como mundanos en traje de religiosos.

## EJERCICIO DE LA VIDA QUE CRISTO HIZO EN MEDIO DEL PUEBLO POR TREINTA AÑOS

Maestro divino de eternas verdades y pastor piadosísimo de ovejas erradas, buen Jesús, Señor y reparador de mis pérdidas; ¿qué amor es éste, que así os tiene preso por los hombres, que ni nuestros males, que tanto aborrecéis, son capaces de haceros huir de nosotros? Hicisteis el cielo poblado de ángeles, que continuamente os alaban y arden en vuestro amor, os adoran y sirven, ¿y ahora bajáis del cielo á la tierra á vivir treinta años entre quien ni os conoce, ni ama, ni sirve; y os avecindáis con gente distraída y pecadora, donde nunca veis sino pecados y ofensas nuestras? ¿Quién os mudó, Dios mío, de lo que solíais practicar con los hombres? Vinisteis á ver á Adán pecador en el paraíso para desterrarle de él; vinisteis á oír los gritos que á vuestros divinos oídos daban los pecados de Sodoma y Gomorra, y las asolásteis; andando con vuestro pueblo por el desierto, trabajaba Moisés en aplacar vuestra ira para que no los destruyéseis por sus pecados, y en fin, murieron por los desiertos casi todos los que salieron de Egipto, sin ver la tierra santa que les habíais prometido. Ahora Vos, el mismo Dios eterno é infinito, venís á vivir entre los hombres y ver sus pecados desde

cerca, conversar con ellos en sus casas y por las calles, donde ni os tienen respeto, ni con vuestra compañía dejan sus males, y con todo eso los sufrís y ellos viven. ¿Claman á Vos ahora por ventura nuestros pecados menos que los de los antepasados? ¿Aborrecéis, por ventura, menos los nuestros que los suyos, ó nos amáis á nosotros más que á ellos? Verdaderamente, Dios mío, que dijo bien David cuando cantó, que cubristeis nuestros pecados, ablandasteis toda nuestra ira y apartasteis de Vos toda la indignación acostumbrada. Convertisteis contra Vos mismo su rigor para aliviarnos y nos disteis vuestra presencia, para que no nos confundiese vuestra ira.

¡Oh, qué gritos daba vuestro divino corazón al Padre Eterno por cada pecado que veíais y oíais! Por mucho que los pecados gritaban contra los pecadores, los clamores de vuestra misericordia llegaban primero á vuestro divino pecho, eran más oídos y contenían la ira. Disimulábais con todos, os compadecíais de todos, sufríais las importunaciones y desatinos, os dolían los males, sentíais las ofensas y andábais, luz divina, entre las tinieblas, no visto; Padre de todos, no amado; Dios de todos, no venerado; riqueza de todos, no estimado; bienaventuranza de todos y despreciado; Pastor de todos, no seguido, y todo bien de todos, no visto ni oído. ¡Oh, quién os acompañara, quién os tratara, quién os viera y oyera siempre en esos treinta años! Para mí, vida de mi alma, para mí os acostumbrasteis á sufrir en esos treinta años; el mismo sois aún ahora. Aún me veis y me sufrís; aún cerca y dentro de esta alma me conserváis, y disimuláis conmigo para ver si os veo, si os entiendo y si os atiendo para serviros y amaros. No seáis en mí, Dios mío, luz en tinieblas; sino alumbradme todo con vuestro resplandor.

Cuando yo supiera desear vuestras grandes mercedes, y me atreviera á pedir conforme á la Majestad de quien sois, ¿adónde me pudiera alargar, más que á desear ser uno de los menores de vuestra casa (como David) y no salir jamás de vuestra puerta para que cuando pasáseis besase la tiera que pisáis? Este vuestro Profeta entendía con verdad, que valía más un día de estos, que millares de días de vida. Y Vos, soberano Señor, gloria y riqueza divina é infinita, tenéis esto por poco y venís en persona cada día á mí, á mi casa y moráis entre nosotros; aquí os hallo cada vez que quiero; hasta aquí nunca quisisteis dejar mi compañía, y por no apartaros de mí, hacéis como que no veis mis males; porque hacéis cuenta que los consumiréis todos si yo pusiese los ojos en Vos para trataros y amaros. Oh divino amador mío, arrebatad todos mis sentidos y deseos á Vos. ¿Qué más quiero ni qué más me podéis dar? Vos, Dios mío, no tenéis de vuestro más que á Vos, ni hay más bien que tener y todo eso me dais; ¿pues dónde estoy cuando otra cosa quiero? ¿Qué se ha hecho de mí, que no os veo? ¿Dónde perdí el sentido, pues no os siento? ¡Ah luz mía, alumbradme; mi divino Pastor habladme; oiga yo vuestra voz y la conozca; ninguna otra voz me lleve sino la vuestra! ¿Cómo estoy yo tan pobre teniéndoos tan cerca?

¿Tan mísero teniéndos conmigo? ¿Tan apartado de Vos, estando Vos tan estrechado en mí? ¡Oh Señor! Los impedimentos que en mí hay, Vos los veis; lo que en esto necesito, Vos lo conocéis; lo que pierdo, Vos lo sentís. Clamen, Señor, á Vos mis necesidades, y compadeceos de ellas, y pues aquí os tengo, poned en ellas los ojos de misericordia y remediadlas. No viva con Vos, tanto sin Vos; á Vos abrace todo mi interior, á Vos oiga, ande en pos de Vos, á Vos sólo desee y con Vos sólo se contente.

A Vos, Dios mío, que veis mis males, los confesaré, para que como deseáis, los curéis; haced que yo los sienta y huya de ellos, para que con misericordia me los perdonéis. Me desterrasteis justamente del cielo, para que aquí le mereciese, y este es el principal cuidado á que me obligasteis, y de que me habéis de pedir más estrecha cuenta; pero yo de este valle de miserias hago cielo; en él traigo ocupado todo mi interior y exterior, olvidado de Vos. Todo mi cuidado es contentar á los hombres con quienes trato; siento sus desaires, como si fueran mis dioses; estimo sus alabanzas, como si ellos fueran los premiadores de mis obras; inquiétame el disgustarlos; alégrome cuando los tengo contentos; córrome de parecerme á Vos humilde, callado, sufrido, paciente y despreciado de ellos; sigo lo que aprueban, aunque sea contra Vos, y por acomodarme á ellos, falto al servicio que os debo y rompo lo que conozco ser conforme con vuestra purísima doctrina. ¡Oh misericordia divina! Sufridme, pues sois divina, el desacato que cada día os hago. Vos sabéis cuánto más vale conmigo lo que de mí pueden decir los hombres, que lo que vuestra grandeza quiere de mí. Pienso que soy grande cuando me estiman, aunque Vos me desestiméis; téngome por abatido si me desprecian, aunque Vos me recojáis. Si veo á otros más favorecidos y alabados de ellos, me desconsuelo, y por ellos pervierto toda verdad, toda igualdad, toda entereza y perfección de virtud. Hago con prontitud y esmero las obras que ellos han de ver, porque no las desaprueben; siento no contentarles como yo deseo, y persevero en el trabajo de la virtud, cuando de ellos soy visto. Pero lo que hago delante de vuestros sapientísimos ojos, todo es lleno de tibieza; conténtome con cualquiera poca eficacia que ponga en mis obras, y viendo que son tales, que justamente las desecháis, quedo yo satisfecho y no cuido de lo mucho que os debo.

¿Qué tengo yo en los hombres, Dios de mi alma? De ellos no tengo sino compañía de mortales, miserables, desterrados, flacos en el juicio, mal inclinados en los pareceres, ciegos en el aprecio de las verdades, engañosos en la aprobación del bien y reprobación del mal; juzgan por lo que se les antoja, y en todo proceden como terrenos; son prontísimos para ayudar al mal; ligerísimos para condenar el bien; hacen plaza de vicios; cometen todos los males; persiguen á los justos, y viven en perpetua inquietud. Los que son soberanos, no tienen más ser ni menos miserias que los otros; en todos reina la malicia y miseria. ¿Pues, Dios mío, qué quiero ó qué puedo yo esperar de los hombres? Yo he de ser juzgado por lo que

Vos veis en mí, pues solo Vos sois justo ponderador de lo que hay en cada uno, y los hombres de ninguna cosa tratan menos que de la verdad, ni ven el corazón, sino lo exterior. ¿Y es posible que por éstos me pierda y os deje á Vos? Libradme, Dios mío, de los ojos de los hombres. No sé cómo, mas Vos lo sabéis, que son ojos de basilisco que matan con su ponzoña cuanto ven. ¿Qué espero cuando en ellos pongo mi esperanza? Gente que ni lo que puede hace, y cuando algo puede, falta en lo mejor, y por último, cuando me veo por ellos atribulado, que no agradecen lo que por ellos hago, ó me persiguen y arrojan de sí; ninguna otra acogida tengo, sino á Vos, mi paternal consolador y remediador. ¿Pues por qué no sois Vos el primero que vaya por delante en todas mis cosas? ¡Oh buen Jesús, no sé confesar cuánto mal hay en mí en esta parte! Sé que me veo desbaratado del viento de la vanidad, y que de cuanto traigo delante, por donde me gobierno, no saco cosa que no se desvanezca, ni de que pueda pensar que por ella soy mejor, ó más aprovechado, sino de que pueda llorar muy justamente. Infinitas gracias os doy, porque quisisteis que así fuese, y que no pudiese ser rico sino de verdaderos y eternos bienes. Pues, Señor, apartad mis ojos de la vanidad; libradme de estos robadores de mis bienes, y dadme fortaleza para que no me quebranten los vientos de los hombres que me combaten. Y pues no son más que viento, abrid con vuestra luz mis ojos, para que no los tenga en otra reputación, ni sea mi corazón apartado de Vos (eterna riqueza mía y suma verdad) por la mentira de la tierra, pobreza y vanidad.

Mas, Señor, Vos me obligasteis al amor de estos hombres, á quienes no queréis que siga, ni imite, sino á solo Vos. Bien veis la poquedad de mi juicio y mi flaqueza para acertar en tantas obligaciones. Enseñadme Vos, mi divino Maestro, pues quisisteis ser maestro nuestro, y para esto bajasteis del cielo á nuestras pobres moradas. Yo quiero, Dios mío, sufrir á todos, ser despreciado de todos, andar á los pies de todos, servir á todos y ser de todos desagradecido si Vos así lo ordenáreis: pronto estoy para sufrir que todos sean contra mí, si Vos así lo permitiereis. Ensanchad, Señor, este corazón para que todos quepan en él con vuestra pura caridad: enseñadme á no anteponerme á ninguno, y á que no ponga á otro en vuestro lugar en este corazón. Sed Vos mi guía y mi maestro en todas las cosas, para que su mudanza no me cambie. Enseñadme á querer el disfavor más que el favor humano, para que mi corazón no se vaya tras de los hombres y os deje á Vos. Quitad de mis ojos la niebla y ceguedad para que no me engañen las cosas de esta vida, y estime á cada una según lo que merece. Vos mandasteis que no tuviese miedo de los que no pueden hacer más daño que quitar la vida corporal; sino que temiese á Vos que podéis quitar la del alma para siempre. Mas, bien mío, para cumplir esto, dadme Vos primero, amor de la verdadera vida y desprecio de esta miserable; dadme primero que no tenga otra honra sino serviros y contentaros. Reinad Vos primero en mi corazón, para que lleno y poseído de Vos

pierda el miedo de todo lo demás. Enseñadme, Dios mío, á preciarme de ser vuestro imitador y querer sólo parecerme á Vos.

¿Qué pierdo, cuando con los hombres pierdo el crédito, la honra y la fama, si fuere acepto á Vos y de Vos recibido? Todo cuanto los hombres dan, no puede consolar el interior del alma; Vos en secreto consoláis, recreáis y llenáis de suavidad incomparable. ¿Cuándo me veré mirado de Vos, de Vos rico, de Vos santificado, y de Vos consolado en este destierro? ¡Cuán rico estaría dejado de todos, y cuán contento desfavorecido de los hombres! Plantad, Señor, en mí las virtudes que os contentan, para que ninguno pueda tomar de mí justo escándalo y ocasión para el mal. Dadme largueza de corazón, para ayudar y servir á todos por vuestro amor; pero poned en solo Vos mi esperanza y mi deseo, pues á solo Vos le debo, y en solo Vos está bien empleado. Cerrad mi lengua y esforzad mi corazón, para que con silencio y esperanza sufra á todos en Vos, y sobrelleve los disgustos que me dieron. No me dejéis ver á los grandes de la tierra sino como á gusanos y manjar de ellos, pues lo son; para que solo Vos seáis grande y mi soberano. Apartad de mi entendimiento toda apariencia de las cosas que os descontentan, para que sólo siga la pura verdad de todas, y solo Vos tengáis en mi corazón el aprecio y crédito que merecéis sobre todo grande, sobre todo sabio, sobre todo amigo y compañero y sobre todo lo santo de la tierra, para que ninguna cosa alcance á que yo me aparte de lo que me inspiráis y me enseñáis. Todos los encuentros que por serviros tuviere entre los hombres, Vos, Dios mío, que conocéis mi flaqueza y poquedad, tomadlos en el escudo de vuestra bondad, para ampararme y contenerme de suerte que nada me derribe. ¡Oh verdad mía, oh mi guía y camino, oh vida mía, enseñadme con Vos, guiadme por Vos, y mantenedme en Vos siempre vivo y firme!

¡Oh espejo de verdades eternas, que visto en el cielo llenáis de todos bienes y aseguráis de todas miserias! ¡Cuán fácil os fuera prender en Vos los ojos de esta alma, para librarme de todos los males! Sé que sólo porque me substentáis, tengo vida; porque me amparáis, no me destruyen mis enemigos; porque tenéis cuidado de mí y me gobernáis, no estoy ya perdido. Si esto tengo en Vos, aun andando olvidado de Vos y distraído por lo ponzoñoso del mundo, ¿qué tendré si todo mi interior anduviere siempre ocupado en Vos? Reformad, Señor, la intención de esta alma, para que solo á Vos desee contentar. ¿A quién debo este interior, sino á Vos? ¿Quién me podrá satisfacer sino Vos? ¡Oh Dios mío y todas mis cosas! Si Vos que sois la divina luz, no nacereis en esta alma, ¿cómo podrá ella saberos buscar? Presentaos, Dios mío, siempre á este corazón para que comiendo, pensando, hablando y en todo negocio y ocupación, os vea delante de mí, y viva delante de Vos con temor y reverencia de vuestra presencia, y pretenda hacer puramente en todo lo que es de vuestra voluntad.

Moisés no quiso moverse de un lugar hasta que le prometisteis que iríais delante de vuestro pueblo; porque sin Vos no se atrevió

á vivir seguro, después que conversando familiarmente con Vos cuarenta días, vió en Vos su miseria y vuestra grandeza, y cuán nada era sin Vos. Pues ¿cómo andaré yo seguro entre continuos peligros del alma, si Vos no aparecierais siempre á mis ojos para que os siga y vaya tras de Vos? Si viéndoos en el cielo he de estar siempre embebido y con Vos, acrecentad, Señor, estos pocos días de destierro á los de aquella eternidad, y que desde ahora sólo viva de Vos y para Vos. No vinisteis al mundo á conversar entre la gente, sino para que tuviesen junto á sí al Maestro y todo su bien; pidoos pues, Señor, por ese amor, que echéis mano de mí y me llevéis tras de Vos, y que viviendo entre la gente os halle entre todos mi Maestro, mi guía y todo mi bien. Aquí os ofrezco todo mi cuidado y toda mi intención; purificadla Vos conforme al deseo que me dais, de modo que todo yo por dentro y por fuera sólo mire á Vos, á Vos agrade, á Vos ame, á Vos suspire y en solo Vos descanse.

Oh Madre de Dios sacratísima, que en la tierra vivisteis más rica por la compañía de Jesús, que todos los poderosos del mundo, y que más le contentasteis, juntadme á la compañía de este Señor, y alcanzadme que otra cualquiera me canse y sea sinsabor. Oh corte celestial, que siempre veis á este Señor y por eso estáis llenos de toda bienaventuranza; Vos comprendéis cuán perdido ando cuando no ando en pos de este Señor: alcanzadme de El que me prenda su amor y me cautive su hermosura, hasta que con Vos le vaya á poseer plenamente para siempre. Amén.

## TRABAJO XV

### Ayuno y vida del yermo.

Vivió Cristo nuestro Señor callado y como hombre particular, dando perfectísimos ejemplos de toda virtud en medio del pueblo, bajo la obediencia de nuestra Señora y de San José, como se ha dicho, por espacio de unos treinta años. Siendo ya de esa edad (que era el tiempo en que tenía determinado manifestarse más al mundo con divinas obras y doctrinas), mandó el Espíritu Santo á San Juan que saliese del desierto y entrase por las tierras de los judíos y les diese á conocer á Cristo nuestro Señor, verdadero Hijo de Dios, que les estaba prometido. Y porque San Juan nunca vió á Cristo, y el pueblo no pudiese decir que daba testimonio de lo que nunca vió ni conoció, le dió el Espíritu Santo por señal que le vería con sus ojos bajar sobre El en figura de una paloma. Predicando San Juan y bautizando á los pecadores en el río Jordán, fué entre ellos el mismo Cristo á que San Juan le bautizase. Ya tenía este Señor carne del pecador Adán; ya, como se ha dicho, había tomado la forma y penas de los pecados en la Circuncisión y obras de penitencia que toda su vida ejercitó, y por llevar adelante parecerse mucho á nosotros, donde vió muchos pecadores que se convertían, allí se metió luego entre ellos á

santificar las aguas en que se bautizaban, con que después habían de ser purificados los pecados de los hijos de Adán, que tomó sobre sí para limpiarlos. Y como la Circuncisión en su carne cortó todas las leyes del pecado, que eran contra nosotros por la carne heredada de Adán, así en este bautismo santificó y consagró las leyes de la gracia y del espíritu, que puso en las aguas para perdón del pecado.

Al punto que San Juan vió al Señor, luego le conoció antes de ver la señal de la paloma; por lo que parece que este signo le fué dado para acreditar el testimonio que acerca de Cristo había de dar al pueblo, y no para sí. Ni podía la pureza de aquella alma santísima, y de la admirable caridad en que ardía aquel perfectísimo amigo del divino esposo, dejarle de conocer, por más disimulado que viniese; porque es impropio de la luz cubrirse á los ojos claros y abiertos, y el puro amor que en la primera hora de su santificación sintió de vientre á vientre la presencia de su amigo, no podía desconocerle al verle con sus ojos. Y si los corderos y animales sin ninguna señal entre muchos de la misma especie, del mismo color y semejanza, conocen á sus madres sin equivocarlas, y ellas distinguen á los hijos, ¿cómo podía San Juan necesitar señal para conocer entre todo el mundo á Aquel de cuyo espíritu y amor solamente vivía? Es privilegio del puro amor no desconocer á Dios en ninguna figura por menos propia que le sea; y quien de esto dudare, ame, y quéjese, si le desconociere.

Rehusaba el Bautista bautizar al Señor, queriendo antes recibir de su mano esta merced, para ser lleno de todos los dones divinos, y también le parecía que pues tenía obligación y oficio de manifestar al mundo que era Hijo de Dios, no hacía bien su oficio en ayudarle primero á dar muestras de pecador. Pero como el Señor le dijo qne disimulase y le bautizase, por cuanto correspondía por entonces dar aquel ejemplo de penitencia, se rindió y le bautizó; porque los Santos no usan de su parecer en lo que pretenden servir y complacer á Dios, más que mientras no les consta en ellas otra cosa de la voluntad del mismo Dios; pero al punto que por el suceso de ellas ó por otro indicio la conocen, la dejan á ella lo que ordena, y sólo tratan de seguirla sin entrometerse en sus juicios. Así San Juan dejó á Cristo llevar adelante las muestras de su humildad, y sobre ellas dió testimonio de su divinidad, y á El le dejó el manifestarse al mundo, vencer y prevalecer de la manera que quisiese. Por eso luego que le bautizó, vió bajar del cielo al Espíritu Santo en figura de paloma y ponerse sobre el Redentor. Entonces dijo al pueblo que aquel era el Cordero de Dios que quitaba los pecados del mundo é Hijo de Dios. El Padre Eterno aprobó el testimonio de San Juan con una voz del cielo que decía: *Este es mi Hijo amado, en quien del todo me contenté y complací:* declarando con esto, que con tenerle hombre y en figura de pecador en la tierra, estaba ya satisfecho, ni había ya entre El y los pecadores asco ó división. Este mismo testimonio de ser Cristo Hijo y Cordero

de Dios, y de la señal de la paloma que vió, dió otras veces el Bautista, así en presencia del mismo Señor, después de volver del desierto, donde ayunó cuarenta días, como en su ausencia, cuando los fariseos le preguntaron si él era el Mesías. Cumplió su oficio con la vida, palabra y muerte: y por satisfacerse del santo atrevimiento que tuvo por mandado del Señor en echarle agua sobre su cabeza, se publicaba por indignísimo de ponerse á sus pies y desatar la correa del zapato, persuadiendo á todos que no hiciesen caso de él, porque correspondía que él fuese disminuído, y que solo el Cordero de Dios se engrandeciese.

Descubierto y declarado al pueblo, por el testimonio de San Juan, la señal de la paloma y voz del Padre, quién era Cristo, vió ser llegado el tiempo de manifestarse El también al mundo, y enseñar la ley y perfección evangélica, confirmarla con divinas obras, llamar á sí á los pecadores y padecer por ellos. Y no contento con los muchos años que había llorado nuestros pecados, empleando fervorosísimas oraciones y muchos merecimientos por ellos (que era muy cumplida disposición para lo que le faltaba por hacer), se fué á recoger cuarenta días al desierto (como otro Moisés en el monte con Dios) á negociar con su Eterno Padre el fruto que de la eficacia de sus obras, doctrina y pasión pretendía sacar, que era la salvación de nuestras almas. Y aunque el Espíritu Santo, divino y suyo, le hacía hacer siempre todas sus obras, é inseparablemente le acompañaba, con todo eso, de esta ida al desierto á ayunar y ser tentado, dicen particularmente los Evangelistas, que el espíritu le llevó; así por los inmensos y renovados encendimientos que sentía su corazón viendo llegada la hora de sus batallas y de hacer lo que tanto deseaba, como para que entendiésemos la importancia de las cosas restantes, por el peso, orden y cuenta con que las emprendía.

Del retiro del Señor al desierto por cuarenta días, no dicen los Santos Evangelistas sino que ayunó, y lo que le pasó con el tentador al fin de ellos. San Lucas dice, que en todos ellos no comió; y San Marcos, que estaba entre bestias y fieras. Siempre la corteza historial de los Evangelistas deja grande y larga materia de consideración; por lo cual tenemos licencia para pensar el trabajo corporal que el Señor tendría en la vida del yermo, solo, en tiempo naturalmente áspero, como es parte de Enero y Febrero, á los vientos, lluvias, heladas, nieves, fríos, barros, sin casa ni choza donde recogerse. Las más de las noches amanecería helado de frío, calados los vestidos del agua de la lluvia ó rocío; y en los días en que hiciese sol, no le tomaría para enjugarse, sino como las hierbas del campo. Si se echaba, le maltrataba la dureza de la tierra; si andaba, le ofendían las espinas y piedras; y de cualquier manera padecía aquel inocentísimo cuerpo lo que no merecía. Tampoco permitía á sus criaturas que le diesen el alivio que todas á porfía le concederían si les diese licencia.

En el ayuno pienso que no lo pasaría el Señor sin muchas hambres y debilitación de la naturaleza, por más ocupado que estaba el

espíritu en su divinidad, ni haría en sí lo que hizo á Moisés y Elías, que no sentían estar sin comer otros cuarenta días esforzados por la mano de Dios. Mas como el Señor era amigo de padecer, sustentaba su virtud natural cuanto bastaba para poder sobrellevar la ocupación de la oración y trabajo del yermo; pero padecía grandes debilitaciones, flaquezas y hambres, por vivir en continuo trabajo. Al cabo de los cuarenta días soltó el hambre para que le atormentase como correspondía á un estómago que en cuarenta días no comió, y bastaba para matarle, si su divinidad no sustentara el cuerpo y le esforzara para más padecer. Así el milagro que en Moisés y Elías hizo para que no sintiesen pena, le hizo en sí para sentirla mayor por nuestro amor; porque, como varias veces decimos en esta obra, muchos de los trabajos de los hombres que el Señor tomó, los medía por sus fuerzas, en grado tan extremado, que á todo otro cuerpo le acabaría, y El sustentaba el suyo para que los sobrellevase, á fin que cada pena le atormentase con todo su rigor, y en cada una le debemos la muerte que en ella naturalmente padecería, si no se conservase para acabar con otra más cruel y espantosa.

Tener el Señor compañía de fieras todos estos días (que no sin gran consideración lo apuntó San Marcos), me parece que no es sólo advertirnos cómo ninguna cosa dejó de hacer este Señor por nosotros, hasta acompañarse con los gusanos y animales de la tierra, descendiendo del seno del Padre Eterno y servicio de ángeles; sino acordarnos un acrecentamiento del trabajo en que el Señor vivió aquellos cuarenta días, el cual es, que el mismo Señor incitaría á los animales y fieras á que le viniesen á rodear y á acompañar con mansedumbre doméstica; y cuando las viese alrededor de sí, derramaría lágrimas y se derretiría en dolor con memoria de la brutalidad y ferocidad de muchas almas, que endurecidas en la rudeza de sus vicios y amor de la tierra, le habían de desconocer y retirarse de El. Esta consideración no es impropia para el espíritu y condición del Señor, pues de El leemos que se dolía y sentía acordándose de la blandura con que la gallina abriga sus hijuelos, y la cotejaba con la dureza judaica que no se dejaba agasajar de la misericordia y suavidad con que El los quería tratar y recoger. Paréceme que el Señor llamaría leones, osos, víboras y otros fieros animales, y les pondría la mano con agrado, suspirando su corazón con lágrimas por ver así á los hombres; y le dolía por la medida de su amor, la fiereza de los que se habían de perder. Esta es una general consideración que debemos tener en todos los trabajos del Señor, á fin de que conozcamos cuánta mayor pena le dimos con nuestros pecados, que el rigor de la pena de ellos.

San Marcos juntó dos cosas en una cláusula que mueven mucho, diciendo: *Estaba con las bestias, y los ángeles le ministraban.* Entre estos dos extremos de la mansedumbre de las fieras, en cuya compañía el Señor estaba, y del servicio que de los ángeles recibía, vean los hombres dónde quedan teniendo de los animales el cuerpo y de los ángeles el espíritu; y será mucha desventura si quedamos

fuera del servicio de este Señor, indignos de la compañía de los ángeles, más brutos y desconocidos que los animales y más apartados que ellos de Jesús. ¿Pues cómo no sentiría mucho el Señor verse acompañado de bestias fieras, servido y buscado de los ángeles, y cansarse El en buscar á los hombres que le desconocen, y trabajar en vano, siguiendo con tanta pena á los que de El se apartan? Provócanos, pues, San Marcos á envidiar á los animales que con la compañía de su Criador, olvidaron la ferocidad; y brinda á imitación de los ángeles, que entre los animales reconocieron y sirvieron á su Dios. Y pues no estuvo allí ningún hombre, siendo así que por El se hacía todo aquello, padecía el Señor grave dolor, porque á ellos más que á todo deseaba tener junto á sí: pero ni con esto cerró la entrada á ninguno para que lleguen á su trato, antes bien tiene cada uno en todo tiempo lugar abierto para acompañar á este Señor, que tanto nos desea; ó por brutos, si ablandamos la perversa dureza y ferocidad; ó por angélicos, si con pureza y amor le deseamos; porque el Señor no se fué al desierto por huir de los hombres, sino para volverlos á buscar con mayor sentimiento de la ausencia, y recogerlos.

Dos documentos muy saludables enseñan estos sacratísimos ejemplos del Señor. Primeramente, se ve claro la importancia de la salvación de las almas, que Cristo tuvo en tanta cuenta, que no quiso entrar en tan gran negocio sin ablandar primero con mucho ayuno y oración la justa indignación de su Padre Eterno, y retirarse cuarenta días al desierto para encomendarle las almas que quería redimir, y las doctrinas y obras que para esto determinaba poner en ejecución; y tomar su bendición, ayuda y compañía para tan grave empresa. No le iba al Señor nada en nuestra salvación ó perdición; pero como cargó sobre sí el evitar nuestra perdición, conoció con su divina sabiduría ser negocio de tanto peso é importancia, que necesitaba todo cuidado, todo trabajo, toda industria y solicitud. Y porque en este sólo se resume todo nuestro bien ó mal, á ninguna otra cosa nos obligó, más que á lo que ayuda á salvar el alma, cuya obligación quiso que fuese el régimen de todo lo demás, de tal suerte, que nunca le será acepta cosa que perjudique la salvación del alma, y cuanto coopere á ella le contentará. Juzguemos por aquí el estado en que nos hallamos con una tan grande y tan importante obligación, que por la mayor parte ó del todo traemos olvidada, ó tratada como el más bajo negocio de la vida.

El Señor, como justo ponderador de este negocio, decía: *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si padece detrimento en su alma?* De un rico contaba haber llegado á tanta prosperidad temporal, que su mayor zozobra era no tener dónde recoger lo que había juntado. Este, trazando el modo de recogerlo todo, y lisonjeándose de que teniéndolo todo junto, podía pasar buena vida muchos años sin acordarse del alma, oyó una voz del cielo, que le dijo: *Necio, esta noche te quitarán la vida, ¿y qué será de lo que has amontonado?* Tal es, dice Cristo, el que pone su cuidado

en bienes temporales y no en el servicio de Dios. ¡Oh necios reyes! ¡Oh necios letrados! ¡Oh necios monjes! ¡Oh necios sacerdotes! ¡Oh necios predicadores! ¡Oh necios prelados! ¡Oh necios capitanes y soldados! ¡Oh necios nobles y plebeyos! ¡Oh necios ricos y pobres! ¡Oh necios favorecidos de los reyes y no favorecidos! ¡Oh necios atendidos del mundo y desatendidos! ¡Oh necios regalados y ociosos, mercaderes y negociantes! ¡Oh necios por sentencia del cielo; todos los que gastada la vida, las fuerzas, los ingenios y ocupaciones de ella, os halláis al fin con el alma perdida! ¿Qué os aprovecha todo, si al tiempo que habéis menester la vida y obras de ella, os halláis tan necios y tan vacíos, que acabándose cuanto teníais, os halláis con el alma perdida?

Sin duda que bien mirado el grandísimo descuido con que se trata la salvación del alma, es la cosa que más miedo puede poner á un corazón cristiano. Veo á un San Pablo, confirmado en gracia y con certeza de su salvación, castigar su cuerpo por miedo de no ser reprobado. Veo á un San Agustín, que después de alumbrado por Dios, no quiere gastar una hora en responder á cuestiones de una de las artes liberales, por no quitarla de la ocupación del alma. Veo á un San Bartolomé dejarse desollar, á un San Lorenzo dejarse asar, á un San Francisco no sufrir aun el cuidado de un remiendo; á un San Juan Bautista huir venticinco años al desierto, por no pronunciar ni una palabra ociosa. Veo á los apóstoles y á los mártires despedazados; muchedumbres de santos esparcidos por los desiertos; el espíritu con que se instituyeron monasterios como sagradas cárceles para huir del mundo; el inmenso cuidado, incansables fatigas y fervorosos espíritus con que todos estos procuraron asegurar y negociaron su salvación; y poniendo á par de esto el placer con que los caminos de perdición y de los vicios se pueblan con falsas confianzas de vida eterna; el tiempo tan mal gastado; la disolución de los sentidos atentos á invenciones de pasatiempos; y y que á la salvación del alma no se da sino los desperdicios del tiempo, de la hacienda, de la ocupación; y que todo para empresa tan grande se tiene por mucho y demasiado (por poco, tibio, tardío, podrido y desechado que sea, como en la verdad lo es casi todo lo que empleamos en la salud del alma) cotejando digo, todo esto, no sé dar otra salida, sino que pongamos los ojos en el Señor, y le pidamos que, pues tan á su costa nos redimió, por amor suyo se acuerde de nosotros.

Y porque Cristo de tal suerte es nuestro Salvador, que si nos redimió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros, renuevo lo que dice nuestro Padre San Agustín, que ninguno se salvará sin ser de Dios llamado; ninguno de los llamados hará obras de salvación sin ser de Dios ayudado, y que ninguno merece este auxilio, sino pidiéndole por oración, y que aunque los malos se pierdan permitiéndolo Dios, ninguno quiere que se pierda; de suerte, que Dios á todos llama sin que se lo pidan, porque el ser llamados pende de solo El; y antes que le pidamos está pronto para ayudarnos, para que nin-

guno tenga excusa de pedir. Siempre queda por nosotros, que no tenemos cuidado de pedirle su ayuda. Aprendamos, pues, del cuidado con que el Salvador nos negoció la salvación, cuánto y cuán grande debe ser en nosotros el alcanzar de su Divina Majestad la virtud y el auxilio para salvarnos.

Otro documento que podemos sacar de estos ejemplos del Señor, es el modo con que se han de ejercitar el ayuno y las demás virtudes exteriores, que es quitar del alma los males y culpas contra quien ellas se deben ejercitar; porque como dice un santo, ayunar y pecar es una semejanza del demonio, que nunca come, y siempre es malo. Cristo nuestro Señor, aunque en el discurso de su vida tuvo muchos ayunos, el que quiso que se escribiese de él fué acompañado de mucha oración, de retiro del tumulto de la gente, y lleno de mucha ocupación celestial. Así en la Sagrada Escritura, donde se trata del ayuno, desaprueba Dios claramente al que va acompañado de propia voluntad, obras malas, perversas inclinaciones y ocupaciones contrarias á la Ley de Dios. San Gregorio compara á los que ayunan y no mortifican sus malas inclinaciones, con Simón Cireneo que pudo llevar la cruz de Cristo, y no supo morir en ella con Él, contentándose con el poco precio que le dieron por llevarla. Así quien ayuna se satisface con el gusto solo de ayunar, si lo hace por propia voluntad, ó por cumplir con el precepto, si no quita los vicios del alma que defraudan el valor del ayuno y no planta las virtudes que le santifican.

No sé cómo aprobamos en nosotros la injusticia que en los demás reprobamos de que pague el justo por el culpado. El estómago, aunque por ventura no peque en la gula, paga por la lengua que nunca deja de hablar mal; por la soltura de los ojos, que no se quieren recoger; por los malos deseos que vaguean desenfrenadamente, y por todos los vicios que reinan en el alma y se cometieron con con gusto, sin más enmienda que pagarlo el estómago ayunando. No es Dios injusto Juez, que apruebe tan injusta sentencia, ni acepte tan vana peniteneia. Cuando todo lo que corrompe los bienes del alma ayunare, entonces será acepto á Dios nuestro ayuno; si la vista pecó, refórmese la vista; si pecó la lengua, recójanse los labios. No digo que quien está en pecado no ayune, porque aunque no aproveche para la salvación, tampoco daña, y puede conducir para salir del mal estado; menos malo es ayunar sin provecho, que exceder en la gula con daño; y bueno es hacerse á buenas costumbres para el tiempo de la gracia; pero aconsejo que no perdamos el hecho de cosa de tanto precio que los Santos, que escribieron de ella, no acaban de decir los bienes que trae consigo, y logra quien ayuna con mortificación de los vicios y ejercicio de virtudes interiores.

La moderación con que esta virtud ha de ser ejercitada, la resumen los Santos en dos reglas: la primera, que se eviten demasías de guisados con que se divierte el trabajo del ayuno; porque esto, como dice San Agustín, es hacer al ayuno padrino de la gula y de

la impureza. La segunda, que no se debilite la naturaleza de modo que impida otros bienes espirituales, como son instruir á las almas, administrar Sacramentos, encaminar á la salvación, en quien lo tiene por oficio, ó hacer otras obras obligatorias; y mucho más que persevere la disposición sana para el ejercicio de la oración en que se gana más que en lo demás. Y los que ayunan sin esta moderación, y no aceptan consejo ni regla de quien la deben tomar, hicieran mucho mejor en quebrantar sus voluntades con que desagradan á Dios, que el ayunar. En conclusión de esta materia prevengo á los que son aficionados á ayunar, que se guarden de una tentación de que suele no hacerse caso, la cual es cumplir con más rigor los ayunos voluntarios, que los de obligación; porque si el enemigo no puede quitarnos la buena costumbre de ayunar, trabaja por quitarnos en los voluntarios las fuerzas para los obligatorios, ó porque seamos más remisos en éstos que en aquéllos. Todas las virtudes que tienen más de propia voluntad, y menos de obediencia, son más sospechosas por las muchas y solapadas malicias que encierra en sí la propia voluntad; y por eso el ayunador obediente es más acepto que el voluntario para el Señor, que dijo gustaba más de la obediencia que del sacrificio, pues El mismo se sacrificó en la cruz por obediencia.

### EJERCICIO DEL AYUNO Y VIDA DEL YERMO DEL SEÑOR

Gloria de los ángeles, riqueza de los bienaventurados, fidelísimo amador de los pecadores, mi buen Jesús, Dios y Señor mío, ¿qué gracias os daré por las mercedes que me habéis hecho y cada hora me hacéis? Alaben os, Señor, conmigo todas vuestras criaturas; y porque sois mayor que toda alabanza, alaben os vuestras obras, vuestras perfecciones y vuestras grandezas, pues por su medida, y no por la de mi poca edad, me llenáis de mercedes. ¿Qué fuera de mí si Vos no me cuidárais y si no me hiciérais mercedes como quien sois? Enseñadme á agradeceros cuanto os debo y á amaros cuanto pudiere; porque ya que no puedo cuanto merecéis, á lo menos se ocupe en vuestro amor todo cuando hay en mí. Bien sabéis, Señor, que si uniéseis en mí todo el amor de los justos que en la tierra tenéis, y de toda la corte celestial, y yo os amase con todo aquel amor, es aún más el que os debo, y fuera poco para corresponder al amor y cuidado que de mí tenéis. En aquella gran eternidad en que me tenía presente vuestra sabiduría antes que yo naciese, tomasteis sobre Vos mis culpas y necesidades y el remedio de mi salvación. Bien veíais que no me necesitábais para nada; mas por el eterno amor con que me amasteis, tuvisteis misericordia de mí é hicisteis cuanto fué posible porque no me perdiese. Adoro ese amor infinito, adoro ese pecho amoroso en que me tenéis escrito, adoro ese fervoroso cuidado de mi remedio. No se pierda, Señor, esta vuestra criatura, porque no empleéis en vano en ella tanto cuidado y tantos trabajos vuestros.

Por amor mío os retiráis al desierto; conversáis, Hijo de Dios,

entre las fieras; aceptáis servicios de ángeles y suspiráis por mi compañía; ahí me deseáis á mí, por mí ayunáis cuarenta días; pero por mí os atormentáis con muchas hambres y flaquezas; por mí vivís al sereno, al sol, al aire y lluvias; por mí dormís sin abrigo en esa tierra dura; por mí ofrecéis al Padre Eterno lágrimas; por mí alcanzáis de El que ablande su ira, que se satisfaga con vuestros merecimientos y acepte vuestros tormentos y muerte; por mí le rogáis que me abra los sentidos para oir y recibir vuestras doctrinas, que me alumbre en las verdades de vuestra fe, sufra mis yerros y me reciba en su gloria. ¿Qué bien tengo ó espero, mi buen Jesús, que no deba á esas lágrimas, á esas fervorosas oraciones, á esa penitencia y ayuno, á ese amor con que me negociáis todo bien antes que naciese, antes que os conociese, antes que os amase y antes que os lo supiese pedir?

¡Oh Padre mío amantísimo! ¿Qué ansias y qué cuidados son estos tan tiernos y tan solícitos de esta pobre criatura vuestra? Vos sentíais mis males, os dolíais de mis perdiciones, las curábais con más blandura que si me trajérais en vuestras entrañas. Mas ¿qué digo? En ese corazón me traíais, ahí me amábais, ahí me recogíais, ahí me llamábais y ahí me despertábais con las fuerzas y obras de ese eterno amor, para que cuando me hallase vivo y rodeado de vuestras misericordias, conociese las que debo á ese paternal y amoroso pecho. Arde é inflámate, tibio corazón mío, en amor; derretíos, huesos todos de mi cuerpo, en caridad; empléate todo mi interior y exterior, en amor de este tu dulce remediador; ensánchate, corazón pobre, pues no podrás ser despreciado de quien tanto te desea y tanto hace por ti. No sé hablar, mi buen Jesús; en ese fuego de amor en que ardéis me arrojo; ahí me vuelvo á ofrecer, donde vuestro divino amor me dió el ser y todos mis bienes; arded, Señor, y abrasadme y dadme lo que con tantas lágrimas y trabajo negociasteis para mí. Os amo, mi buen Jesús, con todo mi corazón, y si veis que no es así, deseo amaros del todo; si veis que del todo no lo deseo, quiero desearlo mucho; y si en todo me engaño conmigo, sé que no me engaño con Vos, que cual soy me recibís. Veis aquí por quien trabajáis; en mí veis lo que os duele, en Vos lo que yo necesito; haced lo que sabéis, lo que podéis y lo que queráis en este vuestro siervo. Haced, luz divina, que en Vos me vea y me conozca, para que conociéndome me aborrezca, y aborreciéndome huya de mí para Vos, quien sólo podéis librarme de mí y sanar mis heridas.

¿Qué justicia es esta, Dios mío, y qué igualdad que tratéis mi salvación con tanto cuidado, y yo, que seré perdido para siempre si me condenareis, viva descuidadísimo de negociar con Vos? Vos, buen Jesús, desde la encarnación en el vientre de vuestra sacratísima Madre hasta la muerte en la cruz, toda la vida, todo el tiempo, todas las horas, toda ocupación, todas las obras, todo el posible trabajo ponéis en eso; y yo pobre, miserable, ciego, sin ver los peligros que me cercan por todas partes, vivo tan olvidado de Vos y

de mí, como si no me importara nada la salvación. El tiempo que me disteis para serviros y merecer vuestro reino, qué rápidamente se me va y huye de mis manos; lo empleo en pecados y apetitos: busco entretenimientos que me ayuden á no sentirlo y pasarlo con vanos gustos, como si lo tuviera seguro y afianzado en mi mano. Pasa la niñez, pasa la mocedad, pasan las demás edades, sin poder decir con verdad que gasté un día bien y perfectamente, sin defectos en obras de mi salvación. Todo cuanto hago es de este modo. Los pensamientos distraidos, los deseos del alma mal empleados, la memoria llena de infinitas vanidades, el entendimiento ocupado en cosas terrenas, la voluntad en bajezas vergonzosas.

Mis ayunos, oraciones y todo lo demás con que os pudiera contentar, es todo tal, que con razón por la tibieza, imperfección y culpas con que va acompañado, me podéis por eso castigar. Cualquiera otra cosa de la vida me trae (cuando se ofrece) solícito con infinitas ansias, cuidados y alteraciones, ya de tristeza, ya de gusto, ya de recelo, ya de alborozo, ya de desesperación, ya de esperanza, repartido este triste corazón y tan ocupado, que cuando vengo á querer tratar de mí y de Vos, ni me hallo, ni parece que soy cosa de vuestra mano. Tan extraño en las cosas espirituales, tan duro para vuestra conversación, tan apartado de las cosas que á Vos me acercan, tan ignorante en la pureza de las virtudes y tan mordaz en lo que me corresponde, como si no naciera para el cielo ni para amaros. Así os pido el paraíso, como si me fuera debido; así me contento con cualquiera bien ó apariencia de él, que obro tarde, mal y tibio, como si por justicia fuera señor del cielo. Toda otra ocupación y negocio tiene en mí el primer lugar, siendo éste el principal. Y Vos, buen Jesús, todo esto lo veis, y estáis llorando porque veis lo que pierdo cuando os pierdo, porque yo no lo sé sentir; veis el peligro grande de la seguridad en que vivo, que yo no quiero ver; el amor que me tenéis os aflige y hace penar por el dolor que yo no tengo y debiera tener.

¡Oh fuente de toda bondad y misericordia! ¡Oh Pastor divino é Hijo de Dios vivo, que descendisteis del cielo á la tierra á buscar las ovejas perdidas, y por eso las vinisteis á buscar, porque nosotros nos sabemos perder, mas no nos sabemos ganar! Yo erré como oveja perdida, dejé vuestros suaves pastos, que sanan las almas, por las ponzoñosas hierbas de este mundo; huí de vuestro redil, dejando vuestra obediencia, yéndome tras de los lobos que me consumen; perdí los caminos por donde me llevábais y me entré por las descaminadas sendas de la perdición.

Sé, mi divino Pastor, que estoy errado en todo; buscad á vuestra oveja, recoged á vuestro siervo. Dadme la compañía de esas bestias fieras, pues me volví peor que ellas; recogedme con vuestra blandura, amansadme y sometedme á vuestra obediencia. Llevadme, Señor, en pos de Vos; plantad en mis entrañas un vivo deseo de mi salvación, pues vuestra voluntad es que no me pierda. Y pues esto es á lo que más me obligáis, haced con vuestra divina luz que

siempre vea lo importante que me es y os acompañe en el cuidado y trabajo con que me lo negociáis, y ayudad con vuestra virtud la miseria y flaqueza que en mí veis. Vos, Señor, digisteis que ninguno puede ir á Vos, si no le llevare vuestro Eterno Padre. Bien sabéis que no nos ha de llevar santos, sino pecadores, para que nos santifiquéis; no nos ha de llevar blandos, sino duros, para que nos ablandéis; no nos ha de llevar domésticos, sino rústicos, para que con vuestra suavidad nos mudéis. Tal estoy yo, Señor, y por vuestra gracia deseoso en esta hora de acompañaros y que me mudéis á vuestra voluntad.

Pues atraéis á Vos las fieras, amansándolas con vuestros halagos, no me neguéis entre ellas un lugar, porque ellas que no os saben amar, se quedan, sin vuestra compañía brutas y fieras; y á mí me llevaréis manso y hecho de lobo cordero, de león oveja y de víbora humilde imitador vuestro por toda la vida. Vos prometisteis por vuestro Profeta á las almas apartadas de Vos, que para convertirlas las llevaríais á la soledad y allí las hablaríais al corazón. Vos sabéis qué soledad es ésta donde sin rumor de cosa de la tierra podéis ser oído; yo no entiendo lo que es; mas sé que donde Vos solo fuéreis oído y habláreis á mi corazón, allí estaré yo lleno de Vos, y Vos contento de mí. ¡Oh soledad llena de todos los bienes, quién te viese alguna hora! ¡Oh Señor, llevadme á ella, habladme al corazón; hablad, Señor, y oígaos yo, y enmudezcan para mí las demás voces, porque vuestra voz es dulce y vuestra lengua suave! En un momento me limpiaréis, me prenderéis de vuestro amor y convertiréis en amargura lo que no me sepa á Vos. Pues calle todo, y hablad, Maestro mío, mi divino consolador y amor purísimo.

¡Oh Madre de Dios, oveja nunca errada que en espíritu acompañábais á este Señor, y recibisteis de su compañía más bienes que toda criatura, partid con este pobre; haced sea admitido y tan poseído de este Señor, que ninguna otra cosa tenga en mí la más mínima parte! ¡Oh corte celestial, segura de nuestros peligrosos tumultos y poblada de eternos placeres y de gloriosos bienes!; pues para vuestra compañía fuí criado, alcanzadme un vivo deseo de lo que tenéis, una incansable solicitud de procurarlo para que de tal suerte pase por los tropiezos de esta vida, que no pierda vuestra bienaventurada compañía. Amén.

## TRABAJO XVI

### De la tentación.

Pasados los cuarenta días que el Señor ayunó en el desierto sin comer en todo aquel espacio, dejó al fin de ellos padecer á la naturaleza (como ya queda dicho) tanta hambre, que le debilitaba, enflaquecía y demudaba el color de manera que pudo el demonio engañarse, pensando que tenía allí una oportuna ocasión para tentarle sin ser conocido. No es en él irregular este ardid de

buscar siempre para tentar ocasiones y apariencias de bien, con que haga parecer virtud y necesidad el mal que comete, ó menos grave y más disculpable si es materia de pecado manifiesto. Pero estos ardides no los busca para todos, sino para los que sabe que le han de resistir; y las almas que por sus pecados perdieron el miedo á los vicios, y tienen gusto en ellos, impropiamente se dice que son tentadas; porque éstas han dado ya al enemigo tanto señorío sobre sí, que no tiene lucha con ellas, ni más que hacer que ofrecerlas lo que quiere que hagan; porque luego es obedecido y las trae el demonio tan á su mano y tan abatidas, que como dice Dios por Isaías, manda como señor que se bajen, que quiere pasar por encima de ellos, y luego se rinden; y le hacen de sí y de sus sentidos carrera y camino por donde pase sin contradicción. Para éstos no ha menester el demonio de ardides, mañas, fuerzas, ni importunaciones, sino sólo acordarles las inmundicias y pecados que quiere que cometan; ni él hace ya caso de estas almas, ni ellas sienten su mal, ni toman ningún trabajo para pelear y resistir, sino algunas veces tanto miedo de la cura de sus males, como debieran tener de los mismos pecados. Pero si aceptan el llamamiento y gracia de Dios, entonces sienten las ofensas que le hacen, el trabajo de la tentación y las mañas del enemigo, y él se guarda para éstos y se refina para los que de veras tratan de contentar á Dios. A este fin, para manifestar que los tales son los que saben conocer la tentación y pelear, no quiso el Señor ser tentado manifiestamente del demonio hasta después de mucho ayuno, y de cuarenta días de vida solitaria, gastada toda en soberana contemplación y admirables excesos de su divino amor. Pasma, y no sin mucha causa, ver que el Señor quisiese ser incitado á pecar por una tan vil, tan baja y tan maldita criatura, como es el demonio; pero como estaba ya ofrecido á no dejar de pasar ningún trabajo nuestro, que sin culpa pudiese ser sufrido, y éste de ser tentado es el de mayor peligro y el que más nos cuesta, no quiso que le dejásemos de tener por compañero en El, aunque no podía correr nuestros peligros, ni sentir las angustias que nosotros sentimos en tal trabajo, como luego diremos.

Para que el Señor pudiese ser tentado del demonio y se atreviese á acometerle, le ofreció su corporal humanidad, encubriendo la gloria de su alma y su divinidad; porque si viera alguna cosa de éstas, entendería luego que no podía ser de su conquista un alma glorificada, ni de su jurisdicción la Majestad divina, á cuyo poder y justicia sujeto gime en las penas eternas. Bien veía en la humanidad del Señor tanta pureza, que ni con toda su malicia (que Dios plenariamente le soltó para ésta y otras batallas con el Señor) nunca pudo hallar entrada para perturbar su interior; y aunque veía que para tentar á los demás le da Dios licencia con medida, y solo para Cristo la tuvo general y larguísima, todavía le cegó su soberbia para no pensar que la divina Majestad, que él sabía que había de encarnar, se humillase á consentir ser tentada, porque la

soberbia infernal, obstinada en su mal, no es capaz de entender los secretos de la magnífica y soberana humildad; y aunque siempre anduvo el demonio con recelos de si aquel sería el Hijo de Dios, que sabía había de humanarse, así por ver que no tenía jurisdicción en él, siendo hijo de Adán, como por lo que con su virtud y poder hacía, y trabajaba de muchos modos por certificarse en estas sospechas; con todo eso, viendo que el Señor no le correspondió á su propósito cuando le llamó Hijo de Dios, y no pudiendo imaginar tanta bajeza en la divina Majestad, se persuadió que lo que veía en Cristo serían privilegios de Dios, y no atributos ó perfecciones propias y naturales; y por eso no dejó de presentarle batalla y probar con El fuerzas y ventura.

Viendo, pues, al Señor con tanta hambre, que se le echaba de ver por indicios exteriores de flaqueza y debilidad, se le apareció en figura visible humana, que sería como de hombre recogido en aquellos desiertos, y compadeciéndose de cómo le veía, le traería á la memoria lo mucho que Dios le mostró pocos días antes su amor, llamándole por voz del cielo *su Hijo amado*, como llamó en otro tiempo á su amado pueblo, por quien hizo tantas maravillas, que le abrió el mar de sus peligros, y le sacó agua de una dura piedra, cuando le vió sediento; que con tantos favores y merecimientos de Dios, toda criatura le obedecería; que no se dejase morir, y que como Hijo de Dios dijese á aquellas piedras que se convirtiesen en pan. Otras muchas cosas á este modo le diría el demonio, fingiendo santidad para encubrir su maldita persona y dar apariencia de bien á lo que aconsejaba; y así sería en las demás tentaciones, aunque los Evangelistas tocan en muy pocas palabras (según acostumbran) la substancia de las tentaciones, las respuestas y la victoria de ellas.

Muchas cosas bien ponderadas se escriben del asunto. Algunos consideran que el Señor fué tentado primero de la gula, contra el bocado de Adán, en que estuvo nuestra perdición. En segundo lugar, de vanagloria, contra el apetito que Eva tuvo de ser como Dios. En tercero, de idolatría por codicia, contra el mal que había destruído y perdido al mundo. Otros ponderan que en la forma con que el Señor permitió ser tentado, enseñó el estado verdadero de los que son vencidos. En la primera tentación de hacer pan á las piedras, se declara el yerro de los que pasan la vida en comidas y placeres, que son tan impropios y duros mantenimientos para el alma, que no pueden los espíritus criados para bienes celestiales mantenerse de las piedras terrenas. En la segunda tentación de vanagloria, se ve que la vanidad de la vida y la soberbia que en el mundo reina, es en la realidad ascenso para mayores y más incurables caidas, y por eso el demonio le persuadía á ganar honra con arrojarse desde lo más alto del pináculo. En la tercera tentación se descubre aquella verdad de San Pablo, que el amor desordenado de las riquezas es verdadera adoración de ídolos, y que quien vive de la codicia tiene por su dios al dinero. Muchas otras cosas dicen acomo-

dando las respuestas del Señor á cada tentación como segurísimas armas defensivas, y como excelentísimas direcciones de los estados de las almas erradas, para que se reduzcan al verdadero camino.

Mas por abreviar una materia tan larga, me parece propio lo que dicen los más de los Santos que tratan de las tentaciones y ardides del demonio; y es, que este antiguo y mañoso enemigo, como desea emplear bien sus tiros donde haga mayor daño y sea menos conocido para engrandecer el peligro, trabaja por conocer la inclinación de cada uno, buena ó mala, y se acomoda con fingidas blanduras á la virtud que cada uno ejercita, para introducir males con su mismo color y apariencia; y no menos á la viciosa inclinación de cada uno, para tener por ella más disimulada entrada, poniendo tanto desvelo en que no sea la tentación conocida, como en procurar la victoria; y cuando halla guardadas y cerradas las puertas del alma para esto, se mete secretamente entre los dones y mercedes de Dios que el alma puede desear y recibir lícitamente, para ver si puede mezclar su ponzoña por excesos de más ó menos, por ingratitud ó propiedad, ó por cualquiera otra vía imaginable. A este modo, viendo el demonio que no hallaba ninguna entrada en la soberana perfección y admirable pureza de las virtudes del Señor, para transformarse en alguna con que poder engañarle, ni había en aquella humana naturaleza ninguna inclinación desordenada por donde le pudiese acometer, se aprovechó de la ocasión del hambre natural, y de la propiedad de las perfecciones de sus virtudes para tentarle.

Propio es de las virtudes muy perfectas (entre las cuales la principal es la caridad) vivir en segurísima confianza en Dios y estar totalmente sin otro cuidado de la vida que ocupe y distraiga el corazón entregado todo á su divina providencia. Esta tuvo San Pablo, primer ermitaño (cuya fiesta es hoy), sustentado casi noventa años en el desierto por un cuervo, y otros muchos á quienes Dios toma á su cuidado; porque es tan fidelísimo, que nada falta á quien del todo se confía en El; y este es un tan grande y tan perfecto grado de amor á Dios, que aunque de todos debe ser deseado (porque es una semejanza del cielo en la tierra) de ninguno puede ser perfectamente imitado mientras no le infunda Dios en el alma; porque cuando El la coloca en esta dichosa región de paz, se hace guía y dirección del alma que tiene presa, librándola de yerros y engaños, y El mismo le quita el cuidado y ocupación interior de las cosas humanas; de manera que ni ellos mismos atienden á si se les acuerdan ó si se les olvidan, por estar el interior todo ocupado en Dios. Y porque algunos sin bastante fundamento quieren animarse á esta perfección, caen en muchos inconvenientes, peligros y yerros; porque sin haber recibido este don de Dios, quieren echar de sí las ocupaciones necesarias á la vida y estado, y se ocupan tanto en dejarlas, que pierden la paz interior y caen en lazos más perjudiciales.

Viendo, pues, el demonio que el Señor emprendía la vida del yermo sin apercibimiento para el sustento natural, y que ayunaba

cuarenta días sin comer, y sin la ayuda que Elías tuvo del pan con que el ángel de Dios le sustentó, y no viéndole en la gloria en que Moisés estuvo conversando con Dios en el monte Sinaí, túvolo por mucha más perfección y por allí le acometió, por ver si podía mudar aquella perfectísima confianza que en Dios tenía, en cuidado de sí; y emplear lo mucho que por ella merecía, en hacer milagros para el sustento de su necesidad. Esta tentación parecía en aquel caso la más propia y encubierta, porque parecía obligatorio acudir á la extrema necesidad natural, para cuyo remedio parecía mas perfección hacer milagros con la misma confianza en Dios con que emprendió el ayuno de cuarenta días sin comer, que distraerse a buscar otro remedio humano, siendo así que en verdad era acto de humildad y conocimiento de la propia flaqueza, buscar en lo humano remedio lícito y santo para el hambre cuando Dios no fuera servido de dársela en aquel caso; y fuera pervertir el orden del divino amor, emplear en su corporal remedio el merecimiento de tener la confianza puesta en Dios.

El decir el demonio á Cristo: *Di que estas piedras se conviertan en pan*, fué armarse para ver como hacía el milagro, si pidiéndolo á Dios ó mandándolo imperiosamente como verdadero Dios, de quien dice la Escritura: *El dijo que se hiciesen las cosas, y todas fueron hechas;* para que en el modo del ruego o del imperio conociese si era Dios, y ver si en aquella tan gran hambre y necesidad, siendo puro hombre le podía derribar de la firmísima confianza que la perfecta caridad pone en Dios. Pero el Señor le deshizo toda la maquinación y ardid con la palabra de la ley de Moisés: *No de sólo pan vive el hombre, sino de las obras de Dios;* la cual palabra dijo el Señor á su pueblo, enseñándole el temor y obediencia, y dándole por principal remedio para conservar en la tierra de promisión las mercedes recibidas por medio de lo observancia de su ley; y que para esto se acordasen haberlos tenido cuarenta años en el desierto destituídos de todo remedio de la vida temporal, y los mantuvo con pan del cielo; mostrando así, que el contentar a Dios es el principal remedio de la vida humana, y no el ofenderle para sustentarla; porque sin pan sabe Dios alimentar, cuando quiere, con sus divinas obras. Así quiso Cristo decir, que no era necesario hacer milagro; porque quien le sustentó cuarenta días sin comer, le mataría de hambre sin pan. Por tanto, es cosa indigna que un corazón capaz de Dios y de sus bienes, penda más de las cosas del cuerpo que de Dios, que todas las gobierna y sustenta con su infinito poder y providencia.

Las otras dos tentaciones fueron también á este modo ordenadas a destruir las raíces y cimientos de la perfecta caridad. Persuadiéndose el enemigo que Cristo era puro hombre, le llevó á la más alta torre del templo, que según los modelos antiguos estaba sobre la puerta principal, y era altísima. Debía el demonio mostrársele edificado de aquella gran confianza que tenía en Dios, y decirle que él también vivía de ella, y para que viese cuán seguro es-

mino era para los siervos de Dios, le llevaba allí con la virtud que Dios le había dado, para que no corriese peligro en cosa alguna; que los hijos de Dios todo lo podían, y que si se tenía por tal, se echase de allí abajo, porque quería ver á qué grado de confianza en Dios había llegado; pues estaba escrito que Dios mandó á los ángeles servir á sus siervos de suerte que no peligrasen en sus caminos, y bien veía que los ángeles le habían allí traído y guardado. El demonio, aunque condenado, no perdió las otras propiedades de la naturaleza angélica, una de las cuales es sujetársele las cosas terrenas y elementales, para moverlas y aplicar unas á otras; y lo que de esto no hace para maltratar á los hombres, es porque Dios se lo impide, refrenando su malicia. Así sin tocar en Cristo nuestro Señor con el cuerpo fantástico en que se le apareció, aplicó su natural virtud, consintiéndolo el Señor; y con esto le pudo llevar al pináculo del templo y después á un monte alto.

Esta tentación se ordenaba principalmente á la estimación de sí mismo y confianza de la virtud propia, en caso temerario de que no resultaba gloria á Dios, ni había obligación de emprenderlo por su divina honra; y revistió la propia estimación, confianza de sí y de sus merecimientos, en la misma confianza en Dios, que en la primera tentación le halló tan bien fundado. Por experiencia sabía el demonio que ninguna cosa descontenta más á Dios, que la propia estimación; porque si ésta le arrojó á él con sus compañeros del paraíso celestial, ¿qué estrago y daño causará en los que habitan dentro de las tapias y barro de esta nuestra miseria?

Ya el demonio en la segunda tentación estaba necio, como le sucede siempre que en la primera entrada halla fuerte resistencia y es conocido; porque de allí en adelante descubre más su malicia, y aunque en la autoridad que alegó calló su disparate, profetizado en las palabras siguientes: *Andarás sobre el aspid y basilisco, y pisarás al león y al dragón;* no le aprovechó para dejar de verse luego derribado y vencido, experimentando en sí lo que quiso encubrir; porque en pocas palabras le atajó el Señor, diciendo: *Escrito está, no tentarás á tu Señor Dios.* Aquí dió el Señor orden á la perfección de la confianza, que el puro amor tiene en Dios: que cuando El la planta en el corazón de su criatura, se deja ella llevar de su Pastor como oveja humilde, pero con tanta desconfianza y desestimación de sí mismo, que solo Dios sea glorificado en todo. Esto hace Dios con las almas que tiene poseídas y unidas á sí con puro amor, que sin temeridad y con humildad obedezcan las mudanzas que con su providencia dispusiere; robándolas el corazón y atrayendo á sí toda la intención con que ni se divierten de él, ni se ocupan interiormente en las cosas exteriores que les obliga á hacer. Por tanto, mostró su necedad el demonio en querer desordenar este orden consonantísimo, con divertir el ánimo de la unión de Dios á muestras de la propia estimación. Y viéndose rebatido, lleno de soberbia y rabia, se desvergonzó del todo para su mayor confusión; como le sucede con los que fielmente peserveran en la pelea, á quienes

dejando los ardides, acomete á las claras. Permitiólo Dios, para que veamos cuánto menos sabe el astuto enemigo, que el humilde siervo de Cristo, y para que conocido, sea en todo más fácilmente vencido.

Llevó el demonio al Señor á un monte alto, y quiso que le tuviese por más de lo que parecía. Allí largamente le dió cuenta de todos los estados, gloria y grandezas del mundo, que él sabría muy bien pintar (callando y sufriendo á todo el Señor). Todo esto lo debió de hacer no por palabras, sino por representación imaginaria ó fantástica; porque San Lucas dice, que lo hizo en un momento de tiempo, y al cabo dijo: «Todo esto está en mi mano, y lo doy á quien quiero: veo que ninguno lo merece mejor que tú; yo te lo daré si te echas á mis pies y me adoras.» Miraba aquí el ardid del demonio que quien estaba tan fundado en perfecta virtud, no se tendría por incapaz de gobernar todo el mundo. Vil tentación y de enemigo declarado que ya se arroja á todo sin orden ni concierto; pero es género de tentación con que el demonio combate á los siervos de Dios solapadamente, cuando ven generalmente perdida la paz, la verdad y la virtud; en cuyo lance, si no tuvieren en sí mucha cordura, perderán la paz interior, sin aprovechar á los prójimos; porque nunca la perfecta virtud hace pensar al siervo de Dios, que tiene suficiencia para las cosas en que Dios no le mete, ni para aquellas en que El los pone se tienen por suficientes, sino gobernados, enseñados y ayudados de El. No sufrió más el Señor la desvergüenza del demonio, sino con imperio le arrojó, diciendo: *Apártate, Satanás, que escrito está: A tu Dios y Señor adorarás, y á El sólo servirás.* Desapareció el demonio, y bajaron ángeles del cielo á servir al Señor, ministrándole, según entienden los Santos, el alimento enviado por el Padre Eterno, que sería pan y agua, con el cual fortaleció la natural flaqueza en que se hallaba, y socorrió el hambre. Mientras comía le estarían los ángeles cantando sus divinos triunfos, gozando de la sobresustancial contemplación y clara visión del Verbo Divino encarnado ó de sus eternos consejos.

Aun no conoció el demonio á Cristo nuestro Señor por hijo de Dios en estas victorias, porque fué ordinario el modo de vencer, según puede tenerle cualquiera siervo de Dios: y en este último imperio con que el Señor arrojó de sí á Satanás, enseñó la deliberación de la voluntad determinada, mostrando cuán poderosa es contra el enemigo; porque donde la halla, no tiene fuerza alguna y sólo de ella huye; pues cuando nos vence, primero hace liga con nuestra voluntad. Primeramente alcanza de nosotros que le oigamos; oído, alcanza que nos detengamos en los pensamientos; tras de la detención entra el gusto de ellos; después de éste la tibieza de huir de las ocasiones; y con todo esto se debilitan las fuerzas del alma, y se pierde la reverencia y respeto debido á Dios, con lo que llega el consentimiento voluntario. Después del consentimiento de la voluntad, procura el demonio la consumación de la obra: porque los santos dicen que la experiencia del pecado es una manera de fuerza

y de poder que siempre está armado contra el alma, con el cual se rinde á volver á desear (movida del apetito ya atizado) lo que conoce que es malo. Renovada la experiencia del mal, cada pecado es un eslabón de la mala costumbre, la cual es la cadena que más aprisiona el corazón. Pero si el enemigo halla cerrada y sorda la voluntad en el principio, con deliberación para despedirle con ímpetu, es flaquísimo y de ningún poder. Y porque la voluntad deliberada es tan poderosa contra el enemigo, no es disculpa del pecado el que la tentación sea grande; porque Dios, que nunca falta con su gracia para esforzar la voluntad de quien se la pide humildemente, sabe que nunca la tentación puede más que nosotros, sino cuando voluntariamente se enflaquece la deliberación de la voluntad para resistir y no ataja la entrada en los principios.

San Lúcas dice que el demonio dejó al Señor por algún tiempo; dando á entender que, viendo cuán poco le aprovechó aquel modo de tentarle, y que no era aquella el alma en quien había de tener entrada, disimuló por entonces para tomar en adelante otro modo de tentarle por sus ministros con muchos trabajos y tormentos, para ver si podía quebrantar su paciencia y desacreditar su vida y doctrina, ya que no podía pervertir su inocencia. Así San Juan atribuyó á artificio del demonio todo lo que Judas hizo con el Señor, lo cual fué ocasión y principio de toda su Pasión, y el mismo Señor soltó el poder de las tinieblas cuando le prendieron para que hiciese contra El cuanto pudiese; y aquel poder no fué otro sino la batalla cruel del enemigo tentador. Verdad es que en ningún género de las tentaciones del demonio podía el Señor tener la pena y peligro que nosotros pasamos por la rebelión de la carne contra el espíritu, y dificultad que la carne siente en la observancia de la ley de Dios, de que el demonio se ayuda para hacernos mayor guerra y aumentar el trabajo; porque estos desórdenes de la naturaleza son indicio certísimo del pecado original, fuente y raíz de todas estas contradicciones y batallas, con cuya corrupción nacemos; nada de lo cual tenía Cristo, sino tanta perfección y pureza cuanta correspondía á la humanidad que estaba unida con la divinidad. Sin embargo, aunque no cabía en Cristo este género de trabajo que nosotros padecemos, se abatió tanto por nosotros, que quiso pasar por las cosas que suelen ponernos en mayor peligro; y aunque era imposible ser vencido de la tentación, con todo eso quiso ser acometido; y lo que le faltó en este acometimiento de trabajo que no tuvo en la resistencia y victoria, suplió con la humildad en lo mucho que se abatió y con los grandes trabajos que padeció de los ministros del demonio, cuando por ellos quiso el enemigo derribar su fortaleza, como también con la merced de dejarnos al enemigo con las fuerzas quebrantadas. De ese modo nos dió la larguísima materia de admiración y amor, por los ardides é invenciones que su divino amor halló en revestirse de todo lo que nos da trabajo; para asegurarnos que tenemos en El cierta compañía, saludable remedio, seguro descanso, purísimo espejo y ejemplo para todo.

Por tres cosas quiso el Señor ser tentado de todas estas maneras: para prueba de las virtudes, para ejercicio de ellas y para quebrantar las fuerzas á nuestro enemigo. Permite Dios muchas tentaciones para que salgan á luz y sean conocidas las virtudes de sus siervos, y cada uno vea en sí lo que le falta y cuán lejos ó cerca se halla de ellas; porque la paz encubre muchas veces los defectos, flaqueza ó perfección que la batalla manifiesta. Así fué descubierta la obediencia de Abraham con mandarle Dios que sacrificase á su hijo; la constancia de Job con la pérdida de todos sus bienes; la resignación de Tobías con la ceguedad; la poca fe de San Pedro con la tormenta del mar; su flaqueza con la pregunta de si era discípulo de Cristo, cuando por miedo le negó. De estas tentaciones ó pruebas tuvo Cristo muchas, no para conocer El lo que en sí tenía, sino para que nosotros entendiésemos la perfección de este Señor, Pastor y Maestro que el Padre Eterno nos dió para imitarle. Así fué probada y manifestada su profunda humildad, con muchos abatimientos de su divina persona; su paciencia, con muchas injurias; su fortaleza, con muchos trabajos; su amor. con muchos tormentos, y todas las demás virtudes perfectísimas tuvieron para su demostración muchas pruebas, ó dadas por su Eterno Padre, ó tomadas por sí, ó administradas por el mundo y sus secuaces, que son instrumentos del demonio.

Sirvieron también al Señor estas pruebas y tentaciones (como sirven á sus siervos) para ocasión del ejercicio de virtudes, bien que de nosotros á Cristo hay en esto grandísima diferencia; porque nosotros, por motivo de las tentaciones, ejercitamos los actos de las virtudes que nos faltan, para adquirirlas, ó para acrecentar y perfeccionar las que tenemos; mas las obras de las virtudes que Cristo ejercitaba, nacían ya de la perfección de ellas que en sí tenía, y no podían crecer con el ejercicio; con todo eso, para enseñarnos á nuestro modo cuán pura y perfectamente han de ser ejercitadas las virtudes, quiso usar del modo con que las adquirimos, y por estas dos vías nos enseñó el arte de pelear y modo de vencer al enemigo, en cuya batalla nos aprovecha mucho tener Capitán á quien seguir é imitar, para que con su poder y esfuerzo quebrantemos las fuerzas al tentador; porque cuando éste halla en nosotros las virtudes (armas de nuestra defensa) con la divisa de la imitación del amor y perfección de este Señor, reconoce la divina fuerza que nos ayuda, con que él fué desbaratado, y se desanima. Pero si halla descuido en imitar al Señor, y tibieza en el ejercicio de virtudes, reconoce nuestra poquedad y se atreve á combatirnos como desarmados.

Las fuerzas que Cristo nuestro bien quebrantó al tentador, no fué quitándole la licencia de tentar, sino la justicia que tenía contra nuestra naturaleza; porque tentándonos como tirano y traidor, siente mayor contra sí la fuerza de la gracia que por Cristo recibimos. Por el consentimiento voluntario que dió Adán, sometiéndose á la voluntad del demonio, quedamos todos sujetos, por sentencia

justa, á que procurase hacernos cuanto mal pudiese y Dios le permitiese, en pena y castigo de tan perversa sujeción. El Redentor, entrando en batalla con el demonio, no quiso, como dice San León, usar con él tanto de fuerza y poder (que para tan baja y maldita criatura no era necesario), cuanto de contienda de justicia para deshacer la sentencia que tenía contra nosotros. Por eso entró con él en batalla en forma humana, participando de nuestra mortalidad, pero libre de la culpa de Adán. Como él no tenía jurisdicción más que en los hijos de Adán, que nacieron en su pecado, y Cristo se hallaba en todo sin culpa, cayó el demonio en la idea de tentarle y procurarle sus trabajos, tormentos y muerte, por querer someter á sí al que por ley era libre y exento de su jurisdicción. Por aquel tiránico atrevimiento contra este inocentísimo hijo de Adán, perdió la justicia que tenía contra los culpados: y libres ya de su jurisdicción, le quedaron superiores; y los combate tiránicamente, no como sujetos á la muerte, sino como conquistadores y legítimos herederos de la eterna vida que él perdió: y todos sus ardides y combates, que eran castigo de la culpa, nos sirven para conquistar mayor gloria. Así Eusebio Emiseno, en el sermón de San Esteban, pondera el triste estado en que se ve ya éste desventurado enemigo; pues todas sus artes y rabias nos sirven de medios para adquirir lo que él nos quiere hacer perder; porque toda la furia con que se arma contra los siervos de Dios, contribuye y sirve á llenar la Iglesia de merecimientos, de refinar los ánimos de los fieles en perfección de las virtudes, coronar los trabajos de los justos con eternas dichas, y poblar el paraíso de ejércitos de mártires y santos. Por donde queda entendido, que quien de tan malvado enemigo es vencido y derribado á la culpa y muerte eterna, es mucho más desventurado que él; porque voluntariamente se vuelve á someter al triste yugo de que se hallaba libre; vuelve á perpetuarse en su desventurada compañía, de que estaba apartado; le acrecienta las fuerzas que el Señor le había quebrantado: le restituye el gusto de su perdición que por Cristo tenía perdido; y se priva de los bienes eternos de que el enemigo fué derribado, y á los que El tenía derecho por el Redentor, y le estaban preparados por su sangre.

### EJERCICIO DE LA TENTACIÓN DEL SEÑOR CONTRA LAS TENTACIONES

Todopoderoso Dios y Señor, que en ninguna cosa manifiestas más tu infinito poder que en tener misericordia de los pecadores, á quienes criaste á tu imagen y semejanza; acrecentad, Señor, en nosotros vuestras grandes misericordias, y haced que nuestros corazones os amen sobre todas las cosas, para que lleguemos á las grandes mercedes que nos prometisteis, pues son tan grandes que exceden nuestro deseo y merecen todo el corazón. ¿Qué mucho es para Vos hacer las cosas de nada, y castigar la criatura flaca, pues para que sean las cosas que no son, nada os contradice; y para destruir con justicia á quien injustamente os ofende, ninguno os puede resistir?

Pero el que venzáis la dureza de mi ingrato corazón, los justos clamores que contra mí da vuestra divina justicia y que perdonéis con misericordia á quien no lo merece; blasón es de vuestra infinita grandeza, la cual por ser eterna é infinita, puede todo cuanto quisiéreis, sin desairar la entereza de la justicia, ni destruir á vuestra miserable criatura. Adórote, Dios mío. ¿Quién grande como Vos? ¿Quién poderoso como Vos? ¿Quién justo como Vos? ¿Quién misericordioso como Vos? Os doy infinitas gracias por la fe que me disteis, con que os tengo por mi Dios; por la esperanza con que me obligáis á desear mucho de Vos, y por el amor que queréis os tenga de todo corazón. Pero á Vos, Dios mío y todopoderoso mío, os pertenece levantar con vuestro poder la bajeza de mi corazón á las grandezas que en Vos hay, y que me deseáis comunicar. Todo cuanto queréis, podéis; si queréis, podéis alumbrar mi ceguedad; si queréis, podéis esforzar mi flaqueza; si queréis, podéis llenarme de vuestra gracia; si queréis, podéis someterme todo á vuestra obediencia, y si queréis, podéis levantar mi bajeza á la comunicación interior de vuestro amor. ¡Oh mi todopoderoso y misericordioso Jesús!, hablad, Señor, á este leproso; hablad á este miserable; decid á este pecador: *Quiero*, y seré límpio, seré fuerte, seré perfecto amador é imitador vuestro; porque todo cuanto Vos queréis, se hace; y por otras mayores cosas que por mí hicisteis, sólo por querer, me enseñásteis á esperar de vuestro amor y poder, todo lo que hubiese menester.

Quisisteis por mí haceros hombre mortal, y lo fuisteis; quisisteis tomar forma de pecador, y en todo os parecisteis conmigo; quisisteis tomar sobre Vos las penas de mis culpas, y pagasteis por ellas hasta con la muerte; quisisteis enseñar mi rudeza, y me disteis celestiales doctrinas; quisisteis vencer mis enemigos, y enseñarme á pelear con ellos, y humillasteis vuestra divina persona á que entrase vuestra divina Majestad en batalla con la torpísima y maldita criatura infernal, que apartasteis de Vos, y que os aborrece; sufristeis que su dañada malicia acometiese vuestra soberana pureza, y que sus infernales entrañas tentasen vuestra sobresubstancial inocencia; dejasteis llevar vuestra persona divina humanada por el perverso tizón infernal, adonde quiso, y llegar á proponer á vuestra divina Majestad que le adorase; y aunque él no os conocía, Vos, mi Dios, que así lo queríais, conocíais bien vuestra grandeza, y la bajeza de aquella desventurada criatura. Más os abatisteis, Dios mío, en esto, que cuando andabais debajo de los pies de vuestros crueles atormentadores en tiempo de la pasión; porque los ministros de ella, aunque pecadores perversos, eran de Vos amados para salvarlos, y con sus manos trataban la virtud que deseaba santificarlos; las lavaban en la sangre que ellos mismos derramaban para su salvación; y en muchos de ellos los propios tormentos que os daban, habían de triunfar en convertirlos á Vos, en ser frutos y glorias de vuestros abatimientos, y en que pagasen con la sangre y vida propia la que os quitaban por los pecadores, que es lo que Vos deseabais.

Pero el demonio tentador, enemigo de vuestro amor y de vuestros hijos, incurable en sus llagas, obstinado en sus malicias, despreciado de vuestra bondad para nunca más ser de Vos admitido; éste, Dios mío, ¿cómo quisisteis que os hablase, que os tentase, y que os acometiese como á los miserables pecadores? ¿Cómo os abatisteis á lucha y pelea con este infernal, torpe y desventurado dragón? ¿Cómo le soltasteis toda su furia contra Vos, para que no pudiendo venceros acometiéndoos por sí, ordenase contra Vos cuantos trabajos os dió por sus ministros, hasta poneros en una cruz? ¿Cómo sufristeis que por cierto tiempo se gloriase, que contraminaba vuestras obras y os quitaba la vida? ¡Ah! Dios mío, no hay que querer saber más, sino que así lo quisisteis, y así lo hicisteis; por mí, y por mi bien lo quisisteis, y para eso lo hicisteis. Las razones que en mí faltan para que así lo queráis, las halláis en Vos, por ser esa voluntad santísima, ordenadísima y justísima; y lo que en mí no cabe, vuestro poder y misericordia le halló lugar, propiedad y conveniencia con que en todo quedéis glorificado, pareciéndoos á Vos mismo, como quien sois infinito, eterno y Todopoderoso. Pues, Señor mío, ¿quién impide ahora vuestra bondad para querer, y vuestro poder para que me concedáis lo que os pido, que me deis vuestra luz, vuestro amor, vuestra pureza, vuestra misericordia, y para que hagáis esta vuestra miserable criatura tal cual queréis? ¿Si en vuestra bondad hallasteis para cuanto os era impropio, bastantísimas y justificadísimas razones para quererlo y hacerlo, sólo por ser cosa vuestra y correspondiente á la divina grandeza y virtud del Redentor y Salvador soberano, ¿cómo en alargar vuestro poder y bondad para dar con misericordia lo que os pido, no encontráis razón? Es verdad que no lo merezco; es verdad que por voluntad pequé; todas las razones que de mi parte hay para que no lo hagáis, son verdaderísimas; pero sobre todas es vuestra bondad; sobre todas vuestra poderosa misericordia, para que con ella me curéis, sanéis, esforcéis y hagáis con vuestra mano tal cual debo ser para que os contentéis de mí.

Pues remediador mío divino, y Todopoderoso Jesús, Salvador y Dios mío, ya que vuestra fe me enseña que éste sois Vos, y que de solo Vos puedo y debo esperar todas las cosas grandes que no merezco; á Vos, Señor, os presento con cuanta confianza y humildad puedo mis necesidades para que las remediéis. Mirad, Señor, que si el demonio tuvo atrevimiento de acometer vuestra incomparable pureza, en quien veía no tener jurisdicción alguna y de que se pasmaba; y si contra vuestra inocentísima persona, invencible fortaleza, perfectísima virtud y divinas obras se armó, para quebrantar, derribar ó por lo menos impedir lo que en las almas queríais hacer, ¿qué hará ó qué no hará contra esta mi naturaleza, nacida en miserias, empapada en lodo ó podredumbre y llena de todas malas inclinaciones? Vos veis, Señor, que este león infernal no duerme en procurarme daños y pérdidas; todo daño intenta contra mí, en todo bien se mezcla; desde que nací hasta hoy se opone á toda cosa

buena; desvélase en engañarme, sin desistir en inventar ardides para vencerme; cuando duermo, me inquieta entre los sueños; en despertando, ya está alerta para no perder ocasión ni momento de tentarme; ya se transforma en ángel de luz; ya se reviste de vuestros dones; ya toma apariencias de virtud; ya color de mis inclinaciones; de todos modos, en todo tiempo y lugar, en todo negocio interior y exterior, en toda cosa buena y mala me tienta, solapado, artificioso, fingido, para cegarme á fin de que no le vea ni entienda, para causar mayor mal.

Cuando no me lleva al pecado, me inquieta con sus acometimientos; me cansa con sus importunaciones y me pone en peligro con sus perversidades fantásticas. Arde contra mí en malicia; aguza en mí su envidia para que no logre los bienes que él perdió; y llama en su ayuda á todas las furias infernales, á las vanidades del mundo, á los apetitos de mi miserable naturaleza, á las inclinaciones de mis sentidos, á las condiciones de los hombres con quienes trato, á todos los varios sucesos del tiempo y de la vida, y hasta con mis culpas cometidas y perdonadas, y con vuestras divinas misericordias me hace guerra. Siempre hallo este enemigo á par de mí desde que nací; y cuando menos lo conocí, más cerca de mí estaba y más daño me hacía. ¡Oh mi divina fortaleza y mi buen Jesús! ¿Qué hará esta miserable criatura flaca y de tierra con tal enemigo, tanta malicia y tanto ardid contra sí? ¿Quién soy yo para esta batalla? ¿De quién, Dios mío, fiáis tan continua y tan cruel pelea? Es verdad que según medida es el enemigo, pues no le dais más licencia para tentarme, que cuanto corresponde á la gracia que me concedéis para resistir y vencer, y por eso no tengo disculpa. Pero esto es lo que confieso á vuestra misericordia, no disculpando, sino conociendo mi desventura y miseria, pidiendo remediéis lo que veis en mí desmoronado y perdido.

Vos, misericordioso Señor, por cuya piedad vivo, que me sufrís y esperáis, veis cuántas veces me lleva y ha llevado este enemigo lo mejor. A él oía, y á Vos cerraba el corazón; y por hallarse tan obedecido de mí, cada vez está más atrevido contra mí: si á Vos me refugio, me persigue con mayor rabia y rigor por la costumbre en que le tengo puesto y por la entrada y posesión que en mí le dí. Conozco que cada vez soy más flaco, porque voluntariamente desechó vuestros auxilios, y por voluntad enflaquecí. No puede mi perseguidor ser más poderoso contra mí que mi propia flaqueza y descuido. Con razón me acusa ante Vos y da querellas, porque sabe que á no querer yo, nada podía en mí, y que me vence porque quiero; pero Señor mío, piélago de infinita bondad y de piedad; ya caí en sus garras, ya me derribó, ya hice cuanto quiso, el hambre que de mí tiene yo la avivé, yo soy en todo el culpado. ¿He de estar ante ese infinito piélago de misericordias sin remedio? ¿Para qué sois mi Redentor sino para librarme? ¿Para qué sois todo mi bien sino para apartar de mí todo mal? ¡Oh bondad infinita, santificadme! ¡Oh limpieza eterna, purificadme! ¡Oh fortaleza divina, esforzadme!

Piedad divina, perdonadme. Poder infinito, libradme de este enemigo y de mí. Vos veis, Señor, que no se contenta hasta verme perdido del todo; ganadme Vos; quede él con su hambre, y sea yo libre por Vos. Acordáos que no quisisteis tener con él batalla sino para que pudiese más que él con vuestra virtud, y por eso todo es vuestro. Pues, Señor, pelead por mí y venced en mí.

Es verdad mandasteis que á solo Vos sirviese y adorase, y yo voluntariamente serví á este desventurado enemigo y á todos mis sentidos y apetitos de que él se vale, y les tuve más respeto, sujeción y amor que á Vos, como si fueran mis dioses, y por eso están señores de mí. Es verdad que me mandasteis no fuese temerario, ni os tentase; y yo con grave temeridad me atreví á vivir ante vuestros ojos en brazos de mis gustos; fuí tan desordenado, que esperaba salvarme yendo por el camino de la perdición; quise varias veces juntar mis dañados gustos y voluntad del demonio con vuestro servicio, y como esto no podía ser, yo mismo me arrojaba en la miseria de muchos pecados y á las mismas puertas del infierno. Esto es mío, vuestro es ser misericordioso. Erré, buen Pastor; pequé, buen Jesús; hice como quien soy. Dios mío perfectísimo, Vos dijisteis que no vive el hombre de sólo pan, sino de las obras de esas manos, de la virtud de ese poderoso corazón y de la piedad de las palabras de esa divina y suavísima boca. Pues, Señor, si no puedo dejar de ser vuestro, y Vos de todos modos sois mío, ¿por qué he de morir? Abrid, buen Jesús, vuestros tesoros, levantad mi bajeza, esforzadme contra este enemigo, perdonadme lo pasado y dadme vida, vigor y fuerza para ser fiel batallador, como hasta aquí fuí cobarde en la pelea. ¿Quién soy yo, Señor, para lidiar y vencer? Mas Vos, mi divino Maestro, que vencisteis mis enemigos con humildad, no me dejasteis otro más poderoso remedio que ella contra todos los asaltos del contrario. Confieso, Dios mío, que nada puedo sin vuestra divina virtud, y cuando así no lo quiera confesar, tendré contra mí las propias caídas que por soberbia di, de que sin Vos no me puedo levantar. Mi presente voluntad es no ofenderos jamás, nunca consentir con el enemigo; pero también sé que no tengo fuerzas para luchar si Vos no peleáis por mí.

Oración del Salmo *De profundis* al mismo intento.

DE PROFUNDIS CLAMAVI AD TE DOMINE, DOMINE EXAUDI VOCEM MEAM

Confieso, Dios mío, que Vos me pusisteis en alto estado, favorecido y cercado de vuestras misericordias; y yo, desventurado, me arrojé al profundo de mis codicias, al profundo del amor de la tierra, al profundo de las voluntades infernales de mis enemigos, al profundo de suma flaqueza y ceguedad, al profundo de vicios que de Vos me apartan, y me enterré en el profundo de las prisiones que me cercan, cautivan y abaten mi alma; de suerte que no veo la luz del cielo ni siento vuestros divinos dones y luces, arrojado en los profundos de los lejos que de Vos me apartan. Mas Vos que me conocéis, me mandasteis que no desesperase. Por eso, altísimo y mi-

sericordiosísimo Dios, de todas estas profundidades en que me hallo preso, cautivo y encadenado en tinieblas, tullido, flaco, consumido y miserable, levanto á Vos, Dios mío, mi esperanza y mis tristes ojos. Y aunque no merezco ser visto, ni oído, no dejéis de poner en mí vuestros ojos misericordiosos, y oir las miserables voces que os dan mis miserias.

*Fiant aures tua intendentes in vocem deprecationis meae.*

No cerréis, Señor, vuestros piadosos oídos á éste que fué sordo á vuestras paternales voces. El amor con que me pedíais que os oyese, abra esos divinos oídos para el que ahora os ruega, clama y pide vuestra ayuda; porque si con misericordia me oyéreis y curáreis, yo, Pastor mío (sacado por Vos del profundo de las miserias en que estoy), oiré vuestra voz, y seguiré vuestro llamamiento y mandatos.

*Si iniquitates observaveris Domine, Domine quis sustinebit.*

Si miráreis, Señor, á la gravedad de mis pecados, y pesáreis en justa y rigurosa balanza lo que por ellos merezco, ¿qué esperanza me quedará? ¿qué substancia tendré para pagar á vuestra divina Majestad lo que merecen las ofensas que contra Vos cometí? Y si no templáreis el rigor de vuestra justicia conmigo, ¿qué remedio tendré de salvación, y á quién levantaré mis ojos? Sin duda seré perdido; porque solo de Vos, á quien ofendí, puedo esperar el remedio.

*Quia apud te propitiatio est.*

Porque el perdón de los pecados, la misericordia y la piedad, sólo está en vuestra mano, ni quisisteis que otra me pudiese valer, sino esa que me puede castigar, para que mis males alcanzasen remedio, pues cuanto fuera de ella hay, es justamente contra mí, y todo me condena. Tengo contra mí mis culpas, mis ingratitudes, todas vuestras criaturas, de que usé mal; vuestras mercedes, de que no me aproveché; vuestra ley, que quebranté; el enemigo, cuya voluntad seguí; y todo cuanto hay fuera de Vos, justamente es contra mí, contra quien todo ello grita tanto, cuanto yo lo amé para ofenderos. Yo mismo, yo mismo, soy mi mayor enemigo, y mi conciencia es testimonio certísimo de mis males. ¿Pues dónde puede haber fuera de Vos misericordia? Solo en Vos está, Señor, la piedad, que todo lo sufre; la misericordia, que todo lo puede perdonar; y si Vos cerráreis para mí ese pecho paternal, ¿qué será de mí? ¿Dónde iré á buscar el remedio?

*Et propter legem tuam sustinui te Domine.*

Mas Vos me pusisteis por ley, que nunca desesperase, y que os llamase cuando me viese en peligro; que me convirtiese á Vos, y me recibiríais. Pusisteis ley á vuestra justicia, que disimulase con el arrepentido; y para que nada faltase, señalasteis otra larguísima ley á vuestra misericordia, que en toda hora recibiese y perdonase al pecador arrepentido. A estas leyes apelo, y sobre estas, de que estoy cierto que nunca os arrepentiréis, vengo aquí obligado á todas las penas, esperando de Vos todas las misericordias que necesito.

*Sustinuit anima mea in verbo ejus: speravit anima mea in Domino.*

No sois Vos Dios que quebrantáis vuestra palabra; no llamáis para matar, sino para dar vida; no ofrecéis vuestra misericordia, para negaros á quien á Vos se llega, sino para ampararle. En esa palabra confía mi alma; esa busca esta oveja perdida.

*A custodia matutina usque ad noctem speret Israel in Domino. Vel secundam veritatem Hebraicam:*

*Anima mea expectat Deum magis quam custodes ipsum mane.*

Así como las centinelas suspiran por la mañana para descansar del trabajo de la noche, y gozar de la luz del día; así, y mucho más, mi alma vive y se substenta con las esperanzas que en Vos tiene; porque cuando me cercan las tinieblas de mis pecados, y los peligros de mis tentaciones, sé cierto que sólo vuestra presencia puede alentar mi abatida y pobre flaqueza; por eso espera vuestra luz para ver, vuestra virtud para esforzarse; vuestra misericordia para poder sobrellevar los trabajos, y vuestra gracia para salir con triunfo; porque siendo visitada de Vos esta miserable alma, huirán todos los enemigos, desaparecerán mis pecados y daréis á esta pobre criatura vuestra, fortaleza y virtud para que pueda con la noche de la tribulación y tentación, cuando permitiereis que vuelva.

*Quid apud Dominum misericordia et copiosa apud eum redemptio.*

*Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus.*

Vuestros son los tesoros de la misericordia, y no sois de ellos avariento, porque cuando determinasteis abrirlos para redimirme, ¿qué dejasteis de hacer para salvarme? Larguísimamente me disteis cuanto tenéis, y me prometisteis cuanto podía desear, y acudisteis copiosísimamente á todas mis necesidades, que conocíais mucho mejor que yo. Por todas partes me cercasteis de vuestra bondad; tomasteis sobre Vos mis males; padecisteis por las penas de ellos; derramasteis toda vuestra sangre; disteis vuestra vida; me enriquecisteis de vuestros merecimientos; vencisteis mis enemigos; me abristeis el reino de los cielos y me hicisteis heredero de todos los bienes celestiales. Pues, Redentor mío, no se pierda en mí tan copiosa y larga redención, por desventuradas tentaciones del enemigo, y miserables caídas de mi flaqueza; sino esforzadme con vuestra virtud, y amparadme con vuestra misericordia para que siempre os ame, y resista lealmente á mis enemigos que de Vos me quieren apartar. Purificad todos los males que en mí os descontentan, y Vos conocéis mejor que yo, como mi copiosísimo Redentor; para que renovado por Vos, único reformador mío, viváis en mí y yo en Vos, y así podré con cuanto me mandéis y seréis glorificado en vuestra criatura.

¡Oh Reina de los Angeles, Señora mía, y administradora de todos los bienes de Dios, sed mi socorro en mis tentaciones; refrenad la furia de mis enemigos; reforzad la flaqueza de mi miseria, para que ayudado de Vos, huyan de mí todas las adversas potestades, y

yo glorifique vuestro santo nombre! ¡Oh ciudadanos celestiales, triunfadores gloriosos, que pasasteis nuestros peligros, y estáis ya seguros de ellos; ayudad á éste que anda en las ondas de las tentaciones, para que ayudado de Vos llegue á vuestras victorias! Amén.

## TRABAJO XVII

**Sufrir los defectos y rudeza de los Apóstoles antes de estar iluminados.**

Vencida la batalla que el enemigo del género humano presentó á Cristo por su divina permisión, volvió su Majestad después de los cuarenta días de ayuno á Galilea, á emprender otras mayores batallas, de que había de alcanzar gloriosos triunfos contra el mundo, pecado y muerte. Mientras San Juan Bautista predicó antes de ser preso (que fueron muchos meses) le dejó hacer su oficio, y algunas veces concurría donde él predicaba y bautizaba. San Juan repitió el testimonio, dado al tiempo de bautizarle, de que aquel era el Hijo y Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Pero aunque el Señor no se manifestó tan generalmente, como después de la prisión de San Juan, con todo eso predicaba los sábados en las sinagogas, y enseñaba en algunas partes; de modo que la gente comenzaba á reparar en El, á oirle y maravillarse de lo que veían, pasmándose con especialidad los que le conocieron vivir en Nazaret, porque no le tenían en tal reputación.

Determinando luego recorrer las ciudades de Judea predicando y haciendo milagros, y declararse al mundo curando y remediando sus yerros, admitió en su compañía muchos discípulos, llamando principalmente á doce Apóstoles á quienes llevó á un monte, pasando toda la noche en oración, y, acabada, dió á los doce título y oficio de Apóstoles. Bien pudiera excusar aquella oración, pues en todo era acertadísimo; pero quiso mostrarnos el gran cuidado con que negociaba con su Eterno Padre cada cosa de las que pertenecen á nuestra salvación, y enseñarnos cómo hemos de hacer las nuestras y con quién se han de negociar para el acierto, que no tendrán sino las que con Dios y con su espíritu se comienzan y acaban. Y aunque los Evangelistas no escriben el llamamiento de los doce en particular, el mismo Señor les dijo en el sermón de la cena: *No me escogisteis vosotros á Mí, sino Yo á vosotros, y os di oficio de predicar por el mundo y hacer en las almas mucho y perseverante fruto.* Por donde se ve que llamo á los doce en particular para este sagrado oficio, y para ser príncipes y columnas de su sagrada Iglesia universal. Muchos días después escogió el Señor otros sesenta y dos discípulos, y los esparció y repartió por toda Judea, dandoles potestad de hacer milagros y mandándoles que corriesen las villas y ciudades por donde El determinaba pasar y les anunciasen el reino de Dios, curando á los enfermos, para que con aquellos anuncios y maravillas esperasen al Señor con más deseo. Estos discípulos cumplieron su oficio con mucha admiración

de la gente, y aquellos que perseveraron en la compañía de Cristo hasta su muerte, fueron después grandes coadjutores de los Apóstoles en la predicación del Evangelio y conversión de las gentes. De éstos fué elegido San Matías en lugar de Judas, que se perdió; otros asombraron al mundo con su santidad y maravillas.

La elección que el Señor hizo de estos varones para cosas tan grandiosas fué tal, que San Pablo nos incita á mirar con mucha consideración las disposiciones que Dios buscó en aquellos por quienes determinaba convertir al mundo, trayéndole al conocimiento de su fe. Ponderad, dice, vuestro llamamiento, por qué gente fué; pues no veréis en ellos muchos sabios, al parecer, de la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles: porque *escogió Dios los más ignorantes del mundo para confundir á los sabios.* Escogió las cosas más flacas para confundir á los fuertes, y escogió las más bajas y despreciables del mundo, que en él no tienen ser, para destruir las que le tienen; á fin de que ningún hombre se gloríe delante de El, ni los escogidos para tantas empresas, pues no lo fueron por sus prendas, ni los que fueron convertidos por ellos, pues no lo deben á sus virtudes, sino al que todo lo puede; que quiso hacerse nuestra sabiduría, nuestra santificación y nuestra redención, á fin de que sólo en este Señor nos gloriemos. Con razón quiere San Pablo que ponderemos mucho las cualidades de los que Dios escogió para columnas de su Iglesia, por ser una de las cosas que más realzan el poder del Señor, que en tan baja cosa puede levantar tan heroico edificio; y es una de las mayores obligaciones que le debemos, pues nos dió sus soberanas mercedes por tales instrumentos para que reconozcamos en ellos sola su divina virtud. Así lo quiso, para mostrar que es del todo necia la sabiduría del mundo; porque como sabía que no había de hallar rendimiento, sino contradicción á su divina doctrina, quiso que pues el mundo con su sabiduría no alcanza á conocer á Dios, fuese alumbrado por las cosas más bajas de El, que tiene por de mayor ignorancia, como son cruz y predicación de pescadores.

Hizo esto el Señor (como todo lo demás) á costa de su trabajo, y de humillarse mucho en acompañarse con gente baja, de grosero entendimiento y de condiciones muy diferentes de lo que á su oficio pertenecía, á quienes faltaban todas las prendas necesarias que Cristo había de plantar y cultivar en ellos con mucha continuación de enseñanza y de sufrimiento, y había de perfeccionar enviando sobre ellos al Espíritu Santo. Bien veo que parece que hago agravio á la simplicidad con que aquel sagrado coro de los Apóstoles entró en compañía de este Señor, y conversó con El hasta subir á los cielos; parece, digo, que los ofendo en contar por trabajo del Redentor enseñarlos y sufrirlos; porque el Señor los trataba como hijos, y ellos le amaban como alcanzaban, y el Señor sabía bien que después de llenos de su Espíritu le habían de agradecer y corresponder tales mercedes con muchos trabajos, virtud, sangre, martirios, y dando por El sus vidas. Sin embargo, ellos mismos me dan

licencia para decir lo que fueron en sus principios, y el trabajo que á Cristo ocasionaron; porque después lo conocieron mejor que yo, y con esto se humillaban más, pasmándose de la divina grandeza, que por tan flacos principios los levantó á tan alta cumbre de perfección; y cada uno deseaba la conversación y cosas que entonces no conocían; y con amor perfecto se abrazaban espiritualmente con el Señor que con tan paternal amor les había disimulado y sufrido sus defectos, para sacar de ellos tantos bienes; y no se hartaban de recompensar con muchos servicios y trabajos el que entonces le dieron. Y aunque el amor paternal le hacía al Señor suave la carga de tan queridos hijos, no le estamos por eso menos obligados que si le fuera del todo muy penosa; porque aquel su ánimo, tan amigo y sufridor de trabajos, no disminuía, antes acrecentaba con su amor los merecimientos.

Acompañándose, pues, el Hijo de Dios humanado con sus discípulos, los más de los cuales eran, en la profesión, pescadores; en los entendimientos, populares; en los deseos y pretensiones, terrenos; en los pareceres y juicios, muy groseros; los sufría como Padre, los agasajaba como á hijos, y los enseñaba como divino Maestro. Todo lo habían menester entonces, porque sus entendimientos arribaban tan poco á las cosas divinas que de El oían, que no sabían esperar sino verle Rey temporal de Judea, y cada uno se imaginaba de los principales de su reino, y buscaba razones para parecerle que merecía serlo; los primeros llamados, por más antiguos; los parientes de Cristo, por el parentesco; los otros, por razones particulares. Y como estos pensamientos nunca vienen sin compañía de otras vanidades, cada uno se prometería ensalzar sus parientes y amigos, y se imaginaría surtido de cosas temporales, de valor y ser de su persona, con lo que se desvanecían como quienes eran todavía terrenos.

Esto no sólo lo trataban entre sí, sino que muchas veces iban con semejantes propuestas al divino Maestro, cuando El estaba tratando de las cosas más altas y divinas. Así les sucedió estando el Señor en el sermón de la Cena con divinos misterios y doctrinas entre manos, en cuyo lance litigaban ellos entre sí sobre quién había de ser el mayor de todos. Cuando el Señor les decía que había de padecer y resucitar, ó cuando prefería en algo á San Pedro, luego se iban á El con la misma porfía. Unos se guardaban de otros para la negociación de esta preeminencia, como sucedió á Santiago y San Juan, cuando interpusieron á su Madre por empeño, sin que los demás lo supiesen; y cuando éstos lo llegaban á saber, se indignaban unos contra otros. Otras flaquezas mediaban entre ellos, en que mostraban bien, cuán diferentes andaban por entonces de lo que después habían de ser.

En el espíritu eran tan flacos, que á lo mejor faltaban á la fe, de lo cual Cristo muchas veces los reprendió. En su Pasión huyeron, y le desampararon. San Pedro le negó; Judas le vendió; todos dudaron, y fueron duros en llegar á creer su resurrección. Hasta en la

despedida de ellos en el día de subir al cielo, habiendo allí muchas cosas que les podía ocupar el corazón, y otras muchas que tratar con El, aun allí todo su cuidado era del reino temporal del Señor. Los demás discípulos, que no eran de los doce, al hablarles de los secretos del Santísimo Sacramento, en que había de dar su carne y sangre por nuestro divino mantenimiento, se escandalizaron y tuvieron por tan dura la doctrina, que muchos de ellos dejaron su compañía. Cuando en la cena les hablaba de la necesidad que tenían de armas espirituales para vencer las tentaciones que les habían de sobrevenir, salieron con la propuesta de que allí tenían dos espadas; y así cuando vinieron á prender al Señor juzgaron que tenían obligación de defenderle con armas materiales. Y prometiendo mucho de sí, en lo mejor se mostraron flacos. Cuando celaban mucho la honra del Señor, le pedían licencia para mandar bajar fuego del cielo sobre la gente y lugares que no le recibían; y si veían que otros lanzaban los demonios en nombre de Jesús, no sufrían que aquello se hiciese, sino por sus discípulos, y luego se iban á quejar al Señor. A este modo pasaban otras ignorancias y rudezas con Cristo, como de gente que aún era de bajo espíritu y rudo entendimiento.

Todo esto lo disimulaba el Señor, lo sufría y reprendía con blandura, hablándoles con tanta familiaridad, paciencia, mansedumbre y amor, como si ya fuesen de un mismo espíritu y corazón. Tratábalos como iguales; dábales cuenta de sus trabajos como á compañeros, aunque sabia bien que no habían de alcanzar á consolarle; defendíalos de los judíos y contrarios, como á hijos; descubríales altísimos secretos, que ellos entendían muy raramente; dábales parte de sus determinaciones, á cuyo espíritu no llegaban; cuando predicaba, los tenía junto á sí como más acepto; y cuando oraba, primero los dejaba juntos y acariciados; muchas veces se levantaba de la oración y los visitaba, convidándolos á despertar y orar, y les mostraba el gran cuidado que de ellos tenía, y el amor con que los amparaba. Cuando predicaba parábolas y doctrinas obscuras, después en las conversaciones particulares que tenía sólo con ellos, que eran muchas y divinísimas, les declaraba el sentido de cada cosa, dándoles á entender que hacía de ellos más caso que de todos los otros. Allí venían ellos con sus dudas y preguntas, rudas á su modo, y el Señor las disolvía con divinas respuestas, como si fuera gente de mayor consideración y entendimiento.

Siendo la excelencia de su Majestad, la majestad de su persona, y la alteza de su sabiduría tan desigual de la ignorancia de aquella gente, rudeza de tales entendimientos y bajeza de semejantes intentos, como los santos Apóstoles mostraban en aquel tiempo, no por eso se fastidió de ellos, antes encubrió sus defectos, disimuló sus ignorancias, sufrió sus faltas, alentó sus flaquezas, y cargó con el trabajo de sus terrenas condiciones. Túvolos consigo á una misma mesa en su compañía y conversación, hasta que los hizo tan eminentes en sabiduría soberana y heroicas virtudes, como después

fueron. Iba el Señor, como sapientísimo labrador, plantando en aquella ruda tierra lo que sabía que después había de nacer y fructificar con divino espíritu; y por entonces se contentaba con la doméstica sencillez de aquella apostólica y buena planta, satisfaciéndose ya de lo que con su divina sabiduría veía había de brotar de ella en adelante para salvación del mundo.

No es pequeña materia de consideración imaginar aquella eterna sabiduría acompañada con aquella simplicidad, y tratarla de altísimos secretos, haciendo más cuenta de lo que habían de ser que de lo que eran; los cariños y blanduras espirituales que con ellos pasaría, y cómo se contenía por entonces en alumbrarlos para que supiesen gustar y estimar aquella divina conversación, siéndole tan fácil como después le fué el comunicarles el Espíritu Santo; y así no es menos digno de ponderación lo que sentirían de sí y del Señor los sagrados Apóstoles, después de alumbrados con el Espíritu Santo, cuando se acordasen de aquella blandura de su divino Maestro, cómo los sufría y amparaba, cómo los llegaba á sí y agasajaba, hasta lavarles los pies; las suaves palabras que les hablaba, doctrinas celestiales que les daba, secretos profundísimos que les descubría y todo lo demás que con ellos, como amantísimo Padre, le pasaba; y con estas memorias, que cotejarían con su rudeza, se acrecentaría el deseo y suspiros de su compañía, se correrían de sí y arderían en amor de su divino Maestro, y de lo que habían aprendido de su dulce conversación. Creo que era una de las cosas que más los humillaba é inflamaba en su amor, y arrebataba en su contemplación, y hacía emplear con suavidad en su servicio todas las fuerzas, los trabajos, la sangre y las vidas.

El modo que tuvo Cristo de curar las flaquezas de sus Apóstoles, da un admirable ejemplo; porque hasta en eso se acomodaba con blandura de cordero á la cura, que por entonces bastaba, para que no empeorasen, reservando la perfección para el espíritu divino de que los había de llenar. Nunca les encareció mucho sus defectos; porque como no nacían de malicia, sino de simplicidad y de humana ignorancia, no estaban capaces para entender sus imperfecciones. Pero dábales siempre doctrina de humildad, poníaseles por ejemplo, y más los ablandaba con suavidad de conversación que con rigor de reprensión. Bien veía el Señor que no está el corazón capaz de aborrecimiento perfecto de la culpa, sino cuando se halla alumbrado de divina luz y poseído del fuego de amor de Dios; y antes de esto es machacar en hierro frío querer desprenderle con fuerza y con rigor de lo que estima; porque ve mucho mejor sus defectos en la hermosura de la virtud, cuando se la muestran, que en la fealdad de las faltas, pues sin divino amor no puede conocerse. Este es un grande ejemplo para curar las llagas ajenas: entender primero dónde llega el entendimiento del pecador, y sufrirle las imperfecciones que no entiende ni está capaz de alcanzar su mal, y brindarle á la virtud con blandura; pues el no mostrar fastidio de sus flaquezas es el mejor y más suave medio para hacerle abrir los

ojos y disponerle á recibir la gracia que tiene por oficio alumbrar las almas y hacerles entender y estimar las cosas como son en sí mismas.

Así decía Dios por un Profeta: *No se avergonzará Jacob, ni se correrá su rostro del mal que hace, sino cuando viere á sus hijos delante de sí glorificando mi nombre.* Esto es: que no es tiempo para avergonzarse un alma cuando tiene por buenas y se halla aficionada á las cosas que la hacen mal; pero en comenzando á querer glorificar á Dios y servirle con todo su interior y exterior, y viere el impedimento que aquello le hace, se comenzará á correr de cuán mal empleaba su amor y cuán bajo era su juicio para juzgar de las cosas. El saber guardar estas coyunturas para remediar las almas, es gran prudencia, y ésta aconsejaba San Pablo á los perfectos, diciendo: *Vosotros que sois espirituales, enseñad á éstos con blandura, considerándoos á vosotros mismos* (esto es, que sois de la misma masa) *para que no seáis tentados.* Así estaba profetizado de Cristo, que no acabaría de quebrar la caña hendida ni de apagar el tizón que echase humo, porque si bien el humo es importuno, también es señal de algún fuego; y la caridad que á todos quiere ganar, sabe soplar y avivar el ascua que se empieza á encender para que crezca, y á cada uno le sabe enderezar por su misma inclinación. Este es aviso para los que quieren remediar defectos ajenos. Pero los que han de ser curados, si quieren que los lleven por su yerro, ya merecen más áspera cura, porque queriendo eso, dan muestra de malicia pretendiendo mantenerse en el defecto conocido. Y esto es más represensible en los religiosos que quieren se acomoden los prelados á sus condiciones, porque la acomodación que enseña la caridad, es para aquellos que con simplicidad y flaqueza no alcanzan más, no para los que con dureza no se rinden al yugo.

Consuela y alienta no menos nuestra flaqueza otra prueba de la bondad del Señor, manifestada en la compañía de sus Apóstoles cuando se hallaban imperfectos, que así les aceptaba entonces el corto servicio é imperfecta afición que le tenían, como después los muchos trabajos que por El pasaron. Así lo mostró en la grande alabanza que les hizo por aquello poco, como les pudiera hacer después de convertido el mundo; pues estando en el sermón de la Cena, ellos con sus acostumbradas imperfecciones y Cristo con sus divinas doctrinas, les dijo: *Ya no os llamaré siervos, sino amigos, pues os descubrí todos mis secretos. Vosotros sois los que me acompañasteis y permanecisteis conmigo en mis tribulaciones.* Quién y á quién decía esto es admirable consideración, porque lo decía el que había tomado sobre sí el peso de todos los defectos de los Apóstoles con el remedio de ellos; y lo decía á los que siempre mostraron flaqueza y en aquella misma noche la habían de mostrar tan grande, que todos le habían de desamparar. Pero estima el Señor tanto lo poco que por El hacemos cuando no estamos capaces de más, y de tal suerte aprecia la simplicidad y limpieza de la inten-

ción de los que no alcanzan más sublimidad de la virtud, que por ella se olvida de los defectos é imperfecciones que tienen, y toma lo poco nuestro, nacido de buen corazón, por instrumento de abrir camino para lo mucho que quiere dar, y hace cuenta que entonces se satisfará del todo.

Grande espejo es este para los mayores y para los que viven en vida común, en los cuales, el quererlo todo, de todos es gravísima ignorancia y ocasión de perjudicial gobierno; y en los súbditos es gran flaqueza quejarse de que carguen sobre ellos más cosas y trabajos que sobre otros á quienes Dios no concedió tantas fuerzas. Los superiores deben mirar mucho al ánimo que cada uno muestra y á lo que parece que alcanza, para que conforme á eso se acomoden á la posibilidad y flaqueza de cada uno: disimular con el flaco, ayudarle y favorecerle en su poquedad, animarle á ir adelante y no esperar de él más perfección que conforme á lo que alcanza, porque de otro modo será espantarle, cobrará miedo á la virtud y todo lo perderá.

Nuestro Señor, en cuanto vivió con los Apóstoles, antes quiso sufrir sus defectos que alumbrarlos del todo, por dos respetos: uno, porque en estos nuestros heroicos maestros viésemos cuán grande impedimento es para recibir las grandezas del espíritu de Dios, para los dones de la perfecta caridad, y para subir á la pureza de alta contemplación, el amor terreno; pues ellos fueron incapaces de la perfección de la luz y claridad, mientras amaron la presencia corporal de Cristo con afección baja y respetos humanos; y fué necesario que se les quitase de la vista para que fuese su amor purificado. El otro respeto fué, porque como los tenía escogidos para cosas muy grandes, y para recibirlas eran necesarios altísimos dones de Dios, tuvo por mejor gobierno humillarlos primero para que después de llenos del Espíritu Santo, cotejándose con lo que fueron cuando trataban con el Señor, se humillasen más y conociesen que á sólo su espíritu se lo debían todo; porque como la humildad es la que mantiene y acrecienta todos los bienes de Dios, necesitaron aquellos grandes pilares de la Iglesia católica altísimos cimientos de humildad para los grandes edificios que el Señor determinaba levantar sobre ellos.

Pasando adelante con este género de sufrimiento del Señor, vemos que hasta hoy le dura, y usa de él con aquellos á quienes del amor de la tierra levanta a la conversación y unión de su espíritu; súfreles continuas flaquezas, ignorancias, quejas y defectos. Hora los consuela, hora se retira, hora los favorece con suavidades de su espíritu, y hora se les muestra riguroso. Así los va criando, sustentando, humillando, agasajando, castigando y animando como Padre amorosísimo, y como si en cada uno de ellos le fuera todo su gusto y placer; porque no limitó Dios su amistad á los santos Apóstoles, sino que hasta hoy tiene generalmente abiertos los brazos para todos, y con el mismo cuidado cría el espíritu de cada uno de nosotros, como el de sus sagrados discípulos; por lo

que no le somos menos obligados que ellos, ni dejará de hacernos unos grandes santos con tal que le seamos leales.

### EJERCICIO DEL SUFRIMIENTO CON QUE EL SEÑOR CONVERSÓ CON LOS APÓSTOLES

Enseñadme, Dios mío, cómo queréis ser alabado de mí, y poned en mi corazón el conocimiento y amor que queréis tenga á vuestras mercedes. Vos á todos llamais; ¿pero quién irá, si no fuere de Vos llevado? De todos queréis ser amado; ¿pero quién os amará, si Vos no le diéreis vuestro amor? De todos queréis ser conocido; ¿pero quién os podrá conocer sin vuestra luz? La necesidad que tengo de Vos, conmigo nació y conmigo crece; las obligaciones que os tengo, siempre me avivan; pero en Vos están mis remedios, y sin vuestra fuerza, virtud, liberalidad y guía, ¿qué puedo, Dios de mi alma? Poned, Señor, en mí vuestros ojos misericordiosos; dadme oídos para oir vuestra voz, deseo para seguiros, amor para buscaros, virtud para llegar á Vos, conocimiento de mis males para que los tema y aborrezca, y luz con que vea los peligros de esta vida, para que a Vos me refugie. Confieso, Señor, no solo que no merezco estas mercedes que os pido, sino que soy digno de muchas maneras de tormentos, y que justamente merezco ser apartado de Vos, pues me atrevo á pedir nuevas mercedes, habiéndome desaprovechado de las recibidas y no habiendo satisfecho por las culpas.

Pero me dan confianza los pecadores que recibisteis, el ladrón á quien disteis el Paraíso, las mujeres pecadoras que colmasteis de vuestra gracia, sobre que entre ellos no seré despreciado; porque ni aquéllos se pudieran convertir, buscaros ó acudir á vuestro llamamiento, si vuestra luz y virtud no los moviera interiormente. ¿Cómo no lo esperaré todo de Vos, mi buen Jesús, pues no enviasteis ángeles del cielo á enseñarme vuestra doctrina, sino hombres pecadores y flacos, en quienes no menos veo los defectos de mi naturaleza, que los dones de vuestra gracia? Tales fueron vuestros sagrados discípulos, aún andando en vuestra compañía; ambiciosos, envidiosos, vanos, flacos en la fe, llenos de rudezas de la tierra, de bajos espíritus y de imperfecciones groseras. Pero tales los escogisteis Vos, mi buen Jesús, y tales los traíais junto á Vos. No faltaba entre ellos un publicano pecador, otro negador de vuestro santo nombre, otro que os vendiese, á quien también perdonaríais si se arrepintiera; flacos, que en lo mejor os dejaron; espíritus tan bajos, que no sabían esperar de Vos mas que bajezas de la tierra.

Os traían, luz divina, delante de sus ojos y no acaban de veros; comían con Vos pan de la vida, y no sabían saciarse de Vos; los recibíais como padre amorosísimo, y no os sabían amar; los defendíais como divino escudo, y no acababan de perder el miedo con Vos; les comunicabais bienes eternos, y no sabían pedir luz para entenderlos; les prometíais bienes eternos, y no sabían pedir sino terrenos; les enseñabais divinas doctrinas, haciéndoles partícipantes de soberanos sacramentos, y no sabían sacar de ellos frutos de vida.

¿Qué digo, Señor? ¿Qué digo? Veían os con sus ojos, siendo aquel cuya vista sacia á los ángeles, enriquece el cielo, beatifica el paraíso, y no os conocían. ¿Cómo, Dios mío, los sufristeis tan cerca y tan lejos de Vos? ¿Cómo se contenía vuestro amor para que en tantos días no los inflamáseis en vuestra caridad, no los fortaleciéseis con vuestro espíritu y no los llenáseis de vuestros dones? ¿Cómo, mi buen Jesús, á quienes tanto amáis, dilatábais las mercedes para cuando no os viesen? ¡Oh Señor mío, cuánto os debo en todo!

Bien sé que más suave os fuera reinar perfectamente desde luego en sus corazones, poseer sus interiores en todo purificados, y comunicarles, como después lo hicisteis, vuestros perfectos dones, con que ardiendo en perfecta caridad tuviérais en sus espíritus casa de vuestro placer, como después tuvisteis; pero os pareció mejor sufrirlos por entonces y humillaros á tan baja conversación, tratar con tan rudos entendimientos y llevar el trabajo de sus imperfecciones, para enseñarme en éstos que habían de ser maestros de toda perfección, columnas de las puras verdades y luces clarísimas del mundo, el que todo lo puedo esperar de Vos, y que no alcanzan mis defectos y culpas para cegar vuestra perenne fuente de misericordias. ¡Oh amigo perfectísimo de esta miserable criatura! No sólo es verdad que en la celestial casa de vuestro Padre Eterno hay muchas moradas, sino que por tanto las hay allá, porque en ese divino y suavísimo pecho todos tienen entrada y mansión. Ahí hay lugares para los Apóstoles imperfectos, y para ellos mismos otros mucho más largos y capaces para cuando sean heroicos y ricos de todas las virtudes. Ahí tiene lugar Pedro contrito y perdonado y él mismo crucificado por vuestro amor. Ahí es abrigado Tomás dudoso en la fe y alanceado después por ella. Ahí tiene lugar el ladrón, el publicano, el leproso, la pública pecadora y ahí le tuvo el traidor Judas, y le tuviera para siempre si por sí no se perdiera. En ese divino y amoroso pecho se aclaran sus tinieblas, se consumen sus imperfecciones, se apagan sus afecciones terrenas, se purifican sus bajas inclinaciones y se deifican sus terrenos espíritus. Ahí comienzan, ahí crecen, ahí florecen, ahí dan perfecto fruto, ahí son sufridos en sus flaquezas, humillados en sus grandezas y coronados en sus victorias.

Pues, Dios mío, si todo esto pasasteis con vuestros sagrados y amados discípulos, cuando se hallaban llenos de defectos, y en ellos cuando perfectísimos me descubristeis secretos de ese divino pecho, ¿por ventura se ha cerrado sólo para mí? ¿No tendré, buen Jesús, en él un lugar donde se consuman todas las podredumbres de esta vuestra criatura, y sea con vuestro puro espíritu renovada? Adórote, divino pecho, abrasado en amor eterno, luz más clara que la del mediodía, sol que siempre naces y nunca te pones, fuente que siempre mana y nunca se agota, piélago de infinitos bienes sin fondo, sombra fresca de todos los cansados y atribulados, abrigo seguro de todos los acosados de tentaciones y sagrado refugio de todos los culpados. Sea yo, buen Jesús, ahí recogido, donde confío que

con amor eterno estoy escrito. ¿Cómo pueden consumirse mis heces sino en esa fragua? ¿Si ahí no hubiera lugar para todos, cómo fuérais Dios universal, remediador y Redentor de todos los pecadores?

Es verdad, Señor, que mis culpas son peores que las imperfecciones de vuestros sagrados Apóstoles, porque ellos erraban por flaqueza, ignorancia y simplicidad; no se apartaban de Vos, y con Vos los hallabais en la oración, en los caminos, en la mesa, en las tribulaciones ordinarias, en las pobrezas, en vuestras persecuciones, y nunca de Vos se apartaban, y os amaban como entonces sabían, y si os dejaron en vuestra Pasión, Vos no les quisisteis quitar el miedo á fin de que, huyendo, ninguno les hiciese mal; de suerte que sus faltas no tenían raíces que los apartasen de Vos; pero yo, miserable pecador, peco por malicia, os desamparo sin que ninguno me persiga, apártome cada día de Vos, nunca persevero en vuestro servicio, antes que llegue la tentación y tribulación os he desconocido, y mis trabajos nacen de raíces ponzoñosas, que Vos aborrecéis. Aquéllos os oían, yo no os oigo; humillábanse á vuestra reprensión, yo no la temo; refugiábanse á Vos con sus imperfecciones é ignorancias, y yo en ellas presumo de mí. A ellos los amábais por su simplicidad, yo merezco ser aborrecido y desechado por la voluntaria y maliciosa inclinación que tengo á mis males.

Mas buen Jesús, salud de estas miserables llagas, que veis y pesáis en justa balanza, ya que os son tan patentes, ¿quién las sufre sino ese paternal amor que me tenéis? ¿Quién me espera sino ese pecho lleno de misericordia? ¿Quién me manda que no desespere sino esa vuestra natural y eterna bondad y clemencia? ¿Quién me llama para grandes bienes y mercedes sino ese vuestro suave Corazón que desea tenerme muy consigo y dentro de sí? Pues piadoso Jesús, ¿no sois Vos ese y yo éste, que Vos ahí queréis tener muy unido con Vos? Me veis aquí, mi amor; me veis aquí, mi salud; me veis aquí, todo mi bien. ¿Quién os ata para lo que deseáis? ¿Quién os impide lo que tanto queréis? ¿Queréis dejarme ya cual estoy? ¿No queréis sufrirme más? ¿Queréis ya huir de mí y dejarme en este lodo apartado de Vos? ¿Amor mío, cómo no me miráis? ¿Para mí sólo ensordecisteis y cegásteis? Vida mía, Jesús, ¿por qué no me resucitas? Salud mía, Jesús, ¿por qué no me sanas? No os he de dejar, no os he de soltar hasta que me convirtáis todo en Vos. Aquí me he de pegar con estos pies, Vos me llevaréis donde fuereis.

¿Qué queréis de mí, Señor? Que os ame, que os sirva, que persevere en lo que ahora deseo. ¿Pues qué veis en mí, buen Jesús, para querer eso de mí, si Vos no me lo dais? Y si queréis que no lo deseche y que lo guarde si me lo diereis ¿cómo he de poder hacer eso, si Vos conmigo no lo hacéis en mí? ¡Ah mi Señor! ¡Ah mi suave amor! Quiero, quiero cómo y cuanto puedo ser vuestro; no dejar jamás desde ahora para siempre vuestra compañía; quiero todo lo que Vos de mí queréis; ayudad Vos, Dios mío, esta mi voluntad;

ayudad mi flaqueza; ayudad mi recelo, que digo ahora quiero, y no sé cuánto me ha de durar. Ya aquí donde estoy me tiran las miserias é inclinaciones malas y terrenas, mis continuas y desventuradas compañeras; ya piensan perderme, y ya esta carne recela dejarlas y ponerse en batalla con ellas. Mas Vos, que sois mi piadoso sufridor, sois también mi fuerte vencedor y mi amparo seguro. Amparadme, Señor; vean vuestros ojos en mí el fruto de ese vuestro tan antiguo y paternal sufrimiento, en que no me soltéis, que arranquéis de mí con vuestro espíritu abrasador todo lo que en mí os descontenta, y hacedme todo cual Vos queréis.

Nunca, mi buen Jesús, puedo quejarme de Vos, sino de mí; porque sois y siempre fuisteis fidelísimo amigo de esta miserable alma. Siempre cuando de Vos me apartaba, me quitábais las ocasiones de pecar, impedíais á la muerte que me acabase, á fin de que tuviese tiempo para convertirme; me inspirábais lo que necesitaba, y me llamábais por diferentes medios. Me dabais desconsuelos y trabajos, para que no os ofendiese tan sueltamente; permitíais que fuese tentado para que viese mis peligros; me dejábais ser vencido algunas veces, para que conociese mi flaqueza; andar angustiado y sin poder valerme, para ver la necesidad que de Vos tenía. Y aunque mucho pequé, mucho más sin comparación pecara, si Vos, mi buen Jesús, no me hubierais contenido. No me soltasteis del todo de vuestra mano; me disteis muchas ayudas espirituales y temporales; todo me lo convertisteis siempre en bien. Hasta mis propios pecados los permitisteis por materia para humillarme. Si algunas veces me volvía á Vos, luego me recibíais con vuestras caricias interiores, y con la suavidad de vuestra dulcísima presencia. Sufríais mis groserías terrenas; aceptábais mis bajos é imperfectos deseos de virtud; me hacíais formar y renovar buenos propósitos; me dejábais conocer mis flaquezas, que no podía cumplirlo sino con vuestra gracia; sufríais mis infidelidades, deslealtades é inconstancias.

¡Oh mi buen Jesús! ¿Cuándo acabaré de creer y confesar las particularidades que conmigo usasteis en mis males é imperfecciones, y en las mercedes y bienes que me hicisteis? ¿Cuándo no me fuisteis Padre? ¿Cuándo me volvisteis la cara por las mentiras de lo que os prometía y no cumplía? ¿Cuándo no me aceptasteis el deseo que sabíais me había de durar poco? Yo me volvía atrás, Vos quedábais callado y sufriendo mi descortesía, esperando á otra buena voluntad para recibirme, aunque sabíais que también había de ser inconstante y mentiroso. ¿Qué más amor que éste? ¿qué más padre y madre, y qué más fidelidad de amigo?

¡Oh, cuánto os debo buen Jesús! Más os debo en esta parte que vuestros Apóstoles y discípulos; pues ellos os dieron que sufrir poco tiempo; yo toda la vida. Ellos gastaron lo más de la suya en arder en amor vuestro, y emplear por Vos cuanto les habíais dado; yo nunca lo hice. Más os debo que todo el mundo; porque á muchos permitís errar en la fe y dejarla; á mí me contenéis. A muchos dejáis adorar ídolos, y á mí no. A muchos dejáis seguir sectas erradas

sin conoceros; á mí me hacéis cristiano. A muchos dejáis perseverar hasta la muerte en los pecados; á mí me dais este conocimiento. A muchos negáis vuestra gracia eficaz; á mí me hacéis que os la pida, y me perdonáis tantos pecados, cuantos cometiera si con ella no me contuviérais. Adóroos, buen Jesús, por todas estas y otras muchas é innumerables mercedes que me hacéis. Os doy por ellas infinitas gracias, y todos los justos y ángeles del cielo os las den por mí, pues no soy bastante para darlas como merecéis.

Vos, Señor, que sabéis cuán grande impedimento es para no aprovecharme de estas mercedes el no recurrir en todas mis cosas á Vos, y tener otros amores bajos fuera de Vos, ó amaros y no puramente por Vos, purificad esto en mí; no me dejéis tener otro Maestro, otro consejero, otro juez de mis cosas, otro amigo y compañero sino á Vos; porque aunque para Vos, como grande é infinito no son sino cosas grandes y eternas, con todo eso, creo que os deleitáis con la sencillez pura; gustáis de entender menudamente en nuestras cosas; queréis ser Vos el que aparte todos los átomos, y registráis todos nuestros pasos. ¿Qué más podía yo desear de un fino y leal amigo? Y si tenéis cuenta de cada uno de mis cabellos y de cada hoja de árbol, ¿cómo no la tendréis con cada movimiento de mis ojos, con cada respiración, con cada pensamiento y con cada deseo?

Si cada año, buen Jesús, tomárais una sola hora para entender en mis cosas, saber de mí, proveerme en mis necesidades y darme las leyes de vuestra voluntad, ¿no fuera razón que todo el año suspirara por aquella hora, y lo tuviera todo dispuesto para tratar con Vos, y quedar prevenido de vuestros socorros y misericordias para todo tiempo, hasta que llegase otra dichosa hora? ¿Pues cómo en cada hora no vivo con el mismo cuidado de tratar con Vos, y tomaros en todo por consejero y auxiliador, pues me dais todas las horas y momentos si los quiero, y ni el gobierno de todo el mundo y de toda la eternidad me impide lugar ó tiempo, ni me lo quita para que dejéis de mirarme cada hora y cada momento? ¿Por qué no me voy á Vos en la palabra que oigo, en lo que me viene á la fantasía y en todo lo que me sucede? ¿Cómo no os ofrezco cada paso, cada palabra y cada respiración, pues todo lo aceptáis y todo esto os contenta? Y cuando todo en todas las cosas, aun las más menudas, fuere vuestro y con Vos las tratare, ¡oh, qué grandes mercedes mal conocidas y entendidas del mundo, me haréis! Si por pocas y tibias oraciones y aspiraciones con que recurro á Vos, me dais lo que nunca sabré merecer sin Vos, ¿qué haréis si os lo ofreciere todo y todo fuere vuestro?

¡Oh buen Jesús! Una cosa me falta, por sólo la cual me puedo restablecer, y sin la cual no conozco cuán grande osadía y peligro es atreverme á vivir un solo momento descuidado de Vos, que es la santa humildad, conservadora de todos los bienes. Vos, humilde Jesús, sabéis que sólo ésta me puede hacer desconfiar de mí, y tener miedo de los instantes que de Vos me descuidare, y hacerme

suspirar siempre por Vos. Ella sola me puede enseñar la importancia de este vivo cuidado que de Vos debo tener. Sé que ella sumamente os contenta; humilladme, humilde Jesús; plantad y arraigad en mí esta vuestra compañera y amiga, tesorera de vuestros bienes, para que con ella viva siempre temeroso de mí, huya siempre á Vos, sólo vuestro gobierno desee, por vuestros bienes suspire, á Vos sobre todo me una, viva firme en Vos, libre de mí y todo poseído de Vos, mi amigo, mi Maestro, mi amparo, mi consolador, mi salud, mi amor, mi rica bienaventuranza, mi suave guía, mi verdadera vida, mi Jesús.

¡Oh humildísima sierva y Madre de Dios perfectísima, en quien ninguna cosa ni hora estuvo jamás desocupada de este Señor; pues no se contentó de ser todo mi amparo, sino que me dió á vos por Señora, valedora é intercesora para con El, valedme, Señora! Y pues sois hija de Adán como yo, aunque libre de mis maldades, compadeceos de esta vuestra masa, para hacerla con vuestra intercesión, de vuestro espíritu. Oh apostólico sagrado coro, que fuisteis las luces del mundo, alcanzad á este pecador en premio de vuestros trabajos la gracia que á todos deseábais para convertirlos al Señor. Y pues pasasteis por mis imperfecciones, compadeceos de ellas y alcanzadme el divino Espíritu, que os hizo tan perfectos. Oh corte toda celestial, ayudadme en esta hora á ser poseído de ese Señor, como lo sois inmutablemente para siempre. Amén.

## TRABAJO XVIII

### Peregrinar de lugar en lugar á pie.

Con esta pequeña y apostólica grey, comenzó el buen Pastor Cristo nuestro Señor á andar por toda la tierra de Palestina, juntando las ovejas de la casa de Israel (á las cuales fué prometido y enviado) y abriendo puerta y camino para que entrasen cuantas había en el mundo, en lugar de éstas que por su ceguedad y dureza no le habían de oir ni recibir; mas para que no tuviesen excusa y lograse el mundo los más ricos tesoros de sus merecimientos, ninguna cosa dejó de hacer de su parte para llamarlos, convertirlos y anunciarles el reino del cielo, la ley de gracia, y las divinas riquezas que consigo les traía. Y siendo él Dios, Señor y Mesías prometido, que viniendo á la tierra debía de ser buscado, recibido, adorado y servido de los judíos, cuya era propia tan gran merced; ellos, muy al contrario, vivían descuidados de su bien, y el Señor los andaba buscando y ofreciéndoles sus favores. No perdonó el Señor á su cuerpo ningún trabajo por penoso que fuese, á fin de alumbrar esta gente, sacarla de sus vicios, llenarla de divinos beneficios y comunicarla todos sus tesoros.

Salió de su retiro, donde estuvo muchos años á la obediencia de sus Padres, y pasó á Cafarnaum, ciudad de Galilea, que como dice San Mateo, estaba en los confines de las tribus de Zabulón y

de Neptalí; y según se ve en el libro de Josué, la tribu de Neptalí confinaba por el Sur con Zabulón, y por Levante con Judea. Entre los confines de estas tribus, que eran del Jordán para adentro, al respecto de Galilea y de Judea estaba Cafarnaum á lo largo de un lago salado, que llamaban mar de Galilea y Tiberiades. Estas dos tribus de Zabulón y Neptalí había muchos años que estaban muy perdidas con las otras del reino de Israel, que eran diez, y la capital del reino fué Samaria. Hubo tantos y tan gravísimos pecados en aquellas diez tribus, que por ellos los entregó Dios á la muerte y cautiverio; por lo que la divina Escritura llama á este reino gente que andaba en tinieblas y sombra de la muerte, esto es, en obscuridad de pecados y castigos de muertes y destierros.

Para cumplir nuestro Señor las profecías, salió de Nazaret é hizo asiento en Cafarnaum, para comenzar por aquella parte á predicar, como lo hizo; porque estaba profetizado que á esta gente que vivía en tinieblas de la muerte y del pecado, había de alumbrar el Hijo de Dios y Mesías, que es luz divina, y nacer para darle luz, y sanarla de las lobreguezes de sus yerros. Así se cumplió lo que dice Isaías: *La tierra de Zabulón y Neptalí* (por donde se entiende todo el errado reino de Israel) *pueblo que andaba en tinieblas, vió gran luz, y ésta nació para la gente que andaba en región y sombra de la muerte.* Aquí despidió de sí esta divina luz más claros resplandores y rayos de su doctrina y milagros; aquí continuó tanto, que olvidando su patria Nazaret, á ésta llamaba su ciudad, y con razón; porque aunque el sol anda y se mueve con el cielo, no se dice nacer en el cielo, que siempre está claro, sino en el mundo donde hay noches que obscurecen; y en la tierra y elementos sujetos á mudanzas y obscuridades, hace sus operaciones de diferentes resplandores y de producir frutos diversos, conforme á las mudanzas del tiempo. Así Cristo nuestro Señor no se dice Sol, sino resplandor del Paraíso, como escribe San Juan en el *Apocalipsis*, donde dice que no vió sol en la ciudad celestial porque el Cordero es su luz; la cual siendo una siempre, sin movimiento ni mudanza, es perpetuo resplandor divino, y no se dice allí sol como en nosotros. Mas para los pecadores que tienen muy pequeños días de luz divina, y largas noches de tinieblas por los pecados, y muchas veces parecen inhabitables por la mucha continuación de privación de luz, se llama el Hijo de Dios Sol que nace, y luz de esta obscura región; y esta mala tierra se llama su ciudad, donde tiene que hacer muchas operaciones divinas. Y no es pequeño aliento para los desterrados y obscurecidos pecadores, saber que si el Señor por lo inmutable es luz del Paraíso, también es nuestro Sol por nacer y tener su curso por nuestras obscuras moradas, y nosotros somos suyos, y su ciudad para quien El nace, y á quien desea alumbrar.

Apareciendo, pues, este divino Sol, y comenzando á subir sobre la tierra sujeta á tinieblas de pecados, y sobre la obscura región de la sombra de la muerte, cual era Cafarnaum, fué desde allí corriendo por todas las ciudades de las tribus de Israel, y por todas las vi-

llas y ciudades de Judea, las cuales, según la repartición que Josué hizo de la tierra de promisión á las doce tribus, pasaron de trescientas ciudades; fuera de las que después se edificaron y sin contar las villas y lugares. De aquellas ciudades le tocaron sólo á la tribu de Judá, ciento quince. Entraba, pues, el Señor á predicar en sus sinagogas; santificaba con oración sus montes y sus huertas por la noche; metíase en las casas á curarlos y doctrinarlos; hacía por las plazas muchos milagros; esperábalos en el campo y en las playas del mar, donde todos cupiesen con desahogo; allí les predicaba y á veces les daba de comer, multiplicando por divina virtud su pobre provisión para que alcanzase á todos; sufría sus importunaciones, recibíalos con blandura, curábales sus dolencias, resucitaba sus muertos con divino poder; traía á todos en pos de sí al olor de sus virtudes, pasmados, consolados, doctrinados y llenos de bienes celestiales. Y porque no pareciese que ellos le buscaban, no se atenía á su fervor (que cualquier leve desabrimiento ó cansancio podía enfriar) sino que El corría todos los lugares de esta y de la otra parte del mar; enviábales sus discípulos delante, para hacerles saber su venida, y siendo los lugares tantos, que necesitó repartir por ellos setenta y dos discípulos; con todo eso El los recorrió todos en persona. Y porque era conveniente comunicarse á muchas partes y acudir á todos (pues todo se daba á todos con eterna caridad), repartía los días (porque los tenía limitados) conforme las necesidades de cada tierra; y en cada una dejaba su amor ardiendo y su espíritu haciendo el oficio que su presencia corporal no podía. El cuidado de aquel divino corazón, el deseo de la salvación de todos, la igualdad de aquel suave recibimiento para cada uno, la largueza de sus mercedes y maravillas, el sufrimiento con que disimulaba las faltas de cada uno, no se puede escribir ni perfectamente imaginar.

Todo esto le costaba grandísimo trabajo de su cuerpo, porque todo lo andaba á pie, y según algunos, descalzo; andaba muchas leguas por calores, lodos y lluvias, que su delicado cuerpo no sentía menos por ser suyo, que lo que sentiría otro puro hombre. Tropezaría algunas veces, y muchas le saldría sangre; que como la tierra de Judea era fragosa, de muchas serranías y montes, era mucho más trabajoso el recorrerla. Cansábase, sudaba muchas veces y sentábase como otro cualquier caminante. Cuando llegaba á la población, su alojamiento y descanso era irse á las sinagogas á predicar y hacer sus divinas obras. Si enviaba á sus discípulos, como acostumbraba, á buscar de comer, El quedaba tratando del aprovechamiento de las almas. En unas partes era bien recibido, en otras no, y en algunas le desechaban con afrenta. Pero era tanto y tan admirable el ejemplo de mansedumbre y sufrimiento con que se retiraba é iba á buscar otro lugar y ofrecerle sus mercedes, como la blandura con que las hacía á quien las quería. Escandalizados é indignados un día sus discípulos de la gente y lugares que no le querían recibir, teniéndolo (como era en verdad) por el mayor mal del mundo, le pidieron licencia para mandar bajar fuego del

cielo que los abrasase. Y el Señor los contuvo con blandura, diciendo: *No sabéis ni conocéis qué espíritu os mueve:* dando á entender, que el suyo era espíritu de mansedumbre, de sufrimiento y de esperar é importunar á la gente con sus mercedes. Diciéndole otro día que para qué iba á Judea, donde le quisieron apedrear, les respondió, que doce horas tenía el día, de las cuales daba su clemencia por bien empleado, ser por espacio de las once despreciado y desechado por una en que podía ser recibido, lo cual podía ser principio de otras muchas llenas de sus misericordias. Tal es este Señor, que con mucho gusto busca la gente y las almas con sus gracias y mercedes; retirase muy por fuerza, y en lugar de indignarse, va siempre mirando para atrás para ver si le vuelven á rechazar ó si le desean; y donde halla esta voluntad, se olvida de tal suerte del desaire y descortesía con que fué desechado, como si siempre hubiera sido recibido, agasajado y servido.

Las mercedes que el Señor hizo á aquel pueblo en todos los caminos que anduvo y lugares en que entró, no es posible poderse referir; y aunque hay mucho escrito, fué tanta la abundancia de los divinos beneficios y maravillas, que San Juan Evangelista dijo, que si todo se hubiera de referir, no cabrían en el mundo los libros que debían escribirse. Y esto no fué por espacio de tres mil años, sino en poco más de tres; ni se valió de terceras personas, sino por sí mismo y con sudor y trabajo de su rostro. Y en el poco tiempo que al Señor le bastó para hacer y concluir tantas y tan grandes cosas y llenar la tierra de divinas mercedes, se ve claro cuánto más importa una corta vida bien empleada que una larga ociosa, y cuán poco tiempo basta para grandes virtudes y merecimientos. Por donde parece engaño querer mucha vida para merecer mucho; porque si la vida breve toda se ocupase en servicio de Dios, nos llevaría para sí con más corto destierro y más ricos de sus mercedes. Mas porque la mayor parte de la vida está poblada de culpas y defectos, tanto la necesitamos para llorar el mal cometido y purificar lo que nos impide la entrada del cielo, como para merecerle con buenas obras.

Su Majestad alarga muchas veces con misericordia este triste destierro para tener más gente con quien usar de su clemencia. *El justo muerto condena* (dice la Divina Escritura) *á los vivos impíos: y su mocedad acabada prontamente condena la larga vida del pecador:* porque el justo en los pocos años que vive, tiene bienes espirituales para sí y para los necesitados; y delante de Dios la mocedad bien empleada es juzgada por honrada vejez llena de muchos merecimientos; la vida larga del malo, ociosa y llena de pecados, queda con esto reprobada y sin excusa, pues tuvo muchos años para vivir, y en ellos no supo ó no quiso aprovechar unas pocas horas para salvarse. Séneca fué de sentir, que se dice impropiamente que el malo muere; porque no sabe cómo se puede componer que muera el que nunca ha vivido, y que acaba la vida quien nunca la ha empezado. Más propio es que el malo siempre murió porque

nunca supo vivir; pues no puede ser vida sino la poblada de bienes que hacen vivir para siempre; en quien siempre vivió para morir, comenzó en la verdad su muerte para siempre antes que comenzase á vivir; y muriendo, continuó la muerte en que siempre anduvo, sin gustar de lo que es vida en verdad; y así compara á los que viven mucho sin vivir bien, á la nave que anda mucho tiempo en el mar siempre á la vista del puerto, la cual navegando y trabajando mucho no adelanta nada.

El justo todo ocupado en servir al Señor y asegurar su salvación, halla en pocos años mucho tiempo para orar mucho, ayunar mucho, hacer muchas limosnas, dar muchos buenos consejos, servir á muchas almas de los prójimos, escribir muchos libros, sufrir muchos trabajos, ejercitar muchas virtudes, porque todas las horas las ocupa bien, y todos los sucesos de esta vida los toma por nuevas ocasiones de ejercitar virtudes y atesorar merecimientos. El descuidado en su salvación, que no trata sino de sus deseos é inclinaciones, necesita todo tiempo para satisfacer la ira, para saciar el apetito de sus deshonestidades, para los gustos de la gula, para el pasatiempo de músicas y juegos, para las lozanías y vanidades, para cumplir con puntos de honra, y para satisfacer á cien mil cosas que juzga obligaciones de persona ó estado, á que Dios no obliga; de suerte que necesitaría tantas y tan largas vidas, cuantas son las cosas en que reparte una sola que tiene, y esa muy breve y muy incierta. Por tanto, cuando quiere tratar de sí y de su salvación, no halla tiempo ni lugar; porque las muchas bagatelas le han quitado tantas partes de la vida, y ella es tan corta, que en llegando la muerte, entonces con el palpar de la ropa para acabar se acuerda muy de prisa de la salvación; y como las cosas que se hacen de prisa no llegan por la mayor parte á tiempo, ó son tales que no aprovechan, sabe Dios quién es entonces tan diligente que pueda en pequeño espacio y tan cercado de dolores, de cuidados y miedos, cortar, coser y acabar el vestido nupcial, sin el cual no tendrá entrada en el celestial banquete. Al que todo lo deja para este último lance, si por su desgracia lo yerra, ¡oh! cuán corta vida le ha de parecer la prolongada que tuvo de pecados, y cuán larga la interminable de penas.

Cristo nuestro Señor, en poco más de tres años que quitó el reposo al cuerpo y á su quietud particular y los empleó en obras divinas, tuvo tiempo para correr muchas ciudades y lugares, para sanar muchos enfermos, resucitar muchos muertos, enseñar muchas doctrinas, dar muchos y fatigados pasos, consagrar el Colegio Apostólico, fundar su Iglesia, ser muchas veces hospedado y servido, hacer á todos muchas mercedes, sufrir muchos trabajos, padecer grandes tormentos, morir, resucitar y subir á los cielos; é importaron mas estos tres años para el perfecto remedio de todos nuestros males, que muy largas vidas de muchos justos bien y santamente empleadas, pudieran importar para el particular remedio de cada uno. La raíz de todo esto fué traer ocupada toda su solicitud en la

salvación del género humano, que era la voluntad de su Padre Eterno. Así cuando se cansaba mucho, en nada hallaba alivio más que en tener ocasiones donde dejase hechas muchas y divinas mercedes.

Quien leyere la historia de los Evangelistas hallará que ningún viaje hizo el Señor y en ninguna tierra ni casa entró, de que no escribiesen admirables beneficios hechos con su presencia. Caminando un día cerca de Samaria, fatigado y sudado, se sentó junto á un pozo; y por lo que allí le sucedió se puede conjeturar el cuidado en que andaba empleado su corazón, y qué era lo que le daba más descanso en sus trabajos; porque yendo á la ciudad sus discípulos á buscar de comer, y quedando solo, vino una mujer pecadora á sacar agua del pozo y el Señor le pidió de beber. La mujer, creyendo que de cansado la pedía, se excusó frívolamente. Pero el Señor, que para salvarla caminó á la hora de mediodía hasta aquel pozo, por no perder aquel encuentro, le dió tan altas doctrinas de las aguas vivas que El abre en los corazones y corren á la vida eterna, que la pecadora deseó beber aquellas aguas; y porque sus pecados lo impedían, continuó la conversación declarandole el mal estado en que se hallaba. Mas porque sin luz y conocimiento de Dios, ninguno puede conocer y aborrecer el estado del pecado, adelantó el Señor tanto la plática, que lo que nunca descubrió de sí en público, y algunas veces lo decía por rodeos á sus Apóstoles, que era el Mesías prometido de Dios, lo dijo claramente á esta pecadora, por cuya salvacion no trabajaba menos que por la de todo el mundo. Ella, alumbrada y convertida, se hizo luego pregonera de las mercedes divinas y del Señor que se las hizo. Volviendo á la ciudad, hizo que toda saliese a recibirle, y fué ocasión de muchas y grandes mercedes que Dios les comunicó.

Mientras ella fué á Sicar á dar noticia del Señor, que estaba ya á sus puertas, y de quién era, llegaron los discípulos con la comida, y le rogaron que tomase un bocado para descansar. El Señor, que se mantenia de hacer misericordias, les dijo que El tenía otro alimento que ellos aún no conocían, que era hacer la voluntad de su Padre en salvar las almas, y en acudir á las mieses de Dios, que ya estaban blancas y sazonadas, para ser recogidas. Estando en estas palabras llegó á El toda la ciudad, y le llevaron, oyeron y reconocieron por su Señor. Esta fué su comida aquel dia, y de éstos hubo muchos, siendo éstos en los que se hallaba con mayor refrigerio. Por tanto, deseando librar á los hombres de los trabajos molestos y demasiadas ocupaciones de la vida, los aconsejaba poner el principal cuidado en adquirir el reino de los cielos, y que cuando se ocupasen bien en esto, para todo lo demás tendrían á Dios de su parte, que los libraria de no pocos trabajos. No quiso decir en esto que la vida ha de ser ociosa, sino que por todas sus ocupaciones se ha de mirar á conseguir la gloria; porque cuando en los negocios se pretenden otras cosas como principal fin y cuidado, ó no llegan ó se acaban luego, ó no satisfacen; y siempre vienen tan acompañados de miserias y azares, que hacen molesta la vida, los cuidados

no salen bien empleados y queda la vida mal gastada. Pero quien en todas las solicitudes mira como principal la de la vida eterna, éste come el bocado, toma el sueño y trata los negocios sin fatiga; porque en la pérdida de las cosas se enriquece con la paciencia y alabanzas de Dios; en la abundancia y prósperos sucesos, toma mayores ocasiones para granjear la gloria.

Cuando el deseo del cielo es grande, pocas cosas de la tierra bastan, abastecen y suplen muchas necesidades; pero cuando es pequeño, toda la tierra no basta, y sólo alguna cosa del cielo satisface. Gran prueba de esto nos dió el rico avariento, que siendo para él poco todo lo próspero de la tierra de que gozó en su vida, fué tanto en su reputación una limosna para Lázaro, que de las migajas de pan que los perros comían debajo de su mesa, nunca hubo una para el pobre; y después que se vió en el infierno y á Lázaro en el paraíso, así como en la vida fué escaso en el deseo de las cosas del alma, del mismo modo para refrigerio de las necesidades infernales, no supo pedir de los infinitos y riquísimos bienes de la gloria, sino conforme á los cortos deseos que de ellos tuvo en la tierra, una pequeña gota que pudiese caer del dedo meñique de Lázaro mojado en las aguas vivas del paraíso. Pero tuvo por respuesta de esta miserable petición, que conforme distaron de su corazón en la vida las necesidades de Lázaro, teniéndole cada día á la puerta, tanto distaban los placeres del cielo de sus eternas miserias. Sea la conclusión de este negocio, que pues el remediar nuestras necesidades, enriquecer nuestras pobrezas y negociar la salvación de nuestras almas, fué el mantenimiento del hambre de Cristo y el alivio y descanso de sus fatigados sudores y trabajos, merece que el nuestro sea contentarle, servirle y no perdernos.

### EJERCICIO DE LA PEREGRINACIÓN DEL SEÑOR, CANSADO Y Á PIE

Fortaleza todopoderosa, divina é invencible virtud de los flacos y miserables pecadores, mi Dios y Señor y toda mi bienaventuranza, ¿qué fuera de mí, si mirárais mis pecados como yo merezco y no con los ojos de vuestra misericordia? ¿Cuánto ha que me hubierais apartado de Vos, y cuántas veces quedara sin remedio, si mirárais mis males para castigarlos y no vuestra bondad para perdonarlos? Si me soltárais de vuestra mano como merezco, ¿cuántas veces os hubiera ofendido y merecido ser de Vos reprobado? Mas porque me miráis con misericordia, por eso vivo; porque con vuestro poder me sustentáis, no estoy mucho más perdido y más atollado en males; y porque con vuestros merecimientos suplisteis la justicia que en mí faltaba, por eso no me habéis reprobado, y me dais esperanza de ser perdonado, y me llamáis con piedad á la comunicación de vuestros bienes divinos. ¿A un tan mísero pecador queréis, oh buen Jesús, en vuestra compañía y junto á Vos? ¿Cómo no ha de tener miedo mi inmundicia de esa soberana limpieza? ¿Y mi miseria y bajeza cómo ha de poner los ojos en esa divina Majestad? ¿Qué comunicación puede tener mi pobreza con

esa abundancia infinita; un pecador tan llagado como yo con esa divinidad y salud sobresubstancial; y mis tinieblas con esa clara é inextinguible luz? Yo soy quien Vos veis, y Vos quien Vos sabéis; tan alto, que solo Vos lo podéis comprender. Oh buen Jesús, oh Dios de mi corazón, que porque sois tal y me hicisteis para vuestra gloria, no me queréis apartado de Vos, y pues deseáis alumbrar mis tinieblas, curad mis llagas, esforzad mi flaqueza, limpiad mis culpas, perdonad mis ofensas, enseñad mis ignorancias, resucitad mis muertes y enriqueced mis pobrezas.

Bien sabéis cuán miserable soy sin Vos y cuán poderoso sois para hacer templo y morada vuestra de esta miseria, y por eso me queréis apartar de mí y acercar á Vos. ¿Pues si tanto me importa, si tanto lo deseáis y aunque el gusto es vuestro todo el provecho es mío, ¿quién me prende y tiene un solo instante apartado de Vos? Yo que había de daros voces, estoy mudo y Vos me rogáis; yo que había de llamar siempre á vuestras puertas con lágrimas y gemidos, estoy distraído en otros vanos cuidados y Vos me llamáis constantemente; yo que había de obedeceros, estoy sordo á vuestros mandamientos, y Vos me estáis avivando. Cómo, buen Jesús, se conmutó la suerte, que el culpable rehuse y el ofendido ruegue; que la criatura huya y el Criador ande en pos de ella; que el doliente deseche la salud y el Médico divino se empeñe en la curación; que el herido ame sus llagas y Vos, ¡Dios mío, os doláis y compadezcais de ellas! Oh Dios de mi alma, aquí veis quién soy yo, que amo mi perdición; y aquí veo quién sois Vos; pues Vos sólo como amantísimo Padre solicitáis mi remedio.

¡Oh, si sintiera tanto mis males como Vos! ¡Oh, si los aborreciera como Vos! si hiciera tanto para salir de ellos, como Vos por sacarme; ¡oh, si trabajara por mi bien como trabajasteis Vos para negociármele! Vos, buen Jesús, que conocéis la gravedad de mis pecados, los daños que me hacen, y los bienes que por ello pierdo, viendo mucho antes que yo naciese el descuido de mi corazón, tuvisteis piedad de mí, y no perdonasteis ningún trabajo por buscarme el remedio que necesitaba. Aparecisteis, luz divina, á la gente que estaba como yo en tinieblas de pecados, y como buen Pastor anduvisteis buscando las ovejas erradas por tierras fragosas, por montes ásperos, por valles, ciudades, villas y lugares, á pie, descalzo, sudando y quebrantando ese inocentísimo cuerpo, y porque no les habiais de hacer fuerza, á poder de muchas obras de amor convidábais á todos los corazones á que os amasen, buscasen, y aceptasen vuestras mercedes. Todo lo llenáis de divinas doctrinas, de maravillosas obras y milagros, de sufrimiento y paciencia, de agrado y blandura y de suavidad de vuestra divina conversación. ¡Oh, cuantas mercedes hicisteis, en medio de estos trabajos y fatigas, á los pecadores! ¡Cuanto debo, Dios de mi corazón, á éstos vuestros cansados pasos y caminos!

Ninguno os llamaba á su casa que dejaseis de ir; disimulábais su poca fe, y con vuestra misericordia todo lo suplíais y llenábais

de mercedes. Si no os llamaban, Vos íbais á buscar con cuidado misericordia y blandura á quien había menester. Vos fuisteis al mar á buscar los pescadores, para hacerlos vuestros discípulos. Fuisteis á buscar al publicano Mateo, para hacerle vuestro evangelista. Fuisteis a la desconsolada viuda de Naín, para resucitarle el hijo. Fuisteis á la piscina, para sanar al paralítico desamparado de los hombres por espacio de treinta y ocho años. Fuisteis a Tiro y Sidonia, para enriquecer á la pecadora cananea. Fuisteis á buscar la casa del Fariseo, para santificar á la Magdalena. Fuisteis á buscar la casa de San Pedro, para sanar la suegra. Tomasteis el camino por donde sabíais que Zaqueo, pequeño de cuerpo y de virtudes, y grande en pecados, había de desear veros, para poner en él vuestros suavísimos ojos, ser su huésped y santificar su persona y su casa. Fuisteis á buscar las de los errados pecadores, para comer con ellos. Fuisteis al pozo de Samaria á hora del mediodía, lleno de calor y sudor, á buscar la pecadora samaritana para darla vuestra agua de vida.

Fuisteis á encontraros varias veces con muchos ciegos, para alumbrarlos; con muchos endemoniados, para librarlos; con muchos leprosos, para curarlos; con muchos desconsolados, para recrearlos; con muchos pecadores, para perdonarles; con muchos errados, para encaminarlos; con muchos duros, para ablandarlos; con muchos olvidados de su bien, para hacerles mercedes. Cuando os deslizábais ó caíais en el lodo; cuando lastimábais con las piedras vuestros sagrados pies; cuando de muy cansado no podíais andar; cuando os sentábais á tomar aliento; cuando os abrasabais con el calor; cuando el sudor pasaba vuestra ropa; cuando los vientos y lluvias os fatigaban; sólo el cuidado de vuestras ovejas os animaba; el peligro en que las veíais no os dejaba reposar; la necesidad que de Vos tenían os hacía apresurar sin permitir descanso. Para esto madrugábais, por esto os parecían las noches largas, las horas del día cortas, y por acudir á todos y á todas partes, duplicábais y multiplicábais el trabajo; porque el cuidado y amor de vuestro piadoso corazón no os dejaba parar. Y aunque de todos los lugares salían á los campos y montes á buscaros, nunca os dábais por importunado y a todos repartíais vuestras misericordias, dejándolos satisfechos. Y ni por eso omitíais el ir por todos los lugares á buscar los descuidados ó que por algún impedimento no podían salir á buscaros al campo. No sufríais que ninguno os pudiese desear y que no os hallase, ni que faltase vuestra presencia y llamamiento á los que no os conocían y andaban errados.

¡Oh Pastor bueno y piadoso, abrid mis ojos para que conozca que yo soy la oveja errada á quien por todos estos caminos, pasos cansados y fervorosas solicitudes buscáis! A mí me llaman esas voces, á mí me convidan esas misericordias, á mí me enseñan esas doctrinas, á mí me consuelan los recibimientos que hacéis á esos pecadores, á mí me curan esos milagros, á mí me dan descanso esos cansancios, á mí me refrescan esos sudores, y á mí miran esos pia-

dosos ojos que convierten los pecadores. Allá traíais el cuerpo, pero en este pecador la atención; allá hacíais las mercedes, pero á este pobre llamábais al fruto de ellas. ¿Qué os daré, Señor, por todos estos beneficios? ¡Oh buen Jesús, pues me buscáis cansado y sudado, no sea en vano para mí tanto cuidado y trabajo! No soy yo para Vos menos que todos esos pecadores, ni sois Vos menos remediador mío, Pastor y Redentor, que de todos ellos. Dadme, Señor, un lugar en la mesa del pecador Mateo, ó una entrada en la casa del santificado Zaqueo, ó uno de vuestros pies con las lágrimas de la Magdalena, para ser con ella perdonado, ó una migaja de vuestro divino pan, para ser harto como la cananea, ó algo de vuestra suave agua de la vida, para ser como la samaritana alumbrado en vuestro conocimiento y amor. Y si nada de esto merezco, oid, buen Pastor, las voces de esta vuestra leprosa oveja que clama á Vos por salud; decidla que sane y luego seré limpio. Vos Señor, digisteis que aunque fuisteis enviado á las ovejas erradas de Israel, teníais otras que de Oriente y Poniente habíais de traer á vuestro rebaño, y que os convenía recogerlas para que no se perdiesen. Yo soy, buen Jesús, una de esas; sé que entre todas no me tenéis olvidado; bien sabéis mi nombre, bien conocéis mi miseria, bien veis cuán llagado y despedazado estoy de los lobos infernales y de los pecados. Pues, Señor, llevadme á vuestro rebaño y tras de vuestros divinos pasos, para que me vaya manteniendo de vuestros espirituales y celestiales pasos.

¡Oh Padre celestial, oh clementísimo Rey y Señor mío, que me veis y no os veo! Haced que como me veis os vea, y me conozca como me conocéis. ¿Qué veis en mí, luz divina? ¿Y qué es, buen Jesús, lo que yo no veo en Vos? Hacedme que yo os conozca, para que me aborrezca y os desee. Vos veis mi pobrísimo interior; cuán lejos estoy de Vos, y por eso con tanta prisa me buscáis; cuán ciego estoy de vuestro conocimiento en región obscura de la muerte, y por eso salís luz para mí y dais tantas vueltas y revueltas por alumbrarme; veis cuántas razones tengo de sospechar el ser de Vos recibido, y para cortar mi desconfianza, os acompañáis con pecadores.

Oh Señor, si bajare en particular á lo que en este interior veis, cuán imposible me será su conocimiento y confesión. Vos lo veis y lo sufrís, compadeciéndoos de cuán miserable estoy. Veis, sobre todo, que no os veo, ni los bienes que en Vos se encierran, y sólo ellos me pueden remediar. No veo ese amor que me tenéis sino por semejanzas, ni la virtud de vuestras obras sino por conjeturas, ni vuestros suavísimos bienes sino por menudencias. No veo el incomprensible piélago que Vos sois, y que todo sois mío y para mí. Aunque todo esto lo creo, es mi fe tibia, porque me falta la luz y experiencia de la perfecta caridad; y como ciego que no veo, ando embelesado en lo que veo, que es lo que más me ciega. ¡Oh luz divina que nunca te obscureces! ¡Oh divino resplandor que no admites tinieblas! ¡Oh día que nunca anocheces, sol que nunca te po-

nes! ¿Por qué, alumbrando tanto, estás á mis ojos de lince y águila tan encubierto, que con el sol delante menos veo?

De cuantas vueltas disteis por esas obscuras moradas, dad una por esta alma para que os vea, os logre y ame. Oh mi buen Jesús, por lo que en mí veíais, no descansábais; y si yo os viere y conociere, ¿quién me detendrá para que no os ame, que no os aborrezca y que no os posea? Caminad, Señor, con vuestra hermosura; entrad y reinad en esta alma; abrid esta puerta de hierro; derribad este muro de acero; ablandad la dureza de este empedernido corazón; entrad por las cuevas obscuras de este interior, en que tanta ponzoñosa víbora se esconde, y en que tantos terrenos y brutales apetitos se recogen. Huyan con vuestra presencia todas las enemigas potestades, y estaréis con vuestra errada oveja en brazos, alegrándoos de haberla ganado, curándola las heridas de los lobos, trasquilando sus terrenas superfluidades y dándola espíritu para que os reconozca á Vos, mi buen Pastor y todo mi bien. ¡Oh, cuándo será esto! ¡Cuándo os veré, mi Dios, como de Vos soy visto! ¡Cuándo os amaré como soy amado de Vos! ¡Cuándo os desearé como de Vos soy buscado! ¡Cuándo pondré en Vos toda mi solicitud como Vos en mí la ponéis, y cuándo os poseeré de modo que sea todo poseido de Vos! Si Vos, Señor, buscáis los pecadores por lo que en ellos habéis de hallar, bien veis cuán pobres somos y faltos de todo bien; no os canséis en balde, buen Jesús. Mas si los buscáis por lo que les habéis de dar, dad, Dios mío, dad, salud mía, lo que queréis, y hallaréis en mí lo que deseáis.

Oh Señor mío, cuánto me importa estrecharme mucho con Vos y que no me dejéis de vuestra mano, pues veo gente de mi naturaleza tan errada y tan ciega, teniendo por delante de sus ojos á Vos, luz divina, que los íbais á buscar á sus ciudades y casas, sudado y cansado, y no os querían recibir; otros os echaban á pedradas, y otros, cuando más comedidos, os rogaban que os apartaseis de su lado. ¡Oh ceguedad del humano corazón! ¡Oh atrevimiento del alma miserable, que desechando y arrojando á Vos, imagina que ha de tener otra cosa mejor! Moisés, alumbrado de Vos en el monte con cuarenta días de vuestra conversación, aprendió que no le convenía moverse de aquel lugar hasta que le prometieseis ir con él y con vuestro pueblo, conociendo que en ninguna cosa podían entender que los amábais, sino en acompañarlos siempre y guiarlos; y el triste y ciego pueblo, que no había gustado de vuestra suave conversación, hacía dioses de oro para que los guiase, y estaban contentos con sus yerros; de modo que quien más conoce, sabe tener miedo de estar sin Vos un instante, y quien no os conoce, sin Vos y con su mal vive contento. Oh Dios de mi alma, dadme á conocer cuán gran mal es estar sin Vos, para que tema ser de Vos apartado.

¡Hasta este pecado me sufrís, misericordioso Jesús! ¡Cuántas veces os eché de mi corazón, desprecié vuestras inspiraciones y no quise vuestra compañía! ¿Por qué no cubro mi rostro delante de

Vos, Dios mío, á vista de ser tal? ¿Qué busqué cuando os dejé? ¿A quién obedecí, cuando no os oí? ¿A quién recogí, cuando á Vos desechéé? Oh buen Jesús, misericordia. No os troqué por animales, como los de Genezaret, sino por los atolladeros, muladares y lodos de mis bajos terrenos deseos, y por lo que Vos veis en este miserable corazón. Conviértanse, Señor, todas mis venas en fuentes de lagrimas con que riegue esos divinos pies para alcanzar misericordia. Os dejé, vida mía; y dejándoos, ¿qué vida esperaba? Os eché fuera, amigo de mi alma fidelisimo; ¿y á quién queria yo entonces recoger? No os abrí, riqueza de todos los bienes eternos; y ¿á quién tenía entonces dentro de mi alma? Oh salud mía, oh mi suave Redentor, ¿con qué dolor de corazón y con qué vergüenza os confesaré esta miseria, y con qué os satisfaré tan disforme descortesía? Mirad, amor de mi alma, hacia Vos, antes que á lo que merezco. ¿Quién os detenía entonces para que no arrojaseis luego del cielo sobre mí? ¿Quién os ablandaba para que no se abriese la tierra, y no fuese sumergido en los abismos? ¿Quién os rogaba por mí para que no me entregaseis á mis enemigos? Y sobre eso, ¿quién os hacia persistir en volver muchas veces á llamarme y convidarme cuando yo os debiera importunar? ¿Quién, Dios mío, quién hacía en Vos todo esto, sino ese amor que me tenéis? Oh amor, mi valedor; oh amor, mi amparo; oh amor, mi sufridor; oh amor, mi amigo; oh amor, mi convertidor, mi curador y tutor, mi salud, mi médico, mi Padre, todo mi remedio y mi bien; valedme, recibidme, mudadme. Venid, amor, ahora que os deseo; entrad ahora que os quiero; cerraos dentro, pues abro; curadme, pues os lo suplico; poseedme, pues aquí me entrego; gobernadme, pues me rindo; y libradme de mí, pues á Vos me refugio. Acábense las ceguedades, las descortesías, las durezas, los desventurados trueques pasados; y desde ahora para siempre, sed Vos el Señor de esta alma, el habitador pacífico, el servido, el adorado, el amado, el querido y el agasajado de ella. ¡Oh mi amor, oh mi buen Jesús, oh todo mi bien!

Madre de Dios y Señora, que siempre recogisteis y agasajasteis en vuestra alma á este Señor, y que ni cuando de vuestra casa salió para buscarme le dejó de acompañar vuestro amor y espíritu purísimo; recibidme por vuestro; dadme un rincón en vuestra casa, porque ya que es la más acepta á este Señor, y donde El más de continuo vive, en ella me halle, en ella me tenga siempre por suyo. Oh corte celestial, siervos y moradores de la casa del Señor, y moradas de su gusto y placer; pues para acompañaros fuí criado, no estéis allá mucho sin mí. Alcanzadme que acaben ya los yerros de esta descaminada tierra, y los engaños de las moradas de este triste destierro, para que con Vos sea recibido donde siempre me tenga consigo vuestro soberano poseedor, y yo le tenga a El conmigo adorado y poseído para siempre. Amén.

## TRABAJO XIX

### Dureza de la gente judaica.

Grandes fueron los trabajos que sufrió el Señor los años que anduvo peregrinando por las ciudades de Israel y Judea, las cuales le cansaron y afligieron mucho más que la propia peregrinación. Entre ellos fué uno muy principal, la dureza de la gente judaica, que no sólo no quería recibir, sino que contradecía toda su doctrina y divinas obras, de la cual, como de fuente, nacieron todos los trabajos que ocasionó al Señor aquel pueblo y su propia perdición. Vicio antiquísimo es en la nación judaica la dureza de corazón de que está llena la Divina Escritura; en tanto grado, que siendo escogida entre todas las naciones del mundo para pueblo de Dios, segregado de todas las gentes para servirle y adorarle, y asombrando Dios al mundo con las maravillas que por él hacía, nunca le pudo blandear á su obediencia y servicio. Los hizo descendientes de los patriarcas santos; trájolos siempre en las palmas de las manos, llenos de favores y riquísimas mercedes; á ellos hizo las promesas del Mesías y de todos los bienes de la tierra y del cielo; estuvo conversando con ellos en el monte Sinaí; envióles muchos profetas; dióles en sus pecados espantosos castigos; les perdonaba después con admirables favores; los libraba de todos sus enemigos; les proveía larguísimamente y por vías extraordinarias en todas sus necesidades, y jamás pudo tenerlos sujetos con ninguna cosa; siempre le fueron rebeldes; siempre malos de contentar; siempre falsos en las promesas que hacían de servirle.

A Moisés le quisieron apedrear en el desierto. A vista de Dios, que en el monte Sinaí estaba hablando con él, todo inflamado, hicieron un becerro de oro y con gran fiesta le adoraron. Ya le mataban sus profetas; ya levantaban ídolos para apartar al pueblo de adorar á Dios en su templo; ya daban culto á los dioses de las demás naciones; siempre, en fin, andaban al revés de la voluntad de Dios; y es tan propio de esta nación como por juro y heredad la dureza de corazón, que aún hoy vemos en estas partes de Berbería (donde tienen muchas poblaciones) que no sólo son tan duros, que ni aun convencidos en sus yerros por las divinas Escrituras, y llegados á no saber contradecir la verdad manifiesta, por ningún caso se quieren rendir; sino que antes se precian de la dura cerviz, y toman por honra lo que contra su dureza dice Dios en la Sagrada Escritura, como gente que no se rinde fácilmente sino á cosas muy palpables y que tenga á la vista. Y siendo en la vida y en la malicia la peor y más mal inclinada gente que en la naturaleza y en el mundo puede haber, de tal suerte se tienen hoy por pueblo favorecido y escogido de Dios, y por la mejor y más acepta gente á sus ojos, como se pudiera reputar el mismo Patriarca Abraham de quien descienden. Y se ve claro en ellos lo que dice la Sagrada Es-

critura, que son vendidos para hacer mal; porque de tal suerte lo tienen por vida y por oficio, que quitándoles Dios los bienes temporales que da á otras erradas naciones, sólo les quedó la mentira y engaño de que viven y con que se mantienen, y esto trayendo siempre el nombre de Dios en la boca.

Cúmplese hasta hoy en ellos lo que dice Isaías: *Este pueblo me honra con la boca; pero su corazón está muy lejos de mí.* Los yerros y herejías que han fraguado contra su ley y contra la Sagrada Escritura (que todos ellos hasta los niños saben de memoria) son innumerables. La bajeza y grosería, ó por mejor decir, la torpeza con que la exponen y las infinitas patrañas que aumentan á su historia, es cosa muy vergonzosa para cualquiera desapasionado entendimiento. Se ve claro lo que de ellos dijo Isaías: que Dios convertiría en ellos por su dureza, todo el saber y prudencia de los sabios en necedad; y lo que dice nuesto Padre San Agustín: haber ordenado la divina Providencia, que entre los judíos se mantuviesen las divinas letras con que ellos se cegasen y las demás gentes fuesen alumbradas. No ven en ellas ninguna de las cosas naturales al corazón humano á que él es inclinado y para que fué criado (de que la divina Escritura tiene infinitos tesoros), ni de las espirituales, morales ó celestiales, ni las saben entender, ni desear, ni esperar de Dios; y el remate de todo es, que cuando la ley de Moisés los obligaba, nunca logró Dios que la guardasen; después que ya cesó, se mueren por guardarla. Se ve claramente, que éstos que no quisieron á Cristo, recibirán con los brazos abiertos al Anticristo. Me alargué tanto por lo que en esta dura gente veo por experiencia en los años que estoy aquí cautivo, porque es clara demostración de lo que con ellos pasó el Redentor; pues los mismos son ahora que entonces, y si anduviera entre éstos con la mansedumbre con que sufrió la dureza de los de su tiempo, sin duda que con ningún amor ni servicio se le podía agradecer tan grande misericordia y molesta comunicación. Pues siendo los pasados y los de hoy de la misma durísima y rebelde cerviz, según se ve cotejando los presentes con lo que está escrito de los antepasados, no sabré alcanzar, y mucho menos ponderar con palabras, el gravísimo peso del trabajo que Cristo padeció en tratarlos y sufrirlos.

A Moisés le costó grandísimo trabajo gobernarlos por espacio de cuarenta años; á muchos profetas les costó la vida el quererlos enderezar en sus yerros, y porque á Dios no le quedase nada que hacer para salvar á esa gente, vino su Hijo, como tenía prometido, á pasar por los trabajos de sus siervos; y ofreciéndoles riquísimas y divinas mercedes, no sólo no le recibieron, sino que refinaron sus durezas en darle el galardón que á otros profetas con muerte crueIísima. Bastando sus divinas doctrinas para convertir las piedras, y sus milagros, blandura y mercedes, para llevar los montes tras de sí, escasamente halló doce Apóstoles y otros pocos discípulos con algunas mujeres devotas que le seguían y algunos principales que le tenían por Maestro, pero en secreto, con miedo de los demás

príncipes, sacerdotes y letrados. Y viendo delante de sus ojos cumplido en el Señor cuanto estaba profetizado, y la santidad de su vida en que no había defecto, cerraron los ojos á la luz, juzgaban mal de El, murmuraban, armábanle celadas, contradecían cuanto decía y hacía y desagradecían cuantos bienes y mercedes recibían de El, como más largamente se dirá después. Aprovechábanse de sus milagros cuando para sus enfermos y muertos le habían de menester; pasado aquello le injuriaban, pedían señales del cielo y juntaban consejos para destruirle. Un día, en Nazaret, su patria, porque declaró en la sinagoga un paso de Isaías, en que hablaba de su doctrina y maravillas, diciendo que entonces se cumplió en El, le llevaron á un monte para arrojarle desde lo alto, y se libró de ellos haciéndose invisible. Otras veces le quisieron apedrear porque nombraba á Dios por su Padre. No le sufrían hacer milagros en sábado. Daban sentencias como de excomunión y de ser arrojados de las sinagogas como malditos, cuantos le siguiesen ó hablasen bien de El. No dejaron, en fin, de hacer cuanto pudieron en testimonio de su dureza y del odio que le tenían. Leíales los pensamientos y se los declaraba; convencíalos en todas sus preguntas; cada día dejaba avergonzados á los príncipes de la Sinagoga delante del pueblo, y cada vez eran más duros.

Como el pueblo ordinariamente sigue á los mayores, aunque andaba pasmado de ver los milagros del Señor, con todo eso mostró por último su dureza, y se unió con los principales, conjurándose con ellos contra Cristo, con tal obstinación, que por quitarle la vida tomaron sobre sí y sobre sus hijos la sangre del inocente Cordero. Siempre faltaron á la fe y nunca llegaron á abrir los ojos para ver la luz que delante de sí tenían. No despertaron con la entrada de los Reyes Magos en su tierra, dando testimonio de haber nacido el Mesías. No se alegraron con lo que anunciaron los pastores sobre su nacimiento. No atendieron al público testimonio que de El dió el Bautista, y la voz del cielo que oyeron en su bautismo. Ni con entrárseles por sus casas, irlos á buscar á sus ciudades, descubrirles manifiestamente la verdad, y lo que es más, ni con experimentar su divina virtud en sus padres, madres, hijos, parientes, amigos y en sus propias cabezas, piernas, brazos y miembros dolientes que les sanaba; nunca se rindieron á conocerle, recibirle y servirle. Todo les endurecía más, y todos los hacía peores y más duros que las piedras; porque éstas se quebraron en su Pasión; el sol negó su luz; los idólatras Centurión y sus ministros le confesaron por Hijo de Dios; y ellos vencieron á las piedras en la dureza; á la tierra que tembló, en no moverse; á las tinieblas en no dejarse alumbrar, y á los idólatras en la obstinación.

Tras de esta gente andaba el Señor con tanta hambre de su salud, tanto deseo de su salvación, tanta constancia y multitud de mercedes, sabiendo que todo era en balde, como si lo tuvieran muy merecido, y se lo hubieran de agradecer como debían. El sentimiento que esto le causaba, el dolor y trabajo que semejante du-

reza le traía, lo mostró claramente algunas veces en las quejas con que argüía al obstinado pueblo. Puso á la vista el ejemplo de los Ninivitas, que con un sermón de Jonás se convirtieron; y siendo El mucho más que Jonás en la persona, doctrina y maravillas, no le quisieron creer. Sacó también el de la reina Sabá, que vino á oir la sabiduría de Salomón; y entrándoles á ellos por sus casas la divina sabiduría, infinitamente mayor que la de Salomón, no querían oirla. Otras veces les sacaba á cotejo las ciudades de Sodoma, Tyro y Sidonia, las cuales, aunque eran muy malas y perversas, quedaban ellos peores, porque aquéllas se hubieran convertido si vieran las maravillas que desechaban ellos. Quejábase con dolor de las muchas veces que los había querido juntar y recoger, como la gallina á sus polluelos; y ellos no quisieron, por lo que serían arrojados de su tierra. Algunas veces, con las parábolas y preguntas que les hacía, les ponía á la vista su dureza y los convencía por sus propias respuestas en que sentenciaban contra sí; haciendo esto, para que conociéndose, se ablandasen; pero viéndose convencidos, se endurecían más, y de allí mismo tomaban ocasión para quererle mayor mal y empeñarse en su destrucción. Lastimábase el Señor de la mucha sangre de justos que Dios les había de pedir.

Entrando en Jerusalén con aplausos y honras divinas, iba llorando la destrucción que había de venir á la ciudad por su dureza. Sentía que no le recibiesen á El, que era Hijo de Dios, diciendo que á otros falsos Cristos recibirían. A este modo se lastimaba muchas veces y declaraba el sentimiento de su corazón, que no era pequeño, cuando de El hablaba tantas veces. Ni ha menester este trabajo del Señor mayor encarecimiento que el cotejar el incansable cuidado, ocupación y deseo con que incesantemente procuró la salvación de este pueblo; cotejarla digo, con su descuido, malicia y dureza que todo lo hacía vano, como hecho en balde; y esto era para el amor y blandura del Señor el mayor verdugo y más áspero tormento. Lo tuvo su Majestad por tan grande é insufrible, que porque los Apóstoles no perdiesen el ánimo cuando lo experimentasen después de predicar en Judea y esparcirse por el mundo, les avisó que le tomasen por ejemplo diciendo: *Si guardaron y recibieron mi doctrina, también recibirán la vuestra;* queriendo decir con esto:

No queráis para vosotros más de lo que visteis en mí; así como yo no fuí oído ni vosotros lo seréis, haced lo que está de vuestra parte y contentaos; ni por la dureza de los humanos corazones que habéis de hallar en el mundo dejéis de trabajar por su salvación hasta la muerte, como yo lo hice.

Cuán grande y perjudicial mal es la dureza de corazón, se manifiesta en dos cosas, fuera de otras. Una es, que aun la bondad infinita de Dios, con usar de extraordinario exceso de su piedad y de su amor, no podía sufrir ni disimular; porque sufrir al que se ablanda y perdonar al que se conoce, es orden regular de la divina misericordia; pero hacer mucho por quien todo lo ha de despreciar y sufrir mucho á quien no se ha de aprovechar, es otro admirable,

más alto é incomprensible género de mostrar la infinita y soberana bondad. Vese esto claramente en la Divina Escritura; pues pidiendo Moisés á Dios con mucha instancia que perdonase al pueblo el pecado del becerro que hizo y con quien idolatró, alegando para el perdón muchas y poderosas razones, y pidiéndole que no les mandase mover de allí hasta prometer que iría con ellos como antes, no pudo conseguir de Dios, sino que por entonces no acabaría con el pueblo y que enviaría en su lugar un ángel. Y no alegaba Dios otro motivo, sino que era pueblo de tan dura cervíz, que si anduviese en medio de ellos y los acompañase, se encendería algún día su ira contra aquella dureza y á todos los destruiría.

Al mismo tiempo andaba también Moisés pretendiendo con Dios que le mostrase su rostro para conocerle y asegurarse con esto que le era acepto. Prometióle Dios que en el monte le mostraría no lo que pedía, sino lo que bastase para conocer su grandeza y cuán acepto le era. Llevóle para esto al monte Sinaí, y pasando la gloria de Dios delante de él aunque sin verla, pero sintiéndola, oyó que en aquella gloria iba sonando una voz que decía: Dios, Señor misericordioso, piadoso, clemente, de mucha piedad y verdadero, que haces misericordia en millares de generaciones y quitas las maldades y pecados, porque sin ti ninguno es por sí inocente en tu presencia, y cuando castigas llega tu ira cuando mucho hasta la tercera ó cuarta generación. Oyendo Moisés esta voz se postró con el rostro en la tierra, aprovechándose de estos nombres de piedad que el Señor de sí le enseñaba, pidiéndole que no dejase de acompañar á su pueblo, dándole sólo por razón que era de dura cervíz y que Dios con su presencia le sacaría de sus pecados y le poseería. De suerte que Dios para no acompañarle daba por razón su dureza á fin de no acabar con él, y Moisés para que no le dejase, le daba la misma razón de que siendo tan duro, solo El le podía sufrir y era quien le podía perdonar y sanar. Empeñó á Dios por la demostración tan larga que le dió de su misericordia, con mucha diferencia del castigo; pues éste le alarga cuando más hasta la cuarta generación y su misericordia abraza á millares. Como quien dice: ya que Vos, Señor, sois tal, á Vos corresponde sufrir la dureza de este pueblo, para que no le acabéis, para que le perdonéis y remediéis, y no á mí ni al ángel que enviáis conmigo, porque nosotros no tenemos vuestra infinita bondad para poder sufrir la cervíz durísima de este pueblo; y pues esto sólo es vuestro, habéis de caminar conmigo. No se negó Dios á esta razón; y aplacándose, perdonó al pueblo y prometió acompañarle y que no le desampararía; porque esto es tan propio de su Majestad y de las invenciones que su excesivo amor halla para sobrellevar los pecadores sobre toda costumbre, orden y razón, que parecía impropio encomendarlo á Moisés ni al ángel.

La otra cosa que muestra la grandeza de este mal es, que siendo Cristo nuestro Redentor perfectísimo Maestro de todas las virtudes, resumió cuanto quería que aprendiésemos de El en mansedumbre y humildad de corazón, de la cual, sobre todo se hizo Maestro,

como raíz que es, fundamento y disposición de las demás virtudes, de su luz y de sus favores. Con un extremo tan grande como es ser el Señor manso y humilde de corazón, quiso quitar el otro abominable de la dureza de los corazones humanos. Porque ¿qué razón tiene el hombre para ser duro de corazón con Dios? ¿En qué confía? ¿En qué se funda? ¿Quién es? ¿Qué ser ó substancia tiene el que es vaso de miseria, barro y lodo? ¿Y qué razón hay para que Dios se doble, someta y sufra nuestras durezas, amanse su fortaleza, humille su divina Majestad, y deje de deshacer en polvo el barro que se atreve contra su criador? Hay tanta desigualdad entre las dos cosas, que por eso nuestro misericordioso Señor tomó nuestra soberbia por ocasión de mostrar su infinita piedad; y con un extremo tan grande de bondad humilla su grandeza, ablanda su poder y se hace Maestro de la mansedumbre y humildad, principalmente para confundir otro gravísimo extremo de atrevimiento y soberbia, cual es ser el corazón humano duro, rebelde y pertinaz contra su Dios. Así San Pablo, viendo cuán poderosa es esta bondad y misericordia del Señor para rendir cualquier duro corazón, se maravilla de nuestra dureza tan empedernida, que ninguna cosa basta para ablandarla. ¿No sabes, dice, que esta mansedumbre del Señor te brinda y llama á penitencia, pues con dureza de tu corazón atesoras ira para el día en que habrás de menester los tesoros de la misericordia?

No sé vicio que más derechamente se oponga á la humana naturaleza, cual es el ser racional y gobernarse por ley y razón; ni que sea más impropio á su natural propiedad de ser mudable en todas las cosas, no sólo del mal para el bien, sino del bien para el mal. Dicen los teólogos, que una razón por qué Dios no remedió el pecado de los ángeles, sino el de los hombres, es porque no quiso alterar sino seguir el orden de estas dos naturalezas, que ya había criado. Al ángel le hizo de naturaleza inflexible; porque como no tiene impedimento corporal para dejar de entender las cosas con toda su capacidad y posibilidad, la emplea toda en aquello que ha de conocer, de tal suerte, que no puede alcanzar otra cosa con que se mude de lo que una vez entendió; y como el amor sigue al entendimiento, se aferra también en aquello á que se inclinó. Por eso los ángeles que con toda su capacidad conocieron á Dios, y se sujetaron á El, fueron luego glorificados, porque no podían pasar más allá de aquel conocimiento en estado de viadores, y emplearon el amor con toda su inclinación en lo que tenían conocido de Dios, por lo que merecieron ser luego glorificados. Mas los ángeles malos, que conociendo á Dios cuanto podían, se apreciaron y amaron á sí mismos más que á El, fueron condenados, porque no eran capaces en estado de viadores, de más conocimiento que el que ya tenían de la verdad, que voluntariamente reprobaron con todas las fuerzas de su angélica naturaleza, no por yerro ó engaño, sino por pura malicia contra el conocimiento certísimo que de sí les había dado Dios. Por eso es propio de los ángeles no ser mudables, y de los que se perdieron, la obstinación y dureza.

Mas los hombres, que por la compañía del cuerpo terreno no alcanzan las cosas con toda la posible capacidad, así como pueden creer en el conocimiento y amor de ellas, también pueden recibir mejoría y verdadera luz con que conozcan sus engaños. Por eso remedió Dios los yerros de la naturaleza humana naturalmente capaz de mudarse del conocimiento malo al bueno y del aborrecimiento en amor, porque nunca falta en lo necesario. Resulta, pues, que los duros de corazón deben temer en sí el transformarse en condiciones de demonios y perder la natural blandura humana cuando llegan á tan desventurado estado; y el Señor, como justo ponderador de los merecimientos de nuestras obras, justamente da la pena de los demonios á los que por su voluntad quisieron parecerse á ellos. Los condenados, por tanto, son mal aventurados en el infierno, porque su pena principal es perpetua obstinación en el mal, de modo que viéndole no le pueden aborrecer; y así aman los pecados que no pueden cometer y aborrecen á Dios que no quisieron amar, como si tuvieran naturaleza de demonios; y justamente estará en su compañía perpetuamente obstinado contra la propiedad de la humana naturaleza, el que contra ella fué en la vida voluntariamente tan duro que nunca quiso mudarse para mejorar su conciencia.

La raíz de este desventurado mal es ser el hombre aferrado á su voluntad y parecer, que es la cosa de que menos caso se hace en la vida, y muchas veces se tiene por virtud y entendimiento; pero es tan perjudicial, que si con tiempo y con cuidado no se corta, llega el humano corazón (que de suyo es inclinado al mal) á aferrarse más en su parecer cuando es errado, que cuando acierta; lo que es cualidad muy parecida á los condenados; y de aquí nacen diferentes géneros de dureza de corazón, no de un golpe, sino poco á poco, hasta dar en obstinación infernal. Primeramente con la antigua costumbre de seguir su parecer, vienen á sujetarse poco á la ley de Dios y soltar la voluntad á los pecados, aunque no tanto que el alma se obstine en ellos; pero con la continuación de caer y la poca ó ninguna enmienda, llega el alma á desear algunas veces arrepentirse y salir del pecado, pero no halla en sí modo para formar dolor de los males cometidos, aunque los conoce y desea aborrecer de corazón. Estos tienen aún muchos remedios, y el que tengo por más poderoso para enternecer el corazón, es humillarse del modo que pudiere y como supiere, á los pies de Cristo crucificado, desconfiando de sí, y pidiendo á aquella sangre caliente que muestre su virtud en criatura tan insuficiente por sí para todo bien, como la que allí se presenta.

Yo conocí persona que viéndose en pecados, y no pudiendo dolerse de ellos, salió desconsoladísimo de su casa sin saber dónde ir ni qué hacer para ablandarse. Hallóse á la puerta con un pobre miserable, negro y asqueroso. Acordóse de lo que Cristo dijo, que á El se hacía lo que se hacía á sus pobres; y volviendo á entrar en casa, le llevó limosna de lo que halló para comer, y puesto de rodillas descubierto, imaginaba que se ponía delante del Señor, y con la hu-

mildad que pudo le dijo en su corazón: Señor mío Jesucristo, Vos sois este pobre; si yo pudiera, os diera mi corazón; mas tan duro está, que ni sé ni puedo dároslo, ni Vos le querréis aceptar; tomad ahora este pan, que es lo que puedo dar, y del corazón haced lo que quisiereis. Fué tan poderosa la humildad con que se rindió al Señor, que antes de levantarse, luego en un instante volvió á recogerse á su casa con tantos ríos de lágrimas y blandura de corazón que le hizo Dios después muchas mercedes.

Quien no acude con tiempo á este género de dureza, pierde el sentimiento y no hace caso de ella; entra en gusto de pecar y vive en un estado que más que obstinación es propiamente atolladero, de que ni sabe ni desea salir; porque conoce el mal y le tiene por tal, pero le falta el ánimo y fervor para dolerse y resistir, y más se deja llevar del gusto de la culpa que del conocimiento de su mal. Y porque éste se halla cerca de endurecer á la conciencia, necesita mucha continuación de Sacramentos para renovar muchas veces la gracia con que el alma cobre fuerzas para resistir y someterse mucho al consejo de prudentes confesores que le apliquen remedios saludables para la calidad y particularidades de las inclinaciones, tentaciones, ocasiones y motivos que tiene para pecar. Y si hubiere algún descuido en acudir á esta dolencia, presto cae el alma en total dureza, que ni hace caso del pecado, ni admite los remedios.

Nace también de ser el hombre atado á su parecer, otro muy perjudicial género de dureza que no sufre reprensión ni consejo; y muchas veces llegan á un tan alto grado de desventura, no conocida de ellos, que por lo mismo que los reprenden se corren de enmendarse, y lo que ellos harían por propia voluntad si lo entendieran y repararan en ello, no lo quieren hacer sólo porque se lo reprenden y aconsejan. Toman la amonestación por afrenta ó injuria; el consejo por fuerza que los quieren hacer, y pierden más el temor de Dios y el respeto á los hombres. Estos, si con tiempo no mudan de condición, van labrando muros de acero entre sí, entre la virtud y su Dios. Al cabo de tan desventurado estado, llega el corazón acostumbrado á sus llagas á tan extraña y perversa dureza, que les causan mayor mal los bienes que les ofrecen que los males que tienen cometidos; porque los bienes son para ellos mayores ocasiones de ser peores que los mismos lances de pecar. Tal fué Faraón, rey de Egipto, que con las maravillas de Dios se endureció más; tales fueron los judíos, de quienes dice Isaías que viendo no veían, y oyendo no entendían, y se cegaban de modo que no se dejaban convertir y sanar. Quiere decir, que teniendo delante de los ojos y oyendo con sus oídos las cosas divinas, que eran los bienes celestiales por que habían de ser curados, con ellos mismos empeoraban y dañaban más como perros rabiosos.

Pluguiera á Dios que este gran mal se hubiera acabado en aquella gente; mas por nuestros pecados tiene aún hoy el Señor tanto que sufrir de muchos en su cristiandad, como tuvo cuando

trataba con los judíos; y muchos tienen tanto que llorar delante de Dios en sus durezas, que no tienen que ver en las de los perversos judíos más que el gran mal que les harán en las propias. No puede el Señor sentir ahora en el cielo por nuestras durezas el trabajo y pena que le dieron las de los judíos, viviendo acá en la tierra; pero como Dios, que las veía entonces y las tenía presentes, le dolieron mucho hasta la muerte y las quedó sufriendo hasta ahora. Muchas veces da Dios por castigo de este mal desamparar de su gracia a las almas y dejarlas cometer y llevar adelante cuanto mal quieren, que es ya principio del desamparo del infierno. Esta dureza crucificó al Hijo de Dios; ésta persiguió siempre a su Iglesia; ésta inventó las herejías, que pervierten muchas almas; ésta arrojó en el mundo las perjudiciales sectas que hay contra la fe y ley del Señor, y ésta es la madre de la condenación, que cría las almas para el infierno. Y pues Cristo con su presencia no acabó de ablandar y quebrantar la de los judíos, tenga miedo de sí el que sin la presencia de Cristo vive duro en los brazos de la obstinación.

### EJERCICIO CONTRA LA DUREZA DE CORAZÓN

¡Manso y humilde Jesús, Hijo de Dios vivo, Señor y Maestro de mi alma, piadoso remediador de mis males! Vos no sois menos poderoso para curar las llagas que en mí veis, que paciente y piadoso para sufrir. Pues las toleráis para sanarlas, no las dejéis corromper y crecer tanto que del todo me aparten de Vos, mi saludable vida y mi salud eterna. Vos sabéis cuántas razones tengo para temerme á mí y andar siempre clamando á Vos por misericordia, pues de mí mismo nacen todos los peligros en que vivo de perderos, y sólo por vuestra virtud me puedo librar de ellos. Vos dijisteis que el bueno saca bienes del tesoro de su corazón, y el malo males. ¿Quién bueno sino Vos, y quién malo sino yo? De mi corazón nacen todas las culpas que Vos en mí veis y sufrís, los afectos que de Vos me apartan, la sordera con que no os oigo, la dureza con que no os obedezco, la tibieza con que no gusto de vuestras cosas como ellas merecen, la pereza y descuido en vuestro servicio, y todo cuanto en mí veis que os descontenta. Ninguna otra fuente tiene mi perdición, sino mi propio corazón; y si fuese manantial que arrojase de sí toda inmundicia, algún día quedaría limpio; pero es más lo que recoge que lo que despide, y por eso tiene siempre qué limpiar; el mal que deja de recoger y arrojar de sí, á Vos, mi Dios, se lo debe, y no a sí; porque, apartandome de Vos, soy capaz de tantos males cuantos son los bienes que de Vos me pueden venir; porque, habiendo formado mi capacidad por la medida de esos bienes, sin ellos ¿qué males no tendrán lugar en mí? Y si carecer de cualquiera bien vuestro es grandísimo mal, ¿no serán tantos los males que tendré, cuantos, careciendo de ellos, fueron vuestros inmensos bienes? ¡Oh salud del cielo, divina medicina! Valedme, valedme; porque como no puedo pensar con verdad que siempre estuve con Vos, ¿en qué abismos de males estaría, cuando viví sin

Vos? El abismo de mi miseria sin fondo, sólo del abismo infinito de vuestra misericordia puede esperar remedio, y solo Vos podéis agotar la ponzoña que se ha estancado en este corazón. Hacedme, Señor, conocer cuál estoy sin Vos, para que sepa huir de mí hacia vuestra piedad.

¡Oh mi Criador! Vos me hicisteis de la misma masa de todos los pecadores, y yo soy lo que en todos veo; y lo que de eso no soy, á Vos sólo lo debo. Hijos de Adán eran y son los judíos, llenos de vuestras promesas, favores y mercedes; anduvisteis entre ellos, les enseñasteis cosas divinas, obrasteis prodigiosas maravillas, les mostrasteis en vuestra humanada persona la perfección de todas las virtudes, les declarasteis cumplidas en Vos todas las profecías, y no os conocían. Resplandecíais entre ellos, luz eterna, y cada vez eran más ciegos; les hacíais ver á pesar suyo sus pecados, y ni con eso se conocían; trabajasteis con vuestra blandura por suavizar su dureza, y cada vez se endurecían más; insististeis sobre entrar en ellos, y cada vez más os cerraban sus corazones. Metido con ellos dentro de sus casas, platicándolos, y aprovechándose de vuestra divina virtud para sus necesidades, no acababan de veros ni conoceros; y ni para valerse de Vos os quisieron; aborrecieron vuestra luz, vuestra verdad, vuestras mercedes, vuestros milagros, vuestra persona y vida; quisieron más sus males que todos vuestros bienes, y sin embargo de tan desventurado estado llorábais su perdición, y ellos la querían; Vos trabajábais por sacarlos de ella, y ellos la abrazaban; y por lo mucho que amaban sus pecados, os aborrecían á Vos, salud verdadera y remedio de ellos. Vos teníais la pena y el dolor que ellos debieron tener, y aun con gusto os arrojaban de sí.

¿Cómo, buen Jesús, pueden las tinieblas más que vuestra divina luz? Ellas llevan adelante no dejarse alumbrar, y Vos quedáis con el dolor de trabajar en balde. Ni con los bienes que les haceís, ni con mostrarles sus pecados, ni con las penas eternas que les amenazáis, y lo que es más, ni con vuestra divina y suavísima presencia y conversación lograsteis ablandarlos. ¿Qué es esto, buen Jesús? ¿enflaquecisteis, divina fortaleza? ¿agotóse esa fuente de aguas vivas en la muerte de estos infelices? Moristeis por ellos, y ni con lavar las manos en esa sangre poderosa para convertir las almas perdidas, se ablandan sus durezas; antes bien, ellos y sus descendientes quedan hasta hoy más duros con esa misma sangre. Entonces y hoy os invocan, os ruegan, os alaban con la boca, os confiesan su Dios y leen vuestras divinas palabras; pero también viven durísimos, sin luz, sin verdad, sin Vos y sin corazón humano, con un corazón diabólico y con dureza infernal.

¡Oh mi soberano Médico y Señor! ¿Cómo no tendré miedo de mí cuando esto veo? Ninguno hacía fuerza á aquellos miserables corazones; ninguno los cegaba delante de la luz; ninguno los endurecía, sino lo que había dentro de ellos. El infierno os conoció, los demonios temblaron de vuestra virtud, la muerte os obedeció, los elementos insensibles se sujetaron á vuestra voluntad; el cielo se abrió

por vuestro mandato para los ladrones, hallándose cerrado para los justos, y los corazones humanos que para Vos criasteis, que son vuestra propia morada, y cuya perfecta abundancia, verdadera y propia riqueza y bienaventuranza sois Vos, ni os conocen, ni os obedecen, ni os quieren, ni os reciben. ¿Qué será de mí, Dios mío, si me desampara vuestra gracia y si de mi se apodera la malicia?

Oh, cuántas veces fuí como siguiendo las pisadas de esta interior dureza, y lo que de ella me faltó no lo debo á mí, sino á Vos, porque por mi parte estos son mis desventurados pasos. ¿Cuán lleno de mercedes vuestras nací? ¿Cómo me hallé cercado de ellas cuando me conocí? ¿Cuántos llamamientos é inspiraciones me enviasteis para serviros? ¿Cuántos trabajos y peligros me mostrasteis para que me fuese á Vos? ¿Cuántos pecados me perdonasteis? ¿Cuanto me sufristeis? ¿Cuántas verdades me descubristeis? ¿Y cuántos bienes me ofrecéis, me prevenís y me hacéis continuamente? Pues, Señor, ¿dónde estoy ó cómo estoy aquí tan pobre delante de Vos? En todo lugar estáis conmigo y no os siento; os confieso mis culpas y no me duelo de ellas ni me arrepiento; confieso la pureza de vuestra doctrina y no la sigo; y sobre todo, recibo vuestro sacratísimo Cuerpo y Divinidad dentro de este pecho, y teniéndoos tan íntimo conmigo, ni os siento, ni os amo, ni os encuentro. Oh mi buen Jesús, ¿si será esta peor dureza que la de los judíos, y si por esto os descontentaré más que ellos? Ellos no creían en Vos y yo creo. Ellos no os recibían, y yo os tomo por alimento en mi pecho, y con todo eso vivo en mis pecados, no salgo de mis imperfecciones, aún estoy sepultado dentro de mis llagas, y acaso las amo más que a Vos; porque si de veras las aborreciera, estuviera libre de ellas y poseído de Vos. Señor, Señor, asistidme con vuestra misericordia; ablandad esta dureza; no pase adelante, porque no me apartéis de vuestro rostro y amistad. Poned los ojos en este pecador, hechura de vuestra bondad, redimido con vuestra preciosa sangre; y pues las piedras se deshacen y se muelen con el fuego, quebrantad esta empedernida dureza con vuestro divino amor.

No podéis decir que queréis y no podéis. Dura era la Magdalena, y en una sola hora que estuvo á vuestros pies, ablandasteis su dureza y la ensalzasteis á la unión de vuestro suave amor. ¿Qué menos virtud tienen, Dios mío, ahora esos pies que entonces? Ahora los tengo abiertos con los clavos de vuestra cruz, que ella encontró cerrados, y si con lágrimas ablandó esos agujeros para salir por ellos agua viva, y si mi dureza los cierra, para eso sois Vos el dador de todos los bienes, que me podéis regar de suaves lágrimas, con que me disponga para los demás que me queréis comunicar. Su corazón os daba voces; el mío también os clama; y si yo soy peor, vuestra bondad no se disminuyó con lo que disteis á esta pecadora. Oh mi suave Jesús, no os endurezcáis para mí, pues este vuestro pecador desea enternecerse para Vos. Muy duro estaba San Pedro en negaros (que si Vos no le mirárais negaría hasta hoy), y una sola mirada vuestra le ablandó y convirtió. ¿Pues quién quitó

á esos divinos ojos la virtud para mí? Mirad, Señor, á este vuestro pecador con misericordia. ¡Ah buen Jesús, que todo lo podéis!

Duro subió á la cruz el ladrón, que no solo toda la vida os ofendió, sino que, crucificado, os blasfemaba. Pero pudo vuestra cruz ablandarle y hacerle en una hora compañero vuestro, para entrar con él en el paraíso, llevándole de la mano; ¿y yo sólo quedaré sin la virtud de ese amor que todo lo arrastra a sí? Acordaos de mí, paraíso de todos los bienes, y si soy más ladrón que aquél, para eso sois Vos más que para él. No esperasteis que Pablo os rogase; cuando más encarnizado estaba en derramar la sangre de los vuestros, y cuando más duro en el odio de vuestro nombre, Jesús, sólo con nombrar por vuestra boca ese nombre, luego que pulsó en sus oídos y corazón, le derribasteis, luego le ablandasteis, luego quedó vaso de vuestra virtud para sí y para todo el mundo, luego publicaba que no vivía él, sino Vos en él, luego quedo seguro de que ninguna cosa del cielo, ni de la tierra, ni del infierno, era poderosa para apartarle de vuestro amor. Pues Señor, con toda la humildad que puedo, digo con él: *¿Qué queréis, Señor, que haga?* Descubridme vuestra voluntad, y traedme siempre en vuestra guarda rendido á vuestra suavísima dirección.

Oh mi buen Jesús, a mí me debiera pedir la blandura que os suplico, porque en Vos la tengo segura, y yo a mí mismo me endurezco; mas yo para mí soy sordo, y para lo que más me importa soy duro. ¿Cuando os hallaré duro a Vos, sino cuando no os busque? ¿Y cuando os quise buscar que no me hallase blando y sujeto como Vos me hacéis desear? Pero Señor, vuestra virtud es la que ha de quitar esta contradicción, porque mi miseria siempre tira á lo peor. No tengo que quejarme por lo que en Vos hallé siempre, sino daros infinitas gracias, porque alguna vez que lleno de pecados me confesé ante Vos, llegue pesado, duro y medroso; pero volví ligero, contento y experimentando en Vos la verdad de vuestra suave misericordia. ¡Si entonces perseverara en llorar mis culpas, cuán descargado de ellas estuviera ahora! Pero más confesaré para confusión mía ante Vos, mi bienaventuranza, mi suave contentamiento y mi Jesús. Si alguna vez, olvidado de mis males me dejasteis abrazar vuestros suavísimos pies, y oisteis las groseras voces de mi miserable corazón, y me concedisteis desear vuestro amor, os hallé por ventura sordo ó duro para mí? Luego os vi olvidado del mal que merecía; hablabais conmigo, no sé cómo, sin voces, lenguaje de vida eterna; os dejábais tratar como si fuérais igual conmigo; ardía mi corazón en fervor de vuestro espíritu; todo me parecía poco para serviros; lloraba las horas que no os había amado; deseaba consumirme en vuestra caridad; aborrecía cuanto me apartaba de Vos, y lo que de Vos me hacíais sentir, Vos que sin palabras humanas me lo enseñáis, lo sabéis. Sé que todo cuanto hay en la vida es nada en comparación de una hora de aquéllo.

Si volvía á las miserias y corrupciones que impidiesen este suave gusto de Vos, luego que sintiéndome pesado os volvía á buscar,

no encontraba mudanza; siempre os hallaba suave, siempre blando, siempre agasajador, siempre un mismo amigo fidelísimo de esta pobre alma. Pues, buen Jesús, ¿dónde paró aquello, ó dónde lo perdí? Aun cuando para mi bien encubríais vuestro suavísimo rostro, y me dábais espíritu para andar gritando en pos de Vos, y suspirando, en volviendo á resplandecer, dejaba de ser quien era; olvidábame de mi destierro y miseria; arrimábame á Vos, y deseaba no apartarme de allí. ¿Pues quién me desprendió? ¿ó dónde perdí aquel bien? ¿con qué volví á endurecerme? ¿No es peor, Señor mío, endurecerse después de experimentar vuestra blandura, que si nunca la hubiera experimentado? Oh mi Redentor, por eso clamo á Vos por misericordia, porque soy este que aquí veis. Vos, Señor, veis que si vuestra agua no regare continuamente esta tierra, siempre por su inclinación se endurece, y cuando después de ablandada se vuelve á endurecer, queda mucho más dura que antes. No me apartéis de Vos, Dios mío, ni me dejéis cegar voluntariamente delante de esa divina luz, porque no llegue á dormir y descansar en la dureza de mi corazón. A lo menos ya que no merezco los suaves gustos vuestros, que por mi culpa tantas veces perdí, cuantas me favorecisteis con ellos, no me neguéis por vuestra bondad, que ande siempre viendo y conociendo la necesidad que de Vos tengo, aborreciendo y peleando con mis malas inclinaciones. Dadme, Señor, fuerza para golpear en el hierro frío y dura piedra de mi corazón, para que á lo menos viva en mí el deseo de lo que perdí y aborrecimiento del mal en que me veo.

Liberalísimo, poderosísimo, riquísimo y suavísimo Jesús, dadme vuestro amor, y arraigadle tanto en este corazón, que con verdad pueda decir con vuestro enternecido Pablo, que ninguna cosa podrá apartarme de él. ¿Qué cosa hay que pueda entrar en este corazón en lugar de vuestro amor? ¿Qué gané, cuando por algún amigo, por deseo de cosa terrena ó por afecto propio, os perdí? Si por huir de trabajos pierdo vuestro amor, me atollo en otros; si por amigos, al fin los hallo desleales; si por gustos del cuerpo, luego me hallo triste é inquieto; si por tibieza y frialdad de espíritu, me acometen millares de tentaciones; y por cualquiera cosa que pierda vuestro amor, quedo despojado de vuestros beneficios, flaco para vuestro servicio, y más inclinado á mis malas inclinaciones, que á su remedio. Pues, Dios mío, ¿quién me aparta de vuestro amor y de vuestra conversación? Cotejadas las horas que pierdo y ocupo en cosas que me impiden vuestro suave trato, lo que en ellas hago, y la bajeza de las cosas en que ocupo el corazón, con los riquísimos y suavísimos tesoros y bienes vuestros que entonces no logro, ó por mejor decir, de que huyo y me alejo, cuán miserable quedo, y sobre todo, Señor (que es el sumo grado de miseria), así lo veo, así lo entiendo, y no sé qué me detiene ni qué peso ó qué fastidio es este que me impide correr á vuestros suaves y dulces placeres interiores. Oh Señor, no me aparte nada de vuestro amor; y pues la sujeción, mansedumbre y humildad con que me he de de-

jar guiar de Vos es la perfecta curación de estas llagas, humilladme, Señor, á vuestros pies; hacedme desconfiar de mí y tener miedo de cuanto me aparte de Vos, para que á quien debo todo lo que soy y lo que espero, deba la santidad de mis miserias. ¡Cuándo, Señor, os veré poseedor y pacífico morador de este corazón! Oh buen Jesús, hasta en esto soy miserable, pues no veo dónde ando perdido, ni sé pediros bien que me levantéis y me libréis de mí. Vos que todo lo veis, obrad como quien sois vuestras maravillas en esta tierra llena de miserias.

Señora de los ángeles, abogada de los pecadores, oveja sin mancha, morada suave de Jesús y piadosa remediadora de los pecadores endurecidos, á Vos me dió el Señor para alcanzar por Vos lo que no merezco; y pues veis cuántos males nacen de la dureza de mi corazón, haced, Señora, descender de la fuente de misericordia que de Vos nació, agua viva que riegue siempre y ablande este corazón. Oh moradores riquísimos de esa casa celestial, anegados en el rocío y blandura del Cordero; si vuestros poderosos espíritus están allá rendidos á su amor y servicio, ¿por qué está aquí duro para El este miserable corazón? Lloved de lo que os sobra y rociad esta tierra seca, para que con vuestra blandura se disponga á vuestra perpetua compañía. Amén.

## TRABAJO XX

### Ser mal juzgado.

La dureza que Cristo nuestro Señor halló en la gente judaica, á quien fué enviado, no sólo fué instrumento de su Pasión, sino que le tramó varios particulares trabajos, donde no menos pasma que el humano corazón los causase, que el sufrirlos la bondad del Señor. Tan graves son, que muestran bien corresponder á tan perversos corazones, arraigados en el odio del Hijo de Dios, y en deseo de dañarle cuanto pudiesen, hasta procurarle la muerte; porque de tan altas raíces de aborrecimiento y de tan grandes troncos de maldad, no se podían esperar otros frutos.

Uno de los trabajos que ocasionaron al Señor, y en que mostraron bien la ponzoña y malicia que reinaba en sus corazones, fué juzgar mal de todas sus acciones. Este mal es tan contra todo juicio humano, que parece no poder caber en él; porque el orden con que el humano entendimiento se determina á los juicios, es ofreciéndosele primero alguna razón aparente ó verdadera, mala ó buena, por la cual, con acierto ó engaño, se determina á juzgar de la cosa mal ó bien. Pero esta gente judaica jamás vió en el Señor cosa de que pudiese sacar razón, no digo verdaderamente mala, pero que ni por imaginación tuviese semejanza ó apariencia de mal, con que se pudiese engañar para juzgar mal de El; y así se ve que su malicia pervirtió todo el orden de la naturaleza, aun en aquello

con que desordenadamente juzga mal del bien, engañándose con alguna apariencia de razón.

De esto hay clarísimas pruebas en el Evangelio. En la fuerza de los malos juicios con que tenían al Señor en mala cuenta, se opuso su Majestad abiertamente contra aquel dañado entendimiento, y públicamente contradijo la determinación de su malicia, diciéndoles: *¿Quién de vosotros me podrá argüir de pecado?* No dijo me podrá convencer con verdad, sino *argüir:* porque para argüir, cualquiera apariencia es bastante en corazones mal inclinados; y de tal suerte contuvo con esta prueba su malicia, que no tuvieron que decir: porque acerca de lo que le oponían de que curaba en sábado, los tenía ya tan convencidos, que se corrían de echárselo en cara; y cuando le contaban por culpa, que llamaba Padre á Dios, recurría á las obras y decía, que si no hacía obras de su Padre, que no le creyesen. Ellas eran tales, que no tenían qué decir. Cuando Anás le preguntó por su doctrina, alegó por testigos á sus mismos enemigos. Cuando la malicia de éstos se empeñó en casa de Caifás en buscar cosas de que acusarle, ninguna hallaron que no fuese falsa con evidencia; y finalmente, se empeñaron en prevalecer contra El con falsedades, gritos, y amotinación; de suerte que en todo tenían contra sí las clarísimas verdades del Señor, su inocentísima vida, todas las muestras de ella, su doctrina y obras tan sin reprensión ni semejanza de tacha, que ninguna apariencia de mal encontraban en ellas para dar color á los juicios que de El tenían y publicaban. Los que mejor juzgaban de El, no pasaban de tenerle por Santo y Profeta; pero de aquí abajo era mal juzgado, según el corazón y condición de cada uno. Si andaba con pecadores, aunque su admirable santidad justificaba ser aquella conversación para convertirlos, no le valía eso para que dejasen de juzgarle hombre profano, y amigo de mesas y de vino. Unos calificaban su doctrina de novedad, título que el mundo suele dar á las verdades; y siendo El el inventor de novedades, sólo en la renovación de las virtudes tiene por tacha la novedad, para acabar de envejecerse en sus vicios. Otros le juzgaban amigo de tumultos y perturbaciones del pueblo, por la mucha gente que para recibir sus mercedes le seguía. Algunos dirían, que mejor fuera andar de casa en casa curando, que sufrir aquellos concursos. Otros le tacharían el predicar por los campos fuera de las sinagogas; y como donde hay multitud de gente, siempre hay encuentros y ahogos para acercarse, á aquello llamarían perturbación, y de todo hacían ponzoña.

Esto es antiguo en el mundo; que si hubiere mucho concurso de gente para ver juegos, oir farsas y otras cosas profanísimas, con mucho desahogo de ventanas, muchos ruidos y cuchilladas, muchos desastres y peligros de pecar, todo esto es bueno, y esto es solicitado, sin que haya á quien le parezca mal; pero si hubiere mucho concurso á las iglesias, á las confesiones, á las indulgencias, llueven los malos juicios. Yo pienso que esto es porque el mundo acostumbra aprobar las cosas donde puede alargar sus vicios, y reprue-

ba aquellas donde puede perder uno solo. Llegó, en fin, la malicia judaica sin apariencia de razón á tal cumbre de juicio pervertido contra Cristo, que juzgaba tener pacto con Belcebú, y que por su virtud y amistad con Satanás hacía los milagros. No pudo el mundo imaginar otro autor en las cosas del Señor, que pretendía abatir, sino al mismo por quien él se gobierna, y por cuya voluntad arregla su conducta.

Gravísimo fué este género de trabajo que nuestro Señor quiso sufrir; porque tenía muchas cosas que le hacían pesadísimo. Primeramente los que en el mundo son mal juzgados contra razón, tardan comunmente en llegarlo á saber, y se engañan como los que juzgan mal de ellos; pero nuestro Señor veía los corazones de todos, y sabía de dónde procedía el mal que juzgaban, el daño que se hacían á sí mismos y el grande impedimento que ponían á las mercedes que les quería hacer; lo que sentía mucho más que sus propias afrentas; porque como el amor hace sentir las cosas que le son contrarias por el mal que tienen y por el daño que hacen, y este mal y daño caía todo sobre los que juzgaban mal del Señor, el amor que les tenía le hacía muy penoso ver tan gran mal en las almas que deseaba salvar, por los crecidos daños que de allí se les acrecentaban. Fuera de esto, en los grandes, que en el mundo son el blanco de los juicios, vemos que por ser poderosos, nadie se atreve á disgustarlos, antes por granjearlos ó por particulares intereses, los mismos que juzgan mal de ellos, los engañan, los alaban con lisonja y encarecen aquello mismo por donde los tienen en mala reputación; y la mayor parte cada uno oculta el mal que del otro juzga, y se cautela de no darle á entender aquel mal juicio, ni se atreve á echarle en cara, por no empeñarse en alguna pendencia. Pero Cristo, para ejemplo de los suyos y consolación de los que le habían de imitar en tan penoso género de trabajo, lo quiso pasar con todas las circunstancias que le pudiesen hacer más pesado; sufriendo que los malos se llegasen á desvergonzar, diciéndole cara á cara el mal que de El pensaban y juzgaban, de que se le acrecentaron otros géneros de trabajos, que aquí y en la segunda parte referiremos.

Acostumbran también los hombres querer que les valga su intención para no ser mal juzgados; y aunque ésta no se ve en lo exterior, con todo eso quieren aprovecharse de ella para su descargo y queja de los malos juicios, aunque algunas veces sin razón; porque lo que exteriormente se ve, no cuadra con la buena intención del corazón. Pero como se ha dicho, la vida del Señor era aun en lo exterior tan perfectísima, su ejemplo tan irreprensible, sus milagros tan admirables y sus obras tan sin defecto, que cuando fuera posible tener alguna mala intención oculta, aun contra toda razón, se juzgaría mal de El en lo exterior. Cuanto más que la mucha continuación de obras santísimas y perfectísimas virtudes, era clara demostración de la pureza de su ánimo; porque nunca la malicia puede estar tanto tiempo encubierta con capa de virtud que no dé alguna señal de sí.

Estaba la malicia de los judíos tan profetizada, que David pedía á Dios muchas veces en la persona de Cristo, que le juzgase no por los juicios humanos, sino por su virtud; y que juzgue El su causa y le libre de gente no santa y engañosa. De la cual gente dice en un Salmo: *Hijos de los hombres, juzgad bien, si en la verdad queréis hablar lo que es razón; pero ellos hacen el mal que pueden y siempre urden mal; y desde los vientres de sus madres yerran por voluntad, y desde que nacieron se apartaron de la verdad.* Y todo esto es tan cierto, que un día se quejaba nuestro Señor de que no había en esta mala gente portillo por donde entrar á ellos y alumbrarlos: «Porque vino el Bautista sin comer ni beber como los demás hombres, y decían: *Es endemoniado.* Vine yo comiendo y bebiendo con ellos, y me juzgan por amigo de vino y de mesas de pecadores.» Por esto los comparaba á los niños de mala condición, que ni querían cantar con los que cantaban, ni llorar con los que lloraban en los juegos que contrahacían en las plazas. Y con todo eso lloraba el Señor los males en que por este pecado habían de caer; y con su acostumbrada blandura, cuando le echaban en cara el mal que de El juzgaban, los aconsejaba que no juzgasen por lo que les parecía por defuera, sino con integridad, como hace Dios que pesa los corazones y por ellos juzga á los hombres. Y por cuanto El es el verdadero y universal Juez, y deseaba no llegar á juzgarlos y condenarlos como ellos merecían, los enseñaba que no juzgasen mal, porque habían de ser medidos y juzgados por la misma medida y juicio con que midiesen y juzgasen á los demás. Por donde se ve cuán gravísimo juicio tendrían contra sí aquellos perversos corazones que nunca supieron medir la incomparable santidad de Cristo, sino por juicio y medida de infernal malicia.

Si los que juzgan mal viesen cuán mal pleito forman contra sí delante de Dios, por ventura se harían jueces solamente de sí mismos, y dejarían las vidas y obras ajenas; porque primeramente dan expresa sentencia contra sí, que no merece apelación, ni la tendrá, sino sólo con penitencia antes de la muerte; porque si juzgan rigurosamente el bien con muestras de querer en los prójimos más perfecta virtud, y los tienen en mala cuenta por no seguirla, quedan ellos justamente en la misma obligación, ni serán delante de Dios tenidos por justos dispensadores de sí mismos los que fueron rigurosos jueces de los otros. Si el juicio es contra los pecados de los prójimos conocidos, y sin mezcla de misericordia y blandura, no la merecerán cuando la deseen; porque la divina Escritura dice, que tendrá juicio sin misericordia el que no la hizo á los demás. Si el juicio (conforme á lo que aquí tratamos) es juzgar mal del bien, y echarlo todo á mala parte sin prudente ponderación, no necesita éste delante de Dios otro testigo, ni parte contra sí, más que su propio juicio; porque claramente muestra ser él tal como el juicio que hace de las cosas.

Así lo dice San Pablo, expuesto por el Crisóstomo. ¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Porque á ti mismo te condenas en

el juicio que haces contra él, porque lo mismo que juzgas haces. Quiere decir: No ves quién eres; esto es, que tú eres tal, y en eso das la prueba de quién eres. Tú por ti te condenas, porque harías lo mismo que juzgas. No quiere decir que el que juzga mal comete el mismo mal, porque muchas veces no lo hace; sino que no atribuiría á mal lo que ve, si no tuviese en el corazón inclinación al mismo mal. Nunca piensa el impaciente que alguno pueda sufrir, y juzga disimulación la paciencia. No piensa el tibio y profano que puede haber mucha perseverancia en el recogimiento, mucha oración y continuación de virtudes, y lo que en esto ve lo juzga hipocresía. No piensa el malicioso que se hacen las cosas con santa intención, y atribuye el bien que ve al mal que se le antoja. Juzga así, porque á la verdad en caso de paciencia disimularía el odio y la ira por más no poder, y no sabe contentar á Dios, sino á los hombres; y generalmente, de las raíces del mal que reina en su corazón, proceden los juicios que hace de lo que ve; y así, para conocerse, basta ver lo que del corazón le sale.

De esto hay muchas pruebas en la experiencia. Un mismo ayuno, una misma plática de Dios, un mismo recogimiento, una misma oración ó buena obra, edifica á uno, haciéndole que se corra de no practicar aquello, argüirse á sí mismo y alabar á Dios en su siervo; pero otro lo echa todo á mala parte, y no por otra cosa, sino porque los hombres no fundan sus juicios en razón, sino en sus inclinaciones, que cuanto peores fueren, tanto peor juicio podrán ocasionar. Ve un hombre un pecado ajeno; duélele y le desea encubrir y curar; otro le desea publicar, castigar é infamar; y de una misma cosa se mueve uno á compasión, otro á indignación; uno á crueldad, otro á misericordia; y así es verdad, que el que juzga mal á otro, á sí mismo se condena; porque la mala raíz de su corazón es tal, cual el juicio que forma; y tal sería en igual ocasión, si Dios no le contuviera, cuales juzga que los otros son. Y aunque nunca se debe juzgar bien de lo que manifiestamente es malo (porque esto es contra el juicio divino) con todo eso, en la moderación y efecto que el mal ajeno hace en nuestro interior, se muestra bien el buen ó mal ánimo que tenemos. Y esta es una buena razón para pasar con ligereza y sufrimiento por los malos juicios; porque parece que no tengo razón de escandalizarme de quien juzga de mí lo que sabe de sí.

Los que se ven inclinados á este vicio de echarlo todo á la peor parte, piensen de sí que delante de Dios son los peores del mundo, y que solo á El le deben no cometer cuantos males puede inventar la malicia humana; porque en cuanto á sí, claramente ven que cuanto mal entienden en todo, les sale de dentro de la imaginación y corazón, y de todo son capaces. El remedio es trabajar en refrenar la lengua, para que el mal quede solamente entre él y Dios, y haya menos que curar. Después de esto, cuando mal juicio se le ofreciere, rebátale contra sí, y acúsese delante de Dios de aquella mala raíz patente á los divinos ojos, de donde nace el mal que juzga. Y

trabaje siempre en buscar razones para defender al prójimo; y cuando no las pudiere hallar, confiésese delante de Dios por peor, como en verdad lo es, pues es tan áspero para el mal ajeno. Ypiense que si otro supiera conocer su mal propio, como él lo ve ó lo juzga, tuviera miedo de sí y se enmendara; por lo cual queda el otro menos malo, por ciego, y él peor, por ser malicioso. Si tiene por oficio juzgar y enmendar al prójimo, condénese primero á sí con humildad, para juzgar á otros con temor de Dios. Y sepan todos para humillarse, que según la doctrina teológica, más debe á Dios aquel á quien preserva de caer en pecados, que á quien perdona los cometidos; al modo que debo más á quien me libra de la lanzada que me pudiera dar, que si me curara después de darla. Y así es verdad lo que dice nuestro Padre San Agustín, que tantos pecados me perdona Dios, cuantos son los que pudiera cometer, y me contiene para que no los haga. Con verdad, pues, se puede cada uno tener por tan malo como el más malo que ve; porque como dice el mismo Santo: «Ningún pecado comete un hombre que no pueda cometerlo otro hombre, si fuere desamparado por el que hizo al hombre.» Así el que juzga mal, se condena á sí mismo; porque tal es en la masa y tal sería en la culpa, si Dios no lo contuviera. Por tanto, cuando viere males, duélase de quien los tiene, y agradezca á Dios el no tenerlos porque no le castigue en dejárselos cometer.

Con esto queda entendido que los siervos de Dios ningún caso han de hacer de los juicios humanos. que son tan inconsiderados; y deben tener por cierto que no pueden ellos eximirse de lo que no se libró la pureza y santidad de vida del Redentor; y conforme se determinaren á servirle, esperen juntamente este trabajo y cruz; porque el mundo que se la dió al Señor, también se la dará á sus siervos. Y por mundo se entiende en esta materia cualquiera (sea del grado ó calidad que fuere) que no tiene espíritu para hacer las buenas obras de que juzga mal, ni tiene uso y experiencia de la hermosura de la virtud; cuales son no sólo los vanos mundanos seculares, sino también los religiosos y eclesiásticos tibios y olvidados de sus obligaciones y de la perfección de su estado. Verdad es que mientras el espíritu no se halla muy experimentado en las cosas divinas, duele y cuesta mucho ser mal juzgado contra razón; pero esto es aun de imperfectos. Acuérdense de la obligación que tienen á Dios, y á salir por la virtud y mostrarse más constantes en seguir la verdad que Dios les da á entender. Y tengan por cierto que el mundo no juzga mal del bien por odio que tenga al mal, sino por desacreditar la virtud; porque el mundo ama á los vicios, aunque sabe que son males, porque vive de ellos, y para sustentarlos los engrandece, aprueba y consagra; y porque las virtudes le son contrarias, las infama con título de los males que le complacen. Por eso hace del recogimiento hipocresía, del celo pasión, de la justicia indignación, de la reforma ambición, de la santa conversación deshonestidad, y todo lo demás lo intitula á este modo; porque cuando hiciere parecer que las virtudes son como sus vicios, se les pierda

el miedo y respeto, y quede más desembarazado y holgado, continuando sus vicios.

*Si fuereis del mundo* (dijo el Señor á sus Apóstoles), *él os amará; mas porque no sois suyos, os aborrece.* Del mismo modo, si los virtuosos fueran en la realidad tan malos como el mundo juzga, él los aplaudiera y alabara, como aplaude á los vengativos, con título de esforzados; á los vanos, con pretexto de honra; á los pródigos con título de liberales, y á los más viciosos con título de generosos, favoreciéndolos en los males que de ellos juzga. Mas porque el mundo conoce que la virtud de los justos le condena, los aborrece; y por abatirlos los persigue y los juzga tales como él es, ó para traerlos á su partido, ó para desacreditar la virtud. Por lo cual, así como en las demás materias no se hace ningún caso del parecer que forman los que no tienen experiencia de ellas, del mismo modo ninguno se ha de hacer de los juicios de los hombres que tienen experiencia de los vicios para asemejarse á ellos, y ninguna de la virtud para aprobarla y alabarla cuando la vieren. No digo que los siervos de Dios tengan por malos á los demás para sustentar la virtud, sino que certificados de la verdad en que la tienen, conozcan el ardid con que el demonio los pretende espantar, para perseverar en ella con más ánimo, vencer con paciencia y rogar á Dios por los que los persiguen, que les muestre la hermosura de la virtud.

Y para que no yerren cuando se vean mal juzgados, tengan presente la regla que dió San Pablo, diciendo: *Ningún caso hago de ser juzgado de vosotros, ni yo me juzgo á mí: Dios es el que me juzga.* En lo que nos dió tres avisos importantes: el primero, que ni para bien ni para mal estribemos en el juicio humano, que, como flaco, aprueba y desaprueba con engaño más por lo que quiere, ve ó imagina, que por la verdad de las cosas. Por tanto, no es bastante razón para hacer las cosas el ver que los hombres las aprueban, ni para dejarlas de hacer el ver que sean de ellos mal juzgadas; antes si quisiéramos guiarnos por eso, no será posible contentar á todos, porque cada uno forma su juicio, ni podremos librarnos de muchas desazones que resultan de querer contentarlos. El segundo aviso es, que no pretendamos seguridad en nuestro propio juicio para tener por buenas ó por malas nuestras obras. Basta que con buena intención, con temor de Dios, y cuando fuere necesario con consejo de algunos de sus siervos, sigamos lo que nos parece mejor, y, con puro deseo de contentarle, hagamos lo que podamos. Pero son tantas las obligaciones que tenemos á Dios, tantas las imperfecciones de nuestra miserable naturaleza, que ninguno debe pensar de sí que del todo complace á Dios; ni debe justificarse á sí mismo, porque esto es usurpar el oficio á Dios, y es camino de perder la santa humildad. No es pequeño género de tentación querer saber el alma el estado en que está. Si nos conviniere, es Dios tan amigo nuestro, que no lo ocultará. A nosotros nos toca trabajar por hacer mucho y no creer jamás que hacemos cuanto debemos. Y se-

gún procediéremos contra nosotros en el juicio de nuestros bienes, tanto más puramente los haremos. El tercer aviso, es que el alma que quisiere vivir consolada y quieta, eche en medio de todos los juicios humanos los ojos á su Dios que todo lo ve y se humille delante de El, procurando siempre contentarle; porque como se gobierna por acertadísima sabiduría, que todo lo ve y pesa en justísima balanza, nunca con El podemos perder, pues es un Juez que con su gracia y favor ayuda y aumenta el bien; suple y limpia nuestras imperfecciones; esfuerza nuestra flaqueza para hacer más; alumbra nuestro entendimiento para conocer y apartarse del mal; y el que ve en nosotros le ataja, remedia y perdona con misericordia.

### EJERCICIO DE SER EL SEÑOR MAL JUZGADO PARA CONSUELO DE LAS ALMAS EN LOS JUICIOS HUMANOS

Sapientísimo Juez y justísimo conocedor de mi interior á quien nada se encubre, y cuyos ojos están siempre sobre los hijos de los hombres: bien veis este mi corazón; Vos sabéis lo que en él os descontenta; conocéis cuánto os debo y cuán mal cumplo con la obligación de serviros. ¿Dónde me podré esconder de vuestro juicio? Si fuere al cielo, allí estáis; si bajare al infierno, allí me conoceréis; sujeto os estaré en lo más íntimo de la tierra. Mejor es que me veáis y conozcáis que esconderme de Vos, aunque pudiera; porque escondido me quedara con mi mal, y Vos siempre miráis con misericordia. Por lo que veo en mí, razón tengo de huir de Vos y teneros miedo; pero ¿dónde me iré fuera de Vos que encuentre remedio? Pues, Dios mío y mi Juez, poned en mí vuestros ojos piadosos; ved cómo van creciendo mis males, ved la prisa de mis enemigos para apartarme de Vos, mi flaqueza de resistir, mi malicia en ofenderos, mi pobreza de toda virtud y mi descuido en serviros. Juzgadme, Dios mío, por la justicia é inocencia mía, que procede de los merecimientos de vuestros trabajos. El eterno amor que me tenéis, vió que cuanto hay en mí es contra mí, y por tener á mi favor alguna justicia que me valiese ante vuestro divino juicio, me dió vuestro sudor, vuestra sangre, vuestros dolores y aflicciones que por mí pasasteis, vuestra inocencia y sobresubstancial perfección, para tener que alegar por mí. Leed, Señor, en estas leyes que Vos escribisteis, la sentencia que yo necesito y juzgadme por ellas. Mirad, Señor, las raíces de todo mal arraigadas en este corazón, la inclinación á todo pecado y la imperfección de todo bien. Haced justicia; arrancad todo esto de mí y plantad con vuestra mano en este corazón cuanto Vos queréis que en él crezca y fructifique.

Mi buen Jesús, cuando veo el mal de mi corazón, tengo miedo que me veáis, y quedo precisado á pediros con vuestro siervo David, que apartéis vuestros ojos de mis pecados. Cuando veo que sólo Vos podéis curarlos, recelo que no queráis mirarme, y con el mismo os pido que me miréis con misericordia. Criad Vos, Señor, en mí nuevo y limpio corazón, y así todo lo remediaréis. Acordaos que Vos mismo, como verdadero conocedor de nuestros corazones,

digisteis á Noé que toda la imaginación é inclinación del corazón humano está siempre propensa para el mal. No diríais que *toda*, si de suyo tuviera algún bien. No digérais que *siempre*, si en nosotros hubiera alguna buena hora de que nos pudiéramos gloriar. No nos hicisteis Vos de esta manera; mas porque nosotros pervertimos todos los bienes que en nosotros criasteis, con justo juicio nos juzgáis por fuente de los males. Oh fuente de todo bien, pues no sois menos poderoso para reformar lo dañado que para criarlo de nuevo, criad en mí nuevo espíritu, que renueve los bienes que he perdido.

¿Qué mal hay, Dios mío, que del corazón humano no provenga? Y si Vos con vuestra poderosa mano no lo remediáreis, ¿qué bien puede haber en él? Entre los hombres vivisteis, luz divina; trabajasteis, salud eterna, por curar sus males; os hicisteis espejo de todo bien; nada os quedó por hacer á fin de enseñarlos y alumbrarlos; y lo hallasteis todo tan perdido, tan dañado y tan anegado de avenidas de ponzoñosos males, originados del corazón humano, que no sólo no aceptaron vuestros bienes, sino que juzgaban vuestras bondades por lo que ellos eran. Oh Hijo de Dios vivo, adoro esa mansedumbre y paciencia con que quisisteis sufrir tan grandes desatinos de los humanos corazones. En algún modo, parece que os debo más por haber querido ser mal juzgado de los hombres, que por haber sido muerto; porque para quitaros la vida podía cegar la ira y la pasión, y con ella daros la muerte que deseabais; mas para juzgar mal de Vos, ni aun andando sobre aviso y de propósito pudieron hallar en vuestras eternas verdades y purezas cosa que los cegase y engañase, y no juzgaban de Vos sino según la bajeza y malicia de sus mentiras, que Vos aborrecéis.

¿Qué bondad es esa que tanto sufre? ¡Ah buen Jesús, que ni de Vos sabe el mundo juzgar sino lo que él hace! No sabe comer con los suyos sino para profanas bacanales, y no puede pensar de Vos que os humilláreis á comer con ellos para convertirlos sin el más mínimo exceso. Tiene el mundo todo su comercio con el diablo, á quien sirve y obedece, y no puede pensar de vuestra divina virtud que le haríais las mercedes que le hacíais por bondad vuestra, sino por compañero de Satanás. ¿Qué vió en Vos el mundo para juzgar mal de vuestras cosas? Nunca de vuestra boca oyó una palabra mala ni ociosa; nunca en vuestra inocentísima modestia vió cosa ligera ni profana; nunca en vuestra conversación vió despego ni ociosidad; nunca en vuestra doctrina halló sino divinos consejos; nunca en vuestros milagros pudo notar mentiras ó artes del demonio; nunca en cosa que en Vos viese pudo encontrar tacha verdadera; nunca le quisisteis lo suyo; nunca se lo quitasteis; nunca lo procurasteis. ¿Pues qué halla el mundo en Vos para juzgar mal de todas vuestras cosas? Aun ésta tan vil cruz quisisteis pasar por mí, mi buen Jesús. Vuestros azotes, espinas, bofetadas y cruz hacen de los ladrones ciudadanos del cielo, y curan los pecados de los mismos que os atormentan. Mas ser mal juzgado de los hombres hace

más incurables los pecados de tan malos jueces, y cierra las puertas del alma á toda luz y misericordia. Bendito y alabado seáis, que tan á costa vuestra quisisteis consolarme en este trabajo, para cuando en él me viese, y mostrarme cuánto me debo temer de este mi perverso corazón, que tan mal llegó á juzgar de vuestra bondad.

Oh Señor mío, Redentor de mi alma, salud de este enfermo corazón, veis aquí lo que me quejo de mí delante de vuestra misericordia; por esto gimo, por esto da voces mi interior á vuestros misericordiosos oídos. Vos decís que toda mi inclinación es siempre para el mal; los corazones de los hijos de Adán me dicen, en lo que veo, que eso es tan gran verdad, que no sólo desean siempre y se inclinan al mal, sino que en vuestra soberana bondad, que tienen á su vista, saben ver como mal y para mal. ¡Ay Dios mío y bondad infinita, á esa misma bondad me acojo, pues no puedo huir de mí si no para ella, y ella sólo tiene virtud para vencer ésta mi gran malicia! Aun hoy soy otro tal. Lo que me prohibís, lo juzgo bueno; tengo por vida lo que me mata; por consolación lo que de Vos me aparta; tengo por pesada vuestra ley, vuestra conversación por rigurosa; el dejar los pecados por penoso, el cometerlos por gusto; ocuparme siempre en Vos lo juzgo fastidioso; gastar la vida en profanidades, diversión; vuestros gustos los tengo por displicencias; las desventuras de este cuerpo por desahogo; y lo peor es, que aunque con vuestra fe creo lo contrario, no sigo lo que creo, por el juicio de este barro que siempre tira á abatirme.

¿Cuándo, Dios mío, me libraréis de mí? ¿Qué hay en mí que no corra siempre al mal? Los propios bienes que me dais los juzgo con tan pervertido juicio, que si Vos así me los dierais, no pudierais ser quien sois. De vuestra misericordia juzgo que puedo tomar licencia para pecar; de vuestro sufrimiento, que con seguridad puedo dilatar la enmienda; de vuestra piedad, que me puedo salvar y contentaros con vivir á mi voluntad. Pienso que puedo juntar en este triste corazón, vuestro divino manjar con mis abominaciones. Pienso que vuestra severísima justicia pasará tan ligeramente por mis culpas y desventuras, que sin enmienda me perdonará. Todo en mí es pervertido juicio y desordenada afición. Alargad, buen Jesús, esa bondad con que hasta ahora me sufrís, hasta curarme como he menester. Bien veis que me hallo tan enfermo, que aun siendo tal en la realidad me tengo por sano y por bueno; y me vanaglorío de cualquiera chispa de bien y de cualquiera migaja de virtud que tal vez me hacéis desear ó practicar. Quiero ser tenido de los hombres por otra cosa de lo que soy. No sufro ser mal juzgado, cuando no es posible que ellos me tengan por tan malo, como Vos sabéis que soy. Curad, Señor, estas llagas con vuestra virtud. Levantad mis ojos á Vos y alumbradlos, para que en Vos vea lo que en Vos tengo, y en mí lo que Vos veis y reprobáis. No me dejéis trocar más el juicio de las cosas, sino estimarlas en lo que son, y á mí en lo que realmente merezco; y á Vos, Dios mío, estimaros, desearos y abrazaros como mi verdadero Señor, Juez, Padre y todo mi bien.

Reformad las potencias de mi alma, pues para Vos las criasteis; limpiad este interior, pues eso principalmente queréis; venza en mí vuestra misericordia, haciendo de este charco y estanque sin fondo de males, casa y morada de vuestro purísimo espíritu. Y pues yo siempre soy inclinado á la peor ponzoña que de Vos me aparta y me mata, y aun siendo tal no me queréis apartar de Vos, venid á mí, y con vuestra presencia santificad los yerros de esta criatura vuestra.

Uno de los mayores yerros que de mi soberbia nacen, es sentir mucho ser juzgado de los hombres; y Vos sabéis, bien mío, que no lo sintiera tanto, si no estimara mucho ser alabado de ellos. Cuán gran vanidad es ésta, Vos, humildísimo Jesús, lo sabéis; y cuánto daño me hace, Vos lo entendéis. ¿Qué me pueden hacer los juicios de los hombres? Yo en la realidad soy tal, cual de Vos fuere juzgado; las alabanzas humanas no me mejoran; su descrédito no me quita nada; y en realidad ninguno puede ser tan malo, que llegue á juzgar de mí tanto mal como en este miserable corazón puede nacer; y si todas las criaturas se juntasen á condenar los males que contra Vos cometo, no los sabrían pesar en justa balanza, porque son más feos de lo que ellas alcanzan. ¿Pues de qué me quejo, especialmente teniendo delante de mí la grande obligación de contentaros á Vos, mi Juez justísimo? Quéjome de que se quejen de mí los hombres; miro en cuanto hago á lo que les parecerá; peso las palabras por agradarles; quisiera unir las condiciones y aficiones de todos á mi parecer, y que ninguno discordase en el juicio que deseo hagan de mis cosas. ¡Oh, qué vanidad es esta: cuánta parte del corazón me lleva; cuánto me ocupa el sentido; cuánto me entristece, me indigna, me llena de pensamientos que á vuestros divinos ojos descontentan! ¡Y cuánta mayor vanidad es quedar contento de parecerme bien lo que hago, de ver á los hombres complacidos de mi conversación, y tener inclinación á saber lo que juzgan de mí, no para quitar el escándalo, sino para la propia satisfacción!

¡Oh, cuán puro es el espíritu que á todo esto da de mano, y con nada de ello se mueve! Arrebatad, piadoso remediador de mi alma, todo mi sentido, mi cuidado é intención para Vos; tened piedad de este tan extraviado corazón. Para contentaros á Vos, Dios de mi vida, ningún trabajo tengo, porque sois bueno de contentar, y con vuestra bondad os acomodáis á lo que sé y puedo. Me habéis descubierto vuestra voluntad sobre cuanto importa á mi salvación, porque no la pierda; y en lo que no es de esa importancia, ó en que no tengo necesidad de saber lo que queréis, recibís la buena intención y deseo de acertar, aunque en realidad no sea lo que Vos queréis. Me sufrís cuando me veis errar; me ayudáis á levantar, y nunca soy delante de Vos tan malo que no halle razón vuestro divino juicio para favorecerme, á fin de que no lo sea. Con Vos, Dios mío, siempre lo paso bien; pero á los hombres, cortos en el entendimiento, apasionados en el juicio, diferentísimos en las inclinaciones y pareceres, ¿cómo me es posible contentarlos? Aprueban y re-

prueban sin consideración. Uno quiere que sufra, cuando otro pretende que me vengue; uno me tiene por humilde, cuando otro me juzga por hipócrita; tiéneme uno por flaco en lo que otro me reputa contenido, y todo es á este modo, sin fundamento. Y aunque me fuera posible contentarlos á todos, ¿qué ganaría en ello? ¿qué provecho sacaría para mi alma?

¡Oh mi Criador y divino Maestro! Infinitas gracias os doy por el amor con que me librasteis de todos estos ridículos afanes, y concretasteis todas mis obligaciones á que os ame á Vos de todo corazón. Si ahí estuviere mi amor, nunca ofenderé á nadie, porque no será posible cumplir vuestra voluntad y errar en lo que debo á mis prójimos. Recoged, pues, Señor á Vos los dispersos de Israel. Quitad de este corazón el aprecio de los juicios humanos, sean buenos ó malos, para que ninguna parte suya salga fuera de Vos. No me dejéis desear complacer á un mundo que nunca se contentó de Vos, ni que sienta los juicios de quien jamás supo juzgar bien de Vos. A Vos sólo quiero contentar; á Vos os ofrezco todas mis cosas interiores y exteriores. Ande siempre viva en mi corazón vuestra divina presencia, y levantad siempre á Vos mi espíritu, para que, desprendido de cuanto no me pueda llenar de vuestro amor, viva para Vos, para Vos hable, para Vos imagine, para Vos desee y en Vos descanse todo mi interior, mi buen Jesús, mi justísimo Juez, mi piadosísimo amigo y mi suavísimo Salvador y Redentor.

¡Oh Madre de Dios, llena de gracia y rica del Señor, que está siempre con Vos! ¡Cuán grande y rica fuisteis á los ojos de Dios, y cuán desconocida á los del mundo! Por aquellos afectos de amor puro que siempre os tuvieron y tienen unida á vuestro Dios, Señor, Esposo, Hijo y divino tesoro, os pido favor para que El una á sí mi corazón con sencillez, intención santa y puro amor en todas las cosas, para que ninguna baja criatura me quite parte de él. ¡Corte celestial aceptísima á este divino Juez, no conocida ni deseada del mundo! Poned en esos vuestros bienes el deseo y cuidado de este pobre corazón, para que ocupado allá, no pueda ser pervertido de las cosas de esta vida. Amén.

## TRABAJO XXI

### Ser murmurado.

El trabajo de ser mal juzgado trae consigo ordinariamente otro no menor de ser murmurado, el cual es tan grande, que haciéndose otros más ligeros con la costumbre, éste se hace más pesado en la continuación. La murmuración es verdugo del mal juicio, porque el mal corazón no daña al prójimo sino después de entregar á la lengua el mal juicio que formó. Ella también hace su oficio con tal estrago, que no sólo saca el mal propio encubierto, sino que para mayor daño, le colorea y justifica con razones y apariencias de bien; y como casi todo hombre es poco ó mucho tocado

de ese vicio, no hay persona ni cosa que se libre de ser en alguna manera murmurada. No piense nadie que viviendo entre gente, dejará de tener parte de este trabajo, pues no le valió á Cristo la santidad de su persona y santidad de su vida para no tener grandísima parte en él, sufriéndola con tanta paciencia y mansedumbre como sufrió los demás trabajos. Por las plazas, por las calles, por las casas y tiendas de oficiales, y mucho más por las sinagogas y conversaciones de los judíos, entre sus príncipes y letrados, había tantas y tan feas murmuraciones del Señor, cuantas y cuales ningún otro justo padeció por la virtud y por este mismo Dios. Las juntas de cuantos cogían el fresco en el verano ó el sol en invierno, la sobremesa y paseos no tenían otra materia que murmurar de El y burlarse de los que le seguían, con lenguas maldicientes. No faltaba alguno que lo defendiese; pero esto (como es regular) servía para afilar más las lenguas y dar ocasión á la porfía. Y como la malicia contradecida se refina más, arrojarían las lenguas de los murmuradores más feas palabras y dicterios contra el Señor cuando alguno le quisiese defender.

Decían unos, que el pecador no podía hacer tales milagros; otros que no podía dejar de serlo quien no guardaba el sábado. Los sacerdotes decían que ninguno de los príncipes le seguía, sino la chusma del pueblo, y que sólo se atrevía á mezclar con la gente ínfima. Los letrados murmuraban de que se hacía Hijo de Dios. Los fariseos, como tenidos por santos, le llamaban hechicero, amigo de Satanás, y tachaban que su comunicación era con pecadores. Burlábanse de la calidad de sus discípulos, que eran pescadores. Hacían escarnio de cualquiera que los seguía y, en ofreciéndose ocasión, pondrían á cada uno mil apodos y harían otros escarnios, como el mundo acostumbra, redundando todos en afrenta del Señor; y á este modo decían de El tantas y tan varias murmuraciones fundadas en malicia y mezcladas con falsedades que le imputaban, y que suelen ser compañeras de las murmuraciones, que el sufrirlas y no dejar la obra de nuestra redención por asco y fastidio de las lenguas maldicientes, nos obliga á tanto amor y agradecimiento como ella misma; porque no debemos menos al Señor por el modo y por cada circunstancia con que nos hizo las mercedes, que por la grandeza de los mismos favores.

Pesa tanto este género de trabajo para quebrantar la voluntad ó quitar el gusto de hacer bien á los murmuradores, ó para dejar el bien comenzado, que aunque Dios no dejó de cumplir lo que prometió á Abraham, de dar á su generación la tierra prometida; con todo eso no quiso que entrase en ella ninguno de los murmuradores que salieron de Egipto, pues todos murieron en el desierto menos dos. Pero después de hacerse hombre pasó las murmuraciones con sufrimiento, y no dejó de continuar las mercedes que hacía á aquel pueblo; para que sus Apóstoles siguiesen en esto su condición y espíritu, y procurasen con instancia la salvación de sus murmuradores; así como les previno que no se detuviesen por los ma-

los juicios que el mundo haría de ellos, también les intimó que no mirasen á sus murmuraciones, y estuviesen prevenidos de que no hallarían menos que lo que á El le veían sufrir; pues si al Padre de la familia llamaron Belcebú, ¿qué no dirán de los de su casa? y por tanto, prevenidos para tan enfadosa y molesta contradicción, se determinasen á no dejar su obra por más ponzoña que las malas lenguas sembrasen contra ellos.

No es pequeña consolación para los siervos de Dios que hacen obras de virtud (que la mayor parte son los más murmurados) el que Dios los haga del número de los de su casa, y les comunique parte del trabajo por donde El pasó; y para que conserven una tan grande honra y privilegio, conviene que se parezcan al Señor de la casa en el sufrimiento; porque otros muchos que no le sirven son murmurados, y no por eso se deben preciar de sus siervos; porque como el mundo es región de trabajos, y malos y buenos los padecen, sólo la paciencia es la que hace la distinción entre ellos; porque los de la casa de Dios reciben con humildad los trabajos que merecen para satisfacer por ellos; y los que no lo merecen los reciben con gran gusto para asemejarse á El. Los malos no sufren unos ni otros con paciencia virtuosa, sino rabiosa, porque no pueden más; y á veces no son menos culpados en su perversa paciencia que en las culpas por donde merecieron los trabajos. Nuestro Padre de familias, Cristo, que tuvo por mercedes las murmuraciones, nos dió tan heroico ejemplo, que no ofreció menos beneficios á los que le llamaban compañero de Belcebú, que á los que le recibían con aplauso.

Este es un perfectísimo artificio de confundir las lenguas de los murmuradores, responderles con la perseverancia en la virtud, con el sufrimiento, blandura y buenas obras, cuando las hubieren de menester; porque en ninguna cosa se gasta con menos provecho el tiempo, que en dar muchas satisfacciones contra las malas lenguas; pues como el murmurador no busca razón para lo que dice, sino que nunca le falte que decir, se incita á hablar más con la razón que oye contra sí; y si antes de oir la justificación murmura sólo de la obra, después contrapuntea todas las palabras, gestos, artes y modos del que se justifica, por condenarle en todo la intención; y finalmente, cada razón le sirve de leña para encender más el fuego de la murmuración. Pero el sufrimiento y silencio, la perseverancia en la virtud, la muestra de mansedumbre, la disimulación religiosa, el darse por desentendido de lo que se dice, es arma muy poderosa contra toda murmuración; porque si nace de malicia, queda con esto castigada en su propia rabia, y abatida en ver que no triunfa; si nace de ignorancia ó inadvertida costumbre, queda más atajada. Una sola obligación general tienen todos en esta materia, que trabajen de su parte, porque no haya en ellos razón justa de ser murmurados; y á esta obligación mira la doctrina de los Santos, sobre que miremos el qué dirán; no para que el juicio de los hombres sea regla de nuestra operación, sino para obligarnos á que no tengan que decir con razón; y cuando la obra se hiciere no sólo con la inten-

ción, sino con el modo que Dios manda, quedamos desobligados á mirar el qué dirán; y aun la experiencia enseña, que la más común peste de la vida espiritual es mirar en todo el qué dirán; porque los que atienden mucho á esto, dejan de hacer por ello lo que deben; pues como son muy contados los que tienen espíritu para hacer lo que deben, cuando es contra el gusto de alguna persona, amigo, mayor ó compañero, ó contra lo que sigue y dice el pueblo, aunque errado, es más poderoso para derribar nuestra flaqueza el recelo de descontentar á quien puede decir lo que se le antoje contra toda razón, que la obligación de la virtud para despreciar el qué dirán. Por tanto, el Señor corta todo esto diciendo, que tengamos por cierto que los de su casa no serán menos murmurados que El, y que no le serán aceptos sino cuando cerrados los oídos á todo, hicieren lo que deben como El.

Sirva de desengaño á los siervos de Dios para no inquietarse con las injustas murmuraciones, que por más que en ellas se cansen, aunque tengan victoria de la virtud con perseverancia, jamás abatirán del todo las banderas de la lengua. Tengan por espejo en esto á Cristo nuestro bien, que teniendo este trabajo de ser murmurado por tan grande, que David le profetizó mucho antes, quejándose á Dios en su persona de las lenguas de los maldicientes, y dándole también gracias en persona del Señor de que siempre le libró de ellas; con todo eso nunca las hizo callar del todo. Por donde se ve que el mal de ellas es de una calidad que no estriba la victoria en enmudecerlas, sino en desmentirlas con pureza de vida. Así aunque el Señor tuvo perfecta victoria de los murmuradores, la consumada confusión de ellos y el pregón general de la victoria, está reservado para el día del juicio. Por el mismo camino llevará Dios á sus Santos, contra los cuales dejará algunas veces por sus altos juicios prevalecer las lenguas de los maldicientes delante de los ojos de los hombres, y los conducirá para sí con tan cabal victoria, que ningún mal de las lenguas perjudique sus famas; pero la gloria y honra de esta victoria quedará encubierta hasta el día final, en que los maldicientes se verán como merecen y los murmurados en la honra y gloria que nunca imaginaron. Así lo testifica la divina Escritura: que cuando los malos en el día del juicio vieren la honra de los buenos de quienes en la vida se burlaban y murmuraban, dirán confusos y arrepentidos sin provecho: *Estos son los que en algún tiempo escarnecíamos nosotros y teníamos por blanco de nuestros vituperios; mirad cómo están entre los hijos de Dios, y su suerte cayó entre la feliz de los Santos; erramos, pues, nosotros y no nos sirvió la luz de la justicia.* Por tanto, tengan los siervos de Dios por mal empleado el tiempo de satisfacer las murmuraciones; y pues es tan breve, mejor es guardarle para imitar la paciencia del Señor y dejar á El su causa.

No quita esto que en algunos casos particulares, haya necesidad ú obligación de dar cuenta de sí en público ó á personas particulares, para bien de algunas almas, ó para honra de la Iglesia, ó para

gloria y servicio de Dios; pero esto debe ser con mansedumbre, blandura y tal templanza, que baste para cumplir con la obligación y haya freno en la lengua para no murmurar de sus murmuradores; porque de otra suerte, si en una materia queda justificado, en otra será reputado como ellos. Y porque comunmente en la causa propia no quedamos cortos, se debe tomar consejo con algún siervo de Dios y no exceder su dirección. Con un extremo vicioso debe haber mucho cuidado, y es no quejarse mucho ni encarecer demasiado las sinrazones de los maldicientes; porque como esto parece que se funda en justicia y razón, encubre con más perjuicio el del alma. Quien encarece mucho sus quejas, pierde mucho de la pureza de la paciencia, arriésgase á confiar mucho de sí, préciase de su virtud y razón, menoscaba el crédito del prójimo, disminuye la perfección del amor que le debe y toma sobre sí la parte de sus cosas que debe dejar á Dios; y cuando al fin de sus quejas pretendiese recogerse á El, la experiencia le mostrará tener más que curar en sí que en las lenguas de los maldicientes. Muchos son los bienes que se pierden por quejarse y muchas las imperfecciones del alma. Déjolas á la experiencia por no alargarme mucho; y también digo que no las conocerá sino quien tuviere cuidado muy principal del aprovechamiento espiritual de su alma. Pero si tomaren mi consejo, gasten el tiempo de las quejas con Dios que todo lo ve, y conocerán cuán grande y secreto tesoro de bienes es tener mucho de qué quejarse para sufrir mucho y lograr en silencio los placeres de nuestro Padre de familias, que no ven los maldicientes que andan fuera de su casa.

La murmuración tiene una cualidad por la cual no debe tratar de ella el que deseare vivir quieto, y es ser una dolencia casi sin cura; porque la más de la gente que murmura, á lo menos cuando lo hace, es gente ociosa, y muchas veces maliciosa, y toma la murmuración por gusto y pasatiempo; y como las cosas que sirven de diversión y no tienen freno de la razón, son ordinariamente las más bien recibidas, aunque el trabajo que dan sea más molesto é importuno, se hace más imposible su remedio. De aquí nace que cuando más te fatigas sobre lo que de ti se dice, está el murmurador teniendo sobre ti el mejor rato de su gusto. No puede, pues, haber mayor despropósito en hombre de juicio, que estarse consumiendo en su retiro por los ociosos pasatiempos de los holgazanes y chocarreros. Mundo y lenguas que con juicio no pueden tener remedio, menos le tendrán con rabias; porque si el murmurador es malicioso, no tendrá mejor rato que cuando te ve colérico; y si es ocioso, halla más entretenidos los dichos cuando te ve más sentido.

Mucho mejor es el consejo de los antiguos filósofos, que los murmuradores deben servir á los virtuosos de espejo y enseñanza en sus defectos; porque el amigo suele echar el defecto á buena parte, ó tiene respeto ó cuidado para no decírselo á su amigo. Pero el murmurador, como tiene perdido el respeto, ve mejor el defecto ajeno y sin tiento le manifiesta. El virtuoso de juicio aprende en las

tachas que le pone el murmurador aquellas de que se debe enmendar, si las tiene, ó de las que se debe guardar, si se las imputan. Fuera de esto, como la virtud y la buena conciencia no pueden caer debajo de la flecha de la lengua, no tiene ésta jurisdicción para hacerla ningún verdadero daño, antes con su ponzoña la realza; porque si el murmurador dice bien del mal, es tan imposible juntarlos, que el mal queda más condenado con el bien. Si dice mal del bien, ni aun así puede el bien quedar perjudicado; antes el mal contra el bien queda condenado por la propia lengua del murmurador. Según lo cual, la virtud gana siempre en toda combinación; lo uno, porque ni combatida puede ser vencida; lo otro, porque los mismos males que la combaten, quedan por los juicios y lenguas de los suyos reprobados.

Con esto entenderás la razón con que dijo San Bernardo á los prelados murmurados (y lo mismo se entiende en los demás) que estaría la virtud ociosa, si no la hubieran de ejercitar sino con los sanos y virtuosos, porque éstos no necesitan de cura; pero cuando se emplea en los maliciosos y murmuradores, sufriéndolos, favoreciéndolos, sirviéndolos y haciéndoles bien, entonces aquellas sombras realzan los claros de su hermosura. Pero no sé si me queje de lo que el mismo Santo atribuyó á los monjes diciendo, que su entretenimiento era la murmuración. Debía de sentir bien las pérdidas de semejante pasatiempo, pues no logró su virtud disimularlo; y pienso que en el cielo donde está, aceptará que todos los de esta profesión lo desmintamos; y los que no lo hiciéremos, acordémonos de lo que dice el apóstol Santiago: *El religioso que no refrena su lengua y engaña su corazón, de este tal vana es la Religión.*

### EJERCICIO DE SER EL SEÑOR MURMURADO PARA CONSUELO DE LAS ALMAS CONTRA LAS LENGUAS MURMURADORAS

Bondad infinita y Dios de mi alma, buen Jesús, mi Señor, mi bienaventuranza, adóroos y os doy infinitas gracias porque por tantas vías y tan á costa vuestra me quitáis el amor de toda cosa terrena y os ofrecéis á mi corazón para satisfacer con Vos todos mis deseos. Si yo tuviese los ojos abiertos, ¿cómo podré amar y pegarme á una tierra y gente en que cupo tan gran mal que se atrevió á poner la boca en Vos, mi soberano bien, y no para alabaros, ni para pediros lo que nos podéis dar? ¿Para qué vivo en esta vida? Llevadme, Señor, adonde siempre y para siempre os alabe y adore. Llevadme á la compañía de aquellos purísimos espíritus celestiales, que os saben estimar, adorar y detenerse perpetuamente en vuestros divinos y soberanos loores, como Vos merecéis. Y mientras no me comunicáis este favor, dadme entrañable desprecio de los aplausos y alabanzas humanas y no querer ningún favor ni cosa alguna de lenguas que no os supieron adorar, ni dar gracias por cuanto merecéis. Si todos los nervios, venas y huesos de los hombres se hiciesen lenguas, y si todo el amor del paraíso se uniese á ellas para engrandecer lo que por nosotros hicisteis, ¿qué montaría todo en

comparación de quien sois y del amor que nos tenéis? ¿Pues qué será, si aun una pobre lengua que disteis á cada uno, no se emplea en vuestras alabanzas? ¡Oh amor de mi alma!, ¿qué hay en Vos de que se pueda decir sino alabanzas divinas y grandezas soberanas? ¿Que coméis con pecadores, que quebrantáis el sábado, qué habitáis con pobres y dejáis los soberbios y los ricos, que sois endemoniado y samaritano? ¿Ningún bien recibía el mundo de Vos, ningún bien le hacíais? ¿No hallaba en Vos cosa que le pareciese bien, ni en lo que hacíais veía vuestra divina virtud? ¿Veía vuestra misericordia y blandura? Tan ciego está, que no puede ver en Vos sino su mal. Pues, Dios mío, ¿cómo quiero yo de este mundo que vea en mí lo que no vió en Vos y que diga de mí lo que no supo decir de Vos? Amor de mi alma, ya que la muerte y la vida están en las manos de la lengua, y las de éstos no encontraron en Vos vida verdadera, sino lenguaje de muerte, abrid, Señor, mi boca, aplaudiré vuestras grandezas, y os daré infinitas gracias por las mercedes que el mundo no supo conocer en Vos, y viviré por la lengua alabándoos, mi verdadera vida soberana y eterna, adorándoos por las mismas mercedes de que el mundo murmura.

Adóroos, buen Jesús, por la misericordia con que comisteis con los pecadores. ¿Qué fuera de mí si no anduviérais sino con los justos? ¿Qué esperanza me quedara de alcanzar misericordia, si os viera solamente acompañado con inocentes y Santos? ¿Qué fuera de mis llagas y dolencias, si Vos, salud soberana, no entrárais en las casas de los miserables enfermos y de las almas perdidas? Digan lo que quisieren los ciegos fariseos, Vos sois mi salud, Vos sois mi misericordia, Vos sois mi refugio. No os son menos propias las mesas de los pecadores que las de los ángeles; porque en las nuestras arde vuestro amor en materia más dura, más difícil de quemar y obrar mejor sus operaciones. Pues, Señor, entrad en este corazón y venid á comer conmigo; ya sabéis lo que os he de dar. Habéis de sufrir la inmundicia de esta casa interior, todo os lo he de dar frío y tibio; el amor helado y sin sabor, los deseos sin sal del espíritu, las obras podridas é indignas de ser vistas, y todo lo habéis de tener como Vos lo veis. Pero Señor, no os podéis excusar de venir á mí que os deseo, porque Vos, salud de mi alma, lo haréis todo á vuestro modo, porque con Vos traéis todos los bienes. Acordaos, Señor, que habiendo dicho que vendríais á morar y cenar con quien os amase y guardase vuestra doctrina, tuvisteis tanta cuenta con los pecadores, que sin amaros ni conoceros, íbais á comer con ellos; á los justos vais porque os aman, á los pecadores para que os amen. Calentaréis, pues, este espíritu, me llenaréis de vuestro amor, todo lo reformaréis en mí; y si murmurasen los fariseos, os adorarán los ángeles y yo os alabaré.

Os adoro, Dios de mi corazón, porque no queréis tener en el sábado otro descanso que hacerme mercedes. Vuestro divino amor, que no descansa, después de haber hecho todas las criaturas corporales en seis días, tomó el sábado para descansar. ¿Por ventura,

Dios mío y Dios de amor, quisisteis estar ocioso en el sábado? Oh amor de mi alma, porque no os entienden los fariseos, por eso murmuran de este incomparable beneficio. Porque vuestra fiesta es descansar en mi alma, no queréis que tenga más ocupación que con Vos. El haber obligado á guardar las fiestas, fué para tenerlas yo ó para que Vos las tuvieseis conmigo. Diga de Vos el mundo lo que quisiere; yo creo y adoro ese amor eterno con que todo lo queréis para mí; adoro ese deseo de no descansar sino en mí; adoro ese gusto que todo lo hizo para mí; adoro la amorosa voluntad con que digisteis que tan Señor sois del sábado para hacerme en él mercedes, como de los demás días para criarlo todo en ellos. No os impidan mis maldades tener conmigo vuestros descansos y placeres.

Adóroos, Samaritano vencedor del demonio enemigo. No sabían lo que decían, porque todo lo decían con dañadas intenciones; pero yo os doy infinitas gracias por la merced que me hicisteis en declararme esta verdad. Vos, buen Jesús, os hicisteis en figura del pecador, samaritano; no conocido en el mundo como quien sois, mas caminando por este destierro nos hallasteis esclavos del demonio, llagados y muertos en nuestros vicios, llenos de flaqueza, sin remedio; pero con misericordia nos tomasteis sobre los hombros, curasteis nuestras llagas y mostrasteis que Vos sois el propio y verdadero prójimo y amigo nuestro. Oh divino amor, mostradme ese Corazón. ¿Qué gusto sentíais cuando por injuria os llamaban samaritano, acordándoos del amor con que lo quisisteis ser por nosotros? Por una parte os dolía mucho que no conociesen los maldicientes esa tan gran merced que motejaban; y por otra ardíais en amor y deseo de que todos se dejasen curar de Vos. No quisisteis que el amor del prójimo tuviese otro en quien emplearse más prójimo que á Vos. Oh mi único prójimo; guarde yo la ley que me disteis; hacedme á mí lo que queréis que yo os haga á Vos; amadme, mostrad en mí la fuerza y grandeza de vuestro amor, estad siempre conmigo, poned en mí vuestros ojos, porque de ahí ha de venir la virtud, la fuerza y la luz, para cuanto de mí queréis.

Adóroos, buen Jesús, y os alabo por la grande misericordia que hicisteis á los pecadores, que teniendo en Judea muchas casas de príncipes, letrados, sacerdotes y ricos, tuvisteis más cuenta con los deseos del pobre pecador Zaqueo, que deseaba veros, que con todos los grandes, aunque sabíais que por ello os habían de murmurar. ¿Qué es esto Señor? ¿Tan contados están delante de vuestros ojos y tan presentes los deseos de los pecadores, aunque sean imperfectos? Pues, buen Jesús, ¿qué más pecador que yo? Os deseo, salud mía; os deseo, hermosura mía; os deseo, bien soberano; os deseo, misericordia mía; os deseo, riqueza mía; os deseo, amigo mío, Redentor mío, Señor mío, Padre mío, tesoro mío y toda mi gloria y bienaventuranza. Deseo veros; pero soy tan pequeño, que no llego á alcanzaros con la vista; mas sé que de Vos soy visto y entendido, y no esperáis á que sea perfecto en lo que deseo, sino verdadero. Vos, verdad eterna, haced que de verdad os desee este corazón pe-

cador. Miradme, Señor, con misericordia como mirasteis á Zaqueo y á Mateo. Venid á hospedaros conmigo, y haced que con amor y gusto os reciba; obrad salud en esta vuestra casa; morad en ella; dejad á los que no os quieren y venid á mí.

Adóroos por cuantas mercedes hicisteis al mundo, que él no conoció. Os alabo por todo lo que de Vos murmuraron; por todo os doy infinitas gracias, y mucho más porque quisisteis sufrir por mí ese tan gran trabajo de las malas lenguas y todos los que ellas os dieron. En particular os adoro y alabo por la merced que me ofrecisteis en quererme tener por de vuestra casa, y ampararme en ella de todas las malas lenguas. Oh Señor, hacedme conocer aquella bienaventurada verdad, que vuestro siervo David (sufridor por vuestro amor de las malas lenguas) dijo: *Que Vos guardareis á los vuestros en lo escondido de vuestro rostro de las perturbaciones de los hombres y de la contradicción de las lenguas.* ¡Oh hermoso secreto! ¡Oh rico nicho escondido el de esa divina cara! Cuando en ella ocupáreis todo el secreto de mi corazón, ¿qué se me dará de lo que el mundo dice? La gente dice lo que no ve ni sabe; y quien ahí está escondido, ¿qué deja de ver y de saber? Logra la frescura de vuestras aguas vivas la substancia de vuestro pan divino, los placeres de vuestra secreta conversación y los tesoros escondidos á los ojos del mundo. Ah Señor, que no siento lo que dicen las lenguas, sino porque aún amo lo que quiero que digan, y no gusto de lo en Vos escondido. Harto de Vos, ¿qué se me da que digan que estoy pobre y hambriento? Preso y cautivo de vuestro amor, ¿qué se me da que digan que soy atrevido ó cobarde? Todo ocupado en amaros y teneros presente, y con esto estar todo embebido en Vos, ¿qué se me da que digan que no soy para nada?

¡Oh, si nunca valiese sino para amaros, ni supiese más que ésto! ¡Oh, si del todo me hiciese necio por amaros! ¡Oh, si del todo me volviese inútil para el mundo por estar poseído de Vos! Hablase el mundo y os oyese yo á Vos, mi buen Jesús; murmurase él y os lograse yo; se quejase él y no os perdiese yo; dijese de mí males y os contentase yo. ¿Quién perdería, mi buen Jesús, ó quién ganaría, mi amor divino? Oh cielos, rompeos y dejadme ver este mi Señor y mi bien. ¡Qué digo, buen Jesús! Esos cielos son sordos, no me entienden. Ese vuestro suave Corazón es mi cielo vivo, que tiene ojos y ve, oídos y oye, voluntad que ama, sabiduría que conoce, hermosura que alegra, luz que alumbra, mansión y blandura para todos. Oh mi vivo cielo, que me veis y me entendéis, abríos para mí; dadme luz y dejadme ver lo que pasa allá dentro; recibidme, suave cielo; cerraos conmigo y clamen cuantos quisieren contra mí. Oh cielo divino, cielo amoroso, que no sois por vuestra naturaleza duro ni esquivo para los pecadores, ¡no os endurezcáis para mí! Si yo estoy duro, lloved en mí esas aguas divinas; si ciego, enviad esa divina luz; si sucio por los pecados, despedid ese misericordioso rocío que me haga tal que pueda entrar allá. Sé que allá me deseáis y sabéis que en esta hora os deseo; abríos para mí; abríos y recogedme. Os

amaré, os alabaré, me poseeréis y os poseeré; huiré de mí y viviré en Vos. Oh amor divino, pues me hacéis desearos y me conocéis, haced en mí lo que queréis, y querré en mí lo que quisiéreis.

Oh Padre divino de familias, que quisisteis que el mundo os llamase Belcebú para consolación de todos los que son de vuestra familia; pues que tanto cuidado tuvisteis con lo que yo había de padecer en el mundo, que quisisteis padecer primero más que yo, enseñadme á que me precie de parecerme en todo á Vos y ser de vuestra casa. Tiene el mundo por razón, que se precie el vasallo de su rey, el criado de su señor y que se exponga á peligros, sufra trabajos, afrentas y que muera con él, siendo de tierra el señor como el criado, y miserable el rey como el vasallo. ¿Con cuánta más razón me deberé yo holgar de pasar por donde Vos pasáis? ¿Para qué quiero loores del mundo que os blasfema? ¿O por qué no quiero ser con los de vuestra familia murmurado, pues Vos, Padre y Señor nuestro, lo sois? Vos, Dios y Señor mío, que no os pusisteis por Maestro y espejo, sino porque veíais mi flaqueza, acordaos de mí con misericordia; quitad de mi corazón el cuidado y sentimiento de las lenguas de los hombres. Bien sabéis que no me pueden dar mucho cuidado, sino estando mi corazón tan bajo, que desee contentarlos. Cuándo querré, Señor, de corazón, que ni vuestros siervos me tengan en buena cuenta para que sólo viva de puro deseo de contentar á Vos. De vuestra casa, Dios mío, recibo todos los bienes corporales y espirituales, y espero los celestiales. Por Vos huyen de mí los demonios; por vuestro me sufris, perdonáis y esperáis; por Vos me libro de todos los males y estoy abastecido de todos los bienes. ¿Pues qué mucho haré en sufrir por Vos cualquiera mala lengua, cuando Vos lo sufristeis por mí? ¿Qué mucho que á Vos sólo, de quien todo lo recibo, procure contentar, y no se me dé nada de que el mundo entero se descontente de mí? Oh buen Jesús, Vos que conocéis la imperfección de este corazón, cuando se resiente de lo que dicen y recela lo que se dirá, tened misericordia de mí y alumbradme en esta verdad. Enseñadme y ayudadme á no dar justa materia de murmuración para que ninguno os ofenda por mí; que esto sea con pura intención de contentaros; que ningún cuidado ni pena me dé el que hablen de mí; que no gaste la vida y el tiempo en justificarme con los hombres, sino que toda la vida, todo el tiempo y toda la ocupación de este corazón, sea contentaros y sufrirlo todo por vuestro amor.

Oh Maestro de eternas verdades, que nos mandasteis rogar por los que dijesen mal de nosotros; no queréis Vos ser rogado, sino para que nosotros seamos oídos. Pues Señor, ya que así lo mandáis, abrid vuestros piadosos oídos á la indigna oración de este pecador que os pide misericordia por todos los que de mí dicen, dijeron ó en alguna hora dijeren mal. Vos sabéis que no alcanzan ellos á decir cuánto mal hay en mí; y que no pecan tanto por decir más mal de lo que yo tengo (que no es posible) cuanto porque vuestra bondad manda que no lo digan. Vos, Señor, podéis curarlo todo;

remediarme á mí de mis males y á ellos hacerles que los digan. No sea yo, Señor, materia de que se pierdan las almas redimidas con vuestra sangre. Hacedles conocer la pureza de vuestro amor para que lo deseen; la riqueza de vuestro espíritu, para que os la pidan; la blandura de vuestra conversación, para que la busquen; lo que á los vuestros comunicáis, para que en Vos todos se ocupen, y á mí me dejen, no para mi alivio, sino para su aprovechamiento espiritual. Mudad, Señor, el mal de sus lenguas en alabanzas vuestras para que seáis glorificado de quien sois ofendido. Dadles verdadera caridad para que ayuden á remediar con amor espiritual el mal que que en mí vieren y sea materia de que se salven, lo que les es ocasión para ofenderos. Juntadme á mí con ellos en unión de puro amor vuestro para que de todos seáis amado, adorado, alado y servido para siempre.

Madre de Dios, Señora del mundo, Reina del cielo y Madre de los pecadores, favoreced á este pobre que á Vos se refugia. Alcanzadme de vuestro Hijo que sea yo de su familia y que me huelgue siempre de pasar por El los trabajos que por mí pasó. Y á todos los que de mí dicen mal alcanzadles lugar en esa misma casa suya y vuestra para que todos seamos vuestros y empleados en el servicio de vuestro Jesús y nuestro. Oh ciudadanos de la casa y ciudad soberana, seguros de vuestros tesoros y libres de nuestros peligros, mostradnos á todos cuanto merece ese Señor que adoráis ser alabado de nosotros para que nuestro amor y nuestras lenguas estén por siempre unidas en sus loores con las vuestras. Amén.

## TRABAJO XXII

### Contradicción de su doctrina y de sus obras.

No anda ordinariamente el pecado envejecido sin compañía de otros tan malos ó peores que se originan de él, á quienes abre el camino; porque como dice San Gregorio, la culpa que por penitencia no se limpia ó ataja, lleva á otras con su mismo peso. Quien bien lo considerare, experimentará en sí mismo que aunque no cometa muchos pecados, si no refrena la costumbre de uno solo, á quien se halle inclinado, por aquél tendrán entrada los demás, ó los que más le puedan perjudicar. Por eso el demonio tentador no se desvela en otra cosa más que en estorbar la enmienda de cualquiera mala costumbre; y en teniendo preso por ella un corazón, no se mata mucho por estorbarle otros bienes qne puede hacer; porque está seguro que mientras le dure aquella puerta abierta, no le faltará hora y ocasión para dañar en cuanto pretendiere.

Para esto, tanto monta que las cosas sean graves como leves, si fueren malas y de costumbre; porque aunque la caída sea menos precipitada, será igualmente peligrosa donde hubiere descuido. Quien no hace caso de lo poco, caerá (dice el Sabio) poco á poco.

A lo menos en las religiones, donde se cuida más de la reformación de las almas, hay de esto grandísimas experiencias; porque no comienza á perderse la observancia por grandes profanidades, sino por leves relajaciones; y en lo común no entra sino por los particulares, hasta que imitando unos á otros se pierde todo. Olvídase el religioso del fervor con que entró en la religión; da en parlero; de ahí pasa á distraído; de ahí á murmurador; de ahí á impaciente; de ahí á desobediente, y de ahí á fastidiarse de cuanto es observancia y estrechez. Otro da en ocioso; otro en apetecer cosas pequeñas, de que no hace caso; otro en discurrir por casas y amigos, por lo que pierde el recogimiento; otros en cosas que cada una en el principio parece niñería, por lo que los prelados pasan, ellos disimulan consigo y después vienen á ser rocas vivas, que ni con fuego, ni con hierro se pueden deshacer, porque en el mundo los más de los males nacen de la primera mala inclinación con que uno comenzó á pecar, sin atajarla. Y porque no salgamos del asunto que tenemos entre manos, ¿cuántos vicios brota de sí la costumbre de murmurar, que parece pasatiempo de la vida y que comunmente se toma por diversión? Acompáñala luego la mentira en lo que aumenta ó disminuye; tras de ésta viene la infamia del prójimo, la maledicencia, el falso testimonio, acompañado esto de ira, rabias, indignaciones, escarnios, zumbas y obligaciones de restituir honras, que no se cumplen; y en fin, con la costumbre de murmurar de todo, vienen á decir mal del bien, desaprobar la virtud, contradecirla, desacreditarla y hacerla cuanto daño pueden.

No es pequeña demostración y ejemplo de esto el mucho y perverso mal á que llegaron las lenguas que murmuraban de Cristo; pues llegaron á contradecir toda su doctrina y obras divinas, de modo que cuanto más patentes eran las verdades, tanto más trabajaban por obscurecerlas; cuanto más admirables se mostraban las obras, más se desvelaban en contradecirlas; y por no haber cerrado esta puerta de la murmuración, entraron también por aquí los muchos y gravísimos pecados y crueldades que después cometieron. Y fuera del mal que á sí mismos se hacían, daban al Señor grandísimo trabajo de todos modos muy sensible, porque le tocaba en lo que más le dolía. A los flacos los retiraba de que recibiesen sus favores; á los de buen corazón los escandalizaba; á los maliciosos atizaba; á los de poca fe los apartaba; á los enemigos los endurecia é imposibilitaba para el efecto que en ellos podía hacer la luz; y al mismo Cristo le afligía, porque sentía las pérdidas de todos, y el tiempo que deseaba gastar en favorecerlos, le ocupaba en convencerlos y defenderse de ellos porque no dañasen á los demás.

Cuando prometía ó aseguraba á los pecadores el perdón de sus pecados, publicaban ésto por blasfemia, aunque veían que calificaba una tan importante verdad con milagros que hacía para el fin. Cuando los convencía de que era Hijo de Dios, lo refutaban con el recurso de que El solo daba testimonio de sí mismo; y teniendo delante de los ojos obras tan divinas, á todo los cerraban por contra-

decir á la eterna verdad. Unas veces por desacreditarle, le preguntaban en público ¿con qué autoridad predicaba ó hacía milagros? Cuando predicaba en la sinagoga en sábado y confirmaba con milagros la doctrina, inquietaban á la gente los que cuidaban de las sinagogas y los echaban fuera con pretexto de que era sábado. Juntábanse muchas veces á consejo con capa del bien público para estorbarle sus divinas obras, coloreando su malvada intención con el pretexto de que no pensasen los romanos que se querían levantar con la tierra. Y habiendo entre ellos algunos que en secreto eran discípulos del Señor, si éstos decían alguna palabra en su defensa, los abatían con porfías, contiendas y blasfemias. Cuando veían que la verdad siempre prevalecía, decían entre sí en sus consejos: *¿No veis que no aprovechamos nada?* Indicio de que era mayor la malicia y deseo de contradecirle en todo, que lo que por fuera mostraban; y nada de esto se ocultaba á la infinita sabiduría del Señor. Cuando, en el día de Ramos, vieron las divinas alabanzas que el pueblo y niños le daban, se fueron á él llenos de rabia, motejándole porque no los hacía callar. Como el pueblo, admirado de las obras divinas que veía, alababa á Dios y las engrandecía, luego se interponían ellos públicamente para desairarlas y abatirlas. Hacíanle muchas preguntas delante del pueblo para contenerle y avergonzarle, y, cuando les convencía con divinas respuestas, en lugar de mostrarse enseñados y agradecidos, juntaban consejo contra El, buscando modo de abatirle.

En estas dañadas infidelidades y contradicciones, con otras semejantes ó peores, anduvieron inflamados todos los tres años que el Señor predicó, hasta que, viendo que nada les aprovechaba, le mandaron prender públicamente para desacreditarle con el pueblo. Pero los mismos ministros, pasmados de la grandeza de su doctrina, volvían engrandeciéndola. Ellos, enfureciéndose como perros rabiosos, determinaron declararse públicamente contra El, é hicieron leyes penales, que promulgaron, contra los que le siguiesen y aprobasen su conducta. Y como el pueblo siempre lisonjea y se pone de parte de los mayores, comenzó luego á haber expías y delatores; de suerte que, en haciendo Cristo algún milagro, luego había soplo, y llamaban ante sí á los curados para hacer pesquisa del modo y tiempo á fin de hallar medio de condenarle: según se vió con el paralítico de la piscina y con el ciego de nacimiento, sobre quien estuvieron tan porfiados, que llamaron á sus padres para ver si negaban que hubiese nacido ciego, y ellos, temerosos, se remitieron sobre la verdad del hecho al testimonio del hijo, quien fué llamado; y le hicieron tantas preguntas, con tal tema y porfías blasfemas por deshacer aquel gran milagro, que el ciego, más alumbrado ya en el alma que en el cuerpo, les dió tales razones, confundiéndolos, que no tuvieron más respuesta que echarle fuera de la sinagoga con injurias, como maldito y excomulgado que se atrevía á decirles que sería bueno se hiciesen sus discípulos, y por el atrevimiento con que los quería enseñar. A Lázaro, después de

cuatro días de resucitado le quisieron matar, porque muchos creían en el Señor en virtud de tan grande milagro.

Esto cansaba tanto al divino Cordero, que muy anticipadamente se quejaba por el profeta Isaías, que sería buscado de los que no le conocían y hallado de los que antes no le buscaban; y que trabajaba en balde con este pueblo, porque todo el día extendía las manos llenas de mercedes á un pueblo incrédulo que seguía sus inclinaciones, y siempre (según la letra de San Pablo) le contradecía. Por tanto, algunas veces enfadado de ellos, y por dar lugar á su malicia, los dejaba en Judea y se pasaba á otras partes, ó se encubría á veces: ya los dejaba, ya volvía á ellos; pero nada aprovechaba. Cuando los dejaba, pregonaban bandos para que todos declarasen dónde estaba; cuando volvía á hacerles merced de verlos, ardían en rabia de no poderle dañar; seguíanle donde iba para oponérsele en todo, y en cuanto podían cansaban aquel suave espíritu, que ardía en deseo de salvarlos. Cuánto cansaría al Señor este trabajo, es tan claro, que ni se necesita ni se puede encarecer. Lo que en este caso más admira es la malicia del corazón humano, dispuesta á contradecir verdades conocidas y obras divinas; porque de parte del Señor no había ocasión alguna. Nunca los desdeñó de su compañía; nunca, siendo tales, les despreció los convites y comidas que, para disimular con El, le ofrecían; nunca dejó de ir á sus casas cuando le llamaban para curar sus enfermos; nunca dejó de darles razón de sí cuando se la pedían; mostrábales la verdad de todo con tanta claridad que no la podían negar, y sobre todo, ninguna cosa de ellos pretendía, ni impedía lo que les tocaba. No se oponía á la obediencia que el pueblo les daba, antes enseñaba que aunque los viesen malos, los obedeciesen como si fueran buenos. Ni envidiaba ni pretendía sus honras, dignidades, haciendas y valimientos; de suerte que la malicia de éstos no podía cegarse con codicia de bienes que les quitase, ni por interés de cosa que les impidiese, ni con deshonras que les hiciese, ni con verdadera queja que de El tuviesen, ni con materias rigurosas ó imposibles que les predicase. Y con todo eso, sin tener la más mínima ocasión, contradecían su vida, su doctrina y obras, en todo divinas y maravillosás, siendo ellos los que con color de santidad mostraban que aceptarían por Mesías á San Juan Bautista, si dijera que era el prometido. Y ni el crédito que deseaban conciliar con el pueblo que seguía al Bautista, ni el interés de medrar con él, si fuese el Mesías, bastó para moverlos á querer tener el mismo valimiento con Cristo, que en todo era más admirable que el Bautista. En fin, ni por virtud, ni por ambición, ni por interés, se le rindieron, ni dejaron de contradecirle y oponérsele en todo, sin ninguna ocasión que el Señor les diese por su parte.

No acabó en esta mala gente la desventura de contradecir á la virtud y á la verdad. Hasta hoy pasan por este trabajo muchos siervos de Dios, permitiéndolo El para prueba de su virtud; y para que sea más acrisolada permite que de los propios parientes, ami-

gos, compañeros y más obligados nazca la mayor parte de este trabajo. Algunas veces entra por gente que tiene nombre, crédito y autoridad, los cuales son tanto mayores y más deshumanos verdugos cuanto pueden dar más color al mal, por la obligación de mirar por el bien público, ó no dejar engañar á la gente, ó por otros respetos que no deshacen su malicia, y justifican la persecución con que molestan á los siervos de Dios. Tal vez llega esta cruz á un grado que no sé si le puedo llamar el mayor, más cruel y más poderoso para afligir, y en que necesita más vigilancia el siervo de Dios para no dejarse caer; el cual es deshacer, contradecir y oponerse á las verdades, á las obras buenas y cosas dignas de alabanza, no por otro respeto ni color, sino claramente por fastidio del crédito de la persona. De esto hay mucho en el mundo, y tanto, que hasta las cosas que necesitan y que con más gusto, abundancia y provecho hallarían en uno de éstos, más las quieren perder que recibirlas de su mano; no porque de ello les venga ningún mal, sino porque no vean los demás que de allí puede salir aquel bien mejor que de los otros. Más quieren carecer de la tal cosa y remediarse con faltas, y á veces con descrédito, que ver en aquella persona ventaja en ninguna cosa. Rompen por la justicia, por la conciencia, por el amor del prójimo, por la propia honra y virtud, por el gobierno y bien común, por no dejar de contradecir la virtud, honra ó persona que desean abatir.

Esta fué al pie de la letra la malicia de los judíos; porque si quisieran acreditarse con el pueblo, nadie los honraría más que el mismo Cristo; si quisieran ser Santos, ninguno los santificaría más; si quisieran tener mucho valimiento, nadie más los ensalzaría; si quisieran librarse del yugo de los romanos, ninguno mejor los podía asegurar que Aquel que resucitaba muertos, era obedecido del mar y de la tierra, de la muerte, del infierno y de los demonios. Pero sólo por no ver honrar al Señor y por deshacer el crédito de su persona, sin otro algún motivo, se determinaron á contradecirle en todo. Si esta desventura entra en gente que profesa santidad, son mucho más crueles perseguidores y mucho peores de remediar; porque se aprovechan de la profesión para ser tenidos por celadores y sueltan las riendas á la naturaleza con tanto mayor y más cruel malicia, cuando contra su obligación persiguen más claramente la verdad. Quisiera alargarme aquí en favor y para consuelo de los que padecen este trabajo, porque si verdaderamente aman á Dios y á los prójimos con pureza de intención, toleran una gravísima cruz. Mas como el Señor á quien ellos sirven, es el que para su mayor gloria y corona los deja pasar por este trabajo, no les digo más (por abreviar) sino que pongan los ojos en este Señor que los gobierna, y vean cómo El sufrió esta rigurosa cruz, y le den muchas gracias por la merced con que les favorece en hacerles partícipes de ella; y reparen con mucha consideración cómo trató á sus contrarios para consolarse perfectamente con El, que es seguro refugio, justo Juez y verdadero amigo.

Pero los que caen en tan malvada ceguedad, necesitaban aquí larga doctrina para que se conociesen. Mas ¿cómo presumiré alumbrar á los que están ciegos con un tan perverso género de malicia, que ni de la luz divina se dejan penetrar? Conténtome con prevenir á los que no hubieren caido en contradecir la verdad conocida, con recordarles, para que se guarden, el grande encarecimiento con que el Profeta Oseas dice que veía Dios muchos pecados en la tierra por donde castigarla; porque no había en ella verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios, y había muchos falsos juramentos, mentiras, homicidios, adulterios y tantos pecados, que unos se alcanzaban á otros sin parar, y por eso determinaba castigar y destruir la tierra; igualando en el castigo al pueblo, profetas y sacerdotes, porque tales eran los unos como los otros. Y para que ninguno tuviese esta justicia por rigurosa, dice de parte de Dios, que nadie se atreva á hacer juicio en esto y argüir á Dios (noten esta palabra), porque todos eran tales como gente que contradice al sacerdote. De suerte que tuvo Dios por tan grande y tan grave género de culpa el contradecir al sacerdote, que no se podía comparar á otra cosa peor la malicia de la gente en quien Dios quería mostrar el motivo que tenía para destruirlos. Y así fué por qué ordenó el sacerdocio en aquel pueblo, para que fuese continuo su servicio, continua la doctrina, perpetua la memoria de su ley, y para que hubiese quien tuviese por oficio aplacar la ira de Dios con sacrificios y remediar todas las culpas del pueblo y conservarle en su conocimiento; claro está, que cuando el pueblo llegase á contradecir á los ministros de su salud espiritual, mediadores con Dios en sus peticiones y necesidades, ningún bien le quedaba de que poder echar mano, y con que poderse remediar y sanear con Dios para atajar sus culpas y librarse del castigo que merecían.

¿Pues cuánto mayor mal y más sin remedio sería contradecir á la suma verdad, Hijo de Dios vivo, Sacerdote eterno, nuestro sacrificio, nuestro Redentor, Salvador del género humano, descendido del cielo para remediar nuestra perdición? No tiene esto palabras con que poderse encarecer. Pues en este género de culpa caen, y á veces sin conocerla y ver su gravedad, todos los que contradicen la verdad conocida; porque como nuestros yerros sólo tienen remedio en el conocimiento y aceptación de la verdad, la costumbre de resistirla es hacer alianza con la mentira y aborrecer su propia salud; y los que resisten la virtud y contradicen las personas á quienes tienen poca inclinación, contra la verdad que en ellas ven y por oposición, no piensen que puedan agradar á Dios cuando se hallaren delante de El, ni se engañen á sí mismos ante el divino Juez; porque como todo bien, donde quiera que esté, y la persona que ellos aborrecen, es cosa suya; donde ve una alma que contra razón y contra verdad contradice y se opone á lo que Él no desaprueba, la mira como enemigo, y se descontenta de ella como de su contraria; y ya dijimos que por cosas pequeñas no atajadas al principio, se pasa á cosas grandes. De querer llevar adelante lo comenzado por no te-

ner á bien el desdecirse, y por acostumbrarse á mantener la porfía contra lo que le hacen entender, y de otras semejantes menudencias, se pasa poco á poco á perder el respeto á la verdad y la virtud, y no tener miedo de contradecirla. Por eso decía el sabio: *De ningún modo contradigas la verdad, antes bien muestra que te corres de la mentira y del poco saber.* Gran demostración es de poco entendimiento no desprenderse el hombre de lo que con poca ciencia ó falsedad pronunció; porque muestra que no cabe en él virtud para enmendarse, ni discreción para alcanzar más. Y la virtud por sí es tan hermosa, que el que se corre de la mentira que dijo y de lo poco que alcanzó, queda con ella más honrado y tenido por más verdadero; porque siempre es y será así lo que la suma Verdad dijo: que al que sigue la verdad, ella le librará, y solo éste será verdaderamente libre.

### EJERCICIO DE LA CONTRADICCIÓN QUE EL SEÑOR SUFRIÓ CONTRA SUS VERDADES

Eterna y suma verdad, Verbo sempiterno é Hijo de Dios vivo, yo os glorifico con todos los espíritus angélicos, con todos los bienaventurados, con todos los justos, con todos los redimidos por vuestro amor, con toda vuestra Iglesia católica, con todas vuestras criaturas, y con todas vuestras obras y virtudes, que siempre os glorifican; porque Vos sois mi camino, verdad y vida; camino por el cual voy á Vos; verdad con que os conozco; vida con que os vivo; camino que no tiene peligro; verdad que no tiene engaño; vida que no tiene muerte. Quien por Vos no camina, se pierde; quien con vuestra luz no ve, está ciego, y quien en Vos no vive siempre, muere. Vos sois mi verdadera vida, mi verdad viva y eterna, mi camino cierto y vivo. Vos sois, mi Dios vivo á quien sirvo; mi Dios verdadero á quien amo; mi Dios eterno y soberano á quien camino. Prended, Señor, en Vos mis pies, para que no ande por otro camino; dadme vuestra luz, para que siempre vea vuestra verdad, y vivid Vos en mí, para que no tenga otra vida. Y pues de Vos ha de venir este bien, libradme del mal que de vuestros enemigos y de mí puede venir; porque si Vos no me libráis, yo siempre desfallezco por mí, y quedaré tanto peor, cuanto siendo Vos tal para mí, tuviere yo menos de Vos.

Vos, Señor, sabéis que más me cegaré con vuestra luz, si no penetra mi corazón, para que con ella misma os vea. Acordaos que digisteis de los que se tenían por alumbrados, que ojalá conocieran que estaban ciegos; mas porque no lo conocían, se cegaban más con vuestras luces. Conozco, Señor, que nací ciego; conozco que en lo que es mío siempre lo soy. Tened misericordia de mí, Hijo de David, para que os conozca en vuestras obras, y para que preso de vuestra hermosura siempre os siga. No os pido en ésto sino lo que Vos me deseáis dar, y por lo que tantos trabajos tolerasteis. Pues ya que me dais gracia para que yo también lo quiera, dadmela para merecerlo, y para aceptar con agradecimiento y amor todas las mer-

cedes que me ofrecéis y que deseáis comunicarme. Y pues no queréis que aprovechen sin mí esas vuestras mercedes, y yo no puedo aprovecharme de ellas sin Vos, enseñadme á conocerlas; haced que las desee, dadme gracia para aceptarlas, amarlas y estimarlas, y que me haga tal cual Vos queréis que sea. ¿Cómo, Señor mío, podréis negarme lo que os pido, aunque ni lo merezco ni lo sé pedir como debo? ¿No sois Vos el mismo Salvador y misericordioso Redentor que extendíais siempre las manos llenas de bondades y soberanas mercedes sobre quien no os creía y á los mismos que las desechaban y os contradecían? Pues si sois el mismo, sin que haya disminuido vuestro amor, y no sois menos mío que de todos, oidme, enriquecedme y dadme vuestras misericordias. Acordaos con cuánto amor anduvisteis entre gente incrédula, con qué blandura la sufríais y con qué trabajo disimulábais que os contradijesen en todo. Con vuestra luz se cegaban tanto, que no sufrían alumbraseis al mundo; pretendían encubrir y abatir vuestra divina virtud con sus malicias; trabajaban por apartar á los hombres de vuestro conocimiento y amor; querían desdecir vuestras puras verdades, y abatían cuanto podían vuestras divinas obras. Cara á cara, en vuestra misma presencia y delante de todo el mundo os contradecían; en todo se os oponían; contra Vos hacían leyes; con el mismo bien se dañaban; cegábanse con la luz, y hacíanse peores con la cura y redención, por aborrecer el bien y estar casados con su malicia.

¡Oh Cordero Jesús, cuánto más suave fuera á vuestro amor ser crucificado cada día para salvarnos, que ver la contradicción de sus infieles corazones! En la cruz halló por Vos un ladrón el paraíso; y en el templo y dentro de sus casas, los que parecían santos, por rebeldes á Vos, merecían el infierno. Con todo eso los sufristeis con mucha pena y trabajo; perseverabais en vencer su dureza con blandura, su resistencia con mansedumbre y su malévola intención con vuestras mercedes continuas. Y ni aun esto os vale, por que ellos se pierden y Vos quedáis con vuestro dolor y sentimiento. Mudad, Señor, hacia mí ese cuidado y ansia; yo confieso las verdades que ellos no creían; yo adoro las virtudes que ellos aborrecían; yo glorifico las obras divinas que ellos contradijeron. Ya que tanto hacéis por los que os desechan, venid, mi Jesús, á quien os llama. Vos, Señor, dijisteis que abriésemos la boca, y eso bastaba, que Vos la llenaríais y saciaríais. ¡Oh, si todo mi interior se convirtiese en en bocas muy hambrientas de Vos, para que me saciaseis! Pero alargo cuanto puedo los suspiros de este corazón y los deseos de mi espíritu. Venid, Señor, con vuestra luz, con vuestras verdades, con los bienes que á los vuestros comunicáis, henchid esta alma para que con Vos deseche cuanto impide la riqueza de vuestros bienes suavísimos.

¡Oh mi buen Jesús! Bien sé que si miráreis con justicia lo que merezco, se cerrarán vuestros ojos para mí, ensordecerán vuestros oídos á mis voces y vuestra suave presencia huirá de mí; porque no merezco yo menos castigo que estos rebeldes contradictores de

vuestras obras y doctrinas. Creyendo lo que ellos negaban y adorando lo que contradecían, siempre fuí rebelde á vuestros llamamientos é inspiraciones; y si soy pobre y miserable, es porque siempre quedó por mí, nunca por Vos. Cuando no os conocía me enseñasteis; cuando huía me llamasteis; cuando me olvidaba de Vos me alumbrasteis; cuando pecaba me íbais á la mano con vuestras inspiraciones; cuando me resfriaba me acalorábais; siempre me proveisteis con abundancia, sustentasteis con amor, sufristeis con piedad, me gobernasteis con cuidado, me cercasteis de todos los bienes con largueza, de día y de noche, en todo negocio, hasta pecanco y ofendiéndoos, nunca me negasteis vuestras mercedes; y con todo esto siempre seguí mis apetitos más que vuestra voluntad, no acudí á vuestros llamamientos; gusté de las mentiras que me pervertían el amor y robaban este miserable interior, más que de vuestras puras verdades llenas de los divinos tesoros.

Yo soy de aquellos de quienes con justísima razón os quejáis, de que os volvieron las espaldas y no la cara. Vos poníais en mí vuestros piadosos ojos; yo los míos en desventuradas bajezas; Vos me dabáis vuestro amor; yo el mío á las criaturas. Vos siempre en pos de mí; yo tras de lo que huye de mí. Vos dentro de mí; yo embebecido en lo que es fuera de Vos. Si con la fe no contradije vuestras verdades, con el gusto y con el cuidado favorecía las mentiras del mundo. Si no me opuse á vuestras obras, tampoco me sujeté á vuestro suave servicio. Oh misericordioso Señor, que ni sé, ni puedo confesaros cuán rebelde fuí siempre. Sé que me hallo cercado de mercedes vuestras y pobrísimo; criado en vuestras doctrinas y muy ciego; en medio de cuanto por mí habéis hecho, miserabilísimo. Todas mis aficiones me arrebatan siempre el cuidado; ¿pero de Vos, á quien sólo le debo, cuando me acordé, como de la más ínfima? ¿Cuándo no os troqué por cada una de ellas? ¡Ay mi Dios! Mas quiero callar mis males, porque no corrompan vuestras criaturas. Vedlos Vos con la misericordia con que los sufrís, y curadlos con el amor con que todo me lo dais. Y ya que no merezco gustar de vuestros suaves abrazos, que siempre deseché, no me neguéis el humilde conocimiento y arrepentido dolor de haberos desechado. ¡Ay Jesús mío! ¿Qué gané en andar siempre contra vuestro gusto? ¿Qué me quedó de oponerme á vuestra voluntad más que estar ante Vos pobre, consumido, llagado y miserable, cuando pudiera estar lleno de Vos y de vuestros más ricos tesoros?

Mas no sois Vos, buen Jesús, como el rico avariento, que tenía á Lázaro á la puerta y pasaba sin mirarle, y se iba á hartar, con menos piedad del pobre que de los perros que le lamían las llagas. Vos no sabéis ser avariento de vuestros bienes, pues tan largamente los ofrecéis á quien no los quiere. No queréis gozarlos solo, pues para todos sois Jesús y Salvador. Pues, mi rico Jesús, dad una limosna de misericordia á este pecador; limosna de luz á este ciego; limosna de salud á este llagado; limosna de amor á este tibio; limosna de contrición á este errado; limosna de sujeción á este re-

belde, y limosna de vida á este muerto. Pues no me disteis perros que lamiesen mis llagas, sino vuestra preciosa sangre que me las bañase y lavase, sienta yo su virtud en que todo me convierta á vuestro gusto y voluntad. Acaben, Señor, desde ahora para siempre mis huídas, mis contradicciones y desobediencias. Llevad á Vos todo mi corazón, todo mi amor, todas mis potencias y toda mi alma. Recobrad, buen Jesús, de las manos de mis enemigos, lo que es vuestro; recogedlo, tenedlo, poseedlo para siempre, mi Jesús.

¿No haréis, Señor, que me arroje de sí el mundo y que me desprecie y me tenga por indigno de sí por amor vuestro? Esto hizo al que nació ciego, que confesaba vuestras maravillas, y sin veros recibió de Vos vista; y cuando arrojado del mundo por ser vuestro no sabía buscaros, Vos le buscasteis y entonces le hallasteis digno de veros con los ojos que le disteis, cuando sufrió por vuestro amor que el mundo no le quisiese ver como maldito. Entonces os vió; entonces os conoció; entonces os adoró; entonces le dijisteis quién sois y os siguió y le recibisteis para siempre por vuestro. ¡Oh, quién fuera tan dichoso! Si me hace mal tener ojos, cegadme, Señor, para que me volváis á alumbrar y yo me vea. Si me hace mal cuanto veo fuera de Vos, poned en Vos mis ojos y descubríos á este corazón para que me prendáis de vuestro amor. ¡Ah Señor! ¿Tanto estimáis á los despreciados del mundo, que yo hasta ahora estimé y deseé ser estimado de él? ¡Oh pobre de mí, que no os merezco lo que merece este ciego! Desde que nació, hasta crecida edad, siempre fué mendigo y necesitado mientras no os vió; al punto que lo consiguió, no pudo sentir más necesidad ni miseria. ¡Oh riqueza desconocida del mundo! ¿por qué me dejáis andar tantos años mendigando tras de este errado mundo? Descubríos, riqueza mía; mostraos á mis ojos, grandeza infinita; y pues no quisisteis del ciego más que saber si creía y deseaba ver al Hijo de Dios para decirle luego quién sois, creo, Señor; quiero, Señor; deseo Señor, conoceros, veros y amaros; no me neguéis lo que me hacéis desear. Es verdad, buen Jesús, que el ciego no había visto cosas que le prendiesen el corazón, y los fariseos, presos de las aficiones de la tierra, nunca os conocieron. Yo soy otro tal. Mas Vos, Señor, no limitasteis vuestra virtud para los ciegos de nacimiento, pues no lo era San Pablo cuando le cegasteis para que os viese. Cerrad, buen Jesús, mis ojos para que no vea las vanidades, y quitad de mi corazón las prisiones de la tierra, para que os vea, luz de mis ojos, satisfacción de mi corazón, eterna, rica é infinita.

¡Madre de Dios y humilde sierva, que siempre os preciasteis más de esclava que de madre! Humillad mi corazón, sujetadle á la verdad y sacadle de los engaños de la vida, para que la verdad me libre de ellos. Celestiales espíritus y ciudadanos, que veis, ardéis y poseéis los bienes que amáis, eternos y soberanos; pues yo fuí criado para ellos, sacad este pobre corazón de las cosas terrenas, para que, libre de ellas y de mí, viva con Vos siempre en Dios y para siempre. Amén.

## TRABAJO XXIII

**Ardides y celadas que le armaron para destruirle.**

Además del pesado trabajo de la contradicción que el Señor padeció por la gente judaica, durísima y rebelde, hubo otro no menor, por cuyo medio los príncipes del pueblo, sacerdotes, letrados y fariseos, trabajaban por abatirle, desacreditarle y destruirle. Este fué las muchas celadas que armaban al Señor y los ardides que inventaban para cogerle en alguna palabra y tener de qué asirse y dar color al mal que le deseaban hacer; el cual, con mucha razón, puede contarse por uno de los particulares y principales trabajos que padeció; pues por tal le tuvo David, que le profetizó muchas veces: unas, con palabras lastimosas, encareciendo el mal que con sus lazos le querían hacer; otras, con cantar la victoria que el Señor tuvo de sus enemigos, y cómo se libró cayendo ellos mismos en sus lazos. *Está el malo*—dice David—*metido en celada para matar al inocente: en lo escondido le arma la trampa: su lengua está llena de malicia y de engaño.* En otra parte dice: *Armaron lazo á mis pies para prender mi alma.* En otra: *En este camino en que andaba me escondieron lazos los soberbios.* En otro salmo: *Atravesáronme lazos de muerte.* De este modo se quejó muchas veces, en persona de Cristo, de los muchos lazos y celadas que le armaban para cogerle, derribarle y tener ocasión de destruirle. Y eran en ésto sus enemigos tan excesivos é importunos, que cuantos consejos tenían acerca del Señor, se resumían en inventar ardides contra él.

Dondequiera que iba le seguían, y al punto que veían gente junta acudían á El; y á cualquier caso que aconteciese concurrían á ver si podían hallar cosa en que le pudiesen coger; y á esto se ordenaba cuantas preguntas le hacían, las cuales muchas veces le proponían con descomedimiento, soltura, porfía y hablando unos sobre otros, amontonándose contra El para sofocarle y cansarle. Así dice San Lucas que le sucedió un día en que el Señor les dijo cuán desventurados eran, porque teniendo en la mano la llave de la sabiduría, que es la Divina Escritura, ni ellos entraban, ni permitían entrar á otros; y oyendo esto los fariseos y letrados empezaron á estrecharle con fuerza, tirando á sofocarle con muchas preguntas y porfías, armando celada para cogerle en alguna palabra con que poderle acusar. No ponderó esto el Evangelista por tan encarecidas palabras, sino por el modo descomedido con que lo hacían, según tenían de costumbre; porque unas veces venían juntos los fariseos, que eran de una secta; otras agavillados los saduceos, que eran de otra; ya le enviaban sus discípulos con astuta disimulación proponiendo palabras blandas y lisonjeras, como cuando le consultaron acerca de los tributos del César, para ver si se ponía de parte de la libertad

del pueblo ó del emperador. Tal vez iban juntos con tumulto y de propósito, como cuando le llevaron la mujer adúltera para ver si la mandaba apedrear ó si la perdonaba; y así por otros muchos medios, como incansables en la malicia. Quedaban siempre vencidos; pero no dejaban de fatigar y cansar con sus artes y ardides al divino Cordero.

Lo que en esto más espanta, es no haber cosa que alcanzase para detener la desenfrenada malicia de estos perseguidores; porque Cristo dijo, *que el que obra mal, aborrece la luz para que no sean conocidas y culpadas sus acciones;* esto es, que ordinariamente el malicioso desea no ser entendido; y si lo es, se transforma en disimulado para encubrirse y hacer la suya. Pero éstos, aunque acometían con maña y disimulo, veían claramente que antes de hablar les penetraba el Señor sus pensamientos y se los decía, declarándoles á ellos mismos las murmuraciones que de El tenían en secreto, las artes con que le tentaban, las malas determinaciones en que andaban; y tenían mucha experiencia de que nada se le ocultaba. Por donde así como el Sabio dice, que en balde se arma la red á vista de los ojos de los pájaros (porque aunque brutos la naturaleza les hace tener miedo y extrañar lo irregular), así veían que en balde trabajaban contra quien todo lo veía y sabía antes que le pudiese perjudicar; y con todo eso presumían engañar aquella persona no torpe, sino de soberana y divina sabiduría. Además de esto todas las veces que le acometían con preguntas para cogerle en palabras, hallaban tales respuestas, que ni con toda su dañada y terca malicia tenían que replicar, y enmudecían forzados de la clara luz de la verdad. Cuando el Señor les preguntaba algunas cosas, con sus mismas respuestas los convencía, condenaba y avergonzaba delante del pueblo, que siempre quedaba entendiendo su ignorancia y burlándose de ellos. Sobre todo por los mismos medios por donde querían dañar á Cristo, se desacreditaban; porque ellos querían mostrarse justos y Santos y el Señor les decía quiénes eran, los yerros que introducían en la ley, y los deshacía con divinas y perfectísimas doctrinas. Mostrábales tanta blandura, paciencia y sufrimiento en todo, que cotejado esto con sus alborotos, motines é inquietud de corazones y con las descubiertas celadas que ya todos le ponían, quedaban ellos conocidos y desacreditados en la opinión de la gente con quien querían medrar, y el Señor, á quien deseaban desacreditar, salía más honrado y glorificado.

Con todo esto, valió tan poco para con ellos la claridad de su malicia, y la bondad irreprensible del Señor, que vencidos por este medio y perdida del todo la vergüenza, ya que no podían prevalecer por crédito de santidad, como pretendían, se determinaron á lograrlo por la misma malicia y crueldad, tratando de quitarle la vida, como lo hicieron, permitiéndolo el Señor, que vino al mundo para morir por nosotros, y vencer muriendo. Pero ¡qué consejo ó qué prudencia podrá prevalecer contra la divina virtud y sabiduría! Dábale mucho trabajo esta tan obstinada malicia, como le dió

la muerte que por ella le dieron; pero en todo venció, sin que pudiese llegar á El ningún mal. Así dice David: *Sus llagas*—esto es, el trabajo que dieron al Señor—*son como de saetas de niños; desfallecieron los escudriñadores, y el hombre se levantó al corazón alto*—como Dios que era—*y quedó ese mismo Dios más ensalzado.* En otro salmo dice: *En vano me escondieron la muerte de sus lazos; en vano se desdeñaron de mí; venga sobre ellos el lazo que no conocen, y caigan en la trampa que armaron.* Así fué; porque ellos, presos de su malicia, cayeron en el lazo del demonio y de la divina justicia, que no veían, y el Señor quedó en todo victorioso.

Con esto queda entendido que la virtud no necesita más armas contra la malicia que á sí misma; porque el malo y perseguidor de ella, con ninguna otra cosa pretende destruirla, que con hacer de ella malicia, pues sólo ésta es la polilla que la consume y acaba; y todos sus ardides tiran á dar á entender que la virtud es malicia, cuando del todo no pudiere quebrantarla y derribarla. Pero como es imposible que la virtud, si es perfecta, constante y verdadera, se parezca á la familia; forzosamente ha de quedar vencedora por sí misma. Así lo entendieron los filósofos antiguos que trataron de la verdadera sabiduría, que es la virtud. Máximo Tirio tuvo los muros y casa de la virtud por tan altos, que quien en ellos se hiciere fuerte, con ninguna cosa puede ser acometido, ni sirven para él las minas, los ardides, ni los combates de la malicia. Séneca decía que la virtud consigo misma hace desaparecer todas las molestias y trabajos de la vida, no menos que el sol obscurece todas las luces pequeñas, y que tanto monta dar en la virtud, como si cayeran en el mar. David lo dijo mejor que todos: *No dejará el Señor que la vara de los pecadores domine la suerte de los justos, para que éstos no extiendan sus manos á la maldad.* La vara denota el cetro, poder, fuerza y señorío en que los pecadores estribaban, y por donde se gobiernan, que es la maldad. Esta, dice, podrá combatir la suerte de los justos, que es su herencia, de la virtud, del amor de Dios, de las esperanzas del cielo y de la pureza de la vida con que contentan á Dios, y de que viven y se substentan; pero nunca permitirá Dios que los pecadores tengan jurisdicción ó poder en tan divina riqueza, para que los justos no extiendan las manos á la maldad; lo que se puede entender de dos maneras: una, para que los justos no enflaquezcan, viendo que la virtud puede ser rendida á la malicia, y por tanto la sigan como mejor y más poderosa suerte. Otra, para que los justos no busquen otras armas de malicia para contrarrestar los maliciosos ardides y combates, sino que tengan entendido que la fuerza de la virtud es invencible, y consigo misma se defiende de toda malicia.

*Todo malo*, dice la divina Escritura, *es ignorante.* Se ve esto claramente en el demonio, que parece muy sabio, y que ninguno tiene más artes; y fué tan ignorante, que puesto en el camino de la bienaventuranza y á la puerta de ella, no supo sino tomar el de la

perdición, que fué el mismo por donde pensaba subir. Tal es todo aquel que sigue la maldad; pues si los prudentes quisiesen poder más que los necios á fuerza de necedades, todos serían necios. Esto mismo se verifica en la virtud, porque deshacer malicias con otras semejantes, será hacerse todos maliciosos. La verdad por sí se defiende de la mentira; la paciencia por sí vence la ira; la humildad por sí derriba la soberbia; y lo mismo en las demás virtudes. Por lo cual el siervo de Dios no ha menester más armas para defenderse y ofender á los contrarios de la virtud, que arraigarse mucho en ella, perseverar en ella y hacerse cada día más perfecto en ella; porque con esto desatina el perseguidor y se pierde. Es verdad que los que poco entienden y no siguen la virtud, tal vez piensan que pueden más los maliciosos, y que llevan la suya adelante, porque no ven á los virtuosos salir al teatro con las mismas armas de la malicia. Pero no entienden estos secretos sino los siervos de la virtud. Por el profeta Malaquías se quejaba Dios que los malos en el mundo se alaban de que pueden más que los que sirven á Dios, y juzgan que el servirle es vanidad y rigor, y que por último, los malos viven y llevan sus gustos adelante. Pero Dios dice: *Hay libro de memoria delante de Dios de los que le temen y se acuerdan de su santo nombre; y serán para mí en mi día mi hacienda, y les perdonaré sus defectos como el padre perdona á su hijo. Convertíos y veréis cuánto va del bueno al malo, y cuánta diferencia hay entre el que sirve á Dios y el que no le sirve.* Conténtense los siervos de Dios con conocer esta diferencia y ser admitidos por Dios á ver este tan importante secreto, y certificados en la verdad que se les manifiesta; huélguense de sufrir con paciencia las ceguedades de los ignorantes y perseguidores maliciosos, que estos á su tiempo se verán engañados.

Un bien muy importante nos provino del trabajo que los malos dieron á Cristo con sus ardides y celadas, que le sirvieron de ocasión de enseñarnos en cada una secretos muy divinos é importantísimos para luz de nuestra fe y encender su amor en nosotros. Apuntaré algunos para consuelo de los que le sirven, y recoger el fruto del trabajo que el Señor padeció por nosotros. Por las celadas que le armaron en sábado, una vez en la sinagoga y otra en casa del fariseo, nos enseñó que no se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre; esto es, para moverle á hacer bien y ocuparse en obras del servicio del Señor; y con aquellas curaciones que hizo el Señor en sábado, nos descargó de la supersticiosa observancia con que miran los judíos el sábado.

Cuando le tentaron pidiéndole señales del cielo, enseñó aquella temerosa é importante doctrina de que los incrédulos que no se aprovechan de las mercedes y señales que les dan para su bien, recibirán otras para su mal, sin distinción de personas. Así sucedió á los judíos, que viendo lanzar demonios y resucitar muertos, no creían, y pedían con malicia señal del cielo, y se les dió la resurrección del Señor para su condenación; porque con menos convirtió Jonás

á los Ninivitas, y con menos vino la reina del Austro desde el fin de la tierra á ver la sabiduría de Salomón; y ellos teniendo delante más que á Jonás y Salomón, no creían; y así lo mucho que aquellos hicieron con poco, y lo poco que en éstos obró lo mucho que recibieron, sería señal de su perdición. Y es un aviso importantísimo para los descuidados acerca de su salvación, y consuelo muy suave para los justos que en el pobre y humilde Jesús lo tienen todo; más riqueza, más gloria y más sabiduría que la de Salomón, que asombró al mundo; y más saludable remediador que Jonás, que predicó destrucción, y éste llama á suave conversación, á divinos tesoros y gracias.

Cuando le tentaron para cogerle en alguna palabra, sobre si era lícito al casado dar libelo de repudio á su mujer, pareciéndoles que ya que el Señor amaba tanto la virtud de la castidad, diría alguna cosa contra la ley, enseñó con esta ocasión la verdadera ley del matrimonio, que se hallaba pervertida por falsas inteligencias de los judíos; y dió su debido lugar á la sagrada virtud de la castidad, no conocida hasta allí en el mundo, ni enseñada antes por el Señor; y la ensalzó tanto, que la puso el nombre de angélica, y que los castos serían como los ángeles de Dios en el cielo; que es grandísimo esfuerzo para las batallas que en la Iglesia de Dios padecen por esta virtud sus siervos.

Cuando le tentaron acerca del poder con que hacía sus obras, nos declaró su divinidad, manifestando que el Mesías era más que hombre, pues era Señor de David, de cuya sangre venía según la carne. Y dió á los pecadores aquel gran consuelo, de que ellos y los publicanos que creyesen y se convirtiesen, precederían en presencia de Dios á los sabios y fariseos incrédulos, y que tendrían entrada en los bienes de que aquéllos fueron arrojados. Cuando le tentaron con el tributo del Cesar, para ver si era del partido del pueblo ó del emperador, á fin de malquistarle con el pueblo si declarase estar obligados á la paga, ellos por su boca publicaron, aunque fingidamente, aquella suavísima verdad que consuela y recrea á las almas: *Sois verdadero, y enseñáis con verdad el camino de Dios sin acepción de personas;* y el Señor nos prefijó el orden de la paz interior, que es dar á Dios lo que le debemos, y al mundo lo que es suyo, sin trocar una cosa por otra, ni embarazar el corazón en bandos, ni en pretensiones excusadas.

Cuando le tentaron preguntándole por qué no ayunaban sus discípulos, ayunando los de los fariseos y los de San Juan Bautista, se declaró por esposo de nuestras almas, y que mientras el esposo está en sus espirituales fiestas no se acuerda de otra cosa; porque ni entonces es penoso el ayuno ni sabroso el comer, sino sólo la conversación del Esposo divino, que lo llena todo y convierte todo cuidado y pena en sus placeres. Cuando le tentaron culpándole que sus discípulos no se lavaban las manos para comer, enseñó aquella importantísima doctrina de reformar al hombre interior; porque sólo el mal del corazón es el que hace daño, y éste se debe mirar como

principal, y todo lo demás, como cosa baja, no se debe estimar sino en cuanto ayuda al hombre interior. Cuando le tentaron haciéndole cargo de que comía con pecadores, enseñó el modo de la conversión del hijo pródigo; el cuidado y amor con que vino á buscar la oveja errada y la moneda perdida; y se declaró por Salvador de los pecadores, á quienes principalmente vino á buscar desde el cielo, y publicó la condición de aquel su dulce Corazón, que quería más la misericordia que el sacrificio. Y pues es lo que Él quiere de nosotros, podemos creer que todo Él es un sacrificio de misericordia para los necesitados y pecadores.

Cuando apareció en el templo en el día de la fiesta de la Escenopegia, habiendo días que andaba oculto, y se puso á predicar, y le mandaron prender, enseñó tan altas cosas acerca de las aguas vivas que recibiría el espíritu de los fieles, que hasta los alguaciles quedaron pasmados, y volvieron consolados, quedando nuestra fe más confirmada con los pregones que ellos iban haciendo de la grandeza de su doctrina. Cuando le tentaron con la mujer adúltera, para ver si la mandaba apedrear, y desacreditarle con el pueblo, ó si la perdonaba contra la ley para delatarle, enseñó el modo de acusar á los prójimos con el conocimiento propio, entendiendo que quien merece ser apedreado por sus propias culpas debe tratar de las ajenas con mucha cautela; y mostró la facilidad con que perdona á los pecadores, diciendo á la mujer: *Pues ninguno te acusa ya ni te condena, tampoco yo te condenaré; vete en paz y no vuelvas á pecar;* que es un genio dulcísimo con que á todos convida á buscar el perdón y enmendar la vida para no ofender á tan misericordioso Señor.

¿Qué diré de las doctrinas que dió cuando le tentaron, preguntándole cuál era el mayor de los Mandamientos? ¿Cuando le preguntaron por la resurrección de los muertos? ¿Cuando daba razón de sí y de sus obras al preguntarle quién era? ¿Qué diré de la traición de Judas y de lo que en eso hizo por convertirle, y de los consejos á los judíos que le llegaron á matar? ¿Cuántas doctrinas y ejemplos nos dió en estas ocasiones? ¿Cuántos bienes sacó para nosotros de todo esto, y cuánto nos convirtió en bien todos sus trabajos? Esta era materia larguísima, porque no pesan menos los divinos tesoros que nos sacó de la malicia de sus enemigos, que los que nos descubrió de su divino pecho; y tanto resplandeció para nosotros su luz en aquellas obscuras tinieblas, como en sí mismo, claro y divino Sol; porque en todo es uno y en todo se parece á sí.

Con esto queda entendida aquella verdad sagrada de San Pablo, que *á los que temen y aman á Dios todo coopera en bien.* Por tanto, los que se ven perseguidos de los malos y cercados de sus ardides, pueden y deben pensar que tienen su caudal é intereses seguros en el temor y amor de este Señor; y deben ocuparse más en pedir á Dios que los perdone y los convierta, que en contrarrestar sus ardides. No quieran mayor dicha que tener ocasión para mostrarse leales á su Dios, esforzados en el combate, vencedores de la mali-

cia, invencibles substentadores de la virtud, é imitadores de su Maestro, enemigos de su enemigo el mundo, secretarios de las verdades que los malos no conocen y valerosos mantenedores de la honra del atribulado Jesús.

EJERCICIOS DE LOS ARDIDES DE LOS MALOS JUDÍOS, QUE EL SEÑOR SUFRIÓ

Suavísimo Jesús, amor de mi alma, purísimo y fidelísimo amador de los vuestros, ¿quién se atreve á entristecer y afligir ese vuestro mansísimo espíritu de Cordero? Amáis y no sois amado; alumbráis y no sois conocido; recogéis á todos, y no sois buscado; andáis por los corazones de los hombres, como quien mendiga, y no hay quien os dé entrada, ni quien os ame, que es lo que deseáis. ¿Por qué, mi buen Jesús? ¿Qué hay en Vos para ser desechado, ó qué puede haber fuera de Vos y sin Vos para ser deseado? No os cansen, Dios de mi alma, nuestros males; acordaos que digisteis que doce horas tiene el día. Poderoso sois para dar una buena en que seáis amado y conocido. Comenzad, Señor, por mí, á lo menos en esta hora de la tarde, que puede ser la última, ya que gasté las demás, y no en amaros; sea esta la hora en que comience á conoceros y poseeros del todo mi corazón. No os fueron menos aceptos los que estando ociosos todo el día, aceptaron por la tarde vuestro llamamiento, y fueron á vuestra viña, que los que trabajaron en ella todo el día; porque sólo los que no quieren llegar, os descontentan. Olvidaos, pues, Señor, de lo pasado y tomadme desde ahora por vuestro. Ameos mi corazón, deséeos mi espíritu, abráceos mi interior.

¡Oh! Cuándo diré con verdad, ¿quién me apartará del amor y caridad de mi Jesús? Y si yo, oh suavidad mía, os amara de corazón, ¿cómo no diré esto de verdad? No me aparte de Vos el temor de la muerte, porque Vos sois mi vida; ni el amor de esta vida, porque deseo perderla por Vos; ni las virtudes celestiales, porque sois mayor y más glorioso que ellas; ni las cosas presentes, porque todas se acaban; ni las de por venir, porque en ellas no tengo que desear más que á Vos; ni la tribulación, porque Vos me consoláis en ella; ni la aflicción, porque Vos me aliviáis; ni el hambre, porque Vos me saciáis; ni la pobreza, porque Vos me enriquecéis; ni los peligros, porque Vos me aseguráis; ni la persecución, porque Vos me libráis; ni la espada y tormento, porque es suave por Vos; ni el cautiverio, porque por Vos es libertad; ni la libertad, porque me huelgo de ser cautivo de vuestro amor; ni las criaturas, porque todas son nada ante Vos; ni las mudanzas de la vida y los ardides de los enemigos, ni las tentaciones de los hombres, porque todo lo convertís en bien. Si Vos, buen Jesús, os ponéis de mi parte, ¿quién será contra mí? Si con eterna caridad os disteis todo á mí, ¿cómo no me lo daréis todo con Vos? Amándoos soy fuerte, soy manso, soy sufrido, soy blando, todo lo creo, todo lo espero, sé desear cosas grandes, todo lo poseo, de todo mal huyo, porque amándoos os tengo, y nada me falta con Vos. Amándoos soy hombre, soy ángel, soy

ciudadano celestial; muerto á las codicias y pecados, vivo para Vos. Si no os amo, ¿qué bien tengo ó qué mal dejo de tener? Una sola pena tengo con vuestro amor, que es el dolor del tiempo en que no os amé, aunque es dolor de vivo; pero cuando no os amo ni lo siento, ¡oh, cuán muerto estoy! ¡Oh mi buen Jesús! Duélame mucho el no haberos amado, para que estando vivo de vuestro amor, os ame mucho. Alumbrad mis ojos, buen Jesús, para que siempre vean la suavidad, blandura y caridad de ese vuestro Corazón, para que preso de vuestra hermosura, ninguna otra cosa tenga entrada en mí. Esto es, buen Jesús, lo que Vos deseáis, y por eso me sufrís y esperáis. Pues, Dios mío, llegue ya esta mi feliz y bienaventurada hora de amaros.

¡Oh buen Jesús, cuán muerto y perdido está quien no os ama! Sólo vive para el mal y para perderse. Está loco, porque sólo tiene para sí no gobernarse por Vos; está más que enfermo, porque piensa que sin Vos tiene salud; más que muerto, porque juzga que vive sin Vos. ¿Qué digo, Señor mío? ¿Quién podrá decir el infeliz estado en que se halla? ¿Qué peor puede ser que pensar el que puede ponerse contra Vos, y hallar en Vos cosa que tachar y acusar? Oh Jesús mío y Dios mío, ¿qué desatinos son estos del corazón humano que se halla desamparado de vuestro amor? ¿A Vos, luz divina, quiere obscurecer? ¿A Vos, divina pureza, quiere culpar? ¿A Vos, sabiduría divina, quiere engañar? ¿A Vos, divina verdad, quiere desmentir? ¿A Vos, Verbo eterno, quiere coger en palabras? Oh mi suave Jesús. ¿Qué más quiero saber de lo que pasa dentro de ese amoroso Corazón, sino que veis esto, y entendéis estas locuras, y calláis, y sufrís, y os dejáis tratar como cada uno quiere? Veis las ansias de estos malévolos, sus rabias contra Vos, sus infernales consejos contra vuestra divina virtud, sus ardides contra vuestra inocencia y todas sus dañadas intenciones y artificios; pesáis con vuestra divina sabiduría quién contra quién, el por qué y para qué, el qué de todo, y veis, y calláis, y sufrís. ¡Oh Corazón sólo digno de ser amado!

¿Qué os falta, divino Corazón, para merecer el amor de todas las almas? Tan inmutable, tan invencible, tan blando en el tiempo de la ira, tan sufrido en el tiempo de la injuria, tan incansable en el tiempo de la tribulación, tan compasivo de los males de vuestros enemigos, tan ingenioso en convertirlo todo en bien, tan lleno de lo que no alcanza á comprender! Adórote, divino corazón. Adóroos, perfecciones soberanas é incomprensibles. ¡Oh mi mar de bienes! ¡Oh mi río de mercedes! ¡Oh mi fuego de pura caridad! ¡Oh mi tesoro de toda mi bienaventuranza! En esa paz, en ese sosiego, en esa blandura dormiré y descansaré. ¡Oh, si éstos os supieran armar celadas y lazos para cogeros para sí, cómo os dejárais caer en ellos! ¡Con qué gusto, mi Jesús, les manifestárais muchos secretos divinos, si os quisieran coger en palabras para ser enseñados! ¡Cómo os dejárais robar, si sólo desearan vuestros divinos bienes! ¿Por ventura, buen Jesús, es esto desacostumbrado en Vos? ¿Cuántas veces os

llamé y acudisteis, sabiendo que luego os había de volver á desechar? ¿Cuántas me perdonáis y aceptáis mi voluntad de no pecar, sabiendo que luego he de volver á mis males? ¿Cuántas aceptáis los contratos que con Vos renuevo, sabiendo que luego los he de quebrantar? Parece que os dejáis engañar, porque ninguna cosa más desea ese vuestro leal amor, sino que llegue alguna hora en que quedéis preso de amor y perpetuado en la casa del humano corazón.

Mas, mi buen Jesús, ¿quién tiene más ardides? ¿Estos para cogeros, ó Vos para prenderlos á ellos y á mí? ¡Oh pobre de mí, que siendo yo una flaquísima criatura, no acabáis de haberme á las manos, como Vos deseáis! ¿Qué es esto, Señor, qué monstruo? Estos con sus ardides se atrevían á Vos, divina é invencible virtud; los cuales como malos y terrenos no podían prevalecer contra Vos, Dios eterno y poder infinito; y siendo Vos este, y yo polvo y ceniza, ¿cómo no me lleváis á Vos al primer golpe? ¿Cómo huyo de las redes de vuestra caridad? En todo me armáis lazos para prenderme para Vos; con la tribulación, con la tentación, con la consolación, con las doctrinas, con las amenazas de vuestra justicia, con las mercedes de vuestra misericordia, con todas las cosas de la vida, del infierno y del cielo; y de todo me escapo. ¡Oh miserable de mí! ¿Qué digo, escapo? Otras desventuras me tienen preso, que me impiden estos vuestros lazos suavísimos. Desatad, Señor, mis cadenas y os sacrificaré hostia de alabanza y sabré invocar vuestro suave y santo nombre. Vida y remediador de mi alma, ¿cómo ha de ser esto? Vos me ponéis el lazo y queréis que me deje coger por voluntad porque no queréis amor forzado, pues no puede ser violento y ser amor. Pues, Señor, desatadme Vos de lo que me hace fuerza, y os amaré libremente; pues aunque así amo lo que me aparta de Vos, bien sabéis que la costumbre tiene hecha tan fuerte cadena de mis males, que veo el bien y casi no me puedo apartar del mal; deséoos, y no sé del todo deseároos; porque si fuera perfectamente ya estuviera con Vos. Sólo vuestra gracia puede romper esta cadena y librarme de mí y prenderme á Vos. Haced, Señor, vuestra obra, que es sólo vuestra, y prendedme de vuestro amor.

### ADORACIÓN DE LAS VERDADES QUE EL SEÑOR NOS ENSEÑÓ CON OCASIÓN DE LOS ARDIDES DE SUS ENEMIGOS

¡Oh tesoro de todos los bienes! Infinitas gracias os doy porque no sólo me ofrecéis cuantos tenéis, sino que de todos los males me sacáis bienes. Infinitas gracias os doy por la fuerza de ese amor, que en lugar de condenar á vuestros enemigos como merecían, de todas sus malicias y ardides me fabricáis divinas consolaciones, soberanas doctrinas y riquísimas verdades, para alumbrarme y prenderme Vos. Enseñadme, Señor, á conocerlas todas y adorarlas; imprimidlas en mi corazón para que por todas os ame, mi soberana fuente de bienes. Adóroos, mi Rey pacífico, que no quisisteis que fuese gobernado por la sabiduría de Salomón, ni llamado por las amenazas de Jonás que predicaba á los Ninivitas, ni hallase en Vos

cosas grandes de la tierra, sino que mi gobierno fuese más que Salomón, sabiduría eterna, riqueza infinita, reinado perpetuo, y que todo esto me excitase á vuestro amor y las obras de vuestra caridad. Oh mi más que Salomón, que con ninguna afección terrena podéis mudaros; más que Salomón, porque vuestra paz es interior llena de toda consolación; más que Salomón, porque vuestra riqueza y gloria no puede ser abatida ni deshecha; más que Salomón, porque sois todo de todos y todo mío; adóroos, pues sois más que Jonás, vencedor de la muerte, serenador de los mares, de las tribulaciones, perdonador de los pecados y suave agasajador de los pecadores. No permitáis, Señor, que estas mercedes sean condenación para mí, sino que las ame, y con ellas os sirva, y todas me sirvan de señal y remedio de vida eterna.

Adóroos, purísimo Jesús, amador de las almas limpias, por la estimación en que tenéis la pura y limpia castidad. Desprended, Señor, mi corazón de toda cosa terrena, para que ame esta virtud angélica. Y pues esto ha de ser don vuestro, y por tanto digisteis que no se daba á todos, venced mis enemigos, y encended en mí el fuego de vuestra caridad, que sólo puede levantar este corazón terreno á pensamientos espirituales, y hacedle aborrecedor de toda terrena imaginación; purificadle y hacedle angélico. Adóroos, príncipe, capitán y remediador de los pecadores, que también quisisteis ser conocido por Pastor de ellos. Infinitas gracias os doy, por la franca entrada que abristeis en vuestro reino á los publicanos y pecadores. No quede yo, Dios mío, fuera. Si éstos han de tener gran lugar en vuestro reino, yo que soy el mayor de todos, ¿cómo quedaré fuera? Convertidme á Vos, mi reparador y Salvador, para que convertido me aborrezca y os abrace y reconozca por mi Señor, por todo mi bien y toda mi gloria. Yo os adoro con verdadera fe y entero corazón, no como los malvados fariseos, con fingimiento y engaño: y confiésoos por mi Maestro de puras verdades; por luz divina, que mostráis las verdades del camino de Dios; por leal amador de las almas, que sin aceptación de personas franqueáis á todos ese divino corazón.

Enseñadme, Señor, á dar al mundo, al César y á los prójimos lo que es suyo conforme á vuestra ley, y daros á Vos, mi bienaventuranza, esta alma donde está vuestra imagen y donde escribisteis vuestra semejanza; y pues para Vos fué hecha, sólo sea dada á Vos. Quitadme, Señor, los tributos que como perverso y traidor quise dar á mis pecados y á vuestros enemigos, y pague toda la inclinación de esta alma á Vos, á quien sólo la debo. Adóroos, amigo verdadero, que tan claramente os publicasteis esposo de las almas. No permitáis que la mía pretenda otros amores. Oh mi divino esposo, sed Vos todo mi caudal, toda mi honra, todo mi festejo, todos mis placeres. Dadme, Señor, aquella vestidura de caridad, que queréis tengan todos los que han de entrar á estos desposorios. No escondáis nunca de mí vuestro rostro; oigan siempre mis oídos vuestra suave voz, para que huya de mí cuanto os descontenta, y os sea

esta alma leal esposa, sin dar entrada á otro ningún amor. Adóroos, divina sabiduría, que me enseñasteis procedía del corazón el bien y el mal. Vuestros purísimos ojos no se engañan por lo de fuera; á lo de dentro miran. Limpiad, Señor, el mal que veis en este interior; renovad en mí un espíritu nuevo, para que no me arrojéis de vuestra vista. Oh, cuán fácil os es esto, buen Jesús; sólo para mí es dificultoso; pero mayor es vuestro amor y misericordia que mi dureza y ceguedad. Resplandeced, Señor, en las cuevas obscuras de este corazón, y haced que broten en él las fuentes de aguas vivas que corren hacia Vos.

Os adoro, Padre piadoso, amoroso recibidor de vuestros hijos pródigos y estragados. No merezco mirar al cielo ni ser del número de vuestros hijos; pero hacedme como el más pequeño de vuestra casa, que esto me basta. Adórcos, pastor de las ovejas erradas, que con amor buscáis á los que os huyen. Yo erré más que todas; alegrad vuestra casa con hallarme y salvarme. Os adoro, compañero divino de los necesitados pecadores. Entrad en esta casa miserable, obrad en ella vuestra salud y mostrad vuestra misericordia, pues ésta os gusta más que el sacrificio. Adóroos, verdadero refugio de los errados y convertidor poderoso de las almas perdidas. Así como con vuestras divinas palabras ablandasteis á los que os iban á prender, y confesaron que hablábais de un modo más que humano, convertidme á mí todo á Vos y hacedme ver vuestras verdades. Y así como no condenasteis á la adúltera cuando todos la dejaron en vuestro poder, recibidme también á mí, porque estoy muy seguro que de Vos no ha de proceder sino perdón, consolación, salud, gracia y amor.

¡Oh mi buen Jesús! Armen vuestros enemigos celadas, inventen ardides, pues de cada uno habéis de sacar para esta pobre alma tantas riquezas. ¿Qué temo, buen Jesús, cuando recelo y se me figura pesada la batalla de las tentaciones, la mortificación de mi mala naturaleza, y recelo dejarlo todo por serviros? ¿Quién puede y quién quiere convertirme todo en bien sino Vos? Ninguna cosa os dió trabajo que no abriese para mí una fuente de misericordias. ¿Pues qué temo? Vos hacéis dulces las aguas saladas, sacáis agua de la piedra dura, serenáis las ondas del mar, de la muerte sacáis vida, ¿pues qué temo? ¡Oh buen Jesús! Dilatad y alargad este corazón, para que con espíritu, con fe y con amor me arroje en ese mar de caridad con que me amáis, y en esos brazos de amor con que me gobernáis; para que ahí en Vos repose, en Vos os ame á Vos, en Vos os posea y sea de Vos poseído para siempre.

Oh Madre purísima, tesorera de las divinas gracias, que sólo vivís de este Señor, y con El sólo subisteis á la perfección y gloria que tenéis, levantadme en pos de Vos, aseguradme en la fe y amor de este Señor, pues El sólo es mi seguridad y mi refugio. Celestial y gloriosa corte soberana, presa del amor de este Señor y rica de los tesoros escondidos para nosotros y ya manifiestos para Vos, destilad unas gotas de esas suaves aguas en este árido corazón, con

cuyo sabor suspire siempre por esa hartura soberana, hasta que merezca ser desatado é ir á vuestra bienaventurada compañía, en que se sacie para siempre. Amén.

## TRABAJO XXIV

### Ingratitud de los beneficios.

Encadénanse y acompáñanse por la mayor parte los vicios, juntándose de manera que muchas veces los unos parecen padres é hijos, causas y efectos de los otros. De aquí resulta que los Santos llaman unas veces al amor propio causa de todos los vicios; otras dicen que la soberbia dió principio á todos; otras que la envidia les abrió la puerta; otras que el apostatar de la obediencia de Dios fué el principio de todo mal; y así, ya á unos vicios, ya á otros, les atribuyen la entrada; porque unos llaman á otros, y se abren tan mutuamente el camino, que cada uno parece ser la fuente de todo nuestro mal. Por tanto, es verdad que quien vence perfectamente un vicio, á todos les corta las raíces; y quien se deja cautivar de uno solo, á todos los demás les paga su tributo.

Entre todos los vicios dan los Santos al de la ingratitud tan particulares y tan perjudiciales atributos, que él sólo parece bastante para destrucción de las almas. San Bernardo dice, que es cosa mortal, contraria de la gracia, enemiga del alma, destrucción de los merecimientos, destierro de las virtudes, pérdida de las mercedes de Dios, viento que abrasa y seca la fuente de la piedad, del rocío de la gracia y de la corriente de las misericordias; enemiga de la salud, porque es uno de los que más desagradan á Dios; y á este modo hablan de ella todos los Santos, que ata las manos á Dios, que cierra la corriente de la fuente de todos los bienes, destruye los recibidos, inhabilita para los prometidos; y todo cuanto puede hacer perjudicial á un gran vicio, lo atribuyen á éste. Así en los tres años que el Señor trató descubiertamente con los judíos, mostraron tantos y tan perversos vicios, que cada uno de ellos parece haber sido causa de su perdición y de los trabajos que dieron á Cristo. La verdad es que estaban señoreados de tantos y era cada uno tan suficiente para causarles la perdición, que á ninguno puede atribuirse la ventaja. El vicio de la ingratitud no tuvo en ellos menor lugar que los demás, y podemos decir con verdad, que los otros dieron á éste fuerzas, haciéndole más arraigado; y que éste por la mucha posesión que había tomado en ellos, hizo á los otros más incurables y cerró la puerta para los bienes que tenían presentes en el Señor, no permitiendo que ninguno tuviese entrada en ellos; y de aquí, como de un estanque general, manaron todos los trabajos que dieron al Señor; de los cuales fué cada circunstancia tan pesada y penosa, que con razón puede cada una contarse por trabajo principal; porque cuando no hubiera otro, necesitaba para ella su invencible paciencia.

Bien claro se ve que este trabajo de recibir desagradecimientos continuos por beneficios divinos, mal pudiera pasarse con sufrimiento inferior al incomparable del Señor; porque nunca la ingratitud llegó á los extremos que El sufrió, tan grandes, que no pueden encarecerse con palabras. Unos desechaban sus mercedes, no queriendo recibirlas, como los sacerdotes y príncipes del pueblo, que por no debérselas, las disminuían; y cuanto más le debían, más odio le mostraban, por no manifestarse obligados. Otros que corrían en pos de El por aprovecharse de sus beneficios, se volvían contra El, si no les hablaba como querían, y por disminuir los recibidos, pedían otros que tenían por mayores, como hicieron los cinco mil hombres que hartó con cinco panes y dos peces, los cuales le buscaron para levantarle Rey, por comer siempre sin trabajo, reputando el hecho por tan grande, que les pareció bastante para hacerle Rey; pero como el Señor les dijese que no era aquella la intención con que le habían de buscar, empezándoles á hablar del pan divino que había de dar á los hombres en mantenimiento, al punto se volvieron contra El, teniendo por nada lo que había hecho, y le dijeron qué maravillas hacía para creerle, pues aún no le habían visto dar pan del cielo, como el maná, que en tiempo de Moisés recibieron sus antepasados en el desierto. Otros, después de curados no se acordaban más de agradecer el beneficio, como sucedió en los leprosos que sanó, de que se quejó el mismo Señor, en vista de que de todos los curados, solo uno, que era samaritano, acudió á darle gracias por la merced de haberle concedido la salud. De este modo, ya unos, ya otros, pagaban las mercedes, con darle muchos trabajos, decirle injurias y contradecirle en todas sus cosas, como tenemos dicho. Y por remate y extremo de su ingratitud infernal, la misma gente tan curada, tan enseñada, tan favorecida y llena de mercedes, que en el día de ramos recibió á este Señor con fiesta, alabanzas y divinos honores, como venido del cielo, hizo liga con sus perversos príncipes y sacerdotes contra El; y de allí á seis días le negaron ante Pilatos, y le trocaron por un ladrón revoltoso y homicida; y los mismos que cuando los curaba decían que todo lo hacía bien, y que Dios visitaba por El su pueblo, clamaron que le diesen la muerte como perturbador, hechicero y peste del pueblo, y porque le matasen tomaron sobre sí su sangre. Y los mismos que se ahogaban por llegar á El y tocar sus vestiduras para quedar sanos, pidieron con gritos á Pilatos que le quitase delante de sus ojos y le crucificase. Y los mismos que despoblaban los lugares para irle á oir en los campos y aprovecharse de sus favores, le sacaron de la ciudad con mayores tropeles, ruido y alboroto, llevándole al calvario con la cruz á cuestas, y le clavaron en ella con gritos y mofas que hendían el aire, sin haber quien se acordase de lo que le debían y de lo que perdían, y de cuánto les tenía merecido este Cordero. Y lo que hace todo esto más admirable en el Señor, es que no se engañaba con aquella gente, sino que cuando les hacía las mercedes ya sabía que las concedía á quien se las

había de pagar tan mal y con tan grandes extremos de desagradecimiento; y ni por eso dejaba de dar habla á las lenguas que habían de pedir su muerte, pies á los que habían de correr sin piedad á verle matar, y cuanto de El querían á los que le habían de quitar la vida; mercedes divinas á Judas, que le había de vender; sanar á Malco, que había de ayudar á que le prendiesen, y favorecer con sus riquezas á sus mismos perseguidores, que le habían de atormentar.

Las leyes encontraron razón y justicia contra el vicio del desagradecimiento, para que los padres desheredasen á sus hijos, y que éstos, en siendo ingratos, merecían perder los bienes del amor paternal; y para que los señores no hiciesen particulares mercedes á los criados ingratos, aunque de ellos estuviesen bien servidos. La razón humana juzga que la ingratitud justamente deshace las amistades antiguas, muda en odio los afectos, y todas las mutaciones de grande amor en perpetua separación quedan justificadas por el desagradecimiento, de tal suerte, que cuando se quiere hacer reconciliación de los que quebraron por esta causa, no se buscan más razones que la obligación de la virtud á manifestarse más donde parece que tiene menos razón de hacerlo. Pero al vicio del desagradecimiento no se le halla descargo ni disculpa, y tanto parece más refinado é insufrible cuanto le quieren hacer más leve, ni hay otra razón para sufrirle más que el no tener disculpa ó estar el ingrato ya conocido. Pero á esto con dificultad se rinden los grandes y desapasionados entendimientos, porque parece que el perdón redunda en daño del ingrato, y el rigor, en virtud de justicia, del que fué mal agradecido. Sólo para el amor divino que Cristo nos tiene, y para la gracia y caridad que de este su amor comunica á los suyos, quedó reservado tomar del desagradecimiento materia para encenderse y refinarse más; y, por tanto, no sirve al amor divino de causa para trocarse en odio, sino de materia de más pena y trabajo, y para mostrar la fuerza y grandeza con que por todo pasa el divino pecho que eternamente nos ama, y para inventar y tener ocasión de abrir con el mismo desagradecimiento de sus enemigos, y los tormentos que por él le dieron, riquísimos tesoros de divinas y soberanas mercedes para ellos mismos; á fin que, cuando volviesen en sí, conociesen que sólo á sí mismos debían recargarse, y que de parte de este Señor, á quien ingratamente desecharon y atribularon, se halla tan entero el amor que los tiene y el deseo de salvarlos, como si le fueran siempre muy agradecidos.

En esta clase de ingratos al divino Cordero y de obligados á su invencible sufrimiento y amor, entramos todos los hijos de Adán, y especialmente los que nacemos en su Iglesia, en los brazos de su fe y de su caridad, y tenemos delante de los ojos las esperanzas que su amor y Pasión nos descubrió de los bienes eternos, y las verdades que nos publicó de los caminos del cielo; porque á todo damos la mano, en ofreciéndose alguna afición, gusto ó apetito terreno, con tanto olvido de lo que le debemos y tan bajo aprecio de todo, como

si Él fuera el engañador y nuestros perversos engaños fueran verdades eternas. Ni pudiéramos correr á ellos con más afán y soltura, si fueran bienes del cielo, que lo que hacemos experimentando cada día sus mentiras. Y lo que más es, el despejo con que ingratos á cuanto le debemos, nos presentamos á su vista, hablamos con El en la oración y tratamos en su casa, como si con mucho amor y servicios le tuviéramos muy obligado. Así entramos y salimos en sus iglesias, y con tal desahogo andamos delante de sus ojos, como si no nos viera; de suerte, que con cada uno de nosotros necesita tanto sufrimiento para disimular, como el que tuvo con sus crucificadores.

Los teólogos confiesan, que cada pecado que se vuelve á cometer, tiene circunstancia de desagradecimiento, que le hace más grave; ¿pues qué grados de gravedad tendrán los que perdonados muchas veces, son repetidos muchas más? Juntando á esto el abuso continuado de los bienes corporales, por los cuales negociamos nuestra perdición, con las propias cosas que Dios nos preparó para salvarnos, la desestimación de los bienes espirituales, la facilidad de perder la gracia recibida y el descuido de volverla á recobrar, la desatención con que nos portamos con Dios, desechando sus inspiraciones y las mercedes que nos ofrece, el trueque que de ellas hacemos por bajísimas, torpísimas y envenenadas cosas de la vida, y cuanto más pesa para con nosotros el mundo, los hombres, los deseos, apetitos terrenos y todo lo que hay debajo de Dios, hasta las cosas que no sin rubor pueden ser imaginadas, cuanto digo, pesan más estas cosas que la divina Majestad, grandeza, verdad, eternidad, poder y gloria de nuestro Dios, de cuya bondad vivimos siempre y en todo y de cuya justicia de ningún modo nos podemos escapar; considerando (vuelvo á decir) esto, queda de nuestro desagradecimiento tan gran mar de males y perdición y una tan pesada é insoportable carga de ofensa de aquella divina Majestad, que no nos queda otra esperanza de remedio, sino aquella caridad que viendo anticipadamente todo esto, quiso ser crucificado por tan graves desagradecimientos, cuya caridad, así como le hizo morir por ingratos, le hará olvidar nuestras ingratitudes si á Él nos volvemos. Mas no entendamos que estas dos corrientes de nuestros continuos desagradecimientos y de su perpetuo y amoroso sufrimiento, llevan su curso igual y uno junto á otro, porque si el de su amor enderezase el curso por otra parte y se apartase de nosotros, muchos días ha que cada uno diera consigo muchas veces en la eterna condenación. Sirva esto para corrernos de nosotros, y sentir cuán mal pagamos á este Señor lo mucho que le debemos; porque si su tolerancia nos sirviere mucho tiempo para descuidarnos más en la gratitud, podrá venir la hora que á Él le sirva de justa ira y de apartarnos de sí con perpetua y desventurada separación.

La misericordia que en esta parte usa el Señor con nosotros, es digna de que le imitemos en todos los desagradecimientos que padecemos de las criaturas, y que la obligación de corresponderle valga más con nosotros, para hacer bien por su amor á los que no lo

merecen, que las humanas razones para dejarlo de hacer, por grandes y poderosas que sean; pues por tanto dice San Lucas, que Cristo nos obligó á querer bien á los enemigos; y el mismo Señor nos dijo: *¿Qué hacéis, si sólo amáis á los amigos? También los malos aman á quien los quiere bien. Y si hiciéreis bien sólo á quien os le hace, ¿qué premio tendréis? También lo hacen los malos.* A este modo enseña otras cosas, y concluye: *Amad á vuestros enemigos: haced bien y dad donde no esperáis retribución y tendréis gran premio en el cielo y seréis hijos del Altísimo; porque El es benigno aún con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como lo es vuestro Padre.* Sin estas divinas obligaciones entendió Séneca los bienes que pierde el que deja de hacerlos al ingrato; porque cuando se le hacen los pierde solamente el que no los recibe, y más pierde el que no hace bien al ingrato porque lo desmerece; pues el que por este medio quisiere evitar el peligro de la ajena ingratitud, caerá en no hacer bien, que es más peligroso; y si es razón mirar á lo que el ingrato desmerece, mucho más cristianamente se debe atender á lo que cada uno se debe á sí mismo, que es no dejar de ser virtuoso por el mal ajeno; y más justo es hacer bien al ingrato para que su mal no me haga malo, que dejarlo de hacer porque no le haga mal ni bien; pues haciéndole bien no le doy ocasión de ser ingrato y aventuro hacerle agradecido; pero dejándolo de hacer queda el desagradecido como antes, tal vez más duro, y yo más imperfecto.

Con tan grande ejemplo delante de los ojos, como es lo mucho que recibimos de Dios, siendo siempre ingratos, no necesitamos muchas razones para mostrar cuán acepto le es imitarle en esto. Quien quisiere hacer bien, mire solamente á Dios, para hacerlo todo por su amor, como El se mira sólo á sí para hacérnoslo á nosotros; y fundado en esta intención, ninguna otra cosa le aparte de la de hacer bien. Después de eso determínese á no esperar agradecimiento de ninguno; porque la experiencia muestra que la más de la gente, en todos estados y calidades, por muchos bienes que haya recibido, se olvida de todo en la primera cosa que desea y se le niega; y por eso las más de las veces pierde tanto en las buenas obras que hace, cuanto espera de los hombres. El sabio dice, que la fe (esto es, la lealtad) del ingrato se consume como la helada del invierno y pasa como el agua sin provecho; porque no se acuerda de la buena obra que se le hace, más que mientras la ha de menester, y pasado ese tiempo, de tal suerte se olvida, que muchas veces (como dice en otra parte) se atribuye el pecador á sí mismo los bienes de quien le libró; y lo que es peor (como dice Séneca), por no parecer que debe, deshace lo que recibió y alarga las injurias. En pocas palabras declaró bien Séneca la ingratitud, que es peor que la ponzoña de las víboras, las cuales tienen en sí, sin daño propio, el veneno con que dañan las demás cosas; y el ingrato á sí sólo se daña y hace más perfecto á quien sobre todo eso le hace bien. Por donde ya que el ejemplo y verdad soberana de Cristo por una parte, y la razón na-

tural por otra, enseñan tan claramente la obligación que tiene el virtuoso de hacer bien á los ingratos, no me queda aquí más que decir sino que no hay cosa de que mayor envidia santa podamos tener en esta vida que de los bienes interiores que logra con Dios quien recibe males por bienes, y quien no deja de hacer bien á quien no se lo agradece. Y el que de esto dudare, entre los bienes del Señor y de lo que experimentare, parta conmigo, que yo tendré por rica joya sus obras.

EJERCICIO DE LA INGRATITUD QUE EL SEÑOR SUFRIÓ POR SUS BENEFICIOS

¿Qué es esto, buen Jesús? ¿Ningún trabajo ni aflicción quisisteis que os quedase por pasar? Aun sobre todos los trabajos que pasasteis por nosotros, sufristeis ser del todo desagradecido, y que vuestros contrarios tomasen de las mismas mercedes que les hacíais materia para seros más ingratos. Bendito sea vuestro amor, que tanto os hace sufrir. ¡Oh purísimo y suavísimo Jesús, dejadme ver el secreto de ese Corazón! Por una parte ninguno puede sentir más que Vos el desagradecimiento de los bienes, y nadie podrá imaginar cuánto os atribula; y por otra, cuando parece que son bastante tantos desagradecimientos para cegar los manantiales de las divinas aguas y mercedes que de ese pecho brotan, entonces arrojan fuera más gruesos y copiosos borbollones, y anegáis con mercedes á los mismos que las desechan; cuando parece que os ahogan con trabajos é ingratitudes, con ellas mismas abren en Vos fuentes de todo bien. Adórote, divino Corazón. ¿Quién más digno de ser amado sino Vos? ¿Quién más digno de ser adorado, alabado y servido sino Vos, copioso en amar, copioso en hacer bien y copioso en padecer por el mismo que con ingratitud os hace mal?

Ninguno puede vencer la grandeza y bondad de ese Corazón. Veis delante de vuestros ojos tan grandes extremos de ingratitud, que pretenden aniquilar vuestros divinos bienes y desacreditar todas vuestras mercedes; veis que os pagan con injurias, desprecios, afrentas, tormentos y muertes; que convierten contra Vos los mismos miembros que les curasteis, los mismos corazones que les enseñasteis y todo cuanto les disteis, y lo que esto os cuesta, Vos lo sabéis. Y con todo eso no se seca la fuente de bondad que mana de ese divino Corazón, ni se enfría el horno de divino amor en que arde, ni desesperáis á los ingratos del remedio, sino que aún los convidáis á que reciban nuevas y mayores mercedes. ¡Oh fuente de toda bondad! ¿Qué pudo desear aquella gente que la faltase teniéndoos á Vos? ¿Ni qué fundamento tenían para seros ingratos? Si no tenían que comer, vuestras manos eran el semillero de toda hartura; cuando sabíais que les faltaba no esperábais que os lo pidiesen, porque antes que ellos lo sintiesen os compadecíais de su necesidad. En Vos tenían médico y botica para sus cuerpos y sus almas; serenábais el mar en las tormentas; consolábais las viudas, resucitando sus muertos; temblaban de Vos los demonios; saltaban á vuestra vista los tullidos, y quien no os podía hablar, con toca-

ros sanaba. Enseñábaisles la pura verdad de la ley de Dios; á los que merecían pena los librábais de ella; á los que tenían culpa les perdonábais. ¿Qué más podían querer para el cuerpo, para el alma y para todo cuanto podían desear?

Con cuánta más razón se podía, Dios mío, decir por éstos lo que la reina de Austro dijo á Salomón: Bienaventurada tu gente, bienaventurados los siervos que están siempre delante de ti y oyen la sabiduría de tu boca. Porque Dios amaba á Israel le dió (decía) tal rey, que les hiciese justicia. Aquella mujer veía sólo lo que parecía exteriormente admirable en un hombre terreno; mas Vos, buen Jesús, mostrábais poder divino, sabiduría divina, amor divino y todos los bienes divinos. Si aquella gente era amada por tener tal rey, ¿teniéndoos á Vos, qué podía suspirar? Pero con todo eso nada os agradecen aquellos ingratos corazones; más quieren las bajezas de la tierra que á Vos, y no descansa su ingratitud hasta apartaros de sí y quitaros la vida. Quedan las plazas, las calles, casas, sinagogas y campos llenos de vuestras mercedes, y os arrojan de sí. Oh mi buen Jesús, ¿cómo no les quitáis las vidas, la salud y las demás mercedes que les hicisteis, y no lo recogéis todo á Vos, pues ni os quieren ni os lo agradecen? Adoro ese amor tan suave para los que no os quieren, y la compasión con que ese divino Corazón siente ser desechado. Abrid, Señor, en mi espíritu una fuente de amor, y derramad rayos de vuestra luz para que sepa conocer este mal y el bien de ese divino pecho. Derretidme para que ame lo que en Vos veo y aborrezca lo que á Vos os desecha. ¿Qué le queda á quien no os admite? Oh, cómo es verdad lo que dijisteis, que el que no os quiere viniendo del cielo lleno de soberanas riquezas en nombre de vuestro Padre Eterno, recibirá con los brazos abiertos á otro cualquiera que viniere en su nombre para engaño y destrucción. Se estimarán más á sí mismos que á Vos; al mundo más que á vuestros bienes; á sus codicias más que á vuestros tesoros, y trocarán la vida por la muerte perpetua. Vos sentís su mal, os duele su daño, y ellos sin Vos quedan contentos con sus males. Así se truecan los cuidados y sentimientos: ellos no sienten sus penas, y Vos penáis y os atribuláis por ellas. Bendito y alabado sea ese amor eterno é infinito.

¡Ah mi Señor y gran sufridor de corazones ingratos, siempre tengo que llorar delante de Vos nuevos y antiguos males, viejas y renovadas llagas, que Vos sólo podéis curar! Yo, Señor, aunque no os conocí en carne, os creo en espíritu, y con todo lo que en la tierra hicisteis, labrasteis para mí fondos de infinitos tesoros. Tanto nacisteis para mí sólo, como para todo el mundo, y así como Vos no os acabáis, tampoco se perdió y consumió ninguna obra vuestra; todo para mí está reservado, entero y fresco. De esas mercedes vivo, ellas me substentan, ellas me gobiernan, por ellas soy y por ellas espero lo que no veo y creo. Y siendo Vos tal, y todo lo que tenéis para mí, yo soy el más ingrato de los hombres y más desconocido á vuestras misericordias. ¿Cómo, Dios mío, estoy delante de

Vos, y cómo me atrevo á levantar los ojos? ¿Qué cuenta os he de dar, si me la pidiérais con justicia y rigor? Ah Señor, que merezco que todas vuestras misericordias se levanten contra mí, que todas vuestras mercedes me condenen, que toda vuestra bondad me confunda y todo lo que hicisteis para mi remedio me arroje de Vos. ¿Qué servicios os han hecho estos ojos, esta lengua, estos oídos, todos los miembros de este cuerpo, estas fuerzas, este entendimiento, esta memoria, esta voluntad, esta alma y todo este miserable pecador? ¿Qué ofensas dejé de cometer con todo eso contra Vos? ¿Qué alabanzas os di por el cielo, tierra, aire y elementos, por la salud, vida y bienes temporales que me dais? ¿O cuándo dejé de usar mal de todo con suma ingratitud y muchas ofensas vuestras? Pues si entrare en la paternal corriente de mercedes espirituales que me habéis hecho, y que me tenéis prometidas, y yo he perdido y desechado, ¿qué será de mí ante vuestro juicio? ¡Oh miserable de mí, si no me miráreis con la misericordia con que moristeis por los ingratos! Cuando me visitasteis, Dios mío, con vuestra suave presencia, se cautivaba mi alma de vuestra hermosura, que la hacía pesado todo lo de la tierra que de Vos la apartaba, que ninguna cosa sentía más que la necesidad de ocuparse en necesidades del cuerpo ó de la tierra; ¿qué vió en Vos para olvidarse luego saliendo de ahí, y olvidada distraerse por otros amores, y distraída desechar las verdades que tenía experimentadas? Vos no perdisteis ser quien sois, ni lo que hay fuera de Vos mudó tampoco el ser que tiene bajo y mudable; ¿pues qué razón tengo para trocaros por cosas en que nunca hallo lo que Vos me comunicáis cuando á Vos me llego? Cuando me fuí á Vos arrepentido, luego me recibisteis, consolasteis y perdonasteis, porque conocí que sin Vos ninguna cosa me podía remediar, y que sólo uniéndome con Vos, me podía salvar. ¿Pues por qué me desprendí de Vos? ¿Por qué me olvidé de esas mercedes? ¿O qué hallé en las cosas que de Vos me apartan, para que por ellas os volviese á ofender? ¡Oh, cuán miserable estoy, Dios mío, ante Vos!

Acuérdese aquí el que se ejercita de las particulares mercedes que ha recibido de Dios, de los pecados que le ha perdonado, de las tentaciones de que le libró y del olvido que ha tenido de todo esto; cómo volvió siempre como el perro al vómito, y fué desagradecido á tan grandes y particulares mercedes; y esto con mucha humildad, dolor y conocimiento, y entonces prosiga con lo siguiente:

**Oración sobre nueve Versos del Salmo «Miserere mei Deus».**

*Tibi soli peccavi, et malum coram te feci, ut justificeris in sermonibus tuis et vincas cum judicaris.*

Todo esto me habéis sufrido, Dios mío, conociendo todos los quilates de mi profundo desagradecimiento. Y soy tal, que ni aun puedo prometeros por mi parte, que os seré de aquí en adelante agradecido á cuanto os debo; pero aun siendo tal, creo también la grandeza de vuestra misericordia. Pequé sólo contra Vos, porque

solo á Vos debo el bien que tengo, y solo Vos merecéis el amor de esta alma. Y aunque por ser Vos el ofendido me podía desesperar, por quien sois y por quien soy, todavía Vos sólo sois el sufridor y el perdonador amoroso, y el que sabéis dar remedio á los males que no le tienen. Pues, Señor, delante de vuestros ojos están todos mis males é ingratitudes. Así como me visteis y me sufristeis hasta ahora, para que ninguno juzgue de vuestra misericordia sino lo que hay en ella, y cuando parece que apartaréis de Vos con justicia los pecadores, entonces vencéis con piedad sus ingratitudes; así, buen Jesús, venza vuestra clemencia todos estos mis males. No cerréis para mí la fuente de vuestra misericordia, pues no es posible agotarla.

*Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.*

Yo Señor, como miserable hijo de Adán, concebido en pecados y nacido en ellos, soy siempre desde el vientre de mi madre á ellos inclinado; y porque Vos conocíais esta inclinación del corazón humano á todo mal, dijisteis á Noé que no nos castigaríais como merecemos, por no aniquilarnos, sino que usaríais de sufrimiento y misericordia. Si conmigo no usáreis de ella, ¿qué será de mí, que siempre camino al mal, mi malicia convierte en ofensas vuestros beneficios, y mi ingratitud merece que de ellos me privéis?

*Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi.*

Vos, Dios mio, amáis la verdad, y por eso confieso que merezco no me creáis cuando os prometo la enmienda, ni me recibáis cuando ingrato y traidor me vuelvo á Vos, porque siempre os miento, y luego os vuelvo á ofender. Mas, Señor, ¿para qué descubristeis los secretos de ese Corazón? ¿Para qué me manifestasteis la sabiduría con que para todos mis males hallasteis soberanos remedios, sino para que de Vos lo espere todo cuando de mí estuviere más desesperado? Pudisteis haceros hombre por mí; pudisteis sin perder nada vuestro, morir por mí en una cruz; supisteis humillaros para ensalzarme; supisteis derramar vuestra sangre para santificarme; sin perder de vuestra grandeza me llenasteis de vuestros merecimientos, para que de esas vuestras eternas verdades esperase el remedio de mis mentiras é ingratitudes; y aunque el haberme enseñado tanto de Vos, acrimina más mis maldades, con todo eso, no me puede ya estar oculto, sino muy patente, que recibiréis al más perdido si se llegare á Vos arrepentido. ¡Oh amador de la verdad, cómo podré ya desconfiar de ella!

*Asperges me hysopo et mundabor, lavabis me, et super nivem dealbabor.*

No desconfiaré, buen Jesús, pues tengo á mi favor vuestra sangre. No desconfiaré, porque mi confianza no pende como en la Ley

vieja, de la sangre de los sacrificios, que con la humilde hierba del hisopo se esparcía sobre el pueblo en figura de la vuestra; fúndase en la virtud de la que dimanó de esa humanidad que con su infinito precio me puede limpiar y santificar de todo perfectamente. La pureza y corriente de esa limpísima sangre puede lavar y hermosear con su blancura y resplandor la obscuridad de mis culpas y hacer más blanco que la nieve á este espíritu convertido en ceniza y carbón. Vos me podéis hacer de ingrato agradecido; de flaco constante; de inclinado á todo mal, deseoso de vuestro servicio; de aficionado á cosas terrenas por quienes os pierdo, lleno de amor puro con quien siempre me junte á Vos.

*Auditui meo dabis gaudium et laetitiam, et exultabunt ossa humiliata.*

Cuando así, buen Jesús, me hiciéreis todo á vuestro beneplácito y me mudáreis de mis bajas inclinaciones, se alegrarán mis oídos con vuestra voz, porque entonces aborreceré de veras las voces terrenas de que hasta ahora gusté; y todos mis huesos que ante Vos se hallan abatidos con tantas ingratitudes y condenados á justa sentencia de perdición, se convertirán en vuestro servicio alegres con esta misericordiosa mudanza; porque como todos sirvieron al pecado, no pueden pensar que podréis serviros de ellos, si vuestra voz no llamare este interior y exterior, para tener confianza de que todo en mí puede glorificaros, así como todo os ofendió.

*Averte faciem tuam a peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele.*

¡Oh misericordioso Jesús!, ¿cuándo llegará esta hora de que me saquéis del piélago de mis males é ingratitudes? Si su fealdad os ofende, apartad los ojos de ella y ponedlos en esta criatura que criasteis, que redimisteis y que amáis con amor eterno. Y si mis pecados se hallan tan pegados á mí, que no es posible verme sin ellos, mirad, Señor, el daño que hacen á esta criatura que amáis, para que se os olvide, y no veáis la ofensa que contra Vos cometí; porque curando con misericordia las llagas que me hacen, quedarán vuestras ofensas remediadas. ¡Oh Dios mío, quitad de mí estos males para que no los veáis cuando me miráreis! Ya que en esos misericordiosos ojos está mi remedio, apartad de mí mis pecados, para que no retiréis vuestros piadosos ojos, únicos remediadores de mis necesidades.

*Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*

Bien sé, Señor, que la luz y las tinieblas no pueden estar juntas y que mi terreno corazón se halla tan perjudicado de los perversos habitadores recibidos en él contra vuestra voluntad, que no puede vuestra grandeza y Majestad tener en mí el lugar que le corresponde. ¿Pero quién puede hacer casa en que habitéis, sino Vos que hi-

cisteis por vuestra medida mi corazón? Mostrad, pues, buen Jesús, vuestra virtud, con la que hicisteis de nada esta alma; volved á criar en mí un corazón nuevo, digno de ser vuestra morada. Y para que perpetuéis en mí vuestra mansión, renovad en este corazón vuestro espíritu aborrecedor de todo lo que os descontenta, y sólo amador de vuestra pureza y hermosura. Sin este espíritu, bien veis que todo en mí anda abatido, torcido, sin orden y sin fundamento, porque apartado de Vos no puedo tener sino engaños. Vuestro espíritu recto y perfecto es sólo quien me puede renovar en amor y conocimiento vuestro, teniéndome en Vos cautivo con firmeza.

*Ne projicias me a facie tua, et Spiritum Sanctum tuum ne auferas a me.*

No me desechéis, Señor, aunque yo os deseche; no me arrojéis de Vos, aunque yo os arroje de mí; no me escondáis del todo vuestro rostro, aunque yo muchas veces no le quise mirar, ni me dejéis endurecer totalmente en mis yerros, sin remedio. Si me quitáreis del todo vuestro espíritu ¿qué será de mí? Reinará en esta vuestra casa el espíritu de soberbia, el espíritu del error y de todos los males y desventuras, y se gloriarán vuestros enemigos de haber prevalecido contra Vos y haberos robado y poseído lo que era vuestro.

*Redde mihi lactitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me.*

¡Oh Padre Eterno! Todo lo que hay en mí son desventuras de estos perversos huéspedes á quienes di entrada. A las almas que os aman vais con vuestro Hijo y el Espíritu Santo, cenáis con ellas, y ellas tienen con Vos divinos placeres, que sólo los que os aman experimentan y conocen. Yo, dando el amor á quien no debía, conozco que perdí la libertad de la virtud, y estoy cautivo; perdí la salud, y estoy enfermo; perdí la vida, y estoy muerto; porque desechando por mis vicios, con ingratísimo corazón, vuestras mercedes y vuestra compañía alegre y segura, no pude dejar de ser robado de todo bien y caer en tan tristes miserias. ¿Qué placer puedo tener viéndome tan perdido? Verdaderamente es del todo para mí este valle y destierro de puras lágrimas, pues no hay en mí cosa con que pueda respirar. Valedme, Padre eterno; restituidme la primera inocencia; venid á morar en esta alma; volvedme la alegría de vuestro divino Salvador y hacedme alegrar con mi Jesús, mi salud y todo mi bien. ¡Oh mi verdadera alegría! Arrebatad para Vos todo este interior, y para que nunca me contente cosa fuera de Vos, ni vuelva á mis acostumbradas ingratitudes, confirmadme en este deseo que me dais, con un espíritu principal, fuerte é invencible, para que con todo mi interior y exterior corresponda á las obligaciones que os tengo, y acaben mis ingratitudes en un fervoroso, constante é inseparable amor vuestro, que sois mi salud, mi gloria, mi bienaventuranza, mi Jesús. Amén.

Riquísima reina del cielo, hermosa gloria del paraíso, pureza de

la naturaleza humana, honra de nuestra bajeza; así como nunca estuvo en Vos ociosa la gracia, y por tanto son incomparables las riquezas de vuestros bienes soberanos; así os hizo Dios tan perfecta, para remedio y auxilio de nuestras necesidades y miserias. Valedme, Señora; valed á este ingrato, desaprovechado y merecedor de ser arrojado de todo bien. Sea yo por Vos recibido otra vez en la casa del Señor, que tan perfecta os hizo, y sea confirmado en su amor, sin volverle á perder. Celestiales ciudadanos, seguros de vuestras riquezas, compadeceos de las mudanzas y peligros de los que aún peregrinamos en este valle de miserias. Alcanzadme perpetua memoria y deseo de esos soberanos bienes con que me fastidien los terrenos, y solamente suspire por vuestra compañía, sin mudanza. Amén.

## TRABAJO XXV

**Deseo fervoroso y humano recelo de padecer, y de la Transfiguración del Señor.**

El divino amor que continuamente ardía en el pecho de Cristo nuestro Señor, celaba tanto la honra del Eterno Padre, que con su muerte había de esparcir por el mundo, y las verdades católicas que con su pasión había de confirmar, y la redención y salvación de las almas que había de consumar con su sangre, que mientras vivió en este mundo no tuvo otro más riguroso atormentador de su suave espíritu, que este mismo amor que no sufría dilatar lo que tanto deseaba, y al mismo tiempo le hacía sentir como humano lo que había de padecer para que el trabajo con que había de consumar tan grandes cosas, fuese más continuo y más lleno de riquísimos merecimientos para los redimidos. Así debemos entender que no fué acaso (sino nacido de amor antiguo y muy deliberado) el suceso de la muerte y pasión, que por una parte anduvo deseando toda la vida, y por otra, sufriendo su dilación; sin que la brevedad de las veinte horas, poco más ó menos, en que consumó su pasión, se las hiciese menos sensible; pues no sufrió los dolores de sus tormentos sólo cuando en aquellas horas se los dieron, sino toda la vida con humanos y dolorosos recelos que su carne tenía continuamente de lo que había de pasar. Ya traté algo de este trabajo del Señor, entre los primeros que fué servido de pasar cuando encarnó en el vientre de su purísima Madre, y todavía nos resta tratar más en el principio de la segunda parte, al hablar de las agonías que padeció en el Huerto. Pero como esta corriente y río caudaloso de su amor se descubrió en la fuente de su Encarnación, y en el Huerto fué la boca por donde se metió en los dilatados é impetuosos mares de su sacratísima pasión; traté de este principio y fin particularmente, como de trabajos que merecen lugar determinado entre otros que el Señor padeció, porque en cada uno de estos tiempos tuvo particulares demostraciones y extremos.

Por la misma razón la continua y suave corriente que este río tuvo treinta y tres años por aquella larga azua de su divino cora-

zón (siempre lleno de parte á parte de un fervoroso amor de padecer y sentir la crueldad de sus tormentos), así como para El fué materia de continuo padecer, del mismo modo debe serlo, de señalado conocimiento y de muy particular gratitud para nosotros; porque á quien toda la vida anduvo en cuanto á la voluntad mortificado, no sólo se le debe la primera obediencia con que aceptó serlo, y la última ejecución con que murió clavado en la cruz; sino que también nos obliga el amor con que toda la vida lo deseó y la pena de lo que sabía había de padecer, que siempre atormentó á su sacratísima humanidad. Este continuo deseo y recelo de padecer (que le traían siempre ocupado) fueron declarados por El mismo en estas amorosas y divinas palabras: *Fuego vine á echar en la tierra; ¿qué quiero sino que se encienda? Yo he de ser bautizado en un bautismo; ¿qué aprietos padezco mientras no se acaba? ¿Os parece que vine á poner paz en la tierra? No, sino separación.* Y San Mateo dice: *No vine sino á poner en todo la espada.* Algunas veces llamó á su pasión bautismo, no sólo en este lugar, sino cuando los dos hijos del Zebedeo le pidieron los primeros lugares de su reino; pues entonces les preguntó *si se atrevían á beber su cáliz, y ser bautizados en el bautismo en que El había de serlo*; los cuales dos nombres de cáliz y bautismo (que es lavatorio ó baño) significan cosas de gusto, y por ellas nombra su pasión; porque como en ella se había de bañar con su sangre, y ésta había de quedarnos por piscina y baño de salud para nuestras espirituales llagas, no tenía su divino amor otro refresco más suave que verse metido en el baño y lavado con la sangre en que tantos bienes habían de encontrar las almas que vino á buscar desde el cielo con amor eterno.

Llena está la divina Escritura de las grandezas que logramos por la sangre de Cristo, diciendo ser sangre del Nuevo Testamento de amor, que con ella somos lavados; que esta sangre habla á Dios por nosotros; que Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, entró por virtud de su sangre en el *Sancta Sanctorum* del cielo; que por ella tenemos reconciliación con Dios, y redención de nuestros pecados y otras muchas cosas que nos muestran estar en ella hipotecado todo nuestro bien. Por tanto, dice San Pablo, que así como en la ley antigua nada se perdonaba sino por el sacrificio de la sangre, así nuestras mortales obras sólo son perdonadas con la sangre de este divino Cordero. Por tanto, como quiso ser bautizado por San Juan para santificar las aguas y para que creyésemos que por El tenían la virtud de santificarnos, así quiso bautizarse y bañarse todo en su sangre, para que supiésemos que no es sangre de ira y de muerte, sino de vida y perdón.

Todas estas mercedes que el género humano había de recibir por su sangre, las traía el Señor continuamente en su presencia, y ninguna cosa deseaba más que el perfeccionar esta obra. Así creo que cuando el Señor curaba enfermos, y por su palabra ó tacto veía que los cojos saltaban, los ciegos veían, los mudos hablaban, los muertos vivían y todos se alegraban, y juntamente que aquellas

mercedes alcanzaban entonces á pocos, y por su muerte con virtud de su sangre se habían de derramar por el mundo y llegar á cuantos las quisiesen recibir con más perfectas sanidades espirituales; entonces resultaba en su corazón un tan gran deseo y ansia de aquellos bienes generales, que le daba mucha pena el espacio de la vida que le dilataba la ejecución de tan grandes y amorosos deseos. Esto lo manifestaba en muchas cosas, especialmente hablando de ello muchas veces, que es el mayor indicio de lo que más ocupa el corazón; porque parece que á cada uno en cuanto ocurre le viene al caso hablar de aquello en que más vivamente se ocupa su deseo. Así Cristo nuestro Señor, viendo la ingratitud de los judíos, luego hablaba de la entrada que las gentes habían de tener en aquellos eternos bienes que ellos desechaban. Tratando de comer y de beber, alargaba la plática al mantenimiento de su cuerpo y sangre, que daba vida al mundo. Unas veces decía que tenía muchas ovejas en todo el mundo, que convenía llamarlas y recogerlas; otras, alegre en espíritu, decía que del Oriente á Occidente habían de venir á su mesa; ya enviaba sus discípulos para que mirasen las gentes que estaban en estado para llegar á la hoz; ya que levantándole en la cruz, todo lo atraería á sí; y á este modo todas las veces que se ofrecía ocasión, declaraba con amorosísimas palabras los inflamados cuidados que traía de remediar al mundo. Por esto cuando dijo que vino á poner fuego, y que ninguna otra cosa deseaba más que el que se encendiese, acordándose que con su sangre y muerte había de abrasarlo todo su amor, y dándole aquella memoria recreo al corazón, suspiró diciendo: ¡Oh, qué aprieto siente mi amor mientras se retarda el bautismo de mi sangre, en que me he de bañar, y con que he de hacer prenda este fuego en las almas con vivas llamas!

¿Qué más blandura, qué más amor, qué más solicitud, qué más leal amistad puede haber que ésta? No sé por dónde andan los hombres que no conversan mucho con el divino corazón de este Señor, tan descuidado de sí y solícito por nosotros; tan general para todos y tan particular para cada uno. Este es un claro espejo para que cada uno reconozca cuán cerca ó lejos está de este Señor, de parecerse á El y de los cuidados de su corazón; porque el mucho deseo que tenía de nuestro remedio le hacía pesadas las horas en que no le consumaba, aunque todas las llenaba de riquísimos tesoros de merecimientos para nuestro bien, y sólo este cuidado asaltaba y ocupaba su corazón. Yo pienso que los redimidos tienen otras tales ansias; mas no por El, sino por las cosas que El aborrece y que muriendo quiso quitar de nuestros corazones. A lo menos puedo afirmar, que en largos años de vida, pocas almas hallaron una hora en que les diese tanto cuidado la salvación, como las cosas contrarias á ella; que les sobresaltase verse apartadas de Dios, como las sobresalta perder lo que de El nos retira; y que tan vivo sentimiento tuviesen de verse lejos de El, como de las cosas que de allí las apartan. ¡Oh locura de los humanos corazones, que guardan todas las santas an-

sias y cuidados para la hora de las últimas agonías de la muerte, y piensan que el alma podrá entonces entre tantos temores de la cuenta que ha de dar, entre el miedo de los males que cometió, entre el recelo de las penas que merece, y entre las aflicciones de los dolores que la quitan la vida, acudir con prontitud y viveza al cuidado de su salvación, y al empeño de amar á este Señor de todo corazón (sin cuyo amor sobre todas las cosas nadie se puede salvar), cuando toda la vida le arrojó de sí para emplearla en lo que entonces la aflige y atormenta! No lo hacía así este nuestro amigo fidelísimo. Una hora había tomado para dar toda su sangre y morir por nosotros, y todas las horas de la vida moría, porque esta última se le retardaba. Y si es verdad (como lo es) que no se debe menos á la voluntad con que las cosas se hacen, que á las mismas obras, tantas muertes debemos al Señor, cuantas memorias tuvo en la vida de la muerte que por nosotros había de padecer; porque cada memoria encendía en El nuevo deseo, nueva voluntad, nueva ansia y solicitud de verse bañado en su sangre por nosotros.

De este mismo amor y voluntad le nacía la otra parte del continuo tormento en que vivía, recelando y sintiendo los dolores que había de padecer; porque como había tomado las penas, dolores y tormentos para mostrar su fortaleza, constancia y fineza de su invencible amor, no quiso estar nunca sin esta prueba; sino que así como en su pasión mostró en los grandes extremos de dolores los sumos excesos del amor que ardió siempre en su corazón; así toda la vida hizo que su humanidad tuviese vivamente presentes los crueles tormentos y excesivas aflicciones que había de padecer, y recelar el gran trabajo que todo le había de costar, para que en esta leña de continuos sentimientos y recelos se cebase el amor, y continuamente ardiese en deseos de padecer lo que su carne tanto temía. Los hombres que tienen honra y valor, acostumbran buscar siempre en las batallas los sitios más peligrosos; y los que saben por experiencia el peligro que han de correr al oir tocar á las armas, padecen naturalmente con la memoria de lo que saben y de aquello en que se meten; padecen temblores, fríos y otros extremos de flaqueza humana, los cuales cuanto parecen más flacos, son mayores demostraciones del esfuerzo que vence los naturales recelos y determina meterse en el combate muy otro de lo que antes parecía. En estos temblores vivía aquella sagrada humanidad, y en estos esfuerzos su divino amor; teniendo siempre la flaqueza natural un cruel combate, pero determinando el amor llevarlo todo por su medida; y entre estos dos aprietos de recelo y deseo de llegar á los mares de sus inmensos trabajos y crueles tormentos, vivió toda la vida aquel suave corazón de Jesús. Por eso, al acabar de decir el aprieto que sentía mientras no llegaba el bautismo de su sangre, añade luego: *No penséis que vine á poner paz en la tierra, sino cuchillo y guerra;* como diciendo: No ha de ser tan ligero pasar por el baño tan deseado, que deje de costarme mucha guerra, mucha separación de todo consuelo, mucha deshonra, mucha cruz

y tormento; porque el fuego que vine á echar en la tierra, y quiero prenda y crezca, se ha de mostrar y encender en las batallas que el alma ha de tener en las tentaciones de lo que le aparta de los verdaderos bienes; y penando y amando ha de adquirir las riquezas del cielo, que mi amor vino á descubrir y prometer á la tierra. Yo mismo he de pasar por este camino y quiero que el amor que os tengo, sea conocido por el mismo estilo por donde el vuestro ha de ser probado.

Gran lección tienen aquí los siervos de Dios para consolación de las flaquezas y poquedades de la naturaleza, que suelen servir de freno, y tiran por la fuerza del amor que los lleva á lo alto para que no suba y crezca; lo que para quien lo experimenta, es una carga muy pesada. El Señor, que sobre tan flacos y terrenos fundamentos fundó tan ricos edificios, ordenó que la flaqueza de la naturaleza en que la voluntad no consiente deliberadamente, no perjudique á la fineza del amor, antes le sirva para encenderle más, porque el sentimiento de las miserias humanas de este barro y sus dolores y aflicciones, cuando el espíritu está vivo y fervoroso, levanta más íntimos deseos y suspiros de la libertad que el corazón pretende, para dar y recibir sin impedimiento, conforme á la divina liberalidad que siente sobre sí; cuando se esfuerza para acometer lo que la carne recela, y pasa la voluntad y fervor por todo lo que puede la flaqueza, son delante de los ojos del amador Jesús juzgados por mayores los quilates del amor, la batalla por más leal, la amistad por más fiel, y donde parece que la naturaleza cae, alcanza el espíritu más ricas coronas con este divino y experimentado Capitán.

### DE LA TRANSFIGURACIÓN

Una y otra cosa mostró el Señor en el misterio y circunstancias de su sacratísima Transfiguración, la cual fué una demostración y semejanza de los bienes y riquezas que tiene preparadas para sus amadores y cuantos se crucifican por su amor. Por eso, ocho días después de haber manifestado á los suyos la doctrina y camino real de la santa Cruz, y que por ella y no por otra quería ser de ellos imitado, ni conocería por suyo á quien no llevase su cruz en pos de él; y andando con deseo tan gustoso de ponerse en la cruz, que á cada paso movía esta conversación y memoria á sus discípulos, determinó darles alguna muestra de su gloria para dilatar los corazones de sus crucificados y enfervorizar sus espíritus con la experiencia de lo que se halla encerrado en la cruz. Para testigos de esto escogió sólo tres Apóstoles; Santiago, que había de ser degollado por su amor antes que los otros; San Pedro, que había de morir por El crucificado, y San Juan, que había de arder muchos años en amor suyo, después de acompañarle crucificado. Con éstos se apartó á lo alto del monte Tabor, que quiere decir pureza ó cosa escogida; y se puso en oración, para mostrar que ella es la fuerza más poderosa que el flaco y humano corazón tiene para todo el peso de

trabajos que necesita pasar para llegar al reino de los cielos, y la más viva fragua donde el amor se purifica y la criatura se transforma de baja y terrena en espiritual y celeste. Estando así orando, soltó el Señor la gloria de su alma, que para padecer tenía milagrosamente represada, y la dió licencia para que por poco espacio pasase al cuerpo, y éste quedó con ella más resplandeciente que el sol, y los vestidos más blancos que la nieve; enseñando en esto que si tanto tiene guardado para el miserable cuerpo que anda sujeto á corrupciones por la parte que le cabe de las tribulaciones, ¿qué tendrá preparado para el alma que sólo vive de su amor y en quien El reina?

Se aparecieron allí con el Señor, Moisés y Elías, á los cuales escogió Dios entre todos los Santos que había tenido el mundo, por ser más propios testigos del amor y cruz en que deseaba fundar los corazones de los suyos. Elías, que por la honra de Dios nunca tuvo descanso, perseguido y aborrecido de los malos, y que en carroza de fuego fué sacado del mundo, es retrato de los afligidos y crucificados, que sólo tienen descanso en el divino amor que les quita los pensamientos y aficiones de la tierra. Moisés, que vivía de la presencia del Señor, y con su amor y comunicaciones se mantenía, á quien el divino amor le hizo aborrecer tanto los regalos del palacio de Faraón, que más quiso la compañía del afligido pueblo de Dios que el gusto temporal del palacio, es significación de las obras que el amor de Dios hace en las almas que posee, que de tal suerte las tira y quita el sabor de todo, que el más suave sustento de la tierra es el riguroso y áspero que la naturaleza repugna, por cuanto en eso es donde más se refina.

Puesto el Señor entre estos dos amantes y amigos de su cruz, en aquella demostración de gloria en que su cuerpo estaba transfigurado, no se puede encarecer con palabras lo que sus corazones experimentaron con la vista de Dios humanado, á quien tanto habían deseado; porque veían la hermosura exterior de aquel cuerpo, y con vivísima fe la pureza y bienaventuranza de su alma, el amor de eterna caridad que en ella ardía, y los incomprensibles tesoros secretos que en cada cosa de estas se encerraban, que el humano juicio ni sabe entender ni puede declarar: y habiendo en cada cosa de las que en él veían, tanto en que gastar aquel breve espacio, no supieron en aquella gloria del Señor tratar ni hablarle de otra cosa más correspondiente al misterio que lo que veían, que aquel suave corazón de Jesús traía más presente y de que más gustaba, que era el exceso de amor á los hombres en que ardía, y las excesivas demostraciones que de sí había de dar en Jerusalén por gravísimos é inhumanos tormentos, afrentas y muerte cruelísima. Y así como el Señor decía muchas veces por menudo á sus discípulos los azotes, las bofetadas, salivas y cruz que había de padecer, como que en cada cosa de aquellas traía todo el sentido de su alma; así aquí, pasmados estos dos amantes del Señor de aquella tan admirable hermosura interior y exterior, y de aquel divino amor en que ardía,

le hablaban de la corona con que había de ser coronado, de la mutación que las bofetadas habían de causar en la hermosura de su rostro, y de las fuentes de lágrimas que sus ojos habían de derramar, y muy por menudo de lo que cada miembro había de padecer, de la invencible paciencia con que lo había de sufrir y del triunfo con que su amor había de consumar por este medio todo cuanto deseaba. Veían en esta conversación los fervorosos deseos de aquel suave Corazón para todo esto; la sujeción y entrega de aquella humilde naturaleza humana para padecerlo; ¡cuánto le había de costar y cuánto había de encenderse el divino amor en esta leña! Entendían que por no tener el Señor en su compañia discípulos que le entendiesen, los llamó allí para desahogar con ellos las ansias de su amor en que vivió hasta allí, viendo que se le difería lo que tanto deseaba, y de los temores que la humanidad había de pasar, los frutos que de sus trabajos esperaba sacar; y por eso en esta sola plática pasaron aquella hora, pasmados de lo que veían y entendían, hasta que adorando aquel divino amor, fueron de El consolados y despedidos por entonces hasta que le volviesen á ver glorificado.

Dejando lo demás que aquí pasó acerca de la admiración de San Pedro, de su olvido de todo lo demás, del deseo fervoroso de no salir de allí, imperfecto por entonces, y de la nube que los cercó, como también del miedo que tuvieron los Apóstoles, dos cosas merecen no pasar por ellas sin particular atención; una la voz del Padre oída en aquel lance: *Este es mi Hijo amado, en quien me complací; oidle á El.* En cuya voz no sólo aprobó el Eterno Padre todos los designios del amor eterno que su Hijo unigénito tenía á los hombres, y lo que por ellos determinaba hacer y padecer, declarando que también era de su voluntad y corazón paternal; sino también nos descubrió manifiestamente que sólo le sería acepto el que á este Señor oyese é imitase; porque como dándonos su Hijo, nos lo dió todo en El, no sólo quiere que le tengamos por reparador de nuestras quiebras y Redentor de las culpas, sino que también entendamos habérnosle dado por reformador de nuestros desórdenes, espejo de nuestras vidas, y Maestro á quien sólo debiésemos oir é imitar. Esto quiere decir: *En El me complací y á El debéis oir.* No dice de El, sino en El: porque de El y de su persona no había que decir; claro estaba, que siendo engendrado eternamente de su substancia, tanto se había de complacer de El como de sí; pero en El quiere decir, que estando Dios justamente descontento de las almas que crió por verlas sujetas á pecados y desórdenes, tomó por remedio, para contentarse de los que le desagradaban, á este su Hijo unigénito, al cual dió por cabeza de su Iglesia, y en El se contentará de todas las almas que por amor se le unieren, y de todas las obras que se parecieren á las suyas, y de todos los merecimientos que el verdadero amor hiciere participantes de los de éste, y no de otros, ni de otro. Por eso dijo el Señor, *si no estuviereis unidos conmigo* por amor, *no podéis dar fruto*, esto es, hacer obras de que Dios se satisfaga.

¡Oh, de cuántas cosas y de cuántas almas se descontenta Dios! Mirad, hijos de Adán, mirad, cristianos, los que de este nombre os preciáis, en qué tenéis la vida ocupada, y á qué tenéis el alma unida por amor; porque de todo lo que no tiene lugar y asiento en este Señor, se descontenta Dios. En El se complace de los cuidados que se asemejan á los de su corazón; en El se contenta de las ideas que corresponden á las de su amor; en El de las obras que imitan las suyas; en El de las almas que tratan de contentarle. En El quiso poner los ojos el Padre Eterno para remedio de complacerse en El de cuantos quieran ser suyos; pero quien trata tales cosas de que justamente puede correrse este Señor de tenerlas en sí, ¿cómo podrá Dios complacerse viendo obras que su Hijo desecha? Pues *á El oid*, dice el Padre Eterno; oid á El y cerrad los oídos á cuantas lenguas os engañan fuera de El. Dejo lo que aquí había que decir á los que tienen por oficio enseñar al pueblo cristiano la cosa en que más fuerza han de poner, que es el que oigan á este Señor y á todo lo demás cierren los oídos.

La otra cosa que se debe ponderar en el asunto, es haber mandado Cristo tener en secreto este misterio hasta que fuese glorificado; clara prueba de que no puede entenderse ni aun conjeturarse el secreto del amor y de la cruz, sino por quien trata muy de veras las cosas del cielo. De San Pablo dijo el Señor á Ananías, cuando le envió á que le bautizase, que El le mostraría cuánto le convenía padecer por su amor. Este lenguaje y verdad lo enseñó en el cielo, de donde vino tan alumbrado é inflamado en ella, que diciendo haber aprendido cosas que no podía el hombre hablar, todas por último las recopiló en Jesús crucificado, diciendo que ninguna otra cosa sabía sino á Jesús, y á Este crucificado, y le quedó tan familiar el padecer como el amar; con esto se entiende la razón por qué Dios desde que Adán pecó, nunca ha querido dar paz segura y durable al mundo, y jamás se la negó á los que le amaron, y siempre les dió la mayor parte de los trabajos de esta vida; porque como todo gobierno del mundo pende sólo de la predestinación de los escogidos que Dios tiene en este mundo como en escuela, aprendiendo la sabiduría del cielo y ejercitando el amor puro, todo se lo llena de tantos diluvios, que no puedan tener donde fijar el pie, sino en el arca donde se pueden salvar, que es Jesús; y en secreto les da tan suave paz, no conocida del mundo, que su experiencia les quita el miedo de las tribulaciones y el amor de lo que el mundo engañado estima, y enderezando sus cuidados á uno solo, que es Jesús, en El y en su paz descansan y duermen.

Por eso este Señor, entre los trabajos que por treinta años había pasado y entre los mares de su pasión, quiso dar á sus tres discípulos muestra de los secretos de su amor, de su cruz y de la gloria y paz interior que tiene guardada para sus verdaderos imitadores. Pero quiso que estuviese en secreto hasta que los corazones de todos estuviesen instruídos en el amor de las cosas del cielo, enfervorizados con la vista de la gloria de la resurrección y confirmados

con la sabiduría del Espíritu Santo; porque no podían ser capaces de tan espirituales secretos, sino corazones alumbrados con amor, con sabiduría y conversación de las cosas del cielo. No esperéis, cristianos, ver mejoría de descanso de vuestros trabajos en el mundo, que no es esta tierra para eso. Y conviene á los escogidos, por los cuales solamente es mantenido el mundo, que nunca tengan descanso ni paz, para que todos los intentos de los hombres que se emplean fuera de Dios, tengan por verdugo al mismo mundo, tras de quien andan engañados; y así, los olvidados de Dios, no descansen en otra cosa, y sus verdaderos amantes tengan miedo de poner su amor donde saben que le han de perder. En las perturbaciones que padecéis, buscad la paz y consolación donde ella sólo está, que es en el divino amor y trato con Jesús, y experimentaréis aquella gran verdad que el inflamado Agustino vió en sí mismo después de convertido á Dios con todo amor, rompiendo los afectos desordenados de esta vida que le tiraban, y dijo que con gran gusto perdía las cosas que antes tenía miedo de perder.

## TRABAJO XXVI

### Agonía del Huerto.

Comenzó Cristo nuestro Señor los tormentos de su sacratísima pasión por el mismo género de trabajo con que dió principio á su vida, sintiendo los dolores, tormentos y muerte que había de pasar y los gravísimos pecados de los hombres por quienes venía á satisfacer, como dijimos en el primer trabajo. Llegado, pues, el tiempo en que tenía determinado cumplir la voluntad del Padre Eterno, y habiendo aceptado su obediencia con amor y total sujeción, lo hizo de tal manera, que no sólo quedase el Padre Eterno plenariamente satisfecho, sino también los humanos y flacos corazones fuesen alentados é instruídos en su conocimiento y en el amor que sobre todo pretendía encender en ellos; pues de aquí pendían los frutos de todos sus trabajos. Esta fué la cosa que tuvo más presente en todo el discurso de su vida, y esta la que más deseaba conservar; y como quien se arroja á cosa muy deseada que ve presente, cuya ansia no sufre ni aun mínimas dilaciones, viéndose ya en la noche y hora en que había de ser entregado á sus enemigos, no esperó su amor á que los ánimos y manos de sus perseguidores fuesen los primeros que le atormentasen y derramasen su sangre; sino que Él se puso á sí mismo en tan grandes extremos de aflicción, que ninguna otra de las que inventase la malicia de sus enemigos le pudiese ganar; porque como nunca pudo la furia de la maldad igualar al poder y fuerza del amor divino que le conducía á padecer, no pudo la malicia ser tan astuta para buscar invenciones de dañar, como lo fué el amor para darse á conocer. Por eso, en la entrada de su pasión, quiso hacernos patente que su amor y libre albedrío le llevaron á padecer, y que el poder y malicia de sus enemigos no

le podían forzar. Y aunque esto lo había declarado muchas veces á sus discípulos con toda claridad, mucho más lo acabó de manifestar en esta primera entrada de su sangrienta batalla; pues no sólo fué á buscar lugar donde pudiese ser hallado, que ya para este fin había frecuentado, sino que en cuanto no llegaban sus atormentadores, soltó la rienda á su humanidad, y la dejó sentir los trabajos como humana, poniéndola Él mismo por su libre albedrío en tal aflicción y aprieto, que viésemos claramente ser su amor el que le llevaba á morir.

Con esta determinación, luego que el Señor lavó los pies á sus discípulos, é instituyó el Santísimo Sacramento y tuvo con ellos algunas altísimas y divinas pláticas, los mandó levantar de la mesa y se fué con ellos al huerto de Getsemaní. Por el camino iba continuando las últimas doctrinas que les dió, con tierno sentimiento de apartarse de ellos, porque ya les había dicho que en aquella noche había de ser entregado en manos de sus enemigos. Ayudaba al dolor la quietud de la noche, de que estaría ya pasada más de una hora, en que todo está quieto y sosegado, sino el amor que ardía en el corazón del Señor y la malicia de los enemigos que andaba trazando modos de prenderle. Llegados al huerto mandó á sus discípulos que velasen y orasen, sin fiarse de la prontitud de ánimo que tenían de padecer por El y con El, como le habían prometido; porque estaba aquel buen espíritu unido á una naturaleza de carne tan flaca que sólo la divina gracia y el favor merecido y alcanzado por humilde y fervorosa oración, era capaz de mantenerle en tan furioso encuentro como habían de tener. Dió el Señor en esto un claro desengaño de cuán falso y vano fundamento y cuán cierta tienen la caída, los que en vida tan llena de lazos, tentaciones y ocasiones de pecados, viven en tal descuido de Dios y de sí mismos, como si no viviesen en carne flaca y pudiesen mantenerse sin estar siempre muy asidos á El.

Apartóse luego el Señor con San Pedro, Santiago y San Juan; y estando con ellos representó interiormente á su humanidad por una vivísima imaginación cuánto había de padecer, mostrando como presente el desamparo de Dios y de los hombres, dolores y tormentos muy inmensos, deshonras, descrédito de su persona, el triunfo de sus enemigos, abatimiento de su sabiduría, escarnio de sus milagros, nuevas y crueles invenciones de vituperios; y finalmente, nuevo género de crueldades con que le habían de atormentar y quitar la vida. Dejó sentir tanto á su sacratísima humanidad esta cruel batalla, que se cubrió de una mortal tristeza, que bastara para quitarle la vida si la humanidad no fuera ayudada y sustentada por virtud de la divinidad, para padecer más de lo que las fuerzas humanas alcanzaban. Así entienden algunos lo que el Señor dijo á estos discípulos, manifestándoles lo que en su interior pasaba: *Triste está mi alma hasta la muerte*, esto es: cubierto estoy de una tristeza mortal. Y aunque el Señor se humilló á tomar consolación y desahogarse con los discípulos para dar ejemplo á todos de que usen

oficio de humildad en dar cuenta de sí, y de caridad en ayudar á los atribulados en lances semejantes, con todo eso; se hallaban tales los corazones de los Apóstoles, que no encontró en ellos ni una palabra de alivio, ni consuelo; y no era mucho; porque fué tan nuevo en el Señor mostrar tristeza ó turbación en cosa alguna, y estaba tan acostumbrado á animarlos y esforzarlos, que viendo tan triste á la alegría de todos, quedaron sus corazones tan oprimidos, que no supieron hacer otra cosa que entristecerse con El más de lo que estaban.

Viendo el Señor cuán poca consolación hallaba en sus discípulos, los dejó apartándose de ellos á orar y buscar esfuerzo y consuelo en la fuente donde verdaderamente se halla, que es en su Padre Eterno; y postrado en tierra dijo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú mandas.* Halló en su Padre un indispensable rigor de que se cumpliese lo ordenado; represó mucho más todo el alivio que de su alma y divinidad podía recibir la humanidad, y dejó llegar el sentimiento y tristeza á tanto, que San Lucas no halló término más propio para declarar su calidad, sino el de *agonía*, que es propio de los que mueren; porque lo que la tristeza y aflicción no hizo en matar á Cristo (pues no convenía se matase á sí mismo), lo ejecutó, poniéndole en un extremo como mortal y no acostumbrado en la naturaleza, sudando sangre, tan copiosamente, que pasó los vestidos y llegó hasta la tierra. Quiso el Señor que en esta agonía bajase un ángel del cielo á confortarle con celestiales y divinas memorias; no porque faltase á su divinidad virtud para esforzarse, sino para asegurar á todos los afligidos que se acogen á Dios el que sus trabajos son conocidos en el cielo, y que infaliblemente se tratará de su remedio. El ángel que sabía muy bien quién era aquel Señor, no gastaría tiempo en palabras de alivio, sino en peticiones que el cielo, la tierra, los pecadores y las necesidades del mundo por él hacían á su divino amor; que se guardase para las obras de su amor, por las cuales esperaban cielo y tierra; y pues á trueque de un día de tormento quedaban remediadas tan grandes necesidades, sujetase la sangre, que toda deseaba salir; y con el gusto de tantos bienes y glorias como sus tormentos habían de causar, tuviese en poco lo que le restaba padecer. Así lo hizo el Señor, como dice San Pablo, que poniendo delante el gusto del remedio del mundo y despreciando los consuelos, sufrió la cruz.

Entre tantas y tan pesadas agonías del Señor, y entre tan tierna compasión de los ángeles, debe el pecador, á quien corresponde la mayor parte de estas mercedes, pedir al Señor espíritu y blandura de corazón para sentir lo que el del Señor sentiría en este paso; porque considerar el Corazón de Jesús (digno de toda gloria) puesto en tan grandes aprietos y extremos de tristeza, sin ningún alivio, con voluntaria obediencia y sujeción para pasar lo que su carne temía, entre la obligación de obedecer y miedo de lo que había de pasar, es trabajo que ninguno puede declarar ni entender

sin particular don y espíritu de Dios, que en este paso se le debe pedir con toda instancia. Así se desamparó el que á todos ampara; así se desconsoló el que á todos consuela; así se entristeció el que á todos alegra; así quiso parecerse con los humanos y flacos, ó por mejor decir, tomar mayor parte de los trabajos y aflicciones humanas que todos los hombres, para que así pudiese granjear el amor de todos y ser buscado de ellos como único compañero y verdadero amigo de los afligidos.

Dos cosas aumentaron mucho esta tristeza del Señor: una, los muchos y grandes pecados de los hombres, que tenía particularmente presentes por lo mucho que á su Padre Eterno tenían ofendido y por el mucho daño que á los hombres hacían; porque como solo El conoce su peso y gravedad, y se había obligado á la satisfacción, solo El sabía sentir cuánto merecían. La otra fué la memoria que entonces tuvo de los muchos que no se habían de aprovechar de sus trabajos y para cuántos moría en vano, que voluntariamente se habían de perder; pues por el contrario, suele ser parte de alivio en la fatiga la esperanza cierta del fruto y del provecho. Y aunque habían de ser muchos é inmensos los frutos de los trabajos del Señor, con todo eso, como no los padecía menos por los que se habían de perder que por los que se habían de salvar, el amor con que amaba á cada una de las almas por quienes padecía, y el celo de la honra de Dios con el deseo de la salvación de todos, acrecentó tanto la tristeza y agonía con la memoria de los que se habían de perder, que su tristeza carecía de alivio y quedaba con mayor aflicción.

Duró este trabajo del Señor y su oración tres horas largas (según parece), en las cuales, como buen pastor no olvidado de sus ovejas y discípulos, los fué á visitar tres veces. En las dos primeras los reprendió porque dormían, despertándolos para que estuviesen velando en oración, y en la última les dijo: *Dormid ya y descansad, porque cerca está el que me tiene vendido.* En las cuales palabras quiso decir, según San Hilario, que mientras su prisión se dilataba correspondía velar y orar, porque andaba el enemigo más suelto para hacerles el daño que pudiese, y el recelo de los peligros en que se habían de ver no debía dejarlos reposar. Pero llegada ya la hora en que el enemigo acometía al Señor y El tomaba sobre sí nuestras prisiones, entrando en batalla por todos, entonces podían ya descansar más seguros y dormir confiados en tan esforzado combatiente y en tan seguro escudo como el que en sí les dió para sus trabajos. Son estos unos extremos admirables de amor, pues no se contentó con menos que con ponerse en estado de un desconsuelo á que ningún afligido pensase podía llegar, y se declaró por verdadero remediador de nuestros trabajos y peligros. Quiso sentir mucho los suyos, porque no nos tuviésemos por perdidos cuando nuestra miserable naturaleza hiciese su oficio en sentir mucho las penas; antes entendiésemos que no nos juzgará por la flaqueza del barro que El formó, sino por la obediencia de la voluntad que es la que

El estima. Quiso tomar á medida de sus fuerzas los trabajos para que vivamos muy confiados de que en el cielo donde se reparten las calidades y penas de la vida humana, no se da á ninguno carga sin medida, sino por menos peso del que podemos llevar y con más ayuda divina de la que merecemos, para que de todo saquemos provecho. Quiso mostrar en sí dos voluntades contrarias: una del abatimiento corporal, que temía y rehusaba padecer; otra racional, que se rendía á la obediencia divina; porque no nos tengamos por apartados de Dios, cuando la carne flaca contradice al espíritu, sino la refrenemos con la entrega en la divina voluntad; y entendamos que la bastardía de la naturaleza no puede hacer mal al alma que con la voluntad no consiente, antes resiste por la obediencia de la ley de Dios. Quiso que bajase del cielo un ángel á esforzarle, para que nunca nos tengamos por desamparados, por más que nos veamos en desconsuelos, con certeza de que en el cielo están presentes y hay memoria de nuestros trabajos. Quiso finalmente, el Señor, buscar consuelo en la oración al Padre Eterno, sabiendo que no había de hallar dispensación en lo que le mandaba padecer; para que entendamos que no consiste el divino consuelo en que Dios nos quite el trabajo que nos da, sino en humilde sujeción y conformidad á su santa voluntad, y en que andemos siempre pendientes y unidos en todo á El por caridad.

### EJERCICIO DE LA AGONÍA DEL HUERTO

No sufre vuestro amor, mi buen Jesús, ni aun pequeñas dilaciones: pues tuvisteis por mucho esperar dos ó tres horas para que os prendieran y dar principio á los grandes trabajos que hoy habéis de pasar. Antes que los crueles soldados os aten, dulce Jesús, con cordeles; antes que los judíos y gentiles os afrenten con tantas injurias cuantas os han de hacer, y antes que los inhumanos verdugos rasguen vuestras carnes con azotes y os crucifiquen, ponéis vuestra sacratísima humanidad en tanta aflicción y aprieto que llegase á quejarse y buscar alivio en los discípulos, ignorantes de la mortal tristeza que cubre ese corazón. No sois Vos como yo, alegría de los ángeles. A mí me vence la tristeza cuando quiero estar alegre; los pensamientos me hacen fuerza contra mi voluntad con memoria de cosas tristes que me perturban y quisiera que se hubiesen olvidado. Mas á Vos, descanso de mi alma, sólo vuestro amor os vence, á él os rendís por voluntad y él os hace acordar de cosas que estrechen ese corazón tan dilatado y abrigador de todos los tristes, para que sintáis como humano el trabajo que los flacos pasamos, precisados por el peso de la carne. Nosotros padecemos como miserables; y Vos, buen Jesús, como verdadero amador de los tristes. ¿No basta, Señor de mi alma, que tengáis hoy que pasar tan inmensos mares de trabajos, tantos desamparos de Dios y de los hombres, tantas injurias y afrentas, tan nuevos é inhumanos tormentos para que os contentéis con eso y os reservéis para poderlos pasar? ¿Desde ahora os estáis fatigando, desvelando y trayéndolo todo á la

memoria con vuestra soberana sabiduría tan vivamente como si ya estuviera presente? Dejáis á vuestra humanidad que tenga miedo y que recele; una vez que tiemble de frío, otra que se encienda; ya que tenga mortales sudores; ya que hierva la sangre con aflicción y salga mezclada con sudor; sin consuelo, sin alivio, sin refrigerio, sino que sienta, que se entristezca, que pene y tiemble; como si para Vos se hubiese acabado toda consolación de la tierra, del cielo, de los amigos y de Dios.

¡Oh mi verdadera fortaleza! ¿Con ese ánimo tan lleno de aflicciones estáis, ahora que es tiempo de entrar en batalla con vuestros enemigos á quienes solo Vos podéis vencer? ¿Dónde está aquel deseo de padecer con que decíais que os daba inmensa pena el que os dilatase la pasión? ¿Ahora que la tenéis á la puerta tenéis miedo, y estáis, alegría de mi alma, tan triste y afligido? ¿Qué mudanza es esa, mi buen Jesús? ¿Qué esfuerzo para los atribulados que en Vos, como divino espejo, han de poner los ojos para imitaros y tomar de Vos ejemplo, fuerzas y alegría? Bendito, alabado, glorificado y adorado sea vuestro infinito amor, vida de mi alma y todo mi bien, que tanto queréis padecer conmigo y mostrarme que ninguno os llevó á padecer sino vuestro amor, para que siempre y en todo os pueda tener por espejo y compañero de mis trabajos y por verdadero amigo y único remediador de mis penas. Estar Vos, buen Jesús, fuerte y esforzado para pasar los trabajos. ¿Qué mucho es, pues sois la divina fortaleza? Eso es vuestro, y en la hora de padecer se verá que ninguna cosa la puede derribar y vencer. Pero encubrir la fortaleza por mi amor y remedio, y dejar que esta naturaleza enflaqueciese y temiese con sus trabajos antes de pasarlos; como yo, que soy la misma flaqueza y miseria, recelo los míos cuando pienso en ellos; y querer que como en mí empiezan por miedo y desconsolación, así empiecen en Vos; y que las mudanzas, melancolías y tristezas que mi flaqueza siente, las sienta también vuestra humildad por su medida en extremo tan grande. ¿Quién hace eso sino vuestro amor, buen Jesús y amor de mi alma? Yo debiera andar á porfía en padecer por Vos, y Vos andáis en competencia por hacer vuestros mis trabajos, pareceros á mí y acompañarme en todo. ¡Oh amor divino! Vuestro amor es vuestro verdugo, más que los judíos y gentiles que os han de atormentar. No hay aquí azotes, clavos ni enemigos; y el sudor de sangre os está, vida de mi alma, cubriendo y regando la tierra. ¿Quién la arroja fuera de esas venas sino ese amor en que ardéis?

Todo sois amor, mi buen Jesús; todo puro fuego de caridad. ¡Oh, si siempre hubiera andado tras Vos, mi luz y riqueza perfecta! ¿Por qué miro ni pienso en otras cosas? ¿Por qué quiero nada fuera de Vos? Tan celoso está de mí vuestro amor, mi buen Jesús, que cuidó hasta de las horas en que mi naturaleza parece que podía buscar alivio con alguna razón (como es la tristeza), y buscasteis esta invención para que yo no solicitase alivio sino en Vos, viendo que experimentasteis este mismo trabajo, á fin que todos los afligidos se

aseguren de que os compadecéis de ellos y los asistís. Así, esperanza mía; así, riqueza mía; así, verdadero consuelo mío, quisisteis mostrar que no estoy perdido, cuando me hallo entre temores; que no estoy fuera de Vos, cuando me hallo desconsolado; que no dejo de ser vuestro, cuando me duelen y siento como flaco mis trabajos; pues Vos, fuerte é invencible, poderoso Señor de mi alma, sin perder nada de lo que sois, pasasteis estas mismas flaquezas. Bendito y alabado seáis, mi bienaventuranza perfecta; pues quisisteis que aun aquellas miserias que más me apartan del sentido, que parece encubren más el fuego de la gracia y más quebrantan la fortaleza del espíritu, esas mismas me llevasen á Vos, para que viendo en Vos lo mismo, respire, tenga aliento y no lo dé todo por acabado. ¡Oh conocedor sapientísimo y remediador poderosísimo de mis flaquezas! Vos sabéis bien qué género de trabajo es para la naturaleza, que el alma que os busca y desea contentar, se vea cubierta de tristeza, de aflicción interior y desamparo, sin saber dónde vuelva los ojos, combatida de tentaciones y afligida de otros trabajos que permitís. Vos sabéis cómo la impide todo divino y humano alivio; cómo la enflaquece la fe y la esperanza; cómo no le deja levantar los ojos á cosa soberana; cómo le parece haberse acabado todo bien. Juzga que está muy lejos el divino favor; el humano no la da refrigerio, la naturaleza se ve sin arrimo, la gracia está encubierta, el miedo y recelo reinan, los pensamientos y tentaciones se esfuerzan, y todo se le hace sensible y riguroso. ¡Oh amor divino! ¡Oh amor fiel! ¡Oh amigo, que en las mayores necesidades sois más leal y estáis más vivo! Siendo cosa tan impropia de Vos lo que pasa la flaca naturaleza, lo quisisteis pasar para que la nuestra se mirase en Vos, como en espejo; para que en Vos se esforzase, como en su fortaleza; en Vos se animase, como en su amparo, y de Vos confiase como de verdadero remedio. ¿De qué os sirvo yo, amor divino, que tanto me queréis? ¡Oh, si quisiéseis hacer en mí una sola mudanza, entre las muchas que hacéis! Si en todo esto me queréis, amor divino, recibidme; si me queréis esforzar, esforzadme; si me queréis prender, prendedme. No sé amar, sino con Vos; no sé estimar, sino en Vos; no sé unirme á Vos, sino uniéndoos á mí. Pues todo, Señor mio, ha de ser vuestro, no tardéis; prendedme y haced de mí cuanto quisiéreis, para que preso por Vos, no me retire. Quitadme todo gusto de la vida, todo alivio humano y todo deseo de consolarme y alegrarme sino en Vos, amor mío suavísimo.

¡Oh, cómo ando ciego, engañado y perdido, cuando busco consolación fuera de Vos, alegría de mi alma, por buena que parezca; y cuán más perdido ando cuando me olvido del amor que os debo, y gasto la vida en los pecados que os pusieron, Dios mío, en el trabajo que padecéis con esa mortal tristeza! ¿Cómo no me corro de mí, mi buen Jesús? ¿Cómo no deseo que me trague la tierra viéndoos á Vos llorar mis males, sudar sangre, y tener yo gusto en ellos? ¿Para qué nací, si os había de dar, Dios mío, tanto trabajo? Valedme, misericordia infinita. A vuestro amor, á esa tristeza, á esa sangre que

sudáis, esperanza mía perfecta, pido que ya que gusté de pecar contra Vos, guste de aquí adelante de padecer con Vos. Dadme, buen Jesús, vuestro puro amor con que me vea, me conozca, me aborrezca y vengue en mí con dolor, lo que con gusto cometí, pues os tiene tan atribulado. ¡Oh divino amor, ya que sentís tanto los que se han de perder, ganadme á mí; no permitáis que me pierda, abrid mis ojos para que oiga vuestra voz y vea vuestros ejemplos! Inflamad mi corazón para que participe de vuestros sentimientos, y jamás vuelva á renovar la causa de esta vuestra aflicción! ¡Oh vida de mi alma, que no sé sentir como Vos, ni dolerme como Vos de mis males, ni pedir como Vos deseáis dar! ¿Qué haré, buen Jesús? Ofrézcome y entrégome á vuestro amor. Tratadme como quisiéreis; mudadme como veis que necesito; cautivadme como Vos deseáis; purificadme y limpiadme como queréis; traedme siempre unido á Vos y cautivo, como sabéis que he menester, Dios mío, amor mío, remediador mío y todo mi bien.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, que en esta misma hora sentíais con el Señor en vuestro interior los trabajos que le estaban decretados, y sabíais muy bien que en esta noche había de empezar á padecer todo aquello de que yo soy causa; dadme, Señora, parte de estos sentimientos y verdadero aborrecimiento de mis males, que tanto trabajo dieron á este Señor, y tanta aflicción á ese vuestro corazón! ¡Oh corte celestial, fundada y edificada con la sangre y trabajos de este Señor, alcanzad á este pobre pecador el amor y gracia que de su sangre manó, para que en vuestra compañía vaya á gozar perpetuamente de los suaves abrazos de tan verdadero y suave amigo. Amén.

### EJERCICIO DE LA ORACIÓN DEL SEÑOR

*Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad.*

¿Por qué no aprendo de Vos, mi divino Maestro, dónde he de ir á buscar el remedio y consolación cuando me veo tentado y afligido? Vos, mi buen Jesús, vais al propio Padre que os manda morir por mí; al mismo amor que os ofreció todo para mi remedio; á la propia mano que os atribula y está sobre Vos tan rigurosa; ahí vais, sabiendo que no ha de dispensar lo que tiene determinado padezcáis. Oh errado de mí, que por eso duran tanto mis perturbaciones, porque en ellas no me voy á Vos. Os veo, divino espejo de mi alma, sudar sangre y cubierto de tristeza cuando oráis; os veo en la oración visitado del cielo por un ángel, y cuando parece que estaríais más decaído, os veo salir á recibir á los que os vienen á prender, y os veo estimar tanto la obediencia del Padre, que no sufrís que vuestros discípulos os defiendan ni os acompañen; os mostráis, amor de mi alma, tan alentado en lo que temíais, tan fuerte para lo que recelábais, tan obediente para lo que os entristecía, como si fuérais otro. ¿Por qué, alegría de mi alma, busco consola-

ción fuera de Vos? ¿Quién, si no Vos, me la puede dar? Adórote, divina y amorosa mano, que castigando consuelas; atribulando animas; afligiendo alegras; derribando levantas, y matando das vida. Con razón vivo triste, pues huyo de Vos, pues no conozco el amor paternal con que todo lo hacéis, y cuánto más me amáis cuando me afligís, que lo que yo á mí mismo cuando busco consolación fuera de Vos. Todo soy miserable, buen Jesús, porque huyo de Vos cuando me atribuláis y no busco en Vos el consuelo; os busco pegado á mi propia voluntad y al amor propio que impide la obra que Vos queréis hacer en esta alma. Libradme de mí, Dios mío, pues yo soy el que me mato y el que pongo impedimentos á vuestra gracia, á vuestra luz y á vuestras mercedes. En todo soy quien soy; curadme Vos en todo, Dios mío, como quien sois.

¿Mas qué es esto, bien mío? ¿Qué decís á vuestro Eterno Padre? ¿Que no haga vuestra voluntad, sino la suya? ¿En Vos, buen Jesús, amor de mi alma, que sois impecable por naturaleza, y por los inmensos ríos de gracias y verdades que en Vos hay, puede haber voluntad contraria á la de vuestro Padre? Tan presentes tenéis, Señor y esperanza mía, mis necesidades, tan por menudo pretendéis remediarlas que hasta esto quisisteis tener sin pecado, para que no me desconsuele ni derriben los movimientos de mi naturaleza cuando en ellos no consiente la razón, y me dais confianza de que no me juzgaréis por ellos, sino por la voluntad determinada con que os busco y os huyo, os sirvo y os ofendo. Bendito sea vuestro amor que tan liberal está conmigo, que hasta los movimientos que tiene mi miseria contra Vos, hicisteis que sirviesen de espuela para llegarme á Vos, de ocasión de mayor merecimiento y de mostraros en ellos obediencia, amor y fidelidad. Verdaderamente, Dios mío, sois Padre de este pecador, y verdadero amigo de esta alma. ¿Cuándo os llegaré á conocer, os entenderé, os amaré de todo corazón, os buscaré y obedeceré en todo sin contradicción? ¿Cuándo dirá mi corazón siempre y en todo y de lo íntimo del alma: *No se haga mi voluntad, sino la vuestra*? ¿Dónde merecí yo, Dios mío, ser gobernado por esa vuestra voluntad paternal, divina y amorosa? ¿Cuándo me fué mal siguiéndola, ó cuándo me fué bien haciendo la mía? Toda la corte celestial de este vuestro Hijo unigénito, y la Virgen sacratísima con la demás multitud de espíritus angélicos y de bienaventurados, llegaron á ser lo que son y serán para siempre cuidando sólo de obedeceros y de ser gobernados por Vos solamente. ¿Y yo, gusano de la tierra, quiero hacer bando aparte? Los elementos y cuerpos celestiales se sustentan sin daño ni desorden por vuestro gobierno y obediencia, con todo cuanto en ellos hay; ¿y yo, verdadera nada de la tierra, presumo tener y ser algo apartado de vuestra obediencia? Me hacéis merced, mi buen Jesús, de tomarme á vuestro cuidado, teniendo tantos y tan puros siervos y amigos, ¿y yo huyo y sacudo de mí vuestro amoroso gobierno, y quiero tener voluntad y propio parecer? ¡Oh miserable de mí! ¡Oh miserable, y cien mil veces miserable y ciego de mí! Pienso que me entiendo y

que sé lo que me corresponde, y no veo mis engaños y males, y cuán mal me puedo conocer apartado de Vos, clara luz de mi corazón. Sin Vos, la afición ó pasión me ciega en mis cosas, y no veo el mal que está por venir ni el que me hago; sé hacer de bienes males, pero ningún mal sé convertir en bien. Sé pecar, y no me sé arrepentir sin Vos; sé cargarme de trabajos, meterme en tentaciones, ocasiones y peligros, más de lo que puedo, y no sé salir de ellos; sé destruir y dañar cuantos bienes me dais, y por último, después de perdido, cansado de mí y de aquello en que me meto, acudo á Vos ahogado, sin fuerzas y sin aliento; y, sobre todo, aún presumo de mí y no me rindo á Vos; quiero que hagáis mis cosas como yo las imagino, y no os fío á Vos lo que me corresponde. ¡Oh ceguedad y miseria mía! Veo como ciego, y gobiérnome como ignorante; quiero y no quiero, como malicioso; consuélome como bueno, desconsuélome como flaco, y no acabo de rendirme á Vos como siervo. ¡Oh verdadero Padre de misericordia! Perdonad estas mis desventuras, y haced vuestra voluntad, y no la mía. ¡Oh paternales entrañas, que me veis y no me conocéis! Pues sois verdadero Padre de este tan errado y perdido hijo, todo me lo habéis de sufrir y todo me lo habéis de curar; no me tratéis como merezco, sino como os pide ese amor que me tenéis. Vos, Dios mío y amor de mi alma, me gobernáis con sabiduría y amor; me sacáis bienes de los males; tomáis por medios y caminos de los bienes que me queréis dar, los mismos daños, tentaciones y tribulaciones que me permitís; por donde pienso que me destruís, por allí me edificáis; porque todo lo veis como sabio, me deseáis todo bien como amoroso Padre, de todo mal me curáis como médico y amigo, y, con todo eso, aún no me quiero fiar todo y en todo de Vos.

¡Oh buen Jesús, oh Padre verdadero de mi alma! Hágase siempre vuestra voluntad y no la mía, en todo; ¡oh Jesús mío! dadme que este todo sea sin excepción, y esta entrega, de corazón. Encaminadme, Dios mío, cuando yerro; reducidme á Vos cuando me aparto, prendedme cuando huyo, abrazadme y esforzadme cuando os busco. Recibidme, Dios mío, por esta voluntad, y no me juzguéis por mis desventuradas rebeliones. Vos veis cuán largo soy en ofrecer, cuán flaco y mentiroso en cumplir; mas para todo es vuestro amor. De esta vuestra voluntad quiero vivir en prisiones, en cautiverio, en poder de enemigos, desconsolado, afligido, atribulado y perseguido; no por la mía, que soy desventurado, pobre, ciego, errado y perdido. Un momento que mostréis vuestra luz, todo se hace sabroso, y lo que parecía perdido se ve camino seguro de la vida. Pues, Señor, si no me conviene estar siempre en dulce consolación, tomad á vuestro cargo la flaqueza de esta miserable naturaleza; tratadme como quisiereis, y tenedme en todo de vuestra mano; guiadme Vos, y haced vuestra voluntad y no la mía.

¡Oh sacratísima Madre de Dios, sierva obedientísima, que también en esta hora os estabais ofreciendo al Eterno Padre para ir á ayudar á vuestro Hijo y suyo á pasar los dolores y trabajos de su

Pasión, sabiendo que era llegada la hora y entendiendo su divina voluntad, y que aún sintiéndolo mucho, os entregábais á todo este trabajo; imprimid, Señora, en mi alma estas verdades; esforzad la voluntad para seguir siempre este camino, y nunca otra cosa, sino lo que vuestro unigénito Hijo ordenare de mí. Quitadme cualquiera otra voluntad y deseo, pues sólo éste es el camino seguro de contentar á mi Dios. ¡Oh ángeles y puros espíritus celestiales! Ayudadme y alcanzadme de este Señor, que no se haga en esta miserable tierra mi voluntad, sino la suya, como hacéis vosotros en el cielo.

## TRABAJO XXVII

**Falsa amistad, por la cual fué vendido.**

Mientras el Señor, concluída la última cena, se ocupaba en dar divinas doctrinas á sus discípulos, y después de eso padeció las agonías y trabajos de la oración del Huerto, andaba el falso amigo y traidor Judas acabando de rematar la venta del Señor, que tenía tratada, y dando ardides para que le prendiesen. Dignóse el Señor de pasar este género de trabajo de falsa amistad, en quien tanto le debía, para que ya que no podía pasar todos los que cada uno de los hombres sufre (porque muchos de ellos nó correspondían á la santidad y ejemplo de su persona), padeciese aquellos que más suelen afligir á los humanos corazones.

No sabrá lo grande de este trabajo quien sea tan ignorante, que no sepa tener amigos, ó conservarlos, ó se le da poco por ellos, que es harto más propio de salvajes que de hombres. Pero la divina Escritura pone en tan alto grado al bueno y fiel amigo, que parece no halla palabras para encarecerle; porque le llama poderoso amparo de la vida, tesoro que con nada tiene comparación, medicina de la vida inmortal, y no acaba de encarecer lo que se debe estimar. Por tanto, cuenta como uno de los grandes males de la vida la falsa amistad, principalmente cuando pasa afrentas públicas y á infamar al amigo, ó descubrirle el secreto, tenerle en poco, ó tratar con él cosas de su perjuicio; y tanto lo encarece, que dice no poder jamás soldarse la amistad que quiebre por alguno de estos medios. Y con razón; porque la verdadera amistad, á quien pertenece hacer todas las cosas comunes al amigo, lo primero que le comunica es el corazón y el amor, por lo que algunos llamaron al amigo *otro yo*: pues otro yo es aquel de quien fío mis secretos, que entra en mis gustos y disgustos, que tiene parte en todo lo que está dentro del corazón, estimado y agasajado, como lo fuera mi alma, si anduviera fuera de mí. Pero que éste llegue á serme traidor, á coligarse con mis enemigos, á valerse de lo que sabe de mí para perjudicarme, á hacer de mis amistades ponzoña con que envenarme; pienso ó afirmo, que por algún tiempo podrá disimularse con prudencia, pero sufrirlo con perfección será precisamente efecto de una divina gracia, no común, sino dada por Dios con mucha particularidad para aquel

fin, con mucha eficacia de su amor, y una de las cosas en que Dios muestra más la fuerza de su espíritu, cuando la comunica al humano corazón; porque este género de trabajo repugna tanto á la flaqueza humana, que no se debe tener por milagro pequeño de la gracia sustentarle en el corazón humano con perfecta paciencia.

No falta doctor que entienda de este género de trabajo lo que San Pablo dijo de sí, que le dió Dios un estímulo de su carne, que era un ángel y ministro de Satanás, que siempre le abofeteaba. Esto era verse perseguido de falsos hermanos, y de los mismos por cuya salvación se andaba desvelando, y de otros, que trabajaban por abatir su doctrina y desacreditarle, debiéndole la misma vida cristiana que por su medio lograron y que tan mal le agradecían; cuya falsa amistad daba tanto que entender á su carne, y le era tan sensible sobre los demás trabajos, que pedía á Dios con mucha instancia le quitase aquel dolor; pero Dios no se lo quiso quitar, á fin que le sirviese como de ministro de Satanás, que le abofetease y humillase; pero le prometió su gracia con que le sustentaría para que no cayese en pecado.

Este género de trabajo pasó el Señor con tan nuevas invenciones de falsa amistad, que ninguno puede compararse con él. Dejó la falsedad de los fariseos, que muchas veces le afectaban honra y agasajo, ya convidándole á comer á sus casas, ya diciéndole fingidas alabanzas; y todos recibían de El muchas mercedes, sin embargo de que convertían toda la familiaridad del Señor en ponzoña para dañarle. Lo más es que entre los mismos Apóstoles hubo un Judas Iscariote, á quien el Señor había dado virtud, como á los demás, para hacer milagros; le había escogido para una de las doce columnas de su Iglesia; le había confiado el corto caudal de las limosnas que le daban para que cuidase mantener aquel sacratísimo Colegio de los Apóstoles; habíale comunicado sus secretos como á los demás y le sentaba como amigo á su mesa y conversación familiar. Este, porque pocos días antes de padecer el Señor, vió á la Magdalena ungirle su cabeza con ungüento precioso, de cuya fragancia se llenó toda la casa, comenzó á murmurar que se podía haber vendido aquel ungüento por trescientos dineros para los pobres, de cuya venta parece esperaba él embolsar por lo menos el diezmo, que eran treinta; porque según dice San Juan, tenía costumbre de guardar dineros de aquellas cortas limosnas que daban al Señor, y pasaban por sus manos; y por satisfacerse de la pérdida de aquella miseria, hizo liga con los enemigos del Señor, de quienes sabía que ninguna otra cosa deseaban más que prenderle, y que andaban ansiosos por lograr alguna coyuntura para ello.

Judas, haciendo cuenta que el Señor se libraría por milagro de las manos de sus enemigos, como había hecho otras veces, y él se quedaría burlándose de ellos con el dinero en la bolsa, ó que en caso de no librarse, quedaba él con su ganancia; en fin, en cualquiera acontecimiento determinó ejecutar la traición. Y es de creer que propondría á los fariseos ésta su mala determinación, mote-

jando al Señor de regalón, que predicando pobreza y desprecio del mundo, aceptaba banquetes y ungüentos olorosos; que bebía y comía en casas de sus amigos, y muchas veces en compañía de hombres malos, y luego salía con grandes extremos de rigurosas doctrinas. A este modo diría varias cosas para mostrarse, con algún pretexto de razón, enfadado de su trato y arrepentido de haberle seguido hasta allí; y con celo de que no pasasen adelante semejantes hipocresías, ajustó con ellos que lo entregaría en parte donde, sin intervención del vulgo con quien se autorizaba, le pudiesen prender seguramente. Estas y otras blasfemias pronunciaría con gran satisfacción de los que no deseaban otra cosa más que oportunidad para cumplir sus dañadas intenciones; los cuales festejarían y harían gran misterio de todo esto, confirmándose más en el descrédito de Cristo que andaban urdiendo, y dando por sentado que aquella era la verdad y que todo lo demás era engaño; y aplaudiendo á Judas de hombre juicioso, bien considerado y amigo de la honra de Dios y bien del pueblo, remataron luego el precio de la traición, ajustando la venta en treinta dineros. Este fué el gran precio, profetizado en Zacarías, por el cual Judas vendió al Hijo de Dios, se apartó de su amistad, perdió al Señor con todos los bienes que de El había recibido y hasta su propia alma.

Rematada la venta, dejó el falso y traidor amigo concertado que estuviesen prevenidos, pero que no se moviesen hasta que él volviese, porque como falso y pervertido, quería aprovecharse de las horas en que el Señor oraba para entregarle en ellas, siendo las que más debiera buscar para acompañarle en tan divino empleo. Tal es el corazón del falso amigo, que de los mayores bienes hace ponzoña, y lo que más le había de aficionar, más le aparta y le sirve de ocasión para ejecutar su maldad. Volvióse Judas con esta determinación adonde estaba el Señor, y disimulando la maldad que traía en el corazón, se sentó á la mesa con El en la última cena, donde declarando el Señor, que uno de los doce le había de entregar á sus enemigos en aquella noche, y preguntando cada uno si era él, también el traidor, disimulando su malicia, hizo la pregunta por sí. Aceptó que el Señor le lavase los pies como á los demás discípulos, sin dejarse vencer de tan gran beneficio ni de tan divinas doctrinas como oyó en aquella hora de la cena, ni se compadeció del humilde cordero que tan blando se humilló á sus pies. Recibió en aquella disposición el Santísimo Sacramento nuevamente instituído, y quedó ya ordenado de Sacerdote, con todas las demás muestras de amistad que en aquella última cena dió por despedida á sus únicos amigos, sin hacer en ellas diferencia con el malvado Judas; y no aprovechando nada, le mandó el Señor que se saliese, usando de palabras, con que á los demás Apóstoles les pareció que le enviaba á dar algunas limosnas, pues le dijo: *Lo que haces, hazlo cuanto antes:* que hasta en conservarle la honra, le guardó el Señor perfectísima amistad. Cumpliólo así el traidor, saliendo de aquella santa mesa con el demonio en el alma á buscar la gente para en-

tregar al Señor, como luego diremos; y mientras el Señor doctrinaba á sus discípulos y pasaba otros trabajos en el Huerto, sudando gotas de sangre, andaba el malvado discípulo trazando la prisión.

Cuánto sintió el Señor este trabajo y falsa amistad del traidor Judas, lo dijo y encareció David, cuando se vió perseguido por traición de su hijo Absalón, en persona y figura de Cristo, por estas palabras: *Si mi enemigo dijera mal de mí, de verdad lo sufriera; y si el que me aborrecía, me imputara grandes cosas, me guardaría de él; pero tú, hombre, que debías ser de un ánimo conmigo, mi conocido y mi guía, y que juntamente comías conmigo; que andábamos unidos en la casa de Dios, me armas la traición. Venga sobre ellos la muerte, y bajen vivos al infierno, porque en sus habitaciones no hay más que maldades.* Basta que pasando el Señor inmensos trabajos y tormentos en su pasión con sumo y admirable silencio, sólo de este trabajo manifestó la pena que le causaba, quejándose á sus discípulos, que uno de ellos le había de entregar, y al mismo Judas le dijo al tiempo de la prisión: *¿Es posible que con beso de amistad me entregas á mis enemigos?* En esta falsa amistad comenzaron todos los trabajos que tuvo el Señor en su pasión; de ella fué su corazón herido y lastimado con razón; en ella nos dejó admirables ejemplos de blandura, paciencia y mansedumbre; y ojalá que fuera solo Judas el falso amigo y solo él traidor; mas por nuestros pecados tiene muchos compañeros en el mundo.

¡Cuántos hoy vendemos al Señor y todos sus beneficios, por bajísimos gustos y opiniones del mundo, torciendo sus favores para ofenderle y afrentarle! Y aunque ahora Cristo no pueda tener la pena y dolor que entonces le causó la traición de Judas; con todo eso tenía entonces muy presente á los falsos amigos que habían de vivir en su Iglesia; se afligía de estas traiciones y moría por ellas. Sus amistades duran y perseveran siempre; nuestras deslealtades parece que á porfía van creciendo; y si no pregúntese cada uno, ¿cuándo fué tan puntual en la honra de Dios que por ella abandonase los puntos del mundo? ¿Cuándo por la amistad de este Señor le fastidió otro cuidado ó cosa de la vida? ¿Y cuándo dejó de hacer su voluntad por ser leal amigo de este Señor? Yo creo que ajustadas bien las cuentas, si bien nos conociésemos, se hallaría cada uno de nosotros en este negocio tan Judas, que no tendríamos menos de qué quejarnos de nosotros que de él. Pues si juntáseis á esto las muchas veces que con estos pecados en el alma entramos en su Iglesia y le saludamos de rodillas, y orando le llamamos Padre, amigo y Señor, y estando tan lejos de su amistad le tratamos en el santo altar y en su casa como familiares, dejando fuera los contratos hechos con el demonio, con la carne, con el mundo, con la vanidad de la vida, contra este Señor, contra su ley y contra su amistad, no hay duda que Cristo se puede quejar bien de todos como de falsos amigos, y tiene bien que sufrir en las repetidas traiciones que le hacemos.

Formando sobre esto otra consideración, tuvo el Señor mucha cuenta con sus verdaderos amigos, en querer sufrir el trabajo de la falsa amistad; porque, por el particularísimo cuidado que tiene de ellos, se hizo en él su compañero, por lo general que es este trabajo á los que de veras le sirven; pues la más cierta cosa que tienen los que se vuelven á Dios y dejan la vanidad del mundo, es tener siempre encuentros de falsas amistades; ya por juzgarles pesados, ya por hipócritas, ya por singulares; les tachan cualquiera menudencia, y todo lo echan á la peor parte; tienen por pasión su celo, y por odio el evitar ofensas del Señor; todo lo convierten en mal, haciéndoles guerra con sus propios bienes y virtudes. Las menudencias que hay en esto, y lo que en ello padecen los justos, ellos lo experimentan; y Dios que lo ve y lo sabe, conoce cuánto les cuesta y cuánta necesidad tienen de su favor y auxilios. Es un trabajo para quien no sirve la consolación humana; porque el justo anda en simplicidad, y no busca ardides para defenderse, ni artes para atajar los males que le hacen, deseando solamente, con particular amor, convertir y alumbrar á sus contrarios; pero los falsos amigos todo lo convierten en perjuicio, de todo hacen invenciones de daño, y, llevando ellos siempre la bandera, queda el inocente penando, callando y ardiendo en tribulación. Allí veía Cristo á estos sus amigos, mostrándoles lo que él pasó, y con particular luz les hace conocer que este es el verdadero camino de vencer y desprenderse de toda humana amistad, y ponerla toda en él, donde los enemigos y amigos son pura y verdaderamente amados, y con quién los falsos amigos se sufren con paciencia, y á quién el alma perseguida y acosada de estos trabajos abraza como único y verdadero amigo, y en él se dilata, consuela y asegura.

### EJERCICIO DE LA FALSA AMISTAD QUE EL SEÑOR SUFRIÓ

También, amor de mi corazón, esperanza mía y vida de mi alma, quisisteis pasar por mí cuán caro cuesta un traidor y falso amigo, con un tan grande y feo modo de traición como Judas os hace, que está comiendo con Vos á vuestra mesa, recibiendo vuestras soberanas mercedes, oyendo como amigo vuestras sacratísimas palabras lleno de disimulo y malicia, y está determinado en su corazón entregaros á vuestros enemigos, teniéndoos ya vendido por dinero y buscando ocasión para la entrega. ¡Oh divina sabiduría, á quien el corazón de este perverso no estaba oculto! ¿Cómo os sujetáis á disimular con él, y no dejáis de manifestarle vuestra amistad, como á los demás Apóstoles y leales amigos? Le laváis los pies, le hacéis sacerdote, le dais vuestro sacratísimo Cuerpo y preciosa Sangre, y ocultáis su malicia para no deshonrarle. Tan bueno sois, buen Jesús, y tal es vuestra verdadera amistad, que nunca quiebra por Vos; siempre sufrís traiciones, siempre deseáis reconciliaros con las almas, siempre las granjeáis con amor, siempre las ablandáis con beneficios, siempre quebrantáis su dureza con mercedes.

¿Qué os va, Señor, en nuestra amistad, que aun á los traidores agasajáis? Vuestro es esto, buen Jesús, calidad es sólo de vuestro amor no poder volver atrás y quedar Vos constante cuando todos huyen. ¡Oh gloria mía y mi bienaventuranza, que siendo Vos el único merecedor del amor de las almas, me quisisteis mostrar el amor que me tenéis en pasar por tan penoso trabajo de la falsa amistad, para que cuando mi flaqueza la padeciese os hallase por compañero en lo que más la suele molestar! El quererlo Vos así efecto es de vuestro grande amor; pero aunque quisisteis pasar por este género de trabajo, ¿cómo es posible que un corazón humano que os ha tratado y conversado, que os ha oído y recibido de Vos tantas mercedes, caiga en semejante traición y os trate con falsedad? Vuestra conversación cautiva las almas, vuestro amor prende los corazones, vuestro ejemplo endereza los yerros de la vida, vuestras palabras enseñan toda verdad, vuestra blandura remedia las necesidades, vuestro favor alivia todo trabajo; ni tenéis cosa más conocida y manifestada que la liberalidad, verdad y lealtad de vuestro amor: ¿y con todo eso, esperanza mía, hubo corazón humano que tratase con falsedad esa verdadera amistad? ¿Que fuese traidor á esa santísima conversación? ¿Que lastimase ese tan puro y amoroso corazón? ¿Que dejase ese tan fino amor por dinero, por venderos á vuestros enemigos, por dar gusto á quien desea quitaros la vida? ¡Oh verdadero amigo y refugio de esta alma! Ninguno está bien seguro de sí sino el que se halla muy unido y estrechado con Vos, y cuanto mayores son los favores recibidos, tanto mayores y más dañosas son las caídas del que se descuida y desprende de Vos.

¡Cómo no tengo miedo de mí y no ando siempre clamando por vuestra misericordia, cuando me veo formado de una masa y naturaleza de que puede nacer tanto desagradecimiento y deslealtad contra Vos! ¡Oh bondad infinita, tenedme de vuestra poderosa mano! Si el demonio os lleva á un Apóstol de vuestra mesa, y desde vuestra conversación y presencia á tan gran perdición, ¿qué seguridad tendré de mí? Si os niega San Pedro porque confió de sí, ¿qué será de mí si Vos no os encargareis de mi flaqueza? Humilladme, Señor, y unidme con Vos, buen Jesús, pues sin vuestra gracia particular, yo soy este mismo que fácilmente os pierdo y os dejo, y cuando más juzgo que estoy seguro, entonces os hago mayores traiciones y muestro menos lealtad al amor que me tenéis y á la fina amistad que me mostráis. Espántome de Judas que os vendió, y que, sin vergüenza, con beso de paz y amistad, os entregó y os perdió la afición y amor para venderos, queriendo más el dinero que á Vos, riqueza soberana: y no reparo en mí, ¡cuántas veces fingí con hipocresía y tomé vuestras cosas como medio para conseguir mis apetitos! ¡Cuántas veces, estando lleno de mercedes vuestras, las troqué todas por un bajísimo y desventurado gusto terreno! ¡Cuántas veces quise más el favor de los hombres que vuestra conversación! ¡Cuántas os fuí traidor, trocándoos por las abominaciones que Vos veis en este triste y desventurado corazón, sin hacer caso de vues-

tras inspiraciones ni de las doctrinas vuestras, que leía, oía y creía, ni de las mercedes que continuamente recibía! Oh infinita misericordia, perdonadme el que sobre todo esto no me halle en vuestra presencia tan confuso y avergonzado como mis pecados y traiciones requieren. ¿No basta, Dios mío, un Judas? ¿Por qué lo quiero yo ser?

Vuélvome á Vos, Dios mío y mi amigo verdadero. Aquí me arrojo á esos sacratísimos pies; conozco y confieso mis traiciones y las falsas amistades con que os he tratado; perdonadme, Señor; tomad de mí la satisfacción que quisiereis, y no me deje vuestro amor perder como Judas, pues me vuelvo á Vos. Acordaos, Señor, cuanto hicisteis por batir el corazón de Judas; cuánto trabajasteis en ello y lo que sentisteis el que fuese en vano; pues, Señor, ese amor, que no es particular, sino general para todos los pecadores, muéstrese ahora en mí, pues aquí me vengo á Vos, aquí me entrego, aquí me rindo; pésame de quién soy; tratadme como quisiereis, pero recibidme con misericordia en vuestra amistad. Aunque fuí, buen Jesús, de los traidores, hacedme Vos de los verdaderamente convertidos. Vuestro amor triunfa en convertir pecadores, en hacer de traidores leales, y amigos de enemigos; convertidme, buen Jesús, á Vos, y hacedme leal y fiel amigo vuestro hasta la muerte.

¡Oh amor de mi alma, cómo os entregasteis tanto á Judas, que os pudiese vender como á esclavo! ¿Tanto señorío y dominio tenía en Vos, que os pudo tratar de esa manera? ¡Oh bondad, oh amor verdadero! Tal sois Vos, buen Jesús, y así os entregáis, así os mostráis todo verdadero amigo del alma, que después de daros, os dejáis tratar de cada uno como quisiere. Infeliz es quien no se aprovecha de Vos, y os arroja de sí; dichoso el que con Vos se abraza y os tiene por único tesoro. ¡Oh, si supieras Judas, aprovecharte de ese Señor, y no para lograr dinero! No le entregues á los judíos; dámele, que yo te lo compraré, para ponerle en esta alma; para servirle y adorarle. ¿Cómo no me voy, buen Jesús, tras de Vos con todo amor, toda la voluntad y toda el alma, cuando esto veo? No queréis que haya cosa más mía, que Vos; sois Padre, hermano, amigo, tesoro, manjar y esclavo; de cuántos modos logran los hombres tener las cosas por suyas, queréis Vos por el mismo título ser mío. ¡Oh, cómo estoy rico con Vos, mi buen Jesús! Uno sois y de todo me servís. Acéptoos por todo mi bien; recíboos por mi único tesoro; quiércos por toda mi bienaventuranza; y desde ahora me desprendo de todo lo demás. A quien Vos no bastáis, vida de mi alma, ¿qué puede desear, que le satisfaga? Enfermo y con el gusto perdido, se halla el que con Vos no se contenta. Vos sois mi único bien, singular amigo, rico tesoro, bienaventuranza única. Con Vos estoy rico, sin Vos pobre; con Vos todo lo tengo, sin Vos todo me falta. Venid, buen Jesús, á esta alma; amémonos, poseámonos, conversémonos para siempre sin separación; reinad Vos en mí, y viva yo siempre en Vos. ¡Oh todo mi bien, toda mi bienaventuranza, amoroso Jesús!

¡Oh amigo fidelísimo de mi alma! Vos sabéis que una de las cosas que más impiden vuestra conversación y amistad, y las familiaridades y secretas mercedes que hacéis á las almas, es la desordenada afición de amigos y ocupar mucho en ello el corazón; y porque sólo lo queréis ser de esta alma, permitidme que cuando del todo se convierte á Vos, halle pocos amigos y estos pocos leales. Cuánto lastiman las deslealtades de los amigos, Vos lo sabéis; y cuánto cautivan y aficionan los que son fieles, también lo entendéis. Mandaisme que á todos sea amigo leal, pero que solo á Vos me estreche, solo en Vos tenga toda mi esperanza y á solo Vos mire como fidelísimo amigo. Así lo quiero, Dios mío, así lo deseo. Mas, pues pasasteis por el trabajo que dan los malos y falsos amigos, esforzad esta flaca naturaleza para que sufra lo mismo, y que ni la afición y confianza de ellos me cautive, ni me rinda el dolor de sus deslealtades. Si queréis y ordenáis que de todos sea desamado, perseguido y aborrecido, hágase vuestra voluntad, y enseñadme á quererlo así; poseed Vos mi corazón, mostradme vuestro rostro, cautivadme de vuestra amistad, enseñadme á no quejarme, enseñadme á que no me vengue ni dé mal por mal, y que tenga y llame amigos á los que más falsa amistad me mostraren. Haced, Señor, que me parezca á Vos, y que con eso me contente. ¿Cómo quiero yo á todos por amigos, cómo quiero que todos me traten con verdad, cómo me quejo, si no me son leales, si Vos tenéis en vuestra mesa al que os es traidor y le llamáis amigo, cuando hecha ya la venta os entrega? ¡Oh amigo mío fidelísimo! Sólo vuestra amistad es leal, por ella trueco todo lo demás; desprended de mi corazón todo el amor y aborrecimiento que me puede impedir vuestra conversación. ¡Oh luz divina y autor de las verdades soberanas! Abrid los ojos de este ciego; hacedme conocer aquel dichoso estado en que perseguido de toda criatura, aborrecido de todos los hombres, desamparado de todos los amigos, olvidado de todo lo que es humano y desprendido de los propios que me tienen más obligación, pueda mi alma, libre de todo y de todos, alargar los brazos y el amor para unirse con Vos y sentir las divinas influencias de vuestro amor, diciéndoos con mayor confianza: ¡Padre mío, Dios mío y único amor mío! ¡Oh dichosa hora! ¡Oh si ya llegase! ¡Oh si toda la vida se perdiese, y sólo en este amor y abrazos se gastase! Doleos, Señor, conocedor de estas verdades, doleos de la perdición y ceguedad de esta alma, que tan lejos se halla de esto. ¡Oh mi amor, oh esperanza mía, mi Jesús!

Reina de los ángeles, leal sierva y amiga de este Señor, Madre y amparo de los pecadores, Madre mía, prendedme de su amistad y desprendedme de todas las demás. ¡Oh cortesanos del cielo, que vivís de un solo amor de este Señor, y en él lo amáis todo ordenadamente, alcanzadme esa hermosa prisión con que estáis libres, y cautivos para siempre de su amor! Amén.

## TRABAJO XXVIII

### De la prisión.

El primer mal que la falsa amistad del traidor Judas hizo á Cristo después de haberle vendido, fué hacerle prender por la justicia, contra toda justicia y razón. El mismo quiso hacerse capitán en este oficio, como quien tenía perdido el temor de Dios y la vergüenza de los hombres. Ni es mucho que en tan poco tiempo hiciese el pecado tan notable mudanza en el corazón de un varón apostólico, que por su voluntad dejó á Dios; porque la experiencia nos demuestra que la peor gente del mundo son los que dejando la fe católica, sueltan la rienda á los vicios; y renunciando la perfección de la vida evangélica y apostólica que profesaban, volvieron á la profana del mundo que por Dios habían renunciado, los cuales todos siguen la verdadera de Judas; y como despreciaron la casa y servicio del Señor por el mundo y apartaron la boca de la verdadera fuente de las aguas vivas, por beber de los charcos ponzoñosos del mundo, demonio y carne, es más de admirar los pecados que dejan de cometer, que las abominaciones en que caen. Así Judas, capitán de todos éstos, que para ser malo cerró los ojos á la luz divina, los oídos á las divinas palabras del Señor y el corazón se lo entregó al demonio, ¡qué mucho que en pocas horas se transformase de apóstol en traidor, capitán de verdugos y alguaciles para prender al Señor, y les diese precauciones y ardides para que no se les escapase de las manos! Conviene tener el corazón asido al servicio del Señor con mucho cuidado, cautela y vigilancia, porque después de suelto y mal acostumbrado, no sufre prisión, ni freno, y corre á todo mal con tanta furia, que sólo la divina gracia puede hacer en él sus acostumbradas maravillas. Pero tal vez se aferra tanto á sus vicios que no quiere aceptar ni aun la gracia que Dios le ofrece, como se vió en Judas, que á ninguna inspiración del Señor, ni motivo que le pudiese convertir, quiso abrir las puertas del corazón, sino arrojarlo todo, por hallarse determinado al mal.

Sabía bien Judas que acostumbraba el Señor, cuando le anochecía en Jerusalén, salirse fuera al huerto de Getsemaní, lugar solo, quieto y acomodado para la oración, en que gastaba las noches después de dejar recogidos á los discípulos; y es de creer que sabiendo el Señor todo lo que había de pasar, frecuentaría aquel lugar, para que sabiendo donde era su mansión, le pudiesen prender sin alboroto; y que cada vez que en él entraba se le recrearía el corazón con la memoria de lo que allí había de pasar, y por tanto sería más aficionado á este sitio. Viendo Judas ser ya tiempo en que el Señor estaría quieto orando, dió orden para que aligerasen; repartió la gente con los fariseos; previno que llevasen linternas encendidas, pero con la luz cubierta para mayor secreto, y hachas para encenderlas á su tiempo; recordóles que ya otra vez procuraron

prenderle, y el Señor se les escondió, haciéndose invisible, y que lo mismo sucedió cuando le quisieron apedrear. Y como los fariseos le publicaban hechicero, estaban muy recelosos de que trabajasen en balde; por tanto, no fiaron á otros el negocio, resolviendo los principales ir en persona; y con esta falsa opinión de hechicero, animaban á los alguaciles á que se esforzasen, portándose como muy hombres, y le sacasen de las manos de cuantos le quisiesen defender.

Habría en aquella malvada compañía muchos juramentos, muchas apuestas de quién mejor le ataría y aseguraría, haciendo cada uno mucha ostentación de su esfuerzo para dar gusto á los fariseos, y éstos se estarían complaciendo y diciendo muchas palabras para animarlos. No pueden imaginarse sin mucha compasión los saltos, festejos y dichos que allí habría contra Cristo; los abrazos que darían á Judas, el levantarle en el aire, el aplaudirle de hombre de juicio y para mucho; pues todo lo que se puede imaginar es poco para lo que allí habría. En esta constitución, Judas, más sagaz que todos ellos, y que tenía bien experimentado que todo era en vano, si el Señor se les quisiese salir de las manos, los esforzaba con avisos, diciéndoles que no fiaba mucho de aquellas valentías; que él cumpliría su palabra de mostrarles al que habían de prender; y que pues había muchos que no le conocían, y otros que por la obscuridad de la noche podrían desconocerle, que él se llegaría á El y le besaría en el rostro, y que después ellos se aviniesen con El, prendiéndole y llevándole con cautela. En estas trazas y empleo andaba Judas, buscando ardides contra el mansísimo Cordero Jesús, en las horas que El estaba derramando, no solamente muchas lágrimas, sino sangre, por el amor en que ardía para los mismos que le trazaban este mal, negociando con el Padre Eterno su remedio y la salvación de todo el género humano.

Sabiendo, pues, el Señor que ya estaban cerca sus enemigos, y que era llegada la hora de entregarse en sus manos y empezar su martirio; teniendo ya á su lado despiertos los discípulos para darles ejemplo de la fortaleza y constancia con que habían de tomar por su amor los trabajos que Dios les enviase, y cuán obedientes habían de ser á toda divina ordenación, por rigurosa que fuese; no esperó á que Judas le diese á conocer, ni que le anduviesen buscando, sino El mismo, delante de sus discípulos salió á recibir aquella cruel compañía, y les preguntó: *¿A quién buscáis?* Respondieron: *A Jesús Nazareno.* Y el Señor, aunque tenía determinado entregarse, quiso primero mostrarles á ellos y á sus discípulos su divina virtud, y que toda malicia y artificio humano, eran para El como lazos armados contra el aire; y que supiesen todos los escogidos, nacidos y por nacer, que sólo el amor que les tenía y su libre voluntad le hacía padecer, porque quería y cuando quería, manifestando que toda su pasión correspondía á su infinito amor, y no á las industrias de los hombres. Quiso también quitar toda excusa á los que le venían á prender, de suerte que ellos mismos fuesen testigos de

que no podían nada contra El y tuviesen motivo de conocer el mal que venían á hacer, y se arrepintiesen de él si quisiesen. Por eso en diciendo que buscaban *á Jesús Nazareno*, respondió: *Yo soy;* y fué esta palabra tan poderosa, que Judas y toda aquella perversa compañía cayeron de espaldas en la tierra.

Pudiérase ir entonces el Señor, y mostrar allí sus acostumbradas maravillas; mas como ya tenía manifestado su poder, quiso en tal conjunto de ardides ordenados contra El, que se levantasen; y volviéndoles á preguntar á quién buscaban, y volviendo á responder que á Jesús Nazareno, les mandó el Señor que no tocasen en sus discípulos, y en efecto ningún mal les hicieron; porque aunque el Pastor padecía, no desamparó con su virtud la guarda de sus amadas ovejas, y así no es pequeña maravilla que ninguno se acordó de prenderlos, siendo cosa tan ordinaria en semejantes turbulencias; pero mal podrían perjudicar á los que el Señor guardaba. Tampoco quiso que precipitadamente se arrojasen sobre El, sino que con toda blandura habló á los príncipes de los fariseos y sacerdotes del Templo, que estaban allí empleados en tan vil ocupación, arguyéndoles de cómo venían á prenderle de noche con armas como á ladrón, siendo así que cada día le veían públicamente en el Templo predicando. A esto no respondieron, porque no había qué responder.

Detúvolos aún más el Señor, sin que ellos tuviesen corazón para nada, mientras él no lo permitía, que fué hacer allí un milagro con Malco, criado del sumo sacerdote, el cual queriéndose desmandar llegándose el primero al Señor, experimentó el brazo de San Pedro, que por cumplir lo prometido de que moriría en defensa del Maestro y de su fe, dijo al Señor si echaría mano á la espada, y sin esperar respuesta la descargó y cortó á Malco la oreja derecha. Entonces el Señor se llegó á él, y tocando la oreja con la mano le sanó (de que fué muy mal agradecido) y á San Pedro le intimó que se estuviese quieto y le amonestó con divinas palabras, como si estuviera en sana paz predicando, pues le dijo: ¿No quieres, Pedro, que »beba el cáliz que mi Padre me dió? ¿Cómo se cumplirán las profe»cías que tienen escrito lo que he de pasar? ¿Y qué será del mundo »si yo no las cumpliere? Vuelve á envainar la espada, que quien »á hierro mata, merece que muera á hierro por justicia. Si yo me »quisiese defender sin usar de mi virtud, y pedir favor al Padre, »¿no me enviaría aquí más de doce legiones de ángeles que ha»ciendo temblar al mundo vendrían á defenderme?» Recogióse San Pedro; huyeron los discípulos, y dejaron solo al Señor. Y aunque esto fué flaqueza de ellos, también fué disposición de Cristo, que quería padecer solo; y entonces dijo á los fariseos dándoles licencia para hacer cuanto quisiesen: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, haced lo que quisiereis.

Llegóse Judas á El, y besóle en el rostro diciendo: *Dios te salve, Maestro*. El Señor le dijo: *¿Qué es esto, Judas? ¿Con beso de amistad me haces traición?* Y nada aprovechó al infeliz para convertirse. Era costumbre en Palestina saludarse los amigos besándose en

el rostro, y el Señor se dignó admitirlo en el suyo, sin negar nada al traidor, para que aun en aquella hora viese su blandura acostumbrada, por si le podía enternecer el corazón. Estas dos cosas tan opuestas asombran la dureza del corazón humano determinado al mal, y la blandura del corazón de Jesús aun para con aquellos de quienes sabe que nada ha de aprovechar, y obligan á que cada uno tenga miedo de sí, por ser de la misma masa inclinada al mal y pecadora. Judas se fué con el dinero en la bolsa y el demonio en el alma, que de allí á poco había de ir á tener su compañía en el infierno, y los alguaciles acometieron al divino Cordero, que á nada resistía; y lo que allí hicieron, no hay corazón humano que tenga valor para pensarlo.

Al punto le derribaron en el suelo, descargando sobre El muchas coces, y teniéndole debajo de los pies, le ataron las manos por detrás y echaron una soga á la garganta; y como se temían de El, juzgándole ingenioso hechicero, no se puede creer las palabras que le dirían y la porfía que tendrían en echar nudos, y apretar las manos de tal suerte que faltase poco para saltar la sangre; y esto con tanta burla de sus milagros, tantos nombres injuriosos de engañador, hechicero, truhán, alborotador del pueblo y otros que la malicia les suministraba, tan feos, cuanto no se pudiera imaginar. Levantáronle con grandes golpes y puñadas, tirándole á arrancar las barbas y cabellos; y con gran festejo de la presa á quien tanto aborrecían, y tanto recelaban que se les escapase de las manos, le llevaron bien atado á casa del sumo sacerdote, con tanta gritería, estruendo y tan mal tratamiento del Señor, como gente que empleaba en la primera furia de afrentas y deshonras la ponzoña y odio recocidos por tanto tiempo en los corazones dañados, que ya se veían sueltos, sin impedimento ni resistencia para cuanto querían.

El manso Cordero iba en este tropel de trabajos callando, sin contradecir á nada, con los pies por el suelo, pero el corazón en el cielo, clamando interiormente al Padre Eterno con lágrimas, y haciendo á sus ojos en aquella noche y día fuentes, que no cesaron de pedir misericordia por los pecadores, ofreciendo cada puñada, cada empujón, cada coz, cada injuria, cada palabra de las que le decían y cada dolor que padecía, por las necesidades de los hijos de Adán, particularísima y fervorosísimamente. Nada perturbaba ya su espíritu, nada le entristecía, nada le desconsolaba; y lo que antes de entrar en la batalla temía que había de pasar, metido en ella, cada cosa que padecía, le daba nuevo ánimo y deseo de lo que había de padecer.

Tienen aquí, y en todos los demás pasos de la pasión del Señor, los devotos larguísima materia para ocuparse, no sólo en los exteriores dolorosos trabajos del Señor, sino mucho más para poner los ojos en su divino corazón, que ardía en fuego de amor, y se bañaba en inmensos mares de virtudes, bondades y misericordias. Los que ven estas prisiones del Señor en la corteza ó exterior solamente, algún fruto sacan, porque todo lo que pasó utiliza á las almas; mas

quien entra en el amor y corazón de este Cordero, se halla en él tan cautivo, tan mudado, tan otro, que siente bien la suavidad que mana de aquellas manos atadas; y quien aun no alcanzare, ni experimentare tantos bienes en esta prisión, no deje de cotejarse con la inocencia del Señor, y entienda que lo que El padeció, es lo que nosotros merecíamos; y cuando para perdonarnos quisiera que lo pasásemos, fuera grande misericordia; mas cargándolo El sobre sí, nos deja á nosotros desahogados, y es tan mal pagado, que en lugar de refrenarnos soltamos la rienda al corazón y sentidos, de tal manera y con tanta ofensa suya, que fuera mejor perderlos ó tenerlos siempre cautivos. Y pues nuestras solturas le prenden, tengamos dolor de nosotros, para que le sepamos tener de El.

### EJERCICIO DE LA PRISIÓN

¿Quién os prende, mi verdadera y segura libertad? ¿Quién os puede atar, mi buen Jesús? ¿Qué corazones hay tan inhumanos que así traten esa divina persona, y tan cruel y profanamente os lleven preso? Vuestra blandura, Dios de mi corazón, convierte y muda las almas; vuestra modestia y mansedumbre, recoge los corazones; vuestra presencia cautiva los ojos y los espíritus; vuestros beneficios y mercedes, tan grandes y tan generales, tienen llena la tierra. ¿Pues cómo hubo ánimos humanos que se atreviesen á echamano en Vos, Hijo de Dios vivo, como si fuérais peor que un ladrón hechicero, con tantas palabras injuriosas, tantos pescozones y bofetadas, tanto mesar las barbas, tanto apretar las sogas que parece que la sangre revienta por las uñas, con tantas puñadas y empellones, y llevándoos con fiesta, furia y triunfo preso y atado? Y no sólo, vida de mi alma, no huís ni os ausentáis, sino que salís á recibir á los enemigos y les entregáis ese sacratísimo cuerpo; mandáis á vuestros discípulos que no os defiendan; curáis con vuestras propias manos que os atan, la oreja de Malco que os está prendiendo; no queréis ayuda de los ángeles; dejáis ir á vuestros discípulos y no os acordáis más que de beber el cáliz que os da vuestro Eterno Padre; obedecerle en todo hasta la muerte y remediar nuestros males. ¡Oh, bendito y glorificado seáis, esperanza mía! pues acabando de pedir al Padre que apartase de Vos el cáliz, si es posible, y siéndolo tanto que, como dijisteis á San Pedro, si pidieseis auxilio al Padre os daría más de doce legiones de ángeles que os defendiesen, con todo eso, estimáis tanto la obediencia del Padre, que ninguna cosa queréis sino eso mismo que teméis, y sólo para eso estáis dispuesto y pronto. Y porque sólo tratáis de padecer, encubrís vuestra virtud para que los enemigos puedan hacer de Vos, con más soltura, todo cuanto quisieren.

¡Oh buen Jesús, oh luz de mi corazón! Mostrad á esta alma esas vuestras prisiones interiores, que tan cautivo os tienen en la obediencia del Padre y en el amor de las almas. Si eso no fuera así, ¿quién tuviera potestad para tocaros y prenderos? Esas prisiones son las que os tienen rendido, las que os hacen entregar á todo el

trabajo que padecéis, las que os hacen suaves los cordeles y dulces las injurias; ellas os traen por debajo de los pies de esos infernales ministros. ¿Por qué no me prendéis así, vida de mi corazón, en lo interior, ya que disimuláis conmigo exteriormente y no queréis que pague mis culpas con cadenas? Ya que sólo queréis padecer lo que yo merezco, ¿para qué me dejáis á mí libre, esperanza mía? Yo, libre, no sé hacer sino los pecados que vos pagáis. Adóroos, manos divinas, que así atadas prendéis á mis enemigos; adóroos, cuerdas; adóroos, nudos; adóroos injurias, que tantos bienes del cielo y tantas misericordias divinas me merecéis. ¡Oh miserable de mí! Cuánto mejor estuviera preso de Vos, que no libre como ando. Por esas prisiones os pido, Señor, que me libréis de las mías, que tanto me apartan de Vos. Yo pienso que estoy libre cuando nadie me contradice, cuando todos me aman y me aplauden, cuando hablo lo que quiero, veo lo que quiero, oigo lo que quiero, me huelgo y juego cuando quiero; cuando traigo este miserable cuerpo regocijado y contento, lisonjeando su voluntad. Y si en medio de las libertades de esta carne, ó en el fin de cada gusto de ellas y de sus sentidos me inspiráis y llamáis, y si me quiero ir á Vos, si os quiero tratar, mi soberano amor, que en todas partes estáis, hállome tan lejos de Vos, tan preso y cautivo de mis pasiones, siento tanta contradicción, tantas sogas de cosas bajas que tiran de mí con nudos tan ciegos y tan duros de desatar, que entonces veo ser mi libertad verdadera prisión y cautiverio; entonces veo cuán duros son los yerros de los afectos y pasiones, que me cautivan y me apartan de Vos.

¡Oh sagradas prisiones! ¡Oh divinas manos atadas! Tened piedad de esta libertad tan cautiva y presa para Vos. ¿Qué bien puede ser el que me hace perderos, mi Soberano bien? ¡Oh desventuradas horas en que fuí libre para el mal, pues de ellas salí tan cautivo y preso de mí y no de Vos! ¿Cuándo se trocará esto, mi buen Jesús, y me veré libre de mí y preso de Vos? ¿Cuándo romperéis estas sogas y cadenas que me apartan de Vos y me hacen cautivo de mis males? ¡Oh, quién nunca diera el corazón á cosa fuera de Vos, amor de mi alma! ¡Oh, cuánto tengo que llorar ante Vos, infinita misericordia! No me contenté, esperanza mía, de apartarme de Vos, de aferrarme y prenderme á mis aficiones, sino que sin reparo, con grave ingratitud, até y prendí esas manos sacratísimas, cuyo desagradecimiento sentís Vos más que esas prisiones. Vos, mi buen Jesús, con esas manos atadas prendéis al demonio, me libertáis de mis vicios, rendís á vuestros pies á mis enemigos, y para hacerme mercedes siempre las tenéis libres y abiertas. Siempre me las extendéis llenas de dones y mercedes larguísimas, con que me brindáis continuamente; pero yo las desecho y vuelvo los ojos á mí y al mundo, y trueco todas vuestras riquezas por mis bajezas miserables. Volvéis á recoger vuestras manos por mi desagradecimiento y quedáis preso por mí, sin darme lo que deseáis; Vos, dolorido con amor, y yo pobrísimo de él y de todo bien.

¡Oh divinas manos llenas de toda misericordia! Aunque yo no merezco ningún bien, mayor es vuestra largueza, que mi ingratitud y culpa; no os recojáis del todo para mí. No perdisteis por esas prisiones vuestro poder; haced fuerza á esta desventurada alma cautiva, por cuya libertad estáis atadas. Como los ojos de los esclavos están siempre en las manos de sus señores, y como la sierva los tiene en las de su señora esperando de ellas el socorro para sus necesidades, así mis ojos, buen Jesús, están suspensos en esas manos por mí presas, esperando de ellas misericordia. A Vos, divinas manos, por mí atadas, ruego cautivéis estos ojos para que no vean las vanidades; prended esta lengua y sentidos, que andan sueltos para el mal; atad este vago corazón para que no piense en tanto desatino, ni se ocupe en tantos desvaríos, como son los que le llenan y apartan de Vos. Para todo tenéis bondad, manos divinas; para todo más misericordia; para todo más poder. Si huí de Vos hasta aquí, ahora me vuelvo á Vos; si rompí vuestras suaves prisiones, véisme aquí postrado y rendido en cuanto puedo de todo corazón; prendedme como quisiéreis. Las esposas serán suaves, los grillos del cielo, las cadenas blandas, si interiormente me prendiéreis, divinas y amorosas manos.

Baste lo que hasta aquí pequé; hasta ahora hice lo que quise; haced Vos, divinas manos, lo que quisiéreis. ¡Oh, quién nunca saliese de esas manos! Ellas por Jesús me hicieron, ¿cómo me podrán desamparar? Acordaos, Dios mío, que esas sacratísimas manos me formaron de barro, dándome vida y capacidad para vuestro conocimiento y amor; por ellas soy lo que soy, y de ellas me ha de venir todo bien. Si yo destruí vuestra obra, Vos podéis reformarla, pues para eso estáis atadas, manos misericordiosas. Ya que ninguna cosa de cuantas hicisteis aborrecéis, el amor que os dejó prender, ese me suelte á mí de mis males. Conservad, Señor, limpiad, reformad vuestra obra, para que no se pierda, por lo que yo en ella dañé y destruí. La hermosura de esas prisiones es la reformación y libertad de las almas cautivas de los pecados, para tenerlas interiormente presas en Vos. Pues, Señor, tan criatura vuestra soy, siendo malo, como si nunca pecara; reconoced vuestra miserable criatura y libradme de mí, cautivándome en vuestra ley y obediencia.

¡Oh amor divino, cómo prendéis, cuando os encendéis en el alma! ¡Cómo cautiváis cuando la descubrís alguna parte de la hermosura de vuestro rostro! Sin veros claramente el alma peregrina, sólo por lo que de Vos siente y puede experimentar con vuestra gracia, queda libre de sí y de las prisiones de la tierra, cautiva de Vos y presa de vuestro amor. Estas vuestras suaves y amorosas prisiones, de tal suerte atan y poseen, que hasta los sentidos corporales transforman su gusto en Vos, porque todo lo rendís en vuestra mano y lo traéis sujeto á la obediencia de vuestro amor. Si quiere dormir, Vos la despertáis; si quiere descansar, la estimuláis; si quiere comer, la quitáis el sabor; si quiere conversar, la retiráis; toda

la prendéis, toda la queréis, todo se lo quitáis, todo se lo prohibís, siempre amigo y siempre celoso; porque todo os dais y toda la queréis; todo os entregáis y toda la prendéis. Vive presa y contenta, vive cautiva y libre, porque en Vos y de Vos vive. ¡Oh mi cárcel y mi carcelero, mis prisiones y mi guardia! ¿Qué hacéis que me dejáis fuera? En Vos y con Vos, amor divino, prendéis á los que os aman; Vos los atáis, Vos los robáis, Vos los conserváis y Vos los guardáis. En carne humana traen espíritus puros y transformados en Vos con vuestro amor y presencia. ¿Quién está en Vos y preso con Vos, qué otra libertad quiere? ¡Oh, qué ancho está, qué dilatado, qué libre de todo, qué contento, cuán satisfecho! Vos sabéis, amor divino, que se pueden desear estas prisiones y puede suspirar por ellas el corazón abrasado en vuestro amor, pero no sabe hablar lo que puede experimentar. No seáis para mí escaso y cruel; porque si me dais cuanto tenéis, sin Vos nada me dais; si me apartáis, cruelmente me castigáis y me entregáis á mis enemigos. Prendedme, atadme, amadme y abrasadme, mi Jesús.

¡Oh, qué divinas obras hacéis, amor divino, en las almas que tenéis presas! El que las siente, las diga si sabe; y experiméntelas, quien las goza cuanto puede. Pero mi alma de Vos tocada, desea aquel divino estado en que más mostráis la fortaleza en humanidad flaca, cuando teniendo presas de Vos las fuerzas del alma y transformadas en Vos, os escondéis y encubrís la suavidad de vuestra presencia; y con todo eso la tenéis tan atada á Vos, que ni sabe contradecir ésto ni desear otra cosa; porque sólo la es consolación el padecer y estar presa en Vos. Oh vida, oh amor de mi alma, ¿qué divina operación es esta? Desconsoladas de Vos huyen de los amigos, no se atreven á distraer los sentidos, no os saben pedir que las consoléis, ni querer otra cosa más que beber vuestro cáliz como Vos lo bebisteis. ¡Oh, cómo reináis en estos corazones! Así temen los consuelos humanos, como otros huyen de los trabajos terrenos; así recelan que los desamparéis, cuando se ven sin cruz, como los flacos se tienen por desamparados cuando no los visitáis con gusto; de Vos cautivos, hasta de Vos están libres, porque no os quieren sino como Vos queréis, y siendo Vos sólo su descanso y su bien, quieren vuestra voluntad sobre la suya y desean que seáis en ellos libre y absoluto Señor. Entréganse á Vos sin condición ni límite, libres solamente para amaros, libres para padecer siempre, libres para poseeros y gustaros, libres para dejaros sin perderos, humanos en la naturaleza y sobrehumanos en las obras de vuestro amor y vuestra gracia. ¡Oh libre cautiverio, oh ricas prisiones, quién se viese así preso de Vos, amor divino! Mas, amor mío, ya que mi miseria está tan lejos de esto, á lo menos hacedme cautivo de vuestra esperanza; sólo en ella viva, sólo en ella descanse. Sois, buen Jesús, puerto seguro, donde las esperanzas dan fondo; sois verdadero en lo que prometéis, piadoso para hacer misericordias, largo para mercedes, cierto en cumplir, amoroso en abrasar; prendedme todo con las esperanzas de este alma; á solo Vos mire, en pos de Vos

ande, á Vos suspire, á Vos me entregue todo y solo en Vos descanse. ¡Oh amor mío, oh vida mía, oh esperanza de mi alma!

Oh Virgen sacratísima, que siempre vivisteis presa en todo y en todas maneras de este amor y libre en él; ayudadme á que de él sea preso, para que de él y en él viva siempre. Oh corte celestial, rendida ya del todo á esta divina carcel y prisión, libre sin mudanza, desatad mis prisiones miserables, libertad este espíritu y prendedle de la hermosura divina que allá veis para siempre. Amén.

## TRABAJO XXIX

### Ser llevado por tribunales de malos jueces.

Después de preso el Señor, fué continuando los trabajos de su sacratísima Pasión por géneros de cosas que debían acrecentarle la pena y hacérsela mucho más pesada y trabajosa. Uno de ellos, y no el menor, fué el andar por casas y tribunales de malos jueces, y entre los consejos de sus mortales enemigos. Pero aunque fueran apasionados, era tan impropio al Señor y Juez soberano el ser juzgado de tan bajas criaturas, que solamente el abatirse al juicio humano era un gravísimo trabajo y admirable extremo de su amor. ¿Pues cuánto más sería andar preso como iba, de juez en juez, de audiencia en audiencia, de tales y tan perversos jueces, que no habían de tratar su causa con justicia, sino con aquel enconado y entrañable aborrecimiento que le tenían? No sé que haya cosa de que los humanos corazones puedan pasmarse con más razón, que de ver aquella divina persona humanada, hasta en lo exterior gravísima y santísima, que tantas demostraciones había hecho de su divino poder y grandeza, de quien mar y tierra temblablan, á cuyo precepto la muerte y los sepulcros restituían sus cuerpos á la vida, por quien los demonios huían de los que poseían, el mar calmaba sus encrespadas olas, la lepra y enfermedades se desvanecían, á quien toda criatura terrena, celestial é infernal, sin ninguna contradicción obedecían; quien por lo que mostraba era digno de todo acatamiento y reverencia, cuya santísima presencia ofrecía admirable modestia, peso, gravedad y madurez, ver, á esta adorable persona atada con las manos atrás, con soga á la garganta, entre verdugos, delante de un juez pervertido, que le toma confesión como en los tribunales se usa con los reos, ser de un juez llevado para otros, y todos á cual peor y más perversos, en cuyas audiencias andaba el Señor tan sufrido, tan callado y modesto, que ninguna cosa era bastante para alterar, entristecer ni mudar el sosiego y madurez de su sacratísimo rostro.

Tanto se sujetó y abatió á los pareceres y sentencias, ó por mejor decir, á las perversas voluntades de sus acusadores y jueces, que ya Isaías tenía prefetizado que por su profundísima humildad y abatimiento de su persona sería tenido en tan poca cuenta, que no se le guardaría justicia ni se miraría á ella, antes del todo sería

pervertida. Así fué: porque como en las juntas que contra El se tenían no se trataba de justicia, sino de cumplir la dañada pasión y mortal aborrecimiento que le tenían, en todo fué abatido, afrentado y contra toda justicia condenado por los malos jueces, como diremos adelante. A cuatro fué llevado: Anás y Caifás, que eran judíos; Pilatos y Herodes, gentiles. A Anás luego que le prendieron; á éste primero que á los demás, suegro de Caifás, sumo sacerdote, que aunque por no ejercitar en aquel año el sumo sacerdocio no le competía el juicio de esta causa, con todo eso, su yerno Caifás quiso hacerle la cortesía como á suegro y anciano, y cumplir con él á costa de la honra y descrédito del Señor; por esto mandó que le llevasen allá primero. ¡Tan poco caso hacían ya del celetial Maestro, y tan arrastrado le traían de casa en casa, no á que se hiciese justicia, sino á recibir afrentas!

Cumpliendo el precepto del primer sacerdote Caifás, luego que los ministros prendieron al Señor en el huerto, le llevaron á la ciudad, y dicen algunos que en el camino, al pasar por el arroyo llamado de los Cedros, de la otra parte del cual dice el Evangelista que estaba el huerto de Getsemaní, no dieron lugar al Señor para que pudiese ir á su paso, dándole tantos empellones con tal furia, que cayó en el agua, y tirando de las sogas con que iba atado por el cuello y manos, le sacaron fuera, dándole muchas puñadas y bofetadas, tirándole de las barbas é infiriéndole injurias. Algunos hacen tanta cuenta de estas injurias, que de ellas piadosamente deducen las palabras de David, que literalmente se entienden de todas las aguas impetuosas de su sacratísima pasión, cuando dijo: *Beberá del arroyo del camino, y por eso levantará la cabeza;* porque por la gravísima y afrentosa injuria que padeció en pasar el arroyo, medio ahogado, por debajo de los pies de los malos, sin darle lugar para que lo vadease por los suyos, Dios le ensalzó y puso debajo de sus pies á todos sus enemigos.

Entrando con esta furia por Jerusalén, donde todo se hallaba quieto y la gente recogida, era tal el ruido que hacían y las palabras que hablaban, que la gente despertaba confusa, porque imaginando que era la prisión del Señor, se pasmaban y quedaban confusos, deseando que llegase la mañana para certificarse de lo que era. Todo esto aumentó la deshonra del Señor, porque en rompiendo la mañana todo se llenó de corrillos, espantos y juicios acerca del Señor, sobresaltados hasta ver en qué paraba el negocio, llamando unos á otros para mayor confusión del Señor, como adelante se dirá. Así llegaron á casa de Anás, que estaba ya esperando; unos se ponían al fuego á descansar, otros contaban las hazañas que hicieron, con tantas risas y escarnios del Señor, juramentos, mentiras y burlas unos de otros, como gente desalmada y tan sin temor de Dios, como suele verse en casos semejantes. Anás empezó luego á hacerle preguntas, tomándole cuenta de sus discípulos, dónde quedaban, cómo no le acompañaban, burlándose de una tal gente como había juntado, diciendo muchos dicterios contra ellos, y

que ahora vería el mundo quién era el Maestro y cuáles los discípulos. Todo esto causaba pena al Señor, pero á todo callaba el inocente Cordero, remitiéndolo interiormente al Padre Eterno, que á su tiempo manifestaría las verdades. También le preguntó por su doctrina, queriendo examinar si enseñaba la verdad, y cogerle en alguna palabra en que juzgasen había que condenar. Respondióle el Señor: «Por qué le examinaba á El en este punto, pues siempre había hablado en el templo y sitios públicos; que preguntase á cuantos le oyeron y ellos le informarían lo que había enseñado». Esta es la seguridad de la buena conciencia, que como dice y hace las cosas con pureza, sencillez y bondad, no tiene qué temer, ni anda gastando palabras en justificaciones propias, porque las obras y verdad que maneja, la defienden y sacan la cara por ella. Pues la mayor parte de los que gastan muchas palabras y caudal en justificarse delante de los hombres, parece no se hallan delante de Dios tan justos como se hacen, y tienen por imperfectas sus obras, pues no fían de ellas que muestren lo que él quiere. Pero Dios, que es justo, permite que pues las obras, deseos y santa intención de contentar solo á Dios es lo que justifica, que donde ésto falte en todo ó en parte, aprovechen poco delante de los hombres las palabras de propia justificación, y lo más común es que después de gastar en ellas mucho tiempo, cada uno queda juzgando lo que le parece. Lo mejor es fiar de Dios y justificarse con El.

Estaba junto al Señor un criado del sumo sacerdote, pariente de Malco, á quien el Señor curó la oreja en el Huerto, y éste oyendo la respuesta del Señor, le dió una gran bofetada, diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* Díjole el Señor: *Si hablé mal, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?* Tal era el juez y la audiencia de tan poca justificación, que ni la verdad le consentían decir al Señor; y delante del juez tenía licencia y atrevimiento un vil alguacil para dar bofetadas á la parte é injuriarla, sin reprensión del juez, antes complaciéndole; cosa que ni en juicios de bárbaros se consintió jamás, sino sólo contra el Señor. Así se comenzaba ya á pervertir contra El todo orden de cortesía y de justicia. Envió luego Anás al Señor, así atado como venía, á casa de Caifás su yerno, donde los principales judíos, fariseos y sacerdotes del templo, estaban congregados; y si de esta primera casa salió el Señor con la afrenta de una cruel bofetada, delante del segundo juez Caifás, le dieron tantas, le acriminaron con tanto falso testimonio y le hicieron tantas injurias, como adelante diremos, que no puede el corazón humano imaginarlo. En esta casa fué el Señor juzgado por blasfemo, digno de muerte y encarcelado.

En amaneciendo fué llevado á Pilatos y éste le envió luego á Herodes, en cuya casa fué escarnecido como loco, y tratado como tal, vistiéndole traje que publicase su locura, y con aquel vestido le volvieron á casa de Pilatos. En casa de éste, que era el cuarto juez, fué azotado, coronado de espinas, sentenciado á muerte contra toda justicia y de allí llevado con la cruz á cuesta á ser crucificado entre

dos ladrones. No tienen número las injurias que sufrió, las injusticias que le hicieron, el crédito que se dió á falsos testimonios, al odio de sus enemigos, la poca y ninguna cuenta que de El se hizo. Por todas estas casas anduvo el Señor tan callado, que no dijo sino palabras muy contadas y ninguna en su defensa. Dejaba hablar, acusar y juzgar á cada uno como quería; y ni respondió por sí, ni hubo quien lo hiciese por El, hasta llegarle á costar la honra y la vida.

Tuvo el Señor, en todos estos pasos, circunstancias que le hicieron gravísimo este trabajo; logró en ellos gran victoria de sus verdades, y dió altísimos y muy necesarios ejemplos. Dolíanle mucho las ofensas que allí se hacían á su Eterno Padre, y ver la grandísima dureza y perversa malicia de los corazones de sus enemigos; porque como amaba á los mismos que le hacían mal, éste su perfectísimo amor le hacía sentir más el mal que aquellos infelices se hacían, que el que de ellos recibía; porque los males que sufría por ellos, eran los medios por donde los podía y deseaba salvar; y los que ellos se hacían á sí mismos, en los pecados que cometían y en la dureza de corazón, eran los que habían de condenarlos, y sentía el Señor mucho ser ocasión de su perdición, siendo el verdadero Salvador á quien tenían delante y de quien pudieran aprovecharse para la salud de sus almas, si la malicia no los cegase.

Acrecentaba el dolor del Señor el ver que El mismo era el Soberano Juez que había de juzgar á aquellos que le estaban juzgando, y que ninguna cosa deseaba más que morir por ellos y darles favorable sentencia; pero todo esto se hallaba transformado; porque les decía las verdades eternas para alumbrarlos, y ellos cerraban sus corazones de tal suerte, que el Abogado se convertía en Fiscal acusador y justo Juez condenador de sus maldades. Quien conozca el corazón de Jesús y la perfección de su amor, entenderá cuánto más suave le fuera sufrir mucho más con ganancia de aquellos perdidos, que obligarle su divina justicia á condenarlos por los males de que no se habían de arrepentir, y que llegaría tiempo de causarles muerte perpetua, el mismo medicamento ordenado para la vida eterna.

Alcanzó el Señor por estas audiencias gran victoria de sus divinas verdades, mal entendidas entonces, pero después divulgadas por el mundo á banderas desplegadas, y con toda firmeza conocidas; porque hallándose las puertas abiertas ante los malos jueces para toda falsedad, malicia, falsos testimonios, y buscando infinitos ardides para desmentir las verdades del Señor y abatir y deshonrar la perfección de su santísima y perfectísima vida, sirvieron todos de realzar la hermosura y luz de sus obras y palabras; porque todo el ingenio de la malicia no pudo hallar cosa que decir contra El con verdad, ni tacha que ponerle. A sí misma se mordía la malicia rabiosa; arrojaba la envidia toda su ponzoña; vengábase el odio mortal en injurias, bofetadas y gritos que atronaban al mundo, y contra el callado Cordero no se hallaba justa querella; antes la misma

malicia de los acusadores era testimonio de su inocencia purísima. Salió la verdad con la suya, y la malicia parlera y atronadora quedó confusa, porque las tinieblas no tienen jurisdicción contra la luz, ni la maldad con la perfecta santidad, ni la mentira contra la suma y eterna verdad; antes bien, la luz resplandece más en las tinieblas, y si ellas no la encienden, no deja por eso de quedar más lucida y victoriosa. Por tanto, aunque era muy impropio que anduviese el Señor por audiencias y juicios, y tales como aquellos eran, con todo eso quiso pasar esa afrenta y trabajo, para que su doctrina y vida pasase por el examen riguroso de justicia, y fuese notorio al mundo que todo en El era santo, todo tan puro y tan perfecto, que ni la malicia humana, que en aquellos tribunales parecía infernal, pudo descubrir tacha, y por sus mismos contrarios quedásemos nosotros más asegurados en la verdad.

Gran reprensión y doctrina da el Señor en ésto á los que por autoridad de su persona, por presunción de sí mismos ó por los respetos que su humanidad ó vanidad les suministra, se afrentan de que sus cosas se reduzcan á juicio y se desdeñan de sujetarse á justicia ante otros que reputan inferiores. De estos tales, dice el Señor, que el que obra mal aborrece la luz, y no quiere salir á ella porque no sean sus obras reprendidas. Esta es refinada soberbia de los que huyen del juicio de sus menores é inferiores, y clara prueba de que desean valer más por autoridad y crédito de su persona que por la verdad de sus obras. Si no eres justo, conócete y no finjas, pues tienes por Justo juez á este Señor, tan mal juzgado. Si eres justo, no te pese de mostrarlo en juicio. Si mereces reprensión, no quieras que la edad ó vanidad te excuse ó te disculpe; y si no la mereces, ¿qué pierdes en dejar que se descubra tu razón? Y cuando los jueces fuesen tales, que con fundamento te puedas recelar su mal juicio, no es pequeña ganancia sufrir y padecer con Cristo; debiendo estar seguros de que como verdadero Juez ha de salir por la verdad del modo que menos imaginemos, si nos fiamos de El; y cuando permitiese que vaya adelante la malicia del mal juez, queda á su cuenta la causa y la venganza, para acrecentar al mal juzgado muchos bienes por su paciencia, y restituirle en el día del Juicio, delante del cielo, de la tierra y del infierno, en pública y general audiencia la honra que injustamente le quitaron entre pocos testigos.

Otra altísima y perfectísima doctrina es la del admirable silencio que guardó el Señor en estas audiencias por donde anduvo, doctrina de todos adorada, de pocos entendida, menos imitada, y de muchos (que es peor) tenida por rigurosa; que es fiarse tanto de Dios, que con sólo el silencio pretenda vencerlo todo por su amor. Quien buscare paz perfecta de corazón, entrañable odio y desprecio de sí mismo, puro amor de Dios y deseo perfecto de contentar solo á El y de imitarle, éste conocerá cuán mal empleadas son las horas que se gastan en acudir por la propia reputación; cuánto se gana en perder con los hombres, y cuán poco se aventaja con ellos. Sé que la ley de Dios no obliga á tanto; sé que hay estados públicos y obli-

gaciones en que no me meto, y también sé que lo perfecto practicado por Cristo é imitado sencilla y perfectamente, no puede perjudicar á nadie. De El dijo Isaías (como arriba apuntamos), que por su grande humildad le quitarían su justicia; pero de los frutos de esto añade: *¿Y quién podrá contar su generación?* Pues si el silencio del divino Maestro produjo tantos Santos, tantas religiones, tantas divinas verdades, tantos bienes celestiales, ¿el callar por su amor, por no inquietar el alma y por contentar solo á El y parecerse á El, carecerá de frutos? ¡Oh, si Dios mostrase á todos los corazones estas verdades y diese á conocer al mundo la paz, el gusto, el reposo, la riqueza de las almas que anduvieron por este suave camino de la perfecta mortificación! Estas vieron una semejanza del paraíso en la tierra. Mas el què no llega á tanto, pareciéndole rigor tanto callar, sea á lo menos mirado y contenido en el hablar y confie más en Dios que en su justicia, para tener de su parte al mismo Dios.

### EJERCICIO DE SER LLEVADO POR TRIBUNALES

¡Oh mi buen Jesús! ¿Es este vuestro lugar? ¿No os es más propio andar de lugar en lugar obrando vuestras acostumbradas maravillas, enseñando vuestras soberanas verdades y andar de templo en templo, á ser adorado y servido como quien sois? Oh, ¿no es más propio vuestro andar de corazón en corazón, á ser amado y abrazado con pura caridad, deseado, conocido, alabado con verdadero amor, que por audiencias de malvados jueces? Alaben os, Señor mío, cielo y tierra, adóreos toda criatura, ámeos todo limpio corazón, pues tanto os abatisteis por mí; pues siendo yo el culpado, sois Vos el acusado, mal juzgado y condenado. Adoro esos extremos de amor que me tenéis, mi buen Jesús, pues á mí sólo me sujetasteis á vuestro juicio, y Vos os sometisteis á los más perversos jueces del mundo. Adóroos, porque quisisteis pasar lo que yo merecía. Ningún mal juez me puede condenar tan mal, que yo no merezca más; y ninguno puede ser tan bueno para Vos, que conozca toda la adoración, servicio y amor que merecéis. Mas porque no me podía ir bien sino siendo juzgado con misericordia, quisisteis Vos ser mi juez, y cargasteis sobre vuestra purísima inocencia toda la malicia de los perversos jueces que yo merecía.

¿Cuánto mejor pareciera yo, Dios mío, por casa de esos ministros, que no Vos? Porque toda su malicia no halla en vuestra perfectísima santidad cosa que pueda reprender como desea; y en mí hallará tanto que condenar, que con justicia podrán satisfacer la furia de su maldad. En mí hallarían lo que en Vos buscan; en mí ejecutarían con disculpa la ira que injustamente mostraron con Vos; en mí pudieran arrancar unos ojos que tantas malas cosas registraron; cortar una lengua que habló tantas maldades; quebrantar un cuerpo que tanto faltó á vuestro servicio; arrancar un corazón que tanto os dejó de amar; condenar obras y costumbres opuestas á vuestra ley; acabar con una vida tan mal empleada en vuestro ser-

vicio, como Vos, Dios mío, sabéis. Si querían un traidor mentiroso y falso, en mí le hallaban; si un pervertidor de todos los bienes, en mí le tenían; si un pecador á quien justamente quitasen de la tierra, viniéranse á mí, que soy quien Vos, Dios mío, sabéis. Mas Vos, misericordia infinita, verdadero amor y granjeador de mi salud, disimuláis conmigo, me guardáis para mostrar en mí vuestras misericordias, me reserváis para vuestro paternal y piadoso juicio; Vos, Señor, os entregáis al odio de esos perversos jueces, vuestros enemigos, para que falsamente os juzguen por lo que soy en la verdad, é injustamente os condenen á lo que yo merezco por rigor de justicia. ¿Qué diré, mi soberano Juez, á esta conmutación tan piadosa, y á esta tan blanda y rica misericordia? A ella me ofrezco, á ella remito todo lo que hay en mí; y pues sabéis bien por quién hacéis lo que hacéis, no permitáis que se pierdan en mí tantas misericordias; llevad este mi corazón tras de Vos por todas las casas de esos malos Jueces; alumbradme para que vea las verdades que ahí me enseñáis; inflamad este corazón en vuestro amor, para que os vaya adorando y amando entre todas esas blasfemias que por mí padecéis.

Oh malos é inhumanos jueces, si supieseis á quién tenéis ahí preso, cómo trocaríais los oficios, y echados á sus pies le pediríais que se dignase juzgaros con misericordia. Mas solo para Vos, mi buen Jesús, se acabó la justicia, se pervirtieron las leyes, y no hubo memoria de la verdad. Enseñadme esa divina sabiduría de vencer con callar, triunfar con sufrir, ser justificado con no pretenderme justificar, cuando no se me guarde la justicia. Pero soy tal, Dios mío, que cuanto os veo pasar, da sentencia contra mí. Yo soy peor que todos esos jueces, porque ellos no os conocen, ni adoran; yo os conozco y adoro; creo en vuestras palabras con la fe, y alabo vuestras obras con la boca; y con todo eso, cuando se atraviesa el amor propio y contradice á vuestra voluntad, os traigo atado por tantos y tan malos jueces, cuantos son mis malos apetitos. ¿Cuántas veces, mi divina Majestad, no os tuve respeto, sabiendo que estáis dentro de mí é inspirándome verdades, os di de bofetadas; os hice callar, porque hablasen y prevaleciesen mis dañados gustos? ¿Cuántas veces, como otro Anás, ó peor, quise poner faltas á vuestra doctrina para justificar mis apetitos? ¿Cuántas veces, por no ser despreciado del mundo, tuve en mí por locura vuestra doctrina, que adoro y creo con la fe, y á Vos mismo os deshonré con juicio pervertido, por seguir la vanidad de mi corazón? Misericordia, Señor, misericordia; porque aun siendo yo tal en la verdad, calláis Vos y yo me justifico; Vos os entregáis á los malos jueces, yo me quejo; Vos morís por esos mismos que no os guardan justicia, y los amáis con amor infinito; en mí duran las espinas, las quejas y los odios toda la vida. Vos os dejáis juzgar de todos, y yo quiero juzgar á todos. Oh bondad infinita, ¿cuándo se mudará ésto? ¿Cuando os tendré delante de mis ojos, espejo de mi vida, para imitaros en todo? ¿Cuándo estimaré más parecerme á Vos, que contentar á los hombres?

Oh mi Dios, mi Juez, mi sapientísimo Maestro, acabe en esta hora mi presunción. Confieso mi malicia y soberbia; deseo imitaros y propongo hacerlo con vuestra gracia, callando á todo sin diferencia. Desde ahora para siempre doy, Señor, licencia á toda criatura, para que pueda más que yo, que valga más que yo, que se levante contra mí, y vengue las deshonras que tan repetidamente os hice. Bien sé, Dios mío, que si Vos no detuvieseis á vuestras criaturas, todas se levantarían contra mí justamente, como contra un ingrato enemigo vuestro; mas ya que me sufrís, misericordia infinita, ya que me esperáis, no me desamparéis tanto tiempo, no ande tantos días perdido; comenzad ya á convertir este corazón; transformadme en Vos, perfección soberana; dadme perfecto amor para todos los que me tratan mal, me juzgan ó me hacen mal; pues ahí está la sabiduría divina que me enseñáis. Vuestro profeta Isaías se admiró de los grandes frutos que sacasteis de muchas almas redimidas, no guardándoos á Vos justicia por amor de ellas, y sometiéndoos con humildad á malos Jueces; y yo ¿qué mucho haré en hacer por amor vuestro, mi Dios y amor mío, lo que Vos hicisteis por mí pecador, para coger los frutos de amor, luz, sabiduría divina, y vida eterna que me merecisteis? Oh Señor mío, yo soy quien soy, y Vos quien sois; esto ha de ser obra vuestra; porque aunque propongo y deseo imitaros, Vos lo habéis de perfeccionar con vuestra gracia. Haced, Señor, en mí lo que deseáis; poned en mí lo que de mí queréis, para que cuando me buscáreis me halléis todo hecho á vuestra voluntad,

¡Oh, quién se viese buen Jesús, preso por Vos, abatido del mundo, afrentado de los hombres, mal juzgado de todos y con todo eso pacífico por vuestro ejemplo, por vuestra gracia callado, sufrido, contento y abrazado con Vos con amor puro! ¡Oh, cuán rico, cuán sabio, cuán satisfecho me hallaría, cuando de corazón os dijese mi interior: Dios mío, bien mío, todo perfecto, mi abundancia consumada y mi hartura cumplida! Así, mi Jesús, venid á este corazón; venid á este pobre, ingrato y miserable que os desea para hacer con Vos perpetua alianza y masión. Dejad ya esas casas de malos jueces. Si por malos os contentan, yo soy peor que ellos; si por sufrir abatimientos los buscáis, en mí tenéis harto que sufrir; si por convertir alguna alma os detenéis, aquí tenéis mucho que mudar en mí; si por hacerme mercedes esperáis, venid, Señor, á mí, que con eso quedaré satisfecho. Entrad en esta alma, luz clara de mi corazón, aquí os reconoceré, aquí os adoraré, aquí os amaré, aquí me abrazaré con Vos, aquí os prenderé; y no diré con Jacob, que no os dejaré hasta que me bendigáis; sino con la Esposa, que os prenderé y nunca os soltaré.

¡Oh, cuándo llegaréis, Señor! ¡Cuándo os veré, luz de mis ojos, mi amor y mi suavidad! Si el fruto de que seáis juzgado contra justicia y que ningún juez os la guarde por vuestro grande abatimiento, silencio y humildad, es hallar por ese camino, como dice Isaías, muchas ovejas perdidas que ganéis, muchas almas erradas que en-

caminéis, muchos hijos que os amen, muchos ciegos que os conozcan, muchos errados que os deseen y posean; yo, yo, Señor, soy la más perdida y más errada oveja de todas. Halladme, Salvador mío; encaminadme, Redentor mío; ganadme, Señor mío; llevadme á Vos, buen Pastor. Yo os adoro, os conozco y deseo amaros de todo corazón. Purificadme, limpiadme, hacedme tal cual Vos queréis que sea.

¡Oh, cuánto mejor estoy en vuestras manos, que Vos en las de esos jueces! Porque Vos, viéndoos delante de ellos atado, callasteis y os entregasteis del todo, como si de ellos pendiera vuestro remedio; y todos os pervirtieron la justicia. Yo, si me dejare en vuestras manos, mi verdadero Juez y amigo, puedo hablar, puedo clamar y ser de Vos oído y alcanzar la deseada misericordia. En esas manos crece mi juicio; hallo en ellas la justicia que me falta; y no sé lo que me ciega, que huyo de Vos, y quiero más el juicio del mundo, que á Vos. Todos me buscan para hacerme mal; y solo Vos, Padre mío, eterno y blando Juez, buscáis mi bien y ponéis de vuestra parte todo lo que falta para adquirirme justicia con provecho, y con todo eso huyo de Vos, y os dejo. ¡Oh, quién nunca os huyera y dejara! Aquí me vuelvo, Señor, aquí me someto á Vos, aquí me entrego en esas manos; recogedme en ese Corazón, cerradme en ese pecho, unidme á ese vuestro espíritu, sujetadme del todo á vuestra voluntad para que viva, para que acierte, para que me aborrezca, para que os ame, para que os posea. ¡Oh mi Dios, oh mi amor, oh mi Juez, mi Pastor, mi Jesús, para siempre, para siempre, para siempre!

¡Oh Madre de Dios sacratísima y purísima Virgen!, en cuyo carazón reinó siempre este Señor, y sólo en él tuvo en este mundo perfecta morada de su descanso; pues sois Madre de pecadores, ayudad á este miserable que está delante de Vos. Mostrad esas piadosas entrañas de Madre en alcanzadme del Señor las verdades, que tan puramente me enseña, para que sean siempre el norte de mi vida. ¡Oh corte celestial!, que perpetuamente veis las grandezas de este Señor, y sois el fruto seguro de sus trabajos, alcanzadme el espíritu de que ya vivís, para que por la humildad de este Señor merezca vuestra compañía para siempre. Amén.

## TRABAJO XXX

### Falsos testimonios.

Sufrió el divino Cordero en casa de Caifás, que fué el segundo juez donde le llevaron, gravísimos trabajos y afrentas. El primero fué muchos falsos testimonios que le levantaron, el cual es un género de trabajo de los que peor sufre nuestra naturaleza. Estaban en casa de este sumo sacerdote juntos todos los enemigos del Señor, con mucho sobresalto, hasta saber de cierto lo que pasaba en su prisión, recelando fuese en vano, como otras veces había sucedido. Y luego que supieron venía preso, fué para ellos extraño el alborozo, y mucho más cuando le vieron entrar atado y que te-

nían en la mano la presa que tanto deseaban, y mostraron el placer con risotadas, dichos y burlas del Señor. Lo principal de que en aquel consejo de sacerdotes, letrados de la ley y príncipes del pueblo se trataba, era de la vida y doctrina del Señor, y hallar pretexto con que le pudiesen acusar para quitarle la vida. Mas como la del Redentor era tan santa é inculpable que jamás la mayor malicia, odio y envidia de sus mortales enemigos, pudo hallar el más mínimo lunar con que deslucirla con verdad; pervirtieron en aquel consejo todo el orden de justicia, desvelándose en buscar falsos testimonios é inventar alguna mentira, con que á lo menos pudiesen dar color á lo que hacían, ordenado todo á quitarle la vida. Alegaron muchos falsos testimonios. Unos le acusaban de blasfemo contra el templo, levantándole haber dicho que le derribaría y en tres días le volvería á levantar; siendo así que la sentencia del Señor fué, que cuando ellos destruyesen su cuerpo por la muerte, El en tres días lo volvería á levantar. Y no podían negar que habían entendido bien esta sentencia en sentido de la resurrección de su cuerpo; porque lo que ahora alegaban en sentido falso, lo propusieron después en verdadero sentido, cuando pidieron á Pilatos que mandase guardar el sepulcro, porque había dicho que resucitaría al tercer día.

Otros se presentaron acusándole falsamente de que prohibía pagar al César los tributos; siendo así que les había intimado en público que diesen á Dios lo que es de Dios y á César lo que es del César; y á San Pedro le mandó que fuese á pescar y hallaría dentro de un pez moneda con que pagar por los dos. Otros le levantaron el que se hacía Rey; siendo así que huyó á la otra parte del mar cuando cinco mil hombres le querían declarar por Rey; y á este modo le imputaban muchas cosas que ellos claramente conocían que todo el mundo sabía ser mentira; y esto los hacía consumir, sentidísimos de no hallar cosa firme con que destruirle; porque era á todos tan clara la inocencia del Señor, la pureza y santidad de su vida, que sin responder ni hablar por sí, eran los mismos enemigos testigos ciertos de la verdad. Encendíase con esto la malicia y odio de sus enemigos contra El; refinábase mucho más la envidia para hallar ó inventar nuevos testimonios falsos; y como no era posible encontrar en aquella clara y divina luz del cielo la más pequeña sombra ni apariencia de culpa, trabajaron por ver si le podían coger allí alguna palabra; y para darle ocasión se levantó el sumo sacerdote Caifás, y dijo al Señor, lleno de indignación y rabia: ¿No respondes nada á cuanto aquí se alega contra tí? A esto no respondió el Señor; así porque sabía que no había de aprovechar, como porque estaba determinado á sufrir y padecer; y no quiso decir nada con que confundir á los malvados é impedir los tormentos que tanto deseaba, cosa que le fuera muy fácil, como principalmente por el ejemplo que deseaba dejar en sí mismo á sus siervos, de cuán poco caso deben hacer de las malicias humanas é industrias que el mundo y sus seguidores les armen, cuando con limpieza de conciencia tengan á Dios

por sí; porque El es el seguro amparo de los suyos y siempre vuelve por ellos.

Viendo el sumo sacerdote que nada aprovechaba para hacer quebrantar al Señor su silencio santísimo, le conjuró de parte de Dios vivo que le dijese *si era el Hijo de Dios.* Pregunta era ésta para poder esperar que con la verdadera respuesta mudasen todos su malicia y odio en adoración de aquel Señor, y en lágrimas y en dolor del mal que le habían hecho. Pero es tal el corazón humano cuando se determina al mal, que todo aquello que le puede aprovechar, lo convierte en ponzoña, como éstos hicieron. Con todo eso, quiso el Eterno Padre, no sin divino y eterno consejo, usar de tan mal instrumento como era aquel perverso sacerdote, para que sirviese á Cristo de ocasión de manifestar con claridad á sus enemigos en público la verdad de su ser, que hasta allí nunca le había manifestado tan claramente, y dejarnos antes de su muerte certeza de sí mismo, descubriendo lo que tanto nos importa saber. Así, en oyendo el Señor el nombre de Dios vivo, por el cual era conjurado, respetando más la honra debida á tan divino y soberano nombre, y mirando al provecho de la fe de su Iglesia, más que á las injurias, afrentas y tormentos que por la respuesta había de padecer, llegando hasta costarle la vida, respondió claramente: *Yo lo soy: y os digo de verdad, que me veréis sentado á la diestra del Padre y venir en nubes del cielo á juzgar al mundo.* Así ha de ser; porque aunque los perversos judíos que se condenaron, no han de ver la divina esencia, verán á Cristo en el día del Juicio para su confusión sentado á la diestra del Padre; esto es, Señor de los principales y más excelentes bienes de la gloria, y Señor juzgando con majestad á los que le juzgaban. Entonces la vista del Señor, que será toda la consolación y alegría de los justos, para los malos será sumamente terrible y espantosa.

Al oir el sumo sacerdote aquella respuesta, como no hizo la pregunta para creer, sino para oir públicamente de su boca lo que tenía por blasfemia para condenarle, al punto rasgó sus vestiduras, que era indicio con que los judíos acostumbraban declarar algún gran sentimiento, especialmente cuando veían ofendida la honra de Dios, y dijo en alta voz: Blasfemó; ¿qué más testigos queremos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Todos sentenciaron unánimes que era digno de muerte y resolvieron procurársela; y dando contra el Señor, le trataron tan injuriosamente como adelante diremos.

No les parecía con todo eso bastante causa para darle muerte de cruz como deseaban, porque para ello debía intervenir la sentencia del Presidente romano; porque á éste, como gentil é idólatra, se le daría poco de las cosas de la ley judaica y que se hiciesen hijos de Dios cuantos quisiesen. Por tanto, resolvieron hacer de las verdades del Señor mentiras, y de sus falsedades apariencias de verdad, y á fuerza de gritos y porfías salirse con la suya contra el inocentísimo Cordero. Con esta determinación, añadieron á esta

suma verdad de llamarse Hijo de Dios, que ellos reputaban blasfemia, otros falsos testimonios; que impedía pagar el tributo al Cesar y que se hacía Rey; los cuales eran delitos de muerte, y bastarían para que Pilatos le mandase crucificar. Sentado esto, le llevaron ante éste y Herodes; y perdida toda vergüenza y amor á la verdad, sabiendo cuán grande y cuán manifiesta falsedad era la de su demanda, le acusaron de estos delitos, añadiendo que era alborotador del pueblo y perturbador de las leyes y de la pública paz, con tanta furia, tanta gritería y estruendo, que prevalecieron contra el divino Cordero, que no se defendía ni respondía, y le hicieron atormentar y condenar á muerte. Hasta aquí llegaron los falsos testimonios contra Cristo, que como cordero delante de quien le quita la lana, y como oveja delante de quien la mata, no abría, como dice Isaías, la boca ni balaba.

Juzgue cada uno por sí, cuán grande es este trabajo del Señor, y cuán altamente demostró la incomparable perfección de su santidad en sufrirlo; porque vemos que pasando los hombres muchos y grandes trabajos, en llegando á éste de falso testimonio, no digo sólo que la naturaleza no puede con la carga, sino que es muy rara la virtud que sufre y calla. Y aun cuando un siervo de Dios se determina á ello por su amor, halla en sí tantas imperfecciones que le humillan, tantas deudas y obligaciones al Señor, que sufre un mal falso en satisfacción de otros verdaderos, y ofrece al Señor la pena, dolor y sentimiento de lo que no merece, por lo mucho que le debe y por los muchos favores recibidos. Pero era tal la pureza de vida del Señor, que no había allí tacha, ni sombra de imperfección que le humillase, ni debía á los hombres lo que por ellos padecía. Sólo por amor sufría la oposición á las eternas verdades y callaba todas las falsedades, que tan patentemente le deshonraban y le causaron la muerte. Pero llega á tanto el sentimiento de este género de trabajo, que muy pocos acaban consigo á hacer estos discursos para tolerarle, y si para sufrir otros trabajos solemos hallar razones, por la mayor parte no encontramos menos para no disimular el falso testimonio infamatorio. Hasta en algunos Santos vemos, que aunque no se vengaban y perdonaban esta injuria, con todo eso, se dolían y quejaban; porque este mal es tan doloroso y terrible, que la mayor parte de la gente no sólo mundana, sino aun de la que profesa santidad, halla pretexto de virtud y honra de Dios para no disimular; ya mirando al buen ejemplo, ya por crédito de la misma virtud, ya por respeto al estado, ó ya por otras causas que haciendo disimular la culpa, mueven á mirar por la honra. Pero suponiendo que el Señor no obliga á tanta perfección como mostró de sí mismo, tenga por averiguado el que desee seguirle perfectamente, que ningún ejemplo de virtudes morales, por heroico y perfecto que fuese, nos dejó el Señor, que no pueda ser imitado; ni puede haber contra esto tan vivas razones, que no haya otras de mucha mayor fuerza, que el espíritu de Dios suministra al corazón iluminado, confirmadas por vivos y poderosos ejemplos de varones apostólicos, y por Santos de

vidas muy perfectas. Por tanto, el que no llega á lo perfecto, dé gracias á Dios de haber usado con él de tanta misericordia, que no le obligó á lo que le espanta su flaqueza; pero alábelo donde lo viere, y cuando lo viere lejos de sí mismo, desee tenerlo consigo.

Aprendamos de este divino Maestro el verdadero modo de conservar la honra, que es vivir de tal suerte que no pueda escandalizarse de nosotros el prójimo; porque del que no hace caso de dar de sí mal ejemplo, dijo nuestro padre San Agustín: Que quien desprecia su honra es cruel. No aprueba en esto el Santo solicitarla con ocupación de negocio, ó con desordenado sentimiento de que la quiten; pero obliga á conservarla con buena vida y con santos ejemplos. La modestia y recogimiento exterior, la fervorosa ocupación del interior de Dios, la paciencia, silencio y sufrimiento en los trabajos, el cumplir con las leyes del estado, el hacer bien á todos, huir de pecados y otros muchos ejercicios de virtudes, es lo que honra y acredita al hombre, sin cuidar él de la honra, y es lo que más confunde las lenguas de los maldicientes. Esto vemos que era lo que confundía la malicia de los judíos entre los falsos testimonios que levantaban al Señor, callando El á todo; y el verdadero imitador que por aquí camine, va seguro. Es verdad que el secreto de sufrir falsos testimonios por amor de Dios, sin responder, y de la victoria y triunfo de callar y sufrir, es dificultoso de entender y manifestado á muy pocos. Pero es cierto que es grande la virtud que aquí llega, y singular la gracia que levanta el humano y flaco corazón á este sagrado estado. Y no es menos cierto, que si hay en esta vida estado abundante y fértil de bienes soberanos, y establecido en la dichosa región de una perfecta paz, lo es éste sin duda. Y ya que la lengua no lo sabe declarar, dése crédito á los experimentados. Basta que siendo éste el trabajo del Señor, acaso mayor de todos, y su virtud más admirable y menos entendida, en ella y por ella tuvo su consumada victoria; y basta el haber prometido, á los que le siguiesen, trono triunfante en que se verá vencedor y Juez de los que le juzgaron.

### EJERCICIO DE LOS FALSOS TESTIMONIOS

¡Oh gloria y honra de los justos! ¡Oh camino de la gloria, verdad y vida! ¿Ni este género de injuria y afrenta quisisteis que os faltase por mi amor, y sufristeis que levantasen testimonios falsos á vuestras eternas verdades? Adóroos, mi suma verdad; adóroos, soberana pureza; adóroos, Hijo del Eterno Padre, Dios, Rey y Señor verdadero. ¿Qué pudo el mundo hallar en Vos, que le escandalizase, y que con verdad pudiese condenar? ¿Qué cosa puede decirse contra Vos, que no sea blasfemia? Y con todo eso, de vuestras soberanas verdades hacen mentiras; de vuestras obras purísimas sacan culpas, y de vuestra santísima doctrina, falsedad; y por las verdades os condenan como si fuesen mentiras y blasfemias. ¡Oh amor de mi alma, qué género de afrenta y de tormento es éste, tan contrario á lo que Vos merecéis! ¡Y aún todo esto no basta, Dios mío, para que yo me

goce de parecerme á Vos! ¡Oh, cuán diferente y cuán lejos de Vos me hallo en todo! ¡Cuán sentido en los puntos en que imagino estar mi honra! Qué presto os pierdo de vista, cuando me tocan en cosa que no hago ó en que juzgo que padece mi crédito, y estimo más honrarme con el mundo que parecerme á Vos.

A Vos no pudo el mundo imputar culpa que fuese verdadera; y cuando contra mí se levanta cosa que sea falsa, Vos, mi verdadero Juez, sabéis cuántas otras hay en este corazón verdaderamente malas ó peores. ¡Oh mi Dios y conocedor de mi interior! Vos sabéis que si viese el mundo la abominación de mis pensamientos y deseos, manifiesta á vuestros purísimos ojos, huiría de mí la gente, cuando me quiero justificar con ella. Poco es lo que hacen para lo que harían si viesen públicamente los males de mi alma, que delante de vuestros ojos confieso; y si conociesen lo mal que correspondo á las obligaciones que os tengo, ¿en cuán diferente cuenta me tendrían de la que me tienen? Y siendo yo tal en vuestra presencia y encubriéndolo Vos, que podéis manifestarlo al mundo, con todo eso es mi soberbia tal, que no me conozco y me quiero justificar con los hombres; no sufro que me pongan la más pequeña nota en mi honra, desdéñome de imitaros, y téngome por abatido cuando padezco alguna mínima parte de lo mucho que Vos tolerasteis.

Vos me enseñáis á defender la honra con limpieza de conciencia, rectitud de acciones, santidad de ejemplos, sufrimiento de injurias; y yo con una conciencia tal como Vos veis, sin virtud y sin bondad, sólo con la impaciencia y con la lengua quiero hacer reputación de lo que Vos me mandáis despreciar. ¡Oh Señor, tened misericordia de mí! No me apartéis de Vos; plantad en mi corazón estas verdades, haced que las crea y que den fruto. Quitad de mí la estimación de mí mismo y del mundo. ¡Oh, cuán bajo soy y para poco, cuando estimo cosa de la vida, y honra, por grande que sea, fuera de Vos! ¡Cuántas veces, Señor, pienso que os honro en salir por mi honra, y que os ofendo, si por parecerme á Vos, sufro deshonras! ¿Dónde está mi verdadera sabiduría y mi verdadera luz? Si esa que adoro en Vos es la verdadera, ¿cómo no la quiero en mí para imitarla? Si es luz clara, ¿cómo anda en mí tan obscura? ¿Cómo no veo siempre que callando y sufriendo por vuestro amor, no respondiendo y dejándome en vuestra providencia con el fin de imitaros, se acrisola más mi honra, se justifica la verdad y la virtud, más que hablando, inquietándome y respondiendo por mí? Perdonad, Señor, que os pregunte, pero tened por bien responderme, alumbrarme é inflamarme en el amor de estas verdades. ¿Dónde está, Dios mío, el sol de verdadera justicia, esta luz, esta tan clara pero tan escondida verdad? Oh mi Señor, mi Maestro, mi Dios y mi Pastor, espejo de eternas verdades, que aunque la fe todo lo crea, dejasteis en Vos encubierto el resplandor y luz de esta verdad, para que no la gustase ni entendiese sino el amor y la experiencia del que tiene verdadero deseo de imitaros. Pues, Señor, aquí estoy ciego, alumbradme; dadme una ascua de vuestro amor; enseñadme en lo interior á

que me entregue con gusto y fe pura en vuestras manos, para que vea esta luz, para que la imite y para que ande siempre viva dentro de mi corazón.

¿Cómo me puede ir mal pareciéndome á Vos? ¿Qué es este mundo para mí? ¿Qué le debo ó qué bien me puede hacer para que yo me afrente por él de parecerme á Vos? Juzga el mundo como ciego; aprueba y reprueba como errado; persigue á los vuestros como enemigo; promete y no cumple como falsario; engaña como lisonjero, y honra á son de trompeta, que luego pasa. Vos, mi Dios, honráis como eterno; prometéis y cumplís como verdadero; guardáis justicia como recto; satisfacéis lo que por Vos se tolera como omnipotente; abrazáis y llenáis de suavidades á los que se huelgan de parecerse á Vos; y con todo eso huyo de Vos para el mundo; se me hace muy pesado despreciar su honra por la vuestra, y antes quiero contentar á la vana opinión de los mortales que á la eterna verdad que en Vos adoro. Oh misericordia infinita, ¿cuándo veré esto en mí mudado? No tengo, Señor, con qué obligaros á que me hagáis la honra de asemejarme á Vos, sino esto mismo que por mí estáis padeciendo. Mudad en Vos este mi terreno corazón. Me corro, Señor, y me avergüenzo de verme tan lejos de la estimación de estas verdades, pero al presente esta es mi voluntad; propongo sufrir con vuestra gracia por Vos, todo falso testimonio, toda injuria y afrenta que se me hiciere; perdono de corazón todo lo que hasta aquí se ha hecho ó dicho contra mí y todo lo que me resta que pasar; á toda criatura que me haya ofendido y tenga obligación de restituirme la honra, la indulto por vuestro amor de aquella obligación; no quiero, Dios mío, otra honra ni otro crédito sino con Vos, y lo que Vos me quisiereis dar para vuestra gloria; no permitáis que ninguno ante Vos padezca por mí algún mal; dad á todos los que me lo hacen bienes por males, y unidlos á Vos con mucho amor. Y si este fragil corazón no se halla en este deseo y propósito tan entero y firme como al presente deseo y Vos queréis, Vos, Señor, perfeccionadlo en mí. Alumbradme, mi Dios; no encubráis los rayos de vuestra luz; penetren en mi corazón las llamas de vuestro amor, que muden su brutalidad con verdadera imitación y en unión vuestra. Dadme Vos, Señor, ó quitadme el crédito con los hombres, como más convenga á vuestra honra y gloria; pero quitadme que lo estime cuando me lo diéreis, y que nunca se aparten de este corazón deseos de desprecios y abatimientos; sino confirmadme en un firme gusto de padecer con Vos, cuando os parezca que vulneren mi crédito.

Pero, Dios mío, ¿qué es esto que os imputan esos malos Jueces? Dadme, buen Jesús, licencia para que, pues todos juzgan tan mal de Vos, os reconozca yo y adore por quien sois. Os acusan, mi soberano dueño, de que os hicisteis Hijo de Dios, y por falso Dios os condenan. Yerran, mi soberano bien; porque no os hicisteis falsamente Hijo de Dios, sino que lo sois en verdad, engendrado por el Eterno Padre. Yo, Señor, postrado con cuanto amor y fe puedo an-

te vuestra Divina Majestad, cubierta en esa sagrada humanidad, os adoro por verdadero Hijo de Dios, Dios eterno, omnipotente, infinitamente sabio, bueno, grande, soberano é igual en todo á vuestro Eterno Padre. Vos sois toda mi bienaventuranza, riqueza consumada de todos mis bienes, tesoro de todas las grandezas de la gloria. Digan esos infelices lo que quisieren, Vos sois, mi amor, mi gloria, mi soberana hermosura, mi bienaventuranza. A Vosadoran los serafines, los querubines y toda la corte celestial; yo, gusano de la tierra con ellos y con toda criatura, os adoro por mi verdadero Dios é Hijo del Eterno Padre. Vuestras obras os descubren; vuestras maravillas os dan á conocer; sólo la malicia y ceguedad humana os desconocen. Cuando Vos, mi eterna hermosura, mostráis algún rayo de vuestro divino rostro á este ciego corazón, oh, cuán claro conoce que sois el verdadero Hijo de Dios, y en sí por vuestras soberanas operaciones lo experimenta, y de todos modos lo cree así mi fe. ¿Pero cuándo vendrá aquel bienaventurado día, y aquella dichosa hora, en que por experiencia os diga mi alma presa de vuestra hermosura: Vos sois mi Dios; Vos sois mi Señor; Vos sois mi amor; y no sepa yo amar, ni estimar cosa fuera de Vos, oh Dios, oh mi amor y todo mi bien?

Os juzgan digno de muerte por haceros Rey. Pero Vos, Señor, no estimasteis ser Rey en la tierra, y encubristeis y huisteis de parecer que lo érais. Mas ¿á quién obedeció el mar, cuando sobre él anduvisteis y calmó su furia á vuestro mandato? ¿A quién obedecieron la muerte y las sepulturas, cuando por vuestra palabra restituyeron á la vida sus muertos? ¿A quién obedecieron los demonios, cuando por vuestro imperio salieron de los cuerpos que poseían? ¿A quién obedeció la salud, cuando por vuestra virtud sanaban los enfermos? ¿A quién, sino á su único Señor y verdadero Rey? Adóroos, mi Rey y mi Señor. Vos me gobernáis con sabiduría, me proveéis con liberalidad, me castigáis con justicia, me perdonáis con misericordia, me dirigís con sapientísimo gobierno, me enseñáis con leyes justísimas, me enriquecéis con grandísimas mercedes, premiáis mi servicios con riquísimos dones y me defendéis con soberano poder. ¿Qué vieron éstos infelices en Vos, para reputaros falso Rey? ¿Por ventura, vuestras obras no descubrían vuestra Majestad, y no la confesaban los demonios? Venga, Señor, á mí vuestro Reino; reinad aquí sin contradición; condenen como quisieren esos desdichados; yo os reconozco, adoro, recibo, abrazo y me rindo á esos pies, como á verdadero Rey. Tened, Rey mío, cuidado de esta alma y concededla que siempre os sea leal, nunca traidora, y que sólo me precie de vuestra bandera y servidumbre.

Os imputan, Dios mío, que prohibís el pagar los tributos. ¿Quién más libre de esa obligación que Vos, Dios eterno y Rey soberano? Y con todo eso antes de nacer fuisteis á Belén á reconocer vasallaje; y en naciendo se pagó por Vos tributo al César; San Pedro pagó por vuestro mandato, no solo por él, sino por Vos; y mandasteis que se diese al César lo que es del César; y con todo eso habiendo

hecho más de aquello á que estabais obligado, ¿os condenan á fuerza de voces y de gritos, con tan falso testimonio, y calláis y no respondéis? Tal sois Vos, Señor, que siempre recibís males por bienes, mentiras por verdades, injusticias por igualdades. Adóroos como recto juez, no robador, sino dador de todos los bienes. ¿Qué necesidad tenéis de tributos de los reyes de la tierra, pues todo lo dais Vos, todo es vuestro y todo por amor mío lo despreciasteis? El tributo del corazón es el que prohibís que no se dé al mundo, el amor del alma mandáis que no se dé sino á Vos. Si de esto os acusan, es verdad; y pues por esto morís, yo os amo, Dios mío, yo os entrego esta alma, por la cual no quiero pagaros tributo, sino entregárosla toda y daros todo mi amor. No permitáis que tenga parte en este corazón cosa fuera de Vos.

Os acusan de perturbador y alborotador del pueblo. ¡Oh falsos y traidores! Vos, mi buen Jesús, sois el verdadero pacificador; Vos nos reconciliáis con el Padre Eterno; Vos nos enseñáis la verdadera y perfecta doctrina; Vos purificáis nuestra fe; Vos quitáis las falsas inteligencias de la ley del Señor; Vos sembráis la ley de amor; Vos unís los corazones en puro amor vuestro y verdadera caridad de los prójimos. Cuando las almas os oyen y siguen, todo es pacífico; cuando de Vos se apartan, todo es inquietud, todo perturbación. ¿Qué inquietudes, qué alborotos causasteis en el pueblo, mi Dios? Tolerasteis las maldades de todos; prometisteis el reino de los cielos; recogisteis á los pecadores; curasteis sus dolencias; alumbrasteis sus ceguedades; manifestasteis el camino del cielo; ¿y á esto llaman perturbar y alborotar el pueblo? Bendito seáis, Dios y Señor mío, pues á tan claros y falsos testimonios, levantados sobre tan perfectas obras é inocencia tan manifiesta, calláis y os dejáis condenar por lo que no sois. Adoro esa paciencia, adoro ese amor que todo os lo hace sufrir. ¿Cuándo, Dios mío, prenderá en mí ese fuego?

¡Oh Madre de Dios sacratísima, en quien vuestro Hijo unigénito, como perfecto observador de la ley, no sufrió que ninguno pusiese falta ni falso testimonio, Vos lleváis la mayor parte de este trabajo; porque lo que os faltó en falsos testimonios, crece en verlos en vuestro Hijo, en quien los sentís más que si á Vos misma fueran levantados! Alcanzadme gracia para no tener más honra que parecerme á este Señor. Alcanzadme que no tenga más gloria que padecer con El, vivir abatido con El, deshonrado con El y debajo de los pies de todos por El. Sean los demás oídos y yo olvidado, para que de El y de Vos sea reconocido como vuestro. ¡Oh ángeles que adoráis estas verdades, Santos que las imitasteis, corte celestial que con ellos os poblás y enriquecéis, alabad por mí, amad por mí, engrandeced por mí á este Señor, para que tenga por bien enseñármelas; y alcanzadme virtud y fuerza para amarlas, estimarlas y practicarlas, y no querer otra vida, ni más honra que amar y parecerme á Jesús! Amén.

## TRABAJO XXXI

### Bofetadas.

Era tan grande y tan evidente la falsedad de las cosas que los fariseos y príncipes del pueblo levantaron contra Cristo, para acusarle de ellas ante Pilatos á fin de que le condenase á muerte, y tenía el Señor tan grande y justa reputación con el pueblo, tanto nombre y fama entre todos, que con razón temieron mucho sus contrarios que no valiesen nada sus falsos testimonios para desacreditarle con el pueblo y obtener del juez que le condenase á muerte de cruz, como ellos deseaban. Recelaban que sus ardides se desvaneciesen acrecentando la honra, santidad, vida y persona del Señor, quedando ellos conocidos por falsarios y perversos; porque como la verdad y la virtud por sí mismas se defienden, así la malicia de nada se teme más que de sí misma, especialmente cuando se quiere vestir de santidad, para ocultar su ponzoña á fin de que dañe más, y la malicia no sea conocida. Pero son tan contrarios extremos la maldad y la virtud, que por más que la malicia se meta debajo de la capa de santidad, nunca queda asegurada de estar bien encubierta, y por tanto vive inquieta y acrecienta ardides sobre ardides, como quien de todo se recela. De este modo se verifica la verdad de la Sagrada Escritura, cuando dice: *La conciencia perturbada presume siempre crueldades;* porque aunque no quiera, bien ve cuánta razón hay para que todo le sea contrario; y así como piensa de sí que todo le puede perjudicar, así nunca cesa de buscar modos para mantenerse y defenderse de todo, lo que hace juntando males á males. Así los perversos fariseos y príncipes de los sacerdotes judaicos, que en ninguna cosa se desvelaban más que en acreditarse con el pueblo y que los tuviese por santos, que no eran; lo que más aborrecían era la persona, vida, doctrina y obras admirables y milagrosas del Señor, porque á vista de ellas quedaban las suyas conocidas por cuán malas eran.

Viéndose con Cristo entre las manos para quitarle la vida, como siempre desearon, y queriendo por una parte mantener el crédito de sus personas, y por otra, viendo claramente descubierta su malicia con la manifiesta falsedad de lo que le imputaban, recurrieron á un diabólico ardid; y fué, que considerando lo mudable del pueblo, cuán inconsiderado es en sus juicios, y cuán pocos ó ningunos discursos hace para inclinarse á una ú otra parte, y lo mucho que puede con él la multitud, el estruendo y la apariencia de las cosas, resolvieron hacer á Cristo tanta multitud de afrentras é injurias, tan feas y desacostumbradas, tan públicas y excesivas, que sobrecogiesen al bruto é inconsiderado pueblo, sin permitirle pensar que cosa de tanta magnitud se hacía por sacerdotes, por letrados, príncipes, por gente farisaica que profesaba santidad, sin grande fundamento y motivo; antes bien, que ellos como hombres del gobierno, habrían

encontrado cosas recónditas que el pueblo no alcanzaba, por las cuales correspondía que el Señor fuese tratado de aquel modo.

Así le sucedió, porque al otro día después de la prisión, de repente se volvió contra el Señor todo el pueblo, que hasta allí le andaba siguiendo asombrado y mirándole como cosa propiamente bajada del Cielo. Sirvióles este ardid de satisfacer el odio tanto tiempo envejecido, y reventar con más furia, gusto y rabia en afrentar, injuriar y atormentar al Señor con sus propias manos, y de los alguaciles. Comenzaron las afrentas de este infernal ardid por muchas bofetadas, y tales, que por ellas quedó su sacratísimo rostro tan hinchado, acardenalado y desfigurado, además de haberle mesado sus sacratísimas barbas y cabellos, que aunque ésto lo hicieron de noche en una casa, saliendo al otro día en público se vió bien y se entendió lo mucho que habría aquella noche padecido. También les sirvió esta traza de ahogar la verdad de la justicia y embarazar los discursos del juez; porque Pilatos que no tenía noticia de Cristo, aunque claramente conoció su inocencia, perdió el acuerdo viendo tanta multitud de afrentas; y no pudiendo valerse contra la autoridad de los acusadores y alboroto del pueblo, le condenó injustamente á muerte.

Ya el Señor en casa de Anás había recibido una cruel bofetada, que por notable la escribió San Juan, callando otras muchas afrentas. En casa de Caifás, después que conjuró al Señor de parte de Dios vivo que les dijese si era su Hijo, y El confesó que sí, y por tanto le juzgaron todos blasfemo (como se ha dicho) en lugar de esforzarle y consolarle (como se acostumbra en los reos de muerte, para que les sea más suave el suplicio), todo aquel Consejo de sacerdotes, príncipes y fariseos le embistió como perros rabiosos para afrentarle. Teníanle los alguaciles con las manos atadas atrás, y por la soga que tenía á la garganta (acaso también por los cabellos, que eran largos), para que estuviese el rostro quieto y franco á las bofetadas. Pero no era esto necesario; porque en la ley de la paciencia y humildad tenía enseñado á los suyos, no sólo que no apartasen el rostro cuando les diesen alguna bofetada, sino que ofreciesen la otra mejilla, porque no quedase la una sola con la gloria y honra del sufrimiento de la injuria por Dios, sino que también la otra participase, á lo menos con ofrecerse, del triunfo de la paciencia.

Cuando el divino Cordero se vió en ocasión de dar ejemplo de lo que tenía enseñado, estuvo tan lejos de que necesitasen sujetarle para que no apartase su sacratísimo rostro, que ya estaba profetizada muchos años antes su admirable constancia en el sufrimiento de esta injuria, expresando que no apartaría su rostro de las bofetadas, salivas y otras varias injurias que le harían. Ni se admire ninguno de ver al Señor en casa de Anás extrañar la sinrazón del que le dió una sola bofetada, y que en casa de Caifás sufre callado las muchas que aquí le dieron; ó que en casa de Anás no empezó á mostrar el ejemplo de lo que había enseñado sobre ofrecer la otra mejilla; no lo extrañe, digo, porque como sapientísimo Maestro qui-

so acomodarse en todo á nuestro modo, para enseñarnos y alumbrarnos de todas maneras. Acostumbra nuestra flaca humanidad á ser más sentida en el principio de sus trabajos, que después de estar hecha á ellos; por lo que la paciencia, que en el principio le es muy sensible y trabajosa, llega después de la costumbre á causar complacencia. Y aunque nada de esto hubo en Cristo, porque todo en El fué muy perfecto, todavía en casa de Anás quiso consolar á los imperfectos y enseñarles á sufrir con mansedumbre, sin dar muestras de indignación escandalosa, cuando reciben alguna injuria, aunque se resienta la flaqueza, ya que por entonces no puedan llegar á la perfección de los que tienen gusto en padecer, y que á Dios le será acepto aquel modo de sufrir, mientras no pueden más. Y porque no duden que si continuaren en padecer, se les convertirá el sentimiento en gusto, y la pena en gloria de sufrir por amor del Señor (que es un estado altísimo y semejanza de gloria en la tierra) quiso su Majestad, cuando cargó sobre su sacratísimo rostro aquel gran tropel de bofetadas, callar y no negar la cara á tan grandes injurias.

Levantados, pues, los del infernal consejo y acometiendo al manso Cordero con bofetadas, como el odio que le tenían era envejecido, y fué aquélla la primera vez en que le pudieron desahogar, sin haber quién les pudiese contener, no se puede creer con cuánta furia, cuántas malas é injuriosas palabras, y con cuánta inhumanidad se vengarían en aquel rostro sacratísimo, que á nada resistía ni se retiraba. No tienen número las bofetadas que le darían, siendo tantos y dándole muchas cada uno. Cuál quedaría su sacratísimo rostro, con cuántos verdugones unos sobre otros, y cuán desfigurado de su natural hermosura, lo dejo para la consideración y sentimiento del alma que pudiere acabar consigo el imaginarlo, pues ni las palabras ni la pluma lo pueden declarar. Quedó tal (si algo se puede decir), que por grande encarecimiento de la fe amorosa de este Señor, que en nada de lo que en El vea se puede enflaquecer ni resfriar, dijo Isaías, profetizando la afrenta que en esto padeció el Señor: *No tiene su hermosura, ni su belleza; mirámosle, y no tenía su parecer; así desfigurado le deseamos, y suspiramos por El, hecho el desprecio y escoria de los hombres, lleno de dolores y de enfermedad, tan desfigurado su rostro y despreciado, que no se hacía caso de El. Así subirá delante de Dios, como la raíz y la planta de la tierra seca. Verdaderamente todo esto fué tomar sobre sí nuestros dolores y enfermedades para sanarnos con su sangre.*

El mismo Profeta antes de decir esta y otras muchas cosas semejantes, tuvo para sí que ninguno le podría creer, y dice á Dios: *¿Señor, quién creerá lo que he de decir, y que esto es obra vuestra?* Por donde ya que el rostro del Señor quedó tal, que puede servir de una gran prueba de fineza de la fe y amor que sólo de su hermosura se sustenta, no desconociéndola cuando se halla tan desfigurada y encubierta, no hay duda que mal se puede entender ó

declarar cuán lastimoso y sensible le dejaron los perversos judíos después de descargar en él tanto golpe de bofetadas.

Aumentaron este género de afrentas con otro nuevo escarnio. Era el rostro del Señor tan hermoso, severo, modesto, grave, y movía á tal veneración, que ni con el mortal odio que le tenían aquellos infelices podían soltarse del todo contra El y perderle el respeto hasta donde deseaban. Demás de esto tenían experiencias de que el Señor les conocía sus pensamientos y penetraba las malicias, como algunas veces les había manifestado, y todo esto les quebrantaba algún tanto su furia; y para que no hubiese cosa que les detuviese, inventaron algunos principales enemigos de Cristo que le tapasen la cara (como lo hicieron) para que ninguno le tuviese respeto y le golpeasen con más desenvoltura y sin empacho. Teniendo así cubierto su rostro y siendo ésta la primera hora de placer que su odio tuvo en poner libremente las manos en el Señor, sin que hubiese cosa que pudiese contenerlos ni causar rubor, empezaron con muchos saltos y fiestas á jugar con El, tratándole como si fuera un loco. Uno le daba de una parte, otro por otra; y burlándose cada uno de su sabiduría y de que le tenían por Profeta, decían: *Adivina quién te dió.* Adelante trataremos del escarnio de la sabiduría de Cristo, como nuevo género de trabajo; pero esta especie de escarnio y burla del Señor fué, á mi ver, la mayor que pudo la malicia humana inventar; y cotejada la Majestad de aquella persona divina humanada, con la perversidad de la gente que le afrentaba, con la bajeza, profanidad y descaro de tan abominable desprecio, no hay lugar más que para enmudecer y pasmarse; y no menos de ver el sufrimiento, mansedumbre y silencio del Señor entre tales y tantos desprecios y abatimientos.

Más que todo debe espantar, á mi ver, la gran vuelta que el mundo ha dado, á lo que representa en este espejo de luz eterna, no digo entre gente que no cree ni adora estas afrentas como verdadero remedio de sus males, sino mucho más sin comparación entre cristianos, que sólo en la virtud y merecimiento de ellas confían se les abrirán las fuentes perennes de todo bien; los cuales hacen tanto caso de las bofetadas, que perderán el alma por quitar la vida á quien les diere una, empeñándose en ello más que otras naciones infieles que no conocen á este Señor, y blasfeman estos divinos misterios y viven en este parecer como si fuesen determinaciones del cielo en que ni Dios dispensa. ¡Oh cristiandad tan pervertida y tan inconsiderada de las verdaderas obligaciones! El cielo se gana siguiendo los ejemplos de este Señor, y no de otra manera. Si el alma se pierde, no puede ganar cosa que resarza su imponderable pérdida; la diferencia de la Majestad de Cristo y la bajeza del pecador, es muy conocida y confesada; ser malo para el cristiano lo que no lo fué en Cristo, la fe lo niega; ser verdad todo lo que enseñó y yerro todo lo contrario, ella lo confiesa; de estas afrentas saca el alma firme esperanza de poder alcanzar los bienes celestiales, enciéndese el amor en ver padecer á este Señor; sólo la pre-

sunción de la vanidad, la opinión de la carne y de la tierra, ciega los corazones de los cristianos, de modo que cuanto en Cristo se ve, cuanto de esto puede escribirse y enseñarse conforme á la verdad evangélica, parecen palabras dichas al aire y tan echadas á la espalda y arrojadas del corazón, como si fueran puros yerros y mentiras. Es muy de maravillar, y fuera de toda razón, ver un desatino tan grande y tan general como éste en la cristiandad, que no forma este perverso juicio por el amor del alma, sino por la estimación del cuerpo, al cual esta propia gente tan errada le entrega, en muriendo, á un hombre bajo que le echa mucha tierra en la cara, y le pisa sin aprecio ni respeto cuando ya aquel desprecio no le aprovecha para nada; y estando con el alma en el cuerpo, cuando el sufrimiento de mucho menos que aquello podía conquistar el cielo y hacer prenda de todos los bienes de Dios para poseerlos con honra eterna, los mismos cristianos le aconsejan que tiene obligación de perder cuerpo y alma antes que una pequeña injuria del cuerpo.

Muchos males tienen alguna excusa en la ignorancia; otros en la humana flaqueza; otros en ser primeros movimientos. Este es tan conocido, que los mismos en quienes se halla, confiesan, so pena de ser tenidos por herejes, que es error contra lo que creen y contra la doctrina y ejemplo de Cristo, y que lo que éste enseñó es la pura verdad. No se funda en humana flaqueza, porque no es cosa que la venza por apetito; antes desean todos no verse jamás en esos términos, si pudiesen. No está sujeta á movimiento repentino, porque se funda en deliberación del juicio y de la voluntad; y así no tiene más fundamento que el ser pura malicia diabólica y voluntad y juicio pervertido, de que sin duda Cristo se da por más sentido y más afrentado sin comparación, que de las bofetadas que sufrió; pues no pudo manifestarlo más claramente que por estas palabras del Evangelio: *El que se corriere de mí delante de los hombres, yo me correré de él delante de mi Padre Eterno.* Y es muy justo que haga el Señor punto de honra de no tener en su compañía en el cielo á quien se corrió de hacer lo que él en la tierra; pues tan bajos y viles pecadores hicieron punto de falsa honra en la tierra el no imitar en ella al Rey de los cielos; y por ella, como si fuera verdadera, cerraron sus oídos y corazón á la doctrina del Maestro de la verdad.

Por tanto, deben dar muchas gracias á su Majestad los que profesan estado de Religión; pues en medio de un mundo tan errado les apartó tanto de aquellas falsas obligaciones de puntos de honra, que hasta los mismos hijos del siglo que por ellos se pierden, se escandalizan en caso que el religioso no imite á Cristo en el sufrimiento de toda injuria. Y deben salir por la honra de este Señor en público y en secreto, gloriándose de esta su dichosa suerte, y guardarse de la suma desventura de volver al vómito ó de introducir en los monasterios los puntos del mundo, de que Dios los sacó. Y los que viven en el siglo acuérdense que tienen un Señor y Juez

que por toda la eternidad no dispensará en las verdades de su ley, ni aceptará excusa alguna de no ser imitado y obedecido; y pues tiene declarado al mundo por su contrario, trabajen en determinarse luego antes que entren con este Señor á juicio; porque tan blando le vemos ahora en sufrir bofetadas é injurias por nuestro amor, tan riguroso le hallaremos en condenar á los que por las leyes y reputación del mundo no quisieron imitarle en esto. Yo aconsejaré á los que lo tengan por muy dificultoso, que no desconfíen de su misericordia, sino que hagan delante de su Majestad una general determinación y cristianísimo propósito de no gobernarse por el parecer del mundo aunque les cueste la honra y la vida; y hecha esta determinación, váyase cada cual con mucha desconfianza de sí á los pies de este Señor, y pida á estas mismas afrentas y bofetadas la misericordia de que, pues fueron poderosas para abrir las puertas del cielo y despojar los infiernos que tan cerrados estaban, quieran abrir un corazón humano para que entre la divina luz y gracia que destierre todos los miedos terrenos y le haga fuerte contra todo yerro mundano. Y este Señor, que por ninguna otra cosa se dejó afrentar, sino para plantar en nosotros el amor de las verdades que con sus afrentas nos enseña, recibirá este deseo del alma y hará en ella sus acostumbradas maravillas.

### EJERCICIO DE LAS BOFETADAS

Dejadme, buen Jesús, contemplar la hermosura de ese divino rostro, antes que esos malvados la muden en fealdad á fuerza de golpes y de cardenales. Adórote, hermosura celestial, en quien los ángeles desean siempre contemplarse, en quien se miran y remiran los bienaventurados, alegría del Paraíso, gloria de los que os aman, prisión suave y amorosa de los que os desean y buscan. ¿Quién se atreve, Señor, á poner las manos y á ofender la hermosura de ese sacratísimo rostro? Baste, Señor, cualquiera otro género de injurias y afrentas que habéis pasado; no queráis que se toque esa hermosura divina, no sea que os desconozcan las almas enamoradas de Vos y que viven de sola esa vuestra belleza. ¡Oh inhumanos! ¡Oh más duros y obstinados que las piedras! Si supieseis á quién tenéis ahí, si conocieseis la hermosura á quien os atrevéis, qué presto os convertiríais de lobos en corderos, y de crueles en mansedumbre de ovejas. Yo, Señor, yo soy el duro, que os veo abofetear y vivo, y no se rompe y deshace este corazón. Veo un odio mortal que se satisface con cruelísimas bofetadas en ese divino rostro, ¿y aún me quedan fuerzas y ojos para ver más? ¿Qué es esto, buen Jesús? ¿No basta que hayan de descoyuntar esos miembros en la cruz, abrir todas esas carnes con azotes, no quedaros cosa sana en ese cuerpo, como hoy os ha de pasar, sino que ni á vuestro divino rostro quisisteis perdonar, y por él empiezan vuestros tormentos? ¿Cómo puede haber corazón y entrañas para llegar á Vos con tal atrevimiento? ¿Cómo no hubo cortesía para la gravedad, modestia y majestad de la divina hermosura de ese rostro?

¿Y aun sobre eso os le cubren para que con menos vergüenza y más inhumanidad os hieran? Verdaderamente, Señor, Vos sois el humilde, el manso de voluntad, de gusto y de corazón, que si así no fuera, ¿cómo pudiérais entregar ese divino rostro á tantos desafueros?

Aquí, luz de mi alma, veo cuán lejos estoy de esa humildad. Digo que estoy dispuesto á sufrirlo todo por vuestro amor; pero si bien miro en mí y he de confesar la pura verdad de si sufriría bofetadas en público contra justicia y de gente inferior, aunque ahora diga que sí, viendo ese divino rostro tan maltratado de bofetadas, todavía confieso mi miseria, y entiendo que en la ocasión ó me alteraré mucho, ó me costará mucho el sufrirlo, ó no lo podré llevar. ¿Esto por qué, Dios mío? Porque tengo la humildad sólo en la lengua y la soberbia metida en lo más íntimo de esta mala naturaleza. Vos, divino Cordero, como humilde de corazón, de voluntad y de gusto, no estimáis vuestro divino rostro, y le entregáis callado, sufrido y lleno de amor á los mismos que os dan bofetadas; y de mí que las merezco y no me las dan, siendo soberbio de corazón y de voluntad, ni aun con este ejemplo me doblo al deseo de ofrecer una mejilla cuando me hieren en la otra, según Vos me mandasteis. ¡Cuándo, Señor, me humillaréis y abatiréis esta soberbia! ¡Cuándo me haréis manso y humilde de corazón! Hallan las leyes del mundo razón para quitar la vida por una bofetada, y estímase más el propio rostro que la vida del prójimo. Sólo los bajos esclavos no vengan las bofetadas que les dan sus señores. Vos, bien mío soberano, estimáis en más mi vida y mi remedio, que vuestro sacratísimo rostro. ¿Quién os hizo mi cautivo, Dios mío? ¿Por ventura podrá decirse que es vuestro amor ciego ó loco? ¿Quién sois Vos? ¿Quién soy yo? ¿Y Vos por mí? ¡Oh secreto, oh fuego, oh alteza de amor divino!

¡Oh amor, que tantas maravillas haces en tan soberano Señor, y que así le abates por mí; ¿cómo no consumes, cómo no mudas este gusano de la tierra, cómo no le humillas por su amor? ¿Por ventura hallas en mí más resistencia que en esa divina Majestad? ¡Oh miserable, oh frío, oh pobre de mí, cuán lejos estoy de este fuego! ¡Quién le viese ya en sí! Confúndome, Señor, conmigo mismo de ver que los que os abofetean tan inhumanamente, no son brutos, sino hombres de mi misma masa y naturaleza; véome hijo del mismo Adán como ellos, y de una tan corrompida y ciega naturaleza, que cupo en ella el odio de esa divina hermosura, el atrevimiento de herir ese divino rostro, el asco de ver esa soberana belleza, y la malicia de cubrirla, para atormentaros sin empacho y con mayor libertad. No sólo merecí yo, Señor, por mis pecados esos tormentos que pasáis, y no sólo fuí la causa, sino que es mía esa misma naturaleza que así os maltrata; y con todo eso no me aborrezco de corazón, y muchas veces me amo más que á Vos, y que á vuestra ley. ¡Oh miserable de mí, cuán bajo y cuán torpe soy! No me conozco y me estimo; ámome, y hallo razones para no entregarme del todo á

Vos, á fin que me abracéis, me mudéis, me humilléis y me levantéis. ¿Cuándo, Señor, haréis esta mudanza en mí? ¿Cuándo me daréis este aborrecimiento de mí? ¿Cuándo aborreceré una cosa que arroja de sí tanta malicia, si la desampara vuestra gracia? ¡Oh buen Jesús, oh humilde Jesús!, haced ya en mí esta obra, por la cual tanto padecéis, y que con tantas afrentas me enseñáis. Vuestra ha de ser, y no mía; que yo, si me dejáis de vuestra mano, soy peor que esos que os hieren; pues aunque con ellos no os doy de bofetadas, soy tan duro que no me mudo á la vista de las que sufrís por mí, ni me humillo de corazón, ni me aborrezco del todo.

¡Oh mi buen Jesús!, tanto es el odio de esos vuestros enemigos, que ni quieren ver cosa que les temple la furia, y por eso cubren la hermosura y modestia de ese sacratísimo rostro. ¿Qué tal quedaríais, Señor, de unas tan crueles manos y de un odio tan antiguo y represado, que contra vuestro rostro sacratísimo reventó en esta hora, y prorrumpió en tantas y tan crueles bofetadas? ¡Oh amor de mi alma!, no encubráis de mí ese rostro, aunque tan afeado y lastimoso. Así os quiero, así os adoro, mostrádmele así, porque sólo vuestra huermosura me prende, y el amor con que afeáis vuestro rostro me cautiva y me enciende. Perdonadme, Señor, en esta hora los males que mi alma siente haber cometido contra Vos. ¡Cuántas veces os cubrí el rostro para seguir más libremente mis apetitos, sin saber lo que hacía; y ahora en esto que os hacen me alumbráis, y me dáis á conocer la verdad de lo que fuí hasta ahora! ¿Qué hacéis, Señor, cuando leyendo yo vuestra doctrina, oyendo vuestra palabra, ó meditando en lo que por mí hicisteis, ó inspirándome interiormente, me movéis, me llamáis, me mostráis quien sois y lo que os debo, la gravedad de mis culpas, y el camino de la verdad, sin descubrirme vuestro rostro para que os ame, y arrojar en mí los rayos de vuestra hermosura para que huya de mí y me refugie á Vos; que mude mi mala vida y os siga; guarde vuestra ley, y os posea, y me deje prender de vuestro amor? ¿Y qué hago yo, cuando con mi deslealtad no acudo á Vos, ni respondo á vuestros llamamientos, ni me valgo de vuestras verdades, y vivo olvidado de Vos, preso y cautivo de mí y del gusto de mis males; qué hago, sino cubrir la luz de vuestra hermosura, que me aparta de la fealdad de mis vicios, á los que me inclino?

¡Oh misericordia infinita, que á ser menos que infinita no me pudierais sufrir; perdonadme por vuestro amor! Concededme, Señor, que desde ahora jamás os pierda de vista, sino que siempre os tenga muy presente; que así como huí de Vos hasta aquí, os busque desde ahora en adelante; que acabe ya mi dureza y ceguedad; ni por lo que hice hasta ahora dejéis de mostrarme vuestro rostro y mover la dureza de mi alma, pues es mayor vuestra misericordia que mi desventurada malicia, y podéis perdonar más que yo pecar. En esta hora podéis mudarme y trasformarme en Vos. Mudadme, Dios mío, amor mío, mi Jesús.

Baste ya, Señor, lo que habéis padecido; mandad cesar á esos

malvados; descubrid ese divino rostro para que yo le adore, me ablande con dolor, me prenda, y todo me deshaga en su amor. A Moisés cubrían los judíos el rostro por la mucha claridad que traía de haber tratado con Vos, pues sólo así cubierto podían conversar con él, y á él querían oir y no á Dios, por no morir. Pero no así las almas que de todo corazón os desean, que con amor os buscan, y presas del fuego de vuestra caridad andan tras de vuestra hermosura; éstas desean oir vuestra voz; cara á cara os quieren conversar; aborrecen todo lo que esto les impida; no sufren medio entre ellas y entre Vos, ni el más mínimo estorbo que las encubra vuestra soberana hermosura. Moisés, que os conocía y ardía en vuestro amor, sólo por vuestro rostro suspiraba, diciéndoos que, pues tanto os preciabais de ser su amigo, se le mostraseis. Pues, Señor, ¿cómo habéis de estar delante de mí con esos ojos tapados y no os he de ver? Descubrid ya, vida de mi alma, ese rostro á vuestro indigno siervo, pues sólo de él espero la luz del fuego con que os he de conocer y amar; transformadme todo en Vos y prended hoy este corazón, pues si ha de ser vuestro alguna vez, ¿por qué no ahora? Es verdad que si yo fuese vuestro, ninguna cosa me podrá encubrir vuestros rayos, sino que de cualquier manera que os hallare os conoceré si fielmente y con puro corazón os amare. Pero, salud de mi alma, ¿quién ha de hacer esto sino Vos?

A Vos, pues, ruego en esta hora que tengáis misericordia de mí. Acordaos que esos ojos que los judíos taparon, no pudieron estar cerrados en esa misma hora para vuestro apóstol San Pedro que os estaba negando, antes bien (según tenemos escrito), Vos con los ojos corporales cubiertos le mirasteis y arrojasteis en su corazón vuestros divinos rayos con que le alumbrasteis é hicisteis ver su estado, llorar su culpa, enmendarse y volverse á Vos de corazón. Pues, Señor, Vos sois aún el mismo. Miradme con misericordia, penetrad mi corazón con la virtud de vuestros divinos rayos, haced que vuelva dentro de mí, que conozca quien sois y que llore mis culpas; tomadme todo en Vos y por vuestro desde ahora; pues aquí, en cuanto puedo y como puedo, me ofrezco y entrego todo á Vos. Mudadme de lo que he sido hasta aquí; dadme vuestro amor, que siempre me traiga tras de Vos unido y preso de vuestra hermosura, mi buen Jesús, mi verdadero Señor, maestro y pastor de este errado corazón.

¡Oh madre de Dios sacratísima, que más que todos amáis y amasteis la hermosura de este Señor, y más que todo os afligió y sentisteis verle tan demudado, hinchado y lleno de cardenales de las crueles bofetadas, y más que todas las criaturas anduvisteis siempre presa de la claridad de este divino rostro! Acordaos de este miserable pecador, y alcanzadme de ese Señor lo que El me quiso enseñar por medio de estos trabajos. Tomad posesión de mí para que siempre me traigáis preso en pos de El. Oh ángeles sacratísimos que os mantenéis de la hermosura de este divino rostro; oh corte celestial que con la belleza de esta divina cara estáis presos, embebidos y

glorificados; amad, alabad, ensalzad, adorad y glorificad á este Señor cuanto podéis; arded en su divino fuego por Vos y por mí; suplid las faltas de mis tibiezas y frialdades; y pues allá veis lo que pierde quien anda lejos de esta hermosura, alcanzadme misericordia de este Señor, perpetua memoria suya, unión inseparable de amor y aborrecimiento de todo cuanto me aparta de El. Amén.

## TRABAJO XXXII

### Ser escupido.

En la misma hora, y juntamente con el trabajo de las bofetadas pasó el Señor otro, no sólo gravísimo de sufrir, sino enormísimo por su naturaleza y afrentosísimo por parte de los que le acusaban, que fué escupirle en su sacratísimo rostro. El mismo pacientísimo Señor tuvo este trabajo y escarnio por tan grande, que no sólo quiso que el Profeta Isaías le profetizase, cuando dijo que no apartaría su rostro de los que le escupiesen; sino que El mismo, dando cuenta á sus Apóstoles de los tormentos que había de pasar en su Pasión y nombrando sólo cuatro ó cinco de sus principales, dijo entre ellos que sería escupido.

Justamente dió tan gran lugar á este género de trabajo y afrenta; porque todos los demás, por grandes que sean, suelen hallarse en hombres. Muchos sufren bofetadas, falsos testimonios, azotes y cosas dolorosas; pero escupir en la cara, no es cosa que se acostumbra entre los hombres. No hace grande á este trabajo el dolor ó la pena (porque el escarnio ni hiere ni mata) sino su mucha bajeza; porque quien lo hace se muestra por una parte muy bajo, desvergonzado y descortés; y por otra descubre muy grande odio y desprecio de aquel á quien afrenta; y el injuriado queda persuadido á que no hay cosa que se tenga en más baja reputación que su rostro y persona; porque teniéndose por descortesía y cosa asquerosa el escupir delante de los ojos de la persona con quien hablamos, se acostumbra volver el rostro y buscar algún rincón para escupir y pisar ó cubrir luego lo que se arroja; y hay bárbaros que sufriendo cosas feas y asquerosas, tienen por injuria que se escupa en su casa. Los fariseos, sacerdotes y príncipes del pueblo, no solo no tuvieron este respeto á la divina persona y sacratísimo rostro del Señor, sino que mostraron tenerle en tan baja reputación que solo á El podían enderezar sus salivas. Así, no contentos con las muchas bofetadas que le dieron, aumentaron este gravísimo escarnio; y sin vergüenza ni respeto, antes con fiesta y deseo de saciar en El la envidia mortal que le tenían, añadían á las bofetadas el escupir en su gravísimo rostro, digno de toda adoración y reverencia.

Como miembros de Satanás, tras la saliva arrojaban de aquellas infernales entrañas y envenenados corazones, tan feas y enormes palabras, que con ellas pudiesen justificar la afrenta gravísima que le hacían. Uno, en escupiéndole, le llamaría maldito; otro, engaña-

dor; otro, peste del pueblo; otro, blasfemo; otro, bebedor; otro, enemigo de la ley de Dios; otro, hipócrita; otro, hechicero; otro, samaritano; otro, endemoniado; otro, compañero de Belcebú príncipe de los demonios, y otros muchos y feísimos nombres con que significaban que no podía una tal y tan pestífera persona ser tratada sino con tan desaforada injuria, y escupir en El como en una pestífera ponzoña del mundo, y como indigno de la vida y nombre de hombre. En esto gastaron una buena parte de la noche, hasta que, cansados, se quisieron ir á recoger para volver al otro día con nuevas invenciones de injurias á cumplir lo que tenían ordenado contra el Señor. Pero el inocente Cordero, hermosura del cielo, gloria del paraíso, no se cansaba de padecer ni resistir á cuanto hacían contra él; y así como nunca apartó sus ojos de las necesidades de todos los que le buscaban, y nunca el que le hubo menester le halló pesado ó molesto; así para sufrir tan atroces afrentas no encubrió su sagrado rostro, ni rehusó padecer cuanto de El y en El quisieron hacer sus enemigos, llevándolo con tanta mansedumbre, blandura, modestia y paciencia de cordero, como si en aquella hora estuviera recibiendo pecadores, que era la cosa que con más gracia y más placer hacía. Y ya que no los tenía allí á todos, se satisfacía con lo que por ellos sufría.

Cosa de admirar es que, entre tantos y tan inmensos trabajos como el Señor pasó en su vida y sacratísima Pasión, quisiese no le faltase este tan enorme género de afrenta, porque no padecía las cosas sólo por el dolor que le causaban, como nacidas de la invención del odio y malicia de los enemigos, sino como determinadas en su eterno consejo. Y aunque este no movía aquellos corazones á que le hiciesen semejantes escarnios (porque Dios no es Autor del pecado, ni le inspira), con todo eso, quiso dar tal orden á sus cosas que viniesen á manos de una tan perversa gente, de quien sabía que le sobraba malicia para hacer cuanto determinaba padecer por los pecadores, sin dar El causa á sus males. Y para quererlo así, tuvo muchas y gravísimas razones: primeramente, así como en su divina naturaleza es perfectísimo, lo quiso ser en las obras que había de ejercitar en su sacratísima humanidad, de tal suerte, que no sólo ninguno le pudiese llegar, pero ni imaginar el más mínimo defecto. Y esto no sólo en las obras, que mostraban su poder y grandeza, sino en aquellas con que por nuestro amor quiso humillar y abatir su persona; de suerte que, si fueron admirables las obras milagrosas de su poder, no quedaron inferiores los excesos de las bajezas á que se dignó humillar; porque en sus grandezas levantaba nuestra Fe, Esperanza, y Caridad, y en las bajezas enseñaba y alumbraba nuestros yerros y ceguedades. Por tanto, cuando llamaba á todos para sí, dijo que los recrearía y satisfaría como fuente de todos los bienes, y enseñó que se complacería de los que le imitasen en su mansedumbre y humildad de corazón. Y ya que, para llevar á todos, así abrió los ricos tesoros de las divinas grandezas que en él estaban encerradas, del mismo modo para que no hubiese

excusa de imitarle, caminó por las más bajas demostraciones de humildad que se pueden imaginar.

Ya David en persona de este Señor tenía profetizado el extremo más bajo á que le abatiría su humildad, de que en la reputación y trato de la gente no sería estimado como hombre, ni tratado como humano, sino como el más bajo y despreciado gusano de la tierra, de que no se hace caso alguno; y aunque andase entre la gente, sería tenido y desestimado como el mismo oprobio y desprecio del pueblo. *Oprobio de los hombres, y abyección de la plebe,* son dos palabras latinas que en extremo grado significan el estado abatido, pues denotan más que afrenta, deshonra, injuria y cosa más baja; porque oprobio de los hombres significa aquello de que con razón todo pueblo se puede avergonzar; y desestimarlo como la misma vergüenza y afrenta de la gente y abyección del pueblo, es cosa que merece ser tan despreciada y olvidada de todos, que aun el andar debajo de los pies es mucho para ella. Tales son las cosas de su naturaleza asquerosas, y de que se apartan los ojos; y tales las personas escandalosas, perjudiciales á la república, y tan malas, que puede el pueblo correrse delante de todo el mundo, de que se diga haber tal cosa en aquel sitio. A este grado de desestimación y desprecio quiso llegar la profundísima humildad de Cristo; y por eso no se contentó de andar por debajo de los pies de los ministros del infierno, como un despreciable gusano de la tierra, sino que se escupiese en El y que se burlasen tapándole los ojos, como cosa asquerosa, indigna de ver y de ser vista.

Con esto queda entendida otra causa de que el Señor quisiese pasar este género de trabajo afrentoso; que como no padeció sólo para satisfacer por nosotros, sino también para darnos ejemplo y enseñanza, quiso en esto mostrar el modo con que nos debemos humillar delante de Dios para serle aceptos. Vemos en este Divino Maestro, que porque no tenía en sí cosa que le pudiese humillar y abatir, mostró la forma de la humildad en sujetarse á las bajezas, que con razón le convendrían si tuviera las culpas de los hijos de Adán. Y no hay duda que si cometiera los pecados que le imputaban, y los que cargó sobre sí para satisfacer por ellos, que fuera tan malo y perjudicial al mundo, que injustamente pudiera ser despreciado como peste y perdición. Y ya que no cabía pecado en El, satisfizo las penas de los que tomó sobre por sí, las mismas cosas que ellos justamente merecen. Por tanto, sufrió prisiones, ser atado, ser juzgado, ser azotado y muerto. Y para que todo pecador sepa la gravedad en que sus pecados son tenidos delante de Dios, y en la que El los debe tener, quiso, entre otros trabajos, ser escupido; para que vea cada uno en sí mismo, que mientras no tiene asco de sus culpas, y se corre de ellas delante de Dios, de modo que se persuada que justamente pueden correrse las criaturas de tener entre sí cosa tan mala, como son sus pecados, y Dios con mucha más razón, ni se sabrá humillar perfectamente, ni arrepentirse como debe de los pecados que contra Dios cometió, ni los aborrecerá profundamente.

Con esto podremos entender algo del espíritu de muchos Santos, que anduvieron por el mundo buscando invenciones para ser tenidos por locos y despreciados en público, complaciéndose de ser abatidos y maltratados, llegando algunos á no resistir los peligros de la vida, en que contra justicia se vieron; porque alumbrados de Dios en el perfecto conocimiento de sí mismos, y en verdadera estimación de lo que merece una naturaleza tan inclinada al mal, como la nuestra, se ofrecían á cuanto los podía abatir, teniendo por mayor injusticia el ser sufridos del cielo y de la tierra. Y cuando veían que lo que ellos merecían atormentaba y era causa de las afrentas del Señor, quedando ellos perdonados, toda humildad y todo abatimiento era poco para ellos. Esto hacían los Santos, llenos del espíritu de Cristo y de sus virtudes, con muchos menos pecados que los que la más de la gente comete. ¿Pues qué cuenta deben hacer de sí los que se complacen de esos mismos pecados, y viven de satisfacerse en todo género de deleites? A éstos sólo les digo, que el Señor, que tanto padeció por sus almas, y que por remediarlas pasó unos tan grandes extremos que asombran á quien bien los considera, ese mismo llega á despreciar, arrojar de sí y condenar para siempre á esas mismas almas que tanto ama; prueba clara que aborrece tanto los pecados de que nosotros gustamos, y en cuyo mal no reparamos, que por ellos se olvida del alma que tanto amó y de lo mucho que por ella padeció, para no tener de ella misericordia; y de todo se acuerda, para que como á desagradecida y que no aborreció sus males, ejecute en ella su rigurosa justicia.

Dejando todas las demás razones que el Señor tuvo para pasar este género de afrenta, una sola no puedo omitir para consolación de los justos, los cuales como siempre estudian en humillarse y abatirse; el mundo, que los tiene por contrarios, coopera á este oficio, despreciándolos y abatiéndolos cuanto puede; y como éstos son los queridos y estimados de Dios, quiso el Señor darles en sí mismo el mejor lugar en que pudiesen mantenerse cuando se viesen debajo de los pies de todos como gusanos, que es el recibirlos en su sacratísimo rostro; porque como el propio lugar de los gusanos es el montón de lo que se arroja, quiso el Señor que el mundo hiciese de su purísimo rostro un montón de asquerosas salivas, para que á él se recojan los que el mundo tiene por gusanos despreciados, pero su Majestad por muy queridos. Así dijo David de los que el mundo desprecia: *Esconderéislos, Señor, en lo secreto de vuestro rostro, de las perturbaciones de los hombres y de las contradicciones de las lenguas.* Y no habiendo cosa más descubierta que el rostro, dice el Profeta que habrá allí lugar escondido donde esconda á sus siervos. Así es; porque en aquel rostro del Señor, tan afeado de bofetadas y salivas, tiene encubierta la sobresubstancial y divina hermosura; y ésta la manifiesta á los suyos, á quienes el mundo desprecia, y con ella quedan tan defendidos y guardados, que ningún mal ni perturbación de los hombres, ni de sus lenguas, puede llegar á ellos; porque aunque el Señor pudo ser afrentado y afeado en lo exterior, no lo

pudo ser en lo divino que se encerraba en El, y allí estaba reservado para los que se abrazan con la humildad de aquel rostro abatido. Por él se entran como humildes gusanillos; susténtanse con su calor y suavidad, quedando fuera los que con soberbia desprecian su imitación.

Entre todos estos trabajos y escarnios, que tanto desfiguraron el rostro del Señor, no quiso estar tan escondido de las almas que dejase de mostrar en medio de ellas los grandes bienes espirituales que de allí podemos sacar si con fe y amor los meditamos. Así lo mostró en San Pedro, el cual, habiendo prometido con gran confianza de sí que antes perdería la vida que negar al Señor, le dijo su Majestad que en aquella misma noche, antes de cantar el gallo dos veces, le negaría tres. Así fué, que en casa de Anás, donde dieron al Señor la primera bofetada, á eso de la media noche, preguntado si era discípulo del Señor, dijo que no le conocía; y cantó el gallo primera vez. En casa de Caifás, estando á la lumbre con los ministros y criados, haciéndole la misma pregunta, negó por dos veces el conocer á Cristo y ser su discípulo, asegurando la negación con juramento y maldiciones que se echaba sobre sí, si tal fuese; y esto cerca de dos horas después de la media noche, al tiempo que los fariseos, príncipes y sacerdotes estaban dando de bofetadas y escupiendo al Señor, que al mismo tiempo se hallaba más empleado en remediar pecados que en sentir lo que padecía; pues conociendo (como Dios que era) el pecado que San Pedro cometía en el zaguán, y en que continuaría hasta la muerte si le faltase su luz y gracia, tuvo misericordia de él y puso sus divinos ojos en lo interior de su alma para que no pasase adelante en negarle, y se perdiese. Con esta luz interior se juntó el cantar el gallo segunda vez, con lo que despertó San Pedro y conoció el mal que había hecho, aborreciéndole; y dejando la mala compañía en que le había negado, salió fuera con humildad, llorando tantas lágrimas, que mereció ser perdonado. Y era razón que la penitencia del que había de ser cabeza de la Iglesia fuese el primer fruto de los trabajos que el Redentor padecía por los pecadores, para que todos estuviesen ciertos, que quien no cerrare los ojos del alma á la luz que de aquellos tan afrentados por nosotros sale, experimentará que los abatimientos del Señor son honra suya; aquellos desprecios, su ensalzamiento; aquellos desamparos de los hombres, su verdadero remedio. Y pues todo lo que quisieron hacer de Cristo sus enemigos fué riquezas y mejoras nuestras, ninguno quiera ser pobre por dureza de corazón, entre tantas abundancias de bienes que se franquean á todos los humildes.

### EJERCICIO DE SER ESCUPIDO

¡Sapientísimo conocedor de mis males y remediador de ellos, buen Jesús! Infinitas gracias os doy, porque les ponéis el remedio como los entendéis y padecéis; y yo porque no sé calificarlos, los tengo por pequeños, no los siento cuanto merecen; y porque no veo el mal que me hacen, no solicito el remedio. Vos, eterna sabiduría,

que veis cuán asidos están mis males en mi naturaleza, así como las manchas envejecidas se estregan con otras cosas ásperas para que se puedan limpiar, así quisisteis que la cura de mis pecados fuese dolor, abatimiento y desprecio para arrancar el envejecido amor propio que me aparta de Vos. Y ya que tomasteis mis culpas para sanarlas, quisisteis se hiciese en Vos lo que yo merezco que se hiciera en mí. Yo, vida de mi alma, manché en mí vuestra imagen; yo debiera ser purificado con otras cosas más ásperas y más bajas que las que amo contra vuestra ley. Pero Vos, Dios mío, pureza infinita ¿qué tenéis que limpiar que así os humilláis? ¿Hubo en el mundo otra cosa más baja donde os abatiérais que escoger escupiesen en ese sacratísimo rostro? ¡Y que con tantas injurias os deshonren como si fuerais peste del mundo y como á blasfemo, hechicero, engañador y destruidor de la república os escupan, mi verdadero bien y mi bienaventuranza! ¿Qué hay en Vos digno de ser desechado? ¿Qué puede fastidiar en vuestra conversación ni en vuestros bienes para que así os escupan? Oh mi Dios, eso lo merezco yo, pero no Vos. No hay deshonra que no corresponda á quien deja vuestros gustos por las torpezas que yo sigo; á quien deja vuestra conversación por las miserias que yo busco, y á quien deja vuestra amistad, vuestros suaves y divinos abrazos, los bienes que prometéis y franqueáis, por las muchas y bajas cosas que yo estimo. Yo soy, Señor, el que merezco que todas las criaturas en mí escupan por asqueroso y miserable pecador, indigno de ser visto y oído. Y Vos, infinita misericordia, me honráis á mí, me libráis de esas afrentas y por mí entregáis vuestro divino rostro y la Majestad de vuestra persona á tan bajas injurias y desprecios.

¡Oh Señor, múdese eso á mí; ó ya que sólo Vos lo recibís, dadme gracia para que interiormente me haga yo á mí lo que veo hacer á ese divino rostro! Enseñad á esa ciega alma á que tenga asco de las corporales torpezas; á que la fastidien sus gustos; que escupa y se aparte de lo que de Vos la retira. Enseñadme á aborrecer una cosa tan baja como yo soy, pues os dejo á Vos, infinita riqueza y soberana bienaventuranza, por cosas tan bajas como amo. No hago esto, Señor, sino porque de mío soy bajo y terreno, y por la culpa más torpe; por tanto no sé amar sino lo que á mí se parece. Vos, Dios de mi alma, pues me criasteis para bienes, criad de nuevo en mí los frutos de esas salivas y escarnios. Para ensalzarme os abatisteis, y para enseñarme el poco aprecio que debo hacer de mí, y en cuán baja estimación debo tener cuanto de Vos me aparta, quisisteis ser reputado por tan bajo, y que en vuestro sacratísimo rostro, como en albañal del mundo, se arrojasen las cosas más asquerosas. Oh duro corazón, que veo y creo esto, y me lo mostráis, y no salgo por esas plazas á que todos conozcan el que soy y me traten como por mí fuisteis tratado; antes bien persevero estimándome, sin suspirar por verme como os veo. ¡Oh bajeza mía reconcentrada en lo íntimo de mi alma! Cuándo me levantaréis, Señor, de tal lodo; cuando me desprenderéis de mí, para que me vea y me aborrezca. Enviad,

Señor, vuestra luz y verdad que me alumbren, me guíen, me saquen fuera de mí y me pongan en Vos; porque solo estando ahí, podré empezar á tener miedo y asco de mí. Vos, Señor, que me veis y conocéis, no podéis hacer más que mostrarme en vuestro divino rostro, cómo yo estoy dentro de mí y cómo me debo tratar. Pero ¡ay miserable de mí! que ni me sé conocer, ni librarme de mí. ¡Misericordia, Señor, misericordia, buen Jesús!

Con cuánta verdad dijisteis, Señor, por David, que sois gusano y no hombre; que sois oprobio, y lo más desatendido del pueblo y del mundo; pues no sólo os hicisteis como el gusano despreciado, á quien todos pisan, con quien todos se atreven, á quien ninguno estima y que á pequeños y grandes, malos y buenos, hombres y brutos está sujeto y anda debajo de los pies de toda criatura, como veo que os trata, Rey mío y Señor de la gloria, esta obstinada gente, sino que aún de vuestra sacratísima persona y rostro quisisteis hacer lugar de materia tan asquerosa como son las salivas. ¡Oh tesoro del cielo! ¡Oh Hijo del Eterno Padre! ¿Hallasteis otra cosa más baja á que compararos? Sé que si la hubiera, á ella os abatiérais y os abrazárais con ella. Todo sois así, Dios mío, desde que nacisteis hasta la muerte. Yo cuando mucho me reputo muladar del mundo en la estimación, porque lo soy en lo interior y exterior, y en esto he de venir á parar; y si en esto me mantengo, dicen, parezco humilde. Mas Vos, Dios mío, Soberana é infinita Majestad, que en la reputación no os podéis tener por menos de lo que sois, convertisteis la reputación en obra por medio de las cosas más abatidas á que humildemente os sujetasteis. ¿Qué os daré, Señor, por tanto como por mí hicisteis? Bien sé que no tengo qué daros, mas sé lo que queréis. A mí sólo, Dios mío, me queréis. Pues, vida de mi corazón, ¿por qué no me tomáis? ¿No soy vuestro? ¿Dejáislo, por ventura, de hacer porque soy libre y no me queréis violentar? ¡Oh mal empleada libertad, que no me aprovecho de ella, sino para huir de Vos y perderme!

Pues, Señor, ya que esperáis á que yo me entregue, veisme aquí, buen Jesús, veisme aquí, mi amor, veisme aquí, vida de mi alma. Pasad esos escarnios á mí; tratadme para gloria vuestra á vuestra voluntad, pues hasta aquí me traté según la mía para vuestra deshonra. Veis aquí me ofrezco en esta hora, me ofrezco de corazón, en cuanto puedo, en vuestras manos y á vuestra providencia; haced de mí lo que quisiereis; cortad, castigad, atribulad, abatid, levantad como fuereis servido; mi libertad os entrego y sólo os pido, bien mío, que jamás salga de esas vuestras manos sacratísimas. Entregaos de ella por vuestra misericordia, y confirmadme en esta voluntad, y perfeccionadme de manera que desde ahora para siempre fíe de Vos, que todo lo que me sucede lo ordenáis Vos como queréis, y eso es lo que me conviene; ni desee otra cosa, ni de aquí adelante huya ni me aparte más de Vos.

Tened, Señor, por bien alumbrarme y enseñarme una cosa que mi alma desea saber de Vos; y pues ya os dignasteis ser mi Maes-

tro, ni queréis que aprenda de otro, instruid, Señor, mi rudeza. Ya que los gusanos nacen y se mantienen del estiércol, y quisisteis abatiros tanto que parecieseis un muladar del mundo, ¿por ventura, Dios mío, queréis enseñarme en eso, que pues yo soy gusano, hechura de vuestras manos, no me mantenga de otra cosa que de Vos? ¿Por ventura como nacisteis en un pesebre entre animales, para que los hombres, que de celestiales se hacen brutos por los deseos y codicias terrenas, se mantuviesen de Vos en los pesebres, así esta alma acostumbrada á muladares y bajezas, se alimentase de Vos humilde y abatido? Persuádome, buen Jesús, que no es otra vuestra intención. Por eso, porque vuestra grandeza no espantase á este miserable gusano acostumbrado á montones de torpezas terrenas, quisisteis que os viese yo abatido y hecho desprecio y asco de la gente, para que me llegase á Vos, y así gustase de Vos abatido, ya que perdí el gusto de vuestra grandeza por mi culpa y miseria. ¡Oh verdadero amigo, y remediador de mi alma, que así os acomodáis á todo lo que yo soy y necesito!

Vinisteis á mí, porque yo no podía ir á Vos. Ya pagasteis y satisfacisteis en Vos por mis males, porque yo no podía satisfacer. Ya hicisteis de Vos mil manjares para que yo gustase de Vos en cualquiera manera. Ahora, para que nada os quedase por hacer, viéndome tan amigo de las bajezas terrenas, os hicisteis lodo, para que ahí me cebe, para que ahí me resuelva, ahí me mantenga, os coma y os posea. ¡Y que siendo esto verdad, no me deshago todo en vuestro amor, no me llego y no me estrecho en Vos, no me abraso y ardo en vuestro deseo! Cumplisteis, Señor, lo que dijisteis por Isaías, que nos daríais un pan muy apretado y un agua muy tasada, que por poca parecerá charco sin corriente; y que con este mantenimiento verían siempre nuestros ojos á nuestro verdadero Maestro, y nuestros oídos oirían la suave voz del que anda siempre junto á nosotros, llamándonos y enseñándonos. Este sois Vos, mi Señor. ¿Cuánto más mantiene esta vuestra bajeza y vuestra suave agua, que en este abatimiento parece lodo encharcado, que todo cuánto puedo tener fuera de Vos? Pan cocido en ceniza era el que comió Elías; pero con su virtud y fortaleza anduvo cuarenta días hasta el monte donde vió al Señor. Aquí, Dios mío, está vuestra hermosura escondida en esta fea ceniza; aquí vuestra grandeza en este abatimiento; aquí vuestra Majestad en este desprecio; aquí toda vuestra gloria en esta humillación.

Pueden las salivas, injurias y escarnios, encubriros; mas no os pueden disminuir, ni deshacer. Aquí os adoro, mi Dios, mi gran Señor, mi Rey, mi hermoso, suave, dulce y gustoso mantenimiento. ¡Oh, cuándo os comerá esta alma! ¡Cuándo de sólo Vos gustará y se mantendrá! Vos sois el verdadero árbol de la sabiduría, cuyo mantenimiento da todo conocimiento y luz. Vos sois el verdadero árbol de la vida, que restauráis todo lo gastado y perdido. Más sustenta lo que en Vos parece podrido, que lo que en el mundo y carne parece sano y perfecto. Vuestra tosca corteza, la seca cáscara y la en-

cogida hoja, tiene suavísimos olores, y da frutos sabrosísimos que la vana flor y falsa frescura del mundo no conoce. ¿Cuándo me llevaréis todo en pos de vuestro olor y sabor? Múdase el alimento de la tierra en la substancia de quien le come; mas si mi alma gustare de Vos, en Vos me mudaré todo. ¡Oh, cuándo llegará esta mudanza! Hacedme, Señor, abrazar esos vuestros escarnios, esos abatimientos; que los imite, me desprecie por Vos, me aborrezca y estime por lo bajo que soy, y que por tal quiera ser conocido y tratado de los demás. Y si Vos así no lo ordenareis, concededme que en el aprecio interior me tenga verdaderamente en esta reputación, pues aquí estáis escondido y aquí os hallará el que os busque, verdadera gloria, honra y amor de las almas.

¡Oh Reina de los ángeles, sierva humildísima de este Señor, que por experiencia sabéis cuánto tiene de El, quien por El se humilla! A Vos escogió para sí cuando quiso hacerse gusano, porque os halló verdaderamente humilde y baja en vuestra estimación; Vos, Señora, á quien tan altas y soberanas mercedes no pudieron apartar de la poca reputación en que os teníais, y que más que todos conocisteis á este Señor encubierto en sus abatimientos, acordaos de este pecador, pues para nosotros, y no sólo para Vos, recibisteis esos copiosos bienes. Valed en esta hora á este pecador; levantadme del lodo de mis culpas; abatidme de la soberbia de mis vanidades; prendedme á los pies de este Señor; alcanzadme su luz, para que siempre me conozca; gracia y fortaleza, para que siempre le imite; estimación de su humildad, para que á El me parezca; y suplid Vos todo lo que á mí me falta. ¡Oh, ángel de mi guarda! ¡Oh, todos los espíritus bienaventurados, que os mantenéis de la majestad y grandeza del rostro de este Señor ya descubierto! ¡Oh, ciudadanos de la gloria eterna, que fuisteis pecadores y por experiencia gozáis de los frutos de estas verdades, y que por este camino é imitación del abatimiento de este Señor, estáis tan ricos y tan llenos de El! Compadeceos de este miserable, que no merezco ser oído sin vuestra intercesión. Ayudadme y alcanzadme que persevere hasta la muerte en estos deseos que ahora me da de imitarle, y un ascua del fuego que os abrasa y os tiene del todo transformados en El, para que me convierta todo á la voluntad de este Señor. Amén.

## TRABAJO XXXIII

### De la cárcel.

Cansados, pero no satisfechos, los príncipes del pueblo, sacerdotes, letrados y fariseos de afrentar y atormentar al Señor con falsos testimonios, bofetadas, salivas y otras muchas invenciones é injurias en que habían gastado parte de la noche, determinaron recogerse á sus casas y dejar al Señor asegurado, para volver á juntarse por la mañana con nuevos ardides y afrentas, disponiendo cómo acusarle ante Pilatos para que fuese crucificado. Creíble es,

que en lo que restaba de la noche no dejaría la malicia reposar á los enemigos del Señor, y que toda se la haría gastar en la presa que dejaban en casa de Caifás, pensando en que no se les escapase de las manos y discurriendo nuevos modos de satisfacer el odio mortal que le tenían; porque así como la malicia nunca se da por vencida (según dice el Crisóstomo) aunque se vea convencida de la razón y verdad, así, por cansada que se vea, no se da por satisfecha hasta lograr todo el mal que desea. Y el corazón humano determinado al mal y desamparado de la gracia, tiene alguna semejanza con el fuego del infierno, que por más que atormente y abrase, no sabe decir basta. Por lo cual, no sólo tenían aquellos infelices perdida la compasión (natural al corazón humano) de cuán maltratado dejaban al Señor; sino que viendo un principio tan deseado de la furia y malicia de su odio, se hallaban con más vivo cuidado de los males que les restaban por hacer al Señor, y les parecía que la noche era larga.

Serían dos horas después de media noche cuando se recogieron á sus casas, porque á la media noche estuvo el Señor en casa de Anás, donde San Pedro le negó y el gallo cantó la primera vez; en casa de Cayfás, donde luego le llevaron, se gastaron dos horas en falsos testimonios y afrentas, hasta que el gallo cantó segunda vez después de la tercera negación de San Pedro, y alumbrado con la gracia salió de aquella casa á hacer penitencia, retirándose de aquella perversa compañía á reconocer su malicia, quedando el Señor puesto en buena guarda hasta por la mañana. Y como los enemigos estaban muy asegurados en la falsa y blasfema opinión de que era un hechicero, no se fiaban de ninguna guarda. Por tanto, lo encerraron, ó en cárcel que en la casa habría (como solía suceder en las de los principales ministros de justicia), ó en algún aposento seguro y de resguardo. No fiaron de El dejarle suelto y solo, sino con las manos atadas atrás, soga á la garganta y preso á alguna parte bien segura, le entregaron á la compañía de los alguaciles y gente que le había preso para que le guardasen y estuviesen en centinela hasta por la mañana, que entonces empezaba á las seis (que llamaban hora de *prima*). Aunque las horas eran pocas, fueron tantos los trabajos y afrentas del Señor, que excedieron al trabajo del largo tiempo de otros encarcelados, porque el sitio debía de ser el más pequeño y sucio de toda la casa; el modo, de estar atado y preso sin ningún alivio; el lugar tal, que ni tuviese donde recostar la cabeza. Y como el inocente Cordero estaba desvelado de la noche, y quebrantado de la grandísima tristeza y agonía que padeció en el huerto, y más por los muchos golpes, bofetadas y afrentas que pasó en su prisión, en el camino y en casa de los jueces, fueron aquellas pocas horas para su sacratísimo cuerpo (tan necesitado de algún refrigerio y descanso) de inmensísimo trabajo, quebranto, aflicción y tormento.

Además de esto, aquella perversa é inhumana compañía de alguaciles y gente que le guardaba, como tenían encomendado que

le guardasen bien, gastarían todas aquellas horas, por divertir la vigilia, en afrentar y atormentar al Señor; porque por una parte los atizaba el demonio, por ver si podía quebrantar la paciencia del Cordero, que aún no conocía de cierto como Hijo de Dios, y le tenía admirado verle tan invencible; y por otra parte aquel género de gente era tal, que en semejantes casos ningún atrevimiento perdonaba. Por lo cual bien se puede pensar que no dejarían de inventar ningún género de juegos y burlas para atormentar y escarnecer al Señor con fiestas, saltos, vayas, palabras desconcertadísimas, despropósitos necios é injurias afrentosísimas. No faltarían allí nuevamente bofetadas, salivas, pescozones y renovar las afrentas que le habían hecho, volviéndole á echar en cara cuanto levantaron contra El, acrecentando nuevas invenciones de injurias, á que ayudaba el saber cuánto gusto daban en ello á los enemigos del Señor, que se le encomendaron; y cada uno se esmeraría en nuevos artificios de escarnios para tener luego qué contar con festejo á los príncipes, sacerdotes y fariseos, á quienes deseaban contentar.

También se puede pensar que, como suele suceder en casas grandes (cual era la del sumo sacerdote, y en casos tan nuevos, que dan mucho que hablar á la gente, como fué la prisión del Señor), recogidos sus enemigos y despejada más la casa, las mujeres, niños, cocineros y gente baja de ella, toda iría á ver á Cristo con espanto y maravilla; pues como iban preocupados de aquella falsa opinión de estar ya descubiertas sus hechicerías, y se hallaba profetizado que no había de tener consolador en su Pasión, ni entrañas que se compadeciesen de El, en lugar de decirle palabras de consuelo, como se hace con los afligidos, cada uno le escupiría y le movería la cabeza por burla, llamándole traidor, engañador y hechicero, con grande admiración de cómo traía engañada á la gente, pasmándose de cómo podía hacer tantos milagros, y le echarían en rostro sus divinas obras como hechas por arte del demonio, con otros muchos escarnios que oía el inocente Cordero que afligían su purísimo Corazón y afrentaban aquella divina persona, digna de toda adoración. En fin, lo que allí padeció el Señor fué tanto, que algunos Santos lo reputan por uno de sus mayores trabajos, y dicen que los Santos Evangelistas lo pasaron en silencio, como otras muchas cosas que de suyo se podían entender, para dejarlo á la consideración de la fe y del amor; pero que el día del juicio se descubrirá, y no parecerá menos lo que callaron que lo que escribieron, y veremos que de aquel piélago sin fondo de amor no podía salir menos que otro piélago inmenso de trabajos, que ni la pluma ni la lengua pueden declarar. Basta que la Sagrada Escritura lo compara á una tempestad de mar alta sin fondo, en que el Señor se anegó, pero no pereció.

Entre todas estas afrentas estaba el Redentor callado, oyendo, sufriendo y disponiéndose para padecer mucho más; porque por grandes que sean las fuerzas de la malicia para hacer mal, mucho mayores son las del amor para padecer por el amado, y como ama-

ba con amor infinito á todos los hombres y á los mismos que le atormentaban, al tiempo que los enemigos recogidos en sus casas se desvelaban en inventar modos con que satisfacer su odio, y los que le guardaban se refinaban en modos de abatirle y afrentarle, estaba el Corazón de Jesús cebando su amor en lo que padecía, é inflamándose en deseo de padecer mucho más. No había cosa que pudiese perturbar su ánimo; mas así daba licencia á sus miembros para sentir, que su espíritu quedaba quietísimo, haciendo el oficio de Salvador del mundo con toda eficacia y entereza delante del Padre Eterno, con fervorosísimas peticiones y liberalísimas ofertas de cuanto padecía por remedio de los pecadores. Y como esas tres ó cuatro horas antes de amanecer son las más propias para la oración, y de que más usan los siervos de Dios, después de haber dado algún descanso al cuerpo, tienen una singular compañía en el Señor; porque padeciendo, por una parte, el desvelo de la noche y los incomparables trabajos que le daban sus enemigos, por otra se estaba bañando en lágrimas, mal entendidas de los que le veían, y todo arrebatado en abrasadísimos excesos de oración y amor por todos los que tomó á su cuenta para redimirlos; y como ninguno se puede eximir de este número, cada uno tiene en El compañero de que se ayude, mercedes inmensas que agradezca, dolores que le ayuden á sentir, fuego de amor que se inflame y frutos que recoja de su divino espíritu. Además de esto, un Corazón tan leal y tan amigo que se dignó pasar sus trabajos sin tener quien le consolase y se compadeciese, no está ahora cerrado para la compasión de los espíritus devotos, y del consuelo que el amor del alma le quisiere dar, antes bien lo recibirá y satisfará como si se lo diera en la hora en que padecía sus trabajos.

En esta interior ocupación que el Señor tuvo con fervorosísima oración, en cuanto padeció en el día de su sacratísima Pasión, enseña á los atribulados hijos de Adán, que viven en continuos trabajos de esta vida, el sitio dónde han de hallar y cual ha de ser el cierto y verdadero alivio, que es en Dios y por la oración; porque dos cosas nos hacen pesados, incurables é insufribles los trabajos de esta vida, y son: no reconocer la mano de donde proceden, según el peso y medida que á cada uno corresponde, y recurrir tarde al verdadero remediador, que es el mismo Dios, de quien provienen. Toda ó la mayor parte de la ocupación de la vida es huir trabajos y buscar el descanso; mas como la tierra es destierro del cielo, son tantos los enemigos, tantas las miserias de la naturaleza, tantos los males que la cercan, que es imposible huir de lo que tanto nos sigue, como son los trabajos, ni llegar á lo que tanto huye de nosotros, como es el descanso en esta vida. Y la más de la gente que vive descuidada del trato con Dios, al verse cansada de lo que forzosamente ha de padecer, no sabe mirar al autor de donde todo procede; y, ó atribuye los trabajos á la desgracia y desdicha suya, ó se queja de los hombres y de los desastres, ó procura evitarlos por cosas mucho más trabajosas, ó se está deshaciendo en

rabia, atribuyendo el suceso á una ú otra cosa de que por más que hace no se puede librar; y así, á cada paso va cayendo en trabajos más incurables y disgustos que hacen la vida más pesada.

Los medios que regularmente se toman para alivio, son pasatiempos, ó perdición del tiempo, que para vivir siempre parece corto, y para granjear el cielo es importantísimo. Y por nuestra desventura, enlazamos el tiempo y los trabajos con cosas que hacen peligrosísima la hora de la muerte, y no aseguran más que dolores entrañables de los gustos conque procuramos aliviar los trabajos. Los que tratan con Dios y meditan la vida del Redentor del mundo para aprender de ella lo que les conviene, se persuaden con certeza de fe que la mano de Dios los tiene presos en la tierra del trabajo para merecer el cielo; y en sintiendo la aflicción y trabajo, de cualquiera parte que venga, luego adoran la paternal mano del Señor que así lo ordena, y se fían de la bondad de amor con que todo lo hace; y con las mismas impaciencias y flaquezas de la naturaleza van á besar la mano que los castiga, reconociendo que ella dispone todo aquello, aunque sean cosas inventadas y nacidas de la malicia humana; porque saben que el humano corazón, inventor de las malicias contra el prójimo, no tiene jurisdicción para llegar á ellos sino cuando Dios abre la puerta al trabajo para el aprovechamiento de la criatura: y aun esto es con tal cautela, que no pueden llegar sino al exterior, porque el interior, donde está la libertad, sólo es reservado para Dios.

Con esta fe segura se ofrece el siervo de Dios en medio de sus trabajos al Señor, con El negocia, á El levanta su corazón con amor puro y leal sujeción. Y porque de la mano de Dios lo recibe todo, á El se va con ello por fervorosa y pura oración; los trabajos por donde los descuidados se pierden, le sirven á éste de camino cierto para Dios, de mortificación de las demasías, gustos y vanidades del cuerpo, de minas de merecimientos, de compañía de Cristo atribulado y de ocasión de andar siempre junto á El, en solo lo cual está la verdadera consolación; y así, fastidiados de la vida, deseosos del cielo, solícitos de contentar á Dios, ellos solos tienen el consuelo que en la vida se puede tener, como víspera y principio de la que poseerán para siempre. Esta materia es de la que más largamente se trata en la Sagrada Escritura y en las doctrinas y vidas de los Santos, por lo que me contentaré con una sola prueba que la experiencia tiene bien calificada; y es: que se coteje el olvidado de Dios y amigo de sí, con el amigo de Dios y olvidado de sí, y puesto en sus manos por amor, en los trabajos y en las consolaciones, en los gustos y disgustos que en esta vida tienen, y en quien se halle ventaja, ese se tenga por acertado; y el que en los trabajos, por mayores que sean, hallare en sí mayores consolaciones del alma, téngase por cierto que halló el verdadero camino del seguro descanso que se puede tener en esta vida.

EJERCICIO DE LA CÁRCEL QUE EL SEÑOR PADECIÓ

¿Dónde os ponen, mi Señor, sin estar ahí este vuestro pecador? ¿Dónde os prenden, dejándome á mí suelto? ¿Qué es esto, Señor? ¿Vos con prisiones, amarrado con sogas al cuello y á los pies? ¿No sois Vos, mi buen Jesús, el fuerte y el invencible? ¿No sois Vos de quien David se gloriaba de servir á un Señor que soltaba los presos y los atados? ¿No sois Vos á quien los judíos quisieron varias veces apedrear y prender, y no pudieron? Pues, Señor mío, fortaleza de mi corazón ¿habéis ya enflaquecido? ¿Por ventura está vuestra fortaleza, como la de Sansón, en los cabellos? ¿O cómo os pudieron encarcelar estos malvados y teneros aquí preso? ¡Oh verdadero amador de las almas, á quien sólo el amor puede prender, detener y encarcelar, que así os entregáis á todo por mi amor y remedio! Adoro y alabo ese eterno amor que me tenéis. Adóroos por lo incansable que estáis para sufrirlo todo por mí, y no descansar hasta que consuméis todas las obras por donde determináis redimirme. ¿No tomaréis siquiera estas pocas horas de reposo hasta la mañana, para descansar de los trabajos que habéis pasado esta noche y poder llevar los que habéis de pasar en este día? Los trabajadores, los animales, las aves, los caminantes, tienen la noche para descansar; ¿y en Vos se ha de gastar en tantas bofetadas, golpes y afrentas como aquí estáis pasando? Trocad, Señor, mandad prenderme á mí y descansad Vos.

Mas ya que no lo queréis, y aquí os tengo preso, poned, Señor, antes que de aquí os lleven, vuestros piadosos ojos sobre mí; mirad mi corazón, que por Vos suspira y clama por Vos. Mirad mis necesidades y valedme en ellas; dadme espíritu para acompañaros, sentir vuestros dolores é imitar vuestros ejemplos y virtudes. Los que roban, no descansan de noche por conseguir lo que desean; mas Vos, mi buen Jesús, ¿qué necesidad tenéis de la noche, para no descansar en ella hasta que tengáis consumadas vuestras obras? Si queréis, vida de mi alma, ser centinela continua de mi corazón para ver si halláis hora en que robarle, no os desveléis, bien mío; veisme aquí, sacadme del poder de los pecados que me dominan, prendedme ahí con Vos, y descansad. Reclinad esa cabeza en este corazón, y reposad; oid las voces que os dan mis necesidades, y el deseo de mi corazón para que no sintáis tanto las injurias que de la boca de esos malvados oís. No atendéis, Señor, á esas blasfemias, sino á la fe que en este corazón habéis plantado, con la cual, y con cuanto amor puedo, os adoro por mi verdadero Dios, mi Pacificador, mi único Maestro y mi poderoso Salvador. Olvidaos de los trabajos que esas sogas os dan, pues con ellas me podéis soltar de mis vicios, como ardientemente deseáis. No os acordéis de la deshumanidad y crueldad de esos corazones, en que no halláis compasión de los trabajos que os ven pasar; volved los ojos á este vuestro pecador, que Vos con vuestra fe alumbrasteis, y en esta hora

desea consolaros, tomar sobre sí vuestros trabajos y agasajaros dentro de sus entrañas.

Descansad, Señor, en esta alma que Vos encendéis en vuestro amor; y aunque la casa es para Vos tan miserable como veis, con todo eso á solo Vos desea por Señor y por su perpetuo morador. Entrad y descansad en este corazón las horas que tenéis de prisión; y aunque no lo merezco, son las horas pocas, y mejor que esos perversos os conozco por mi verdadero, único y soberano bien. En estas pocas horas me podéis cautivar de vuestro amor, y llevarme preso con Vos, para ayudaros á pasar los trabajos que restan. ¡Oh mi buen Jesús!, ni aun sé decir lo que deseo en esta hora; Vos lo sabéis, y pues plantáis en mí estos deseos, hartadlos como podéis; aproveche en mí la virtud de esta cárcel y prisiones, de estas injurias que sufrís, y de ese amor en que por mí ardéis, y con que todo lo padecéis; y aunque yo á todo he dado causa, mostrad en mí cuánto más poderosa es vuestra misericordia, que mi culpa.

No dudo, mi verdadera salud, de la fuerza y amor que me tenéis, ni de la grandeza de vuestra misericordia con que deseáis perdonarme y recibirme á vuestro amor; pero desconfío de mí, y que la costumbre de pecar me aparte de Vos, y me haga desmerecer vuestras mercedes. Pero pues nos dejasteis por remedio el dolor y el arrepentimiento, os pido, mi buen Jesús, por esas prisiones, que os olvidéis del trabajo que os da esa perversa gente, y antes que salgáis de aquí oigáis mi confesión, que como pecador os ofrezco. Perdonad, Señor de mi alma, la causa que he dado de que estéis aquí cerrado y preso, pues sé que mis pecados os tienen aquí atado y maltratado. Tened, Señor, piedad de la disolución de mis pensamientos; atadlos á Vos para que no vaguen por las cosas tan perdidas que los arrastran. Acúsome á Vos, mi Redentor, de la soltura de esta lengua, tan ligera para todo lo que hace mal á mi alma. Acúsome á Vos, único remediador mío, de la disolución de mis sentidos, que tan lejos apartan de Vos mi corazón. Acúsome, mi verdadero Salvador, de la frialdad del amor que os debo, del gran descuido de este corazón que para Vos escogisteis, de la libertad de esta voluntad tan distraída á las aficiones contrarias á vuestra ley y servicio. Acúsome de todo lo interior y exterior, porque de todo lo que me disteis, con la libertad del albedrío en que me pusisteis, usé mal, y cuán mal! ¡Cuán contra vos! Tened, Señor, misericordia de mí.

Mandad á esos ministros que me prendan, pues veis que en libertad me pierdo. ¡Oh, quién nunca se viera libre para el mal! ¡Oh, quién antes se viera libre para el mal! ¡Oh, quién antes se viera por Vos preso, que libre apartado de Vos! Ya que la soltura de mi libertad y vicios os trajeron á tantos trabajos, concededme que os acompañe en ellos. Desde ahora, esperanza mía, os entrego mi libertad; vuestra es, pues me la disteis: merezco perderla, pues usé mal de ella; y ya que no me la quitáis, razón es que yo os la vuelva, pues es dádiva vuestra. Aquí os la entrego, mi Dios, recibidla con misericordia. To-

madla, buen Jesús, y no me dejéis que use en adelante mal de ella. No me la volváis aunque os la pida, ni la fiéis de mí; pues veis cuán traidor soy con ella. Vos, buen Jesús, que sois el camino, la verdad y la vida, hablad por mi boca, ved por mis ojos, oid por mis oídos, moved todos mis sentidos á vuestra voluntad, elevad á vos mis pensamientos, sentaos en mi corazón, cautivadme según vuestro gusto, haced de mí todo cuanto quisiereis. Aquí me arrojo, Señor, á vuestros pies, cual otra Magdalena; beso con todo mi corazón esas prisiones, adoro estas injurias que estáis aquí sufriendo para mi remedio. Oh, si me prendieseis con las cuerdas de vuestro amor, y con ellas os tuviese preso conmigo! Oh, si oyesen los oídos de mi alma la voz de vuestra boca suavísima, que ahí veo tan callada, y me dijeseis (como á la Magdalena), que mis pecados son perdonados por haber amado mucho! ¡Oh, cuándo llegará esta hora! ¡Cuán fácil os será, mi buen Jesús, el mostrármela!

No calléis, Señor, para mi alma aunque estáis callado á cuanto os hacen; no guardéis silencio con este corazón que os desea: decid, Señor, una palabra con que me prendáis en Vos; decid á este corazón: *Yo soy tu salud.* Bien creo que lo sois, esperanza mía, mas deseo que sienta mi interior que lo decís, porque tu secreta voz es suave, penetrará lo íntimo de este corazón, y llevará presas á Vos las fuerzas de mi alma. Es verdad que vuestro callar y padecer habla y condena mis males, y alienta mi deseo para Vos. Pero, divina palabra, y quede presa de la divina palabra, hablad Vos por adentro; siéntaos y entiéndaos esta alma, y quede presa de la suavidad, luz y verdad de vuestra voz. Acordaos, Señor, que dijisteis por el Profeta Oseas, que nos habíais de llevar á Vos con los cordeles de Adán, y los lazos serían de amor. Aquí estáis ahora con las sogas de Adán; esa humanidad sacratísima, esas bofetadas, esas injurias, yerros y prisiones, esos pecados de Adán, de sus hijos, y míos, que sobre Vos tomasteis, y estáis pagando y satisfaciendo en esas prisiones, cuerdas de Adán son. Pues, amor de mi alma, ¿dónde están los nudos de caridad? ¿Cómo ando yo fuera de esas prisiones? ¿Cómo ando libre por cuantos males quiero? ¿Quién enredó esas sogas, que no llegan á mí, ni me prenden? Alargad, Señor, las sogas de ese amor, y haced que lleguen á mí, y me prendan á Vos; atadme con sus lazos y nudos, y llevadme con ellas tras de Vos, sin que jamás me aparte. Hacedme sentir y estimar vuestros dolores, y que siga vuestros pasos; no queráis sufrir de balde por mí tantos trabajos, y para lo que yo no merezco, poned Vos por delante esas sogas, prisiones y amor con que las sufrís, y deseáis mi salvación.

¡Oh, si me hicieseis digno de entender la ocupación de ese corazón en estas horas en que os veis preso, y tan mal os tratan los que os guardan! Esos infelices emplean todos sus sentidos y deseos en atormentaros y afrentaros, y Vos, esperanza de mi alma, entregáis el cuerpo y sentidos al trabajo, y ocupáis el alma y sentido interior en cosas divinas y soberanas, para remedio de esos mismos

atormentadores y de todo el género humano, y para esforzar vuestra sagrada Humanidad para que pueda sobrellevar todos los tormentos que la restan. ¡Oh mi Dios y mi Señor: con cuánta verdad dijisteis que en Vos hallarán refrigerio cuantos á Vos se acojan! Nunca me va mal en llegándome á Vos; nunca, sin Vos, me fué bien. Si mi interior se olvida de Dios, cualquier trabajo pequeño me sofoca; y si á Vos me refugio, no me espantan los trabajos por grandes que sean. ¿Cómo puede mi flaqueza ser fuerte sin Vos, mi divina fortaleza? Por eso me canso, Dios mío, por eso me desconsuelo en los trabajos, porque quiero remediarlos sin Vos, y no os busco sino después de verme ahogado con ellos. Con Vos toda aspereza es suave, todo trabajo leve, toda aflicción alegre; porque con vuestra presencia alumbráis nuestras tinieblas y enriquecéis nuestras pobrezas. Enseñadme, Señor, á que me vaya á Vos en todos mis sucesos, á que me fíe de Vos, á pasar con Vos todos mis trabajos, á que no me espante ni tenga miedo de nada en estando en vuestra compañía. Y pues en el cuidado que de mí tenéis, nunca dormís, enseñadme á que en medio de todas las perturbaciones de esta vida, traiga siempre mi corazón puesto en Vos y no quiera otra consolación sino la vuestra; pues Vos sois mi verdadero consolador y sólo Vos sabéis mis necesidades y las podéis remediar.

¡Oh Virgen sacratísima, Madre de Dios, amparo de los que á Vos se llegan! Presentad mis necesidades á los ojos de este Señor, y pues la soltura de este corazón es la raíz de todos los males, alcanzadme las prisiones de su amor y los nudos de la caridad que me lleven siempre á El y en pos de El. ¡Oh corte celestial, tan segura y exenta de los trabajos de esta vida, tan presa y tan abrasada del amor de este Señor! Acordaos de los desterrados hijos de Eva; llevad allá este corazón, para que de esa compañía traiga el fuego en que ardéis. Amén.

## TRABAJO XXXIV

### Ser llevado por las calles de Jerusalén afrentosamente.

Rompiendo la mañana del viernes (día que había de ser para el Señor trabajosísimo, para sus enemigos de mucho gusto y para el género humano de todo su remedio) recibió cada uno su primera luz con bien diferentes pensamientos; porque Cristo nuestro Señor, que había de padecer mucho, tuvo aquella mañana por la más hermosa de cuantas el sol alumbró, pues entraba el día en que el amor, que siempre en El ardía, había de acabar de darse á conocer por demostraciones perfectísimas en las divinas obras con que el linaje humano había de ser redimido; y como esperaba este día para soltar la fuerza del amor que trajo represado treinta y tres años (aunque había de ser á costa de su sagrada humanidad), no tuvo en ellos otro más alegre para su espíritu; pues en éste había de gozar sus victorias, juntar el cielo con la tierra, sujetar á sí todos

los corazones de los escogidos, redimir todos los pecadores y dar á todo el género humano escala franca para todos sus eternos é infinitos tesoros.

Vió el mundo este su bienaventurado día, tan ciego y tan ignorante de los bienes que en él había de recibir, que ni le supo conocer ni desear: tal y tan perdido estaba. Los enemigos del Señor, que toda la noche estuvieron ardiendo en malicia, y se hallaban dejados de la mano de Dios para ser ministros del demonio en los males que contra Cristo meditaban, y habían de ser ejecutores (sin entenderlo ellos) de cuanto el Señor deseaba padecer, no perdieron hora ni momento del día tan deseado en que pensaban satisfacer el odio que al Señor tenían, y seguir contra El la victoria de su malicia, que empezaban á lograr, aunque para su total perdición y mayor gloria de Cristo. Así, en viendo la luz de la mañana (entre las cinco y las seis), sin ser llamados, porque el odio en que ardían los despertaba, se juntaron, como tenían tratado, en casa de Caifás donde dejaron preso al Redentor, y abriendo su consejo para poner en orden la muerte, que en aquel día querían dar al Señor, resolvieron los puntos de que le habían de acusar sin dar lugar á ninguna razón ni juicio en contrario; y que aunque el Señor se quisiese defender, lo impidiesen con porfías, ruido y alboroto, ya que no pudiesen de otro modo; y que para esto no fiaron el negocio á nadie, sino que ellos por sí mismos le siguieron, pues como príncipes de la tierra, sacerdotes, letrados, y con la opinión de fariseos santos, y por ser muchos, sofocarían la justicia y lograrían cuanto quisiesen.

Determinaron además de esto, que fuese con presteza, antes que el juez Pilatos entrase en otros negocios, y antes que el pueblo se alborotase, á fin de que no hubiese tiempo de dividirse en pareceres, y no hubiera quien se quisiese interponer por el Señor, como ellos recelaban. Propúsose en aquel diabólico consejo la fresca memoria de que seis días antes había el Señor entrado en Jerusalén, recibiéndole todo el pueblo con celestiales alabanzas y cánticos, con ramos y festejos, venerado como enviado de Dios para salud del mundo, y que esto se hizo públicamente contra sus leyes, pues tenían prohibido que ninguno honrase á Cristo ni le siguiese, so pena de ser excomulgado y echado fuera de la sinagoga; cuyo pregón había sido tan inútil, que nunca recibió del pueblo el Señor una tan grande, tan general y tan pública honra, como después de ser aquel bando publicado. Por tanto, resolvieron que fuese llevado por las calles con gran ruido y tropel de afrentas, para que la afición que el pueblo mostraba al Señor se convirtiese en odio, y aquella fresca honra en vituperio.

Dado el orden para todo esto, mandaron traer ante sí al Redentor, y como ya no cabía en sus bocas el sacratísimo y suavísimo nombre de Jesús, no se oirían allí más nombres, sino que venga ese maldito, ese engañador, ese hechicero; y puesto ya en su presencia, aunque mostraba bien el trabajo con que había pasado

aquella noche, en lugar de compadecerse, le preguntarían por escarnio que cómo le iba; si quería hacer algunos milagros; que hoy se vería la verdad de quién era y cuán engañada traía á la gente; y, sobre todo, para cubrirse con pretexto de santidad, alegarían la bondad de Dios, que aclara todas las cosas, y, tarde ó temprano, da á cada uno el galardón que merece (frases que molestaban mucho á Cristo). Con estas y otras muchas afrentas le injuriaron y entregaron á los alguaciles y gente armada que tenían prevenida, teniéndole las manos atadas y soga á la garganta, dando órdenes muy estrechas, que no dejasen llegar á El persona alguna, ni hablarle, aunque les costase las vidas, y que le llevasen con cuanta afrenta pudiesen.

Con esta determinación le sacaron de casa de Caifás con gran ruido y gritería, llevándole entre sí los ministros, y acompañándolos los príncipes, sacerdotes, letrados y fariseos de aquel consejo, para autorizar la causa y afrentar más al Señor. Y como resolvieron torcer los corazones de todos los amigos del Señor (de quienes la ciudad estaba llena), no escasearon los empujones, puñadas, bofetadas y cuanto pudiese desacreditar aquella divina persona. El demonio, que reinaba en aquellos perversos corazones, deseoso de soltarse en todo género de injurias, les hacía arrojar por aquellas envenenadas bocas tantas blasfemias, vilipendios y tan diabólicas invenciones de afrentas, cual nadie podrá individualizar ni imaginar. Si el Señor, con la prisa que le llevaban, tropezaba ó caía, le hacían levantar á coces y empujones, con mil nombres injuriosos y maldiciones, tratándole como á la más vil, profana y malvada persona que en el mundo pudiera haber; y cuanto su modestia y el crédito de la virtud que tenía, le mostraba más digno de toda honra y respeto, tanto más profano, descortés y vil era el tratamiento con que le llevaban. Al estruendo y alboroto de la gente corrió la voz y acudió todo el pueblo, que era mucho, á ver un tan nuevo, tan inopinado y tan horrible caso.

Cuanto el pueblo más se juntaba, más crecían las afrentas del Señor; porque como sucede en grandes pueblos, los gritos de los rapaces (que siempre festejan semejantes tumultos) parecía que hundían el aire; el alboroto de la gente menuda era extremado; las puertas y ventanas se llenaban de gente; los espantos y admiraciones, los juicios y porfías y todo lo demás era de calidad, que todo se transformó contra el Señor, y cada uno, á cual más podía, le afrentaba é injuriaba con blasfemias y palabras llenas de todo vilipendio. Iba el Señor con el rostro hinchado por las bofetadas, afeado por las salivas, desvelado, trasojado, y tan diferente de su natural hermosura, que se echaba bien de ver la grandísima pena y tormento que le daba este inmenso trabajo; mas iba con todo eso tan callado, tan sufrido y sujeto á cuanto le hacían, que podía el pueblo imaginar no poder menos de ser culpado y merecedor de cuantas afrentas le hacían.

Esta repentina y espantosa mudanza se hacía más vergonzosa

en el Señor, por ser llevado por las mismas calles en que los tres años antecedentes anduvo ahogado de la gente que le seguía, en que hizo tantos milagros y donde no habría casa sin algún curado por su mano. La memoria de estos milagros, el recuerdo de la doctrina que á todos enseñaba y el ejemplo santísimo de su vida, servían ahora, no para juzgar injusto cuanto se hacía contra El, sino de causas para tenerle por engañador, hipócrita, hechicero y echarle todo esto en cara para más infamia y vilipendio. Los más de los amigos se le convirtieron en enemigos: el pueblo, lleno de beneficios, en perseguidor; sus virtudes y maravillas, torcidas en la opinión de la gente á materia de mayor deshonra. El trabajo que el conjunto de estas cosas dió al Señor, es tan imposible entenderlo ni alcanzarlo, como imposible que ninguno llegue á sufrirlo, pues á todos falta el infinito amor que á El le dió fuerzas, por cuya medida cargó sobre sí tanto peso de cosas trabajosas.

Cuatro caminos hizo el Señor en la mañana de aquel viernes, cercado de todas estas afrentas: de casa de Caifás á la de Pilatos; de ésta á la de Herodes; de la de Herodes á la de Pilatos, y de ésta, con la cruz á cuestas, hasta el monte Calvario, fuera de lo que había andado por la noche desde el Huerto hasta casa de Anás, y de allí á la de Caifás; que son seis devotísimos pasos, que sus amadores pueden andar en compañía de este pacientísimo Señor, ayudándole á sentir sus trabajos, notando sus santísimos ejemplos, imitando sus perfectísimos pasos y recibiendo los incomprensibles beneficios que por ellos nos iba mereciendo. Y quien no tuviere espíritu para tanto, coteje á lo menos sus malos pasos por donde se pierde, con aquellos por donde este Señor nos redimió; y pida con humildad misericordia, para que por virtud de estos pasos mude la mala vida en su servicio.

Dió el Señor, en todos estos pasos, admirables ejemplos de virtudes, especialmente de paciencia y humildad; porque en el primero se entregó voluntariamente por obediencia de su Padre Eterno á cuanto dispuso padeciese, y se dejó prender y llevar como ladrón y malhechor. En el segundo se entregó á los malos jueces y enemigos suyos, dejándose condenar á medida de su malicia. En el tercero perdió todo el crédito que con muchos ejemplos, virtudes y milagros había justísimamente merecido. En el cuarto, siendo el Señor soberano y exento de toda jurisdicción, fué entregado á Herodes como sujeto y vasallo. En el quinto fué su sabiduría y virtud despreciada, y tratado como loco. En el sexto le fué dado en la tierra el lugar contrario á lo que merecía, entre ladrones y malvados, siendo juzgado y tenido como uno de ellos. ¡Quién dijera que éstos podían ser los caminos derechos, ciertos y seguros del cielo, por donde el Señor subió al triunfo de su gloria, y por donde nos vino todo el bien que tenemos y que esperamos!

Algo de esto me parece que sentía David en espíritu, cuando dijo: *Mostradme, Señor, vuestros caminos, y enseñadme vuestras sendas. Guiadme y enseñadme por vuestra verdad; porque Vos*

*sois Dios, Salvador mío, y por Vos espero todo el día; acordaos de vuestras misericordias y piedades, que son eternas.* Porque aunque David se veía encaminado por Dios de pastor de ovejas al estado real; de perseguido por el rey Saúl, á señor de todos sus enemigos; de pobre mancebo, á valeroso y esforzado capitán; de desconocido, al más afamado de su tiempo; de menor de la pobre casa de su padre, al mayor del pueblo y casa de Dios; de baja generación, á principal tronco de que descendiese el Hijo de Dios hecho hombre, y escogido de Dios para su Profeta, con todo eso siempre vivió en él (entre las obligaciones de tan grandes cosas á que Dios le ensalzó) una memoria y gusto de la bajeza del primer estado de que Dios le sacó, una estimación humilde de sí mismo, un cierto abatirse en su interior reputación por el más bajo de todas las criaturas, que cuando profetizaba los abatimientos de la Pasión de Cristo, siempre los relataba como hablando de sí y casi de su persona, como quien á ninguna otra cosa tenía envidia, sino á los que habían de tener delante de sus ojos á Dios humillado y habían de imitar públicamente á la Majestad divina abatida y crucificada en la tierra; y ya que no le había de ver, desprendía su corazón de las cosas grandes en que Dios le había puesto, y le pedía alguna luz y conocimiento de aquellos caminos secretos del cielo, llenos de todas las riquezas de las misericordias de Dios, que entonces estaban encubiertos, y habían de ser abiertos por el Señor, y servir de camino real para los justos. Saludábalos de lejos, desde allí los deseaba, desde allí trabajaba por enderezar su espíritu por ellos en cuanto le era posible; y así vemos en este santo rey que, siendo uno de los mayores y más valerosos príncipes de su tiempo, siempre que hubo ocasión de ser castigado por Dios, perseguido, injuriado ó atribulado de los hombres, de tal suerte se mostró humilde y rendido á cuanto le abatía, como quien tenía delante de los ojos el ejemplo de aquella divina Majestad, á quien veía en espíritu y deseaba imitar.

Por aquí veremos cuánta más obligación tenemos los que por la bondad de Dios llevamos ya delante los caminos del Señor, que El abrió por sí, publicó y consagró en sí mismo, y que tenemos por Maestro y guía al mismo Hijo de Dios humillado, para pedir al Señor con inflamados corazones que nos lleve por sus caminos y nos los haga entender, y para sentir mucho la ceguedad que hay en el mundo de tan descubiertas y tan claras verdades. Bien creo que si David se hubiera visto con este divino retrato puesto ya en la plaza, tuviera mucho que hacer para contenerse en no andar buscando ocasiones de verse preso por este Señor, abofeteado y tratado por las plazas como loco, injuriado y desestimado como El fué, al modo que muchos Santos lo hicieron, inflamados por el divino espíritu que los guiaba. Nosotros, que no llegamos á esto, y vemos la gran blandura con que Dios nos trata, sin obligarnos á imitarle por los mismos extremos públicos por donde nos granjeó el amor, ¿qué excusa tendremos para no avivar en el alma el cuidado de contentar-

le en todo y huir de los caminos seguidos de los pecadores que de El nos apartan? ¿Qué excusa podemos tener delante de El para no honrarnos mucho de ser sus discípulos todas las veces que se ofreciere ocasión de sufrir cosas afrentosas y de que la naturaleza disgusta; ó á lo menos de tener dentro del alma un vivo conocimiento de cuán justamente merecemos por nuestros pecados ser despreciados de toda criatura, y que nuestro propio lugar es un puro abatimiento en la tierra?

Muchos tendrán estado que represente honra y grandeza, sin espíritu para dejarle por Dios y abatirse en el mundo por asemejarse á este Señor. Mas ya que da licencia para esto, no dejan todos de tener obligación de abatir con mucho cuidado su soberbia delante de los ojos de Dios, y hacer interiormente caminar á su alma por los caminos que Cristo nos enseña, de paciencia, sufrimiento, desprecio de sí, tenerse en muy baja cuenta, aceptar de la mano del Señor todo suceso trabajoso, suspirar siempre por el Maestro y Señor de estos santos caminos, que les dé la mano, que no se aparte lejos y cotejarse siempre con El, confundirse de cuán mal le siguen, y sobre todo andar con mucho tiento y cautela en los caminos engañosos que Dios en su vida no aprobó, á fin de que el alma que crió para sí no se pierda. Y si esto anda vivo en el alma, encubierto con diferentes demostraciones exteriores de los estados que la ley de Dios no reprueba, es, sin duda, una de las grandes hermosuras de la Iglesia de Dios; y mucho más lo será del cielo, y se verá cuando Dios en el día del juicio glorificare á estos sus verdaderos imitadores, no por lo que exteriormente parecían, sino por lo que en el interior amaban y seguían; y le servirán para dar con ellos en rostro á todos los que, por la vanidad de la vida y amor propio de su carne, perdieron los verdaderos bienes del espíritu.

Y si esta clase de gente es tan acepta á Dios ¿cuánto lo serán los que delante de los ojos del mundo se precian públicamente de imitar el abatimiento de Cristo interior y exteriormente? ¿Y cuán aborrecidos serán de El los que profesan esta vida pura evangélica y apostólica, si olvidados de la imitación de este Señor, llevaren á los monasterios memorias y puntos de honra, olvidando la humildad y desprecio de sí mismos? Omitiendo lo que en esto se pudiera decir y los engaños que ha inventado la malicia humana para mezclar la vanidad con la cristiandad, vengo á parar en una sola cosa: Que en el día de la cuenta (según dijo Cristo) nos ha de juzgar el que nos enseñó; y porque en su doctrina no hubiese alguna falsa inteligencia, la puso por obra para desengaño de que, pues el discípulo no puede saber más que el maestro, ni el siervo ser mayor que el Señor, sepan todos que ninguno medrará por las cosas que tan á su costa declaró aborrecer y en que tan claramente mostró la voluntad de que en lo interior le imitasen todos, y en lo exterior los que profesan vida más estrecha.

## EJERCICIO DE LOS PASOS CON QUE EL SEÑOR FUÉ LLEVADO AFRENTOSAMENTE POR JERUSALÉN

Despierta, alma mía, del sueño de tu tibieza y descuido; espera al Señor, á quien los judíos tienen condenado á muerte y le quieren sacar fuera; mira cuán trabajosos y afrentosos caminos anda hoy por tí; mira que ojeras trae del desvelo de la noche; las hinchazones y cardenales de las bofetadas; los cabellos de la barba y cabeza despedazados. Mira cómo sale con la soga á la garganta y las manos atrás atadas; acompáñale, y considera cuán caro le costaste. Mira cómo le llevan de casa de Caifás á la de Pilatos, como falso Dios, falso profeta, traidor y alborotador del pueblo. De casa de Pilatos á Herodes, como falso rey y vasallo, á ser juzgado de tan perversa criatura. De Herodes á Pilatos, como loco; de Pilatos á la cruz, como ladrón. Mira el Cordero, por tí entre lobos; las puñadas que le dan; el estruendo de los alguaciles y soldados; los vayas del pueblo; los escarnios y risas de los fariseos; los gritos de los muchachos, los encontrones y maldiciones de aquellos entre quienes va metido. Mira aquellas calles y plazas consagradas con sus milagros y calientes todavía de las obras de su amor y de sus maravillas, por donde seis días antes fué llevado con divinas honras, mira cómo todo se ha transformado de repente en deshonra y afrenta suya. Mira este manso y divino Cordero, callado, sufrido, entregado á todo, dejarse tratar sin resistencia, de cada uno, como la malicia y odio que le tienen desea, no como El merece. ¿Qué dices á esto, alma miserable? ¿Qué dices á esto, hombre terreno, polvo, ceniza, y tan soberbio? ¿Qué es esto que ves hacer al Hijo de Dios, oh pecador desventurado? ¿Qué caminos son los que lleva y quien le trajo á ellos? ¡Oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! ¡Oh mi juez, mi Dios, mi bienaventuranza! Abrid, Señor, mis ojos y mi entendimiento para que entienda vuestros caminos y en ellos vea y conozca la perdición de los míos.

Vos, sabiduría eterna, que no podéis ser engañado, juzgáis las cosas y las pesáis en recta balanza; por eso, tomando mis culpas y desventurados pasos sobre Vos para pagar el mal que yo en ellos cometí, no quisisteis dispensar con Vos ni admitir alivio alguno en lo que yo merezco; y lo que era recta justicia que yo padeciese, eso propio sufristeis Vos por mí; y no sólo pagasteis por mis males, sino que encaminasteis mis errados caminos y me enseñasteis la senda derecha de la salvación con la que Vos andáis. ¡Oh mi luz divina, oh verdad eterna! Apiadaos de esta mi ceguedad, alumbradme, que todavía no os entiendo, ni me entiendo á mí mismo, ni me conozco. Mostradme, Señor, descubiertamente vuestros caminos; enseñadme vuestras sendas, guiadme por vuestra verdad, pues tengo puestos mis ojos en Vos, que sois mi Dios, mi Salvador, mi camino, verdad y guía de mi vida. Acordaos, Señor, de vuestras infinitas misericordias, y olvidaos de mis males é ignorancias. Acordaos de esta criatura con quien tantas misericordias habéis usado, del amor con

que me habéis mantenido y de la bondad con que me habéis esperado y sufrido hasta aquí, á fin de encaminarme y hacer conocer mis males y desventurados pasos, y llorarlos ante Vos, para que me saquéis de ellos y encaminéis donde ahora me enseñáis.

Aquí, Señor, os quiero confesar con dolor y amargura de mi alma mis males, y llorar ante Vos los caminos de mi perdición, que tengo tan seguidos, para que me castiguéis, y con vuestra misericordia me llevéis por los del cielo para que me criasteis. Abrid, Señor, esas paternales entrañas; poned en mí esos piadosos ojos; recibid este perdido hijo pródigo, por quien tanto padecéis. Vos, mi buen Jesús, me criasteis á vuestra imagen y semejanza; después de formado me consagrasteis y limpiasteis en el santo bautismo con vuestra preciosa sangre, cuya virtud y gracia está en él para limpiar las almas; luego estampasteis en mi corazón los divinos caminos de la vida, fe, esperanza y caridad. Vos escribisteis en mi alma vuestra ley para que por ella fuese á Vos. Mucho antes que naciese os hicisteis mi Maestro y Redentor y me ordenasteis á la Iglesia católica; en ella enseñasteis vuestra doctrina para mí; me abristeis las puertas del cielo; me prometisteis vuestras riquezas. Cuando crecí, hallé y entendí todo esto y mucho más, aparejado delante de mis ojos, clara y descubiertamente como verdaderos caminos de la vida eterna: y si como Hijo y siervo vuestro hubiera querido andar por ellos hasta hoy, como en el bautismo os prometí, ¡oh cuán unido estuviera ahora con Vos, amor infinito! ¡Cuán llena estuviera mi alma de vuestra luz! ¡Cuán rica de vuestras mercedes! ¡Cuán levantada y transformada en Vos! ¡Cuán abrasada de vuestro amor! ¡Cuán pura y limpia de las culpas que cometí! ¡Oh, misericordia infinita, no me confundáis! ¡Oh, bondad eterna, no me apartéis de vuestro rostro como merezco! Todo esto desprecié, Dios mío, aparté los ojos de Vos, y púselos en mí y en el mundo; seguí mi dañada voluntad y no la vuestra. Creía una cosa y hacía otra; las esperanzas que había de poner en Vos, las puse en las mentiras y falsedades de la vida; el amor, que á sólo Vos debía, os le quité y le entregué á todo cuanto Vos aborrecéis. ¡Oh mi Dios! ¿En qué puse este amor? ¿En qué, misericordia mía? ¿En qué, mi Señor? ¡Oh, quién le supiese sentir, y quién no se corriese de decirlo! Alargad, Señor, las riquezas de vuestra misericordia para sufrirme en esta hora.

Aquí se parará de asiento el que se ejercitare, y con el mayor sentimiento que pudiere, traiga á la memoria los más graves pecados que en la vida cometió y que más le apartaron de Dios, juntamente con aquello á que se ve más inclinado, y le impide más bienes espirituales, y por donde conoce que descontenta más á Dios; y con el dolor más entrañable de todo ello se humillará y confundirá delante del Señor, á quien tanto ve padecer por su remedio; y luego proseguirá, diciendo:

Este soy, Dios mío; veis aquí al miserable por quien tanto padecéis; veis aquí los errados caminos que hasta ahora anduve, que os traen abatido por estos tan afrentosos que hoy andáis; veis aquí la vanidad de mis pensamientos, la bajeza de las cosas que

amé, la torpeza de mi vida miserable. En esto gasté las fuerzas que me disteis; en esto empleé las potencias del alma que en sólo Vos debían ocuparse, y éstos fueron mis gustos y mis cuidados. Y Vos, vida de mi alma y Dios mío, ¡cuán lejos anduvisteis de este triste corazón! ¡Cuán detrás de mis espaldas os eché! ¡Cuánto os desprecié! ¡Cómo os desestimé, y no hice caso de cuanto me disteis y prometisteis! Y siendo yo éste, no hago nada, y á Vos os veo de esa manera deshonrado, afrentado y atribulado. Yo me levanté contra Vos, Dios mío, y Vos, Hijo verdadero de Dios, sois maltratado como traidor. Yo me desvanecí y enloquecí en mis vanidades, y Vos, divina Sabiduría, sois tratado como loco. Yo fuí el ladrón que robé vuestra gloria y el amor que os debía para darle á las cosas que Vos aborrecéis, y Vos, mi Dios, sois tratado como ladrón. A mí me debían tratar de esa manera; contra mí se debían levantar todas las criaturas; á mí me habían de llevar á la vergüenza deshonrado por las plazas como traidor é ingrato á Vos, errado en mis caminos. Y Vos, Dios mío, vida de mi alma, me perdonáis á mí y os ofrecéis á pasar por mí todo esto que yo merezco. Adoro, mi Dios, esa bondad infinita; adoro ese amor que me tenéis; por él, Señor, os pido que me perdonéis, me mudéis y encaminéis. Poned ley á mis caminos, guiadme y llevadme por ella; tomadme por la mano y llevadme en pos de Vos, y correré al olor de vuestros divinos ungüentos. Si me dejáis, enflaquezco como niño, y me pierdo como nuevo en estas vuestras verdades, y caigo como flaco y consumido en mis maldades. Mas si Vos me tomáis y me lleváis, todo lo podré, andaré y correré. Olvidaos, Señor, de mis males pasados, y desde ahora en adelante tomadme á vuestra cuenta para llevarme por vuestros caminos, y apartarme de los míos.

¡Oh mi buen Jesús, lumbre de mis ojos, luz de mis ignorancias, resplandor que alumbráis mis ceguedades! Enseñadme en mi interior el secreto de estos vuestros caminos. ¿Por ventura no vinisteis al mundo para abrir el camino del cielo, vencer al demonio, mundo y nuestros enemigos; á perdonar pecados, á reinar en las almas, á daros á conocer á Vos y á vuestro Padre Eterno, á plantar vuestro amor y de las cosas celestiales en las almas, á levantar nuestros corazones de la tierra y enamorarlos de vuestra divina hermosura, á saciar nuestros deseos, remediar todas nuestras necesidades y á enriquecernos de todos bienes y glorias? ¿Pues, Señor, es este el camino que lleváis para tantas y tan grandes obras? ¡Oh secretos de la divina sabiduría! ¡Quién anduviese siempre, mi Dios, tras Vos, alabando y contemplando vuestras admirables obras y consejos! Por estos caminos confundís la soberbia y ensalzáis á los humildes; por ellos derretís las frialdades y abrasáis los corazones; por ellos confundís la vanidad del mundo; por ellos levantáis las almas y las sacáis del lodo de sus pecados; por ellos triunfáis de vuestros enemigos y complacéis al Padre Eterno; por ellos nos enseñáis, alumbráis, inflamáis y enriquecéis. ¡Oh cuán hermosos son vuestros pasos, Hijo de Dios vivo! ¡Cuán sabios vuestros consejos, sabiduría eterna! ¡Cuán

acertados vuestros caminos, vida verdadera de mi alma! ¿Pues dónde quedo yo, Dios mío, si no os sigo, y dónde iré á dar, si no me lleváis por esos pasos? ¿Cuándo me veré por Vos, como os veo por mí? ¿Cuándo amaré tanto mi desprecio, como amé la vanidad de la vida? Cuando por ser vuestro me veo atribulado y me alumbráis, luego aborrezco la vida, el mundo me fastidia, veo mejor la necesidad que de Vos tengo, suspiro más por Vos y os deseo; quisiera estar siempre con Vos, sin apartarme; cuando la carne está gustosa, todo esto se halla ciego y en olvido. Pues, Señor, vuestros caminos son los que me convienen; á ellos quiero, y por ellos deseo caminar. Dad fin á mi mala vida pasada; acabad la ceguedad de esta pobre alma; encended este desarreglado corazón en amor de vuestros pasos, y llevadme con misericordia por vuestros caminos. ¡Oh mi amor, oh vida de mi alma, oh luz de mis ojos, oh verdadero remediador de mis males!

¡Oh Madre de Dios sacratísima, oveja sin mancha, que aunque no pasasteis por estas deshonras, imitasteis perfectamente estos caminos del Señor! En las propias horas que El andaba estos trabajosos pasos, caminábais Vos desde vuestra casa á buscarle llena de lágrimas y dolores, llena de fe y de amor, y llena de conformidad con la voluntad divina. Él padeciendo, Vos sintiendo, amando y llorando, fueron vuestros sagrados corazones los dos únicos compañeros que más contentaron al Padre Eterno. Pues, Señora mía, Madre de misericordia, ¿cómo puedo yo ir acertado por otro camino? Señora mía, Reina de los ángeles, ayudadme desde ahora en adelante á aborrecer mi mala vida, y andar por este camino seguro del desprecio y humildad. Sed Vos mi valedora, y alcanzadme para esto la luz y fortaleza que yo no merezco. ¡Oh espíritus angélicos, que veis y alabáis estos admirables consejos de Dios; ciudadanos de la corte celestial, que también anduvisteis por caminos errados y los mudasteis en imitación de este Señor, y estáis gloriosos por este su abatimiento, y contempláis claramente estas soberanas verdades! Tened compasión de este miserable peregrino, ciego é ignorante. Alcanzadme una centella de la luz que tenéis y del amor en que ardéis, para que me mude y encamine á vuestra compañía. Amén.

## TRABAJO XXXV

### Ser tratado como loco.

Llegaron á casa de Pilatos los sacerdotes y príncipes de los judíos, letrados y fariseos, con el Señor atado, y en tal figura, que pudiese juzgar Pilatos haber pasado con El algún nuevo y extraordinario caso; y para acreditar más el negocio con la autoridad de sus personas y con la opinión de religión y santidad, quisieron ellos mismos ser los acusadores; pero no entraron en el Pretorio ó Audiencia de Pilatos, por ser casa de gentil que ellos tenían por profana: cooperando también el día, que era entonces de la Pas-

cua, en que comían el pan sin levadura, que tenían por santo, y juzgaban quedarían inmundos y profanados para comerle si entraban en cása de un gentil que no guardaba sus leyes. Tal es y tan ciego el corazón humano, entregado á sus vicios, que muchas veces en cosas de muy poca importáncia se muestra muy contenido, ya por la opinión de la gente, ó mantener el crédito de su persona, ó ya por respetos humanos, que ni hacen ni deshacen para el alma, y á ésta la tiene rendida á sus ceguedades, y tan empedernida en los vicios, que de ellos hace vida y por ellos insensiblemente pierde los tesoros del cielo.

Tenían estos infelices mortal odio al Hijo de Dios vivo que les estaba prometido, y ya dado: levantábanle muy falsos testimonios; pervertían toda verdad y justicia; procuraban con suma instancia quitar la vida al inocente Cordero; añadían muchas blasfemias contra El; feas ingratitudes á sus soberanas mercedes, que eran males muy para sentir; y no haciendo caso de ellos, antes bien cebando allí sus dañadas voluntades, con gusto de llevarlas adelante, se mostraban, por otra parte, muy escrupulosos de entrar en casa de un gentil, porque en ello profanaban su fingida santidad y quedaban inhábiles para comer el pan ácimo de la Pascua. Pilatos, mirando á la autoridad de las principales personas de los judíos que allí venían, salió fuera, ya que ellos decían no poder entrar en su casa, y oyó sus acusaciones, reducidas á que el Señor predicaba falsas doctrinas, que perturbaba el pueblo, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén. Al oir Pilatos el nombre de Galilea, preguntó de dónde era el Señor, y oyendo que de Nazaret de Galilea, perteneciente á la jurisdicción del rey Herodes, que á la sazón estaba en Jerusalén, quiso congraciarse con él y mandó que lo llevasen allá, y que él le oyese y juzgase. Quiso Cristo nuestro Señor que Pilatos y Herodes tuviesen entre sí este cumplimiento sobre su persona, remitiendo Pilatos á Herodes su causa, y volviéndola después Herodes á Pilatos, por hacer el Señor sus obras en todas las partes donde entrase; pues siendo los dos enemigos hasta allí, contrajeron amistad con estas atenciones; y ya que no cabía en ellos por entonces otra cosa buena, á lo menos recibieron del Señor sin entenderlo, la merced de paz y amistad, importantísima entre los que gobiernan la república; y aunque fué á costa de mucha deshonra suya, no dejó de hacerles la importante merced de reconciliarlos, para que todos veamos qué hará, ó por mejor decir, qué no hará en los corazones que hallare llenos de su amor, deseosos de él, y dispuestos para lo que desea comunicar á las almas. No sabe el amor del buen Jesús estar ocioso, sino donde halla dureza de corazón é impedimentos voluntarios, y aun entonces se emplea en esperar y sufrir.

Retirado Pilatos, llevaron los judíos al Señor á casa del rey Herodes, y se le pusieron delante, acusándole vivamente de muchos falsos testimonios. Herodes hizo poco caso de las acusaciones, porque iban con tal desorden, que manifestaban claramente nacer

todo de envidia y puro odio. Pero alegróse en extremo de ver al Señor, por lo mucho que había oido de sus milagros, doctrina y santidad, y deseaba mucho verle, esperando que hiciese algun milagro en su presencia. Pero el Señor, que de todo cuanto nos convenía había dado perfectísimos ejemplos en su vida, quiso al fin de ella hacer esta entrada en el Palacio, para dejar también á sus siervos (que á veces se ven precisados á algún trato con los príncipes de la tierra) el ejemplo del intento en estos tratos, y las esperanzas que han de tener en conversar con las personas reales. Este era un ejemplo muy necesario, porque por la mayor parte la vista de la Real Majestad en la tierra es muy poderosa para mudar la pureza é integridad de los ánimos, que apartados de ella parecen invencibles: siendo muy rara la virtud que entre príncipes vive desprendida de ellos, que no tuerza la pureza de la verdad y de la razón por contentarlos; que entre ellos quiera más la gloria de Dios que la propia, y que desee contentar más al Señor del cielo, que á los príncipes de la tierra.

Y porque el trato con los reyes es la mayor prueba de la entereza de la virtud que puede haber en la tierra, nos enseñó el celestial Maestro en esta su entrada en el palacio del rey, muchas y muy importantes cosas. Primeramente no se metió El en el palacio, sino que fué llevado; para que entiendan sus siervos, que la verdadera necesidad y no el gusto, ó propia voluntad, los ha de llevar al trato con los príncipes. No pensó el Señor en dar gusto á aquel rey que tanto deseaba ver sus milagros, porque con ellos, en semejante coyuntura, no resultaba sacar gloria de Dios, sino sólo satisfacer el gusto y curiosidad del príncipe, por lo que no cuidó contentarle; y quien en las cortes de los príncipes no cuidare mucho de contentar sólo á Dios, se engañará por la mayor parte, y hará virtud del gusto de los Reyes, y se desvanecerá con deseo de parecerles bien y contentarlos, con lo que perderá la quietud y pureza de las virtudes de su estado. Ni quiso el Señor valerse de Herodes para librarse de sus contrarios, ni para sustentar el crédito de su persona, como pudiera lograr muy facilmente, pues para ello importara mucho más un solo milagro con que diese gusto al rey, que todas las acusaciones de los judíos. Pero quiso que todos aprendiesen de El á mantener la buena opinión con pureza de virtudes, y valerse del sagrado de la buena conciencia, y de la interior conversación con Dios, como armas muy poderosas para tolerar trabajos y adquirir todos los bienes del cielo, sin cuidar del valimiento de los Príncipes que monta poco para las necesidades humanas, y mucho para llenar el corazón de vanidad. En fin, enseñó el Maestro á no esperar de los reyes más que lo que El sacó de su palacio, que fué mucha deshonra y afrenta por no haber complacido al rey; porque cosa tan sagrada como la esperanza del corazón humano, con que se puede conquistar el reino de cielos y alcanzar toda la divina riqueza, justamente queda en vano, si se aparta de los verdaderos bienes, y se emplea en un hombre que es rey para pertur-

bar los pensamientos humanos, terreno y mortal, para faltar en lo mejor, y dejar en vano todo el fundamento de lo que sobre El se levantaba.

Deseoso Herodes de oir á Cristo y ver algunas de sus maravillas, le hizo muchas preguntas procurando saber de El muchas cosas, no sólo de su doctrina, sino de las que estaban por venir, pues le decían que era tan Profeta que penetraba los pensamientos; pidióle hiciese en su presencia algún milagro. Pero el Señor, que no pretendía manifestarse por entonces, ni hacer cosa por donde impedir su Pasión (como le era muy facil), y veía que cuanto allí hiciese, ó dijese, no servía más que para satisfacer la curiosidad de un rey que no deseaba las verdades para seguirlas, y que no había de sacar gloria de su Eterno Padre, ni salud de las almas, á todo calló: ni respondió á Herodes, ni dió razon de sí, ni satisfacción á lo que le imputaban. Los judíos se aprovecharon de aquel silencio para acusar al Señor con más instancia, dándole por prueba de lo que decían contra El, y publicando, que como se hallaba en juicio, donde las verdades se habían de averiguar, se veía cogido, sin tener qué responder. Habría entre el rey, los de su corte, y los judíos, admiración acerca de los milagros del Señor, á que llamaban hechicerías, pasmándose de cómo por hechicería podía resucitar un muerto, y hacer ver á un ciego: de que sacarían que debía ser el más astuto nigromántico del mundo, sentenciando cada uno conforme le dictaba su ceguedad ó malicia. A todo callaba la divina sabiduría con tanta paciencia y sufrimiento, tan mal entendido de aquellos malvados, que bastando la modestia de su sufrimiento para conocer la inocencia, la torcieron para tenerle por loco y hombre de quien no debía hacerse ningún caso.

Y como ninguna gente del mundo se engaña más facilmente consigo mismo que los príncipes de la tierra (porque como lisonjeados de todos, en la mayor parte se tienen por tan soberanos y divinos, que piensan deber querer todo hombre su privanza, y darles gusto en todo), no pudo Herodes persuadirse á que el silencio del Señor naciese, sino de poco entendimiento, y de ser hombre tan ignorante y para poco, que no sabía aprovecharse de ocasión tan oportuna como la que tenía para librarse de los enemigos; y así juzgó, que cuanto de El había oído eran ignorancias del pueblo, que con cualquier cosa se engaña y espanta; y en fin, lo juzgó todo locura y materia de que no debía hacerse más caso que de un puro desvarío; y le pareció castigo suficiente tratar al Señor públicamente como á fatuo y loco, á fin que el pueblo se desengañase y no hiciese en adelante caso de El. Para esto le mandó poner sobre sus vestidos una ropa blanca, que en el color y hechura debía de ser tan profana, ó ridícula, que manifestase bien á un loco chocarrero; y en esta conformidad le volvió á enviar á Pilatos, para que en el traje y modo con que se le volvía, conociese la cuenta en que le debía tener, cuán poco aprecio debía hacerse de sus cosas, como que bastaba publicarle por vagabundo y fatuo. Así trató Herodes y su corte

á Cristo en una sola vez que entró en el palacio; así salió de él menospreciado de todos los cortesanos, y en tal cuenta fué tenida la sabiduría divina en casa de los hábiles y discretos del mundo. Quiera Dios que aún hoy en las cortes de los príncipes (donde ya Cristo es adorado por Dios) no sea la doctrina de su humildad, mansedumbre y paciencia, reputada por tan gran locura, como El en su persona fué reputado en el palacio de Herodes.

Con esta ocasión y nueva afrenta, no se pueden imaginar los nuevos gritos, alborozos, injurias, y nuevos escarnios, con que los soldados trataron al Señor desde la casa de Herodes á la de Pilatos por todas las calles que pasaban. Y como el pueblo iba creciendo, y los que le llevaban se iban acalorando en el gusto de afrentarle, y el Señor mucho más en sufrir, callar, y sujetarse á todo, y á cada paso le iban perdiendo más la verguenza, respeto y cortesía, teniendo todas sus cosas por fatuidad y engaño, todos le trataban ya como público traidor, engañador y loco. Para acomodarse al traje de fatuo que llevaba, se esmeraban en inventar gestos, y decir mil despropósitos y simplezas. Y como en grandes pueblos suele haber de todo, no faltarían en Jerusalén algunos tontos cuyas boberías irían contrahaciendo á vista del Señor, con otros muchos desatinos, atropellándole con puñadas y empellones, tirando de El para una y otra parte á cada gesto que hacían, como pudiera corresponder al más bajo y desatinado loco que anda tirando piedras por las calles. En este inmenso y afrentosísimo trabajo se vió por nosotros la eterna divina sabiduría del Padre, Hijo unigénito de Dios vivo, suma y eterna verdad, resplandor perfectísimo de la Majestad Divina. ¡Oh secretos de la divina sabiduría! ¡Oh verdades del Eterno Consejo, no bien entendidas! Pues aun siendo el Hijo de Dios sabiduría divina, quiso parecer loco en la tierra, y ser públicamente tratado como tal, para mostrarse más sabio en el sufrimiento de tales menosprecios.

Bien se temía el mundo de la doctrina de este Señor tan contraria á sus intentos, pues un día que le tuvo á la mano, trabajó tanto por abatir su persona, que en ella pudiese quedar desacreditada su doctrina. Armó contra el Señor toda su furia, sus reyes, sus príncipes, sus cortesanos, letrados y pueblo ignorante, para rendirle á sus pies; pero vive la eterna y poderosa verdad, que por el mismo camino en que el mundo pensó confundirla, quedó más ensalzada. Había de decir el espíritu del Señor por boca de su Apóstol San Pablo aquella sentencia: *Quien en Cristo Jesús quiera ser sabio, hágase fatuo*; y por eso quiso consagrar primero en sí mismo esta verdad, y consumar los consejos de su eterna sabiduría; vencer al mundo, fundar su Iglesia, poblar el reino de los cielos con dejarse tratar del mundo por loco, y hacer tan poco caso de la reputación que de él se podía tener en la tierra, que claramente viésemos en El, que toda la grandeza de la tierra no basta para que un corazón, capaz de las honras del cielo, se tenga por despreciado en sus abatimientos, ni por grande en sus honras. Esto

quiso decir San Pablo en aquella sentencia: *La sabiduría y discreción del mundo es simpleza delante de Dios*; y *La sabiduría de carne es la muerte*: porque como toda la discreción del mundo y todos sus puntos de honra no alcanzan para llevar un corazón al cielo, para el cual fué criado, resulta ser locura; porque toda la prudencia del mundo es valer mucho en la opinión de los hombres, hacienda, honra, y valimiento; perpetuar la fama en la tierra y emplear en ella las ocupaciones, cuidados y gustos de la vida. Empleando en esto todo su caudal é industria, viene la muerte y lo desarma todo, dando con él en tierra; piérdiese el alma, y viene á ser tan grande la locura, como fué el descuido del cielo. Toda aquella prudencia terrena sirvió de muerte al alma, de pérdida del cielo, y falta de todo aquello por lo que siempre se afanó, que no puede ser mayor locura y necedad.

Por lo contrario la sabiduría de Cristo desprecia el mundo, se aparta de sus vanidades, abraza sus abatimientos, huye sus honras y valimientos, todos los cuidados de él los muda á Dios y al cielo; toda su grandeza la tiene en tan baja reputación, que se corre aun de mirarla; cuanto el mundo entiende menos esta sabiduría vive más contento de sí, por la experiencia de los bienes interiores que al mundo se le ocultan; y cuando á los ojos del mundo parece mayor locura perder los gustos tras de que ellos andan, conoce en ellos tanta falsedad, y en los que experimenta halla tanta verdad y substancia, que claramente conoce que la mayor locura para el mundo es la mayor sabiduría para el cielo. No conoce el mundo estos secretos, y por tanto se precia de entendido, siendo loco, y tiene por tontos á los que siguen la prudencia de Cristo. Pero San Pablo dijo, que no era el mundo digno de la conversación de estos, á quienes desprecia y tiene por indignos de la vida y de sus falsos gustos. Esto quiere decir aquella sentencia del mismo Apóstol: *El mundo está crucificado para mí; y yo para el mundo.* El fin de todas las afrentas humanas era morir un hombre crucificado, llegando á tenerlo por maldito. Dice pues San Pablo: Pagámonos muy bien el mundo y yo; que si él me tiene por malvado y en cuenta de un abatido en la cruz, y se desdeña de mí y de la doctrina de Cristo crucificado que predico, yo le pago en la misma moneda, porque en más baja cuenta le tengo yo á él, y le desprecio como á maldito crucificado; de suerte, que por más que él de sí presuma, no me engaña, porque le tengo por un puro estiércol para ganar á Cristo cuya sabiduría él no conoce. Valga el mundo cuanto quisiere, presuman sus prudentes y avisados, préciense de él cuanto quisieren; al cabo, sólo en los desprecios y las que juzgan tonterías de Cristo, hallan su remedio los humanos que se hubieren de salvar, como en sus falsas prudencias y engaños tienen cierta la perdición.

EJERCICIO DE SER EL SEÑOR TRATADO COMO LOCO

¡Oh sabiduría eterna, oh mi buen Jesús, luz y amor de mi alma, mi bien único, mi verdadero Maestro y amigo! ¿Quién me dirá

ahora que no padecéis voluntariamente porque queréis? ¿Quién no verá que sólo vuestro amor os estrecha, y no la malicia ni prisiones de vuestros enemigos? Aquí encontráis un rey, que muchos días antes desea veros, oir vuestra doctrina, ver vuestros milagros y que se alegró cuando entrasteis por sus puertas, esperando ver alguna maravilla y grandeza de las que de Vos había oido. ¿Por ventura perdisteis entonces vuestro saber, vuestro poder y vuestra divinidad? ¿No podíais, Señor y gloria mía, confundir allí á los judíos, asombrar con milagros á aquel rey, manifestar los pensamientos de todos, mover los corazones de su corte con divinas doctrinas y descubrir vuestra sabiduría y Majestad? ¿Y todavía, estándoos acusando con gran furia, calláis? Llénanlo todo de gritos, mentiras y falsos testimonios, ¿y ni aun preguntado volvéis por Vos? ¿El rey os pregunta por vuestra doctrina y no respondéis? ¿Os pide que hagáis milagros y no os queréis manifestar? Piensa que por autoridad de la real persona queréis medrar con él, ¿y no os aprovecháis de la ocasión en que podéis libraros de vuestros enemigos? Dejáis que os tengan preso é injuriado, como hombre sorprendido, confuso y flaco, haciéndose con eso vuestros contrarios más furiosos, pareciéndoles que con ello justifican más su malicia, en que Vos quedáis más abatido, ¿y todavía calláis y encubrís vuestra sabiduría divina, Majestad, poder y quien sois? ¿Y sufrís que el rey os tenga en tan baja reputación que os desprecia con toda su corte hasta teneros por loco, hasta vestiros y afrentaros como mentecato y hasta llevaros por las calles y plazas como tonto, loco y engañador de la gente?

¡Oh mi amor, oh mi luz y mi eterna verdad! ¡cuán lejos está el mundo de entenderos! ¡Cuán escondidas estas verdades á los ojos de la vanidad y la soberbia! Humilladme, Señor, concededme que os entienda y no quede fuera de esta celestial prudencia. Os doy Señor, infinitas gracias; os adoro, soberana Verdad; os adoro, eterna Sabiduría del Padre; os adoro, Jesús, luz de las almas, porque queréis mostrar tan claramente en vuestra Divina Persona humanada la verdad de la doctrina, que por Vos y por vuestros Apóstoles enseñasteis, sobre que necesitamos hacernos ignorantes y necios para ser verdaderamente sabios; pues lo que con verdad no podéis pensar de Vos que sois la verdadera sabiduría divina, lo quisisteis pasar por obra con afrentas y deshonras tan grandes y tan públicas. Os doy infinitas gracias porque escondisteis á los soberbios estos secretos y los descubristeis á los humildes.

¡Oh, quien siempre os imitara en esto! ¡Quién tuviera vuestro espíritu para alegrarse de que la gente le tratase como necio y tonto para parecerse á Vos! ¡Oh, quien nunca pensase cosa grande de sí, ni apreciase la estimación de los hombres! ¿Cuándo, Señor, imprimiréis en esta alma esas eternas verdades? Ahora las veo, ahora las adoro; pero véome á mí muy lejos de ellas. Estimo ser visto, ser oído, ser alabado, y aborrezco ser abatido. Halla mi malicia muchas razones para calificar esto de bueno en mí, viendo en Vos lo con-

trario; y córrome de verme con Vos afrentado. Si veo que oyen á otro y no á mí, me inquieto; si le veo estimado y que á mí me desprecian, me perturbo; si le veo aplaudido y que de mí no hacen caso, me desconsuelo. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Dónde está reconcentrada esta soberbia, teniendo delante de mis ojos ese espejo de verdades eternas? ¡Oh mi amor y mi gloria! Vos sabéis que si no me purificáis la interior vista, si no me dais íntimo y perpetuo recogimiento y si no hacéis que esta alma siempre os tenga delante, no es posible amar estas verdades, desearlas é imitarlas con gusto y afición, como Vos por mí las pasasteis. Perdonad, Señor, mis vanidades; traedme siempre en pos de esta luz; no me dejéis saber, oir, querer, ni amar otra doctrina ó camino.

¡Oh mi despreciado Rey! Por aquí vencéis el mundo; por aquí abrasáis y alumbráis á vuestros siervos. Cuando vuestros perfectos imitadores se olvidan de sí por la continua memoria de Vos; cuando se glorían de verse despreciados; cuando por la interior ocupación en Vos pierden el tino en los negocios humanos, y por eso son reputados para poco, por tontos é ignorantes, no por eso perdieron la naturaleza flaca de los demás. ¿Pues, Señor, quien los enloquece? ¿Quién los hace necios? ¿Quién los inhabilita para el mundo? ¿Quién les quita la curiosidad de la vida? ¿Quién los transporta y embriaga interiormente? ¡Oh mi abrasado amor divino, penetrativo, fuerte, eficaz y convertidor de las almas! Vos, mi Señor, hacéis estas mudanzas; Vos prendéis interiormente; Vos enseñáis allá dentro otra sabiduría, que el mundo no ve; dentro cautiváis con otra hermosura que los ojos no alcanzan; dentro enseñáis con otra luz que la carne no entiende; dentro mostráis otra prudencia que á todo lo de acá fuera lo hace tan bajo, tan necio y tan loco, que no pueden desprenderse de lo que por dentro experimentan, antes bien se avergüenzan de parecerse á los hombres que tratan las cosas exteriores y de seguir sus pareceres, pasmándose de la locura mundana. ¡Oh Jesús, suave compañero, rico y amoroso transformador de las almas, cuándo me convertiréis todo á Vos! Y si en Vos estoy viendo esto; si esto experimentan los vuestros, ¿dónde quedo yo cuando me estimo, cuando suspiro por los favores humanos, cuando me desconsuelo por el descrédito de los que esto no ven? ¡Tarde os conocí, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Tarde os conocí y amé! ¡Pluguiera á Vos que, aunque tarde, desde ahora os abrazase y amase de verdad con puro corazón! Vos estáis por dentro, y yo ando por fuera; Vos por dentro os mostráis y enseñáis á los que á Vos se convierten de todo corazón, y yo ando distraído y derramado por los ojos de los hombres, por lo que os pierdo de vista. Convertidme á Vos, Dios mío, y seré convertido; mudadme, y seré mudado; enseñadme, y seré enseñado; unidme interiormente á estas verdades, y aunque ande loco en el mundo, andaré concertado. ¡Oh, quién enloqueciese por Vos, ó se volviese necio! ¡Oh, quién de sólo Vos, riquísima bienaventuranza mía, quisiese ser visto y estimado!

Enseñadme, sabiduría divina, luz que alumbráis á los que están

en tinieblas interiores con obscuridad y sombras de mortal ignorancia; enseñadme, mi divino Maestro, cómo habla con esto lo que Vos mismo dijisteis, que *mejor es el buen nombre, que muchas riquezas.* ¿Por ventura, Señor, es buen nombre el de loco, ignorante, hechicero, falsario y traidor que á Vos os pusieron? Mal nombre es el de la soberbia, avaricia, profanidad, envidia y otros vicios. Pero el de santo, justo, espiritual, contemplativo, juicioso, prudente y entendido en los negocios, ¿es acaso mal nombre, para que así os dejéis tener por loco y por malo? ¡Oh, mi Señor, alumbrad mis errores! Yo como malo pongo el buen nombre en contentar á los hombres, en que todos me tengan por virtuoso, en que alaben y tengan por buenas mis obras, en que aprueben mis consejos y justifiquen todos mis pareceres y palabras. Por eso me desvelo, y si no lo consigo, me inquieto; por esto me olvido de Vos, por esto se desvanece mi corazón, en esto empleo muchas palabras y ocupo diversos pensamientos.

No hablo de las desventuradas horas que gasté en vuestras ofensas, en alabarme y honrarme de lo que Vos aborrecéis, y en hacer virtudes de los vicios. Aun en los nombres santos me desvanecí y enloquecí, pensando que era obligación y ley vuestra sustentar el crédito de bueno con inquietud interior, y con soltura de palabras por afuera. ¡Oh necedad, oh locura, oh ceguedad mía! ¡Oh gloria y honra de los justos! Enseñadme cuán buen nombre es, cuando soy tenido por necio ó cuando soy despreciado, el callar por amor de Vos, perderlo todo por Vos, olvidarme de Vos por todo, no hacer caso del parecer y juicio de los hombres, teniéndoos á Vos por juez, por sabiduría, por riqueza, por hermosura y amigo de mi alma. ¡Oh mi humilde Jesús, cuán prudente soy cuando os amo! ¡Cuán loco cuando os pierdo! ¡Cuán sabio cuando parece que me pierdo por Vos! ¡Cuán necio cuando todo lo demás lo tengo sin Vos! ¡Cuán acertado cuando se me olvida todo por la suavidad de vuestra hermosura! ¡Cuán errado cuando me lleva la atención lo que es fuera de Vos! ¡Oh, si en alguna hora me veré así preso, así unido, así enloquecido á los ojos de los hombres por vuestro amor, todo embebido, todo entregado y todo poseído de Vos!

¿Para qué quiero vivir, mi buen Jesús? ¿Para qué quiero apartarme de aquí de vuestros pies? ¡Oh hermosura de la gloria, prendedme en Vos! Oh soberano, humilde y verdadera gloria abatida, ¿para qué quiero saber más, ni entender otra cosa? Acabadme, Señor, aquí, si veis que he de amar ó estimar lo que no sea estas verdades. ¿Para qué he de vivir sin Vos, mi verdadera vida? ¿Para qué he de caminar sino por Vos, mi cierto y segurísimo camino? ¿Para qué he de entender, ni saber sino á Vos, mi luz de eterna verdad? Acábense, buen Jesús, mis tinieblas. Abrazadme, mi despreciado Jesús; unidme á vuestra compañía. Desde ahora para siempre renuncio, Señor, todo crédito, toda honra y toda estimación. Sean todos oídos y estimados, y sea yo desechado y olvidado. Sea yo el desprepreciado, y ellos los buscados; ninguna criatura se ocupe en mí; sólo Vos, buen Jesús, que sois mi hartura perfecta, tened cuidado

de mí; sólo Vos oidme; sólo Vos vedme; sólo Vos amadme, y sólo Vos os ocupéis de mí. Aquí tiene vuestro amor que transformar; aquí tiene vuestro fuego en qué prender; aquí tenéis, luz divina, tinieblas que alumbrar; aquí, sabiduría eterna, ignorancias que enseñar. Abrasadme, Señor; derretidme, Señor; enseñadme, Señor; abatidme al mundo y levantadme á Vos. ¡Oh, si viera esta hora! ¡Oh, cuándo veré esta mudanza! ¡Oh, si nunca saliese de esta vista y compañía! ¡Oh, si todo lo que no sois Vos me fastidiase, cansase y disgustase! ¡Oh, si toda criatura me despreciase, olvidase, desechase y sólo Vos me poseyeseis y abrazaseis! ¡Oh, vida triste y cansada, que tan prolija eres y peligrosa! Acábese, Señor, la vida, si de esto me he de olvidar; ó acabe en mí el amor de ella y de la vanidad, para que sólo Vos me alumbréis siempre, y para siempre, en toda hora, momento, lugar y ocupación. ¡Oh todo mi bien! Vos sabéis que no puedo entender la importancia de esto sin Vos, sin vuestra luz, ni ejercitarlo sin vuestro amor. Dadme lo que mandáis y mandadme lo que quisiereis. Haced en mí lo que queréis que haga, y haré lo que quisiereis; pues sin Vos no sé más que perderme, y con Vos todo lo sé, todo lo puedo, mi Dios, mi hermosura, mi gloria, todo mi amor y mi bien.

¡Oh Madre de Dios, mi Señora, verdadera imitadora de estas verdades, que con humildad cautivasteis los ojos del Hijo del Eterno Padre, y le atrajisteis á vuestras entrañas! El os estimó; Vos nunca os estimasteis; el ángel os llama Madre, y llena de Dios, y Vos os nombráis sierva, sin acertar á ver en Vos misma las grandezas que El veía; á Dios traíais en el vientre, y os encubríais; andabais rica de El, y callabais; no os estimaba el mundo, y andabais llena de Dios. Vos, Señora, veis cuán errado ando yo fuera de este camino. Despreciado por loco el Hijo de Dios y vuestro; desestimada en el mundo y desconocida la Madre y Reina de la gloria, yo siervo perverso, malo y pecador, ¿dónde iré á parar por el camino que hasta ahora llevé? Ayudadme, mi humilde y soberana Señora; aficionadme y atadme á estas verdades; plantad en este frío corazón el amor de ellas; alcanzadme del Señor que nunca sepa ni desee otra cosa; y cuanto esto no fuere, apartadlo Vos de mi corazón, de suerte que jamás entre en él, pues sabéis por experiencia la verdad de esta sabiduría encubierta. Oh santos ángeles, llenos de Dios, ricos de gloria, que perfectísimamente os humilláis delante del Señor, ni reina en Vos otra cosa que El, su luz y su amor. Oh ciudadanos del cielo, que lográis los frutos de estos desprecios, y estáis ricos de los tesoros que alcanzasteis por seguir esta sabiduría que aprendisteis del Señor; compadeceos de este ciego que anda tan fuera de este camino; ofrecedme á El con todos vuestros merecimientos y alabanzas; y alcanzad que me alumbre, humille é inflame en su amor é imitación, para que merezca esa compañía tan humilde y tan rica de todos los bienes soberanos. Amén.

## TRABAJO XXXVI

**Descrédito con sus amigos y triunfo de sus enemigos.**

Los grandes trabajos, por la mayor parte, no suelen venir solos, sino acompañados de otros, que tal vez suelen ser tan grandes y notables, ó más que los principales. Vemos esto claramente en los del Redentor; pues cada uno de los que pasó en su vida, y mucho más en el día de su sacratísima Pasión, venía acompañado de tantas y tan sensibles circunstancias, que cada una puede ser contada por un gravísimo trabajo, pues por sí sola bastara para hacerle muy grande. La prisión trajo consigo andar por debajo de los pies de los soldados; ser vendido por su Apóstol Judas, y muchos modos de injurias y puñadas. El ser clavado en la Cruz causó descoyuntamiento de miembros y otras circunstancias en que había tanto que padecer y sufrir, como en el tormento principal, y lo mismo en los demás que padeció. El que desea acompañar al Señor en la compasión y sentimiento de sus trabajos, no debe pasar ninguna circunstancia sin particular consideración, ponderación y estimación, para agradecérselo todo muy por menudo, y por cada cosa, amarle y recogerle en sus entrañas; pues la fe nos enseña que cada una de ellas, aun de las que parecen más pequeñas, puso en lo que estuvo de su parte tanta voluntad y amor para padecerlas, que justamente nos mereció por cada una infinitos y divinos tesoros.

Así de estas públicas afrentas que los judíos hicieron al Señor (como se ha referido) en llevarle atado por las calles de Jerusalén, despreciado, injuriado y tratado como loco, se le acrecentó otro grande trabajo, que acaso será bien entendido de pocos; pero de su naturaleza es tan penoso y gravísimo, que no podía el Señor dejarlo de sentir mucho; pues vemos que no perdonó á ninguna pena y dolor, que le pudiese hacer más sensible su Pasión; para que así fuese verdadero compañero y consolador de todos los atribulados, y mostrar la fineza de su amor en todo género de trabajo. Este fué el descrédito en que la sacratísima persona del Señor, sus divinas obras y doctrinas, quedarían en los corazones de los amigos que se holgaban de oirle y andaban siempre tras de El maravillados de la santidad de sus cosas; y por otra parte, veían triunfar á sus enemigos, que al fin salieron con la suya y consumaron cuanto meditaron contra su Majestad. Y aunque El lo ordenó así, no le costó menos pena y sentimiento que si lo padeciera forzado; porque quiso que en la voluntad y amor con que padecía ninguno le llegase, y que en lo mucho que todo le costaba, nadie le pudiese ganar. Ni puede la flaqueza é imperfección de la carne hacer tan pesado al trabajo forzado, cuanto le hace el amor divino que por voluntad carga sobre sí la pena á medida del mismo amor; el cual incomparablemente es más poderoso para hacer sentir lo que escoge por propia voluntad, que la flaqueza de la carne para sentir lo que padece por fuerza.

Cuanto á lo primero, no hay duda que la mayor parte de la gente aficionada al Señor quedaría suspensa y confusa, y los que más le trataban, más corridos; los que más le seguían, más avergonzados; y, generalmente, todos dudosos de la verdad de su doctrina y milagros; porque como los más penetran poco la pureza de las virtudes, ni alcanzan mucho el secreto de los divinos consejos, y se gobiernan más por lo que ven los ojos que por el espíritu, hacen muy flacos discursos en las cosas y no atinan con la verdad encubierta. Tenían al Señor en gran reputación mientras le veían hacer milagros, penetrar los pensamientos de sus enemigos, obedecerle el mar, la tierra, la muerte, los demonios y no poder sus contrarios prevalecer contra El, sino quedar siempre confusos; andar la gente y el pueblo pasmados en pos de El; y ver esto en tan repentina transformación, que le llevaban despreciado, con las manos atadas atrás, soga á la garganta, y tan entregado á todo, que aun los rapaces, alguaciles, soldados y sus enemigos, hacían de El cuanto querían; esto puso en los corazones de todos tanta duda de cuanto admiraban antes en el Señor, que es temible que aun los enfermos curados por su Majestad llegasen á dudar de su salud, aunque se veían sanos. Y como por las plazas y tiendas de oficiales había continuas porfías acerca de la persona y obras del Señor, defendiéndole unos con el recurso de que no podía hacer lo que hacía si no fuera enviado de Dios, y otros culpando sus obras y atribuyéndolas por envidia á hechicería; viéndole ahora llevar delante de todos tan abatido, ¿qué espanto no causaría? ¿en qué vergüenza y confusión quedarían los que seguían el partido del Señor? Por una parte, las fealdades que sus contrarios echarían en el rostro á sus amigos, y por otra, nuestra propia ignorancia siempre pronta á enflaquecer la fe, no dejan bastantes palabras para encarecer cuán desacreditado quedó el Hijo de Dios en la opinión de sus amigos, y cuán dudosos quedarían todos en lo que de El habían aprendido. Y como todo esto era muy patente á su eterna sabiduría, á quien nada puede ocultarse, no es imaginable el descrédito y afrenta en que se vió delante de aquel numeroso pueblo la sacratísima humanidad, que conocía bien el riesgo en que estaba su crédito y reputación en los corazones de todos; y este fué un género de tormento tan excesivo, que ningún mártir le pasó, por no haber habido en el mundo quien padeciese tan vergonzosa afrenta.

Tenía el Señor otros más particulares amigos cuya memoria le aumentaba la pena, como eran los Apóstoles, la Magdalena, Marta, Lázaro y otros, en cuyas casas se había recogido muchas veces, y les había dado particulares doctrinas; los cuales, aunque no llegasen á tenerle por malo, aunque le veían en tanto padecer, antes bien por la más particular experiencia que tenían de su santidad, conocían que todo era injusto por envidia de los judíos; con todo esto enflaquecieron en la fe de su persona, y pasaron gravísima vergüenza entre cuantos los conocían por particulares discípulos y familiares de Cristo; pues como no entendían todavía los secretos encu-

biertos en aquellos abatimientos del Señor, y estaban afligidos y alucinados con ver que no se defendía, ni libraba de las manos de sus enemigos, cotejando estas muestras de flaqueza con el poder universal que en El habían visto, quedaban suspensos sin saberse determinar; porque, por una parte, el amor que le tenían los afligía, y por otra, la poca fe los perturbaba; y así todo en ellos era flaqueza; y en el corazón del Señor, á quien todo estaba patente, causaba una pena muy viva, y el trabajo de cada uno de sus amigos acrecentaba sumamente el suyo.

Juntad al descrédito que el Señor iba padeciendo en el corazón de sus amigos, el triunfo y victoria de sus enemigos; cómo andaban contentos y gozosos de salirse con la suya, y tener al Cordero entre las manos tan á su voluntad; cómo justificaban todas las malicias y ardides que contra el Señor habían practicado; cómo acreditaban las blasfemias que habían dicho contra El, y cuanto habían hecho; cómo le hacían guerra con sus mismas virtudes y milagros; cómo toda la honra y gloria que había conseguido con sus maravillas, excelencia de doctrina y majestad del poder, lo torcían en más afrenta del Señor y en mayor triunfo suyo; cómo, á boca llena, acabarían de confirmarle por embaucador y hechicero; cómo irían haciendo escarnio de sus discípulos y amigos, donde los encontrasen; y todo esto en las plazas y con toda publicidad, quedando ellos blasonando por la mansedumbre y silencio del Señor, vanagloriándose en sí mismos y muy ufanos de la victoria.

No hay duda que este género de afrenta y trabajo es de tal calidad, que cuantos pueden padecerse en esta vida no tienen semejante; porque ver el Señor convertir en mentiras sus eternas verdades, sus milagros en hechicerías, su santidad en locura, sin culpa ni motivo, sólo por lo que en El había de divino; verse tratado como si fuera peste de la república, y que la malicia, envidia, odio, blasfemias y diabólicos ardides de sus enemigos, quedaban en opinión general consagrados y justificados por celo de virtud, por entereza de gobierno, por amor de la patria y triunfar la maldad contra sus virtudes soberanas, es un género de trabajo del que se puede decir lo que nuestro padre San Agustín afirma de la suavidad del amor divino: que sólo los que experimentan alguna parte de este trabajo, pueden rastrear lo mucho que lastima, aflige y cansa; y cuánta mayor grandeza y perfección de virtud es necesaria para sufrirle, que para los demás trabajos de esta vida. Por eso, ya que el Señor no podía padecer en su humanidad todas las penas de los mártires y trabajos de los justos, añadió á sus tormentos las cosas más penosas de la vida, las cuales le hacían tan pesada y grave su pasión, que no sólo servían como materia para mostrar la suma perfección y santidad de sus virtudes, sino para que viesen todos los atribulados del mundo cuán inferiores quedan á las supremas olas de aflicción y tormento, que El en su Pasión toleró.

Cuando el profeta David quiso mostrar cuán limpio estaba su corazón del odio de sus enemigos, lo manifestaba echando sobre sí

una maldición como la mayor y más grave de sufrir: diciendo que si alguna vez dió mal por mal, no sólo quedase sin sacar provecho interior del mal que sus enemigos le habían hecho, sino que éstos le cogiesen debajo de sus manos, le persiguiesen, atropellasen debajo de los pies, le matasen y convirtiesen toda su honra en vituperio. Tenía el Profeta por mayor mal de la vida ver prevalecer al enemigo, que no tiene más razón que su malicia; ver pasar adelante su odio y sus mentiras, hacer á otro guerra por sus propias virtudes; abatirle por sus verdades, triunfar en sus mentiras; y cuanto los enemigos son más bajos en la persona, más perversos en la malicia; cuanto las virtudes, crédito y autoridad del perseguido es mayor, tanto más pesado llegará á ser este trabajo. Cotejando, pues, al Señor con sus perseguidores en todo esto, ¿podrá en algún modo rastrear el corazón devoto, cuánto sentiría este tal Señor ver triunfar de sí á tales enemigos.

Son tan amirables y perfectas las doctrinas que el Señor da á las almas en este género de trabajo, que con mucha razón podemos pedirle humildemente lo que David le rogaba; que use con nosotros de esta gran misericordia, y nos la dé por bendición de todos los bienes de esta vida, y que nos muestre la luz de su sacratísimo rostro, para que le conozcamos en la tierra, y entendamos sus caminos y ejemplos; porque son tan altos, tan secretos y tan divinos, que la naturaleza humana se pasma por su flaqueza, y sin divina luz y y gracia muy particular, no puede llegar allá. Primeramente se ve aquí con claridad cuánto más seguro camino para el cielo es el descrédito de la persona con una buena conciencia, que el del aprecio y honras del mundo, aunque parezcan santas; porque Cristo nuestro Señor, que sabía cuánto importaba para la salvación del mundo ser conocido y adorado por quien era, tuvo por más propio camino para esto el abatirse y pasar por tantas afrentas, que el vivir entre aplausos de los hombres; sin embargo de que ningunos le podían dar que fuesen, no digo falsos, pero ni bastantes para lo que él merecía. Cuánto más seguro será este camino para los que le quisieren seguir, siendo ellos tales, que con razón pueden y deben pensar que delante de los ojos de Dios no merecen justa alabanza, ni honras en la tierra.

El crédito y opinión con los hombres, las alabanzas, aplausos y honras que dan á la persona y acciones, las más veces son falsas; porque ciegan el corazón del que anda tras de ellas, para que no vea sus propias imperfecciones; le hacen pensar de sí más de lo que es; dan entrada á la soberbia, que destruye todas las virtudes, y engendra el descuido de contentar á aquel Señor, que sabe y pesa en justa balanza lo que somos, y en la verdad merecemos. Pero quien desprecia la reputación entre los hombres, quien se recata de sus juicios y alabanzas, y pretende contentar sólo á Dios, mal puede el mundo conocer la paz y consolación con que este tal se presenta en medio de los abatimientos humanos ante los ojos de su Juez y su Dios; y cuánto más quieto y seguro de todos los peli-

gros vive, si por Cristo ama de verdad el abatimiento, que todos los ensalzados y aplaudidos en las bocas y ojos de los hombres. ¡Oh, si entendiesen esto los que profesan la perfección evangélica y apostólica! ¡Oh, si quisiesen traer siempre delante de sus ojos este divino retrato del Señor abatido, cuán ricos, quietos, consolados y alumbrados vivirían! Esto es alabado de muchos, imitado de pocos; pero la experiencia muestra que á los santos más perfectos y alumbrados, por este camino los conduce el Señor, y ellos buscan tantas invenciones para ser abatidos, cuanto los vanos para ser ensalzados.

Enseña también el Señor, cuán fina quiere que sea la fe, y cuán puro y desinteresado el amor de los que desea ser conocido y amado. Bien conocía su Majestad que en estos sus abatimientos arriesgaba la fe y amor de los que entonces le seguían; pero como era una fe tan flaca, que sólo pendía en las maravillas que veían, y el amor tan frío, que sólo le seguían por los beneficios; tuvo por mejor dar esta prueba á la fe y amor de los suyos, aunque era con riesgo de que le perdiesen, que ser poco conocido y tan friamente amado á fin que por esta flaqueza se humillasen después, cuando con la venida del Espíritu Santo, la fe y el amor se purificarían tanto, que los que se pasmaban de ver á Cristo afrentado, tendrían por gloria parecerse á El abatido en el mundo. Muchos amadores tiene su Majestad mientras no son probados con disgustos del natural ó del espíritu; pero en llegando la hora del desamparo de los consuelos de Dios y de los hombres, son pocos los que perseveran en pureza de amor; pues aunque Dios da mucho, consuela mucho y llena mucho á las almas de toda suavidad interior con que las prende así, con todo eso, por nada de esto quiere ser amado sino por su bondad; y á este fin se retira muchas veces, para ver si el amor es interesado ó fino; porque si el alma no sigue al Redentor sino cuando percibe el olor de sus suaves ungüentos, y si cuando los oculta duda de su amparo ó se tiene por desechada de El, y busca por las criaturas alivio y consolación, señal es que busca la dádiva más que al dador; y á un amor tan interesado le conviene ser probado muchas veces, para que se conozca, más que el ser favorecido para que no se pierda. Amar á Jesús en la cruz, en la afrenta, en el desamparo, y no hallarle menos hermoso en esto que en la suavidad de su conversación, es señal de amor puro.

Mal entienden este lenguaje los que tratan poco de la conversación interior de este Señor y de ocupar el alma en aquello para que sólo fué criada, que es para conocerle y amarle; y aunque Dios los sufre y no falta con su bondad para que puedan salvarse, viven con todo eso en gran pobreza de bienes interiores, y no saben lo mucho que pierden. Pero los que aplican y consagran todo su conato al amor actual y ejercicio de la imitación de este Señor, le hallan tan celoso del amor del alma, que no se les permite mezcla de otro fuera de El, por santo que parezca; ni se les admite el que tienen, si mira más á lo que puede dar que al Señor mismo. Las mer-

cedes del Señor son ciertísimas; lo que da á las almas que le aman con pureza, no lo puede la lengua declarar; á la fe le pertenece asegurarlas de la liberalidad del Señor; pero el amor le quiere tan desinteresado, que sólo El, y no lo que puede dar, le avive y le encienda. Cuando el amor es de esta calidad en toda adversidad interior y exterior, persevera constante y puro; porque no le contenta Dios menos cuando se muestra áspero, que cuando le experimenta suavísimo.

Consuela también el Señor en todos estos abatimientos á los justos en un género de trabajo que muchas veces les permite que prevalezcan contra ellos los malos, y esta es una grandísima prueba de la virtud. Los que aman con pureza al Señor, son regularmente muy celosos de su honra y de la salvación de los prójimos, la que procuran por todas las vías posibles; y como esto no puede ser sin oponerse á los intentos y proceder de los descuidados que viven licenciosamente, permite su Majestad que éstos se armen contra aquéllos y prevalezcan; lo que suele ser á costa de mucha deshonra y abatimiento de los siervos de Dios, haciéndoles guerra con su mismo celo, abatiéndolos y haciendo crímenes de sus virtudes, de suerte que donde pensaba celar la honra de Dios, todo se vuelve contra ellos, resultándoles mayor abatimiento. Lo que esto cuesta á los siervos de Dios, sólo El que los conoce, lo sabe; pero cuando ven los mares alborotados contra sí, deben hacerse cargo que en estos lances no quiere Dios de ellos el servicio que le deseaban hacer, sino otro diferente de que más se glorifica, que es el silencio, sufrimiento y humildad, aunque vean que son perseguidos como malos, siendo buenos, y que los malos tuercen sus buenas intenciones y virtudes en deshonra, en culpa y en mayor confusión; porque padecer como santo y por santo, tiene algún alivio y consolación; mas padecer por malo, y que la propia virtud por donde el siervo de Dios piensa contentarle, se convierta en azote y tormento, es cosa muy pesada de sufrir.

Pero en esto conviene ser tan fiel á Dios, que callando y recogiéndose, mude los cuidados á sí y se deje perseguir y tratar á voluntad de cada uno, velando sobre sí mismo para no pensar que es malo el que le persigue, ni que él padece como bueno; sino sólo poner los ojos en el Señor, y encomendarle con amor puro la salvación de sus perseguidores; pensar de sí que no merecía tanta honra, como ser celador de la de Dios y de la salvación de los prójimos, y que Dios toma á éstos por sus ministros para vengarse en él de los males que le descontentan. Y en tales lances deje á Dios su propia honra, sin tratar de ella, persuadiéndose que Dios quiere la pierda por entonces, y aun deje también en las manos de Dios su divina honra, que El la sacará en limpio, y sólo trate de imitarle en todo abatimiento; porque si el Señor quisiere servirse de él en otra cosa, abrirá camino y le dará espíritu para ello. Y porque estos tiempos son difíciles de entender, y tales géneros de persecución son muy trabajosos de sufrir, quiso el Señor dejar triunfar á

sus enemigos y que muchos de los suyos se mudasen contra El, y los más le tuviesen en menos cuenta, y callar El á todo (pudiéndose librar), y de esta manera vencer por el silencio y sufrimiento, á fin que en casos semejantes sus verdaderos imitadores dejen su causa sólo á Dios, cuya es, y cuiden únicamente de imitarle y asemejarse á El, comenzando la victoria del mundo por sí mismos. Y para que en este género de humildad sean perfectos, acuérdense de aquella divina regla de San Bernardo, que el perfecto desprecio de todo es despreciar al mundo, no despreciar á nadie y despreciar el ser despreciado. Esta tercera parte es la principal; porque á veces sucede que quien todo lo desprecia, cae en el extremo de estimar el ser despreciado, y queda secretamente estimándose, con todo lo que pierde. Por tanto, dice el Santo, que debe despreciar el desprecio.

EJERCICIO DEL DESCRÉDITO QUE EL SEÑOR TUVO CON SUS AMIGOS Y DEL TRIUNFO QUE DE ÉL TUVIERON SUS ENEMIGOS

¡Qué esto, buen Jesús, amigo verdadero de mi alma! ¿A qué extremo de abatimiento llegáis? ¿Hasta con vuestros amigos queréis perder el crédito, y que vuestras virtudes y maravillas os sirvan de afrenta y cedan en triunfo de vuestros enemigos? Vos, verdadera gloria de los justos, no padecéis sino por las almas y por adquirir muchos amigos; cuanto en la vida hicisteis y enseñasteis, son obras del fuego de amor divino, para convertir las almas, para mudarlas en Vos y prenderlas con sogas de puro amor. ¿Pues cómo ponéis en riesgo la fe de esos mismos amigos? ¿Cómo podéis consentir que se corran de haberos oído, creído y acompañado? Los que os defendían se corren de ver á vuestros enemigos salirse con la suya y ver á vuestros Apóstoles huídos; y los que os seguían, viéndoos tan públicamente afrentado, tan flaco, al parecer de los hombres, y tan rendido al brazo de vuestros enemigos, quedan dudosos en las verdades que les enseñasteis y más flacos en la fe de lo que de Vos creían, ¿y, sin embargo, pasáis por todo y sufrís quedar desacreditado con ellos, y arriesgáis por amor mío la amistad santa y la fe que de Vos tenían?

¡Oh Dios mío, cuán puros y desinteresados queréis á los que os aman! No os contenta la fe que sólo mira á lo que ve; no os satisface el amor que os ama por lo que dais, sino por lo que sois. Y porque estos vuestros amigos no sabían amaros despreciado y con muestras de flaco, como os amaban aplaudido del mundo y recibiendo de Vos soberanas mercedes; más queréis poner en riesgo su fe y su amistad, para que después se humillen y amen más puramente, que ser de ellos por entonces amado con tan bajo amor, que no os sabían amar por lo que sois, ni conservar la entereza de la fe en cualquiera cosa que en Vos viesen. Determinasteis restituirles la pureza del amor y perfección de la fe con la venida de vuestro Espíritu divino, y con el riesgo en que pusisteis la flaqueza de su fe é imperfección del amor, quisisteis enseñarnos á nosotros la altísima doc-

trina del amor puro y sin interés con que queréis ser amado y de que más os preciáis. Como sois purísimo y perfectísimo, no os satisface cualquiera pureza del corazón, sino el total desprendimiento de todo. Solo, Dios del amor, queréis ser amado; solo poseído; solo sin mezcla de otro amor, abrazado y unido á las almas, no por lo que de Vos esperan, que es inmenso y ciertísimo, sino puramente por quien sois, bien soberano, fuente y dador de los bienes. Todo lo que Vos no sois, por grande, por santo, por excelente que sea, queréis se quede fuera, y poseer Vos el centro y todo el ser de esta alma que tanto amáis. ¡Oh qué rica será la que así os ame! ¡Cuándo, mi Señor y Dios, os amaré de esta suerte!

¡Oh, cuán lejos de ello estoy, cuán lleno de interés y amor propio! porque no sólo no os amo con ese tan puro y desinteresado amor, sino que quitándole de Vos, le derramo por las criaturas, holgándome de ser de ellas amado y conocido. No vivo si mis amigos tienen de mí algún disgusto ú opinión fuera de la que de ellos espero; inquiétome si no me corresponden con lo que juzgo que de ellos merezco; quiero que alaben mis obras, y aun que adivinen y justifiquen todas mis intenciones. Aun con esto no digo lo menor de lo que pasa en esta alma acerca de lo cautivo que estoy de mi crédito, honra y amistad humana; y pluguiese á Vos que no pasase adelante, á vivir de mis malos deseos y dañados apetitos, que vuestra infinita misericordia me sufre y sólo vuestra bondad puede arrancar. Si alguna vez busco vuestras cosas, voy á ellas llevado de mi interés más que de vuestro amor; y si tengo algún amigo virtuoso, me llego más á él por afición humana que por el bien espiritual. ¡Oh, cuándo curaréis esto, Dios mío, en mi pobre alma! ¡Oh, cuán raro es este puro y desinteresado amor, que sólo á Vos esté asido sobre toda obra, sobre todo amigo santo, sobre toda cosa terrena y celestial, y que de tan buena gana se desprenda por Vos de todo, como Vos lo dejáis todo por mí! ¡Oh, Señor, cuán dificultoso es hallar un espíritu tan puro, limpio y desprendido!

¿Qué mucho que yo haga esto por Vos, pues Vos lo hicisteis por mí? Si yo, buen Jesús, fuera vuestro Dios, ¿qué más pudierais hacer por amarme, que posponer por mi amor toda honra, amigos, crédito y buena opinión y perderlo todo por mí, como lo hicisteis? Y todo esto por mí, pecador; por mostrarme el puro amor que me tenéis y cuán puramente os debo amar; y yo gusano de la tierra tengo por mucho desprenderme de cosas tan bajas (como son cuantas de Vos me apartan), para levantar este bajo corazón á vuestro puro amor. ¡Oh, quién nunca impidiera el lugar de vuestro amor en esta alma! ¿Qué halláis en mí que tan solo y desprendido me queréis? Solo me queréis, amor divino; solo y desinteresado el amor de este corazón. Y si yo así os amare, ¿qué no hallaré en Vos? ¡Oh amor, oh amor, oh amor, quién se viera solo con Vos y de aquí no pasara, ni tuviera otra cosa por suya! ¡Cuán rico, cuán satisfecho y cuán convertido en Vos se viera!

¿Cuándo acabará, Dios mío, el peso de esta carne, que siempre

tira por mí y me aparta de Vos? Vos me levantáis, y ella me abate; Vos me abrasáis, y ella me enfría; Vos me purificáis, y ella me mancha; Vos me llenáis de Vos, riquísimo, hermosísimo, purísimo, amor eterno y divino convertidor de las almas, y ella me lleva á mezcla de cosas bajísimas que me apartan de Vos. ¡Oh, si ya se acabasen las heces de este hombre viejo y terreno para tener á Vos sólo por mi único, verdadero, purísimo y perfectísimo bien! Desde ahora para siempre renuncio, mi Jesús, por amor vuestro toda criatura, parientes, amigos, placeres, libertad, crédito, opinión y todo cuanto puede ocupar este corazón; y lo que para perfección de esta voluntad me falta, suplidlo Vos, misericordioso Señor. Limpiad, pureza divina, esta alma, que para morada vuestra criasteis; purificad su amor, desterrad el interés, para que á Vos sólo desee y á solo Vos ame por Vos. Si queréis, Dios mío, que para ser Vos el único y puro amor de mi alma, sea yo en la vida desfavorecido, desamado y desacreditado de los amigos, por buenos y santos que sean, y de toda criatura, yo, mi único y verdadero bien, esposo de mi alma, así lo deseo. Fálteme todo, no me faltéis Vos; déjenme todos, no me dejéis Vos; quiérame bien quien quisiere, pero viva yo y muera unido sólo á Vos. ¡Oh, si llegase esta hora! ¡Oh, si viese esta pureza en mí! Venid, buen Jesús, venid á esta alma y haced en ella lo que con tanto trabajo me enseñasteis, pues sabéis que no vivo sino cuando vivo en Vos, y cuando estuviere tan puro que podáis Vos vivir en mí; entonces, amor y gloria mía, déjeme todo, que con Vos solo me contento. ¡Oh, si no tardase esta hora!

Confesaré contra mí, Dios mío, mi gran miseria á vuestra divina misericordia, para que me curéis y me concedáis lo que de mí queréis. Vos, Señor, me dijisteis, que cuando cumpliere cuanto me tenéis mandado, me reconozca siervo inútil; porque todo el bien que hiciere es vuestro y para nada me necesitáis; ahora, espejo de eternas verdades, me enseñáis en Vos mismo que esto sea tan de corazón y que esté tan desprendido de mis buenas obras y me tenga en ellas por tan pobre, que si los prójimos me atribuyen á mal el bien que hago, y con mi propia virtud me hicieren guerra, no como á santo (que fuera muy gustoso) sino como á malo, hipócrita, fingido y engañador, que calle, sufra y me deje tratar de toda criatura como cada una quisiere, para imitar, amar y poseer á solo Vos. Cuando esto veo, lo deseo; cuando me inspiráis, me determino; cuando en Vos me lo enseñáis, quisiera en todo parecerme á Vos; pero cuando llega la hora, ¡oh, qué diferente me hallo! Confieso mi miseria, que no puede mi carne con esta cruz. Aquí caigo, aquí me atollo, aquí perece la fe y la paciencia; aquí necesito más que para otra cosa vuestro favor y asistencia.

Vos, mi buen Jesús, no podéis decir que sois siervo inútil, porque sólo Vos disteis á todos el provecho de la vida eterna. Vuestra doctrina es encendida; penetra las almas y cautiva los corazones; vuestras obras son divinas; vuestra vida sin reprensión; en todo estáis lleno de riquezas para las almas, y todo eso es vuestro, pues

lo hacéis con virtud propia y no ajena. Y con todo eso quisisteis que os afrentasen con vuestras maravillas y palabras, como si fueran malas y engañadoras; que triunfasen de Vos vuestros enemigos, quedando ellos justificados, Vos condenado; ellos los aplaudidos, Vos el deshonrado; ellos tenidos por entendidos, Vos por embaucador y malicioso. ¡Oh mi soberana verdad, oh mi verdadera vida, cuán difícil se hace esto á mi carne! Y con todo eso así gustáis que los vuestros os quieran, que así os conozcan, os deseen y sigan; y por tan hermoso queréis que os tengan, así abatido, como en gloria resucitado. Queréis ser amado de cualquiera manera que al alma os mostréis y que de cualquier modo os ame, os desee y á sólo Vos se sujete, ya sea glorioso, ya deshonrado, ya con cruces, ya con favores.

Confieso, Señor, que esto me conviene; mas también confieso que no llega aquí mi miseria, y se espanta cuando ve delante de sí esta ocasión. Confortadme y levantad de la tierra este corazón terreno, para que sin estorbo podáis hacer en él lo que queráis; acordaos, Señor, que la memoria de estas cosas os hizo sudar sangre en el Huerto, cuando dejasteis á vuestra sacratísima Humanidad sentir como humana lo que había de pasar; y yo, que además de ser humano, soy pecador y terreno en los deseos, ¿qué haré en mis miserias? A Vos clamo y clamaré; á Vos reconoceré por mi Dios, y que sólo Vos podéis hacer en mí lo que yo no puedo hacer. Ya que me mandáis que después de haber cumplido con todo me publique siervo sin provecho, porque Vos sois el que hacéis todos los bienes en nosotros para que así los conservemos, yo, de antemano, confieso que soy muy desaprovechado y miserable, más flaco que toda criatura; pero á esos divinos brazos me arrojo; á esos pies divinos me pongo; os pido por vuestra bondad, que obréis en mí vuestras maravillas. No pido que no vengan sobre mí estas aflicciones, sino que me déis un tan gran amor de padecerlas por Vos, que no tenga en la vida otra mayor consolación que estar siempre afligido con dolores de la manera que Vos quisiereis, sin que levantéis la mano, que en esto viva y acabe contento por vuestro amor, y por parecerme á Vos.

Abatido y afrentado por malo os quiero; y de ese modo quiero ser tratado en esta vida. Triunfen de mí mis contrarios, haciendo yo en todo lo que debo, y jamás piense mi corazón que obro, ó soy mejor que ellos. Nunca piense de mí que soy perseguido como justo, sino que padezco mucho menos de lo que merezco; y concededme que ame á mis contrarios como verdaderos amigos y como instrumentos de vuestra providencia y voluntad. Mostrad, Señor, aquí vuestras maravillas en hacer á este vuestro indigno siervo tan humilde y rendido por vuestro amor, como Vos queréis. Haced que en mi corazón no se haga diferencia de ser perseguido del malo ó del bueno, con razón ó sin razón; sino que mi razón sea quererlo Vos así, y mi justificación sea el imitaros y parecerme á Vos. Abrid, Señor, vuestros tesoros y haced en esta masa miserable vuestras

divinas obras. Arrancad de mí todo lo que este corazón puede sentir, y unidme sólo á Vos. A sólo Vos, mi Dios, mi Jesús, mi amor, y nunca tenga yo más.

¡Madre de Dios sacratísima, valedora de los flacos, remediadora de los errados! Valedme y alcanzadme este tesoro del Señor. Vos sabéis, Reina de los ángeles, que para ninguna otra cosa fué mi alma criada, sino para estar perfectamente unida por amor puro á este Señor, y sabéis cuán mal empleada está fuera de él. Alcanzadme su gracia y luz para buscarle á El solamente, sólo á El desear y poseer, sólo á El amar de todo mi corazón y no hacer caso de cuanto esto no fuere, ó á esto no me llevare, y no temer sino lo que de esto me aparte. ¡Oh santos de la gloria y espíritus bienaventurados! Ayudad á este pobre desterrado, más flaco por mis culpas que por la flaqueza de mi naturaleza miserable. Levantadme el corazón á aquél que tan llenos y ricos os tiene de sí, para que satisfecho con El, ninguna otra cosa apetezca, ninguna me perturbe ni me aparte de El para siempre. Amén.

## TRABAJO XXXVII

### Ser trocado por Barrabás y contado entre facinerosos.

No pudo el descrédito y abatimiento del Señor llegar á mayor extremo que aquel en que se vió, no en muchos días, sino en uno, y no en muchas horas, sino en menos de seis; en que, además de lo expuesto, hicieron más aprecio de un ladrón, alborotador del pueblo y homicida, que de su divina Majestad; llegando á tener por pena y compañía más correspondiente para El la de los ladrones y gente más perjudicial á la república, entre los cuales fué contado y con ellos ajusticiado. Así lo solicitó la malicia de los enemigos del Señor por todos los medios imaginables, y como no podía por justicia, se empeñó en ello por porfía, gritos y conmoción del pueblo. Cuando llevaron al Señor á casa de Pilatos la mañana del viernes y no quisieron entrar dentro por ser día santo de Pascua (como ya se ha dicho), salió á ellos Pilatos, preguntándoles las culpas que alegaban contra el Señor, pues le llevaban tan atado y afrentado; entonces los príncipes, sacerdotes, letrados y fariseos, queriendo acreditar sus personas y ver si por la precisa autoridad de ser los principales del pueblo podían concluir su pretensión sin más forma de autos, respondieron: *Si Este no fuera malhechor, reo de muerte, no le lo entregáramos de esta manera.*

Disgustado Pilatos con la respuesta, como tan perjudicial al orden de justicia, les dijo que ellos le tomasen por su cuenta y le juzgasen según su ley. Pero como pretendían darle muerte de cruz y no tenían para ello autoridad, por habérsela quitado los romanos, á quien estaban sujetos (aunque por casos contra su ley podían dar otro género de muerte), y por cuanto deseaban quitar la vida al Señor, no sólo por lo que contra su ley le imputaban, sino por otros

crímenes más afrentosos con que pretendían desacreditarle, dijeron á Pilatos que ellos no podían castigar á ninguno con el género de muerte que el Señor merecía. Entonces le empezaron á acusar por revoltoso y alborotador del pueblo. Su principal empeño era darle por reo sin llegar á culpas particulares, porque eran tan manifiestamente falsas, que justamente temían fuese conocida su malicia, y que no podrían torcer á Pilatos para lo que ellos deseaban. Por tanto, andaban por cláusulas generales, diciendo que era inquieto y perturbador, con otras cosas á este modo en general. Pero al cabo le acusaron de que se hacía rey, y que prohibía pagar al César los tributos.

Pilatos lo remitió á Herodes, á cuya jurisdicción pertenecía Galilea (como ya se ha dicho), y vuelto otra vez á casa de Pilatos, trataron de acusar al Señor por crímenes particulares que, según leyes de los romanos, eran dignos de muerte: y volvieron á repetir que prohibía pagar los tributos al emperador con pretexto de libertad de la patria, y que esto era hacerse rey contra la ley imperial. Pilatos, no pudiendo ya disimular con la calidad de estos delitos (aunque veía bien cuán falto de poder se hallaba el Señor para levantarse rey), le comenzó á hacer preguntas delante de los judíos; y no hallando nada probado, y viendo que el Señor se callaba á todo, se metió dentro, llamando á Cristo á solas para informarse de El, averiguando la patria y en qué cuenta se tenía, por si hallaba algún rastro de lo que los judíos decían contra El. Preguntóle si era rey de los judíos; y el Señor respondió, que *su reino no era de este mundo, que si lo fuera, sus vasallos le defenderían para que no diese en manos de los judíos; pero que su reino no era de acá abajo.* Respuesta digna de mucha consideración. Si el Señor fuera rey de la tierra los vasallos le defenderían de los judíos, y por ser rey de los cielos no le defienden en la tierra sus siervos celestiales; como si hubiese más descuido y menos lealtad en los vasallos del cielo que en los de la tierra. Pero todo es al revés: los vasallos de la tierra defienden, con justicia ó sin ella, al que juzgan por grande, engáñense ó no se engañen; pero los del cielo, que enseñados por su Rey soberano, saben la poca ó ninguna importancia de las cosas de la tierra en comparación con las del cielo, y cuánto más se gana en perderlas que en conservarlas, no defienden á su rey injuriado en la tierra, que con los merecimientos del sufrimiento ha de poblar el cielo; ni libran á otros amigos y vasallos que en la tierra viven, de sus trabajos y ejercicios de los enemigos, porque con eso aseguran las riquezas del cielo; y como el conocimiento de las cosas es muy diferente en el cielo que en la tierra, se gobierna allá por más ciertas y seguras leyes.

Pilatos dijo al Señor: Según esa respuesta, tú eres Rey: El Señor respondió: *Así es como dices; yo no nací para otra cosa ni vine al mundo sino para enseñar y aprobar la verdad; el que puramente trata de ella oye y sigue mis palabras.* Mucho tienen que pensar en éstas del Señor los que profesan salvarse por su doc-

trina; porque vistas bien las verdades que el Señor enseñó, y la prueba que de ellas nos dió con su santísima vida y perfectísimos ejemplos de su Pasión, y cotejado todo con la vida é intentos de cada uno, puede verse bien claro si es de los que de veras tratan la verdad, ó si es de los que se dejan engañar con las cosas que el Señor reprueba. Y como en esto no se atraviesa menos que la salvación ó perdición del alma, tiene mucha obligación todo cristiano á no pasar por sus cosas con liviandad, sino vivir con gran cuidado para no llegar á ser de los que este Señor reprueba. Pero me parece que por nuestros pecados tiene Pilatos muchos compañeros por los descuidos con que oyen muchas verdades del Señor, y tratan poco de entenderlas y amarlas de corazón como hizo Pilatos, que oyendo al Señor, le preguntó ¿qué cosa era la verdad? Pregunta, cierto, que si fuera hecha con más asiento y deseo de ser alumbrado de la luz divina y de la misma verdad que tenía presente, daba á este mismo Señor gran materia para hacerle muchas y muy señaladas mercedes. Pero hecha esta pregunta y viendo que el Señor hablaba del reino de los cielos, que él no conocía ni pertenecía al imperio del César, lo tuvo todo por especie de santidad judaica y que los judíos por envidia no sufrían que el Señor ganase entre el pueblo más crédito de santidad que ellos; y echándolo todo á pura vanidad (como Herodes) determinó librar al Señor, y sin esperar respuesta de tan singular pregunta como le había hecho, salió otra vez fuera con Cristo y les dijo á los judíos: «Ya visteis las preguntas que de»lante de vosotros hice á este hombre; acá dentro le he examinado »más minuciosamente y no hallo culpa en él. Herodes tampoco la »encontró y me le volvió á remitir sin sentenciarle. Yo le daré al»gún castigo para que se enmiende y no alborote al pueblo, y le sol»taré.» Con esta resolución de Pilatos quedaron los príncipes de los judíos como muertos, creyendo que el Señor aunque en público callaba, habría dado allá dentro tales razones á Pilatos, que le habría convencido, mostrándole la verdad de todo y la falsedad de los acusadores. Y viendo que todo lo hecho no servía de nada y que se hallaban en riesgo de que fuesen inútiles sus ardides, volvieron á insistir con porfía de gritos y alborotos del pueblo, que muchas veces, ó las más, se sale con cuanto quiere, aunque no haya justicia.

Deseando Pilatos librar al Señor juzgándole inocente, y no pudiendo valerse en el motín que los príncipes de los judíos movían en el pueblo, quiso lograr su empeño por industria. Era costumbre que los presidentes librasen en la Pascua un reo de los judíos á quien ellos pidiesen, en memoria y significación de que en tal día libró Dios á su pueblo del cautiverio de Egipto. Estaba preso á la sazón en Jerusalén un famoso alborotador que se llamaba Barrabás, reo de muchos crímenes, conocido por ladrón, y que poco antes movió un tumulto en el pueblo y mató á un hombre. El escándalo y aborrecimiento de este hombre en el pueblo se hallaba tan fresco, que no pudo Pilatos persuadirse á que hubiese ninguno que pretendiese dar vida á tan malvado hombre, que era peste de la república. Por

ser el más facineroso preso que tenía, le emparejó con Cristo, cuya doctrina, cuya fama y milagros estaban en todas aquellas casas y calles tan calientes, que tuvo por cierto el que la enorme diferencia de las maldades escandalosas del uno, y virtudes evidentes del otro, bastarían para que todos pidiesen la vida del Señor. Y aunque Pilatos no conocía al Señor, veía en El un sufrimiento tan notable, una tan dulce mansedumbre, una modestia tan inalterable, un asiento y gravedad de ojos y de rostro, con una madurez tan rara, entre tan enormes afrentas y trabajos, capaces de alterar y derribar la prudencia y ánimo más fuerte, que no pudo persuadirse á que hubiese corazón tan inhumano que escogiese trocar la vida de aquella tan venerable persona por la de tan escandaloso ladrón y homicida. Dijo, pues, al pueblo: «En este día acostumbráis pedir la libertad de uno de los presos: aquí tenéis á Barrabás y á Jesús, á quien llamáis Cristo: ¿A cuál de ellos escogéis y queréis que yo suelte?»

No le salió á Pilatos este ardid como él imaginaba: porque los príncipes y sacerdotes de los judíos, que no trataban del bien de la república, sino de saciar su odio, tuvieron por concluído el negocio en esta propuesta, porque Pilatos quedaba ya empeñado en ajusticiar á uno de los dos, soltando al otro; por tanto, persuadieron al pueblo que pidiese la vida de Barrabás y la muerte de Cristo; y como el pueblo amotinado no considera, ni pesa las razones de las cosas, sino como bruto desbocado se arroja á lo que primero se le ofrece; viendo el parecer de sus príncipes y sacerdotes, le siguieron sin más consideración, comenzando aquellos á gritar que les soltase á Barrabás, y siguiéndoles todo el pueblo. Pasmado Pilatos de tan enorme desatino, les dijo: Pues si he de soltar á ese facineroso ¿qué haré de Cristo? Todos respondieron: *Crucifícale, crucifícale.* No contentos los judíos con aquel trueque, solicitaron que el Señor fuese crucificado entre dos ladrones, y que entre ellos fuese llevado á la Cruz, para mayor afrenta, cumpliéndose con ello lo que estaba profetizado, de que *será contado entre los malvados.* Veis aquí quien es el pueblo á quien la mayor parte de los grandes del mundo desea parecer bien. Veis aquí tras de cuyas alabanzas andan perdidos tantos. Veis aquí el pago que dió al Señor por las muchas mercedes que le había hecho. Cierto que la novedad y extremos de trabajos en que el Señor se vió, hacen pasmar y enmudecer al corazón humano, ni dejan palabras para el encarecimiento. Sólo queda puerta abierta para que el corazón devoto sienta, se pasme y deshaga de compasión.

Bien mostró el Señor en sí mismo la verdad que había dicho á sus Apóstoles, cuando les animaba á pasar los trabajos que en el mundo les estaban aparejados, aconsejándoles que no les pesase de parecerse á El, diciendo: *Si viereis que el mundo os aborrece, sabed que primero me quiso mal á mí. Si fuerais del mundo, éste quisiera bien á lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, por eso os aborrece:* porque el mundo ama lo que es suyo, defiende á

los ladrones, da vida al homicida, suelta al revoltoso, favorece al malo; mata al dador de la vida, condena al pacificador de las perturbaciones, y al inocente le trueca por el culpado. Este es el mundo, servido, buscado, venerado, y por quien ordinariamente se pierden los hombres; el cual, mientras más viejo va siendo, hace más callos en esta su mala condición de perseguir al bueno con las virtudes y justificar las vanidades, consagrar los vicios por verdaderos gustos; y puede tanto con la gente, que, aunque tarde ó temprano paga con desventuras, con todo eso es creído, y hechiza con tal engaño que poniendo los males delante de los ojos, de suerte que no puedan encubrirse, arrastra tras de sí la más de la gente, como si fuese tras de verdaderos bienes. Pero el que le siga, acuérdese de esta palabra del Señor: que *el mundo ama y favorece á lo suyo*, y porque no lo son cuantos siguen á Cristo, los aborrece; según lo cual cederá á bien ó mal de cada uno el partido á que se inclinare; ó del mundo para perderse, ó de Cristo para ganarse, aunque sea aborrecido del mundo. Poderosísima consideración es para que aborrezcan el mundo los que con verdadero corazón imitan al Señor y de veras le aman, ver cómo trató al Redentor, cuán mal trueque hizo de El, y ver que, si el mundo ama á los malos, es para acabarlos de engañar y destruir; pero estos imitadores del abatido sirven á un Señor que ama á los buenos para coronarlos, y á los malos para justificarlos y salvarlos.

Considerando esto por otro lado, el que entienda bien la condición de este Señor, y conozca el amor que ardió siempre en su corazón, y cuánto trabajó por buscar los pecadores y asemejarse á ellos, parece que le hace injuria en contarle por trabajo el verse trocado por un homicida y contado entre los malhechores; antes parece haber sido aquella hora para la fineza y grandeza de su amor la mejor y de más gusto, pues vió dar vida á los malos, por quienes El moría, y ser colocado entre los pecadores, á quienes vino á buscar tan á su costa; y así, aunque es gravísimo género de trabajo pasar por tan grave ingratitud de un pueblo tan lleno de mercedes del Señor, y que le tuviesen por más indigno de la vida que á un homicida alborotador de la república, todavía se puede pensar del corazón de este Señor que mucho mayor trabajo fuera para El, cuando estaba ofrecido á morir por todos, el que por darle á El vida se la quitasen á otro, aunque fuese el más malo. Y sin embargo que de parte de los que trocaron al Señor por Barrabás todo fué ceguedad, error y pecado, en la providencia del Señor fué orden del eterno consejo, para que todo pecador tenga en este trueque segura prenda de que todos las veces que fuese necesario puede ofrecer por sí la vida y sangre de este Señor.

Debe, pues, creer todo corazón cristiano, que cuando el Señor oyó pedir la vida de Barrabás y la muerte de su Majestad, consintió en su interior en esta conmutación con abrasado amor; y El mismo, con eficacísima oración al Padre Eterno, se trocó y ofreció por el mismo Barrabás y por todos los pecadores, alcanzando del

Padre que esta permuta y contrato quedase firme y confirmado para todos los pecadores que se quisiesen salvar. Según lo cual, ya que el Señor tan de voluntad acepta la compañía de los malos, para ser trocado por ellos y acabar entre ellos la vida, ninguno, por muy malo que sea, puede desesperar de que le falte entrada en la compañía de éste tan verdadero amigo de pecadores, porque quien en vida fué siempre tan franco para ellos, que nunca les cerró la entrada; que con ellos se acompañó; que en la muerte quiso acabar entre ellos, y, en primicias de la paga, llevar un ladrón desde la cruz al cielo, ¿cómo estando en la Gloria tan prendado, negará junto á sí lugar al pecador que de veras solicite su amparo?

De la parte de Dios no hay duda en ello, pero de la nuestra hay mucho que temer; porque El se dió por nosotros, y con eso quedamos remediados; pero nosotros le volvemos á trocar por cosas que nos llevan á la perdición. Y bien mirado con juicio libre de los engaños de amor propio, hemos caído nosotros en este perverso pecado de las judíos todas las veces que por el pecado mortal echamos á Dios del alma; y no sé si nuestro trueque es peor, porque Barrabás era criatura de este Señor, por la cual El moriría, y fué trocado por quien El mismo se daba para salvarle; pero nosotros le trocamos por cosas tan bajas y pecados tan feos, que por aborrecerlos tanto, muere por desterrarlos, y le trocamos por las vanidades del mundo que tan á su costa condena; y esto merece que el alma se avergüence y no se atreva á levantar los ojos á este Señor; porque pecar mortalmente, no es menos que arrojar á Dios de la casa que El hizo y compró á su costa, y poner en su lugar el pecado que es el que hace feo, hediondo, é insufrible al infierno. Y no sólo tolera el cristiano este mal en su alma, sino que come, duerme, y tiene gusto en la vida y en estos mismos pecados con que hizo tan desventurado trueque.

Ni sirve de disculpa, ni hace más leve el pecado, decir que los judíos trocaron á Cristo por Barrabás en virtud de aborrecimiento y envidia; antes bien, esto á mi ver, agrava nuestro pecado; porque nosotros sin aborrecerle, adorándole como quien es y esperando de El la salvación y todos los bienes, con todo eso tenemos tanto gusto en el pecado y amor en sus ofensas, que no hacemos caso de perderle y trocarle por los gustos de esta vida. Tales somos; y no nos vale otra cosa, sino que este Señor no es ahora menos sufrido y menos amigo nuestro, que en el día que su amor le hizo morir por nosotros.

### EJERCICIO DE SER EL SEÑOR TROCADO POR BARRABÁS Y CONTADO ENTRE LOS MALHECHORES

Os adoro, mi buen Jesús, hijo de Dios vivo, y os doy infinitas gracias por el extremo amor que ahora me mostráis; pues no satisfecho con tomar carne de los pecadores, conservarles la vida, recibirlos con misericordia y satisfacer por nuestras culpas, para

mostrarnos el infinito y abrasado amor que nos tenéis, ya que no podéis hacer pecados para ser pecador, quisisteis ser tenido en cuenta de los más perversos del mundo y de los que son peste de la república, como los ladrones y homicidas, y aun ser reputado por peor y más indigno de la vida que ellos; y como si fuerais Capitán de todos los facinerosos, escogisteis ser crucificado entre ellos. ¿Qué os daré, amor infinito, por extremo tan excesixo de amor? ¿Con qué podré satisfacer, Salvador mío, esta amistad tan ardiente que me tenéis, este fuego de divina caridad conque me amáis? Os doy, Señor y Dios mío, este corazón pecador. Ya que tanto deseasteis pareceros á mí y ser tenido por lo que yo soy, no desconoceréis la miseria y malicia de esta triste alma. Recibidla, Señor, en vuestra compañía; disponed de mí como más agradare á vuestra voluntad; pues todo cuanto ordenareis que pase y padezca por Vos, no puede llegar á la más mínima parte de estas deshonras que pasasteis por mí.

Perdonad, buen Jesús, todo el tiempo que he gastado en servir y contentar á un tan mal mundo, que tan mal os conoce y tanto desagradece las mercedes que le habéis hecho. ¿Barrabás, ladrón revoltoso y homicida, merece, Dios mío y vida de mi alma, más vida que Vos, salud de las almas, descanso de los perseguidos y tesoro de todos los bienes para los que os aman? ¿Más quiere el mundo que le viva Barrabás, que Vos, mi dulcísimo Jesús? ¡Oh, quién nunca viera al mundo! ¡Oh, quién siempre le aborreciera! ¡Oh, quién nunca os perdiera por él! ¿Qué ha de hacer tal mundo, sino sostener á los suyos y mataros á Vos? ¿No halló el mundo, Dios mío, otra compañía más propia para crucificaros, sino entre ladrones? ¿Tan presto olvidó vuestros milagros, vuestros divinos ejemplos, obras santísimas y virtudes heroicas? ¿Tan presto olvidó la blandura con que recibíais á todos, la sabiduría con que los enseñabais; el poder divino con que los curabais, la paciencia con que los sufríais y el amor con que á todos tratabais? Ninguno se refugió á Vos, que no le valieseis, á ninguno escandalizasteis; nada quisisteis del mundo, como pobre no buscasteis sus honras, como humilde á ninguno importunabais; á todos hicisteis bien, los ayudabais, defendíais y amparabais; y cuando á estos mismos dan elección para que puedan libraros de la muerte que os procuran vuestros enemigos, libran al ladrón, y á Vos os crucifican; piden la vida para el homicida, y para Vos (vida verdadera de las almas) la muerte; y os tienen por tan pernicioso para la república, que piensan asegurar y salvar sus almas tomando vuestra sangre sobre sí y sobre sus hijos, para quitaros á Vos del mundo, de la conversación de la gente y de la vida. ¡Bendito, alabado y glorificado seáis, mi buen Jesús!

¡Oh miserable de mí, Dios y misericordia mía! Con este mundo que así os trata, tengo yo hecha alianza; á este sirvo, en él tengo puesta mi atención; á él deseo contentar, siento perderle; amo recobrarle, por él y con él me pierdo. Dadme, Señor, desde hoy su perfecto aborrecimiento, y que sólo á Vos ame, sólo á Vos busque,

sólo á Vos desee y estime. ¿Cuándo, Dios mío, me veré con Vos, perseguido de tan mal mundo, abatido, deshonrado y contento con eso, como os veo á Vos, suavísimo amor de mi alma? ¿Qué bien me puede dar á mí, ni qué puedo esperar del que á Vos, sumo bien, así os desconoce y trata? ¡Oh, que vida tan perdida la que en él tengo gastada! ¡Qué malogrados pensamientos, deseos y cuidados los que he empleado en él! Curad, Señor, por vuestra bondad esta miseria mía; dadme perfecto aborrecimiento de cuanto hay en el mundo, para que á sólo Vós ame perfectamente. Téngame el mundo de aquí adelante en mala reputación, para parecerme á Vos; aborrézcame, para que Vos me améis; écheme de sí, para que Vos me recibáis, y tráteme de tal suerte, que ya que vuestro amor no me lleva á Vos, á lo menos la persecución del mundo me precise á buscaros.

Buen Jesús, vida y esperanza de mi alma; ya que el mundo os arroja de sí, venid á mí, yo os abrazaré, moriré por Vos y os reconoceré por mi Señor y mi Dios. Diga el mundo lo que quisiere; tráteos como no merecéis, yo os adoro, vida verdadera, adóroos verdad soberana, adóoros tesoro de bienes eternos; adóoros verdadero compañero y amador de las almas; entre ladrones os reconozco por mi Dios, y, trocado por el homicida, os confieso por dador de la vida eterna. Adoro ese amor, que á semejantes extremos os condujo; en él deseo abrasarme, consumirme, transformarme y llegar hasta el fin.

¡Oh mi Dios, ó infinita misericordia, cuánto tenéis que curar en mis maldades y desventuras! Cuando pongo los ojos en Vos y en mí, por lo que por mí pasasteis, y lo que tengo cometido contra Vos, deseo confundirme y meterme en los abismos, si pudiese, porque esto y mucho más merezco. Yo soy, Señor, más culpado en el pecado de esa gente; porque ellos os trocaron por Barrabás, criatura vuestra, á quien deseabais salvar, y por quien padecíais; moviéronse demás de esto por el aborrecimiento y envidia que os tenían; mas yo, Dios mío, os troqué muchas veces, no por pasión, sino por gusto; no por aborrecimiento, sino mala afición, conmutándoos por mis torpes apetitos; dejéos por la vanidad de mi corazón, por amor de los males que prohibís y por abominables y vergonzosos pecados Vos, riqueza de mi alma, ofrecéis á este pobre corazón por inspiraciones interiores vuestra divina hermosura, y yo quise más el gusto de las criaturas. ¡Oh mi Dios, por cuán bajas y feas cosas os desprecié! ¡Cuántas veces fuí en mí homicida de vuestro espíritu por lo que el demonio quería de mí! Deseando Vos vivir y reinar en mi corazón, quise yo más que viviesen en él cuantos pecados cometí, que no Vos, sumo y verdadero bien. ¿Cómo no se derriten en lágrimas mis ojos? ¿Cómo me atrevo á estar delante de Vos, mi buen Jesús? ¿Cómo puedo levantar los ojos á Vos, siendo tan malo y habiendo hecho tan perverso y desventurado trueque de vuestra Majestad? Perdonad, Señor de toda misericordia, perdonad mis grandes desventuras.

¡Oh, quién nunca os hubiera perdido ni arrojado del alma! Vos

sois mi vida, y os arrojé por verdaderas muertes; Vos sois mi sabiduría, y yo os desprecié por ceguedades; Vos mi clara luz, y yo os desechó por obscuras tinieblas. A Vos resistí, y favorecí mi carne; á Vos desprecié, y acepté en vuestro lugar males y pecados; á Vos, mi Dios, echó de mí y metí en vuestro lugar al diablo y á sus obras. ¡Oh Señor de toda piedad! La misericordia que os hizo padecer tanto por mí, os haga apiadar de mi miseria. Aquí me arrojo á vuestros pies, aquí me despido de todo lo que contra Vos amé, aquí renuncio cuanto hasta ahora estimé contra vuestra ley; haced Vos, Dios mío, que esto se perfeccione; entrad, buen Jesús, en esta alma que es vuestra; tomad, gloria mía, vuestro lugar, vivid y reinad en ella, mi soberano Rey. Aborrézcame, Dios mío, cuanto hasta hoy amé, sed Vos solo mi amado y acábense en esta hora mis pecados por vuestra misericordia. Hicisteisme, Señor, para Vos; sin Vos ando perdido, ni sé para qué es vivir si otra vez os he de echar de mí. Recogedme, Señor, curadme, sanadme, arrojad vuestros enemigos de esta vuestra alma, pues para vuestra morada la criasteis. Poseedla toda, haced en ella y de ella cuanto quisiereis, ahora y siempre; satisfaceos de mí á vuestra voluntad; castigad, atribulad, azotad, con tal que así me poseáis y sólo Vos hagáis mansión en este corazón, pues no sólo le criasteis, sino que con vuestra preciosa sangre le redimisteis para Vos y le comprasteis. Tal soy yo, Dios mío; pero cuando pongo los ojos en Vos, en el grande amor que me tenéis y mostráis, deseo abrasarme y derretirme todo en fuego de vuestro puro amor.

¿Qué sintió, Dios mío, vuestro inflamado corazón, cuando visteis dar vida al homicida y muerte á Vos? ¿Qué sentía vuestro divino amor cuando os visteis contado entre los ladrones? Ahora debéis estar contento y esta debe ser vuestra hora. Mientras predicasteis á los judíos, comíais y os acompañabais con pecadores y los fariseos os llamaban (con verdad) amigo de publicanos y pecadores: y porque siempre los defendíais diciendo que á ellos vinisteis á buscar, ahora os disponen muerte entre ellos, como uno de tantos, y como entre gente de vuestra parcialidad. Ahora, verdadero remediador de los pecadores, que os halláis entre ellos, que á ellos les dan la vida y á Vos muerte por ellos, y que teniéndolos junto á Vos en la cruz les podéis dar el Paraíso, ¿cuán contento estaréis, cuán satisfecho, trocado ya por los que buscáis, y acompañado de ellos? Este sois Vos, Dios mío, este vuestro amor, este vuestro gusto: que vivan todos y que muráis Vos; que á Vos os condenen para que todos queden libres. ¿Qué puede ese amor negar á quien tanto amáis? Pues, amor de mi alma, si esta es vuestra hora, también es la mía. Por ese amor os pido vida, vuestro amor, vuestra compañía, vuestra conversación interior. Todo os quiero á Vos, todo á Vos solo y con Vos me contento; dadme lo que vuestro amor os pide para mí. Antes que yo naciese, antes que os conociese y antes que os supiese rogar, vuestro amor hizo con Vos que me dieseis vuestra vida, vuestra sangre, vuestra honra, vuestra divinidad, y que ofrecieseis por mí y para mí todo cuanto tenéis. Ahora, Señor, que por vuestra mise-

ricordia os conozco por mi sumo bien y mi verdadero Dios; ahora que por vuestra bondad os deseo y clamo á Vos, ¿cómo me habéis de negar cuanto pidiere? No os pido, Dios mío, cosa para mi cuerpo, ni para la vida humana; os pido, buen Jesús á Vos mismo que os deis todo á esta alma, y esto es lo que Vos más deseáis.

Ya estáis en precio por pecadores, ya sois de mi cuadrilla, ya morís como los de mi compañía, y sé que estáis muy contento con ella. Venid, Señor y amigo de pecadores; venid también á esta pecadora casa, pues por pecadora es vuestra, y Vos por remediador de pecadores sois mío. ¡Oh hermosura mía, mi verdadera riqueza! Acordaos que cuando entrasteis en casa del pecador Zaqueo dijisteis que en aquel día llenó la salud de Dios aquella casa. Pues entrad, salud de mis llagas, en esta alma. Entrad, vida de mis muertes, en este corazón pecador, y no tardéis, que con vuestra entrada quedará todo limpio y sano. Entrad, mi verdadera alegría, de tal manera que nunca más volváis á salir de esta alma, ni tengáis asco, sino compasión de ella. Ved, Señor, cuán perdida y desbaratada se halla: ved la destrucción que hay en ella de cuantos bienes me disteis, y ved cuán lejos está de frutos de lo que en ella plantasteis. Haced, remediador y salud mía, vuestro oficio; limpiad, alumbrad, curad, abrasad, derretid, cautivad, y renovadlo todo con Vos. Concededme que no quiera desde ahora en adelante otro poseedor de esta alma sino á Vos, ni dejéis entrar en ella cosa que desagrade á vuestros ojos. Tratadme como quisiereis, y haced que no quiera yo otra cosa. ¡Oh dulce, oh piadoso, oh suave, oh mi Jesús!

Madre de Dios, mi Señora, y gloria del género humano, que tenéis más de este Señor que toda criatura, y que sola, más que todos sabéis cuántas y cuán grandes son las pérdidas de quien le tiene fuera de sí; pues sois la mediadora de los pecadores, y aprendisteis de vuestro benditísimo Hijo á tener misericordia de ellos, ayudadme á ser de la compañía de este Señor; entregadme Vos, y ofrecedme á El; alcanzadme su amor, y que siempre esté preso á El con perfecta imitación y sujeción de todo corazón á su voluntad, y que nunca me aparte de El. ¡Oh ángeles bienaventurados! ¡Oh gloriosos ciudadanos del Cielo que veis, por experiencia, las mudanzas que el amor de este Señor puede hacer en los pecadores y cuánto los purifica y glorifica! Apiadaos de éste mayor que todos; alcanzadme de El que desde ahora comiencen en mí estas mudanzas, y que todo me transforme en sí, que todo me abrase, y todo sin resistencia mía me posea. Amén.

## TRABAJO XXXVIII

### Ser azotado.

Deseando Pilatos librar de la muerte á Cristo nuestro Señor, por tener entendido que los judíos le acusaban de pura envidia y que no había en Él culpa alguna de las que le imputaban, instaba mucho al Señor sobre que respondiese por sí. Pasmábase de su silencio y sufrimiento, porque jamás se vió aquello en ningún reo. Mas ya que el Señor no volvía por sí, ni decía cosa de que Pilatos se pudiese valer, no dejaba por eso de procurar librarle, porque su inocencia era tanta que ella por sí hablaba. Viendo los judíos su intención, metieron el pleito á voces con que atronaban el aire, clamando que le crucificase; y cuando Pilatos replicaba, no se oía otra respuesta del pueblo ni de los príncipes, sino *crucifícale, crucifícale.* No puede el hombre llegar á peor estado para la salvación, que estar determinado al mal, por pasión, odio ó por tal gusto de pecar, que se guarde de la razón y justicia (que le puede obligar á dejar el pecado) como debiera guardarse de la misma culpa; porque éste hace de la voluntad ley y razón, que es el mayor mal de la vida, y una semejanza del estado infernal, indicio de perdición y de que Dios ha desamparado el alma.

Estaban los enemigos del Señor tan desamparados de la gracia, que habiéndoles puesto el demonio en su corazón que matasen al Señor, de tal suerte se arraigaron en esta mala voluntad, que queriendo después el demonio impedirla, no pudo; porque viendo el enemigo la inocencia del Señor, su grande y más que humana paciencia, empezó á recelar si era para su mal la muerte que intentaba, temiéndose mucho de que aquel hombre podía ser el Hijo de Dios prometido en la ley, de quien se hallaba escrito todo lo que el Señor estaba padeciendo, del cual sabía bien que le había de quitar el dominio que tenía en el mundo y arrojarle fuera de las almas. Con este recelo espantó aquella noche en sueños á la mujer de Pilatos para que impidiese la muerte del Señor, con tantos modos, que estando el juez tratando de las culpas que imputaban al Redentor, le envió á decir su mujer que no se metiese en juzgar á aquel justo, pues por El se había visto muy atormentada aquella noche en visiones; y esto cooperó también á que Pilatos pusiese tanto empeño en librar al Señor. Queriendo, pues, el demonio volver atrás en lo que había comenzado, y estando ya Pilatos persuadido á impedir la muerte del Señor, no lo pudo el diablo lograr, ni con la justicia y razón, ni con la clara inocencia del Señor, ni con el empeño de Pilatos, sólo por atravesarse la perversa voluntad de los enemigos del Señor determinada al mal. Siempre fué y será verdad, que la propia voluntad es el mayor enemigo del hombre.

Viendo, pues, Pilatos que ninguna cosa aprovechaba con aquella gente, antes bien cada vez crecía más su furia contra el Señor,

determinó quebrantarla (aunque contra justicia) castigando al Señor por las culpas que falsamente le imputaban, mandándole azotar á fin de satisfacer con este menor mal el odio de los judíos y librar á Cristo de la muerte. Tal fué la justicia contra el Señor que, por no matarle, se tomó por medio contra toda justicia, el azotarle; y no hubo más leyes que la ira y aborrecimiento de sus enemigos, en que se cuidó más de satisfacerles con azotes injustísimos sobre el Señor, que de recurrir á su manifiesta inocencia para librarle. Luego que mandó Pilatos recoger al Señor adentro y azotarle, sufrieron los enemigos aquella detención, por ser para hacerle más mal; pero mientras le azotaban, estaban ellos contratando que no se contentasen con aquel castigo, sino que, en viéndole azotado, volviesen á su porfía hasta que á fuerza de gritos y alborotos le hiciesen crucificar.

Metido el Señor dentro, le desataron las manos, que estaban ya cárdenas y denegridas de las sogas con que le ataron desde la hora de su prisión hasta entonces (que era entre ocho y nueve de la mañana, poco más ó menos), y le desnudaron, arrojando sus vestidos á los pies de todos ó en algún rincón de la casa. Quedó el inocente Cordero desnudo, á la vergüenza, sin resistir ni hablar una palabra; sólo su sacratísimo corazón se estaba ofreciendo al Padre Eterno, por cuya obediencia padecía, y mandando á sus sacratísimas carnes se dejasen abrir por todas partes, y á su preciosa sangre que por todas ellas saliese, pues era llegada la hora de que por ella se empezase á contar y pagar el precio de la redención del mundo.

Así, desnudo le ataron á una columna de la casa del patio de Pilatos, renovando con toda crueldad los dolores y cardenales causados por las sogas con que hasta entonces le tuvieron atado; y como estos azotes eran sentenciados, no por justicia, sino por quebrantar la furia y saciar el odio de los enemigos, no puso Pilatos número, ni hubo en ellos forma, ni figura de juicio. Conforme á la ley de los judíos, no habían de pasar de cuarenta, y por ley de justicia ordinaria no se acostumbraba azotar hasta desollar y casi matar, sino que todo se hacía con peso y medida. No así en el Señor, donde no hubo más ley que la voluntad y crueldad de los verdugos, atizados ya por los príncipes de los judíos para que hiciesen al Señor todo el mal que pudiesen; y para más complacerlos, se remudaban los verdugos, entrando unos de refresco á azotarle cuando otros se cansaban; y desde los pies á la cabeza le hicieron una viva llaga, dándole, no sólo en las espaldas, sino en todo el resto del cuerpo; y no habiendo ya por aquel lado cosa que no estuviese abierta á azotes, usaron de una nueva y nunca vista crueldad, desatando al Señor y volviéndole á atar con las espaldas á la columna y las manos atadas por detrás, descargando con la misma crueldad azotes en el pecho, estómago y demás partes, desde los pies á la cabeza; de suerte que más parecía su sacratísimo cuerpo desollado que azotado. El número cierto de los azotes no se sabe; pero dicen que fueron tantos, que pasaron de cinco mil.

La crueldad y grandeza de este trabajo no se puede imaginar. Hubo almas santas á quienes Dios hizo merced de manifestarles su sacratísimo cuerpo tan abierto y llagado como le dejaron los azotes, y quedaron tan pasmados y traspasados de dolor con semejante vista, que por sola ella vivieron toda la vida en continuo dolor y aflicción de los dolores del Señor, ardiendo siempre en un perpetuo fuego de tan excesivo amor como el Señor mostró á los hombres en este tormento. Paréceme que así como la abeja hace el panal lleno de agujeros, donde no sólo forma la miel, sino que de ella misma se sustenta, así quiso el Señor abrir con tantos azotes su cuerpo y venas, como un suavísimo panal en que sus hijos se crien y mantengan de su preciosísima sangre. Por tanto, los que saben sentir bien este tormento no se contentan con mirarle á bulto ó por junto, sino que recorren cada llaga, en cada una se detienen, á cada una adoran y de cada una sacan espiritual dulzura y amor, de que se mantienen.

En todo esto callaba el Señor; ni mudaba su hermosísimo rostro, ni mostraba tristeza, ni se desahogaba en lo que padecía; no torcía su delicadísimo cuerpo, ni abría su sacratísima boca, antes se mostraba tan entregado á todo, como si fuera insensible; tan callado, como el cordero delante del que le quita el vellón; tan sometido á cuanto querían hacer de El, como si fuera esclavo; tan sin quejarse, como si estuviera culpado y convencido; cada azote lo esperaba con sufrimiento, y cada uno lo ofrecía al Padre Eterno por el género humano. De este modo hacía todos los oficios perfectísimamente: en el cuerpo padecía, y con el alma ofrecía sus llagas y su sangre en sacrificio de los pecadores; y su sacratísima divinidad le aceptaba en precio y satisfacción de nuestro remedio. Y como este fué el primer tormento en que el Señor se vió bañado en su preciosa sangre, no es decible el abrasado amor en que su Corazón estuvo ardiendo mientras lo padeció, pues por él decía á sus Apóstoles que había de ser bañado en un bautismo que deseaba mucho, cuya tardanza le traía en una continua pena y tormento. Bien podemos juzgar que no era menor el gusto de verse ya metido en este suspirado baño, que el tormento gravísimo y cruelísimo de los azotes que abrieron tantas llagas por donde brotase la sangre y se bañase en ella. Todo esto son extremos de dolor y amor de dolor, como clara prueba de su excesiva caridad, y del amor que de tal suerte triunfó de este Señor, que le condujo al fin de cuanto por los pecadores quiso padecer.

Este es el espejo en que todos los Santos aprendieron el modo con que habían de tratar sus cuerpos, y obligarlos á servir al espíritu; porque mientras nos hallamos en esta vida, el mayor enemigo que tiene el alma es su cuerpo, pues éste sufre mal la estrechez y sujeción; y como no le impelen más que sus inclinaciones terrenas y apetitos de los sentidos, corre con tanta furia á lo que es inclinado, que las más veces engaña y derriba al espíritu, y él solo da más que hacer á los que de él quieren librarse que todos los

enemigos del alma. Lloraba San Pablo que hallándose interiormente iluminado en las verdades de la ley, y con propensión del espíritu para ellas, sentía en sus miembros otra inclinación tan contraria, que le pretendía someter á la ley del pecado, que tiene sus raíces en el cuerpo; y aquella contradicción á la ley purísima del Señor, le hacía que se reputase por ella más desventurado, que grande por las muchas mercedes recibidas; pues todas ellas no acaban de extinguir las malas inclinaciones del cuerpo. Y como los Santos en ninguna cosa se desvelan más que en la suma sujeción á la ley y voluntad del Señor, parece que de todo hacen poco caso mientras tienen mucho que hacer en sujetarse á ella sin contradicción de la carne. Por eso viven siempre descontentos de la vida, con aborrecimiento de sus inclinaciones corporales, y en guerra perpetua con el cuerpo.

Pues si San Pablo, confirmado en gracia como los demás Apóstoles y seguro por ella de la gloria, se llamaba desventurado con tantas mercedes como había recibido del Señor; si vivía en tales recelos que castigaba su cuerpo y le reducía á servidumbre (como él mismo confiesa) porque predicando á otros no fuese él reprobado; y si los Santos traían perpetua guerra con su cuerpo y le castigaban con espantosas penitencias ¿en qué confían para librarse de él los que en ninguna otra cosa se desvelan más que en darle gusto? El santo rey David por un pequeño descuido en mirar á una mujer ajena, sin recelarse por entonces de la malicia de su cuerpo, cayó en adulterio y homicidio. Su hijo Salomón, con haber recibido de Dios más sabiduría que todos los antepasados, por no negar á sus sentidos lo que le pedían, vino á ser tan cautivo de su cuerpo que llegó á negar á Dios, ofreciendo sacrificio á las mujeres gentiles. Y si á David no le vale su santidad, ni á Salomón su sabiduría para no caer cuando se descuidan, ¿cómo podrá mantenerse sin caer quien pone todo su cuidado en los gustos del cuerpo? Por tanto, tomando el Señor sobre sí las penas que nuestro cuerpo merece, quiso ser azotado de pies á cabeza y llagado en todos sus miembros; para que ya que nosotros vivimos en tan sumo descuido que en todos pecamos y á todos los tratamos como amigos, siendo los verdaderos enemigos del alma, no quedase en El miembro que, con muchas llagas y copiosa sangre, no pagase por las culpas de los nuestros. Y no contento con esto, aumentó otros dolores á los miembros en que no cabían azotes, como después diremos, para que todos ayudasen á pagar con dolor nuestros desordenados gustos.

De esta planta divina brotaron las grandes penitencias de los Santos, los azotes que se dieron para mortificación de su cuerpo (que es un género de penitencia católica que no leemos se usase más que por los cristianos después de la venida del Hijo de Dios á la tierra), los cilicios, las cadenas de hierro que algunos trajeron, y, sobre todo, el refrenar los sentidos para que no vean, oigan, hablen ni gusten ni aun de cosas lícitas, á fin de que, castigado y re-

frenado el cuerpo, sirva al espíritu y no le impida sus verdaderos bienes; y aunque de esto hay notables ejemplos, mencionaré sólo uno, referido por Paladio: que estando dos Santos hablando de Dios sobre la lección de la Sagrada Escritura, uno se distrajo mirando cómo un arado iba abriendo la tierra en una heredad que tenían delante. Preguntado por el otro qué le parecía de lo que trataban, le dijo que se lo repitiese; y volviendo sobre sí con la reflexión de que por la distracción de los ojos apartó la atención de las cosas divinas que trataba, se dió un espantoso castigo. Mandó hacer un cinto y un collar de hierro, con otro hierro corto que tiraba por delante desde el collar al cinto, de suerte que le hacía andar siempre con el cuerpo doblado y la cabeza inclinada, sin poder mirar al cielo; y se condenó á no salir de la celda sino para la iglesia, por una senda muy estrecha, por la cual iba siempre mirando á los pies, sin derramar la vista á ningún lado; y en este castigo que dió á su cuerpo perseveró cuarenta años. Preguntándole los discípulos por qué no se enderezaba para mirar al cielo y á las criaturas que incitaban á la alabanza y amor de Dios, dió una respuesta digna de tal santidad: Yo, hijos, bien veo cuán bueno es ver el cielo y alabar á Dios por sus criaturas; pero como este cuerpo es un malvado enemigo mío, y el demonio siempre le atiza al mal, tengo con ambos este género de batalla para que se ocupen en tentarme á que deje esta penitencia y no me inciten otros mayores vicios; porque si me vencieren en esto, es materia en que yo quedo sin culpa y ellos sin victoria, y si no me pudiesen vencer, quedan ellos más corridos y yo más seguro. Este es el espíritu del Señor y verdadera imitación de Cristo: no esperar á verse en las tentaciones, peligros y pecados para hacer después penitencia; sino atajar con la mortificación de sus cuerpos la malicia que reina en ellos por el pecado de Adán, en que nacemos; para que no se levante contra la ley de Dios y contra el alma, y que cuando quisiere levantarse tengamos tomado el puerto. Privarse de cosas lícitas para que el cuerpo gima acerca de lo que es debido y se contente cuando le dieren lo necesario, y de este modo se descuide de pedir cosas ilícitas.

Vean ahora dónde quedan los que sirven á los cuerpos como á sus señores, y al alma tan escasamente, con tanta frialdad y tardanza, que siempre la dejan necesitada y hambrienta; viéndose desatendida en su misma casa la señora, y el cuerpo, nacido para siervo, vive señor, saciado y lleno de malicias. Quien con las penitencias de los Santos no se atreve, tiene un singular consejo para castigo y pena de su cuerpo, que es sujetarle á cosas que purifican el alma y acercan á Dios, como son el uso de los Sacramentos y la oración interior: porque con esto no vive tan desenfrenado, y en la oración le hacen estar preso y que sea conocida su malicia, para que no engañe con tanto despotismo. La oración es la cosa que menos sufre el cuerpo, y á trueque de ella escogerá sujetarse á los azotes; porque en la oración mental están atados los sentidos, sus inclinaciones y la vanidad de sus pensamientos, en que más se ex-

playa, y de la oración sale el alma más cuidadosa y vigilante sobre el cuerpo. Por conclusión de esta materia, en que hay mucho escrito, renuevo una divina especie de San Cipriano, en el libro *De la virginidad:* Que así como el esclavo no es apreciado por ser galán, suave y gracioso, sino por ser muy aplicado é incansable en el servicio, así nuestro cuerpo es más apreciable y se hace más digno de la compañía del cielo cuando, despreciando la ociosidad, delicadeza y regalo, se rinde más al trabajo, y cuanto puede con más carga, tanto mejor hace su oficio en la casa de nuestra humanidad.

EJERCICIOS DE LOS AZOTES DEL SEÑOR

Llegó, mi buen Jesús, la hora en que os han de rasgar vuestras purísimas é inocentes carnes; llegó la hora en que os han de abrir vuestras venas y habéis de derramar vuestra preciosa sangre para nuestro remedio. ¿Qué corazón ha de haber para ver un castigo tan cruel en Vos, mi único y verdadero bien? Múdese esto; á mí me corresponde, pues yo soy el que pequé. Con Vos no se guarda, bien mío, ninguna justicia. Pilatos os reconoce inocente, y dice á los perversos judíos que os castigará, y enmendado os soltará ¿Qué ha de enmendar en Vos, pureza infinita? ¿De qué os puede castigar, cordero sin mancha? Sin que habléis, ni respondáis por Vos, conoce Pilatos con toda claridad vuestra inocencia, y por saciar el odio de vuestros enemigos dice que os quiere castigar. Todas las leyes se quebrantaron para Vos, que á todos guardáis ley. Castígase al culpado para que los demás se precavan, y no sea necesario castigar á muchos; pero á Vos, mi bienaventuranza, os castigan sólo por hartar la ira de vuestros contrarios. No se usa con Vos de más ley que la perversa voluntad, envidia y aborrecimiento de los fariseos, y aun el medio que se toma para libraros de la muerte es abriros á azotes, con el fin de satisfacer la mala voluntad de los que en todo os acusan falsamente. Bendito y alabado seáis, Dios mío; el cielo, la tierra, y todas vuestras criaturas os alaben. No acontece esto, Dios mío, casualmente; Vos lo ordenasteis así, así lo quisisteis y anduvisteis toda la vida suspirando por esta hora en que os habían de hacer todo una llaga, saciarse de vuestra preciosa sangre y bañaros en ella. Yerra Pilatos en cuanto hace; pero nace todo de la ley de vuestro amor. Este arde perpetuamente; desea leña en que se encienda más, y como dió en esa sacratísima humanidad, hace todos esos extremos. La ley de vuestro amor es no tener regla, medida, figura, ni orden de justicia humana; sino que todo os quiere consumir en puro fuego, y expenderos todo por mí. Tiene por poco que con Vos se guarden las leyes y que os hagan justicia; quiere arder sobre toda ley, sin término y sin el orden que se os debe, y por eso hace que os deis todo por mí. ¡Oh amor! si tanto puedes hacer en un soberano Señor ¿por qué no consumes á este siervo? ¿Sólo para mí se ha acabado tu fuerza? Os amo, mi buen Jesús, y deseo consumirme todo en vuestro amor. No queráis arder solo, Dios mío, en ese fuego; abrasadme también á mí, pues eso es lo

que pretendéis, y bien podéis consumir la escoria de esta alma, y hacerla toda fuego.

No quiso vuestro amor que os tuviesen cortesía; sin ningún respeto os desnudan y atan á esa columna; remúdanse los sayones cansados de azotaros, y aunque en todas las cosas de mi favor guardasteis siempre conmigo piadosas leyes, llegando á padecer, queréis que con Vos se quebranten todas y que por cuarenta azotes que prescribe la ley, os den tantos que pasasen de cinco mil; y que no bastando para ellos las espaldas, os vuelvan por el pecho, y en ellas y en el estómago (cosa nunca vista), en los brazos y piernas, en fin, de pies á cabeza os llenan de crueles azotes, unos sobre otros; todo os abren; por todas partes corre esa preciosa sangre, como si tuviéseis por mal empleada la parte de vuestro cuerpo que por mí no derramase cuanta sangre tuviese; de este modo quisisteis servirme todo, y parecer por mí un leproso llagado de pies á cabeza. ¡Oh vida de mi alma! ¡Oh riqueza y abundancia de mi corazón! Aquí me pasmo, quedo atónito, y enmudezco. Arrójome á esos pies sacratísimos, besaré ese suelo regado de tan preciosa sangre; aquí lloraré mis pecados, que así os trataron; aquí los confesaré; aquí esperaré vuestra misericordia, y nunca de ella me apartaré. De llaga en llaga andaré, como abeja por el panal de miel, gustando la suavidad de vuestra dulzura, ya que quisisteis, Criador mío, haceros un panal tan abierto para esta vuestra criatura; y así como la abeja se cría en el panal para salir siempre inclinada á él, quisisteis también, dulzura de mi alma, recogernos en esas preciosas llagas de que nos mantenéis, y sustentar nuestros corazones con la suavidad de vuestra preciosa sangre. Ahí nos abrazáis con amor de madre, ahí nos llenáis de bienes como verdadero Padre; ahí nos enriquecéis y ensalzáis como poderoso Señor, para que siempre vivamos de Vos y en Vos, para que á Vos corramos y siempre nos parezcamos á Vos. Ya, Señor, no puedo decir con David que los pájaros tienen nidos en las tejas y mechinares en vuestra casa para recogerse, y que yo no, ni puedo decir con Vos que las raposas tienen cuevas en qué recogerse, y que yo vivo sin tener dónde refugiarme; pues Vos, piedra firmísima, recibidor dulcísimo de los atribulados, dulcísimo agasajador de todos los que os buscan, os abristeis todo para recogernos en Vos. ¡Oh, si nunca me apartase de aquí! ¡Oh, si nunca conociese otro lugar de descanso! ¡Oh, quién siempre suspirase por las llagas de esos azotes, y se encerrase en ellas con toda el alma!

Cómo, vida mía, esperanza de mi corazón, salud de mis gangrenadas llagas, ¿cómo sois tan cruel para Vos, y para mí tan blando? ¿No parecería yo mejor abierto á azotes, pues pequé, que Vos, inocentísimo Cordero? Yo os ofendí con todos mis miembros, y con ellos y los sentidos que me distéis he servido á la malicia de mi voluntad, al mundo y al demonio; córrome de pensar y decir cuán mal usé de todo; Vos, luz verdadera y sabiduría infinita, lo veis; bien sabéis que sería poco abrirme todo en llagas para satisfacción y remedio de aquellas con que plagué á esta pobre alma; y con todo eso,

sabiendo Vos cuán feas y abominables son, me perdonáis á mí, á mí me regaláis, á mí me mantenéis con vuestros bienes, y á Vos os abrís todo en llagas. ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te consumes! Muda toda mi vida, cuerpo, substancia y alma en ese fuego y en tu santo servicio. Bien sabéis, Dios de mi alma, que la mejor prenda de un esclavo es abarcar mucho trabajo y servir para mucho; padezca, pues, y sirva mucho mi cuerpo para utilizar al alma, cuyo esclavo es, hasta que merezca ser su dulce compañero en la gloria. Así debía ser; mas yo amé siempre á mi cuerpo, siempre le serví, siempre hice su esclavo al espíritu; por él os perdí á Vos, todo mi bien, repetidas veces, y cuantos bienes me disteis los destruí por su gusto; todo lo gasté mal como infiel siervo, rebelde y traidor. Vos, inocentísimo Cordero, que no tenéis cuerpo desobediente, sino compañero fidelísimo del alma, le tratáis como contrario; y lo que yo debiera padecer, Vos lo quisisteis sufrir para perdonarme. ¡Oh infinita liberalidad, aquí me ofrezco todo á vuestros pies! Partid conmigo, Cordero Jesús, esos azotes. Vos sois mi Señor, mi amigo, mi verdadero Padre, suave para mí y sólo riguroso para Vos. Entregáis vuestro cuerpo á crueles manos y malicia desenfrenada, que, sin piedad y sin término, os llenen todo de azotes y de llagas; y para castigarme á mí estáis Vos mismo, piadosísimo Padre, pesando con vuestra mano los trabajos que me habéis de dar por la medida de lo que alcanzan mis fuerzas, y ayudándome sobre esto á que pueda llevarlos; os compadecéis de lo que me duele, y reguláis por vuestro blando corazón y amorosísima voluntad que me tenéis, los azotes con que me castigáis. Pues, Dios mío, ¿de qué me puedo quejar? Verdaderamente me porto como malo cuando me quejo, y como perverso cuando no tomo de esa mano los trabajos que me da, y mucho más porque para hacer mi gusto y servir á mi voluntad, todo trabajo me parece poco; y para complaceros á Vos, cualquiera cosa se me hace grande é insoportable. Mudad, Señor, esto desde ahora para siempre, pues para eso me entrego todo á Vos; azotad, castigad y atribulad á este perverso pecador; haced de mí todo lo que gustareis; traedme siempre sujeto á vuestras manos, preso á vuestra providencia, ni me dejéis querer otra cosa sino padecer con Vos; y hasta que esto me sea gustoso y suave, no levantéis la mano aunque mi carne se muestre rebelde, pues sois poderoso para mudarla y sujetarla á Vos.

¡Oh sangre purísima y preciosísima, yo te adoro! No me levantaré, Señor, de vuestros pies hasta que todo me lavéis con este sacratísimo licor; corra, dulce Jesús, sobre mí, láveme y purifíqueme todo; pues sólo en El consiste mi remedio. La sangre de los inocentes dicen que sirve para curar la lepra, y de vuestra sangre dice Pablo, que tiene virtud para limpiar las conciencias, sanándolas de las obras muertas para servir á Dios vivo. ¡Oh Cordero de Dios, que quitáis los pecados del mundo, inocentísimo y purísimo! Ved aquí este leproso llagado de pies á cabeza, tullido de culpas y pecados, bañadme con esa sangre que tan inflamada y ardiente sale de vues-

tras llagas. A San Pedro dijisteis que no tendría parte con Vos, si Vos no le lavaseis; pues, Señor, veis aquí cabeza, manos, deseos, alma, voluntad, entendimiento, obras, aficiones, sentidos interiores y exteriores, todo se halla en mí perdido, todo sucio; lavadme, Dios mío, con la virtud de esta sacratísima sangre; purificadme y limpiadme con ella, para que sólo esté unido á Vos perpetuamente, para que siempre os imite, inocentísimo Cordero, y siempre os siga, mi verdadero pastor, mi pasto y mi guía.

¡Oh Madre de Dios purísima que concebisteis este purísimo cuerpo para ser por mí despedazado, y criasteis á vuestros pechos esta sangre para que por mí fuese derramada, y de su virtud recibisteis Vos más que todos! Tened piedad de este llagado pecador; alcanzadme un entrañable dolor de estos dolores de vuestro único Hijo, imitación de estos ejemplos, aborrecimiento de mis pecados, que tanto trabajo le ocasionaron, y perfecta entrega á este Señor, para que no se pierda en mí lo que por mí padeció. ¡Oh corte celestial, regada de estas fuentes, que de estas llagas recibisteis la hermosura que gozáis, y en estas vivas aguas vivís anegados en perpetuos bienes! Valed á este miserable; amad, alabad y engrandeced por mí á este Señor; lo que yo no sé hacer por mi ruda bajeza, suplidlo con el amor que tenéis, luz en que ardéis; y alcanzadme de este Señor un ascua que prenda en este corazón, se encienda y arda hasta consumirme y mudarme todo en Él. Amén.

## TRABAJO XXXIX

### Ser coronado de espinas.

Desatado el Señor de la columna, después de cansados los sayones cuando vieron no haber parte donde pudiesen darle más azotes, quedó tan lleno de llagas, que por todo su cuerpo corría sangre y regaba aquel suelo. El aire le enfriaba y cuajaba la sangre; el frío traspasaba las heridas abiertas, cada cosa le renovaba los dolores y ocasionaba un nuevo y gran tormento. Así llagado y corriendo de El sangre en total desnudez, pasó el Cordero Jesús á buscar sus vestidos, y como éstos andaban por debajo de los pies de gente tan malvada y empeñada en hacer cuanto mal pudiese aumentar á Cristo algún trabajo, es creíble que unos darían puntapies á los vestidos, tirándolos por una parte, otros por otra, diciéndole baldones y apartándose de El para no mancharse con su sangre. El Cordero de Dios andaba de una á otra parte con toda mansedumbre, sufriendo estas afrentas sin quejarse, ni perder su paciencia y modestia, hasta que tomó los vestidos. Comenzándose á vestir, aunque su cuerpo estaba tal que cualquiera corazón humano (por ser naturalmente blando y compasivo) pudiera tener de El mucha lástima, no fué así en aquellos durísimos ministros, antes como osos y lobos encendidos con la sangre en mayor crueldad, y no satisfechos de lo cansados que quedaron de azotar al Señor, inventa-

ron el más nuevo género de tormento y el más cruel de cuantos hasta allí se habían imaginado. Bien se ve aquí la general condición de los pecados que la naturaleza suele cometer con desahogo y gusto, que siempre los ya cometidos dejan hambre y apetito de otros; y aunque la naturaleza se canse, nunca se harta; siempre es mayor el deseo de pecar, que la posibilidad de la naturaleza para ejecutar lo que desea. Y uno de los mayores engaños de los pecadores es figurárseles cuando se ven tentados de un pecado, que satisfaciéndose en él quedarán libres de las tentaciones, lo que es notable engaño; porque un pecado guía con su peso á otro, y el alma que por la culpa se privó de la gracia, perdió las fuerzas para resistir; el cuerpo, mientras está refrenado, tiene menos disposición para rendirse á los apetitos que después de experimentar la obra del pecado. Estos malvados verdugos, empeñados con toda disolución en afrentas y penas del Señor, llegaron á perder del todo la compasión y humanidad propia del corazón humano; se cansan, y no se hartan; y llegan á parecerse en la malicia á los infernales espíritus, y en la crueldad á las fieras y brutos animales.

Habían los judíos acusado al Señor de que se hacía Rey contra la ordenación de los emperadores romanos. Pilatos desvaneció aquella idea haciendo que le azotasen, por ser este un género de castigo tan bajo, que no se acostumbraba dar sino á personas bajísimas, que así quedan infames para no poder servir aun en cargos inferiores de la república; y teníase por tan notable afrenta, que cada ciudadano romano tenía privilegio para no ser azotado, y todo vasallo de los romanos trabajaba por aquel honor, á fin de que en cualquiera parte donde estuviese no se le pudiese aplicar tal castigo; y aunque por estar ya azotado el Señor mostraba bien una tan baja suerte que no pudiese afectar el ser Rey, con todo eso los ministros y soldados, valiéndose de aquella falsa acusación, quisieron divertirse tratándole por escarnio de Rey, á fin de que todo el pueblo le zumbase mejor de su reinado. A este fin, cuando el Señor se acababa de vestir, volvieron á desnudarle y le pusieron una capa de púrpura; tela que, por su color y fineza, era propia de príncipes, y como traje real se la quisieron poner; y no debiendo pensar que en un cuerpo tan llagado quisiesen ensangrentar tela nueva y preciosa, sería sin duda algún pedazo de púrpura despreciable, que por manchada y rota andaría por los rincones y serviría para que los criados de Pilatos limpiasen los zapatos; pero que en el color y la trama mostraba todavía que había sido púrpura.

Sentando al Señor con ese injurioso traje, hicieron los ministros una corona de espinas, tejida de tal suerte, que ciñese toda la cabeza, no sólo alrededor, sino por encima, á manera de gorro, para que la cabeza fuese por todas partes atormentada. Las espinas (según se ve en las que aún perseveran, y la Iglesia venera como sacratísima reliquia) eran tan duras y tan grandes como las de los árboles de Cidra. Y como esta corona no se hizo con medida, ni por oficiales amigos, es de creer saldría tan apretada, que sólo á la fuer-

za ajustase en la cabeza del Señor, para que por todas partes fuese mayor el tormento. Así puesta hizo cada espina su llaga, abriendo fuentes de sangre, que corría por el sacratísimo rostro, ojos, orejas y cuello del Señor, bañándole todo en sangre. Y por cuanto los verdugos temían herirse con las espinas y no podían sentar bien la corona á su satisfacción sin lastimarse las manos, la apretaban á fuerza con palos ó cañas, dándole con ellas muchos golpes sobre la corona para que se clavasen bien las espinas, sin saciarse hasta que las vieron bien entradas por la carne. Muchas de estas espinas, al llegar al casco, que es más duro, romperían la carne por una parte y saldrían por otra; en la carnosidad y nervios entrarían del todo con tantos, tan inmensos y tan crueles dolores, cuales no podemos imaginar. Y es de creer, que si el Señor hubiera pasado este solo tormento, bastaba para quitarle la vida; y que es uno de los mortales para cuya tolerancia confortó el Señor con su divina virtud la humanidad, para que no muriese ni desmayase hasta llegar á la Cruz. Pero no pensaba en los gravísimos dolores que padecía la cabeza, porque éstos los quería pasar por nuestro amor. Duráronle estos dolores, sin templarse, hasta expirar en la Cruz; porque la cabeza es tan delicado miembro, que no recibe alivio mientras no se quita la causa del dolor, y por tanto hicieron siempre las espinas su oficio con rigor. El que padezca algunos dolores de cabeza, podrá figurarse cómo estaría el Señor entre los crueles tormentos que le afligían y quitaban la vida hasta darla en la Cruz, sin tener un momento de alivio en su sacratísima cabeza, para pasar mejor los que le restaban. Sin duda que, bien considerado esto, parece que la naturaleza se angustia y cansa en sólo imaginarlo. Y siendo tan distante de la obra la imaginación, ¿qué sería pasarlo?

En medio de esto derramaba el Señor muchas lágrimas por nuestros pecados (como hizo en toda su Pasión), sintiendo el mal que nos hacen los gustos con que nos coronamos, por los cuales estaba El allí pagando con tan excesivos dolores. Corrían las lágrimas mezclándose con la sangre, y quedaba hecho un suavísimo ungüento para curar nuestras llagas. Parece cosa que pasma ver cómo el Padre Eterno, siendo de infinita blandura, dejaba pasar tan adelante los dolores y tormentos que veía padecer á su unigénito Hijo, infinitamente amado. Pero como ardía un mismo fuego de amor en el Hijo que padecía y en el Padre que lo mandaba, miró más á los pecadores por la suma necesidad que teníamos de la sangre y dolores de aquel divino Cordero, que á El mismo por entonces. Y aunque mucho menos bastaba para nuestro remedio, usó de aquellos excesos para mostrarnos lo mucho que nos ama. Pero ¡oh infeliz dureza nuestra, que ni todo ello alcanza para que sea amado de nosotros y para que dejemos los pecados que el divino Cordero paga con tantos dolores y desea lavar con lágrimas y sangre! No contentos los malvados ministros con los escarnios de la corona y púrpura, y viendo que acostumbraban usar los reyes cetro ó vara de oro, que muchas veces traían en la mano, pusieron en la del Señor, por es-

carnio, una caña en lugar de cetro, mostrando con aquello cuán vano era su reino. En esta figura se vió el Señor escarnecido entre aquella inhumana gente, que añadió muchos y afrentosos baldones en zumba de su reino, como diremos en el trabajo siguiente.

Muchas y graves causas apuntan los santos de por qué quiso el Señor pasar tan nuevo y cruel género de tormento: primeramente, porque tenía ofrecida toda su humanidad á padecer por nosotros y satisfacer en cada parte de su cuerpo las maldades que nosotros en cada miembro cometemos. Todo el cuerpo le tenía abierto en llagas por los azotes; las junturas y nervios habían de pasar cruel tormento en la Cruz; la cabeza, en que no correspondían azotes ni otros martirios de la Cruz, quiso que por este nuevo é inaudito padeciese. Y así como es el miembro principal donde están los sentidos y que sirve al hombre de instrumento para usar de la razón, entendimiento, consejo, juicio y aprobación ó reprobación de las cosas; así también el Señor quiso que su cabeza padeciese uno de los principales y mayores tormentos, en que todos los sentidos penasen y pagasen cuanto nosotros pecamos por todos ellos. Acaso pretendió el Señor abrirnos por este medio los ojos, para que veamos cuán verdaderas espinas son para el alma los consejos, juicios y determinaciones humanas que van contra su ley y doctrina. La cabeza es el gobierno de todo el hombre; pero si va fuera de Dios, yerra más cuando más piensa que acierta; y cuando el hombre se tiene por más satisfecho, anda su alma más destruída, y tiene los caminos del cielo más cerrados. Por el profeta Oseas dijo Dios, que sembraría de espinas nuestros malos caminos, para que nos fatigasen é hiciesen abrir los ojos. Estas espinas son las cosas trabajosas en que nuestros consejos ó caminos nos meten, y hacen la vida tan cansada y peligrosa para la salvación, que apenas se puede pasar; porque en saliéndonos del gobierno suave de la ley y doctrina del Señor (que da quietud al alma, descanso al espíritu, amor y oficios debidos para el prójimo), forzosamente hemos de caer en inquietud, perturbación del alma, desastres exteriores, peligros de conciencia y cosas tan penosas, que si no vuelven á reformarse con la ley del Señor, ellas mismas nos llevan de unos trabajos y pecados á otros, ahogando el alma, que es la que más padece en tales pasos. Estas espinas que proceden de nuestra cabeza é ingenio apartado de Dios, son las que más punzaron y atormentaron al Señor. Y pues le dieron tan cruel trabajo, mire cada uno por sí y conozca cuánto mal harán en su alma.

Declarando San Cipriano el símbolo, apunta otra causa de este tormento diciendo, que el Señor, por lo mucho que nos ama, quiso coronarse de la pena que dió á Adán por su pecado de desobediencia en el Paraíso terrenal; pues no sabiendo arrepentirse prontamente y pedir misericordia á Dios (á quien tenía ofendido), le dió por pena, que ya que no supo aprovecharse de los placeres del Paraíso, para servirle más y obedecerle, no solamente los perdiese arrojado de allí, sino que pasase la vida en sudor de su rostro, y que la tie-

rra, en lugar de pan y otros frutos, le diese zarzas y espinas. Y según lo que experimentamos en nuestros miserables cuerpos, y en los espíritus encarcelados en ellos, no sólo pasamos este trabajo y castigo en los bienes temporales, sino mucho más, y con mayor peligro, en los desórdenes y rebeliones del cuerpo contra el espíritu, y en las tentaciones con que los enemigos del alma no la dejan gozar con perfecto gusto los frutos del Espíritu Santo. Queriendo nuestro Señor mudar este castigo del pecado de Adán y de sus descendientes en mayor provecho nuestro, quiso ser coronado de las mismas espinas que nos fueron dadas por castigo, á fin de que, puestas en su cabeza, mudasen de valor y en adelante no fuesen tanto castigo de pecados cuanto materia y ocasión de merecimientos.

Así es; pues desde que el Señor con sus trabajos santificó los nuestros, nos sirve de camino más seguro del cielo y de mayor honra lo que antes era afrenta y pena de la culpa. Los desórdenes de las rebeliones de la carne contra el espíritu, que tanto fatigan á los siervos de Dios, dan, por virtud de la Pasión del Señor, ocasión de batalla, de victorias, de merecimientos, de corona y de gloria; y si también son ocasión de caídas y culpas, queda la batalla más justa y la victoria más gloriosa; porque pudiendo el alma consentir en la culpa sin pelea, libremente se priva del deleite y declara guerra contra sí, por mantener el amor debido á Dios y la observancia de su ley, tan acepta á sus ojos, que por ello da la gloria; y no lo hiciera así, si las tentaciones y trabajos fueran solamente castigo; porque el culpado no merece nada en justicia por lo que paga, pues lo tiene merecido por la culpa. Pero el Señor quiso convertir el destierro (á que con Adan fuimos condenados) en campo de conquista para el cielo, y hacer de los trabajos y tentaciones de la vida batallas de honra; y para que en ella merezcamos mucho quitó la afrenta del castigo, coronándose con él, y dándole el valor de su persona y la honra de su sangre, con que el más atribulado y constante sea más honrado y premiado en su corte. Si esto no fuera así, el Señor, que es justísimo en sus obras, cuando en el bautismo nos quita la culpa original, también nos quitaría las penas de que por El nos hicimos reos; porque donde perfectamente se perdona la culpa no corresponde pena, y el mismo Señor, que nació sin culpa original, hubiera vivido en este mundo sin las miserias y trabajos que la culpa introdujo; pero El mismo pasó tantas miserias, y nosotros quedamos cargados de ellas después de perdonarnos el pecado, á fin que por su virtud y divina misericordia, lo que antes era castigo de la culpa, sirva ya de moneda para pagar la deuda.

Cuán gran merced sea la de quedarnos como continuo merecimiento del cielo la cosa más cierta y ordinaria de esta vida (como son los trabajos), con cuyo buen uso aseguramos la eterna, no se puede encarecer con palabras; porque gente que no tiene caudal para pensar en poder merecer bienes eternos, hallarse ya con ellos reducidos á la hacienda más casera, más ordinaria y traída entre manos, por la cual puede hacer contratos y transacciones de tra-

bajos temporales por bienes eternos, es la mayor merced que el Señor nos pudo hacer y la mayor dicha que podía venir á gente tan necesitada como nosotros. Esto debemos á la corona de espinas y Pasión del Señor. Y siendo así, debe correrse el cristiano (según San Bernardo) de que siendo miembro de una cabeza traspasada de espinas se trate con delicadeza. Antes que el Señor se coronase de espinas fué plagado de llagas, porque á tal tratamiento de cabeza correspondía que los miembros pasasen por otro semejante. El es cabeza de la Iglesia, nosotros los cristianos sus miembros; ¿pues que cosa tan impropia será un miembro regalado con demasías y desordenes, á vista de la cabeza coronada de espinas? El que de ella se corra para no imitarle, debe recelar mucho más que el Señor se avergüence de él para no tenerle por su miembro. Animales hay que guardando la cabeza ofrecen por ella al peligro todo el cuerpo. Esto era más propio entre Dios y nosotros, que fuésemos nosotros los traspasados de espinas, y aquella sacratísima cabeza libre de ellas. Mas ya que fué servido de hacernos tan gran merced de no eximirse de semejante trabajo ¿qué desatino será de los cristianos pensar que Cristo, cabeza nuestra, sufriese las espinas para que los que somos sus miembros trajesemos la nuestra derramada á toda soltura? ¿Y será posible caber en entendimiento de un cristiano, ver que el Señor quiso ser conocido por padre amorosísimo, amigo verdadero, Redentor abundantísimo y piadosísimo, por un rostro de ojos hinchados de llorar por los pecados del mundo, mejillas denegridas á bofetadas, cabeza coronada de espinas, por cuyo rostro conociésemos el verdadero é infinito amor que su corazón nos tiene, y pensar á vista de esto que ha de reconocer por suyo al que anda toda su vida en delicias mundanas, diversiones, pasatiempos, distracción de sentidos, con perpetuo descuido de lo eterno y olvido de tan grandes mercedes? Si tal locura cabe en tan soberano pastor de las almas, bien pueden sus ovejas darse á delicias de la tierra. Pero la sabiduría infinita de su majestad enseña, que no es el siervo mayor que su Señor; por tanto, quien no quisiere errar, arregle sus acciones á vista de este espejo coronado de espinas.

### EJERCICIO DE LA CORONA DE ESPINAS

Adóroos mi verdadero Rey. Adóroos mi soberano Señor. Adóroos todo abierto en llagas por curarme las mías. Adóroos teñido en sangre por lavar mis pecados. Adóroos desnudo y afrentado por cubrirme y honrarme. Bien bastaba, Señor, la sangre que de todo vuestro cuerpo mana, aunque vuestra sacratísima cabeza no derramara la que tiene en sí. ¿Tan sin provecho para mí quedaría esa divina cabeza no padeciendo particular trabajo, que para ella como miembro principal se busca tan nuevo y tan cruel tormento? Toda queréis que sea traspasada de duras y crueles espinas, atormentada con inhumanos y terribles dolores y que corran de ella tantos arroyos de sangre cuantas son las llagas que abren en ella las espinas. Queréis, divino Cordero, que ese hermosísimo rostro, ya que no ha

de ser descoyuntado, sea por mí cubierto de esa sacratísima sangre; todo de pies á cabeza parecéis una llaga, abierta para mi alma en remedio de mis miserias. Adoro ese divino amor que me tenéis; os doy infinitas gracias por tantas y tan grandes misericordias como me habéis hecho, y por las muchas muestras de la fidelísima amistad que siempre me tenéis. Penetrad, mi buen Jesús, con esas espinas este corazón; vengan de esa sacratísima cabeza hirviendo en sangre y en inflamado amor que me abrase, derrita y mude todo en Vos. ¡Oh, si acabase ya de conocer, amor de mi alma, cuán mal empleado está en mí todo lo que no se emplea en Vos! ¿Cuándo llegará la hora, mi bienaventuranza perfecta, en que de todo corazón y de lo más íntimo del alma os ame y corresponda fidelísimamente á ese amor, entregándome todo y consumiéndome en él? ¿Para qué quiero vida, para qué quiero cuerpo y alma, para qué quiero ninguna cosa, si no ha de estar todo ardiendo en vuestro amor y servicio, que sólo merecéis mi corazón? Ese sois Vos, mi Señor; en todo os parecéis á Vos; todo sois amable, todo liberal, todo lleno de misericordias y todo empleado en mi remedio. Yo soy este, que en todo me parezco á mí, miserable, pobre, duro, tibio, frío en vuestro amor, amigo de mí y olvidado de Vos. ¡Oh bondad, oh misericordia, oh liberalidad, oh río lleno de bienes y mercedes; acordaos de mí y no me desamparéis!

La principal parte del cuerpo por donde nos conocemos y diferenciamos, es, Señor, la cabeza, donde está el rostro, los sentidos, los instrumentos de la vida y de la conversación, la hermosura ó fealdad; donde acuden los indicios de alegría ó tristeza, aflicción ó miedo, salud ó dolencia, y todos los afectos del alma. Esa quisisteis Vos, Dios mío, que en Vos estuviese atravesada de espinas y con el rostro bañado todo en sangre. Por eso, mi hermosísimo Jesús y suavísimo esposo de mi alma, quisisteis ser conocido y diferenciado de todos. Por aquí quisisteis que registrásemos lo que pasa en vuestro corazón, el amor en que arde, y lo enfermo que está por deseo de mi salud y de unirme todo á sí. Ahí quisisteis que viésemos el placer de esa alma, que es daros todo, y con obras de amor arrebatarnos á Vos. ¡Oh, cuánto más prende los corazones tocados de vuestro amor la sangre que corre por las mejillas, las espinas y dolores del intenso trabajo que padece esa divina cabeza, que si estuviera con corona de rica pedrería! Lo precioso de las terrenas sólo agracian á quien las tiene; pero vuestras espinas llenan á todas las almas de hermosura, riqueza, suavidad, y las prenden con nudos de un infinito amor. ¡Oh espejo de la gloria, quién nunca os perdiese de vista! ¡Quién siempre con los ojos y deseos del alma andase en pos de Vos! De esa cabeza traspasada de espinas vivo; por ella respiro; de ella me sustento; sólo en ella me veo, y piérdome cuando de ella me olvido. Adoro en ella mi verdadera vida, mi soberana gloria, la hartura y satisfacción de todos mis deseos.

Búscase en la tierra el más rico metal y las piedras más preciosas para las coronas de los reyes; Vos, mi buen Jesús, no hallasteis

en la tierra otro más rico metal, ni otra pedrería de más precio para coronaros, que de espinas. ¡Oh Rey mío, Rey de la gloria, Rey de las almas que comprasteis con vuestra sangre! Yo os adoro, porque hasta en esto quisisteis hacerme rico, coronándoos de la cosa más vulgar que hay en la tierra, honrando y dando precio á las espinas que disteis por castigo á los hijos de Adán. En el primer pecado sentenciasteis justamente que el fruto de los sudores de los hombres fuese por pan espinas, trabajos y dolores por los gustos; ahora ponéis estas espinas en vuestra cabeza, y todo lo mudáis en mi bien, haciendo más ricos y gloriosos á los frutos de las espinas, trabajos y sudoros, que cuantas cosas grandes pueden desearse en esta vida. Os preciáis, Señor, de mis miserias, y con ellas os coronáis, para que en Vos tengan todo vuestro valor. ¿De qué me puedo quejar, Dios mío, cuando me viere atribulado, pues os veo coronado de mis trabajos? ¡Oh divino amor, oh eterna caridad, que así lo ordenasteis en mi favor, á fin de que no pueda ser pobre el que abunde de trabajos por Vos! Ya se estima en la gloria lo que más se aborrecía en la tierra. Bendito seáis para siempre.

Pero ¡oh miserable de mí, que ni todo esto alcanza para rendirme á llevar con gusto el padecer, ser atribulado en esta vida, y sufrir por asemejarme á Vos! Entristézcome con el trabajo cuando llega; aborrézcole mientras dura; alégrome cuando se acaba, y pienso estar mejor cuando me deja. ¿Cuándo mudaréis, Dios mío, la miseria de esta tierra podrida con el fuego de vuestro amor? ¡Oh, cuán lejos están de lo que en Vos veo, las vanidades de que me precio, las bajezas de que me alabo y aquello de que me corro! La soberbia de la opinión de mí mismo, el gusto de las alabanzas humanas, lo que me desvanezco con los humos del mundo, cuán diferente me hacen de Vos, mi buen Jesús. Todo mi cuidado es regalar mi cuerpo, sustentar mis vanidades, y perder con los gustos de la tierra los frutos de vuestras espinas. ¡Oh mi Dios y misericordia infinita! Perdonad mi detestable soberbia; avergüénzome de lo que Vos os coronáis, corónome con hacer mi voluntad y seguir los apetitos de mi cuerpo. Cuando puedo hacer esto sin que nadie me contradiga; cuando mis apetitos andan más desenfrenados; cuando soy favorecido y honrado de muchos y cuando todo me sucede como pretendo, entonces estoy gozoso, presumo mucho de mí, y me desvanezco; pero en la verdad, entonces estoy más ciego y no veo cuán feo y miserable soy á vuestros ojos. ¡Oh, cuándo me aborreceré del todo! ¡Cuándo me avergonzaré perfectamente de mí en vuestra presencia, pues estando Vos coronado de espinas, estoy yo con aborrecimiento de ellas, con amor á la vanidad del mundo, de la carne y de la tierra!

¿Cómo puedo yo, Dios mío, ser miembro de esa cabeza traspasada de espinas, siendo tan amigo del regalo de este cuerpo y de mis vanidades? Apartad, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo, y ponedlos en Vos; enseñadme á cotejarme con ese vuestro ejemplar, y correrme de mí. Vos, Señor, que sois perfecto y sapientísimo conocedor de cada uno, poned en mí vuestros piadosos ojos y desarraigad

de este miserable corazón, por vuestra inmensa misericordia, todo lo que en él os desagrada. No me dejéis abandonado en mis deseos y apetitos, sino alumbradme y enseñadme á que me conozca y juzgue por lo que en Vos veo, y que me aborrezca como merezco. Coronadme, buen Jesús, de vuestras espinas; haced que tenga por gloria el ser traspasado de ellas y atribulado en vuestra compañía; pues no puedo estar á Vos unido, sino asemejándome á Vos. Confieso mi miseria, Dios mío, que determinándome cada día á imitaros con deseo de ver en mí lo que en Vos adoro, me ofrezco cada día en vuestras manos; pero en llegando la ocasión de mostrarme fiel y verdadero imitador vuestro, os miento, vuelvo atrás, hállome preso de mí y me aparto de vuestras manos para seguir lo que mi carne pide. ¡Oh mi esperanza y mi dulcísimo bien! Vos, que sólo veis la verdad de lo que hay dentro de esta alma, tomad el deseo que ahora siento y hacedme semejante á Vos, perfecto imitador vuestro y aborrecedor de mí; y lo que veis contra esto, mudadlo, Dios mío, á vuestro arbitrio; y aunque mi carne lo sienta y resista, usad, Señor, conmigo la gran misericordia de no dejar pasar adelante mi apetito, sino aunque sea por fuerza, y arrastrando y gimiendo, llevadme en pos de Vos; no salgan nunca de esta alma los frutos de esas vuestras espinas hasta que aprenda á glorificarme y coronarme de ellas. Haced, Dios mío, vuestra obra, por más que mi flaqueza lo sienta; por más que me muestre rebelde contra el estímulo, pues Vos sois la divina fortaleza que sabéis y podéis esforzar nuestras flaquezas.

Oh Madre de Dios sacratísima, perfecta imitadora de este Señor, ¿qué ha de ser de mí, reina de misericordia, viéndoos á Vos llena de trabajos y á vuestro único Hijo coronado de espinas, y á mí lleno de vanidades, soberbia y delicadezas? Valedme, Señora; alcanzadme, esperanza mía, luz para conocerme, amor de este Señor para imitarle, aborrecimiento de mí y de lo que de El me aparta para contentarle, y voluntad de padecer los trabajos que El me quisiere dar. Y pues no puedo ser suyo, sin ser punzado de espinas, ni Vos conoceréis por vuestro al que lleve otra marca, ayudad á este pobre que á vuestros pies pide misericordia de sus males, gracia y luz para salir de ellos, y amor que le mude y haga verdadero imitador de vuestro Hijo. ¡Oh moradores de esa santa y bienaventurada ciudad celestial, que veis claramente el precio de las espinas de este Señor y la pobreza de los que no viven y se glorían de ellas! Compadeceos de este peregrino y miserable desterrado de esa gloria, que tan lejos anda de parecerse á su Señor, y alcanzadme un rayo de la luz que os alumbra para que vea siempre estas verdades, y un ascua del amor que ahí arde para que siempre las ame y siga. Amén.

## TRABAJO XL

### Escarnio del reino de Cristo y de la palabra «Ecce-Homo».

Burlárонse del Señor los malvados ministros, de cuantos modos pudieron imaginar, mientras le tuvieron á su disposición. Por eso después de azotado le vistieron de púrpura, le coronaron de espinas y le pusieron en la mano una caña por cetro (como se ha dicho), para abatirle como á falso rey y burlarse de su reinado. Hicieron esto con tan afrentosas circunstancias, que cada una de ellas era un gravísimo trabajo para el divino Cordero, que todo lo sentía mucho, pero á todo callaba y á nada resistía. La corona era un vivo y cruelísimo tormento; el vestido, aunque en la materia era de púrpura, en la calidad, por viejo y sucio, era tan despreciable que servía de un puro escarnio; las manos atadas, como quien ningún poder tenía para hacer mercedes de rey; al cuello una soga, como príncipe de malhechores, y por complemento del escarnio una caña por cetro, por ser cosa de su naturaleza, hueca, sin fuerza y sin sustancia. En algunas partes acostumbraban los reyes traer vara de oro en la mano; y si les era acepta la persona que á ellos se acercaba, bajaban aquella vara en señal de clemencia; si no la bajaban era indicio de disgusto, y tal vez señal de furor y de castigo. Estos infernales ministros, para mostrar cuán poco se debía esperar ni temer del reinado de Cristo, le pusieron en la mano por cetro la caña, para dar á entender que cuanto en El había era tan vano y hueco como el cetro.

Pero aunque de su parte todo se ordenaba al escarnio, por la del Espíritu Santo, sin cuya providencia nada se hace, fué todo prevenido con eterno consejo y divino misterio. Por más que el vestido fuese despreciable, era sin embargo, en la materia cosa real; en la hechura era capa, y esto no sin misterio; pues en Cristo no puede haber cosa tan baja, que no importe más para cubrir y amparar á los necesitados, que lo más alto y más rico del mundo. Aquella afligida mujer, que por doce años padeció una dolencia incurable, se contentaba con poder tocar el ribete del ruedo del vestido del Señor, para conseguir por aquel medio la salud; y no la salió vano el pensamiento, pues al tocarle sanó. ¿Cuánto más se librará de las miserias, el que buscándole con amor, logre ser recogido á la sombra de este su manto real? La corona, aunque de cruel y rigurosa materia, rindió á sí muchos y grandes vasallos, que entre trabajos y espinas se mostraron leales á su rey. Con la virtud de sus manos atadas logró romper las cadenas de nuestras disoluciones. El ser contado como rey de malvados y malhechores nos fué lo más importante; porque, de otra suerte, ¿dónde nos podríamos refugiar los que no podemos pensar que somos santos? Mas viendo que este Señor quiso ser tratado como rey de pecadores, tenemos confianza de que nos hará ciudadanos del cielo. El cetro fué también muy propio

por la materia de caña, porque de El está escrito que no romperá la caña hendida, sino que la soldará y esforzará. Y como tiene en su mano el imperio de tan frágil y quebradiza gente como nosotros, significados en la caña de aquel cetro, segura tenemos su clemencia y que de su parte suplirá lo que nos falta para serle aceptos, si no lo desmereciéremos huyendo de su vasallaje y obediencia. Debemos el conocimiento de estas verdades á la fe que el Señor plantó en su Iglesia, confirmada por los mismos escarnios de su sacratísimo reinado, que tan á costa de su honra y con tanto trabajo padeció.

Puesto el Señor en tan despreciable y afrentosa figura de falso rey, consideraron los ministros que habían inventado un bello modo de pasatiempo: á cuyo fin juntaron toda la compañía de soldados para celebrar las burlas, y, poniéndose en orden, cogieron al Señor en medio para divertirse con sus mofas. Llegaban uno á uno, y doblando una rodilla le decían por escarnio: *Dios te salve rey de los judíos:* y tomando la caña que tenía en la mano, le daban con ella en la cabeza, escupíanle en su sacratísimo rostro y dábanle bofetadas. Ninguno podrá imaginar las invenciones de palabras injuriosas, risas, saltos, voces y gestos que allí habría en tan afrentoso género de escarnios en que se burlaban jugando con el Señor como si fuera un loco. Y como eran muchos, y cada uno procuraba zumbarse de El con más gracia y festejo que otro, fueron tales y tan crueles los golpes en su sacratísima cabeza, que le renovaron los dolores de las espinas; los escarnios, salivas y bofetadas fueron tan sin número, que no sabrá el hombre determinarse á juzgar si fué este el mayor trabajo y abatimiento de los que el Señor tuvo en su Pasión; porque son todos tan grandes, y en cada uno de los que de nuevo pasaba se renovaban de tal modo los pasados, que cada uno merece nombre de mayor y principal. Y lo que más espanta, es haber faltado para el Señor toda compasión natural, y que su lastimosa figura moviese más á toda aquella gente para el rigor que para la piedad. Pero el Señor lo quiso así, á fin de que por aquellos ministros del demonio quebrantase la ira en El toda la furia que nuestros pecados merecían, y quedase reservada para nosotros toda la blandura y misericordia, que no nos negará si aquí nos llegáremos á El.

Así fué despreciado el reino de Cristo nuestro Señor; así abatida su real y divina persona, como de un rey de burlas; así desconocido y abatido el que con su gobierno sustenta cielo y tierra; así ocultó la Majestad de su persona, para padecer más por nosotros y que tuviesen sus contrarios más licencioso campo para afrentarle; porque en el Señor y en ellos corrían igualmente el amor y el aborrecimiento: en ellos el odio que le tenían para refinarse en encontrar invenciones de afrentas y trabajos, y en el Señor el amor que abrasaba sus entrañas en deseo de padecer más y más y merecernos, por medio de sus trabajos, muchos bienes. Corrían, digo, á competencia; pero, en fin, agotada la malicia vió quebrada su fuerza, venció el amor y prevaleció en remediarnos por los mismos medios

que buscaron para destruirle, y el reino que la malicia escarneció por falso triunfa para siempre, porque el amor le sustenta eternamente como verdadero. Digan estos infelices lo que quisieren, que aunque se burlan dicen la verdad en llamarle rey de los judíos; pues así como la fe, cuando Caifás dijo que convenía dar muerte á uno para que no muriesen todos, tomó su dicho por profecía de la vida que este divino pastor había de dar á sus ovejas, aunque el perverso pontífice lo dijo con odio y dañada intención de matar á Cristo; así la misma fe toma de boca de estos afrentadores como verdad católica su dicho para reconocerá este Señor como su Rey divino y saludarle con toda el alma, diciendo: *Dios te salve Rey de los judíos*; y con David: *Tú eres el Rey mío y mi Dios, que das las saludes á Jacob*; porque no puede la verdad soberana perder nada, aunque pase por boca de los malos. Gran cosa es tener á Dios por juez y justificador de la conciencia, porque lo que El aprobare no puede ser reprobado; y al contrario, poco importan las justificaciones humanas teniendo por contrario el secreto juicio de Dios. Si sus siervos, cuando se ven afrentados en el mundo, trabajaren con silencio y sufrimiento por asemejarse á este divino rey abatido, y dejando á Dios su causa trataren solamente de contentarle; es tan fiel y tan justo, que los mismos medios y ardides con que el mundo procure despreciarlos y abatirlos, servirán para honrarlos y ensalzarlos. Sepan ellos ponerse en manos de su rey, y no limiten á Dios tiempo ni lugar de que salga por ellos, ni traten de que sea en esta vida ó en la otra, sino pónganse del todo en las manos de Dios seguros de su bondad y amor, que El mirará por su causa y saldrá por sus siervos cómo y cuando fuere más gloria suya y provecho de las almas, á quienes nunca faltará con sus bienes espirituales para esforzarlos, y que lleven el trabajo por su amor; porque ni los siervos de Dios deben fiar de sí, ni desconfiar de que Dios les asistirá para lo que más les conviene.

### DE LA PALABRA «ECCE-HOMO»

No acabó aquí la afrenta del Señor, pues mandando Pilatos dar fin á los escarnios que le hacían y llevarle á su presencia, se pasmó cuando le vió, y pareciéndole que la vista de aquella tan afligida figura bastaría para ablandar los corazones de todos y persuadirse á que no podía tener culpas dignas de tan grande castigo, y que sólo el verle bastaría para que no pidiesen su muerte, determinó manifestarle así al pueblo, añadiendo que no hallaba en El causa digna de muerte. Salió el Señor con la capa vieja de púrpura, manos atadas, soga á la garganta, caña en la mano, coronado de espinas, todo abierto y bañado en sangre, que iba goteando y dejando señal por donde iba, y puesto ya á la vista del pueblo dijo Pilatos, *Ecce-Homo:* veis aquí el hombre que acusáis de que se hizo rey; mirad qué persona, qué figura, qué poder de rey tiene. Veis aquí el hombre que acusáis de engañador y perturbador del pueblo: miradle ya tratado de tal modo que el pueblo no sea capaz de en-

gañarse con El. Ni hay qué temer en El, ni qué esperar. En cuanto veis, es hombre que pide no se trate más de las culpas que le imponéis, ni se pueda pensar que es reo de ellas. Aunque la intención de Pilatos (según muestran sus palabras) era dar á entender que había castigado al Señor más de lo que merecía, y que no podía hacer caso de tan abatido rey, ni había en El causa de muerte; con todo eso fué para el Señor grande afrenta y vergüenza salir de aquel modo en público á vista de sus enemigos y de algunos amigos que allí tendría, y acaso á los ojos de su sacratísima Madre, que se puede pensar estaría ya allí y sería esta la primera vez que le vió; y como nada era oculto al Señor, el traspaso del dolor de su Madre, la lástima de sus amigos y la vergüenza de aparecer en aquella figura delante de sus enemigos, le fué un tan gran trabajo, que no podemos decir cuál de estas cosas sería mayor dolor. Con todo eso disimulaba el sentimiento, iba donde le llevaban, con los ojos bajos, suma modestia, imperturbable serenidad de rostro, incomparable y asombrosa paciencia. Todo esto era para Pilatos un tan grave argumento de su inocencia, que le pareció bastaba para convencer y mudar á sus enemigos; pero no le salió como pensaba.

Tienen en este paso las almas mucho en qué detenerse y de qué sacar divinos bienes. A El aplican muchos la palabra de los Cantares: *Salid hijas de Sión y ved á vuestro Rey Salomón* (que es el rey pacífico símbolo de Cristo) *con la corona que le ciñó su madre en el día de sus desposorios y de la alegría de su corazón.* Esta madre es la Sinagoga, de cuya casta tomó carne el Señor; pero éste, olvidado de la crueldad de los judíos, sólo hizo caso de tener corona con que festejar el día de las alegrías de su amor, en que, padeciendo y muriendo, compraba con su sangre las almas y se desposaba con ellas en perpetua unión de caridad para eterno reinado, y las abría los tesoros de sus riquezas, haciendo para estas fiestas y desposorios espirituales y divinos alarde de sus bienes, que sin término, ni diferencia de personas, ofrecía á cuantos los quisiesen. Poniendo los ojos en este coronado y afrentado Rey, las almas enamoradas hallan en su vista cuanto pueden desear, lo que el labio no puede declarar, ni los ojos ver, ni el pensamiento imaginar, y sólo el amor lo puede de algún modo experimentar.

A esta palabra *Ecce-Homo* dan algunos varios y excelentes sentidos; porque aunque Pilatos la dijo á su intento para mostrar la inocencia del Señor y librarle de la muerte, no acaba aquí la consideración de los justos, sino poniendo los ojos en el Autor de todas estas cosas, y viendo la nueva manifestación del Señor, entienden que el Padre Eterno es el que ofrece á la vista á su unigénito Hijo, tratado por nosotros de esta manera y El es el que nos dice *Ecce-Homo*, este es el hombre que tengo ya públicamente declarado como mi amado Hijo, y quiero que sea oído é imitado. En El te doy padre, hermano, amigo, compañero, pastor, pasto, guía, verdad, vida y todo cuanto tengo y cuanto puedes esperar. Por éste te perdonaré, te recibiré, te llenaré de bienes y te daré mi gloria. Alarga, oh

hombre, tu corazón, y no seas escaso; que quien te da este Hijo mío y Hombre, ¿qué te podrá negar? Este es el prometido y deseado remediador de todos tus males. Pon los ojos, pecador, en este Hombre, y dime por qué no me amas, por qué no me sirves y qué disculpa tienes en perderte. Razón fuera que tú, criatura mía, empezaras á amarme y moverme á que yo te amase; mas viendo tu descuido, te muestro este Hombre, para que acabes de ver cuánto hice por ganarte. No te pierdas, pecador, con tal Redentor como te doy; abrázate con El, tómale por guía, ofrécemele por ti con fe y amor cada vez que quisieres, que con El y por El nada te negaré de cuanto te convenga.

También entienden los Santos que el mismo Cristo nos está diciendo: *Ecce-Homo;* pon en mí los ojos, mira lo que quieres, dilata esos deseos, que para ti estoy abierto en llagas; tuyos son estos mis tormentos, tuya esta sangre y tuya esta persona y vida; vente á mí, que yo te aliviaré y recrearé. Entra por estas llagas y recoge para ti cuantos bienes hallares en este Corazón; mírate en mí como en espejo; conoce tus maldades, y por lo mucho que á mí me lastimaron, verás cuánto mal te harán á ti. *Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Mira que no puedes decir que no tienes hombre para cuanto necesites; y pues á mí me tienes, no te apartes de mí. ¿Qué pude hacer por ti que no hiciese? Y si más quieres que haga, pide, que aunque sea muerte de cruz, la aceptaré. Mírame de pies á cabeza, y verás que todo soy tuyo, y todo empleado en tu servicio. ¿Qué cosa hallas más tuya que yo? ¿Quién te dice más verdad? ¿Quién te ama más? ¿Quién te ha servido más? ¿Dónde hallarás más segura amistad? ¿Pues por qué me desprecias y dejas mi suave conversación por tus gustos y pecados? Oh hombre, pues aquí me tienes por tuyo, no te pierdas ni me pierdas; porque en ninguna otra parte hallarás cuanto puedes necesitar y desear.

Tomando esta palabra de la boca de Pilatos, puede también el pecador presentarse á sí mismo ante el Señor con ella, y decirle: *Ecce-Homo;* veis aquí, Señor, al hombre pecador, por quien todo eso padecéis. Cuanto prometisteis cumplís con este hombre, que en todo os ha mentido. Yo soy el hombre de quien dice David que no puso su cuidado en el Señor, ni buscó allí el auxilio, sino que estribó en su vanidad, y por eso me hallo ante Vos tan miserable como veis. A este modo se puede y debe aprovechar de esta palabra para acusarse, ofrecerse y entregarse todo al amor y servicio de este Señor; porque aunque por maravilla llega en nosotros la obra al buen propósito, con todo eso vale mucho para con Dios el deseo continuado y frecuentemente renovado. Sobre todo acostumbre, cuando se presentare ante Dios, humillarse mucho y confundirse en su presencia; y en cuanto considere, vuélvase siempre en humillación propia, porque este es el camino más cierto de disponerse para conocer más á Dios, y recibir de El gracia para todo cuanto hubiere menester.

EJERCICIO DEL ESCARNIO DEL REINO DE CRISTO

Toda humana compasión faltó para con Vos, mi buen Jesús. ¿Qué criatura hubiera, aunque brutal, que no excitara á compasión' si la vieran llagada de pies á cabeza, como Vos, amor de mi alma, os halláis? Sólo para Vos se endurecieron los corazones humanos; ni aun se corren de escupiros en ese sacratísimo rostro y llenarle de bofetadas; búrlanse de Vos con fiesta y juegos, como si fuerais loco; os afrentan como á falso rey con cetro de caña, púrpura y adoración de escarnio, burlas, saltos, gestos, y dan golpes en vuestra sacratísima cabeza con la misma caña que os pusieron por cetro. Todos se convidan mutuamente á burlarse de Vos, y estáis entre ellos callado, como si fuerais un gusano de la tierra, sin resistir ni responder. Ardéis en deseo y amor de padecer por mí; ni hay uno que se duela de vuestro trabajo y tormentos. ¡Oh amor de mi alma, oh vida de mi vida, cuándo se han de acabar estas afrentas! ¡Cuándo se hartarán de escarneceros, y Vos de padecer! Yo, mi buen Jesús, os adoro, os alabo, os glorifico y os doy infinitas gracias por todas estas mercedes, por todo este amor que me mostráis y por todos estos trabajos que padecéis. Digan y hagan estos infelices cuanto quisieren; no os pueden quitar el que seáis Rey verdadero y Señor del cielo y de la tierra.

Con las mismas palabras que ellos dicen en vuestro vilipendio, os quiero yo adorar, mi Soberano Rey, pues creo firmemente que en verdad sois el Rey que ellos desprecian y vilipendian. Dios te salve Rey de los judíos; Dios te salve Rey de los cielos; Dios te salve Rey de la tierra y Rey verdadero de las almas. Vos sois mi Dios, mi Señor y mi Rey, que dáis á los reyes la salud. A solo Vos compete con verdad este nombre de Rey, como significando el que rige; porque solo Vos gobernáis con perfecta justicia, con leyes que convierten las almas, con paz, con amor y con divina sabiduría. ¡Oh! si viniese á mí vuestro reino, si reinaseis Vos, Dios mío, en esta alma, diré con vuestro santo profeta David: «Vos, Rey mío, me gobernáis y con vuestra dirección nada puede faltarme, porque si me dejo guiar de Vos, me mantenéis con pasto divino y celestial. Daisme aguas vivas y sabrosísimas; que me refrescan; convertís mi alma y la lleváis por caminos de verdadera justicia, con la luz de vuestro santo nombre. Estando Vos, Dios mío, conmigo, ningún mal puedo temer, aunque ande en toda obscuridad y sombra de la muerte. El cetro de vuestro gobierno es para mí báculo y bordón firme en que me sustento en mis flaquezas; y la vara de vuestra justicia, aun cuando me castiga, me consuela. No me falta en vuestra casa, mesa en que me abastezco, y de que tomo fuerzas contra todos los que me atribulan. Vuestras divinas mercedes me enriquecen; vuestra suavidad y el vino de vuestro amor, que embriaga las almas, ¡oh cuán divino es y excelente! Siempre en vuestra compañía me sigue vuestra misericordia por todos los días de mi vida. De

vuestra casa quiero ser y ocuparme solo en vuestro servicio; con Vos, Dios mío y mi Rey, desea mi alma morar, acabar y vivir en Vos para siempre; no quiero otro Rey, ni otro Señor.» Así despreciado y abatido os quiero más por Rey, que á todos los de la tierra en sus grandezas. *(Psal. 22.)*

Pero, mi Señor y verdadero Rey, no es menos propio de Vos perdonar con misericordia á quien se vuelve á Vos con arrepentimiento, que hacer justicia y castigar al que no se conoce. Yo me reconozco y postro á vuestros pies y clemencia, como el peor siervo, más indigno de vuestras mercedes y más merecedor de castigo, que todos los hijos de Adán; porque muchas veces os dejé, huí de vuestro servicio, y como traidor reconocí en mi alma otros reyes que con vuestra ley me prohibisteis; dejé reinar en mí la soberbia, la vanidad, el amor propio, el gusto de las cosas del mundo; y cuantos pecados cometí contra Vos, otros tantos reyes reconocí. Mantuve sus leyes, gobernéme por ellas, y desprecié las vuestras. A Vos perdí y dejé, volviéndoos las espaldas por andar en pos de ellos, que hasta ahora poseyeron mi corazón. y como acostumbrados á ello trabajan siempre por reinar en él. Traénme apartado de Vos, y me hicieron parecer pesada vuestra suavísima ley. Con el deseo, con la voluntad, con todas las fuerzas los serví; en ellos y con ellos gasté el tiempo, la vida y cuantas mercedes me hicisteis. Ellos me empobrecieron como veis, me destruyeron, engañaron, cegaron, robaron y me apartaron de todos los bienes; y lo peor que siento es que, aunque conozco esto y veo ahora mi perdición, todavía me siento tan acostumbrado á seguirlos, que si me llaman, ó porfían conmigo, todavía desea mi carne seguirlos, todavía les tengo inclinación y no acabo de aborrecerlos del todo; muchas veces me arrastran el sentido, me ocupan la memoria, no los venzo del todo, y muchas veces me dejo vencer de ellos. Con la costumbre de servirlos me tienen lleno de nieblas y obscuridad, y varias veces no veo perfectamente la pureza de vuestra ley. Ellos me resfrían, dejándome sin fervor para vuestros mandamientos, me cargan y hacen pesado vuestro suave camino, privándome de los gustos y suavidad de vuestra interior conversación. ¡Oh poderoso y misericordioso Rey de las almas! Apiadaos de mis miserias y destruid estos malos reyes; volved con vuestra virtud á tomar el señorío de esta alma, que es vuestra. Yo la destruí: recobradla Dios m o. Vos sois justo y optimo rey, y por eso dais leyes á los que pecan y desean volver á vuestros caminos. Ponedme ley, Dios mío, y ayudadme á cumplirla. ¡Oh, cuándo me veré poseído y gobernado sólo de Vos, mi Rey y Señor mío! ¡Cuándo llegaréis á reinar en esta alma, y yo á obedeceros sin resistencia! ¡Cuándo aborreceré á todos los que hasta ahora reinaron en ella! Por esas deshonras, por esas bofetadas, por esos desprecios, os pido, mi verdadero Rey, misericordia; que sólo Vos reinéis en mí, sólo me poseáis, sólo seáis obedecido y reconocido Rey de mi alma, pues sólo Vos lo sois.

¿Quién, Rey mío, como Vos? Rey sois: mas vuestra Majestad no

espanta, antes lleva tras de sí las almas; vuestro cetro no mete miedo, antes convida á todos á que os busquen y amen. Con razón, mi buen Jesús, os ponen esos infelices cetro de caña, que ellos no entienden, porque de Vos está escrito que no romperéis la caña hendida, sino que la sanaréis y fortaleceréis. En vuestra mano, Dios mío, sanan los que fuera de Vos se pierden; se sustentan los que fuera de Vos se destruyen, porque sois Rey que todo lo podéis, Padre amorosísimo que os complacéis de hacer todo bien á los que se ponen en vuestra mano. No sois Vos, Rey mío, como los de la tierra, que si uno priva con ellos, otro le envidia; porque no puede el rey terreno comunicarse á muchos, pues si se da á unos, se ha de quitar á otros. Vos, Rey mío y amor de mi alma, no sois así; todo os dais á todos y todo á cada uno. Ni os deshacéis, ni os dividís; todos pueden privar mucho con Vos; á todos y á cada uno amáis con infinito amor. Con Vos, mi soberano Rey, priva el humilde, el pobre de espíritu, el que llora, el que pide limosna, el que os desea, el que arde en vuestro amor, el que se duele de sus culpas, y cada uno puede tener con Vos tanto valimiento cuanto sea el amor. No hay en vuestra casa hidalguías y villanías; no hay desigualdades ni aceptación de personas; tan noble, tan grande, tan privado, tan honrado, tan estimado será de Vos, cuanto pudiere amaros. Como os busque con fuego de amor, luego es acepto, luego grande, luego tiene cuanto quiere y cuanto desea, porque vuestros bienes no se disminuyen por darse. ¡Oh, si os amase, Dios mío, si os buscase, si del todo me entregase con todo corazón! Abrasadme Vos, amor divino, transformadme en Vos y llevadme tras Vos. Ya que más no puedo ni alcanzo, cantaré con vuestro Profeta David este Salmo:

Alaba, alma mía, al Señor. Yo le alabaré toda mi vida; á mi Dios cantaré alabanzas mientras yo sea. Ninguno confíe en príncipes, ni en hijos de los hombres, en quienes no hay salud. Mueren y se convierten en la tierra que son; y en el día que acaban perecen todos sus pensamientos y esperanzas. Dichoso el que tiene á Dios por su ayudador, y pone toda su esperanza en este Rey y Señor que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos. Este Rey es el que cumple siempre la verdad, hace justicia á los que padecen injuria y da de comer á los hambrientos. Este rompe los grillos á los presos, y éste alumbra á los ciegos Este levanta á los derribados y es el que ama á los justos. Este guarda á los peregrinos que se refugian en su casa, recibe á la viuda y al huérfano, y destruye los caminos de los malos. Este mi Señor reinará de generación en generación eternamente; éste es seguramente servido, y en él se pone bien la esperanza, porque reinará para siempre. (Salmo 145.)

Alabo y adoro, Dios mío, vuestro reinado: á él me someto, á Vos deseo, á Vos me ofrezco todo, haced de mí cuanto quisiereis. Más quiero ser castigado y afligido de vuestra mano, que regalado y favorecido del mundo. Recibidme, Dios mío, por vuestro; gobernadme, amparadme, defendedme, castigadme, consoladme, enriquecedme de Vos, y abrasadme de vuestro amor para siempre.

¡Oh Reina de los Angeles, llena de mercedes de este Señor! A Vos tomo por mi valedora, para que me sujetéis perpetuamente á su servicio, y El me reciba desde ahora para siempre por suyo, y

jamás me suelte de su mano. Oh ciudadanos del reino de este Rey verdadero, y presos de su amor, prendedme á mí con Vos. ¿Qué será de mí fuera de vuestra compañía? Ayudadme á ser uno de los fieles y perpetuos siervos de este Señor que veis, que amáis, y que siempre y para siempre adoráis. Amén.

EJERCICIO DE LA PALABRA «ECCE HOMO»

Espera, alma mía, á tu Señor, que le sacan fuera para que le veas y adores. ¡Oh mi Señor, mi Rey y mi Dios! ¿quién os trató de esta manera? ¡Oh hermosura del cielo! ¿Con las manos atadas, vestido de escarnio, la cabeza coronada de espinas, goteando de ella y de todo el cuerpo sangre, hecho una viva llaga, cabellos despedazados, rostro hinchado, y con caña en la mano por afrenta, os sacan á la vergüenza á vista de vuestros amigos y enemigos? Hasta Pilatos se burla de que os llamen y acusen de falso Rey, diciendo *Ecce Homo*, esto es: ¿Dónde está el poder, el ejército y el Estado de este que llamáis Rey? ¿Es acaso este hombre capaz de levantarse con el reino? ¡Oh mi Salvador! qué vergüenza pasaríais ahora, habiendo tan pocos días que todas vuestras obras y doctrinas os hacían maravilloso delante de estas gentes, y ahora que os ven así, ¿cuál sería vuestro dolor? ¡Oh mi gloria y mi bienaventuranza! Yo os adoro, alabo y glorifico cuanto puedo. Imprimid esa lastimosa figura en este corazón duro; enternecedle con tal vista, y hacedme sentir lo que en Vos veo; arrebatadme todo en vuestro amor, pues todo os veo por mi amor de esa manera. Cautivad, mi Señor y verdadero bien, toda esta alma de la hermosura del fuego que en Vos arde; así llagado, así afrentado venís tan humilde, tan modesto y callado, que de todo Vos salen llamas de vivo amor; lleguen, Señor, á mí, abrásenme y consúmanme todo por Vos y en Vos. ¡Oh hermosísimo, oh dulcísimo, oh riquísimo, oh amabilísimo, oh suavísimo Cordero! ¿para qué queréis que os saquen al público así tratado, sino para arrebatar con vuestra vista las almas y unirlas á Vos? Pues, esperanza mía y vida de mi alma, echad mano de este miserable, que en él tiene vuestro amor mucho que manifestar. Así llagado, me echo, buen Jesús, á vuestros pies; aquí me ofrezco todo y tal cual Vos veis que estoy; poniendo Vos los ojos en mí, confío me será dado lo que yo no merezco, y seré recibido. Para mí estáis así, para mí es esa sangre, y cuanto en Vos veo; mirad para Vos, mi buen Jesús, y haced conmigo lo que esa sangre, esos trabajos y ese tormento os piden.

Considera, alma mía, que Pilatos no sabe lo que dice: el Padre Eterno es el que por su boca habla contigo, y te dice: *Ecce Homo*. Mira aquí el Hombre, alma miserable, que no es menos amigo tuyo que Hijo mío: porque si es igual conmigo, por recibir de mí infinita y divina substancia, también á ti te ama con amor infinito y divino. Este es mi hijo muy amado: este te doy á ti, y por ti, de la manera que ves. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más puedo hacer por ti? Recíbele, óyele, ámale, imítale. En El te doy todos los bienes, reme-

dio para todas necesidades, alivio de los trabajos, consuelo de las tristezas, paga de cuanto me debes, mediador para tus peticiones, tesoro para cuantos bienes supieres desear. Y pues en El has de hallar cuanto tengo y cuanto has de menester, todo te lo doy y todo quiero que sea tuyo. Mira, hombre, cómo te amo, pues por ti no perdono á mi Hijo; mira lo que me debes. y que no quiero de ti más paga sino que en todo te aproveches de El, le ames y le imites.

¡Oh Padre Eterno! Infinitas gracias os doy por esta caridad inmensa que me mostráis. Bien sé que por todas estas mercedes os contentáis sólo con que yo me entregue todo á Vos; mas ¿quién soy yo para que me queráis mirar y llenar de tantos bienes habiendo sido siempre pecador? Mas pues vuestra infinita caridad me franquea ese tesoro, yo le acepto de vuestra mano paternal, con él me contento, á él os le ofrezco por todos cuantos males en mí hay. Acordaos, Padre Eterno, que por Ezequiel os quejabais de no hallar hombre que se pusiese mediador ante Vos y contuviese vuestra ira, por quien derribaseis el muro de pecados que nos aparta de Vos: *Ecce Homo*, veis aquí, Dios mío y Padre celestial, el hombre que en todo hizo vuestra voluntad y que por nosotros se halla así llagado. Y pues en El os complacéis, mirad á El, y por El y con El recibidme. Yo os le ofrezco con toda su sangre, tormentos y merecimientos; con El y en El me entrego á Vos desde ahora para siempre. Perdonadme por El mis males; alentad por El mi flaqueza; alumbrad por El mi ignorancia, curad mis llagas, enfervorizad mi tibieza y tomadme siempre por vuestro. No se pierda en mí, Dios mío, esta preciosa sangre, pues fuera de El soy perdido, fuera de El muero, sólo en El vivo.

También el Hijo de Dios, aunque callado, te habla con su sangre y con todo cuanto ves en El, y te dice: *Ecce Homo*. Ya no puedes decir con el paralítico, que no tienes hombre que te lleve á la piscina y te sane. Mírame aquí por ti convertido en piscinas de sangre para tu remedio. Sin que lo merecieses ni me lo pidieses, hice tanto por ti, y aún he de morir en una cruz. ¿Por dónde andas cuando no andas tras de mí? ¿Qué buscas cuando no me buscas á mí? ¿Qué amas cuando á mí no me amas? ¿Qué amigos hallarás como yo? ¿Qué hermano, ni qué Padre hará por ti lo que me ves hacer? Mira que estimé más tu remedio y tu provecho, que mi honra y mi vida. Ven á mí, que yo te abrazaré, aliviaré, colmaré de bienes, de amor y de felicidad. ¡Oh mi Jesús, amigo verdadero de mi alma, ¿quién siempre os amara, quién nunca os ofendiera ni se apartara de Vos? Yo soy el hombre que teniéndoos por mío os desechó; no puse en Vos mi amor, ni mi esperanza; fundéme en la vanidad y amé lo que aborrecéis; pero, mi suavísimo Jesús, ¿cómo podré desconfiar de esas entrañas de amor, siendo Vos quien sois? ¡Oh todo mi bien! Veis aquí el hombre por quien os hicisteis Hombre; veis aquí el miserable por quien tanto padecéis. El amor que á tanto os llevó por mí, no se ha acabado; tanto arde en Vos ahora como siempre. Por él os pido que me perdonéis los ye-

rros pasados, y de aquí adelante me hagáis otro transformado en Vos. Alma, cuerpo, fuerzas, honra, vida y todo cuanto de vuestra mano recibí, os ofrezco, y en vuestras manos pongo aun mis pecados, miserias y necesidades para que las remediéis; en todo y de todo haced lo que ese amor y esas llagas os piden. Tan miserable y ciego me hallo, que ni aun sé lo que me conviene, ni pedirlo; hable por mí lo mucho que me amáis y lo mucho que por mí padecisteis, porque yo no acierto más que á ofrecerme y entregarme á Vos, mi Jesús, mi Dios, mi amor y mi verdadero amigo.

¡Oh Madre de Dios santísima, que en esta hora visteis á vuestro único Hijo como cordero entre lobos, tratado tan deshumana y cruelmente, y vuestras entrañas fueron traspasadas de dolores inmensos! Por ellos os ruego que los vuestros y de vuestro Hijo no se aparten jamás de mi corazón, que me mudéis todo en hombre nuevo y en servicio y amor suyo y vuestro. ¡Oh ángeles del cielo, ciudadanos de la soberana corte, á quienes el amor, sangre y merecimientos de este Señor hicieron tan ricos, gloriosos y exentos de nuestras miserias! Compadeceos de este miserable desterrado, falto de todos los bienes, y alcanzadme por vuestra intercesión que desde ahora para siempre corresponda yo con amor y fiel servicio á cuanto el Señor demuestra en este paso. Amén.

## TRABAJO XLI

### Sentencia de muerte.

Viendo Pilatos la deplorable figura en que el Señor quedó de los azotes, corona de espinas y escarnios que le habían hecho, se persuadió (como dijimos) que, mostrándole así al pueblo, conocerían su inocencia, moviéndolos á compasión, para que todos desistiesen del empeño de quitarle la vida; pero no le sucedió como pensaba, porque es propio de los que hacen mal por pura envidia, malicia y aborrecimiento, que si logran sus primeros ardides, no se satisfacen con cuanto vean en aquel á quien pretenden dañar, antes el buen suceso en el principio les da alas para llevar hasta el fin el mal que le desean hacer. Así, la demostración que Pilatos quiso hacer en el Señor para manifestar su inocencia y quebrantar la furia de sus enemigos, dió mayor ocasión para la terquedad en condenarle á muerte; pues viendo que metiéndolo á voces y amotinando al pueblo obligaron á Pilatos á que le mandase azotar, y le habían torcido para que consintiese en tratarle tan injuriosamente, se persuadieron de que estaba ya la causa en buen estado y sería muy fácil concluirla, precisándole á que diese la sentencia de muerte. Por tanto, cuando Pilatos les mostró al Señor para que viesen su inocencia, no dieron más respuesta que *quítale, quítale, crucifícale, crucifícale.* Pilatos dijo: *¿Pues qué mal ha hecho para crucificarle?* Todos, sin buscar más razones, á carga cerrada prosiguieron en gritar: *crucifícale, crucifícale.* Y tres veces que Pila-

tos insistió en buscar causa para la sentencia, no le dieron otra respuesta que *crucifícale.*

Ciertamente es cosa que espanta ver tales sucesos; pero como la masa de la naturaleza corrompida es una en estos y en nosotros, se ve dibujada al vivo lo que es su condición en aquello á que se halla torcida y determinada. Acaba un alma de pedir auxilios contra sus tentaciones, llorar sus pecados y castigar por ellos el cuerpo; y cuando piensa hallarse muda, experimenta de nuevo tan vivas inclinaciones al mal, y el cuerpo vuelve á pedir sus brutalidades tan desenfrenadamente, como si le fuesen debidas y el alma no las hubiese llorado. Los muy acostumbrados á vicios experimentan cada día este trabajo; porque unas veces tocados de inspiración interior, otras movidos de palabras de Dios que oyen ó ven, otras convencidos de la razón, de la honra ó de los amigos para conocer sus males, puede en ellos tanto el gusto del pecado y el frenesí de la mala costumbre, que se hallan tan enteros y sin mella como si tuviesen á su favor la razón, la conciencia y la ley divina y humana; según lo cual, si abrimos los ojos de la razón no nos enseñan menos los males de estos perversos para conocer la propensión de nuestra naturaleza, y tener miedo de nosotros, que los ejemplos y virtudes del Señor para encontrar en ellos remedios de nuestros males.

Enfadado Pilatos de tanta sinrazón y contumacia contra la justicia, les dijo: *Recibidle vosotros y crucificadle, que yo no hallo en El culpa.* Entonces se valieron los judíos de un nuevo arbitrio con que amedrentar á Pilatos, diciendo: *Nosotros tenemos ley, según la cual es reo de muerte, pues tuvo atrevimiento de hacerse Hijo de Dios.* Pilatos, persuadido á que por pura envidia acusaban al Señor, y por otra parte maravillado de ver su modestia, silencio y sufrimiento entre tantos contrarios y tan crueles tormentos, no sólo le tenía por inocente, sino que al oir que se hacía Hijo de Dios puso los ojos en El, en su mansedumbre de cordero, ejemplo de constancia y fortaleza soberana, y empezó á sospechar si aquella persona sería más que humana, que anduviese encubierta entre los hombres. Vendríasele también á la memoria lo mucho que había oído hablar sobre sus virtudes y milagros. Con este motivo volvió á meterse dentro con el Señor, para informarse de El y conocer más individualmente quién era. Importa mucho apurar las aficiones del alma, sus esperanzas y conatos; porque las cosas nunca nos parecen lo que son, sino conforme á la buena ó mala afición que prevalece; por lo cual una misma cosa, que la limpia y buena intención juzga virtud, sirve de ponzoña para la mala. El malicioso juzga hipocresía lo que otro toma por ejemplo para la imitación. La honra da gusto al amigo, por ver lo que desea en aquel á quien ama; el que le aborrece tiene dolor y envidia. Cuantas muestras dió el Señor de quién era por medio de sus virtudes y milagros, movían á los duros corazones de sus enemigos para tenerle por hechicero; pero sólo el rumor de ellas, con el ejemplo de

paciencia que mostraba entre tantos trabajos, hacían recelar á Pilatos si era más que hombre. Por eso, estando á solas con el Señor, le preguntó de dónde era, significando en esto si venía del cielo ó si era virtud divina. No respondió el Señor; y Pilatos, que le miraba bien y deseaba librarle, le dijo: *¿Pues qué, á mí no me respondes? ¿No sabes que tengo potestad para librarte y para crucificarte?* Aquí se condenó Pilatos á sí mismo, precisándose de que podía hacer justicia y no la hizo, pues al fin dió sentencia contra toda justicia. Respondió el Señor: *No tuvieras sobre mí potestad alguna si de arriba no te fuera dada. Por tanto, en esta causa mía es mayor el pecado del que me entregó á ti.*

Si Pilatos tuviera más luz, pudiera conocer que este Señor era más que humano, pues no sólo le declaraba que sus cosas pendían de consejos eternos, sino que, como Juez universal y perfecto conocedor de la malicia de cada uno, pesa la mayor ó menor gravedad de las culpas; y si hubiera más capacidad para ser deslumbrado, pudiera conocerse más al Señor por su respuesta. Pero en ella no quiso significar que por estar ordenado en el cielo que Pilatos fuese el juez que le sentenciase á muerte, por eso era su pecado menor que el de los judíos; porque también en aquel celestial consejo estaba decretado que los ministros de esta muerte fuesen los judíos. Y la Divina Providencia, que permite los males para sacar de allí los bienes que pretende, así como no es causa de los males, tampoco son menores por permitirlos, porque la mayor ó menor gravedad pende de la mayor ó menor malicia de la voluntad; y como la de los judíos en procurar la muerte del Señor era mayor que la de Pilatos en condenarle importunado por sus motines, por tanto fué mucho mayor el pecado de los judíos que el de Pilatos, aunque todos pecaron. Crecía la malicia de los judíos por las muchas mercedes que de este Señor habían recibido en sus doctrinas y milagros, y ser el Mesías prometido en la Ley, á quien no quisieron recibir y en todo le resistieron con mucha terquedad. A Pilatos todo esto le faltaba, y por eso era menos grave su pecado. En esta respuesta del Señor se incluye también el fundamento de la paz interior y consolación de los justos en medio de las tentaciones y trabajos que padecen, y con que son probados; porque creyendo firmemente que cuanto les sucede está determinado en el cielo con eterno, sabio y amoroso consejo, no miran á la malicia humana ó diabólica que los persigue, sino al amor divino que los gobierna, sacando de todo bienes, y, por tanto, se rinden con amor, sujeción y obediencia á la divina mano de donde proceden, y así viven quietos y consolados.

No disgustó á Pilatos la respuesta del Señor, y aunque no entendió que era verdadero Hijo de Dios, se persuadió de que quien en trabajos tan excesivos tenía puestos los ojos en el gobierno del cielo, sin duda era tal, que injustamente le acusaban, y se determinó mucho más á librarle de la muerte. Entendiendo los judíos su determinación, y que no hacía caso de lo que le decían sobre

hacerse Hijo de Dios, volvieron á la primera acusación de que se hacía Rey, y amenazaron á Pilatos con la deslealtad del emperador su señor, diciéndole: *Si sueltas á Este bien muestras que no eres amigo del César, pues proteges al que se quiso hacer Rey; sabiendo que, quien esto pretende en el territorio de su dominio, le es contrario.* Aquí se acabó de rendir Pilatos á la porfía judaica, aunque tenía por imaginaria aquella culpa; pero ordinariamente los cortesanos y cuantos penden de la gracia de los príncipes, no tienen toque más firme que su amistad, y vale entre ellos más que toda razón y justicia, siendo materia en que no sufren ni seriedad ni burlas; y permite el Señor que se acaben de perder por los mismos por quienes siempre se matan, como sucedió á Pilatos, que tocándole en este punto (que en la gente de su clase es el más activo), porque no quedase entre el pueblo el más mínimo rumor de poco atento al obsequio del César, se dejó vencer de la envidia y malicia de los judíos para condenar al que, sin duda, tenía por inocente.

Sentóse, en fin, en su tribunal, donde acostumbraban publicar las sentencias, trajo otra vez á Cristo delante de los judíos, en la misma figura y traje con que antes lo había manifestado, y les dijo: *Veis aquí vuestro Rey,* zumbándose de ellos y del pretexto que tomaban para darle muerte. Gritaron todos de nuevo: *Quita, quita, crucifícale, crucifícale.* Pilatos, burlándose de nuevo, les dijo: *¿He de crucificar á vuestro Rey?* Respondieron: *No tenemos más rey que al César;* y Dios, que en todo guarda justicia, les cumplió hasta hoy aquel trueque; que pues le dejaron á El, su verdadero Rey, prometido en la Ley y venido del cielo, por otro rey de la tierra, viven sin patria y sin rey, esparcidos y despreciados de toda nación, ciegos, sin conocimiento de Dios, como los vemos y veremos hasta el fin del mundo. Mandó Pilatos traer agua y se lavó públicamente las manos, diciendo: *Yo protesto que estoy limpio de la sangre de este Justo, y no tengo parte en su muerte; vosotros lo veréis; allá os avenid, y quede todo sobre vosotros.* Respondió el pueblo, ciego é ignorante: *Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

Dos cosas muy ordinarias y mal entendidas vemos aquí, y lo peor es que, siendo tan antiguas, las vemos renovadas á cada hora: una es que no son menos vergonzosas, bajas y débiles las justificaciones con que nos contentamos para juzgarnos libres de grandes culpas, que ellas mismas; y á veces, siendo autores y reos de ellas, echamos la culpa al demonio, á la flaqueza de la carne, á la mala ocasión ó cosa semejante que ayuda ó favorece al pecado, y creemos que, cometiendo la culpa, quedamos descargados. Pero muy diversa sentencia y justificación hallaremos en el juicio divino, donde la voluntad del libre albedrío, que puede resistir y no resiste, monta más para condenar que los demás achaques para libertar. No dejó Pilatos de perderse con todo su lavar de manos, que le aquietó, echando la culpa á los judíos; pues él mismo había dicho que po-

día hacer justicia ó quebrantarla. La otra cosa es, cuán ligero parece al tiempo de la culpa el mal, en que el hombre consiente por cumplir su gusto, y después al tiempo de pagar es tan pesado que lleva á cierta perdición. Y así es verdad, que no tenemos mayores enemigos ni más injustos mediadores de trabajos por cumplir gustos que nosotros mismos; porque sin consideración nos metemos en unos tan grandes, que no hay fuerzas humanas para salir de ellos. Cosa bien ligera pareció á los judíos tomar sobre sí y sobre sus hijos la sangre del Hijo de Dios; mas su gravísima ceguedad lo paga, y su perpetua condenación lo sentirá.

Mandó Pilatos soltar á Barrabás, á quien el pueblo pidió, y sentenció á muerte á Jesucristo, entregándole (como dice San Lúcas) á la voluntad de sus enemigos. Había dos ladrones condenados á muerte, y se dispuso que en aquel mismo día fuesen ajusticiados al lado del Señor; y según leemos en algunas historias, era costumbre publicar á voz de pregonero las sentencias de muerte en el mismo tribunal donde se daban; y así aquí levantaría el pregonero la voz, publicando á todo el pueblo la sentencia de que Jesús de Nazaret fuese muerto en cruz por quererse hacer Rey de los judíos contra la ordenación de los romanos, y que con El fuesen ajusticiados los dos ladrones. Por cuya sentencia quedaba el Señor como rey de ladrones, que quería robar el reino. La cruel y mortal voz del pregonero fué oída con muy diferentes sentimientos, pues los enemigos del Señor la recibieron con grandes aplausos y muchas aclamaciones á Pilatos. Los amigos y su sacratísima Madre quedaron traspasados de dolor; el inocentísimo cordero levantó al cielo los ojos y corazón penetrado del natural sentimiento de semejante injusticia, y ofreció al Padre aquella hora y trabajo indecible, con muchas lágrimas, por la salud del género humano, y aceptó nuevamente con infinito amor la muerte, sin hablar, sin resistir, por la obediencia de su Eterno Padre. Cada una de las circunstancias que hubo hasta dar la sentencia, era (como se ha dicho) un nuevo tormento para Cristo; porque todo lo sentía con el peso que cada cosa merecía. Sentía la ingratitud de aquel pueblo; sentía que le desechasen por Rey, sometiéndose al cautiverio de príncipes de la tierra, estando El allí para librar á todos; sentía que tomasen su sangre sobre sí y sobre sus hijos, y que viniese á serles sentencia de perdición la misma que por ellos se derramaba; sentía el desconsuelo de sus amigos y el festejo de los enemigos; sentía verse condenado á muerte tan contra justicia; mas pasó por todos estos mares de trabajos para mostrarnos lo mucho que nos amaba, dando por nosotros la vida, que es lo más estimado de todos los mortales.

Ni debe pasar sin consideración y agradecimiento que el Señor ordenase que su muerte no fuese sentenciada por voluntad de Pilatos, sino pedida por el pueblo y por aquellos mismos por quienes moría; y aunque no estábamos allí todos los pecadores, le ocasionamos la muerte con nuestras malas obras, que el Padre Eterno

tenía muy presentes; y como pedían justicia contra nosotros, recayó sobre el Señor que se había obligado á pagar por todas nuestras culpas. Así dice San Pablo de los que pecan, que vuelven á crucificar otra vez al Señor y deshonrarle, porque vuelven á renovar la causa de su muerte. Quiso, pues, el Señor, que como aquella era para nosotros, fuese pedida generalmente por el pueblo, en persona y nombre de todos los pecadores, á fin que cada uno de nosotros pueda correrse de lo mal que por su parte trató al Señor, y le paguemos con amor, empleando las fuerzas, alma, obras y vida en su servicio. Y pues su muerte había de ser remedio de nuestra vida y perdón de la causa que á ella damos por nuestros pecados, aceptó que el género de ella fuese á nuestra elección, para asegurarnos de que si para morir por nosotros le hallamos cual queremos, ¿cómo le encontraremos para vivir con El? Todo esto son obras del infinito amor con que nos ama, y seguridad que nos da de sí para siempre que queramos; porque un Señor que quiso remediarnos con muerte escogida por nosotros, sin duda no nos dará trabajos, ni muerte sino para principio de la vida eterna.

### EJERCICIO DE LA SENTENCIA DE MUERTE DE CRUZ

¿Quién ha de tener corazón para oir la cruel sentencia de muerte contra Vos, vida verdadera de las almas y rica esperanza de todos los bienes de los pecadores? ¿Cómo puede caber en corazones humanos, que viéndoos tan llagado y atribulado, en lugar de compasión pidan que os den la muerte, y todos clamen diciendo: ¡Quítale de nuestros ojos, quítale y clávale en una Cruz? Oh Pilatos, quítale de ahí, apártale de los ojos de esos ciegos, y muéstramele á mí, que yo le recogeré, yo le curaré, yo le serviré y yo le adoraré. Venid Vos, Dios mío, á mí, que os deseo y os busco; con Vos me contento; así como estáis llagado entrad en esta alma, vivid en ella y yo moriré por Vos. Pero, oh Redentor mío, perdonadme, que yo soy peor que esa gente que no os conoce, y por eso no os puede ver; y yo con creer en Vos, y adoraros por quien sois, muchas veces no os quise ver, ofreciéndoos Vos á mi corazón para que conociese las maldades de que gustaba y me apartaban de Vos. ¡Oh cuán miserable fuí todo el tiempo en que no os tuve delante de mis ojos, por hacer lo que os motivó esta muerte! Mudad esto, Señor, ahora, en que nunca salgáis de mi corazón, en llevar siempre tras de Vos mis ojos, mi deseo y amor, pues sólo el teneros siempre delante, y tener en Vos mis ojos interiores, es mi remedio y salud de mis males; porque en Vos, vida verdadera, resucito de mis muertes; en Vos, misericordia eterna, se curan mis miserias, y en Vos, bienaventuranza soberana, se alivian los trabajos de mi destierro.

¡Oh fuego de eterna caridad, que siempre arde y nunca se consume! ¿Qué invención nueva es esta del infinito amor que nos tenéis, en querer que los mismos por quienes morís escojan la muer-

te que os han de dar? Ya mis pecados se hallaban presentes á vuestro Padre, y gritaban con esos malos hombres pidiendo justicia contra Vos, que os quisisteis hacer mi fiador y pagador por ellos, pues yo no los podía satisfacer. ¡Oh ardentísimo fuego de amor eterno, tan entregado á cuanto me conviene, que permitís juzgue y escoja yo á mi voluntad el remedio, y tan dispuesto os halláis para remediarme con cruz, como con cualquiera otra muerte cruel que os quisieren dar! El que así se entrega á morir por mi voluntad, ¿cómo ha de apartarse de mí, cuando yo le quisiere para amar y servir? ¡Oh riqueza infinita del cielo, descanso y alivio verdadero de mis trabajos, que tan liberal estáis de Vos, ya que en esto no queréis otra cosa sino que os tenga por mío, y os abrace y posea! Desde ahora para siempre os acepto y os tomo por mi único soberano y rico bien; por Vos renuncio y pongo en vuestras manos todas mis cosas, y tengaos yo á Vos, que solo me bastáis, solo me podéis satisfacer, y sólo Vos me podéis consolar.

¡Oh Criador mío y Redentor copiosísimo! Ya que quisisteis pagar por mí con vuestra muerte al Padre Eterno, y yo os quedo por justicia obligado, echad mano de mí, no me soltéis ni quitéis esta obligación de ser vuestro; atadme á vuestro servicio y prendedme á Vos; pues la justicia me hace vuestro, vuestro quiero serlo por amor y voluntad; un rincón de vuestra casa es para mí mayor bienaventuranza que toda la abundancia de esta vida. Mas ¿qué digo abundancia? Todo es hambre, todo pobreza, todo miseria y desventura en no siendo vuestro. ¡Oh, si llegase ya esta prisión! ¡Oh, si nunca me viese apartado de Vos! Triste de mí, ¿quién me aparta un solo instante de vuestra presencia y sujeción? ¿No fuera mejor que hubiese muerto antes? Vos sois mi Criador, yo vuestra criatura; Vos mi Redentor, yo vuestro cautivo redimido; Vos mi fiador y principal pagador, yo vuestro deudor obligado; á mí mismo me doy para siempre.

Oye, alma pecadora, esta cruel voz del pregonero, en cuyos gritos suena: Manda Pilatos que Jesús muera crucificado por traidor y falso Rey, y que ajusticien con El á dos ladrones. Mira el dolor que sentiría aquella humanidad sacratísima al oir aquella cruel sentencia; oye la gritería, el festejo del pueblo y el gusto de los enemigos del Señor, en ver ya cumplidos sus deseos; la prisa de aparejar la cruz, y al Cordero Jesús entre todo esto callado, y que padeciendo en todos sus sentidos mortales tormentos, ni aun á sus oídos quiso perdonar, sino que oyesen el pregón de la mortal y cruel sentencia. ¿Cómo vivo, Señor, viendo lo que veo, y oyendo lo que oigo? ¿Cómo no me deshago en lágrimas, en dolor y amor vuestro? ¿Vos, Rey del cielo, sois falso Rey? ¿Vos, fidelísimo Redentor de las almas, sois traidor? ¿Vos, liberalísimo repartidor de todos los bienes, sois capitán de ladrones? ¿Vos, que dais vida eterna, merecéis sentencia de muerte? Yo soy el que la merezco; yo vivo y Vos morís, ¿y me queda ánimo para vivir y hablar? Oh dureza mía, ¿dónde quedas, comparada con esa blandura? ¿Dónde quedas, miseria, comparada con esa misericordia? ¿Dónde queda mi tibieza y frialdad, á vista de ese

fidelísimo amor sin medida? Vive el culpado, y muere el inocente; libráis al siervo, y muere el Soberano.

¡Oh buen Jesús! Mostradme ese corazón; dejadme ver lo que sentisteis en él cuando se pronunció esta sentencia; el amor con que os determinasteis á morir; la obediencia con que os sujetasteis al Padre Eterno; la paciencia con que os dejasteis poner en compañía de dos ladrones; la mansedumbre con que á todo callasteis, sin resistencia ni queja; y la caridad con que todo os entregasteis á los que os hubiesen menester. ¡Oh amor divino, oh amor puro! ¿Por qué no me consumes todo en esta hora? ¿Por qué no me sujetas á este Señor? Adórote amor infinito, adórote liberalidad inmensa, adórote corazón verdadero de Jesús, de perfectísimo Salvador, de copiosísimo Redentor, de abundantísimo remediador, y de fidelísimo amigo de mi alma. A este mismo corazón pido luz para conoceros; amor para amaros; rendimiento para obedeceros; aborrecimiento de mis grandes pecados, que tanto trabajo os dieron; contradición de mí mismo, y no tener otro cuidado que el de contentar á Vos, mi bien y única gloria mía.

Pero, Señor; ¿qué palabras son las que vuestro Evangelista San Lucas dice aquí, que Pilatos juzgó que se cumpliese la petición de los judíos, y les soltó á Barrabás que ellos pedían y que por revoltoso y homicida estaba preso, y á Jesús se le entregó á la voluntad de ellos? ¿Para Vos, Señor, se guarda tal desorden que sirva la voluntad de razón y el odio de justicia? ¿Y sin culpa ni causa, os entregan á la voluntad, y voluntad tan dañada de vuestros enemigos? No hay mayor desorden en el mundo que gobierno fundado en voluntad, y ser ella la total razón de lo que se hace; pues esto sólo es propio de Vos, cuya voluntad es buenísima, sapientísima y llena de toda razón y justicia; pero lo que en el mundo se tiene por mayor desorden y causa de todos los males, esto se usa con Vos para quitaros la vida, más apreciable que cuantos bienes hay en el cielo y en la tierra. ¡Oh vergüenza y confusión mía! ¿qué diré, Señor, cuando veo que os entrega por mí á la malvada voluntad de vuestros enemigos, y yo no acabo de entregarme á la vuestra? Basta para razón de sentenciaros á muerte el que lo quieran así los que os quieren mal; y no basta para aquietarme y consolarme yo en todo saber que así lo queréis. Yerran aquellos en todo y os dejáis entregar á su voluntad; Vos en todo acertáis y pretendéis mi bien, y no me someto á Vos. ¡Oh desorden mío, oh dureza de terreno corazón! ¿qué podéis Vos querer de mí que no sea para mucha gloria vuestra y provecho mío? Las cruces me las dobláis en glorias; los trabajos me los convertís en descanso; las sinrazones las tomáis por razón para guardarme justicia; los dolores me los mudáis en placeres celestiales; las tentaciones y desconsuelos, en conversación y abrazos vuestros suavísimos; á la muerte la hacéis pasaje para la vida eterna, y con todo eso me quejo, huyo de Vos y no me basta que Vos queráis las cosas para que yo me sujete á ellas. ¡Oh terreno corazón! ¡Oh bajeza de espíritu! ¡Oh frialdad mayor que la del

hielo! Múdese esto, Señor, desde ahora para siempre; yo me entrego todo á vuestra voluntad, ni quiero otra razón para mí que ordenarlo Vos así. Aquí me fijo en esta Cruz; aquí me ofrezco, para que en nada se haga mi voluntad, sino la vuestra en todo y por todo, ahora y siempre, en la vida y en la muerte.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, oveja sin mancha, amantísima y obedientísima, que oisteis la cruel sentencia contra vuestro Cordero Jesús, y con El sentisteis llena de dolores indecibles su trabajo, y sin resistencia obedecisteis; tomad, Señora, mi causa, y alcanzadme esta obediencia humilde y mansedumbre obediente; y sea yo en todo un vivo instrumento de la voluntad de Dios, logrando que se cumpla en mí sin ninguna contradición. ¡Oh ángeles y bienaventurados, cautivos de la voluntad y obediencia de este Señor! Ayudad á este pecador para que, con vuestra intercesión, alcance gracia de vivir en la misma obediencia, y que su voluntad se haga en esta miserable alma en la tierra como allá la hacéis en el cielo. Amén.

## TRABAJO XLII

### La Cruz á cuestas.

Dada la sentencia de muerte contra el Señor, trabajaron los sacerdotes y príncipes de los judíos en que se ejecutase prontamente, á fin que Pilatos no tuviese lugar de pensar en lo que había hecho, y se arrepintiese, revocando la sentencia. Mostraban bien en todo la condición del demonio su padre, cuyas obras hacían, el cual, sabiendo cuán feos y perjudiciales son al alma los pecados, y cuán temidos y huídos serían si fuesen conocidos, no trabaja menos por divertir y cegar el juicio con algún pequeño y falso gusto para no ver el mal, que para hacerlos cometer; así éstos, mientras el pueblo inconsiderado estaba amotinado contra el Señor, pidiéndole la muerte, y Pilatos cansado de los gritos y motines, quisieron aprovecharse de tan buena ocasión para no dar lugar al pueblo ni á Pilatos de que pudiese mudar de parecer. Y como toda aquella mañana estuvieron forcejeando sobre la muerte del Señor con determinación de conseguirla por cuantos medios pudiesen, en la misma mañana mandaron hacer la cruz, para que, en dando la sentencia, se hallase todo aparejado.

Así fué: porque en oyéndola publicar, apareció todo prevenido, y trajeron la cruz á la puerta de Pilatos, y allí la enarbolaron, para que el pueblo la viese y se empeñase más contra el Señor, y El mismo la llevase acuestas al Calvario, donde había de ser clavado en ella misma. También estaría allí prevenido el carpintero con los clavos hechos á propósito en aquella mañana, y todas las herramientas necesarias, á fin que nada detuviese la muerte del Señor. El cuidado y ardimiento sobre estas cosas; la diligencia de los que las mandaban; el tener presente cuanto era necesario para que nada faltase; el repartir cada cosa entre quien mejor y más sin piedad

la cumpliese; el ordenar la soldadesca para que la multitud del pueblo, que se había juntado, no cerrase el camino ó quisiese impedir la muerte del Señor; los consejos que acerca del Cordero inocente se tenían, son indecibles: de todo habría mucho, y cada cosa se haría con mucha crueldad y sin humanidad. Sólo el inmaculado Cordero trataba de cumplir la profecía de que como oveja se dejaría llevar á la muerte. Trajeron también los dos ladrones que á su lado habían de ser crucificados, para que con mayor afrenta le fuesen acompañando; mas no trajeron allí las cruces de los ladrones, porque este género de tormento y vilipendio de llevar á cuestas la propia cruz en que había de ser ajusticiado, no se practicó con ninguno sino con el Señor.

Mientras esto se disponía retiraron al Señor de donde había oído la sentencia, metiéndole en el lugar donde había sido azotado, y le quitaron el vestido de púrpura, desatando las sogas de las manos y pescuezo, y le pusieron sus vestidos, que era túnica blanca sin costura, y otra ropa morada larga de lana (como hasta ahora se ve); y como eran cerrados por delante, le causaron grandísimo dolor al pasar por la cabeza, porque movieron la corona de espinas y renovaron las llagas, haciendo correr de nuevo la sangre por todas ellas. Aunque el vestido de púrpura era más afrentoso, resolvieron los judíos que fuese en su acostumbrado traje, á fin que todos le conociesen. El Señor tuvo diversa intención en permitirlo, porque los judíos lo hicieron con fin de que nadie le desconociese para mayor vilipendio; y el Señor, para que ninguno pudiese alegar ignorancia en lo que había dicho, de que el que quiera ser discípulo tome su cruz y le siga; á este fin, en una de las horas más claras del día, por las calles más públicas, acompañado del pueblo, y en su acostumbrado traje, iba delante de todos con su cruz, para que á ninguno le pese de que sean muy públicas y sabidas las cosas de que más se precia.

Muchas veces vemos largas relaciones de la nobleza de la sangre, de cargos públicos, de hazañas sobresalientes en los soldados, que sobre todo se precian de estar feos y estropeados por las cuchilladas que cortaron las facciones naturales y más airosas, que otros aprecian, porque son pruebas patentes del esfuerzo y valor de la persona, en que se gana más honor que en la integridad conservada por ocio. Cristo nuestro bien, que predicó se desdeñaría tener por siervo al que no se honrase mucho imitarle crucificado, hace tanto alarde de su cruz, que toma su acostumbrado traje para hacer más público cuánto se precia de ella, y á todo cristiano deja muy patente el camino por donde claramente entienda el modo de seguirle.

Preparado todo lo necesario para la última y más trabajosa jornada, que el Señor había de hacer en esta vida para el sitio donde había de acabar, salió el inocentísimo Cordero en su traje acostumbrado, con una soga al cuello, otra por la cintura, de la que tiraban algunos alguaciles, y sueltas las manos para que pudiese

asegurar la cruz, que había de llevar. Abierta la puerta, entró en un cerco hecho por los soldados para cogerle en medio, teniendo enfrente la cruz en que le habían de clavar. Era aquel tormento hasta entonces la cosa más afrentosa del mundo, en tanto grado, que se tenía por maldito todo el que moría en cruz, y sus hijos y casa quedaban infames; por lo cual no se daba este género de muerte sino á la gente más baja de la república, ó á los que, por enormes culpas, merecían la infamia; pero desde esta hora en que Cristo, Hijo de Dios vivo, Señor y Redentor del mundo, la había de santificar con sus brazos, hombros y sangre, empezó á tener la honra y aprecio en que se halla y estará en la tierra hasta el fin de del mundo, y en el cielo eternamente en gloriosa memoria. Y como el Señor deseaba poner bandera y juntar gente de distinción y valor para el cielo, que había de ser sólo la crucificada, luego que vió la cruz, para la cual le habían dejado sueltos los brazos, hasta allí atados, la saludó en su corazón con tanto agrado, la miró con tal gracia y abrazó con tal amor, devoción y ternura de aquel amoroso y divino pecho, cual nunca podrá nadie abrazar las cosas más queridas y deseadas.

No le espantó su peso, lo ancho ni lo largo (que era de veinte palmos de alto y de diez por los brazos, capaz de mantener á un hombre sin blandearse), ni le causó recelo la debilidad en que se hallaba con tanta sangre derramada y el quebranto de los grandes trabajos que aquella noche y mañana había pasado, y no estaba para llevar tanto peso; antes bien le hechó los brazos, no como á tormento suyo, sino como á compañía que en toda la vida deseaba, como á muy amada esposa, como único amparo de los suyos, como bandera de su triunfo, como norte y guía de los escogidos y como pregonera de su amor. Allí se dieron las manos y se desposó con ella, quedando ambos una cosa, no como los pecadores Adán y Eva en una carne, de que procedemos, hijos de ira, sino en un espíritu, con que somos renovados en la gracia. Allí la santificó, la honró y le dió tal precio, que aunque sólo la muerte los apartó, quedó ella por tutora y amparo de los escogidos, debiéndosela la misma honra y adoración que al Hijo de Dios que la santificó. Con este amor y estimación la puso sobre sus hombros, y se hizo con ella alférez y capitán de los crucificados. Y porque no tenía en el cielo ni en la tierra persona de mayor aprecio y merecimiento, ni á quien más quisiese, y en cuanto hombre más debiese que á su sacratísima Madre, le dió el primer lugar debajo de esta bandera; y Ella le fué siguiendo con la más pesada cruz de dolores interiores que ningún otro justo, desde Adán hasta el fin del mundo, llevó ni llevará; por lo que debe quedar á todos manifiesto cuánta merced hace el Señor á quien da lugar junto á sí; y quien no le merece, considere dónde queda apartado de estas dos lumbreras del cielo y perfecciones de toda santidad, y cuán ciego está quien así no lo entiende ni desea.

Cada cosa de estas merecía largos discursos, porque tiene tanto

que encarecer y considerar, que en cada una de ellas hay bien que aprender y con qué edificar las almas. La honra soberana que á la cruz se dió; el esfuerzo y amor de este nuestro crucificado capitán; la compañía de los dos purísimos espíritus, primeros abridores y caminantes de la real senda de la cruz, y la compañía que toda alma cristiana les debe hacer, dan tanto en qué meditar, tan larga materia de amor y tanto en qué emplear el sentido y la vida, que no puede el proceso de la historia comprenderlo todo. Mas son minas de que se sacan riquísimos tesoros, y se abrieron públicamente para ser vistas y que no hubiese pobres de los bienes del cielo, sino que todo necesitado pecador cave aquí, halle aquí y de aquí saque cuanto hubiere menester, pues son suyos todos estos bienes, y á los pobres quiere este Señor, á ellos busca y á ellos desea. Muy fuera de toda razón será costarle tanto trabajo nuestro remedio, y quedar nosotros sin él por nuestra culpa.

Ninguna de estas grandezas del corazón y amor de este Señor aminoraba la grandísima afrenta, pena y trabajo que en todo padecía; porque su amor no se empleaba menos en mostrarse por inmensos géneros de padecer que en los grandes excesos interiores de voluntad, y gusto en remediarnos. Así tomó la cruz á cuestas, en que, además de su peso natural, llevaba la inmensa carga de los pecados de todo el género humano, las necesidades de sus criaturas y la obligación de dar valor á los bienes del cielo y de los justos de la tierra, que esperaban su sangre, porque por ella fueron aceptos á Dios los pasados, los presentes y cuantos estaban por venir. Con tal carga comenzó el Señor su camino, llevando delante el pregonero con gran chusma de muchachos, que todo lo llenaban con sus gritos; después de ellos los ladrones que habían de ser crucificados, y luego el Señor entre alguaciles cercados de soldados, los cuales, aunque el Señor iba bien fatigado con el peso de la cruz, aumentaban su aflicción con empujones, golpes con las puntas de las sogas y patadas con la crueldad que podían; y detrás los sacerdotes, letrados, fariseos y príncipes de los judíos, con muchas risotadas y blasfemias, viendo ya puesto en ejecución lo que tanto habían deseado, y no se apartaron más de aquel negocio porque de nadie se fiaban, sino de sí, hasta dejarle muerto en la cruz.

Entre estos enemigos caminaba el Señor fatigando sus hombros con el peso de la cruz, esforzándose á más de lo que alcanzaba su debilitado cuerpo; mas por no soltar ni desprender de sí, en cuanto su debilidad le permitía, la amada cruz, con quien se había abrazado con sumo amor y obediencia, caminaba afrentado, sudando, renovando las llagas y goteando de ellas sangre por todo el cuerpo, hasta que, fuera de la ciudad, se le acabaron las fuerzas y (según algunos dicen) cayó en el suelo; lo que no sería sin algún género de desmayo del estómago por la mucha debilidad, sin alimento, y la mucha sangre que en aquella noche y día había derramado; ni faltaría algún vahído de cabeza, traspasada de espinas con inmensos dolores que no le permitían alivio en tan inmenso conjunto de tra-

bajos. La inhumana compañía que llevaba, en lugar de ayudarle, se llenaría de rabia, atribuyendo á fingimiento la flaqueza, y le darían empujones y patadas con injuriosas palabras para que se levantase y volviese á tomar la cruz. El inocente Cordero sacaba fuerzas de flaqueza, tomaba la cruz, y no podía levantarla; manifestaba desearlo, mas le faltaban fuerzas; porque iba tal, que necesitaba reservar la poca vida que tenía para darla en la cruz. Oía las voces de los lobos; pero callaba, sufría y padecía, hasta que ya se desengañaron que no podía más.

Sentían mucho los sacerdotes y príncipes de los judíos aquella detención, por el grande empeño que tenían en clavarle en la cruz, y les parecía que podía no llegar al sitio donde le querían clavar; y en lugar de confortarle con algún alimento, se valieron de un labrador que venía del campo á la ciudad, llamado Simón Cirineo, padre de dos discípulos de San Pedro, Alejandro y Rufo, con quien se ajustaron para que llevase la cruz hasta el Calvario. Tomándola Simón Cirineo, hicieron aligerar el paso al Redentor que caminaba delante, no con menos trabajo que si llevara la cruz, por los empujones y golpes que le daban. Este encuentro de Simón da con razón envidia á las almas devotas, porque llegando á este paso todos desean esforzar la debilidad del Señor y quitarle la carga, no para que llegue más presto al Calvario, sino para aliviar el inmenso trabajo. Pero lo mejor es cumplir estos deseos, llevando junto á él las cruces que nos da, mirándole con amor y deseo de imitarle; porque si permitió que otro le llevase la cruz, aunque alquilado, fué por la significación que en esto figuraba de los muchos que en su Iglesia le habían de seguir crucificados, de cuya compañía se iba ya complaciendo. Consintió que otro llevase la cruz por alquiler, guardando para sí solo el ser en ella clavado, porque el fruto de este trabajo es que saquen todos de él algún provecho. A Simón le valió el llevar la cruz, además de su alquiler, el que el Señor le tomase por sus siervos é imitadores á los dos hijos que tenía. ¿Pues qué hará con el que por voluntad y elección le siga, llevando las cruces que su Majestad le quiera dar? Con aquella ayuda de Simón llegó Cristo más presto al Calvario, bien fatigado, y el descanso que allí había de tener era ser crucificado.

Entre tan inhumana compañía de soldados y pueblo amotinado, no faltaron algunas mujeres devotas que le seguían, lamentándose y llorando sus trabajos, el desamparo en que las dejaba la falta de su doctrina y milagros; y llegándose á sitio donde pudieron hablar con el Señor, las consoló diciendo: *No me lloréis á mí, sino á vosotras y á vuestros hijos; porque vendrá día en que dirán: dichosas las mujeres infecundas, y los pechos que no criaron hijos; y á los montes, que caigan sobre ellas, y los valles las cubran: porque si en un palo verde pasa esto, ¿qué será en el seco?* Esto dijo el Señor por los grandes trabajos que habían de sobrevenir en aquella ciudad y pueblo por la injusta muerte que le daban, significando también los terribles castigos que vendrán sobre los que no

se aprovechen de su muerte. Y si los pecados á cuya satisfacción se ofreció Cristo le dieron tan inmensos trabajos, hallándose inocente y floreciendo allí el verdor de toda hermosura, inocencia, gracia, amor, sabiduría, merecimientos infinitos, y todos los bienes espirituales y divinos, ¿qué harán los castigos de los pecados en los que hallaren tan secos de merecimientos y tan apartados de la gracia de Dios, que no les valga la sangre del divino Cordero derramada por ellos para detener la mano del castigo? Esto sintió el Señor más que sus mismos trabajos; su memoria le iba afligiendo y lastimando más que sus mismos dolores. Por tanto aconsejó á todos en aquellas mujeres que derramasen ante Dios sus lágrimas por sí mismas, más que por El; á fin de merecer los frutos de la sangre que por ellas se derramaba y librarse de los castigos prevenidos contra aquella ciudad y pueblo. ¿Quién dijera que un hombre tan afligido pudiera tener cuidado de otra cosa que en los inmensos trabajos que le cercaban? Pero claramente manifestó el Señor cuánto más presentes tenía nuestras culpas que sus penas; cuánto más sentía nuestros trabajos que los suyos, y que ninguna cosa llevaba más por delante que el remediarlos. Este es el que en la hora de las honras, cuando Jerusalén le recibió con fiestas y ramos de todo el pueblo, iba llorando los trabajos que aquella ciudad había de pasar y la destrucción con que, por la ceguedad y pecados, había de ser castigada; y esto mismo es lo que le ocupaba la atención en medio de sus mayores tormentos. Nosotros éramos los que vivíamos siempre en su corazón; nuestras necesidades le robaban el cuidado y amor; y como las conocía mejor que nosotros, y siempre las tenía presentes, todo trabajo suyo le parecía pequeño, y todos los nuestros grandes; por tanto, nada le detenía para padecer cuanto padecía por remediarlos.

Este trabajo parece está pidiendo que se trate aquí de la doctrina de la cruz; pero el espejo divino de los ejemplos del Señor está tan claro, que El por sí, sin más palabras, alumbra los ojos del alma y descubre las verdades encerradas en su cruz. Sólo diré, que la mayor merced que el Señor hace en esta vida á las almas, es darles la experiencia é imitación de su cruz, y traerlas siempre crucificadas sin dispensar en esto. Pero también afirmo, que sin luz particular no puede ser conocida esta verdad. En su Majestad vemos escoger para sí esta muerte, llevar la cruz á cuestas para ser en ella clavado (cosa nunca vista en otro), abrazarla con gusto, caer y persistir en llevarla; tomarla otro para que El pueda llegar á que le claven en ella, ser allí descoyuntado, y despues de clavarle no dejarla, sino que aun despues de muerto sea otro el que le quite de allí, y entonces la deja por herencia á sus escogidos. En ella constituyó todas sus victorias, y en ella recibimos nosotros todos nuestros bienes. Veo que los crucificados, y que más imitan al vivo aquel ejemplo, son los más aceptos al Señor; por tanto, me vuelvo á asegurar en lo dicho: que quien no siente en su corazón esta pura verdad (que la mayor merced que de Dios puede recibir es hacerle

digno de cruces, y que quien las tiene recibe en ellas mayor dádiva que cuantos bienes tienen los justos y contemplativos), quien esto no perciba, se tenga aun por ciego, y pida al Señor con oración muy eficaz y perseverancia, luz para conocer esta pura verdad. Y si Dios le hiciere merced de ella, procure no ser ingrato; sino tenerla por riquísimo tesoro, y abrácese con las cruces como única y cierta prenda de los bienes eternos.

COLOQUIO DEL SEÑOR Á LA CRUZ

Salid, mi buen Jesús, mi Rey, mi guía y pastor de mi alma; salid, que ya está aquí enarbolada vuestra amada cruz que tanto há deseáis. Consagradla y santificadla, para que sea compañera y gloria de todos los escogidos. Al punto que la veis os arrebata el amor, y sin palabras la decís con el corazón: Ven, mi amada, á quien toda la vida he deseado. Tú eres la escogida esposa á quien sirvo y á quien espero por espacio de treinta y tres años. Tú eres la tesorera de mis riquezas, triunfo de mis victorias, gloria y corona de mi amor. Hoy seremos unidos en desposorio eterno; quien te sirviere á ti, me sirve á mí, y quien te despreciare, á mí me desprecia. Tú serás de aquí adelante la honra de los mios; y quien de ti se preciare será honrado, el que de ti se corriere, será abatido. Hoy me recibirás en tus brazos, hoy te bautizaré con mi sangre, hoy quedarás hecha madre y amparo de todas las naciones. Por mí serás honrada para siempre, y yo por ti seré de todos conocido; y quien no me quisiere cautivo y preso de tí no será por mí favorecido. Aquí te abrazo como mi íntima amiga, deseada mía y compañera perpetua. Ponte en estos hombros, vamos al lugar de la muerte, hagámosle lugar de la vida, reinemos, venzamos y honrémonos juntos; acábese hoy tu deshonra y comencemos á triunfar en gloria. La muerte sólo apartará de ti mi cuerpo, más nada te podrá apartar del amor de este corazón; viviremos y reinaremos para siempre; tú serás la tutora y amparo de los hijos que hoy traeremos á nosotros de todas las partes del mundo. Temblará de ti el infierno, y contigo se alegrará el Paraíso. Toma estos brazos, este cuerpo, este corazón, este amor; el que me deseare y buscare tómete por su guía, y cuanto de mí quisiere por ti lo alcanzará. Á quien tú marcares será reconocido por mío, y á quien tú acompañares nunca le faltará mi protección.

NOSOTROS Á LA CRUZ

Te adoro, señal de la salud, precio de la gloria consagrado con los brazos y sangre de mi Jesús. Te adoro, bandera de sus batallas, guía de sus escogidos, triunfo de sus victorias, amparo de sus siervos y señal de sus hijos. Te adoro, sabiduría escondida, luz no conocida del mundo, honra de los que te sirven, seguridad de los que te llevan, corona de quien te abraza, premio de los que te aman, y salvación de los que á ti se entregan. Quien en ti muere, vive; quien en ti vive, reina; quien te ama, está contento; quien te desea, acier-

ta; el que te abraza, tiene toda riqueza. Adórote, árbol de la vida, que llevas el fruto de que todos vivimos, el Hijo de Dios vivo. Adórote, justísima balanza que á ninguna parte te ladeas, y sólo en ti es conocido el justo valor y peso de las cosas. Quien por ti tiene precio, es estimado por Dios; y quien á ti no aprecia, es despreciado. Adórote, verdadera y propia figura del amor divino, que en ti arde y resplandece. Tu altura penetra los cielos; tu estatura es la más recta, segura, justa y desprendida de todo lo más vicioso de la tierra. Tu pie penetra el centro de las cosas, lo íntimo de los corazones, y llega hasta el infierno; tus brazos nunca se encogen, antes se alargan á todas las partes del mundo; tu rostro nunca se arruga; de ninguno huye, á ninguno se oculta, á nadie desprecia ni le arroja de sí. A todos los recoges á tu sombra; á todos amparas, para todos estás descubierta y aparejada; nada temes, nada recelas, no quieres sino corazones, y tu título y corona es de reinado y gloria. Quedaste ardiendo siempre en el amor del que en ti se sacrificó, y á todos los que te buscan y aman comunicas ese fuego. En ti se halla la salud y la vida; en ti la confusión de los enemigos; en ti la comunicación de la suavidad soberana; en ti la fortaleza del corazón; en ti la alegría del espíritu; en ti la suma virtud; en ti la perfección de la santidad; en ti la salud del alma; en ti la esperanza cierta de la gloria. Por tí vuelven al camino los errados; los ciegos en el alma son por ti alumbrados; los ignorantes aprenden por ti, y se hacen sabios; por ti son recibidos los pecadores, y en ti son justificados. El mundo en ti se confunde; la soberbia es en ti derribada, y en ti se corona la humildad. Tú confirmaste á los apóstoles; consagraste á los martires; diste victoria á las vírgenes; santificaste á los justos; alegras á los ángeles; sustentas y acrecientas la Iglesia, y Tú eres la que pueblas el paraíso. En el día del juicio vendrás delante de Jesús, para gloria de sus amantes y perpetua confusión de sus enemigos.

Aquí me ofrezco á tus pies; aquí te abrazo; aquí te tomo por mi perpetuo amparo, por mi luz, por mi sabiduría, mi guía y seguridad en el destierro. Nunca me dejes ni te apartes de mí. Aunque la carne es flaca y sienta como quien es, aunque sea rebelde contra ti, aunque te tenga miedo, aunque muchas veces rehuse llevarte y quiera huir, tú nunca me desampares. Tus dolores sean para mí salud; morir en ti sea vida para mí; ni haya hora ni momento de vida que no te halle junto á mí. ¡Oh mi buen Jesus! Crucificadme con Vos en esta cruz; clavad en ella mi carne con vuestro temor; traspasad con amor de ella mi corazón; alumbrad mis ojos con vuestra divina luz, para que siempre vea y penetre las verdades de la sabiduría de la cruz. ¡Oh estandarte de la vida, precio de la gloria, verdadera encaminadora de los errados! ¿qué fruto cogí, y dónde fuí á parar cuando de ti huí? Si te arrojo de mí no puedo librarme de trabajos, porque vivo en tierra cargada de dolores y de miserias, y caigo en muchos que me oprimen, desconsuelan, derriban y me inquietan. Si huyo de ti por servir al mundo, éste me quita la paz del

corazón, el consuelo seguro, la sabiduría del cielo, y me roba todo el bien, me maltrata y me trae arrastrado. Si huyo de ti por servir á la carne, vivo en perpetuos mares de perturbaciones. Si huyo de ti por el amor propio, y por la vanidad, siempre ando hambriento y disgustado. Y entre todo esto ya falta la salud, ya la honra, ya la amistad, ya la verdad y lealtad; lo que se desea nunca llega; lo que llega, luego se pierde; las esperanzas quedan vanas; la vida no tiene seguridad; la muerte es llena de miedo y de tormento; porque en todo esto hay innumerables cosas que ensucian la conciencia, muchas que atribulan, y ninguna que verdaderamente sirva de consuelo; ni queda de todo ello sino lágrimas, aflicciones sin alivio y pérdidas del alma y del cuerpo, sin refrigerio.

Tal he sido hasta hoy, cruz santísima, porque huí de ti y porque no te abracé de corazón y con amor. No así los tuyos; pues á los que tienes afligidos, desconsolados, abatidos y desamparados en el mundo, les estás fabricando coronas de perpetua gloria. Pacificas su corazón, limpias la conciencia, justificas el alma, enriqueces los espíritus, alientas su flaqueza, aseguras las esperanzas, alumbras la fe, enciendes la caridad; y los que más parecen que se hallan por ti abatidos, por ti son ensalzados, esforzados y enriquecidos. Si quitas los bienes temporales, das los del espíritu y paraíso; si quitas los amigos, llenas de amor divino; si quitas honras, haces hijos de Dios; si llenas de injurias, das coronas de gloria; si desamparas interiormente, abrasas con divina y secreta virtud el corazón, y si desamparas por fuera, unes por dentro el alma con su Dios. A los que prendes, los libras; á los que cargas de hierros, sueltas de las culpas; á los que quitas la hacienda, llenas de tesoros del cielo; y cuando pareces más rigurosa, entonces te halla más suave el que te ama. ¡Oh, quién nunca huyese de ti! ¡Oh, quién nunca te arrojase de sí! ¡Oh, quién conociese tus secretos! ¡Oh, quién entendiese las dichas que en ti se hallan cerradas! Tú traes á los hijos de Dios olvidados en el mundo, abatidos, desterrados, perseguidos, llenos de lágrimas, de pobreza y de miserias, desatendidos, despreciados, por los pies de todos; y de éstos con quien te muestras más cruel, eres la mayor amiga. Por dentro los traes contentos, vivos, ricos y sabios; viven si no los dejas, mueren si los desamparas; arden en tu amor, desprendiéndose de lo que el mundo ama, y sólo en el cielo vive su corazón. ¡Oh cuán ricos, oh cuán contentos, oh cuán satisfechos, cuán sabios, cuán divinos y endiosados andan por ti y en ti! Desean desprenderse de todo, y vivir con Cristo; todo les cansa, todo les fastidia; sólo padecer en ti, sólo abrazarse contigo, sólo arder en ti con divino fuego los consuela. Y tú, fidelísima amiga, verdadera compañera suya, vendrás con ellos en el día del Juicio para honrarlos, coronarlos, glorificarlos y confundir sus perseguidores y enemigos. ¡Oh luz del paraíso, oh puerto seguro de los atribulados! Recibidme en tu compañía, y sea yo por ti levantado y unido á aquel que en ti fué por mí crucificado.

¡Oh Madre de Dios, compañera fidelísima de la cruz y de este

Señor, y con ella llena de soberanas riquezas! No salga la cruz de mi morada, ni su luz de mi alma. ¡Oh corte congregada y coronada con la virtud de éste árbol de la vida! Merezca yo por Vos ser del número de los crucificados, para lograr también ser de los glorificados. Amén.

### EJERCICIO DE CRISTO CON LA CRUZ Á CUESTAS

No rehusáis, bien mío, tomar esa pesada cruz en vuestros hombros, aunque os halláis tan extenuado por la mucha sangre que habéis arrojado del cuerpo, y tan débil por los tormentos, que estáis hecho una viva llaga; sabéis que no habéis de poder con tan pesada carga, y con todo eso la tomáis sobre Vos. ¡Oh Dios de amor! Vuestra caridad juzga que todo lo puede, y nada halla imposible. Renuévanse los gritos y alborotos del pueblo contra Vos, los golpes de los verdugos, la furia y prisa de los fariseos para acabar con vuestra vida, las injuriosas palabras con que os tratan, los empujones que os dan; y Vos entre ellos, Cordero divino, con menos fuerzas corporales y más cansado, abriéndose de nuevo las llagas, cubriéndoos de sudor mezclado en sangre, afrentado y quebrantado con imponderable trabajo, parece que os renováis en el amor, en el sufrimiento, en el silencio, en la obediencia y gusto de padecer por mí. ¡Oh, bendito y glorificado, adorado y amado seáis de toda criatura! Sobre esa cruz, Redentor mío, lleváis los pecados de todo el mundo para clavarlos en ella y satisfacer por todos. Ahí os abruman mis gravísimos é innumerables pecados; ahí os van dando inmenso trabajo y aflicción. Con los pies por el suelo camináis; pero vuestro corazón va penetrando en el cielo, rompiendo el pecho del Eterno Padre con interior clamor por los pecadores, mereciéndonos la divina misericordia y abriendo el camino real del paraíso, que es la cruz hasta ahora no conocida del mundo.

En ese vuestro silencio vais clamando y convidando á todos á que os sigan é imiten, que así hallarán todos los bienes y el verdadero descanso. Ahí lleváis en pos de Vos á la primera, á la mayor y á la más fiel amadora, vuestra Madre y señora nuestra, á quien la cruz va atormentando imponderablemente. Ahí vais hecho alférez y jefe de los justos, pregonando guerra contra la carne, contra el mundo, contra el demonio y todos los pecados. Ahí vais descubriendo los secretos de vuestro amor y confirmando el pregón que echasteis por el mundo, que quien no toma su cruz y os sigue no es digno de Vos. Ahí vais vestido de vuestra propia ropa, dejada la blanca de Herodes y la encarnada de Pilatos, para que ninguno os desconozca y todos sepan quién sois y que sólo os preciais de la cruz. Ahí quitáis todas las excusas del regalo de la carne y de la vanidad de la vida. Ahí vais santificando las lágrimas, las persecuciones, las injurias y todos los trabajos. Ahí vais alumbrando los entendimientos, inflamando las voluntades y abrasando á las almas que llamáis á vuestra imitación; vais desengañando al mundo, condenando sus leyes, practicando vuestra doctrina, confirmando las

verdades, cautivando y obligando á los corazones á que os acompañen, abrazando en esa cruz á todos los afligidos, que por vuestro amor son atribulados. Y para que nadie piense que por estar después clavado en la cruz sin poder juntar los brazos, os faltará amor para recibirlos á todos, ahora, antes de ser clavado, abrazáis en ella á los pecadores, á los justos, á los afligidos y á todos cuantos quisieren vuestro honor y compañía, mirándolos como hijos, por cuya vida morís.

¡Oh mi Rey, mi Capitán, mi amor, mi esperanza, mi guía, mi soberana verdad, mi gloria, mi verdadera vida, mi sabiduría verdadera, mi clara luz y todo mi bien! No dejéis á este vuestro indigno siervo fuera de esa compañía, donde Vos y la sacratísima Virgen, columnas del cielo, purísimos y más amados espíritus del Padre Eterno, vais los dos abrazados en vuestras cruces. ¿Qué será de mí fuera de ellas? ¿Qué camino puedo llevar cierto y seguro si me desvío de vuestra cruz? Llevadme, Señor, tras de Vos; nunca apartéis de mí vuestros ojos y vuestra cruz. A Vos quiero seguir; á Vos quiero imitar; con Vos me quiero crucificar, y más quiero con Vos cruz, que sin Vos todos los descansos de la vida. Veis aquí el cuerpo, pies, manos, cabeza y miembros; veis aquí el alma; véisme aquí, todo me ofrezco en vuestras manos; todo sea con Vos lleno de cruz y de dolores. No permitáis que jamás sepa ni entienda otra cosa; ni permitáis que jamás rehuse ni huya de trabajos y cruz, por pesada, dura y áspera que parezca. Más quiero ser desconsolado, aflgido, deshonrado y perseguido con Vos, que honrado de todo el mundo. Desde el principio tuvieron vuestros escogidos cruces y trabajos, y los que más os aman, son más atribulados con Vos; pues yo, miserable, ¿cómo os he de contentar, y cómo puedo ser de los vuestros huyendo de vuestra bandera y vuestra cruz?

¡Oh Hijo de Dios vivo! Si yo os amara de todo corazón y sirviera por millares de años en muchos trabajos con esperanza de que me habíais de venir á acompañar en ellos por una sola hora, y sufrir por mí un ligero trabajo, ¿no fuera todo muy poco para merecer una tan gran merced? Pues ahora que os llevo por delante, mi Dios y mi Señor, tan cargado de dolores, tan afligido de tribulaciones, hecho mi Capitán y guía con esa cruz á cuestas, brindándome á seguiros en otros mucho más pequeños trabajos; ¿cómo no ardo en deseos de padecer por Vos? ¿Cómo tengo por grande á ningún trabajo? ¿Cómo no tengo por perdida la hora en que estoy sin cruz y sin aflicción por vuestro amor? Mi carne, como flaca, siente y gime con el dolor; como ciega quiere huir de la Cruz; como pervertida la aborrece; pero, Remediador mío, poderoso es el espíritu que ahora me váis mereciendo, y el amor que me mostráis para hacer vuestras maravillas en esta miserable tierra, y mudar esta flaqueza en gusto de padecer muchas cruces con Vos. ¿Cuándo, mi atribulado Jesús, me veré con Vos atribulado? ¿Cuándo, amigo de esta alma miserable, me veré por Vos como os veo por mí? ¿Cuándo será todo mi consuelo llevar con Vos muchas cruces y aflicciones, como Vos

me mandáis? ¡Oh única salud de mis miserias! Quiera esta enferma carne, ó no quiera, Vos sabéis cuánto más seguro estoy, más cercano á Vos, más sabio, más vuestro discípulo y amigo, cuando la cruz me atribula, que cuando me deja. Pues, Señor, haga la carne su oficio cuanto quisiere; Vos sabéis lo que me conviene; no dispenséis con ella, sino afligidme y atribuladme con Vos, ayudad y esforzad mi flaqueza á llevar las cruces que me diereis, y no me dejéis querer jamás otra cosa.

Vos, Señor, que conocéis con infinita sabiduría mis yerros, sabéis cuán errado voy cuando ando fuera de este camino. El mal se me figura como bien, la vanidad la tengo por verdad, las obras de naturaleza pienso que son de gracia; justifico lo que había de reprobar, estimo lo que había de aborrecer, hago caso de la honra, aprecio mi persona, traigo el corazón derramado, ocioso de Vos, ocupado en mí y en el mundo; y lo que con mil lágrimas debiera decir, traigo el alma tan apartada de Vos, mi infinito y soberano bien, que peco y no lo siento; os ofendo. Dios mío, y no hago caso de ello; córrome de que se entienda quien soy; encúbrolo, porque me juzguen de los vuestros, siendo enemigo de vuestra compañía en la cruz. ¿Qué diré, Señor mío? Arrójome á esos pies; Vos sabéis quien soy, Vos veis la miseria de este corazón, cuando la carne se huelga sin el freno de la tribulación y de la cruz. Lo que entonces hago, es lo que ahora os puso en este estado; eso es lo que ahora vais penando y satisfaciendo; eso os va cargando y consumiendo. Pues, vida de mi alma y todo mi bien, ¿cómo he de vivir yo contento con lo que os va matando? Acabadme, Señor, en esta hora para que no os ofenda en adelante, ó ponedme desde ahora esa cruz, pues lo que yo no puedo, Vos, fidelísimo y poderosísimo socorredor mío, me daréis fuerza y espíritu para poder llevarlo; Vos alumbraréis mi entendimiento, abrasaréis mi corazón en vuestro amor y haréis en mí vuestras acostumbradas conversiones y maravillas. Aquí renuncio todo consuelo de la vida; todo (si cumpliere para vuestra gloria) se me convierta en cruces. Amigos, compañeros, parientes, conversaciones, y cuanto hasta ahora amé, se me convierta en cruz, para tener á solo Vos por amigo, compañero y única consolación. ¡Oh, cuán dichoso seré cuando esto llegare! ¡Cuán rico, cuando solo con Vos me acompañe! Entonces os diré con verdad: Unico amor mío, único placer mío, único Padre mío. Entonces solo Vos seréis mi única bienaventuranza, cuando todo lo de esta vida me dejare, me crucificare, y yo de corazón lo renuncie; cuando Vos me recibáis, y con solo Vos me acompañe.

¿Dónde vais, vida de mi alma? ¿No me oís, que voy gritando tras Vos? ¿Habéis de llegar al Calvario sin mí? Dadme esa cruz antes que lleguéis; porque más príncipe de ladrones pareceréis entre tres que entre solo dos; á esos dos salvaréis, y si á mí no me quisiereis matar, quedaré siempre crucificado por Vos. ¡Oh amor, oh amor mío! Matadme en esta hora con fuego de vuestra caridad, que me acabe, si he de pasar la vida sin emplearla toda en padecer por Vos.

Imprimid, Señor, en mi alma aquella gran verdad que dijo un crucificado en vuestra caridad: que si le hicieseis merced de una hora de trabajo por vuestro amor en satisfacción de treinta años de un leal servicio, no podía pensar el que recibiese aquel favor que tenía merecimientos para tan gran merced. ¡Oh escondida, pero cierta verdad! Pero yo, Señor, que no merezco nada, os pido por liberalidad de esa bondad que me hagáis esta merced, aunque no la merezco; que toda la vida y todas las horas me sean de cruz por vuestro amor, pues sé de cierto que eso es lo que más os contenta y lo que á mí más me conviene, aunque lo rehusa mi naturaleza. Las fuerzas que para eso me faltan, Vos, liberalísimo franqueador de vuestros bienes, no las negáis al que crucificáis por vuestro amor. Amadme, Señor, y crucificadme.

¡Oh dichoso Cirineo, que alcanzaste por dinero lo que yo no merezco con lágrimas! ¡Que mereciste llevar la cruz y aliviar un poco á este divino Cordero en el inmenso trabajo que le oprime! Pues aunque es para que llegue más presto á la muerte, eso es lo que El desea. Tú vas tras de El con la cruz, sin entender lo que te pasa; si conocieses á ese Señor y supieses lo que llevas, no lo soltarías; pretendieras que te crucificasen á ti y que Jesús viviese. ¿No había, Señor, un amigo que de gracia y sin precio de alquiler llevase esa cruz? Pero, ¡oh Hijo de Dios vivo, oh amante fidelísimo de las almas, oh tesoro de la bienaventuranza! De sólo Vos es propio llevar la cruz de gracia, pues todo lo que en ella merecéis es para los vuestros, y no tenéis ni queréis otro premio que nuestro provecho. Todos los demás que os siguen van alquilados de Vos, y aunque de su parte sean desinteresados, por la vuestra tienen paga segura. ¿Pero qué digo del desinterés? El más puro y más limpio en esta parte no pretende más que hacer vuestra voluntad, y el que más desinteresado se muestra, más la quiere; ¿pero acaso puede haber mayor interés en el cielo ni en la tierra? ¡Oh Dios de amor! ¡Oh amor de Dios, qué abastecidos y cuán ricos van los que con su cruz os siguen! No fué el Cirineo delante, sino tras Vos; porque no queréis dar la delantera á nadie, á fin de que los crucificados vayan alumbrados, esforzados é inflamados con vuestra vista. Y quien siempre os va viendo, luz del Paraíso, ¿qué va mirando? ¿Qué va recibiendo? ¿Qué va gozando? Calle aquí la lengua, calle aquí el corazón. Hablad Vos, Señor, que vuestro siervo oye; decid á este corazón, ¿qué es lo que ve? ¿Qué siente? ¿Qué lleva siempre ante sí el que á Vos os lleva delante? Amor lleva, y amor le lleva; ¿pero adónde, ó á qué? Al amor y á amar. Ameos yo, Dios mío, derrítame todo en vuestro amor. Abrasadme, amadme y llevadme Vos, divino amor mío, en pos de Vos.

¡Oh Madre de Dios, rica de cruces y de amor! Sin Vos no quiso vuestro Cordero la cruz, para pagaros el amor que os debía. Merecedme, Señora, que no quede yo fuera para que muestre en mí lo que merece su grande é inflamado amor. ¡Oh ángeles, oh ciudadanos del cielo, piedras vivas labradas con esta cruz para ese edificio celestial! Alabad por mí á este Señor; y pues me crió para vuestra com-

pañía, haced que por su cruz y con ella me guíe y me lleve, para que sea tal cual Vos sois delante de El. Amén.

## TRABAJO XLIII

**Ser clavado, levantado y descoyuntado en la cruz.**

Llegados al Monte Calvario, donde las demostraciones que el Señor había de hacer de su amor y los trabajos habían de llegar al último extremo, no concedieron al inocentísimo Cordero ningún espacio para descansar y tomar aliento del cansancio con que el camino le traía muy fatigado, sino que al punto los verdugos dispusieron clavar al Señor en la cruz, que fué el mayor trabajo de cuantos pudo su cuerpo tolerar. Quitáronle las sogas con que venía atado y los vestidos, que precisamente habían de ir pegados á la carne, ensangrentada por la muchas llagas; y al desnudarle sin compasión le renovaron las heridas, principalmente de la cabeza, cuyo corona de espinas se movía toda, renovando las llagas con inmensos dolores. Todo esto se hacía con enorme fiereza, sin visos de humanidad; pero el Señor obedecía en todo á los verdugos, como si fuera su esclavo; desnudábase, vestíase, volvíase á desnudar, daba las manos para que se las atasen, echábase sobre la cruz para que le clavasen, con tanta mansedumbre y prontitud, como si pronunciara aquellas órdenes el Eterno Padre.

Aquí aprenden los que de veras tratan de la paz interior, á no inquietarse en los sucesos contrarios y penosos; porque los falsos amigos, las sinrazones y adversidades en que se ven, las toman como mandamientos del cielo, y á sus contrarios como ministros de la ordenación divina, sometiéndose á todo y á todos aun en las cosas más contrarias, como á los divinos preceptos y ordenaciones; y de aquí nace el amor verdadero de los enemigos, porque no los miran como enemigos, sino como ejecutores de los consejos divinos, y sienten más el mal que ellos se hacen que el que de ellos reciben; porque toman la adversidad como cosa mandada del cielo para sí mismos y sienten sea ocasión de daño ajeno.

Quedó el purísimo Cordero en pie, desnudo y hecho una viva llaga de pies á cabeza, goteando de todo El sangre á la tierra, enardeciéndose el dolor de las llagas con el aire, coronado de espinas, en figura la más lastimosa de cuanto se puede imaginar. Y como su corazón jamás estaba ocioso, es de creer que en aquel breve espacio en que estaban asegurando la cruz para clavarle en ella, aprontando los clavos, barrenos y sogas con que la habían de levantar en alto, el Señor levantaría los ojos y el corazón al cielo, ofreciéndose de nuevo á la obediencia del Padre, con lágrimas muy ardientes, por la salud de los hombres; y sin duda los suspiros interiores y fervoroso ofrecimiento fueron oídos en el cielo y alcanzaron todo cuanto pidieron. Este es el modo de contentar á Dios y alcanzar luz para hacer las cosas con acierto y sobrellevar los tra-

bajos de la vida: no emprender nada sino comenzando por interior oración y ofrecimiento á Dios, aunque sea brevemente; porque no puede dejar de tener buen suceso lo que en Dios y con Dios se comenzare. Este paso es devotísimo para llegarse el alma al Señor, echarse á sus piés y recibir aquel sacratísimo rocío que de todo su cuerpo y llagas está goteando; y lavarle con la Magdalena los pies con lágrimas, antes que se los claven en la cruz; porque no aceptará menos estos amorosos deseos del alma, que los obsequios que allí le pudiéramos hacer, si estuviéramos presentes.

Llegáronse los verdugos al Señor y le dieron á beber un poco de vino mezclado con hiel y mirra, que era una bebida inhumana, dispuesta únicamente para el Señor; pues en semejantes lances se acostumbra dar á los pacientes algún alimento confortativo para esforzarlos, y tal vez confecciones con que sientan menos el tormento; pero estos crueles ministros, atizados por los judíos, no consentían cosa alguna que aliviase al Señor, antes lo convertían todo en mayor tormento; y por esto en el vino, que podía confortar el estómago, mezclaron las cosas más amargas: hiel y mirra. Con esto se desayunó aquel día el Señor, sin tomar otra cosa más que el vinagre que probó cuando estaba para expirar, como luego diremos. No sé quién andaba más empeñado en estas cosas, si la malicia de los enemigos en inventar nuevos modos de tormentos, ó si el Señor en distribuirlos por su cuerpo en tal conformidad, que ningún miembro dejase de tener parte en los martirios. Lo cierto es que venció el Señor, pues traía sus miembros tan en competencia de cuál más padecía, que quiso atormentar hasta el paladar, garganta y entrañas con la aspereza de la hiel, mirra y vinagre, ya que no podían recibir otro tormento. Todo se puede creer del ardiente y divino fuego de amor que en El ardía; y éste merece bien que le correspondamos con otro amor tan refinado, que se tenga por perdido cuanto en nosotros hay si no fuere perfectamente empleado en su servicio.

Prevenida la cruz y cuanto era necesario para clavar al Señor, le mandaron los crueles verdugos que se echase sobre ella de espaldas. Obedeció el divino cordero sin resistencia, y se hechó sobre la cruz con la corona de espinas por almohada, que le penetraba de nuevo la cabeza con inmensos dolores; los brazos abiertos, los ojos fijados en el cielo. Aquí se vió primera vez el cordero de Dios sobre el altar de la cruz ardiendo en su propio fuego de amor, con los brazos abiertos para recibir á todo necesitado, y con los ojos en el cielo, abriendo con ellos las puertas del Paraíso, cerradas hasta entonces por el pecado de Adán. Y como este es el Sumo Sacerdote por quien somos reconciliados con el Padre Eterno, y El es el sacrificio aceptísimo á Dios, por quien se perdonan los pecados del mundo, en viéndose sobre el ara de la cruz hizo sacrificio de sí mismo y se ofreció por todo el género humano con toda voluntad, con todo amor y con infinito deseo de la salvación de todos los hombres. Allí, sin duda, llamaban sus brazos abiertos á todos los

pecadores para consolarlos y conducirlos al Padre Eterno. Allí hizo la reconciliación de los pecadores con Dios. Allí abrazó el cielo y la tierra, y formó de los dos una Iglesia, una casa y una compañía en que Dios reina. Jamás hubo ni habrá Sacerdote más acepto, ni más sagrado altar, ni otro sacrificio más meritorio que éste, donde el cordero, Sacerdote divino y sin pecado, se ofrece á sí mismo sacrificio inmaculado por todo el género humano.

Ocupándose el Señor en este su propio oficio, hacían también el suyo los ministros de la muerte con cuanta crueldad imaginaban. Algunos dicen que comenzaron por la mano izquierda, y le atravesaron un grueso y cruel clavo por la palma de la mano, traspasando los nervios para que pudiesen mantener el cuerpo; y como aquella es la parte del corazón, y más sensitiva, se encogieron algo los nervios con el tormento, de suerte que, cuando quisieron clavar la mano derecha, no llegaba al barreno que estaba dado en la cruz; por lo que fué necesario estirarle con sogas, haciendo lo mismo con los pies, y así fueron descoyuntados sus santísimos miembros. En todo esto callaba el Señor; ni gemía, ni se quejaba, ni mostraba en el rostro ninguna demostración de las que nosotros hacemos en los grandes dolores; antes con total serenidad de rostro, con invencible y más que humana constancia, sufría y toleraba los más crueles tormentos que á un cuerpo humano se pueden dar; porque no se contentó con sufrirlo todo perfectamente, sino que en ninguna cosa quiso mostrar semblante pesado ni molesto, á fin de que lo exterior concordase con la voluntad y amor dulcísimo con que padecía.

Callando en todo esto enseñó el arte de llevar las cruces con perfecta paciencia, en que está el mérito y aprovechamiento, para que en ellas seamos aceptos al cielo. El que se ve metido en trabajos los ha de tomar primeramente como mandamientos del Señor, para sufrirlos con suma obediencia á su divina voluntad; ha de huir toda queja, ni de Dios ni de las criaturas, aunque su mano le parezca pesada ó rigurosa, porque las quejas nacen del amor propio, que rehusa la cruz. No trate de justicia, de razón, ni de flaqueza para el peso del trabajo, antes sea la razón obedecer á quien así lo permite, y las fuerzas sean la confianza en su bondad. Haga altar de la cruz, sacrificio de sí, y, tomando oficio de sacerdote, ofrézcase afligido y atribulado al Señor para más y más padecer, cuando, cuanto y como su divina Majestad fuere servido. Y porque siempre la naturaleza pone mala cara al trabajo, debe el crucificado tener guerra consigo para no dejarse vencer de la tristeza, antes adore al Señor continuamente por todo, recibiendo con buen semblante lo que de su mano viniere, dilatando el corazón con fe de que Dios no le negará su gracia para tener más esfuerzo cada día. A este fin tome por medio traer los ojos interiores en el cielo, pues esto, como dice San Pablo, hace ligero todo el trabajo de la tierra; porque contemplando, no lo terreno, sino los bienes celestiales, se ve que, en comparación del eterno peso de gloria labrado

por momentáneos y leves trabajos de la tierra, parecen nada éstos por grandes que se finjan.

Clavado ya el Señor en la cruz, estaba abierto en el suelo un hoyo capaz de recibir y tener derecha la cruz, sin que el cuerpo la pudiese mover aun á costa de dolores inmensos; y como todo se hacía por manos que no deseaban otra cosa que aumentárselos, lo ejecutaban con crueldad inhumana. Así, arrojaron la cruz en el suelo (para que no le faltase el trabajo de ser arrastrado), hasta que pusieron el pie de la cruz junto al hoyo que tenían hecho; luego la comenzaron á levantar por los brazos hasta llegar á la altura en que otros pudiesen tirar por las sogas que tenían atadas, y tal vez volvería por una parte, tal vez por otra, con indecible tormento y escarnio del Señor, cuando cayó de pronto en el hoyo; y después, al apretar las cuñas, todo á fuerza de golpes, se acrecentaba al cuerpo tan insoportable trabajo, que como falta la experiencia, faltan también palabras para manifestarle. Pero vemos que los mayores y más insufribles dolores que el cuerpo pasa es cuando sale fuera de su lugar algún hueso, ó se desconcierta alguna coyuntura.

Levantado el Señor en la cruz, como el cuerpo quedó en vago pendiente de los clavos, todas las junturas empezaron á sentirse y descoyuntarse unos huesos y otros, tan visiblemente, que todos los huesos de su cuerpo se podían contar, como estaba profetizado por boca de David, y generalmente padecía en todo, como luego declararemos. Mientras el Señor padecía estos tormentos, sus enemigos, que tanto deseaban verle crucificado, en lugar de compasión, festejaban alegres la victoria. La gritería del pueblo al tiempo de levantar la cruz lo llenaba todo de ruido. El Hijo de Dios fué allí fijado con los pies levantados de la tierra, mas no tan altos que no se pudiese llegar á ellos; con el cuerpo derecho hacia el cielo, los ojos inclinados á la tierra y los brazos extendidos, sin poderlos juntar; disponiendo estar en aquella postura, de suerte que la tierra y los amores terrenos no tuviesen parte en El, y los amadores de la cruz se le pudiesen llegar, y todos los que le buscasen crucificado le hallasen con los brazos abiertos para recibirlos, con los ojos claros para mirarlos, y con encendido amor para llenarlos de bienes.

Puesto así á vista del mundo, todo lo atrae á sí como El mismo prometió, hablando de cuando le levantasen de la tierra. Atrae el cielo, robándole para los pecadores; atrae á Dios, reconciliándole con ellos; á los justos, inflamándoles en su amor; á los pecadores, convidándolos á penitencia, llamándolos á misericordia y satisfaciendo por ellos. Así, luego que se vió levantado en la cruz, olvidándose de sus trabajos, acordándose de los males de los pecadores que deseaba remediar, no contento con los interiores clamores que hacía por nosotros, abrió su sacratísima boca, hasta entonces callada á todo, y con una gran voz, llena de amor y con lágrimas, clamó al Padre Eterno pidiéndole misericordia por los que le crucifican, no sólo con las manos (como los que estaban presentes), sino también con los pecados (como nosotros), y dijo: *Padre, perdónales,*

*que no saben lo que hacen.* ¿Qué mayor amor puede esperarse? No sólo se acuerda de nosotros entre tantos dolores y tormentos, sino que cegándonos nosotros voluntariamente, y no mereciendo menos pena por la ceguedad de los pecados que por ellos mismos, este nuestro piadoso y amorosísimo abogado nos encuentra disculpa en la ceguedad, alegando al Padre que, como á ciegos, nos perdone; y á la verdad, el Señor que ve y pesa con juicio limpio nuestras culpas, halla que obligan á ponerse El en la cruz para alcanzarlas perdón; pero nosotros las sentimos tan poco, que hacemos gala de ellas; mas si las conociesemos, el miedo nos haría evitarlas. Bien se ve aquí lo que San Basilio dice de la divina misericordia, que cuando ve nuestros pecados, halla en ellos dos aspectos: uno que le mueve á castigo por ser ofensa suya; otro que le excita á compasón por el mal que nos hacen, y esto prevalece. Pusieron nuestros pecados al Señor en la cruz; llenaban su persona de tormentos; ofendían al Eterno Padre; mas porque nos cegaban y condenaban, tiene mayor dolor de nosotros que de sí; y sin tratar de su alivio, pide que seamos perdonados como ciegos.

Crucificaron con el Señor dos ladrones, cada uno á su lado, y El en medio como su capitán; y aunque no lo era en los hurtos, éralo en robar los corazones. No se desdeñó el Señor de esta compañía en la muerte, pues la aceptó en la vida; porque con pecadores comía y bebía y entre ellos quiso morir, bajando á la tierra como buen Pastor en busca de las ovejas erradas. Así nos quiso certificar que los pecadores tenemos el mejor lugar en su cruz, y que si Adán perdió el árbol de la vida y murió en este árbol, tenemos la verdadera vida para que la muerte no nos pueda hacer mal. Señal de todo esto es que la cruz tenía clavada encima de la cabeza del Señor una tabla, que Pilatos mandó poner, con la causa de haber crucificado al Señor; la cual en hebreo, griego y latín (lenguas en que se escribió toda sabiduría humana y divina), tenía escrito: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos.* Y aunque éstos recibieron mal la expresión y dijeron á Pilatos que no le llamase tan claramente Rey, sino que dijese moría porque falsamente se quería llamar Rey de los judíos, con todo eso Pilatos no quiso mudar de parecer; porque el Espíritu Santo, que ya determinaba vencer, quiso que entre las afrentas que el Señor padecía se supiese claramente que las almas que buscasen á este Señor, y que le amasen y sirviesen crucificado, tengan en El Rey verdadero, amparo, vida, riqueza y todos los bienes; y El, como Rey y Señor de todo, desde allí perdonaba pecados, daba vida eterna á los ladrones, salvaba pecadores y usaba de su eterno poder.

Entre todos estos misterios debe hacerse recuerdo de los dolores de la Virgen (aunque después trataremos de ello separadamente), la cual no vió clavar al Señor, pero oyó los martillazos que penetraban en su santísimo corazón, y esperaba ver lo que más recelaba y más la había de doler, que era verle crucificado; y así, cuando vió levantar en alto por encima de la gente á su unigénito Hijo, cuanto

más le amaba, más le dolió: ni pudiera su naturaleza resistir la pena mayor de lo que se puede imaginar, á no esforzarla el Altísimo para acabar de pasar aquella cruz, sólo para ella reservada, sin haber otra igual en esta vida.

Son tantos y tan grandes los misterios que el alma tiene que considerar y sentir en Cristo crucificado, que aunque en la historia, por evitar prolijidad, es preciso comprender muchas cosas en pocas palabras, con todo eso es necesario alargar los ejercicios para considerar más individualmente las mercedes del Señor. Por eso damos tres ejercicios sobre la materia de este capítulo, como en el pasado, y se hará en el siguiente, para que considerando el alma estas cosas más de asiento y en particular, saque de ellas mayor provecho.

### EJERCICIO PRIMERO Á JESÚS DESNUDO, ANTES DE CLAVARLE EN LA CRUZ

Déjame ahora, alma mía, mirar el tráfago con que esta gente se apercibe para crucificar al Señor, y la prisa, gritos y crueldad de todos sus contrarios. Mira la inhumanidad con que le desnudan, llevando ya pegado el vestido con las llagas, y que al tirar de ellos quedaría su sacratísima cabeza y todo el cuerpo manando nueva sangre. Mira aquella tan lamentable figura; mira aquel corazón nunca ocioso, ni apartado del cielo; mira cómo en viéndose desnudo y con las manos desatadas, las levanta con los ojos al cielo, bañado todo en lágrimas, ofreciéndose por ti al Padre Eterno. Vete á El en ese pequeño espacio, y ocúpale con El antes que le crucifiquen; póstrate á sus pies interiormente, como que le tienes presente, y abrazándole con amor, dile: Aquí me abrazo, amor de mi alma, con estos divinos pies; á ellos prenderé mi corazón; aquí me emplearé todo en Vos, antes que os claven en la cruz, y antes que la muerte os quite de mis ojos. Ahora que tenéis los brazos sueltos, abrazad antes que os claven, esta alma pecadora por quien tanto padecéis; consumid todas mis maldades, enfervorizad mis tibiezas y unidme todo á Vos. ¡Oh mi buen Jesús, Divino Cordero, amor puro y verdadero mío! Recibid los brazos de esta alma, y haced que sean puros y desprendidos de todo lo que es tierra, ardiendo en vuestro amor para que os sean más aceptos. Poned, Señor, los ojos de vuestra misericordia en esta vuestra miserable criatura; no me arrojéis fuera de Vos; recibid este abrazo, que como puedo os doy, y deseo darle con el amor de todos los que os aman; consumid en mí con esta sangre lo que os descontenta, para que no haya cosa que de Vos me aparte. ¡Oh mi verdadero amparo! Si me viere recibido á vuestro amor y amistad, ¿cuán bienaventurado seré? ¿Quién me dirá entonces que soy pobre, aunque todo me falte? ¿Quién me dirá que soy miserable, aunque viva en esta triste vida? Abrazado de Vos y abrasado de vuestro amor, desconózcame, déjeme y desampáreme toda criatura, que sólo con Vos quedaré contento y satisfecho. Pues, Señor, mostrad ahora á mi alma la hermosura de vuestro corazón,

llegue á mí el fuego que le abrasa; caigan en mí esas ardientes lágrimas que de vuestros ojos salen abrasando; aquí me laven, enciendan y derritan en vuestro amor, y con Vos me unan para siempre.

¡Oh todo mi bien, sin el cual soy pobrísimo! Veo que la prisa de crucificaros es mucha, y yo quedo como quien era; antes que de aquí os quiten, y antes que os aparten de mis brazos, curad mis llagas. Vos veis cuán más llagado estoy yo en el alma que Vos en el cuerpo, y cuánta más ponzoña corre de mis culpas que sangre de vuestras llagas. Vos sois mi remediador: en Vos está la misericordia que yo necesito: y ya que mis pecados os pusieron en este estado, Vos sabéis mejor que yo la necesidad que de ella tengo. No sé confesarlos, ni conocerlos; pero á vuestros ojos purísimos están manifiestos. Tal cual soy me arrojo á vuestros pies; y pues Vos me veis y conocéis, perdonadme con misericordia: no quede yo sin remedio entre tan grandes trabajos como por mí padecéis. Si queréis, bien podéis, Señor, limpiarme en esta hora: pésame de haberos ofendido, y deseo acabar en ella antes que volver á ofenderos. Herid, Redentor mío, este corazón con dolor de mis grandes pecados: dadme aborrecimiento de mí mismo y amor vuestro: quitad los impedimentos que hay entre Vos y entre mí, para que nunca más os ofenda y siempre viva unido en Vos por amor. ¡Oh vida y esperanza segura de mi alma! Tenéis amor para dejaros llenar de llagas por mí, para derramar toda vuestra sangre, para dejaros clavar y descoyuntar en esta cruz, para morir en ella por mi amor, ¿y os ha de faltar en esta hora, para perdonarme, para darme perfecto aborrecimiento de mis culpas, fuerzas para enmendarme y amor vuestro para nunca más ofenderos? Para todo, mi buen Jesús, tenéis amor: sé que deseáis más que yo esto que pido, y por eso morís: pero en mí veis aquello por donde me lo negáis. ¡Oh mi verdadero remedio! Confieso que de mí nace el impedimento: pero tambien os pido el remedio de esto mismo: por eso me ofrezco á vuestros pies: por eso clama mi corazón.

Ciego estoy é ignorante; alumbrad, luz divina, mi entendimiento: dadme á conocer quien soy: hacedme ver lo que en mí impide estos bienes y me aparta de Vos: dadme perfecto aborrecimiento de lo que en mí os desagrada: esto ha de ser obra vuestra: para todo tenéis amor, para todo misericordia. Si no me sé ofrecer á Vos de todo corazón, suplid lo que me falta. Para eso sois mi Redentor; para eso derramáis esta sangre, para poner con ella de vuestra parte todo lo que falta á mi pobreza. Si Vos, mi buen Jesús, me desamparáis ¿quien me podrá valer? Si Vos no me miráis, ¿quién podrá remediarme? Si Vos no me curáis, ¿quien podrá sanarme de mis llagas? Ellas me ciegan, ellas me hacen todo el mal que veis. Sólo en Vos está el remedio; tened piedad de esta vuestra criatura; perdonadme, alumbradme, sanadme, resucitadme, desarraigad mis males, para que limpio de ellos os posea con amor puro, me clave en la cruz con Vos, sea todo vuestro y á solo Vos tenga por mi único y soberano bien.

¿Qué es esto, verdadero Maestro de eternas verdades? ¿Desnudo queréis ser crucificado, y así morir en la cruz? ¿Siquiera no llevaréis con Vos la túnica que os hizo vuestra sacratísima Madre? Nada queréis del mundo; ya que se hizo de cosa de la tierra, os sirve de peso y carga. Desnudo entrasteis en el mundo, y desnudo queréis salir. No queréis que la muerte os quite, como á otros, lo que tienen; aún vivo, antes de subir á la cruz, os desprendéis de todo; volvéis á la tierra lo que es suyo, y desnudo os queréis crucificar. No queréis del mundo más que cruz, llagas, afrentas, injurias; sólo queréis y escogéis para Vos lo penoso que todos aborrecen, y en esto queréis acabar la vida. Desnudo nos reconciliáis con el Padre; desnudo hacéis las paces entre Dios y los hombres. Desnudo abrís las puertas del cielo; desnudo satisfacéis por las culpas; desnudo enseñáis la verdad de vuestra doctrina; desnudo triunfáis de la muerte, de los pecados, del mundo y del infierno. Desnudo nos mostráis la perfección de vuestro amor; desnudo nos llenáis de bienes y dais cuanto tenéis, porque la desnudez no os hace pobre, ni dejáis de ser quien sois, ni perdéis vuestras eternas é infinitas riquezas. Enseñad, luz divina, á esta ciega alma á que todo lo posea, desprendiéndose de todo; y pues no puedo llegar aquí sin vuestra luz, lavad mis ojos con esta sangre, para que con claridad vea la fineza y perfección de esta vuestra sabiduría y de este puro amor. ¡Oh riqueza del cielo, Hijo de Dios vivo! Tan incomprensible sois, y tan rico, que solo bastáis para llenar y saciar las almas; tan grande, que podéis llenar toda mi capacidad; tan puro, que ninguna cosa se puede comparar con Vos; tan suave, que arrebatáis todas las fuerzas del alma; tan hermoso, que cautiváis lo más íntimo del corazón; tan buen amigo, que obligáis y prendéis á toda el alma; tan divino fuego de amor, que todo el espíritu lo abrasáis. ¿Pues qué mucho que pretendáis reinar solo en esta alma, y que la queráis desnuda y desprendida de todo, sin tolerar mezcla de otro amor? ¿Cómo puede caber con Vos otra cosa en este tan pequeño corazón? Vos sabéis que el alma se convierte en lo que ama: si ama tierra no podéis Vos, Majestad infinita, caber en ella.

Con Vos crece mi alma, con Vos se dilata, con Vos queda á medida de Vos, con Vos queda llena y satisfecha; porque Vos, amor puro de las almas, para todo bastáis. ¿Cuándo, buen Jesús, me veré desprendido de todo por Vos? Si me hiciereis merced de tomarme por vuestro, poseedme y alumbradme; ¿qué pierdo yo en que toda criatura me deje y en ninguna halle consuelo, pues siendo vuestro estoy rico de Vos? Desprended, Señor, de todo á este corazón, y sea esto como Vos lo entendéis y no como la carne lo imagina; sea como en Vos lo veo, y no como piensa mi miseria. ¡Oh, cuán rico es el que así os tiene! ¡cuán dichoso quién así os posee! ¡cuán bienaventurado quién así os ama! Si así os veo por mí, ¿con qué mejor os puedo contentar que con este desprendimiento y desnudez, lo á menos en lo interior, ya que no lo pueda lograr exteriormente? Vuestros grandes amadores os seguían desnudos. Cual-

quiera ocupación de la tierra era carga pesada para vuestro enamorado Agustino; cualquiera andrajo de tierra era insoportable para vuestro pobre Francisco; la misma piel le servía de peso á vuestro Apostol Bartolomé. Huían á los desiertos los presos de vuestro amor; desprendíanse de su misma carne y de su vida los mártires; todos vuestros verdaderos amadores que os ven desnudo en la Cruz, lloran con amor y deseo de verse así por Vos. Estas son las obras de vuestro amor. ¡Oh amor robador! ¡Oh amor transformador, tan pobre y tan rico, tan desnudo y tan lleno, tan encubierto y tan conocido, tan cautivo, tan crucificado, tan rendido y tan libre, tan señor y triunfador! Lo que esto es, sólo Vos lo enseñáis y lo entendéis, sólo Vos lo dais á conocer. El amor que hasta aquí os condujo, os haga concederme desde ahora este desprendimiento de todo y esta amorosa unión á Vos; ese me alumbre y haga entender estas verdades; ese me desprenda de mí y me haga olvidar de todo lo que me aparta de Vos; ese me haga pesado é insoportable cuanto no veo en vuestra desnudez. Mudad, Señor, esta sentencia; vivid Vos y crucificadme á mí. Si en esto soy atrevido, vuestro amor me lo hace pedir; y si no puede ser, id Vos, mí buen Jesús, á vuestra deseada cruz, pero clavadme con Vos; abrasadme en ella, desprendedme de todo, y unidme en ella con Vos, pues sois mi gloria, todo mi tesoro y esperanza.

¡Oh purísima Virgen, que sois la que más amáis y á quien el amor desprendió de todo con mayor perfección! Alcanzadme lo que experimentasteis de estas verdades en Vos. ¡Oh corte celestial, poseídos de solo el amor de este Señor, y con él ricos y abastecidos! Soltad alguna ascua de ese fuego, y arrojadla en este corazón para que consuma las heces de la tierra, y, desprendido con Vos de toda afición terrena, me sujete y cautive al amor de este soberano triunfador.

### EJERCICIO SEGUNDO, AL CLAVAR Á CRISTO EN LA CRUZ

Ya, alma mía, está la cruz prevenida; llega á ella con este divino cordero, para que veas y sientas los tormentos que le vieres pasar. ¡Oh buen Jesús! ¿Para qué habéis de pasar tanto trabajo? Ya se halla esta cruz consagrada por vuestros hombros; ya es honra y gusto padecer por ella; ya podemos los pecadores tomarla por remedio de nuestros males; basta, Señor, lo que habéis padecido, mandad que á mí me crucifiquen; vivid Vos y muera yo; mandad como juez que sois, y sea yo el que pague como pecador. Descansad ya de tantos tormentos y empiece yo á llevarlos por Vos, pues son más justamente empleados en mí. Y si vuestro amor no los sufre, ruégoos por él mismo que crucifiquéis este corazón con Vos, de suerte que jamás aprecie otra cosa; en esa cruz os conozca, en ella os ame, os busque, os halle y posea.

Mira, alma, la crueldad con que clavan al Señor, mandándole extender en la cruz, y la mansedumbre con que á todo obedece. Mira cómo toman la medida para los barrenos y le clavan sin pie-

dad por las partes más sensibles, como son los nervios, con duros y gruesos clavos de hierro; y si puedes, siente la grandeza de aquellos dolores; y si no los sabes sentir, deséalo y pide al Señor que te lo conceda, para que padezcas en el corazón lo que El con tanto amor toleró en su cuerpo sacratísimo. Ablandad, suavísimo Jesús, la dureza de este corazón para que estos clavos le penetren y sienta yo en mi alma vuestros dolores, ya que Vos solo queréis pasarlos en el cuerpo. No quede mi corazón sin dolor y sentimiento de ellos, pues por mí los sufrís, para que en él se encienda vuestro amor y el aborrecimiento de mis pecados, que á esto os sujetaron. Sed ahora liberal conmigo en lo que os pido, porque ni aun tan grandes trabajos vuestros acierto á sentir, ni puedo, sino cuando Vos me lo concedáis.

El manso y divino Cordero se echa y tiende de espaldas en el altar sagrado de la cruz, para ser en él sacrificado; extiende aquellos amorosísimos pies y brazos para que se los claven; pone los ojos en el cielo, y callando da voces á los oídos del Padre, ofreciéndose á El por nuestros pecados, y diciendo: Padre, clarificadme en esta hora á que por vuestra obediencia he llegado, y recibidme en vivo sacrificio por todo el género humano. Perdonad á los pecadores, por quienes satisfago; encended en todo el mundo vuestro amor; convertid á mí las almas descaminadas, y dilatad la gloria de vuestro nombre. No le falte al mundo lo que por sí no merece, pues por todo él me ofrezco aquí. Ablandad vuestra ira; abrid los tesoros de vuestra misericordia; ninguno quede fuera de vuestra gracia, pues por todos ofrezco mi sangre, cuerpo y vida en esta cruz; mirad cómo arde mi corazón en amor de las almas, en deseo de morir por ellas; y yo, Señor, os merezco que á todas las traigáis á estos brazos, que por vuestra obediencia y por recogerlas tengo abiertos. Venid á mí todos los que estáis en pecado, que yo os perdonaré; venid todos los atribulados, que yo os consolaré; venid todos los errados á estos brazos, que yo os recibiré; aprended de mí, pues me veis manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

¡Oh buen Jesús y buen pastor de esta alma errada! Recibidme, Señor, en esos brazos, pues me llamáis; dadme ese amor, esa humildad y esa mansedumbre, á cuya imitación me convidáis; rendid á Vos todo este corazón, y llevadle con Vos; imprimid en mi alma vuestra divina virtud, para que siempre ande tras de Vos y nunca me aparte. Basten, Señor, los años que fuí sordo á vuestras voces, que por dentro y fuera me dabais; abrid desde ahora mis oídos para que oiga vuestra voz, para que os siga é imite. No me pudisteis mostrar mayor amor que dejaros clavar en esta cruz, y morir en ella por mí. No me neguéis, pues, el fruto de estos trabajos; dadme aquello para que me llamáis; comunicadme vuestro espíritu y entregáos de mí, ni me soltéis jamás de vuestra mano. Vos veis cuantas cosas contrarias á vuestro amor me tiran; veis cuán acostumbrado estoy á seguirlas, y dejaros por ellas; veis cuánta razón tengo de

recelarme de mí, y no confiar sino de Vos Por tanto obedezco, buen Pastor, á vuestra voz; aquí vuelvo oveja errada á vuestra obediencia; entrégaos de mí y no me soltéis más; hacedme todo vuestro y obediente sin resistencia hasta la muerte de cruz.

¡Oh Padre Eterno! Bien sabéis que no puedo levantar los ojos á Vos de vergüenza y por el peso de mis muchos y gravísimos pecados. Las miserias de esta alma á vuestros ojos se hallan manifiestas; grande es la ira que tengo merecida, pues por ellas llegó vuestro unigénito Hijo al estado en que se halla. Si miráis á mis pecados, no tengo esperanza de vida, porque no merecen misericordia; pero Vos me disteis este divino Cordero, que arde en amor mío, y se sacrifica en este sagrado altar de la cruz por mi remedio. El es vuestro Hijo, que en todo hace vuestra voluntad; á El me disteis por Maestro y Pastor, á El me mandasteis llegar, y que de El tome cuanto me falta; con El no puedo ser de Vos desechado, pues El os es aceptísimo en todo, y por El queréis que seamos recibidos. Yo os le ofrezco en vivo sacrificio, y con la oferta que El de sí mismo hace, juntamente me ofrezco á Vos con todos mis pecados, males y llagas. Tened por El misericordia de mí; perdonadme por El, y dadme amor vuestro y aborrecimiento de mis culpas, juntamente con vuestro espíritu, para imitar en todo á este vuestro Cordero. Acordaos, Señor, que El mismo dijo no podéis negar el buen espíritu á quien os le pidiese. Yo os le pido ahora, y lo que me falta para ser oído, súplalo la virtud del sacrificio de este divino Cordero, que aquí os ofrezco. Dadme espíritu de amor, espíritu de humildad, espíritu de mortificación, y ofrecimiento y resignación en vuestra perfecta voluntad; espíritu de conocimiento é imitación de lo que este divino Maestro aquí me enseña; su espíritu viva sólo en mí, y apartad de esta alma los malos espíritus que de Vos me apartan. Unidme á El para seguirle siempre; enseñadme á morir con El por vuestro amor; desprendedme por el suyo de cuanto no es El; cerrad mis sentidos y corazón al mundo y á sus engaños, y abridlos sólo á este Señor, para que El reine en mi alma, y ella siempre os ame, os sirva, sea de Vos poseída y os posea.

¿Todavía, mi buen Jesús, queréis llevar al fin el ser clavado en la cruz? ¿No será mejor emplear esos pies en andar de lugar en lugar convirtiendo muchas almas? ¿Esas manos, no estarán mejor alumbrando ciegos, sanando enfermos, resucitando muertos y acudiendo á cuantas necesidades tiene el mundo? ¿En lugar de esto queréis sean aquí clavadas, penando, padeciendo y quitándoos la vida, tan necesaria para los pecadores? Adóroos, mi divino Maestro, y os doy infinitas gracias, pues por tantas y tales maneras me enseñáis la verdad de la doctrina que se encierra en vuestra cruz; pues siendo vuestra vida, vuestros pies y manos tan necesarios á las almas que viniste á redimir, me enseñáis que más las aprovecharon clavadas, penando, amando y muriendo, que todas las muchas heroicas y divinas obras que pudieron hacer é hicieron sueltas. La obra mayor y más acepta para Vos es el amar; y aquello en que esto más

se muestra, es en padecer hasta morir; esto es lo que sobre todo os contenta; esto es lo que reputáis más importante; ahí ponéis la fuerza de lo que en las almas queréis; eso hacéis, y en eso acabáis. ¡Oh eterna sabiduría! Imprimid en mi alma esas verdades, pues sobre todo os complacen y tenéis por engaño cuanto se opone á ellas. Cuando el alma está en pena, la carne se halla cautiva; como los vicios no reinan, los apetitos se hallan refrenados; todo el hombre interior y exterior vive sujeto, y en sola esta obra se halla entregado á Vos, alabándoos, amándoos y obedeciendo. No es más santo quien tiene más fervor, ni es más justo el más consolado, ni os es más acepto aquel á quien visitáis con gusto, si no está del todo crucificado. El atribulado, perseguido, desamparado, puesto en cruces por fuera, en desamparos por dentro, callado, sufrido y perseverante en amor, éste es vuestro amado, éste os es más acepto, éste el más justo, éste el de Vos más estimado. Quien esto tiene, se puede llamar aprovechado, que hace más que todos y que fructifica en vuestra casa más que cuantos por otra vía os sirven sin tal cruz. ¡Oh fuego de divino amor, que en este Señor me descubres tales verdades! ¿qué haces que no me abrasas y crucificas con El? ¿Cómo me dejas holgando, teniéndole á El crucificado? ¡Oh Señor! Ya que veo ser esto vuestra verdadera sabiduría, no me dejéis en tinieblas; alumbradme en estas verdades, y cuando lograre ocasión de ejercitarlas, no me dejéis volver atrás. Tomadme desde ahora por vuestro, y no me dejéis llevar otro camino fuera del que veo en Vos. Dad vuestras consolaciones á quien os las merezca y os sea siervo fiel; á mí dadme vuestro amor, y con él y por él crucificadme, hasta que me mudéis de tal suerte en Vos, que sólo me sirva de vida y gusto el padecer por Vos.

Quiero, mi buen Jesús, recorrer vuestra cruz, para que en cada tormento de los que en ella con tan duros clavos os dan, me hagáis alguna merced.

### Á LA MANO IZQUIERDA

Adóroos sacratísima mano, que hicisteis el cielo y la tierra, que siempre recibisteis á los pecadores y sustentasteis á los que con amor inclinaron en ella su cabeza para lograr descanso. Ya que, Señor mío, es esta la que primero clavan, porque está más cerca de vuestro divino y abrasado corazón, y por tanto os ha de costar mayor dolor, mandad que claven con ella mi triste y miserable corazón. Acordaos que solo éste pedís á los hombres, porque sólo en vuestra mano está seguro. Ved aquí el mío, tomadle en esa mano; clávele con ella ese duro clavo, para que siempre esté unido y asegurado en Vos y nadie os le pueda quitar de sí. ¡Oh cuán dichoso seré, si me le recibís! ¡Oh cuán bienaventurado, si aquí me le enclaváis! ¡Mirad, vida de este corazón, cuán mortal anda fuera de vuestra mano! ¡Cuán libre por donde quiere, pero cuán perdido! Aquí, Señor, aquí quiero ponerle; tomadle aquí y clavadle con esta vuestro mano, mi Jesús y mi amor.

### Á LA MANO DERECHA

Adórote, sacratísima mano derecha de mi Señor Jesucristo. Tú eres la fortaleza de todos los flacos, repartidora de todos los tesoros, mostradora de todos los bienes, á quien todos los miserables miran esperando de ella el remedio. No pierde, buen Jesús, su fuerza y virtud esta vuestra divina mano, por más que la claven; antes nos asegura la confianza que debemos tener en ella. Clavad, Señor, aquí esta flaca tierra y carne miserable, tan medrosa de padecer por Vos, tan viva para el mal, y tan pesada para vuestro servicio. Traspasadla con vuestro temor en esta cruz; refrenad en ella sus solturas; consumid las leyes contrarias á vuestro espíritu; mortificad en ella los gustos opuestos á las verdades de esta cruz; viva en Vos crucificada por Vos, obediente al espíritu, para que toda su malicia, flaqueza y miseria sea consumida.

### Á LOS DOS PIES

Adóroos, sacratísimos pies, fatigados y endurecidos por los muchos y trabajosos caminos que por mí anduvisteis. Tragisteis á este Señor hasta la cruz, y en ella, por mí, habéis de ser clavados. Corregid los errados caminos por donde anduve hasta ahora, y dirigidme por el de la verdad y de la ley que siempre cumplisteis. Clavad, Señor, con estos sacratísimos pies mis errados pasos, para que me sean perdonados. Fijad con ellos los deseos y aficiones de mi alma, para que no vagueen por las vanidades, sino que sigan las pisadas de estos sacratísimos pies. Corra, Señor, la virtud de esa sangre por este cuerpo y alma, que todo me santifique, me abrase y me mude en Vos. Levantadme, buen Jesús, clavado con Vos en esa cruz, ni me soltéis hasta que hagáis en mí lo que en esa cruz me enseñáis, para que mortificado en todo y lleno de vuestro amor, me poseáis perpetuamente á vuestra voluntad.

¡Oh Madre de Dios sacratísima! Por aquellos dolores que penetraron vuestro purísimo corazón, cuando oíais los golpes con que clavaban estos pies y manos, mereced de este Señor que consigo me clave en esta cruz, y que jamás me suelte. ¡Oh Corte celestial, obra y hechura de estas llagas! Valed á este pecador, y alcanzadme que sólo de ellas viva, pues con su virtud reináis. Y ya que estáis logrando los frutos de estos sacratísimos pies y manos clavados en la cruz, haced que no viva yo privado de ellos, sino que por su virtud merezca la compañía vuestra para que fuí criado. Amén.

### EJERCICIO III, AL LEVANTAR AL SEÑOR EN LA CRUZ

Abrid, oh buen Jesús, mis ojos; alumbrad mi entendimiento, enterneced mi alma con el fuego de vuestro amor en esta hora, para que sienta en mí los crueles dolores y trabajo inmenso que ahora padecéis, al levantaros en alto clavado en esta cruz. Ya que por mí lo pasáis, haced, Señor, que sienta yo el dolor en que quedáis levantado en el aire, pendiente de tres clavos, descoyuntán-

dose las junturas de vuestro inocentísimo cuerpo, desprendiéndose unos de otros los huesos, y quedando tirantes todos los nervios. Haced que sienta la crueldad y gritería con que os levantan, los golpes con que aprietan y aseguran la cruz, renovando con cada uno los dolores que padecéis, en cada juntura, hueso y partes de ese cuerpo, callando Vos, Cordero sin mancha, sin queja, ni gemido y sin rehusar pena alguna.

### ORACIÓN DEL ALMA Á CRISTO, CUANDO INTERIORMENTE LE VIERE LEVANTADO EN ALTO CRUCIFICADO

Adóroos, Hijo de Dios vivo, Dios de mi corazón, amor de mi alma. Adóroos, gloria de los justos, corona de los bienaventurados; adóroos, tesoro de todos los bienes soberanos; adóroos, Cordero de Dios, que quitáis los pecados del mundo, clavado por mí en ese madero; adóroos, árbol de la vida, lleno de todos los frutos de la gracia y de la gloria, que en este Señor se encierran. Aquí, ante Vos postrado, y ahí en alto, crucificado, os adoro y reconozco por toda mi esperanza, pues en Vos tengo cuanto puedo desear. Si me veo pobre, ahí estáis para mí riquísimo; si me siento flaco, ahí estáis fuerte para mí; si pecador, ahí estáis como Redentor mío; si cautivo, ahí sois mi libertador; si miserable, ahí os veo misericordioso; si tibio, ahí ardéis en mi amor; de todos modos que me halle necesitado, os veo, mi buen Jesús, en esa cruz, lleno de auxilios y remedios para valerme en todo. Ámoos, Dios de mi alma, y deseo arder mucho más en vuestro amor. ¡Oh, si se hiciesen de mis ojos lámparas, de mi sangre aceite, de mis nervios y carne cera y pábilo, con que por dentro y fuera ardiese y me consumiese todo en vuestro amor! Poco fuera para satisfacer el vuestro verme crucificado por Vos. Y ya que no lo estoy, ojalá queráis, mi buen Jesús, que me vea abrasado de vuestro amor. ¡Oh amor, que así triunfaste de este divino cordero, que así hiciste de él cuanto quisiste! Ahora estás engrandecido, contento, triunfante, pues le tienes penando, ardiendo y amando.

Adórote, amor divino, infinito, eterno, soberano, rico, poderoso, agradable y lleno de todos los bienes. Abrásame con tu fuerza, y transfórmame en este Señor. Adórote, suave Jesús, elevado en lo alto, lleno de divinas obras. No estáis, Señor, tan alto que os apartéis de nosotros hacia el cielo y dejéis de ser visto; ni tan bajo que os lleguen las cosas de la tierra; ahí tenéis vuestra divinidad unida con vuestra alma santísima y vuestro cuerpo, y ahí lo estáis sacrificando todo y ofreciendo por mí. Vuestra divina virtud nos trae todos los bienes del cielo á esa cruz, penetra los abismos, y en ellos acaba las prolongadas esperanzas y destierro de los justos, que allí os están esperando para que lo saquéis en gloria. Ahí quebrantáis las fuerzas del demonio, condenáis á vuestros enemigos, abrís las puertas del cielo, perdonáis á los pecadores y nos reconciliáis con Dios. Ahí juntáis los hijos que tenéis esparcidos por el mundo, rompéis la sentencia de muerte dada contra el género humano, santi-

ficáis los trabajos de los hombres, los hacéis camino cierto y seguro de la gloria, ponéis fuego á todos los corazones, alumbráis las tinieblas del mundo y os dais, tesoro de la gloria, á cuantos os quisieren, tanto cuanto de Vos quisieren y del modo que os hubieren menester.

Oh vida de mi alma, ¿qué mudanza es esta que hoy tenéis tan desusada en Vos? Nacisteis casi en secreto; fuisteis adorado de pocos pastores y tres reyes; conocido en el templo solo de dos ó tres justos; vivisteis treinta años encubierto; tres repartido, ya en una ciudad, ya en otra; resucitáis casi en secreto; aparecéis á poco por limitado espacio; subís á los cielos con pocos testigos, y se acaba luego la vista de la gloria con que subís; y para ser crucificado os veo levantado en alto; á hora de medio día; en público; en un monte manifiesto; en tiempo de Pascua; cuando concurrían allí de todas partes; igual á los ladrones y á los justos; rebosando en dolores y en amor. Bendito, adorado y glorificado seáis, Señor, de todos los corazones y de todas vuestras criaturas. Disteis fin á las demás obras vuestras; pero cuando os visteis en la cruz no quisisteis apartaros de ella, ni tratar de testamento, ni de sepultura; sólo os acordáis de padecer, de penar y amar; esto quisisteis dejarnos por herencia. Aquí queréis ser conocido igual y generalmente de todos, porque en la cruz y no en las honras queréis ser imitado; aquí os complacéis en ser alabado, adorado y querido.

Oh Dios de mi corazón, tan rico, tan liberal, tan largo y tan hermoso, ¿quién así os cautivó de los hombres? ¿Qué hallasteis en nosotros para amarnos de esa manera? Si por mí he de juzgar á los demás, hallo razones de ser aborrecido, porque nunca os amé de todo corazón, siendo Vos sólo el que merecéis ser amado; nunca os busqué con verdadero empeño de contentaros; nunca os serví con todas mis fuerzas. Muchas veces os ofendí faltando á vuestras leyes; viví según los antojos de mi carne; hice la voluntad de mis enemigos; huí siempre de padecer con Vos y por Vos; tibio y fastidiado de las cosas espirituales, gusté de las terrenas; bruto para las cosas del cielo; negligente y flaco para vuestro servicio; astuto para el mundo, diligente para mis gustos. Siendo esto así, y peor de lo que yo sé decir, ¿qué hallasteis, Señor, en mí, para amarme con tan grandes excesos? ¡Oh amor sin medida, sin ley, y sin más razón que amar y arder por ser divino! Por eso me amas tan ardientemente, por verme tan perdido y falto de remedio, sino en ti. Para remediarme, te crucificas; para perdonarme, te atormentas; para salvarme, te ofreces de esa manera, y para mudarme sufres tantas mudanzas. Oh divino amor, ¿qué te daré en satisfacción de tan excesiva caridad? Os doy á Vos, infinito amor, por mí, porque no veo cosa que del todo os pueda contentar, sino Vos mismo, y juntándoos todo á este miserable pecador, me ofrezco todo á Vos; miserias y pecados (que es mi propia hacienda) pongo á los pies de esa cruz, con el cuerpo y alma que me disteis. Tan desbaratado y perdido como lo tengo, así lo entrego todo en vuestras manos; todo lo

ofrezco á ese, y en ese divino fuego que por mí, buen Jesús, os abrasa.

Acordaos que me prometisteis, que en viéndoos levantado de la tierra en la cruz, todo lo traeríais á Vos, sin exceptuar nada; y aunque por mis pecados soy menos que nada, no dejo de ser criatura y obra de vuestras manos. Y así como clavado en esa cruz os tengo en prenda de todos los bienes que me prometisteis; así tenéis ahí dos ladrones como prenda de todos los pecadores, pues todos somos vuestros por derecho. Pues, Señor, ya que ahora todo lo atraéis á Vos en esa cruz, no quede yo fuera; llevadme á Vos, Dios mío; unidme y convertidme todo en Vos. Triunfad de mí, como triunfó de Vos el amor; mostrad la gloria de vuestro poder y de los tesoros de vuestra misericordia en transformarme en Vos crucificado. Concededme que sólo Vos viváis y reinéis en mi alma; que viva yo en Vos crucificado; que sea ganancia para mí morir por Vos, y vida vivir en Vos. Nunca salgáis de mi corazón; nunca os apartéis de mis ojos; nunca de mi deseo; nunca de mi amor. Acábese todo desde ahora para mí; sólo Vos me quedéis crucificado por mí, amor de mi alma, Jesús, vida de mis muertes, todo mi bien, todo mi tesoro, toda mi bienaventuranza, Jesús. ¡Oh, oh, oh amor! ¡Oh, oh, oh Jesús! ¡Oh, oh, oh mi crucificado! No sé hablar más; no sé pedir más; calle todo para mí; hablad Vos, vivid Vos, reinad Vos, poseed Vos, abrasad Vos y arded en este corazón, que desde ahora para siempre soy vuestro; ni quiero tener más de mío, ni desear más, ni saber más que á Vos. ¡Oh mi gloria! ¡Oh mi esperanza! ¡Oh mi crucificado! ¡Oh mi verdadero amigo Jesús!

¡Oh madre de Dios sacratísima, que ahora estáis también crucificada con el Cordero, traspasada de dolores por amor! Por los mismos dolores que tuvo vuestro corazón cuando visteis levantar en alto sobre toda la gente á vuestro único Hijo, vuestro tesoro, todo vuestro amor y bien, sin poderle valer, valedme á mí, pues para eso os quiso amontonar tantos trabajos. Hacedme sentir con Vos los dolores de uno y otro; ofrecedme á este Señor á los pies de la cruz, y dadme en ella un lugar para ser por Vos recibido y abrasado en amor de este Señor, ya que por mí no lo merezco. Alcanzadme de El, que si por mis pecados he de sentir cosa contraria á ésta, desde ahora me acabe aquí, para que no salga en balde cuanto por mí sufrió este divino Cordero y vuestro Hijo. ¡Oh ángeles pasmados de tanto amor de los pecadores, ciudadanos del cielo, que sois fruto de este árbol de la vida, de donde os vino cuanto bien tenéis! Ayudad á este miserable para que sea preso de este Señor en su cruz, recibido en su gracia, abrasado en su amor hasta la muerte, y que en su imitación y padeciendo por El, acabe esta miserable peregrinación y destierro. Amén.

## TRABAJO XLIV

**Estar vivo en la cruz algunas horas.**

Muchos é incomparables fueron los trabajos y tormentos que nuestro Señor Jesucristo padeció en la cruz después de ser en ella clavado y levantado en alto. Uno muy principal y acompañado de muchos, fué el morir lentamente y durarle horas el tormento de la cruz, el cual, aunque era bastante para quitarle luego la vida (pues le hallaba debilitado con tanta sangre como había salido de su cuerpo, y los dolores eran insufribles), con todo eso mantenía la humanidad con su virtud divina, para que acabase con cuanto tenía determinado padecer; y como en la cruz no tenía ningún género de refrigerio, le daba la dilación de la muerte un inmenso trabajo; porque si arrimaba la cabeza á la cruz, le traspasaban las espinas; si la mantenía en el aire, se quebrantaba mucho y eran mayores los dolores que en ella padecía; si la bajaba, veía el desconsuelo de sus amigos, el jugar y echar suertes sobre sus vestidos, el placer de sus enemigos y otras muchas cosas que le aumentaban la pena. Si se afirmaba en los pies, ó en los brazos, se aumentaban las llagas con la dureza de los clavos; si no se afianzaba, quedaba el cuerpo en vago con su peso; los huesos se descoyuntaban; los nervios cada vez se estiraban más; las junturas se desprendían; y, como la carne se estiraba, hacíanse mayores las llagas por todo el cuerpo, saliendo mucha sangre que le debilitaba; de suerte que cada miembro y cada juntura de su cuerpo penaba con crueles dolores; y cuanto más perseveraba la vida, se extenuaban las fuerzas y se acrecentaba el tormento; porque cuanto eran menores las fuerzas para sufrir, se hacían más intolerables, con la continuación, los dolores.

Duró este gravísimo tormento unas tres horas, poco más ó menos; porque desde la hora de Prima (que acaba á las seis de la mañana) hasta la de Tercia (que acaba á las nueve), fué el Señor llevado á Pilatos y Herodes, azotado y coronado de espinas. Cumplida la hora de Tercia (como dice San Marcos), y entrando la de Sexta (como dice San Juan), fué condenado á muerte y llevado al Calvario, donde le crucificaron. Antes de acabar la hora de Sexta (que se cumplía al medio día), fué el Señor crucificado (como dicen San Mateo y San Lucas); y estuvo vivo en la cruz lo que faltaba para cumplir la hora de Sexta (que sería una hora antes de medio día, poco más ó menos), y vivió hasta acabada la hora de Nona que se cumplía á las tres de la tarde. En esta hora de Nona encubrió el sol sus rayos y hubo obscuridad y tinieblas en todo el mundo; tembló la tierra; estallaron muchas piedras, saliendo de su lugar; y muchos sepulcros de justos difuntos se abrieron, y estos resucitaron con el Señor y aparecieron á muchos, dando testimonio de las verdades de fe. Pero aunque el Señor manifestó en las criaturas

todas estas señales para demostrar su Majestad y la ofensa que recibía en la injusta muerte que le daban (con lo que en algún modo mostró el sentimiento que de los trabajos del Autor de la vida y Redentor del mundo, faltaba en los corazones humanos), todavía con la luz del sol de su naturaleza alegra los espíritus y anima á los tristes y desconsolados. Faltóle á El en las últimas tres horas que estuvo vivo en la cruz, el alivio de la luz; y acaso con el gran temblor de la tierra se estremeció también la cruz y le daría gran tormento, pues en ninguna pena quiso dispensar consigo. Espanto causa que pudiese un cuerpo humano sobrellevar por tantas horas tan grande y cruel peso de tormentos sin morir; la muerte sola podía ser alivio, pero el diferirse era el mayor tormento. Y aunque Pilatos se espantó (cuando José de Arimatea le fué á pedir el cuerpo del Señor para enterrarle) de que hubiese muerto tan presto, fué porque ni le dolían á El, ni conoció bien los tormentos que padeció el Señor en su casa, cada uno de los cuales bastaba para quitar la vida al más robusto cuerpo. De allí salió tan debilitado, y la malvada gente á quien le entregó le trató con tan inhumana crueldad, que más parece virtud sobrenatural y divina la que por tantas horas mantuvo la vida de un tan atribulado Señor.

Estos trabajos iban realzados de una circunstancia que los hacía más afrentosos: que siendo El Hijo de Dios, los pasó á manos de una tan baja y vil gente, que hacía caso de los pobres vestidos del Señor, y mostraba necesitar una manga ó pedazo que le tocase; pues como eran cuatro, y uno solo el vestido que había de repartirse, muy baja suerte de gente era la que no quería perder la cuarta parte de una ropa pobre y vieja. Y porque la túnica que traía junto á la carne era de una pieza sin costura, y si la partiesen había de deshilarse, y no podía la mendiguez de aquellos infelices aprovecharse de las partes, hecharon suertes para que uno solo la llevase; y aquel á quien le cayó, acaso festejaría la suerte por tener ropa con que cubrirse. Tal fué la gente que tenía al Hijo de Dios vivo entre sus manos, que le azotó, atormentó, y crucificó, usando de todas las descortesías, bajezas y groserías que de tal gente se podía esperar; y ésta es la que le acompañó hasta expirar, con tan inhumanos y crueles corazones, mofas y escarnios, que no le acrecentaron poco en todo aquel espacio sus tormentos.

Y como los mares de los grandes trabajos que el Señor padeció en toda la vida, encresparon sus olas en estas horas últimas y aquí vinieron á quebrantar su furia, fueron los inmensos dolores del Redentor acompañados de otra multitud de penas (como luego diremos), que ningún compasivo y tierno corazón puede dejar de quedar quebrantadísimo, viendo al inocente y manso cordero cercado por todas partes de tan graves y crueles aflicciones por El no merecidas; pero quiso mostrar en ellas lo mucho que nos amaba, y ver si nos podía obligar á que fuese por nosotros muy amado. Prueba clara de ello es, que la humanidad que de nosotros tomó, nos la restituyó en las últimas horas tan llena de servicios y provechos

nuestros, que bien mirado lo que por nosotros padece, hallamos que cada hueso, cada juntura, cada nervio, cada vena, cada partícula de su carne, nos da mucho; ó padeciendo dolores mortales ó derramando sangre, ó sufriendo penas tan á cual mayor, que parece debemos tanto á cada parte de su cuerpo, como al todo, y que cada una sufre tan empeñada en nuestro remedio como todas unidas. A los sentidos donde no cabían unos tormentos, no les faltaba otros con que á su modo se empleasen en el mismo oficio; pues lo que los ojos veían en los amigos y enemigos, lo que las orejas oían de injurias y blasfemias, lo que el olfato padecía en aquel lugar asqueroso del Calvario, propio de cuerpos muertos ajusticiados; lo que el gusto y las entrañas padecieron con hiel, mirra y vinagre, y el desamparo de Dios y de todas las criaturas tenían tan ocupadas todas las partes de aquella humanidad santísima en lo que nos convenía, que todo y cada cosa nos está pidiendo y merece todo el amor del alma. Quiera Dios que una granjería tan costosa no salga en vano, y que matandose El por ser amado, no muramos nosotros sin amor. No pudiera su Majestad hacer más de lo que hizo para sernos acepto, y para que le amásemos si fuéramos sus dioses; y nosotros, que le tenemos por Dios, nada acaso tenemos más olvidado de su amor y lo que le debemos. Su Majestad, que todo esto conocía al morir, padeció más con ello, que con los tormentos que le quitaban la vida. Estas desigualdades no tienen más razón, ni salida, que decir se porta cada uno como quien es; el Señor como infinita bondad y fidelísimo amigo; nosotros como ingratísimos y criaturas desaprovechadas; muriendo El por amor, y nosotros por no amar.

Entre tantos trabajos, no se pasen en olvido las obras divinas que el atormentado Señor hace en medio de sus aflicciones con tan graves dolores; primeramente, cómo cumple perfectamente lo que prometió antes de verse en la cruz, que en viéndose en ella levantado de la tierra todo lo atraería á sí. Esto no sólo lo hizo abriendo el cielo, satisfaciendo por los pecadores, haciendo del cielo y tierra un aprisco y un rebaño en un amor, destruyendo el poder de los enemigos del alma, y comunicando á todas infinitos tesoros de merecimientos; sino obligando con su blandura y suavidad á que todos los corazones busquen en El su descanso y remedio; porque así como la dura piedra imán con su blanda virtud atrae á sí el duro acero ó hierro, y el ámbar la seca paja, así el Cordero crucificado convida á ser buscado de todo corazón; pues aunque poniendo en El los ojos no veamos sino dolores, tormentos y desamparos, cosas que de su naturaleza espantan, y apartan los humanos deseos de aficionarse á cosas tan pesadas y horrendas, todavía este divino Señor y Redentor, de tal manera templó las cosas en la cruz, que El se queda con lo penoso, áspero y afligido; y los que con amor se llegan á El, le hallan tan suave, tan abrigador de los necesitados, tan blando y tan dulce amigo, que parece se convierten en rosas sus espinas, sus dolores en fragancias, sus clavos en lirios, sus penas en blanduras,

sus llagas en dulcísimos panales, sus trabajos en descansos, sus tormentos en refrigerios y su muerte en vida. De tal suerte enseña á padecer, que no espanta; de tal modo nos pone su cruz, que la quita el rigor y peso de carga; de tal suerte nos obliga á imitarle, que quita el miedo; porque todo lo que en El vemos trabajoso, parece que en El empleó y perdió la aspereza, recogiéndola tanto en sí, que cuanto necesitamos tomar de El en la cruz, nos lo da limpio, suave, hermoso y apacible.

Así es en verdad; pues mientras el amor del mundo y de las cosas de esta vida nos aparta de este Señor crucificado, se nos figura áspera, rigurosa y pesadísima para la naturaleza su conversación é imitación; pero si nos desprendemos y nos llegamos á El, vemos el engaño en que vivíamos, y nos hallamos tan presos de los cordeles suaves del amor, que deseamos padecer con el Señor, y casi no podemos; porque todo lo riguroso lo embebió en sí, y nos dejó lo suave. Prueba de esto es, que aquellos á quienes El hace la honra de darles á padecer por su amor trabajos exteriores, ó tentaciones y desamparos interiores, ó todo junto, se hallan tan presos en lo interior de la virtud de este crucificado Cordero, que no tienen valor para buscar fuera de El consuelo en las criaturas; y en medio de todo sienten una cierta seguridad y quietud, que las criaturas no pueden dar; en fin, llegan á conocer claramente que las asperezas de las duras cruces que los afligen, son propiamente las fuentes perpetuas de toda consolación, de la suavidad y descanso del alma.

Acabó también el Señor, entre todos los tormentos de la cruz, la obra de nuestra redención perfectísima y copiosísimamente; porque como estaba allí en lugar y hora del despacho con su Eterno Padre, no cesaron sus ojos de pedir con fervorosas lágrimas nuestro remedio, ofreciéndose con toda su sangre y tormentos en precio de nuestra redención. La cabeza, que ningún alivio tenía, tomó por refrigerio estar con los ojos levantados al cielo, penetrando el pecho del Eterno Padre; y fué de tanto valor el precio que por nosotros ofreció, que logró de Dios cuanto quiso, satisfaciendo enteramente su justicia por los pecadores, á quienes llenó de riquísimos tesoros de merecimientos, gracias y misericordias, logrando perfecta victoria de nuestros enemigos; haciendo á la tierra escuela y campo de gloriosas batallas para sus escogidos, y dejando el cielo abierto para todo el corazón humano que pretenda subir á él. Y porque el impedimento de todos estos bienes era la sentencia de muerte y destierro, fulminada contra el género humano por el pecado de Adán, con que estábamos sujetos á la jurisdición del pecado, del demonio y de la muerte, por ley escrita en la misma carne que recibimos de Adán, rompió (como dice San Pablo) el Redentor del mundo la escritura de aquella sentencia, clavando en la cruz la carne inocentísima que recibió de Adán; y rasgándola por muchas partes por las llagas de que manaba sangre, borró con ella la antigua escritura de condenación, y escribió en sí nuevos contratos entre Dios y los hombres; ajustó perpetuas paces; hizo nuevos legados de su último Testamen-

to, en que nos dejó herederos del reino de su Eterno Padre; y como á tales nos admitió á la partición de los bienes eternos entre nosotros y El, que es Hijo de Dios natural y primogénito.

Y porque el testamento no es válido sino después de morir el testador, confirmó Dios esta su última voluntad muriendo en la cruz, con cuya muerte quedamos nosotros, por medio de los tesoros de su sangre, constituídos legítimos herederos de su gloria. Por tanto, la Ley Evangélica se llama *Nuevo Testamento*, y la de Moisés *el Viejo;* porque ésta se mudó, y la Evangélica fué la última voluntad en que murió el testador, que dejó aquella ley por condición necesaria para que entremos á la partición de los bienes eternos. Su sangre se llama sangre de este nuevo y eterno Testamento, que nunca se mudará, como confirmado con la muerte del testador; porque por esta preciosa sangre somos rescatados del poder de nuestros enemigos; puestos en libertad de hijos de Dios, y ella fué el precio por el cual se nos restituyeron los bienes que habíamos perdido, de que ahora, por el valor de esta sangre, somos herederos. Mas porque el Redentor del mundo sabía la importancia de la observancia de su ley y sus puras verdades, para que no perdamos los bienes eternos de que nos hacía herederos, y sabía cuán poderosos habían de ser los engaños de los enemigos (que El dejaba vencidos), para volvernos á vencer y cautivar, no le faltó entre sus mortales tormentos la memoria de dejarnos muy declaradas en sí las verdades de su ley y los engaños de los enemigos, para que ninguno pueda alegar ignorancia de las condiciones por cuyo preciso medio ha de llegar á ser heredero del Reino de los Cielos.

Así manifiestamente reprobó en sí toda soberbia, la desobediencia de la ley, los regalos y mimos de la carne, la vanidad de la vida, el amor de las cosas temporales y, generalmente, cuanto nos aparta del servicio de su Padre y no cuadra con los ejemplos de virtudes que vemos aprobados en su cruz. Dió además de esto, precio y aprecio al aborrecimiento del pecado, á la pureza de conciencia, á los trabajos y cruces, á la mortificación de la propia voluntad y gustos de la vida, á la paciencia en las adversidades, á la humildad y mansedumbre de corazón, á la pobreza de espíritu, al amor de los enemigos, á la guerra contra las tentaciones, al amor perfecto de Dios y de los prójimos; y, en fin (pues no todo puede individualizarse), se dejó á sí mismo por espejo de nuestras vidas, para que en El veamos claramente las verdades espirituales y ninguno se deje engañar; pues ninguna cosa será aprobada en su divino juicio, si no fuere enseñada en su cruz.

### EJERCICIO Á CRISTO NUESTRO SEÑOR VIVO EN LA CRUZ

Todo sois mío, buen Jesús; todo sois mío, rica esperanza de mi alma, y todo empleado en mi servicio y remedio. Cuanto tomasteis de mi humanidad, me lo devolvéis tan á costa vuestra, con tantas creces y provecho mío, que no puedo tenerme por pobre de vuestros bienes. Ninguna necesidad teníais de mí, cuando por mí os hi-

cisteis hombre; para mí tomasteis mi humanidad y con toda ella me remediais; con toda padecéis por mí; con toda me servís por granjear el amor de este corazón; y ya que toda la dais en precio de mi redención, no os contentasteis de darla y padecer por junto; sino que os ponéis á contar muy por menudo; en cada parte de ella tomáis particulares trabajos, y en toda ardéis en llamas de amor vivo. Daisme vuestra divinidad llena de amor infinito, que comunica infinita virtud á cuanto me dais y padecéis por mi remedio. Daisme esa sacratísima humanidad, toda atormentada de pies á cabeza; ésta traspasada de espinas; los cabellos y barba despedazados por mí á repelones; las mejillas sacratísimas hinchadas de bofetadas; los ojos cubiertos de muchas lágrimas, y atormentados con ver cosas que aumentan la aflicción; la boca llena de hiel y vinagre; el olfato atormentado con el Calvario, lugar de cuerpos muertos; los oídos atronados de gritos, injurias y blasfemias contra vuestra Divina Majestad; la garganta lastimada de la soga con que estuvo atada, y cansada de no poder mantener la cabeza; las manos y pies clavados con duros hierros; las carnes abiertas por todas partes con azotes; los nervios cruelmente estirados; las junturas todas descoyuntadas; los huesos tan apartados, que se pueden contar; los vestidos, que los están sorteando; las fuerzas, que se os van consumiendo; la vida, que se os va acabando; la honra, pues estáis entre ladrones; el cuidado, que sólo de mi remedio ahí tenéis; vuestra sacratísima Madre, que por madre me dejáis; vuestro Eterno Padre, cuyo hijo me hacéis; vuestros merecimientos, que sólo para mí queréis; vuestra gloria que me prometéis; la misericordia con que me tratáis; la justicia á que por mí satisfacéis; vuestra alma, que por mí apartáis del cuerpo; la misma muerte que por mí pasáis; la sangre, que sin quedaros nada, derramáis, y el amor que á todo esto os obliga, y en que os abrasáis. ¡Oh riqueza mía soberana; cuánto mejor guardais Vos conmigo, siendo pecador, el amor que me mandasteis os tuviese, que no el que yo os tengo siendo mi Dios! Amaisme de todo corazón, con toda el alma, con todas vuestras fuerzas, cuerpo y cuanto tenéis.

De todo estáis desprendido por mi amor, franco, liberal y hecho un rico tesoro de todos los bienes para mí. ¡Oh vida verdadera de mi alma! ¡Oh Señor de mi corazón! No sé agradecer tanto amor, ni le sé estimar cuanto merece. Adórole, alábole cuanto puedo, y deseo tener las fuerzas y virtudes de todos los justos, santos y ángeles, para amaros con ellos y corresponder á tan gran fuego de amor como me mostráis. Pero, Dios mío, Vos os portáis en todo como quien sois, y yo como miserable lo hago todo miserablemente. Pero aun esto me quisisteis conceder, que os hicisteis flaco con los flacos, pobre con los pobres, y tomar semejanza de pecador con los pecadores; para que todos viesen que no esperáis de nosotros cosa igual á las vuestras (pues no la tenemos), sino que os contentáis con nuestras pobrezas y deseos. Pues, Señor de mi alma, todo lo que de vuestra mano tengo recibido, aquí os lo ofrezco y entrego para vuestro perpetuo servicio: cuerpo, alma, sentidos, potencias, vida, muerte y hasta los pe-

cados que son míos propios, cuantos dones me disteis, amigos, parientes, ingenio, habilidad, bienes naturales, temporales, y de gracia, todo lo pongo á los pies de vuestra cruz. Hasta ahora, buen Jesús, de todo usé mal; pues dándomelo Vos para que os sirviese y merecer vuestra gracia y gloria, con todo os ofendí y merecí vuestra ira, y la perdición de mi alma. Pero á Vos me vuelvo, Redentor mío, con cuanta eficacia puedo; aquí me entrego dispuesto para todos los desconsuelos, tribulaciones, desamparos y cuantos trabajos quisiereis que por mis pecados y por serviros padezca. Por ese amor que me mostráis os pido, que de cuanto os ofrezco os deis por entregado, y de todo dispongáis como más fuereis servido.

Entrad, Señor de esta alma, entrad en ella; mirad por mis ojos, oid por mis oídos, hablad por mi boca y moved todos mis sentidos. Abrasad mi corazón en vuestro amor, no me soltéis jamás de vuestra mano ni permitáis que vuelva á mis antiguos males. Perdonad lo que pequé; limpiad y curad lo que os desagrada. Mudadme todo en Vos; transformadme todo en vuestro amor; crucificadme todo por Vos, con Vos y en Vos, amor, gloria y esperanza mía. ¡Oh bondad infinita! Pues cuanto sois y tenéis todo me lo dais, haced que mi alma sólo con Vos se contente, á Vos desee, por Vos suspire y á sólo Vos quiera. Sed Vos sólo mi tesoro, mi vida, mi honra, mi descanso, mi paz, mi seguridad, mi riqueza, mi refugio, mi gloria. A sólo Vos busque mi alma, y os halle; á Vos sólo vaya, y á Vos llegue; en Vos descanse, y en vuestros sacratísimos brazos repose contenta y de todo olvidada.

¡Oh mi único bien, amor y esperanza de mi alma! ¿qué es esto? ¿La cruz y las horas que en ella estáis sólo para Vos son trabajosas, y para los pecadores alivio, consuelo y refrigerio? Cada hora que en ella estáis es para Vos mortal, porque las fuerzas se os van debilitando; el cuerpo cargándose más, los pies y manos rasgándose, las junturas y las llagas rompiéndose, los dolores creciendo, y la muerte se va llegando. Las injurias, afrentas y vilipendios cada hora se renuevan; la dureza de la cruz no se templa; el rigor del Padre Eterno no se ablanda; el sol retiró su claridad; y todo por todas partes os atribula con mortales tormentos. Sólo para los pecadores no hay en esa cruz, ni en esas mortales horas, dolor, ni trabajo; sólo ellos hallan aquí alivio y refrigerio. ¡Oh divino é inocentísimo Cordero! Para Vos sólo queréis los dolores, recogiéndolos tan enteramente para Vos, que no consentís halle yo en esa cruz cosa que me dé pena ni espante mi flaqueza. Bendito y glorificado seáis amor divino. Si estoy cautivo, en esta cruz hallo libertad; si me hallo en tierra de enemigos, aquí encuentro verdadero y leal amigo; si estoy en un calabozo, aquí se me hace suave; si en hierros de prisiones, aquí se me ablandan; si desconsolado, aquí me consoláis; si tentado, aquí vencéis mis enemigos; si me dicen injurias, aquí me las hacéis amables; si me levantan testimonios, aquí me enseñáis por ellos las verdades eternas; si me desamparan los amigos, aquí me hacéis de enemigo vuestro hijo; si me falta lo temporal, aquí me proveeis; si los

hombres me persiguen, aquí me valéis; si me condenan contra razón, aquí me dais por libre; si me roban, aquí me restituís; si peco, aquí me perdonáis; si estoy débil, aquí me reforzáis; si triste, aquí me consoláis; si huyo, me llamáis; si vuelvo, me recogéis; si estoy ignorante, me enseñáis; si ciego, me alumbráis; si abatido, me levantáis; si muerto, me volvéis á la vida; si frío, me enfervorizáis; si devoto, me aseguráis; si yerro, me encamináis; si empiezo, me ponéis en el camino; si aprovecho, me favorecéis, y si persevero, me premiáis. Aquí hallo consuelo, aquí me aquieto, aquí lloro, aquí me alegro.

Para todo, mi Dios crucificado, me servís; para casa, para fuera, para la corte, para el yermo, para solo, para acompañado, para el palacio, para el monasterio. Para todo negocio, para todo estado sois, mi crucificado, abrigo seguro, leal compañero, fidelísimo amigo, Maestro sapientísimo, padre muy enamorado. Os veo, consolador mío, con las manos clavadas, y si á Vos me llego, me abrazáis; estáis con los pies clavados, y si os llamo acudís y me acompañáis; con el cuerpo estáis preso á esa cruz, y si á ella me llego me recibís. Al punto os hallo suave, dulce, hermoso, enamorado, y todo cuanto de Vos quiero y deseo. ¿Qué más apetezco, buen Jesús, si en Vos todo lo tengo? ¿Qué más deseo, pues de todo y para todo me servís? ¿Qué hago, Dios mío, cuando aquí no estoy? Sólo cuando huyo de Vos me parecéis áspero; sólo cuando de Vos me aparto, os imagino riguroso; sólo cuando me olvido de Vos, y cuando amo otras cosas, os tengo miedo. A Vos, como mi divino remediador crucificado, me llego; veo cuánto me engañaba, pues luego os hallo, luego me recogéis, luego me amáis, luego me llenáis de bienes. ¡Oh, quién nunca se olvidase de Vos! ¡Oh, quién nunca de Vos se apartase! Ama, alma mía, á este Señor; ámale, ámale, y déjalo todo por su amor, pues todo te hace mal, y solo El toma sobre sí tus males y te da su amor y sus bienes. Os amo, buen Jesús; os amo, mi bienaventuranza, y deseo arder siempre en vuestro amor.

¡Oh cruz, leal compañera de este Señor y de todos los suyos! Suéltale ahora y dámele, que le quiero recibir en mi alma, ó entra tú en ella con El y crucifícame también; no viva yo más que para ti y para El; acábense ya mis miserias; renuévese en ti la vejez de Adán, y viva yo en la novedad del espíritu de este Señor. ¡Oh cruz! ya que este dueño no se cansa de padecer, cánsate tú de atormentarle. Tú sola fuiste digna de tener en ti el precio de la gloria. ¡Dulce cruz, dulces clavos! ya que tan dulce peso sustentáis, sedle ya dulces, pues no merece el que ahí pende lo que padece. Inclina esas tus ramas, árbol divino; dobla esos tus brazos, ablanda tus entrañas, suaviza tu rigor, para que con más blandura trates los fatigados miembros de este inocente cordero. Descansad ya, Señor, de tanto padecer, viniéndoos á esta alma que os desea y tanto os necesita. Haced en ella asiento y morada; descansad en ella, tomadla por vuestra, y poseedla, pues para Vos la criasteis, y haced en ella la obra que habéis comenzado en esta cruz; encended aquí vuestro

amor; morid abrazado conmigo, para que yo viva siempre abrazado de Vos.

¡Oh madre de Dios sacratísima, compañera fidelísima de los trabajos de este Señor! Vos veis con los que me buscó y me redimió; no sea esto en balde; merezca yo por Vos que El viva siempre en mí, y yo en El, sin que haya jamás entre nosotros división. ¡Oh Corte celestial, que de este Maestro aprendisteis á amar los pecadores, y tenéis fiesta cuando alguno se convierte! Ayudadme á que me convierta todo á El; á que le ame, y me crucifique en El y por El para siempre. Amen.

Breve doctrina en que el alma puede ver parte de lo que el Señor enseña y condena en la cruz, con breves oraciones para acusarse de lo que le falta y pedírselo al Señor.

ORACIÓN

Luz divina, que alumbras todas las almas que viven en tinieblas, y en ceguedad de la muerte; luz que Tobías ciego veía, cuando preso de tu hermosura conservaba la pureza de su espíritu, y en ti fijaba toda su esperanza. Luz que ahí donde estás abatida con deshonras, crucificada entre ladrones, no puede encubrirse con la obscuridad del sol que ocultó sus rayos, ni con la malicia de tus enemigos, ni con las afrentas con que el mundo te trata. Luz que ahí resplandeces con divina sabiduría, que descubres las verdades encubiertas, que muestras los yerros de la vida humana, y el camino cierto del cielo; que te haces conocer de los que te crucifican, confesar del ladrón que te blasfemaba, reconocer de las piedras que se quebrantaron y del Eterno Padre por cuya obediencia expiras; arroja, luz divina, tus rayos á este ciego é ignorante corazón, para que vea lo que en esa cruz condenas y repruebas y lo que enseñas y apruebas; enciende esta fría alma en amor de tu sabiduría, en aborrecimiento de lo que ahí condenas y en deseo de imitar lo que ahí muestras y mandas.

DOCTRINA

Los fundamentos de la vida mundana y los infelices cimientos de las obras de cuantos se apartan de este soberano bien crucificado, son (como nos declara la divina Escritura) apostatar de la obediencia y amor que á Dios debemos; codicia y afición de la carne y de los bienes temporales; soberbia y vanidad con que, dejando á Dios, fuente de agua viva, andamos por los charcos de la carne y las cosas terrenas, soberbios, hinchados, presumidos, como si fuésemos algo no siendo nada, y anteponiendo nuestro amor al de Dios, que sólo merece ser amado, como suma riqueza y bienaventuranza única. Todos los pecadores hijos de Adán entramos por estos caminos, por ellos andamos, nos apartamos de Dios y llegamos á estar delante de este soberano juez crucificado tan perdidos, tan llagados, tan lejos de lo que en El vemos, como El, que es clara luz, ve en nosotros. Todo esto condena este Hijo de Dios y divino

Maestro desde la cruz, donde se halla tan lleno de trabajos y aflicciones, sufriendo, amando y muriendo. Sin hablar maldice, aparta y derriba estos desventurados cimientos de la vida mundana, con los males que de allí nacen y allí estriban. Y comenzando por la soberbia que aquí condena, bien se ve que el Cordero Jesús, siendo igual al Padre, se humilló por nuestro amor y se rindió á cuantos le quisieron atormentar, escarnecer, blasfemar, despreciar, condenar y crucificar. Siendo el precio de la gloria y la Majestad divina, que todos adoramos, se hizo más bajo que los gusanos de la tierra, el oprobio y deshonra del mundo, el puro abatimiento, la afrenta y el escarnio del pueblo. ¿Pues de qué presumimos los pecadores? Si El quiso que sus enemigos se burlasen de su sagrada humanidad, de su inocentísima vida, de su purísima doctrina, de su divina persona, y que le abatiesen cuanto pudiesen, ¿qué lugar tendrá nuestra soberbia en el crucificado? Así reinó, así nos mereció los bienes de la gloria, así nos mostró que el corazón humilde es su agradable habitación, así declaró el aborrecimiento que tiene á la soberbia de la vida humana.

ORACIÓN

¡Oh mi humilde Jesús! Humillad mi soberbia, imprimid vuestro espíritu en estas miserables entrañas; consumid la raíz de la soberbia que nació conmigo, que conmigo creció, conmigo anda, que en todo se mezcla y que en mí encuentro aun cuando hablo con Vos y cuando de Vos trato. Haced, Señor, lo que podéis en mí, y confundid esta soberbia; dadme perfecto y vivo aborrecimiento de mí mismo y de cuanto me puede hacer presumir, y un íntimo amor de la humildad, de los desprecios, injurias y abatimientos, para que merezca ser vuestro discípulo, amigo de lo que Vos amáis, imitador de lo que crucificado me enseñáis y aborrecedor de la soberbia que aquí contradecís.

DOCTRINA

Esta humildad hizo al Señor tan obediente al Padre, que por su amor y obediencia murió muerte de cruz tan afrentosa. Enseñó que en esta conformidad quiere que sea estimada su obediencia, que en esta cuenta sea tenida su ley, y que si fuere necesario, sea observada á costa de la honra, de la sangre, de la vida, y que todo lo demás merezca tan poco aprecio y sea tan reprobado, como peste y ponzoña del alma. Así nos desengañó de que no admitirá excusa ni pretexto contra su ley, y que aquel que pretendiere otra razón para obedecerle más que el mandarlo El, no será reconocido entre los suyos. ¡Oh desventurados de nosotros, cuánto tiene que lavar y curar en nuestras almas esta preciosas sangre! ¡por cuán bajas cosas dejamos su ley! ¡cuánto más que á ella estimamos nuestra voluntad! Más vale con nosotros la ley del mundo aprobada por los hombres, y lo que todos hacen cuando yerran, ó lo que los

ciegos dirán de nosotros, que lo mandado por Dios. ¡Oh cómo va errado el mundo, á quien seguimos!

ORACIÓN

¡Oh misericordioso Señor! Poned en Vos todo mi corazón; no me dejéis vaguear por lo que hasta ahora seguí; desde ahora me vuelvo á vuestra obediencia; mi presente deseo es vivir siempre sujeto á vuestra voluntad, y morir mil muertes antes que ofenderos. Entregaos, Señor, de esta alma, y tomadme todo á vuestra cuenta; no me dejéis apartar jamás de esta voluntad que ahora me dais. Renuncio por vuestro amor todas las leyes del mundo, y las culpas que contra la vuestra cometí; de ellas me pesa entrañablemente; perdonadlas, Señor, por virtud de estas llagas, y rendidme perfectamente á vuestra imitación. Apretad, Redentor mío, á todas las almas con este amor que aquí nos mostráis, y rendidlas todas á vuestra obediencia. ¡Oh si cuantos vivimos en el mundo, fuésemos una manada de ovejas recogidas todas en vuestro aprisco; que todos oyésemos vuestra voz, y os siguiésemos á Vos nuestro divino Pastor! ¡Oh amor, que todo lo puedes! Enciéndete, dilátate, abrasa todas las almas, destruye ya las desobediencias de tu ley, rinde todo corazón y cautívale de tu hermosura y bondad.

DOCTRINA

El otro fundamento del mundo es la codicia de la carne y apetito de lo que los ojos ven, el cual cautiva las almas y por el cual perdemos las verdaderas riquezas; ¿qué lugar tiene en esta cruz de Jesús, que en ella condena tan claramente todas las demasías de la vida? En ella está tan desnudo, tan desprendido, tan pobre, que ni un vaso de agua tiene para su sed; tan sin regalo y conveniencia, que para ningún miembro de su cuerpo hay descanso, ni tiene donde recline la cabeza, donde sustente los pies, ni donde descanse su fatigado cuerpo; todo es dolores, todo asperezas de la cruz; sin vestido, sin comida, sin regalo, sin dinero, sin hacienda, sin música, sin olores, sin diversiones y juegos; con dolores, con afrentas, con abundancia de cuanto lamenta, falto de toda consolación y alivio, así acaba la vida. ¡Oh vida mundana, oh vanidad de la tierra, oh regalos de la carne, oh torpes gustos de ella, oh codicias del dinero y hacienda, oh tratos y negocios temporales que ocupáis y distraéis las almas! ¿dónde quedáis? ¿qué lugar tenéis en esta cruz, y junto á este Señor?

ORACIÓN

¡Oh misericordioso Jesús! Perdonadme las muchas veces que os perdí por amor de lo que aquí condenáis; las muchas en que hice más por este enemigo cuerpo que por vuestro espíritu. Oh divina piedad, aquí calla mi lengua y os da voces el secreto de mi corazón contra la abominación de mis pensamientos, de mis deseos, y de mis aficiones, que no puedo encubrir á vuestros divinos ojos. Pe-

qué, Señor, pequé mucho y con mucha fealdad; confieso mis enormes culpas; misericordia, Señor, misericordia. Valedme, llagas del Redentor; valedme, cruz de Jesús. Mandad, Señor, á todas las criaturas que venguen en mí vuestras ofensas; mudadme, piadoso Jesús, desde ahora por vuestra infinita piedad, de torpe en espiritual, de soberbio en humilde, de terreno en celestial; acabe ya la mala vida, y si no ha de acabar, cese el vivir, porque mejor me es la muerte que el ofenderos. ¡Oh, si crucificaseis desde ahora los ojos, la lengua y todos los sentidos de este hombre terreno! ¡Si crucificaseis todos mis deseos bajos y mundanos! Pues esta obra ha de ser vuestra, empezad desde ahora; viva yo sólo para Vos, y en Vos, amador puro espiritual de estas verdades, y aborrecedor de lo que hasta ahora amé, perversamente contra Vos.

DOCTRINA

Ofrécese el divino Maestro en esta cruz á todo el mundo en general, y á todas las almas, por espejo de todas las verdades. A todos declara, sin excepción, que por lo que aquí aprueba ó reprueba, nos ha de salvar ó condenar. Aquí se da por maestro para todos los negocios, para todas las obras exteriores, para todos los deseos y aficiones interiores del alma; pues cuanto en esta cruz se puede justificar le es aceptable, y cuanto se aparte de las leyes que aquí publica, no le ha de contentar. Nuestra culpa es si erramos, pues no queremos poner los ojos en este claro y divino sol crucificado. Nos cegamos con nuestros deseos, desfiguramos estas tan puras y claras verdades; trocamos los sentidos de sus purísimas obras con falsas razones de nuestra humanidad; erramos porque no queremos someternos á su divina sabiduría, y al ejemplo que aquí nos da esta luz soberana, verdad cierta y segura de las almas.

ORACIÓN

Quitad, Señor, mis ojos de toda vanidad y de mí, poniéndolos siempre en Vos; traiga yo siempre en mi alma este vuestro espejo, y os alabe con todo mi corazón por merced tan grande como esta.

DOCTRINA

No sólo desengaña este Señor crucificado y deshace los fundamentos de la vida terrena, sino que también descubre la verdadera vida espiritual tan claramente, que no puede engañarse sino quien no le quiera mirar con puros ojos del alma y del amor; porque crucificado consagró la mortificación del amor desordenado de las cosas terrenas, la total entrega de la divina voluntad, sin resistencia ni excepción de cuanto se puede imaginar, con profunda y humilde obediencia, con puro amor, desprendido de todo, pues este es el que ejercita todas las virtudes y cumple toda la voluntad de Dios. Este quiso que fuese el camino real del espíritu; éste el que aquí consagró, el que enseñó, aprobó y de quien se hizo espejo y soberano Maestro desde esta cruz. Aquí, en el crucificado, tiene el principian-

te por donde entrar, caminar y aprovechar; aquí tiene el perfecto por donde perfeccionarse y acabar en todo bien y virtud. Aquí también este Señor, lleno de dolores, enseña la ley del puro amor, que es dejarlo todo por el todo; entregarse y amar sin medida ni límite, sólo al solo, único al único, desnudo al desnudo; amar padeciendo y padecer amando; no hallar en la dificultad pretexto, ni en la flaqueza excusa, porque si es puro, todo lo puede, nada teme; detenido, no se detiene; preso, está libre; ardiendo, no se quema; viviendo muere, y muriendo vive; porque sólo vive de Jesús crucificado, yviviendo con El, muere para vivir siempre; con que se ve claro que, muriendo por puro amor, vivió para siempre.

Aquí crucificado muestra la verdadera libertad del alma que le ama puramente; pues ésta no ha de ser libre para hacer su voluntad y no tener contradicción de ninguno, sino que ha de ser desprendida de toda afición para estar cautiva de solo El, y que ningún amor ni aborrecimiento la ocupe, desprendiéndose de todo para dejarlo todo, desatenderlo todo para ser desatendida de todos, padecer en todo por un solo crucificado, á quien ama y en quien lo tiene todo.

Aquí crucificado muestra una semejanza de los cuatro dotes de gloria, que en algún modo y como en imagen tiene el alma crucificada que pura y perfectamente le ama; la cual, así unida á El, parece *impasible* estando en carne mortal: porque ninguna aflicción ni tribulación la derriba, ni aun la entristece; ninguna cosa deshace ni disminuye la pureza de su amor, como que nada sensible pudiese llegar á ella, poseída ya y transformada en el amor á quien está entregada, y éste anega en sí mismo todas sus potencias y sentidos, suprimiendo y esforzando las flaquezas de la naturaleza á que el alma vive sujeta mientras no está en la patria; y goza en ello una cierta imagen de aquella impasibilidad imperturbable del alma glorificada de este mismo Señor, á la cual no llegaba ninguna ola inquieta de las que en los mares de sus tormentos padecía.

Mostró también en sí el Redentor, que en la perfecta unión de su amor tiene en el alma una especie de la *claridad* glorificada, y en alguna manera prendas de ella (si bien que muy desiguales de las que hay en la patria), pues no sólo la limpieza interior, sino también por luz de verdades que entiende y Dios le manifiesta interiormente, se ocupa de solo El y en El es alumbrada, quedando clara y resplandeciente á sus ojos; por lo que así como ningún abatimiento bastó para encubrir la luz de las verdades de este Señor crucificado, así tanto más resplandece en esta alma la luz de estas verdades que ama, cuanto mayores son las tinieblas que en el mundo reinan acerca de esta luz. Es también esta alma *sutil*, que todo lo penetra, ni hay cosa cubierta para ella, ni que la pueda impedir la ocupación que en Dios tiene (embebida toda en El), así como el mismo Señor, teniendo contra sí unos como muros de acero, todo lo penetró hasta acabar sus divinas obras, abrir el cielo y ponernos en el seno de su Padre. En fin, mostró que la unión per-

fecta de un puro amor hace al alma *ligera* para subir, y para todo cuanto el amor de ella quisiere. Crucificada lo tiene todo; todo lo posee pobre; en todo reina en el mundo abatida; porque en todo ama á su Jesús crucificado que la enseña.

ORACIÓN

¡Oh cuán bajo y terreno quedo yo, Señor de mi alma, á vista de las verdades tan claras que aquí me manifestáis! Mas para eso estoy aquí al pie de vuestra cruz, pobre y miserable, pidiendo misericordia. Coman los amados hijos ese divino pan entero, y echad las migajas de la cananea á este perro de vuestra casa, que con ellas me hartaré, y ellas me harán tal, que pueda ser levantado por Vos á la pureza de espíritu. Dadme, Señor, el de vuestra cruz, la luz de estas verdades y el amor con que nunca me aparte de aquí, mi crucificado Jesús. ¡Oh amor, oh suavidad soberana, oh esperanza mía perfecta, oh vida verdadera de mi alma, oídme, mudadme en vuestro espíritu desde ahora para siempre!

¡Oh Madre de Dios, perfectísima amadora de este Señor, que recibisteis de El cuanto tenéis, no sólo para Vos, sino para que por vuestro medio se nos comuniquen! Tened misericordia de este pobre miserable, que pido remedio al Señor para huir de mí, y vivir todo en El; y ya que El mismo quiere esto, quitad de mí todos los impedimentos y favorecedme para pasar de terreno á espiritual. ¡Oh ángeles, santos, oh corte celestial, que estáis ya fuera de los peligros de esta vida abrasados y poseídos de este amor! Unid á vuestra compañía á este miserable; y pues fuí redimido por el mismo Señor, sea por vuestra intercesión justificado, mudado y transformado. Amén.

## TRABAJO XLV

### Escarnio de las verdades de Cristo.

Padeció el Señor en el proceso de su sacratísima Pasión un género de trabajo muy grande, citado ya en lo precedente, pero reservado para aquí, por cuanto en las horas que estuvo en la cruz padeció más en él; y este fué, ver y oir el escarnio de las verdades de su persona y doctrina; trabajo que le cercó en la cruz por todas partes; porque los pasajeros que transitaban, los soldados que le guardaban, los ladrones que tenía á los lados, los sacerdotes, príncipes y judíos, todos se burlaban de El y le blasfemaban; lo que el divino Cordero oía y callaba, padeciendo un gravísimo tormento. Había ya el Señor tolerado en aquella noche y día, dos gravísimos desprecios y escarnios de su sacratísima persona; el primero en casa de Caifás, donde se burlaron de su eterna sabiduría, cubriéndole los ojos, dándole bofetadas y diciendo: *Profetiza quién te dió;* en lo que le trataron como falso Profeta; porque habiendo experimentado

que penetraba sus interiores pensamientos (y por tanto nunca le pudieron engañar, ni le armaron nunca celada en que no quedasen publicamente abatidos y avergonzados), andaban tan sentidos de esto y tan avergonzados, que cuando le vieron entre sus manos tan rendido, y sin concurrencia de pueblo, de quien se corriesen, quisieron todos unidos en la malicia, hartarse de hacer mofa de su sabiduría, y así se burlaban de El en la cosa que tenían más atravesada. Y al modo que los hermanos de Joseph, cuando le hubieron á la mano y desearon acabarle, no le daban más nombre que el de soñador, en desprecio de las verdades que soñó de la preeminencia sobre ellos; así éstos en desprecio de la verdadera y más que humana sabiduría manifestada por Cristo, se mofaban de sus profecías, como quien dice: Adivina ahora pensamientos; di, falso Profeta, quién es cada uno, y pon el dedo en quien te hirió, aunque tienes los ojos tapados. Así acostumbrados á ceguedades del alma, y como sucesores de aquellos que cubrían el rostro á Moisés, por no poder sufrir la luz que de él salía, en virtud de la conversación que con Dios tuvo, cubrían los ojos á la luz que tenían delante, y nunca la quisieron ver, ni recibir, aunque la tenían entre sí, para quedar siempre ciegos. Pero esa misma luz permitió por entonces, que la cubriesen y despreciasen (pudiendo fácilmente confundirlos), para que desconocida, ninguna cosa impidiese las obras que por nuestra redención quería hacer; mas con todo eso, como conocía su excelencia, no le era pequeño tormento ser tratado como si fuera falso Profeta y maestro de falsedades, por aquellos que voluntariamente eran ciegos y calificaban las verdades por falsedades, haciendo cumplidamente su voluntad.

El otro escarnio, no inferior á éste, le padeció en casa de Pilatos con menos respeto y más desprecio de su divina persona; porque con los ojos descubiertos, vestido de escarnio, coronado de espinas, con cetro de caña en la mano, cercado de soldados (como se ha dicho), le daban muchas bofetadas, y escupiendo en su sacratísimo rostro, le decían: *Dios te salve Rey de los Judíos.* Todo esto se hizo con tanto atrevimiento como si fuera un público truhán, falsario, traidor y convencido de tal. Pero el Señor, como si fuera culpado, todo lo sufrió y dejó que los enemigos llevasen adelante sus mentiras, siéndole muy fácil descubrir el que era Señor del cielo y de la tierra, y hacerse servir de los elementos y de todas las criaturas como su verdadero y soberano Rey. Pero como había dado licencia á los mares de la tribulación para que se encrespasen contra El, no quiso hacer por sí cosa que le pudiese aligerar los trabajos, ni aminorar las afrentas. Fuera de estas dos tan notables injurias que hicieron al Señor por burlarse de las verdades de su persona, debe tomarse en cuenta que todos los falsos testimonios que alegaron contra El ante los jueces, todo el profano y afrentoso tratamiento con que le llevaron públicamente por las calles y plazas de Jerusalén, se ordenaba principalmente á desvanecer la santidad y grandes demostraciones que había hecho de la majestad y

divinidad de su persona, y á obscurecer las puras y claras verdades de sus divinas palabras.

Pero después de crucificado, en las horas que estuvo puesto en la cruz, rebosó este género de trabajo en tantos géneros de zumbas y de desprecios, que algunos juzgan ser éste el mayor trabajo que tuvo en su sacratísima Pasión; porque como lo más sensible es lo más trabajoso, hallan aquí mayores motivos de sentimiento, que en todo lo demás; por lo que aunque los tormentos del Señor fueron tan grandes y de tal suerte parece cada uno mayor, que no admite compararse con otro, con todo eso reputan mucho más penoso al presente; porque los demás trabajos pueden ser deseados en sí mismos, en cuanto al dolor y sufrimiento por el que sufre enamorado, para mostrar en ellos el amor; pues azotes, corona de espinas, bofetadas, cruz, hiel, vinagre y otros corporales tormentos, aunque fatigan el cuerpo, son instrumentos de la honra divina que sobre todo se estima; pero blasfemar de Dios, desmentir las verdades eternas, trastornar las soberanas demostraciones de la divinidad y majestad del Hijo de Dios, aunque sirva para que Dios saque los bienes que pretende, son de su naturaleza cosas que por tocar tanto en la honra divina, aunque por justo motivo se pueden tolerar, por ninguno se deben desear, sino aborrecer. Siendo, pues, el Señor el principal celador de la honra divina, por la cual moría, tenía este género de trabajo mucho más que sufrir, más que aborrecer, nada que desear, y por lo mismo se puede reputar por el mayor de todos y en el que mostró más tolerancia; y el que hubiere pasado alguna cosa de estas, conocerá cuánta mayor perfección de paciencia y mayor gracia de Dios se necesita para pasar este trabajo con quietud de espíritu; porque cuando el hombre padece con culpa, le rinde al sufrimiento la conciencia y justicia; el padecer como malo siendo bueno, y ser tenido por tal contra razón, aunque parece insufrible, tiene otras superiores razones de gusto y alegría interior, con que muchos santos se alegraban en esto más que en otras cosas; pero ver desmentir las verdades más puras y más santas, traerá tanto mayor sentimiento y tanto más heroica será su tolerancia, cuanto mayor fuere el amor de Dios y el celo de su honra más perfecto.

En lo exterior sufrió el Señor este trabajo con tan profundo silencio, como si fuera insensible; pero su corazón padecía, sin duda, más dolor que el cuerpo con sus tormentos. Y como en la cruz y entre ladrones estaba como blanco de la malicia, del odio y de la variedad de condiciones de los más bajos modos de entender, todos se atrevieron contra El, y todos en esta parte le despreciaron en cuanto podían. Los que pasaban por allí meneaban la cabeza con escarnio, y dándole vaya, se burlaban diciendo: *Hola, hola, ¿eres tú el que destruyes el templo del Señor y en tres días lo vuelves á levantar? Líbrate á ti mismo, y si eres Hijo de Dios baja de esa cruz:* en lo que le echaban en rostro los milagros con que libró á tantos en sus dolencias y muertes, teniéndolo todo por embuste y

hechicería: y por eso decían, que si libró á otros, se libre á sí mismo, y que muestre la virtud de Hijo de Dios, si lo es, en bajar de la cruz. Y pudo tanto con el ignorante pueblo la falsa inteligencia que los fariseos habían dado á las palabras del Señor, que después de verle crucificado se lo echaban en rostro como dicho contra el templo material de Jerusalén, lo que el Señor había dicho del templo de su cuerpo, por haberlo así torcido los fariseos para deshacer su divina virtud; como que mal la tendría para destruir y levantar en tres días un templo, quien no podía librarse á sí mismo de la cruz.

Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se burlaban del Señor en los mismos términos, diciendo: *A otros libró y á sí mismo no se puede librar*: y mirándose unos á otros añadían: *Si es Rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en él.* Y lo más pesado era que se burlaban también de la confianza que tenía en Dios, y decían: *Confía en Dios, líbrele ahora; y pues se preciaba de ser Hijo de Dios, muestre ahora que le estima, y líbrele como á Hijo suyo.* El pueblo, imitando á sus príncipes, usaba de las mismas mofas, diciendo: *Si este es el Cristo escogido de Dios, líbrese, pues supo librar á otros.* Los soldados se llegaban á El por escarnio, ofreciéndole vinagre por vino, y le decían: *Si eres rey de los judíos, escápate de aquí y ponte en salvo.* Los ladrones que con El estaban crucificados, ambos al principio, y después el malo, blasfemaban de El, porque no les valía en aquel tormento, cuando había favorecido á tantos en sus necesidades; y que si era rey y tenía poder de príncipe soberano, que se librase á sí mismo y á ellos; de modo que todos á competencia blasfemaban del Señor y se burlaban de su divina persona, mofándose de las verdades soberanas y tirando á desmentir y abatir sus heroicas grandezas. Acrecentaba la afrenta el modo con que hacían estos escarnios, con todo el vilipendio que cada uno podía: el ladrón, con rabia de verse en el suplicio sin remedio; el pueblo, escupiendo al aire, con grandes risotadas, é inventando modos de maldiciones; los príncipes y sacerdotes, hinchados de soberbia, rebosando en placer por la victoria de su envejecida malicia, y que todos sus ardides quedaban justificados con el pueblo. Los caminantes meneando sus cabezas, como que al fin llegaron á descubrirse las verdades; y todos pasmándose y encareciendo el mucho tiempo que había usado de sus mañas y con cuánto ardid trajo engañado al pueblo.

Los sagrados evangelistas escriben esto en muy pocas palabras; pero de gente tan ingrata á las muchas mercedes que había recibido del Señor; de tanta malicia y odio como sus contrarios le tenían, y de tanto desahogo y profanidad como suele haber en los soldados y gente baja del vulgo, se puede pensar que dirían al Señor muchas palabras y mayores injurias que las escritas. Allí se repetirían muchas veces las blasfemias de los fariseos, mirándose triunfantes: *¿No decíamos bien, que eras un endemoniado, engañador, samaritano, y que por hechicería y pacto con el diablo hacías lo que hacías? Si esto es mentira, líbrate de nuestras manos.* Otros pre-

guntarían por sus discípulos, haciendo escarnio de que le hubiesen dejado. Otros, con fiesta y zumba, le dirían que les predicase, que gustarían oirle. Allí harían memoria, en particular de estos y aquellos milagros y de sus palabras, glosándolo todo con diabólicas blasfemias. Allí lisonjearía el pueblo á sus príncipes, y les darían la enhorabuena de cosa tan bien acabada, aplaudiéndoles de entendimiento, experiencia y gobierno. En fin, todo se haría y diría allí peor de lo que podemos decir, ni imaginar, conforme se podía esperar de gente tan maliciosa y de tan dañados y envejecidos odios como tenían contra su Majestad. Y bien mirado todo, sin más palabras ni encarecimiento, está mostrando cuán sumo trabajo pasaría el Cordero crucificado, que sabía las verdades de sí y de los corazones de los blasfemos, y las perversas intenciones de todos, cuando por todas partes no oía más que escarnios y afrentas.

Este es un género de cruz, que el Señor muchas veces da á sus mayores amigos y á las almas que quiere desprender del amor propio y del mundo, para hacerles muchas mercedes interiores; porque como prudentísimo Capitán de la conquista del cielo, y sapientísimo Maestre de campo, donde se ejercitan los escogidos hijos de Dios, comete á los más valerosos y esforzados fronteros lo más peligroso, en que se gana más honra y hay más merecimiento. Pero como esta batalla tiene contra sí, no sólo la naturaleza, mas también muchas veces parece que se opone el celo de la virtud, conviene aprender de este divino Cordero (para no perderse) la verdadera doctrina y perfección evangélica; y de esta perversa gente, los yerros y ceguedad de los que no caminan por los pasos y perfectísimos ejemplos de este Señor. En sus enemigos vemos que lo primero que hicieron fué tapar los ojos á la luz, para hacer mejor su voluntad, y no ver la hermosura de la claridad, que los podía confundir. Vemos que no con justicia ni razón, sino con gritos y escarnios quieren obscurecer la verdad, y para esto se aprovechan de la ignorancia del pueblo y de la libertad de los soldados. Vemos que el pueblo no aprueba el hecho de los sacerdotes y príncipes, por más santos, ni por mejores costumbres, sino por más industriosos, de más poder y mejores ardides para salirse con la suya, y que cuando ven al Señor silencioso, entonces le tienen por vencido. Vemos aprobar por buen gobierno el perseguir al justo y abatir sus obras, como perjudiciales á la república y máximas del mundo. Vemos á la gente más ambiciosa de la tierra, la más envidiosa, la que menos trata de la honra de Dios, y sólo de la propia y de sustentar la vanidad, que esa es la más enemiga de las verdades y virtudes del Señor, la que más trabaja por abatirlas, y que no les faltan dignidades, valimiento y cuanto desean; y que por no andar en estos cargos los mejores, es injuriado el inocente Cordero, y sus verdades perseguidas de los mayores. Vemos al pueblo deshonrar al Señor, y echarle en rostro sus obras, no con la verdad que en El habían experimentado, sino con las falsas inteligencias de sus príncipes; reinando en ellos, más el desagradecimiento y ceguedad, que

el amor de las puras verdades. Vemos que los ladrones blasfemos ponen toda su bienaventuranza en librarse de la cruz y tormentos, y no creen como Hijo de Dios al divino Cordero, por no librarles de ellos. Generalmente vemos reinar en todos la malicia, prevalecer el odio, tener por falso al justo abatido, y por falsas las esperanzas que tiene en Dios, cuando no acude prontamente á librarle de sus trabajos. De estas mismas condiciones son cuantos persiguen la virtud con pretexto de bien común, y celo santo; y por estos pasos contados caminan para prevalecer y perseverar en sus intentos.

Por otra parte, vemos al Hijo de Dios asirse á la cruz de manera, que no hay cosa que de ella le aparte, mientras le dura la vida. Vémosle callar y no defenderse con palabras, ni volver por sí. Vémosle encubrir su virtud en el tiempo de padecer. Vemos al Padre Eterno no volver entonces por su honra y dejarle abatir á voluntad de sus enemigos. Vemos al buen ladrón, que luego que Dios le abrió los ojos, conoció entre tantos desprecios la divinidad del Cordero, y ya no trata de librarse del tormento, sino de conseguir el paraíso. Vemos á este Señor entre semejantes escarnios hacer sus divinas obras (como queda dicho en otro capítulo), reinar en los corazones de los escogidos, ser conocido de todas las naciones, salvar los pecadores, resucitar en gloria y juzgar á sus propios enemigos. Por tanto, sus imitadores legítimos han de tener por espejo estas verdades, para no buscar otro modo de victoria que el de su Capitán, que cuando parece se retira y huye, entonces vuelve sobre todo el mundo con sus verdades y vence. Pongan los ojos en el gobierno que Dios tiene con su Iglesia, y hallarán, que siendo muy necesario á las ovejas que haya entre ellas muchos siervos é imitadores de sus virtudes, el Divino Pastor deja que los lobos maten á unas, y otras sean perseguidas de los malos. Entrega la cabeza de su amado Bautista en manos de una adúltera: las vidas de sus apóstoles á los enemigos de su nombre, y otras muchas cosas á este modo, porque con su eterna sabiduría ve ser lo mejor para su Iglesia que esté rica de virtudes, de ejemplos, sufrimientos y muertes gloriosas de sus siervos. No es, pues, maravilla permita Dios que en la casa de los ciegos el más ciego sea rey, y en casa de los maliciosos sea mayor el más astuto, y que sus siervos que andan entre ellos alumbrados de su luz no sean vistos ni oídos, antes bien les armen lazos de sus propias virtudes para derribarlos. Pero como la propia casa y reino de los siervos del crucificado es el cielo, permite el Señor que en el mundo sean conocidos sólo para lo que importa á la salvación de algunos escogidos; y que por último los abatan, para que solamente tengan la atención en la vida eterna que esperan, y no se precie el mundo de que honró á los hijos de Dios, y ellos conozcan que del cielo, y no del mundo, penden sus verdaderos bienes y las seguras honras.

De dos cosas deben estar advertidos los siervos de Dios para que el celo de la virtud entre las persecuciones de los malos no les engañe, ni haga perder la paz interior: una, que nunca está el Señor

en el mundo más honrado, ni sus virtudes tienen entre los hombres más debido lugar, que cuando el crucificado es imitado de los suyos más á lo vivo, y cuando en los ojos de los hombres se precian de imitar sus desprecios; pues esto es lo que con la divina virtud vence; esto lo que tarde ó temprano reina y prevalece. La otra cosa es, que se guarden mucho de emplear sus cuidados en deshacer con arte los ardides de los que persiguen la virtud ó contaminar sus artes con otros que la mansedumbre del divino Cordero no enseñó, porque forzosamente serán vencidos y ellos mismos se hallarán más desaprovechados; pues los que sólo pretenden mantenerse y hacer guerra á la virtud, son por lo común oficiales muy diestros en ardides y mañas; porque como no tratan de la honra de Dios y verdadera virtud, sino del color de ella, para deshacerla donde la hubiere legítima, primero que todo pierden el temor de Dios y se refinan en buscar ardides para lo que pretenden; mas los ojos de los que tratan de sólidas virtudes, viven de simplicidad inocente, de prudencia del cielo, de paz interior, y de contentar solamente á los ojos de Dios; por lo que, apartados de aquí para deshacer las artes de los mundanos, dan en manos de oficiales muy astutos y soldados veteranos que en una hora hacen más que ellos en toda la vida, y por tanto dan ocasión á que la virtud quede más desairada. Lo mejor es pelear con armas desiguales á las del enemigo, esto es, con perfecta paciencia, con pura fe en Dios, con esperanza en el cielo, con puro amor del prójimo, y rogar por los enemigos con silencio y con sufrimiento, porque estas armas tienen consigo la divina virtud, y no hay minas ni ardides que la derriben. En fin, el que imite al crucificado, ese es el que saldrá victorioso.

### EJERCICIO DEL ESCARNIO DE LAS VERDADES DE CRISTO

Adórente, Dios de mi alma, Hijo de Dios vivo, esperanza de mi corazón, el cielo, la tierra, los justos, los pecadores, los ángeles; y yo con ellos os odoro, os alabo, os bendigo y os doy infinitas gracias por este gravísimo trabajo que por mí quisisteis padecer en esa cruz. Verdaderamente os anegaron, Señor, los mares de las tribulaciones y os cubrieron las ondas de innumerables afrentas; pues no sólo colmaron vuestros sacratísimos miembros de tormentos sin ninguna piedad, sino que ya que vuestra divinidad no podía padecer, la ofendieron con injurias y deshonras tan enormes, que el celo de la honra divina os hacía sentir esto más que las penas corporales; pues el sufrir tormentos, el estar entre ladrones como jefe, padecer falsos testimonios, bofetadas, injurias, escarnios, duro es; mas el amor os lo hacía padecer gustoso, por mostrar á los pecadores cuánto amáis su bien y cuán obediente sois á vuestro Padre Eterno. Pero ver y oir escarnios de vuestras soberanas verdades, y que ofendiesen á la misma divinidad que tenéis unida, injuriándoos con vuestro mismo ser de Hijo de Dios, con ser el que dais espíritu á los Profetas y conocedor verdadero de los corazones, con la divina virtud que en vuestras obras resplandece, con las puras verda-

des de vuestra sacratísima doctrina, y que en esto y con esto os injurien como á falso, mentiroso y engañador, son cosas donde el humano entendimiento no puede imaginar la excesiva pena que tendríais; porque no sólo era tormento oir exteriormente estas blasfemias, sino que vuestro celo de la honra de Dios os está consumiendo en lo interior, y el amor divino que allí arde os está atormentando; y entre tanto sentimiento calláis, y dejáis á vuestros enemigos que en la hora salgan con la suya, quedando Vos desmentido en público con indecible afrenta, sin mirar por Vos, sino callar, sentir, sufrir y hacer penar á vuestro corazón. ¿Qué es esto, amor divino? ¿Qué es esto, esperanza y gloria de mi corazón? ¿Tan grandes extremos de dolores quisisteis pasar, y que no hubiese cosa en esa cruz que no os diese trabajos inmensos? Que os atormenten con azotes y cruz, crueldad es de vuestros enemigos; que os juzguen lo que no sois, malicia es de los que os persiguen, ni se puede esperar de ellos otra cosa; mas que por llegar al profundo de las tribulaciones os vengan á atormentar con vuestra misma verdad, vuestra doctrina, vuestra misma divinidad y el ser el mismo de quien se burlan, eso os traspasa con dolor más incomparable que en cuanto fingieron hasta ahora. Aquí, Dios mío, se pasma el entendimiento; aquí enmudece el corazón. Guardasteis para Vos los grandes mares de esta tribulación, porque tenéis fuerza divina, y á esa medida quisisteis que fuesen los trabajos. Mas esto es tan superior á las fuerzas de la humana naturaleza, que si alguna vez los vuestros toleran algo que á esto se parezca, á Vos solo lo deben, y todo es obra vuestra.

Ámoos, Dios mío, ámoos buen Jesús por tan incomparables dolores, y deseo consumirme todo en vuestro amor, pues el que me tenéis no sólo carece de ley y de medida en arder, pero ni la quiso tener en padecer. Confieso, Señor, mi flaqueza, que á nada de esto alcanza. Cuando pienso que puedo padecer por vuestro amor, se deleita mi alma; cuando pienso que vuestros enemigos me pueden perseguir por vuestro nombre, parece que su virtud me hace otro; y si vuestros siervos me persiguen, aunque es más duro de sufrir, con todo eso imagino que Vos lo queréis así por mis pecados; pero en llegando á ser perseguido con la misma verdad, con lo que hago por serviros, con lo que me enseñáis, y que me sirva de verdugo lo verdadero, y de que lo cierto hagan ficción para sustentar mentiras contra vuestra honra y verdad; confieso, Redentor mío, que desfallece mi naturaleza, no puede con la carga, y aquí, más que en todo, es donde vuestra poderosa mano ha de mostrar en mí su virtud y poder. Con todo eso confieso, mi Señor y Maestro, que esto es lo que me conviene, amar sin medida y padecer por la medida que quisiereis. Creo y conozco (pues así me lo mostráis en Vos), que lo que me conviene es padecer mucho, callar mucho, sufrir mucho, no mirar al medio, ni á la razón, ni de donde me viene el trabajo; sino solo á vuestra divina mano, y darla gracias por todo, y dejaros obrar, y no reconocer otro autor de mis cosas y trabajos sino á Vos.

¡Oh Cordero divino! ¡Oh sabiduría divina! Si esto me enseñáis en la cruz, ¿qué hacéis, pues no mudáis del todo mi naturaleza, y la transformáis en puro amor vuestro é imitación, cuando ardéis en mi amor? Vos teníais infinita justicia y razon para no sufrir estas blasfemias, y sin embargo rompisteis por todo, á fin de que no os quedase por padecer; y yo, si bien reflexiono, hallo que la razón de no sufrir es el demasiado sentimiento de mi mala naturaleza, y que no sólo nace de ser flaca, sino de la soberbia, que tiene echadas en mí tantas raíces. Pero el amor que en esa cruz me mostráis lo puede curar todo.

¡Oh misericordiosísimo Maestro de mi alma! Vos veis que cuando hallo pretextos para no sujetarme del todo á lo que gustéis que padezca, sin más razón que quererlo Vos así, entonces estoy desatinado y frenético, sin juicio de cristiano y de amigo vuestro. No hagáis caso, buen Jesús, de estos mis desatinos, sino tened piedad de ellos, y ponedme las medicinas que esta alma necesita para asemejarse á Vos. Venga la cruz, venga la tribulación, donde quisiereis, como quisiereis y cuanta quisiereis; pues soy fidelísimo amigo de mi alma, y sé que con la tribulación ha de venir vuestro auxilio para pasarla. Humilladme, Señor, á vuestros mandatos; ni me quede razón, ni justicia ó pretensión, mas que el parecerme á Vos. Refrenad mi lengua, para que á todo calle; contened mis pensamientos para que os imite, dilatad mi corazón para que siempre os siga y me alegre de padecer por Vos. ¿Cuándo, Señor, me veré por Vos, como os veo por mí? Si vos siendo mi Dios quisisteis mostrarme con semejantes extremos, que en todos ellos mirabais á darme á conocer lo que estimáis mi alma, y la gran fidelidad con que la amáis ¿qué mucho que yo, gusano de la tierra, desee en todo mostraros que sólo á Vos pretendo contentar, á sólo Vos amar y padecer mucho por Vos de todo corazón? ¡Oh amor divino! Haced en mí lo que por mí haces en ti. Pues me amas, abrásame; pues todo te das, consume en mí cuanto te desagrada.

Me acuso, Señor, ante Vuestra Divina Majestad de mi ceguedad, con que muchas veces y en muchas cosas he seguido los errados juicios de estos que os persiguen, aunque no os blasfemo como ellos; porque piensan que si Dios fuera vuestro Padre lo mostrara en libraros de la cruz, y que si vuestros milagros y doctrinas hubieran sido verdad, lo calificarais bajando de la cruz; el ladrón blasfemo piensa que todo el poder está en que le libréis de la cruz. Yo, buen Jesús, aunque creo lo contrario en Vos, me acuso que en mí, cuando me dais lo que deseo, cuando me concedéis gustos, cuando acudís á mis necesidades y sufrís mis faltas, entonces os tengo por bueno y misericordioso, entonces pienso que sois grande en mercedes, que os acordáis de mí, y os alabo y adoro por tan grandes favores. Pero si me atribuláis, si me falta lo necesario, si encubrís vuestras misericordias, soy mezquino en alabaros, ni os reconozco tan suave. En todo, Dios mío, soy así; en todo me parezco á mí; en todo soy miserable, flaco, pobre, ciego y desnudo de todos bienes. Alum-

brad, luz divina, esta ceguedad; no reinen en mí errados pareceres. Enseñadme á alabaros, á amaros y reconoceros en el favor y en la tribulación, en lo próspero y en lo adverso; pues en uno y en otro siempre sois uno, en todo Padre, en todo amigo y en todo fidelísimo bienhechor de mi alma.

En convertir ladrones crucificados y hacer padecer con paciencia la culpa conocida, se muestra más vuestra virtud, que en librar de la cruz; en haceros confesar del Centurión por verdadero Hijo de Dios, y que muriendo en esa cruz volviesen para sus casas muchos de los que os despreciaban dándose golpes de pecho por lo que habían hecho, mostráis más lo que sois, que en responder por Vos; porque vuestra fuerza y virtud no está sólo en lo de afuera, sino principalmente en lo interior; por eso dejáis prevalecer las mentiras de vuestros enemigos en los ojos del ignorante pueblo contra vuestras purísimas verdades; pero reserváis el conocimiento de ellas para experimentar el puro amor que sobre todo estimáis. ¡Oh soberano amor! ¡Oh divino fuego, que, cubierto de ceniza y sofocado de tanta malicia y tribulaciones, ardes y luces en los corazones de los tuyos! A Vos crucificado, buen Jesús; á Vos deshonrado, amor divino, os experimenta el amor puro como verdadero Hijo de Dios. No sólo lo cree la fe y lo confiesa, sino que el limpio corazón y verdadero amor lo experimenta en fuerza de lo que resalta de esa cruz. ¡Oh, qué influencias arrojáis en él desde ahí! ¡Qué luces le comunicáis! ¡Qué secretos le descubrís! ¡Qué interiores riquezas le franqueáis con abrazos suaves, dulces, llenos de paz, de luz, de gloria y de amor! Reedificáis en tres días el templo de vuestro sacratísimo cuerpo (al tiempo de resucitar), como lo habíais prometido; pero en un momento volvéis á levantar desde esa cruz, como Hijo de Dios vivo, los corazones derribados, templos vivos vuestros. Salváis crucificando, dais gusto atormentando, regáis secando; todo lo mudáis, todo lo enriquecéis y todo lo llenáis y saciáis desde ahí, donde parece que á todos amedrentáis. ¡Oh suavidad de mi corazón! ¡Oh luz encubierta de mi alma! ¡Oh crucificada libertad de mi espíritu! ¡Oh hijo de Dios vivo, tan flaco y tan fuerte, tan abatido y tan alto, tan deshonrado y de tanta majestad, tan afligido y tan suave, tan atormentado y tan blando! Vos sois el que éstos no conocen, por hallarse tan lejos de vuestro conocimiento como de vuestro amor. A ti clamo amor divino; á ti invoco amor excesivo; á ti llamo amor puro; por ti suspiro amor eficaz y verdadero. Ya que así me amas, llévame á ti; ya que por mí ardes, abrásame. ¿Qué me quieres, amor, que tanto padeces por mí y tanto me llamas á ti? Aquí estoy; haz tu oficio, llena, transforma, consume, múdame todo en ti. ¡Oh divino, hermoso, suave y único amor; poderoso para cuanto quieres, invencible en cuanto padeces!

Virgen sacratísima, ayudad á herir este corazón del amor de Jesús y ayudad á curarle con amor, pues de él vivís, por él estáis al pie de la cruz y con él padecéis. No seáis escasos, moradores y

amadores del cielo, con este miserable pecador; y pues en ese amor tiene su remedio, amad mucho por mí y abrasadme en amor de Jesús. Amén.

## TRABAJO XLVI

### Perderse Judas, y un ladrón al lado de Cristo.

Del amor nace el aborrecimiento, temor, alegría y dolor; el aborrecimiento de lo contrario de la cosa amada, el recelo de perderla, el gozo de poseerla y el dolor de tenerla perdida. Quien conoce cuánto ama el Señor á los pecadores, y ve lo mucho que hizo por mostrarnos este amor, y cuánto le hizo el mismo amor padecer para que no se perdiesen, entenderá el sumo grado en que estaban en El, el odio de los pecados por donde nos perdemos, el temor de la perdición de muchos, la alegría de nuestra salvación y el dolor de los que se pierden. Y no hay duda en que uno de los molestísimos tormentos que el Señor tuvo en su vida, y especialmente en la Pasión, fué el conocimiento de los muchos hijos de Adán que habían de perderse, para los cuales trabajaba y moría en vano, por cuanto no habían de querer aprovecharse de los remedios que ponía para su salvación; causándole particular sentimiento los mismos que le solicitaban la muerte, y los ministros que por sus manos le atormentaban, en vista de que se habían de perder por derramar la sangre que por ellos mismos se sacrificaba, y que clamaban por sentencia de condenación los mismos tormentos que al Señor daban y El padecía por su remedio. Pero como el Señor no había de dispensar con su justicia, padecía y moría con su aflicción; y ésta la declaró por un Profeta en esta lastimosa palabra: *¡Ay! que me he de vengar de mis enemigos;* porque viendo los que no se habían de aprovechar de lo que hizo por perdonarlos, sentía mucho que la justicia le obligase á condenar á los mismos por cuya salvación moría. Y si este sentimiento fué general por los que se habían de perder, ¿cuánto mayor sería por aquellos á quienes había hecho más particulares mercedes, y puesto en más proporcionadas coyunturas para su salvación?

Con esto se entenderá cuán particular trabajo y sentimiento dió al Señor, el que se perdiese un familiar de su compañía y de su mesa, y otro de su lado estando en la cruz, cuando desde allí pasó el compañero al Paraíso. Judas recibió del Señor mercedes suficientísimas, no sólo para no perderse, sino para salvar á muchos, como hicieron los demás apóstoles; porque le sacó del pueblo, le hizo su discípulo, metiéndole en el número de los doce á quienes descubría sus secretos, con quienes trataba más perfectas doctrinas y los traía á par de sí, en su compañía y en su mesa. ¿Qué ejemplos de heroicas virtudes vería en el Señor? ¿Qué palabras oiría de su boca? ¿Qué particularidades tendría aquella divina conversación, capaz de convertir en ángeles bienaventurados á los demonios, si allí los hu-

biera? Dióle, además de esto, potestad para hacer milagros, y los hizo con el nombre del Señor, á cuya invocación expelía demonios de los cuerpos, teniendo buena experiencia de la majestad de su Maestro.

Con todas estas mercedes se pervirtió por codicia del dinero, y determinó venderle. Acudió pronto el Señor á socorrerle con mayores mercedes y socorros, para que se apartase de aquel mal propósito. En la última cena le hizo participante de su sacratísimo cuerpo y sangre; ensalzóle al honor de sacerdote (según dicen nuestro Padre San Agustín y San León), lavóle los pies; y á vueltas de estas tan soberanas mercedes, combatiría su corazón con interiores inspiraciones. Viendo que nada aprovechaba, dijo públicamente á todos los apóstoles, que uno de ellos le había de vender, y que mejor fuera ser arrojado á lo profundo del mar con una piedra al cuello, que haber nacido; y con todo esto no le pudo vencer por amor, ni por amenazas. Hasta en el lance de su prisión consintió que le besase como amigo, y sentido de ver que se perdía le dijo aquella palabra capaz de ablandar las piedras: *¿Amigo, á qué has venido? ¿Es posible que con beso de amistad me vendes?* y nada de esto alcanzó para que el desventurado se arrepintiese; y cuando vió que los judíos condenaron al Señor á muerte y le llevaron á Pilatos para confirmar la sentencia, dió en otra mayor desventura, viendo el mal que había hecho; pues en lugar de arrepentirse como hizo San Pedro, desesperó de la misericordia de Dios, y volvió los treinta dineros á los Sacerdotes y se ahorcó, reventando por medio, y derramó sus entrañas, bajando el alma al infierno. Así se perdió el discípulo compañero del celestial Maestro, cargado de tantas soberanas mercedes como le había hecho. Pero como el Señor no hace más fuerza á los corazones libres, que inspirarles, enseñarles y moverles con sus auxilios, dió á Judas más de los que pudieran bastar para salvarse; pero desechándolos todos, caminó á la perdición, y el Señor quedó con el dolor de ver que se perdía.

Entrando en su Pasión con tan gran pena de que el demonio le llevase aquella alma, cuanto era el deseo que había mostrado de salvarla; cuando se vió en la cruz entre dos ladrones, y que convertido el uno le pidió misericordia, no quiso dilatársela; y por resarcir el sentimiento del discípulo perdido, en el primer despacho prometió al ladrón crucificado el paraíso, manifestando bien el deseo y gusto que tiene de salvar; pues si condena á los que por su arbitrio degeneran, es por necesidad de la justicia; pero su amor tiene deseo y gusto en perdonar á los que se arrepienten. Y donde hay tanto amor y placer en perdonar, forzosamente ha de haber gran sentimiento en que se pierda el que desea salvar. Así le tuvo muy grande del ladrón que se perdió con tantos auxilios para lograr misericordia, como los de que el buen ladrón se aprovechó para alcanzar el paraíso; pues estaba junto al Hijo de Dios, verdadero Redentor de los pecadores, y junto á la sangre que por El se derramaba; veía con sus ojos que el inocente Cordero, luego que se vió en la cruz, pidió en voz alta perdón por los pecadores; veía

su más que humana tolerancia, el silencio y mansedumbre con que sufría las blasfemias con que le injuriaban; veía sus ojos puestos en el cielo y derramando lágrimas; veía las tinieblas y el temblor de la tierra, que á todo el mundo sobresaltaba; vió el arrepentimiento de su compañero, y que luego fué perdonado; pues mirando á Cristo y considerando todo esto, entendió con luz interior que no podía ser culpado el Cordero divino en lo que padecía, por lo que le reconoció como Señor del cielo; y arrepentido de los pecados que le condujeron al suplicio, y de las blasfemias que había dicho contra el Señor, satisfizo, en cuanto pudo, con una heroica confesión. Culpó al compañero exhortándole con estas eficaces palabras: *Ni tú temes á Dios, estando condenado á muerte. Nosotros padecemos sin duda justamente, porque recibimos el justo pago de nuestras malas obras. Pero éste ¿qué mal hizo?* Y poniendo los ojos en el Señor con toda contrición y humildad le confesó como Soberano dueño, justo Juez y Dios del cielo, que podía franquear á quien quisiese, haciéndole bienaventurado, como Rey de la gloria, y le dijo: *Señor, luego que entres en tu Reino, acuérdate de mí pecador.*

El Redentor, que pesó en justa balanza tan gloriosa confesión entre tantas blasfemias, y á vista de sus enemigos, hizo tanto aprecio de ella, que la juzgó digna del paraíso; y oyéndolo todos, le respondió: *Hoy serás conmigo en el paraíso.* Con esta palabra le puso en estado de gracia, confirmóle en ella, y bautizóle en el bautismo de amor, como primer cristiano, que moría con la fe en su boca. Este era suficientísimo ejemplo para que el otro ladrón (ya que así como así moría) se aprovechara de la bondad del divino Cordero; pero ni lo que veía en él, ni las mercedes que oía hacer á su compañero, bastaron para hacerle volver en sí antes obstinado en sus blasfemias murió y se perdió. Estar, pues, el Señor muriendo por aquellos dos ladrones, ofreciendo por ellos su sangre al Padre Eterno, hecho como capitán y familiar de homicidas, prometiendo á uno el paraíso, y ver al otro tan perverso, que moría blasfemando, tan obstinado, que con ninguna cosa se arrepentía, y que de su costado, de su sombra de la cruz, que ya había santificado para salud de los pecadores, y que de su última compañía (que siempre se estima mucho) veía perder aquella alma; sin duda que aunque como justo Juez salvó al arrepentido, y condenó al obstinado, con todo eso como Redentor, como Padre, como amigo fidelísimo y buen Pastor de aquella desventurada oveja, le dolió y sintió mucho que se le perdiese en semejante ocasión y en tan oportuna coyuntura de salvarse. Estos son excesos y angustias del divino amor, que atormentaban al Cordero de Dios en la cruz, para que no le faltase cosa que pudiese hacer sus trabajos más excesivos.

En todo nos da grandes y muy necesarios documentos. Primeramente nos enseña, que no sabemos nosotros desear y procurar nuestra salvación, ni sentir nuestra perdición tanto como El; y que en todo tiempo está con los brazos abiertos para recibir al arrepentido, ofreciendo sus tesoros á cuantos los quisieren admitir. Tampo-

co podemos desear acerca de esto otro ejemplo más cierto, ni más clara demostración, que hacer Dios á un ladrón el primer cristiano que después de su muerte se salvó en la confesión de su fe y en su amor; con lo que dejó á todo pecador arrepentido una cierta confianza de que en ningún tiempo le será negada la entrada, donde un ladrón se llevó la delantera.

Pero esta confianza que de parte de Dios tenemos tan segura, Judas y el mal ladrón la hacen dudosa en lo que mira á nuestra parte; porque cuando un hombre se quiera imaginar en lugar y estado muy seguro para salvarse, parece no podrá escoger otro, que ó el cielo entre los ángeles, ó en la tierra en el número de los doce Apóstoles, ó en la muerte pagando sus pecados al lado de Cristo crucificado. Pero ni el cielo dió seguridad á los ángeles (pues de allí cayó Lucifer con cuantos le siguieron), ni á Judas el colegio apostólico, ni al mal ladrón la cruz al lado del Señor crucificado (pues allí se perdieron). La razón es, porque ningunas mercedes del Señor aseguran á las almas que dotó de libre albedrío, si ellas no se aprovechan libremente de las ocasiones que Dios les da para salvarse. Pero quien de todo se olvida y entrega el corazón á sus deseos, queda en poder de ellos más perdido, y todo en él será vano. San Gregorio, en el cuarto libro de sus diálogos, refiere un caso espantoso: que un hombre murió, y fué condenado al infierno. Volvió á resucitar, y vivió tan mal, que tornó á morir en estado en que se condenó. No quiso el Señor en el Evangelio que ninguno tenga seguridad en los talentos recibidos, si no los emplea en granjear merecimientos del cielo. Sólo el humilde que tiene cuidado de su alma aprovechándose con temor de Dios de las mercedes recibidas, viviendo con cuidado de contentarle, y procurando unirse á El con amor, es el que asegura la salvación. En fin, por conclusión de la materia, y para que la confianza en la bondad divina no nos entibie, y á fin que ninguno se fíe de la última hora confiado en que en ella será recibido, si se convirtiere á Dios, debo traer á la memoria lo que nuestro padre San Agustín, hablando de la salvación del buen ladrón afirma: que aunque la fe enseña que será recibido de Dios el que en la última hora se convirtiere, con todo eso el que en toda la vida no pudo conseguir convertirse á Dios de todo corazón, con cuantos auxilios ofrece Dios para esto, menos lo hará á la hora de la muerte (lleno de dolores y miedos), á lo menos de un modo que merezca ser recibido. Por tanto, dice, ordenó Dios que en la divina Escritura hubiese ejemplos de muchos que se convirtieron en vida y fueron perdonados; pero sólo uno del ladrón convertido en la última hora, para que ninguno presuma ser segundo.

### EJERCICIO DEL SENTIMIENTO QUE CAUSÓ AL SEÑOR LA PERDICIÓN DE JUDAS, Y DEL MAL LADRÓN

Todo sois hermoso, buen Jesús, todo blando, todo suave, todo amoroso; en llegando á los corazones de los pecadores, vuestros ojos convierten las almas, vuestras palabras ablandan las durezas,

vuestra conversación atrae á los errados, vuestros favores cautivan. Todo sois amable, todo verdadero amigo, todo os empleáis y consumís, y cada vez os renováis en el amor de los pecadores. Santificasteis con vuestros pies á la Magdalena, con vuestra presencia la casa de Zaqueo, con vuestro llamamiento al usurero Mateo, al perseguidor Pablo, y con vuestros ojos al perjuro Pedro. Comíais en casa de los pecadores con gusto, los recibíais con blandura, perdonabais con misericordia, los defendíais con sabiduría, los enriquecíais con bondad; y como verdadero juez justificasteis al publicano, disteis el paraíso al ladrón, y á ningún pecador dejasteis sin remedio, sino al que por arbitrio propio quiso ser obstinado. Todo os consumía vuestro amor de los pecadores, pues estimasteis más su salud, que vuestra honra y vida. Todo os disteis por ellos: lloraisteis sus males, pagasteis por sus penas, mostrasteis que ardíais en su amor, que os dolían mucho sus pecados, que sentíais altamente su perdición; y cuanto es en Vos mayor este amor, y cuanto más ardéis en deseo de la salud de los pecadores, tanto más os acrecienta la pena su perdición. Y si todos los que se pierden os causan mucho dolor, ¿quién podrá imaginar el grandísimo sentimiento que os dió la perdición de Judas y del ladrón, que teníais junto á Vos en la cruz? Quien os ama, Dios mío, os entiende, porque conoce la fineza de vuestro amor. Teníais ya en la red á estos dos junto á Vos, en estado de quitarlos de las garras del enemigo; y ser ellos tales que por su malicia y obstinación se perdieron, no fué para Vos menor tormento, que los que padecíais en la cruz. ¿Aún este trabajo y aflicción os faltaba por pasar, Cordero de Dios, en vuestra Pasión? Bendito y alabado sea vuestro divino amor.

Tan fino sois, Redentor mío, que no dejáis de hacer cuanto podéis porque ninguno se pierda. A Judas, después de pervertido y haberos vendido, le hicisteis Sacerdote, le disteis vuestro cuerpo y le lavasteis los pies; le hablasteis al corazón, le dijisteis cuánto mejor fuera no haber nacido para ver si el miedo le movía; le aceptasteis el beso y abrazo en el Huerto, siendo traidor; le llamasteis amigo con familiaridad para ver si le podíais ganar; pero El porque quiso se perdió, y Vos fuisteis á padecer por El traspasado con la pena de ese vuestro suave y blando corazón, sabiendo que ni de eso se había de aprovechar; y así se condenó y os dejó herido de dolor y entrañable sentimiento de su perdición. En parte parece que estaba ya contento vuestro amor, cuando os visteis junto á dos ladrones, y al uno arrepentido disteis el paraíso, resarciendo la pérdida de Judas; pero se os renovó el dolor, viendo perderse á vuestro lado otro obstinado ladrón. ¡Oh amor divino! no ciego, sino por voluntad cautivo de los pecadores, ¿qué aflicciones son estas? ¿Tan ocioso estáis en la cruz, que se os olvidan vuestras penas con el sentimiento de la perdición y voluntarios males de los pecadores? ¡Oh fuego infinito! ¡Oh entrañas de Padre! ¡Oh verdadera amistad, tan desinteresada, tan pura, tan pródiga, tan olvidada de sí y tan solícita de los pecadores que ama! ¿Por qué no os amo, buen

Jesús, de todo mi corazón? ¿Por qué gasto ni un momento de la vida fuera de vuestro amor? ¡Oh si así me emplease con todo empeño en Vos, como os veo á Vos empleado en mí! ¿Cuándo me veré de esta manera, cuándo, cuándo? ¡Oh qué largo cuándo, y cuánto tarda! Apresuraros Vos, mi divino Pastor, á recogerme, á cautivarme de vuestro amor y á poner en Vos todo mi cuidado, pues sólo esto es lo que os agrada, y sin Vos no lo puedo hacer. Bastan las penas que os he dado con mis pecados; no permitáis que os las acreciente con mi perdición. Aquí me rindo á Vos desde ahora para siempre; tomadme por vuestro, crucificadme y salvadme.

¡Oh Rey de la gloria y Señor del paraíso! ¡Oh verdadero amigo y Pastor de mi alma! Aquí tenéis otro ladrón en que satisfaceros de la pena y aflicción que os causa el ver perder á ese en una tan buena coyuntura como tenía para salvarse junto á Vos. Yo soy el ladrón que más que ese merezco ser ajusticiado por mis maldades. Yo soy el falsario de los buenos talentos de gracia y naturaleza que me disteis, porque usé mal de ellos y los tuve ociosos, sin aprovecharme de tan buenos medios ni granjear por ellos mi salvación. Yo soy el que muchas veces robé vuestra gloria con mi soberbia y vanidad, no refiriendo á Vos todos los bienes siendo vuestros, y apropiándome á mí vanamente lo que debía á vuestra gracia y misericordia. Yo soy el que robé el juicio y la justicia, trocando la pureza de vuestras verdades por las mentiras del mundo y de mi carne, y por desventurados sobornos de bajísimos gustos de la vida. Yo soy el que gasté la mayor parte de mi vida en obras más dignas de tormentos que de perdón. ¿Cuántas veces pudisteis, Señor, matarme y entregarme con mucha justicia á los demonios, enviándome al infierno, apartado de Vos para siempre, y con todo eso me sufristeis con infinita misericordia, me esperasteis hasta aquí, y aún de esta vuestra paciencia me hallo tan desaprovechado, como Vos, buen Jesús, estáis mirando y sufriendo? Pues, remediador único de mis llagas, ya que estáis tan sentido de que se os pierda ese ladrón, esta es mi hora; veis aquí á otro peor, á quien podéis condenar con más razón. Dadme, Señor, esa cruz que está desocupada. No pierda ella su virtud porque se pierda el malo; Vos la habéis ya santificado; para mí está reservada; dádmela, divino Cordero; crucificadme en ella junto á Vos; satisfaceos en mi alma de la pérdida de ese infeliz obstinado.

Yo confieso, Dios mío, con ese otro ladrón mi compañero, más dichoso y bienaventurado que yo, que sois Rey del paraíso, que le podéis dar á quien quisiereis y que no le negáis á quien á Vos se convierte con puro amor. Confieso que ahí donde estáis sois Dios, Hijo del Eterno Padre, que me podéis salvar; confieso que cuanto me mandareis padecer por mis pecados, es mucho menos de lo que yo merezco; Vos, Cordero inocentísimo, sois el que padecéis contra toda razón, que ningún mal hicisteis, que llenáis las almas de todos los bienes que de Vos quieren, y sois rico tesorero de glorias y bienaventuranza. Mas yo que no temí ofender vuestra bondad, vuestra

Majestad infinita y vuestro amor, justamente seré condenado. Pero, mi Jesús, acordaos de mí, pues vais á vuestro reino. Dadme ese lugar que junto á Vos queda desocupado, para tener esperanza de que me llevaréis al cielo en vuestra compañía. No queráis, Señor, tener más sentimiento de almas perdidas; ganad á ésta, pues aquí me convierto á Vos, ni me améis menos que á esos que tenéis junto á Vos crucificados. No pido, Rey de la gloria, el paraíso para hoy (como le dais á ese mi compañero), que no lo merezco; mas pido que hoy, en esta hora, me pongáis en esa Cruz, y en ella me tengais toda la vida y cuanto Vos quisiereis, porque en ella me ofrezco á toda vuestra voluntad. ¡Oh buen Jesús, si me viese en ella clavado junto á Vos, en vuestra compañía y preso de vuestro amor, de vuestra gracia y misericordia, de suerte que nunca quisiese apartarme de la cruz! Buen Pastor y Señor de esta alma, Vos sabéis que no hay cosa más cercana al Paraíso que la cruz; sabéis que ninguno tiene prendas más ciertas de la gloria que los crucificados; que ninguno tiene más cierta vuestra compañía é influencias de vuestra gracia y amor, que quien está en la cruz sujeto á vuestra voluntad. Cruz, Señor, pido y vuestra gracia para estar á vuestro lado, que sois el verdadero y suave Paraíso de las almas crucificadas, y en ella tendré seguro vuestro reino; en ella se acabarán mis pecados; en ella me daréis vuestro amor; en ella viviré para Vos, moriré á toda vanidad de la vida por Vos, acabaré en Vos suavemente y reinaré gloriosamente para siempre con Vos.

Oh madre de Dios, abogada de los pecadores, que veis con vuestros ojos estas misericordias que el Señor hace á los errados, y los dolores que en su alma padecía por los que se perdían; Vos mejor que ninguno las entendíais, pues más que todas las criaturas le amabais, y veis que no se acabó este amor, sino que aún dura y vivirá para siempre; pues aprendisteis de este Señor á tener misericordia de los pecadores, valed á éste que os llama. Alcanzadme el lugar del ladrón perdido, con perseverancia mientras viva, y un lugar para siempre en su reino. ¡Oh ladrón dichoso, que hoy vas á ser ciudadano del paraíso y que tan valido te hallas de este Señor! Toma contigo á toda la Corte celestial, y compadécete de este pecador tu compañero que queda desterrado; ayudame á alcanzar la cruz que te salvó, el amor que te renovó, y la gloria que te coronó. Amen.

## TRABAJO XLVII

### Ver los dolores de su sacratísima Madre.

Fué la soberana Virgen nuestra Señora tan fiel compañera de los trabajos de su Hijo nuestro Redentor, y tuvo en ellos tanta parte, que no puede tratarse de los trabajos de su Hijo sin muy particular memoria de los de la Madre; porque la causa de éstos, fueron aquéllos, y no era pequeño tormento para el Redentor ver los que su Madre por amor de El padecía; como ella fué la más

perfecta imitadora de las perfectísimas y heroicas virtudes de este Señor, también en el orden de sus dolores y modo de pasarlos fué muy semejante á El, en cuanto le podía y debía imitar. Desde que fué Madre de Cristo nuestro Señor, tuvo en su corazón la batalla de amor que á su Hijo también traía en perpetuo tormento, del dolor que le había de ver padecer (que ella muy bien sabía), el rendimiento á la voluntad de Dios, que así lo quería, y el deseo ardentísimo de que consumase la redención que ella, como Madre de los pecadores, más deseaba; de suerte que el amor de la salvación de los pecadores la hacía desear el remedio, y el mismo amor la afligía como Madre, sintiendo los medios para ello necesarios, que eran tantos y tan inmensos trabajos de su Hijo y su Dios. Y como no faltaba á ninguna obligación, padecía á medida de su indecible amor, por la misma deseaba nuestro remedio y se rendía á cuanto ordenaba la divina voluntad.

Llegado el día de la Pasión, creen los Santos, en virtud del amor y obediencia con que el Señor trató siempre á su sacratísima Madre, y por el cuidado que tiene de asistir á los afligidos en sus trabajos, que antes de entrar á padecer fué á despedirse de la santísima Virgen; en cuya despedida la pediría licencia, como á Señora y Madre, para ir á cumplir la obediencia de su Eterno Padre; y le diría cómo era también su voluntad que ella le acompañase al pie de la cruz, y le amortajase y sepultase. Allí le daría El orden de lo que había de hacer y donde había de estar hasta que El resucitase, y la encomendaría sus discípulos y el cuidado de todos los fieles hasta que llegase el tiempo de ser trasladada al paraíso. Y porque ya muchas veces había el Señor platicado con ella sobre su sacratísima Pasión, renovaría ahora la memoria de todo y las horas en que cada cosa había de suceder, para que ella le acompañase espiritualmente en todo. Y por cuanto los dolores de esta despedida eran de parte á parte, los cuales no podemos imaginar, me parece que no declararía uno á otro la pena por palabras, sino que por los ojos y los corazones se entendían y comunicaban los sentimientos interiores. Por otra parte, la perfección del amor de ambos y la conformidad á la divina voluntad, no permitía que en aquellos naturales sentimientos hubiese la más mínima imperfección ni falta á la suma obediencia. Mas porque el Señor era Hijo para sentir mucho los trabajos de la Madre, y era su Dios para esforzarla en todo, la consoló con divinas palabras, que ella recibía y conservaba en su corazón como humildísima sierva, y la favorecía y esforzaba interiormente con divinas influencias de nueva gracia, nueva fortaleza, nuevos excesos de amor; nuevos y riquísimos dones espirituales, para poder sobrellevar los grandes males de trabajos que la estaban aparejados. Bien se deja entender el trueque que la Señora hiciera, si fuera posible y conveniente el padecer ella por su sacratísimo Hijo, y cuánto menos tormento la sería y más gustoso dar su vida, si con ella pudiera evitar la muerte del Señor. Mas ya que la divina ordenación no lo dispuso así, quedó ella ofreciendo el corazón, y el

Señor se fué á ofrecer el cuerpo para que cada uno padeciese cuanto Dios les mandaba padecer. La Señora había de sufrir en la parte más sensitiva, que es el alma, todos los trabajos de su Hijo, sin ninguna memoria de los propios; el Señor, en su humanidad, todos los suyos, y los de la Madre, por el grado y medida de sus fuerzas.

Así se despidió el Señor, y fué á entrar en el piélago sin fondo de sus tormentos, y la Señora quedó en continua oración acompañándole interiormente. De suerte que empezó la Señora este trabajosísimo día por oración, lágrimas, agonías interiores, perfectísima sujeción y entregada toda á la divina voluntad, como el Señor empezó en el Huerto, donde sudó gotas de sangre. Y en esta ocupación perseveró la gran Señora hasta saber que su Hijo pasaba, y era llegado el momento que El la señaló de ir á acompañarle.

La noche que el Señor fué preso (como ya se ha dicho) fué llevado á casa de Caifás, donde después de cansados los judíos de hacer escarnios al Señor, se recogió cada uno á su casa, y el Señor fué allí encarcelado hasta la mañana. Esto sería á las dos de la noche, poco más ó menos. A todo esto asistió San Juan Evangelista, y supo que en el consejo de los judíos estaba el Señor condenado á muerte, teniendo resuelto que por la mañana le llevasen á Pilatos para que confirmase la sentencia de la muerte en cruz. Escriben los Santos, que á este tiempo se salió San Juan Evangelista de casa de Caifás (ó por orden que tendría para ello del Señor ó por su interior inspiración), y fué á casa de nuestra Señora á darla cuenta de lo que habían determinado los judíos. Los que escriben de esto refieren muchos sentimientos entre la Virgen y el discípulo, al contar éste y oir aquélla lo acontecido; y realmente fueron tan grandes los dolores, que todo se puede pensar, y cuanto se dice sería menos de lo que pasó; mas yo pienso que, sobre todo cuanto se escribe, harían su oficio las lágrimas y sentimientos de los corazones, más que la lengua, á lo menos en la Señora; porque como jamás perdió punto en su modestia, ni salió de su boca el más mínimo desorden de palabras, sólo el corazón padecía lo que nadie puede imaginar.

Viendo, pues, la Señora que era tiempo de ir á buscar y acompañar á su unigénito en sus trabajos, salió al romper la mañana de su casa, imitando en el silencio al Cordero Jesús, como oveja callada hasta la muerte, regando el camino con sus purísimas lágrimas y penetrando el cielo con fervorosísimos suspiros. Los devotos de la Señora tienen aquí por delante caminos en que con amor y sentimiento de sus dolores la acompañen, pues fueron tales como los que el Señor, lleno de trabajos, anduvo en este mismo día por nuestros pecados. Cuando los judíos le llevaron á casa de Pilatos y de Herodes, pienso que la Señora no le pudo ver con la vista corporal, á causa de la mucha gente y alboroto, hasta que Pilatos le mostró al pueblo azotado y coronado de espinas; pero oía los gritos del pueblo, el alboroto y estruendo de la ciudad, las injurias que le iban diciendo, las afrentas que le hacían, las blasfemias que contra El pronunciaban, los juicios que hacían, muy ajenos de lo que el Se-

ñor merecía. Imaginaría la pena del divino Cordero entre aquellos lobos, costándola todo esto muchas lágrimas é indecibles dolores. Pero como en El tenía puesto todo su amor, aunque el verle era lo que más la había de quebrantar, con todo eso era lo que más deseaba; porque el amor tiene los extremos de que mucho peor sufre la ausencia del amado, que el trabajo de tenerle presente en aflicción, por grande que ésta sea. Con semejantes deseos y recelos esperaba la gran Señora la vista de su Hijo, cuando le vió abierto todo de llagas de pies á cabeza, con el rostro hinchado, corriendo por todo El la sangre de las espinas, que le taladraban la cabeza, con una soga á la garganta, las manos atadas y en ellas una caña por cetro, vestido de escarnio. Sabía bien el Hijo que estaba allí su sacratísima Madre; y ésta conocía que El entendía bien su corazón, el cual se hallaba no menos penetrado de dolores, que el cuerpo de su Hijo de llagas y de gotas de sangre. Allí oyó los falsos testimonios, y le vió ser trocado por el ladrón y homicida Barrabás. Allí oyó los gritos con que todos le pedían la muerte, y luego oyó el pregón de la cruel sentencia. Vió enarbolada la cruz en que le habían de clavar, que él llevó á cuestas hasta el Calvario, y le fué siguiendo por los vestigios de sus plantas llenas de sangre, lavando aquellas calles la Madre con tantas lágrimas, como el Hijo con gotas de sangre, y no menos cargada de la cruz de los dolores interiores que padecía, que el Hijo de la que llevaba sobre sí.

Sentóse la Señora en el monte Calvario acompañada de las mujeres santas que seguían al Señor, las cuales no la daban más consuelo que compadecerse de lo que el Señor padecía; pero ella callando, á ejemplo de su Cordero, y tolerando, pasaba todos sus dolorosos sentimientos. Oía los golpes de los martillos con que clavaban al Señor en la cruz, los cuales traspasaban su espíritu; esperaba con inmenso dolor verle enarbolado en la cruz, y ya de antemano sentía todos cuantos tormentos había de padecer el Señor en cada miembro y juntura, porque todo se lo anticipaba el indecible amor que le tenía; como estaba débil por el pervigilio de la noche, y con menos alimento de lo que la naturaleza necesitaba para sobrellevar tantos trabajos, y se había extenuado por el llanto; cuando vió al Señor levantado en la cruz, y quedar con tan inhumanos y crueles dolores pendiente de la cruz, sin poder ella, ni querer el Señor que le valiese; y aunque no faltaba á su amor fortaleza para todo, sin embargo, como era Madre, y no divina, sino humana, no pudo la naturaleza con tanto golpe de aflicción; y aunque sin ninguna culpa suya, ni imperfección, sino como compuesta de carne flaca, cayó en los brazos de las que la acompañaban, con el desmayo de pasmo que en excesivos dolores suele sobrecoger á la naturaleza; y estancadas las lágrimas, demudado el color, quedaron trémulos sus miembros, sin tener otros rocíos para volver en sí, más que las lágrimas y dolores de las santas discípulas, hasta que el Señor tuvo por bien de esforzarla para que le acompañase hasta la muerte; y volviéndose á desprender los ríos de lágrimas de sus pu-

rísimos ojos, comenzó nuevo martirio de los dolores con la vista y compañía de su Hijo crucificado. Abriendo lugar la gente, se llegó la Señora al pie de la cruz con el amado discípulo y las que la acompañaban, y ya de rodillas, ya postrada, ya sentada, ya poniendo los ojos en su Cordero, ya bajándolos, hacía en su alma el oficio de remediadora de los pecadores, ofreciendo por ellos al Padre Eterno aquel Hijo, su sangre, sus dolores, con un ardientísimo deseo de la salvación de todos.

Recelaba verle expirar, y sentía durasen tanto los tormentos, que sabía no se habían de acabar sino con la muerte. Deseaba que el Padre Eterno ablandase el rigor de los tormentos que el Hijo padecía, y conformábase con lo que El ordenaba. Veíanse la Oveja sacratísima y el divino Cordero, y se entendían y afligían de lo que cada uno padecía; y tal fué todo lo que allí pasaba, que puedo decir seguramente, que por mucho, y por más que se alcance y sienta de aquellos dolores, no es posible llegar nadie al grado que tuvieron, y ninguno los puede entender del todo, sino sólo aquellos dos purísimos corazones, que perfectísimamente se amaban, se entendían y se condolían; porque como los dolores fueron por la medida de los amores, quedan todos tan atrás de conocer las penas, como viven lejos del amor con que los dos se amaban. Por tanto, no gastaré palabras en ponderar los trabajos de la Señora, porque como son más cortas que lo que puede alcanzar el corazón, dejo el sentimiento con que la debemos acompañar al amor que cada uno la tuviere, y al deseo de servirla y complacerla; porque quien más adelantare, más mercedes recibirá de sus entrañas maternales. Crecían los dolores de la sacratísima Señora, y se renovaban con cuanto de nuevo acontecía, esto es, con ver las afligidas palabras con que el Señor declaró al Padre Eterno el desamparo en que estaba; con ver el vinagre, que le daban á beber; con verle expirar en la cruz; con tenerle en sus brazos después de clavado, y ya difunto; con ponerle la mortaja; con cerrarle en el sepulcro, y con la pena de su ausencia con que se retiró á su casa hasta la resurrección, y con parecerla aquellos tres días muy prolongados años.

En los verdaderos imitadores de Cristo, que llegaron á estado de puro amor de Dios y de los prójimos, vemos un grande efecto de esa misma calidad, que es sufrir por amor de Dios sus propios trabajos y tener mucha pena de los ajenos, en tanto grado, que les fuera mucho más ligero tomarlos sobre sí que verlos en sus prójimos. Este amor fué mucho mayor en Cristo, y de él nos dió muchos ejemplos en su vida, y especialmente en el día de la Pasión, en que sabiendo que le había vendido Judas, estaba más sentido de la perdición de aquel discípulo (manifestando que mejor le fuera no haber nacido), que de cuantos trabajos había de padecer por su traición. A las mujeres que le seguían llorando, cuando iba con la cruz, las declaró cuánto más le dolían los trabajos que ellas y toda aquella ciudad habían de pasar, que cuantos El iba padeciendo. Levantado en la cruz, al punto, como olvidado de los tormentos propios en que se

hallaba, manifestó cuánto mayor cuidado le daban las necesidades de los pecadores, que sus penas, y les solicitó el perdón; por donde vemos, que el amor de este Señor á sus criaturas le hace tan presentes y tan propios los trabajos de sus ovejas, que en medio de los que padece, muestra sentir más los ajenos, sin que el ser el mismo que como Dios lo ordenaba, disminuyese el sentimiento que como verdadero pastor y amigo le afligía. Siendo esto así, como lo es, no hay duda en que uno de los grandes trabajos que el Señor tuvo en la cruz, y que le afligía más que los dolores corporales, fué ver la grandísima aflicción é inmensas penas con que su sacratísima Madre estaba al pie de la cruz, y lo que había padecido en todo aquel día, y cuánto la restaba hasta la resurrección; porque ella era la criatura á quien El más apreciaba, la que le era más acepta entre todas las del cielo y de la tierra, y ella era la que más le amaba. Era Madre, y la mejor de todas las Madres; compañera de su peregrinación, la más fiel en todos sus trabajos; era inocente y purísima, y que por sí no merecía ninguna de las grandes penas en que se hallaba. La aflicción era tal, que ninguno de los nacidos, ni por nacer, pasaría otra igual; porque ver semejante Madre á tal Hijo atormentado delante de sus ojos, tan contra justicia, y metido en tan gran piélago de trabajos, sin poderle valer; era tan gran cruz, tan pesada, y sólo para ella guardada, que se verificó haber recibido la cruz y las angustias á medida de sus heroicas virtudes y particulares gracias. Ni la valió el ser Madre y ser purísima, para dejar de pasar tales tormentos; antes bien, como el Señor por guardar la ley del decoro debido á su Madre, no permitió que criatura alguna, ni aun los malvados que le crucificaban, se atreviesen á hacerla ninguna afrenta, ó darla algún trabajo; sólo la razón de Hijo y el amor de Madre podían ser verdugos del corazón en el fin de la vida de su único Hijo, pues al principio de ella fueron los ministros de los placeres soberanos que tuvo.

Esto que el Señor crucificado veía penetrar el corazón de su sacratísima Madre, la vista de sus desconsoladas lágrimas y el desamparo en que estaba y quedaba con la muerte del Hijo, sin que hubiese remedio según la divina ordenación, que así lo tenía decretado, fué para su dulce y suave corazón un nuevo género de tormento y martirio; disponiendo el Padre Eterno que la Madre asistiese al pie de la cruz de su unigénito, para que ninguna cosa le faltase de las que humanamente se pueden sentir mucho, y hacer los tormentos más pesados. Así piensan algunos, y con razón, que cuando el Señor vió en esta aflicción á su sacratísima Madre, y la habló desde la cruz, no la quisó nombrar Madre para no aumentar la aflicción, ni contristarse á sí. Tampoco la habló más que lo suficiente para mostrar que no se olvidaba de ella, y acudió, como entonces podía, al desamparo en que quedaba, dándola por hijo el más querido discípulo, para que la acompañase y sirviese, y pidiéndola que le tuviese por tal, con estas palabras: *Mujer, ves ahí á tu hijo.* Y al discípulo: *Mira ahí á tu Madre.* Y como San Juan al

pie de la cruz era figura de todos los amados pecadores, que siguen los pasos del Señor, quiso que todos quedasen obligados á servir y enjugar las lágrimas de esta gran Señora. El santo discípulo se dió luego por obligado á servirla mientras viviese, como lo hizo, y la tuvo por su amparo, Señora y Madre, estimando el servirla, como que en esto tenía la mayor hacienda que podía heredar de su amantísimo Maestro.

La Señora recibió no pequeño consuelo oyendo la voz de su unigénito Hijo, porque veía bien que por aquel trueque no dejaba El de ser su Hijo y Señor; y en la última hora sirve de no poco consuelo cualquiera memoria y palabra de los hijos y verdaderos amigos. Mas como aquellos dos purísimos corazones se entendían muy bien, aceptó la Señora por hijo á San Juan, y en él á todos los pecadores, porque sabía muy bien que esa era la intención del Señor; pues como moría por amor de ellos, y sus pecados le causaban la muerte, quiso en la última hora quitarles toda la desconfianza que les podía quedar del trabajo que con sus pecados le habían ocasionado; y á este fin les entregó la cosa que más estimaba y que más entrada tenía en su valimiento, para que con su amparo confiásemos todos que de El seríamos recibidos. Del amor que la Señora tiene á los pecadores ninguno puede dudar, á vista de que en el parto espiritual de ellos al pie de la cruz, tuvo los inmensos dolores que la faltaron en el virginal de su unigénito Hijo. Según lo cual vemos claramente que todos los mares de los dolores de la Madre y de los tormentos del Hijo vinieron, finalmente, á parar en mercedes y riquezas para los pecadores; y así, todo nos obliga á poner los ojos en estos dos purísimos espíritus, y emplear toda la vida en su servicio, poniendo todo cuidado en imitar sus pasos; porque mal puede pensar el siervo que será acepto á sus amos, si anduviere por diferentes caminos de los que llevan su señora y señor.

### EJERCICIO DE LOS DOLORES DE LA VIRGEN SANTÍSIMA Y DE LOS QUE EL HIJO PADECÍA CON VER LOS DE LA MADRE

¡Buen Jesús é inocente Cordero, que tan atormentado estáis de todas partes en esa cruz, y veis tan atormentado el corazón de esa sacratísima Oveja, purísima Madre y sierva vuestra! Enseñadme á sentir y acompañaros en esos vuestros trabajos. ¡Oh, qué dos corazones tan puros, tan limpios, tan llenos de gracia y de hermosuras interiores, tan abrasados en puro amor, tan llenos de trabajos, tan presos mutuamente y tan afligidos el uno por el otro! Sentía la Virgen sacratísima como Madre y amiga fidelísima los trabajos inmensos del Hijo y divino Cordero; sentía el Hijo obedientísimo los incomparables dolores de la Madre como verdadero amigo y leal compañero. La purísima Oveja y el inocentísimo Cordero, uno por otro claman, uno por otro lloran, uno por otro padecen, uno siente los trabajos del otro sin ningún consuelo, y cuanto el amor es mayor y más puro, tanto son más inmensos los dolores y sentimientos. ¡Oh duro corazón, cómo no te deshaces en dolor y lágrimas viendo

que tú diste la ocasión á esos intolerables dolores de la Virgen y del cordero Jesús! ¿Qué hizo esta Señora para pasar por semejantes dolores? ¿Qué hizo este Señor para padecer por todas partes tantas aflicciones? Tú, infeliz y perverso pecador, tus desventuradas culpas son los verdugos de estos inocentísimos y santísimos corazones. Perdonadme, corazones purísimos, tomadme aquí ambos y satisfaceos de mí como merezco; y pues todas las criaturas os obedecen, mandad á todas que os venguen de mí. Pasad á mí esas penas y dolores para que, ya que fuí y soy la causa de ellas, contribuya á llorar y sentir lo que os hago padecer. Amor de mi alma, Jesús y Virgen, mi esperanza, que tanto os parecéis en el amor que tenéis á los pecadores, apartad de mí el gusto de la vida, pues soy vuestro; y ya que Vos la pasáis con tormentos, no me la dejéis á mí acabar sin ellos; y pues soy de vuestra casa y siervo vuestro, aunque indigno, no permitáis que en esta vida me dé gusto sino aquello de que gustáis, y que siempre traiga en mi alma vuestros dolores para que padezca por Vos, con Vos sienta, con Vos ame y con Vos mude en vuestro servicio toda la vida.

¡Oh Virgen sacratísima, cómo se transformaron todos vuestros placeres en trabajos! Si Vos tuvierais gustos mundanos, justas fueran estas mudanzas; mas Vos, Reina de los ángeles, nunca tuvisteis gusto ni placer, sino en cosas divinas. Dios os poseía el corazón, Dios os le arrebataba todo; sólo El y lo que de El procedía, con lo que á El os llevaba, os daba gusto. Tuvisteis gozo en veros Madre y llena de Dios; de verle nacido, y adorado de los ángeles, de los pastores y reyes; pendiente de vuestros pechos, sustentado de vuestra leche purísima, servido de esos virginales brazos, ofrecido en el templo, conocido del justo Simeón y de Ana. Todos los treinta años que le tratasteis fueron vuestros gustos divinos espiritualísimos é interiores de lo que El os comunicaba de sí mismo; y de los júbilos, excesos mentales y arrobos en que vuestra alma purísima, inflamada de este Señor Hijo vuestro y vuestro Dios, era levantada; y con El siempre unida y transformada, recibisteis más que todos, porque amabais á este divino Señor con purísimo amor, más que todas las criaturas. Pues, Señora, ¿qué hay aquí en tan puros y fidelísimos gustos, en tan interiores espirituales placeres, que pueda transformarse en dolores? ¿No estaba bien conocido vuestro amor? ¿Tenía nueva necesidad de prueba y ser ejercitado con dolores? ¿También os alcanzó la miseria y tributo de los desterrados hijos de Eva, no habiendo sido participante de sus culpas? ¿Ni aun para Vos dejó este destierro de ser tierra de trabajos y valle de lágrimas? ¡Oh miserable pecador, que viendo esto en la Reina de los ángeles piensas tener hora de gusto en la vida, siendo tan perversos tus gustos! Confúndete y córrete delante de este Señor y Señora de todo el tiempo de la vida que has gastado en desórdenes, y de lo mal que te sabe el sufrir un dolor; cuántas quejas se te ofrecen y cuántos pretextos hallas para huir del trabajo. El Hijo de Dios Jesús muere (como ves) penando; la purísima Virgen y Madre no es exenta de los do-

lores que padece; y tú, lleno de maldades, quieres descansos y gustos.

Todo el tiempo que vivisteis, Reina de los ángeles, en compañía de este Señor, estuvisteis esperando estos dolores, que os había profetizado Simeón, y vieron vuestros ojos los placeres divinos tan mudados en tan grandes dolores, que parece hacen olvidar todos los gustos pasados, porque por la medida de vuestro amor fué la grandeza de vuestra aflicción. Despidióse el Señor de Vos para ir á padecer, mostrando que era su voluntad le ecompañaseis al pie de la cruz, y ya desde este lance quedasteis traspasada de dolor. Llámaos San Juan por ser ya tiempo de ver al Cordero padeciendo, y vais regando con lágrimas las calles de Jerusalén. Halláis á vuestro Hijo entre lobos que le piden la muerte, y veisle no adorado de reyes, ni de ángeles, ni servido de vuestros brazos purísimos, sino mostrado al pueblo como falso rey, blasfemado, deshonrado, pidiéndoles todos la muerte, condenado á ella, cargado con su cruz, llevado al Calvario, con Vos en pos de sí, llena de dolores inmensos. Oís las martilladas de cuando le clavan en la cruz, que os traspasan el alma; estáis llena de tormentos y aflicciones esperando aquella triste hora en que le habéis de ver crucificado; veisle levantar en alto, con tanta gritería y estruendo, que ofreciéndose á la vista encima de la gente, se traspasan vuestras entrañas, la naturaleza y sangre quedan yertas, y no pudiendo resistir al dolor, caeis traspasada de la pena, hasta que volviendo á los sentidos os cubrís de lágrimas y pasáis aquellas tristes horas al pie de la cruz, viendo los inmensos trabajos, cruelísimos tormentos, injurias y afrentas que pasa vuestro amado hasta que le veis expirar y apartarse de Vos con la muerte; os le ponen ya difunto en los brazos; le amortajáis y ponéis en el sepulcro, haciéndole los últimos obsequios, como en el nacimiento le hicisteis los primeros servicios, siempre leal sierva y compañera suya, desde antes de nacido hasta después de muerto; todo con tan grandes mares de trabajos, tantas olas de dolores, tantos aprietos de aflicciones, tantos desamparos y desconsuelos, cuantos ninguno puede imaginar. En todo ardía vuestro amor, y os atormentaba; la fe no disminuía; la obediencia con que vuestro corazón estaba resignado á Dios, no contradecía; todo os lastimaba, todo os afligía, todo os desconsolaba, todo os penetraba las entrañas, sin ningún alivio. ¡Oh Virgen sacratísima, quién pudiese sentir lo que en todo padeció esa alma perfectísima! Había en ella tantos dolores, cuantos el Hijo sacratísimo padecía, cuantas llagas le hicieron, cuantas blasfemias le injuriaron; y como amabais mucho, sentíais mucho, penabais mucho; ni habrá corazón inferior á vuestro amor, que pueda sentir perfectamente lo que entonces padecisteis.

Cuando vuestros leales siervos ven ¡oh Reina del cielo! estas cosas, se deshacen en lágrimas y dolor de ver vuestros divinos placeres transformados en tan crueles dolores, y ver á vuestra inocentísima pureza pasar por tan inhumanos trabajos; y si pudiesen deshacerse todos por apartarlos de Vos, lo harían. ¿Qué sentiría, pues,

el corazón de aquel inocentísimo Cordero, único Hijo de Dios y vuestro, viendo perfectamente los dolores que os penetraban? Pues El poseyó siempre vuestro amor, y fué de él poseído; el que por treinta años os sirvió, acompañó y obedeció; el que veía que no merecíais las penas que pasabais; que veía el desamparo en que por su muerte quedabais; los suspiros que su ausencia había de causar en ese corazón, y que ni le hablabais, ni El os hablaba, ni había palabras que pudiesen mitigar sus dolores, y sobre todo, veía que era preciso pasarlos, pues ni El podía dejar de obedecer muriendo y penando, ni Vos podíais dejar de padecer viendo lo que veíais, y amando como amabais.

¡Oh Padre Eterno y Dios de toda consolación, qué dos corazones tenéis aquí crucificados! ¿Cómo no favorecéis á vuestro único Hijo y á vuestra sacratísima Esposa y humildísima sierva? ¿Cómo quebrantáis con ellos la ley en que tenéis mandado, que no se sacrificase en un día el Cordero y la Madre? Aquí en un mismo día, en una hora, en una cruz, en unos mismos clavos tenéis crucificado al Hijo sacratísimo, y el corazón de la inocente Madre. ¿Por ventura tuvisteis más cuidado de las ovejas irracionales, no queriendo fuesen sacrificadas en el día que estaban más sentidas de echar de menos á sus corderos, que de la purísima Virgen, que tan penetrada se halla por los dolores y muerte de su divino Cordero? ¿Quisisteis que no tuviese ella otro atormentador mayor que el amor de vuestro único Hijo, y que á El no le faltase entre tan inmensos mares de dolores la vista de los trabajos de su Madre, que acabasen de lastimarle y afligirle? Bendito, alabado y glorificado sea, Señor, el amor con que amáis á los pecadores. Adóroos, y os doy infinitas gracias por todas las obras de ese infinito amor.

¡Oh Hijo de Dios vivo, luz de mi alma! Pídoos por el infinito amor con que me amáis, que acabéis ya de alumbrar del todo mi alma en tan puras verdades, y quitéis de mi corazón el deseo de consolación en esta vida, é imprimáis en él vuestro amor y deseo de padecer por Vos. Y pues todas vuestras grandezas, y hasta vuestra sacratísima Madre, os vinieron á dar tormento, y Vos la servisteis á ella de un mar de tribulaciones, ¿qué ceguedad es la mía, cuando pienso que os he de contentar por otro camino? Amor mío, sabiduría mía, ¿hasta cuándo andaré ciego y errado? ¿Hasta cuándo huiré de Vos? ¿Hasta cuándo dejará este hombre terreno de rendirse á lo que tan claro veo en Vos? ¿Para qué quiero vida, si no he de emplearla y acabarla por Vos, como veo la de vuestra sacratísima Virgen penando por Vos, y la vuestra acabarse por mí en una cruz? ¿Qué mayor desengaño de mis yerros espero? ¡Oh esperanza mía! Llegue esta luz á mí, llegue la fuerza de este amor, llegue la mudanza que hace en los corazones que halla rendidos á sí. Aquí me someto, ofrezco y entrego todo: haced vos, Señor, que esto sea con pura y entera voluntad. Imprimid en mí vuestros dolores, concededme que los imite, quitadme el gusto de lo demás, y dádmele sólo de amaros mucho, y de padecer mucho por Vos.

Dios de mi corazón y Señor de mi alma, adóroos y tributóos infinitas gracias, porque empleáis en mi provecho hasta los dolores que tenéis de las penas de vuestra sacratísima Madre, y me la dais por Madre y Señora, mostrándome que me estimáis tanto, que queréis me tenga ella en vuestro lugar como hijo, y que como á tal me ampare, me favorezca, tenga misericordia de mí, y se compadezca de mis necesidades. ¿No hallasteis, Redentor mío, otra consolación para vuestra amada Madre, que darla por hijo á los malos pecadores? Bendito y alabado seáis, que ninguna cosa quisisteis se desperdiciase, sino que todo cediese en mi remedio. Pues, piadoso remediador mío, entre tantos remedios, no quede yo sin él. Tomadme todo Vos, y hacedme digno siervo vuestro, y de esta purísima Señora.

¡Oh Madre de Dios sacratísima! Acordaos que los dolores que no tuvisteis en el parto virginal de vuestro Hijo, se os doblaron al pie de la cruz en el parto espiritual de los pecadores, cuando tomasteis á todos por vuestros hijos. Ya que tan caro os costé, tomadme por siervo vuestro, amparadme y guardadme. Merecedme ser oído de este Señor, poseído, abrasado y mudado todo en su servicio, á su voluntad enteramente. Haced conmigo, sacratísima Virgen, el oficio de Madre, en negociarme gracia, para que no se pierda este vuestro indigno y miserable hijo. ¡Oh celestiales ciudadanos, frutos de las espirituales entrañas, y amor de esta purísima Señora! Inclinadla á que me favorezca, y á su único Hijo á que me libre de tan grandes miserias y me transforme en perfecto siervo suyo. Amen.

## TRABAJO XLVIII

### Desamparo que Cristo padeció en la cruz.

Suele causar alivio en los trabajos, verse los atribulados asistidos de amigos que los ayuden á sentir, ó tener cosas que puedan divertir la imaginación y apartarla de los trabajos presentes. Pero verse un afligido cercado por todas partes de lo que le atribula, y no poder poner los ojos sino en lo que acrecienta la pena, y estar desamparado de todo alivio, es cosa que, no sólo hace los trabajos muchos mayores, sino que con razón puede reputarse por principal y como fuente de todos los demás. Por tanto, acostumbra el Señor probar á sus siervos con este género de trabajo, como más contrario á la naturaleza y gustos de la vida. Y cuando quiere encaminar á las almas que de veras le buscan, disponiéndolas para muchas mercedes interiores, primero las da cruz de tentaciones y trabajos conforme á las fuerzas, para que así empiecen á perder el amor de las cosas terrenas y se ejerciten en la imitación del divino Maestro. Conforme empiezan á sujetarse á su obediencia, y aceptar las cruces que les da, va quitando la consolación de las criaturas, para que le busquen solo á El, y no lleven

aquellas ninguna parte del amor, por la consolación que en ellas puedan hallar. Después que se desprenden de las criaturas, y renuncian con amor divino todo lo que de ellas pueden esperar, queriendo ser guiadas y consoladas sólo por Dios y de Dios, arrojándose de corazón en sus brazos, entonces acostumbra el Señor encubrir su favor, y darle de manera que no lo conozcan, ocultando sus consolaciones; y pone á las almas en un tal desamparo, que ni en las criaturas, ni en Dios hallan de qué echar mano para consolarse.

Esto lo hace el Señor para purificar perfectamente su amor, y que no busquen ni amen á Dios por las mercedes que de El esperan, sino por quien es y por lo que merece por sí mismo; de suerte que se entreguen á El con tan puro amor en el desamparo, como en el favor, y tan contentos cuando se sirve de ellos afligiéndolos, como cuando los consuela, sin poner en la divina voluntad y providencia que los gobierna ley ni término, sino lo que libremente quisiere. Este perfectísimo estado de los perfectos amadores de Dios no es conocido de muchos, es deseado de pocos y de poquísimos alcanzado. Mas todos los que de corazón buscan á Dios, aunque no lleguen á esta perfección, suelen ser probados poco ó mucho por este camino, y andan algo conforme á lo que cada uno puede recibir y aprovechar con la gracia del Señor. Los que pasan este género de prueba por el desamparo de Dios y de las criaturas, si son fieles á Dios, conocen por experiencia que excede á todos los trabajos corporales, y que son más ligeros los tormentos corporales que este espiritual martirio; así por ser más prolijo, como por tener los socorros y consolaciones espirituales más encubiertos que los martirios corporales, los cuales van acompañados de ayudas espirituales perceptibles que hacen gustosos los tormentos y la muerte, porque en ellos acude Dios palpablemente (si así puede decirse); ya porque el aprieto de los dolores corporales y miedo de la muerte no derriben el amor y la fe, y ya porque el amor de los mártires no necesite más prueba, pues dan la vida por Dios, que es el mayor examen del amor.

Los experimentados en este género de trabajos entenderán mejor que todos cuánto debemos al Señor, verdadero y único consolador, en haber querido que entre tantos y tan inmensos trabajos de su Pasión no le faltase el de ser desamparado por todas partes de todo cuanto le pudiese dar alivio y consolación; porque no sólo quiso padecer géneros de tormentos tan crueles que no tuviesen otros semejantes ó mayores, sino que las circunstancias tuviesen tal rigor y aspereza, que fuesen ó pareciesen más sensibles que los principales trabajos. Tal fué el desamparo en que el Señor se vió, si bien se considera, por las circunstancias; porque de parte de las criaturas no sólo le faltó el refrigerio, sino que todas ellas le acrecentaron el tormento. Los amigos y compañeros, sus Apóstoles, le dejaron solo; y de ellos uno le vendió, otro le negó, y otro, al pie de la cruz, le sirvió de dolor. Su sacratísima Madre, y las que le acompañaban, le doblaban el desconsuelo con la mucha pena y

aflicción en que estaban, sin permitirlas el divino Cordero que por entonces le diesen ningún remedio ni consuelo. No hubo persona de cuantas El curó y adoctrinó que pareciese allí y volviese por El, mostrando siquiera de palabra que reprobaba lo que con El hacían contra justicia y razón.

De parte de sus enemigos recibía inmensa aflicción, cruelísimos tormentos, grandísimos dolores, gravísimas injurias, escarnios sin límite, portándose con tanta inhumanidad, que sólo para El perdieron la natural compasión de unos hombres con otros; en tanto grado que, no contentos con los tormentos exteriores, buscaron invención de atormentarle hasta dentro de las entrañas, dándole de beber vino con hiel, mirra y vinagre, y después de muerto le atravesaron con una lanza. Quitáronle los vestidos con que se cubría, y á su vista los jugaron y repartieron. Hacíase todo esto con tanto festejo y regocijo, como si el Señor hubiera sido peste y destrucción de la gente, y como que matándole se libraban de todos los males y perjuicios. No se guardó con El justicia, razón, compasión, agradecimiento ni respeto, como si fuera la cosa más baja del mundo; así, por todas partes, de los hombres se vió atribulado, sólo y desamparado de todo consuelo, y aun de aquellos á quienes ardentísimamente amaba, y por cuyo remedio moría, le vino toda persecución y tormento.

De parte de los ángeles no fué visitado en estos tan grandes mares de desamparos, como lo fué en el Huerto. De parte de las criaturas insensibles, que no son capaces de consolar, también le faltó lo que de ellas humanamente se puede tomar para un pequeño refrigerio, y en lugar de esto le aumentaron la pena; porque la dureza de la cruz, de los clavos y de las espinas, le consumieron las fuerzas y la vida; la luz del sol se le ocultó, y estuvo de todo tan pobre, que ni un vestido, ni una mortaja, ni sepultura propia, ni bien alguno temporal poseía, y para su extrema sed le faltó un poco de agua (que no se niega á ninguna criatura), y en su lugar le suministró la malicia de sus enemigos vinagre, para que la falta fuese más penosa é inhumana.

De parte de su Eterno Padre, que es el verdadero refugio de los cansados, y del Espíritu Santo, cuyo propio nombre y oficio es ser perfectísimo y divino *consolador*, también fué desamparado en las horas que estuvo en la cruz; porque como era llegada la de satisfacer por nuestros pecados con rigor de justicia, á que se obligó nuestro Redentor, y en el eterno consejo estaba determinado que en todo por donde habíamos pecado padeciese el Señor por nosotros, no quiso el Padre Eterno dispensar por entonces en nada de lo que su Eterno Hijo aceptó padecer. Por eso le entregó y dejó en manos de sus enemigos y atormentadores, como si no fuera hijo suyo, y fuese El mismo el culpado, soltando en aquella hora las riendas del poder de las tinieblas para que ejecutase en El cuanto quisiese, con cuanta furia y malicia pudiese. Además de esto, interiormente, en la inferior porción del alma en que podía su humanidad padecer,

le privó de toda consolación sensible y le dejó en tan gran desamparo, que regresó hasta la gloria de su alma, para que por entonces no ayudase al cuerpo más que á vivir, para sentir y sufrir más los inmensos trabajos que padecía. Y como Dios mide estos desamparos cuando los da á sus siervos, por lo que cada uno puede sufrir, conforme á la gracia recibida, el desamparo de Cristo, que fué por su medida, y de quien estaba perfectamente lleno de gracia, fué el más excesivo, sin que otro alguno, fuera de El, le pudiese sufrir.

Y habiendo guardado en toda su Pasión un silencio asombroso, sin mostrar en cosa alguna sentimiento de los indecibles dolores que padecía, ni responder por sí en ninguna acusación, injuria, ni afrenta que le hicieren; en este trabajo habló á su Padre Eterno y declaró el trabajo en que se veía, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Palabras que no son como de quien se queja de alguna sinrazón que se le haga, sino de quien se desahoga con el propio Padre, á quien obedece, de la gran pena que obedeciéndole sufre. Este modo de hablar es muy regular en materias de amistad, en que por amor se dice lo que parece queja, no siéndolo; como si un amigo, metido por otro en negocios trabajosos, le dijera: ¿Para qué me habéis metido en esto? Cuya expresión no es quejarse de lo empezado, sino manifestar el trabajo que le cuesta acabar el negocio como desea, pues no le dejará hasta lograr el fin. Así el Redentor dice: «Dios mío, Eterno Padre mío, ¿por qué metisteis á »este vuestro amado único Hijo en tanto desamparo y negocio tan »costoso? Bien sabéis que aunque costara más os obedecería con »amor; tengo hecho cuanto pude; ya resta poco, y así os pido os »tengáis por obedecido y satisfecho, y que por mí hagáis á todos »las mercedes que tengo merecido.» Y que aquella expresión no era queja, se prueba de que acabando de pronunciarla, no omitió declarar la sed que tenía, sabiendo daba ocasión de que le diesen á beber vinagre (como luego diremos); porque no se desahogaba con el Padre Eterno para dejar de cumplir su obediencia hasta la muerte, sino para dar á su humanidad un pequeño aliento en suspirar á Dios en medio de tan grande extremo de trabajos; y este fué indicio manifiesto del gran aprieto en que se hallaba aquel invencible corazón, pues al fin de la batalla se muestra tan cansado.

Fué este desamparo individualmente profetizado en los Salmos 21 y 88. El primero comienza por las mismas palabras, diciendo: Dios, Dios mío, poned los ojos en mí; ¿por qué me habéis dejado? Y dando la causa del desamparo, añade: Obras de mis pecados son estas, no de los que cometí, que no los tengo, sino de los que tomé sobre mí para satisfacerlos. Y en la mayor parte de este Salmo va refiriendo por menudo cómo Dios le dejó en manos de sus enemigos, y cómo ellos se burlaron de sus esperanzas, le crucificaron y le jugaron los vestidos. Al fin cuenta los frutos de estos trabajos en los bienes que por ellos recibieron todas las gentes. En el Salmo 88, después de contar David las grandezas del Hijo de Dios

encarnado y la eternidad de su reino, se maravilla de los divinos consejos, y dice: *Mas tú desechaste, arrojaste y apartaste á tu Cristo; destruiste sus muros é hiciste medrosos sus fundamentos; todos los que pasaban le destruían, y quedó entre sus vecinos hecho oprobio. Quitástele el socorro, y no le ayudaste en la batalla; acortástele los días de la vida, y le llenaste de confusión.* De este modo cuenta otras cosas, encareciendo el aprieto y desamparo en que el Padre Eterno puso á su Hijo entre sus enemigos. Mas como los secretos del eterno Consejo no son entendidos de todos, viendo David cuántos y cuán grandes bienes habían de provenir de aquí, deja los encarecimientos de los trabajos del Señor, y acaba con estas palabras: *Bendito sea el Señor eternamente, hágase, hágase;* por donde se ve que el Espíritu Santo hizo tanto caso de estos desamparos del Hijo de Dios, que para no ser jamás olvidados de los hombres, los puso en las Divinas Profecías tan encarecidos para que no puedan alegar ignorancia de la grande obligación que tienen á Dios por ellos; pues no puede dejar de ser muy excesivo el trabajo tan largamente profetizado y tan sensiblemente declarado por el Señor, que se entregó á la muerte como cordero, sin desplegar sus labios, como dice Isaías.

En este desamparo del Señor había larga ocasión para tratar de los desamparos con que son probados los justos, que es materia muy necesaria; porque es en ellos la cosa más ordinaria, en la que mayor trabajo sienten y que los pone en mayores tentaciones. Pero el ejemplo de este Señor es tan claro, que por sí, sin muchas doctrinas ni ponderaciones, enseña todo lo que las almas desamparadas necesitan. Por lo cual sólo advertiré tres cosas para consuelo de los desamparados. La primera, que aunque este Señor se vió tan desamparado, que llegó á desahogarse con su Eterno Padre, con todo eso no le pidió que le consolase ni le quitase el trabajo en que estaba, ni El tomó ningún consuelo, teniéndole en su mano, como Dios que es, ni dejó de acabar la obra comenzada; antes bien, perseveró hasta morir en la tribulación en que estaba. Este es un principal documento para los atribulados, los cuales no deben tenerse por desaprovechados si ven que la naturaleza siente mucho el aprieto en que se halla; antes bien, el sentimiento es ocasión de mayor merecimiento, y el alivio propio en estos trabajos es contarlos ó hacerlos presentes al mismo Señor que los da, y no ir á otro á contar sus penas, sino á la misma mano que las envía; y esto no con pedir, ó querer que las quite, sino con sujeción á su voluntad. Y cuando se busquen otros medios para sobrellevar estos trabajos (v. g. recurriendo á los Sacramentos ó consejos de los siervos de Dios experimentados), no ha de ser con el fin de huir de ellos, sino para sobrellevarlos ó ser en ellos fiel; el recurrir á Dios por la oración, ú otros medios con que nos rendimos á El, es el mejor remedio para esforzar el corazón, fundándole en la certeza de que Dios da estos trabajos cuando y como nos conviene; y que el más acepto sacrificio es la sujeción á su divina voluntad, renunciando

todo consuelo y ciñéndose al que su Majestad quisiere dar cuando y como lo tuviere por mejor.

La segunda cosa es, que no se dejen vencer de la tentación que regularmente acompaña á los interiores desamparos y trabajos exteriores, la cual es tenerse por olvidado de Dios y dejados de su mano; porque la fe enseña no haber sido posible que el Padre Eterno desconociese á su Unigénito ni le apartase de sí, aunque por cierto espacio le puso en tanto desamparo; antes bien, por ello le acabó de cumplir la palabra que le dió con voz clara, oída de muchos, en el día que el Señor le pidió que le clarificase, y el Padre respondió: *Ya te he clarificado y de nuevo te clarificaré;* porque por estos trabajos le dió todas sus victorias, glorificación y resurrección de su cuerpo, gran número de almas predestinadas que por El se salvan y le puso debajo de los pies á sus enemigos. Pues si Dios tuvo tanta cuenta con el Hijo desamparado, que si por una parte le atribulaba, por otra le cumplía todos los deseos de su corazón, ¿cómo ha de pensar el siervo de un Señor de tan infinita bondad, que tanto hizo por merecernos bienes, qué querrá de su pobre, miserable y flaca criatura que le imite en el sufrimiento de un trabajo que tanto á él le afligió, para apartar de sí y olvidarse de los que por su mano tiene desamparados? No es así este gran Señor, sino como dice David: *Cerca y pegado está el Señor á los que tienen el corazón afligido, y á los humildes de espíritu los librará.*

La tercera cosa, que satisface las dudas de la flaqueza humana, es que no sólo quiso Cristo padecer este género de trabajo para ser ejemplo y compañero de todos los que le padecen; sino, como dice San Cipriano, para merecernos por El la divina consolación y amparo. Por más desamparado que uno se vea, no puede quedar tan solo como Cristo, porque su Majestad no tuvo compañía; y los atribulados, cuando toda otra les falte, no pueden estar sin la del más desconsolado y afligido de todos, que es el buen Jesús. Mas porque cada uno puede pensar de sí que merece ser desamparado y desmerece el remedio, el Señor suple nuestra falta, y con su desamparo nos merece el favor divino, con el cual somos de todo ricos. Y así el sentimiento de aquella palabra es: «Dios mío, Dios mío, acuérda»te de la razón por qué me desamparaste, que es para que ninguno »sea de Ti desamparado; por este mi desamparo te ofrezco todos »aquellos que por tu alta disposición se ven desamparados; recíbe»los, ampáralos, y sean de Ti vistos en mi compañía y aceptos á tus »ojos como yo soy.» Así que con tan divina compañía la fe amorosa debe estar tan segura, que nunca el alma se puede tener por más reconocida y acepta á los ojos de Dios, que cuando la parece hallarse desamparada.

### EJERCICIO DEL DESAMPARO QUE EL SEÑOR TUVO EN LA CRUZ (1)

Verdadero consolador de los corazones atribulados, esperanza

(1) Compuesto por el autor un día que se vío muy afligido, desconsolado interiormente y por fuera cargado de hierros, preso sin compañía, en

de los espíritus abatidos, amante fidelísimo de las almas afligidas, Jesús, descanso, alivio y frescura de todos los cansados, flacos y desamparados, ¿qué piélago es este de aflicciones en que os veo metido, que llega á hacer hablar á ese vuestro asombroso silencio, y como que parece enflaquecer esa vuestra invencible paciencia? ¿Sois Vos, por ventura, como yo, que con cualquiera tribulación que me enviáis pienso estar metido en piélago sin fondo, de que luego desconfío salir como hombre de poca fe? Mas cuando con juicio despejado quiero sondear el mar que me mandáis pasar, luego me hallo con Vos, que me salváis casi á pie enjuto; y siendo Vos la verdadera serenidad de mis tormentas, os veo tan fatigado en las vuestras, que no sé como tengo yo aliento. ¡Oh manso y divino Cordero! Tan callado á todo hasta aquí, tan sufrido y encubridor de los dolores y trabajos de ese afligido corazón, tan sin queja ni resistencia á todo cuando quisieron hacer de Vos y tan sujeto á cuantos tormentos os quisieron dar, ¿ahora al fin descubrís el aprieto y aflicción en que Vos os veis, dando tan lastimoso suspiro, voz tan dolorosa y tan grande á vuestro Eterno Padre? Esto es, mi suave Jesús, haber llegado, como dice el Salmo, á lo más profundo de la tribulación, desamparo y desconsuelo, sin tener ya sustancia ni fuerza humanas para más.

¡Oh, quién os pudiera consolar, amor y vida de mi alma! ¡Quién os pudiera mitigar el aprieto en que vos os veis! Cumplisteis, Señor, cumplisteis lo que habías dicho por el Profeta, que en este lagar de la cruz os exprimiríais y le pisaríais todo sin ayuda de ninguno y sin tener consolación. ¡Oh cuanto os debo, consolador mío, y cuán obligado me tenéis! ¿Cuándo corresponderé en algo al grande amor que me mostráis, pues no llegasteis casualmente á este extremo de aflicción, sino que por elección y voluntad quisisteis padecerle por mí? No por fuerza, sino por amor, os sujetasteis á que todo os desamparase; y si no detuviérais á vuestras criaturas para padecer por mí, los ángeles os defendieran, cayeran las estrellas del cielo, alteráranse los elementos y todo volviera por Vos y os sacara de la tribulación; pero vuestro divino amor, que es el gobierno de vuestras obras, lo quiso así, y El solo os hizo pasar estos trabajos y lle-

una mazmorra tan obscura, que para escribirle no tuvo más luz que la que entraba por las rendijas de una puerta por donde sólo cabía una pluma de gallina; y después le trasladó y enmendó en un día que, estando cautivo, tuvo noticia de la muerte de un hermano suyo, Fray Cosme de la Presentación, de la misma Orden, que era la criatura á quien con más razones amaba, natural y espiritualmente, de cuya falta pudo tener no menos sentimiento que San Bernardo de la de su hermano Gerardo; porque habiéndole criado desde niño hasta verle hombre, le dió Dios tantas prendas naturales, letras y virtudes, que no sólo resplandecía entre todos los de su edad, sino que dificultosamente llegaría otro de setenta años donde éste á los treinta y seis, en que murió lleno de alborozos de ir á ver á Dios. Por lo mucho que había alcanzado fué conocido del Papa Gregorio XIII, que le envió á predicar á los herejes de Alemania y ayudar á la reforma de la Orden que se había empezado en aquellos Estados, y camino de Bolonia falleció, fuera de las consolaciones de su patria, dejando al autor, su hermano, en prisión, sin libertad, viejo y desterrado del cielo.

gar solo y desamparado al extremo de la aflicción en que estáis. Y teniendo cuenta con mis necesidades más que con vuestros dolores; reservasteis para sólo Vos el pasarlos sin ayuda, para que ninguno se tenga por solo en sus trabajos, pues Vos estáis con todos los atribulados, y el que juzga estar más solo, ese se halla de Vos acompañado. Adoro esa voluntad tan amiga de mi remedio. ¿Qué fuera de mí, Dios mío, si Vos no fuérais tan bueno para mí?

¿Mas quién soy yo para que estiméis tanto mis necesidades, que por ellas causéis á vuestra sacratísima é inocentísima humanidad tanta tribulación? Bien sabéis, buen Jesús, la gran desigualdad que hay de Vos á mí; pero en vuestra bondad y en vuestro amor hallasteis razón para remediarle tan á costa vuestra. Os adoro, Maestro y Pastor divino, pues con tanto trabajo vuestro quisisteis enseñarme, que cuanto yo no merezco puedo esperarlo de Vos, y que para todo tenéis amor, para todo infinita bondad. ¿Qué excusa me queda, Dios mío, para no amaros con toda el alma, serviros con todas mis fuerzas y renunciar todo consuelo por Vos? Aun esto me sufre vuestro amor. En todo sois infinito, buen Jesús; en todo grande, en todo liberal; en amarme mucho, en perdonarme mucho, en sufrirme y esperarme mucho, y sobre todos mis desagradecimientos, en padecer mucho por mí, solo y sin ayuda de ninguno, para que á sólo Vos deba todo mi bien. ¡Oh cuán desventurado y pobre fuera si pusieseis mi bien y mi remedio fuera de Vos, pues no sería posible hallar una tan liberal, amorosa y sufrida voluntad, que hiciese por mí lo mucho que Vos hacéis!

Vos mismo aceptasteis la obediencia de vuestro Eterno Padre para llegar á ese estado en que os desamparase; contuvisteis á vuestra divinidad para que dejase llegar esa humanidad al extremo del interior y exterior desconsuelo en que se halla; represasteis la gloria de vuestra alma, para que el cuerpo padeciese sin alivio; no quisisteis que el ángel bajase á consolaros como lo hizo en el Huerto; llevasteis al pie de la cruz á vuestra sacratísima Madre, llena de inmensos dolores, para que acrecentase los vuestros; dejasteis huir á los apóstoles, para que ni os defendiesen ni acompañasen; quisisteis carecer de todo consuelo y agradecimiento de los que teníais más obligados con innumerables beneficios; encubristeis vuestro poder para que, como flaco, pudiese la malicia de vuestros enemigos contra Vos cuanto quisiese; llegóse con Vos al extremo de la inhumanidad, del escarnio, deshonra, afrenta y tormentos que os dieron con burlas, festejos, triunfo, gritería y nueva invención de crueldades. Quedasteis solo, sin compañía de amigos que os consolasen, sin luz del sol, que se oscureció, sin memoria de lo que os debían, sin recuerdo de vuestros milagros, y sin vestido, como malo, como ladrón, como falsario, como alborotador del pueblo, como hechicero y engañador. Quisisteis, inocentísimo Cordero, veros en esa cruz, sin consuelo de la tierra ni del cielo, descoyuntado, plagado de llagas, lleno de mortales dolores en todo vuestro cuerpo; solo de todos y de todo, en lo interior y exterior, de Dios y de los hombres,

afligido y desamparado; tal, que aunque Vos así lo quisisteis y aceptasteis pasarlo, sin embargo, os veis precisado, con el aprieto de aflicciones y dolores, á suspirar, desahogaros y clamar á vuestro Eterno Padre. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Oh todo bien de mi alma! ¡Oh consolador de los atribulados! ¿Cómo vivo, cómo me queda corazón y entrañas cuando tan solo y desconsolado os veo? No sé hablar. ¡Oh mi buen Jesús! Deseo deshacerme todo en sentimiento de lágrimas y amor, y abriros este corazón para que veáis si hay en él cosa que os pueda consolar; deseo que, ya que todo os falta en esta hora, no os falte yo con este pobre espíritu, flaco y frío amor. Abrasadle Vos, Dios mío, para que sienta lo que pasáis, para que os ame, para que me abrace y estreche con esa cruz y para ayudaros á sentir esos trabajos. ¡Oh toda mi riqueza, toda mi gloria, todo deseo de mi corazón! A Vos habla mi interior; dilatad esta alma ahora para que sienta, para que entienda, para que ame, para que se derrita en lo que ve en Vos, único merecedor de mi amor.

Deseo, Dios mío, no desprenderme de esta cruz; deseo huir de mí, que tal me veo ante Vos y tan fuertes reprensiones me da ese vuestro desamparo. ¿Es posible que tan grande le padecisteis por mí y que yo me queje, si no ando siempre entre vuestras consolaciones? Demás de esto soy tan miserable, que si no me tenéis siempre al pecho de vuestras suavidades, me tengo por olvidado de Vos, y en lugar de imploraros en mi ayuda, busco consolaciones exteriores, huyo de vuestra cruz, desconfío de vuestra bondad, viéndoos clamar á vuestro Eterno Padre, viéndoos padecer, beber vinagre y perseverar solo hasta cumplir toda obediencia y todos los dolores y agonías mortales por morir en la misma obediencia. Yo, Señor, prometo largo cuando me consoláis; ofrézcome á padecer; entrégome á toda vuestra voluntad; os pido cruces para asemejarme á Vos; mas si encubrís tal vez vuestra dulzura y suave visitación, si no me dais lo que instantemente os suplico, os tengo por olvidado de mí, por apartado de mi compañía, y yo me juzgo por desechado y apartado de vuestra gracia, pensando que se acabó para mí vuestra misericordia. ¿Cómo no veo entónces, Dios mío, que vuestro desamparo no os quita ser Hijo de Dios, ni disminuye en nada vuestra grandeza, ni el tesoro infinito de vuestros merecimientos, ni tampoco mi redención? ¡Oh cuán miserable soy, cuán flaco, cuán terreno, cuán inconstante, cuán ingrato á vuestras mercedes, cuán interesado y usurero en el amor que os tengo, y cuán infiel á lo que os debo! Purificad, Señor, este flaco y frío amor de mi corazón.

Todo lo hago como quien soy; en todo parezco bajo y terreno, y Vos, Dios mío, en todo grande, en todo puro, en todo os parecéis á Vos, liberal, hermoso, leal amigo de esta alma desagradecida. No se necesita para derribarme ó enflaquecer ninguna fuerza, porque cuando pienso que estoy más firme y seguro, si encubrís un poco vuestros rayos, cualquier pensamiento, cualquier tristeza, cualquier tentación y contradicción me derriba y me hace desconfiar de vuestra amorosa presencia y misericordia. Verdaderamente, Criador

mío, nada soy, nada puedo y para nada valgo. Tal nací, tal fuí hasta ahora y tal me veo ante Vos. Vuestra virtud, Dios mío, puede mudar en fuerza mi flaqueza.

¡Oh misericordia infinita, con qué vergüenza debía yo estar delante de Vos, acordándome de otra mayor desventura, de las muchas veces y muchos días en que ni os amé, ni os deseé, ni quise padecer por Vos! No sentía qué cosa era el desamparo interior, por hallarme ocupado y embebecido en vanidades del mundo y gustos del pecado, que me tenían más desamparado de vuestra gracia y más apartado de Vos sin sentirlo. ¡Oh cuán lejos de vos huí, mi buen Jesús! ¡Cuánto me aparté de Vos, divina hermosura, tan antigua y tan nueva! Esto, Señor mío, esta miserable desventura mía os tiene puesto en tan afligido desamparo; pero éste es para que yo no fuese desamparado. Ya que vuestra infinita misericordia quiso cargar tanto sobre Vos en lo que yo merezco, para descargarme á mí, valedme, buen Jesús. Yo debiera ser desamparado de Vos y de todas las criaturas, pues os dejé por ofenderos; contra mí habían de ponerse todas; más Vos, Señor, tuvisteis más piedad de mí que de Vos, pues por apartarme quisisteis ser desamparado. Perdonad, Señor, á esta vuestra miserable criatura todo lo que fué causa de que llegáseis á tanto desamparo. Curad en mí cuanto os desagrada; aquí me vuelvo á Vos, Padre de misericordias. Recibidme, Dios de toda consolación, perdonadme y amparadme con vuestra piedad, para que no se pierda en mí tanto trabajo y tan excesivo amor.

¡Oh desamparado Jesús, amparo de todos los huérfanos y necesitados! Vuestro amor me enseña que de ese desamparo me vienen á mí las fuerzas para todo trabajo. Si no fuera por lo que con él me merecisteis, ¿qué fuera de mí cuando de Vos me siento desamparado? Mas Vos, mi verdadero y soberano Remediador, así como con vuestras penas perdonasteis las mías, y con vuestra muerte me ganasteis la vida; así con ser de Dios desamparado, merecisteis que nunca el Padre Eterno me desampare, y que cuando me tiene más afligido, entonces me tenga más cercano. Alumbrad, luz divina, mis ojos en el tiempo de la tribulación; y ya que es preciso pasarla, no miréis los recelos de mi flaqueza; os pido por ese desamparo, no que no me aflijáis, sino que en la aflicción me amparéis y dirijáis mi corazón á que vaya sólo á Vos, á perseverar y no enflaquecer en la fe, á no dejar vuestro servicio, ni buscar consuelo fuera de Vos, ni querer en Vos más que el que me quisiereis dar. Humilladme desde ahora, esforzadme y consoladme con el padecer; dadme ánimo para tolerar hasta morir. Y pues todo ha de ser obra y fruto de ese desamparo y de vuestra poderosa mano, haced en mí lo que puede vuestra misericordia, pues veis que para todo le falta á mi flaqueza poder si no me fortalece vuestra gracia. Glorificaos en mi debilidad, amor triunfante, pues en las cosas pequeñas ostentáis más vuestra fuerza y fidelidad. Oidme con misericordia, amigo de esta alma miserable y amparo verdadero mío.

¡Oh Madre sacratísima y Virgen perpetua, que visteis estas ex-

tremas aflicciones del Hijo de vuestras entrañas y las sentisteis como fidelísima sierva y leal compañera de sus trabajos! Sed mi abogada en el día del desamparo; cubridme entonces con el manto de vuestra misericordia. Sustentad mi fe, esforzad mi flaqueza, unidme más á la divina mano que me aflige, para que ni huya de ella ni reconozca otro consuelo, sino el suyo. ¡Oh corte celestial, que por todo esto has pasado con victoria! Compadeceos de los que están en guerra y favorecedme para perseverar hasta el fin y ganar la corona. Amén.

## TRABAJO XLIX

**Sed extrema, y hiel y vinagre que bebió.**

Comúnmente suele la medicina prevenir á los enfermos con algunas bebidas que templen los humores encrudecidos de que se originan las dolencias, para que las purgas tengan menos que hacer en resolverlos ó apartarlos de las venas ó partes donde ofenden, y si es necesario, recurren á sangrías para desahogar al enfermo de la sangre que, por dañada ó por mucha, le oprime. Cuando la naturaleza no admite más alimento que la leche, por ser muy tierna la criatura, medicinan al ama para que, purificada la leche, sane la criatura enferma. Tal estaba la naturaleza humana por los pecados, y tal queda siempre que se entrega á ellos, que cayendo en enfermedades mortales del alma, queda tan flaca, que no tiene fuerza para la aspereza de las medicinas necesarias. Por esto tomó el Señor en la divina Escritura el nombre de ama, que nos trae en sus brazos; porque con el amor que tiene á los pecadores á quienes cría á los pechos de su bondad y misericordia, tomó juntamente sobre sí nuestra curación, sufrió los cauterios y sangrías abriéndose todo en llagas para que bebiésemos sus mercedes con la virtud de su purísima sangre derramada por nosotros; y á fin de que todo nos fuese suave, bebió El la hiel y vinagre que nosotros merecíamos, para curación de los perversos gustos de esta vida, por donde perdimos los del cielo.

Guardó esto para la última hora, á fin de morir con el sabor de la propia medicina del primer pecado que tantos males nos causó, y por quien El padeció tantos trabajos. Perdió Adán la obediencia de Dios y comenzó á ser pecador y padre de pecadores, con el gusto de un bocado de la fruta que se le prohibió; y estaba profetizado de Cristo que pagaría con beber hiel y vinagre; por lo cual, ya que comenzó la herida del pecado en bocado de gusto contra la obediencia de Dios, quiso el Redentor de los pecadores (que hasta la muerte en la cruz había de obedecer) acabar la vida cumpliendo la profecía con bocado amargo de hiel y vinagre, para que, viendo nosotros el principio de nuestra perdición y el fin del remedio, nos tuviésemos por suficientísimamente redimidos y perfectamente curados. La fruta mortal de que Adán comió, y de donde empezó

nuestra perdición, fué del árbol de la sabiduría, y de la desobediencia que hubo en gustar de su fruto; por eso cayó en sabiduría terrena que le mató: la divina sabiduría de la vida, que del árbol de la cruz había de ser cogida, bebió hiel antes de subir á ella para nuestro remedio, y estando ya para morir bebió vinagre, para que ninguno pensase que en la sabiduría de la cruz, que da verdadera vida á las almas, puede hallar en su principio ni fin sabor de la del mundo, que mata; porque el mundo entra con bocados dulces hasta matar; la cruz entra y acaba con amargura hasta dar vida perfecta y eterna.

No bebió el Señor en su Pasión hiel y vinagre mezclados, sino cada uno de por sí en diferente tiempo. Antes de clavarle en la cruz le previnieron una terrible bebida (como queda dicho) de vino, hiel y mirra, para dársela en lugar de la confortante que se acostumbra á dar á los ajusticiados; porque era tal el odio que le tenían, que ni aun le quisieron dar el pequeño alivio de un sorbo de vino que le esforzase. El Señor, que no ignoraba lo que le daban, tomó, como si no lo supiese, un trago y no más. El que tuviere experiencia de cuán áspera y terrible cosa es para el gusto y estómago la hiel y mirra, sabrá que aunque el Señor no bebiese más que un trago, era suficiente para que sus entrañas quedasen atormentadas. Los verdugos sintieron que no bebiese más, y acaso lo resarcieron con grandes risotadas de haberle engañado. Pero el Señor, que sabiendo lo que tomaba lo bebió voluntariamente, quedó sufriendo la amargura de sus entrañas con el silencio acostumbrado, sin arrugar el rostro, ni demostrar asco, ni displicencia de tan inhumana bebida. Comenzó en esto á cumplir la primera parte de la profecía de David, que sobre este tormento dijo: *Diéronme hiel por sustento;* y guardó para la última hora la segunda: *En mi sed me dieron á beber vinagre.*

Teniendo, pues, cumplidas todos las profecías de su vida y Pasión, y faltando sólo ésta de que bebería hiel en su sed, llegó la hora ordenada para esto y experimentó una gran sed, motivada de los muchos trabajos y tormentos que en aquella noche y día había padecido sin comer y por las agonías de la muerte, que estaba ya muy cerca. Bien sabía su Majestad que si declarase la gran sed que padecía le darían vinagre por agua, y que de cualquiera suerte había de acabar con la sed sin hallar entrañas de compasión que le diesen lo que á cualquiera sobra; pero no quiso dejar de llevar hasta el fin la obediencia de su Eterno Padre ni librarse de aquel áspero tormento que le restaba, y por eso declaró la grande y mortal sed que padecía: *Sitio*, tengo sed. La Virgen Santísima y los amigos que allí estaban quedaron penetrados de dolor por no poderle dar aquel pequeño alivio; pero en especial la Señora, que por la divina Escritura sabía lo que en lugar de agua le habían de dar, y no podía evitar aquel tormento. Pero los verdugos y ministros de su muerte, más crueles que los fieros y brutos animales, sentidos de no tener ya en qué atormentar más al Señor sobre los tormen-

tos que le habían dado, oyendo esta palabra renovaron su inhumanidad maliciosa; y uno de ellos, buscando con ligereza una esponja, la ató á una caña con ramas de hisopo, y mojándola en vinagre se la puso en la boca. El Señor, que sabía bien lo que le daban, y lo que le había de costar, no rehusó el tormento y gustó el vinagre, que le quebrantó el flaquísimo y debilitado pecho.

Al punto vió que tenía ya cumplido en todo las profecías, sin faltarle más que morir; y en apartando la boca de la esponja, mostró haber ya dado fin á todo lo que deseaba, á todo lo mandado por el Eterno Padre, á cuanto necesitábamos y á la sed que en la vida tuvo de nuestro remedio; y así dijo: *Consummatum est, todo está cumplido*; palabras que me parece dijo el Señor de contento, como el que después de una gran jornada y trabajo, acalorado y ardiendo de sed, al beber un vaso de agua manifiesta el desahogo y respira con gran fuerza y contento; así el Señor, olvidado de los tormentos y satisfecho de ver conducido al fin lo que tanto deseaba, da un gozoso suspiro, desahogándose con decir: *Acabado es.* Podrá alguno preguntar, ¿qué es lo *acabado*, para mostrar tanto gusto, ó qué interés tiene en esto? Porque si no es más que apagar la sed, fué con vinagre, que le había de dejar más atribulado; si el haber acabado de padecer, eso se verificaba con la muerte, sin ir desagraviado de las muchas afrentas que recibió; y uno y otro son motivo de sentimiento, más que de placer. Pero á mi ver pasa esto muy adelante; porque como el Señor había entregado su humanidad á su amor para que hiciese en ella cuantas demostraciones quisiese, viendo que había llegado á cuanto podía y el amor á cuanto deseaba, contento éste de los bienes que al género humano y al cielo granjeó aquella humanidad, y gozosa ella de la lealtad que le guardó, y de ser el instrumento del remedio de toda la naturaleza humana de que procede, dijo: *Acabado es*; como quien veía llegaba la hora de comenzar á recoger los frutos de todos estos trabajos. Por tanto, pienso que San Juan Evangelista, omitiendo la última palabra del Señor en la cruz, acabó en ésta la historia de su vida y trabajos; porque en ella declaró el gusto con que los finalizó y la satisfacción de ver cumplido nuestro remedio, en cuya sed vivió toda la vida, y el verlo ya cumplido le hacía la muerte muy gustosa. No hay, pues, que espantar, sino adorar y agradecer al Señor el que declare su sed, sabiendo que le han de dar vinagre; pues el cumplimiento que con eso daba á sus grandes deseos y á tan grandes obras, le hacía suave y sabroso el vinagre.

Esta palabra *acabado está*, da á entender otra sed que el Señor tuvo, no sólo de acabar lo empezado, sino de que todos se aprovechasen de sus trabajos; porque ninguno se alegra de trabajar en balde, aun en cosas de muy poca importancia, y mucho menos quien trabaja con voluntad y gusto de acabar lo que con tanto trabajo empezó. Así, ya que nuestra redención costó tantos trabajos al Señor y El se muestra contento de haberlos pasado, claro está que moriría con más sed de la salvación de los hombres (fruto de todos

sus trabajos) que del agua que en la última hora le faltó; porque aunque no satisfizo la sed natural, sino con cosa más penosa que la misma sed, sin embargo, se aprovechó de la necesidad de la falta y del tormento para concluir nuestro remedio. Pero como la sed de nuestra salvación no ha de ser satisfecha sino aprovechándose los hombres voluntariamente de los beneficios que muriendo nos hizo, murió ardiendo en sed y dejó la satisfacción de ella á cada uno de nosotros para que la apaguemos, cooperando á conseguir la salvación. Y en conformidad á esto debe cada uno de nosotros considerar, que cada vez que peca y obliga á la Divina Justicia á que condene al que desea salvar, da á Cristo nuestro bien mucha más amargura y más áspera hiel y vinagre que la que bebió en su Pasión. De éstos se quejaba El por Isaías, diciendo que plantó una viña de escogidos vástagos (cual es cada una de nuestras almas), que la cercó y surtió de todo lo necesario; y esperando que cada cepa diese buenas uvas, muchas de ellas se convirtieron en racimos silvestres, cuyo vino no se podía beber. Así debemos creer, que mayor trabajo dió al Señor la sed de la salvación de los hombres (por los pecados con que muchos se habían de perder), que la sed natural, por la falta de agua, y por la hiel que bebió. Y pues la natural y cristiana compasión, cuando vemos este trabajo del Señor, hace desear estar allí para servirle con algún vaso de agua, y nos espantamos de las fieras y crueles entrañas que tuvieron valor para dar á beber vinagre á quien estaba falleciendo entre penas tan grandes, apliquemos esto á nosotros, y no seamos tan crueles que, muriendo su Majestad con sed de nuestra salvación, le dejemos estar con ella sin darle un gusto tan deseado, como es el aprovecharnos de sus mercedes y darle el amor del alma, á El sólo debido, y tratar seriamente de huir de los pecados que le causan la muerte, é imitarle en cuanto nos enseñó.

Bien mirada la coyuntura en que el Señor manifestó la sed, sabiendo que había de beber vinagre, nos ofrece un espejo para que uno conozca la verdad y pureza de corazón con que busca Dios; pues acabando de mostrarse afligidísimo, desamparado, y que con razón parece podía esperar del Padre algún alivio, no sólo muestra que por entonces no le desea, sino que da nueva ocasión para mayor tormento. Aquí podemos aprender cuán diferentes caminos han de llevar en nosotros la naturaleza y la gracia en las cruces y trabajos que Dios nos da; la naturaleza, como flaca, ha de sentir y se ha de quejar; mas la voluntad racional, ayudada de la gracia de Dios, se ha de alargar á padecer más si quisiere el Señor; y aunque veamos delante cosas que á la flaqueza natural parezcan imposibles, nos debemos arrojar á esas con más ánimo; porque por la mayor parte las imposibilidades son miedos de flaqueza, mas que verdades; y probados los trabajos con esperanza en Dios, se ve por experiencia que con la continuación de ellos y gracia del Señor se fortalece nuestra flaqueza. Á este modo las dos vacas paridas, á quienes el Libro de los Reyes dice quitaron los becerrillos para que

ellas llevasen la arca del Señor, aunque miraban para atrás y daban bramidos por el amor de los hijos y dolor de apartarse de ellos, con todo eso caminaban adelante, guiándolas Dios hasta el sitio en que fueron sacrificadas. Así, pues, ya que el sentimiento natural no disminuye la santidad de la virtud, ni el merecimiento de ella, muestra gran deseo de contentar á Dios el que sentido y afligido del trabajo prosigue con él hasta hacer de sí vivo sacrificio al Señor, á quien será aceptísimo; pero el que con desamparo se espanta, y con el trabajo vuelve atrás, bien claro muestra en cuán bajo grado queda, ó por mejor decir, que á ningún grado de virtud ha llegado. Decía Dios por Moisés que había traído á los hijos de Israel por el desierto cuarenta años, tentándolos para descubrir la virtud de sus corazones, que en esto más que en lo demás se conocieron; porque siendo la gente que más mercedes había recibido de Dios, cuando les leían la ley del Señor, y El los favorecía, eran muy largos en prometer; pero en el más mínimo disgusto que tuviesen, eran durísimos y contumaces en desagradarle. El tener en el desamparo sed de padecer más, y buscar en el desconsuelo más hiel y más vinagre, es prueba de verdaderos amantes é imitadores de este Señor.

No se nos olvide el modo con que en la última hora se despidieron Dios y el mundo, y cómo se pagaron del trato que en la vida tuvieron. Cristo, mientras vivió, siempre se opuso al mundo y á sus gustos, reprobó sus demasías y aprobó tanto el dejarlas por granjear el cielo, que hasta en dar un vaso de agua de limosna le santificó para su merecimiento; y quiso tan poco ó nada del mundo, que hasta los vestidos de que usó, se los dejó al pie de la cruz. Llegando la última hora, en que hubo de menester un poco de agua, le sirvió el mundo con vinagre; porque le quiso despedir en la muerte con tanta enemistad, cuanta el Señor había mostrado en su vida contra el mundo. El Señor aceptó la hiel con el mismo gusto con que siempre desechó sus vanidades, para dejar declarada perpetua enemistad entre el mundo y los suyos. Según lo cual, el que con el mundo hiciere paces, no sé cómo podrá tenerlas con Cristo. Dejónos también ejemplo en este último tormento á que con su sed dió ocasión, de que así como toda la vida vivió con deseo de nuestra salvación, así también en los que se quisieren salvar ha de ser el móvil de la vida esta sed. Naturalmente, el fin que se pretende en las cosas, es su móvil. De diverso modo se labra un tronco para hacer una estatua que para hacer un banco; y más caudal se pone para tratar donde se espera mucha ganancia, que para aquello donde se recela la pérdida. Así sucede en todos los negocios de la vida. Sólo el de la salvación se mira con tal despropósito, que diciendo todos la desean, son muchos los que ponen su caudal y ordenan todas ó las más ocupaciones, trabajos y cuidados de la vida, para perderla. La razón de esto es, que la desean tan friamente, que no la tienen por norte ó móvil de la vida. Mal podrán, pues, los que desean salvarse pensar que lo serán, si los deseos no fueran tales que por ellos se

gobierne la vida; pues el Salvador siempre dirigió la suya por los deseos y sed que tenía de salvarnos.

### EJERCICIO DE LA SED QUE EL SEÑOR PASÓ Y LA HIEL Y VINAGRE QUE BEBIÓ

Salvador mío y único remediador de mis necesidades, ¿qué empeño es este de que no os quede nada por hacer, ni trabajo que no paséis por mí? ¿Acabando de declarar vuestro extremo desamparo, el consuelo que buscáis es cumplir lo que estaba profetizado de que en vuestra sed mortal habíais de beber vinagre? Vuestro amor, buen Jesús, os lo recuerda; él os causa esa sed, él os hace decir que la tenéis, y dar con eso ocasión á que os atormenten con tan inhumana y cruel invención de bebida. Arde en Vos siempre el fuego del amor y, por no estar ocioso, busca en que encenderse y ejercitar sus obras. ¡Oh todo mi bien y gloria mía! Bien sabíais por quién hacíais esto y lo mal que os lo merezco, pues tan ocioso vivo en vuestro amor y servicio, tan descuidado de agradaros en todo, tan olvidado de hacer en todo vuestra voluntad, tan pesado para lo que me enseñasteis y torpe en su cumplimiento, que ni con tantos recuerdos y estímulos con que perpetuamente me excitáis, ni con cuanto amor me mostráis, no corro á practicarlo y me aparto con cualquiera ocasión, siendo así que para mis gustos y apetitos ando muy diligente y nunca me olvido de hacer el gusto del mundo y de mi cuerpo. Yo todo perdido por mí; Vos todo empleado en mí; Vos todo ocupado en llevarme á Vos, y yo quiero más perderme como miserable que ganarme dejándome llevar de vuestro amor. ¡Oh pesadas miserias! ¡Oh duras prisiones de este hombre terreno! ¿Cuándo, Señor, llegaréis á romper las cadenas de mi amor y me cautivaréis del vuestro, llevándome todo á Vos? Llegue, llegue ya, Dios mío, esta dichosa hora.

¡Oh hartura de todos los hambrientos! ¡Oh perfecta satisfacción de todas las sedes de mi alma, ¿no hay otra cosa con que os quiten la sed, sino vinagre con que os atormenten las entrañas de ese tan enflaquecido, tan debilitado y tan fatigado cuerpo sacratísimo en esa última hora? ¿No os reconocen ya los ángeles que os sirvieron en el desierto y socorrieron cuando tuvisteis hambre? ¿Ahora en el último lance no acuden á vuestra mortal sed y os dejan atormentar con vinagre? ¿Así quisisteis ser pobre en la vida y acabar falto de todo lo que sois, verdadero Señor? ¿Así, Cordero Jesús, os trata el mundo, cuando quisisteis de él una cosa pequeña, que ni á los brutos se niega, hallándose tan lleno de mercedes vuestras? Bendito, alabado y glorificado seáis de todas las criaturas y de todas las obras de vuestro amor. Ahora se venga de Vos el mundo; siempre os fueron displicentes sus cosas, siempre os amargaron y aborrecisteis las que él más estima; condenasteis sus demasías, aprobasteis lo que él condena y declarasteis guerra entre él y entre los vuestros. Os trató cuando le necesitabais, como le tratasteis. Cuando os quieren clavar en la cruz, os da vino con hiel y mirra; cuando vais

á expirar, os da vinagre, y ya que le aborrecisteis en la vida, os quiere ser amargo en la muerte. ¡Tan enemigo y tan cruel para Vos se muestra siempre mi soberana dulzura y suavidad!

¡Oh divina y eterna sabiduría, que ni naciendo, ni viviendo, ni muriendo quisisteis comercio, ni alianza con el mundo, ni él la quiere con Vos, pues así os despide en la última hora! ¡Oh desventurada y malvada ceguedad mía, que á este mundo he servido yo! En él empleé mi tiempo, mis deseos y vida; por él perdí el sabor y gusto verdadero de las cosas; por él se me figuraban hiel y vinagre vuestras interiores suavidades, cuando no las buscaba; por él dejaba vuestra conversación y me amargaban vuestras verdades, pareciéndome dulces sus engaños y vanidades. ¡Oh infinita misericordia, cuánto tenéis en todo que perdonarme! Bendito seáis, que detenéis la tierra para que no se abra y me trague; detenéis al infierno y al demonio para que no me arrebaten y quiten de vuestra presencia, pues así troqué lo suave por lo amargo, la vida por la muerte, la gracia por la culpa, vuestro amor por el del mundo, vuestras verdades por engaños, y á Vos, salud de mi alma, por un mundo tan pestífero y tan enemigo vuestro que así os trata. Bien os entiendo, mi Divino Maestro; sin hablarme, condenáis cuanto fuera de Vos amé hasta aquí, y tan á costa vuestra me mostráis que es verdadera hiel y vinagre la que yo tengo por dulzura en todo aquello por donde os pierdo. Si Vos, bien mío, sois toda bondad, toda suavidad, toda misericordia, toda blandura y dulzura, ¿cómo puede tener verdadero y buen sabor lo que es fuera de Vos? Tened, misericordioso Jesús, piedad del enfermo y dañado gusto de mi alma; sanadme de modo que en adelante sea el mundo para mí lo que es para Vos. Por esa vuestra sed moral, por esa hiel y mirra y por ese vinagre que por mí bebísteis, os pido, Dios y salud mía, que desde ahora para siempre quitéis de este miserable corazón el amor y gusto del mundo y de sus cosas; sea él para mí crucificado y yo para él; nunca haya paz entre nosotros; trátele yo como quien es verdadera ponzoña de mi alma, y él me trate como enemigo suyo. Y pues Vos, Señor, quisisteis ese último bocado para que vuestras entrañas, donde no podían llegar las azotes y clavos, no quedasen sin tormento por mí, mudad también en mí todas mis entrañas, para que sólo de Vos guste, á Vos solo ame y todo lo que es fuera de Vos me amargue, pues sois la soberana dulzura, perfecta suavidad y puro amor de esta alma.

Qué mucho, buen Jesús, que yo sólo guste de Vos, y sólo vuestro amor y servicio me satisfaga, pues Vos entre tantos tormentos y acabando de tomar tan áspera bebida como es el vinagre, en lugar de mostrar asco ó sentimiento del trabajo que os causa, mostráis al quitarle de la boca contento y satisfacción; y como quien acaba de beber un vaso de agua fría después de grande ardor respira satisfecho, así Vos, como olvidado de los tormentos y refrigerado con las mercedes que me hacéis, respiráis y decís: *Consummatum est. Ahora si que está ya todo cumplido y yo satisfecho; pues*

*me puedo ir á mi Padre dejándolo todo acabado y cumplida la sed que tenía de padecer.* ¿Por qué, Dios mío, no tengo yo este gusto de Vos y de vuestras cosas? ¿Cómo no es para mí la mejor hora de la vida padecer algo por Vos? Todo y en todo sois amoroso; todo y en todo mostráis esas entrañas verdaderas de Padre y amigo deseoso de mi bien. Adóroos, dueño mío; alabo ese amor; alabo ese cuidado, y os doy infinitas gracias por el gusto que tenéis de hacerme bien. Ese gusto os pongo por empeño para que él alcance quitar de este corazón toda frialdad y tibieza en vuestro servicio, y me haga fervoroso imitador vuestro y preso de vuestra suavísima bondad siempre y para siempre. ¡Oh siempre! ¡Oh para siempre!

### DE LA OTRA SED DE JESÚS SOBRE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Otra sed tenéis, Salvador y Redentor mío, que no está aún satisfecha: con ella nacisteis y vivisteis; con ella moristeis y resucitasteis; con ella subisteis al cielo y estáis hasta ahora; con ella estaréis hasta el fin del mundo; esta es, la que tenéis de la salvación de las almas, de conversar y reinar en ellas y de comunicarles vuestros bienes; ni estaréis satisfecho sino cuando las tuviereis con Vos aseguradas y glorificadas para siempre. ¡Oh amor divino, cómo eres comunicativo! ¿Qué os importa, divina bondad, mi salvación ó perdición? ¿Qué necesidad tenéis de mí, ó qué bien os puedo yo dar para que vuestras delicias sean estar con los hijos de los hombres, poseer sus almas, darles vuestra agua viva y transformarlos en Vos? Os quejáis cuando no os amo; mostráis sed del amor de esta pobre alma; estáis contento si emplea en Vos su amor. Todo os derretís con las almas, y parece que con ellas os olvidáis de vuestra Majestad. Queréis por una parte ser amado y estimado como infinito bien, y por otra ser tratado del amor como igual, como compañero, como único y familiarísimo amigo. Dais quejas á los corazones amorosos y sentís las suyas; les descubrís vuestros secretos y entendéis los suyos; les dais vuestros suavísimos brazos y recibís sus pobres ofertas. Si se muestran esquivos, los galanteáis; si huyen de Vos, vais por ellos; si os desconocen, los alumbráis; si lloran, les dais consuelo; si os reciben, estáis contento; si os quieren poseer, os entregáis y les dais cuanto tenéis. ¡Oh amor divino, que ninguna otra recompensa queréis de vuestras cosas sino amar! Quien no te ama no te entiende; quien te ama no tiene que preguntar, porque el amor ve las razones de todo. Sois, Dios mío, fuego abrasador; arder queréis y materia en que prender; y ya que no podéis hacer dioses en la substancia, los queréis hacer en las mercedes, en las riquezas, en la bienaventuranza y en lo mucho que de Vos les podéis comunicar; tal que ni los ojos lo pueden ver con luz humana, ni la lengua decir, ni el oído alcanzar, ni el corazón entender; sólo amando puede experimentar lo que tenéis para los que os aman con puro amor. La sed de este amor sólo con amor se sacia; y hasta tenernos todos con Vos no será satisfecha, porque no hay cosa que pueda llenar

nuestra capacidad, sino lo mismo de que Vos sois bienaventurado y eterno.

¡Oh divino amor, cuántas veces os di hiel y vinagre en lugar del amor que os debía, sabiendo que Vos ni la queréis beber ni aun ver! ¿Por qué no os amo, amor divino? ¿Por qué no os amo de todo corazón, mi buen Jesús? ¿Qué hallo fuera de Vos, que á Vos se pueda parecer, para darle el amor de mi alma, y quitarle de Vos, que me lo pedís con tanta sed? Hicisteis esta alma capaz de Vos, y ando tras de las cosas que son fuera de Vos. Pero como imprimisteis en ella hambre y sed del bien divino, cuando fuera de Vos la ocupo, quedo con más sed, porque nada sino Vos la puede hartar; y experimentándolo así continuamente, no lo llego á entender. Así quedáis Vos ardiendo de sed de mí, y desechando la hiel y vinagre que os doy; mas yo quedo con mucha mayor sed, porque ni la sacio en Vos, ni sin Vos se puede saciar. Olvidaos, Dios mío, olvidaos, mi Jesús, en esta hora de mis males pasados; ahora me vuelvo á Vos, os deseo y escojo por vida de mi alma; aquí os la entrego, pues tenéis amor para recogerme perdido, para abrasarme enfriado, para purificarme corrompido y para unirme á Vos, aunque hasta ahora anduve tan separado. Desde ahora para siempre renuncio todo otro amor; haced Vos que todo lo demás me fastidie y que aborrezca cuanto no es vuestro servicio, porque á sólo Vos desea ahora mi alma; apetece desearos más y desea amaros para siempre.

Como el ciervo acalorado y sediento desea las fuentes de agua fría, así mi alma acosada del mundo y cansada de sí, os desea, Dios mío. Sea toda la sed de Vos, fuente de vida. ¡Cuándo llegaré y apareceré puro ante Vos, y veré las bienaventurnzas, las gracias, las hermosuras de ese divino rostro! Sírvenme de pan y agua las lágrimas de día y de noche mientras os deseo y no os hallo, y mientras el interior me dice y me pregunta por Dios, mi salud, mi gloria, mi tesoro, mi bienaventuranza. En esta tierra desierta, sin camino, seca y falta de agua, os busca mi corazón, deseando ver esa gloria; porque vuestro amor me enseña, que una sola hora de Vos es mejor que muchas y muy largas vidas de todas las demás cosas.

No me traigáis suspenso, amor divino; no venguéis mis pasadas ingratitudes escondiéndoos de mí; no castiguéis la mucha hiel y vinagre que os he dado, escondiéndome la hermosura de vuestro divino rostro, quien sólo puede curarme é inflamarme mientras no os poseo ni experimento vuestra suave presencia. Vos estáis sediento de mí, y yo no sé tener sed de Vos. Si no merezco, amor divino, que me hartéis, saciaos Vos en abrasarme y arrebatarme todo á Vos. ¡Oh vida y esperanza segura de mi alma, no tardéis! ¡Cuándo os tendré y cuándo purificaréis este espíritu! Entonces seré todo vuestro, y Vos todo mío; entonces me fastidiará cuanto hay fuera de Vos; entonces me dejará todo sin pérdida mía, porque sólo Vos me tendréis por vuestro; entonces se dilatará mi alma; todo lo tendré, todo lo podré, todo me llevará y unirá con Vos. Bien sabéis que no puedo yo daros todo mi amor, y con él mataros la sed que

de mí tenéis, sino con vuestra agua viva de que Vos gustáis. Esta la prometisteis á quien os la pidiese con buen deseo y fe. La fe y el deseo Vos me la habéis de dar, para que á vuestro amor lo deba todo. Deséoos, Dios mio, y creo que todo me lo podéis dar; mi corazón os lo pide y clama á Vos, fuente de la vida. Haced en mi corazón una fuente de agua viva que corra y llegue á Vos, vida eterna. Corra mi deseo siempre á Vos; mi amor os busque siempre; todo lo demás me aborrezca, para que mi espíritu tenga vuestro sabor y podáis gustar de él y satisfacer la sed que de él tenéis y de mi salvación.

¡Oh vida verdadera, cuándo viviré sólo para Vos! ¡Oh esperanza soberana, cuándo llegaré á apreciar á sólo Vos! ¡Oh tesoro infinito, cuándo lo despreciaré todo por Vos! ¡Oh divina riqueza, cuándo estaré rico de sólo Vos! ¡Oh hermosura celestial, cuándo lo desecharé todo por Vos, y quedaré preso de sólo Vos! ¡Oh rico, fuerte, y poderoso amor, que tan amigo sois de los pecadores, que no exceptuasteis las almas pecadoras, sino que de ellas deseáis ser amado, de ellas tenéis sed y á ellas queréis abrasar y dar la vida eterna! ¿Pues qué hacéis, amor? A Ti me entrego; dispónme, límpiame, múdame á tu arbitrio; arde en mí, vive en mí, múdame en Tí; haz de este hierro frío, fuego ardiente; de este negro carbón, ascua viva; todo, todo, todo múdalo, transfórmalo y abrásalo en Ti, divino, suave y dulce Jesús.

¡Oh Madre de Dios purísima, abogada de nuestros ruegos, medianera de nuestras peticiones y deseos! Por aquella aflicción que tuvisteis cuando visteis dar vinagre por agua á vuestro amor é Hijo, ayudadme á alcanzar de este Señor su amor, pues sin él no puedo serle acepto ni justificado de mis males. Para esto os tenemos por Señora y amparo de todos los pecadores, para que por Vos consigamos lo que no merecemos; lo que pido es justo; quítese por Vos el impedimento, ¡oh clementísima, piadosa, dulce Virgen y Madre sacratísima! ¡Oh corte celestial, anegada en aguas vivas, abrasada en vivo amor, en quien arde la sed de las almas desterradas! Ayudad á ésta que desea vuestra compañía! Amad mucho á este Señor por mí; alabadle mucho por mí y comunicadme de ese fuego que siempre me abrase. Amén.

## TRABAJO L

### Agonías de la muerte.

Vivió Cristo nuestro Señor en esta peregrinación y destierro treinta y tres años y tres meses, contando desde su nacimiento hasta la muerte; y desde el día en que fué concebido vivió treinta y cuatro años; todos los cuales, desde la primera hora hasta la última, pasó en continuos y grandes trabajos, como se ha referido. Los primeros años de su niñez los gastó en Egipto, perseguido de Herodes y fuera de su patria. Estos, con los demás hasta los treinta, los pasó en continua oración por la redención del género humano,

y en admirables ejercicios y ejemplos de virtud, callado y oculto para el mundo. Los tres últimos los empleó en enseñar el reino de los cielos, predicar la ley evangélica, hacer muchos milagros y llenar la tierra de mercedes soberanas. Todas estas partes de su vida estuvieron sembradas de muchos y muy grandes trabajos que, como ríos caudalosos de infinitos merecimientos, vinieron á estancarse en el piélago sin fondo de su sacratísima Pasión. Su vida fué muy corta en los años, pues murió en la flor de su edad; pero dilatadísima en las obras, como quien no dejó de cumplir ninguna de aquellas á que vino á la tierra; en los merecimientos fué riquísima, pues por ellos alcanzó del Padre Eterno cuanto quiso. En todo este tiempo no perdonó á su cuerpo y humanidad en cosa que pudiese padecer por nosotros, ni dejó de hacer cuanto pudo por parecerse á los atribulados pecadores en cuanto sin pecado pudo padecer. Para esto encubrió la gloria de su alma; humilló la Majestad de su divina persona; dió licencia á todos los trabajos para que cargasen sobre él; entregóse en manos de sus enemigos y empleó en nuestro remedio todo cuanto había tomado de nuestra naturaleza: miembros, sangre, fuerzas, edad, honra y todas sus obras, sus cuidados y amor.

Sólo le quedaba la vida; y sólo ésta parece que necesitábamos que jamás se acabase, para que tuviésemos siempre vivo á un Señor que con tan grandes obras de amor se declaró por nuestro mayor amigo. Y como El en persona echó el pregón general llamando á todos para que fuesen á El, y declaró ser la verdadera vida, parecía cosa impropia que muriese y que la muerte se le atreviese, si no fuera porque El mismo la obligase á llegar. Pero más quiso perpetuar su vida resucitando después de muerto, que dejar de dar y emplear en nuestro servicio la cosa que naturalmente es más amada. Ni podía morir de enfermedad, porque la complexión de su cuerpo era compuesta de proporción de humores en que consiste la causa propia de conservar la salud; y era tan regido y templado en su modo de vivir, que no había cosa que pudiese desordenar aquella proporción de humores, en cuyo desorden consiste la enfermedad. Tampoco correspondía al Redentor muerte desgraciada por desastre, así porque viviendo y muriendo había de remediar con divinas obras y ejemplos las necesidades del mundo, como porque los desastres que respecto á las criaturas son casualidades, por parte de Dios vienen dispuestos con eterno consejo, y no convenía que el Autor del mundo se matase á sí mismo. Sólo la muerte de dolores y tormentos le era competente, porque en ellos mostraba el amor que nos tenía, acrecentaba los tesoros de merecimientos, satisfacía por nuestras culpas y se sacrificaba al Padre por nuestra vida.

Teniendo, pues, cumplido cuanto necesitábamos, y habiendo padecido todo lo que deseaba, dió licencia á la muerte para que se atreviese á llegar á El. Había ya salido de su cuerpo mucha sangre, que disminuyó las fuerzas naturales; la vehemencia de los dolores

fué tan grande, que le debilitó en un todo y empezó á entrar en agonía de muerte, no apresurada, sino detenida, para que le fuese más penosa; ya se desmayaba, ya volvía á tener más aliento, ya se estremecía con el frío que entraba por las llagas, por estar desnudo, ya llegaba á términos de apretársele el pecho y faltar la respiración, ya volvía á respirar con más aliento; y como no estaba echado ni con descanso, sino clavado en la cruz, con todo el cuerpo en vago, pendiente de clavos y molestadísimo con dolores, fueron en El los de aquella hora mucho mayores que en otro cualquiera hombre. Así le fué faltando poco á poco el aliento, los miembros se iban enflaqueciendo mucho; y cuanto más se amortecía, tiraban de los pies y manos con más fuerza y con mayor pena le afligían. Siempre estuvo en su perfecto juicio, para mayor sentimiento de los dolores que padecía; la cabeza se llegó á inclinar á fuerza de la debilidad; los ojos, que á todos los afligidos consolaban, se fueron quebrantando; la boca, de que tantas y tan divinas palabras salieron, iba quedando fría y denegrida, ya abriéndose, ya cerrándose con los últimos y mortales suspiros.

Mas para hacer patente que ni tormentos ni dolores eran poderosos para quitarle la vida, sino cuando El quisiese, y para dejar ejemplo y modo de bien morir á los que había enseñado en toda su vida á bien vivir, al tiempo en que la flaqueza mortal suele naturalmente quitar el habla y los sentidos corporales, que es cuando se va á dar el último suspiro, entonces el Redentor esforzó con su divina virtud la mortal flaqueza en que estaba su humanidad, y levantando la cabeza, teniendo los ojos abiertos y puestos en el cielo, dió una voz de tan esforzado aliento, que apenas podría dar otra tal un robusto pecho, y dijo encomendando el alma á su Eterno Padre: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Dicho esto volvió á inclinar la cabeza en señal de perfecta obediencia, y abriendo la boca, con la última respiración dió su espíritu al que con eterno amor le esperaba, y quedó muerto el que á todos da vida eterna.

Este es el compañero de nuestra peregrinación; este el consolador de nuestros trabajos; este el remediador de nuestras necesidades; este el leal amigo que en la hora en que más nos deja más nos acompaña, que como no murió para apartarse de nosotros, muriendo nos dejó el modo que más nos conviene para morir contentos y salir de esta vida seguros de su perpetua compañía, que es sujetándonos á la divina ordenación y ofreciéndonos á las amorosas manos del que nos crió. No puede haber otra mejor disposición para bien morir que ponernos en la voluntad y disposición divina.

Juntos algunos Santos Padres, y tratando de la disposición para bien morir, cada uno refería lo que era más genial á su espíritu. Uno recurría á la perfecta contrición de los pecados; otro á la virtud de los Sacramentos; otro á los actos de la oración pura; otro á las ayudas de los Santos. Uno dijo que para bien morir se contentaba con una cosa, que era acabar en perfecta conformidad y total entrega en manos de la divina voluntad. Y dijo bien; porque ésta

trae la contrición más perfecta de los pecados, dispone el alma para que los Sacramentos hagan en ella con mayor eficacia sus operaciones soberanas, levanta el corazón á Dios con más pureza, hace los auxilios de los Santos más provechosos; y, sobre todo, humilla el espíritu á Dios con más perfección de fe, esperanza y caridad, abrazándose con El, desconfiando de sí y fiándose todo en la divina voluntad, que es lo que á Dios más agrada. Quita el miedo de las penas con que el amor propio trabaja en aquella hora por inquietar al alma con temor servil; porque todo lo deja á Dios y no quiere de El sino que le trate como su voluntad fuere servida. Renuncia cuanto amaba, que en aquella hora peligrosa se podía atravesar entre Dios y la criatura, porque sólo ama el bien de lá divina voluntad; ofrécese á aquel abismo de infinitas misericordias sin más cuidado de sí que entregarse á aquel que cree y sabe que con amor murió por salvarle. De suerte que todos los bienes que en la muerte se pueden desear de parte del que muere para acabar bien, se encierran en entregarse de corazón en las manos de su Criador, y verdadero y único remediador con fe y humilde confianza en El.

Todo esto se encierra y nos enseña esta palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Padre* es palabra que enciende el amor; *manos*, y de Dios, la fe enseña que están llenas de todo bien y misericordia, poderosas para salvar y sufrir las necesidades y faltas del que no lo merece. *Encomiendo* es palabra de confianza, de entrega y de humildad. *Espíritu*, por ser mío, muestra que necesita de los bienes que Dios encerró en sí, para que sólo en El los fuese yo á buscar; y todo junto denota que se restituye lo suyo á su verdadero Señor, tan poderoso para restaurar lo perdido como para criarlo de nada. Aprendan de aquí los que confiesan ó acompañan á los moribundos á no espantarlos con miedo de los pecados, sino esforzarlos á descuidarse de ellos, después de contritos y confesados, y que descuiden de las penas merecidas; y que así esto, como el estado que después de la muerte han de tener, lo renuncien de corazón en manos de Dios con fe y confianza en su misericordia, sin pedirle ni esperar de El otra cosa sino el que sea glorificado en su criatura del modo que más fuere servido; porque este es el más seguro estado para bien morir y que asegura la salvación más que todos.

Luego que el Señor expiró volvió á aclarar el sol y serenarse el aire, y sucedieron algunas cosas notables que dieron bien á conocer ser Hijo de Dios el que murió en aquella cruz. En el templo de Jerusalén estaba el Arca de Dios, donde tenían guardada la Ley de Moisés en una como capilla cubierta siempre con un velo, donde no entraba sino el sumo sacerdote cuando iba á consultar á Dios, y esto se hacía con grandes ceremonias. El velo significaba que cuanto había en la Ley de Moisés estaba encubierto debajo de figuras, porque todo significaba á Cristo nuestro Señor, verdadero Mesías, y á la Ley de gracia que nos vino á enseñar; y para mostrar Dios que ya las figuras se habían acabado, quedando descubiertas

las verdades, y que era tiempo de que el Señor y Mesías crucificado fuese conocido de todo el mundo y adorado, como también que ya había otra mejor Ley de espíritu, al punto que el Señor expiró en la cruz y aclaró el sol se rompió el velo del templo de arriba abajo sin que nadie le pusiera mano, y se descubrió lo que estaba dentro, quedando público y patente lo que hasta entonces nadie veía. De este modo, con la muerte del Señor acabó la ley del temor y de los siervos, y quedó confirmada la del amor de hijos.

Sucedió también que un centurión ó capitán de cien soldados, que guardaba al Señor crucificado, viendo la gran voz que el Señor dió contra lo natural encomendándose al Padre, y conociendo ser aquello virtud más que humana, pronunció aquella católica confesión de San Pedro acerca de la dignidad de Cristo: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios;* y así, muriendo se hizo conocer Dios y ser confesado como tal por aquel que hasta entonces le guardaba como traidor, capitán de ladrones, fingido Dios y rey. Otra cosa semejante á ésta hicieron muchos de los que estaban allí guardándole y blasfemando; pues viendo el temblor de tierra, el obscurecerse el sol, la gran voz con que expiró, el serenarse el aire y volver á resplandecer el sol, se arrepintieron y conocieron el mal que habían hecho, volviéndose á sus casas con golpes de pecho y con dolor. Ya entonces volvían á acordarse de los milagros del Señor; ya parecían bien sus doctrinas; ya era conocida la sinrazón de su muerte; ya se echaba de menos su dulce conversación; ya parecía la ciudad desierta sin su presencia; ya se conocía la inocencia del Cordero y comenzaba la virtud de aquella fresca y caliente sangre á labrar los duros y empedernidos corazones de los mismos que le crucificaron, y ya parecía más justo y santo el clavado en la cruz que los enemigos que le pusieron en ella. ¡Oh imitadores de Jesús crucificado! volved por su honra y haced entender al mundo y á vuestros perseguidores, con la perseverancia, que cuando por El y con El padecéis en la cruz que El os da, entonces verdaderamente vencéis y triunfáis con El.

### EJERCICIO DE LA MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

¡Oh buen Pastor y perfectísimo amante de vuestras ovejas! Llegó la hora vuestra de que teníais dicho que como único y verdadero amigo moriríais por ellas, porque declarasteis que el extremo del amor estaba en morir por los amigos. ¡Oh amigo verdadero de mi alma, vivo os quiero! Bien conozco vuestra amistad; ¿para qué habéis de pasar, además de tantos dolores, esas mortales agonías, ó cómo se ha de atrever la muerte con Vos, que sois la verdadera vida, destruidor de la muerte? ¿Cómo os habéis de ir y dejarme? Y ya que queréis pasar este trago mortal, bajad de la cruz, veníos á estos brazos, y en ellos moriréis más descansado; os abrazaréis conmigo, me daréis vuestra bendición, llevaréis con Vos mi corazón, ó moriré juntamente con Vos.

En esa cruz, Señor, todo os cuesta mucho. Con la flaqueza de

la muerte se hace más pesado ese cuerpo, crecen los dolores de las llagas, cada vez se aumenta el tormento y dolores. Siquiera para pasar los de la muerte, ¿no descansaréis un poco? ¿Han de durar las penas hasta el último suspiro? ¡Oh amor constante! ¡Oh amor firme, que de ninguno quieres ayuda, y mientras no llegas al fin no piensas tener hecho nada, ni te satisfaces! Aquí, mi buen Jesús, me estaré; al pie de esta cruz me arrojaré; aquí lloraré esta separación, pues la merecí por mis pecados, dando á ella causa por mis gravísimas culpas. ¡Oh alma santísima, no sé qué te pida, si el que salgas despacio ó de prisa! Si salieres de prisa, acábasme la vida; si despacio, atormentas con mortales dolores á ese inocentísimo Cordero. Pasa á mí los dolores y trátale á El como quieras. ¡Oh Padre mío, que tan á costa vuestra me prohijasteis! decid por despedida á esta pobre alma alguna palabra; dejadme algún recuerdo de Vos; dadme vuestra bendición. Ya que es precisa la separación corporal, quede en mí impreso vuestro amor, que siempre me renueve el suspirar por Vos, mi Jesús, y siempre os tenga en mí vivo y presente.

¡Oh, cómo os quebrantan los ojos, luz mía! ¡Cómo os va faltando el aliento, espíritu de mi corazón! ¡Cómo se van enflaqueciendo esos miembros, fortaleza mía! Ya que no podéis mantener la cabeza y la tenéis tan inclinada á mí, abrid esos ojos piadosos antes que del todo llegue á faltar la vista, y miradme con misericordia; penetrad con su luz este corazón y cautivad con su salud el amor de esta alma. Si en mí no viviere vuestro amor, ¿cómo quedaré sin Vos? ¡Oh Padre mío amantísimo! ¡Oh esposo de mi alma! ¡Oh compañero de mis trabajos! ¡Oh amigo fidelísimo! ¡Oh todo mi bien! Si quedo sin Vos quedo huérfano, sin Padre, sin amigo, sin Señor, sin ningún bien. Bien podéis morir y no desampararme, pues por mi amparo morís. Esperanza mía, bien mío; pues morís por mi amor, y ese os hace penar ahora en mortales agonías, no me podéis negar lo que os pidiere en esta última hora. Tenéis hecho testamento: el alma dais á vuestro Padre Eterno; el cuerpo á la sepultura; vuestras riquezas las lleváis con Vos, y ¿á mí qué me dejáis? Dejadme, Señor, esa cruz por herencia y certeza de vuestras misericordias. Perdonadme, Dios mío, en esta hora todos mis pecados. Pues en la vida hicisteis tanto por los pecadores y rogasteis por ellos, ¿cómo en la muerte me habéis de negar el perdón? Aquí confieso y aquí depongo todos mis males. Pequé contra Vos, Padre amantísimo, como hijo perverso; pequé contra Vos, amigo verdadero, como ingrato; pequé contra Vos, Señor misericordioso, como mal siervo. Recibidme en esta hora en que de mí os apartáis para vivir siempre en mí. Dejadme, amor mío, por herencia con la cruz una fuente de lágrimas, que en este seco destierro riegue mi alma, y la fuente de aguas vivas de vuestro amor, con que me riegue la celestial Jeruralén adonde os vais (1).

(1) Al expirar el Señor se postrará el ejercitante en tierra con el cuerpo, y mucho más con el corazón; y abrazado interiormente con la cruz, le

## DESPEDIDA

Idos, buen Jesús, ya que así lo queréis; idos, esperanza mía; acabad vuestro destierro y descansad ya de tan grandes trabajos. Id á dar al buen ladrón (que en vuestra palabra confía y espera) el paraíso que le prometisteis, y tomad en él las primicias de los pecadores y de este miserable que dejáis desterrado y vive en una vida mortal. Id, consolador soberano, á los abismos; quebrantad sus puertas, alumbrad sus tinieblas, apareced á los Santos Padres, que suspiran por Vos, acabad sus largas esperanzas y hacedlos con vuestra vista bienaventurados y gloriosos. Id, Señor, á vuestro Padre Eterno que os llama; venced con vuestra muerte la misma muerte; haced que de aquí adelante sea dulce, pues ha de ser fin de nuestros suspiros y nos ha de servir de tránsito para ir á veros y estar siempre con Vos, amigo de mi alma. Id, gloria mía; abrid ese camino tan encubierto, y esas puertas tan cerradas del cielo, que os están esperando para que Vos seáis el primero que entréis por ellas. Id, vida de mi corazón, amor de mi alma, y no tardéis en volver como tenéis prometido. Acortad el plazo de estos tres días y noches, sin desairar vuestra verdad; y dejadme vuestra fe, vuestra esperanza y vuestro amor. Mirad, Señor, la pena de que esta alma queda herida, y la esperanza que me dejáis de veros en mí resucitado, glorioso, inmortal, hermoso, suave, amoroso, único y perpetuo compañero de mi espíritu. Volved, vida verdadera á vivir luego, para que mi alma viva como desea, unida con Vos, poseyéndoos y poseída de Vos, abrasada de vuestro amor y transformada en Vos, único verdadero y soberano bien mío.

### DE LA PALABRA «IN MANUS TUAS, ETC.»

¡Padre Eterno, Dios de toda consolación y divino espíritu consolador, único Señor y Dios mío! Reconoced estas últimas palabras del divino Cordero, Señor y Redentor mío; para mí las dijo, y para mi remedio me las dejó en su última hora, para que nunca se me olviden y fuese recibido por ellas. Reconoced la voz del Cordero, que quita los pecados del mundo; pues su última palabra concuerda con la primera que de El se escribe haber dicho cuando niño: que en las cosas de su Padre le convenía estar. Así lo hizo. Siempre lo cumplió así, hasta ponerse en esta Cruz y hasta morir ahora en ella, os obedeció; y como quien siempre trajo por delante á su Padre Eterno, á Vos mismo se ofrece para acabar. Toda su obediencia, Dios mío, es mi riqueza, todas sus palabras son mi tesoro, y en esta última me dejó para todas mis necesidades y miserias único y singular refugio, que son esas divinas y paternales manos, llenas de

---

dirá lo que el corazón sintiere, ó, sin hablar, apriétese todo con El, y derrítase cuanto pudiere en El, que ve su interior y le entiende; que es paso muy devoto para prenderse el alma con Jesús, del cual ni la pluma ni la lengua sabe pronunciar lo que se puede sentir.

misericordia, de amor infinito y de bondad sin límite. A ellas me enseñó recurrir siempre, acojerme á ellas, vivir de ellas, esperar en ellas, y asegurarme en todos mis peligros. Enseñóme que donde El estuviese estarían los suyos. Así en esas manos se pone, para que yo le busque ahí, en ellas le halle, de ellas le reciba, de ellas viva y en ellas descanse.

Cuando esas manos me dejan, estoy verdaderamente desamparado, pobre y miserable; cuando me guardan y sustentan, entonces vivo seguro, ensalzado, poderoso y lleno de bienes. Pues, Padre mío Eterno, recibidme por la virtud y palabra de este Señor, pues El con su obediencia y muerte os tiene ya merecido cuanto yo no merezco. En vuestras manos, Padre y Dios mío, encomiendo mi espíritu, mi alma, mi cuerpo, mis fuerzas, mis deseos. A ellas y en ellas me ofrezco todo. A ellas entrego lo que fuí hasta ahora, para que me perdonéis y remediéis; mis llagas, para que me las curéis; mis ceguedades, para que me alumbréis; mis tibiezas, para que me inflaméis; mis errados caminos, para que me enderecéis; y todos mis males, para que me los quitéis. Encomiendo, Dios mío, y ofrezco en esas sacratísimas manos lo que soy, y Vos conocéis mejor que yo, flaco, miserable, llagado, inconstante, ciego, sordo, pobre y desnudo de todos los bienes, nada, y menos que nada por mis pecados y miserable más de lo que puedo decir. Vos, Dios mío, me recibís, y hacedme tal cual este divino Cordero quiere que yo sea. Encomiendo y renuncio en esas divinas manos todas mis cosas, cuidados, aficiones, sucesos, consuelos, trabajos y todo lo que Vos sabéis que sobre mí ha de venir. Encaminadlo todo para vuestra honra y gloria; enseñadme á hacer vuestra voluntad en todo, y que en todo reconozca ser obra de vuestras manos; que no quiera otra cosa, y que con solo esto me aquiete y me consuele.

¡Oh manos, que hicisteis el cielo y la tierra para mí, y todo lo conserváis con ellas, y á mí me hicisteis para Vos! no me dejéis andar fuera de Vos. En ellas tengo á mi Cordero y mi amor; en ellas me conviene estar preso con El; con El y en esas amorosas manos dormiré y descansaré en paz, ya que El muriendo en la esperanza de ellas y de sus infinitas misericordias me puso en ellas como único y singular refugio. Ya que, Dios mío, vivo de esas manos, y por ellas soy lo que soy, haced que por ellas viva, en ellas acabe, en ellas persevere con amor de este Señor y de ellas sólo quiera y espere todos los bienes, para que de ellas reciba, con este mi Señor, la corona.

### Á LA CRUZ

¡Hermosa cruz, más resplandeciente y rica con la sangre de este divino Cordero que con preciosos rubíes! Tú fuiste el fin de sus trabajos; tú el principio de su descanso; tú el triunfo de su pelea; tú el levantamiento de su destierro; tú la entrada de su gloria y posesión del reino. Toda quedas manando en ríos, que por ti corren, de su preciosa sangre que te baña. Tú eres mi herencia y la posesión

que de este Señor me quedó. En ti murió pobre, desnudo y desprendido de todo, abrazado sólo contigo, y en ti clavado. Toda te dejó para todos los suyos, y toda á cada uno de los que le aman. Adórote, abrázote, recíbote por mi rico tesoro. ¡Oh, más hermosa que todas las estrellas, más fuerte que todos los ejércitos, triunfadora de los enemigos! ¡Oh, cómo quedas en el campo, triunfante, sin poder ser derribada ni vencida! Ya te reconoce el cielo; ya tiembla de ti el infierno; ya te tiene miedo el mundo. Ya conoce el enemigo que el que en ti murió es verdadero Hijo de Dios. Ya honras á los que hasta aquí abatías, pues pudiste hacer del ladrón facineroso un ciudadano del cielo. Tú eres mi corona, mi gloria, mi riqueza, y por ti tengo todos los bienes. A ti me acojo; contigo me abrazo; en ti quiero vivir y morir. Ya perdiste tu dureza; ya quedas suave yugo; ya prenda cierta de la gloria; ya principio de reinar; ya alivio y descanso de los que á ti se acogen. Adórote, árbol de la vida; adórote, fuente de la sabiduría; adórote, muro incontrastable contra los enemigos; adórote, horno que quedas ardiendo en fuego del divino y amoroso Cordero. Recíbeme en tus brazos; susténtame y santifícame en ellos; por ti me reciba el que en ti me remedió y en ti murió por mí lleno de amor.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, Reina de los ángeles, gloriosa estrella del mar, guía de pecadores, que quedáis llena de penas y suspiros de este Señor, y llena de fe y esperanza de verle resucitado á los tres días! Concededme ser crucificado con El, recibido de sus manos, de ellas y por Vos siempre amparado, para que de El y para El viva, en El muera y con El reine. ¡Oh corte celestial, que tenéis allá este divino Cordero inmortal, contentos de poseerle y seguros de no perderle jamás! Ayudad á este desterrado hijo de Eva á vivir por el crucificado y siempre abrasado de amor, para que por El merezca ser con vos coronado para siempre y glorificado. Amén.

### FIN DE LOS CINCUENTA TRABAJOS DE JESÚS

Ya que la sangre de Cristo nuestro Señor fué el precio de nuestra redención, derramada á fuerza de muchos trabajos, y que como por resto de cuenta quiso que después de su muerte le abriesen el costado para dar cuanto en el cuerpo le quedaba, parece que esa misma sangre pide y obliga á que particularmente tratemos de este sacratísimo costado, y recojamos con todo amor los frutos de la sangre que por él salió, y los tesoros que del Corazón de Jesús nos descubrió. Y porque el principal intento de esta obra es que los atribulados hallen modo de acompañarse con el Señor atribulado, añadiré dos capítulos: uno del costado que abrieron al Señor; otro de la compañía que su Majestad hace á todos los afligidos, con ejercicios acomodados al fin.

## CAPÍTULO PRIMERO

### Del costado que abrieron al Señor.

Como el Redentor que padecía los tormentos era no solamente Hombre, sino Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo medía por consejo eterno la cantidad, calidad y modo de las penas, dándolas virtud para los bienes que por ellas pretendía, de tal manera ordenó los tiempos y circunstancias de cada una, que todo sirve para cumplir enteramente las profecías, para firmeza de nuestra fe y para lo que él deseaba, que era encender en nuestros corazones su amor y salvarnos de los pecados. Fué en todo esto tan liberal, que recibió los tormentos á medida de sus fuerzas, superiores á todas, y franqueó mercedes conforme á su grandeza. En todo pasó el límite de lo que merecíamos y de las leyes á que nos obliga y con que nos gobierna. Por eso, ya que había dado su preciosa sangre en precio de nuestros pecados y por los bienes de gracia y gloria de que carecíamos, no se contentó con cualquiera parte (que era suficientísima), y dispuso que ni aun aquella sangre, que por la muerte quedaba sin derramar, perseverase en el cuerpo. Y aunque había puesto límite á la ley del amor diciendo que bastaba llegar á dar la vida por el amigo (por no haber más que dar), el que tenía la vida y la muerte en su mano pasó adelante; pues antes de nacido ya había hecho obras de infinito amor, y no se contentó con continuarlas toda la vida hasta morir por nosotros, sino que después de muerto mandó abrir su costado, para que la puerta de su corazón quedase siempre abierta para refugio de todos sus amantes.

Dió ocasión á esto el morir en viernes de la Pascua, víspera de sábado, que era para los judíos día de grande veneración. Y como ellos honraban sus fiestas con ceremonias exteriores más que con pureza de corazón, no sentían la gran maldad de haber quitado la vida al Señor en tal tiempo, y tenían por gran profanidad que el cuerpo quedase pendiente en la cruz en el día del sábado. Por esto pidieron á Pilatos que mandase quebrantar las piernas del Señor y de los ladrones, para que con aquel tormento acabasen de morir y los quitasen de la cruz antes de anochecer. Sin enterderlo correspondían á la verdad de los consejos y misterios divinos; porque como el sábado era día de descanso, dedicado al culto divino, significaba el reposo que las almas tienen en la divina conversación y comunicación de los bienes espirituales que en ella reciben de Dios, en cuya comunicación huye toda obscuridad; todo tormento, cruz y aspereza desaparece. Por eso fué necesario que el cuerpo en que Dios hizo y acabó las obras de nuestra redención, fuese quitado del madero afrentoso y entregado á los brazos de los que con puro amor habían de tener con este Señor el sábado del descanso.

Convino Pilatos en lo que le pedían, y por su mandado quebrantaron las piernas de los dos ladrones; y llegando á la cruz del Señor para lo mismo, vieron que ya estaba muerto, y tuvieron por escusado el quebrantarle los huesos. Así estaba profetizado en la Ley de Moisés, que mandaba á cada familia comer en el día de Pascua un cordero asado, y entre las ceremonias que debían observar, era una que no le quebrantasen ningún hueso. Este cordero figuraba al Redentor que, asado en el fuego de su amor y horno de la cruz, quedó por mantenimiento de las almas; el cual, aunque se dejó asar y matar como flaco, no perdió la fuerza y virtud de su divinidad para salvarnos, la cual fuerza estaba significada en los huesos, que es la parte más firme y dura del cuerpo humano. Así, quiso ser por todas partes abierto en llagas y descoyuntado en sus miembros, pero de suerte que ninguno fuese quebrantado ni apartado del cuerpo; para que entendiésemos que no le tenemos menos entero para cuanto necesitamos cuando parece más flaco, que cuando se muestra poderoso en la gloria de resucitado.

Mas ya que los malvados judíos, ministros de la voluntad del Señor y ejecutores de sus verdades (sin entenderlo ellos), no le quebraron las piernas por considerarle muerto, con todo eso, para asegurarse más y dar un nuevo gusto á su odio y malicia, le hicieron dar una lanzada por parte que no fuese posible conservar la vida; y así, la dieron por la parte derecha del pecho, debajo de las costillas, donde está el hígado, atravesando hasta el corazón. Puede ser que también la lanza le abriese; mas si no tocó el corazón, á lo menos abrió todas las partes hasta donde él estaba, y quedó el corazón de Jesús abierto de par en par, sin volverse á cerrar jamás hasta el día de hoy. Refieren los autores que abrió el costado un soldado, llamado Longinos; y algunos dicen que era ciego, y que, salpicando sangre de la lanzada, le dió en los ojos y sanó. Pero si no era ciego en el cuerpo, lo era en el alma, pues no conocía al Señor que allí estaba pendiente, ni el bien que, abriendo aquella llaga, hacía al mundo. Pero fué tan dichoso, que el pecho abierto le abrió los ojos del alma, y en él tomó el corazón del Señor las primicias de las almas que del fruto de su costado se habían de mantener, y convertido á la fe y amor de aquel corazón divino, dió por El después la sangre y la vida con glorioso martirio.

Del costado del Señor abierto salió luego sangre y agua, en tanta copia y distinción de una y otra, que con verdad pudo decir San Juan Evangelista que daba testimonio de ello, porque lo vió; y no pudiera ser distinguido con tanta claridad si la sangre saliera mezclada con el agua. Y como ésta es el elemento de que se toma la materia del sacramento del Bautismo, y la sangre del Señor la da con la virtud que tiene para santificar las almas, no hay duda en que de este divino costado salió este soberano lavatorio, que nos hace limpios y nos constituye hijos de Dios. Y no sólo este Sacramento, sino todos los demás que por la sangre del Señor tienen la virtud, procedieron de este sacratísimo costado como fuente de to-

dos los ríos de gracia y bienes espirituales. Al santo Bautismo le llamó su Majestad renacimiento, porque los que nacemos hijos de ira y del pecador Adán, nos volvemos en el santo Bautismo hijos de misericordia y de Dios; y así como del vientre de nuestras madres nacemos para el destierro y muerte, así en el Bautismo nacemos para herederos de la vida eterna. Queda, pues, entendido que habiendo salido de su costado el agua y sangre con que nacemos hijos de Dios todos los bautizados, sin duda somos hijos de sus entrañas, y á ellas debemos nuestro espiritual parto y nacimiento. Así quiso este Señor mostrarnos prenda de que nos tiene amor de Madre, ya que por tantos medios nos mostró el de Padre, para que ninguno le ganase en muestras de grandes, propias y naturales obligaciones de amar; y viéndonos por todas partes y títulos amados de este Señor, le paguemos con amarle como á Padre, como á Madre, como Hermano, como Señor, como compañero y por todos los títulos de amigo que El se dignó tomar; ni pusiésemos con menos amor y confianza los ojos en aquellas entrañas y costado de que renacemos para el cielo, que en los pechos de la Madre, de que nacemos para este destierro.

Cierto es digno de admiración y ponderación que su Majestad quisiese dar esta gran demostración de su amor estando muerto, cuando ya no sentía el dolor de la lanzada, habiendo dado todas las demás muestras en vida con tan excesivos tormentos, que mostraban bien ir todo á medida de su amor; y acerca de esto conviene al cristiano entender el fundamento de que no tenía menos eficacia la sangre del Redentor vertida de su cuerpo después de muerto, que la derramada en la cruz; porque la divinidad del Hijo de Dios estaba tan junta y unida á aquella carne muerta como al alma, que ya estaba separada; y así como el alma pudo quebrantar las puertas del infierno y sacar los Santos Padres por virtud de la divinidad que tenía unida, del mismo modo, y por la misma unión de la divinidad con el cuerpo ya difunto, pudo la sangre del Redentor santificar los pecadores y ser precio de nuestra redención; porque el Hijo de Dios nunca dejó la humanidad que tomó, aunque las partes de ella se dividieron. Y aunque en las horas que estuvo muerto no era hombre (necesitándose para esto la unión de cuerpo y alma), con todo eso era en realidad hijo de Dios humanado, porque tenía unidas á su divinidad las dos partes de la humanidad, que son cuerpo y alma, sin embargo de estar separadas. Por tanto, no eran de menos valor aquellas dos partes cuando separadas.

Con esto se percibe el motivo de que el Señor guardase tan gran demostración de su amor para después de muerto, á fin que en ningún estado en que le viésemos le hallásemos sin obras de su amor; y que si la muerte fué poderosa para apartar el alma del cuerpo, no lo fué para impedir su amor; y que con el cuerpo y alma separados estuviese ocupado en nuestro remedio. Así el alma consolaba á los desterrados en la obscuridad del limbo, dándoles principio de la eterna bienaventuranza, y en el cuerpo se abría

puerta para el seguro descanso de los afligidos. De este modo vemos que su amor eterno, ni en el vientre de su Madre antes de nacer, ni desde nacido hasta la muerte, ni después de muerto, ni resucitado, ni estando ya á la diestra de su Padre, le deja estar ocioso; sino que en la vida, en la muerte y en la gloria siempre trata de nosotros y mira por nuestro bien. No quiso sentir al abrirle el costado, porque la muerte había de ser fin de sus trabajos y principio de poder recoger los frutos de ellos, teniendo nosotros entrada y descanso en el corazón, donde su amor nos tiene escritos; y como esta era la cosa que más deseó en toda la vida, y que tan inmensos trabajos le costó, dejó para después de muerto el que se abriese la puerta de su costado sin dolores, para mostrar que no le costaba trabajo la entrada de tan grandes gustos por quienes toda su vida trabajó. De suerte que, si padeció muchos dolores y penas en las llagas y tormentos por donde nos mereció los bienes que en su corazón se encierran, no quiso padecer nada en el que abría ese corazón á todos los que en él quisiesen entrar.

Convenía también para nuestra doctrina que el costado del Señor fuese abierto después de muerto, y sin dolor; lo uno para que entendiésemos en ello que los trabajos no cuestan caro sino hasta llegar al corazón de Jesús, y que en haciendo asiento en él, su amor lo hace todo suave. Lo segundo, para que aprendamos que no es digno de aquel divino lugar y morada, sino el que muere á todos los gustos de la vida. Descanso es el corazón de Jesús; pero esto es para el que se contenta con él sin mezcla de otro. Morada es de los atribulados; pero de aquéllos que con lealtad pasaron los trabajos para llegar á ella. Vida es verdadera de las almas; pero lo experimentan aquéllas que murieron para las vanidades de la vida presente, y renunciaron por amor de Jesús sus desordenados gustos. Y de este modo, el abrirse el costado después de muerto, muestra que es propio lugar de los crucificados y ya muertos al mundo.

En esto restituyó el Señor en mejor suerte lo que había quitado á los hombres; porque si nos quitó y cerró el paraíso terrenal, nos abrió su corazón. Y si á la puerta de aquél puso un querubín con espada de fuego que impidiese la entrada para siempre, en este divino paraíso abrió puerta que jamás se cierre y encendió dentro fuego que abrasa sin acabarse, y que con su hermosura á todos llama y convida. Aquí dentro se halla la verdadera sabiduría, que convierte las almas, el fruto de vida eterna y fuente de agua viva que riega la ciudad de Dios, no sólo por dentro de los muros de la celestial Jerusalén, sino por los arrabales de los que vivimos desterrados. Aquí se halla el tesoro de todos cuantos bienes pueden las almas desear. Venid, pues; venid, almas; entrad, gustad, y veréis que suave es el Señor.

### EJERCICIO DE LA LLAGA DEL COSTADO

En todo, buen Jesús, excede vuestro amor á todos los términos y leyes, ni puede tener igual. Pusisteis, Dios mío, por término del

amor y verdadera amistad, llegar hasta morir por el amigo, porque ni hay más que dar, ni más que hacer. Pero Vos, Dios de amor, bien infinito, pasasteis más adelante; no sólo morís por amigos y por enemigos, sino que amando hasta morir, aún tenéis más que dar y os queda más que hacer. Dais la sangre que os queda en el cuerpo y abrís el corazón donde nos tenéis escritos; hacéis abrir una entrada tan grande, que jamás se cerró. Amáis viviendo, amáis muriendo, amáis después de muerto y amáis eternamente. Ni con la muerte se pudo vuestro amor agotar; pues siempre amáis, siempre tenéis que dar y siempre en qué mostrar el amor que nos tenéis. Ni aun muerto queréis que me tenga por olvidado de Vos, pues aun apartada el alma de ese cuerpo, tuvisteis cuidado de abrirme ese sacratísimo costado, para que saliese sangre que todo me limpia y tuviese yo entrada á lo íntimo de ese enamorado corazón, donde todos mis bienes se atesoran. Ya no os pediré con David que me rociéis con el hisopo, sino que os diré con San Pedro, que bañéis en esa sangre mi cabeza, manos y pies para ser del todo limpio; y cuando con la virtud de esa sangre me limpiéis, por ella me perdonaréis, por ella me santificaréis, por ella me llegaréis á Vos, y lo que yo no mereciere, por ella me lo concederéis. Adórote, divina sangre, que con tu corriente llevas la tierra al cielo; con tu caudal ahogas en divinos bienes todas las almas, y con tu calor haces de enemigos, amigos; de errados, bien encaminados; de ciegos é ignorantes, alumbrados; y de hijos de ira, hijos de Dios. No quede yo fuera de tan grandes bienes, pues no tengo yo menos parte en esa sangre que todo el mundo junto.

Adórote costado sacratísimo, asilo seguro de los culpados, refrigerio amabilísimo de todos los cansados y recogimiento de todos los desterrados y desamparados. ¿Qué invenciones son estas de vuestro amor, mi buen Jesús, que tan junto y unido me queréis con Vos? ¿No basta para mí estar al pie de esa cruz? ¿Puede haber mayor misericordia que no ser arrojado de aquí como merezco? ¿Aún queréis que suba, que entre, que tome el lugar que en ese corazón me queréis dar? ¿También queréis se diga de mí y de Vos que el amante más vive de lo que ama que del alma? ¿Queréis quedar sin sangre y no quedar sin mí? ¿Atrévese vuestro corazón á estar sin el alma que le da la vida, y no acaba consigo volver á vivir sin mí? Ahí me queréis hallar cuando resucitado, donde en vida y muerte me tiene vuestro amor escrito. Resucitado y á la diestra del Padre queréis me éntre ahí; queréis estar de cerca conmigo para hablarme, oirme, responderme, recibir mi pobreza y darme vuestros bienes. Si David tenía por mejor un día en los atrios de vuestra casa que mil fuera de ella, y consideraba mayor bienaventuranza ser uno de los despreciados de vuestro palacio, que el más estimado del mundo, ¿qué dijera si viera la entrada de este costado y la estimación correspondiente á los que pueden estar, no en los patios, sino en lo más íntimo de ese divino pecho, donde se encierra toda la divina Majestad y tesoros del Padre Eterno? ¿Qué me detiene, Dios mío? ¿Por qué no entro donde sé que estoy deseado, esperado y

abastecido de todos los bienes? Vos, Señor, que sabéis no pueden desearse los bienes de ese corazón sin experimentarlos, llevadme y dadme en él la entrada que deseáis; y pues conmigo queréis vivir en él, vivid, Señor, y ponedme ahí con Vos, que eso será vivir.

Pensaba vuestro apostol San Pablo que decía mucho, cuando dijo: *Vivo yo, mas ya no yo, porque vive en mí Cristo;* ¿qué mucho diga esto el siervo que sólo vive de Vos, si Vos, amor infinito, no queréis que ninguno os venza en amar, y con verdad os preciáis diciendo: ¿Vivo yo, mas no soy yo, porque en este corazón vive el pecador á quien amo? Oh vida mía, ¿porqué muero tantas muertes si soy amado de Vos? ¿Por qué me dejáis andar vagando, perdido y desterrado fuera de ese corazón, donde sólo puedo hallar quietud? Oh pastor de mi alma, no se pierda esta errada oveja; pueda más el amor que me tenéis para llevarme á Vos, que mi malicia para echarme fuera de ese corazón. Si el cielo tiene gozo en que no se pierda un pecador, es por el gusto que conoce tenéis Vos de recogerle. Contentaos á Vos mismo; dad á ese corazón placer en salvarme, pues no se satisface sino con meterme en sí. Vuestro abrasado Agustín os llamaba más íntimo que lo íntimo de sus entrañas; y Vos, Dios mío, queréis que también yo esté ahí más íntimo que esas vuestras, pues dentro de ellas me tenéis, en ese corazón puedo entrar y vivir ahí amando. Ningún medio queréis entre Vos y entre mí: sin intermedio, sin impedimento me queréis poseer y comunicaros todo. Por eso no cerrasteis ese costado, sino que resucitado y en gloria me lo dejasteis patente. ¡Oh esperanza mía segura! ¡Oh vida verdadera de mis muertes! ¡Oh todo mi bien! ¿quién me engaña y me aparta de Vos? ¿Quién me ciega, cuando miro otra cosa fuera de Vos? ¡Cuándo se acabará el peso de esta miseria y ninguna cosa me impedirá vivir todo en Vos!

En ese corazón se hallan todas mis riquezas verdaderas; ¿pues en qué desventurado sitio busco yo las mías sino hay más que esas? Ahí tengo el fuego que me ha de abrasar y transformar; ¿pues cómo sufro las nieves de este alma, que enfría mi espíritu de manera que con ninguno de esos vuestros divinos fuegos se calientan? ¡Oh, cómo estoy lejos de los mismos bienes que me cercan! Pero, Señor, lejos de vuestra fe y amor puro se hallaba vuestro apóstol Tomás, cuando no quería creer sin palpar; Vos le buscasteis, le hicisteis meter la mano en ese costado; luego quedó otro, luego quedó preso, luego alumbrado, luego inflamado, luego exclamó diciendo: *Vos sois el Señor mío y el Dios mío.* Creo, mi buen Jesús, sin palpar; creo lo que él creyó viendo y palpando; pero dadme el amor que él recibió, para que yo quede preso de Vos. Lleguen á mí los fuegos que con anta prontitud corrieron por la mano del apóstol hasta mudarle el corazón; quítenme la vida mortal, y háganme vivir en Vos, vida de mi alma. ¡Oh vida, sin la cual muero! Apartadme de las muertes por donde os pierdo; no me dejéis andar errado por fuera, pues para ganarme quedasteis abierto después de muerto y resucitado.

¡Oh sacratísimo costado, oh puerta del Paraíso, oh entrada del

divino amor, oh fuente de vida, que siempre manas! Tú me has de llevar con tu virtud, pues de ahí he de recibir aquello con que he de ir á ti. Mi alma arde en tu deseo; no te cierres para mí, ni me niegues la virtud con que cautivas las almas, y las llevas á ti. En ti me he de ver libre de mí; en ti no llegarán á mí los enemigos. Verdaderamente, Señor, *pusiste altísimo mi refugio*, como dice David; ni habrá mal que se acerque á él, pues le pusisteis dentro de ese corazón. Por eso quisisteis que no se abriese hasta después que tuvisteis vencidos con vuestra muerte mis males y enemigos, y después de tener desbaratados los contrarios que os cercaban; para que como á fortaleza invencible, me acogiese á ese corazón, y como en tierra pacífica caminase por esa puerta divina, abierta de par en par, y segura de cuanto puede ofender. Hasta llegar ahí, ando en guerra, en peligro, salteado, robado y acuchillado, porque ando entre enemigos, y trato en bienes que me pueden quitar. Ahí no llega enemigo, ni mal, ni ladrón, porque son todos los bienes de ese corazón divinos fuera de toda jurisdicción, de corrupción y de pérdida. Todo cuanto en mí hay os desea; mis miserias suspiran á Vos por misericordia; mis pecados por perdón, mi cautiverio por libertad, y mi muerte por vida. ¡Oh divino corazón! oíd estas voces, que no pueden dejar de entrar por puertas tan abiertas. El amor que os hace tan patente, ese os mueva á recogerme ahí. ¿Para qué un hecho tan grande, si me he de perder? No me perderé, bondad infinita; téngoos á Vos por mí; Vos me quitaréis de mí, y aseguraréis en Vos.

Adórote, salúdote, divino corazón, tan cautivo de mi amor. Todo lo tengo ahí, deseo deshacerme en vuestro amor. Ya no quiero otra afición, ya no quiero otro refugio, ya no quiero que otro me conozca ni me vea. Vos sólo me bastáis; Vos me mudaréis, me enriqueceréis, y saciaréis los deseos de mi alma. ¡Oh, si siempre estuviese unido aquí! Si aquí viviere con Vos, venga la muerte cuando quisiere, porque esa me descargará de este cuerpo, para vivir siempre en Vos, sin miedo de perderos. ¡Oh, cómo solo soy pobre, pero con Vos qué rico! ¿Cómo lo que hay fuera de Vos me engaña, y no siento mi perdición? Consumid ya, Señor, las inclinaciones terrenas de este bruto y miserable pecador; llevadme todo á Vos para que viva libre de mí. Acordáos que no pedís á los hombres más que el corazón, para acompañaros con él. ¡Oh, quién tuviera cinco corazones, para ponerlos en estas vuestras cinco llagas, y quién pudiera hacerse todo corazones, para daros muchos compañeros y amaros con mucho amor! Mas ya que no tengo más que uno, y ese pequeño, miserable, frío y lleno de miserias, tal cual está os le doy. Aceptadlo, Señor, con misericordia, y hacedlo cual Vos queréis, para que merezca ser digna mansión vuestra.

¡Bien mío, buen Jesús, remediador mío y luz resplandeciente de mis ceguedades! En Vos pusisteis todos mis bienes verdaderos para que no pudiese hallarlos en otra parte por más que los buscase, á fin de que, á lo menos, me obligase mi necesidad ir á Vos. Quisisteis ser mi Padre, mi hermano, mi amigo, compañero, pastor, pas-

to, sabiduría, fortaleza, gusto, riqueza, descanso, vida y bienaventuranza. Vos, Señor, dijisteis que oiríais á quien os llamase, daríais á quien pidiese y abriríais á quien llamase. Y porque no anduviésemos por muchas puertas ni nos cansásemos por muchos caminos en busca de los bienes que nos prometisteis, los pusisteis dentro de Vos y abristeis las puertas de ese vuestro corazón, para que todos entremos. Bien sabíais, cuando así lo ordenasteis, que yo había de ser, como soy, pecador, llagado, miserable, ingrato, sucio, indigno de la santidad, pureza y grandeza de ese lugar y de esa puerta á que me mandáis llamar. Con todo eso, queréis que no busque remedio sino en ese vuestro corazón, ni llame sino á ese costado, y me amenazáis con muerte eterna si no lo hiciere así. Pues, bien mío, aunque ser yo quien soy me retira, el amor que me tenéis me tira y me trae aquí. Si os he de desagradar huyendo de Vos, ó llegando con desventuras, antes quiero muerte de vuestra mano que ausentarme de Vos. Cierto estoy que, si me podéis quitar la vida, no me quitaréis el deseo de vuestro amor, ni despreciaréis los clamores del que mandáis pida, para que tengáis ocasión de dar cuanto deseáis y lo que podéis. Aquí, pues, me presento pecador; aquí llego pobre; aquí llamo miserable; aquí pido necesitado. Merezco no ser oído, ni recibido, por las muchas veces que me llamasteis y no os quise oir; pulsasteis en mi corazón y no quise responder. Mas no habéis de ser Vos como yo, pues os hicisteis Redentor de ovejas erradas y vinisteis á buscar á los que huían de Vos. No huyáis, pues, Señor, de quien os busca, aunque tal que os pueda dar fastidio.

Abrid, pastor mío soberano; abrid, médico divino; abrid, Padre de misericordias, á este necesitado; dadme entrada en ese corazón; leed lo que en él tenéis escrito; ahí me hallaréis en el número de los pecadores por vuestra sangre redimidos. Hacedme también, Señor, de los escogidos. Mostrad el resplandor de vuestros tesoros con el poder de vuestra soberanía en mi bajeza; porque si con vuestra hermosura prendierais al perdido, santificarais al malvado y levantarais á este miserable abatido, quedará ensalzado vuestro nombre, glorificada la grandeza de vuestra bondad, será buscado de todos los necesitados ese divino corazón, y se verá rico y acompañado de las almas que tanto deseáis.

¡Oh Madre de Dios, Virgen purísima, que vivisteis siempre de este divino corazón, y de sus tesoros estuvisteis y estáis rica! Pues sois guía de los pecadores, encaminadme á este sacratísimo costado, prendedme en él, quitad los impedimentos que hay en mí para llegar y vivir de él y por él. ¡Oh ángeles y bienaventurados, que de este paraíso de deleites estáis llenos! Alcanzadme de los frutos que de él recibís, para que, preso de su dulzura y suavidad, todo lo demás me fastidie, sólo corra á su sabor y sólo ame á su hermosura para siempre. Amén.

## CAPÍTULO II

**De la compañía que el Señor hace á todos los atribulados, y de los trabajos de los hombres, que Cristo no tuvo, pero los suplió por otros mucho mayores.**

Es tanta y tan ordinaria la continuación de trabajos que padecemos los desterrados hijos de Eva en este valle de lágrimas, que dió ocasión al poeta para decir, que es consuelo de los miserables el tener compañeros en las penas. Pero esta consolación es tan impropia para los trabajos, que el mayor argumento, en prueba de ser incurables las miserias, es ver que no perdonan á nadie. No puede ser consuelo en el trabajo lo que no le retira, ni le aminora. Pero aquello parece haberse dicho por ser tales los trabajos de cada uno, que cuando refiere los suyos muy grandes, halla ú oye en otros tales miserias, que se contenta con las propias, y no las trocará con las ajenas; y así, lo que no concluye los trabajos, templa el sentimiento de la pena. En esta conformidad vemos que mientras andamos desterrados del cielo, no se oyen más que miserias ajenas cuando alguno se queja de las propias; porque esto es como un hospital, donde cuando se juntan los enfermos, cada uno refiere sus dolencias y penosas curas; ó como las cárceles y mazmorras, donde cada preso ó cautivo refiere sus prisiones ó infortunios. Así no vemos á hombre contar que le duele la cabeza, que tiene malo el estómago, que le perjudica la mudanza de tiempo, que le robaron la casa, que se le murió el pariente, que le hicieron una sinrazón, ó cosa semejante, sin que oiga decir al otro, que padeció aquel trabajo ó cosa semejante. Y aunque este miserable lenguaje no se siente ni pondera por su mucha continuación y generalidad; sin embargo, bien mirado, no hay en este mundo cosa que pueda excitar más á desear el cielo, que el poder verse el hombre en parte donde ni tenga males propios que contar, ni oir miserias ajenas.

Pero lo más de todas las miserias de este valle de trabajos, es que abundando en ellos, hay tanta falta de consuelos ó alivios, que por la mayor parte no hay más que los callos nacidos á fuerza de la continuación, los cuales aminoran el dolor, ó el tiemoo hace se olvide lo pasado. Pero nadie vió hasta ahora que el trabajo ajeno referido aliviase el propio, ni que el pasado, traído á la memoria, sirviese de consuelo al presente; porque si unos trabajos pudiesen ser consuelo verdadero para otros, ningún atribulado se pudiera quejar; pues donde hay tantos serían generales las curas. A cada uno le duele lo suyo, sin que el dolor que sobreviene remedie el pasado; antes se cuentan los dos, y la memoria de los propios y ajenos hace al destierro más triste, la vida más pesada.

No así los trabajos del Señor, porque solo para ellos reservó Dios que sean verdadera cura y perfecta consolación de los nuestros. Cuando los hijos de Israel fueron por sus pecados castigados

en el desierto con una especie de serpientes que mataban á cuantos mordían, en significación de la ponzoña mortal de nuestros pecados, y de las miserias que consumen la vida, mandó Dios hacer una serpiente de cobre semejante á las que mordían, y que la levantasen en un palo, y todos los que la mirasen sanaban y vivían. En aquello se figuraba el Redentor crucificado, lleno de trabajos, y verdadero remediador de los nuestros; el cual dispuso que la verdadera sanidad que en sus trabajos debemos encontrar, fuese figurada por cosa que sólo con ser vista remediaba; porque si padecemos tristeza con sólo pensar ó hablar de Cristo entristecido, no sólo no melancoliza, sino que al mismo tiempo que sentimos la tristeza que en él vemos, quedamos no sé cómo alentados, consolados, y el corazón desahogado de la tristeza; de suerte que cualquier trabajo, ó memoria de los del Señor, su consideración, y la vista interior del amor con que padecía por nosotros, da esfuerzo para tolerar los nuestros, quita el sentimiento de la pena, y en fin, llega á hacer gustosas las penas que sin la vista del Señor afligían y nos acababan.

Inventó el Señor este género de consuelo para el valle de lágrimas; porque como son impropias las alegrías del cielo para los desterrados de la patria, y no sufría su amor vernos en tantos trabajos sin ningún consuelo, dispuso aliviar unos trabajos con otros, los nuestros con los suyos, para que así la memoria de los que El sufrió diese fuerza, virtud y aliento para llevar los nuestros, y éstos, unidos con los suyos, fuesen instrumentos de las coronas del cielo; de suerte que si nos puso en una continua rueda de trabajos, añadió también otra de la vida, para que unidas en el eje de su amor, untado, como siempre anda, con las blanduras de su misericordia y bondad, nos hagan suave el yugo, el peso ligero, y sea gusto tirar de él con tan dulce y saludable compañía. Ni hay duda que nuestros trabajos no nos parecen pesados, sino cuando no los acompañamos con los del Señor. No los tenía David tan cerca como nosotros, mas ya los veía en espíritu, cuando decía á Dios: *Cuantas tribulaciones muchas y malas me mostraste, y convertido á mí me diste vida y aliento, y me levantaste del centro de la tierra.* Si esto decía David con un pequeño favor que recibía de Dios en sus tribulaciones, y éste se lo hacía todo tan suave que más le parecían indicios, que verdaderos trabajos, el verse perseguido de Saúl, arrojado del reino por su hijo, con la muerte delante á cada paso, ¿qué dijera si se viese abrazado con Cristo clavado en la cruz, lleno de trabajos por nosotros, y con los favores que sus llagas dan á los atribulados, tan diferentes y superiores de los que David recibía de Dios? Sin duda que si con aquellas pequeñas ayudas no le parecían sus tribulaciones trabajos, sino sólo indicio de ellos, en compañía de los de este Señor los tendría por verdaderos placeres, y á la vida que careciese de ellos la reputaría más cansada y peligrosa que á la cercada de ellos por todas partes.

De estos, pues, y no de otros, podemos con verdad decir que es

consuelo el mal ajeno, logrando tal compañero en las penas; porque las del Señor remedian, alivian y convierten en bienes nuestros males con su amorosa memoria y compañía. Por tanto, ya que el Señor determinó acompañar á los atribulados, y consolar nuestras penas con las suyas, no se contentó con menos que con recibir sobre sí tantos y tan varios trabajos, que ningún atribulado pueda hacerle presente su dolor, sin que luego halle en él otro tal, ó mayor aflicción, de que pueda aprender á sacar provecho de la suya, y recoger del Señor el fruto y consuelo que ha menester; y cuando en cada uno de nuestros trabajos quisiéremos hacer oferta á Dios, para no recelar el efecto, hallamos luego en Cristo otro semejante, y juntando el nuestro con él, es sacrificio muy acepto de que recogeremos copiosísimos frutos.

Verdad es que los hombres pasan algunos trabajos que no tuvo el Señor, ya por no ser convenientes á su santidad y perfección de vida, ó ya por andar acompañados con algún defecto; pero suplió su divina Majestad la falta de estos trabajos con otros más penosos, de suerte que ninguno puede imaginar de sí que pasa mayores, ni tan grandes trabajos como Jesús, ni puede tener razón para dejar de aprovecharse de la compañía que le hace en la tribulación para consuelo y remedio.

No tuvo su Majestad el trabajo de remordimiento de conciencia ni el dolor de contrición de pecados; pero tuvo tanto sentimiento de los nuestros, que sudó gotas de sangre, y por los tormentos debidos á nuestras culpas, sufrió el Señor muchísimos para librarnos. Ni podremos llegar nosotros jamás á tener tanto sentimiento y penitencia de nuestros pecados, como El tuvo, pues murió por ellos.

No tuvo en sí contradicción en la carne contra el espíritu, que es la cosa más cansada y molesta en sus siervos y amigos; pero tuvo mucha contrariedad de la voluntad natural, de la parte sensitiva y animal, con gran miedo de padecer lo que la parte racional quería perfectamente sufrir y obedecer en todo á Dios; siendo tal la contradicción natural, que le costó gotas de sangre y agonía mortal. Además de esto tuvo muchos malignos espíritus, así humanos como diabólicos, que trabajaban por oponerse y deshacer sus obras y doctrinas; y esto le causó más pena, que á los suyos la oposición de la carne contra el espíritu. No tuvo el trabajo de cautiverio; pero en lugar de esto, se ocupó toda la vida en servir por nuestros pecados, con tanto trabajo, que se queja por Isaías de lo que esto le costó. No tuvo el trabajo de perder hacienda; pero en lugar de esto tuvo muchos de varias necesidades por la estrechísima pobreza en que vivió. No tuvo la pena de verse viudo ó huérfano; pero vióse desamparado de Dios y de los hombres y de toda criatura en el tiempo de sus mayores trabajos en la cruz, sobre cuanto pueden padecer los huérfanos y viudas. No tuvo pérdida de hijos; pero tuvo grandísimas aflicciones y sentimientos por las almas que se habían de perder, á las cuales amaba con amor de hijas y por tales las tenía. No padeció desaire de príncipes en su privanza; pero una sola vez

que entró en el palacio del rey, salió tratado como loco, y como tal despreciado. No tuvo pleitos ni querellas; pero anduvo por audiencias de malos jueces, donde no se le guardó ninguna justicia.

No tuvo enfermedades corporales; pero en todos los miembros donde ellas hacen sus oficios tuvo tantos dolores, que le fuera más tolerable sufrir las enfermedades, porque los más agudos dolores de la gota no pueden compararse con los de haberle descoyuntado los huesos; ni los dolores de cabeza, con los que la suya padeció traspasada de espinas; ni los males de corazón, con las aflicciones interiores que el Señor tuvo, ni otra alguna dolencia con los tormentos de su sacratísima Pasión. No tuvo casos desastrados; pero sufrió tantos y tan varios ardides con que los enemigos procuraban infamarle y matarle, que excedió á todos los infortunios que se pueden padecer en esta vida.

Generalmente digo, que el que vea en sí algún género de trabajo que no halle en el Redentor, ponga los ojos en su vida, especialmente en El crucificado, y vea si en aquella humanidad sacratísima hay cosa que tenga descanso; y cuando conozca que todo es pena, entenderá que el Señor tomó para sí todo el lleno de las atribulaciones, y que á él le dejó solamente algunas gotas de amargura, con que no sólo no puede quejarse, sino correrse de tener por mucho lo que padece cuando está debajo de la bandera de un atribulado capitán; y con esto deje correr sus trabajos hasta que lleguen á los grandes mares de lo que el Señor padeció, porque en llegando allí y juntándose aguas con aguas, dolores con dolores, tribulaciones con tribulaciones, toman las nuestras virtud, valor y eficacia de las suyas. Y para hacerse su Majestad compañero de todos los atribulados, ya que había condenado á los hijos de Adán á continuos trabajos por el pecado, también su Majestad, haciéndose hijo de Adán, aunque libre de culpa, no quiso librarse de la pena, sino que tomó mayor parte de cuanto cupo á los hijos de Adán.

De este modo (como varias veces se ha dicho) mudó Dios la sentencia de castigo en merecimiento de gloria, para que con más gusto sufriésemos los trabajos, recibiéndolos no tanto como castigo, cuanto como granjería del cielo. Y siendo esto difícil de creer por lo mucho que la naturaleza flaca y amiga de sí misma aborrece cuanto la aflige, cargó el Señor sobre sí tantos trabajos, para que cuando con fe viésemos los bienes que por ellos nos adquirió, conociésemos que santificó en sí nuestras miserias y como que beatificó nuestros trabajos, para que con gusto nos abracemos con lo que toda la vida nos acompaña; para ser glorificados con el Señor atribulado, como fuimos culpados y castigados con Adán.

Es muy trillado este lenguaje en la Divina Escritura. Quejándose el Señor de los hombres, que no le ofrecían sacrificio á su gusto, declara cuál le es más acepto, diciendo: *Sacrifícame alabanzas; llámame en el día de tu tribulación; yo te libraré, y me honrarás.* Y en otro salmo, tratando de la protección que el atribulado tiene en Dios, dice: *Con él estoy en la tribulación, libraréle y glo-*

*rificaréle.* En otro salmo dice: *Echa en Dios tu cuidado, y El te mantendrá y no permitirá que ande el justo desasosegado.* En otro dice: *Cerca está el Señor de los que tienen el corazón atribulado, y salvará á los humildes de espíritu.* A este modo está llena la divina Escritura de la compañía que el Señor hace á los atribulados para librarlos. Pero no imaginemos que este librarlos es quitarles la tribulación, para que vivan en esta vida sin ella; porque no es esto lo que les conviene, sino darles fuerzas para que puedan llevarlas, sacar provecho, vencer y llevar las penas con gusto por su amor; porque mucho mayor obra y mayor merced es hacer victoriosos en sus trabajos á los flacos hijos de Adán, que traerlos ociosos. Por todos estos respetos, Cristo, así como se llama nuestro en las divinas Escrituras, por nombres de todos los bienes que podemos desear, para que veamos que cada uno de nuestros deseos en El sólo se puede satisfacer; así también, haciéndose capitán y maestro de los atribulados para ser de todos imitado, quiso pasar tan varios géneros de trabajos, para que en cada uno de los que los hombres padecen hallen en él lección, ejemplo, guía y compañía para sobrellevarlos con ganancia. Sea para siempre bendito y alabado por todas estas mercedes, dadas á tan indignas y pobres criaturas. Amén.

EJERCICIO PARA CUANDO EL CRISTIANO SE VE EN ALGÚN TRABAJO

Conózcate yo, Dios y conocedor mío; conózcate, virtud y vida de mi alma; conózcate del modo que soy de ti conocido. Manifiéstate, consolador mío, á mi corazón atribulado; véate, luz de mis ojos, con tu luz, y todas las tinieblas que me cercan huirán con tu presencia. Véate yo, única recreación de mi espíritu; véate, única alegría de mi alma; véate, refrigerio mío y mi suave consolación, por dentro y por fuera. Amete yo, fortaleza mía, y toda mi defensa en tiempo de tribulación. Bien veo que no merezco llamarte ni ser visto ni oído de Ti, y cuán grande atrevimiento es hablar yo con tan gran Señor. Pero la necesidad no tiene ley; el dolor y la miseria que padezco me precisa á dar voces á Vos. Porque estoy enfermo, llamo al médico; porque estoy ciego, invoco la luz; por verme muerto, suspiro por la vida. Cuando me miro me hallo metido en una vida corta para los bienes engañosos que promete (pues pasan como el humo), y larga para los trabajos con que me aflige, porque siempre me cercan. Parece alguna cosa, pero conviértese en nada y en todo es inconstante; ya me alegro, ya estoy triste; ya sano, ya enfermo; ya vivo, ya muerto; ahora parezco dichoso, y siempre estoy en miserias, siempre flaco, siempre rodeado de lazos y trabajos que me abaten y ahogan; y cuando pienso que puedo algo, me hallo sin aliento y sin ánimo para cualquier trabajo. Tal soy de mi cosecha, y más flaco de lo que sé ni puedo referir.

Si me dejáis, ¿qué será de mí? Clamo, Señor, á Vos, porque en Vos se halla toda mi fortaleza. Ayudadme, virtud mía, de quien sólo viene mi esfuerzo; socorredme, remediador, por quien soy sus-

tentado; venid, luz resplandeciente, por quien veo; mostradme vuestro rostro, gloria mía, para que sea recreado. Cuando os conozco, se halla mi fe fuerte para todo; cuando tengo los ojos en Vos, mi alma sabe esperar; cuando os amo, todo lo puede mi flaqueza. Pero si os encubrís y me dejáis en manos de mi flaqueza, de mi tribulación ó tentación, yo no lo sé decir, Vos sabéis cuán para poco y cuán miserable soy. No alcanzo cómo se componen en mí la tribulacion y la miseria, porque antes de valerme de los auxilio que vuestra bondad me franquea, hallo acobardada y perdida mis flaqueza y la tribulación señoreándose de mí y haciendo cuanto quiere: ya me derriba; ya me echa fuera de mí; ya se apodera de mis fuerzas y del espíritu, de suerte que ni me sé valer, ni me entiendo, ni sé qué tal estoy en vuestra purísima presencia. ¡Oh conocedor sapientísimo de mis miserias! Vos veis este interior y cuál estoy en el tiempo de la tribulación. Valedme, Señor, con vuestra virtud; no me aparte de Vos ninguna cosa, ni me saque de vuestra obediencia.

Haga aquí presente en su interior la tribulación que padece, y con humildad alabe al Señor, diciendo:

Muchas é infinitas gracias os doy, Señor, por este trabajo, y aunque mi poquedad miserable lo siente como flaca, confieso que me conviene; Vos sois mi Padre amantísimo, criador mío poderosísimo, remediador mío buenísimo, amigo mío fidelísimo y mi gobernador sapientísimo, que sabéis lo que me conviene, lo que puedo llevar, y siempre usáis de misericordia. No miréis, Señor, á mis pecados, ni al sentimiento de mi flaqueza, sino á la abundancia de vuestras piedades. ¿Dónde ó con qué servicio merecí yo que me hicieseis participante de vuestra cruz y compañero de vuestros trabajos? Vos sabéis, Señor, que, cuando no me atribuláis, está mi corazón más descuidado de Vos, más derramado por las cosas del mundo; vuestro amor más frío; los pensamientos más distraídos; el amor de las cosas de la vida más vivo; las inclinaciones de los vicios más ágiles; la soberbia más hinchada; los pecados menos llorados; vuestro temor más perdido; los enemigos del alma más industriosos contra mí; y yo, entre todos estos males y peligros, más olvidado de Vos y menos cauto para guardarme de ellos. El trabajo, aunque me aflige, me recoge, me ocupa, me hace conocer la necesidad que tengo de Vos, mirar mejor la grandeza de mis pecados; y cuando como flaco estoy sintiendo, vivo en menos peligro que cuando sin trabajo me hallo descuidado y contento.

Alábente, Señor, el cielo y la tierra por la merced que me hacéis en la aflicción que me dais; alábente vuestro amor y vuestra bondad. Yo, así como puedo, con el corazón atribulado, tibia y friamente, os alabo y deseo alabaros con el amor y fervor de los ángeles, querubines y serafines. Si me conviene consolarme, consoladme; si me conviene atribularme, dadme tribulación; en vuestros ojos está mi peligro, mi necesidad y mi flaqueza. No os falta sabiduría para que veáis lo que me conviene, ni bondad para quererlo, ni poder para que lo hagáis. Haced en esta flaca naturaleza vues-

tra voluntad; dadme la fortaleza que me falta; sacad en mí los bienes que pretendéis en esta tribulación; dadme virtud para todo lo que de mí queréis, y ordenad en mí cuanto quisiereis. Concededme que sea un instrumento rendido sin contradicción para todas vuestras voluntades, pues sois poderoso para todo. No permitáis que prevalezcan contra mí mis enemigos, ni que se rinda la flaqueza de mi carne con ese trabajo, ni que yo haga, piense ni desee cosa que desagrade á vuestros purísimos ojos; antes bien, convertid á Vos todos mis sentidos y potencias.

Aquellas manos inocentísimas que fueron clavadas en la cruz, esas me hicieron; esas son las que me atribulan; sean también, Señor, las que todo me conviertan á Vos. Abrid mis oídos para que os oiga y obedezca; alumbrad, luz invisible, mis ojos, para que os vea y siga; criad en mí nuevo sentido de olfato para que corra en pos de los olores de vuestros suavísimos ungüentos. Sanad mi gusto para que perciba la suavidad de la dulzura que tenéis guardada para los que os aman. Dadme memoria que en Vos piense; voluntad que os quiera; entendimiento que os conozca; razón que con firmeza se una á Vos, y alma que os ame con todas sus fuerzas; porque cuando de veras no os amo, busco amistades perversas; ando vagabundo, buscando consolaciones fuera de Vos, donde no las puedo hallar sino engañosas.

Sólo Vos, Dios de mi alma, cuando me atribuláis, dais verdadera vida, verdaderas riquezas, y verdadera consolación. Haced, Señor, que yo conozca lo mucho que os debo por este trabajo que me dais. Así tratáis á los hijos y queridos, y siendo yo merecedor de que me apartarais de vos, me tratáis como á los escogidos. ¿Por qué no os alaban mis entrañas, y no se derriten en amor? Mudáis la sentencia de los grandes castigos que merecen mis pecados en tan pequeña tribulación, ¿y me quejo? Oh Señor misericordioso, no me desamparéis, ni me arrojéis con ira de vuestra presencia, sino dadme fuerzas, ánimo, entendimiento y amor para que esta tribulación no me derribe, y con ella cumpla vuestra voluntad, y os sirva como queréis y mandáis.

### OFERTA HUMILDE EN LAS MANOS DEL SEÑOR, Y RENUNCIA DE TODO EN ÉL

¡Padre mío y Dios de toda consolación, que me criasteis, redimísteis, y me sustentáis con misericordia! Delante de Vos está mi poquedad y pobreza, delante de esos purísimos ojos están los tormentos que por mí padecisteis en la cruz, y los tormentos que por mí sufristeis en toda vuestra vida. En ellos tengo toda mi confianza: en ellos atesora mi pobreza valor: y por ellos han de ser recibidas y aceptas mis poquedades. Tomad, Señor, este trabajo en que me hallo, en unión de esos inmensos que por mí padecisteis. No tengo de mío cosa que ofreceros, sino estas miserias: aquí os ofrezco mi tribulación en sacrificio, y con ella me sacrifico á mí con cuanto corazón puedo y alcanzo. No desechéis, Señor, vuestra criatura. Si

me quisiereis consolar, sea bendito vuestro nombre: si quisiereis atribularme, tambien seáis bendito. Tomadme por vuestro, y eso me basta.

Aquí renuncio cuerpo, alma, voluntades, deseos, sucesos de la vida, consolaciones, trabajos, todo lo que soy, lo que puedo desear, y cuanto sobre mí puede venir. Aceptadme, Señor, tan miserable como aquí me veis, y cumplid en mí todas vuestras voluntades. No me castiguéis con quitarme la Cruz, sino consoladme con darme voluntad de sujetarme á ella. Dadme lo que fuereis más servido, y en el principio, medio y fin de cuanto me diereis, concededme que no quiera yo cosa diversa de lo que Vos ordenéis, y que tenga por la mayor merced vuestra el que glorifiquéis en mí vuestro santo nombre del modo que quisiereis.

Y pues vos, Pastor verdadero de mi alma, quisisteis ser mi Maestro, mi guía, y compañero en todos mis trabajos, y para eso tomasteis sobre Vos tantos y tan inmensos; poned mis ojos en Vos, apartadme de mí, enseñadme á no desear otra compañía que la vuestra, y quitadme el cuidado de cuanto no sea imitaros, con llevar las cruces que me diereis con amor. Juntando este mi trabajo, y cuantos en la vida padeciere, con estos vuestros tormentos que por mí pasasteis, os los ofrezco en satisfacción de mis culpas, y por todas las almas del purgatorio, especialmente por las más desamparadas. Y pues sin vuestro amor no puedo hacer cosa que os sea acepta, dadme, Señor, ese amor, con el cual os ame sobre todas las cosas. Oídme, Señor, y recibidme, pues sois mi consolador y vida del alma, por la cual vivo, sin la cual muero, por la cual soy, sin la cual perezco; por la cual recibo consuelo, y sin la cual me veo atribulado: vida soberana, suave, dulce, toda amable, y digna de morir por ella para vivir en ella eternamente.

¡Oh Madre de Dios, Virgen perpetua y purísima, amparo de afligidos, guía de los errados, ayudadora de los flacos é intercesora de los pecadores! Ofreced este mi trabajo á vuestro Unico Hijo, con todos los que en la vida pasare, para que los acepte en sacrificio de lo que le debo; y alcanzadme gracia para sufrir con paciencia y tener conformidad con su querer. ¡Oh Corte celestial rendida en todo á la voluntad de este Señor, piedras vivas de esa celestial Jerusalén, que fuisteis aquí labradas y limpias con muchas tribulaciones! Alcanzadme luz del Señor para que le conozca, amor con que le ame, conformidad con que en todo me someta á su santísima voluntad. Y pues pasasteis por mis miserias, esforzad mi flaqueza en la tribulación, para que por la imitación de vuestros trabajos merezca la compañía de vuestra gloria, viendo, adorando y amando perpetuamente al Padre Criador, al Hijo Redentor, y al Espíritu Santo Consolador, que vive y reina para siempre, sin fin, Dios y Señor de mi corazón. Amén.

FIN

# ÍNDICE


Págs.

El Venerable Padre Tomé de Jesús ..... III

*Avisos y sentencias para mejor aprovecharse de los trabajos de Jesús*.. 1

Trabajo primero.—Previsión y aceptación de los trabajos que había de padecer .....

Ejercicio de la Encarnación..... 6

Ejercicio del primer trabajo ..... 8

Trabajo II.—La estrechez y obscuridad del lugar en que anduvo nueve meses..... 12

Ejercicio del lugar en que el Señor anduvo nueve meses..... 16

Trabajo III.—Tener represada por algún tiempo la fuerza del amor, sin manifestarse en otras obras..... 20

Ejercicio de los nueve meses que el Señor tuvo represada la fuerza de su amor..... 23

Trabajo IV.—El duro tratamiento que Cristo dió á su cuerpo luego que nació, y de su nacimiento..... 27

Ejercicio del nacimiento y duro tratamiento que el Señor dió á su cuerpo..... 31

Trabajo V.—Lágrimas del Señor por nuestros pecados..... 35

Ejercicio de las lágrimas del Señor ..... 39

Trabajo VI.—Desabrigo de las asperezas del tiempo..... 44

Ejercicio del desabrigo del Señor ..... 48

De la sacratísima Virgen Nuestra Señora..... 52

Trabajo VII.—Circuncisión..... 53

Ejercicio de la Circuncisión del Señor..... 59

Trabajo VIII.—Destierro de la patria por persecución de Herodes y adoración de los Reyes Magos..... 63

Ejercicio del llamamiento de los Magos á adorar al Señor en Belén ..... 69

De la oferta del Señor en el templo, en los brazos del Santo Simeón..... 74

Ejercicio de este misterio..... 75

Ejercicio de la huída del Señor á Egipto por persecución de Herodes..... 79

Trabajo IX.—Sentimiento de la muerte de los Inocentes..... 84

Ejercicio del trabajo y dolor que el Niño Jesús tuvo de la muerte de los Inocentes ..... 89

Págs.

TRABAJO X.—De la obediencia ..... 94
Ejercicio de la obediencia del Señor ..... 105
TRABAJO XI.—Pobreza ..... 110
Ejercicio de la pobreza de Jesús ..... 118
TRABAJO XII.—Aspereza de la vida ..... 124
Ejercicio de la aspereza de la vida del Señor contra los pecados. 131
TRABAJO XIII.—Hambre y sed de justicia ..... 136
Ejercicio del hambre y sed de justicia ..... 143
Oración del *Pater noster* al mismo intento ..... 147
TRABAJO XIV.—Vivir entre gente diferente de su vida y costumbres. 149
Ejercicio de la vida que Cristo hizo en medio del pueblo por treinta años ..... 158
TRABAJO XV.—Ayuno y vida del yermo ..... 163
Ejercicio del ayuno y vida del yermo del Señor ..... 170
TRABAJO XVI.—De la tentación ..... 173
Ejercicio de la tentación del Señor contra las tentaciones ..... 182
*De profundis clamavi ad te Domine, Domine exaudi vocem meam.* 186
TRABAJO XVII.—Sufrir los defectos y rudeza de los Apostóles antes de estar iluminados ..... 189
TRABAJO XVIII.—Peregrinar de lugar en lugar á pie ..... 201
Ejercicio de la peregrinación del Señor, cansado y á pie ..... 207
TRABAJO XIX.—Dureza de la gente judaica ..... 213
Ejercicio contra la dureza de corazón ..... 221
TRABAJO XX.—Ser mal juzgado ..... 226
Ejercicio de ser el Señor mal juzgado para consuelo de las almas en los juicios humanos ..... 233
TRABAJO XXI.—Ser murmurado ..... 237
Ejercicio de ser el Señor murmurado, para consuelo de las almas contra las lenguas murmuradoras ..... 242
TRABAJO XXII.—Contradicción de su doctrina y de sus obras ..... 247
Ejercicio de la contradicción que el Señor sufrió contra sus verdades ..... 253
TRABAJO XXIII.—Ardides y celadas que le armaron para destruirle ..... 257
Ejercicios de los ardides de los malos judíos, que el Señor sufrió. 263
Adoración de las verdades que el Señor nos enseñó con ocasión de los ardides de sus enemigos ..... 265
TRABAJO XXIV.—Ingratitud de los beneficios ..... 268
Ejercicio de la ingratitud que el Señor sufrió por sus beneficios. 273
Oración sobre nueve versos del Salmo *Miserere mei Deus* ..... 275
TRABAJO XXV.—Deseo fervoroso de padecer, y de la Transfiguración del Señor ..... 279
De la Transfiguración ..... 283
TRABAJO XXVI.—Agonía del Huerto ..... 287
Ejercicio de la agonía del Huerto ..... 291
Ejercicio de la oración del Señor ..... 294
TRABAJO XXVII.—Falsa amistad por la cual fué vendido ..... 297

Págs

Ejercicio de la falsa amistad que el Señor sufrió ..... 301
TRABAJO XXVIII.—De la prisión ..... 305
Ejercicio de la prisión ..... 309
TRABAJO XXIX.—Ser llevado por tribunales de malos jueces ..... 313
Ejercicio de ser llevado por tribunales ..... 318
TRABAJO XXX.—Falsos testimonios ..... 321
Ejercicio de los falsos testimonios ..... 325
TRABAJO XXXI.—Bofetadas ..... 330
Ejercicio de las bofetadas ..... 335
TRABAJO XXXII.—Ser escupido ..... 339
Ejercicio de ser escupido ..... 343
TRABAJO XXXIII.—De la cárcel ..... 347
Ejercicio de la cárcel que el Señor padeció ..... 352
TRABAJO XXXIV.—Ser llevado por las calles de Jerusalén afrentosamente ..... 355
Ejercicio de los pasos con que el Señor fué llevado afrentosamente por Jerusalén ..... 361
TRABAJO XXXV.—Ser tratado como loco ..... 364
Ejercicio de ser el Señor tratado como loco ..... 369
TRABAJO XXXVI.—Descrédito con sus amigos y triunfo de sus enemigos ..... 374
Ejercicio del descrédito que el Señor tuvo con sus amigos, y del triunfo que de él tuvieron sus enemigos ..... 380
TRABAJO XXXVII.—Ser trocado por Barrabás y contado entre facinorosos ..... 384
Ejercicio de ser el Señor trocado por Barrabás y contado entre los malhechores ..... 389
TRABAJO XXXVIII.—Ser azotado ..... 394
Ejercicio de los azotes del Señor ..... 399
TRABAJO XXXIX.—Ser coronado de espinas ..... 402
Ejercicio de la corona de espinas ..... 407
TRABAJO XL.—Escarnio del reino de Cristo y de la palabra *Ecce-Homo* ..... 411
De la palabra *Ecce-Homo* ..... 413
Ejercicio del escarnio del reino de Cristo ..... 416
Ejercicio de la palabra *Ecce-Homo* ..... 419
TRABAJO XLI.—Sentencia de muerte ..... 421
Ejercicio de la sentencia de muerte de cruz ..... 426
TRABAJO XLII.—La cruz á cuestas ..... 429
Coloquio del Señor á la cruz ..... 435
Nosotros á la cruz ..... 435
Ejercicio de Cristo con la cruz á cuestas ..... 438
TRABAJO XLIII.—Ser clavado, levantado y descoyuntado en la cruz ..... 442
Ejercicio primero, á Jesús desnudo, antes de clavarle en la cruz. 447
Ejercicio segundo, al clavar á Cristo en la cruz ..... 450
A la mano izquierda ..... 453

Págs.

A la mano derecha ..... 454
A los pies ..... 454
Ejercicio tercero, al levantar al Señor en la cruz ..... 454
Oración del alma á Cristo, cuando interiormente le viere levantado en alto crucificado ..... 455
TRABAJO XLIV.– Estar vivo en la cruz algunas horas ..... 458
Ejercicio á Cristo Nuestro Señor, vivo en la cruz ..... 462
TRABAJO XLV.—Escarnio de las verdades de Cristo ..... 471
Ejercicio del escarnio de las verdades de Cristo ..... 477
TRABAJO XLVI.—Perderse Judas y un ladrón al lado de Cristo ..... 481
Ejercicio del sentimiento que causó al Señor la perdición de Judas y del mal ladrón ..... 484
TRABAJO XLVII.—Ver los dolores de su sacratísima Madre ..... 487
Ejercicio de los dolores de la Virgen Santísima y de los que el Hijo padecía con ver los de la Madre ..... 493
TRABAJO XLVIII.—Desamparo que Cristo padeció en la cruz ..... 497
Ejercicio del desamparo que el Señor tuvo en la cruz ..... 502
TRABAJO XLIX.– Sed extrema, hiel y vinagre que bebió ..... 507
Ejercicio de la sed que el Señor pasó y de la hiel y vinagre que bebió ..... 512
De la otra sed de Jesús sobre la salvación de las almas ..... 514
TRABAJO L.—Agonías de la muerte ..... 516
Ejercicio de la muerte de Cristo Nuestro Señor ..... 520
Despedida ..... 522
De la palabra *in manos tuas*, etc ..... 522
A la cruz ..... 523
Fin de los cincuenta trabajos de Jesús ..... 524

---

CAPÍTULO PRIMERO.—Del costado que abrieron al Señor ..... 525
Ejercicio de la llaga del costado ..... 528
CAPÍTULO II.—De la compañía que el Señor hace á todos los atribulados, y de los trabajos de los hombres, que Cristo no tuvo, pero los suplió por otros mucho mayores ..... 533
Ejercicio para cuando el cristiano se ve en algún trabajo ..... 537
Oferta humilde en las manos del Señor, y renuncia de todo en Él. 539

V. T. de Jesús

TRABAJOS de Jesús

22479